CUBA

LA LUCHA POR LA LIBERTAD

HUGH THOMAS

HECHO EN CUBA

Totalmente a mano









La isla de Cuba fue, desde la segunda mitad del siglo XVIII, un territorio clave para el control del tráfico marítimo de las rutas hacia el Nuevo Mundo. Su privilegiada situación geográfica y la mezcla de culturas y tradiciones han hecho de esta pequeña isla un lugar esencial en el Caribe, cuya historia refleja con exactitud esta magnífica obra de síntesis política, social y cultural del gran historiador Hugh Thomas. Desde la captura de La Habana por parte de los ingleses en 1762 hasta la llegada de la revolución de Fidel Castro y la crisis de los misiles con Estados Unidos en los años sesenta, Thomas nos ofrece una visión completa de la rica historia de la isla caribeña y de la forja de su carácter nacional. Con un singular talento narrativo, el texto recorre más de dos siglos, incluyendo la dominación de ingleses, españoles y estadounidenses, la lucha por la independencia, la caída de la dictadura de Fulgencio Batista, la llegada al poder de Fidel Castro y el inicio de las conflictivas relaciones con Estados Unidos que perviven hoy en día. En esta nueva edición, Thomas analiza la Cuba de hoy en una esclarecedora introducción que plantea la tesis del cambio y la posibilidad de que nos encontremos ante una importante encrucijada de la historia de este país.

Cuba. La lucha por la libertad es una obra clásica en la que la información histórica se combina con una gran fuerza narrativa para ofrecer al lector una visión apasionante de los momentos cruciales, los personajes centrales y la cultura fundamental de la isla caribeña.



Hugh Thomas

CUBA. LA LUCHA POR LA LIBERTAD

ePub r1.1

Titivillus 09.04.16

Título original: *Cuba. The Pursuit of Freedom*
Hugh Thomas, 1971
Traducción: Neri Daurella
Editor digital: Titivillus
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2





Aun así, Libertad, aun así, tu bandera, desgarrada pero ondeante, tremola como el trueno contra el viento.

BYRON, *Childe Harold*

Introducción a la nueva edición

Han pasado más de cincuenta años desde que Fidel Castro irrumpiese en La Habana en enero de 1959 con su entusiasmo, su indestructible confianza en sí mismo y sus aparentes buenas intenciones. Le acompañaban Camilo Cienfuegos y Huber Matos, así como otros seguidores barbudos y las palomas de la paz.

Estar vivo en América era, o parecía, una maravilla. Pero la *illusion lyrique*, por emplear las palabras de André Malraux sobre los inicios de la guerra civil española, terminó enseguida. Los largos y extraordinarios años de control soviético, en los que Cuba fue una pieza esencial en el tablero internacional de la guerra fría, resultan ahora casi tan remotos como los años de control estadounidense, que acabaron en 1960.

Es cierto que nadie ha olvidado la crisis de los misiles de 1962, ya que fue el acontecimiento decisivo de la guerra fría, un momento en que el mundo evitó la catástrofe por muy poco. Aquellos días de octubre, que yo viví desde Washington, han sido analizados a fondo una y otra vez.

En los últimos veinte años, desde las declaraciones de Gorbachov en 1990-1991, entonces increíbles, se ha producido un fenómeno sumamente original. Por primera vez en los quinientos años transcurridos desde que los españoles Diego Velázquez, Hernán Cortés y Pánfilo de Narváez pusieran los pies en Baracoa en 1511, Cuba ha estado sola. Y es que entre 1511 y 1898 Cuba fue una colonia española, una parte importante del gran imperio español, en el que La Habana desempeñaba la función de puerto para dos grandes flotas (aunque, como se

muestra en este libro, fueron muchos los norteamericanos que invirtieron en Cuba en el siglo XIX). Más tarde, entre 1898 y 1960, Estados Unidos dominó el país desde el punto de vista político, cultural y económico, mientras que entre 1960 y 1989 la Unión Soviética ocupó un lugar muy similar. Los procónsules rusos se pavoneaban por los cafetales todavía hermosos, con frecuencia plantados con dinero norteamericano, y desembarcaban en los antiguos centros urbanos, deteriorados en algunos casos. Los estrategas rusos tenían previsto aterrizar con su aviación en Cuba después de atacar el corazón de Estados Unidos si la guerra fría degeneraba y las cosas se ponían feas. Esta época es objeto de un amplio análisis en el epílogo de este libro, aunque algún día, cuando alguien provisto de documentación fidedigna se ponga a escribir una historia de la era de Castro en Cuba, el texto tendrá que ser reexaminado. Sin embargo, desde 1989 Cuba ha estado fundamentalmente sola, lo que ha supuesto un cambio respecto a esa dependencia completa de España, Estados Unidos o Rusia que marcó la historia de la isla hasta entonces.

No obstante, hay que tener en cuenta alguna que otra alianza o acuerdo local que limita este notable aislamiento. En Venezuela, un demagogo coronel izquierdista, Hugo Chávez, ha aspirado a emular a Castro incluso en sus discursos, y la estrecha relación que se ha establecido entre ambos países ha tenido beneficios económicos. Por ejemplo, el petróleo de Venezuela sirve para hacer funcionar las máquinas de Cuba, y se dice que doctores formados en Cuba han mejorado los servicios médicos de Venezuela. Por supuesto, yo, que conocí y admiré al gran presidente democrático de Venezuela Rómulo Betancourt (a quien dediqué mi historia del mundo), hubiera detestado este cambio a corto plazo. Pero tal vez al final, si la libertad vuelve a las dos naciones, la asociación pueda suponer una época de oro para ambas partes.

A pesar de la posición relativamente solitaria de Cuba en el mundo, ha habido pocas señales de originalidad en su estructura política. Castro ha sido el caudillo-comandante, la única fuente de referencia y el responsable último durante cuarenta y cinco años, hasta 2006, cuando una enfermedad intestinal aún desconocida lo llevó a retirarse de la escena por motivos médicos durante un período extrañamente prolongado. Pasó a ocupar la presidencia su hermano menor, Raúl, su heredero a largo plazo y su sucesor proclamado ya en 1960, cuando se convirtió en ministro de las fuerzas armadas. Para empezar, los cambios fueron pocos. Los *Cuba-watchers*, un nuevo grupo de observadores políticos que se interesaban por el futuro de la isla, analizaban lo mejor que sabían la situación cambiante de este o aquel restaurante y se preguntaban si el eclipse de tal o cual *aparatchik* representaba un indicio de cambio real. Todos los viejos rusos que habían desempeñado una función tan importante en los años ochenta se esfumaron con el ascenso de Gorbachov y Yeltsin en la antigua Unión Soviética. ¿Acaso se preparaba la iglesia católica, para actuar como impulsora de la evolución política?

Un arzobispo progresista de La Habana, el cardenal Ortega, parecía tener probabilidades de ejercer alguna influencia, al igual que monseñor Céspedes, nieto de un fugaz presidente de los años treinta, nieto a su vez del terrateniente que dio inicio al célebre «grito de Yara» en 1868. No obstante, el cambio político parecía siempre lejano.

Quienes viajaban a Cuba en aquellos días tenían dos reacciones. En primer lugar, estaban los turistas en busca de sol que iban a las grandes playas de Varadero y otros lugares similares, nadaban en un mar azul y cálido, bebían mojitos en la antigua casa de los Dupont y comían langostas en restaurantes financiados por empresas españolas como Meliá. De vez en cuando, algún grupo de guitarristas pasaba tocando canciones simpáti-

cas y probablemente viejas. Si esos turistas eran europeos, celebrarían un Caribe no estadounidense, una hermosa evasión del capitalismo, aunque fuese financiada por el capitalismo.

A su regreso a Nantes o incluso a la Toscana, tales turistas no dejarían de hablar del gran encanto del pueblo y del paisaje cubanos. Así, el turismo ha evolucionado hasta convertirse en la actividad económica más importante del país, muy por delante de la producción de azúcar, que había ocupado ese lugar durante mucho tiempo.

En segundo lugar también afecta a los turistas la excéntrica autocracia que, dirigida por Raúl o Fidel Castro, no ha hecho concesiones de ninguna clase a unas libertades anticuadas, que, a pesar de las numerosas protestas de personalidades tan distinguidas como Jean-Paul Sartre, Herbert Matthews, Arthur Scargill o Simone de Beauvoir, aprecian los pobres tanto como la *clase burguesa*.

Aun así, durante el mes de septiembre de 2010, momento en el que escribo, se han producido dos novedades interesantes. La primera es una entrevista concedida por Fidel Castro a Jeffrey Goldberg, del *Atlantic Magazine*. En esa entrevista, Castro realiza algunas declaraciones muy curiosas, entre ellas una en la que dice que el «modelo cubano ya no funciona ni siquiera para nosotros». Es como si Napoleón hubiese dicho después de Waterloo que los franceses habrían sido más felices si se hubiesen aferrado a las fronteras del Rin. Castro también dijo que Ahmadinejad, el presidente de Irán, había hecho mal en adoptar una política de antisemitismo teológico y negar el Holocausto. También defendió la posición de los judíos en la historia, diciendo que sus actitudes actuales eran comprensibles si se pensaba en lo que habían sufrido, y por último manifestó su preocupación ante la posibilidad de que estallase una guerra nuclear entre los iraníes y Estados Unidos dada la estrategia nuclear de Irán.

Estos comentarios parecían insólitamente equilibrados, y desde luego para provenir de Castro. ¿Podría ser que, a sus más de ochenta años, Castro fuese a adoptar una actitud responsable hacia el resto del mundo?[1] Tal vez no se debería prestar demasiada atención a las declaraciones de Castro, pero lo cierto es que la retórica ha desempeñado una función esencial en la historia de Cuba desde 1959, y los discursos del «máximo líder», como Castro solía llamarse a sí mismo, son siempre merecedores de atención, aunque las declaraciones a las que me refiero apareciesen en una entrevista con un periodista estadounidense y no en un discurso público.

Sin embargo, las palabras de Castro han ido seguidas de una nueva declaración política: el gobierno reducirá las dimensiones de la mano de obra estatal en un 10 por ciento y espera que los cientos de miles de trabajadores despedidos encuentren trabajo en un nuevo sistema que presenta claras semejanzas con la empresa privada. Por primera vez desde 1960, los cubanos podrán contratar a otros para negocios a pequeña escala sin ninguna relación directa con el partido gobernante y mucho menos con su dirección de las actividades. Se producirá la creación de lo que *The New York Times* ha llamado «un cuadro de semicapitalistas».[2] Al parecer, el cambio lo inspiró una declaración efectuada por el presidente Raúl Castro, quien en agosto de 2010 afirmó que «tenemos que erradicar para siempre la idea de que Cuba es el único país del mundo donde puede vivirse sin trabajar».[3] Raúl Castro también exigió que se dejase de robar a las empresas estatales.

Es demasiado pronto para especular con lo que podría ocurrir. Parece poco probable un giro radical que lleve al país a incorporarse al sistema internacional de libre comercio. Sin duda alguna, los cubanos han oído hablar de la curiosa mezcla de sistemas, absolutista y controlada por el Estado pero al mismo tiempo interesada en el consumidor, que parece caracterizar

hoy en día a Vietnam y China. Tal vez hayan estudiado a esos países y hayan llegado a la conclusión de que es posible introducir la privatización y conservar a la vez el control estatal.

Al fin y al cabo, ya existen algunos empresarios privados en Cuba. Hay restaurantes en casas privadas, comedores encantadores y reservados, hay repartidores de *pizza*, hay, al parecer, compañías privadas de taxis y hay gente que alquila habitaciones en su casa. Se ha permitido la presencia de muchos hoteles y algunos restaurantes privados, porque son propiedad de empresas españolas o de otros países extranjeros. El gobierno actual ha permitido a los ciudadanos cubanos comprar teléfonos móviles y otros artículos considerados ahora de gran importancia en el primer mundo. La tierra sobrante puede ser explotada por granjeros particulares, aunque aún no puede ser comprada. Así, no parecemos estar lejos del punto de partida para unos cambios sociales serios que podrían desacreditar todo lo que ocurrió entre 1959 y 2010. Si el propio Castro ha dicho que el «modelo» cubano no funciona, ¿dónde terminan las dudas sobre este?

Las implicaciones de estos cambios son muy importantes. Si la empresa privada despega de verdad en Cuba, cabe suponer que a los empresarios extranjeros se los animará a vender productos al país. ¿Sería ello posible sin regular el comercio con Estados Unidos? Y ¿con qué personas de Estados Unidos? ¿También con los exiliados y sus largas listas de propiedades incautadas que muchos todavía anhelan recuperar? ¿Cómo van a aceptar la situación a menos que, tal como ocurrió en Checoslovaquia y en otros países del otro lado del telón de acero antes de 1989, puedan reclamar la devolución de lo que se les arrebató? El presidente Obama no ha levantado el embargo comercial, pero ha suavizado las restricciones que limitan los envíos efectuados por cubanos residentes en Estados Unidos a parientes que viven en la isla. Por lo tanto, es probable que nos en-

contremos ante una encrucijada de la historia cubana, y por eso resulta positivo que este libro se reedite ahora.

Un elemento esencial de la historia es siempre cómo trata un régimen a esa historia. Podríamos mencionar dos cuestiones. En 2010, se publicó en Londres una biografía admirable del mayor empresario de Cuba del siglo XX, Julio Lobo, por J. P. Rathbone, él mismo medio cubano. El libro nos recuerda que, en el pasado, Cuba tuvo grandes hombres de negocios y grandes bandidos-dictadores. María Luisa, hija de Lobo y de una Montalvo, una de las grandes y viejas familias de la isla, demostró ser una gran amiga de Cuba al publicar su deslumbrante volumen de fotografías de La Habana antigua, incluida la central azucarera de Hershey, propiedad de su padre y en la que fueron enterradas sus cenizas.

Un segundo punto, apreciado lector, se refiere a este libro. Es una historia detallada de Cuba durante más de doscientos años (1762-1962). Lo publiqué por primera vez en 1971 y ha estado prohibido en Cuba desde entonces en sus ediciones española, inglesa, alemana e italiana. ¿Por qué motivo? ¿Por qué no permitir que la generación actual de cubanos tenga su propia opinión sobre él? Por supuesto, tiene sus defectos, como todas las historias, pero sin duda no tantos como para forzar una retirada del libro entero durante más de cuarenta años.

Yo mismo he mantenido una relación personal con Cuba y con su historia, como suele ocurrir con un autor y su tema. Es cierto que no viajé a Cuba en los tiempos más oscuros de los años ochenta, pero en los noventa comencé a ir allí de nuevo, primero bajo los auspicios de la embajada española, que me invitó a pronunciar una conferencia sobre Diego Velázquez en 1997. Recuerdo muy bien aquel maravilloso acto en la sala de conferencias del centro español en el Malecón, abierta al océano y a los vientos, con los postigos entrechocando y, ante mí, un público espléndido encabezado por don Ion de la Riva

(el erudito director del Centro Cultural Español), monseñor Carlos Manuel de Céspedes y Natalia Revueltas, la famosa belleza que, con sus tres hileras de perlas, me recordaba los trágicos y agitados días de 1959-1960.

Luego viajé de nuevo en 2001 para visitar a los amigos y socios cubanos del empresario español Eduardo Barreiros, cuya familia me había pedido que escribiese su biografía. Fui en otra ocasión invitado por Eusebio Leal Spengler, el brillante e imaginativo historiador de la ciudad, a quien confío en ver algún día imponiendo el ritmo de la transición hacia un nuevo régimen en el país caribeño, para hablar del 250.º aniversario de la ocupación británica de La Habana en 1762. Fui una vez más en 2007 para realizar otra visita a los socios de Barreiros.

En todas estas ocasiones aprendí algo nuevo del pasado cubano y, algo igual de interesante, de la actual relación cubana con el pasado. Así, por quienes habían trabajado con Eduardo Barreiros supe que es posible que unos trabajadores de nuestro tiempo recuerden a un empresario humano, lleno de originalidad y entusiasmo. Supe que, por lo general, el cubano de cultura media tiende a no estar de acuerdo con los pensadores ilustrados de finales del siglo XVIII, como Francisco de las Casas, y que tampoco admite que en 1762 fueron los británicos quienes dieron a la industria azucarera el impulso que había de llevar a Cuba a la posición predominante en la producción mundial de azúcar.

En cuanto al gobernador Diego Velázquez, me encontré con que se le conocía poco en la isla que había sido el primero en colonizar. Su deseo de casarse con una de las sobrinas del obispo de Burgos era objeto de burla, es cierto (con razón, dado que las dos sobrinas del agresivo obispo llevaban mucho tiempo casadas), al igual que su furia ante la autopromoción de Cortés al fundar la colonia de Nueva España/México. Sin embargo, la vida de Velázquez en Cuéllar antes de marcharse a

Cuba era desconocida, y su distinguida familia no parecía interesar a nadie. Traté de encontrar la hacienda de Mariel en la que se habían detenido Francisco de Montejo, futuro conquistador de Yucatán, y Alonso Hernández de Céspedes, de regreso de Nueva España con aquella primera colección deslumbrante de piedras y objetos preciosos enviados por Cortés a Carlos V. Pero, en 2002, nadie en Mariel había oído hablar de Montejo, y las personas a las que pregunté debieron de mirarme como a un loco excéntrico.

Estas y otras experiencias me demuestran que, aunque este libro ha sido completado dos veces y revisado a menudo, la historia que recuerda y relata no ha terminado en modo alguno. Una nueva generación de amigos cubanos de la libertad surgirá y recuperará la isla recordando lo mejor del pasado. «Si vives como vive Vives, vivirás bien», decía la gente en los años treinta del siglo XIX (Vives era un capitán general español). Soy optimista y creo que eso volverá a decirse en los próximos años, aunque aún no sé quién será el nuevo Vives.

HUGH THOMAS, septiembre de 2010

Agradecimientos

Este libro se debe en gran parte a muchos cubanos y a otros, que en algunos casos se han convertido en amigos. En la última parte del libro, muchos de ellos aportan su testimonio histórico. Algunos de estos informadores permanecen en el anonimato por motivos de seguridad o comodidad. No obstante, quisiera agradecer a todos su ayuda, aunque probablemente muy pocos aprobarán totalmente lo que he escrito. Debo añadir que cuando he estado en Cuba he contado con la ayuda del departamento de prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores y le estoy muy agradecido.

Debo dar las gracias también a Theodore Draper por haberme dado acceso, con gran generosidad, a su colección particular de periódicos cubanos, entrevistas y manuscritos, en especial las memorias inéditas y papeles del doctor Justo Carrillo, y de los señores Mario Llerena, Raúl Chibás y Luis Simón. Este material, depositado ahora en la Biblioteca Hoover de Guerra, Revolución y Paz, en Stanford, estaba destinado en principio a un libro sobre la llegada de la Revolución cubana que no se escribió. El señor Cass Canfield Jr., de Harper & Row, es en muchos aspectos el padrino del libro, y le agradezco los valiosos consejos que me ha dado durante varios años.

Theodore Draper, Robin Blackburn, el doctor Eric Jones, el doctor E. A. Smith, el doctor Alastair Hennessy, Stephen Clissold, el doctor Felipe Pazos, el doctor Javier Pazos, Guillermo Cabrera Infante, Luis Anguilar León, el profesor Arthur Schlesinger Jr. y lord Gladwyn leyeron parte de las pruebas o del manuscrito del libro e hicieron sugerencias muy valiosas; les estoy

muy agradecido. Estoy particularmente reconocido a Cabrera Infante, que es una mina de información en tantos aspectos de la historia cubana. Finalmente, doy las gracias a Hugh Pennant Williams, Janet Cory y Griselda Grimond que pasaron a máquina el libro en diferentes etapas e hicieron muchos otros trabajos.

HUGH THOMAS
Londres, abril 1970

Prefacio

Empecé a escribir este libro en La Habana, una tarde de julio de 1961. Estaba en la Plaza de la Revolución, escuchando un discurso de Fidel Castro. La inmensa multitud se portaba como si se tratara de una merienda al aire libre, a pesar de los tonos sombríos del apasionado orador. Había niños que vendían bebidas y sombreros en puestos ambulantes y chicas vestidas de colores brillantes que se estremecían de placer cuando el «jefe máximo de la revolución» se lanzaba a un ataque furibundo contra el gobierno del presidente Kennedy. Hacia las ocho y cuarto de la tarde, cuando el sol empezaba a declinar tras la estatua del libertador cubano, José Martí, la voz de Castro empezó a disminuir y era evidente que, aunque no había terminado el discurso (sólo llevaba cuatro horas), necesitaba un descanso. Gracias sin duda a un acuerdo previo con la claque, el orador dejó que uno de sus comentarios se viera ahogado por los gritos, y por el canto, primero, del himno nacional cubano, y luego, de La Internacional.

En el sector de la multitud donde estaba yo, un grupo de cubanos, unos blancos, otros mulatos, otros negros y unas cuantas mujeres, empezaron a cantar y bailar La Internacional *a ritmo de cha-cha-chá. Una negra enorme, en el centro, cantaba la canción propiamente dicha, y los que la rodeaban cantaban los estribillos entre risas. Las palabras salían sincopadas de un modo muy curioso, «arriba parias… de la tierra…». Como dijo años antes André Breton al pintor cubano Wilfredo Lam, «Ce pays est vraiment trop surréaliste pour y habiter».*

La consecuencia fue que yo, que había ido a Cuba aquel verano con la intención de escribir un libro corto sobre lo que pasaba, me embarqué en un proyecto más ambicioso, para estudiar los antecedentes de aquel curioso acontecimiento en el que había participado. En el curso del trabajo, fui haciendo retroceder el punto de partida cada vez más lejos; al principio había

pensado que el libro empezara con el golpe de Estado de Batista en 1952. Pero con esto me parecía saltarme demasiadas cosas, o sea que retrocedí a aquella mañana de enero de 1899 en que el último capitán general español de Cuba entregara tristemente el mando a un general anglosajón, norteamericano. Pero con eso también olvidaba la absorbente cuestión de la esclavitud y de cómo había afectado, decisivamente, al carácter de Cuba, por no hablar de la edad de oro del azúcar cubano, en el siglo XIX*; y así, tras preguntarme si existía algún punto de partida posible para el libro que proyectaba (que no fuera el del viaje de Colón a Cuba en 1492), elegí por fin 1762, el año en que los anglosajones tomaron por primera vez La Habana; año de gran importancia para la historia de Cuba y del Imperio español, aunque sea discutible el grado exacto de esta importancia. Después, en Cuba me pareció que esta decisión era prudente, pues hay muchas cosas que parecen oscuras en la escena cubana actual y que se hacen más comprensibles cuando se las compara con las experiencias de las cuatro o cinco generaciones anteriores.*

El resultado es un libro largo. La primera mitad, evidentemente, es historia; pero, en la segunda mitad, me adentro en la política contemporánea, y a partir de la Revolución de 1959 me encuentro en una tierra de nadie entre la historia, la política, la sociología y el periodismo. Esto provoca problemas especiales: algunos dirán que es prematuro escribir esta parte del libro, por lo menos como «historia», porque no hay la perspectiva histórica necesaria. Desde luego, es más difícil escribir sobre el pasado reciente con óptica de historiador que sobre épocas más lejanas. Pero todo lo que ocurre, desde el momento en que deja de ser posibilidad futura, es un acontecimiento histórico. En realidad suele darse el caso de acontecimientos que permanecen olvidados algunas décadas antes de pasar a ser objeto de la atención histórica. A menudo un acontecimiento es una herida que el periodista venda provisionalmente como si fuera un médico de campaña, a la que luego se deja esperar, e incluso supurar, hasta que la trata el cirujano en el hospital, el «profesor de historia». En consecuencia, surge una paradoja: a los periodistas y propietarios de periódicos les interesa el presente y el futuro inmediato; los historiadores prefieren las seguras fronteras de la distan-

cia, donde casi todos los hechos parecen a mano —o están irremisiblemente perdidos— y los que participaron en los acontecimientos descritos están muertos y no pueden responder. O sea que a menudo el pasado reciente se estudia menos que casi todas las demás épocas.

Esto, en general, no se debe a timidez por parte de los historiadores. En realidad, a menudo, mucho material, posiblemente material crucial, no está disponible. Por lo tanto, podría decirse, ¿no sería mejor esperar para escribir sobre la Revolución de Cuba hasta que, por ejemplo, se editen debidamente los despachos de los embajadores norteamericanos en La Habana, junto con las respuestas e instrucciones de Washington; hasta que todos los documentos de Eisenhower, Dulles y Kennedy puedan examinarse fácilmente en las frías bibliotecas de fundaciones para la investigación que aún no existen; y hasta que los papeles particulares de Fidel Castro y del Partido Comunista cubano, del gobierno soviético, los archivos de varias compañías norteamericanas importantes, por no hablar de los de la CIA, puedan estudiarse comparativamente y sin ningún prejuicio político fuerte, en la tranquilidad de un instituto internacional Castro?

Sin embargo, el material disponible ya es considerable. Hay una gran cantidad de periódicos, y hay mucho material en artículos, libros, revistas y folletos sobre los hechos ocurridos en Cuba durante la Revolución e inmediatamente antes. He podido acceder a algunos documentos privados. Además están las memorias de muchos de los protagonistas de los acontecimientos, y casi ninguno de ellos es reacio a hablar de lo que ha visto o ha hecho. Muchos de los actores del drama se han pronunciado en mayor o menor medida, sobre todo Fidel Castro, cuyos discursos no tratan sólo de planes futuros, sino también, y a menudo extensamente, de casi todos los aspectos de su vida y su trayectoria; no de un modo desapasionado, pero con gran detalle. Ahora puede hacerse un análisis cuidadoso de todos los testimonios publicados, con paciencia y contrastándolos con los recuerdos de muchas personas. Aunque todavía incompleto y a modo de tanteo, debe ser una contribución al conocimiento.

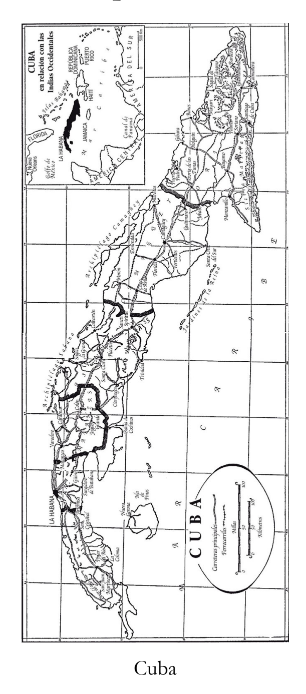
En realidad, las principales lagunas no residen en la falta de acceso a los documentos diplomáticos de Estados Unidos, porque el relato de una

revolución no es un ensayo sobre historia burocrática. Las lagunas se encuentran en los ámbitos cubano y soviético, y es muy posible que nunca se pueda tener acceso a esos documentos. Parece dudoso que incluso los archivos del gobierno cubano constituyan un testimonio completo del cambio de vida entre la antigua y la nueva Cuba. Así pues, dentro de cincuenta años, un historiador tal vez estaría en la misma situación que uno contemporáneo, con la desventaja de que tendría menos posibilidades de compensar las deficiencias documentales mediante la exploración personal. En resumen, confío en que la última parte del libro, en la que se describe la desafortunada expedición a Cuba del presidente Kennedy en 1961 (si es que este es un buen modo de describirla), sea tan digna de respeto como lo que escribió triunfalmente lord Albemarle doscientos años antes. Naturalmente, es una quimera suponer que la historia tiene respuesta para todo.

Mientras estaba escribiendo, sobrevino la crisis de los misiles de 1962; y este hecho tan trascendental señala el término de la parte principal del libro muy oportunamente, pues, si es difícil desembrollar los hechos ocurridos entre 1959 y 1962, a partir de 1962 es difícil estar seguro de algo. Por entonces, la influencia del régimen sobre el país parecía firme. Tal vez la Revolución no fuera completa, pero los revolucionarios estaban en el poder. Además, 1962 es la fecha en que se rompieron totalmente las relaciones de Cuba con el resto de América, incluidos los países del Caribe; o sea que si Cuba hubiera sido un reino de una pantomima antigua, aquí habría venido bien, en el programa, la siguiente nota: «Durante este acto se bajará el telón para indicar que han transcurrido doscientos años»: porque el antiguo y acabado imperio de España ha sido sustituido por el nuevo bloque económico que dirige la Unión Soviética; y las estadísticas de Cuba a partir de 1962 son casi tan dudosas como las de la época del contrabando, antes de 1762.

Nota sobre las monedas

Para el período más antiguo de que trata este libro, en el que el cambio entre el dólar, el peso y la libra era muy distinto del actual, se dan las equivalencias en libras o dólares, a fin de orientar al lector. Para el período posterior a 1880, aproximadamente, será el propio lector quien deberá calcularlas.



Cuba

PRÓLOGO

Con Albemarle rumbo a La Habana

La multitud de palmeras de formas diferentes, las más altas y más hermosas que he visto nunca, y una infinidad de otros árboles grandes y verdes; los pájaros de rico plumaje y el verdor de los campos, hacen a este país, príncipes serenísimos, de una belleza tan maravillosa que sobrepasa a todos los demás en encantos y gracias como el día a la noche en esplendor. He quedado tan anonadado a la vista de tanta belleza, que no he sabido cómo describirla.

COLÓN

Al rey Fernando y a la reina Isabel, 1492

1

La expedición inglesa

El día 5 de marzo de 1762, una expedición inglesa salió secretamente de Portsmouth para tomar La Habana, capital de la colonia española de Cuba. Fue la última campaña de una gran guerra. Inglaterra había conquistado Canadá y la India a Francia. Esta, para evitar la catástrofe, había solicitado la ayuda de España. Inglaterra había declarado la guerra a España el 4 de enero.

La Habana había sido durante dos siglos el punto de cita de los barcos españoles cargados de tesoros, procedentes de América Central y del Sur; era el puerto militar del Nuevo Mundo, y estaba considerada como una fortaleza inexpugnable, debido, en parte, a su situación estratégica, en el Caribe. No había podido ser tomada desde el siglo XVI, en que piratas franceses la saquearon, a pesar de que, veintiún años atrás, los ingleses lanzaron contra ella un fuerte e inútil ataque. Con una población de treinta mil o cuarenta mil habitantes, superior a la de Boston o Nueva York, La Habana era la tercera ciudad del Nuevo Mundo, precedida únicamente por Lima y México.[4] Su captura supondría un fuerte golpe a la moral francesa y destruiría las comunicaciones imperiales españolas. Interrumpiría el transporte del oro y la plata a España y Francia. El almirante Rodney había ocupado recientemente varias islas francesas en el Caribe; su flota de las Indias Occidentales se preparaba para lanzarse sobre Martinica. Ello permitía pensar en la posibilidad de que las islas del Caribe pudieran un día ser unificadas bajo una sola bandera: la inglesa.

El gobierno británico que envió la expedición a La Habana era pacífico. El gran William Pitt, arquitecto de anteriores vic-

torias en la guerra, había dimitido en el curso del otoño anterior, pues hubiese querido golpear a España de inmediato. El gabinete pasó a ser encabezado entonces por un hombre de sesenta y nueve años, el duque de Newcastle, maestro de corrupción política y conde de Bute, íntimo amigo del rey; aquel al menos era partidario de la paz casi a cualquier precio; Newcastle opinaba que la expedición a La Habana era «*costosísima*, azarosa, incierta… cuando tanto los hombres como los buques son necesarios en otra parte, una empresa quimérica (como lo veo ahora) a la que seguirían después, México, San Agustín [Florida] y Dios sabe qué».

La entrada en la guerra, y el envío de la expedición, habían sido forzados por los jefes militares y navales, que todavía estaban en contacto con Pitt, tales como el grande y anciano almirante, lord Anson, contra las inclinaciones de los políticos, que incluso dudaban que pudiera conseguirse algo de verdadero valor en la conferencia para la paz, que esperaban fervientemente que no se demorara mucho: «Nunca como hasta ahora había visto a esta nación tan cerca de su ruina… La paz, mi querido lord, es el único remedio… las victorias nos dañan, pues hacen más difícil la paz». En este tono de duda despachó el primer ministro inglés, el duque de Newcastle, a la expedición. El comandante en jefe era el conde de Albemarle. Dos de sus hermanos, el comodoro Keppel y el general de división Keppel, estaban entre los mandos militares y navales. El almirante al mando era *sir* George Pocock.

De Portsmouth salieron cinco buques de guerra, con treinta barcos de transporte (con 4000 hombres a bordo), diecinueve barcos de suministros y ocho cañoneros. Muchos de los hombres eran veteranos, y al frente de ellos iba Guy Carleton, comisario de Wolfe en Quebec. En Barbados, la flota cargó 11 000 galones de ron, 100 toneles de clarete y 900 barricas de tinto además de algo de carne, y se hizo a la mar; un galón de ron

por soldado, 500 galones de vino por oficial. Cerca de La Española, Albemarle y Pocock se encontraron con un contingente de Jamaica, 700 negros entre ellos, al mando del comodoro Douglas, con nueve de los buques de Rodney en línea, incluido el *Dragon*, que estaba al mando del capitán Augusto Hervey, un antiguo compañero de Keppel en el Canal de la Mancha y en Belle-Isle, en los años 1758 y 1760. Estos refuerzos incluían un grupo de esclavos destinados a trabajar para el ejército.

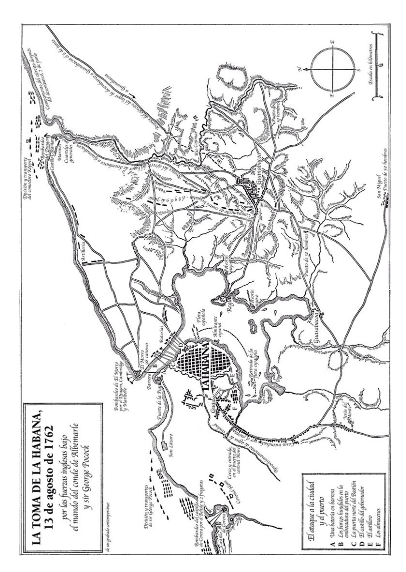
El 6 de junio, Albemarle empezó a desembarcar tropas en la desembocadura del río Cojímar, 5 millas al este de La Habana, siendo protegido desde el mar por su hermano, el comodoro. Pocock siguió, con la flota principal, hacia el puerto de La Habana, y efectuó un simple desvío hacia el oeste de la ciudad, para distraer la atención de las actividades de Albemarle. La añagaza resultó. Las fuerzas españolas, al mando del coronel Caro, salieron en persecución de Pocock, mientras Albemarle desembarcaba sin oposición.

El capitán general de Cuba, Juan de Prado, convocó, la noche del 6 de junio, un apresurado consejo de guerra en La Habana. Las primeras noticias de la proximidad de la expedición inglesa le habían llegado uno o dos días antes gracias a una fragata española que se refugió en el pequeño puerto de Matanzas. Pero Prado no dio importancia al rumor; nadie pensaba que una gran flota inglesa pudiera atravesar el estrecho de las Bahamas. En el consejo de guerra se hallaban presentes dos hombres ya retirados, el hasta entonces virrey del Perú, el conde de Superunda, y el gobernador de Cartagena (Colombia), Diego de Tabares, que se hallaban casualmente en La Habana, en su camino de regreso a España. Su presencia era demostrativa de la inmensa lentitud de las comunicaciones imperiales en la América española: Tabares había salido de Cartagena en agosto de 1761; la orden de regreso de Superunda había sido firmada en junio de 1760, pero él no la recibió hasta abril de 1761. Am-

bos llevaban meses en La Habana, esperando una escolta que los llevara a España. El almirante al mando de La Habana, el marqués del Real Transporte, y los capitanes de los veinte buques anclados en el puerto, de los que sólo doce eran «de la línea», se hallaban también presentes en el consejo.

El consejo decidió bloquear la entrada al puerto de La Habana con dos grandes buques, y emplear a sus marineros y cañones, como también a los de los otros buques, para reforzar las defensas terrestres. En consecuencia, la flota española no saldría a la mar a enfrentarse con los ingleses, que, por lo tanto, iban a disponer de absoluta libertad para escoger el momento del ataque, pudiendo permitirse el lujo de esperar la llegada de refuerzos. Aunque tímido, este plan estaba de acuerdo con las órdenes recibidas en noviembre por el marqués del Real Transporte. La decisión española estuvo influida por la presencia en el puerto de cien navíos mercantes, una presa demasiado importante como para perderla en cualquier guerra.

El mando español puso entonces sus esperanzas en la defensa, a cargo de 3000 soldados regulares (a causa de la fiebre amarilla, la guarnición había quedado bastante reducida, el año anterior), 9000 marineros (de los que sólo unos pocos permanecerían a bordo de los buques) y una milicia de quizá unos 15 000 hombres; pero, llegado el momento, la milicia consistía en sólo 3000 soldados, y se disponía únicamente de 2000 mosquetones, aunque había, además, algunos machetes, así como cierto número de picas. Muchos de los milicianos eran negros o mulatos, y el capitán general Prado armó también a muchos esclavos, a quienes prometió la libertad, si luchaban como de ellos se esperaba. (La promesa fue cumplida). Los españoles decidieron defender con cañones la larga colina, conocida como La Cabaña, que se elevaba sobre La Habana y que moría en El Morro, un castillo junto al mar, construido hacia 1590 para defenderse de los ataques de *sir* Francis Drake.



La toma de La Habana por las fuerzas inglesas, 1762

La marcha de Albemarle desde Cojímar se realizó con lentitud, debido a unos brotes de malaria y disentería. Aunque el general Eliott tomó Guanabacoa, un pueblo situado a unos pocos kilómetros al este de la bahía de La Habana, Albemarle estaba esperando un sitio, no un *coup de main*, y preparó sus baterías. Sólo el día 1 de julio, casi un mes después del desembarco, fue lanzado un ataque en serio, y ello debido tal vez a que Albemarle temió perder a todos sus hombres, a causa de la epidemia, si no actuaba pronto. Los buques de guerra ingleses bombardearon El Morro desde el mar, mientras el ejército avanzaba. Los buques hicieron buena parte de los disparos. Hervey, en el *Dragon*, casi enteramente destruido, señaló suavemente que «a menudo había sido lento», pero el ejército todavía se demoraba; la batería delantera había sido mal colocada, y la munición escaseaba. La malaria y la disentería aumentaban. El 25 de julio, 5000 soldados y 3000 marinos estaban enfermos. Desde Jamaica y Nueva York llegaron algunos refuerzos. El Morro fue atacado el 30 de julio, y el ataque fue dirigido por el tercero de los hermanos Keppel, William, a través de la brecha abierta por

dos minas cuidadosamente colocadas: los españoles lucharon valientemente, pero eran inferiores en número. También sus filas se habían visto diezmadas por la enfermedad. En el asalto murieron unos doscientos. El comandante español, Luis de Velasco, fue mortalmente herido, al igual que su segundo en el mando, el marqués González. Los dos días siguientes los dedicaron los ingleses a echar bombas sobre La Habana y a contar sus bajas, y después se lanzaron contra La Cabaña. El jefe de los ingenieros, un técnico francés, Baltasar Ricaud de Tirgale, informó que La Habana era indefendible. Entre el 1 y el 7 de agosto, el capitán general español y sus consejeros decidieron rendirse e hicieron urgentes pero vanos esfuerzos por enviar el oro y la plata que había en La Habana a otros lugares de la isla o a otras posesiones españolas. El 11 de agosto La Habana fue rodeada por las baterías inglesas. Conminados a rendirse, los españoles se negaron. Las baterías abrieron fuego. Comunicaron al capitán general que sólo quedaba munición para cuatro o cinco horas; entonces cedió.

Fueron acordados los términos de la rendición. Albemarle tomaría posesión de La Habana y de la zona occidental de la isla. Los habitantes de Cuba podrían seguir siendo católicos, pero el obispo debería consultar con el gobernador, antes de nombrar a los curas. Quienes lo desearan podrían regresar a España en el plazo máximo de cuatro años o podían optar por convertirse en súbditos ingleses. El capitán general y otros miembros del consejo de guerra de La Habana serían enviados de regreso a España con una fragata. Los hombres que habían servido en la milicia se convertirían en personas civiles, por lo que podrían permanecer en la isla, pero los marineros y los soldados serían enviados también a España.

Esta victoria tuvo su origen en la mala preparación de los españoles y en la falta de hombres y municiones. Prado había tenido con él a dos ingenieros franceses, además de inteligentes

instrucciones para la defensa de La Habana. Pero nada se hizo. España llevaba años preparándose para la guerra, pero el tiempo fue desperdiciado. Una vez en España, Prado y sus colegas del consejo de guerra fueron llevados ante un tribunal, como cabezas de turco; Prado fue condenado a muerte, por negligencia, pero la sentencia le fue conmutada por diez años de exilio, con pérdida de empleo y de todos sus derechos. Murió en la ignominia.

2

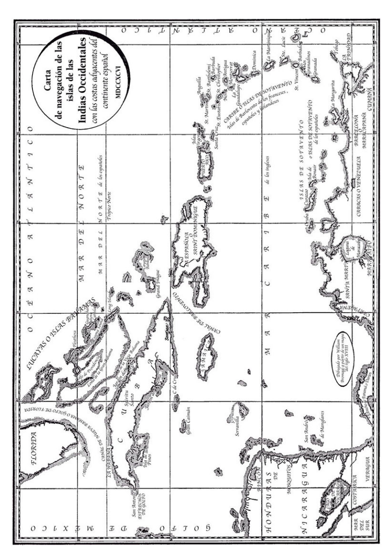
La colonia española

Dado que llegó en plena canícula y dado que, como la mayoría de sus hombres, estaba enfermo, de labios de Albemarle no salió ninguna expresión lírica de contento, al estilo de Colón, cuando vio la isla por vez primera. No obstante, Cuba no había cambiado mucho en dos siglos y medio: todo el imperio español «se había desarrollado con una lentitud realmente majestuosa». En 1762, tal vez una cuarta parte de la población de Cuba vivía en la ciudad de La Habana.[5] Durante ciento cincuenta años, los cuatro mil o cinco mil marinos de la gran flota española habían esperado en La Habana unas seis semanas cada año, al efecto de recibir a los buques que traían los metales preciosos de medio mundo, que llegaban de Veracruz o Portobello, y escoltarlos, a través del canal de las Bahamas, hasta Sevilla o Cádiz. La Habana tenía también sus astilleros, en los que se construían pequeños buques auxiliares de la flota de Cádiz, y era un centro de abastecimiento de alimentos: carne salada, verduras y frutas para el viaje de regreso a casa. Estas actividades comerciales habían dado a La Habana su carácter especial. A la llegada de esta gran flota, el juego era una actividad incontrolada, los burdeles eran más numerosos día a día, y el porcentaje de crímenes era cada vez más alto. La ciudad (que tenía una guarnición permanente de soldados españoles) parecía verdaderamente el «bulevar del Nuevo Mundo», como dijo el abate Raynal; «uno de los más alegres y pintorescos [puertos] de las costas de la América equinoccial», en palabras del barón Humboldt; la ciudad estaba llena de desertores, esclavos fugitivos, jugadores, fulleros, marineros en busca de barco, prostitutas en busca de marineros y «frailes sin destino fijo». Las salidas regulares de la flota habían cesado cincuenta años antes, y los inten-

tos por revivir los viejos itinerarios habían fracasado. Pero La Habana era todavía puerto militar y tenía ya ese carácter único, indolente y brillante, pero, a la vez, semicriminal y cosmopolita que durante tiempo la caracterizó. A un norteamericano, el comandante Gosham, que vino con Albemarle, los habaneros le parecían «una mezcla tan mala como la peor de la tierra». Teníam, no obstante, la gracia de la diversidad. Al contrario que en las islas británicas de las Indias Occidentales, en Cuba había una numerosa comunidad libre compuesta de mulatos y negros, comunidad que en La Habana llegaba a la cifra de 10 000 personas, o sea, un tercio de la población mulata o negra de la ciudad. Eso debió de ser considerado como algo muy raro por el comandante Gosham, dado que en algunas colonias de la América del Norte inglesa existían leyes muy severas contra la «mezcla de razas».

La Habana estaba amurallada, y construida, como la mayoría de las ciudades hispanoamericanas, alrededor de una plaza de armas central. Carecía de catedral, pero existían planes para su construcción; cuando estaba en La Habana, el obispo (cuya sede estaba en Santiago) predicaba en una iglesia parroquial construida en diferentes épocas. Concretamente, una parte del templo databa del siglo XVI. Pero había varios edificios religiosos realmente majestuosos, construidos con piedras transportadas desde México. Tales construcciones, debido a la acción de las tormentas y de los huracanes, parecían muy viejas: la madera se veía carcomida, y el cobre, atacado por el cardenillo. Después de la caída de la ciudad, esas iglesias quedaron llenas de heridos. Santo Domingo, el monasterio dominico (descrito en una lista de casas eclesiásticas de la ciudad, preparada para los ingleses, como «rico»), que había sido fundado en las postrimerías del siglo XVI; el igualmente «rico» convento de monjas de Santa Catalina, donde las jóvenes adineradas podían aislarse del mundo, construido a finales del siglo XVII; un convento franciscano

«pobre», con una alta torre, que, comenzado a construir en el siglo XVI, no fue terminado sino hasta la década de 1730, y que resultó dañado durante el sitio (había sido el camposanto de las familias ricas de la ciudad, durante varias generaciones; Albemarle lo utilizó más tarde como cuartel). Había un segundo monasterio franciscano «muy, muy rico», y otro, belenita, «muy pobre», con una escuela (del que más tarde se hicieron cargo los jesuitas), y otro viejo convento «rico», dedicado a Santa Clara, en cuyo cementerio fueron enterrados la mayoría de los muertos, después de la caída de la capital en 1762. Asimismo poseía una universidad, fundada en 1728 por los dominicos, la cual, como todas las universidades del siglo XVIII, distaba mucho de ser ilustrada; el profesor de matemáticas enseñaba «astronomía y sus consecuencias para Nuestro Señor y Rey»; su silla estaba a menudo vacante. Los mulatos y los negros, esclavos o libres, al igual que los judíos y los moros, no tenían acceso a la misma, si bien algunos mulatos libres consiguieron burlar esta disposición. Había también un colegio de los jesuitas, el de San Ambrosio y San Ignacio, que formaba parte del monasterio jesuítico y que fue fundado como consecuencia del cierre de varias viejas escuelas, víctimas de las pendencias entre los jesuitas y las otras órdenes.



El Caribe en 1796

Aparte de una prensa de imprimir que, en 1723, portó un belga, existían un par de imprentas más. Todavía no se publicaba ningún periódico, pero de vez en cuando aparecían algunos poemas y folletos; además, estaban a la venta algunos de los muchos periódicos españoles, aunque no regularmente.

Salvo las iglesias, los edificios interesantes de la isla se limitaban prácticamente a los fuertes, la arquitectura característica del Caribe, que dominaban las ciudades y eran producto de la ingeniería militar europea: El Morro, del siglo XVI, que fue lugar de batalla en 1762 y que sufrió grandes daños durante el sitio; San Diego, en ruinas a la orilla del río de La Habana; La Fuerza, la construcción del cual fue iniciada en 1538, considerado como «el más viejo edificio habitado del Nuevo Mundo, y que era residencia del gobernador español, y desde cuyas ventanas, en el siglo XVI, la esposa de Hernando de Soto estuvo durante tres años esperando vanamente que su esposo regresara de su descubrimiento del Mississippi; y La Punta, frente a El Morro, al otro lado del puerto, fuera de las murallas de la ciudad, construido en la década de 1630». El edificio más opulento de Cuba

era la catedral de Santiago, sede del episcopado de la isla, construido en el siglo XVI; había también una catedral en Puerto Príncipe, todavía no terminada, a pesar de que su construcción fue iniciada en 1616. El santuario más importante, el de Nuestra Señora de la Caridad, en El Cobre, la mina cuprífera cercana a Santiago, era muy sencillo, construido en piedra y con una techumbre de madera de cedro, una sola nave y baldosas azules y blancas en el suelo.

Tales eran los monumentos de la isla en la que acababan de penetrar los ingleses: algunas torres que se elevaban por encima de las ciudades amuralladas, la mayor parte de cuyas calles secundarias, sin adoquinar, oscuras y sucias, podrían parecer familiares en 1960 a cualquiera que haya paseado por los barrios bajos de las capitales sudamericanas. Pero había diferencias importantes; la forma en que las ciudades estaban planeadas. Las ciudades de la América del Norte británica se levantaban para servir al campo; en el imperio español, en cambio, la población del campo crecía para responder a las necesidades de las ciudades. Las ciudades de la América hispana (al contrario que las del norte anglosajón) eran construidas de acuerdo con reglas arquitectónicas específicas,[6] con la iglesia aquí, la plaza allí: en aras de la seguridad, fuera de las murallas había muy pocos edificios. Las casas, pintadas de blanco, y con suelo de baldosas rojas, eran más parecidas a las de Andalucía que a las de América del Norte. En La Habana había unas cincuenta mansiones muy semejantes a las de Sevilla, con grandes patios, con techos labrados de estilo mudéjar y pesadas puertas; las más antiguas pertenecían a los Sotolongo y a los Recio, que habían fundado La Habana en el siglo XVI; dentro, un conde y su familia, sus esclavos, sus bastardos y primos de varios tintes (todos, en contraste con la América del Norte británica, con nombres precisos para cada tonalidad exacta del color de la piel), vivían la mayor parte del año, aunque sus ingresos procedían, como en

España, de las tan poco conocidas como despreciadas zonas rurales. El estricto norteamericano, el comandante Gosham, encontró, en 1762, que aquella gente era «indolentemente aficionada a los muebles y vestidos lujosos y llamativos». Por la noche, los perros salvajes y los esclavos fugitivos trataban de entrar en la ciudad, hurgando la basura, en busca de comida; era muy escasa la gente que, de noche, se atrevía a salir sin armas a la calle, o sin una linterna y escolta.

Fuera de las murallas de La Habana y de las otras pocas ciudades, más pequeñas, se extiende el campo, virgen e inmenso. Más de la mitad de la isla (de una extensión ocho veces menor que la de Inglaterra, aunque más larga y estrecha) estaba constituida por bosques, con muchos árboles de maderas finas, como cedros, caobos, otras maderas de ebanistería y algunos pinos. De hecho, sin embargo, buena parte del cedro y la caoba habían sido utilizados para la construcción de buques y para la exportación a España, especialmente en la década de 1580, para la construcción de muebles y paneles destinados al monasterio de El Escorial y para las puertas de San Francisco el Grande, de Madrid, y no fueron reemplazados. Había también muchos árboles de frutas silvestres —mangos y naranjos (importados originariamente de Europa y de África), limoneros, ananás, bananeros, junto con cáñamo, índigo y algodón—, y por todas partes, sobresaliendo de los bosques y plantaciones, maravillosas palmeras reales de veinte a veinticinco metros de altura.

En Cuba hay unas pocas cadenas montañosas, como, por ejemplo, la Sierra Maestra, de unos doscientos setenta kilómetros de longitud, en la parte oriental de la isla, cerca de Santiago; la Sierra de Escambray, en el sur, cerca de Trinidad, y la Sierra de Órganos, en la parte occidental, todas ellas con bosques. La montaña más alta, el pico Turquino, en la Sierra Maestra, tiene una altura de unos dos mil metros. La suave, aunque rica, vegetación se reflejaba en la fauna: no había serpientes ni gran-

des animales salvajes, y los grandes reptiles eran pocos, excepción hecha de algún que otro cocodrilo en los pantanos de la costa meridional. Había, no obstante, venados, papagayos, palomas, cuclillos, búhos, patos salvajes, colibríes, buitres, halcones y milanos. Los peores enemigos naturales eran el pequeño mosquito jején, los mosquitos, la hormiga local de mayor tamaño, llamada bibijagua, y el escorpión.

Las lluvias eran constantes, por lo que la sequía era prácticamente desconocida. El este de Cuba era a menudo azotado por los huracanes, pero el agua no solía llevarse la tierra, a diferencia de lo que ocurría en latitudes similares en África. El clima de la isla era uniforme, salvo en verano, la época en que llegó Albemarle, en que se convertía en húmedo y tormentoso. Durante el resto del año, el cielo era azul y el calor raramente molestaba.

En Cuba no había buenas carreteras. La mayoría de las comunicaciones se efectuaban por mar, si bien existía un servicio postal mensual entre La Habana y Santiago. El cartero, que debía cambiar de caballo, tardaba catorce días en hacer el viaje. (La primera oficina de correos había sido inaugurada sólo siete años antes, en 1755, por el correo mayor, José Cipriano de La Luz, en unas habitaciones de su propia casa). En el campo vivía poca gente. Puede afirmarse que, de modo permanente, residía en las zonas rurales menos del 10 por ciento de la población total. Los habitantes del campo eran esclavos fugitivos, indios primitivos y cultivadores de tabaco, con sus criados y familiares; los esclavos que trabajaban en las escasas plantaciones de azúcar, sus capataces y, ocasionalmente, sus dueños; y un pequeño número de ganaderos, que no eran lo bastante ricos como para dedicarse a la producción de azúcar o para construirse una casa en La Habana.

De todos, los más importantes durante varias generaciones habían sido los ganaderos. Aun careciendo de buenos mapas,

de experiencia en el reparto de tierras y de un conocimiento completo del país, la corona de España había ideado, en el siglo XVI, un método muy sencillo de entrega de tierras. Las donaciones o mercedes eran hechas en forma de círculos: a un propietario se le entregaba un pedazo de tierra de un radio determinado a partir de un punto, determinado también. El propietario recibía el usufructo de la tierra a condición de que suministrara a la localidad más cercana la carne necesaria para el alimento de sus moradores y de que abriera una posada en el centro del círculo. Estos círculos de tierra eran, por consiguiente, menos donaciones de tierra que planes para la obtención de comida para los moradores de la isla. Pero se demostró que todo ello no bastaba. Se prepararon otros alicientes para los colonos: tierras, exenciones tributarias, animales, casas de labor y premios para el primer español que obtuviera una nueva cosecha en la isla. Fueron pocos los españoles que vinieron, pues en España había escasez de brazos, también; el inglés contratado mediante escritura para trabajar en las colonias no tenía su equivalente español. Luego comenzaron las disputas sobre dónde terminaban las tierras de un colono y dónde empezaban las de su vecino. Muchas concesiones eran muy confusas en cuanto a sus límites territoriales. El radio de algunas de ellas era muy ambiguo, como, por ejemplo, la distancia desde la que podía ser oído el cencerro de una vaca o el canto de un gallo. Los propietarios titulares sin tierras se peleaban con los cultivadores sin título. Los intentos para racionalizar el asunto —tales como el de convertir el círculo en una figura de sesenta y cuatro lados — sólo sirvieron para que ganaran dinero los escribanos.

Los trozos de tierra no concedidos, entre círculos, permanecían técnicamente en poder de la corona y constituían lo que se llamaba un realengo; y hasta cerca de 1720 podían los cabildos entregar tales tierras a quien las solicitara, contra pago de una tasa a convenir. Pero luego se hizo tan grande la confusión que

el Consejo de Indias decidió hacerse cargo de la tarea. Finalmente, ocho años antes de la caída de La Habana en poder de Albemarle, el capitán general asumió la imposible responsabilidad (actuando por cuenta de la Audiencia de Santo Domingo). Mientras, muchos intrusos se habían instalado en los realengos, sin dinero o sin voluntad para conseguir una entrega formal, obteniendo sólo lo indispensable para malvivir y sin perspectivas de ver mejorar su situación.

Los indios nativos, nunca numerosos, que habían vivido en Cuba desde antes de la llegada de Colón (y de los que Europa obtuvo los beneficios del tabaco y de la sífilis) se habían convertido en unos pocos miles de campesinos aislados, algunos de los cuales vivían como nómadas en cuevas del oeste de Cuba, al lado de esclavos fugitivos, mientras que otros se habían agrupado en el este, en distritos o sexmos. No obstante, estos pocos indios —quizá 60 000, quizá todavía menos— habían ido disminuyendo en número, por culpa del excesivo trabajo en la búsqueda del esquivo oro que los primeros españoles creían que había en la isla; por culpa de una serie de enfermedades europeas (especialmente las plagas de 1517 y 1528), y por culpa del hambre, consecuencia del colapso de sus viejas instituciones y costumbres. En toda la América española se dieron circunstancias muy parecidas: una población total de unos cuarenta millones había pasado a ser de una décima parte a los cincuenta años de la conquista. Muchos, no obstante, es indudable que fueron absorbidos, en Cuba y en todas partes, por familias españolas, y debido a su piel blanca fueron considerados españoles (o criollos), aunque a veces su origen real era traicionado por sus pequeñas manos y pies, por su poca barba o por sus ojos oblicuos. Quienes realizaron el censo cubano de la década de 1770 consideraron a los indios como «blancos», y la verdad es que en ningún censo posterior figuraron como una minoría aparte. Pero algunos lugares, tales como Guanabacoa, donde

los indios próximos a La Habana se habían congregado hacia 1540, y Jiguaní, una localidad casi enteramente india fundada alrededor de 1740 en Oriente, fueron de formación indudablemente india.

Los indios dejaron otras huellas en la isla: su bohío, la pequeña cabaña hecha de hojas de palma y madera, ha sido desde entonces la casa típica del campesino cubano. Han contribuido también con palabras, tales como batey, que sirve para designar el grupo de edificios alrededor de un ingenio azucarero; huracán, el fuerte viento que tantas cosechas cubanas ha destruido; hamaca, el lecho más práctico en los trópicos; canoa, el bote más práctico, y guajiro, el pequeño campesino, como lo eran la mayoría, que cultivaba yuca, maíz, aguacate y batata, productos todos ellos propios de Cuba. Han dejado asimismo nombres de lugar, entre ellos los de «Cuba» y «Habana» (derivado de «sabana», que significa llanura sin árboles);[7] y el arte del cultivo del tabaco (tabaco era también una palabra india).

En Cuba, muchos supuestos españoles «blancos» cultivadores de tabaco (vegueros, ya que eran los únicos cultivadores reguladores de la vega, o llanura) eran probablemente medio indios, si no lo eran enteramente; y otros del siglo XVI procedían de las Islas Canarias.

Los españoles cultivaban tabaco en lugares accesibles, como en la ribera del río Almendares, cerca de La Habana, o en la orilla del río Arimao, cerca de Trinidad. El tabaco cubano, sin embargo, había sido muy vendido (a veces en forma de rapé) a los piratas y contrabandistas holandeses, franceses e ingleses que merodeaban por las cercanías de las costas hasta finales del siglo XVII. Los «molinos» de rapé eran numerosos en La Habana, mientras que el sudoeste de Cuba, especialmente las ciudades de Bayamo y Manzanillo, se convirtieron, a pesar de lo riguroso de las penas, en grandes mercados de contrabando don-

de los contrabandistas europeos intercambiaban mercancías, tintes, carnes saladas y esclavos.[8]

España, decadente ya en la metrópoli, se dio cuenta de que una población diseminada constituía un serio peligro para la defensa de la isla contra los extranjeros. Por ello trató de animar a más colonizadores españoles a trasladarse a Cuba, entregándoles campos de tabaco, bien gratis, bien con un alquiler nominal. Pero nada se consiguió. Hubo también dificultades derivadas del sistema circular de distribución de la tierra. Los vegueros querían valles más ricos, no terrenos arbitrarios entre círculos vagamente conocidos. Algunos propietarios no pusieron dificultades a la instalación de los vegueros, pero no pudieron evitar que el tabaco fuera destruido por el ganado. Las disputas entre los cultivadores de tabaco y los ganaderos estaban a la orden del día, y, claro, en ausencia de la ley, vencía el más fuerte. La oligarquía de La Habana y el cabildo estaban dominados por los ganaderos. Los cultivadores de tabaco buscaron la ayuda de los piratas y, finalmente, de la corona.

Ya por entonces era el tabaco la cosecha más provechosa de Cuba. A los vegueros les prohibieron vender su producto (incluido el polvo) a quienquiera que no fuese el gobierno, que creó un monopolio (el estanco), con objeto de hacerse cargo de la cosecha y de fabricar puros en una fábrica real. Muchos vegueros, apoyados por algunos clérigos y regidores, no estuvieron de acuerdo. Hubo protestas y hasta rebeliones, como, por ejemplo, en 1717 y en 1723, cuando trescientos hombres armados incendiaron las haciendas de aquellos que colaboraban con el gobierno, y marcharon sobre La Habana. Esta afirmación de la iniciativa privada fue aplastada y sus jefes, ahorcados. El estanco, sin embargo, no alteró mucho las cosas. En teoría, todo el tabaco cubano iba a parar a Cádiz; en la práctica, buena parte del mismo (si no la mayor parte) pasaba a manos de los contrabandistas. Según las estadísticas, la producción cubana de taba-

co no se incrementó durante todo el siglo XVIII; en realidad, no obstante, aumentó en un 100 por ciento, como mínimo.

En Cuba se cultivaban, aunque no en gran escala, algunos otros productos agrícolas; los indios habían enseñado la forma de cultivar el boniato, el ñame, el maíz, la yuca, la calabaza, algunas variedades de frijoles y diversas plantas medicinales, además del tabaco. Inevitablemente, se transmitieron menos a España desde Cuba que desde el continente, donde, en muchas zonas, los indios estaban en franca mayoría. Los incas y sus vasallos, por ejemplo, habían ideado un sistema de riego propio, empleaban fertilizantes derivados de los excrementos de los pájaros, y habían creado métodos para el almacenamiento del grano sobrante. Los cubanos apenas si aprendieron estas técnicas antes de la década de 1960.

Los ranchos del centro de Cuba producían cuero y carne; la mayor parte de tales productos eran vendidos a los barcos que llevaban metales preciosos o eran exportados a España: la demanda de cuero era muy grande, mientras que el tasajo y el charqui constituían el alimento típico en los viajes por mar. Probablemente, las cifras oficiales reflejan la realidad; las pieles constituían la primera exportación cubana, hasta el auge del tabaco en el siglo XVIII. La ganadería era, por entonces, la actividad preferida por los caballeros españoles, pues para llevarla a cabo se necesitaba únicamente disponer de buenos caballos y jinetes, y el trabajo, aparte de la persecución de los animales que se escapaban, era muy esporádico.

3

Azúcar y sociedad

Cuba, al contrario de la tierra firme española en la América del Sur, nunca había sido retenida por España por el valor de sus exportaciones. Ahora no tenía oro, ni jamás lo había tenido en gran cantidad. Era una colonia auxiliar, mantenida, como Adén en el imperio británico del siglo XIX, al servicio de los barcos que llevaban a la metrópoli los principales productos imperiales. De las colonias se esperaba, más que cosechas, metales preciosos: los españoles «querían oro, no cavar la tierra como campesinos», señaló Cortés en 1504. Cuba, a diferencia de las otras islas del Caribe, producía algo de algodón y café; pero todavía no se había iniciado en la producción a gran escala de aquel producto originario del sur del Pacífico, por el que llegaría a ser especialmente famosa y que tenía ya gran importancia en el Caribe, es decir, la caña de azúcar. Los ingleses encontraron unas 2800 cajas de azúcar en el muelle de La Habana —las exportaciones del año o unas 500 toneladas—, que representaban la décima parte de lo que entonces producía Jamaica. Pero el camino para la expansión estaba ya abierto (como lo estaba en las igualmente descuidadas colonias españolas de Puerto Rico y Santo Domingo); el mercado interno español crecía, debido a la cada vez mayor prosperidad y al aumento de la población, mientras que la producción española de azúcar, de gran importancia bajo la dominación árabe, estaba en decadencia en el siglo XVIII, con poco más de diez ingenios azucareros y no mucho más de 400 hectáreas de caña; además, la producción cubana era mucho mayor de lo que las cifras oficiales indican. La zona de la caña comprendía más de 4000 hectáreas, que, si bien eran poca cosa en comparación con Jamaica, no eran nada despreciables. Lo que tal vez se necesitaban eran

«ideas de fuera» y, más necesaria aún que los factores psicológicos, era la obtención de más brazos.

De hecho, en Cuba ya existían más de cien plantaciones de azúcar.[9] Estas plantaciones habían cambiado poco desde el siglo XVI. En su mayor parte se hallaban cerca de La Habana, mientras que unas pocas estaban en las proximidades de otras ciudades, y casi todas tenían molinos movidos por seis cansinos bueyes o, a veces, por caballos, guiados por muchachitos negros. Sólo unos pocos molinos operaban con agua —más poderosa, pero más cara—, aquellos molinos que llevaban la riqueza a las islas inglesas y francesas del Caribe (sobre todo Saint Domingue). En Cuba había algunos molinos movidos por agua, pero los ríos caudalosos escaseaban. La producción de azúcar apenas había aumentado desde finales del siglo XVI.[10]

La maquinaria de estos molinos era, naturalmente, de madera: generalmente, tres cilindros verticales trituraban bajo un techado parecido al de los tiovivos, las largas cañas acarreadas por esclavos negros. Para evaporar el líquido, el jugo, guarapo, de color verde oliva pálido, era hervido en la casa de calderas, en una serie de cinco recipientes de cobre, abiertos, de tamaño decreciente, cada uno atendido por esclavos distintos, hasta que el jugo se convertía, por evaporación, en jarabe. Llegado este punto, al jugo se le añadía lejía, un agua alcalina obtenida de restos vegetales. Cada recipiente tenía su propio fuego de leña. El jarabe era vertido en toneles, moldes de arcilla o barriles, y se lo dejaba reposar durante unas semanas, para que se endureciera, en la casa de purga. El jarabe más barato, la melaza, caía, a través de un agujero en el fondo del molde, en un cuenco situado debajo, y después, en la destilería, era convertido en ron. El azúcar resultante tenía forma de pan, y el de mejor calidad quedaba en la parte superior del tonel, mientras que el peor era el de la parte inferior. El proceso no era muy higiénico. Los

molinos producían en quienes los veían una imborrable impresión: la casa de purga parecía un verdadero palacio de Plutón, envuelta en humo sulfuroso, y estaba muy lejos de ser el paraíso terrenal con el que buena parte de la literatura europea identificaba a América: los negros, desnudos hasta la cintura, con el cuerpo casi en ebullición debido al calor de los hornos; las salpicaduras del líquido hirviente; los gritos de los esclavos que alimentaban los recipientes y las órdenes de los vigilantes (¡Echa candela! o ¡Puerta!); las lúgubres canciones de los esclavos, en el interior y en el exterior; un machete siempre dispuesto para cortar las manos de los esclavos, si se enganchaban en los rodillos; y el simultáneo crujir de la caña.

Estos molinos (conocidos generalmente como trapiches, del italiano o siciliano *trapetto*, pues las piedras de molino fueron inventadas en Sicilia, en el siglo XV) tenían una duración de unos cuarenta años, como máximo. Después de cuatro décadas, la tierra quedaba completamente deteriorada, pues no recibía fertilizante alguno. Lo único que se hacía era limpiarla algo, pero nunca ararla, y por ello no es sorprendente que sólo pudiera resistir dos o tres siembras de cañas (con una duración de quince o veinte años cada una). Como es lógico, toda la madera que pudiera encontrarse por los alrededores del molino había sido empleada para alimentar los hornos. Los gastos del transporte de la caña y del combustible desde más lejos hubieran sido totalmente antieconómicos. Por ello, al plantador no le quedaba otro camino que cerrar el molino o trasladarse a otro lugar. El coste de la tierra virgen era, después de todo, bastante bajo: 500 pesos por caballería (unos 16 pesos por 40 áreas) a finales del siglo XVIII, y muy poco tiempo antes podía haberse obtenido gratis, con sólo comprometerse a explotarla.

Normalmente, los ingenios azucareros eran construidos en medio de un conjunto de edificaciones, consistentes en la casa de vivienda para el propietario (o su administrador), algunas ca-

sas pequeñas para los asalariados, una cocina, una guardería y un hospital para los esclavos; había también una carpintería, una herrería, una tonelería, establos, quizá una destilería para fabricar aguardiente (un licor obtenido de la caña, muy apreciado por los esclavos) y alojamientos para los esclavos, consistentes en un conjunto de casitas primitivas. Las plantaciones azucareras solían estar divididas en dos secciones: una, la zona de la caña (cañaveral), y la otra, llamada el potrero, o área de reserva para los pastos de los bueyes. Los molinos trabajaban únicamente durante los cuatro o cinco meses de la cosecha (febrero a junio), pero en los meses restantes había otros muchos trabajos que hacer, como el escardado, la construcción de caminos, la limpieza de la jungla y el plantado de nueva caña. La recolección era el trabajo más pesado, pero también el más bonito, ya que los esclavos tenían más aguardiente de lo normal, más caña que chupar y más fiestas. En términos agrícolas, la misma importancia tenía el plantado o replantado (en la estación de las lluvias, de julio a octubre), puesto que, si bien las raíces de la caña podían dejarse en la tierra después de ser cortadas, la nueva soca que dejaban producía cada año menos azúcar; no obstante, en Cuba continuaba produciendo bien incluso después del décimo año. Pero quizá la décima parte de los campos de caña eran replantados anualmente, después de la «perforación»: los esclavos hacían un agujero cuadrado, de unos cuatro pies, y de unos veintidós centímetros de profundidad (en los que podía ponerse abono y trozos de caña). El arado de las tierras era, en aquel entonces, desconocido en el Caribe, por lo que, con pequeñas variaciones (excepto en Cuba, la caña raramente duraba más de siete años), esta forma de organizar la producción de azúcar era común en todo el archipiélago.

Tales plantaciones solían estar destinadas a producir únicamente azúcar. No se pensaba en la diversificación. En los campos apenas si se plantaban productos alimenticios con los que

dar de comer a los esclavos. Algunas veces eran alimentados matando reses. Pero había que comprar ropa, comida y medicamentos, y por ello el nacimiento de la industria azucarera fue acompañado por la rápida expansión de la clase mercantil de la colonia. Aunque Cuba no había llegado todavía a esta etapa de monocultivo y las plantaciones azucareras de la isla producían verduras para La Habana, también allí estaba empezando este proceso, a imitación de Jamaica y de otras colonias, y en La Habana, a causa de los barcos y de sus necesidades, la clase mercantil residente había sido siempre desproporcionadamente numerosa. Algunos comerciantes eran meros buhoneros, mientras que otros eran grandes hombres con lujosas residencias en la ciudad, como lo fuera hacia 1760 Mateo Pedroso, miembro permanente del cabildo y número uno entre los mercaderes de la ciudad.

Al menos un tercio, si no la mitad, del coste de fundar una plantación de azúcar derivaba del precio de los esclavos. En Cuba, como en las otras islas de las Indias Occidentales, los esclavos constituían la parte más valiosa de la inversión efectuada en una plantación, más valiosa, desde luego, que la tierra, la maquinaria o los edificios. Para fundar una plantación era necesario tener acceso al mercado de esclavos, en primer lugar, y, en segundo, encontrar el dinero preciso para comprarlos y para adquirir también todo lo demás. Aparte, era necesario contar con el mantenimiento de los esclavos y con llevar adelante el trabajo durante una serie de meses, sin obtener, de momento, beneficio alguno. El crecimiento de la industria dependía, pues, del acceso al mercado de esclavos. Había, naturalmente, otras necesidades: tierra fértil próxima a un puerto desde el que poder embarcar el azúcar; maderas de árboles de buena calidad, para la construcción de edificios y para combustible; ganado con el que alimentar a los esclavos y hacer funcionar la maquinaria; y acceso a un centro manufacturero, tal como el arsenal

de La Habana, cuyos talleres pudieran emplearse también para la fabricación de maquinaria para las plantaciones y cacerolas de cobre. Todo esto podía conseguirse en las cercanías de La Habana, en parte debido a las demandas de la ya floreciente industria azucarera en el resto de las Indias Occidentales. El problema principal seguía siendo el de la mano de obra, es decir, de la mano de obra esclava.

Los españoles habían respetado, en parte por propio interés, y en parte por falta de capital, la vieja regulación papal por la cual la costa del África Occidental era considerada como zona de influencia portuguesa. A mediados del siglo XVIII, España no mantenía ningún tipo de comercio con la costa africana, a pesar de que la mayor parte de las naciones europeas lo tenían, y a despecho de la opinión de los escritores españoles, que consideraban que España debía mantener relaciones comerciales con aquella parte de África. De hecho, ningún barco español había estado en África para comprar o raptar esclavos. Por consiguiente, las colonias españolas habían tenido que arreglárselas con esclavos extranjeros, de los ingleses, sobre todo, y es que Inglaterra, al dominar el tráfico marítimo mundial, dominaba también la trata de esclavos. La South Sea Company, de Londres, tenía entonces la exclusiva (asiento) de la venta de esclavos a Cuba y a todo el imperio español (de 1713 a 1739), pero después el monopolio para la venta de esclavos a Cuba fue concedido a una compañía española, que los compraba a la South Sea Company o a otros mercaderes ingleses establecidos en Jamaica. Ninguno de los dos sistemas resultó satisfactorio. Los plantadores cubanos no podían conseguir cuantos esclavos necesitaban. Ni la South Sea Company ni la compañía monopolística podían satisfacer toda la demanda: la compañía inglesa vendió unos 5000 esclavos (comprados en Jamaica, la mayoría) en Cuba, entre 1740 y 1760, a 144 pesos cada uno. El contrabando pudo proporcionar otros 5000 en el mismo período, pe-

ro los plantadores cubanos seguían insatisfechos. No sólo necesitaban esclavos para las nuevas plantaciones, sino también un suministro constante y regular, después; y es que los plantadores caribeños de todas las nacionalidades en el siglo XVIII adquirían principalmente esclavos masculinos, pues consideraban que las mujeres no eran tan buenas para trabajar en las plantaciones de azúcar, y también porque estaban convencidos de que la importación de esclavos de repuesto —digamos un 10 por ciento— era menos costosa que criar niños esclavos. Las esclavas embarazadas, después de todo, eran inútiles para el trabajo duro, pero seguían comiendo. Por todo ello, en Cuba, los esclavos masculinos eran quizá tres veces más numerosos que los femeninos.

Y aun suponiendo que pudiera adquirirse esclavos, ¿cómo pagarlos? ¿Cómo pagar la tierra y la maquinaria? El dinero escaseaba. En lo referente a la tierra, los que crearon nuevas plantaciones azucareras en Cuba entre 1750 y 1770 fueron, principalmente, familias criollas que ya poseían tierras y que, empezando a darse cuenta de que el azúcar llegaría a ser más rentable que el ganado, se dedicaron a cultivar la caña en sus haciendas. Unos pocos, como los ingleses Nicolson y Tassel, que habían sido representantes de la South Sea Company, construyeron ingenios azucareros y fábricas de rapé en la misma propiedad. Entre estas familias criollas estaban la mayoría de las viejas familias cubanas a cuyos antepasados les habían sido entregadas tierras en los siglos XVI y XVII. Esta conversión de los terratenientes en cultivadores de azúcar, entre 1750 y 1770, es similar a la conversión de los terratenientes ingleses en granjeros científicos, una generación antes, aunque en el caso de Cuba hubo siempre una vertiente industrial en el desarrollo de la caña de azúcar. La primera revolución industrial cubana fue esencialmente aristocrática, llevada a cabo, además, por familias residentes en la isla, y es que aquellos aristócratas no eran señores

ausentes, como lo eran los señores ingleses de Jamaica, que se marchaban a Dorset o a Wiltshire tan pronto como podían. Los empresarios cubanos o sus familias pasaban la mayor parte del año en La Habana, donde tenían palacios o mansiones.

Los edificios no eran, en realidad, una fuente separada de gastos para los plantadores de azúcar de aquella época, ya que eran construidos por esclavos con madera obtenida en las proximidades de la plantación. Pero los esclavos, la maquinaria, los útiles necesarios para la industria azucarera, como los calderos, por ejemplo; la comida, la ropa, los salarios de los pocos obreros libres que trabajaban en las plantaciones, etc., eran cosas que costaban dinero. Si el propietario de la plantación era un antiguo ganadero, tenía el recurso de ir sacrificando reses para alimentar a los nuevos esclavos, pero ello constituía únicamente una solución a corto plazo.

Lo más frecuente era que tales cosas no fueran pagadas de inmediato. Aunque en Cuba no hubo bancos hasta el siglo XIX, era posible conseguir mercancías o esclavos a crédito. De los 5000 esclavos introducidos por el monopolio entre 1740 y 1760, el 80 por ciento, o sea, unos 4000, fueron comprados a crédito (o trocados por tabaco). Los plantadores solían pedir prestado a algún mercader. En ambos casos, el plantador hipotecaba fracciones de su futura cosecha de azúcar a favor del mercader, generalmente a un tipo de interés muy elevado. A veces, el mercader recibía hasta la mitad de la cosecha en concepto de intereses: el asunto de la devolución del principal se demoraba indefinidamente. Estos elevados intereses se comprenden, en parte, si se tiene en cuenta que, por una antigua ley de los tiempos de Carlos V, los molinos no podían ser embargados por deudas.

Los comerciantes de Cuba traficaban con todo, esclavos o sombreros, trigo o vino. Los que se dedicaban únicamente a traficar con esclavos eran agentes de comerciantes extranjeros,

que actuaban por cuenta de un traficante de esclavos o de un naviero de Kingston, Jamaica, Liverpool o Cádiz. Otros traficaban ilegalmente cerca de la costa, particularmente la meridional, muy próxima a Jamaica, el emporio esclavista del Caribe. El principal mercader de La Habana, Mateo Pedroso (de origen oligárquico, en realidad), como los Beckford en Jamaica, no sólo prestaba dinero a sus primos y amigos plantadores, sino que se dedicó muy pronto a la adquisición de tierras, que a su muerte fueron valoradas en dos millones de dólares. Su capital derivaba bien del dinero hecho por sus antepasados, que llegaron a Cuba como funcionarios laicos de la Inquisición, bien de su padre, que durante muchos años fue tesorero municipal; su paso del mundo de la burocracia al de los negocios fue un signo de los tiempos. Este era el fundamento de la fortuna de muchos mercaderes, como la de los Poey (mercaderes de origen francés) o la de los Iznaga, de Trinidad. Los mercaderes estimulaban la creación de nuevas plantaciones azucareras con préstamos de dinero y promesas de mano de obra, al efecto, precisamente, de estimular, a la vez, el tráfico de esclavos.

Sin embargo, a pesar del contrabando, en los años que precedieron a la invasión inglesa, los mercaderes no siempre pudieron suministrar la mano de obra esclava que les era solicitada. De hecho, Cuba fue la colonia con menos esclavos por europeo de todo el Caribe, excepción hecha de Puerto Rico (que los españoles empleaban como colonia penal). Menos de la mitad de la población de Cuba era esclava en el año 1762, mientras que en otras islas económicamente florecientes, como Jamaica, Saint Domingue, Barbados y Antigua, la población blanca estaba constituida por pequeñas guarniciones armadas rodeadas por gran número de esclavos, por lo que tales islas eran, más que sociedades coherentes, centro de un número determinado de poderosas y autónomas empresas azucareras. La consecuencia fue que Cuba, aunque «atrasada», era la isla más ho-

mogénea del Caribe: en conjunto, los esclavos eran mejor tratados, aunque el origen de este mejor trato cabe buscarlo más en el subdesarrollo económico que en la magnanimidad de los blancos. El trato dado en América a los esclavos dependía del tipo de trabajo al que se los destinaba y del tipo de propiedad en la que trabajaban; el esclavo de una plantación azucarera de Jamaica vivía peor que el de una plantación de tabaco de Virginia, y un esclavo doméstico en Charleston o en La Habana vivía, tal vez, mejor que ninguno. Había, además, otra diferencia: la esclavitud había desaparecido en Inglaterra; pero ni la esclavitud en sí misma ni, en consecuencia, la esclavitud negra en particular, habían sido abolidas en España y en los países mediterráneos. Por ello, los españoles tenían, en el siglo XVI, un código detallado para el trato de los esclavos, código derivado de las famosas *Siete partidas*, de Alfonso X el Sabio; y estas leyes fueron, naturalmente, introducidas en el Nuevo Mundo. Los ingleses, en cambio, carecían de un código en el que basarse, e Inglaterra se limitó a soslayar la cuestión, dejando en manos de las diferentes asambleas coloniales locales la redacción de la legislación apropiada: así, Virginia reconoció la esclavitud en 1661, la convirtió en condición hereditaria en 1662, en 1667 estableció que el bautismo no alteraría la condición de los esclavos, etc. Estas leyes fueron formuladas con el interés inmediato de los plantadores de América del Norte como factor decisivo; en consecuencia, los esclavos no podían casarse; no tenían derecho legal a la propiedad; no podían entablar juicio; ¡no podían comprar su libertad!; en resumen, no eran sino muebles o enseres. Los esclavos de Cuba, como los de las demás colonias españolas, gozaban del beneficio de la ley hispánica, es decir, romana (naturalmente, con una serie de cambios y modificaciones); la Iglesia los conocía; podían poseer y permutar cosas; podían contraer matrimonio; tenían una personalidad legal, a pesar de que sus derechos estaban a menudo sólo teóricamente

garantizados por la ley. El tiempo, la costumbre, el humanitarismo y el interés podían mitigar la severidad anglosajona, mientras que la aplicación de la ley a menudo se contradecía, en las colonias españolas, con la letra de los códigos. Pero la ley tenía un cierto número de consecuencias precisas, las cuales coloreaban la vida esclava española.

Otro contraste entre la realidad española y la de la América del Norte es que aunque, sin duda, en lo que a brutalidad del trato se refiere, es difícil establecer diferencias, la Iglesia de América del Norte y los propietarios blancos, al negar a los esclavos todo derecho como cristianos, a menudo proclamaban que los negros eran malditos de Dios, pues descendían de Caín o de la serpiente que tentó a Eva, que se convirtió en un ser de forma humana, de color negro. De esta singular actitud teológica no existe rastro alguno en la sociedad española.

Los esclavos cubanos podían también comprar su propia libertad o la de sus hijos o padres. Esto podía hacerse por medio de la coartación, que era el derecho que poseían los esclavos de pagar una determinada suma de dinero a sus dueños, asegurándose así, primero, que no podrían ser vendidos sino a un precio fijo (normalmente el precio medio para los esclavos en el mercado), y, segundo, que el esclavo podría comprar su libertad después de haber pagado, a plazos, la diferencia entre su primera entrega y el precio fijado. Estos derechos, naturalmente, presuponían otro, es decir, el de poseer o acumular dinero y posesiones, por medio, por ejemplo, del cultivo de hortalizas en trozos de tierra que les fueran cedidos, gracias al trabajo extra en las ciudades e incluso por medio del robo. Los esclavos podían ser liberados por la benevolencia de sus amos, o por la de un protector o amigo: estos actos de emancipación solían ocurrir, aunque no de modo exclusivo, en las ciudades. A menudo los amos concedían la libertad a sus hijos ilegítimos. Pero estos derechos tenían, en la práctica, diversas limitaciones: los bozales,

o esclavos importados directamente de África, no podían comprar su libertad o enrolarse como coartados sino hasta después de transcurridos siete años desde su llegada a Cuba. Muchos esclavos eran incapaces de contar, y otros se sentían tan desgraciados por las consecuencias psicológicas de su captura, venta y viaje, que se veían imposibilitados de pensar siquiera en acumular dinero. Algunos amos, por otra parte, daban muestras evidentes de mala voluntad. En las ciudades, el síndico encargado de tales asuntos podía ser accesible para un esclavo inteligente, pero en las zonas rurales era muy difícil que un esclavo pudiera llegar hasta el capitán de partido, que era allí el funcionario responsable. Los esclavos no podían legar sus pertenencias a los hijos, sino únicamente a sus amos, quienes normalmente, aunque no siempre, las entregaban a los hijos. Tan pronto como el primer plazo era pagado por el coartado a su amo, un esclavo podía abandonar la casa y trabajar por su cuenta en condiciones casi iguales a las de los negros libres.

Este derecho de coartación —o sea, de aceptar la virtual libertad del esclavo después de recibir una fracción de su valor — era una institución hispanoamericana, no española o mediterránea. No tenía equivalente en América del Norte, donde, si los plantadores a menudo ni siquiera reconocían a sus hijos ilegítimos, mucho menos los emancipaban. La coartación parece haber tenido su origen en Cuba hacia 1520, habiéndose introducido luego, con algunas variaciones, en las demás colonias españolas. Otros derechos poseídos por los esclavos en Cuba y en las colonias españolas incluían el de cambiar a su amo por otro, si era posible encontrarlo, y, además, los hijos tenidos por una persona esclava con otra persona del sexo opuesto, pero libre, se convertían automáticamente en seres libres.

Consecuencia de esto fue la existencia de un número sustancial de negros y mulatos libres en Cuba: posiblemente 20 000, en comparación con una población esclava de 32 000. Esto su-

ponía un contraste absoluto con las islas de las Indias Occidentales inglesas y francesas, donde la población negra libre era insignificante. En Cuba, los negros libres se concentraban principalmente en las ciudades; había solamente unos pocos propietarios agrícolas negros, aunque al menos un ingenio azucarero era propiedad de un mulato, en 1760. En las ciudades, los negros libres trabajaban en los astilleros en oficios diversos, enrollaban tabaco, eran zapateros, carpinteros, sastres, y comenzaron a iniciarse en los negocios en los que iban a destacar en el siglo XX. Muchos mulatos tenían también sangre india, por lo que, de acuerdo con la terminología entonces en vigor, recibían el nombre de zambos.

Los esclavos de las ciudades, especialmente los esclavos domésticos, vivían una vida distinta de los de la plantación. Pueden haber supuesto una cuarta parte de los esclavos de la isla, pero vivían con mulatos y negros libres, y disfrutaban del afecto de sus dueños y dueñas, afecto que pagaban sirviendo a menudo de amigos de los hijos de la casa, cuyas travesuras ocultaban.

Los esclavos de las ciudades podían gozar de toda una serie de diversiones urbanas, como las derivadas de charlar y beber en las bodegas con amigos o carabelas (negros llegados a Cuba en el mismo barco de esclavos), y podían también bailar en centros para personas del mismo origen africano. Las negras podían «arreglarse» con un hombre blanco, un soldado o un tendero, por ejemplo. Un esclavo de la ciudad podía beneficiarse mucho más que uno del campo de la posibilidad de ser alquilado por su dueño a una tercera persona; y las condiciones de trabajo al mando de una tercera persona solían ser mucho más parecidas al trabajo normal. Los esclavos de las ciudades tenían más posibilidades de conseguir dinero, bien por medio de préstamos concedidos por negros libres, bien por medio de hurtos, con lo que podían trabajar por su cuenta en condicio-

nes parecidas a la libertad. Por otra parte, algunos esclavos consideraban indecoroso alquilarse o ser alquilados, puesto que ello indicaba que sus dueños gozaban de una no muy buena posición social.

A pesar de estas evidentes ventajas, se producían, naturalmente, protestas de esclavos: y estas tomaban la forma de, en primer lugar, suicidio; segundo, huida; y tercero, rebelión abierta. El suicidio era la solución preferida, ya que los negros solían creer que regresarían a África, después de muertos; y el suicidio se llevaba a cabo ahorcándose, comiendo tierra o envenenándose, esto último mediante el empleo bien del curamagüey o del guao, un árbol cuyas flores tienen un veneno mortal. Se sabe que algunos esclavos consiguieron asfixiarse con su propia lengua. Los suicidios por ahogamiento eran frecuentes durante el viaje desde África. También se daban casos de esclavos que conseguían escapar, y vivían como cimarrones (es decir, esclavos fugitivos) en los bosques, comiendo hierbas y matando animales, y construyendo unas chozas con empalizadas (palenques), conocidas por los negros que habían vivido permanentemente en las colinas del oeste, este y sur de la isla. Los buscadores profesionales de esclavos (rancheadores) existían en la mayor parte de las poblaciones, ayudados por sabuesos bien conocidos por su eficiencia en todo el Caribe (el conde de Balcarres, gobernador de Jamaica, por ejemplo, envió a buscar un buque cargado de mastines cubanos durante una importante revuelta de esclavos en la década de 1790). A los rancheadores se les pagaba no sólo por los esclavos que conseguían capturar, sino también por los muertos, ya que la gente temía más la perspectiva de verse rodeada de bandidos esclavos, que la de ver destruidas sus propiedades.

Finalmente, había insurrecciones abiertas. Estas habían comenzado casi tan pronto como los esclavos fueron llevados a Cuba, y en el siglo XVI los esclavos y los indios se habían unido

contra la primera generación de conquistadores. También se había producido algún que otro motín a bordo de los barcos de esclavos que provenían de África. En 1538, los esclavos, que se habían unido a los franceses, saquearon La Habana. Pero tales incidentes eran raros en el siglo XVIII.

La actitud de la Iglesia respecto a la esclavitud en Cuba nada tenía de progresista. La mayoría de los clérigos hubieran dado sinceramente la réplica dada por los dominicos al rey Luis XIII de Francia, de que la esclavitud era el mejor modo de asegurar que los africanos aprendieran a conocer al Dios verdadero. Pero los sacerdotes cubanos llevaban esta interpretación sólo muy poco más allá del bautismo y de dar a los esclavos un nombre cristiano. (Los protestantes de las colonias inglesas y holandesas, convencidos de que el bautismo equivalía a la libertad y conocedores por propia experiencia de que Dios podía ser subversivo, si era empleado inteligentemente, no quisieron exponerse, normalmente, a ir tan lejos).

La negligencia católica tuvo, sin embargo, una importante excepción: Juan Matienzo, en un famoso texto editado en Perú en 1570, había avisado a los españoles de que nunca «trataran de cambiar bruscamente las costumbres» de los indios peruanos, ya que «es preciso acomodarse a las costumbres de aquellos a quienes uno desea gobernar». Desde el siglo XVI en adelante, los clérigos, imbuidos, en parte al menos, de este espíritu, habían animado a los negros, esclavos y libres, a encontrar algún lazo entre los ritos religiosos católicos y los africanos, al efecto de que los santos cristianos pudieran recibir, en las procesiones y en los actos del culto, la entusiasta adoración que los africanos dedicaban en su tierra natal a sus propios dioses. Quizá la naturaleza idólatra de muchos de los ritos católicos, las barbudas figuras de los Cristos pintados, los barrocos santos de oro, los dragones y otros animales maravillosos, el incienso y la mirra, eran más simpáticos a los africanos, dominados como

estaban por presagios y signos misteriosos, en mucha mayor medida que los austeros cristianos del norte anglosajón. Estos problemas son difíciles de resolver: los barcos de esclavos llevaban no sólo hombres, sino también mercancías y creencias. Algunos africanos, incluso algunos esclavos, pueden haber sido cristianos sinceros, pero la mayoría de los que decían y aparentaban serlo continuaban adorando a las deidades africanas. En el siglo XVIII, las cofradías africanas (hermandades religiosas) eran vigorosamente alentadas por el obispo, monseñor Morell de Santa Cruz (como consecuencia, parcialmente, de su experiencia, en 1730, de enfrentarse a una rebelión de esclavos en El Cobre). Así, el día de Reyes era ocasión de todo tipo de licencias, y era el día aprovechado por los africanos de diferentes tribus para elegir a sus jefes, vestirse vistosamente y celebrar la llegada de los «reyes» con música, bebida, bailes y tambores; en 1820, un viajero inglés comentó ásperamente: «La única parte civilizada de la diversión es beber ron». De esta manera se aficionaron los negros a las fiestas españolas, que, por otra parte, se africanizaron un poco.

Cuba tenía algunas cosas en común con el resto de las Indias Occidentales. A pesar de la introducción, desde el siglo XVI, de productos europeos o asiáticos, como el azúcar, y de animales europeos, la isla no se bastaba a sí misma para abastecerse. Los colonizadores no pudieron o, por lo menos, nada hicieron en tal sentido, para cambiar los hábitos alimenticios de los naturales de la isla. El pescado no les gustaba. El vino, el arroz, el pan (hecho de trigo, en lugar de utilizar la yuca, como hacían los indios) y otros alimentos, además de la bebida, ropas y armas, y toda clase de instrumentos, desde cuchillos hasta ruedas, sin hablar del papel y de los ornamentos eclesiásticos, todo debía ser adquirido en el exterior, como lo eran los esclavos. Las otras islas de las Indias Occidentales eran factorías azucareras;

Cuba era una posada. Pero todas dependían del mundo exterior para su subsistencia.

4

Los vencedores y los criollos

La noticia de la caída de La Habana en poder de lord Albemarle llegó a Londres el 27 de septiembre, a las siete semanas del acontecimiento, lo que puede considerarse como un tiempo muy corto para cruzar el Atlántico de oeste a este. La noticia intoxicó la capital. El diplomático francés duque de Nivernais (presente en Londres para discutir las condiciones de paz), que se encontraba cenando con el conde de Bute y otros ministros, pasó «une heure bien cruelle» al ver los brindis y la alegría que produjo la noticia, llevada en medio de la comida, por el heroico capitán lord Hervey, personalmente. Nivernais «se vio reducido a la chabacana necesidad de limpiarse los dientes con un mondadientes». El duque de Cumberland dijo a la anciana lady Albemarle, madre del victorioso Keppel: «Si no fuera… por los presentes, os daría un beso». Los londinenses se escribían entre sí cartas de felicitación: «Nuestros temores por La Habana han terminado ya con la rendición de la plaza, con once buques de guerra… tres más hundidos y un millón y medio de libras esterlinas en dinero». Así se expresó por carta el anciano duque de Newcastle (que había dimitido recientemente) a su viejo aliado, el exlord canciller Hardwicke, olvidando su hostilidad a las expediciones e incluso a las victorias.

> La gran noticia de nuestro éxito en La Habana, por el que le felicito de todo corazón… y por el que la Nación en general espera algo muy ventajoso en el futuro tratado con España a cambio de tal conquista; y menos mal si no vuelve a ponerse de actualidad el viejo grito de *Toma y conserva*…

Y así lo hizo el hijo de Hardwicke con un amigo. En Filadelfia, Benjamin Franklin escribió a George Whitefield para felicitarle, diciendo que la conquista «contribuiría sin duda, de un modo decisivo, a procurarnos unas Condiciones de Paz razona-

bles, si John Bull no se embriaga con la victoria, aprieta los puños y obliga a todo el mundo a besar su trasero».

Fue, sin embargo, el duque de Cumberland quien se expresó de un modo más exagerado, en su carta a Albemarle:

> Me habéis hecho el hombre más feliz de la tierra… habéis prestado a vuestro rey y a vuestro país el más importante servicio material que ningún militar haya prestado desde que somos una nación… yo sabía lo que había en vos, pero ahora lo ve todo el mundo… Desde el punto de vista militar, considero que vuestro asedio ha sido el más difícil de los que se han realizado desde la invención de la artillería. El solo hecho de pasar 68 días en ese clima es ya prodigioso… espero que os haremos tan rico como a Creso… la salud y el mérito son ingredientes suficientes para la felicidad, pero si ambos van acompañados de la riqueza, mucho mejor todavía.

Según se supo después, «el premio en efectivo» hallado en los cofres de los cuerpos públicos de La Habana fue de 440 000 libras (1882. 116 pesos). Los barcos, cañones de bronce, azúcar, tabaco y otras mercancías elevaban el total hasta unas 750 000 libras. De esta suma, el almirante Pocock y Albemarle obtuvieron 122 697 libras, 10 chelines y 6 peniques cada uno, y los otros dos Keppel, 25 000 libras, cada uno también; los capitanes de barco tocaron a 1600 libras, y el resto fue dividido según la graduación. Así, los soldados rasos y los marineros recibieron, respectivamente, 4 libras, 1 chelín, 8 peniques y 3 libras, 14 chelines, 9,75 peniques. Fue de este modo como la familia Keppel pudo rehacer su fortuna.

Albemarle se autoproclamó capitán general y gobernador. Cuba había sido antes una subsatrapía del virreinato de Nueva España (México): el lazo de unión con México quedó, naturalmente, roto, y los máximos defensores del gobierno imperial español, los peninsulares, tales como el gobernador, Prado, el tesorero, el contador y otros, encargados de las aduanas y los impuestos, desaparecieron; los criollos —es decir, aquellos que, aunque de origen español, habían nacido y vivido siempre en Cuba— se quedaron, y muy a gusto, muchos de ellos. Su armo-

niosa colaboración con los ingleses es indicativa de las malas relaciones reinantes entre ellos y los peninsulares (aunque de hecho había existido siempre un intermaridaje entre los dos grupos, pues a veces algún criollo había sido tesorero o contador, y cada año había algún peninsular —oidores o jueces, en especial— que consideraba más provechoso permanecer en América con sus hijos). Sebastián de Peñalver, de cincuenta y cuatro años de edad, regidor y exalcalde, y criollo de tercera generación, fue lugarteniente del gobernador y actuó como delegado de Albemarle en todos los asuntos civiles. Después de algunas semanas fue reemplazado por el principal de los habaneros, el alférez municipal Gonzalo Recio de Oquendo, un hombre de gran riqueza, interesado sobre todo en conservarla (a pesar de que era casi septuagenario y carecía de hijos), y que tenía unas gotas de sangre india. Ambos actuaban en nombre de Albemarle en su función de presidir el consejo de la ciudad, o sea, el cabildo.

Como era costumbre desde 1574, el cabildo se reunía (desarmado) en La Habana, los viernes a las ocho de la mañana. Tales reuniones debían durar al menos una hora «aunque no hubiera nada que hacer» (el quórum lo constituían el gobernador o uno de los alcaldes, con tres de los regidores). El escrupuloso respeto por los precedentes había animado desde muchas generaciones atrás (la palabra «animado» tal vez sea un poco inapropiada) estas discusiones. En teoría, si existía desacuerdo entre el gobernador y el concejo, el voto de una mayoría de dos tercios prevalecía. Con Albemarle, como con el capitán general Prado, la voluntad que se imponía solía ser la del gobernador. Pero en el tiempo de la dominación española, el gobernador estaba obligado a prestar el juramento de su cargo ante el cabildo. Algunos gobernadores habían sido destituidos repentinamente o habían muerto, y entonces, durante el interregno, el poder absoluto quedaba en manos del cabildo. Los miembros que no

asistían a las reuniones eran multados, a menos que su ausencia estuviera motivada por enfermedad. El cabildo de 1762 estaba formado por una mayoría de ancianos, quienes habían pasado la mayor parte de su vida discutiendo sobre asuntos relacionados con la venta del tabaco y con la compañía monopolística de La Habana. En gran parte estaban unidos por lazos familiares: así, los dos alcaldes ordinarios, Calvo de la Puerta y Beltrán de Santa Cruz, eran primos y cuñados; el hermano de Calvo era alguacil mayor; Sebastián de Peñalver, principal colaborador de Albemarle, se había casado con una hermana de los Calvo de la Puerta; Gabriel, hijo de Peñalver, era ya regidor, y su hija Josefa se había casado con Jacinto Tomás Barreto, otro miembro del cabildo, como alcalde mayor hereditario de La Habana, una de cuyas hijas, habida en un matrimonio anterior, se acababa de casar con el comerciante más rico de La Habana, Mateo Pedroso, quien era regidor perpetuo (y primo de Barreto); y la primera mujer de Pedroso había sido hermana de Cristóbal Zayas Bazán, el síndico o recaudador de multas.

Los cabildos fueron en su antigüedad, y durante un corto tiempo, elegidos por los propietarios, pero desde hacía ya unas generaciones el dinero era un factor decisivo. A finales del siglo XVI, la corona subastaba cargos públicos a perpetuidad; así, los detentadores a perpetuidad de cargos públicos, los regidores de las ciudades, etc., se habían convertido, con sus familias, en permanente oligarquía, y distribuían las tierras, fijaban los precios, dirigían la justicia (la corona les había dado carta blanca), etc., desde unos cargos que a menudo pasaban de padres a hijos. La mitad de los miembros del cabildo eran propietarios de ingenios azucareros. Concejos similares, elegidos de modo parecido, existían en toda la América española, variando únicamente el número de regidores (a veces sólo cuatro, a veces doce, según la importancia de la ciudad).

Los lazos cortados en 1762 entre el virrey de México y el rey de España significaron, naturalmente, un brusco cambio en el edificio del imperio español. En dicho imperio, el gobierno era primordialmente judicial. La institución suprema era la Audiencia, un tribunal primero empleado para reforzar la ley en territorios reconquistados a los árabes, y ahora, en América, tribunal de apelaciones contra las disposiciones del alcalde ordinario. Las catorce audiencias de la América española tenían cada una tres o cuatro jueces superiores (oidores), casi siempre nacidos en España y, normalmente, hombres de leyes. El virrey de México y del Perú o el capitán general de Cuba o de Santo Domingo eran quienes presidían las audiencias. Las apelaciones podían hacerse de una Audiencia a otra de rango superior; pero sólo el lejano rey era superior a la Audiencia de Nueva España. La Audiencia era también un organismo consultivo y administrativo: aconsejaba al virrey en asuntos generales y, cuando el virrey moría, asumía sus poderes. Cuba era sólo una capitanía general, nominalmente subordinada al virrey de Nueva España, residente en Ciudad de México, y su audiencia estaba establecida en Santo Domingo, la más antigua colonia de España en el Nuevo Mundo, pero que ahora era un lugar pobre y miserable. Por ello, la relación entre la autoridad política y la legal había sido siempre muy remota. En la práctica, el capitán general de Cuba actuaba con plena independencia: las instrucciones de fortificar La Habana las había recibido Prado directamente desde Madrid, y hay que tener en cuenta que incluso los virreyes más fuertes veían coartada su libertad de acción por el infinito número de regulaciones, concernientes incluso a los asuntos más nimios, dictadas por el Consejo de Indias.

La principal característica del imperio español había sido, hasta entonces, su centralismo. En contraste con la América anglosajona, la corona había sido el factor decisivo de la colonización, así como del gobierno y organización de las ciudades.

Durante los primeros cien años del imperio, con cada barco llegaban nuevas leyes y decretos, procedentes bien de la Casa de Contratación, radicada en Sevilla, bien del supremo Consejo de Indias. En 1635 habían sido publicadas más de 400 000 cédulas (decretos), 2500 por año, desde que Colón se hizo a la mar. Más tarde fueron recopilados en un código de 6400 cédulas. En teoría, las colonias eran consideradas como provincias; en la práctica, no obstante, eran tratadas más arbitrariamente que las provincias españolas, aunque muchas de aquellas leyes arbitrarias casi nunca podían ser aplicadas plenamente. Ninguna parte del imperio español tenía nada parecido a los fueros de los vascos; y las demoras eran, en los asuntos mercantiles, muy considerables. Así, cuando Lorenzo Montalvo, comisario de la flota en 1762, compró una propiedad en el año 1746, resultó que el Consejo de Indias no se enteró hasta 1752 de que el procedimiento seguido había sido erróneo (de todos modos, y dado que había pagado los impuestos, se le permitió conservar la tierra). En Cuba, los capitanes generales eran, naturalmente, nombrados por el rey, a quien informaban directamente. Detrás de ellos (y también nombrados por Madrid) había numerosos funcionarios, como, por ejemplo, el gobernador de Santiago, en el extremo oriental de Cuba, que en 1762, después de la caída de La Habana, todavía luchaba por España contra los ingleses, o los alcaldes, que presidían los concejos locales en ciudades más pequeñas, como Matanzas o Sancti Spíritus. Aparte de los funcionarios de gran categoría, nadie cobraba mucho, por lo que la corrupción era cosa corriente.

En la historia de América del Sur y de Cuba, algunas características eran ya evidentes: la centralización; la confianza en una remota autoridad soberana; la corrupción y la confusión entre el ejecutivo y la autoridad judicial.

Los criollos, que siempre habían visto con malos ojos el control ejercido desde Madrid, pero que nunca habían podido ha-

cer nada para evitarlo, constituían, en palabras del comandante Gosham, una «tripulación mixta». La primera gran propiedad de Cuba después de la conquista había sido establecida por un bastardo arruinado de la familia de los duques de Feria, Vasco Porcayo de Figueroa, uno de los villanos de la «leyenda negra» del asesinato de indios, en quien parecía combinarse a la perfección la barbarie de la Edad Media con el refinamiento del Renacimiento; su hija casó con un jefe indio, heredando, como consecuencia, vastas extensiones de tierra en la región de Camagüey. Algunos criollos, como los Herrera y los Núñez de Castilla, habían sido ya ennoblecidos en el siglo XVIII y eran grandes terratenientes en Cuba, aunque sus tierras estaban cerca de La Habana, donde tenían sus casas propias. Aquellos que, menos afortunados, tenían propiedades en el este de Cuba, vivían en Santiago o Puerto Príncipe, y raramente, o nunca, iban a La Habana. Algunos criollos se dedicaban al comercio; otros, a la agricultura. Algunos eran descendientes de aquella primera generación de aventureros que viajaron hasta el Caribe, sin nada que perder, y ahora, doscientos años más tarde, parecían pilares de la pequeña sociedad de La Habana; los antepasados de algunos, como soldados de Carlos V, habían obligado a los indios a lavar el lecho de los ríos en busca de oro, mientras que otros descendían de hombres de mar que habían preferido, como agentes distantes de un imperio que se desmoronaba, anclar en La Habana antes de regresar a la España de Carlos II. La mayor parte de los llegados en los primeros tiempos procedían de Andalucía, mientras que más tarde fue la costa septentrional de España la que proporcionó el mayor contingente. Algunos eran descendientes de judíos que habían optado por abandonar España, como los hermanos de santa Teresa, en la esperanza de que las leyes relativas a la pureza de sangre no fueran aplicadas en las Indias, aunque otras leyes menos eficazmente aplicadas prohibían terminantemente la emigración de

los judíos al Nuevo Mundo. La alta burguesía criolla raramente abandonaba Cuba: los Calvo de la Puerta y los Peñalver, los Beltrán de la Cruz y los Recio de Oquendo, los Pedroso y los Herrera, eran ya los que dirigían la economía de Cuba, y se estaban preparando para enriquecerse, aprovechándose de su desarrollo en una escala sustancial.

En 1762 sólo unos pocos peninsulares, como, por ejemplo, el comisario de la flota, Lorenzo Montalvo, que había llegado a Cuba desde Castilla en 1734, colaboraron con los ingleses y permanecieron en sus puestos; y Montalvo había hecho ya planes para afincarse definitivamente en Cuba, para lo cual había comprado una enorme propiedad de tres hatos y cinco potreros (en los que, sin embargo, pensaba establecer ingenios azucareros) en Macuriges, a unos cincuenta kilómetros de Matanzas. Mercaderes tales como Pedroso o Pedro de Estrada (que había sido encarcelado durante el sitio de La Habana, por tratar de ayudar a los ingleses) vieron de inmediato la oportunidad que se les presentaba. Solamente el notable obispo de La Habana, Morell de Santa Cruz, de setenta y dos años, intransigente pero ilustrado, nacido en Santo Domingo (aunque ocupaba un cargo normalmente reservado a los peninsulares), desafió a los ocupantes; y, después de una disputa con Albemarle respecto qué iglesia sería destinada a los servicios protestantes, además de otra relativa al nombramiento de los clérigos, fue enviado a Florida. Sus relaciones fueron malas desde el principio, debido a las exigencias de Albemarle, que quería obtener de la Iglesia un tributo mayor: «Lo menos que puede usted dar son diez mil pesos —dijo Albemarle—, como donación al general conquistador»; si dicha suma debía ser para su provecho personal o por el del país, es algo que no se sabe. Algunos habitantes antibritánicos de La Habana se fueron al interior de la isla y, acaudillados por Martín Esteban de Aróstegui, gobernador de Puerto Príncipe, y por Luis de Aguiar, fiel ejecutor del cabildo de La

Habana, planearon inútilmente la reconquista de la ciudad. Sin embargo, con sólo cinco mil hombres (después de Pocock, los marinos y las tropas de América del Norte se habían marchado), los ingleses muy difícilmente se hubieran podido mantener, de no haber sido aceptados por los criollos, explícita y activamente articulados a través del cabildo. El contacto social con los ingleses comenzó cuando Albemarle dio una serie de bailes. Se pensaba que La Habana tal vez se convertiría en otra Jamaica o Gibraltar, y el alférez Recio de Oquendo estaba aparentemente convencido de que así sería.

Fuera de La Habana, la situación era menos prometedora. En Santiago, el gobernador de la provincia, Lorenzo de Madariaga, mantuvo la bandera española, asumiendo las funciones de capitán general. Albemarle anunció, el 1 de septiembre, que Inglaterra no atacaría la parte oriental de la isla, ni, en realidad, parte alguna del imperio español. Aparte de los puertos de Matanzas y Mariel, los ingleses se mantuvieron en el área cercana a La Habana, aunque siempre listos para «hacer entrar en razón» a los habitantes de Trinidad y Sancti Spíritus (situadas dentro de la jurisdicción de La Habana), si hacían algo para interrumpir el suministro de ganado a La Habana.

El puerto de La Habana fue limpiado el día 21 de agosto. Pero el principal problema lo constituían las enfermedades. «La Habana ha sido tomada —señaló el doctor Johnson—, pero es una conquista demasiado cara, ya que Bathurst ha muerto en ella»: muerto, no es necesario decirlo, a causa de la fiebre. Hasta el día 8 de octubre, Albemarle había perdido 560 hombres en combate y 4708 debido a enfermedad, o sea, más de la tercera parte del total de sus fuerzas; las bajas de Pocock fueron 186 muertos en acción y 1300 marineros muertos a causa de enfermedad. «Lo que hemos pasado no es para ser descrito», escribió Albemarle a Newcastle.

A pesar de las malas condiciones en La Habana, la captura de la ciudad por los británicos fue la señal, como lo había sido en el caso de la captura de Guadalupe y Martinica, para la inmediata invasión de la isla por parte de los mercaderes ingleses. Desde América del Norte llegaron comerciantes en productos alimenticios, tratantes de caballos y granos y, directamente desde Inglaterra, vendedores de lienzos, lanas y vestidos, además de comerciantes en artículos para la industria azucarera. La isla se vio de pronto abastecida de los artículos por los que los cubanos habían suspirado en vano. El más importante de los comerciantes ingleses llegados a La Habana fue el comisario de Liverpool y Jamaica John Kennion, a quien Albemarle concedió el derecho exclusivo para la importación de 2000 esclavos cada año, de los que 1500 debían ser hombres y 500 mujeres. El precio sería determinado por el mercado. Albemarle exigió del importador un pago de 40 dólares por cada esclavo adulto y de 20 dólares por los esclavos niños, junto con otros impuestos sobre determinadas mercancías. Más tarde tuvo que admitir que tales pagos habían sido impuestos ilegalmente, por lo que tuvo que devolver a los comerciantes las cantidades que de ellos había recibido. «Envíen a alguien que entienda de negocios y no quiera estafar al rey», escribió ásperamente Albemarle a Inglaterra. (En diciembre, un tal Williams Michie se convirtió en administrador de Aduanas). Pero, naturalmente, los impuestos españoles dejaron de ser pagados.

Aunque Kennion era el principal importador de esclavos, en modo alguno tenía el total monopolio. «La adquisición de La Habana animará en gran manera a los plantadores de Georgia y su provincia [Carolina del Sur] a comprar negros», escribió el traficante de esclavos de Carolina del Sur, Henry Laurens, a su agente en Liverpool. Todos los mercaderes de Inglaterra o de las Indias Occidentales enviaron sus barcos a La Habana tan pronto supieron la noticia de la rendición. Pero cuando llega-

ron a La Habana, descubrieron el pseudomonopolio de Kennion, por lo que tuvieron que vender su carga a un precio bajo en el mercado negro; a partir de entonces procuraron evitar el puerto de La Habana. Sin embargo, se vendieron muchos esclavos. Algunos eran vendidos de entre los que habían sido traídos para servir al ejército inglés; Albemarle había pagado la cantidad de sesenta mil dólares por unos 1200 esclavos, mientras se hallaba en ruta para La Habana, y estos esclavos pudieron ser adquiridos por los compradores cubanos durante su estancia en la ciudad. El número exacto de esclavos es imposible de calcular, pero pudieron ser unos 4000 durante los once meses entre agosto de 1762 y julio de 1763.[11]

Esta importación no proporcionó a los traficantes ingleses tantos beneficios como expediciones similares habían proporcionado en el pasado, ni como los que se obtenían en las islas francesas, ni aun al mismo John Kennion. La riqueza del imperio español había sido sobrevalorada durante muchas generaciones por parte de los extranjeros, especialmente los ingleses. El viejo asiento para proveer de esclavos el mercado español había sido tontamente considerado como una especie de «El Dorado comercial», susceptible de enriquecer a cuantos entraran en él. Uno de los atractivos del mercado lo había constituido el hecho de que los españoles pagaban en oro. Pero en 1762-1763 había poco dinero sobrante en Cuba. Los precios de los esclavos se hundieron: la vieja compañía monopolística estatal había vendido esclavos a más de 200 pesos (46 libras); el precio obtenido por los comerciantes ingleses era de 90 pesos (21 libras), en comparación con las 25 a 35 libras por cabeza que por entonces se pagaba en las otras islas.

Con el precio de 12 libras por esclavo en las costas de Nigeria y Angola y de casi 17 libras para los negros de la Costa de Oro, que eran los más buscados, después de pagar y mantener a la tripulación, Kennion no podía realizar un gran beneficio;

no obstante, y dado que Albemarle le había entregado recientemente 98 000 libras en pago de suministros, no hay razón para suponer que se encontrara sin dinero. En un memorando al secretario de Estado, lord Egremont, en noviembre de 1762, 145 de los principales traficantes de esclavos de Liverpool rogaron al gobierno británico que se guardara al menos Guadalupe en la inminente paz, a causa de los grandes beneficios que reportaba la venta de esclavos allí y debido al estímulo que este comercio había supuesto para los fabricantes ingleses; como de costumbre, los esclavos habían sido cambiados en África por productos manufacturados, no por dinero. Estos comerciantes no mencionaron a La Habana. Pero en los once meses de ocupación inglesa de la ciudad, en el puerto de La Habana entraron más de setecientos barcos mercantes, cuando nunca, en todo un año, habían entrado más de quince, aparte de los barcos que transportaban metales preciosos y que estaban bajo el control real. De estos barcos, probablemente veinte, es decir, uno de cada cuarenta, eran negreros. Y casi una cuarta parte del total, con toda probabilidad, navíos de la América del Norte inglesa.

Anteriormente, en Cuba no había, probablemente, más de 32 000 esclavos. Durante todo el período desde la llegada de los españoles a Cuba no habían sido importados más de 60 000 esclavos. Así pues, los esclavos conducidos en dicho año por los ingleses supusieron quizá una octava parte del total anteriormente en la isla. Es casi indudable que la mayoría de los esclavos procedían de los puertos de Nigeria, en la ensenada de Benín. Probablemente la mayor parte de los esclavos eran ibos, pero los yorubas formaban una minoría sustancial. La costa de los esclavos (Dahomey y Lagos) y la Costa de Oro seguían a la ensenada de Benín como suministradores de mano de obra a Cuba.

Esta importación de mano de obra barata ayudó mucho a Cuba en su acelerada y constante, aunque políticamente melan-

cólica carrera azucarera, de modo que en un período de treinta años, al igual que Carolina del Sur y las demás islas imperiales del Caribe, pero al contrario que las posesiones españolas en el continente o que el resto de América del Norte, tendría una mayoría de población negra o mulata. Es indudable que a los plantadores españoles en Cuba les hubiera gustado embarcarse antes en compras masivas de esclavos, pero hasta entonces no habían podido hacerlo y, en los últimos años de la década de 1750, una solicitud de José Pico Villanueva para importar un millar de esclavos por año había sido rechazada con el pretexto de que sería peligroso tener tantos esclavos potencialmente rebeldes en la isla.

Esta importación de esclavos, combinada con los acuerdos comerciales a largo plazo (incluyendo los débitos), fue la más destacada característica de la expedición de Albemarle a La Habana. Es indudablemente cierto que de no haber sido por la existencia de condiciones favorables a la absorción de una cantidad cada vez mayor de mano de obra —propietarios bien dispuestos, bosques, ganado y tierras—, la industria del azúcar no se hubiera desarrollado tanto; y puede decirse que la ocupación inglesa tuvo también su influencia favorable en la aceleración de un inevitable proceso histórico. Pero la aceleración fue tan importante, que puede, en sí misma, ser considerada casi una revolución.

La ocupación inglesa supuso también la entrada de una gran variedad de mercancías de las que durante muchos años no habían podido disponer los tenderos de La Habana, pues muchas de ellas eran distribuidas muy lentamente por el imperio español. Muchas de estas mercancías debieron de consistir en instrumentos para la industria del azúcar, como, por ejemplo, machetes, calderos y cazos, productos todos ellos más baratos que los que se fabricaban en La Habana; y también sombreros, medias, algodones y lienzos, artículos considerados como los que

en más cantidad llegaron a la isla. Los comerciantes importadores tenían dificultades para cobrar, por lo que empezó en La Habana un largo período de deudas por parte de los hacendados y de los detallistas respecto a los importadores o hacia sus factores o agentes de Jamaica.

Hubo algunos otros cambios: en noviembre, Albemarle explicó que la costumbre de hacer generosos regalos monetarios al gobernador de la isla a cambio de la resolución favorable de los pleitos y litigios, tocaría a su fin; gobernaría de modo imparcial, sin favorecer a los ricos ni a los pobres, a los superiores ni a los inferiores. También parece ser que los ingleses introdujeron la francmasonería en Cuba. No obstante, debido a su arrogancia, los ingleses eran impopulares entre la clase baja que, aunque no puede decirse que fuera muy patriota, no vio con buenos ojos el cambio. Sólo la *haute bourgeoisi* e deseaba que los ingleses permanecieran en la isla.

La paz entre Inglaterra, Francia y España era ahora inminente. Sus preliminares fueron firmados a primeros de noviembre de 1762, y el tratado, en febrero. El comodoro Keppel se había marchado antes, para ponerse al mando de la escuadrilla de Jamaica, y en enero de 1763, Albemarle, con sus tropas, salió también de La Habana. Por estar el más joven de los Keppel con la expedición, el general, William, pasó a ser gobernador militar. El día 1 de enero de 1763, como en todos los días de Año Nuevo alternos, fueron elegidos dos nuevos alcaldes ordinarios —Laureano Chacón y José Cipriano de la Luz—, y como de costumbre también, todos los miembros del cabildo votaron por los mismos hombres (igual ocurría con las votaciones para los demás cargos), pues ya todos se habían puesto previamente de acuerdo. El viejo sistema español continuaba. Las negociaciones en París hicieron que las ganancias inglesas en la guerra parecieran ventajas momentáneas conseguidas en una partida de ajedrez. ¿Cuál sería la posición de La Habana, lo

mismo que la de Guadalupe y Martinica, las otras colonias azucareras del Caribe? La actitud inglesa estuvo determinada parcialmente por el criterio del nuevo primer ministro, lord Bute, enemigo del «toma y conserva», y en parte por la situación de Jamaica y sus amigos de Londres. Parece ser que los británicos nunca estuvieron firmemente resueltos a conservar La Habana.

Jamaica, la reina del azúcar en aquel tiempo, está situada a unos ciento cuarenta kilómetros al sur de Cuba. Pero mientras Cuba gozaba de grandes perspectivas de prosperidad económica, la era de la expansión de Jamaica había pasado ya. Muchas plantaciones azucareras de Jamaica estaban agotadas. Su suelo había sido excesivamente utilizado. El abono era caro y se necesitaban más esclavos de los que la situación económica permitía disponer. Los plantadores podían abandonar los viejos molinos y trasladarse a otros nuevos en un suelo virgen, pero también esto suponía un excesivo esfuerzo económico. Además, en Jamaica había poca tierra virgen, ya que buena parte de la isla, al ser montañosa, era inadecuada para el cultivo de la caña. Por consiguiente, la tierra buena resultaba cara. Todo inducía a pensar que a Jamaica le aguardaba el mismo destino que a Barbados y Antigua, que también habían gozado de su momento de esplendor como doradas colonias azucareras; y ambas habían decaído, debido a la falta de tierra. El coste del azúcar de las Indias Occidentales inglesas era ya superior al del azúcar francés de Martinica, Guadalupe o Saint Domingue. Los compradores de azúcar en la América del Norte inglesa compraban, si les era posible e ilegalmente, azúcar francés. Los consumidores ingleses de la metrópoli (principalmente los consumidores industriales) se quejaban también de las leyes que les prohibían comprar todo lo que no fuera inglés.

El éxito económico de las islas francesas era debido a que Martinica y Guadalupe tenían una mayor superficie que Barbados y Antigua, mientras que Saint Domingue era mayor que Ja-

maica. Las tierras vírgenes en las que la caña crecía sin apenas cuidados parecían innumerables. La ley permitía también a las colonias francesas refinar el azúcar sobre el terreno, mientras que las leyes británicas, apoyadas por los refinadores de Londres y Bristol, prohibían las refinerías (y otras industrias) en las colonias. Así, estimulados por los mercados ilegales de América del Norte, los franceses estaban ya a punto, antes de la guerra, de superar la producción de los ingleses.

La perspectiva de la adquisición de Cuba por los ingleses, como resultado de la expedición de lord Albemarle, no podía, lógicamente, ser bien vista en Jamaica. Ciertamente, la toma de Gorée, en el África Occidental, por el comodoro Keppel, había interrumpido el tráfico de esclavos francés, perjudicando seriamente el trabajo en las plantaciones azucareras de las Indias Occidentales francesas. La economía de estas posesiones estaba tan unida a la mano de obra procedente de África, que un solo año de interrupción en el suministro de esclavos podía ser causa de un verdadero desastre. (Los plantadores hablaban a menudo de una *penurie effrayante* de esclavos, al igual que los agricultores de nuestro siglo hablan del mal tiempo). Pero cuando Guadalupe y Martinica cayeron en poder de los ingleses, a los plantadores se les permitió continuar el cultivo de la caña de azúcar, en condiciones que sus iguales ingleses de las islas vecinas consideraron como muy favorables para todos. Siguieron estando sujetos a la ley francesa. Les fue garantizada la posesión de sus esclavos. Su azúcar podía concurrir libremente a los mercados ingleses. Los mercaderes ingleses y norteamericanos suministraban comida, materiales para la construcción y esclavos, como más tarde lo hicieron con La Habana. A algunos plantadores franceses se les permitió eludir sus deudas y contraer otras nuevas con los mercaderes ingleses. En el mercado interior inglés, inundado de azúcar francés, los precios del

azúcar bajaron bastante (desde un promedio de treinta a cincuenta chelines el quintal, a menos de treinta a cuarenta).

Por lo que a Cuba se refería, lo que preocupaba a los plantadores de Jamaica no era su situación presente, sino la que podía llegar a alcanzar en un próximo futuro. Sus amigos tenían mucha fuerza en el Parlamento: pero como muchos de ellos estaban ausentes, eran ellos mismos quienes tenían la fuerza. En Westminster había por lo menos veinte miembros de las Indias Occidentales y unos cincuenta mercaderes generales (de los que diez tenían relaciones con las Indias Occidentales). Los ingleses estaban, pues, dispuestos a abandonar La Habana, en el supuesto de que España estuviera conforme con hacer algunas concesiones en otros terrenos, como, por ejemplo, en lo referente a los derechos de los habitantes de la bahía de Honduras y, posteriormente, de los mercaderes ingleses en Cuba.

Al principio, el rey Carlos III de España parecía inclinarse por una postura heroica, es decir, por la lucha, más que por una actitud conciliadora. Pero los franceses convencieron a su aliado de que a menos que firmara inmediatamente la paz, podría perder México y otras partes de América del Sur. Los ministros franceses estaban ansiosos por volver a establecerse en Martinica y en Guadalupe, así como en la importantísima fuente de mano de obra esclava de Gorée, en el África Occidental. Incluso el ministro de Asuntos Exteriores, el duque de Choiseul, tenía lazos familiares con el comercio de esclavos y, por lo tanto, con la prosperidad de las Indias Occidentales. La paz fue firmada en febrero: los ingleses abandonaron La Habana en julio. La corona española volvería a asumir el control de la isla después de que la zona occidental de Cuba experimentara el profundo impacto motivado por el contacto con el imperio y el comercio británicos.

Libro I

El gran salto adelante, 1763-1825

La isla de Cuba podría valer por sí sola un reino para España.

Abate Raynal

5
Interviene Norteamérica

Los ingleses se marcharon y el cabildo, cuya reputación no había salido reforzada, recibió al nuevo gobernador español con el mismo entusiasmo con el que, un año antes, había recibido a lord Albemarle. Pero aunque la mayoría de los criollos hicieron las paces con España, Sebastián de Peñalver y Gonzalo Recio de Oquendo fueron enviados a España, donde se les juzgó y encarceló. Peñalver murió en desgracia, en Ceuta, pero Gonzalo Recio fue perdonado pasados algunos años, y cuando contaba ya con más de setenta años, le fue concedido el título de marqués de la Real Proclamación. Sus familias y relaciones florecieron en la Cuba liberada: de los otros miembros del concejo de 1762, los síndicos, cuatro fueron ennoblecidos por sus «valientes servicios contra los ingleses». Los colaboradores cosecharon grandes honores —¿o debiéramos decir riquezas?—, pues tales hombres eran exactamente magnates del azúcar. Todos permanecieron en Cuba, proveyendo a la isla de una aristocracia —nueva, eso sí— de la que las islas inglesas siempre carecieron.

La producción de azúcar aumentaba ahora a un ritmo acelerado. En la década de 1770, una exportación anual media de más de 10 000 toneladas significaba que Cuba estaba exportando oficialmente cinco veces más que en la década anterior, y treinta veces más que en la década de 1750. Desde entonces, la producción cubana fue aumentando, aunque no de modo constante (las guerras y los bloqueos provocaban irregularidades en la demanda mundial de azúcar y en la demanda de esclavos), hasta que a finales de la década de 1820 Cuba se había convertido en la colonia más rica, a la vez que en la primera productora mundial de azúcar.

Estos grandes saltos adelante debían ser atribuidos, en parte, naturalmente, al paso del comercio ilegal al legal (hecho posible gracias a la legalización de otros mercados aparte del de Cádiz), pero también a los negros ingleses, a la continuación posterior del tráfico de esclavos, a la expansión de las ideas inglesas acerca del desarrollo (y al material azucarero inglés), al incremento del mercado interior español (unido, durante diez años, a unos precios relativamente estables), al gran incremento de la demanda y a la accesibilidad del mercado norteamericano, y al colapso virtual de la construcción de buques en los arsenales de La Habana: carpinteros, cordeleros, toneleros, saladores de carnes, etc., pasaron de sus respectivas industrias a la del azúcar, financiada por mercaderes que cambiaban también la orientación de sus actividades e intereses. De estos elementos, el aumento del mercado norteamericano ofrecía oportunidades comerciales mucho mayores que España, donde los precios bajaron bastante en los últimos años de la década de 1760. Augustin Cochin escribió una vez: «L'histoire d'un morceau de sucre est toute une leçon d'économie politique, de politique et aussi de morale». La historia de cómo Cuba se convirtió en el primer productor mundial de azúcar es también una historia del mundo.

En 1763, los españoles estaban firmemente decididos a evitar una nueva caída de La Habana. Fueron comenzadas nuevas fortificaciones, bajo el mando del nuevo capitán general español, conde de Ricla, y con él el militar irlandés mariscal Alejandro O'Reilly, que era experto en fortificaciones. Otro castillo fue construido río arriba desde El Morro-La Cabaña (o San Carlos de la Cabaña), de siniestra fama, más tarde, y otro en la colina de Atarés, a la entrada del muelle. Estas obras públicas supusieron una fuerte importación de esclavos y también la apropiación indebida de fondos destinados a la industria azucarera. Estos esclavos (comprados, como la mayoría de los escla-

vos cubanos hasta la década de 1790, en Jamaica) eran después puestos a la venta en el mercado. Las fortificaciones crearon puestos de trabajo para muchos habaneros, lo que obligó a invertir nuevas sumas de dinero en las plantaciones. Al mismo tiempo, el viejo (doscientos años) sistema de escolta a los barcos cargados con metales preciosos, fue definitivamente abandonado, pues el gobierno español quiso buscar un sistema más flexible de defensa, con nueva atención a Puerto Rico: se fue eclipsando el antiguo papel de La Habana y comenzó a brillar uno nuevo. El viejo astillero de La Habana fue siendo más y más utilizado para la fabricación de maquinaria para la industria azucarera.

La ocupación inglesa también dejó tras de sí, aunque sólo temporalmente, catorce mercaderes en La Habana, siendo John Kennion el más rico de ellos; dijo a la Oficina Colonial que sus mercancías eran de un valor igual a las de todos los demás mercaderes británicos juntos. Algunos eran hombres que se habían dado cuenta de las posibilidades que ofrecía el comercio con Cuba en artículos tales como el azúcar y el tabaco y, en particular, el rapé. Se suponía que todos estos comerciantes se marcharían de La Habana dentro de un plazo máximo de ocho meses a partir de la firma del tratado de paz, junto con todas sus mercancías. Pero su prolongada estancia ejerció especial efecto sobre los comerciantes cubanos, a quienes no sólo concedieron créditos, sino que les legaron unas nuevas teorías.

En 1765, el derecho de los españoles a comerciar en el Caribe fue extendido a siete puertos españoles, aparte del de Cádiz. Fue establecido un servicio mensual de correos entre La Coruña y La Habana. Estos pasos hacia la libertad de comercio fueron interpretados, incluso por los funcionarios estatales, como la legalización de la actividad comercial dentro del Caribe.

En La Habana, el nuevo gobernador, el conde de Ricla, impuso nuevas contribuciones, al efecto de aprovecharse de la

muy mejorada situación económica: en los nueve años entre 1766 y 1774, tales impuestos supusieron para España una cantidad tres veces mayor de lo que habían supuesto de 1759 a 1760.

En 1774 se elaboró el primer censo cubano, lo que indica en sí mismo la creciente riqueza de la colonia, ya que era necesario a efectos de la recaudación de impuestos. Aunque inexacto, es indudable (la población total era probablemente un 10 por ciento mayor de la indicada por el censo) que la relación sirvió para establecer de un modo aproximado la población total de Cuba. El total oficial fue de 170 000 personas, de las que casi 100 000, es decir, el 60 por ciento, eran blancas, mientras que el resto estaba constituido por negros y mulatos. De los negros y mulatos, dos tercios eran esclavos, y de estos sólo una tercera parte eran mujeres. De los negros y mulatos libres, unos 2000 estaban en el ejército. En comparación con el resto del Caribe, Cuba era un caso aparte; las colonias británicas tenían una población blanca total de unas 60 000 personas. Y en todas ellas la población negra libre era casi inexistente.

En 1774, Cuba era todavía (en comparación con sus vecinos) un país de población equilibrada. Económicamente estaba en el buen camino, y la prosperidad económica iba aparejada con un equilibrio social, debido a que el aumento de la producción azucarera era resultado del aumento en el número de plantaciones, más que de la mayor envergadura y potencial de las plantaciones ya existentes. Pero este avance carecía de base, ya que es casi seguro que la mayor parte de las nuevas plantaciones habían sido total o parcialmente creadas con préstamos de los comerciantes, como Mateo Pedroso, por ejemplo, a unos intereses astronómicos. Existía también un alto grado de inquietud derivado de la falta de confianza en que pudiera ser suministrada la mano de obra esclava necesaria no sólo para expansionarse, sino incluso para mantener en marcha las planta-

ciones existentes. Pero la mayoría de los plantadores no podían ya retroceder: los intereses tenían que ser pagados, y el principal (tal vez cuando los precios del azúcar fueran más altos) debía ser devuelto. Para hacer frente a los pagos no quedaba otra solución que la expansión. En 1773, los comerciantes de las Indias Occidentales británicas consiguieron, tras vencer grandes dificultades y oposiciones, que se firmara un acta por la que se permitía a los españoles y otros extranjeros efectuar préstamos en las islas inglesas. De este modo, Cuba pasaba a depender del mercado mundial, no sólo respecto a los precios del azúcar, sino también en relación con el capital y la mano de obra.

Este endeudamiento de los fundadores de la producción cubana de azúcar no era raro en las Indias Occidentales. En los buenos tiempos de la década de 1750, un viajero que llegó a Jamaica observó que los plantadores, «aunque ricos y bien situados, no estaban libres de deudas, pues los gastos inherentes a las plantaciones azucareras son muy considerables, y su natural tendencia a engrandecer sus posesiones los compromete constantemente en nuevos desembolsos».

Un nuevo problema hizo su aparición: una causa fundamental del levantamiento de las colonias británicas de América del Norte, en la década de 1770, fue su deseo de comerciar con Cuba y con las Indias Occidentales francesas. Durante dos generaciones, Massachusetts había fabricado el mejor «ron de las Antillas». La expansión de esta industria podía ahora llegar únicamente de las colonias francesas y españolas, no de Jamaica, cuyo suelo estaba agotado. «No sé por qué debe avergonzarnos confesar que la melaza fue un ingrediente esencial de la independencia americana», dijo John Adams, posteriormente. Una figura clásica de los intereses comerciales detrás de la revolución americana fue Robert Morris, capitán del puerto de Filadelfia y financiero de la revolución: nacido en Liverpool, el padre de Morris había ido a Filadelfia entre los años 1730 y 1740,

y en su primera época, la firma Willing and Morris se dedicó por un igual al tráfico de armas y al de esclavos, y fue una de las voces que más se hizo oír en 1761, en la protesta contra el nuevo impuesto sobre los esclavos. Morris, en los años inmediatamente precedentes a la guerra, fue uno de los hombres que más se distinguió en el comercio ilegal con Cuba, y más tarde, su agente en La Habana, Robert Smith, fue nombrado por el Congreso norteamericano representante comercial de Estados Unidos, siendo el primero de una larga serie de controvertidos embajadores norteamericanos en Cuba.

Las colonias inglesas de las Indias Occidentales no hicieron causa común con las de América del Norte, pues todavía necesitaban de la defensa imperial británica contra España y Francia (aunque si sus motivos de agravio hubiesen sido los mismos, tal vez hubieran actuado de otro modo). Las Bermudas, sin embargo, enviaron representantes al primer Congreso de Estados Unidos. En este gran conflicto, los vientos de la guerra soplaron después por el Caribe, como por América del Norte; había escasez de casi todos los productos, el precio de los alimentos subió en vertical y murieron muchos esclavos. España emitió, por vez primera, papel moneda, para financiar la guerra. Algunos comerciantes de Nantes y Liverpool se convirtieron en corsarios y lucharon para capturar barcos mercantes, no para transportar esclavos. Privados del acceso a los mercados de esclavos de Jamaica, a los cubanos se les permitió comprar esclavos de las colonias francesas, pagando ya en dinero, ya en azúcar. Holanda y Dinamarca (dos naciones neutrales) obtuvieron permiso para transportar esclavos, también. En La Habana fue construida una nueva fortaleza, la del Príncipe, en una colina del sur de la ciudad. La guerra proporcionó al Caribe algunos beneficios: para hacer frente al riesgo del hambre, como consecuencia del bloqueo, fue traído a Jamaica el guayabo, en 1778, y el mango en 1782. Ambos productos serían después decisivos

en la dieta de los habitantes de las Indias Occidentales, esclavos y libres.

La paz volvió en 1783, y los ingleses recuperaron las islas que antes habían perdido como consecuencia de la acción de los navíos franceses y españoles, pero lo que no volvieron a recuperar fue el primer puesto en la producción azucarera: hacia 1780, Saint Domingue exportaba casi tanto azúcar como todas las Indias Occidentales inglesas. En Inglaterra, los impuestos aumentaron enormemente. Los británicos, aunque a regañadientes, tuvieron que permitir que los comerciantes de la América del Norte libre continuaran traficando con las Indias Occidentales, ya que las colonias necesitaban productos alimenticios. Ya antes de 1776, una tercera parte de los buques que salían de Nueva York y de Boston iban a las islas de las Indias Occidentales, inglesas y de otros países. Tales navíos no necesitaban ser tan grandes como los dedicados al comercio de productos manufacturados, esclavos y azúcar. Durante la guerra, este comercio se vio incrementado en gran medida. La mayor parte del incremento en la producción de azúcar de Cuba entre 1779 y 1785 no fue a parar a España, sino a Estados Unidos.

Durante la guerra revolucionaria americana, los comerciantes españoles y cubanos se decidieron plenamente a embarcarse en el tráfico de esclavos: en 1778 fueron compradas dos estaciones esclavistas (a los portugueses) en la costa occidental africana, a saber, las islas de Fernando Poo y Annobón, para lo cual fue creada una compañía. Algunos comerciantes norteamericanos se establecieron en Cuba, suministrando alimentos, dinero y esclavos. Un reglamento de 1778 autorizaba a los puertos españoles a negociar con América, excepto México y Venezuela, territorios para los cuales Cádiz y San Sebastián detentaban un raquítico monopolio. Pero la expansión de la industria azucarera cubana no siguió a un ritmo tan acelerado como el de la década precedente. El número de plantaciones si-

guió siendo más o menos el mismo. Los precios de las importaciones crecieron sustancialmente. El problema de los plantadores continuó siendo el de la mano de obra: para expansionarse plenamente era preciso que el gobierno español permitiera el libre tráfico de esclavos. En 1780 los plantadores cubanos presentaron un memorial al rey Carlos III, por el que se quejaban del alto precio de los esclavos; a la vez rogaban que tanto La Habana como Santiago fueran abiertas de un modo permanente a los mercaderes extranjeros. Al año siguiente, la corona puso en circulación un memorando por el que reconocía que se necesitaba una gran abundancia de esclavos, al tiempo que sugería un tráfico español regular. Pero hasta finales de la década de 1780 se mantuvo en vigor un contrato monopolístico y la prohibición de nuevas importaciones; el marqués de Casa Enrile fue sucedido, como monopolista del comercio de esclavos cubano, por una firma de Liverpool, Baker and Dawson, que vendió al menos 5768 esclavos entre 1786 y 1789, al precio de 155 pesos (35 libras), y más adelante, a un precio entre 175 y 185 pesos, es decir, a 42 libras. De estos esclavos, un tercio, más o menos, eran mujeres, ninguna de las cuales superaba los treinta años (ni medía menos de 1,37 m); la mayoría eran comprados en Bonny, y Baker and Dawson consiguieron con este contrato entre 100 000 y 120 000 libras por año. Entre 1763 y 1789 fueron vendidos, legal o ilegalmente, de 60 000 a 70 000 esclavos, aunque muchos de ellos eran luego revendidos en otras zonas de la América española. Otra firma de Liverpool, Tarleton and Co., tenía un contrato similar para proveer a otras colonias españolas, y es probable que algunas firmas de Bristol estuvieran involucradas (ilegalmente) en este comercio con España.

Estas cifras, como observaron los plantadores cubanos, no eran nada en comparación con las grandes oleadas de africanos que llegaban anualmente a Saint Domingue: 30 839 en 1787,

29 506 en 1788. En Cuba, en 1787, debido a fallecimientos, parece que había únicamente 50 000 esclavos, en comparación con más de 450 000 en las islas inglesas. En 1788, Baker and Dawson intentaron renovar su contrato cubano para suministrar 3000 esclavos cada año, a 200 pesos (48 libras) cada uno. Pero el gobierno español cedió a la presión de los plantadores y, por un período de prueba de dos años, permitió la libre entrada en La Habana y Santiago de Cuba de tantos esclavos como fueran pedidos, de cualquier procedencia. Como en la época de Baker and Dawson, una tercera parte de cada cargamento debía estar constituida por mujeres, y, si no eran empleados para el azúcar o la agricultura, debería pagarse un impuesto de dos pesos (9 chelines, 4 peniques) por esclavo. En el año y medio siguiente, fueron importados bajo esta ley 4000 esclavos, más de la mitad de ellos por Baker and Dawson a través de su agente, Philip Allwood (conocido también por haber introducido el mango en Cuba). El argumento crítico contra un nuevo contrato monopolístico con los mercaderes de Liverpool era, en primer lugar, los celos de los comerciantes de Cádiz y, en segundo, que dado que Inglaterra no permitía la importación de azúcar extranjero, el gobierno de Madrid no permitía la exportación de tabaco, excepto a España; de modo que las únicas mercaderías que legalmente podían cambiarse por esclavos eran las pieles, que los ingleses no apreciaban, y el algodón, que no se cultivaba mucho en Cuba. De hecho, pues, resultaba que Baker and Dawson querían dinero en efectivo, del que había escasez, o algodón, que pasaría todo a Inglaterra, no a los molinos españoles. Hay que mencionar que entre 1786 y 1788 se produjo, por vez primera a finales del siglo XVIII, el único descenso importante en los precios internacionales del azúcar. Esto perjudicó a muchos pequeños productores, que quedaron, más que nunca, en manos de los comerciantes, y ayudó a que los grandes plantadores comprendieran que el único sistema

seguro consistía en la creación de grandes molinos, con los que resistir cualquier futura tormenta.

Cuando terminaron los dos años de prueba concedidos para la importación ilimitada de esclavos, la concesión fue prorrogada por otros seis años, hasta 1798. A La Habana llegaban, además de esclavos, otros productos, a bordo de los barcos negreros, y los traficantes podían sacar de Cuba, sin pagar impuestos, todo el ron y otros artículos, que desearan. Además de permitir que cualquier negrero extranjero pudiera abrir establecimiento en La Habana (el más destacado fue William Woodville, de Londres), estas regulaciones contribuyeron a que Cuba se convirtiera, en el cambio de siglo, en el mejor mercado internacional de esclavos, siendo los beneficios por esclavo embarcado de 62 libras, en comparación con 56 o 58 libras, si eran comprados en otros lugares.

Mientras, para demostrar que Cuba era una tierra tan piadosa como cualquier otra de América, fue finalmente terminada la catedral de La Habana, bajo la supervisión del vicario general de la diócesis, Luis Peñalver (sobrino del gobernador-lugarteniente de Albemarle). La fachada fue obra de un popular arquitecto de Cádiz, Pedro Medina; y La Habana pasó a ser sede episcopal, en tanto que Santiago de Cuba pudo, a partir de entonces, vanagloriarse de ser archidiócesis.

6

El reto de Haití

El jefe del movimiento expansionista cubano fue un joven plantador criollo, con grandes conocimientos de economía, llamado Francisco de Arango. Tanto él como sus amigos estaban ansiosos por crear una rica colonia azucarera, un nuevo Saint Domingue, en Cuba, y consiguieron convencer al capitán general, Luis de Las Casas, para que respaldara totalmente su aventura. La riqueza derivada del rápido desarrollo de la industria azucarera motivó el nacimiento de una cierta actividad intelectual en La Habana, actividad que si escasamente merece ser conocida como «la gran ilustración», condujo indudablemente a un más perfecto y cabal conocimiento de las posibilidades económicas de Cuba. Influido, en Madrid, por los argumentos de Jovellanos y Campomanes, los últimos años de la década de 1780 los pasó Arango realizando un cuidadoso estudio de por qué las colonias francesas e inglesas producían más azúcar, y a un costo menor. Él y el conde de Casa Montalvo (hijo del comisario de la flota en la época de la captura de La Habana por los ingleses) visitaron Inglaterra en 1788, al efecto de ver cómo los ingleses tenían enfocada la cuestión del tráfico de esclavos; ambos, acompañados de tres comerciantes de Cádiz, fueron a Liverpool e hicieron muchas y pertinentes preguntas:

> Cuántas manos podía transportar cada navío; listas de los cargos necesarios para comprar esclavos en diferentes partes de la costa de África; qué mercaderías podían ser adquiridas en España, cuáles podían comprarse en Inglaterra, y cuáles en las Indias Orientales; si el tráfico de esclavos había sido provechoso para la ciudad de Liverpool, y si los fabricantes ingleses habían obtenido beneficios con el suministro de mercaderías a los comerciantes…

Más tarde, Las Casas y Arango intervinieron, en 1792, en la fundación de una entidad, mezcla de sociedad, de corporación

y de organismo de fomento, conocida bajo el nombre de la Sociedad Económica de Amigos del País —basada en organismos similares en otros lugares del imperio español—. Se ocuparon también de la creación de una oficina agrícola, llamada Junta de Fomento, del tribunal comercial y centro de información, el Real Consulado, y del primer periódico de Cuba, el *Papel Periódico*, semanario fundado en 1791, que se convirtió en diario dos años después. De estos organismos, el Real Consulado era una versión modernizada de una institución catalana medieval, y la Sociedad Económica era la hispanización favorita de los enciclopedistas franceses, y de la que el gobierno español esperaba que daría satisfacción a todas las demandas «liberales» de sus colonias. La Junta de Fomento era idea personal de Arango, un «Ministerio de Industria» en embrión, pero dirigida no por comerciantes españoles, sino por empresarios cubanos. Estas instituciones expresaban un cuerpo de opinión específicamente cubano más que español; incluso el capitán general Las Casas, aunque español por nacimiento, compró, una vez terminado su mandato, una plantación de azúcar, y murió en Cuba.

Los respetables rostros de todos estos fundadores de la economía liberal cubana —Arango, Las Casas, Montalvo, José Ricardo O'Farrill, Nicolás Calvo, Luis Peñalver (primer director de la Sociedad Económica)— aparecen en retratos del siglo XIX, y tienen un aspecto orgulloso, solemne, casi noble. No sólo hicieron, sino que escribieron también la primera historia cubana, y pocos historiadores posteriores han escapado a su influencia. Fueron ellos quienes hicieron posible que la administración cubana pudiera financiarse a sí misma: anteriormente, los gobiernos cubanos habían subsistido gracias a los situados (rentas) del virreinato de México. La Sociedad Económica abrió su biblioteca al público, que fue la primera de la isla; también creó una escuela femenina y otras instituciones. Las Casas construyó escuelas, carreteras y puentes, un acueducto, hospita-

les y asilos. No obstante, tanto él como los de su generación se ocuparon primordialmente de la riqueza, prescindiendo de las consecuencias sociales, y sin atender a los consejos de persona alguna (los del economista Arrate, por ejemplo) en el sentido de que la esclavitud era inútil y cara. Descuidaron también el reforzamiento de la base de la esclavitud, de por sí poco segura. Además, las pequeñas plantaciones azucareras —antiguas, semipatriarcales y a menudo autosuficientes— de menos de treinta esclavos fueron liquidadas: a partir de entonces, Cuba produjo no para los contrabandistas ingleses o para la pobre España, sino, principalmente, para el mercado mundial, descansando absolutamente en el mercado mundial de la mano de obra esclava. Se enriquecieron, pero después de unas generaciones acabaron con la aristocracia cubana, sentando las bases para lo que luego Cuba pasó a ser una prisión de azúcar, más que un palacio de azúcar. Y los esclavos, embrutecidos por la rutina y la fuerza, casi perdieron la dignidad que hasta entonces habían poseído. Existía la tendencia, cada vez más acentuada, de bautizar los molinos con nombres laicos, los dueños se negaban a enviar a sus esclavos a oír misa los domingos, y si seguían construyendo una capilla en cada molino era para evitar interferencias de la parroquia. Finalmente, la costumbre de dar una enseñanza religiosa a los esclavos se perdió. La Iglesia perdió otras batallas: el tasajo podían comerlo los esclavos todos los viernes, excepto en la cuaresma; asimismo podían ser enterrados en tierra no consagrada; los curas hacían la vista gorda ante el hecho de trabajar los domingos, y permitían a los amos la aplicación de la fórmula «un domingo cada diez días». El nuevo código esclavista de 1789, el *code noir* español, aunque bien intencionado, fue en la práctica letra muerta: enseñanza de la religión católica y asistencia eclesiástica los días festivos; la proporción entre hombres y mujeres y horas y años de trabajo; el castigo y las disposiciones sanitarias… nada de eso se tuvo

en cuenta. Es cierto que la ley era, en teoría, más avanzada que ningún otro código esclavista; pero también es verdad que pocas leyes han sido tan abierta y completamente eludidas. Ni siquiera fue promulgada en Cuba; pues los propietarios esclavistas apelaron al gobierno en el sentido de que dicha ley no haría sino estimular actitudes peligrosas entre los esclavos. Mientras, lo que la Iglesia había perdido por un lado, lo había ganado por otro; y es que los monasterios y las iglesias se aprovecharon también del auge de la industria azucarera: el monasterio de Santa Clara, de La Habana, poseía, a fin de siglo, veinte molinos; el de San Ignacio tenía su parte en la propiedad del molino San Juan Nepomuceno, en 1772; y el seminario de La Habana tenía dos molinos de su exclusiva propiedad.

Arango y los de su generación eran liberales *par excellence*, preocupados por la relación entre libertad y riqueza, y le dedicaron todo su esfuerzo, no carente de ingenuidad, sin observar discrepancia alguna entre el librecambio y la mano de obra esclava. Llevaron a cabo una revolución semiindustrial, sin ayuda de España y a pesar de lo que en ella ocurría, lo que supone un gran contraste con las islas azucareras británicas y francesas, las cuales, naturalmente, dependían del apoyo e iniciativa de la metrópoli. Las Casas, nada más llegar, fue sobornado con el regalo, de la oligarquía de La Habana, de un rico ingenio azucarero, en la vieja zona tabaquera de Güines, llamado Amistad. Estos hombres eran la encarnación del dictado del ministro español Floridablanca, quien dijo que «la codicia y el interés son los incentivos principales de la conducta humana, y deben únicamente ser considerados como asuntos públicos cuando son perjudiciales para otras personas o para el Estado». Es indudable que tales palabras deberían ser juzgadas «de acuerdo con la época en que fueron pronunciadas»; pero esto no quiere decir que exista gran base para aplaudir su política. Llegados a la madurez en la era de Wilberforce y Clarkson, esbozaron una larga

serie de proyectos, en todos los cuales, sin embargo, se contaba con la mano de obra esclava. Si a Cuba llegaron «nuevas ideas» relativas al cultivo de la caña y a la técnica de la molienda, es difícil creer que a tales hombres no les vinieran a la mente ideas de tipo filantrópico. Arango y Montalvo, después de todo, visitaron Inglaterra, donde el abolicionismo era el clamor de un amplio y vociferante grupo de presión. Sabían lo que estaban haciendo; lo sacrificaron todo a la riqueza, que ellos identificaban con el progreso; hicieron exactamente lo que los pioneros ingleses habían hecho en Jamaica dos o tres generaciones antes.

Tal política reportó, desde luego, una serie de beneficios. Así, por ejemplo, los hombres de la Sociedad Económica se dieron cuenta de que la educación era económicamente ventajosa, por lo que, en consecuencia, la Sociedad introdujo, en 1794, un plan de reforma de la educación primaria. Fueron fundadas dos escuelas libres, pero sólo para niños blancos, y limitadas a doscientos escolares cada una. Ambas escuelas se sumaron a las treinta y nueve ya existentes en La Habana —la mayoría «pequeños grupos escolares primitivos, dirigidos por mujeres mulatas», que a menudo apenas si poseían ilustración alguna—, en las cuales estaban matriculados 1700 niños (de los cuales, 600 eran muchachos del convento de Belén). Esto marcó el comienzo del sistema de educación libre en Cuba.

En 1791, la historia del Caribe fue decisivamente alterada por la primera revolución de esclavos verdaderamente triunfante en las colonias europeas. Concretamente, tuvo lugar en Saint Domingue.

Para Cuba, las consecuencias de este gran acontecimiento fueron muchas: en primer lugar, el comercio azucarero francés quedó arruinado, con lo que Cuba se vio libre de su mayor rival en el mundo azucarero de aquel tiempo. En segundo, Napoleón, después del fallido intento por recuperar la colonia, dio el primer y decisivo paso para la fabricación en Europa del azúcar

de remolacha, disparando el primer tiro en la gran «guerra de los dos azúcares». Tercero, el colapso del azúcar de las Indias Occidentales francesas no impidió la decadencia de los ingleses: entre 1799 y 1807, en Jamaica, sesenta y cinco plantaciones fueron abandonadas, treinta y dos vendidas por deudas, mientras que, en 1807, por ejemplo, se seguía pleito contra otras 115. Cuarto, el precio del azúcar en el mercado europeo aumentó en un 100 por ciento entre 1788 y 1795, por lo que, aunque la producción cubana permaneció sensiblemente igual, los plantadores pudieron hacer unos beneficios mucho mayores, viendo en ello un primer indicio de esa volatilidad del mercado que caracterizará el resto de su historia. Finalmente, muchos habitantes de Saint Domingue se exiliaron en Cuba, particularmente en los alrededores de Santiago, pero también a otros lugares de la isla. Estos exiliados trajeron con ellos no solamente el *passepied* y la *contredanse*, la peluca empolvada y el vestido parisién (y el hábito francés de sacar los pies hacia fuera, para lucir sus zapatillas), sino también terribles historias de violación, muerte, saqueo y destrucción, que bastaron para que los plantadores cubanos no aflojaran las riendas con las que mantenían sujetos a los esclavos, y ello durante casi doscientos años.

Los inmigrantes franceses a Cuba también llevaron, con sus recuerdos de los tiempos prósperos (y unos pocos esclavos, a veces, quienes, a su vez, llevaron los elementos del vudú al este de Cuba), planes para el desarrollo del café y el azúcar en Cuba, como, por ejemplo, molinos de agua impulsados por arriba, con rodillos horizontales. Algunos llevaron también capital. No tardaron en verse técnicos azucareros franceses en todos los grandes molinos cubanos, y, de hecho, los molinos mayores fueron prácticamente todos construidos por ellos. Aportaron, asimismo, ideas acerca de la refinación del azúcar dentro de Cuba. El ingeniero francés Esteban Lafaye viajó desde Haití

para proponer a la oligarquía un plan para moler el azúcar, sin emplear bueyes ni agua; una máquina pendular, la cual, sin embargo, falló. Poco después de la revolución haitiana, los derechos sobre la importación de maquinaria para el azúcar (y el café) fueron abandonados. Las fundiciones norteamericanas comenzaron a vender maquinaria de hierro para sustituir al viejo material de madera. Fue introducido también el «tren jamaicano», el cual, a pesar de su nombre, no hacía sino seguir la técnica de Saint Domingue; con dicho sistema, el largo tren de calderos de cobre podía ser calentado en un solo fuego, al mismo tiempo y a igual temperatura. Esto economizaba leña (esencial en islas menos pobladas de árboles que Cuba), y el fuego podía ser mantenido con las sobras de la caña (bagazo), una vez molida. Ahorraba también mano de obra, si bien era un sistema algo más lento que el que se usaba antes. El pionero fue, nuevamente, el conde de Casa Montalvo, propietario de 72 000 hectáreas y nueve ingenios azucareros, que había acompañado a Arango a Europa.

Hubo otras innovaciones. El primer molino movido a vapor, comprado por Arango en Londres, en 1794, a la firma Reinold, fue utilizado experimentalmente en 1797, en la plantación Seybabo, por el yerno de Montalvo, el conde de Jaruco, nieto de uno de los regidores durante la ocupación inglesa, e íntimo de Godoy. Esta fue una de las primeras máquinas de vapor exportadas, aunque antes, en 1768, se realizó un intento de emplear el vapor en la industria azucarera, intento a cargo de John Stewart, en Jamaica, y de un plantador francés en Saint Domingue. Desgraciadamente, el experimento del conde de Jaruco no tuvo gran éxito, ya que si el vapor funcionó bien, el molino no era adecuado para el experimento. Además, tales máquinas no podían ser compradas en cantidad por otros veinticinco años, ya que sólo eran fabricadas en Inglaterra, y las guerras revolucionarias francesas iban a impedir embarques posteriores a Cu-

ba. No obstante, y a pesar de que la implantación de las máquinas de vapor tuvo que ser demorada, en el distrito de Güines se construían excelentes molinos de agua, concretamente a orillas del río Mayabeque; la nueva rueda de alimentación por arriba funcionaba donde antes habían fallado las viejas ruedas; el principal innovador fue Nicolás Calvo, que construyó un molino modelo (con la colaboración de un arquitecto francés), La Holanda. En 1794 fue introducida la llamada volvedora, que mejoró considerablemente las condiciones de trabajo: con anterioridad, los esclavos habían tenido que introducir cada caña dos veces a través de los rodillos, por separado y a mano. Ahora, al menos, la introducción a mano quedaba eliminada, con lo que se salvaban muchas manos de esclavos. En algunos lugares, las mulas sustituyeron eficazmente a los bueyes como fuerza motriz de los molinos. En 1798 fueron introducidas nuevas calderas (clarificadoras) en lugar del «tren», con lo que se simplificó el proceso de evaporación. Fue también por entonces cuando empezó a utilizarse la cal.

Arango, que fue el responsable de esta innovación, empezó también a abogar por un empleo más económico de la tierra; otros plantadores de las Indias Occidentales creían ya que con la agricultura científica y la rotación de cosechas las plantaciones azucareras podrían durar eternamente, en vez de sólo unos cuarenta años. En 1798 no se sabe si Nicolás Calvo o Arango llevaron a Cuba (a través de la persuasión de Philip Allwood, sagaz agente de Baker and Dawson en La Habana), desde la isla danesa de Santa Cruz, una nueva variedad de caña, borbón u otaheite, una caña verde más fresca, que se dio muy bien, lo mismo en Cuba que en todas partes, pues proporcionaba, en la misma cantidad de terreno, un 25 por ciento más de jugo y una caña o tronco más grande, que, por consiguiente, era más apto como combustible.

Gracias a una mezcla de patronazgo y de matonismo, los aristócratas de la sociedad criolla, obsesionados por el azúcar, consiguieron eliminar por completo a los cultivadores de tabaco, en la provincia de La Habana, al menos. Empezaron a construirse carreteras, al efecto de reducir el alto costo del transporte del azúcar a La Habana o a otros puertos, simplemente con una carreta tirada por bueyes. Arango propuso la construcción de canales. Allwood, pionero del mango y la otaheite, ayudó también a la introducción de molinos con rodillos horizontales, en lugar de los clásicos verticales. Finalmente, como acompañamiento comercial de esta expansión, se permitió a los comerciantes de Estados Unidos vender comida y ropa a Cuba, para los esclavos. Las fundiciones vendían cuellos de eje y ruedas dentadas para maquinaria. El excéntrico Timothy Dexter vendió en Cuba 42 000 calentadores, haciéndolos pasar por sartenes, para uso, tal vez, de los ingenios azucareros; y Humboldt habla de casas «ligeras y elegantes», mandadas construir desde Estados Unidos, «y de muebles» en los ya grandes suburbios fuera de los muros de La Habana.

Arango y los «liberales» criollos consideraron el colapso de Haití con menos temor de que Cuba pudiera seguir el mismo camino, que con una gran alegría, derivada del hecho de ver que los cubanos tenían el mercado mundial del azúcar casi en sus manos. Ciertamente, al sensacional incremento mundial en el precio del azúcar que se dio en la década de 1790, siguió una gran prosperidad. Los grandes árboles eran cortados, sin discriminación alguna. El tasajo era importado, no exportado. Para servir a la industria azucarera llegaron a La Habana capitales desde todo el Caribe. Entre 1792 y 1806 se fundaron en la jurisdicción de La Habana 179 nuevos molinos; y mientras en 1792 la producción media de cada molino era de unas cincuenta y cinco toneladas anuales, en 1804 era de más de ciento treinta. En 1800, los campos azucareros se extendían más allá

de la inmediata vecindad de La Habana, hacia lo que ahora es la provincia de Matanzas. En los alrededores del antiguo puerto contrabandista de Trinidad, tan cercano a Jamaica, se construyeron otros molinos. En la isla, en la región de Puerto Príncipe, subsistían cincuenta y cinco molinos, es decir, pocos menos de los que hubo allí unos treinta años antes. Pero esta zona había vivido siempre del contrabando, que ahora ya no era necesario. Oriente quedó rezagada: unos pocos molinos alrededor de Bayamo, Holguín y Santiago, con quizá cincuenta esclavos cada uno y produciendo 250 toneles de azúcar de baja calidad, alcanzaron en total unas 6000 toneladas.

Algunos plantadores del oeste pensaron que conseguirían liquidar parte de sus antiguas deudas. Como base de esta confianza estaba el convencimiento de que los blancos eran en Cuba mucho más numerosos de lo que nunca habían sido en Saint Domingue, a pesar de que el censo de 1792 demostró que, por vez primera, la población negra o mulata estaba en franca mayoría. Arango y sus amigos pensaron que podían importar esclavos en cantidades ilimitadas, convencidos como estaban de que el gobierno dispondría siempre de tropas (y perros) para aplastar cualquier revuelta seria, como, de hecho, aplastó la conspiración negra de 1795, acaudillada por un Toussaint cubano llamado Nicolás Morales.

Morales, un negro libre (como muchos líderes de las rebeliones esclavas cubanas era hijo de un esclavo), estableció una red de conspiradores para exigir la igualdad entre blancos y negros, la abolición de los impuestos y la distribución de plantaciones a los esclavos: es decir, una revolución agraria radical. Los criollos confiaban en el gobierno. Pero el gobierno tenía todas las de ganar. Controlando el ejército, los ministros coloniales españoles, los capitanes generales y los intendentes sabían que el miedo a una rebelión de los esclavos mantendría a los «liberales» al lado de España.

En la metrópoli, la corona se embarcó en una política de «animar… la fabricación en la vieja España de todos los productos adecuados para el Tráfico Africano», y un exjesuita, Raimundo Hormaza, permaneció en Liverpool como representante permanente de España. También escribió folletos atacando el abolicionismo, pero bajo el nombre más aceptable de «Reverendo Raymond Harris»; su obra *Scriptural Researches into the Licitness of the Slave Trade*, fue muy apreciada por los traficantes de esclavos de Liverpool.

La política de Arango dependía, naturalmente, de los comerciantes de La Habana. Y es que la estructura básica de la industria azucarera seguía siendo la misma: para crear una nueva plantación, para adquirir el nuevo material y maquinaria, para pagar por los nuevos esclavos o para reemplazar a los viejos —muertos o incapacitados para el trabajo—, el único recurso consistía en pedir dinero prestado o en comprar a crédito. El promedio de esclavos por molino era ahora de ochenta, aunque existían molinos enormes, como La Ninfa, fundado conjuntamente por Arango y el intendente Valiente (sin duda con dinero perteneciente a la corona y con ayuda técnica francesa), que empleaba 350 esclavos. Si esta había sido la posición en la década de 1760, más lo era todavía en la de 1790. Como siempre, los molinos no podían ser embargados por los acreedores. Las tasas de interés seguían siendo muy altas. Fue entonces cuando el gran Humboldt, que viajaba por Cuba, observó que los plantadores cubanos «dependían absolutamente» de los comerciantes. En aquel entonces, los comerciantes de todos los países, sin exceptuar a los ingleses y a los norteamericanos, eran, al mismo tiempo, banqueros, y solían guardar grandes sumas de dinero en sus cajas. Si no recibían algún anticipo a cuenta de la cosecha, los plantadores se encontraban a menudo con que no disponían de recursos con los que vestir y alimentar a los esclavos, o con los que adquirir un «tren jamaicano». Y menos aún, claro

está, podían comprar nuevos esclavos. Muchos plantadores cubanos sabían que jamás lograrían verse libres de deudas, ya que, por grande que fuera su producción, nunca podrían pretender pagar más que el interés acumulado, del 18 o el 20 por ciento.

Víctimas de estos acontecimientos fueron los viejos derechos eclesiales a los diezmos, que suponían la décima parte de todos los beneficios: estos fueron pagados casi por todo el mundo hasta, más o menos, el año 1750, pero en 1790 sólo treinta de entre 193 molinos del obispado de La Habana seguían pagando. A finales del siglo, los plantadores se negaban ya a abrir sus libros a la Iglesia. El obispo protestaba, pero terminaba por ceder, generalmente. El feudalismo había sido arrinconado por el capitalismo, aunque el golpe fue mitigado por el hecho de que la Iglesia era propietaria de muchos molinos; el monasterio de Santa Clara, por ejemplo, poseía veinte, mientras que los Reverendos Padres de Belén eran propietarios del tercer molino más productivo del año 1804.

La mayoría de los comerciantes eran, al menos parcialmente, traficantes de esclavos. Para África partían cubanos y españoles; incluso el mismo Arango envió una expedición. Después de 1807, cuando los británicos abolieron la esclavitud, los cubanos se iniciaron en el negocio con la ayuda de tripulaciones inglesas, y hacia 1810 se realizaban una treintena de provechosas expediciones anuales.

Esto empezó a proporcionar grandes sumas de dinero de reserva. El efecto de la liberación del tráfico de esclavos en 1790 consistió en enriquecer a los comerciantes de La Habana, en contraste con tiempos pasados, en el curso de los cuales el tráfico cubano de esclavos enriquecía primordialmente a los ingleses. Un viajero italiano de la década de 1840 observó que las grandes fortunas de La Habana habían sido hechas traficando con carne humana. A menudo, los comerciantes ricos compraban plantaciones, al frente de las cuales situaban a algún miem-

bro de la familia o a algún colega. La relación exacta entre la acumulación del capital original necesario para el lanzamiento de la industria azucarera cubana y el tráfico de esclavos es imposible de establecer; pero el comercio de esclavos, al igual que en la década de 1760, a menudo suministraba no sólo la mano de obra para el funcionamiento de la industria, sino también el capital; y el comerciante, esclavista o no, que poseía a la vez una plantación, era, en cierto sentido, el único plantador libre.

7

Rebelión en América del Sur

Durante las guerras napoleónicas, Cuba supo por vez primera lo que eran aquellas extremadas fluctuaciones en los precios del azúcar, que han atormentado su economía desde entonces. Después de los altos precios de la década de 1790 y de los días de la paz de Amiens, el azúcar bajó hasta menos de treinta chelines el quintal, pero volvió a subir cuando empezó la guerra. En 1807 los precios volvieron a caer, debido, en parte, a la conquista de Martinica y Guadalupe por los ingleses, pero volvieron a elevarse el año siguiente, estimulados por la conducta política de americanos y británicos y, también, por la guerra angloamericana. En 1814, el precio del azúcar mascabado llegó a casi 5 libras el quintal.

En 1796, los plantadores cubanos se encontraron con unos precios muy bajos para el azúcar, y, al quejarse, consiguieron unos impuestos más reducidos. Arango, que a menudo había atacado los monopolios, cuando eran o podían ser detentados por comerciantes españoles, se convirtió, con el conde de Jaruco, en monopolista de la importación de trigo, en un escándalo en el que estuvo implicado el embajador español en Estados Unidos (Carlos Martínez de Irujo) y el cónsul de Estados Unidos en Cádiz (José Martínez Iznardi). En 1799, el gobierno reinstauró las viejas prohibiciones contra el comercio extranjero. Ni el capitán general de Cuba ni Pablo José Valiente, el intendente, obedecieron tales órdenes, lo que puede considerarse como el primer indicio de una política independiente por parte de Cuba en el lento camino hacia el nacionalismo.

La llegada de la paz, en 1801, permitió al gobierno español promulgar nuevamente la prohibición de comerciar con Esta-

dos Unidos —el cónsul Blakely (el primer diplomático permanente de Norteamérica en Cuba) había sido encarcelado—. Pero, al mismo tiempo, la paz trajo una nueva prosperidad: una cifra récord de casi 14 000 esclavos fue introducida en Cuba en el curso del año de la paz de Amiens. En 1804, el Consejo de Indias, aunque aludiendo específicamente al destino de Haití, concedió un permiso de doce años para la introducción de esclavos, directamente desde África; bozales, por creer que se identificarían con la religión de Cuba con mayor facilidad de lo que lo harían los procedentes de la América de habla inglesa. A los plantadores que habían tratado de importar únicamente esclavos masculinos se les ordenó que compraran también mujeres, para estimular la creación de familias y para conseguir que los esclavos se beneficiaran de la presencia de mujeres negras en casos de enfermedad y en otros.

Volvió la guerra. La batalla de Trafalgar, en 1805, destruyó la flota española, con lo que la comunicación entre España y su imperio americano se hizo casi imposible. (La última batalla de Nelson fue, pues, en algunos aspectos, la primera batalla en la guerra de la independencia latinoamericana, ya que durante los años de negligencia que siguieron, las colonias de América Latina comenzaron a asumir una identidad separada). Bajo la presión de la guerra, el sistema imperial español se quebró. Los norteamericanos que echaban pie a tierra en puertos técnicamente fuera de su ruta eran tratados con benevolencia. Y es que Cuba, para la recepción de productos alimenticios, tenía que confiar en los barcos estadounidenses. En 1806, todo el comercio cubano fue efectuado por navíos no españoles.

La abolición, en 1807, del tráfico de esclavos en Inglaterra provocó una notable caída en la disponibilidad de esclavos; entre 1790 y 1807, la mayoría de los esclavos fueron llevados a Cuba en barcos ingleses. Además, en 1807, el presidente Jefferson, irritado por la pérdida de barcos estadounidenses en la

guerra, tomó represalias, con un Acta de Embargo, destinada a suprimir todo intercambio entre los beligerantes. El comercio entre Estados Unidos y Cuba disminuyó en un 50 por ciento, y en La Habana se triplicó el precio de las mercaderías importadas. Dos tercios de la cosecha de 1808 no pudieron venderse, y quebraron cincuenta buenos ingenios azucareros. Poey y Hernández, comerciantes de esclavos, afirmaron que también quedaron por vender muchos esclavos. El viejo Gabriel, marqués de Casa Peñalver, uno de los pioneros de las décadas de 1760 y 1770, se quejaba de haber perdido sesenta esclavos en los dos últimos años y de no haberlos podido sustituir, debido a que sus fincas no eran rentables. Lógicamente, los ingresos aduaneros bajaron también; concretamente, de 2 400 932 pesos (420 000 libras) en 1802, a 1 178 974 pesos (280 000 libras) en 1808. El Acta de Embargo fue abandonada en 1809, pero el crecimiento de la industria azucarera, a pesar de los altos precios, quedó detenido, ya que la guerra británico-americana de 1812-1814, si bien elevó los precios, interrumpió el comercio estadounidense. La política de Jefferson hizo que Inglaterra se dedicara cada vez más a América del Sur. Los ingleses (debido a su alianza con los Borbones españoles contra Napoleón) podían también emplear los puertos cubanos en sus ataques contra Norteamérica; un hecho que los estrategas norteamericanos nunca olvidaron.

Tal era la base comercial de cuatro acontecimientos políticos que hicieron época: primero, en 1808, la corona española sucumbió frente a Napoleón, que colocó a su hermano José en el trono de España. Los ingleses fueron a España a luchar, junto con el pueblo, contra los franceses y contra el ala liberal de la clase alta (apoyada por varios miembros de la oligarquía cubana, tales como el marqués de Casa Calvo y el general Gonzalo O'Farrill, que se convirtió en el ministro de la Guerra de José Bonaparte). Hasta 1814, la guerra asoló España, dejando a Cu-

ba bajo el mando de un capitán general de carácter independiente, Someruelos, que pudo actuar prácticamente a su antojo.

También en 1808, el presidente Jefferson expuso por vez primera lo que sería casi una constante de la historia americana: el deseo de Estados Unidos de comprar la isla de Cuba, del mismo modo que habían adquirido Luisiana (comprada en 1803 a Napoleón, quien a su vez la había recibido de España, en 1800). El presidente envió al general James Wilkinson (que había sido quien había tomado posesión física de Luisiana por cuenta de Estados Unidos) al capitán general Someruelos, para explicarle que Estados Unidos prefería que Cuba y México siguieran siendo españolas, antes que pasaran a control británico o francés, pero que si España no podía mantenerse allí, Estados Unidos estaría dispuesto a comprar la isla. La misión fracasó, pero Jefferson, a pesar de que Norteamérica ignoraba todo respecto a Cuba, y a despecho de la desconfianza que el catolicismo de la isla le inspiraba, continuó con la idea de una estrecha asociación con la isla; ¿no participaban todos los hombres del Nuevo Mundo de la misma bondad natural?, escribió a James Madison en 1809, añadiendo que pensaba que Napoleón (de quien se suponía que tenía el control de España y de su imperio) estaría dispuesto a entregar la isla de Cuba a Estados Unidos, a cambio de dejar las manos libres a Francia en el resto de la América española. En 1810 el cabildo de La Habana inició negociaciones secretas con William Shaler, cónsul norteamericano en La Habana: en la causa del mantenimiento de la esclavitud que empezaba a ser amenazada por el abolicionismo propugnado por las Cortes de Cádiz, el cabildo dijo que estaba dispuesto a preparar la anexión de Cuba a Estados Unidos. Pero primero deseaban una garantía de Estados Unidos contra la intervención británica. Pero esta intervención no parecía estar próxima.

El tercer gran acontecimiento fue la formación, en 1809, del primer movimiento para la independencia completa de Cuba dirigido por Román de la Luz, que era masón. Tanto los plantadores como los adalides de la sociedad intelectual se negaron a secundar el proyecto, por lo que la conspiración fue descubierta y abortada. Entre los ganaderos de Puerto Príncipe, al sur de la isla, la idea de una Cuba independiente había sido ya expresada repetidamente. Pero tales ideas no eran las mismas que las de los cosmopolitas magnates del azúcar de La Habana y Matanzas, quienes, cuando dejaban de mirar a España, dirigían la vista al norte, a Estados Unidos.

El cuarto acontecimiento capital fue el comienzo de la guerra contra España por parte de una serie de territorios americanos. Todo comenzó con la declaración de la junta provincial de Caracas, el 9 de abril de 1810, con la destitución de los virreyes de Buenos Aires y Nueva Granada, en mayo y julio, y con el levantamiento popular que tuvo lugar en México en el curso del mismo año. La clase alta cubana hubiera podido —y querido— hacer causa común con el resto de Hispanoamérica (el cabildo de La Habana hubiese podido desempeñar el decisivo papel que desempeñaron los de Caracas y Lima), de no haber sido por la inquietud acerca de los esclavos y, asimismo, por el espectro de Haití. Los esclavos representaban riqueza. En 1792 el valor de los 88 000 esclavos cubanos —tomando como base lo que hubiera costado sustituirlos— era de 4 000 000 de libras; el valor de los 147 000 esclavos de 1817, podía cifrarse en 11 000 000 de libras. El pensamiento de la desaparición de esta gran riqueza no era agradable.

En lo referente a los esclavos, la población estaba cambiando radicalmente: en 1792 los esclavos masculinos sumaban 50 000, mientras que en 1817 eran 125 000; al mismo tiempo, la población esclava femenina bajó de 40 000 en 1792, a una intolerable minoría de menos de 25 000 en 1817. Este fuerte des-

equilibrio debió de provocar, como mínimo, un agudo problema sexual, aparte de que debió de motivar que los esclavos enfermos no pudieran ser debidamente atendidos. Sirvió también para aumentar la delincuencia. Por consiguiente, la inquietud de los plantadores aumentaba a medida que se iban enriqueciendo.

Los últimos años del viejo y unido imperio español brindaron, pues, a Cuba no sólo una relativa riqueza (en comparación con las otras islas y con su propio pasado), sino también la perspectiva de un bienestar todavía mayor. De ahí la reticencia de los plantadores y comerciantes de La Habana a apoyar cualquier movimiento revolucionario independentista, como, por ejemplo, el que había triunfado en el continente, y la razón por la cual acariciaban, ya en 1810, la idea de la unificación con Estados Unidos. La creciente riqueza, más que consideraciones estratégicas, explica por qué el segundo y el cuarto presidentes de Estados Unidos acariciaron la idea de absorber Cuba.

En mayo de 1810, la junta superior cubana, creada en 1808 para gobernar la isla, mientras el poder soberano estaba casi en suspenso en España, recibió una invitación de Caracas para tomar parte en la gran revuelta, pero, después de algunas discusiones y de un cierto entusiasmo popular en pro de la aceptación, la invitación fue rechazada. Las tremendas dificultades físicas a vencer para unirse al movimiento independentista desempeñaron, indiscutiblemente, un importante papel. Cuba era una isla y, por lo tanto, podía ser fácilmente aislada por la flota española (si hubiese existido). La corona podría actuar más dura y eficazmente en Cuba, pues el territorio era más pequeño, y, entonces como ahora, a los oponentes políticos les sería muy difícil escapar a través de la frontera. Por otra parte, comenzaron a llegar a Cuba refugiados realistas procedentes del continente —20 000 entre 1810 y 1826—, quienes ayudaron a desarrollar sentimientos proespañoles. Más tarde llegaron también algunos de Florida, vendida a Estados Unidos en 1819, y asi-

mismo de Luisiana. Había también un obstáculo institucional que se oponía a la revolución: mientras, hacia 1810, muchos de los miembros del bajo clero del continente eran criollos que a menudo, como el mexicano fray Miguel Hidalgo, apoyaban a los revolucionarios, en Cuba eran casi todos peninsulares y proespañoles.

Otro recordatorio de los riesgos de la independencia fue dado por un tallador en madera negro, de La Habana, llamado José Antonio Aponte, quien, algo influido por el recuerdo de Moisés y su misión de «sacar a su pueblo de la esclavitud», como de La Luz y Nicolás Morales, preparó una elaborada conspiración, con tentáculos en toda la isla, para quemar los campos de caña y los de café (poniendo fin a la riqueza necesaria para poder comprar esclavos). Y lo peor fue que se puso en contacto con los temibles haitianos. Se celebraron reuniones, como se habían celebrado en Haití antes de la Revolución, en casa de Aponte, que era también sede de la deidad africana Changó, y donde se celebraron reuniones políticas, disfrazadas bajo la capa de fiestas religiosas (Aponte era santero, es decir, sacerdote, de este rito). Aunque fue traicionado y ahorcado, la conspiración de Aponte parece que fue a escala nacional. Hubo un levantamiento de escasa entidad, fueron muertos algunos mayorales y propietarios, y se produjeron disturbios en algunos molinos y ciudades. Todo esto causó escalofríos a los criollos. Llevó a los delegados cubanos que habían asistido, entre 1811 y 1813, a las reuniones de las Cortes Constituyentes españolas, a abogar —con éxito— por el aplazamiento de incluso cualquier discusión acerca de la abolición de la esclavitud. No obstante, en marzo de 1811, un diputado español, Alcocer, propuso un plan sobre el tráfico de esclavos, por el cual los esclavos existentes permanecerían con sus amos, mientras que los niños quedarían libres ya al nacer; los esclavos serían considerados como servidores domésticos, y cobrarían un salario, que sería

fijado por los jueces. Este plan fue apoyado por otro diputado, el «divino» Argüelles (futuro tutor de la reina Isabel II), con el ojo puesto en la aliada «liberal» de España, es decir, Inglaterra. Las Cortes escucharon después un discurso de Arango, de la ciudad de La Habana, acerca de la importancia que para el comercio de la isla tenía el tráfico de esclavos: no había una sola finca de la isla que tuviera bastantes negros; unas pocas tenían las mujeres suficientes; no era culpa de la actual generación de plantadores la existencia de esclavos en Cuba, pero la realidad era que, gustara o no, la isla dependía de los esclavos; y no era humano condenar a los esclavos al celibato. Se necesitaban más esclavos, no menos. Las Casas (el obispo) fue acusado de haber sido el iniciador del tráfico de esclavos. Cuba empezaba a despertar de «tres siglos de postración y abandono»; era injusto impedirlo. Las Cortes, por consiguiente, descartaron el asunto: Cuba seguiría siendo española, y la esclavitud no sería abolida. Por lo tanto, la revolución económica de Arango también sobrevivió.

8

La siempre fiel isla

La propuesta internacional para la abolición del tráfico de esclavos supuso para Cuba un nuevo problema. El movimiento abolicionista inglés tenía su origen en la oposición económica al monopolio de las Indias Occidentales, en un poderoso movimiento humanitario y en un cambio radical en la actitud general respecto al pecado, la naturaleza humana y el progreso. Tomó impulso a partir de la decadencia en la prosperidad de las Indias Occidentales británicas y en la desviación del comercio de Liverpool del tráfico de esclavos al algodón. Dinamarca fue el primer país europeo en abolir el comercio de esclavos. En 1807 y 1808 el tráfico fue formalmente abolido por Inglaterra y Estados Unidos, seguidos por Suecia y Holanda, y después por Francia, en el Congreso de Viena. Pero algunos norteamericanos, algunos ingleses, muchos franceses y muchos portugueses y españoles continuaron con el comercio de esclavos, a pesar de que los traficantes ingleses se enfrentaban con cada vez más severas penas, como, por ejemplo, la deportación, sin hablar de la flota británica, llevada allí para procurar que se cumpliera la abolición: y es que toda abolición, para ser efectiva, tenía que ser internacional y controlada. Pero la gran respetabilidad de aquellos que controlaban el tráfico de esclavos en Inglaterra era otro factor a tener en cuenta: los comerciantes de esclavos de Liverpool eran demasiado importantes como para quebrantar la ley; y además, tenían otros intereses, no sólo en la importación del aceite de palma, sino en la banca y en los seguros. Algunos traficantes ingleses cambiaron su nombre y nacionalidad: el capitán Philip Drake, de Bristol, se convirtió en don Felipe Drax, de Brasil. Por otra parte, la economía africana descansaba tanto en la esclavitud, que el tráfico no podía ser abolido de la

noche a la mañana. En 1816, en España, el derecho al libre tráfico, aprobado en 1804, expiró, y el Consejo de Indias recomendó su abolición. Pero esta recomendación fue hecha con un ojo puesto en Inglaterra, y en contra de un documento desaprobatorio, firmado por Arango y otros. Los argumentos variaban un poco de los expuestos en 1811: si el tráfico era abolido, el mismo trabajo debería realizarlo un número menor de esclavos; el valor de estos subiría y les sería más difícil comprar su libertad. Los miembros discrepantes dijeron también, en tono amenazador, que podrían resistirse a la abolición por la fuerza y que de ello se podría derivar la pérdida de la isla. En teoría, admitieron que el tráfico de esclavos debía ser prohibido, pero incluso Inglaterra había esperado veinte años desde que la idea fue sugerida por primera vez.

En 1817, sin embargo, el gobierno español fue finalmente persuadido por los ingleses, predominantes en la península, desde 1815, tanto comercial como políticamente, de la conveniencia de abolir el tráfico de esclavos a partir del año 1820. A los españoles se les pagaría 1 700 000 dólares (400 000 libras), al efecto de compensar a aquellos que pudieran resultar perjudicados por la abolición. Los portugueses se mostraron de acuerdo en hacer lo mismo, aunque restringiendo su obligación a los territorios y mares al norte del ecuador; recibirían 1 300 000 dólares (300 000 libras), junto con un préstamo de 2 600 000 dólares (600 000 libras). El derecho de la flota británica a detener a los barcos esclavistas fue aceptado, pero no así el de parar y registrar barcos sospechosos de llevar esclavos a bordo. Fueron establecidos tribunales en Sierra Leona (la inquieta colonia inglesa exesclavista), y después en La Habana, Luanda, Río de Janeiro y Surinam, encargados de juzgar a los navíos capturados. Si un barco era condenado, los esclavos eran llevados ante el tribunal y se les concedía la libertad, siendo mantenidos por el gobierno durante un año. Después eran

abandonados a su suerte, a menos que se presentaran voluntarios para trabajar en Cuba o en las Indias Occidentales británicas, como aprendices emancipados. Junto con la abolición llegó un nuevo decreto para promover mano de obra emigrante («mano de obra católica») procedente de España.

Así pues, a los comerciantes de esclavos y plantadores cubanos les fueron concedidos tres años de gracia, y, lógicamente, aprovecharon al máximo su última oportunidad legal. Las decisiones verdaderamente cruciales de esta época fueron las tomadas entre 1814 y 1816, que permitieron la tala de árboles y la dedicación de las tierras, por parte de los que gozaban de mercedes, a lo que ellos quisieran, y dispensándolos del requisito (que muchas veces había sido soslayado) de suministrar carne a una determinada ciudad. También fue concedida la propiedad formal de las tierras a cualquiera que pudiera probar que su familia había estado en posesión de ellas durante noventa años y que las había estado cultivando durante al menos cuarenta años. Finalmente, en 1819, a aquellos que poseían tierras en propiedad conjunta se les permitió dividirlas o fundar ingenios azucareros. Fueron prohibidas, a partir de entonces, todas las concesiones circulares. Los propietarios de mercedes que habían tenido realengos durante más de cuarenta años pudieron reclamar la propiedad de los mismos.

Estos decretos liberalizadores hicieron que muchos cubanos se encontraran con una riqueza inesperada, con el correspondiente beneficio para el Estado, en forma de contribuciones e impuestos. Es posible que más de 10 000 cubanos se convirtieran así en plenos propietarios, mientras que anteriormente no habían pasado de ser usufructuarios. Por otra parte, los litigios relacionados con la tierra continuaron durante muchos años.

A pesar de estas circunstancias, el suministro de esclavos se había desarrollado velozmente durante los años inmediatamente posteriores a la paz de 1815; durante 1815 se dice que llega-

ron unos 9000, frente a 17 000 en 1816. Esta última cifra superaba incluso la del año de la paz de Amiens. En 1817 las importaciones de esclavos alcanzaron las 25 000 personas; en 1818 casi 20 000; 15 000 en 1819, y 17 000 en 1820. Así pues, los cinco años comprendidos entre 1816 y 1820 vieron la importación de al menos 100 000 esclavos; más, probablemente, del total de los importados hasta 1790.

Antes de que entrara en vigor la ley prohibiendo el tráfico, en 1820, una revolución en España transformó temporalmente la situación. En el más radical pronunciamiento del siglo, el coronel Riego proclamó en Cabezas de San Juan la Constitución de 1812. Al rey Fernando le fue impuesta una Constitución. El asunto afectó también a Cuba; «la siempre fiel isla» pasaba a ser considerada como una provincia de España. Los monasterios fueron (temporalmente) abolidos, la capilla de uno de los conventos agustinos se convirtió en escuela, los presos políticos fueron liberados y se fundaron nuevos periódicos, en los que enseguida aparecieron artículos y editoriales radicales. De Estados Unidos comenzaron a regresar exiliados lo mismo que del imperio continental, al tiempo que comenzaban a proliferar las sociedades reformistas secretas, especialmente masónicas. La atmósfera política de La Habana era electrizante. Resultaba sorprendente ver el gran número de radicales que parecían existir en las capas inferiores de la oligarquía cubana y entre las clases más pobres de la población blanca de La Habana. Algunos diputados acudieron a las Cortes, en Madrid, y aunque la mayoría abogaba por el retraso en la aplicación de la prohibición del tráfico de esclavos, uno de ellos, fray Félix Varela, propuso con gran energía no sólo su inmediata aplicación, sino también la total abolición de la esclavitud en Cuba, pagando las debidas compensaciones. A pesar de la irritación de sus colegas cubanos, las Cortes liberales le encargaron la preparación de un pro-

yecto para llevar a la práctica su propuesta. Mientras, el crecimiento de la inmigración blanca a Cuba decayó sensiblemente.

Tales planes no fueron aceptados por los plantadores cubanos. En los cinco años transcurridos desde el fin de las guerras napoleónicas se había dado un nuevo paso adelante en la producción azucarera y en la de café. El comercio entre Estados Unidos y Cuba había experimentado un gran incremento a partir de 1815, debido, en parte, a la rivalidad comercial de Inglaterra y Estados Unidos. Finalmente se había permitido la libertad de comercio (desde 1800 había sido tolerada) en el imperio español, concretamente en 1818, aunque no el comercio sin aranceles (las mercancías no españolas transportadas por barcos no españoles pagaban un impuesto especial). Esto permitía a los comerciantes cubanos tener acceso legal y permanente al cada día más amplio mercado norteamericano. Las plantaciones azucareras eran ahora 800, y la mayoría habían instalado trenes jamaicanos con maquinaria importada. Entre 1815 y 1820 la producción de azúcar por molino parece que fue de unas cincuenta toneladas, lo que suponía un incremento del 50 por ciento sobre el nivel obtenido en los inicios de la época de Arango, en 1790. En 1818 cuatro plantadores instalaron máquinas de vapor en sus molinos, con lo que consiguieron una energía equivalente quizá a la de veinte bueyes: es sintomático observar que de estos aventureros técnicos sólo uno (Nicolás Peñalver) era miembro de la vieja oligarquía que había llevado a cabo la revolución azucarera de las décadas de 1760 y 1790. Los otros eran inmigrantes, y serían ellos quienes en el futuro desempeñarían el primer papel en avances similares.

Estas máquinas, aunque en muchos aspectos ahorraban trabajo, necesitaban ser alimentadas; los desperdicios de la caña y la madera de los bosques cercanos resultaron combustible inadecuado. Por ello fue preciso importar carbón, especialmente en los años de humedad. Cuba entraba con toda su alma en la

revolución industrial, pero los trapiches viejos, pobres y pequeños, como los que todavía existían en Oriente, seguían empleando bueyes. El desarrollo más significativo, después de 1815, no obstante, fue el del puerto de Matanzas, en la hermosa bahía del mismo nombre, en la boca de los ríos San Juan y Yumurí. Su riqueza derivaba, para empezar, del asentamiento allí de varios «capitalistas europeos», quienes, según se ha sabido, no podían volver a España después de la invasión francesa. Convirtieron a la hasta entonces pequeña ciudad (fundada en 1693 por unas treinta familias de las Islas Canarias) en el segundo puerto de Cuba: su población pasó de 20 000 habitantes en 1817 a 40 000 en 1827. En 1816 salieron de Matanzas 400 toneladas de café; en 1827, 5000 toneladas.

Pero a Cuba no llegaban únicamente «forasteros» procedentes de España; desde 1815, un número cada vez mayor de comerciantes norteamericanos iba llegando a La Habana, Trinidad, Matanzas y Santiago. De Luisiana llegó un grupo de franceses y otro de españoles. A los franceses de Luisiana se debe la fundación del puerto de Cienfuegos, en lo que antes había sido un realengo en la bahía de Jagua, en la Cuba meridional, en 1817-1819: su líder era Louis de Clouet, el primer alcalde de la ciudad. Los ciudadanos de Estados Unidos resultaron especialmente favorecidos, ya que se veían libres de muchos de los impuestos que afectaban a los españoles. Pero a Cuba, en la segunda década del siglo XIX, no llegaban solamente comerciantes. Las *Memorias* de la Sociedad Económica de La Habana indican, por ejemplo, que entre el 1 de diciembre de 1818 y el 30 de noviembre de 1819, arribaron a Cuba 1332 inmigrantes, de los cuales 416 eran españoles; 389, franceses; 65, ingleses; 126, angloamericanos, junto con algunos portugueses, alemanes, irlandeses, italianos, serbios, etc.; de estos, 722, según nos dicen, eran «agricultores»; 266, carpinteros; 79, albañiles; 30, panaderos, y 25, toneleros.

Fue esta sociedad en expansión, rica y cosmopolita, con los esclavos como riqueza principal, la que tuvo que soportar la prohibición formal del tráfico de esclavos en 1820, como tuvieron que soportarla los refugiados y emigrantes que llegaban a Cuba desde todos los puntos de los imperios americanos de España y de Francia. Los plantadores reaccionaron de dos modos; primero, trataron de asegurarse de que el capitán general y los altos funcionarios de Madrid dejaran de lado la prohibición. Se convirtió en algo normal y plenamente aceptado que los capitanes generales recibieran una prima sobre la importación de esclavos. Y los premios alcanzaban también a otros funcionarios. Todo ello contribuía, claro está, a incrementar el precio de los esclavos, y quienes salían perjudicados solían ser los plantadores, no los traficantes. La importación de esclavos disminuyó temporalmente, pues parece ser que en 1821 llegaron sólo unos 6000 y durante 1822 únicamente 2500, que llegaron para atender, en parte, las demandas de sustitución. El gobierno español era demasiado débil y estaba excesivamente lejos como para insistir en el inmediato cumplimiento del decreto de prohibición. Por otra parte, todo el mundo sabía que, a pesar de que Francia había decretado la prohibición en 1818, de Nantes, Burdeos y El Havre salían regularmente barcos cargados de esclavos. Llegó un momento en que el gobierno británico, irritado, dijo al gobierno francés, en 1824, que su bandera protegía a «los villanos de todas las naciones». (Los ingleses habían abandonado casi por completo el tráfico, aunque algunos lo seguían practicando, pero bajo bandera falsa).

El gobierno de España estaba por aquellos años más que ocupado, con la formalización de la independencia latinoamericana; Perú fue declarado independiente en julio de 1821; en septiembre fue emitida una declaración por la que se creaban las Provincias Unidas de América Central; en mayo de 1822, México pasó a ser independiente; mientras, en el mismo mes,

Estados Unidos reconoció estas declaraciones. En estas circunstancias, el gobierno de Madrid, aunque «liberal», no deseaba en absoluto enfrentarse a los plantadores de la «siempre fiel isla». La población, en España y Portugal, como en Cuba y Brasil, estaba convencida de que el interés de Inglaterra en la abolición era puramente hipócrita; que, habiendo transportado un inmenso número de esclavos, se había vuelto antiesclavista para evitar la competencia del azúcar cubano y brasileño; que actuaba del modo que lo hacía, debido a la presión económica de sus intereses en las Indias Orientales, en un momento en que las Indias Occidentales inglesas estaban en franca decadencia; que, al no meterse con las plantaciones algodoneras del sur de Estados Unidos, que trabajaban con mano de obra esclava, mostraba una absoluta falta de sinceridad; y que, al mantener la esclavitud en sus propias islas, al abolir el tráfico se conseguía únicamente elevar el precio de los esclavos, pero sin abolir la esclavitud. Las mercancías inglesas eran empleadas por los negreros para la compra de esclavos en África, como muy bien sabían los fabricantes ingleses. Y había capital inglés invertido en asuntos en los que intervenía mano de obra esclava (las minas de oro brasileñas, las minas de cobre cercanas a Santiago de Cuba, y diversas plantaciones cubanas).

Los plantadores cubanos estaban, naturalmente, en manos del gobierno porque tenían que confiar en el ejército para mantener sujeta a la mano de obra esclava; pero les quedaba otra carta por jugar. No, con toda seguridad, la independencia: eso sería demasiado peligroso, se correría peligro de guerra, podría producirse una revolución como la que había arruinado a Haití. Pero ¿no podrían, como lo hizo Florida, integrarse en Estados Unidos?

Esto no significaba que los plantadores desearan realmente ser estadounidenses. Preferían el *statu quo*. Pero para mantener la esclavitud (la esencia del *statu quo*), hubieran preferido pasar a

la Unión, que convertirse en independientes; y en 1820, como en 1808, hubieran preferido pasar a formar parte de la Unión, si Madrid hubiese insistido en que cumplieran el acuerdo con los ingleses en relación con la abolición del tráfico de esclavos.

Estos asuntos fueron delicadamente examinados de nuevo cuando Bernabé Sánchez, un nativo de Camagüey, en representación de varios plantadores llegó a Washington, en septiembre de 1822, para ofrecer la anexión *como un Estado*. El gabinete norteamericano, reunido, nada decidió. John Quincy Adams, secretario de Estado, escribió en su diario:

> Se discutió sobre lo que debía hacerse. Mr. Calhoun desea ardientemente que la isla se convierta en parte de Estados Unidos, y dice que Mr. Jefferson lo desea también. Hay dos peligros que deben evitarse… uno, que la isla caiga en manos de la Gran Bretaña; el otro, que sea revolucionada por los negros. Calhoun afirma que Mr. Jefferson le dijo hace dos años que deberíamos, a la primera oportunidad, tomar Cuba, aunque fuera a costa de una guerra con Inglaterra; pero como no estamos preparados para la misma, y como nuestro gran objetivo debe ser el de ganar tiempo, piensa que deberíamos reaccionar [respecto a los plantadores] disuadiéndolos de su actual propósito y animándolos a adherirse a su conexión con España.

La respuesta del gabinete de Estados Unidos a los plantadores cubanos fue una negativa, pero también una pregunta sobre el verdadero estado de la opinión pública en La Habana. Bernabé Sánchez demostró ser indigno de confianza, pues fue considerado por un corresponsal de Joel Poinsett como «un individuo insensato, sin educación, falto de criterio y de autoridad». Pero es evidente que al menos algunos miembros del gobierno norteamericano creían firmemente que Cuba debería ser incorporada a la Unión. En este sentido escribió Adams, en una famosa carta, al entonces ministro de Estados Unidos en España, Hugh Nelson:

> Cuba… se ha convertido en objeto de trascendente importancia para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión. Su privilegiada posición… su puerto de La Habana, amplio y seguro… la naturaleza de sus producciones y de sus necesidades… le dan una importancia en la suma de nuestros intereses nacionales, que no puede compararse con la de nin-

> gún otro territorio extranjero, y que es apenas inferior a la que tienen en conjunto los diferentes miembros de esta Unión… Es difícil resistir la convicción de que la anexión de Cuba a nuestra república federal será indispensable para la continuación e integridad de la Unión misma… Hay leyes de gravitación política, como existen las de la gravitación física; y si una manzana separada del árbol por la tempestad, no puede hacer otra cosa que caer al suelo, Cuba, separada a la fuerza de su artificial conexión con España, e incapaz de bastarse a sí misma, puede únicamente gravitar hacia la Unión norteamericana, la cual, por la misma ley natural, no puede arrancarla de su seno.

Esta carta significaba que, a menos que los ingleses intervinieran, Estados Unidos permanecería a la expectativa, confiado en adquirir la isla sin el menor esfuerzo; tal actitud formó la base de la política de Estados Unidos durante medio siglo, ya que a pesar de un plan para la toma de Cuba, presentado a Canning por el coronel De Lacy Evans, en abril de 1823, Inglaterra nunca intervino.

En Cuba, con la libertad constitucional todavía milagrosamente existente, había ya nacido un nuevo y formidable movimiento cuya meta era la consecución de una verdadera independencia. Estaba dirigida por José Francisco Lemus, un republicano que, aunque habanero, había alcanzado el grado de coronel en el ejército para la independencia de Colombia, apoyado por otros reformistas colombianos. Su lugarteniente era de Haití. Su movimiento, los Soles y Rayos de Bolívar, estaba cuidadosamente organizado, principalmente por masones, por todo el territorio cubano, a base de células. El proselitismo se hacía, primordialmente, entre los estudiantes y los blancos más pobres, a los que instaba a hacer causa común con los negros, libres o esclavos. A principios de 1823, una delegación de este movimiento viajó a Colombia para planificar una revolución cubana con Bolívar, quien les hizo ver que el momento no era el más adecuado. Sea como sea, en las paredes de muchas localidades cubanas fueron pegados carteles en los que podía leerse: «Independencia o muerte».

> Españoles: [dijo Lemus] no queremos romper los crecientes lazos de amistad, como no deseamos quebrar los dulces lazos del lenguaje, la sangre y la religión. Pero nunca volveremos a colocarnos en una situación de dependencia respecto a vosotros… Hijos de Cubanacán [el nombre indio de Cuba]: procuremos que todo el mundo sepa de nuestros esfuerzos para acabar con los ridículos rangos y jerarquías que fomentan la ignorancia y embrutecen el carácter virtuoso de los hombres libres. No reconocemos mérito alguno que no proceda del verdadero mérito. Tratemos generosamente a los infortunados esclavos, aliviando su triste suerte hasta que los representantes de nuestro país propongan la forma de redimirlos con dignidad, sin perjudicar intereses individuales. Son hijos de nuestro propio Dios… ¡Ministros del Altar! No olvidéis que la ley del buen Jesús es totalmente republicana.

Así pues, mientras los grandes plantadores cubanos jugaban la carta de la anexión a Estados Unidos, los jefes de las clases medias bajas estaban intentando llevar a la práctica una política radical y multirracial, al objeto de conseguir el apoyo de las masas esclavas.

La conspiración de Lemus se vio alentada también por el colapso del gobierno constitucional de España, en abril de 1823. El rey Fernando hizo caso omiso de sus consejeros liberales, a quienes obligó a callar gracias a haber pedido ayuda al rey de Francia —primo suyo— y a su ministro de Asuntos Exteriores, el conservador Chateaubriand. El gobierno liberal no pudo organizar la resistencia, por lo que los llamados «Cien mil hijos de san Luis» impusieron un régimen autoritario que sustituyó a la Constitución de 1820. Las ejecuciones y los exilios siguieron a las tropas francesas. Un capitán general autoritario, Dionisio Vives, fue enviado a La Habana con la misión —plenamente cumplida— de terminar con la libertad constitucional de los últimos tres años. Los monasterios, por ejemplo, recuperaron sus propiedades; y Vives puso en práctica un plan para eliminar el liberalismo cubano.

Fue entonces cuando Lemus fijó una fecha para el levantamiento, pero Vives descubrió la conspiración, como consecuencia de un intenso programa de sobornos y traiciones. El 1

de agosto de 1823, Lemus fue capturado con la mayoría de sus lugartenientes y enviado a prisión. Otros consiguieron huir al extranjero. Algunos esclavos se rebelaron, pero, faltos de líderes, fueron rápidamente abatidos. Los liberales cubanos, como, por ejemplo, el sacerdote abolicionista fray Félix Varela y el poeta José María Heredia, salieron de Cuba. En mayo de 1825 fueron concedidas al capitán general «facultades omnímodas», es decir, permiso para actuar a su antojo; los residentes en Cuba perdieron la protección que les ofrecía la ley. En abril de 1826 fue promulgado un decreto que prohibía la importación de libros contrarios a «la religión católica, a la monarquía o que, de una u otra forma, abogaran por la rebelión de vasallos o naciones». En 1826 y 1827 fracasaron otras pequeñas conspiraciones, que terminaron invariablemente con el ahorcamiento de sus inspiradores y jefes. A Cuba llegaron cuarenta mil soldados españoles, y el país vio el florecimiento de gran número de informadores y espías gubernamentales. Las leyes que prohibían a las personas nacidas en Cuba servir en el ejército o como funcionarios civiles fueron rígidamente mantenidas. Cuba era un campamento armado. La ley marcial estuvo en vigor durante cincuenta años.

Sólo una posibilidad le restaba al movimiento independentista cubano: la intervención de los nuevos países hispanoamericanos. El 7 de diciembre de 1824, Bolívar convocó para 1826, en Panamá, un congreso para la formación de una federación de países hispanohablantes. El 9 de diciembre derrotó definitivamente en Ayacucho al último ejército español en América del Sur, obligando a una España sorprendentemente indiferente a enfrentarse con la realidad de la extinción de su imperio continental. Diez días después escribió al general Santander (vicepresidente de Colombia), desde Lima:

> El gobierno debe comunicar a España que si dentro de un plazo de tiempo prudencial Colombia no es reconocida y no se consigue la paz, nuestras tropas marcharán inmediatamente sobre La Habana y Puerto Ri-

> co. Es más importante la paz que la liberación de estas islas; el conseguir la independencia de Cuba nos supondría un gran esfuerzo… pero si los españoles se muestran obstinados, nos pondremos en movimiento.

Al mismo tiempo, el nuevo presidente de México permitió la formación de una Junta para la Liberación de Cuba, que debía estar integrada por cubanos residentes en México.

Pero estos proyectos no maduraron. Nada había sucedido en abril de 1825, cuando el nuevo secretario de Estado norteamericano, Henry Clay, con toda la autoridad moral que el gobierno de Estados Unidos tenía entonces entre los libertadores sudamericanos, anunció: «Este país prefiere que Cuba y Puerto Rico sigan dependiendo de España. Este gobierno no desea cambios políticos en esa condición».

La razón por la que Estados Unidos siguió esta política es clara. Clay no sólo deseaba dejar la puerta abierta a la posibilidad de una eventual entrada de Cuba en la Unión; temía también, como los plantadores cubanos, que una revolución contra España fuera seguida por «las trágicas escenas que tuvieron lugar en una isla vecina», es decir, Haití.

> Que no se dejen los esclavos liberados de Cuba tentar por esa independencia para emplear todos los medios que la vecindad, la similitud de origen y la simpatía pudieran proporcionar, para fomentar y estimular la insurrección, al efecto de añadir fuerza a su causa [excitar la insurrección, es decir, entre los esclavos de los estados del sur de Estados Unidos]. Estados Unidos tiene demasiados intereses en las fortunas de Cuba para permitir… una guerra de invasión.

El general Páez, propuesto para el cargo de comandante de la expedición mexicano-colombiana que preparaba Bolívar, afirma en sus memorias que Estados Unidos «bloqueó la independencia de Cuba». Pero es posible que la expedición nunca se hubiera puesto en marcha, con la intervención norteamericana o sin ella; la verdad es que la conducta de Clay fue probablemente para Bolívar una excusa para el inmovilismo, lo mismo que para algunos nuevos gobiernos sudamericanos, escasamente ansiosos de proseguir la dura lucha. ¿Es que puede pensarse

que la actitud estadounidense hubiera podido frenar el ímpetu de un movimiento revolucionario sudamericano verdaderamente dinámico? Estados Unidos no era, en 1825, excesivamente fuerte desde el punto de vista militar, y la actitud de Clay no fue apoyada por toda la población, ni mucho menos, según palabras del representante John Holmes, de Maine:

> En mi opinión, no puede usted emplear tales métodos; la opinión pública no le apoyaría. ¿Una guerra fuera de los límites de Estados Unidos, una guerra extranjera, para reducir hombres a la servidumbre? Ni un brazo, ni apenas una voz al norte del Potomac se levantaría en su favor. La administración que lo intentara, sellaría su propia destrucción.

Tenía razón: si Bolívar hubiese entrado en acción, es difícil pensar que la política de Clay hubiese podido sostenerse. De hecho, Bolívar no deseaba seguir luchando, como tampoco sentía impaciencia por liberar Cuba, según se desprende de varias de sus cartas.

También es posible que la expedición hubiese podido ser derrotada por el general Vives, en La Habana. Los más significados líderes independentistas cubanos habían muerto, o estaban en prisión o en el exilio, y lo que es más importante, la clase dominante en Cuba —los condes, los marqueses y los nativos de Cádiz, los plantadores y los comerciantes—, si bien estaba a menudo dividida, apoyaba totalmente a Vives en su hostilidad a la independencia, por miedo a perder la mano de obra esclava. Les interesaba seguir unidos a España o, como mal menor, la anexión a Estados Unidos.

De todos modos, la crisis de 1825-1826 pasó. España firmó la paz con sus antiguas colonias, que se desembarazaron de los líderes expansionistas. La posibilidad de ayuda para Cuba del resto de América Latina, siempre remota, desapareció. Durante el resto del siglo XIX, los países latinoamericanos vivieron para sí mismos. Cuba pasó a ser una anomalía política, cada día más rica, pero prácticamente bajo la ley marcial.

Libro II

La edad de oro, 1825-1868

La irresistible voz de la Naturaleza grita que la isla de Cuba debería ser feliz.

Félix Varela

9

El mundo del azúcar

La riqueza de Cuba entre 1823 y el final del siglo XIX alcanzó altísimos niveles. Los prolongados poderes absolutos de los capitanes generales se convirtieron también en una verdadera dictadura, aunque totalmente diferente de las incompetentes autocracias del siglo XVIII y anteriores. La riqueza cubana crecía y la dictadura, también, mientras España, la madre patria, languidecía. La esclavitud y el tráfico de esclavos, aunque este último era ilegal, eran las instituciones sobre las que se asentaban la riqueza y la dictadura.

La riqueza de Cuba dependía, en parte, del café (entre 1820 y 1840), y, principalmente, del azúcar. Hasta los últimos años de la década de 1860, el azúcar dependió de la mano de obra esclava. Los plantadores dependían de que el gobierno no hiciera cumplir las leyes antiesclavistas; y el gobierno se acostumbró a confiar en el dinero procedente del tráfico, tanto como en el derivado de los impuestos sobre la industria azucarera. Los traficantes de esclavos continuaron íntimamente unidos con los plantadores, y los traficantes más ricos siguieron invirtiendo su dinero en las plantaciones.

La ley y el gobierno en Cuba siguieron siendo contérminos, ambos sin mucha sanción moral para los criollos o para los esclavos. La municipalidad y el cabildo, la jurisdicción y la Audiencia, continuaron con muy pocos cambios desde el siglo XVIII. La Habana siguió siendo una gran ciudad, con una población de más de 100 000 habitantes en 1827. Fueron fundadas nuevas ciudades: la Isla de Pinos, con una población de menos de cien habitantes en 1800; una guarnición por vez primera en 1826, consiguió una «capital» al año siguiente: Nueva

Gerona (ya que el capitán general Vives ganó sus «laureles» en el famoso sitio de Gerona); fueron construidos dos grandes edificios de adobe y hojas de palma, que fueron bautizados con los nombres de Vaticano y Quirinal. Los españoles todavía construían para quedarse.

Y el Estado continuaba enviando fuerzas para reprimir cualquier rebelión de los esclavos o de los negros libres, y para hacer frente a posibles amenazas exteriores. Durante la mayor parte del siglo XIX, la guarnición española consistió en unos 25 000 o 30 000 hombres, y desde la década de 1840 también la Guardia Civil, el cuerpo de policía semimilitar fundado para aplastar el bandolerismo en España, y empleado en Cuba para descubrir conspiraciones y reprimir rebeliones. De vez en cuando, la dictadura del capitán general se endurecía tanto que la gente debía dar cuenta al celador de la llegada de cualquier huésped o de la intención de celebrar cualquier fiesta o reunión. Se precisaba licencia para abrir una tienda, para celebrar una representación teatral y, teóricamente, incluso para construir una casa. Debe hacerse constar, desde luego, que el papel del ejército no era menor en España, en el siglo XIX, como institución de arbitraje nacional.

Comercialmente, el Estado, a pesar de la burocracia y la corrupción, hacía lo que podía, sin embargo, para procurar un régimen de libertad, sin prejuicios de tipo ideológico. Si los capitanes generales hubiesen cumplido sus obligaciones en relación con la abolición del tráfico de esclavos habrían perdido la colonia (a manos de Estados Unidos, sin duda) o una gran parte de sus ingresos. Además, toda la estructura administrativa se basaba en el fraude: el contrabando (no sólo de esclavos) era practicado aún por las firmas importadoras más respetables. Los funcionarios españoles, desde el más alto al más bajo, protegían el comercio ilegal, del que sacaban un buen provecho; los salarios, como siempre, eran pequeños, y la duración en un cargo deter-

minado solía ser corta, por lo que Madrid sabía que los funcionarios imperiales debían, para vivir, dejarse corromper y sobornar.

El abismo entre la próspera oligarquía capitalista cubana y sus compatriotas de la metrópoli era grande, y cada vez se ensanchaba más. Ambos lados sospechaban mutuamente. España suministraba funcionarios, clérigos, jueces, oficiales del ejército y buena parte de los soldados. Normalmente, a los criollos todavía les estaban vedadas estas profesiones, con excepción de la última. Por consiguiente, limitaban su interés a las plantaciones y a la ganadería, al comercio y a la ley.

En los últimos años de la década de 1820, el azúcar cubano era producido en unas mil plantaciones, todavía concentradas en la parte centrooccidental de la isla. La mayor parte de los molinos eran movidos todavía por bueyes, y a veces por caballos o agua, y la maquinaria era de madera. Pero había ya quizá cincuenta molinos movidos a vapor y con parte de la maquinaria construida a base de hierro. Las plantaciones eran relativamente pequeñas, ya que la caña debía llegar al molino a los dos días, como máximo, de ser cortada. Incluso en los molinos de vapor, los bueyes tenían un importante papel: tiraban de los carros que llevaban la caña desde los campos, transportaban el azúcar mascabado al puerto, su piel era vendida, y su carne servía de alimento a los esclavos. Los grandes rebaños —120 yuntas, si el molino era de vapor, y muchos más, si era movido exclusivamente por bueyes— exigían grandes campos de pastoreo (la hierba de Guinea había sido introducida, provechosamente, a finales del siglo XVIII). El tamaño medio de una plantación era de unas 64 hectáreas de caña, con quizá 300 o más de bosques o de tierras de pastoreo; la madera era empleada para el fuego, y la tierra, una vez libre de árboles, se dedicaba al cultivo de la caña. Una plantación normal solía producir, en 1830, 72 toneladas anuales de azúcar, empleando unos setenta

esclavos, de modo que puede considerarse que una tonelada de azúcar precisaba del trabajo de un esclavo. Además de estas 1000 plantaciones, y sin figurar en las estadísticas, existían unos 750 a 1000 pequeños molinos, llamados trapiches. Un trapiche pequeño podía tener unos diez esclavos y ser fundado sobre una caballería (1343 áreas) de tierra. Producían únicamente azúcar de baja calidad, como el mascabado y la raspadura, o licor de caña, que era vendido a poco precio a los pobres y que no se exportaba.

Hacia 1830 había unas 200 000 hectáreas dedicadas a plantaciones, de las que unas 50 000 estaban sembradas de caña, y el resto eran bosque o reservas. Esto comparado con un área cultivada total de 520 000 hectáreas, junto con 120 000 de pastoreo, y con un área total no cultivada de unos seis millones de hectáreas de bosque y montaña.

El hablar de «la plantación media» es, sin embargo, algo que puede prestarse a confusiones, ya que el sistema de las plantaciones de azúcar consistía en un conjunto de plantaciones de tamaño diverso en varias escalas diferentes de desarrollo, tanto respecto a la tecnología como al trabajo: los viejos molinos de rodillos verticales, movidos por bueyes, subsistían al lado de molinos equipados con vapor a alta presión; los asalariados procedentes de Canarias, los negros libres y, más tarde, los esclavos alquilados en otras plantaciones, trabajaban junto con los esclavos de la plantación, por lo que la mano de obra era tan diversa como el color de la piel de quienes la componían, o como los diferentes tipos de azúcar producidos. Pero, fuera cual fuese el tamaño de la propiedad, las plantaciones azucareras casi todas tenían en el centro la casa de vivienda, construida a base de piedra, y donde residían el propietario o el administrador, con el suelo embaldosado (a veces de mármol), enormes ventanas sin cristales, normalmente de un piso de altura, construida alrededor de un patio, cubierto de jazmín o de heliotro-

po, y con frecuencia lleno de niños negros y caballos. También solía haber una capilla, así como casas para los trabajadores blancos y los técnicos, el hospital, los barracones de los esclavos, la guardería infantil y los talleres del calderero, el carpintero y el herrero. Dentro de la propiedad también había el potrero, palabra que sirve para designar los corrales del ganado. Los límites de las propiedades no siempre estaban bien delimitados, pero la diferenciación más corriente consistía en un vallado de piña ratón, con hojas de un verde intenso en el exterior y color vermellón las interiores. También podían ser de magüey puntiagudo.

En todas las plantaciones había un determinado número de trabajadores blancos: primero, el mayoral, cuya tarea consistía en procurar que los esclavos se mantuvieran disciplinados; llevaba siempre un látigo y una espada. En el siglo XVIII, este cargo era encomendado a veces a un mulato e incluso a un negro, pero en el siglo XIX, el mayoral era siempre un blanco, a menudo nativo de las Islas Canarias. Nadie simpatizaba con los mayorales. Su salario, en 1830, parece que era de quinientos a setecientos pesos anuales; en 1863, bajo las mismas circunstancias, era ya de mil pesos. Los pequeños plantadores se ocupaban personalmente de dirigir la empresa, pero las plantaciones de alguna importancia tenían todas su mayoral. En las plantaciones realmente importantes, el hombre era ayudado por un contramayoral. Solía ser un hombre autoritario: en la década de 1870, el mayoral del molino Soledad era un antiguo traficante de esclavos, de poca categoría, lógicamente; cuando el molino pasó a ser propiedad del norteamericano E. Atkins, aconsejó al nuevo propietario que preparara una expedición a África, en lugar de instalar maquinaria nueva. Muchos eran hombres de gran brutalidad, y a menudo vestían con ridícula elegancia, por ejemplo, con un traje de lino a rayas azules, sombrero de paja y corbata de seda.

Los otros trabajos de la plantación no eran tan bien pagados, excepto el cuidado de la máquina de vapor, y el que se pagaba al maestro de azúcar, el técnico que se ocupaba de los detalles de la fabricación, como, por ejemplo, los relativos al grado de calor y a la mezcla del jarabe. En 1830 este químico industrial recibía el mismo salario que el mayoral (700 pesos). En 1860 cobraba 750 pesos por los seis meses de la cosecha. A menudo estaban, al menos en las plantaciones más prósperas, bajo la dirección de técnicos norteamericanos, alemanes o ingleses, cuyo salario parece haber sido de 1200 a 1500 pesos para los seis meses de la cosecha, y hubo casos en que cobraron hasta 2500 pesos. De vez en cuando a la plantación llegaba un médico, aunque en las importantes tenían médico permanente, que dedicaba sus servicios a varias propiedades de las cercanías. El hospital era regido por un administrador, y la guardería, por mujeres esclavas demasiado viejas para trabajar.

Mientras, un nuevo caldero al vacío, la primera aplicación del vapor para la evaporación del líquido, había sido patentado en Inglaterra por Edward Howard. Este caldero (patentado en 1812), una vasija de cobre hermética, comenzó a ser empleado en Cuba hacia 1830. Podía ser calentado por el mismo fuego que movía la máquina de vapor del molino, y, así, las dos primeras etapas de la fabricación del azúcar (la molienda y la evaporación) casi se mezclaban, lográndose un sensible ahorro de trabajo. El número de esclavos necesario para cuidar del fuego disminuyó considerablemente. La concentración de los hornos supuso que el bagazo (la caña, después de haberle sacado el jugo) comenzara a ser empleado como combustible, ahorrando madera y, en otro aspecto, mano de obra; hasta entonces se habían necesitado grandes cantidades de bueyes para llevar la leña al molino.

Entre 1830 y 1840 se dio otro paso realmente decisivo. Sobre diseño e idea de un mulato de Luisiana, Norbert Rillieux, el

ingeniero Charles Derosne trajo una nueva caldera al vacío, que era, en esencia, un modelo perfeccionado de la de Howard, aunque con la incorporación del moledor y el evaporador no únicamente en el mismo horno, sino en la máquina de vapor. Lo que Derosne vendía era una «máquina azucarera» que coordinaba todos los aspectos del proceso de fabricación. Una máquina similar y más barata fue presentada por Rillieux en Nueva Orleans (y también por Pontifex y Wood, de Inglaterra), más o menos al mismo tiempo. Derosne, no obstante, fue el primero en introducirse en el mercado cubano, debido a la traducción del manual de Derosne por el destacado químico azucarero de La Habana, José Luis Casaseca, protegido del viejo Arango. En 1841, Derosne instaló personalmente el primer modelo cubano en la plantación La Mella, de Matanzas, propiedad de Wenceslao Villa-Urrutia, otro miembro de aquella primera generación de inmigrantes españoles, que tanto hicieron por el desarrollo de Cuba en el siglo XIX. Esta máquina constituyó de inmediato un verdadero éxito. En la cosecha de 1843, Villa-Urrutia consiguió obtener azúcar en mucho menos tiempo que hasta entonces. Y lo que es todavía más importante, Derosne explicó que su máquina precisaba únicamente de un solo trabajador blanco, el maestro de azúcar. Suponía un nuevo ahorro de mano de obra esclava: la máquina de Derosne producía cuatro toneladas y media por esclavo, mientras que los antiguos tipos de molino producían escasamente dos. Además, los molinos de Derosne podían producir un nuevo e iridiscente azúcar blanco («blanco del tren Derosne», dicen las referencias escritas), que pasó a ser muy apreciado. En efecto, en el proceso industrial del azúcar dejó de intervenir prácticamente la mano de obra esclava; los negros se ocupaban de la recolección de la caña y del cuidado de los bueyes, además de otros trabajos de poca importancia, anteriores y posteriores a la fabricación propiamente dicha del azúcar.

Al mismo tiempo, las máquinas de Derosne estimularon la refinación del azúcar en Cuba, ya que la abarataban. Los emprendedores hermanos Diago comenzaron a encontrar provechoso el hecho de refinar azúcar por cuenta de otros plantadores. Esto constituyó un paso muy importante hacia la total capitalización de los ingenios azucareros a finales del siglo XIX y principios del XX. Ayesterán, sobrino de los Diago, fue, de hecho, el pionero del siguiente paso adelante. Menos de diez años después de la revolución de Derosne, un nuevo instrumento permitió al plantador de azúcar convertir inmediatamente el jugo en un azúcar claro, suave y seco, en lugar del viejo pan de azúcar, que retenía una cierta cantidad de líquido. Era la máquina «centrífuga», un cilindro de hierro, con un bombo de metal en su interior, el cual, al ser conectado a una máquina de vapor, podía girar a dos mil revoluciones por minuto. La máquina centrífuga era de origen alemán, patentada por Penzoldt, de Silesia, en 1837, en relación con el secado de tejidos, y fue perfeccionada por Derosne e introducida en Cuba por Ayesterán, en 1850, en el molino Amistad (gracias a un crédito de Drake and Co. «Hemos tenido que escribir cientos de cartas para lograr que Ayesterán firmara cheques», escribió uno de los socios de Drake, José María Morales, en 1853). Eran muy pocos los plantadores cubanos que por entonces podían adquirir máquinas centrífugas. Muchos trapiches se veían amenazados por el fantasma de la ruina, a menos que se limitaran a producir mascabado, pero los que podían conseguir dinero para comprar tales máquinas tenían la seguridad de obtener grandes beneficios. Esta mejora era la más reciente de una larga serie de innovaciones, que produjeron otras tantas revoluciones en la ingeniería química, a la que tanto debe la industria del azúcar.

Estos adelantos técnicos son evidentes, según puede apreciarse claramente al cotejar las estadísticas relativas a los costos. En 1830, en los primeros días de la caldera al vacío, los edifi-

cios de una plantación estaban registrados con un valor de 22 900 000 pesos, mientras que en 1859 el valor era de 30 000 000 de pesos; la maquinaria, valorada en 6 800 000 pesos en 1830, era, en 1859, de 15 000 000. Pero a pesar de esta duplicación de su valor en estos treinta años, la maquinaria representaba, en 1859, un porcentaje de las inversiones totales en las plantaciones azucareras menor que en 1830: el 8,3 por ciento frente al 8,75 por ciento. La razón hay que buscarla en el extraordinario incremento del precio de los esclavos.

En 1860, 55 de los 1365 molinos de la isla estaban equipados con maquinaria moderna, es decir, con las máquinas de Derosne y Rillieux; producían casi 90 000 toneladas de un total de 450 000, o sea, que un 4 por ciento de los molinos producían el 20 por ciento del azúcar. De estos, como es lógico, la mayoría se concentraban en el triángulo Matanzas-Cárdenas-Colón. Más de la mitad de los molinos (949) eran movidos, por entonces, a base de vapor; 409, por medio de bueyes, y sólo siete por energía hidráulica. Las plantaciones azucareras eran ahora, con mucho, el sector más importante de la economía. En la cifra de 1365 molinos en 1860 no se incluyeron los aproximadamente 750 molinos de diez esclavos, o trapiches, que producían mascabado para los pobres.

A mediados del siglo XIX, la producción azucarera cubana estaba verdaderamente desorganizada: algunos viejos trapiches, con unos diez esclavos; algunos molinos más grandes, movidos por animales; y diferentes niveles de mecanización, produciendo todos diferentes clases de azúcar y empleando, de hecho, cinco tipos distintos de caña.

Otro cambio que estaba transformando Cuba era la revolución del ferrocarril. En el pasado, los molinos a las orillas de los ríos tenían una enorme ventaja, ya que las cajas de azúcar podían ser fácilmente trasladadas por el río hasta los puertos de La Habana o Matanzas. En los molinos alejados del río, las ca-

jas debían ser transportadas por medio de carretas tiradas por bueyes, en largos viajes, que a veces el mal tiempo se encargaba de prolongar. Un viaje de cien kilómetros podía durar tres semanas. Los plantadores se quejaban de que el costo del transporte llegaba a suponerles una cuarta parte del precio obtenido por la venta del azúcar en La Habana. Como consecuencia de los altos costes del transporte, el vapor llegó a Cuba mucho antes que a España. Ya en 1823, tres barcos de vapor unían regularmente La Habana, Matanzas, Cárdenas, San Juan de los Remedios y Bahía Honda.

El efecto inmediato de los ferrocarriles fue el de reducir enormemente el coste del transporte del azúcar. En 1830 el transporte de una caja de tres a cuatro quintales de azúcar desde Güines a La Habana, por medio de mulas o bueyes, venía a costar 12,50 pesos. Por tren, en cambio, el coste bajó de inmediato a 1,25 pesos, y en 1863, a un peso. Nadie perdió dinero: así, Tomás Terry, el rey de las mulas de Cienfuegos, fue uno de los que más apoyó la construcción de ferrocarriles. Por otra parte, la caña seguía siendo transportada, desde el campo al molino, por medio de bueyes; pero incluso en este sentido se realizó un experimento: Patricio de la Guardia importó treinta y seis camellos para el molino San Ignacio, en el valle de Yumurí, Matanzas.

Hacia 1860, el dinero invertido en las plantaciones azucareras era de, aproximadamente, 185 000 000 de pesos (42 000 000 de libras esterlinas), probablemente varias veces más que las inversiones en el café (40 550 000 pesos) o en el tabaco (17 300 000 pesos). Durante los últimos cuarenta años, el número de molinos había aumentado poco, concretamente de 1000 a 1400; pero el rendimiento por molino se había incrementado extraordinariamente: de 72 toneladas por molino en 1827-1830, pasó a 120 toneladas en 1841, y a 316 en 1860.

Este aumento fue debido primordialmente a la mecanización. La industria azucarera cubana tenía en este nivel medio de desarrollo una historia que hubiera hecho las delicias de Marx, aunque los cambios principales en los medios de producción derivaron de inventos científicos (externos a la sociedad cubana). La diferencia de producción entre los molinos más modernos y los antiguos era fenomenal; así, en 1860, un molino movido por bueyes obtenía 130 toneladas anuales, mientras que otro, completamente mecanizado, llegaba casi a las 1000 toneladas. En Cuba, tales inventos eran muy necesarios, pues el precio de los esclavos subía de tal modo que en 1860 se había convertido en prohibitivo para los pequeños plantadores. El centro de la actividad azucarera radicaba ahora en el triángulo Matanzas-Cárdenas-Colón: en las tres jurisdicciones había 400 molinos, que producían el 50 por ciento del azúcar cubano.

Cuba seguía siendo, a mediados del siglo XIX, una isla protegida. Los impuestos sobre la harina española eran de 2,90 pesos el barril, mientras que la procedente de Estados Unidos pagaba 9,20 pesos; los vinos franceses, la ferretería inglesa y el lino alemán pagaban el 34 por ciento, mientras que artículos similares, de procedencia española, pagaban sólo el 7 por ciento. Los navíos extranjeros pagaban 1,45 por tonelada, mientras que a los españoles se les cargaban sólo 60 céntimos. Cuba seguía comprando en el extranjero muchos artículos de primera necesidad: ropa y casi toda la comida, excepción hecha de algo de carne y de algunas verduras. Los comerciantes extranjeros se dieron cuenta de que, a pesar de la protección, una serie de productos (harina, arroz, manteca de cerdo, pesca salada, carne salada, queso, vino) se vendían en Cuba en mayores cantidades que en los otros países del Caribe, en proporción al número de habitantes. Cada cubano consumía probablemente 80 pesos anuales de productos extranjeros, cifra altísima para el siglo XIX.

Para ganar el dinero necesario se contaba con la expansiva industria azucarera, con el café, el tabaco, algo de miel, cera y un poco de índigo; pero en 1840 el azúcar ocupaba el primer puesto. La pauta estaba ya marcada.

Pero ya por entonces estaba alumbrando un nuevo desafío internacional contra el primer producto de Cuba: la remolacha. En 1747, un químico alemán, Marggraf, había dicho a la Real Academia de Ciencias y Literatura, de Berlín, que había algunas raíces dulces de la remolacha, muy cultivada en Silesia, aunque originaria de Sicilia, de las que podían obtenerse cristales de azúcar. Otro alemán, su pupilo Achard, comenzó a experimentar a finales del siglo XVIII, en Berlín, y produjo el primer pan de azúcar de remolacha, en 1799. Napoleón, al no tener acceso a las Indias Occidentales debido al bloqueo inglés, decidió estimular la producción continental de azúcar de remolacha; en 1836, una tercera parte del azúcar refinado en Francia procedía de la remolacha. Naturalmente, el azúcar puede ser obtenido de la palma, de diversas frutas, del maíz y del arce, sin hablar de la miel, pero el más productivo era el que se obtenía de la remolacha. El azúcar de esta raíz, por otra parte, parecía inmunizar a Europa contra la escasez, como consecuencia de la guerra; además, no se requerían plantaciones ni esclavos, pues los campesinos europeos la plantaban junto con otros productos. Finalmente, comenzó a ser protegida. Por otra parte, el azúcar de la remolacha resultaba caro. Debía ser plantada anualmente, mientras que la caña debía serlo sólo cada siete años, en el peor de los casos. El proceso para separar el azúcar del resto de la raíz era costoso y complicado. En 1857, de las 200 000 toneladas de azúcar consumidas en Francia, el 66 por ciento, es decir, 132 000 toneladas, procedían de la remolacha. El azúcar de caña supuso, en 1850, el 86 por ciento de la producción mundial, pero en 1870 este porcentaje había bajado al 64 por ciento.

En los primeros años que siguieron a 1815, la demanda azucarera (sobre todo por parte de Estados Unidos y Europa) crecía tanto que los cubanos no tenían, aparentemente, por qué sentir temor alguno por la competencia de la remolacha. Pero la situación cambió. A mediados de siglo era muy elevado el consumo, pero sólo debido a los bajos precios. Así, en Inglaterra y Estados Unidos (los dos principales consumidores), el consumo pasó de 17 a 34 libras en Inglaterra y de 13,50 a 34 libras en Estados Unidos, entre 1841 y 1854. Pero los precios siguieron bajando en la década de 1840: en 1860, los precios apenas si alcanzaban la mitad de lo que habían sido veinte años antes. El consumo aumentaba a medida que los precios bajaban, y en mayor proporción, aunque no mucha.

Otro motivo de inquietud para los productores cubanos de azúcar surgió del constante incremento de la producción de Luisiana, que en 1859 fue de más de un tercio de la cubana. Pero la posibilidad del frío y el hielo hacía que la producción de Luisiana fuera siempre un poco más azarosa que la de Cuba. Además, cuando en 1861 se obtuvo la mayor cosecha de Luisiana de más de 250 000 toneladas (la producción cubana del mismo año fue de casi el doble; 449 000 toneladas, concretamente), la guerra civil norteamericana privó que dicho azúcar saliera al mercado, y después se arruinó toda la exportación azucarera del Estado, hasta el punto de que no se recuperó hasta que estalló la guerra civil en Cuba, a finales de siglo.

Los segundos veinticinco años del siglo XIX, no obstante, vieron no sólo el enorme desarrollo de la producción cubana de azúcar, sino también el cenit y la decadencia de la cosecha de café; así, en 1829, se invirtió solamente un poco más de capital en el café que en el azúcar, pero los beneficios de los cafetales fueron siempre inferiores a los de las plantaciones azucareras.

La revolución haitiana llevó a Cuba un gran número de exiliados, entre ellos muchos franceses experimentados cultivadores del café. Muchas de esta familias se establecieron en la parte central de Cuba, primero, y en la oriental, después.

Más que rivales de las plantaciones azucareras, los cafetales constituían para los grandes plantadores una actividad extra o paralela, cuyas tierras eran sembradas con azúcar o café, según las condiciones locales. Aproximadamente, el café rentaba un 5 por ciento, mientras que el azúcar llegaba casi al 10 por ciento.

Estos hechos no tardaron en hacerse evidentes. Al cabo de pocos años, la industria cafetera estaba en franca decadencia, siendo ello debido, entre otras razones, primordialmente a su baja rentabilidad.

Los cafetales típicos eran parecidos al que describe Turnbull, la plantación Ubajay, en la provincia de La Habana, propiedad de Antonio García, con 110 esclavos y 200 000 cafetos, que producían 60 toneladas anuales. A los esclavos se les daban dos comidas diarias, consistente una de ellas en más o menos una libra de tasajo y plátanos, y la otra, compuesta de una libra de yuca o ñame. Los cafetales eran a menudo lugares de gran belleza, a veces con una espléndida entrada de hierro labrado y una larga avenida de palmeras. Para fundar un cafetal no era indispensable tanto dinero como para las plantaciones azucareras; el primer año, el propietario podía comenzar con diez esclavos, comprados, digamos a 500 pesos, que podían encargarse de dos caballerías. El número de esclavos podía doblarse al año siguiente; al tercer año podían ser contratados un carpintero gallego y un albañil de las Islas Canarias, junto con un mayoral y más esclavos. (Sólo al final del tercer año empieza a obtenerse algo de café; al final del cuarto la planta rinde al ciento por ciento).

El éxito de los cafetales cubanos apenas si sobrevivió a la generación de inmigrantes haitianos. En parte, esto fue debido (como se ha indicado antes) a los mayores beneficios obtenidos con el azúcar. A partir de la década de 1840, cada día fueron más los cafetales transformados en plantaciones de azúcar. Los cafetales no podían hacer frente al alto precio de los esclavos, a pesar de que se mantuvo estable entre 1820 y 1840. En 1845, los bozales se cotizaban entre 300 y 350 pesos. En segundo lugar, Estados Unidos estableció en 1834 unos fuertes aranceles a las importaciones de café y unos altos impuestos a los barcos españoles que navegaban por sus aguas territoriales: fue la reacción al nuevo arancel español sobre las mercancías, creados, como la mayoría de las actividades fiscales españolas, para conseguir dinero. En tercer lugar, hubo una serie de terribles huracanes, particularmente en 1844 y 1846, los peores desde que se inició en Cuba el cultivo del café. Debido a ello, las cosechas de 1845 y 1847 se perdieron casi por completo, especialmente en el oeste de Cuba, y después de 1844 las exportaciones de café jamás llegaron a las 12 000 toneladas. Un cuarto factor fue la competencia internacional. A partir de 1840 Brasil comenzó a incrementar enormemente su producción.

Pero más que la competencia internacional influyó la propia del azúcar. Muchos cafetales habían sido propiedad de personas que poseían también plantaciones azucareras, y tales personas no tardaron en darse cuenta de las ventajas que ofrecía el azúcar. En 1860, la producción de café había bajado a 8000 toneladas, es decir, a casi la mitad de quince años atrás.

La tragedia para Cuba en la decadencia del café es que este producto hubiera podido ser cultivado mucho más fácilmente por blancos o por pequeños agricultores, que el azúcar.

El rápido crecimiento y decadencia de la industria del café creó en el este de Cuba una clase media rural descontenta, más próxima a las condiciones locales que los plantadores de azúcar

y, por consiguiente, más potencialmente peligrosa para el orden social. Esos hombres creían que habían sido arruinados por el azúcar. No es, pues, de extrañar que algunos de ellos adoptaran, desde la década de 1860, una actitud revolucionaria, dirigida no sólo contra el gobierno militar español, sino también contra una economía dominada por el azúcar. No es raro, en vista de sus circunstancias, que pensaran en la abolición no sólo del tráfico de esclavos, sino de la esclavitud.

Estos acontecimientos son importantes, puesto que dieron origen a otra media verdad en relación con la influencia de Estados Unidos en el desarrollo cubano. Está en Cuba bastante extendida la creencia, entre los intérpretes de la historia, que el arancel estadounidense de 1835 «arruinó» el café cubano; pero la verdad es que el Acta —consecuencia de la conducta española— fue una de las causas, pero no la principal. Conviene no olvidar que a partir de 1834 la producción cafetera cubana no decayó, sino que dejó de expansionarse, y debe tenerse en cuenta también que la caída catastrófica se produjo a mediados de la década de 1840, después de los efectos combinados de los huracanes y de las grandes inversiones azucareras.

El tabaco fue incrementando su producción y beneficios durante los primeros años del siglo XIX. En 1817 se abolió el viejo monopolio real, y en 1821, la fábrica real de tabacos, que había sido fundada en 1765, desapareció para convertirse en hospital militar. Por entonces existía libertad absoluta en cuanto a la fabricación y el comercio de puros y cigarrillos. Pero la cosa no era tan importante como lo hubiera sido treinta años antes. La sociedad de Cuba estaba ahora organizada alrededor del azúcar o del café. Los cultivadores de tabaco, empero, quedaban en un segundo término, eclipsados por los plantadores de caña. Muchos de ellos trabajaban con sólo la colaboración de sus familiares. En 1827, sus esclavos podían valorarse en no mucho más de 2 000 000 de pesos, y la tierra, a 700 pesos por caballería,

valía todavía menos. El número de propiedades dedicadas al cultivo del tabaco (vegas) era por aquel entonces de unas 3500.

La cantidad de tabaco que se fumaba en Cuba maravillaba a los visitantes; fumaban incluso las mujeres ancianas, a veces entre plato y plato; fumaban hasta los lunáticos del asilo Mazorra. Todos los visitantes les daban dos o tres puros. Parece ser que fueron los cubanos quienes idearon, hacia 1850, las primeras boquillas: eran en forma de tenacilla, hechas de plata o de oro; en un extremo había dos manecillas para asir el cigarrillo, y en el otro una pequeña vitola por la que pasar el dedo. Hacia 1850 se exportó tres veces más tabaco que en 1830. Casi todo iba a Europa: el alto consumo de habanos de la sociedad inglesa victoriana dobló los ingresos de los pequeños cultivadores de Vuelta Abajo y de la región de Yara, en la parte oriental de la isla. El tabaco cubano era ya reconocido por todos como el mejor del mundo, y el placer supremo de los londinenses y los neoyorquinos consistía, después de una buena comida, en fumarse un habano.

Había en La Habana más trabajadores en las fábricas de puros que cien años después, y es de señalar que dichos trabajadores fueron desde el principio más expertos y estaban mejor organizados que cualquier otro grupo: por entonces, todos eran hombres.

Había, naturalmente, otras actividades en Cuba aparte del azúcar, el tabaco, el café y la ganadería, o su intercambio: así las viejas minas cupríferas de El Cobre, casi totalmente propiedad de la firma inglesa Consolidated Copper, y dirigida por ingleses, todavía producían cincuenta toneladas diarias, que se embarcaban casi por entero con dirección a Europa, donde el mineral era fundido. Las condiciones eran muy penosas, ya que los trabajadores tenían que bajar y volver a subir a los pozos por medio de escaleras; los pozos tenían una profundidad de más de 300 metros. La temperatura era, en el fondo, de hasta 60 º

C. Los mineros (y los visitantes) tenían que ducharse en cuanto llegaban a la superficie. Estos intereses mineros eran, no obstante, relativamente poco importantes, y en nada contribuyeron a la riqueza de la gran clase plantadora cubana durante el siglo XIX.

10

Los plantadores

Los victoriosos plantadores de caña continuaron dependiendo durante muchos años de los comerciantes, lo mismo para el capital que para la mano de obra; y es que, si bien la población de La Habana había llegado a los 150 000 habitantes en 1840, y a pesar de que en el puerto habanero entraban anualmente entre 1000 y 2000 barcos, no existían bancos donde conseguir créditos: el Banco Real de Fernando VII, fundado en 1827, con un capital de un millón de pesos suministrados por el gobierno español, se limitaba a efectuar cambios y a pagar cartas de crédito, pero tenía prohibido efectuar préstamos superiores a 10 000 pesos, y no podía dedicarse a la especulación. Tampoco en España existían bancos comerciales. Así pues, el papel de banqueros lo desempeñaron los comerciantes hasta después de la primera mitad del siglo XIX, aunque las dos compañías de seguros de La Habana se dedicaban algo a la banca. Como en el pasado, los comerciantes seguían proporcionando dinero a los plantadores, aun en casos en los que no les había sido reembolsado siquiera el importe de los intereses de préstamos anteriores. En ocasiones, a los comerciantes les era preciso esperar un año de precios altos para tener oportunidad de recuperar los intereses acumulados.

Algunos de entre los más importantes plantadores eran, en realidad, también comerciantes, y los que no eran sino terratenientes tenían asimismo un origen comercial. Ello fue debido, en parte, a que algunas propiedades pasaron (a pesar de las leyes en contra) a manos de los acreedores; y, como había sido visto antes, los traficantes de esclavos eran los comerciantes más ricos. A menudo sus propietarios, para reducir costos, fletaban barcos para, por su cuenta y riesgo, hacerse con la mano

de obra esclava necesaria, que, de este modo, pasaba directamente de África a las plantaciones. Un notable ejemplo de cuanto decimos lo tenemos en Julián de Zulueta, fundador en 1845 del enorme molino Álava, con 600 esclavos y una producción de cerca de 100 000 toneladas de azúcar en 1860, con un beneficio anual de casi 200 000 pesos. Zulueta tenía contactos en Londres, donde su primo Pedro de Zulueta (hijo del presidente de las Cortes y diputado por Cádiz) era comerciante y embarcador de mercancías con destino a África, y que a menudo iba a las bien conocidas factorías de esclavos de Pedro Blanco, a orillas del río Gallinas. Julián de Zulueta compraba también barcos a través de la firma de Pedro. Era, de hecho, uno de los últimos operadores del tráfico triangular, pues la trata de negros seguía ahora, en su mayor parte, la ruta La Habana-África-La Habana o Brasil-África-Brasil. Había otros no menos prominentes, como José Luis Baró, propietario de la Luisa y otras cuatro plantaciones, que empleaba grandes barcos a vapor para llevar esclavos a Cuba, y Antonio Parejo, que se trasladó a Cuba desde Cádiz, hacia 1840, con «un muy inmenso capital», aparentemente propiedad de la reina madre de España, María Cristina, para quien Parejo actuaba como agente en Cuba, y por cuenta de la que fundó el enorme molino Santa Susana. Otros plantadores que vieron nacer su fortuna en el tráfico de esclavos, después de la prohibición, fueron Pedro Forcade de Forcade y Font, negreros de Cádiz; Joaquín Gómez, Antonio Pastor, los Iznaga, de Trinidad, de origen vasco, y los Borrell, de la misma ciudad.

Junto con los plantadores que compraban o vendían esclavos directamente coexistían aquellos cuya fortuna tenía su origen en un aspecto u otro del tráfico de esclavos. El más afrentoso de estos (si su propio relato es cierto) fue Philip Drake o Felipe Drax, natural de Stockford, Lancashire, que compró una plantación azucarera por 20 000 pesos, cerca de Matanzas, ha-

cia 1820; se había hecho rico como empleado en la firma de su tío, Villeño and Co. (un nombre adoptado), en New Tyre, a orillas del río Basso, en la zona de Sierra Leona. El más destacado de este grupo, no obstante, fue Tomás Terry, de origen venezolano, que ganó sus primeros e importantes 10 000 pesos de forma asaz gogolesca, comprando esclavos enfermos y revendiéndolos luego, con la salud recobrada, por un precio mucho más alto. Su molino favorito, Caracas (que fue el primer molino cubano en el que se introdujo la electricidad), le costó 23 000 pesos. Banquero, importador, traficante de esclavos y cultivador de azúcar, consolidó en 1869 las grandes deudas que habían contraído los O'Farrill, y de las que la firma Drake and Co. deseaba desprenderse. Terry se convirtió en el gran jefe de Cienfuegos, en el «Creso cubano», dejando al morir, en 1886, más de 25 000 000 de pesos, la mayor parte de los cuales los tenía en inversiones extranjeras, y gozando de muy buena fama entre sus esclavos y empleados: estaba en las mejores relaciones con los negros congoleños, a los que dio dinero para fundar cabildos en las ciudades de Cruces y Lajas.

Desde 1818 (cuando se permitió el libre comercio con otras naciones) los extranjeros adquirieron participaciones en el azúcar cubano, y algunos se establecieron como comerciantes. Muchos plantadores cubanos del siglo XIX procedían de España, como Villa-Urrutia, los Diago, Baró, los Aldama (llegados en 1808) y Julián de Zulueta, pero en general comenzaron como comerciantes.

Los plantadores de azúcar cubanos solían vivir en la isla, aunque, cuando se convertían en verdaderamente ricos, no residían en la plantación. Esteban Montejo, un esclavo cuya autobiografía fue publicada en la década de 1960, habla de un plantador, pasando en su carruaje «con su esposa y algunos amigos, por los campos de caña, haciendo ondear su pañuelo; fue la vez que más cerca estuvo de nosotros». La mayoría de los planta-

dores tenían casa en La Habana, en Santiago o en Matanzas. Hacia 1860, sin embargo, algunos grandes plantadores cubanos podían ser vistos en París o en Nueva York. Otros, con casa y familia en La Habana, pasaban algunas semanas, especialmente durante la recolección, en sus propiedades. Algunos, en cambio, nombraban administradores (a veces miembros jóvenes de la familia), y no se acercaban por la plantación ni siquiera en la época de la cosecha.

La riqueza obtenida a través del inmenso desarrollo del azúcar alcanzó fenomenales proporciones; y la opulencia creó una sociedad brillante, aunque algo falta de moralidad. El dinero era considerado a menudo como una especie de milagro, como una invitación al gasto y a la disipación. Muchos plantadores compraron títulos. Era posible convertirse en marqués mediante el pago de 45 000 pesos; en conde, por 25 000 o 30 000. Así, Nicolás Martínez de Campos se convirtió, en 1824, en conde de Santovenia; José Ramón de Alfonso consiguió, en 1834, el título de marqués de Montelo; Carlos Pedroso pasó a ser, en 1832, conde de Casa Pedroso; el regidor decano de Santiago de Cuba, Bartolomé Portuondo, un gran traficante de esclavos y escandaloso juez de la Corte Mixta, creada para abolir el tráfico de esclavos, se convirtió en marqués de las Delicias, en 1832; unos advenedizos, los Drake, pasaron a ser condes (de Vega Mar), en la década de 1840. Los Montalvo consiguieron dos títulos (condes de Macuriges y de Casa Montalvo); los Peñalver, cuatro (marqués de Arcos y de Casa Peñalver, condes de San Fernando y de Peñalver); los Calvo, dos (marqués de Buena Vista y de Casa Calvo); los Herrera, cuatro (marqués de Almendares y de Villalta, condes de Jibacoa y de Fernandina). En la década de 1840, en Cuba, había treinta y cuatro marqueses y treinta y dos condes; tres de estos eran grandes de España; el marqués de San Felipe; el conde de Villanueva (el intendente Martínez de Pinillos), cuyo título le había sido otorgado en

1845, y el conde de Fernandina, del año 1819 (Gonzalo José de Herrera). Los títulos no eran completamente honoríficos, sino que daban una cierta categoría social. Por otra parte, quienes los llevaban no podían ser arrestados por deudas ni por una serie de delitos, aunque sí por traición. Incluso títulos menores, como el de gentilhombre de cámara de la reina (de los que había muchos), permitían al titular transferir a España cualquier litigio, y en la metrópoli las demoras eran todavía más largas e inexplicables que en La Habana.

Durante todo el siglo XIX, La Habana tuvo todas las características de una ciudad española. Las viejas murallas no fueron derribadas hasta 1863. Las muchas casas con tejados de color rojo eran casi todas ligeramente diferentes las unas de las otras, aunque construidas sobre el mismo plano general, pintadas de verde o azul, levantadas alrededor de un jardín, las enormes ventanas sin cristales, pero con barrotes de hierro, de un solo piso, enorme entrada y pesadas puertas con tiradores y tablas «todas con apariencia de haber sido construidas como defensa contra ataques exteriores». El jardín era algo diferente de los que rodean las casas anglosajonas, pues, como en España, tenían a menudo fuentes, naranjos, granados o resedas. El comedor, por bien amueblado que estuviera, solía estar situado inmediatamente después de la puerta de entrada, por lo que para ir a cualquier parte de la casa era preciso atravesarlo; incluso los caballos, para pasar desde la calle al patio interior, tenían que cruzarlo. En las casas había mucho mármol blanco, a veces italiano, aunque generalmente de la Isla de Pinos, pero una habitación de billar era más frecuente que una biblioteca. En el salón había los inevitables sillones, un largo espejo o dos en las casas más ricas, a veces el retrato de un antepasado, y, en casas como las de los Montalvo o los Pedroso, un candelabro; no había alfombras sino, a lo sumo, una esterilla; y a menudo una candela,

que era una bandeja de plata llena de ascuas, para encender los habanos.

Los norteamericanos encontraban a La Habana «aparentemente feudal» o «me recuerda los bazares orientales». Las calzadas eran estrechas, «apenas utilizadas», aunque cada noche eran barridas por brigadas de chinos y negros. Las calles de La Habana Vieja tenían ya los nombres que en la actualidad conservan: Muralla, recuerda el lugar donde estaban los muros de la ciudad; Obispo, en honor del obispo Morell de Santa Cruz, que solía pasear por allí; Amargura, por pasar por ella el *Via Crucis*, con ocasión de las procesiones religiosas; Inquisidor, por haber vivido en ella un inquisidor; Damas, debido a las bellas mujeres que se asomaban a los balcones; Refugio, por haberse refugiado allí, en la década de 1830, el gobernador Ricafort, en casa de una hermosa viuda mulata; Empedrado porque fue la primera calle empedrada de La Habana; O'Reilly, en honor del mariscal irlandés; Obrapía, porque en el siglo XVII, Martín Calvo de la Puerta la había obligado a hacerse cargo de cinco huérfanos cada año. Las calles, como en España, tuvieron su sereno después de 1830. Durante los primeros treinta años del siglo XIX, la anchura de estas calles fue constante motivo de polémica: los magnates del azúcar querían que sus carretas tiradas por bueyes pasaran por ellas, para ir al puerto, pero sólo podían pasar las mulas. Anthony Trollope, que visitó Cuba en la década de 1840, comentó que las calles eran «estrechas, sucias y malolientes».

Había, no obstante, una serie de plazas y parques: desde la Plaza de Armas, todavía la principal de la ciudad, al Parque Colón, asentado sobre la antigua casa de campo del conde de Villanueva; Campo Marte, anteriormente utilizado como campo de ejercicios militares; la gran plaza del capitán general Tacón, el Parque Central, el Jardín Botánico, y la Quinta de los Molinos, la residencia campestre del capitán general, en las afueras

de la ciudad. Todos estos lugares estaban dominados por altas palmeras. El paseo, construido por el capitán general Tacón, se convirtió en el orgullo de la ciudad, y durante las tardes domingueras se hallaba lleno de volantes. Hacia 1860, la ciudad contaba ya con 140 000 habitantes y una superficie de unos cinco kilómetros cuadrados, extendiéndose por lo que es ahora la Calzada de Galiano, mientras que en 1760, el número de habitantes era de 30 000 a 50 000, repartidos en una superficie de dos kilómetros cuadrados. Algunas haciendas cercanas a la ciudad, como las del conde de Pozos Dulces, Juan Espino o Domingo Trigo, en lo que ahora es conocido como el Vedado, empezaban a ser convertidas, hacia 1860, en distritos residenciales, y, por vez primera, en bloques o manzanas de unos noventa metros en cuadro que desde entonces son típicos del distrito. En las cercanías de lo que antaño fue la aldea del Cerro, había muchas hermosas quintas o residencias campestres, algunas con avenidas de mangos (como la del conde de Peñalver) o con grandes cactos.

Incluso en períodos de paz normal, los soldados españoles, con uniforme de lino y sombrero de paja con escarapela roja, se veían en gran número en La Habana. La ciudad parecía hervir permanentemente con una mezcla de violencia y color, y todo contribuía a destacar sus contrastes. Los aristócratas competían por tener un carruaje más lujoso, y las joyerías de La Habana eran famosas incluso en Norteamérica. Había un gran número de sastres, sombrereros, fabricantes de flores artificiales y tiendas de muebles, y las lujosas zapaterías y perfumerías estaban en buena parte en manos de franceses. La Habana era también conocida por sus abanicos y por la belleza de algunos tipos de linón y organdíes. Las mujeres criollas y españolas rara vez eran vistas por la calle, y cuando los aristócratas iban de compras, los dependientes les llevaban las mercancías hasta el

coche. Los precios fijos eran algo desconocido, y el regateo era habitual.

En La Habana solía haber carne en abundancia, pero cubierta de polvo, vendida por negros semidesnudos, que tenían la piel brillante de sudor. Había también muchas aves, que eran vendidas vivas. El tasajo y el pescado se expedían en enormes cantidades, y ambos productos eran, junto con los plátanos, el principal alimento de los pobres. Había pocas verduras, pero sí muchas y variadas frutas, como piña, naranjas y bananas. La caña de azúcar se chupaba con deleite, y el guarapo, jugo de la caña, era bebido durante la recolección. Los mendigos y las prostitutas abundaban más que en otro lugar cualquiera de las Indias Occidentales. Pero tanto los unos como las otras fumaban incesantemente, como el resto de la población. Durante largo tiempo, el mejor café fue el Dominica, donde hombres y mujeres bebían sus refrescos, tales como naranjada o panales (clara de huevo y azúcar), y también limonada, a veces con ron. El Dominica consistía en una gran sala con suelo de mármol y una fuente en medio, pero el más popular por sus «helados y sorbetes» era El Louvre. (El hielo había sido introducido en La Habana en 1806, aunque era raro en el país). El corresponsal de *The Times*, Gallenga, decía que nunca había visto ni siquiera en París «tantos y tan suntuosos cafés, constantemente llenos de gente». Se bebían ingentes cantidades de vino catalán y también mucha cerveza. El café, por otra parte, era para los criollos la primera bebida de la mañana y la última de la noche, lo mismo que las jícaras de chocolate (ningún cubano acostumbraba a desayunar). Había cuatro mercados, incluyendo el gran mercado de pescado del capitán general Tacón, en el que se vendían un centenar de especies diferentes.

En la década de 1860 existían muchos hoteles. El Santa Isabel, en lo que había sido el palacio de los condes de Santovenia, fue convertido en hotel por el coronel Lay, de Nueva Or-

leans. Una norteamericana, la señora Almy, dirigía el Hotel de Europa («para aquellos que gustan de una vida completamente descuidada»), pero más tarde pasó a ser propiedad de un cubano. Algunas grandes pensiones estaban en manos de damas norteamericanas. La Inglaterra, en el Paseo Tacón, era un negocio muy importante, como lo era la pensión Telegráfico. Anthony Trollope, sin embargo, encontraba difícil hallar habitación en un hotel. Había algunos buenos restaurantes, como el Tullerías, el Noble Habana, el Crystal Palace y el Restaurant Français. Algunos de los hoteles tenían baño y, esparcidos por La Habana, había también baños públicos a treinta céntimos el servicio, algunos, como El Louvre, bastante grandes. Estos establecimientos eran frecuentados principalmente por hombres: se suponía, en La Habana, que las mujeres raramente salían y raramente se lavaban, limitándose a frotarse la cara con licor de caña. Algunas mujeres de las clases superiores, de hecho, evitaban lavarse, excepto durante la temporada, la época de las aguas medicinales. En el mar nadie se bañaba, por miedo a los tiburones, aunque había uno o dos grandes baños de agua marina cerca del océano, patrocinados por señoras de la alta sociedad. Pero el polvo y la enfermedad eran todavía generales, así como la fiebre amarilla, sin que se hiciera gran cosa para prevenirla.

La ordenada mente de los visitantes norteamericanos encontraba curioso que las grandes casas de la vieja nobleza tuvieran, en los bajos, mercados y tiendas; así, el palacio Santovenia, lo mismo cuando el viejo conde vivía en él, que luego, cuando fue convertido en hotel, tenía varias tiendas. El artista neoyorquino Samuel Hazard estuvo buscando un *west end*, el barrio de la «mejor sociedad», pero descubrió que «la gente de la mejor clase vivía aquí, allí, en todas partes… algunos en almacenes, otros en viviendas encima de almacenes». A tales visitantes, La Habana les parecía una ciudad tremendamente rui-

dosa, pues el incesante sonar de las campanas de las iglesias se mezclaba con el estrépito de los nuevos tranvías, a lo que había que agregar las sirenas de los *ferry boats* y de los barcos, las pisadas de los caballos y el ruido de los volantes. Por otra parte, los negros que vendían leche por las calles, gritaban continuamente, «¡Leche, leche!», mientras el grito de otros era «¡Naranjas, naranjas!», y el de unos terceros era «¡Lotería, lotería!». También gritaban los chinos que vendían loza, y se oía la música de innumerables guitarras y las trompetas de los soldados que hacían la instrucción. Los mercados estaban siempre llenos de gente del campo. Mientras, cerca de los palacios mudéjares de los siglos XVI y XVII, y de las mansiones barrocas del XVIII, se levantaban palacios clásicos inspirados por la Revolución francesa, de los que el palacio nuevo de Miguel Aldama es el mejor ejemplo.

Muchos plantadores actuaban con una sorprendente falta de visión del futuro. Un funcionario español señaló en cierta ocasión, hablando con el comerciante norteamericano Atkins, a un grande cubano que pasaba con su volante, y preguntó: «¿Por qué no va usted en un carruaje así, en vez de andar con su maleta en la mano?». «Podría hacerlo —replicó Atkins— si este hombre que acaba de pasar me pagara lo que me debe». Justo Cantero, cuando logró parte de la fortuna de los Iznaga, probablemente gracias al veneno, construyó una casa en Trinidad, con un baño de mármol romano y dos querubines que arrojaban ginebra (para los hombres) y agua de colonia (para las mujeres). Cantero tenía también una quinta en las proximidades de Trinidad, «que rivalizaba en belleza» con la del capitán general. La fortuna de Cantero terminó con un grande y extravagante banquete: después, ruina y alguaciles.

Se gastaba mucho en diversiones. El baile era una pasión colectiva, y eran muy populares la danza criolla o habanera y la contradanza (importada de Saint Domingue). Los Pedroso, los

Montalvo, etc., introdujeron en Cuba los ritmos más de moda en Estados Unidos, como la lanza, convertida por los cubanos en lo que un norteamericano llamó «uno de los espectáculos más indecentes que he visto».

En las plantaciones azucareras y en los cafetales, los propietarios y los capataces asistían con frecuencia a los mucho más excitantes bailes de tambor, bailados los domingos y fiestas por los negros. En el campo, el baile más popular era el zapateo, a los acordes del arpa o de la guitarra, pero cantado por todos los presentes. En La Habana se celebraban innumerables bailes, a menudo de trajes o de máscaras, y había algunos salones públicos, es decir, para todas las clases sociales. También se daban con frecuencia representaciones teatrales, con algunos artistas europeos, en el gran teatro Tacón. En tales ocasiones el *haut-monde* de La Habana acudía en volantes, conducidos por un calesero negro vestido con botas altas y espuelas de plata, sobre la silla con adornos argénteos del reluciente caballo. Los teatros eran como verdaderos desfiles de modas, y a los mismos asistían los oficiales del ejército con uniforme de gala, la Guardia Civil y los pajes negros. Los hombres elegantes de La Habana vestían traje blanco y panamá, y sus esposas, la clásica mantilla; delante de ellos se sentaba, sin duda alguna, su hija, una pequeña Lolita o Rosita vestida con elegancia. (El asiento destinado a las hijas llegó a ser conocido con el nombre de la Niña Bonita). Se celebraban también grandes funerales; el de Antonio Parejo, el agente de la reina madre, costó 10 000 pesos. Las mujeres de la clase alta, muy atractivas según observaron muchos viajeros, tenían poco que hacer, especialmente si vivían en las plantaciones, pero parece ser que no solían entretener sus ocios en la lectura. Ocupaban su tiempo aplicándose cosméticos y abanicándose, a menos que hubieran sido educadas en el extranjero. En Cuba, la educación no era ciertamente una forma de ocupar el tiempo. En 1833 había menos de 10 000 niños matriculados

en las escuelas de la isla, de entre una población de 200 000 personas de edad inferior a quince años. Por otra parte, en la mayoría de las ciudades de alguna importancia existía una asociación de jóvenes, conocida como El Liceo, cuya finalidad era artística y literaria, además de recreativa.

También se gastaban grandes sumas en casas, fuentes, techos renacentistas, escaleras de mármol y cuartos de baño. Miguel Aldama tenía en su mansión un *water closet*, mucho antes de que tales cosas existieran en lugar alguno, con excepción de Inglaterra. Bécquer (Baker) propuso embaldosar el suelo de su comedor con doblones; las autoridades dijeron que no sería muy ético pisar sobre el escudo español, y así, con un raro exceso de lealtad, sugirieron que las monedas podían ser puestas de canto. Los plantadores eran extraordinariamente hospitalarios, lo mismo con los amigos que con los extraños, que eran siempre bien recibidos, pues proporcionaban información y contribuían a entretener a la familia. A los viajeros, como, por ejemplo, Trollope y Ampère, se les daban gran cantidad de habanos, costumbre que todavía subsiste entre los cubanos. Después de 1835, esta hospitalidad se volvió más circunspecta; los plantadores temían que un visitante extranjero pudiera ser un espía del cónsul británico o del Tribunal Permanente de Arbitraje, de La Habana, encargado de descubrir quién tenía o no tenía nuevos esclavos.

Se invertía mucho dinero en el extranjero. El permanente miedo a una revolución esclava, por ejemplo, hizo que los Drake efectuaran fuertes inversiones en Estados Unidos y en Europa. Un hijo de Tomás Terry compró el castillo de Chenonceaux, en el Loira, y otro, una casa valorada en 150 000 dólares en la Quinta Avenida. Una vez los plantadores hubieron hecho fortuna y colocaron su dinero de forma plenamente segura (para su propia generación, al menos), se dedicaron a viajar, a tomar las aguas en Madruga, en San Diego, en la Isla de

Pinos o en Saratoga Springs, emplearon institutrices norteamericanas o europeas, de las que sus hijos aprendían francés (las institutrices llegaban a cobrar 25 pesos mensuales y la manutención). Algunos hacían lo imposible para evitar la mezcla de razas: «Los padres quieren evitar todo contacto entre sus hijos y la gente de color», escribió un hombre de negocios a Nueva York, en 1849, al explicar por qué uno de sus amigos necesitaba una nodriza norteamericana. Por otra parte, nadie parecía preocuparse por evitar la consanguinidad: primos y primas se unían en matrimonio en sucesivas generaciones, así por ejemplo, un Pedroso y Pedroso se casaba con una Pedroso y Pedroso, y no era infrecuente que un tío se casara con su sobrina. Incluso se daba el caso de que esa pareja de tío y sobrina fueran ambos, al mismo tiempo, primos hermanos.

Esta aristocracia cubana carecía de espíritu social. Ningún sacrificio era excesivo por la familia o los amigos: «La vie de famille, à la Havane —escribió la condesa Merlin— renouvelle les charmes de l'âge d'or»; pero cualquier servicio era demasiado grande para la comunidad. Un síntoma particular de esto era el estado de las carreteras. Como observó Trollope en 1859, el servicio público de transporte entre Cienfuegos y La Habana, los principales puertos de la colonia, se realizaba únicamente una vez por semana. Los senderos entre las plantaciones, incluso las más ricas, eran a menudo peligrosos, cuando no inexistentes. En la década de 1820 y en los primeros años de la de 1830 (antes de la llegada del autoritario capitán general Tacón), Cuba presentaba una sórdida imagen de continuos robos y de numerosos asesinatos. Esto queda parcialmente explicado, sin duda, por la prohibición gubernamental de toda actividad política por parte de la población criolla.

Los litigios ocuparon, en realidad, el lugar de los servicios públicos. Los pleitos eran interminables, debido primordialmente a la inmensa confusión relativa a todos los títulos sobre

la tierra, después del colapso gradual de las antiguas concesiones circulares y sus sucesores poligonales. La ley no era barata ni honesta, los veredictos eran comprados y vendidos «con tanta publicidad escandalosa como los esclavos bozales son comprados y vendidos en los barracones». Los jueces tenían una paga muy reducida, y no era raro que la pequeña suma tuviera que ser enviada a Madrid, al político que había ayudado al juez a obtener su cargo. En la década de 1830, el sueldo de los jueces dependía de los años que llevaban en el cargo: un juez letrado cobraba 10 pesos por cada día en que eran requeridos sus servicios, y los abogados eran pagados de acuerdo con el número de páginas de sus informes (dos reales por folio). Los testigos, a su vez, eran pagados a tanto por hora. Otros funcionarios judiciales tenían también su paga, que en ningún caso era elevada. Para sobrevivir, esta gente no tenía otro remedio que dejarse sobornar. En las ciudades pequeñas, los jueces (alcaldes mayores) eran a menudo poco más que escribanos, con apenas conocimientos legales. En Cienfuegos, los comerciantes acordaron, en cierta ocasión, pagar un salario al juez, al efecto de que este pudiera vivir. Cuando entre dos de tales comerciantes surgía conflicto, el juez se encontraba en un verdadero apuro. Era normal buscar la opinión de un juez, para saber de antemano, antes de comenzar un pleito, cuál sería su decisión. Los procedimientos legales solían ser llevados por escrito, y lo normal era que su duración fuera muy larga, lo que favorecía a los ricos. En ningún otro país, escribió un plantador inglés, «la vejación pura» de la ley resulta más manifiesta.

La lotería (establecida en 1812) se llevaba también de La Habana una buena suma de dinero —un millón de dólares cada año, según Richard Madden; lo que en teoría era una tolerancia, escribió Samuel Hazard— como se la llevaban las corridas de toros, las peleas de gansos (en el campo) y las de gallos, todo ello, en la práctica, un monopolio real. Los gallos ingleses se

consideraban los mejores, y la exportación inglesa de aves debió de ser sustancial (especialmente después de 1849, año en que este deporte fue considerado ilegal en Inglaterra). «Ahora que le conozco y sé que puedo confiar en usted —dijo un cubano al plantador inglés J. G. Taylor, en la década de 1840—, si me trae un ave de Liverpool, le daré 200 pesos». Las corridas de toros se celebraban únicamente en la plaza de La Habana, y los matadores solían ser españoles; también se celebraban algunas corridas en Santiago, aunque sólo por Pascua. Si bien esporádicamente ilegal, el juego era, en casas particulares, muy frecuente. Había quien se jugaba sus esclavos, propiedades, cuadros, etc., en las peleas de gallos, y había quien se los jugaba al monte, al faro, al piquet, al burro y, a veces, al até. El monte, juego muy popular entre los aristócratas, no tardó en serlo también entre los esclavos.

Aparte de proporcionar el pretexto y la justificación para la celebración de fiestas y carnavales (en los que la Virgen de Santiago o la Virgen Negra de Regla, o cualquier otro santo local eran llevados por los esclavos a través de las calles), la Iglesia intervenía poco. La isla debía de contar con unas ochenta iglesias parroquiales. Pero las fiestas tenían un carácter más laico que en España: así, la costumbre de formar altares en las casas en la primera semana de mayo (altares de Cruz) era sólo una excusa para comer y beber en muchos lugares diferentes. En 1859, Trollope afirmó que «el clero católico romano tenía en Cuba un nivel más bajo que en casi cualquier otro lugar». Su punto de vista coincidía con el expresado unos años antes por el arzobispo Claret. Ningún clérigo se hubiera atrevido a amonestar a su grey por el hecho de comprar esclavos en domingo; y ninguno hubiera osado recordar al capitán general que existía una ley española, de 1820, que abolía el tráfico de esclavos. Los curas rurales eran tan ignorantes y pobres como sus iguales de España. Un sacerdote que se dirigía a presenciar una pelea de

gallos dominical, dijo a Richard Madden: «El sistema es tan malo, que hasta los ministros del altar deben vender por dinero las cosas sagradas». Hemos dicho ya que los diezmos fueron abolidos. El siglo XIX vio una identificación tal de la Iglesia con la esclavitud, que en los templos se anunciaba que los esclavos serían vendidos «el próximo domingo, durante la celebración de la misa, delante de las puertas de la iglesia». Los clérigos nada podían enseñar a unos esclavos que, en la época de la recolección, trabajaban hasta veinte horas diarias. Tampoco era suficiente el número de sacerdotes. Madden sólo supo de dos propiedades cubanas, en toda la isla, cuyos esclavos pudieran asistir a misa los domingos y fiestas de guardar, y sólo una plantación (Santa Ana de Aguiar, propiedad de José de Luz, en Bejucal) disponía, según parece, de capellán permanente. Los esclavos podían contraer matrimonio; eso contrastaba notablemente con su situación en Norteamérica; pero los sacramentos no desempeñaban un papel esencial en la vida de la mayoría de los esclavos. Un arzobispo, Antonio María Claret, es el único clérigo al que puede considerarse un pastor y misionero ilustrado. Sus esfuerzos por mejorar la conducta de los cubanos motivaron que se intentara asesinarlo y causaron su vuelta a España. En Cuba, además, había menos misioneros que años antes en las Indias Occidentales británicas. Algunos bautistas norteamericanos llegaron a Cuba a mediados del siglo XIX, pero su obra no fue muy eficaz. La Virgen de El Cobre siguió siendo el santuario más prominente y querido. Los monasterios y los conventos desaparecieron después de la legislación de la década de 1830, pero sus tierras, como en España, fueron vendidas a nuevos propietarios, y sólo fueron desposeídos unos mil frailes y monjas, la mayoría de los cuales regresaron a España.

Los sacerdotes no tenían la costumbre de visitar las plantaciones, aunque el código de 1789 y el de 1842 indicaban que los esclavos debían ser instruidos en el cristianismo. El esclavo

Montejo recuerda a los clérigos como personas muy delicadas, que nunca, bajo circunstancia alguna, entraban en los barracones de los esclavos. (El cura de Santa Ana señaló que jamás había visto a un negro emancipado en la iglesia, excepto en el día de su bautismo).

Estas insuficiencias se daban también en las ciudades más nuevas; las iglesias no habían crecido al mismo ritmo que las viviendas; así, en Manzanillo o Cienfuegos, Sagua o Villaclara, había sólo una iglesia con tres sacerdotes, aunque eran poblaciones de 12 000 a 15 000 habitantes. En algunos molinos, los domingos parecen haber sido únicamente días de descanso. El día de descanso era semanal, y a veces, decenal o bimensual, según el capricho o los cálculos del propietario o del administrador de cada plantación. Por otra parte, quedaba todavía mucha religión instintiva. Hazard vio a la gente rezando, arrodillada, en las calles de Santiago, durante un terremoto. En cuanto a las fiestas, eran, naturalmente, ocasiones populares. En un Jueves Santo, el conde de Casa Bayona se autohumilló, lavó los pies de doce esclavos, y les sirvió personalmente la mesa: desgraciadamente, este gesto no evitó que los esclavos se rebelaran ni que los rancheadores los persiguieran y asesinaran.

Hacia 1860, la mecanización, la imaginación, la suerte y el dinero habían establecido una serie de grupos diferentes entre los plantadores: primero, las viejas familias oligárquicas de Cuba, cuyos antepasados habían adquirido propiedades en el siglo XVIII o antes, y diferentes miembros de las cuales poseían muchos molinos y grandes extensiones de tierra. Estos estaban concentrados principalmente en la región de La Habana y, en menor medida, en Matanzas. La familia Cárdenas poseía veintiún molinos y 12 000 hectáreas de tierras plantadas con caña, sin hablar de tres marquesados, aunque los molinos no eran de los más avanzados tecnológicamente: la visita efectuada por Turnbull y Madden, en 1838, a una propiedad de Joaquín de

Cárdenas constituyó para ambos una sombría y triste experiencia, pues era el molino mecánico «más imperfecto» que habían visto; en el curso del año anterior no había nacido en el molino ningún hijo de esclavos, lo que era un signo seguro de malas condiciones. Y es que, si bien estas familias habían sido innovadoras en el siglo XVIII, en el XIX se encontraban desfasadas, pasadas de moda, por regla general.

Algunas de estas familias debían sus propiedades a donaciones de la corona, aunque tal vez no hasta mediados del siglo XVIII. Todas las principales familias estaban relacionadas por diversos matrimonios, por lo que, en realidad, como los Habsburgo y los Borbones, es difícil considerar como familias separadas a estos oligarcas del azúcar.

La segunda clase de los grandes plantadores era, en 1860, la constituida por los inmigrantes recientes, hombres sin hidalguía. Es preciso referirse a ellos como una clase separada, ya que, hasta finales de siglo, apenas si se dieron casos de matrimonio entre estos recién llegados y las más antiguas y nobles familias.

El molino más productivo de todos, no obstante, era el San Martín, propiedad de la reina madre española, con 400 hectáreas y 800 esclavos, y cuya producción anual se elevaba a 2670 toneladas; y era propietaria también del molino con más extensión territorial, el Santa Susana, en el sur, con 2400 hectáreas. Algo más grande que el San Martín era el Sansón y Unión, propiedad de Herrera.

Los molinos de los inmigrantes solían estar equipados con los últimos adelantos técnicos. Fue en tales molinos donde primero se vieron las grandes máquinas de Derosne y Rillieux. Miguel Aldama, en La Concepción, empleó un arado de vapor norteamericano, pero fue un fracaso. Socialmente, lograron introducirse en las filas de la oligarquía. Pasada una generación,

nadie hubiera sido capaz de distinguir a un Zulueta de un O'Farrill, igual que, cien años antes, los O'Farrill y los Arango llegaron a ser aceptados por los Montalvo y los Calvo. No obstante, y desde el punto de vista social, parece ser que un vago estigma quedó unido al nombre de aquellos que amasaron su fortuna gracias al tráfico de esclavos; así, cuando Joaquín Gómez se quedó ciego debido a que un médico trastornado le echara vitriolo en la cara al salir de la iglesia, se dijo que ello había sido un acto de Dios. Pero todos seguían comprando esclavos, si podían: la gente sabía apreciar la diferencia existente entre el hecho de vender esclavos para ganar dinero y el de comprarlos para vivir.

En la década de 1850, los molinos comenzaban a ser propiedad de compañías, más que de personas individuales. La reina madre dio el ejemplo, ya que después de la muerte de su agente en Cuba, Antonio Parejo, sus intereses fueron agrupados bajo el nombre de La Gran Azucarera, con un determinado número de accionistas españoles, como Atilano Colomé y el conde Ibáñez. Casi tan importante como la empresa citada era La Compañía Territorial Cubana, propiedad de la firma Noriega Olmo and Co., de La Habana y Barcelona. El análisis de la propiedad de los molinos más técnicamente avanzados muestra que sólo dos de los diez más productivos pertenecían a miembros de la vieja oligarquía, y quizá sólo quince de los cincuenta y cinco primeros pertenecía a esta clase. Los peninsulares, de la primera o de la segunda generación (Zulueta, Diago, Arrieta, Baró, Poey, Forcade) dominan la lista, junto con la reina madre, María Cristina, a través de La Gran Azucarera. En la cabecera de la lista se encontraban también hombres cuya fortuna tenía su origen en el tráfico de esclavos; si La Gran Azucarera se incluye en esa categoría, como debería ser, cinco de los diez ingenios azucareros más productivos pueden considerarse construidos sobre la trata de negros.

En la década de 1850, los plantadores se liberaron de su último e inconveniente gravamen legal. Durante muchos años, la vieja ley del siglo XVI de que los ingenios azucareros no podían ser embargados, había sido en realidad un inconveniente para los plantadores, pues hizo elevar la tasa de interés en los préstamos. A partir de 1852, todos los nuevos molinos quedaron sujetos a la ley ordinaria, lo que contribuyó a que los préstamos fueran más fáciles de conseguir. Después de 1865, la nueva ley se extendió hasta los molinos más antiguos. Esto contribuyó a desarrollar un cierto sentido de la economía entre los plantadores, quienes, hasta entonces, habían destacado por su gran disipación. La inmensa riqueza de muchos cubanos, por otra parte, estaba empezando a afectar a la propia España. Algunos cubanos ricos —o que, aun no siendo cubanos, habían hecho su fortuna en Cuba— influían cada vez más en el desarrollo económico e incluso político de España. Así, Juan Güell y Ferrer invirtió su fortuna cubana en la industria algodonera catalana y se convirtió en el primer industrial catalán que llegó a poseer un título de nobleza; Pablo de Espalza, primer presidente del Banco de Bilbao (fundado en 1857 con un capital de ocho millones de pesetas), había hecho su fortuna en Cuba, como consejero de un amigo de la familia real, Antonio López, marqués de Comillas, quien, a su vez, se había hecho millonario con el transporte a Cuba; Manuel Calvo, de los famosos Calvo de la Puerta, ayudó a financiar la elección del rey Amadeo, en 1870; la mayor fortuna española, a principios del siglo XIX, era la de Xifré, que ganó sus primeros millones con el tráfico cubano; mientras, los capitanes generales regresaban a la empobrecida península con los bolsillos bien repletos —gracias al soborno —, y allí se embarcaban en carreras políticas, sin problemas de financiación.

11

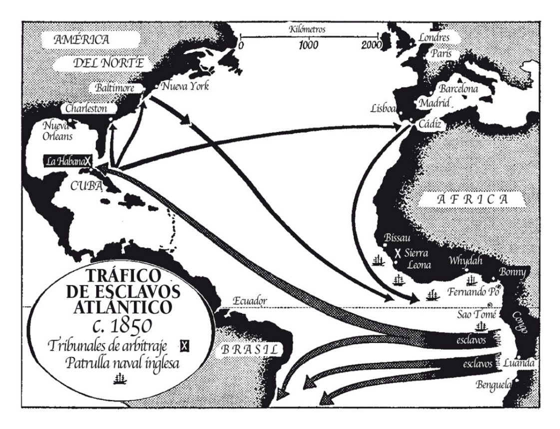
Los traficantes de esclavos

El «ébano», los «sacos de carbón» o, simplemente, los «bultos», nombres por los que eran llamados los esclavos por quienes los vendían, en parte jocosamente, en parte para mofarse de los moralistas ingleses, eran comprados directamente por los plantadores a los negreros. A veces, como años antes en Liverpool o en Nantes, el tráfico constituía una verdadera sociedad, con numerosos accionistas, algunos de los cuales tenían una participación de sólo cien pesos. En el lado africano del Atlántico, la mayor parte de los tratos se efectuaban a través de agentes que residían allí permanentemente, y cuya tarea principal consistía en tratar con los reyes africanos. Los viajes se hacían directamente entre África y Cuba, aunque en ocasiones los barcos tocaban en puertos norteamericanos. A menudo, los barcos eran construidos en Estados Unidos, y era frecuente que el seguro del viaje se efectuara en Nueva York. En ocasiones los barcos eran equipados en Cádiz. La mayoría de los comerciantes de La Habana tenían conexiones en España: de hecho, los más importantes habían visto la luz primera en España, y eran considerados —y se consideraban— miembros de la comunidad española de La Habana: en la década de 1870, concretamente, la palabra negrero servía también para designar a los españoles de la península.

Unos veinte importantes comerciantes de La Habana consiguieron desplazar casi de un modo absoluto a los extranjeros, en el tráfico de esclavos. El más importante comerciante de la década de 1830 fue, probablemente, Joaquín Gómez, nativo de Cádiz, cofundador del primer banco de La Habana. Era anticlerical y masón, conocido en su logia conocido bajo el nombre de «Arístides el Justo», y «había llegado a La Habana, casi des-

nudo, a la edad de trece o catorce años»; fue el primero en importar ingenios azucareros horizontales con cilindros de hierro, comprados en Inglaterra, en 1830, a la firma Fawcett and Preston, y compró varios cafetales y algunos ingenios azucareros. Después de él llegó Manuel Cardozo, un portugués; Francisco Marty y Torrens y Manuel Pastor, ambos españoles de gran riqueza. Marty era un bandido retirado. Los dos, Marty y Pastor, se asociaron más tarde con Antonio Parejo y la reina madre española en el negocio del tráfico de esclavos a gran escala, en las décadas de 1840 y 1850, contando para ello con barcos muy rápidos (Pastor, años más tarde, se convirtió en conde, sus herederos fundaron un banco en Madrid, y otra generación estableció una espléndida fundación con los millones sobrantes). Cabe citar también a Pedro Forcade, de origen francés, y a Antonio Font, su socio, quienes pronto aparecieron, como casi todos sus predecesores, en las listas de plantadores de caña (Forcade fundó la plantación Porvenir, cerca de Colón, mientras que Font estableció el molino Caridad, cerca de Cienfuegos). Aparentemente, Forcade contaba con capital y socios ingleses. Darthez and Brothers, de Londres, tenían un representante en La Habana, cuya única tarea consistía en ocuparse de cuestiones relativas al tráfico de esclavos. Cunha Reis, negreros de Nueva York, tenían un agente en La Habana. Pedro Martínez, de Cádiz, estaba asimismo representado en la capital cubana, a veces por él mismo. Otra firma establecida en ambos lados del Atlántico era la de Pedro Blanco y Carballo, de los que Blanco, nacido en Málaga y antiguo capitán de barcos de esclavos, vivía cerca de la laguna Gallinas, con un gran harén y muchos lujos. En 1839, Blanco se retiró a Barcelona, con una fortuna de más de cuatro millones de pesos, convirtiéndose en figura destacada de la Bolsa. Otros personajes notables fueron Julián de Zulueta, relacionado con Londres a través de la persona de su primo Pedro, aunque en 1840 este hábil vasco se había convertido ya

en plantador y en una figura local, y José Baró, un hombre de origen y posición parecidos a los de Zulueta, pero que además de sus molinos y de sus barcos de esclavos, controlaba el suministro, fabricación y reparación de los moldes empleados en la industria azucarera. Los barcos todavía podían ser construidos en Liverpool para los comerciantes de La Habana. Los traficantes portugueses eran aún grandes importadores de esclavos, con destino a Brasil y también, a menudo, a La Habana: en 1837, el cónsul inglés, David Turnbull, calculó que de los setenta y un barcos esclavistas que operaban en las costas cubanas, cuarenta eran portugueses, diecinueve españoles, nueve eran de Estados Unidos, y uno era sueco; en 1820-1821, dieciocho habían sido españoles, por cinco franceses, dos portugueses y uno estadounidense, si es que había que hacer caso de sus banderas. No obstante, no puede darse demasiada importancia a las nacionalidades. A causa de la interferencia internacional de los ingleses, los barcos se hacían a la mar bajo diversas banderas.



Tráfico de esclavos atlántico, *c.* 1850.

Muchos traficantes profesionales de esclavos del siglo XIX eran semigángsteres, como Mungo John (alias John Ormond), mestizo y traficante de esclavos en el río Pongo, el propio Pedro Blanco o Theodore Canot, un marinero mitad italiano, mitad francés, que describe cómo le deslumbró la visión de los

barcos esclavistas en el muelle de La Habana: «Aquellos vistosos barcos esclavistas, con sus cascos en forma de flecha y sus airosos mástiles, hicieron volar mi imaginación». Algunos capitanes combinaban la esclavitud con la piratería. Los clípers fabricados en Baltimore o en Nueva York solían ser demasiado rápidos para los navíos británicos, cargados con comida y armamento. Con estos nuevos clípers era posible cruzar el Atlántico varias veces cada año. Joseph Gurney, al visitar Cuba en 1841, fue informado de que nueve de cada diez de los barcos empleados en el tráfico cubano de esclavos habían sido construidos en Norteamérica. Cada vez más el tráfico descansaba en los constructores de barcos y en los capitalistas de Estados Unidos, y en momento alguno hubo persecuciones bajo las leyes antiesclavistas de Estados Unidos. Fue este continuo tráfico por parte de Estados Unidos lo que impidió que la acción inglesa fuera eficaz, aunque los barcos estadounidenses navegaban bajo diferentes banderas, según las circunstancias. Algunos agentes franceses equiparon barcos en Baltimore.

A pesar de que la llegada de esclavos a Cuba continuaba, la situación iba cambiando lentamente; así, en 1840 era ya imposible asegurar barcos esclavistas en La Habana, debido a que las dos principales compañías aseguradoras (Compañía de Seguros Marítimos y Especulación), que habían comenzado sus operaciones casi únicamente con los esclavistas, se dieron cuenta de que los riesgos eran demasiado grandes, a pesar de que las primas variaban entre el 25 y el 40 por ciento. Pero las compañías estadounidenses siguieron asegurando tales barcos, a sólo el 2,5 por ciento (esta fue, primordialmente, la causa de que las compañías aseguradoras de La Habana cesaran en sus negocios). Los barcos brasileños tenían que pagar una prima más alta, aunque no tanto como la cubana.

Naturalmente, se producían sublevaciones en los barcos esclavistas, igual que durante el siglo XVIII y anteriores. La más

conocida fue la que tuvo lugar en el barco perteneciente a dos plantadores de Puerto Príncipe, José Ruiz y Pedro Mantes, en el curso de un viaje por la costa cubana, con mal tiempo, en el navío *Amistad*. El cocinero, un mulato español, dijo a los esclavos (apuntando con el dedo a unos barriles de carne, y luego a un tonel vacío) que al llegar a Puerto Príncipe serían cortados en pedazos y convertidos en carne salada. Uno de los más decididos entre los esclavos (todos bozales de diferentes tribus de Sierra Leona), un negro llamado Cingues, logró que prendiera la llama de la rebelión, rompió las cadenas de los esclavos, y, después de echar por la borda al capitán y a la tripulación, ordenó a Ruiz y a Mantes (que en otros tiempos había sido capitán de barco) que pusieran rumbo a África, siempre siguiendo la dirección del sol. Pero Ruiz y Mantes se las ingeniaron para hacerse a la mar de noche, hasta que dos meses después, debido a la escasez de agua y de comida, se vieron obligados a desembarcar en Estados Unidos, cerca de Nueva York. Allí los negros fueron acusados de piratería y asesinato, y los españoles reclamaron, al mismo tiempo, que les fuera devuelto lo que les había sido robado. La cuestión resultó complicada por el hecho de que entre los esclavos había tres niñas y un niño (mulecón), contra los cuales era legalmente imposible lanzar una acusación de piratería. Finalmente, los esclavos fueron exculpados, y en número de treinta y cinco (en principio eran cincuenta y tres, pero habían muerto dieciocho) fueron enviados a Sierra Leona, gracias a las gestiones de un grupo de antiesclavistas.

Todo parece indicar que los beneficios seguían siendo elevados y que, si tan sólo uno de cada tres o cuatro barcos llegaban a su destino, los propietarios saldaban la operación con buenas ganancias.

En el curso del primer período de tráfico ilegal (1820-1835), antes de que la Royal Navy tuviera poderes para verificar la carga de los barcos esclavistas, los negreros que se dirigían a Cuba

solían desembarcar la carga humana en «lugares disimulados de la isla». Los navíos, una vez vacíos, viajaban hasta La Habana y anunciaban su llegada a los comerciantes, izando una bandera roja. El comisionado o cónsul británico comunicaba la llegada del barco al capitán general, quien ordenaba la inspección. Después, con satisfacción, anunciaba que no existían pruebas de que el barco hubiera llevado esclavos a bordo. En el ínterin, los comerciantes disponían de los esclavos a través de agentes. En 1836 fue prohibida la bandera roja, pero era tal la tolerancia, que a veces los barcos esclavistas desembarcaban su carga en el puerto de La Habana, una vez entrada la noche.

La ilegalidad real del tráfico en el siglo XIX hizo que adquiriera, aparentemente (y a los ojos de los ingleses, realmente), las características de la piratería. Así, el capitán de un barco esclavista podía muy bien quedarse sin esclavos como consecuencia de un robo, pero podía recobrarse robando, a su vez, a un tercero. Unos cuantos barcos bien armados podían salir de La Habana y atacar a barcos esclavistas portugueses, por ejemplo, o a los traficantes ordinarios, e incluso, en 1825, a un bergantín británico que escoltaba a dos barcos que había apresado. En la década de 1820, en Galveston, Texas, existía una verdadera flota de barcos piratas.

Es difícil imaginar, por intolerables que fueran los procedimientos empleados en África para reclutar esclavos, la brutalidad con que la mano de obra sacada de allí con destino a América era tratada. Las torturas eran algo corriente, y lo único que contaba era el número de los que llegaban en condiciones de trabajar. Luego, una vez en el Nuevo Mundo, les esperaban las cadenas de hierro. Los casos conocidos, casi todos debidos a relatos ingleses, no dejan duda alguna de que el comercio español de esclavos en el siglo XIX, bajo la bandera que fuera, estaba presidido por una brutalidad similar a la de épocas precedentes. Sin embargo, los factores decisivos en la supervivencia de la

trata en este siglo residían en las condiciones africanas. La economía de ese continente había estado organizada durante tanto tiempo en función del comercio de esclavos que no era fácil hacer que las cosas cambiaran; no obstante, los ingleses, que durante cien años fueron los más importantes negreros, habían cambiado su política, convirtiéndose en policías. Por consiguiente, los esclavos podían ser comprados por poco dinero en una África cuya economía se tambaleaba como consecuencia de la abolición inglesa. El precio por cabeza era la mitad del vigente hacia 1780. Pero en realidad eran vendidos, debido a las insaciables demandas de los plantadores cubanos y brasileños, a un precio varias veces más alto del obtenido durante el siglo XVIII. El colapso en África y la conversión de lo que había sido, desde el punto de vista europeo, un negocio respetable, en una especie de gangsterismo, fue la consecuencia más notable de la abolición. Pero todo cambiaba, e incluso Francisco Arango, que tanto había hecho para iniciar el comercio de esclavos, en la década de 1790, murió en 1840, a una edad avanzada —con el título de marqués de la Gratitud—, después de haber escrito un folleto contra la trata, animando, a la vez, a sus compatriotas a procrear mulatos, al efecto de «blanquear» la isla.

12

Los esclavos

Durante la primera mitad del siglo XIX, Cuba tuvo siempre una mayoría negra o mulata. Pero esta mayoría no superó nunca el 40 o 60 por ciento del total de la población. La proporción de población negra o mulata llegó a su punto máximo en 1840; hacia 1850, la mayoría negra era escasa, y en 1859, los blancos estaban ya oficialmente en mayoría. Tales estadísticas no son muy dignas de crédito, pero al menos sirven de guía.

Estas mismas cifras indican que en 1840 había 280 000 esclavos masculinos, comparados con 150 000 femeninos. En 1855, las cifras eran 220 000 y 150 000, respectivamente. La diferencia entre los dos sexos bajó, por consiguiente, de 125 000 a 70 000.

Más o menos un tercio de los esclavos cubanos trabajaban en plantaciones azucareras, concretamente unos 100 000 de un total de 300 000, en 1830. En 1860, las cifras eran, aproximadamente, 150 000 y 400 000. En 1827 otro tercio de los esclavos trabajaba en las plantaciones de café, pero en 1860 el número de los negros empleados en los cafetales había bajado al 3 por ciento. Sin embargo, aun entonces parece ser que trabajaban en el campo más del 75 por ciento del total de los esclavos cubanos; y tales cifras indican, como era de esperar, fuertes concentraciones de esclavos en el triángulo Matanzas-Cárdenas-Colón y en la zona azucarera de Guanajay-San Diego.

La industria del azúcar absorbía las actividades de muchas otras personas, aparte de las que trabajaban en las plantaciones. El resto permanecía en las ciudades o en las propiedades de café, tabaco o ganado, y los de la ciudad a menudo acudían para ganar el dinero preciso para comprar la libertad o en busca de

la oportunidad de escapar. También es cierto que muchos negros, esclavos o libres, se dedicaban, en el siglo XVIII, a diversos oficios en La Habana, Santiago, Guantánamo y otras ciudades (trabajaban en lavanderías, carpinterías, en el ramo de la construcción, en la elaboración de puros y en la industria de la confección), comenzando pronto a destacar en todos ellos. En el siglo XX, tales oficios continuaban siendo dominados por gentes de color.

La esclavitud en Cuba se veía también complicada por el hecho de que, debido a la necesidad de sustituir el 8 o el 10 por ciento de los esclavos cada año, el fin del tráfico suponía el fin de la esclavitud. La experiencia cubana era, en este aspecto, diferente de la de Norteamérica, donde en 1808 (cuando Estados Unidos abolió formalmente el comercio de esclavos) había ya medio millón de esclavos muy bien aclimatados, algunos de ellos norteamericanos de la segunda o tercera generación. Además de nuevas ventas ilegales, había también granjas en Virginia, descritas por sus propietarios como «otra África», en la década de 1850. En Cuba había tal vez 200 000 esclavos cuando España prohibió la trata oficialmente, y la inmensa mayoría de ellos habían entrado en Cuba en los treinta años anteriores: tal vez en un 75 por ciento habían nacido en África. Y además de estos, en la generación siguiente se introdujeron unos 200 000 o 300 000, la mayor parte procedentes de África. Por lo tanto, se aclimataron muy pocos y no les fue fácil criar a sus hijos. A menudo, los niños que tenían los esclavos se encontraban en un estado de abandono abominable, no tenían higiene y, a los tres días del nacimiento, ni siquiera atención maternal; la mortalidad infantil alcanzó unas cifras extraordinarias. Los hijos de esclavos que sobrevivían a esta durísima prueba empezaban a trabajar a los cinco o seis años.

Muy pocos hacendados cubanos habían tenido la previsión de montar una granja de «crianza de esclavos» como la que ha-

bía en Virginia, quizá porque los principales suministradores de capital eran traficantes de esclavos o comerciaban con ellos. No obstante, Tomás Terry, de Cienfuegos, y José Suárez Argudín en Barcuranao (al primero se le consideraba tan culto como rico), hicieron experimentos de este tipo, y lo mismo hizo Esteban Santa Cruz, de Oviedo, en Trinidad.

En el siglo XIX, además, el trabajo en una plantación de azúcar era tan duro que en realidad sólo podían hacerlo los hombres, a diferencia del de las plantaciones de algodón. El trabajo femenino fue siempre menos pagado en Cuba que en Estados Unidos y a veces vendían a las madres separándolas de sus hijos: Turnbull vio un anuncio en el que se pedía «una nodriza de dos meses de parida, con su cría o sin ella». Siempre se habían transportado de África más varones que hembras. Recordemos que la reglamentación de 1790 había estipulado concretamente un número de hombres superior al de mujeres, pero pronto había caído en el olvido. Había casos de homosexualidad. Además es probable que la dureza del trabajo en los ingenios azucareros impidiera la reproducción aun en los casos en que la proporción entre los sexos fuese relativamente equilibrada.

Sin embargo, los esclavos cubanos (a diferencia de los del norte) podían adquirir la libertad por el antiguo sistema de la coartación. Así, las madres podían comprar por 25 dólares la libertad de sus hijos antes de que nacieran, y los niños recién nacidos y aún no bautizados podían ser liberados por 50 dólares. No obstante, en el siglo XIX hubo, comparativamente, pocos coartados. En 1830 o 1840, un esclavo adulto solía costar 500 dólares, y esta cantidad era muy grande para que la pudiera conseguir un esclavo. Además, en las plantaciones de azúcar morían tantos niños —tal vez unos 200 por 1000— que a menudo no valía la pena que la madre utilizara sus derechos y comprara a su hijo. Algunos esclavos llegaron a conseguir dinero a base de hacer trabajos extra al terminar la recolección o

vendiendo cosas robadas a comerciantes catalanes, y así pudieron pagar por lo menos el primer plazo por su libertad, pero, naturalmente, estos esclavos tan ingeniosos eran excepcionales. Además, el derecho de coartación ahora sólo se observaba corrientemente en las ciudades, siendo generalmente soslayado por los mayorales de las plantaciones: este es otro motivo que explica la popularidad que tenía entre los esclavos su envío a las ciudades. Sin embargo, Cuba (debido a la línea de conducta que se había seguido a este respecto antes del siglo XIX) salía ganando si la comparamos, por ejemplo, con Estados Unidos: en Virginia, en 1860-1861, los negros o mulatos libres constituían sólo el 11 por ciento de la población total de origen africano; en cambio, en Cuba representaban el 35 por ciento, eran más de 200 000, es decir, entre el 14 por ciento y el 16 por ciento de la población total. Además, en Cuba se daban casos de amos que liberaban a negros por considerarlo una acción virtuosa, cosa que parece que los norteamericanos no hicieron; esto, lo mismo que la coartación, fue menos frecuente en el siglo XIX que en el XVIII, como puede deducirse del hecho de que, mientras en 1774 el 40 por ciento de la población negra o mulata estaba constituida por hombres libres, entre 1820 y 1840 el porcentaje descendió a un 25 por ciento, disminuyendo, por supuesto, el número de negros o mulatos libres registrados en cifras absolutas. No obstante, la coartación todavía era lo bastante frecuente como para que, de vez en cuando, surgiese la alternativa de comprar un esclavo o un emancipado: se podía comprar un coartado por unos 350 dólares; en cambio, un esclavo costaba 700. Esto era aceptable para los patronos que iban justos de dinero, aunque a largo plazo les resultara antieconómico.

Una vez libres, naturalmente quedaban otros obstáculos para la igualdad, pero desde finales del siglo XVIII, incluso estos se podían evitar pagando. En esto, el siglo XIX fue mejor que el XVIII. Los mulatos inteligentes podían, mediante pago, acce-

der a la burocracia, a la universidad o incluso a las profesiones liberales, y tal vez se les permitía considerarse como blancos. Indudablemente, algunos sacerdotes tenían sangre negra, y en el siglo XIX surgió toda una escuela de poetas y escritores negros o mulatos, entre los que destacó Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Por otra parte, disminuyó el porcentaje de negros liberados en el ejército, pues cada vez era mayor el temor a las sublevaciones de negros.

Además, en teoría, todos los nuevos esclavos podían hacerse libres si eran capaces de denunciar al tribunal internacional permanente de La Habana el barco negrero que los había transportado. Pero esto era difícil, pues a los esclavos recién importados (que generalmente no hablaban español) se los mantenía virtualmente presos desde el momento en que llegaban a La Habana. Naturalmente, los tribunales locales estaban formados por propietarios de esclavos y, si era necesario, se los podía sobornar con facilidad. Aun así, el temor a que por último Inglaterra o un gobierno reformista de Madrid pudieran obligar a Cuba a cumplir lo estipulado y a liberar a todos los esclavos importados a partir de 1820, tenía a los hacendados en un estado de inquietud casi tan fuerte como la que les producía la perspectiva de que los esclavos pudieran rebelarse alguna vez con éxito, como había ocurrido en Haití.

No es fácil averiguar en qué medida los amos blancos tuvieron amantes negras: pero la creencia general parece indicar que este tipo de uniones fue muy frecuente, en las plantaciones y en las ciudades. En los censos, las cifras referentes a los mulatos (que en su mayor parte debían de proceder de algún tipo de unión irregular, pocas entre negros libres y blancos pobres) indican que las dos generaciones comprendidas entre 1774 y 1841 aumentaron considerablemente respecto de las de los primeros cincuenta años, casi cuadruplicándose en poco más de cuarenta años. El cónsul Turnbull (como había hecho el co-

mandante Gosham dos generaciones antes) describe una gran casa de La Habana diciendo que es probable que en ella viva un gran número de mulatos, cuyas variaciones de color vayan del casi blanco al casi ébano. El sustancial número de mulatos libres, si se compara con las pequeñas cantidades de esclavos mulatos —casi 6000 en 1774, casi 11 000 en 1841— indica que en realidad la mayoría de amos daban la libertad a sus esclavos cuando se trataba de sus propios hijos. Pero siempre quedaban unos cuantos mulatos, fruto de la breve promiscuidad entre marineros o soldados españoles de paso y chicas de La Habana, entre pequeños tenderos de las Canarias y lavanderas o vendedoras de fruta.

Cuba, como en muchas otras ocasiones de su historia, en todas estas cuestiones estaba aislada del resto de Hispanoamérica; los estados de Sudamérica, que habían adquirido la independencia hacía poco, proclamaron la abolición hacia 1820, pues les sobraba mano de obra.

El trabajo de los esclavos en las plantaciones de azúcar era increíblemente duro durante los seis meses de recolección: quizá dormían sólo cuatro horas al día. Este sistema de trabajo derivaba de la errónea creencia de que, primero, no había que dejar enfriar nunca las calderas del azúcar desde el principio hasta el final de la recolección, y, segundo, «para un esclavo eran suficientes cuatro horas de sueño». Hay demasiadas pruebas para suponer que estos datos son exagerados. En el molino La Lima les permitían dormir seis horas, pero su sistema se consideraba muy filantrópico. Fuera de la época de la recolección, los esclavos solían reunirse a las tres de la mañana, a veces a las dos, con un avemaría. Seguidamente se ponían a limpiar la casa o los patios: esto duraba una hora y media. Luego sonaba otra campana y tenían que ir a trabajar al campo hasta el mediodía; entonces tenían una hora para comer (tasajo y bananas: unos 200 gramos de lo primero y 100 gramos de las últimas). De la

una a las ocho volvían a trabajar en el campo, y terminaban por cortar y llevar la hierba al ganado. Hacia las ocho y media llegaban a sus barracones o cabañas. Pero en las «haciendas malas» el horario era más intenso, aún fuera de la época de la recolección.

De los doce meses del año, la recolección ocupaba cinco o seis. Los esclavos se dividían en cuadrillas, de veinticinco cada una. Los que empezaban a las ocho de la noche, continuaban en el molino hasta las doce. Luego dormían hasta las cuatro de la madrugada. Entonces se les enviaba al campo, donde cortaban caña todo el día hasta las ocho de la noche, hora en que tal vez podían ir a la taberna del molino y beber aguardiente de caña. Probablemente una décima parte de los esclavos trabajaba en las calderas, y el turno allí debía de variar. Un visitante describe cómo oyó «la máquina de triturar caña moliendo y rechinando hasta las dos o las tres de la madrugada». (La autobiografía del esclavo Montejo hace pensar que el horario de trabajo de los esclavos probablemente era mejor en 1860 que en 1840). Un observador norteamericano, posiblemente partidario de la esclavitud, calculó que en la recolección, antes de la aparición de los molinos de vapor, moría el 10 por ciento de los esclavos. Por otra parte, es evidente que durante la recolección algunos esclavos podían perder algo de tiempo, y en la época de siembra el trabajo de todo un día consistía en cavar cien agujeritos, lo cual no es un trabajo abrumador.

Además de las muertes por exceso de trabajo, había muchos accidentes: a veces, a mitad del proceso de fabricación, se oía un grito terrible, los bueyes se detenían y una máquina o un chorro de azúcar hirviendo arrojaba el cuerpo destrozado de un negro (que tal vez se había quedado dormido). A menudo las epidemias eran muy serias, en particular la fiebre amarilla (vómito negro) y a veces el cólera. Además había castigos muy severos: los cepos se usaban constantemente (Madden y Turn-

bull se encontraron con dos negros y un chico mulato que habían pasado las noches en los cepos durante dos meses en la hacienda de Montalvo, La Holanda, cerca de Güines). A veces los amos mataban a los esclavos por faltas bastante leves: Juan Sarriá, por ejemplo, fundador del molino Soledad (Cienfuegos), mató a una esclava camarera sencillamente porque estaba impaciente porque tardaba en servirle. Philip Drake (no de la familia del comerciante) dice que su mujer golpeó a un esclavo hasta matarlo hacia 1820. Una norteamericana que residía desde hacía mucho en La Habana hizo matar a una esclava por celos, encadenándola a una pared. Un conocido abogado de La Habana, llamado Machado, hizo azotar a un esclavo hasta morir, por sospecha de robo. Estas personas, con la ayuda de sobornos, quedaban impunes en Cuba, aunque esto no fue siempre así en las colonias inglesas, donde hay dos casos de hacendados que mataron a esclavos y fueron ejecutados. Pero en general, matar a un negro no se consideraba un crimen, aun en el caso de que fuera libre: un guardia civil español podía colgar él mismo a un determinado número de negros si sospechaba que habían robado. Un mayoral podía azotar a un esclavo hasta matarlo sin ser inculpado, gracias a que, en general, la gente se negaba a crear problemas a un blanco por culpa de un negro muerto. Desde luego, el castigo normal para los esclavos era algún tipo de azotamiento. En La Habana había un edificio especial, junto a las antiguas puertas de la ciudad, adonde podía enviarse a los esclavos de la ciudad para que fueran azotados; en algunos casos parece que los enviaban regularmente, mes tras mes, para que no se sublevaran. Y no cabe duda de que a los esclavos de las plantaciones modernas y eficientes, con molinos de vapor, se les trataba de forma más inhumana que a los de los antiguos molinos movidos por bueyes: se limitaban a hacer trabajos serviles y manuales; y se les consideraba y trataba como unidades económicas más que como a seres humanos; de aquí

que en los molinos grandes y ricos, el número de revueltas de esclavos fuera mayor.

En estas circunstancias, los esclavos trataban de vengarse de sus amos a base de diversos hechizos, en los que parece ser que creían totalmente. Además, a los esclavos de las plantaciones se les debía permitir, en teoría, ausentarse durante cuatro días cada doce meses si querían buscar un nuevo amo. Como a los propietarios no les gustaba tener esclavos descontentadizos, esta regla sólo se cumplía en algunas ocasiones. Pero si el esclavo, basándose en la letra de la ley, hacía esta petición a un mayoral, lo más probable es que fuera azotado. De hecho, la mayoría de los esclavos no comunicaban a nadie su proyecto hasta que, de un modo u otro, habían encontrado un nuevo dueño.

En los distintos ingenios azucareros se conservaban diferentes prácticas religiosas africanas, a veces yoruba, a veces congoleñas, según fuera la influencia dominante en aquel momento; o sea que un estudio de la vida en los molinos hubiese dado como resultado una desconcertante confusión antropológica: ceremonias, danzas, juegos, mezclados con atisbos de catolicismo, religión que, en teoría, debía ser la de aquella gente. Así el esclavo Montejo hace una descripción del culto mayombé en la plantación Flor de Sagua (en 1860 y 1870), en el que participaban los capataces blancos. Este tipo de fiestas, pues en esto se convirtieron, solían tener lugar los domingos y, por supuesto, durante la recolección y fuera de ella, el domingo lo dedicaban a beber, al sexo, a tocar el tambor y bailar, a lavarse y vestirse bien. Además se conservaba la magia africana en diferentes formas, y los capataces trataban con suma consideración a los curanderos mayomberos, dejándolos ir a los lugares donde había árboles o matorrales sagrados, en los alrededores de las plantaciones. Naturalmente, con todas estas transformaciones sumadas a sus recuerdos de África, los esclavos crearon un folclore

de la plantación, con canciones y danzas nuevas que eran peculiares de Cuba (o de la América negra), y ya no de África.

Por supuesto, su principal esparcimiento consistía en la danza, y había una variedad enorme; a veces se usaba una danza con estrépito de tambores para comunicar mensajes revolucionarios a los esclavos de las plantaciones vecinas, y por esto a veces se prohibía; otra danza era la «tumba», propia del este de Cuba, que consistía en una parodia del minué, importada probablemente de Saint Domingue.

Era en el baile donde mejor se veía el contraste entre las dos culturas de Cuba en el siglo XIX: en los palacios, los españoles bailaban contradanzas o lanceros, fuera los congoleños bailaban las primeras rumbas.

Como siempre, había que alimentar a los esclavos, vestirlos, cuidar de su salud, alojarlos y, por supuesto, vigilarlos. Aún había que comprar unos cuantos cada año, un 6 por ciento según la mayoría de los cálculos. Es difícil saber cuánto se gastaba en mantenerlos, ya que en la mayor parte de las contabilidades colocaban el mantenimiento de los esclavos y el de los animales en el mismo apartado. Pero parece que en 1863, en una plantación que producía 4000 cajas de azúcar, los gastos de renovación eran de 5000 pesos, y la alimentación y vestidos de 150 esclavos, más el servicio médico, suponían un gasto de 6000 pesos, es decir, 40 pesos al año por cada esclavo.

Es posible que los esclavos de Cuba comieran mejor que sus compañeros de Virginia. La carne, a veces, era fresca, sobre todo en la zona de Trinidad o Sancti Spíritus, aunque por lo general era tasajo de Buenos Aires o de Tampico, sobre todo en Matanzas. Además, es probable que hubiera bananas, ñame, boniatos y media libra de arroz y 350 gramos de maíz, y que, con todo esto, el esclavo hiciera dos o tres comidas al día. En

estas cuestiones habría diferencias según los lugares y las épocas, aun en la propia isla.

En cualquier caso, la gran dureza del trabajo requería una alimentación adecuada y cuidados médicos. Un esclavo enfermo no servía para nada. No tenía sentido matar de hambre a un objeto costoso. O sea que en las plantaciones había hospital, con un médico, a menudo español, un administrador y un farmacéutico. También había una guardería, donde los niños de los esclavos estaban vigilados normalmente por esclavas demasiado viejas para poder trabajar; las madres iban allí dos o tres veces al día para dar de mamar a sus hijos.

En la mayor parte de los grandes ingenios azucareros, los esclavos vivían ahora en barracones, y no en las pequeñas cabañas en las que solían vivir en el siglo XVIII. Por supuesto, la finalidad de este cambio era una mayor seguridad: hombres y mujeres vivían aparte en pequeñas celdas con suelo de tierra. Los barracones eran siempre de una sola planta, y generalmente estaban construidos alrededor de un patio con un pozo en el centro. El contramayoral, ayudante del capataz, normalmente dormía en una habitación situada junto a la puerta principal, que estaba cerrada. Aunque en el siglo XIX quedaban algunas cabañas (bohíos), y todavía había plantaciones de azúcar que permitían a los esclavos tener sus pequeñas parcelas (conucos), donde podían plantar verduras y tener un cerdo.

A los esclavos también se les daba ropa (esquifación): por lo general, dos mudas de ropa interior al año (lienzo de cañamazo), a veces una chaqueta de bayetón, un gorro de dormir para el invierno, un pañolón y una manta para la cama, un sombrero, una camisa y unos pantalones. Naturalmente estas cosas variaban según la plantación y la época. El código de los esclavos estipulaba que había que proporcionar esa ropa como mínimo, pero a veces no se cumplía. Había pocos esclavos que tuvieran zapatos.

Tanto en el siglo XIX como en el XVIII, los esclavos de la ciudad disfrutaban de una vida mucho más agradable que la de los del campo. Los cabildos y bodegas habían aumentado, la coartación y la emancipación eran, en las ciudades, mucho más frecuentes y accesibles, la presencia de una población mulata o negra libre cada vez mayor representaba un alivio y una ayuda para los que aún eran esclavos, y había una serie de actividades que no se podían desarrollar en una plantación, desde robar hasta bailar: en 1820, una sociedad secreta de esclavos de la ciudad de La Habana, los negros curros, ejercía una especie de dominio sobre ciertas calles del barrio más viejo. Los cabildos actuaban como centros de mantenimiento de la religión africana, y dos veces al año, en Epifanía y en carnaval, los esclavos salían por las calles con máscaras que eran una réplica de las de África; lo único que prohibía el gobierno era la presencia de santos católicos en los cabildos y el pasear a los muertos, cosa que habían querido hacer los fantis. Además, hubo muchos casos de esclavos leales a sus amos y a sus familias: cítase un caso famoso de un esclavo cocinero, que había estado al servicio de la hija del marqués de Casa Calvo, y que se negó a cocinar en un banquete organizado por el capitán general Tacón, que había desterrado al marqués; llegó a rechazar el soborno y la oferta de su propia libertad, con este comentario: «Decid al gobernador que prefiero la esclavitud y la pobreza con mis amos a la riqueza y la libertad sin ellos».

No hay motivos para dudar de que a menudo, e incluso normalmente, los esclavos viejos enfermos estuvieran bien atendidos: se los trataba paternalmente, como a caballos cansados, a veces con afecto. Indiscutiblemente, los trabajadores de aquella época en Inglaterra estaban a menudo peor tratados, o por lo menos no mejor, que los esclavos de las plantaciones de azúcar, cosa que frecuentemente hacían notar los traficantes de esclavos de la época para justificar la esclavitud. Los esclavos negros

de Cuba probablemente vivían mejor que, por ejemplo, los campesinos indios de México, nominalmente libres, que en 1750 «se ofrecían a trabajar por una paga inferior al coste de mantenimiento de los esclavos». Gallenga, un corresponsal del *Times* (de nacionalidad italiana) que fue a Cuba en 1872, creía que «no cabe duda de que las condiciones de vida del esclavo cubano son, en todo lo que se refiere al aspecto material, mejores que las del campesino libre de las llanuras de Lombardía». Además, parece evidente que en Cuba (como en Jamaica) los esclavos parecían menos infelices en la época de la cosecha, a pesar del trabajo extra, y esto se debía, no sólo a la excitación y a la tensión de hacer funcionar las máquinas, sino a que había muchas oportunidades de beber aguardiente y comer caña, y a la expectativa ante la fiesta del final de la cosecha. Ninguno de estos comentarios tiene en cuenta la degradación moral que suponía, tanto para el amo como para el esclavo, la falta de libertad.

Sin embargo, por desagradable que fuera la vida de los esclavos, es triste constatar que la de los esclavos liberados a consecuencia de la intervención británica o internacional fue, según parece, peor. El caso de los emancipados es uno de los mayores escándalos del siglo XIX. Los esclavos liberados en La Habana pasaron a manos de las autoridades españolas que, por medio de la inhumana gestión de Francisco Marty y Torrens, traficante de esclavos e íntimo del capitán general Tacón, los alquilaron por siete años al mejor postor. Así que el patrón que los alquilaba no tenía interés en que siguieran vivos después de siete años, y no tenía ninguna obligación para con los que enfermaban o quedaban incapacitados. Algunos emancipados se colocaron en hospitales, en el Jardín Botánico o en casa de las autoridades municipales, otros hicieron de criados en casas de particulares (por ejemplo, viudas u oficiales, que no podían permitirse comprar esclavos). Sin pedir su consentimiento, más ade-

lante se pudo volver a alquilar a los que habían sobrevivido a este período de siete años. No siempre se les pagaba. Los emancipados tenían un estatus todavía inferior al del esclavo, y no estaban respaldados por la costumbre o por la ley española. Los esclavos despreciaban a los emancipados. Al principio, estos no eran enviados fuera de La Habana, y hacían de faroleros o barrenderos, pero a finales de la década de 1840, siendo Tacón capitán general, la tentación del beneficio se hizo demasiado fuerte, había demasiados emancipados, y las autoridades, en la práctica, los vendieron a los propietarios de tierra adentro, para que trabajaran en las plantaciones, con pagas de tres a seis onzas de oro para las mujeres, y de seis a diez onzas de oro para los hombres. Casi sin excepción, al terminar los siete años, en los libros de la hacienda se había registrado la muerte de los emancipados.

Tampoco es fácil evitar la conclusión de que la vida de la mayoría de los esclavos de Cuba empeoró en el siglo XIX, sobre todo la de los que trabajaban en las grandes haciendas azucareras modernas; que una de las causas de este fenómeno era ese humanitarismo internacional que tanto perjudicó a los emancipados; y que este trato que se daba a los esclavos en Cuba era reflejo del que se les daba en Estados Unidos, donde se había producido una reacción en contraste con las actitudes del siglo XVIII, más ilustradas y patriarcales.

No es muy fácil aclarar de qué tribus provenían los negros cubanos, y como los dueños de las plantaciones tuvieron tratos durante tantos años con barcos no españoles, parece que la población cubana negra provenía de toda la serie de puertos africanos relacionados con el tráfico de esclavos, que iban desde Senegal, al norte, hasta el Congo y Angola, al sur. Los suministradores holandeses y portugueses del siglo XVII se habían concentrado en la Costa de Oro y Angola; los ingleses, en el siglo XVIII, se centralizaron en la Costa de los Esclavos (Daho-

mey y Lagos), embarcando normalmente las mercancías en Jamaica; los españoles y portugueses, a principios del siglo XIX se concentraron primero en Camerún, pero después volvieron al delta del Níger, la Costa de los Esclavos y Angola. También fueron al África Oriental. La mayoría de los negros cubanos descienden de los esclavos importados en el siglo XIX, pero como entonces se embarcaba una enorme variedad de esclavos, sería difícil decir si la mayor parte eran yoruba o ashanti, carabalí o popo; no obstante, parece probable que las influencias culturales congoleña y yoruba hayan sido, a la larga, las más fuertes.

13

El ocaso de la esclavitud

Hacia 1860, por fin, algunos propietarios de plantaciones, aunque conservando sus prejuicios, esperaban, por motivos económicos, que los contratos de trabajo pudieran llegar a reemplazar a los esclavos con el tiempo. Pedro José Morillas, hacia 1830, había sugerido en un ensayo presentado a un premio, que la mano de obra blanca estaba tan capacitada para los trabajos duros como la negra.

Indudablemente, la esclavitud retrasó la racionalización del trabajo agrícola. Además, los esclavos no cuidaban bien a los animales; el opresivo sistema de créditos a menudo impedía la fertilización y cualquier tipo de rotación de los campos era impensable. Al estar siempre los esclavos en la plantación, durante la cosecha y fuera de ella, había que darles alguna ocupación: ¿qué importaba que existieran arados si allí tenían un esclavo para cavar?

Había otras varias fuentes nuevas de mano de obra: los vagabundos, siempre muy numerosos en Cuba, podían ser enviados a las plantaciones de azúcar; también había gallegos y andaluces, venidos directamente de España a Cuba, atraídos por catalanes que tenían interés en el asunto a base de leyes tentadoras (encaminadas a equilibrar la población blanca y la negra) y seducidos por la perspectiva de los elevados salarios que se pagaban en la que entonces era la provincia más rica de España; la población española, que en 1800 era de 10 000 000 de personas, había aumentado y en 1860 era de unos 16 000 000. Los canarios iban a las antiguas colonias británicas contratados para trabajar durante un período determinado de tiempo, quedando libres después, aunque, en la práctica, sólo significaba que po-

dían aspirar a convertirse en mayorales de las haciendas donde antes habían sido trabajadores. En el censo de 1861 constaba que había 41 661 trabajadores blancos libres trabajando junto con los esclavos durante la recolección.

Como resultado de la escasez de esclavos, se buscó otro tipo de mano de obra extranjera. Los irlandeses habían trabajado en los ferrocarriles, pero su trabajo resultaba bastante caro. Los hacendados se volvieron en primer lugar al continente sudamericano, y el viejo amigo de Tacón, «Pancho» Marty hizo una prueba con trabajadores indios de Yucatán. A los que fueron importados se les trató físicamente como a esclavos, o en muchos casos sin duda peor, ya que sus amos no los podían vender como un artículo valioso. Igual que sus antepasados, los arawak, estos pobres indios eran demasiado débiles, o daban esta impresión, y la mayoría de ellos regresaron. Zorrilla, el poeta, autor de *Don Juan Tenorio*, trató de meterse en este tráfico, pero no tuvo éxito.

Luego se hizo un intento, más duradero: explotar la nueva fuente de mano de obra que ya había empezado a ser China, desde que en 1840 los ingleses habían abierto las puertas del país a la influencia europea. Durante los veinte años siguientes, fueron importados 140 000 trabajadores de China, quizá más, aunque el tráfico importante no empezó hasta 1853. Llegaban como inmigrantes, generalmente con un contrato por ocho años, y no se les consideraba, como a los esclavos, afectados por el tratado de 1817. Pero, en realidad, la diferencia era puramente nominal.

Al llegar a La Habana, los chinos se distribuyeron por las plantaciones, donde les daban de 20 a 30 centavos diarios, una libra y media de patatas u otros alimentos y una libra y media de cecina cada día, y dos trajes de algodón cada año. También recibían una manta y asistencia médica. Esto en los días laborables, o sea que, en realidad, los chinos debían de empezar ga-

nando unos 4 dólares mensuales. Sin embargo, igual que en el caso de los indios de Yucatán, parece que se les trataba tan mal como a los esclavos, y probablemente peor, ya que al cabo de ocho años no tenían ningún valor económico. Muchos chinos de los que sobrevivieron a aquellos ocho años volvieron a su país, aunque a partir de 1870 se les permitió quedarse en Cuba. Parece que volvieron a darse muchos casos, como se habían dado entre los negros, de chinos que se mataron creyendo que, una vez muertos, los devolverían a sus casas cruzando el mar: en 1862, de un total de 346 suicidios ocurridos en Cuba, 173 fueron de chinos: exactamente la mitad. Como en el caso de los africanos, en China circularon muchos disparatados rumores: que los europeos se los comían, los hervían para hacer jabón o los mataban para extraer un ungüento o una sustancia especial de sus cuerpos. A pesar de todo, tuvieron un papel esencial en Cuba; se les asignaban tareas de cierta importancia tecnológica, en el supuesto de que, siendo trabajadores asalariados, eran capaces de una inteligencia que hubiera sido improductivo y peligroso fomentar entre los esclavos. En el censo de 1861 hay registrados 34 834 «asiáticos», de los cuales sólo 57 son mujeres, el resto, hombres; en el de 1877 hay 40 261, de los que 66 son mujeres. Después de esta fecha, el tráfico de chinos terminó oficialmente a consecuencia de un tratado firmado por España y China, tras muchas discusiones sobre su inmoralidad.

Hacia 1860, en Cuba había descendido el número de negros o mulatos proporcionalmente al de blancos, o sea que, por primera vez en sesenta años, en Cuba había más blancos que negros y mulatos juntos. Esto era debido, en parte, al aumento natural (especialmente fuerte entre los blancos), en parte, a la creciente inmigración española, en parte, a la subida de precio de los esclavos, y en consecuencia, a la disminución del tráfico esclavista. Los chinos y los trabajadores mexicanos contratados de Yucatán abrieron el camino a un cambio de las condiciones

de trabajo y algunos amos ya estaban alquilando a sus esclavos como jornaleros en la época de la recolección.

Así, aunque las circunstancias políticas de la guerra civil hacían imposible en cualquier caso la anexión a Estados Unidos, la mecanización de la producción del azúcar estaba haciendo menos necesaria la esclavitud. La máquina centrífuga (que, reconocidamente, sólo tenían quienes podían permitírselo) abarataba mucho la refinación del azúcar; por lo tanto, empezó a ser competitivo incluso en Estados Unidos. Mientras tanto, la guerra civil destruía las plantaciones de Luisiana: de las 1200 que había en 1861, en 1864 sólo quedaban 175.

LIBRO III

La lucha política, 1823-1898

El honor es más importante que el éxito.

General MARTÍNEZ CAMPOS,
entrevista con el
New York World,
26 de octubre de 1895

14

Los capitanes generales tratan de enriquecerse

Los dos primeros capitanes generales posteriores a la desintegración general del resto del imperio español en la década de 1820, Vives y Ricafort, aunque despiadados con los liberales, eran por lo demás afables e indolentes y no estaban dispuestos a crear conflictos a la oligarquía del azúcar y del café, cada vez más rica. Las cartas que escribían a los comisarios y cónsules ingleses, no dándose por enterados del tráfico de esclavos, son obras maestras en el arte del disimulo. De porte envarado y costumbres disolutas, estos capitanes generales, procedentes de provincias españolas pobres, ahorraban lo suficiente para asegurarse un espléndido retiro; los habaneros solían decir: «Si vives como Vives, vivirás». Vives, antiguo encargado de negocios español en Washington, era el más astuto; Ricafort, el más agradable. Ricafort enriquecía a sus parientes, Vives ayudaba a sus amigos. En su época, Cuba pasó a ser la principal productora de azúcar del mundo, papel que antes correspondía a Jamaica, y en cuanto a la sacarina, alcanzó un puesto preeminente que ha conservado la mayor parte del tiempo hasta hoy. La casa de piedra amarilla del capitán general, que era al mismo tiempo el ayuntamiento y la oficina del representante de la corona, constituía el centro del favoritismo, la influencia y la moda. Bajo su mando, los cubanos se hicieron ricos, no sólo en comparación con su propia experiencia pasada y con la de la renta española, sino según los módulos internacionales más altos. Los esclavos entraban a raudales por todos los puntos de la costa, sin hacer caso de la armada inglesa. En las ciudades parecía que nadie pensara más que en la lotería o en el juego; los hombres,

en las prostitutas; las mujeres, en el baile, y todos, en los habanos. Por el campo vagaban a menudo esclavos fugitivos o mulatos libres convertidos en bandidos; otras bandas robaban esclavos de una plantación y los vendían a otra, mientras que en el sucio barrizal que hacía de carretera se cometían constantes asesinatos y robos, sin que hubiera, para ponerles coto, más que unas cuadrillas semiindependientes dirigidas por oficiales y que actuaban en provecho propio. También se daban casos de violencia en La Habana, desde donde el viajero inglés Patterson escribía en 1820: «Los asesinatos han sido terriblemente frecuentes… el 18 de junio, unas siete personas, blancas, fueron asesinadas en las calles».

El comercio de la isla con Estados Unidos era cada vez más intenso. En 1826, de los 964 barcos que entraron en el puerto de La Habana, 783 eran norteamericanos. Esta evolución no molestaba en absoluto al gobierno español que, arruinado e incapaz de conseguir préstamos, veía en ella un medio de aumentar sus rentas. Así, en 1832, España fijó unos aranceles discriminatorios sobre las importaciones. Estados Unidos respondió subiendo los derechos de tonelaje de los barcos españoles que provenían de Cuba o de Puerto Rico. A cambio, en 1834 España elevó aún más los derechos de aduana de la harina norteamericana que llegara a Cuba en barcos norteamericanos, y Estados Unidos respondió a su vez (sin entender en absoluto los motivos de la actuación española) subiendo más los derechos de tonelaje y recaudando un impuesto especial sobre el café cubano (aunque no sobre el azúcar). Esto dio lugar a una época de crisis política entre España y Estados Unidos, durante la cual, en 1834, el capitán general Ricafort fue sucedido por uno de los procónsules más notables que España mandara nunca a sus dominios de ultramar. Se trataba de Tacón, un viudo de sesenta años, déspota tenaz, apasionado patriota español, muy espectacular, superviviente de cien combates librados en nombre

de la corona en Colombia y en Perú contra la independencia de Sudamérica y especialmente conocido por un extraordinario viaje que hizo de Colombia a Lima cruzando los Andes. En España pasaba por liberal, pero en Cuba estuvo muy lejos de serlo. Odiaba a la oligarquía criolla (a la que parecían gustar los criollos que se habían rebelado en todos los puntos del imperio), se rodeaba de un grupo de comerciantes españoles, negreros en su mayoría, y, aunque no tenía remilgos en sacar la tajada correspondiente al capitán general en el tráfico de esclavos (100 000 pesos al año, según se cree), se lanzó a una política de reforma administrativa encaminada a establecer el orden en el campo y la ley en la ciudad. Como es lógico, las instrucciones que le llegaban de Madrid eran más severas que las de sus predecesores, pues en España se estaba tambaleando el propio régimen de la Restauración con la muerte del rey Fernando, y los carlistas se preparaban para lanzarse a una guerra civil contra la reina niña, Isabel, y su madre, la regente María Cristina.

En los primeros meses de su mandato, el capitán general logró evitar un enfrentamiento abierto con la oligarquía cubana, y se dedicó plenamente al establecimiento de una fuerza de policía nocturna, a proyectos de limpieza pública e higienización general, con alcantarillas y bomberos, a macadamizar las carreteras, a numerar las casas según las calles, y a destruir una serie de bandas criminales que habían actuado hasta entonces en La Habana, especialmente en los alrededores del puerto. En la capital se prohibieron las armas, excepto a los soldados, y se formaron nuevos tribunales militares, más eficientes y menos corrompidos que la antigua audiencia. Manuel Pastor, un negrero que era el consejero financiero más íntimo de Tacón, construyó un mercado de pescado grande e higiénico, y el propio Tacón emprendió la construcción, en las afueras de La Habana, de una prisión enorme, la mayor de América Latina (70 por 90 metros), que hizo posibles una serie de mejoras, por ejemplo, la

separación de prisioneros negros y blancos, y el traslado de los que, hasta entonces, habían languidecido en las mazmorras de su propio palacio, como solía ocurrir en muchas capitales hispanoamericanas. En la terraza de esta prisión, Tacón y sus amigos, los negreros españoles, entre los que se contaban Manuel Pastor, el banquero Joaquín Gómez, el marqués de las Delicias (José Antonio Portuondo, regidor mayor de Santiago) y Francisco Marty, se reunían cada día para fumar habanos, beber champán, discutir de política y hacer proyectos.

Estos progresos no molestaban demasiado a la oligarquía cubana, aunque sólo la sombra de una actuación de cualquier tipo por parte de un capitán general ya fuera ligeramente molesta. Más irritante fue, sin embargo, el hecho de que Tacón proyectara construir una nueva y elegante avenida, el Paseo, que cruzara el centro de La Habana y que, aunque de hecho no destruyera ninguno de los palacios de los Montalvo o de los Calvo, les dificultaba la entrada por la puerta principal debido a que las aceras eran algo estrechas. No obstante, estas familias quedaron aplacadas con la siguiente actuación de Tacón, de gran relevancia: la expulsión del escritor José Antonio Saco por difundir doctrinas abolicionistas, que ahora eran habituales en las Indias Occidentales británicas.

Saco era por entonces el editor de una revista recién fundada, la *Revista Bimestre Cubana* una de las que habían aparecido aprovechando la relajación de la última época en que Vives había sido capitán general. Ahora, en Cuba se editaban ocho periódicos; de ellos, cuatro eran diarios (*Diario de la Marina* y *Noticioso y Lucero* de La Habana, *Aurora* de Matanzas y *Redactor de Cuba* en Santiago). Saco, brillante periodista, era el escritor favorito de todos los jóvenes cubanos que discrepaban por cualquier causa del orden existente. En un famoso artículo publicado en la *Revista* de Brasil, había defendido que el tráfico de esclavos era una seria amenaza para el futuro de Cuba con el vie-

jo argumento de que una influencia tan grande de los africanos llevaría a la revolución con toda seguridad. Por supuesto, este punto de vista no era ni humanitario ni nuevo; desde luego, la novedad reside en el hecho de que Saco se opusiera al tráfico de esclavos más por desconfianza en la raza negra que por ningún sentimiento humanitario.

No obstante, había escogido un mal momento para mostrarse crítico respecto del tráfico de esclavos, cualquiera que fuera el motivo: en 1833, los pérfidos ingleses se habían decidido por fin a correr el riesgo de liberar completamente a sus esclavos, y el contagio que los propietarios cubanos de esclavos temían que pudiera llegar de Jamaica como resultado de la decisión inglesa parecía muy amenazador. Además, Saco había dado argumentos en los que, por primera vez en una colonia española, se calculaba que, en realidad, el trabajo libre era más barato que el de los esclavos. Él mismo argüía que al gobierno de España le interesaba, de hecho, promover el tráfico de esclavos, porque, cuanto mayor fuera la población negra, más dependería Cuba del ejército español; y aunque España fuera incapaz de hacer planes tan a largo plazo, puede que a algunos comerciantes españoles de Cádiz o La Habana, de los que se dedicaban al tráfico de esclavos, se les hubiera ocurrido.

Quien persuadió a Tacón de que enviara a Saco al exilio fue Martínez de Pinillos, ahora conde de Villanueva, que había sido intendente durante diez años, portavoz de la oligarquía, un peninsular que contaba con la confianza de los criollos, un hombre que, gracias al auge del azúcar, se había convertido en un financiero de importancia internacional, ya que controlaba el envío que anualmente se hacía a España de cuatro millones de dólares en impuestos; por supuesto, muchos cubanos creían que los ministros españoles le debían a él la totalidad de su sueldo. Indudablemente, los ingresos procedentes de Cuba constituían casi la única garantía segura que podía ofrecer el

gobierno de España a sus acreedores potenciales, por ejemplo, los Rothschild u otros banqueros londinenses. Villanueva y las familias antiguas de La Habana querían echar a Saco de Cuba, y Tacón, cuyas relaciones con la sociedad cubana estaban, todavía, en su mejor momento, accedió, aunque mostrando una delicadeza que sería poco común en los futuros tiranos de Cuba: le dejó fijar el momento de su marcha. Durante el resto de su vida, Saco, que vivió en España o en París, mantenido por el dinero que le enviaban los hacendados más cultos de Cuba (los Aldama, los Alfonso, de Matanzas, y los Del Monte), fue un centro de críticas, especulaciones y controversias dirigidas contra las autoridades españolas de Cuba y contra el tráfico de esclavos, basadas en su poca rentabilidad más que en su inmoralidad.

En el asunto de Saco, los dos hombres más poderosos de Cuba, Tacón y Villanueva, habían actuado en relativa armonía. Pero pronto se enfrentaron. Villanueva era un ardiente defensor (y accionista) de los ferrocarriles. Tacón, humillado ante la perspectiva de que el invento llegara antes a Cuba que a la madre patria, pero además, y en esto se contradecía, despreciando lo que llamaba «quincalla anglosajona», tardó meses en aceptar que se construyera una estación de ferrocarril en La Habana. Surgieron otros dos o tres puntos de desavenencia. Villanueva, que siempre había sido muy amigo de las órdenes religiosas, hizo lo que pudo para retrasar la desamortización ordenada por el gobierno liberal, y de hecho la retrasó hasta que las órdenes hubieron vendido muchas de sus grandes haciendas. Surgió otra disputa, algo curiosa, cuando Tacón acusó a la municipalidad (que actuaba con el consentimiento de Villanueva) de dejar morir de hambre a los ocupantes de su nueva prisión. Y aún creó otro problema el recibimiento restringido que dio Tacón a una serie de verdaderos liberales, por ejemplo, al poeta Heredia.

Todas estas desavenencias crearon una desconfianza total entre el capitán general, por una parte, y el intendente y la oligarquía, por otra. Las grandes familias de La Habana hicieron el boicot al palacio, y luego se sintieron ultrajadas cuando Tacón llenó el edificio de «plebeyos». Tacón respondió con una serie de medidas discutibles, por ejemplo, la expulsión del joven y gallardo marqués de Casa Calvo por tener un garito en su palacio de La Habana: rígida interpretación de la ley que enfureció a una capital tan acostumbrada al libertinaje que no conocía ningún otro tipo de libertad.

Cuando estas disputas estaban en su momento álgido, aparecieron dos problemas constitucionales de gran importancia. En 1836, Madrid ordenó que se celebraran elecciones. Tacón no hizo caso, basándose en la curiosa ley de 1825, que permitía que un capitán general hiciera caso omiso de las instrucciones de Madrid si creía que con ello servía mejor los intereses de Cuba. Por lo tanto, prohibió al ayuntamiento de La Habana (al que estaba confiada oficialmente la elección de diputados) que organizara las elecciones. Pero en el este de Cuba, el general en jefe, Manuel Lorenzo, amigo de Mendizábal, el destacado político liberal de Madrid, y veterano de la guerra de la Independencia, proclamó abiertamente la Constitución de 1812 y convocó elecciones.

Santiago, entonces, estaba subdesarrollado en comparación con La Habana, pues era el centro de una comunidad semipastoril, en la que no había ingenios azucareros modernos. No obstante, respondió a la convocatoria, en parte porque sus habitantes no estaban de acuerdo hacía tiempo con el gobierno de La Habana y envidiaban a los hacendados enriquecidos del oeste. El «liberalismo» duró tres meses en el este de Cuba. Pero la amenaza que hizo Tacón de una intervención militar, el temor a un bloqueo marítimo y el descenso gradual del apoyo a Lorenzo en el campo y en los otros cuarteles de la región, los

obligaron, por fin, a rendirse. Los liberales de Madrid, abrumados por sus propios problemas, políticamente incapaces de estimular cualquier forma de autodeterminación cubana (idea que, además, no les hacía ninguna gracia), se negaron a admitir a los tres diputados que acudieron de Cuba pretendiendo representar al este de la isla. Las Cortes, tanto los liberales como los conservadores, como institución, creían que cualquier representación de Cuba iba a ser «un paso hacia» la independencia y que «todos los pasos hacia la independencia van encaminados a la exterminación y la ruina del capital y de las personas… La isla de Cuba, si no sigue siendo española, está destinada a convertirse en negra de un modo inevitable». En consecuencia, las Cortes se precipitaron a aprobar una ley esencial para confirmar que, a partir de entonces, la Constitución no se aplicaría a Cuba y la isla sería gobernada con «leyes especiales».

Estos acontecimientos podían suponer un triunfo de Tacón, pero una nueva crisis destruyó el prestigio que este había adquirido con su manera de llevar el asunto de Santiago. Recibió el misterioso mensaje de que un «agente inglés» estaba en camino hacia Cuba para tratar de convencerle a él y a la isla de que se mantuvieran neutrales respecto de las guerras carlistas. Al enterarse de esto, el gobierno español dio instrucciones a Tacón para que arrestara inmediatamente y expulsara al arzobispo de Santiago, conocido partidario de la causa carlista. Tacón hizo esto con el mayor tacto posible, pero desgraciadamente el gobierno de Madrid estaba pasando por una serie de crisis, y en lo referente al arzobispo hubo contraorden. El gobierno dejó a Tacón en la estacada y este fue objeto de amargas críticas por lo que Villanueva y la oligarquía consideraban que había sido un insulto innecesario a un príncipe de la Iglesia. Las acusaciones enviadas a Madrid por los distintos enemigos de Tacón se hicieron ahora tan numerosas que llegaron a poner en peligro su nombramiento.

Finalmente, Tacón que, como Holstein en Alemania, había presentado muchas veces su dimisión a su rey, pero nunca se le había ocurrido que pudiera ser aceptada, se encontró con que se habían tomado su ofrecimiento al pie de la letra. Tacón volvió a España con los títulos de vizconde de Bayamo y de marqués de la Unión de Cuba, más colmado de honores que cualquiera de sus predecesores, y habiendo acumulado una enorme fortuna con sus amigos, los traficantes de esclavos, entre los que se contaban Pastor y Gómez. Tras él dejó calles, teatros y mercados que llevan su nombre, y una reputación histórica singularmente ambivalente.

Quedan por explicar una extraña serie de acontecimientos ocurridos durante su época de capitán general. En 1833, Nicolas Trist, secretario particular del presidente Andrew Jackson, había sido nombrado cónsul en La Habana. Respetaba a Tacón y le tenía simpatía, y colaboró estrechamente con él en la trata ilegal de esclavos, permitiendo que los traficantes usaran la bandera de Estados Unidos para evitar que los ingleses les pusieran dificultades. Finalmente, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Forsyth, oyó tantas acusaciones contra Trist que envió a Alexander Everett, entonces editor de la *North American Review*, para que investigara: este informó de que Trist había proporcionado documentación a sesenta y uno de los setenta y un barcos negreros que se sabía que habían pasado por los puertos cubanos en 1838. Al ser acusado, Trist respondió proponiendo a su jefe un proyecto de compra de Cuba por parte de Estados Unidos. Entonces Trist fue relevado de su cargo, aunque más adelante llegó a alcanzar ventajosas posiciones dentro de la diplomacia norteamericana, y la idea de la compra no fue olvidada.

El nuevo capitán general, Valdés, llegó con instrucciones de hacer lo posible para evitar una rebelión de esclavos a base de fomentar la inmigración blanca; aunque parece ser que debía su

nombramiento a la amistad de su hermana (la marquesa de Santa Cruz) con María Cristina, la reina regente, Valdés atendió a Turnbull e hizo una breve declaración anunciando que se cumplirían los tratados. Por entonces, el barco de Su Majestad *Fantôme* había capturado, tras una emocionante persecución, uno de los cargamentos que Da Souza portaba de Whydah en el bergantín *Josephine*, y se habían producido varias nuevas destrucciones de barracones de esclavos pertenecientes a españoles (en el río Shebar los había destruido el capitán Hill; en el río Pongo, el capitán Nurse, y en las fábricas de Kabenda y Ambriz, el capitán Matson).

La declaración de Valdés fomentó el descontento entre los esclavos durante el verano y el otoño de 1841, sin duda inspirado en parte por las revueltas que habían tenido lugar en las Indias Occidentales británicas, sobre todo en Jamaica, hacia 1830, poco antes de la abolición. Además, en Texas, se había producido recientemente una revuelta de esclavos de cierta importancia. En Cuba, unos esclavos que estaban construyendo un palacio para Miguel Aldama en La Habana se rebelaron y entablaron una batalla campal con las tropas españolas. Se inculpó a Turnbull, el cónsul inglés. Valdés recibió otra orden de Madrid (es decir, del gobierno progresista del general Espartero) diciéndole que llevara adelante la emancipación de todos los esclavos iniciada a partir de 1820; bajo la influencia del intendente Villanueva y siguiendo sus propios intereses, buscó cualquier excusa para evitar la publicación de esta orden. Palmerston apoyó a Turnbull y envió barcos de guerra a La Habana, aunque, cuando llegaron allí, su jefe, el vicealmirante Hyde Parker, no hizo nada. Esta fue la ocasión en que Cuba estuvo más próxima a la abolición, hasta entonces, y por supuesto la ocasión en que la guerra entre Inglaterra y España pareció más inminente desde 1815. Entonces, en Londres, lord Aberdeen sucedió a Palmerston, y retiró al almirante Parker, accediendo a no

insistir, de momento, en el asunto del censo de esclavos, y ordenando a Turnbull que dejara de insistir en ello. El motivo de este cambio de actitud era la tensión a que habían llegado las malas relaciones entre Inglaterra y Estados Unidos por aquel entonces, debido principalmente al deseo inglés de registrar los barcos en el mar —tanto los norteamericanos como los españoles— en busca de «equipamiento» esclavista. Palmerston casi había llegado a la guerra cuando conjuró a Estados Unidos a que se decidiese a «mirar los hechos, no las palabras». Esto fue en el año en que casi todos los buques negreros llevaban la bandera de Estados Unidos, aunque no fueran barcos norteamericanos.

Turnbull, que no era exactamente un funcionario público muy ortodoxo, empezó a extralimitarse en sus funciones. Parece que se dispuso a organizar una rebelión contra España y los propietarios de esclavos para abolir la esclavitud. Finalmente fue arrestado en Cárdenas y expulsado de Cuba, mientras que el vicecónsul Francis Cocking y un negro emancipado llamado José Miguel Mitchell se adentraban en el interior de la isla en busca de apoyo. Pero poco después Mitchell fue arrestado. Entretanto, Estados Unidos e Inglaterra llegaron a un cierto acuerdo, aunque no en lo referente al derecho de registro: el tratado Ashburton de 1842 obligaba a Estados Unidos a mantener por lo menos ochenta cañones en la costa africana, aunque no a colaborar con Inglaterra. El tráfico de esclavos no resultaba perjudicado en modo alguno, y Aberdeen, cediendo ante las críticas de los miembros del Parlamento que, como Cobden, eran partidarios del libre comercio, prohibió que se volvieran a destruir las fábricas y los barracones de esclavos de la costa africana. Por consiguiente, a finales de 1842 las fábricas del río Gallinas, que habían sido asoladas, se levantaron de nuevo, y Burón, el propietario de las que habían sido destruidas, demandó al capitán Denman, reclamando 180 000 libras en

concepto de pérdidas de esclavos y otros bienes. Una serie de cónsules y agentes norteamericanos aseguraron a los cubanos que Estados Unidos protegería el *statu quo* de La Habana contra los ingleses.

Tras estos incidentes, apareció en Cuba un nuevo código para los esclavos, encaminado principalmente a impedir las revueltas. En realidad, era una segunda edición de las escarnecidas leyes de 1789, pero de forma más estricta y sistemática. Los esclavos no podían ir sin permiso a otras plantaciones que no fueran la suya propia. A los esclavos que delataran una conspiración se les daba la libertad y 500 dólares. Más adelante, en este mismo año, un nuevo capitán general, O'Donnell, duro y codicioso, más decidido que Valdés, más convencional que Tacón, llegó a estacionar tropas por toda la isla para tener contentos a los hacendados (aunque 1842 fue un mal año para el tráfico de esclavos: tal vez sólo llegaron a salir de La Habana tres negreros). O'Donnell resumió rápidamente la situación: Cuba, dijo, podía gobernarse muy fácilmente con un violín y un gallo de pelea.

A principios de 1843 hubo nuevas revueltas de esclavos: la primera tuvo lugar en la plantación Alcancía (Cárdenas), propiedad de Joaquín Peñalver. Todo el molino quedó destruido, excepto la «casa de purga». Los esclavos se trasladaron a las plantaciones cercanas, Luisa y Trinidad, propiedad de José Baró (el traficante de esclavos), a la plantación de café Moscú, y a Ranchuelo, rancho dedicado a la cría de caballos. Los esclavos del ferrocarril de Cárdenas también se rebelaron, pero no lograron unirse a los de las plantaciones. Muchos esclavos murieron, mientras que otros huyeron hacia el interior, siendo perseguidos, como de costumbre, por sabuesos especialmente entrenados para rastrear a esclavos fugitivos.

Más tarde, aquel mismo año, estalló otra revuelta de esclavos en el molino Triunvirato (propiedad de los Alfonso, que eran

relativamente ilustrados), no muy lejos de Santa Ana, Matanzas, donde el año anterior se había producido otro estallido; 400 esclavos se adueñaron del molino, quemaron la caña, y se dirigieron a los molinos vecinos, quemando cinco antes de ser acorralados por una milicia de campesinos. Sin embargo, estos sucesos eran sólo los preliminares de lo que durante mucho tiempo se ha recordado como la más famosa de todas las conspiraciones de negros y esclavos, que, al parecer, fue descubierta a O'Donnell por una esclava.

A comienzos de 1844 fueron arrestadas unas 4000 personas (en Matanzas), entre las que se contaban más de 2000 negros libres, más de 1000 esclavos, y al menos setenta blancos. A los negros sospechosos de conspiración se les ató a unas escaleras y se les azotó para que confesaran; a partir de entonces se hizo famoso el nombre de La Escalera, aunque ya hiciera mucho tiempo que se llamaba así a un determinado tipo de castigo. Fueron fusilados setenta y ocho, y quizá 300 más fueron azotados hasta morir. Este período de intensa represión duró seis meses. Entre los fusilados se encontraban el poeta mulato Plácido, el músico Román y otros negros libres de los más brillantes y atrayentes. Entre los acusados estuvo José de la Luz y Caballero, catedrático de filosofía del Colegio de San Francisco, aunque luego fue absuelto. Los regimientos negros o mulatos de la guardia nacional fueron abolidos y disueltos. A Turnbull, que entonces estaba en Jamaica, le acusaron de alentar la conspiración. Parece que de hecho, en Matanzas, había una extensa conspiración, organizada a través de los cabildos o danzas tribales de las haciendas azucareras, y que el «rey» y la «reina» del baile semanal eran los agentes de la conspiración. Un esclavo testificó que el veneno se consideraba un arma «más eficaz que la guerra». Por otra parte, parece evidente que las autoridades aprovecharon la ocasión para desembarazarse de todos cuantos les creaban, o podían crearles, problemas. En consecuencia, la

pequeña burguesía mulata o negra de Matanzas quedó destruida, e incluso los que no fueron fusilados, sino meramente encarcelados durante un tiempo, no quisieron o no pudieron volver a tomar parte en ninguna otra conspiración: el poeta Manzano llegó a abandonar la poesía después de estar en la cárcel, y terminó su vida haciendo de cocinero. Entretanto, el capitán general O'Donnell invertía parte de los beneficios obtenidos a base de sobornos en una gran fábrica situada en la Isla de Pinos donde, con maquinaria norteamericana, trataba de extraer oro de lo que resultó ser un cuarzo muy decepcionante.

Esta política, llevada con una severidad de la que Tacón estuvo muy lejos, tuvo como consecuencia la prevención de nuevas revueltas durante algún tiempo. La mayoría de los hacendados la apoyaron con gran entusiasmo, y los que no lo hicieron, como Domingo del Monte, fueron desterrados. Las regulaciones referentes a los esclavos se hicieron aún más estrictas. Las ceremonias religiosas africanas, que Tacón había patrocinado, quedaron prohibidas. Las plantaciones parecían aún más unas cárceles. De hecho, todo esto casi los inclinó, por primera vez, a escuchar los argumentos de los que propugnaban acabar con el tráfico de esclavos, pues parecía la única manera de evitar una revolución racial en Cuba (tal como Saco, todavía en el exilio, señaló en *La supresión del tráfico*, publicado en París en 1845). Parece que el número de esclavos importados en los años posteriores a La Escalera disminuyó considerablemente; pero, naturalmente, los precios y los beneficios (del tráfico de esclavos) subieron hasta tal punto que, en este curioso mundo tropical de sospechas y conspiraciones, casi parecía que la crisis hubiera sido planeada por hombres como Zulueta o Pastor, con el fin de hacer subir el valor de los esclavos que ellos ofrecieran en el mercado. Los esclavos emancipados se volvían a vender, de modo que el capitán general O'Donnell salía ganando bastante (según los delegados ingleses), pero lo único que hacían los in-

gleses, influidos todavía por la cautela de lord Aberdeen, era ejercer presión diplomática. En La Habana se formó una comisión para informar sobre la aplicación de una nueva ley española que prohibía el tráfico de esclavos: comisión que, irónicamente, estaba constituida por Joaquín Gómez, el marqués de Estévez, el conde de Fernandina, el general de brigada Juan O'Farrill y José de Arango, por supuesto, todos ellos propietarios de esclavos, y Gómez, un traficante retirado. O'Donnell creía que la prohibición del tráfico de esclavos no sólo arruinaría la economía cubana, sino que provocaría que los criollos tratasen de acabar con el dominio español, dado que, siendo más que los negros, no necesitarían al ejército español. Pero, en cualquier caso, nada de esto concernía a los esclavos de las plantaciones. Los miembros de la comisión convirtieron la ley en algo sin sentido. El gobierno español jugaba a imitar el modelo de Virginia en la crianza de esclavos, mientras que algunos hacendados dirigían otra vez su mirada hacia el norte tratando de encontrar el medio de conservar su dominio sobre la isla, cuya riqueza se había duplicado, por lo menos, desde que, hacia 1820, se había empezado a discutir la idea de unirse a Estados Unidos.

15

Destino manifiesto

Poco después de las revueltas de esclavos de las proximidades de Matanzas, el secretario de Estado de Estados Unidos, Daniel Webster, recibió un mensaje muy alarmante de uno de los hacendados cubanos exiliados después de La Escalera, Domingo del Monte, literato perteneciente a una familia cubana de nuevos ricos y gerente del ferrocarril de Cárdenas a Soledad de Bemba. Del Monte decía que los ingleses, cansados en su intento de garantizar la abolición del tráfico de esclavos, tenían la intención de «apoderarse de Cuba, liberar a los negros y establecer una república militar negra bajo protección británica».

La información (por desgracia para la mayoría negra de Cuba) era infundada, pero era sintomática de hasta qué punto los hacendados cubanos, aun los más ilustrados, aterrados ante el abolicionismo, estaban ahora dispuestos a hacer intervenir a Estados Unidos en la lucha para su propia conservación.

No obstante, el movimiento anexionista no hubiera alcanzado mucho ímpetu de no haber despertado una respuesta muy vigorosa en Estados Unidos. El secretario de Estado norteamericano, J. C. Calhoun, era un inveterado defensor de la esclavitud. En un banquete celebrado en 1845, el vicepresidente, George Dallas, brindó públicamente por «la anexión de Cuba». En 1846-1848 se produjo la guerra de Estados Unidos contra México. El tratado de Guadalupe Hidalgo incorporó California y Nuevo México a Estados Unidos —un total de 1 468 800 km^2— y la riqueza potencial que esta zona suponía para el vencedor quedó simbolizada al cabo de pocos meses de la firma del tratado por la gran fiebre del oro que se produjo en California en 1849. En el sur de Estados Unidos, la opinión de la prensa,

por lo menos, estaba lanzada al más codicioso y astuto expansionismo. La anexión de Texas a la Unión en 1845 ya había supuesto un aumento en el número de estados esclavistas.

Más adelante, hacia 1850, algunos sureños llegaron a anhelar un inmenso imperio militar del Caribe, basado en la esclavitud y cuya riqueza proviniera del azúcar y del algodón. Un vago racismo se había apoderado de algunos intelectuales del sur. Jóvenes en su mayoría, eran unos románticos ambiciosos y algo violentos que se mostraban como tales especialmente en lo referente a la idea de la anexión de Cuba: «La pura raza angloamericana está destinada a extenderse por todo el mundo con la fuerza de un tornado. La raza hispanomorisca [*sic*] será abatida». (Así se expresaba el *New Orleans Creole Courier* el 27 de enero de 1855). El *New Orleans Delta* llegaba aún más lejos: el idioma de Cuba desaparecería.

> El bastardo latín de su nación no podrá resistir la fuerza conquistadora del sólido y robusto inglés… Su sentimentalismo político y sus tendencias anárquicas ceden rápidamente tras el idioma y, gradualmente, se llega a la total absorción de esa gente: todo esto es debido al dominio inevitable del espíritu americano sobre una raza inferior.

En 1845, John L. O'Sullivan, llamado a veces «Incendiario de graneros» y «Difamador», editor de la *Democratic Review*, inventó la expresión «destino manifiesto» para describir lo que esperaba Estados Unidos, es decir, la inevitable absorción de sus vecinos gracias a las cualidades superiores de los anglosajones como tales (incluidos, probablemente, los irlandeses) y a sus instituciones democráticas.

A principios de 1847, O'Sullivan fue a La Habana con el editor del *New York Sun*, Moses Yale Beach. Se reunieron con los socios del Club de La Habana convertido en el centro del «anexionismo» cubano, y cuando volvieron, lanzaron una campaña para que Estados Unidos comprase Cuba, como había sugerido el cónsul Nicolas Trist, y del mismo modo que habían comprado Luisiana y Florida en 1804 y 1819, y habían de comprar Ala-

ska en 1867. El 6 de julio de 1847, O'Sullivan escribió al secretario de Estado, James Buchanan, diciéndole que muchos cubanos ricos preferían ingresar en la Unión a ser independientes, y que estaban dispuestos a contribuir ampliamente a todo cuanto se encaminase a la compra de Cuba por Estados Unidos. O'Sullivan había hecho de agente para el presidente Polk y conocía bien Washington, pero, a pesar de eso, era inclinado al romanticismo, y estaba «lleno de grandes esquemas a nivel mundial que le parecían, y convencía de ello a los demás, muy practicables y adecuados, pero se malograban de un modo invariable». Dos semanas después, Beach publicó en el *New York Sun* una petición: «Cuba, por posición geográfica, por necesidad y por derecho… debe ser nuestra… dadnos Cuba y nuestras posesiones serán completas». Cuba era «el jardín del mundo, la llave del Golfo».

Mientras tanto, también los anexionistas de Cuba publicaron una proclamación:

> La serenidad y la prosperidad futura de Cuba quedarían garantizadas si se uniera a esta nación fuerte y respetada [Estados Unidos], cuyos intereses del sur se identificarían con los suyos; aumentaría su riqueza, *doblaría el valor de sus granjas y esclavos*[12] y todo el territorio triplicaría su valor. La empresa privada tendría libertad y quedarían destruidas las perniciosas restricciones que paralizan el comercio.

El 10 de mayo, el senador Stephen Douglas, cuya carrera política se había basado en el expansionismo, vio al presidente Polk con John O'Sullivan para insistir en la compra de Cuba; Polk, que era un hombre reservado —se le conocía por «el topo»— no dijo nada, aunque evidentemente pensaba que el plan era bueno. El 18 de mayo, el cónsul de Estados Unidos en La Habana, general Robert Campbell, escribió al secretario de Estado, Buchanan, que «cierto general español» estaba a punto de iniciar una revuelta; si tenía éxito, inmediatamente se haría la solicitud de anexión a Estados Unidos.

Este general español era Narciso López, que se había distinguido en la lucha contra Bolívar y contra los carlistas. Aunque nacido en Venezuela, y contando por entonces más de cincuenta años, era pariente de al menos dos poderosas familias de hacendados: los Iznaga (su tío era José María Sánchez Iznaga), y su cuñado, el progresista hacendado Pozos Dulces.

El 30 de mayo, Polk propuso a su gobierno la compra de Cuba, pero su plan para comprar Cuba directamente fracasó. Poco después, el vicepresidente de Polk, Dallas, recibía la visita de un agente de María Cristina, la reina madre, que dijo que la reina haría la venta por sí misma. El *New York Herald* publicó una carta de un corresponsal en Madrid en la que se revelaba que estas negociaciones estaban en marcha. En cuanto se supo esto, se armó un alboroto en Madrid.

En julio de 1849, Narciso López había lanzado una expedición de liberación desde Round Island, Nueva Orleans. En ella participaban algunos veteranos norteamericanos de la guerra mexicana. Otros iban atraídos por la oferta de 1000 dólares y 64 hectáreas de Cuba que se les había hecho en caso de tener éxito. López ofreció el mando a Jefferson Davis, quien recomendó al coronel Robert E. Lee. Lee rehusó y López se decidió a tomar él mismo la jefatura. Pero finalmente el gobierno de Estados Unidos decidió intervenir para deshacer la expedición en cuanto que violaba «abiertamente» las leyes de la neutralidad. Al presidente Taylor no le entusiasmaba la idea de Polk, pese a ser un propietario de esclavos en Mississippi; si Cuba tuviera que unirse a Estados Unidos, el gobierno la compraría honradamente y no la dejaría liberarse a sí misma en una guerra que podía acabar con sus esclavos.

La frustración del segundo intento de López llevó a la disolución del grupo anexionista. El «responsable» y los hacendados ricos llegaron a la conclusión de que podría mantenerse indefinidamente el *statu quo*, pues, aunque el gobierno español se

había negado a declarar que el tráfico de esclavos fuera piratería, como pedían los ingleses, la aparición del librecambio indicaba que tampoco los ingleses intervendrían. Por otra parte, López estaba en una línea de violencia cada vez mayor.

En mayo de 1850, una expedición de 600 hombres organizada por López desembarcó cerca de Cárdenas y capturó a la guarnición española y al gobernador. Pero los cubanos se retiraron a las montañas y no se unieron a lo que les pareció una expedición norteamericana. Entonces López decidió reembarcar y volvió a Key West, perseguido por los barcos españoles, donde curiosamente se le recibió como a un héroe, pero él y los que le apoyaban fueron acusados de haber quebrantado las leyes norteamericanas de la neutralidad.

Sin desanimarse a pesar de todo, López volvió a embarcarse en agosto con una cuarta expedición de unos 400 hombres, entre los que se contaban exiliados húngaros además de los cubanos; evidentemente López estaba influido por el romántico llamamiento de Louis Kossuth, quien, en 1850, había sido objeto de un recibimiento oficial en Nueva Orleans. Esta vez, por fin, este visionario soñador chocó con la realidad política. Dos alzamientos internos cubanos planeados para la misma época fueron aplastados, y sus dirigentes, capturados y ejecutados; el jefe, Joaquín de Agüero (francmasón), fue traicionado por el confesor de su mujer. Las banderas de la independencia —una sola estrella, como la de Texas, sobre el fondo del triángulo masónico— se colocaron imprudentemente en los altares para ser bendecidas. Entretanto, López desembarcaba en bahía Honda con el coronel Crittenden, veterano de la guerra mexicana como la mayoría de los que participaban de esas ideas, y sobrino del fiscal general norteamericano, como segundo en el mando.

Casi inmediatamente, los dos jefes quedaron separados. Crittenden perdió la mayor parte de sus hombres, volvió al mar con los que le quedaban, y embarcaron en pequeños botes.

Fueron capturados y fusilados a continuación en la Plaza Mayor de La Habana. Poco después cogieron a López con 160 hombres. Previo un juicio por traición, le aplicaron públicamente garrote vil, y a todos sus seguidores, excepto a cuatro, los enviaron a trabajar a las minas de mercurio de España, y finalmente los indultaron. Cuando se supieron estas noticias, en Nueva Orleans hubo muchos alborotos. El consulado español fue destruido. Pero el gobierno de Estados Unidos no estaba dispuesto a hacer nada para protestar contra la persecución de una expedición que desaprobaba. Los hacendados de Cuba y sus amigos tampoco parecían disgustados. Un comerciante, José M. Morales, socio de la casa Drake, escribió a su corresponsal norteamericano: «Nuestro gobierno estuvo perfectamente justificado al no dar cuartel a los filibusteros… aunque los tiempos modernos exigen medidas conciliatorias». Los comerciantes tenían tanto interés como Estados Unidos en impedir que Cuba se liberase por medio de una guerra, que pondría en peligro las propiedades de los esclavistas; ambos querían la liberación por compra.

La carrera de Narciso López añadió otro elemento a la confusa historia de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba; para algunos cubanos, como el eminente e influyente profesor Portell Vilá, fue un héroe y un mártir de la libertad cubana; pero, en realidad, fue un agente sudista de la anexión. Aún más curioso: la bandera cubana, desde el día de la independencia, en 1902, hasta la actualidad, es la que diseñó Narciso López: una sola estrella blanca sobre fondo rojo cruzado por rayas azules, indicación visual de la aspiración de Cuba de integrarse en la Unión.

La muerte de López, sin embargo, no significó el fin del anexionismo. Cuba todavía podía colmar el afán de posesión territorial de los hacendados del sur de Estados Unidos y tal vez garantizar así la conservación de la esclavitud sudista. Nueva Or-

leans continuaba siendo un centro de agitación en pro de la absorción de Cuba, poderosamente respaldado por intereses económicos.

En septiembre de 1851 surgió una nueva conspiración cubana contra España bajo la dirección de Francisco de Frías. Este, cuyo padre había comprado el título de conde de Pozos Dulces, era cuñado de Narciso López. John Quitman, gobernador de Mississippi, encabezaba el «consejo supremo» de esta conspiración en Nueva Orleans. Formaron «cabildos» en muchos estados norteamericanos, hasta que, a mediados de 1852, se descubrió en Cuba una rama de la conspiración. Uno de sus cabecillas, Eduardo Facciolo (editor de *La Voz del Pueblo Cubano*, el primer periódico revolucionario de Cuba) fue ejecutado a garrote vil, y Pozos Dulces, encarcelado.

El gobierno, bastante de segundo orden, de Franklin Pierce, volvió a dirigir sus pasos inmediatamente, en lo referente a Cuba, a la política de compra de James Polk. El secretario de la Guerra de Estados Unidos —que tenía influencia sobre el presidente— era ahora el antiguo senador Jefferson Davis, un anexionista. Pierce nombró embajador en España al senador Pierre Soulé, brillante y elocuente abogado de Nueva Orleans, nacido en Francia, que ya en el congreso anterior había defendido la secesión de los estados del sur. En enero de 1853, antes de su nombramiento, había afirmado ante el Senado que, para garantizar la esclavitud en Estados Unidos, había que adquirir Cuba, si era posible, con negociaciones, o de lo contrario, conquistándola.

Irónicamente, en aquel mismo momento, el gobierno español, que se encontraba temporalmente bajo el enérgico control de Ramón María Narváez, nombró por primera vez un capitán general que era al mismo tiempo humano y firme: el marqués de la Pezuela, antiesclavista e incorruptible personalmente, de hecho considerado en España como un ultraconservador y un

general muy político. Llegó en diciembre de 1853, e inmediatamente expidió un decreto que proclamaba que había que liberar a todos los emancipados; por lo tanto, los importadores de esclavos serían multados y desterrados; no se fomentarían los matrimonios entre negros y blancos, y los gobernadores que no denunciaran a los esclavistas serían destituidos. Cuba se tambaleó bajo el impacto de este decreto. Los hacendados más importante volvieron a maquinar la anexión.

El 28 de junio de 1854, el general O'Donnell, el más codicioso de los que habían sido capitanes generales de Cuba, se alzó contra el gobierno al frente de un regimiento y de varios escuadrones de caballería. Pero Madrid no se le unió. Estaba adquiriendo ímpetu una revolución popular. Cayeron dos ministros liberales. Por primera vez en la historia de España, el pueblo se hizo con el control de la capital: el palacio de la reina madre fue saqueado, mientras ella y la joven reina tenían que guarecerse levantando barricadas en el Palacio Real. En Madrid y en otras ciudades se formaron juntas revolucionarias. Se sospechaba que Soulé, que tenía amigos entre los revolucionarios, había pagado a las multitudes para que hicieran demostraciones «distribuyendo puros y… pasteles de chocolate». A principios de agosto, cuando España estaba todavía en plena confusión, el secretario de Estado adjunto, Dudley William Mann, escribió a Marcy que la compra de Cuba «era cosa hecha». Pero a finales de agosto los dirigentes de la revolución española dieron el poder al «democrático» general Espartero, que, aunque de mala gana, fue aceptado por la reina; restauró el orden rápidamente, aunque volvieron los clubes y los periódicos liberales, prohibidos durante tanto tiempo. Todo el mundo creía que Soulé había estado implicado en un alzamiento fracasado que tuvo lugar en agosto; desde luego, había escondido en su casa a Orense, un destacado conspirador republicano. En consecuencia, Marcy ordenó a Soulé que conferenciase con los embajadores nortea-

mericanos de Londres y París para consultar qué política podía ser la más adecuada, dado el cambio de las circunstancias. Entretanto, el indeciso Quitman y sus seguidores, que ahora decían ser 50 000, se comprometían, por 3000 dólares, a no romper el acta de Neutralidad.

Los tres diplomáticos se reunieron en octubre, en Ostende. El embajador en Londres, James Buchanan, cuando era secretario de Estado del presidente Polk, había sido el principal agente de la oferta que hizo Polk de cien millones de dólares por Cuba. Tan ávido y ambicioso como Soulé, pero más respetable y conservador, defendió enérgicamente que la política de Estados Unidos respecto de Cuba había de consistir en la compra, acompañada de amenazas: había que ofrecer ciento veinte millones de dólares (diez millones menos de los que Soulé ya había propuesto). Si España no aceptara este precio («muy superior a su [de Cuba] valor actual»), todas las leyes humanas y divinas «justificarían a Estados Unidos si se la arrebataban», la acción española pondría en peligro «nuestra paz interior y la posesión de nuestra querida Unión». En un preámbulo, declaraban que, para Estados Unidos, Cuba era tan importante «como cualquiera de sus miembros actuales», y que:

> No seríamos dignos de nuestros valientes antepasados y cometeríamos una baja traición contra nuestra posteridad si Cuba fuera «africanizada» y se convirtiera en otro Santo Domingo [Haití], con todos los horrores consiguientes para la raza blanca, y si consintiéramos en que las llamas llegaran a nuestras orillas más próximas, poniendo en peligro muy serio el edificio de nuestra Unión, o llegando a destruirlo.

Esta belicosidad no era mayor que la que habían estado fomentando Quitman y la prensa de Mississippi y Luisiana desde hacía meses. Pero era sorprendente verla en labios de diplomáticos norteamericanos y, gracias a Buchanan (que aspiraba a la nominación demócrata para la presidencia en 1856), pronto fue de conocimiento público debido a una filtración de noticias llegada al *New York Herald*. No obstante, la reacción general fue

de crítica. Se caracterizó desdeñosamente a la diplomacia de Estados Unidos de «una profesión muy singular en la que se combina la máxima publicidad con la habitual persecución de fines deshonrosos por medios clandestinos». En las elecciones de congresistas de noviembre de 1854, Pierce y los demócratas perdieron el control del Congreso, y la Administración no se atrevió a apoyar el Manifiesto de Ostende aun en el caso de que lo hubiera deseado. El 13 de noviembre, el secretario de Estado, Marcy, echando en el olvido sus propias instrucciones de seis meses antes, escribió a Soulé que, si España se negaba a vender, habría que interrumpir las negociaciones; pero aunque España se negase, Estados Unidos no se apoderaría de la isla. España se negó y Soulé, atónito, decepcionado e impaciente, dimitió de su cargo de embajador, negándose a continuar en lo que él llamaba «lánguida impotencia». Pero para entonces parecía que la «solución» del problema de Cuba ya no era tan urgente.

El nuevo gobierno español (radical en los asuntos internos, precavido en los exteriores), ya había destituido, por iniciativa propia, al ilustrado capitán general Pezuela, reemplazándole por el general Gutiérrez de la Concha: en cuestión de semanas se abandonaría tranquilamente la persecución de que Pezuela había hecho objeto al tráfico de esclavos. Por supuesto, este fue el principal motivo para que Estados Unidos retirara, de momento, el Manifiesto de Ostende. Ya no era urgente. Habiendo llegado a un *modus vivendi* provisional Estados Unidos y España, todo parecía preparado para la culminación de la carrera del gobernador Quitman, imperial, aunque lenta.

Ahora contaba con 50 000 voluntarios y un millón de dólares. El senador Alexander Stephens, futuro vicepresidente de la Confederación, durante la guerra civil, insistió a Quitman para que actuase «mientras Inglaterra y Francia están ocupadas en el oriente» (Crimea). Pero la prolongación de los retrasos había

agriado las relaciones entre Quitman y la Junta Cubana, sobre todo con un poderoso grupo que dirigía Domingo Goicuría, de Goicuría and Co., de La Habana, y que tenía también una rama en Nueva Orleans, y con José Elías Hernández. Estos rompieron con Quitman y enviaron una expedición a Cuba por su cuenta. Los españoles la cortaron rápidamente. El general Gutiérrez de la Concha también deshizo una conspiración en pro de la libertad que tuvo lugar en La Habana, dirigida por un español, Ramón Pintó, un hombre de negocios cuyo historial hubiera gustado a Stendhal, y otra dirigida por Francisco Estrampes: ambos fueron ejecutados, y sus seguidores, encarcelados. A finales de febrero de 1855, Quitman fue a Nueva York, donde vio a Pierce, a Marcy, y al embajador español, Calderón de la Barca. Finalmente consiguieron disuadirle de sus propósitos. Quitman resultó ser un tizón fácil de apagar, un empresario que jugaba con ilusiones. La Junta Cubana, furiosa, empezó a pensar —no es sorprendente— que estaban siendo utilizados como meros peones de la política de Estados Unidos. Quitman renunció a su puesto de general en jefe el 30 de abril de 1855. La Junta intentó, sin éxito, recuperar el millón de dólares que le había confiado; él, mientras tanto, disolvía a sus seguidores y se convertía, sin duda a base de un acuerdo, en representante de los demócratas en el Congreso.

A pesar de todo, los anexionistas cubanos aún no lo habían perdido todo, aunque el nuevo capitán general de Cuba dejaba claro que no iba a poner dificultades a los esclavos o a los traficantes de esclavos. Los hombres de la Junta empezaron a pensar en la independencia, y en junio de 1855 Goicuría publicó un manifiesto para declarar que, ya que Estados Unidos les había fallado, los cubanos no tenían más alternativa que la independencia, aunque hiciera inevitable la emancipación. Poco después, Goicuría se unió al aventurero sudista William Walker. Este estaba preparando una expedición para invadir Nicaragua.

Goicuría le ofreció dinero a cambio de que se comprometiera a invadir Cuba en cuanto estuviera consolidada la conquista nicaragüense. El «comodoro» Cornelius Vanderbilt también ayudó a financiar a Walker.

A comienzos de 1856 salieron los aventureros de Goicuría, 250 hombres, haciendo el propio Goicuría de general de brigada. La capital de Nicaragua, Granada, cayó fácilmente, se nombró jefe de Estado a un hombre de paja nicaragüense, y Walker se convirtió en el verdadero soberano. En mayo, el presidente Pierce alabó al nuevo gobierno porque había llegado al poder con la ayuda de ciudadanos estadounidenses, y lo reconoció oficialmente, lo cual enfureció a los demás estados latinoamericanos, cuyo portavoz más claro, Martínez Irisarri, aprovechó la oportunidad para señalar que la famosa doctrina Monroe estaba demostrando ser meramente un medio para establecer gobiernos títeres.

El nuevo Estado, dirigido por un comerciante cubano y un mercenario norteamericano, no duró mucho. Goicuría, nombrado embajador en Londres, se peleó con Walker cuando este dejó sentado que su próximo plan era conquistar toda Centroamérica, y por lo tanto, el Caribe. En septiembre de 1856, Walker restableció la esclavitud en Nicaragua y volvió a abrir las puertas al tráfico de esclavos con África. Al cabo de pocos meses, Costa Rica había declarado la guerra a Nicaragua, sintiendo amenazada su independencia, y poco después, en marzo de 1857, intervino la flota de Estados Unidos. Walker se rindió, pero, a pesar de todo, volvió a Nueva Orleans como un héroe.

Entretanto, James Buchanan, ahora presidente (debía, en parte, este puesto al hecho de haber sido coautor de aquel valeroso documento: el Manifiesto de Ostende), había estimulado más aún el deseo nacional de expansión. En su discurso inaugural dijo que si podía «asegurar» la esclavitud y luego, unir Cuba a la Unión, no le importaría «entregar el alma a Dios y dejar

que me suceda el vicepresidente». En diciembre de 1857 empezó lo que iba a ser el tercer intento hecho por un presidente de Estados Unidos para comprar Cuba. Christopher Falcon, un banquero de Filadelfia y uno de los consejeros financieros de la reina María Cristina, propuso hacer uso de sus relaciones con los banqueros europeos acreedores de España: los Rothschild, los Baring de Londres y Léon Loth de París. (España debía 400 millones de dólares, y de ellos, la mitad a Inglaterra). Con el dinero procedente de la venta de Cuba, España podría pagar los intereses acumulados e incluso parte del capital. Falcon fue autorizado a seguir adelante en esta línea y más tarde informó de que los banqueros europeos estarían encantados de colaborar; pero también había que comprar a una serie de políticos españoles. Propuso que se enviase a Madrid un nuevo embajador, que llevase un gran fondo secreto destinado a sobornos. Buchanan estuvo de acuerdo, y primero fue propuesto para el nombramiento un banquero anexionista, August Belmont, hasta hacía poco embajador en los Países Bajos. Pero el Senado se negó a aprobar el nombramiento. Finalmente se eligió a William Preston, un antiguo congresista por Kentucky.

El dinero para Cuba no se encontró, a pesar del continuo apoyo popular del sur. Albert Gallatin Brown declaró en 1858: «Quiero Cuba, quiero Tamaulipas, Potosí y uno o dos estados mexicanos, y los quiero todos por la misma razón: para implantar o extender la esclavitud». Pero hasta su mensaje de 1858 al Congreso, Buchanan no había pedido un crédito, y entonces lo hizo sobre la base de que «puede que el éxito de las negociaciones dependa de que el gobierno español sepa que va a recibir un adelanto inmediatamente después de la firma del Tratado». Un mes más tarde, en enero de 1859, el senador Slidell, el caudillo político de Luisiana, presentó al Comité de Relaciones Exteriores del Senado un proyecto de ley en el que se pedían 30

millones de dólares para Buchanan, acompañándolo con esta jerga:

> La adquisición final de Cuba puede considerarse un… propósito [de todos los partidos]… respecto al cual la voz popular se ha pronunciado con una unanimidad que nunca hasta ahora había sido superada en lo referente a ninguna cuestión de política nacional por la que se haya interesado la opinión pública. La compra y anexión de Luisiana tuvo como corolario necesario la de Florida, y ambas llevan con certeza infalible a la compra de Cuba.

Y añadía, como explicación:

> Los criollos blancos están tan libres de toda mancha de sangre africana como los descendientes de los godos… Cientos de esos jóvenes están adoptando nuestro idioma y preparándose para representar un papel destacado en sus propias cámaras legislativas o en el Consejo Nacional.

El partido republicano, sin embargo, no iba a aceptar esta propuesta. Aunque sólo tenía un tercio de los escaños del Senado, podía llegar a bloquear a los demócratas. Aun así, Preston fue enviado a Madrid con plenos poderes e informó de que estaba seguro de que se podría solucionar la compra de Cuba mediante sobornos por valor de treinta millones de dólares. Pero no sucedió nada más, y en diciembre de 1859 Buchanan todavía estaba yendo tras una ley de treinta millones de dólares en medio de sus demás difíciles problemas.

Entretanto, en Madrid, el antiguo capitán general de Cuba, O'Donnell, envió a Cuba a uno de sus colegas más inteligentes, el general Serrano. Este, que era medio cubano y había sido amante de la reina Isabel, se embarcó en una serie de discusiones con los hacendados, incluyendo a los reformistas y a los anexionistas, en la casa de Miguel Aldama. Serrano trató de ayudar a los hacendados a que superaran el tráfico de esclavos, animándolos a importar chinos, y, al mismo tiempo, sugiriendo medidas para acabar con la trata; quizá no con la energía de Pezuela pero, por lo menos, con la persuasión de su diplomacia.

De hecho, Cuba, en 1859, había vuelto a las grandes importaciones de esclavos; probablemente se importaban 40 000 al

año, por lo menos; y en Nueva York fueron equipados unos 85 barcos negreros sólo para Cuba, en 1859-1860. Aunque fueron casi los últimos barcos negreros que salieron de Estados Unidos, nada indica que los esclavos estuvieran mejor tratados que en el siglo XVI. La descripción que hace Edward Manning de un viaje en un barco de esclavos en 1860 resulta tan espantosa como las que se refieren a los viajes de 1560, y si se diferencian en algo es en la menor importancia que se concedía a las vidas y a las sensibilidades.

La guerra civil empezó en Estados Unidos en un momento en que el sur todavía esperaba que la adquisición de Cuba les permitiría mantener la esclavitud en el interior o en el exterior de la Unión. En julio, Jefferson Davis, jefe ya del sur, y aludiendo a que el sur se separaría si en noviembre era elegido un presidente republicano, dijo a la Convención Demócrata que, después de la secesión, sería segura la adquisición de Cuba. El sur no discutiría más con España, sencillamente conquistaría Cuba. En noviembre fue elegido presidente Abraham Lincoln; antes había declarado que Estados Unidos no podía pensar en comprar Cuba mientras allí durase la esclavitud. Así fueron derrotados los anexionistas, aunque el presidente Buchanan, en su último mensaje al Congreso, repitió su recomendación de que había que comprar Cuba. Se acabó el tráfico de esclavos hacia los estados del sur. En 1862, el gobierno de Lincoln, con cierta reluctancia, concedió a los ingleses el derecho de registro, mientras que por primera vez se ahorcó a un capitán norteamericano de un barco esclavista por piratería; simultáneamente, Lincoln se puso a destruir, con éxito, el tráfico de esclavos de Nueva York. En mayo de 1862, el comodoro inglés informó de que, aunque los barracones del Congo estaban atestados de esclavos, no había barcos para llevárselos.

Visto con un siglo de distancia, parece que si el sur no consiguió introducir a Cuba en el conjunto político norteamericano,

se debió a la mera e inevitable aceptación de las diferencias geográficas y sociales o económicas: aunque, de hecho, nada era tan inevitable, y mucho menos en el Caribe. Estados Unidos se anexionó Texas, California y Nuevo México, con una población que, en 1850, era de más de 350 000 personas, es decir, un cuarto de la población de Cuba. En los diez años que median entre 1850 y 1860, Estados Unidos absorbió a más de dos millones de inmigrantes de distintas nacionalidades. Para un país así hubiera sido tan natural extenderse hacia las costas del norte del Caribe como hacia las tierras del norte. ¿Quién sabe si, a la larga, no hubiera sido mejor, bajo todos los conceptos, que William Walker hubiera conseguido sus propósitos y hubiera establecido un imperio militar, basado en la esclavitud negra, que se extendiera por todo el Caribe? A la larga, este imperio se habría derrumbado y habría llevado a la creación de una república negra homogénea de un tamaño suficiente para ser viable.

Al desaparecer la idea de la anexión, los hacendados criollos más prominentes, dispuestos a hacerse a la idea de un dominio español indefinido, trataron de introducir las reformas constitucionales que les dieran el control político de Cuba, del mismo modo que tenían el control económico.

El primer paso fue la fundación del Círculo Reformista de La Habana. Su política era una vuelta al reformismo de 1820. Querían recortar los poderes del capitán general y que se extendieran a Cuba los mismos derechos políticos que había en España. En suma, que además de pagar tributos, estuvieran representados en el terreno político. Pero estos poderosos propietarios de esclavos se veían también obligados a encontrar una solución al evidente problema político de la esclavitud. Estaban convencidos de que, finalmente, el tráfico de esclavos se acabaría y de que Cuba tendría que enfrentarse a la posibilidad de que, al verse privada del reaprovisionamiento regular en cuanto

al número de esclavos, desapareciera la esclavitud. Llegaron a esta conclusión sin romanticismo ni humanitarismo. Buscaban un acuerdo que no perjudicara a los propietarios de esclavos, y, como hombres ricos que eran, se proponían conseguirlo, como en las colonias inglesas y francesas, mediante una compensación. En estos planes contaban con la ayuda del nuevo capitán general, Domingo Dulce, que, aun siendo un viejo amigo y seguidor de O'Donnell, expulsó a una serie de traficantes de esclavos en 1863, y encarceló a algunos gobernadores locales, incluido el gobernador civil de la provincia de La Habana. Algunos de estos reformistas aspiraban a introducir un elemento de desarrollo totalmente nuevo en la industria del azúcar: el de que no todos los que cultivasen caña tuvieran que molerla. El desarrollo de los ferrocarriles significaba que podía llevarse la caña más lejos antes de ser molida. Entonces, ¿por qué no crear una fábrica común a la que muchos cultivadores que no podían permitirse financiar un molino pudieran llevar su caña? Una oportunidad así ¿no ayudaría a incrementar la inmigración blanca, además, al dar a los campesinos castellanos la posibilidad de establecerse como pequeños propietarios? Por último, esto ¿no permitiría que los dueños de molinos, cada vez más alarmados ante la competencia de la remolacha y la consiguiente baja de precios de 1860-1865, redujeran los costes de la recolección —el aspecto más caro de la industria del azúcar y aquel en el que no había mecanización— traspasando la responsabilidad a los campesinos? Al mismo tiempo, hacia 1860, en Madrid se formó algo así como un grupo de presión cubano, compuesto por intereses cerealísticos, textiles y navieros. Muchos de estos hombres habían tenido relación con Cuba durante toda su vida y ahora anhelaban que la isla siguiera siendo española, no sólo por presión política, sino por inmigración blanca.

Los reformistas mantuvieron relaciones con los capitanes generales Serrano y Domingo Dulce, aunque bajo las leyes

marciales que regían desde 1825 los partidos políticos no estaban legalmente permitidos. Tenían un periódico, *El Siglo*, editado por Pozos Dulces, que hacia 1860 sostuvo un enérgico debate sobre temas constitucionales con los conservadores del llamado Partido Incondicional Español, nombre que se daba a los que soñaban con, por lo menos, integrarse a España, y cuyo órgano de expresión era el *Diario de la Marina*.

No todos los reformistas eran partidarios de la abolición. A comienzos de 1865 (cuando ya se había extinguido el tráfico de esclavos excepto alguna actividad con base en Cádiz, desarrollada en 1864), los reformistas se reunieron en casa de José Ricardo O'Farrill. El editor de *La Prensa*, Francisco Montaos, propuso la emancipación gradual de los esclavos a base de compensaciones graduales. Pero los reformistas se opusieron a este proyecto.

Aunque, indudablemente, tampoco en las plantaciones de los grandes reinaba la tranquilidad; en 1865-1866 se dio el primer caso de una verdadera huelga de esclavos: en la plantación de Miguel Aldama, Unión, y más propiamente en la plantación Álava de Zulueta, los esclavos se declararon en huelga «pidiendo que se les pagara el trabajo», y diciendo con toda calma que, dado que habían llegado a Cuba después de 1820, debían ser legalmente libres. Los huelguistas no dieron muestras de violencia, pero durante un tiempo se negaron a trabajar como esclavos. Hubo que enviar tropas para obligarlos a trabajar. El *New York Times* comentó: «Si la manía de no querer trabajar sin cobrar se extiende a otras granjas, a los propietarios les resultará difícil acostumbrarse a un estado de cosas tan revolucionario».

El primer impulso encaminado hacia una organización del trabajo se dio en el sector de la sociedad cubana que estaba más avanzado socialmente: el de las fábricas de tabaco. La crisis producida a finales de la década de 1850 hizo que muchos trabajadores intentaran fundar algún tipo de sociedades de ayuda

mutua. En realidad, ahora, los trabajadores habían sufrido un descenso en su nivel de vida y en su estatus general desde 1840. El pionero en la organización de sindicatos fue Adolfo Ramos que, en 1857, consiguió el permiso para fundar una Sociedad de Ayuda Mutua de Trabajadores y Jornaleros Honrados en la parroquia de Nuestra Señora del Pilar, de La Habana. La sociedad señalaba claramente que sólo admitía a «personas totalmente blancas de buena educación». La finalidad era simplemente ayudar a los que estuvieran enfermos con las contribuciones de los sanos, pero era una organización semirreligiosa, bajo la égida de un santo patrón, y limitada a la parroquia. Más adelante, un grupo de trabajadores negros consiguió permiso para formar una Sociedad de Ayuda Mutua en la parroquia de San Nicolás de Bari, de La Habana. Aquí el pionero era Antonio Mora, un negro libre. Ninguno de estos proyectos afectaba de modo específico a los trabajadores del tabaco, aunque predominaban en ambos. En pocos años, durante los mandatos relativamente suaves de los capitanes generales Serrano y Domingo Dulce, proliferaron las sociedades de ayuda mutua, todas dentro de los límites de una parroquia.

El siguiente paso fue la fundación de un periódico, *La Aurora*, «un semanario dedicado a los artesanos». Su fundador fue Saturnino Martínez, llegado de Asturias para trabajar, desde una edad muy temprana, en la fábrica de habanos de Jaime Partagás, en La Habana. En Asturias había una gran tradición de emigración de jóvenes tanto a Madrid como al extranjero. Autodidacta y poeta —como la mayoría de los revolucionarios cubanos— llegó a interesar a los miembros más radicales de La Sociedad Económica, en cuya biblioteca trabajó durante algún tiempo. El primer número de *La Aurora* apareció el 22 de octubre de 1865, y se vendió principalmente entre los trabajadores del tabaco. Dedicaba cierta atención a la literatura (que interesaba a Martínez más que la política), pero estaba enfocado ha-

cia estudios de tipo general sobre las condiciones de la clase obrera. Hubo artículos de varios escritores cubanos de la época, pero también había traducciones de escritores extranjeros. *La Aurora* hizo una campaña a favor de las sociedades de ayuda mutua basadas en el modelo de las que se habían fundado a finales de la década de 1850.

La Aurora también defendió, desde su fundación, un notable experimento de autoperfeccionamiento que parecía haber empezado en la prisión del Arsenal de La Habana, donde los cigarreros que había en la prisión habían organizado lecturas durante su trabajo. Esta costumbre empezó a hacerse permanente en la fábrica de puros Viñas, de Bejucal, en 1864, y el primer lector se llamó Antonio Leal. Esta costumbre, sin duda, era una adaptación de las lecturas de los refectorios de los conventos o de los comedores de las prisiones. Indudablemente, tuvo éxito. Y en la misma ciudad, Bejucal, fue donde subió un lector por primera vez a una tarima para hacer su lectura, en la fábrica de Facundo Acosta. Los trabajadores acordaron contribuir al pago del lector.

En enero de 1866, en parte como resultado de las campañas de *La Aurora*, en parte debido al interés que tenía en la idea Nicolás de Azcárate, el culto director del Liceo de Guanabacoa, tuvo lugar por primera vez en La Habana una lectura experimental, en la fábrica de tabaco El Fígaro, en las mismas condiciones que la de Bejucal: los propietarios estuvieron de acuerdo. El 7 de enero de 1866, *La Aurora* anunciaba, con orgullo justificado:

> La lectura… ha empezado por primera vez entre nosotros… Esto constituye un paso gigantesco en la marcha del progreso y del avance general de los artesanos, porque de este modo… gradualmente llegarán a conocer libros, que, finalmente, se convertirán en sus mejores amigos.

Otras fábricas siguieron el ejemplo de El Fígaro.

Sin embargo, la primera crisis provocada por las lecturas no vino hasta después de que los reformistas consiguieran una victoria notable. En noviembre de 1865, el gobierno español consintió en que se eligiera una comisión cubana para ir a España a discutir el desarrollo constitucional de la isla. Esta propuesta se debió a la presencia del inteligente y todavía joven Cánovas del Castillo, que era ministro de Ultramar, cuando el primer ministro era el antiguo capitán general O'Donnell.

Sin duda, hasta a O'Donnell le parecería necesaria la moderación, a él que era tan duro e intolerante, a consecuencia de los recientes y desastrosos acontecimientos de Santo Domingo (la mitad oriental de la isla había pedido volver a España en 1861 pero, furiosa al ver que las autoridades españolas no habían aprendido nada, se había vuelto a separar en 1865). Cánovas actuaba sabiendo que ahora, después de la guerra civil, el gobierno norteamericano estaba de acuerdo con el Reino Unido sobre la esclavitud. Por fin, en marzo de 1866, hubo elecciones en Cuba, restringidas a los grandes propietarios. Fueron elegidos dirigentes reformistas y con ellos, Saco, el reformista de 1830, que ahora continuaba en el exilio, en París. Tomás Terry, que probablemente era el más rico de todos los hacendados de Cuba (su fortuna sería de unos siete millones de dólares) salió elegido por Cienfuegos; el culto director del Liceo de Guanabacoa, Azcárate, fue a Madrid en representación de los electores de Güines, y lo mismo hizo José Luis Alfonso, dueño de muchas plantaciones (desde hacía poco, marqués de Montelo), representando a Matanzas. En Puerto Rico se dio un triunfo reformista de parecidas dimensiones. (Precisamente entonces fue cuando se declararon las huelgas en la plantación de Aldama, dándole mayores motivos para buscar una solución en lo referente a la cuestión laboral).

Antes de que se fueran, había llegado la crisis de las fábricas de tabaco. El gerente de la fábrica Caruncho se negó a permitir

las lecturas. *La Aurora* denunció esta prohibición. *El Siglo* apoyó a *La Aurora* y, en consecuencia, fue denunciado por el *Diario de la Marina*. El 14 de mayo de 1866 las autoridades prohibieron las lecturas basándose en que «las reuniones de artesanos se convertían en círculos políticos»; se estaban leyendo libros que «contienen sofismas o máximas perjudiciales para la débil inteligencia de personas que no poseen las facultades críticas y los estudios necesarios para juzgar de un modo adecuado». Pero algunas lecturas continuaron y desde luego es evidente que durante 1866 el movimiento se extendió de las fábricas a los recolectores de tabaco. Mientras tanto, *La Aurora* continuaba, aunque censurada. Saturnino Martínez dirigió una huelga en la fábrica de puros de Cabañas y Carvajal y estuvo a punto de ser deportado.

En el verano de 1866, a los reformistas se les dio la oportunidad de negociar con el gobierno. Pero el 9 de julio, antes incluso de que hubieran llegado a Madrid, las Cortes aprobaron una ley que terminaba por fin con el tráfico de esclavos. Los castigos para quienes violasen la ley consistirían en grandes multas y cárcel. Se prometía la muerte a los que se resistieran al arresto o causaran la muerte o heridas a los esclavos. No obstante, inmediatamente después fue disuelto el gobierno de O'Donnell, pues una revuelta de sargentos de los cuarteles de San Gil, en Madrid, destruyó la confianza que la reina tenía en él. Narváez, el «general duro», era la única alternativa: se suspendieron las Cortes durante seis meses, Cánovas del Castillo huyó de Madrid. Hubo muchas detenciones, e incluso Serrano (que, con O'Donnell, había aplastado a los sargentos) fue exiliado a las Canarias. Los profesores liberales fueron desposeídos de sus cátedras. Era un mal momento para que llegasen a Madrid liberales cubanos y puertorriqueños. Pero Narváez les permitió reunirse con el ministro de Ultramar, Alejandro de

Castro. En la tercera reunión, los representantes puertorriqueños propusieron la abolición de la esclavitud.

La propuesta horrorizó a los cubanos. Echevarría felicitó irónicamente a Puerto Rico por tener la suerte de poder proponer una medida así. Todos los representantes cubanos criticaron la propuesta, incluso Luis María Pastor y Domingo Sterling, que, esencialmente, eran abolicionistas. No defendían la esclavitud como tal, sino que pedían que primero se concediera el poder político a los criollos; después considerarían la cuestión de la esclavitud y, por supuesto, de las compensaciones. Finalmente redactaron un proyecto de emancipación gradual a lo largo de siete años, con compensaciones que, como término medio, eran de 450 dólares por esclavo: José Antonio Saco se negó a apoyar esto por considerarlo demasiado radical («Recuerden Haití», repetía), pero los demás cubanos firmaron. Por entonces apareció por fin un movimiento abolicionista español, encabezado por Rafael María Labra, nacido en La Habana, y con el apoyo de los puertorriqueños y de los liberales anticlericales españoles.

La comisión terminó sus sesiones en abril de 1867, habiendo llevado a cabo, aparentemente, un enorme trabajo. Se habían discutido todas las peticiones de los representantes. Además se había tratado ampliamente el problema de la mano de obra china. Los cubanos llegaron a creer que a las palabras seguirían los hechos. Pero no fue así. Narváez no se había propuesto que la comisión fuera algo más que una charla de negocios. Para entonces, en Cuba se había instalado por su cuenta un nuevo capitán general, enérgico y reaccionario: Lersundi. El ministro de Ultramar, Alejandro de Castro, dimitió furioso. Sin embargo, nadie era capaz de discutir con Narváez sobre Cuba o Puerto Rico. El movimiento reformista de hombres moderados y ricos hacendados se vino abajo. Ya no tenían ninguna solución que ofrecer.

Al volver los reformistas a Cuba pareció, irónicamente, que por lo menos una de sus propuestas se iba a llevar a cabo. El 12 de febrero de 1867, el capitán general Lersundi impuso un nuevo impuesto sobre la renta, de un 6 por ciento, reservándose la alternativa de llegar a un impuesto del 12 por ciento «si era necesario». Esto parecía ser un insulto final, pues los reformistas habían propuesto que se tomara esta medida en lugar de, y no además de, los antiguos derechos de aduana y otros impuestos.

De las alternativas a una aceptación provisional de la situación, la anexión a Estados Unidos parecía ahora descartada, aunque el general Sherman, nada menos, visitó las haciendas de Miguel Aldama en plan muy amistoso en el invierno de 1866, y aunque Morales Lemus volviera a dar vueltas a la idea durante algunos meses en 1868. Sólo quedaba la posibilidad de la rebelión armada. Pero una rebelión no podía esperar una victoria rápida. Cuba podía quedar devastada, y los reformistas, que eran todos ricos, tenían mucho que perder. Y lo que era más importante, una guerra civil contra los españoles pondría en peligro la esclavitud. Si los hacendados trataban de quedarse con sus esclavos, España podía castigarlos, como había hecho Lincoln con el sur de Estados Unidos, con la «terrible arma» de la emancipación. La única manera de organizar una rebelión con posibilidades de éxito contra España sería la de conseguir el apoyo negro liberando a los esclavos. Pero el principal argumento, desde el punto de vista de los reformistas, sobre una rebelión era que por encima de todo había que conservar la esclavitud, o al menos retrasar su abolición hasta que ya no fuera necesaria económicamente. De ahí que los reformistas, desde que volvieron de España, no tuvieran ninguna política a seguir.

Pero había otros que sí tenían una política: los pequeños hacendados del este. Arrinconados desde hacía tiempo, limitados y empobrecidos, estaban preparados para una rebelión. La riqueza que habían proporcionado las grandes cosechas de azú-

car de la década de 1860 no les había alcanzado, ya que no tenían dinero para comprar maquinaria o esclavos. Estaban demasiado lejos de La Habana —no había ninguna buena carretera y el ferrocarril aún no había llegado al este— para poder disponer de grandes préstamos de los comerciantes ricos. El rendimiento medio de azúcar por caballería en el oeste era de dieciocho toneladas, en el este, de cinco; el rendimiento medio por molino en el este era de 164 toneladas, en el oeste, de 438. Hasta la producción de los molinos movidos por bueyes era tres veces mayor por molino en el oeste. En 1860, en toda la provincia del este sólo tres molinos tenían calderas del tipo Derosne: en el oeste había cincuenta y dos.

Algunos de los hacendados del este ya habían adelantado la emancipación de los esclavos, dejándolos salir a trabajar como jornaleros durante las cosechas. Otros propietarios eran dueños de cafetales, nietos de inmigrantes franceses de Haití, que habían visto cómo sus granjas decaían hasta llegar a una cosecha de tercera categoría, o se habían dedicado, sin éxito, a la producción de azúcar a pequeña escala. Otros eran ganaderos que se encontraban en la misma situación. Algunos de ellos —al principio no todos, ni mucho menos— estaban dispuestos a dar el gran salto hacia lo desconocido: a la emancipación. Pero ¿era desconocido? ¿No era muy posible que contratar a los negros para que trabajasen seis meses en la recolección resultara, de hecho, más barato que tener esclavos? Así, sabiendo que se acercaba una revolución económica, se lanzaron a la rebelión política.

Los centros de esta, igual que entre los rebeldes españoles, fueron las logias masónicas, muy bien instaladas en las provincias del este, especialmente en Bayamo. Una sociedad en el exilio situada en Nueva York, la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, apoyada por los abolicionistas norteamericanos, aseguraba la difusión de su periódico, *La Voz de América*, que

pedía libertad para blancos y negros. La Junta Revolucionaria de Bayamo, recién constituida (organizada por la logia masónica), envió un emisario, Pedro Figueredo, a negociar con los reformistas. Bayamo, cacicazgo indio ocupado en 1512 por Pánfilo de Narváez, parecía una convencional ciudad de provincias española, con 10 000 habitantes, un ayuntamiento, iglesia, cárcel, cuartel y una sociedad filarmónica que se agrupaba alrededor de la gran plaza de Isabel II. Sin embargo, las grandes familias de la región —los Tamayo, Aguilera, Céspedes, Figueredo y Palma— enviaban a menudo a sus hijos a Europa o a Estados Unidos; volvían a la patria chica molestos por las costumbres coloniales y por los métodos de gobierno.

Al principio, Morales Lemus, desde La Habana, les prometió apoyo y dinero en nombre de los reformistas; más tarde retiró sus promesas, convencido de que el general Grant, de Estados Unidos, vendría en su ayuda. Al verse desairados, los rebeldes se dirigieron a una serie de exiliados de la República Dominicana, que habían luchado contra los españoles, en busca de ayuda. Por entonces, en Puerto Rico continuaban este tipo de actividades.

Los nuevos rebeldes de Oriente se reunieron en una granja llamada San Miguel de Rompe, en Las Tunas (Oriente). Presidía Carlos Manuel de Céspedes, que rondaba los cincuenta y había pasado la mayor parte de su juventud en España, tomando parte en actividades revolucionarias; a pesar de eso, era un nativo de Bayamo y su familia poseía una pequeña plantación de azúcar, La Demajagua, cerca de Yara. Desde su regreso a Cuba, después de 1850, Céspedes había sido un crítico bastante sólido de la política española. En 1851 fue detenido por recitar un poema improvisado pidiendo libertad en un banquete al que asistía el gobernador militar de la ciudad. Era masón. Su familia había estado en la zona desde que, en 1517, el gobierno espa-

ñol había concedido una gran hacienda, que abarcaba gran parte de Sierra Maestra, a Javier de Céspedes.

Céspedes pronunció un discurso que tuvo mucho éxito en la reunión de San Miguel, y que terminó con esta magnífica frase: «Señores… el poder de España está decrépito y comido por los gusanos. Si todavía parece fuerte y grande, es porque durante más de tres siglos lo hemos mirado arrodillados. ¡Levantémonos!».

No hubiera ocurrido nada de un modo inmediato a no ser por el estallido de una nueva revolución en España, que acabó por expulsar a la reina Isabel II. Luego, llegaron las noticias de que el 23 de septiembre se había producido una revolución en Puerto Rico. A pesar de todo, los hombres de Oriente dudaban. Finalmente se produjo el acto simbólico de Luis Figueredo de ahorcar a un recaudador de impuestos español en su plantación: acto de violencia gratuita que obligó a la Junta Revolucionaria a quedar fuera de la ley.

Los conspiradores cubanos se reunieron más veces, y se asignaron zonas de mando. No se llegó a ninguna decisión sobre la esclavitud. Estaba planeado que la rebelión empezara en Navidad, o quizá antes. Pero luego se presentó una circunstancia que obligó a actuar incluso a los rebeldes más reluctantes. La mujer de uno de los conjurados, Trinidad Ramírez, habló de la conspiración a su confesor, y la noticia llegó hasta las autoridades. Inmediatamente el capitán general Lersundi dio orden de que se arrestara a los jefes de la conspiración.

16

La guerra de 1868 (I)

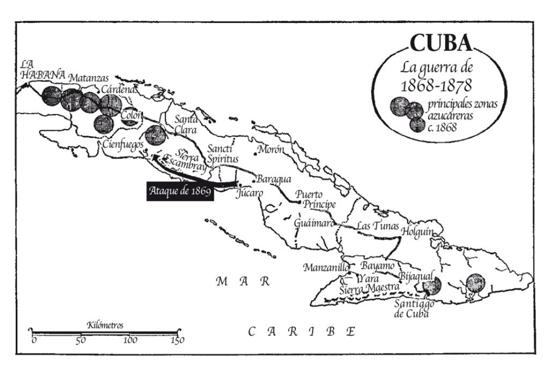
Los hacendados del este se alzaron contra España a primeros de octubre de 1868. Céspedes fue nombrado jefe de la zona de Bayamo. El 10 de octubre, en su plantación, La Demajagua, liberó a sus treinta esclavos y los enroló en un pequeño ejército que ahora sumaba 147 hombres. A finales de mes, tenía 12 000 hombres y había tomado Bayamo y Holguín. Su seguidor Pedro Figueredo había lanzado una marcha militar que después se convertiría en el himno nacional cubano:

Al combate corred, bayameses,
que la patria os contempla orgullosa.
No temáis una muerte gloriosa
que morir por la patria es vivir.

Con entusiasmo y machetes, este ejército de aficionados se abrió paso por Oriente, mientras que un grupo de veteranos de la guerra de Santo Domingo contra España corregía su ignorancia en cuestiones militares. En noviembre, mientras Lersundi todavía estaba preparando una fuerza en La Habana para ir en auxilio de sus jefes, el ganadero Ignacio Agramonte levantó la bandera de la rebelión en la región de Puerto Príncipe, asistido por un veterano cubano de la guerra de Estados Unidos contra México, el general Manuel de Quesada.

Este alzamiento estaba dirigido por la población blanca de Oriente, campesinos en su mayor parte. Rápidamente se les unió gran parte de la población mulata libre del este de Cuba, «hombres de color» cuya libertad civil oficial no les había permitido abandonar la inseguridad y la pobreza. Más tarde, se unieron algunos esclavos, pero en los primeros tiempos fueron siempre pocos. En muchos aspectos esta guerra era un conflicto entre criollos y peninsulares, conflicto que siempre había si-

do endémico en Cuba y que se había exacerbado con las fortunas que habían hecho estos últimos en la segunda mitad de siglo. Aunque de hecho los rebeldes contaran con el apoyo fundamental de algunos destacados ricos del oeste, los comerciantes españoles y sus familias, a nivel local, siempre apoyaron a la resistencia española.



La guerra de 1868-1878.

La precaución de Céspedes respecto al tema de la esclavitud dio resultados positivos. Mestre, Morales Lemus, Miguel Aldama y varios otros reformistas cruzaron el Rubicón, y apoyaron la rebelión públicamente; se fueron a Nueva York y empezaron a buscar dinero y ayuda. Quizá si Céspedes hubiera denunciado la esclavitud desde el principio, no lo habrían hecho.

A finales de 1868, Céspedes y los rebeldes de Oriente habían constituido por sí mismos una república en toda regla, aunque no ortodoxa, y habían nombrado un Parlamento rebelde. Controlaban un puñado de ciudades y granjas. En Puerto Príncipe se estableció un grupo parecido, aunque menor, bajo el mando de Agramonte. Sus seguidores consistían en una pequeña minoría de esclavos liberados, una minoría mayor de blancos y una mayoría de negros libres. Agramonte, en las regiones ganaderas de Puerto Príncipe, tenía algunos caballos; Céspedes tenía muy pocos. En Nueva York estaban empezando a formarse grupos de amigos poderosos, pero su misma existencia impedía

a Céspedes y a los rebeldes de Cuba dar el paso decisivo de liberar a los esclavos. Por otra parte, el capitán general Lersundi sólo tenía unos 7000 soldados en la isla y, por lo tanto, no podía lanzar ningún ataque serio.

Entretanto, en España, los gobiernos sucesivos de los generales Serrano y Prim, en busca de un monarca, recibiendo duras críticas de los republicanos y federalistas por la izquierda, y de los carlistas por la derecha, con desorden creciente en el campo, no deseaban en absoluto una crisis violenta en Cuba. Aunque en potencia simpatizaran con el cambio constitucional, ansiaban mantener el *statu quo*, por lo menos allí, hasta que hubieran establecido realmente una monarquía constitucional en Madrid. Pero este deseado momento parecía venir muy despacio. Aun así, a finales de diciembre, Serrano dio el importante paso de enviar a su amigo abolicionista, Domingo Dulce, de nuevo a La Habana como capitán general, en lugar de Lersundi.

Dulce llegó el 4 de enero de 1869 con un programa de reformas moderadas: libertad de prensa, libertad de reunión y representación de Cuba en las Cortes. Proclamó una amnistía para todos los rebeldes que se rindieran en un plazo de cuarenta días y envió delegados de paz a hablar con Céspedes. Al terminarse la censura, se empezó a imprimir una oleada de periódicos. Dulce, sin embargo, había actuado sin darse cuenta de la intensidad de los sentimientos proespañoles de los habaneros prósperos de origen español. Estos peninsulares quedaron entusiasmados con la noticia, a finales de enero, de la primera batalla propiamente dicha de la guerra. Los rebeldes habían perdido tal vez 2000 hombres, huyendo a la desbandada y permitiendo que los españoles volvieran a entrar en Bayamo. La victoria dio mayor fuerza a los argumentos de los que creían que la guerra podía ganarse con la fuerza militar. Finalmente, hasta los rebeldes rechazaron la idea de negociar, cuando uno de los jefes de Puerto Príncipe, Augusto Arango, fue asesinado, a pesar de lle-

var un salvoconducto, parece ser que por voluntarios peninsulares civiles.

Estos voluntarios se convirtieron rápidamente, para el capitán general Dulce, en un problema casi tan grave como los rebeldes. En su mayoría eran peninsulares de la clase alta o media y, por el solo hecho de ser tan numerosos, podían acobardar a Dulce y hacerle aceptar sus puntos de vista. Saquearon el palacio de Miguel Aldama. Se pusieron a disparar en un teatro en el que se cantaban canciones rebeldes. Trataron de bloquear las puertas de La Habana para impedir que la gente saliera de la ciudad para unirse a Céspedes. Su periódico, *La Voz de Cuba*, acusaba a Dulce de trabajar para los rebeldes. Al mes de su llegada, el capitán general había capitulado ante los habaneros. Se suspendieron las garantías políticas. Todo el que fuera sospechoso de ser favorable a los rebeldes era interrogado y encarcelado. Se censuró la prensa. Los voluntarios tenían rienda suelta. Sus fuerzas, el 1 de enero de 1869, sobrepasaban los 20 000 de infantería y los 13 500 de caballería.

Los voluntarios forzaban al gobierno español de La Habana hacia la intransigencia; en el bando rebelde, los abolicionistas trataban, con menos éxito, de inclinar a Céspedes hacia el radicalismo. Los abolicionistas procedían a menudo de Camagüey, región principalmente ganadera y, por lo tanto, con pocos esclavos que perder. A finales de febrero de 1869, una asamblea revolucionaria de jefes rebeldes de Camagüey criticó la política de Céspedes respecto de la esclavitud, y ellos, por sí mismos, abolieron la esclavitud en la zona que dominaban. Al final, los propietarios de esclavos habrían de ser indemnizados. El ejército revolucionario recibiría con los brazos abiertos a todos los esclavos liberados. Este acto obligó a Céspedes a responder de algún modo. Se convocó una convención constitucional para abril de 1869 en Guámairo. Los delegados de las diferentes zonas de Cuba en las que entonces se luchaba aceptaron una

Constitución democrática. Habría un Congreso, Céspedes sería el presidente, y Manuel Quesada, el comandante en jefe. El artículo 24 de la Constitución propuesta declaraba: «Todos los habitantes de la República son totalmente libres». Pero en una reunión posterior, el Parlamento rebelde estipuló que tras la esclavitud habría un reglamento de libertos. Los libertos trabajarían para su amo anterior, y estaría obligado, no sólo a pagarles, sino también a alimentarlos y vestirlos. Evidentemente esta solución de compromiso se tomó para satisfacer a los hacendados del oeste. Pero a pesar de convertir, de hecho, a los esclavos en emancipados, la rebelión no pudo contar con el apoyo de los negros, esclavos o libres, de allí. Algunos jefes rebeldes, sobre todo el capitán mulato Antonio Maceo, pusieron un especial interés en liberar a los esclavos en la medida de lo posible, haciendo incursiones en las plantaciones, pero esto no era muy corriente, y todavía no había lucha en las zonas de grandes plantaciones.

La convención de Guáimaro, en abril de 1869, no fue sólo conservadora en su política social. Se declaró oficialmente favorable a la anexión a Estados Unidos (que había comprado Alaska en 1869).

Dentro del gabinete del general Grant, el propio presidente quería ayudar a los cubanos, pero se desanimó con facilidad; el secretario de la Guerra, Rawlins, antiguo jefe de Estado Mayor de Grant en la guerra civil, apoyaba enérgicamente a los rebeldes, pero esto se debía en parte a que la Junta de Nueva York le había entregado 28 000 dólares en bonos cubanos. El fiscal general, Creswell, era también moderadamente procubano. El resto eran indiferentes.

La cuestión no era simplemente la de anexión o conformidad, ayuda o reserva, sino también la de si Estados Unidos reconocería el estado de guerra en Cuba, dando así a los rebeldes los plenos derechos de un beligerante. Desde luego, el presi-

dente Juárez de México, y los de otras repúblicas latinoamericanas, habían reconocido el estado de beligerancia. El presidente Grant, Rawlins y Creswell también querían hacerlo, pero Fish y el resto del gobierno no querían, pues eso implicaría que la solución al problema de Cuba tenía que venir por la fuerza de las armas. (Además sería un estorbo para las relaciones entre Estados Unidos e Inglaterra en lo referente a las reclamaciones de Alabama). Fish tenía otras ideas. Su plan era comprar la independencia de Cuba mediante un pago en dinero a España que habían de hacer los banqueros norteamericanos como un préstamo a los cubanos; el precio sería de cien millones de dólares, lo mismo que antes de la guerra civil. Otras condiciones serían la abolición de la esclavitud y el mantenimiento de un armisticio durante las negociaciones.

Tras largas discusiones, la Junta de cubanos de Nueva York, encabezada por Morales y Miguel Aldama, se avino a apoyar este plan. Paul Forbes, representante de varios banqueros europeos que tenían bonos españoles, informó desde Madrid de que el general Prim estaba dispuesto a reanudar las negociaciones, y a mediados del verano de 1869 salió hacia Madrid otro enviado, el general Daniel Sickles. Ahora Prim era jefe de gobierno desde mediados de junio (Serrano había pasado a ser regente). Su principal preocupación era encontrar un rey para España. Pero, a pesar de todo, estaba dispuesto a negociar con Estados Unidos sobre Cuba. Primero propuso una amnistía; los rebeldes depondrían las armas y se elegirían diputados cubanos para las Cortes de Madrid. Las Cortes supervisarían un plebiscito que tendría lugar en Cuba; si la mayoría deseaba la independencia, podría tenerla, aunque la nueva Cuba, a cambio, pagaría a España una cantidad —quizá 125 000 000 de dólares — garantizada por Estados Unidos. Prim aseguró a Sickles que los españoles deseaban abandonar Cuba, siempre que pudieran hacerlo de un modo honorable.

17

La guerra de 1868 (II)

Durante el primer año de la guerra, en Cuba no varió el campo de batalla. Los rebeldes, que ahora contaban con una fuerza que estaría entre los 10 000 y los 20 000 hombres, continuaron confinados en el este, con diversos pequeños enclaves de lucha en Puerto Príncipe, pero no consiguieron sublevar al próspero oeste, en donde, en 1869, la recolección de azúcar fue espléndida. Los rebeldes trataban de evitar el contacto con el ejército español y, escondidos en regiones remotas, practicaban el sabotaje más que la guerra, intentando confinar al ejército español en las ciudades a base de cortar las carreteras y las líneas de ferrocarril. Las plantaciones de azúcar del este se convertían cada vez más en campamentos fortificados en los que, por supuesto, la palabra del propietario era ley. Sólo cerca de una cuarta parte de los rebeldes tenían rifles, el resto, machetes, o tal vez puñales fabricados con madera de índigo e impregnados de veneno, en el caso de los congoleños. También se habían incorporado unos cuantos chinos al ejército de liberación, y naturalmente constituían compañías completas a las órdenes de distintos jefes. A finales de 1869, los españoles contaban con unos 40 000 soldados entrenados. Se completaban con voluntarios en las ciudades y guerrilleros pagados en el campo, muchos de los cuales eran antiguos rebeldes desertores o que habían sido capturados.

En gran medida, la guerra consistía en una formalización del violento bandolerismo tan extendido a principios del siglo XIX; ahora los esclavos fugitivos se autoproclamaban rebeldes y, en vez de ser perseguidos por los rancheadores enviados por el conde de Casa Barreto, eran perseguidos, sin gran entusiasmo, por el ejército español y sus aliados (que a su vez eran medio

bandidos), que se dedicaban a beber ron a cuenta del gobierno español. Eran frecuentes las deserciones en ambas direcciones. En muchos aspectos aquello no era tanto una guerra como una alteración del orden.

Las partidas rebeldes estaban divididas en pequeñas unidades móviles, en algunos casos apenas mayores que un pelotón, en las que lo que más contaba era la inmunidad a las enfermedades y el conocimiento de la vegetación y de las circunstancias locales, sociales y geográficas. En estas circunstancias, los líderes rebeldes más antiguos, intelectuales, *littérateurs* y poetas de La Habana, perdían prestigio, mientras que destacaban hombres nuevos y más jóvenes, especialmente el bizarro capitán mulato Antonio Maceo, que montó una especie de puesto de mando en un antiguo palenque construido por esclavos evadidos (cimarrones), donde las mujeres de sus seguidores organizaron hospitales, talleres y centros de aprovisionamiento. No obstante, el cabecilla más destacado de los rebeldes era el dominicano Máximo Gómez, antiguo comandante del ejército español, fruto de la barbarie de la política de Santo Domingo en la década de 1860; a pesar de su evidente maestría en la guerra de guerrillas y de su «temple de acero», nunca llegó a contar, de un modo total, con la confianza de la mayoría de los cubanos. Desde el principio, él y Maceo estuvieron estrechamente unidos, no sólo por sus conocimientos tácticos, sino por su creencia política en que la rebelión sólo podría tener éxito si llevaban fuego y espadas, indiscriminadamente, al oeste de la isla. Formaban una combinación brillante: el carácter de uno era todo destreza, constancia, cálculo y capacidad de resistencia, y el del otro era todo empuje, audacia, deseo de correr todos los riesgos y placer en el peligro. Ellos, con José Martí, se convertirían, a partir de 1890, en los hombres más destacados del movimiento de independencia cubana.

Durante 1869, la política de guerrilla fue ganando adeptos, de manera que en octubre, Céspedes, que nominalmente aún era el jefe de los rebeldes, ordenó que trataran de destruir las plantaciones de azúcar: «Preferimos… que Cuba sea libre, aunque hayamos de quemar todo vestigio de civilización». Este bandazo hacia el absolutismo revolucionario empezó inmediatamente a llevarse a la práctica y en noviembre Céspedes se avino por primera vez a que se estimulase la sublevación de los esclavos.

Muy pronto, un potente ataque de los españoles expulsó a los rebeldes de Cienfuegos. A los habitantes de Santiago y Manzanillo, Bayamo y Puerto Príncipe, los tenían en algo parecido a unos campos de concentración. Abundaban los casos de violencia de los españoles y los arrestos eran frecuentes en la isla. Un estudiante, José Martí, cumplió seis meses de trabajos forzados simplemente por escribir una carta en la que acusaba a un compañero de traición por participar en un desfile de los españoles. La guerra dio paso a un estado de violencia crónica que otorgaba justificación a la arbitrariedad de las autoridades españolas. En diferentes ciudades del centro de Cuba, los voluntarios fusilaron a todos los rebeldes que cogieron con las armas en la mano, pero también fusilaron a inocentes fugitivos. Los dos bandos adquirieron tal destreza en el uso del machete que hubieran podido rivalizar con los «verdugos profesionales». A veces las mujeres hacían de espías, cambiando de bando si sus maridos eran asesinados. Los rebeldes seguían teniendo carta blanca en grandes zonas del este, pero la escasez de armas y la nueva indecisión acerca de si había que destruir o no las plantaciones del oeste, les impedía cualquier nuevo movimiento en dirección oeste, y, por lo tanto, cualquier otro éxito.

¿Cómo podía romperse este intolerable punto muerto a que había llegado la guerra? El primer proyecto de los rebeldes era el de asegurarse de que Estados Unidos les reconocieran beli-

gerancia. La rica Junta de Nueva York hacía todo lo que podía, pero sin éxito. Se dio mucha publicidad a la indudable brutalidad de los españoles. Se presentaron peticiones y se distribuyeron sobornos. Pero el gobierno continuaba oponiéndose a cualquier tipo de intervención.

Prim no había perdido la esperanza de «resolver» el problema cubano. En mayo, su nuevo ministro de Ultramar, Moret, escribió al capitán general Caballero de Rodas: «Francia e Inglaterra no nos ayudarán mientras sigamos teniendo esclavos, y esta palabra [esclavitud] da derecho a Norteamérica a mantener suspendida sobre nuestras cabezas una amenaza». El 28 de mayo, Moret presentó una nueva ley de abolición de la esclavitud con ciertas condiciones. El Estado compraría a todos los niños esclavos nacidos en los últimos dieciocho meses, a 125 dólares por cabeza. Los niños de ambas categorías seguirían teniendo que ser alimentados, criados, formados para un oficio, y mantenidos hasta la edad de dieciocho años, por sus antiguos amos, en situación de patronato. Habría que liberar a los esclavos mayores de sesenta años y a todos los esclavos que hubieran servido bajo la bandera española o hubieran ayudado al ejército de cualquier otra manera en la guerra: al primer grupo habría que liberarlo sin compensación; por el segundo, el Estado pagaría una recompensa. Si los amos de estos esclavos hubieran apoyado a la rebelión —eventualidad muy poco probable— no recibirían compensación. Los esclavos liberados por pertenecer al segundo grupo quedarían bajo la protección del Estado, que se haría cargo de ellos hasta que pudieran desenvolverse por sí solos: el artículo 13 aseguraba con toda firmeza: «A los que prefieran volver a África se les llevará allí». Los esclavos ancianos se quedarían en las casas de sus antiguos amos, y permanecerían en situación de patronato. El antiguo amo tendría que alimentarlos, vestirlos y cuidarlos, si no podían hacerlo por sí mismos. Pero si estos esclavos se iban alguna vez, ya no podían

volver. La compensación requerida por esta ley se pagaría mediante un impuesto sobre los esclavos robustos que todavía trabajasen, y el gobierno se comprometió (artículo 21) a presentar a las Cortes una ley que determinara la compensación y la emancipación de todos los que continuaran en la esclavitud tras el cumplimiento de la ley; hasta entonces, había que prohibir las flagelaciones y la venta de esclavos y de sus mujeres por separado, o la de los menores de catorce años si se les separaba de sus madres.

Aunque esta ley fuera un ensayo, fue un verdadero principio del fin de la esclavitud; aun en el caso de que no hubiera venido ninguna otra ley a continuación, habría significado la abolición en último término. En todo caso, es evidente que esta medida iba encaminada a un propósito básico. Aunque incompleta, prometía, por lo menos, tanto como los rebeldes con todas sus buenas palabras.

En el campo, los generales se enfrentaban con las guerrillas del este del único modo posible: defensa de las ciudades a base de ley marcial y construcción de un enorme foso fortificado (trocha) que atravesaba la isla en su punto más estrecho —sólo unos 48 kilómetros— que cerrara el área de lucha y separara a Oriente del centro y del próspero oeste. A lo largo del año 1871, los rebeldes siguieron incapaces de cualquier iniciativa. Máximo Gómez seguía insistiendo a Céspedes sobre la necesidad de una gran invasión del oeste que provocase el caos, pero su plan volvió a ser rechazado. Estas ideas se basaban en la campaña del ejército de la Unión en la guerra civil norteamericana, tras la emancipación. Dentro del campo rebelde, el descontento era general. Un gran número de valientes cabecillas rebeldes habían sido fusilados. En ambos bandos se daban violencia y atrocidades, se ejecutaba a los prisioneros sin piedad. Unos 1500 o 2000 rebeldes huyeron de Cuba a Jamaica, y el

número total descendió hasta llegar a ser unos diez mil o doce mil, todo lo más.

Céspedes se convirtió en la víctima propiciatoria de todos estos fracasos. El 27 de octubre hubo una ruidosa asamblea de diputados, en Bijagual, a la que asistieron la mayoría de los jefes militares. A Céspedes le destituyeron de su cargo *in absentia*, y más tarde los españoles lo mataron en una emboscada.

El nuevo presidente, Salvador Cisneros Betancourt, era un ganadero de Camagüey. Su «gobierno» se componía exclusivamente de hacendados. A Gómez le hacían menos caso que nunca. Parecía que la revolución, por fuerte que fuera en Oriente, sencillamente había perdido ímpetu, esperando en vano que Estados Unidos le diesen el imprimátur.

El apoyo de Estados Unidos no llegó nunca. Fish siguió siendo secretario de Estado durante toda la administración Grant (1869-1877). Su principal preocupación con respecto a Cuba era la de no hacer nada que crease dificultades a los liberales en España ni (en 1873) a la república que vino a continuación de la abdicación de Amadeo en febrero de 1873, acontecimiento que en La Habana se acogió con «la mayor tranquilidad y apatía». (Estados Unidos fue, con mucho, la primera potencia que reconoció a la República española, aunque el principal motivo de la caída de Amadeo hubiera sido la oposición conservadora a la abolición de la esclavitud en Cuba). Fish consiguió además desviar a la opinión pública y al presidente de sus intermitentes entusiasmos en pro del reconocimiento de beligerancia.

Sin duda la ley marcial era muy desagradable, y había esporádicas explosiones de brutalidad pero, en este cuarto año de guerra, Cuba era más rica que nunca.

18

La contrarrevolución española

Los rebeldes, tras cinco años de ambigüedad, aún no habían comprendido en qué consiste el realismo revolucionario. Cierto que en febrero de 1874, por fin habían permitido a Gómez, con Maceo como segundo, que «invadiera» el oeste; ganaron dos batallas casi campales, pero tuvieron que retirarse debido a las bajas y a la falta de municiones. Cuando, a mitad del verano, Gómez quiso lanzarse de nuevo, sus antiguos enemigos habían vuelto a esgrimir sus viejos argumentos y, lo que es peor, el gobierno revolucionario, influido todavía por exiliados como Morales Lemus, se las arregló para rehusar su aprobación a cualquier otro nuevo plan de invasión. Gómez no consiguió cruzar la trocha hasta enero de 1875, y tras él dejaba gran parte del campo de Oriente y de Camagüey en manos de los rebeldes, aunque no las ciudades.

El impacto revolucionario de este paso fue inmediato. Gómez quemó ochenta y tres plantaciones, en el área de Sancti Spíritus en seis semanas, incluido el nuevo molino, Zaza, de Julián de Zulueta. Sus esclavos fueron liberados. Cundió la alarma por las plantaciones de azúcar del centro de la isla y en La Habana. Pero, una vez más, la confusión política imposibilitó cualquier avance ulterior. Los jefes rebeldes empezaban a admitir la posibilidad de la derrota. En todas partes se hizo evidente que los ricos exiliados de Nueva York estaban poniendo fin a su apoyo financiero activo de la rebelión.

En el invierno de 1876, el general Arsenio Martínez Campos, que había sido el jefe de las fuerzas alfonsinas en Cataluña contra los carlistas, llegó a Cuba con un refuerzo de 25 000 hombres. Su misión era muy sutil: consistía en llevar a cabo una

enérgica ofensiva pero, al mismo tiempo, intentar la negociación. El plan pronto empezó a dar resultado, pues el sagaz jefe de gobierno español, Cánovas, le había dado amplios poderes para negociar. Martínez Campos tenía un total de 70 000 hombres que distribuyó entre las ocho principales comandancias españolas. De todos modos la moral de los rebeldes estaba en un momento bajo, tras ocho años de conflicto. Algunos oficiales desertaron. Otros abandonaron a los rebeldes cuando Martínez Campos proclamó una amnistía para todos los que se rindieran antes del final de la guerra, excepto para los dirigentes. La ofensiva española ocasionó muchas bajas e hizo retroceder a los rebeldes hasta más allá de la línea de la trocha. Martínez Campos ofreció tierra de los antiguos realengos a todos «los antiguos soldados, voluntarios… habitantes necesitados que hayan permanecido leales», y a los revolucionarios que desertaran, y el 9 de febrero propuso una «amnistía general», la paridad política de Cuba y Puerto Rico, la liberación de los esclavos y de los chinos que hubieran luchado con los rebeldes, y la libertad para todos los cabecillas que se avinieran a marcharse de Cuba. Finalmente, la expresión «olvido de lo pasado» fue sustituida por la de amnistía. Por fin, el 11 de febrero se firmó un armisticio en Zanjón, de acuerdo con estas condiciones. Se añadieron algunas otras cláusulas: no se actuaría contra nadie por ningún delito político cometido a partir de 1868, y tampoco contra los desertores del ejército español, y todo el que quisiera marcharse de Cuba, podría hacerlo.

En febrero de 1878, unos cuantos rebeldes encabezados por Maceo declararon que no podían aceptar las condiciones de Zanjón, pues no estipulaban la abolición de la esclavitud ni la independencia cubana. Maceo escribió a Martínez Campos pidiendo verle. El general español accedió: «Este negro es el punto clave para una paz verdadera», reflexionó. El 16 de marzo, Maceo fue a Baraguá, cerca de Santiago, para celebrar esta cu-

riosa conferencia; otros dirigentes cubanos no confiaban en el plan. No obstante, Maceo contaba con el apoyo de unos 1500 hombres de Oriente, a quienes había explicado las razones de su hostilidad al pacto de Zanjón y de que nunca le hubiera gustado la presencia de ricos hacendados entre los rebeldes.

La entrevista de Maceo, el «titán de bronce» mulato, con Martínez Campos, «creador» de reyes y negociador astuto, fue notable. Martínez Campos inició la discusión insistiendo en que la guerra se había prolongado demasiado, y que ya era hora de que Cuba se uniera a España en la marcha hacia el progreso y la civilización. Entonces, su edecán, el general Polavieja, dio lectura al tratado de Zanjón. Maceo dijo que, sin la abolición de la esclavitud, era imposible tomarse el pacto en serio, y el doctor Félix Figueredo, mentor político de Maceo, dijo que los rebeldes querían la independencia. Martínez Campos añadió que no habría acudido a la reunión si hubiera creído que Maceo y sus amigos sólo pretendían la independencia. En cuanto a la esclavitud, él, personalmente, era partidario de la abolición pero, como era un punto de controversia, habría que discutirlo en las Cortes. El general cubano volvió a decir que independencia y paz eran inseparables. Entonces, Martínez Campos dijo: «¿Se reanudarán las hostilidades?». Maceo asintió. «¿Cuánto tiempo necesitan?», preguntó cortésmente Martínez Campos. Maceo respondió que se podía reanudar la guerra inmediatamente. Pero acordaron proclamar una tregua de ocho días.

Esta «protesta de Baraguá» despertó un entusiasmo general y convirtió a Maceo en un héroe en toda América. Pero al mulato le era difícil llevar a la práctica su compromiso. El ejército rebelde (sorprendentemente con el general Vicente García, el antiguo enemigo de Gómez, de comandante en jefe, y el general Jesús [«Tito»] Galván de presidente) aún no se había reorganizado completamente cuando Martínez Campos reanudó la ofensiva. Al principio, él y el general Polavieja, que estaba a sus

órdenes, habían dicho a sus hombres que, cuando se encontrasen con el fuego cubano, se limitaran a reaccionar pasivamente y dieran gritos de compromiso («¡Viva Cuba! ¡Viva la paz! ¡No disparéis, que somos hermanos!»). Pero esto no duró mucho. A continuación siguió una enérgica campaña, y en mayo la capitulación se hizo inevitable. Maceo se había negado a aceptar un soborno a cambio de la rendición. Ahora, Martínez Campos le permitió marcharse tranquilamente de Santiago en un crucero español, mientras que el «gobierno» que dejaba tras él aceptaba el armisticio de Zanjón.

Una vez terminada la guerra, en julio, Cánovas desmontó la antigua organización dictatorial de gobierno de Cuba y permitió que la isla eligiera cuarenta diputados para las Cortes, y a tal efecto, la dividieron en seis provincias (antes lo estaba en dos). También se convocaron elecciones municipales para los ayuntamientos locales (aunque los alcaldes eran nombrados por los gobernadores civiles). Pero los negros y los cubanos más pobres no tenían voto, pues para votar había que pagar por lo menos 25 pesos anuales de impuestos. Los seguidores españoles de Martínez Campos —un pequeño grupo de conciliadores— formaron un partido que más tarde se convirtió en el partido liberal o autonomista. Su programa consistía en ampliar los derechos civiles para que españoles y cubanos tuvieran las mismas posibilidades de desempeñar cargos; y en garantizar de un modo permanente la libertad de expresión, de reunión y de prensa. Los esclavos serían liberados; no concretaban cuándo ocurriría eso, pero no se permitiría la entrada de más esclavos. España daría preferencia comercial a Cuba, pero en los aranceles no quedaría excluido Estados Unidos. La mayoría de estos liberales eran cubanos que no habían tomado parte en la guerra (o muy poca), o algunos que habían apoyado el pacto de Zanjón. Básicamente eran reformistas que se habían apartado de la política debido al extremismo de la guerra y que, con la paz,

veían la oportunidad de volver a tomar las riendas. En general eran personas de la clase media que querían tener en Cuba los mismos derechos —no más— que ya tenían los españoles. Socialmente, procedían de la pequeña burguesía: algunos eran peninsulares, y otros estaban muy interesados por la inmigración blanca a Cuba.

A la formación del Partido Liberal, sucedió, en agosto, la de un «partido español», llamado oficialmente Partido de Unión Constitucional, cuya finalidad era garantizar que Cuba fuera «siempre parte de España». Temían que la autonomía condujera al separatismo, y deseaban una unión aduanera entre Cuba y España y, al mismo tiempo, un tratado comercial con Estados Unidos. El resto de su programa llegaba a aceptar la ley Moret sobre la esclavitud y algunos derechos civiles limitados. Aquí se encontraban muchos antiguos «voluntarios», peninsulares jóvenes recién llegados a Cuba, y hacendados como el marqués de Apezteguía y el filántropo, primer jefe del partido, conde de Casa Moré, el más destacado propietario de azúcar y benefactor de Sagua La Grande. Estos dos partidos entraron en las Cortes españolas en 1879.

El único grupo político que quedaba en Cuba era un pequeño núcleo separatista, encabezado por el profesor y mediador de 1871, Nicolás Azcárate, y por el editor de *La Libertad*, Adolfo Márquez Sterling, con algunos otros intelectuales de La Habana; entre ellos estaba el joven escritor José Martí, que en septiembre volvió de su exilio en México y Guatemala.

Los únicos que no entraban en esta nueva alineación política eran los antiguos héroes de la guerra de los Diez Años, ahora amnistiados. A partir de finales de 1878 empezó a tomar cuerpo la sospecha general de que el gobierno español no iba a hacer honor a sus promesas del acuerdo de Zanjón. En consecuencia, se hicieron planes muy elaborados para un nuevo alzamiento que tendría lugar en el verano de 1879. Pero los conspi-

radores de Puerto Príncipe y Oriente fueron denunciados a la policía española, y los rebeldes, como tantas veces antes de 1868, tuvieron que ponerse en acción antes de haber coordinado sus planes. Muchos esclavos fugitivos acudieron en masa a los antiguos cabecillas. Durante algunas semanas, el este de Cuba pareció en pleno estado de guerra, igual que dos o tres años antes. Pero los españoles actuaron con rapidez y decisión. Los rebeldes quedaron aislados; sin los antiguos dirigentes, de pronto parecían no ser más qué bandidos, y muchos fueron capturados. La guerra chiquita se agotó.

Se calculó que el coste de este conflicto sumado al de la guerra de los Diez Años había sido de trescientos millones de dólares. Esta cantidad venía a añadirse a la deuda cubana. Se calculó que el total de muertos españoles fue de 208 000, y el de cubanos, de menos de la cuarta parte de esa cifra: 50 000. José Martí, el joven revolucionario del grupo de Azcárate, que durante la mayor parte de la guerra había estado en el exilio o en la cárcel, la describió retóricamente como «ese maravilloso y repentino surgir de un pueblo que poco antes parecía servil, y que hizo de las hazañas heroicas algo cotidiano, del hambre un banquete, de lo extraordinario algo vulgar». Sin embargo, sería más adecuado verlo como una aventura de la clase media y liberal que fracasó porque sus jefes nunca quisieron arriesgarse a extender la guerra al oeste, exponiéndose así a liberar a los esclavos y a destruir la prosperidad del país. Sólo una actuación exterior hubiera podido cambiar el curso de la guerra, pero la administración Grant no estaba dispuesta a poner en peligro sus excelentes relaciones con sus protegidos, los monárquicos constitucionales españoles, ni con los republicanos; mientras que en Madrid, hasta 1874, el gobierno era demasiado débil para imponer su autoridad en la península, y mucho menos en Cuba, y nadie se atrevía a correr el riesgo de desarrollar una política colonial progresista —y ¡qué pocos querían hacerlo!—

por miedo a exacerbar a la opinión pública. El gobierno nunca tuvo bastante dinero para pensar seriamente en la abolición con compensación; y la abolición sin compensación era inconcebible políticamente.

Cualesquiera que fueran los motivos económicos subyacentes en la actuación de los participantes, el hecho es que engendraron actitudes políticas: la liberación de los esclavos, aunque incompleta; el sacrificio, por parte de algunos hacendados de la mayor parte de su riqueza; la inserción de varios sectores de la sociedad en las filas del ejército rebelde —ricos y pobres, negros y blancos, chinos y mulatos, campesinos y obreros— creó en Cuba un fuerte espíritu nacionalista que, desde entonces, nunca ha muerto del todo, aunque a menudo se haya encendido bajo auspicios muy curiosos.

19

La crisis del azúcar en la década de 1880

El último trienio de la guerra de los Diez Años, a diferencia del período anterior, hizo, por fin, mella en la producción de azúcar; se habían destruido muchos molinos en la región de Cienfuegos y en Oriente: la producción descendió y, aunque la cosecha de 1879 fue buena, a partir de 1880 los promedios bajaron hasta llegar al nivel de los alcanzados en la década de 1860: un poco más de 500 000 toneladas anuales. A finales de la década de 1880 se produjo un aumento, pero, aun así, el promedio de los seis años que van de 1885 a 1890 fue inferior al de la última mitad de la década de 1860 o incluso al de los años de guerra. A partir de 1890 se volvió a dar un salto adelante, de manera que el promedio entre 1891 y 1895 sobrepasó las 900 000 toneladas anuales, y en 1894-1895 se alcanzó una cosecha tope, pues la producción de azúcar cubano llegó por primera vez al millón de toneladas.

Tras estas cifras tan halagüeñas se encuentra una revolución en el trabajo, en la técnica, y en las circunstancias sociales y políticas de la producción.

Al terminar la guerra de los Diez Años, las condiciones económicas de la mayoría de los hacendados seguían tal y como habían sido durante todo el siglo, hasta en los días mejores: estaban irremediablemente endeudados con los comerciantes, con unos tipos de interés que llegaban al 18 por ciento, o incluso al 30 por ciento. Muchos molinos de la zona de Cienfuegos cambiaron de dueño entre 1870 y 1883 a causa de las deudas, que en parte se debían a los destrozos de la guerra, sobre todo a los que habían tenido lugar durante la expedición de Gómez.

Pero en todas partes, los hacendados, que habían estado pagando intereses exorbitantes, pero que vivían bien, se encontraron con que no podían conseguir nuevos créditos. Esto no se debía sólo a la guerra: el fin del tráfico de esclavos trajo consigo la desaparición gradual de aquellos poderosos comerciantes que siempre habían tenido un doble interés en hacer préstamos a los hacendados azucareros; y ahora podían embargarles los molinos por deudas.

Además, hacia 1880, hasta las mayores plantaciones se habían hipotecado completamente, para conseguir suministros o tonelería; y en 1880 una nueva ley hipotecaria permitió a los acreedores.

Pero era un momento en que un ingenio azucarero, si quería subsistir, había de extenderse. Durante la guerra civil cubana, la remolacha parecía haber aventajado a la caña: en 1840, menos de la quinta parte del azúcar del mundo procedía de la remolacha; en 1884, algo más de la mitad. En Europa la remolacha estaba protegida con subvenciones, o sea que entre 1850 y 1900 salieron al mercado más de sesenta millones de toneladas de azúcar a un coste menor que el de producción. Durante la guerra de los Diez Años, Alemania se había convertido en el mayor productor mundial de azúcar.

El resultado fue que a partir de principios de 1884 los precios del azúcar bajaron sensiblemente, de modo permanente y muy alarmante para Cuba, que ya se había ido quedando atrás durante varias décadas. Los precios habían bajado durante la década de 1850 y, desde luego, no subieron durante la de 1860. Sin embargo, en 1870-1872, el precio normal del azúcar en Londres era de unos veinticinco chelines el quintal. En 1883, el precio normal se mantenía en los diecinueve chelines. En 1884 había bajado en un tercio, a trece chelines y tres peniques y, salvo una breve subida que tuvo lugar al final de la década, se mantuvo en ese nivel durante varios años. Desde luego, los pre-

cios nunca volvieron a las cifras anteriores a 1884, excepto durante los años extraordinarios de la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después. Pero resultaba que cualquier precio inferior a los tres centavos por libra provocaba pérdidas verdaderamente inaceptables a los trapiches pequeños o de poco rendimiento, y los precios del tipo de 2,50 centavos la libra, con los que se encontraban ahora por primera vez, iban a provocar pérdidas —además, repentinas— a un número mucho mayor de molinos, quizá a la mayoría.

Esta fue, con mucho, la prueba más dura por la que pasó Cuba en su historia económica desde el siglo XVIII y, por supuesto, eclipsó completamente en importancia el final de la esclavitud. Además del azúcar, en Cuba sólo había tabaco, pues ahora apenas había café. Ningún hacendado había practicado cultivos secundarios a los que pudiera recurrir; de haberlo hecho, ¿dónde hubieran podido venderlos? Además, ¿qué otro cultivo podía soportar el transporte por las carreteras cubanas? Desde luego, no los agrios. Algunas plantaciones de azúcar se pasaron a la ganadería. Además, subsistían las viejas anomalías económicas, típicas de las sociedades esclavistas (a pesar de la erosión del sistema de los esclavos): ni siquiera la población rural cultivaba productos secundarios para subsistir. Tampoco se hacía en los pueblos ni en las ciudades. La tradición de Cuba, como la del resto de las Indias Occidentales, era todavía la de comprar al norte o a Europa comida a granel para alimentar a los esclavos que trabajaban en las plantaciones que proporcionaban el dinero para comprar, *inter alia*, la comida. Esta fue la contribución más duradera de la esclavitud a la sociedad cubana.

Pero ahora, un ingenio azucarero, para subsistir, se veía terminantemente obligado a reducir gastos y a mecanizarse. Además, era un momento difícil para conseguir capital; las innova-

ciones tecnológicas se estaban convirtiendo en condiciones de supervivencia indispensables.

Había una innovación más importante que todas las demás, un factor que, con independencia del desarrollo del azúcar de remolacha y de la esclavitud, permitía, al menos a algunos molinos, salvarse de la ruina. Esta innovación afectaba a los ferrocarriles, y provenía de un cambio decisivo en la tecnología del acero. En 1850, el acero había sido casi un metal precioso. Pero en 1856, *sir* Henry Bessemer abrió la perspectiva de una producción en serie barata con su nuevo procedimiento. Inglaterra fue la primera en utilizarlo, pero pronto fue adelantada por Estados Unidos, a partir de 1870. En consecuencia, al mismo tiempo, el precio de los raíles de acero bajó de 166 dólares las cien libras (en 1867) a 46 dólares (en 1877) y, tras una breve subida, a 30 dólares o menos en la década de 1880. O sea que en esta década se podían construir ferrocarriles por la quinta parte de lo que habían costado diez años antes. En Cuba, esto tuvo tres consecuencias decisivas: primero, la caña se podría transportar para ser molida mucho más lejos en ferrocarriles particulares económicamente rentables; de ahí que las plantaciones pudieran ser mayores. Segundo, podía transportarse el azúcar, una vez terminado el proceso de fabricación, hasta el mar en ferrocarriles privados y utilizar embarcaderos igualmente privados. Así, los hacendados lograrían escapar a los tentáculos de La Habana. Hasta entonces, los comerciantes portuarios habían sacado tajada hasta de los hacendados ricos que no les debían nada. Tercero, naturalmente los raíles de acero que se exportaban a Cuba eran norteamericanos, no vascos o españoles: un paso más en la norteamericanización de la «siempre fiel isla».

El auge de los ferrocarriles privados empezó en la década de 1880 y duró toda la primera mitad de la de 1890. En 1895 había 563 kilómetros de líneas férreas privadas, comparados con

241 kilómetros de líneas semiprivadas, y sólo 1287 de líneas públicas.

Dos clases de la burguesía cubana perdieron dinero: los pequeños hacendados que no podían permitirse el lujo de tener estos ferrocarriles y los comerciantes de orden menor.

Todos estos progresos significaban el final de la antigua oligarquía del azúcar, y la entrada en el campo económico cubano de un nuevo factor: Estados Unidos.

No obstante, la principal característica de este sistema de organización económica no era tanto su dimensión, su origen, su gran inversión de capital o su eficacia tecnológica, como el hecho de que, por primera vez desde que se empezó a cultivar azúcar en las Antillas, el que cultivaba el azúcar no se encargaba de molerlo.

A partir de 1840, el principal objetivo de los prohombres de La Habana que constituían la Junta de Fomento había sido el de fomentar la inmigración blanca. Se ofrecían premios a los hacendados que instalaban familias blancas en sus haciendas. En 1857, el conde de Pozos Dulces había escrito firmemente que la separación del cultivo de la caña y la fabricación del azúcar era el mejor medio para resolver el terrible problema de la esclavitud; había que animar a los inmigrantes blancos a que plantaran caña y la vendieran a las grandes fábricas de azúcar; y esto fue lo que ocurrió tras haber fracasado el intento de reemplazar a los esclavos con mexicanos y chinos, y cuando los hacendados se dieron cuenta de que no era probable que hubiera una mecanización en la recolección de la caña, por lo menos en un futuro próximo. De hecho siempre había habido, desde que el azúcar empezó a cobrar auge por primera vez hacia 1790, unos cuantos campesinos que habían cultivado caña de azúcar en pequeña escala y la habían vendido sin molerla.

En este desarrollo había tres aspectos. Primero, los propietarios, tanto si tenían molinos viejos, pequeños o movidos por bueyes, y no podían conseguir dinero para modernizarlos, como si tenían molinos modernos, que en 1860 se habrían considerado adelantados, se decidieron a dejar de moler y a vender su caña al molino más próximo que fuera suficientemente grande y moderno como para absorber más caña de la que sus propietarios pudieran cultivar. Segundo, algunos terratenientes, incluso los ganaderos, que tenían tierras junto a un molino que necesitara más caña, empezaron sencillamente a cultivarla, y tercero, el molino al que se llamaba central, arrendó algunas de sus tierras a colonos.

En parte debido a los daños materiales causados a algunas plantaciones del centro y del este, la guerra de 1868-1878 favoreció este desarrollo del colonato, como se le llamaba. Se distribuyeron algunos realengos entre los voluntarios o los revolucionarios amnistiados por la ley Martínez Campos, aumentando el número de pequeños propietarios. Los hacendados cuyos molinos habían sido destruidos podían abandonar el intento de reconstruir sus máquinas y concentrarse exclusivamente en el cultivo de la caña. La guerra además hizo difícil la obtención de esclavos. Los hacendados cuyos esclavos habían luchado en el ejército rebelde perdieron completamente su mano de obra. A partir de entonces los colonos recibían un determinado porcentaje de azúcar (arrobaje) por cada cien arrobas de caña que entregaban: normalmente cuatro o cinco arrobas. En 1887, un tercio más o menos del azúcar cubano se cultivaba con el sistema de colonos, y el porcentaje era mayor cada año.

El tamaño de la colonia variaba. A finales de la década de 1890 había unas cuantas colonias muy grandes, de 1200 hectáreas o más, que producían 40 000 o 50 000 toneladas de azúcar. El esclavo Montejo dice que el colono «típico» tenía diez o quince besanas. En cambio, los pequeños propietarios decían

que el sistema estaba «hundiendo en la miseria a los que antes eran… ricos terratenientes». Es cierto que familias como los Pedroso, los Diago o los Arrieta, viejos oligarcas y peninsulares del siglo XIX, vieron reducidos sus medios económicos. Pero la mayoría de los colonos eran hombres nuevos, inmigrantes de España o de otras granjas pequeñas: al fin y al cabo, el número real de plantaciones de azúcar nunca había sobrepasado el de 1500. En 1894 todavía se calculaba que había más de 1000 molinos, pero muchos estaban ya arruinados, de modo que 500 sería una cifra más aproximada. Y por otra parte, en 1895 probablemente había más de 15 000 colonos.

Algunos molinos verdaderamente grandes subsistieron y se convirtieron en centrales. Este fue el caso de Álava, de Zulueta, de dos de los molinos de Diago y Ayesterán (Amistad y Tinguaro), y de Caracas, de Tomás Terry. Los Montalvo se mantuvieron en sus haciendas de Cienfuegos, fundando, naturalmente, un nuevo molino (Andreita, en Cruces), y encargándose de otros dos nuevos que añadieron a su antigua propiedad de Concepción. Pero el antiguo orgullo de los Arrieta, Flor de Cuba, se vino abajo, con muchos otros, aunque se aplazara el momento del desastre final. La Gran Azucarera, la antigua compañía de la reina María Cristina, también perdió sus molinos.

Desde luego, cuanto más se estudia el tema, más parece que esta revolución de la década de 1880 —como se la considera a menudo— es el cambio social más importante por el que ha pasado la isla; porque fue entonces cuando Cuba perdió su clase alta, basada en la propiedad de la tierra, de modo que, caso único entre los estados sudamericanos, más tarde se lanzaría a la independencia habiendo realizado ya su revolución social. Indudablemente los cambios que experimentó Cuba tenían que ocurrir todavía en la mayoría de las naciones vecinas, excepto en México, Bolivia y Argentina. En Perú, por ejemplo, un equivalente de la asociación Montalvo-O'Farrill-Pedroso continúa

controlando grandes haciendas y el poder económico. En Cuba es sabido que estas familias, emparentadas entre sí, continuaron desempeñando un papel en la historia; por ejemplo, un Montalvo fue ministro en la década de 1930 y un Pedroso fue presidente de banco en la de 1950. Pero debían estos cargos al hecho de pertenecer a la burguesía más que a la aristocracia terrateniente.

La desaparición de esta aristocracia no fue indiscutiblemente beneficiosa. Por muy imprudentes, mimadas, derrochadoras y extravagantes que fueran a menudo estas familias antiguas, dieron un tono social claramente nacional, criollo o cubano, más que norteamericano. Puede que trataran a sus esclavos mal o con indiferencia, pero crearon una sociedad con sus características propias, y muchas veces brillantes. Muchos de ellos fueron benefactores públicos: Miguel del Monte dejó dinero para que cinco alumnos de agricultura recibieran gratis una educación europea; los O'Farrill dotaron a Managua con gran esplendidez; el conde de Casa Moré dio 200 000 dólares para una escuela de agricultura; los Terry y Abreu construyeron teatros; la lista es interminable. Cuando hubieron descendido al estatus de burgueses ciudadanos o pequeños hacendados, o se hubieron marchado para siempre, de vuelta a España, en la que ni ellos ni sus padres habían pensado antes como en su patria, dejaron a la isla abierta a la penetración cultural y económica, y a la larga política, de los norteamericanos.

Por su cuenta, España aumentó su riqueza en la década de 1880. El procedimiento Bessemer para el acero y la filoxera que se extendió por Francia dieron lugar a una demanda sin precedentes a España de mineral de hierro y de vino. La construcción de ferrocarriles se desarrolló rápidamente. A partir de 1882, el mercado nacional (y el cubano) creció enormemente, provocando una «euforia del algodón» en Cataluña, que en parte derivaba de la administración de fortunas de origen cubano.

En Cuba, en cambio, la tasa de crecimiento económico quedaba, por primera vez, por debajo de la de España.

Entretanto, en Cuba, se terminaba la esclavitud, aunque no de forma precipitada, e indudablemente sin las celebraciones que tuvieron lugar en 1890 en Brasil, cuando fue abolida la institución. Las implicaciones sociales de este paso tan trascendental, desde luego, en Cuba parecieron descorazonadoramente insignificantes. En noviembre de 1879, el general Martínez Campos, ahora primer ministro en Madrid, abolió oficialmente la esclavitud en Cuba, poniendo como fecha tope del proceso de abolición el año 1888, llevando a cabo la promesa contenida en la ley Moret. No habría compensación como la había habido en las colonias inglesas y francesas; en cambio, se instauraba un patronato o época de aprendizaje de ocho años para todos los esclavos liberados. (A los propietarios de esclavos puertorriqueños se los había compensado en 1873, pero sólo había 31 000 esclavos). El patronato cubano fue duramente criticado, sobre todo la cláusula de que los negros podrían comprar su liberación del patronato pagando de 30 a 50 dólares al año. Pero muchos amos, creyendo que pagar mano de obra libre era más barato que mantener a los negros en el patronato, liberaron a sus esclavos antes del día señalado.

Como ya habían descubierto otros colonos en muchas zonas del Caribe, el empleo de mano de obra contratada representaba, desde luego, un ahorro comparado con el empleo de esclavos. «El trabajo de los esclavos es más costoso que cualquier otro, si se tienen en cuenta todos los factores», hizo notar un hacendado de la región de Cienfuegos a un viajero norteamericano en 1884. Así, de hecho, el nivel de vida de los que eran esclavos en 1870 descendió, en Cuba y en todas partes, en el Caribe, con la llegada de la libertad. Esta no dio una mayor estabilidad a las familias negras, aunque, evidentemente, se dieron otras mejoras.

«Hubo una época —dijo un hacendado cubano, en 1884, a un viajero norteamericano—, en que [la] amenaza [de una guerra de razas] tenía gran fuerza… pero esa época pasó. Los esclavos están… fusionándose con el resto del pueblo». Este juicio era algo precipitado: da la impresión de que, en su transición hacia la libertad, los esclavos tenían que hacer frente a los problemas psicológicos y sociales de la emancipación con casi tantos inconvenientes como en los demás sitios. Parece ser que en la década de 1880 una sociedad secreta de esclavos, los ñáñigos, o Abakuá, fundada por los efiks, degeneró durante un tiempo en el bandolerismo. Nada ilustra el problema de un modo más gráfico que la controversia sostenida en la década de 1880 entre dos mulatos, Juan Gualberto Gómez y Bernabeu, en las columnas del periódico *La Unión*, sobre si los mulatos debían o no excluir de su trato a los negros tanto como a los blancos.

Por otra parte, gracias a la campaña que dirigió Gómez, se dieron muchos e importantes pasos hacia la integración racial: así, a partir de 1889 no se permitió la discriminación en los teatros; después de 1887 no se pudo excluir a nadie del servicio público por motivos raciales; a partir de 1893 las escuelas estatales admitieron niños negros o mulatos en el mismo régimen que los blancos, y después de 1889 los cafés y bares no pudieron prohibir la entrada a negros o mulatos. En algunos casos, estas leyes, como la mayoría de las leyes españolas, no se cumplían totalmente, pero en general se admitían. Gómez, el hijo de un esclavo de un ingenio azucarero de Santa Ana, entró en la famosa Sociedad Económica de Arango. En cambio, «la gente de color» todavía utilizaba piscinas separadas en la costa.

En 1890, ni siquiera los hacendados cubanos más ricos necesitaban el apoyo del ejército español para protegerse de sus esclavos. Además, no tenían nada que ganar en la independencia cubana. Probablemente los comerciantes, españoles y extranje-

ros, se hacían eco de esta sincera afirmación que hacía Ramón de la Torriente en una carta escrita en 1878: «La mayoría de nosotros somos conservadores y no deseamos reformas en absoluto». Estos hombres consideraban que los tímidos gobiernos de la República española de la década de 1870 habían sido explícitamente «comunistas». Los colonos, tanto los nuevos como los antiguos hacendados, en general eran políticamente inactivos, ya que su estatus era nuevo y ambiguo. El partido autonomista o exliberal seguía siendo el movimiento crítico de la época; ¿podía tener éxito? Al pedir «la libertad legal de Cuba dentro de la nacionalidad española», estos autonomistas ya parecían a muchos pasados de moda, divididos entre los revolucionarios en el exilio y los partidarios intransigentes de los españoles. Sólo tenían, en el mejor de los casos, siete diputados, de los 450 que había en las Cortes, mientras que el partido conservador de Unión Constitucional, apoyado por comerciantes españoles, íntimamente ligado a la flota y a la industria catalanas, y gobernando la maquinaria electoral de Cuba, dominaba también la elección oficial de miembros de la legislatura desde Cuba y, por consiguiente, la verdadera vida política del país. En 1884 aún no se había cambiado nada de un modo radical, o sea que en marzo de ese año, coincidiendo con el descenso de precios del azúcar y con el descontento general, los héroes exiliados de la guerra anterior empezaron a recobrar su fuerza. Muchos volvieron, acogiéndose a la amnistía de 1885. Sin duda, si en Cuba se hubiera producido un verdadero desarrollo constitucional, estos hombres podían haber llegado a un acuerdo con España. Tal como estaban las cosas, durante un tiempo estuvieron divididos por rencillas.

José Martí se estaba haciendo poco a poco el jefe de los exiliados cubanos en Estados Unidos, el portavoz de un movimiento revolucionario nuevo y radical. Fue el más brillante de los cubanos. Durante muchos años, el número de fotografías y

bustos suyos que adornaron las casas, plazas y edificios públicos cubanos fue muy superior a los de ningún otro. La absoluta libertad con que solían referirse a él los cubanos no debería llamar a engaño a los demás sobre sus virtudes.

Es bastante peculiar que, a pesar del papel sacramental de Martí en la historia cubana, los padres de Martí fueran españoles: su padre era un sargento de artillería de Valencia; su madre, una canaria, de Tenerife; desde luego, Martí pasó parte de su infancia en España. Finalmente su padre se convirtió en un «funcionario municipal inferior», luego fue policía en La Habana y, detrás de José, tuvo seis hijas.

La mente de Martí se formó, no tanto en su casa, en la que no abundaba la inteligencia ni el interés, como en la escuela, donde cayó bajo la influencia de Rafael María Mendive, poeta romántico, cosmopolita y partidario de la independencia cubana, además de maestro de escuela, que se ofreció a mantener a Martí durante la segunda enseñanza, a pesar de que su padre se mostrara reacio. Martí estaba en la escuela al empezar la guerra cubana de 1868 y, como muchos escolares de aquella época, era apasionadamente partidario de la causa de la independencia. En enero de 1869, a los dieciséis años, Martí fundó su primer periódico, *Patria Libre*, al que contribuía con románticos escritos a favor de los rebeldes. A continuación se produjo el desastre: Mendive fue acusado de estar presente en una reunión antiespañola y lo deportaron a España; a Martí lo arrestaron por haber escrito una carta en la que acusaba a un antiguo amigo de ser partidario de España. Por esta acusación tan trivial fue sentenciado a seis meses de cárcel y enviado a la cantera de San Lázaro, en La Habana. Desde allí, a través de la influencia de su padre, fue trasladado a la Isla de Pinos, y finalmente enviado a España en 1871, donde lo dejaron en libertad, a los dieciocho años, para hacer lo que quisiera mientras no volviera a Cuba.

Esto no hizo más que meter al joven cubano en el violento ambiente del Madrid revolucionario. Fue a la universidad, donde estudió derecho, como la mayoría de los revolucionarios, y se trasladó a la de Zaragoza, donde se licenció en 1874. Durante esta época escribió artículos, poesías y, como era característico en los románticos del siglo XIX, obras de teatro sobre el tema de la independencia nacional. A principios de 1875 fue, vía París, a México, donde vivían entonces sus padres y donde permaneció varios años; su gran facilidad para la literatura le consolidó como a un joven de porvenir: escribió artículos para la *Revista Universal*, tradujo *Mes fils* de Hugo, y escribió una obra de teatro —*Amor con amor se paga*— que denotaba la influencia de Hugo. Este enérgico e inquieto joven cubano de ojos almendrados e inteligentes, que siempre llevaba una pajarita negra y un traje negro, se convirtió en una figura familiar en los círculos literarios mexicanos.

En 1877, Martí llevaba ocho años en el exilio y, aunque había pasado gran parte de este tiempo promoviendo la agitación en favor de una Cuba libre, había perdido el contacto con la propia Cuba. Durante un mes volvió a La Habana bajo un nombre falso, no le gustó nada y rápidamente se trasladó a Guatemala, donde estuvo instalado durante un tiempo dando clases de idiomas y de filosofía, y donde se enamoró de la hija de un expresidente, a la que dejó de un modo muy poco romántico por una chica que le convenía más, Carmen Zayas Bazán, hija de una rica familia azucarera cubana, con la que se casó en México. Este matrimonio unía a Martí con la oligarquía cubana pronta a desaparecer. Por fin, en 1878, Martí, a la edad de veinticinco años, volvió a Cuba acogiéndose a la amnistía general, y trabajó de pasante en el bufete del profesor Nicolás Azcárate, que ahora era autonomista. Sin embargo, de nuevo La Habana no le gustó mucho a Martí. Su ambiente excesivamente conservador e hispánico le resultaba tan intolerable como la represión

política: «Si Cuba no fuera tan desgraciada, amaría más a México que a Cuba», escribió de un modo típicamente retórico a un amigo en 1879.

Por lo tanto, Martí volvió a entregarse a la conspiración, esperando convertir a Cuba en un nuevo Estado americano libre; pasó la mayor parte de 1879 poniéndose en contacto con los jóvenes y, sobre todo, discutiendo con los autonomistas, tentando a la suerte con abiertas y románticas declaraciones en favor de la independencia. La consecuencia, como era de esperar, fue una nueva deportación, otra vez a España. Dejó a su mujer en Cuba.

Martí no se quedó mucho tiempo en la península. Pasando de nuevo por París, regresó al Nuevo Mundo, y llegó a Nueva York, ocupándose desde entonces de las actividades de los exiliados, y dedicándose intensamente al periodismo: la mayor parte de lo que publicó fue en el *Sun* de Charles Dana. Pasó a ser coordinador y presidente del comité revolucionario cubano de Nueva York y allí tuvo su base de actuación en los diez años siguientes, durante los cuales emprendió muchos viajes, por el interior de Estados Unidos y por América Central y del Sur, viviendo algunos meses en Venezuela en 1881. Finalmente se separó de su mujer, que prefería Cuba, y tuvo otras compañeras cubanas, como Carmen Miyares, con la que vivió en una casa de huéspedes en Nueva York. Colaboró en distintos periódicos sudamericanos, y muchos de sus artículos describían la grandeza y miseria de la vida en Estados Unidos, pues su relación con este país era ya ambigua: le impresionaban la prisa y la agitación, el trabajo, el carácter emprendedor, el individualismo, en comparación con las perezosas ciudades españolas donde nada se terminaba nunca; pero desconfiaba del materialismo, y no encontraba ninguna norteamericana a la que poder seducir.

Sus escritos de esta época se estaban volviendo menos románticos y más críticos. Aparecían artículos suyos sobre una

gran cantidad de temas, y el que escribió presentando a Walt Whitman a los lectores españoles y sudamericanos (en 1887) se hizo merecidamente famoso. Estas actividades le hicieron tan conocido en Sudamérica que Uruguay lo nombró su vicecónsul en Nueva York en 1884, cargo nominal que le proporcionaba un sueldo fijo. Escribió una novela, *Amistad funesta*, muy mala, en siete días. Era evidentemente autobiográfica:

> Viajaba porque estaba lleno de águilas que le roían el cuerpo en busca de amplios espacios. Viajaba porque estaba casado con una mujer a la que creía haber amado y luego descubrió como un áspid insensible, en donde las armonías de su alma no encontraban eco.

Escribió como periodista durante una década, tratando de todos los grandes acontecimientos, electorales, culturales y económicos; por primera vez, los lectores sudamericanos se enteraron, a través de él, de la realidad de la vida norteamericana, y no sólo conocieron a Whitman, sino también a Emerson, Longfellow y Wendell Phillips. Martí despreciaba el culto a la riqueza que se daba en Estados Unidos; desconfiaba de las alianzas entre políticos y banqueros, ejemplificadas sobre todo por James G. Blaine; encontraba nauseabundas las elecciones presidenciales; creía que el sistema educativo ahogaba lo individual; pero siempre consideró a Estados Unidos como un experimento asombroso y una aventura para lograr la democracia. Parece ser que Martí fue francmasón y agnóstico, aunque su actitud hacia la religión fue de indiferencia, no de odio.

En enero de 1890, José Martí fundó en Nueva York un nuevo movimiento no convencional, la Liga de Instrucción, para que hiciera de escuela de formación para revolucionarios. Habría conferencias para exiliados cubanos, sobre todo para los trabajadores negros, de Nueva York. El propio Martí habló a miles de ellos, explicándoles sus razones para rechazar cualquier solución para Cuba que no fuera la de una independencia completa. Los próximos en la lucha, decía, no serían los hacen-

dados, sino el pueblo; sin embargo, quien le apoyaba en todo era un rico exiliado, Rafael Serra.

La fama de Martí creció en Estados Unidos y en Sudamérica, y pasó a independizarse más en lo económico al añadir a sus ingresos los del cargo de cónsul de Argentina y de Paraguay, mientras que representaba también a Uruguay en la primera Conferencia Monetaria Interamericana que se reunió en Washington en 1891 para tratar del bimetalismo. Esta conferencia afectaba a la política norteamericana de apoyar la circulación igual en todo el mundo tanto del oro como de la plata. Estados Unidos producía plata, de modo que se habría beneficiado. Martí se opuso a esto enérgicamente, «desbarató el plan del Departamento de Estado», y con ello llamó la atención del pueblo norteamericano más que nunca. En el informe que preparó en nombre de las delegaciones latinoamericanas había algunas frases que luego se harían famosas:

> No es de la incumbencia del continente americano molestar al mundo con nuevos factores de rivalidad y discordia, ni restaurar, con métodos y nombres nuevos, el sistema imperial por el que las repúblicas llegan a la corrupción y a la muerte… [y] Todas las naciones han de conservar libres sus manos para que cada país se desarrolle sin trabas, de acuerdo con su naturaleza distintiva y sus elementos individuales.

En 1891, Martí extendió su programa de instrucción revolucionaria a los trabajadores del tabaco de Tampa. En enero de 1892 reorganizó a sus seguidores en el Partido Revolucionario Cubano y convenció a muchos trabajadores cubanos de Estados Unidos, incluidos los de Florida, para que contribuyeran a él con la décima parte de sus ingresos. Martí pasó a ser respetado como orador al mismo nivel que como escritor. A principios de 1892 fundó un periódico, *Patria*, en Nueva York, que editaba un negro puertorriqueño, Sotero Figueredo. En abril, los distintos grupos políticos de exiliados cubanos en Estados Unidos adoptaron un programa revolucionario al que dieron forma en un documento ideado en marzo («las Bases»). En él

se prefiguraba «una guerra corta y generosa» de «espíritu y métodos revolucionarios», para conseguir un Estado capaz de garantizar la prosperidad permanente de los cubanos y de cumplir en la «vida histórica del Continente, las difíciles obligaciones que recaen sobre [Cuba]… debido a su posición geográfica». Este Estado liberaría a la isla de su dependencia del mundo exterior, y sustituiría la confusión económica del presente con una administración de las finanzas públicas que «abriría inmediatamente el país a las distintas potencialidades de sus habitantes».

El documento de Martí ya mostraba esa preocupación por una libertad completa, el deseo de huir tanto de España como de Estados Unidos, que han tenido los cubanos desde entonces.

En Madrid se estaba haciendo un último esfuerzo para asegurar la evolución pacífica de Cuba dentro del dominio español. Se elaboró un nuevo plan de gobierno civil para Cuba y Puerto Rico. Los asuntos exteriores y militares, la justicia, el orden público y la hacienda seguirían siendo responsabilidad de Madrid; de las obras públicas, comunicaciones, educación, sanidad y cuestiones de producción se encargaría un gobierno autónomo de la isla, que sería elegido por una asamblea de cubanos. Martí denunció estas reformas calificándolas de «trampas para los incautos» en *Patria*. Además, la arrogancia con que Maura, el ministro de Ultramar, presentó las reformas a las Cortes era como para molestar, más que para agradar. Pero un sector de los conservadores, dirigido por Ramón Herrera, amigo de Maura, se decidió a romper con sus negativos colegas y a formar un grupito de «reformistas» para apoyar la reforma. Durante unos meses cupo la posibilidad de que funcionara el plan de Maura; hasta Máximo Gómez admitiría más tarde que si hubieran llegado antes aquellas reformas, tal vez no habría habido una nueva rebelión.

Mientras el gobierno, en Madrid, seguía persiguiendo su objetivo de arreglar las cosas, sus antagonistas volvían a prosperar. En el otoño de 1893, las fábricas de tabaco de Florida, que habían cerrado durante el pánico financiero de mayo, volvieron a abrir. Los patronos cubanos, aprovechándose de la depresión, intentaron reducir los sueldos. Los obreros fueron a la huelga. Entonces, los patronos se pusieron de acuerdo con las autoridades españolas de La Habana para llevar la mano de obra de Cuba a Florida. Los trabajadores apelaron a Martí, como jefe del movimiento revolucionario cubano. Martí y un joven abogado de Nueva York, Horatio Rubens, consiguieron probar que la importación de mano de obra iba contra la ley norteamericana de contratos de trabajo de 1885. Con esto, los huelguistas lograron una victoria completa.

Con estos éxitos en su haber, Martí, en principio, deseaba fijar la fecha para el siguiente y, como él esperaba, definitivo alzamiento de Cuba contra España en febrero de 1894. Pero los hacendados (sobre todo en Puerto Príncipe) que estaban del lado de la rebelión deseaban terminar la recolección, y, una vez más, motivos económicos o comerciales retrasaron una rebelión cubana.

A finales de 1894, Martí, que ahora no tenía dinero y estaba enfermo con frecuencia, probablemente aquejado de tuberculosis, «trabajaba como un inspirado… La organización de la conspiración estaba cristalizando en Cuba… Los trabajadores de las fábricas de puros respondían noblemente… A finales de octubre, Martí hizo saber que contaba con 5000 dólares más». Teniendo en cuenta el conjunto de errores cometidos en el pasado, que eran innumerables, desde Narciso López hasta ahora, decidieron no iniciar ningún alzamiento hasta que al menos pudieran contar con cuatro provincias (de las seis existentes) dispuestas para la revolución, y con una provincia, además de Oriente, dispuesta a recibir a los jefes militares rebeldes. Entre-

tanto se formaron tres expediciones en el puerto de Fernandina, en Florida, cerca de Jacksonville. Pero, gracias al descuido o la traición de su jefe, el coronel López Queralta, las autoridades norteamericanas los capturaron a todos el 14 de enero de 1895. Fue un duro golpe. Aunque, de hecho, también sirvió de estímulo. Antes, nadie hubiera creído que Martí pudiera reunir una fuerza tan grande, y en secreto. Los que habían creído que Martí era un poeta y un soñador, quedaron más impresionados por «la perspectiva de su plan que por su frustración momentánea».

Dos semanas después, el 29 de enero, Martí, con un representante del interior de Cuba (Mayía Rodríguez), firmó la orden de que la nueva rebelión empezara el 24 de febrero. Inmediatamente enviaron un mensaje al agente de los exiliados en La Habana, Juan Gualberto Gómez, y el 31 de enero Martí salió de Nueva York para reunirse con Máximo Gómez en Santo Domingo. El 24 de marzo, en el pequeño puerto dominicano de Montecristi, en el norte de La Española, junto a la costa haitiana, Martí y Gómez lanzaron un manifiesto. En él prometían una «guerra civilizada», en la que se respetaría la propiedad privada del campo y no se atacaría a los españoles no combatientes. Los negros serían bien recibidos si querían participar, y se desechaba a todos los que decían que la raza negra era una amenaza para la libertad de Cuba, considerando que lo decían porque querían que el dominio español continuara indefinidamente. Al final, Cuba sería una república «diferente de las repúblicas feudales y teóricas de Hispanoamérica»; porque Cuba era «diferente de los pueblos liberados anteriormente». Esto era debido a la «responsabilidad cívica de sus soldados; la cultura y magnanimidad de sus artesanos; el uso apropiado y actualizado de un gran número de experiencias y riqueza; la singular moderación del campesino, acostumbrado al exilio y a la guerra». Habría un nuevo sistema económico, que proporcionaría trabajo a todos, y por lo tanto, una nación libre, bien situada entre las zo-

nas del mundo productoras de bienes industriales y agrícolas, que sustituiría a un país humillado, cuya prosperidad sólo podía conseguirse con la connivencia de la tiranía y de los ávidos explotadores. El documento terminaba con las palabras «la victoria o el sepulcro», que recordaba el grito de Garibaldi de «Roma o muerte».

Este nacionalismo en ebullición se debía principalmente al, propio Martí. De los demás jefes, Bartolomé Masó y José Miró Argenter habían nacido en Cataluña. Máximo Gómez era, desde luego, dominicano. Carlos Roloff, otro veterano de la década de 1870, era de origen polaco. Otros —Sanguily, el marqués de Santa Lucía (Cisneros Betancourt), Calixto García, supervivientes de la guerra de los Diez Años— eran criollos cubanos. Antonio y José Maceo, y Juan Gualberto Gómez eran mulatos. Flor Crombet y «Perico» Pérez eran negros (Crombet descendía de negros haitianos). Todos, incluso los que hacía poco que habían llegado a Cuba, estaban evidentemente convencidos de las posibilidades únicas de hacer de Cuba un «país nuevo» y ninguno estaba de acuerdo con la estructura económica existente ni con el sistema político español. Algunos miembros directivos del viejo grupo de los hacendados estaban con ellos, sobre todo los que se habían arruinado en la década de 1880, o sus hijos. Desde luego, las diferencias fundamentales entre la rebelión que empezó en 1895 y la de 1868 residían en que la antigua clase dirigente, que durante tanto tiempo había dominado la economía cubana, estaba ahora deshecha, y en que algunas de las plantaciones mayores ya estaban en manos de hacendados del norte.

Como la mayoría de las rebeliones cubanas, la guerra de independencia empezó antes de tiempo. Las autoridades españolas arrestaron en La Habana a los jefes rebeldes de la región occidental, los «generales» Julio y Manuel Sanguily, Pedro Betancourt, y a Juan Gualberto Gómez. No obstante, en el este de la

isla hubo varios alzamientos que se hicieron inmediatamente con el dominio local. Los autonomistas hicieron una oferta de mediación y fueron rechazados.

El capitán general español, Calleja, creía, evidentemente, para empezar, que con sus 16 000 hombres podía acabar con el nuevo alzamiento. Aun así, España envió inmediatamente una fuerza expedicionaria de 9000 hombres más, se suspendieron las garantías constitucionales y la prensa de La Habana quedó censurada. *La Época* de Madrid comentaba: «La prensa ha disimulado, en general, el mal efecto producido por el aspecto de las tropas que hoy salieron para Cuba. Lo malo es que estos uniformes grises, estas descoloridas gorras cuarteleras, la falta de banderas y armamentos, quitaban toda brillantez marcial a los soldados… parecían sencillamente masas uniformadas». Pocos días después, otro periódico de Madrid, *El Resumen*, publicó un artículo en el que sugería que se supliese la falta de voluntarios para puestos subalternos con un sorteo. Un grupo de oficiales jóvenes fue a pedir una explicación al director, Ángel de Luque. Este se negó a dársela. Los oficiales destrozaron las oficinas de la editorial y más tarde las imprentas. Al día siguiente, *El Globo* dio una versión de estos sucesos que los oficiales consideraron injusta, y también destrozaron las oficinas de *El Globo*. Se empezó a pedir que todas las ofensas contra el ejército español, incluida la difamación, fueran sometidas a tribunales militares.

Pocos días después se presentó el asunto a las Cortes y el antiguo «desfacedor de entuertos», Martínez Campos, se convirtió en capitán general de Madrid; aun así, la oleada general de descontento era tal que el jefe de gobierno, Sagasta, se sintió incapaz de afrontar la crisis. Aunque había echado atrás las reformas de Maura, no quería sostener una guerra en Cuba como había tenido que hacer durante un tiempo veinte años antes. A

final de mes cedió el paso a Cánovas, que volvió a introducir un gobierno conservador.

Cánovas se disponía a afrontar la crisis de 1895 con confianza. Estaba reanimado por su nuevo matrimonio con una mujer joven (que, no obstante, lo separó de sus antiguos amigos intelectuales); y la nación acababa de alentar a Martínez Campos para que lograra la victoria militar en Marruecos. Sin embargo, Cánovas estaba a merced de presiones contradictorias, sobre todo la de «el Joe Chamberlain de España», que en tiempos había sido su principal organizador, Romero Robledo, ahora un enemigo, apoyado por los imperialistas; un historiador explica que la política de Cánovas sólo se puede comprender a la luz de «su deseo de mantenerse a la cabeza de su partido frente a los distintos grupos de presión de Madrid», y por supuesto sus dificultades de Cuba siempre ocupaban un segundo puesto comparadas con las que tenía dentro de España.

Los constantes intentos de los políticos durante los últimos quince años para conseguir una reforma de Cuba dentro del sistema español habían fracasado. Se dejó de lado a los unionistas constitucionales. Se suspendieron las reformas. El 28 de marzo, como era de esperar, Cánovas nombró a Martínez Campos, el gran defensor del imperio español en sus últimos días, capitán general en sustitución de Calleja, y dispuso el envío de 7000 hombres, armados con remingtons más que con máusers. El general salió de Cádiz el 4 de abril. Para entonces, Maceo, Flor Crombet y el hermano de Maceo, José, habían salido de Costa Rica y, el 1 de abril, Martí, con Máximo Gómez y cuatro compañeros, había salido de Santo Domingo: dos grupos de hombres valientes e inteligentes cruzando los mares, unos en barcos pequeños, otros en un gran convoy, para entablar una guerra en Cuba, lugar de cita adonde los convocaban varias generaciones de hacendados y políticos imprudentes.

20

La nueva América

José Martí había actuado con rapidez, por más de un motivo. En mayo iba a escribir:

> Es deber mío… evitar, mediante la independencia de Cuba, que Estados Unidos se extiendan por las Indias Occidentales y caigan con mayor fuerza sobre otras tierras de nuestra América. Todo lo que he hecho hasta ahora y todo lo que haga de ahora en adelante tiene esta finalidad… Conozco al Monstruo, porque he vivido en su cubil, y mi única arma es la honda de David.

Desde luego, Estados Unidos, la nación donde había estado viviendo durante catorce años, mostraba una nueva actitud, semejante a aquel expansionismo sudista que había caracterizado a la política exterior norteamericana antes de la guerra civil, y que ahora surgía más poderoso y, aunque igual de estridente, contando con un apoyo más amplio. La matanza de Wounded Knee, en 1890, señaló una línea divisoria en la historia de Estados Unidos. A partir de entonces pareció que no se podía conquistar más tierra en el lejano Oeste. Ya en la década de 1870 había más gente trabajando en la ciudad que en las granjas. En 1890 el capitán Mahan publicó su famoso libro en el que describía al poder marítimo como la clave de la grandeza de las naciones, y Estados Unidos construyó su primer acorazado. El año anterior, al encontrarse con la flota alemana en Samoa se les había ocurrido que, naturalmente, estos «enormes castillos de acero» eran necesarios, incluso para un país tan eminentemente pacífico como Estados Unidos; pero, después de todo, Estados Unidos, ¿era pacífico? Ahora estaba llegando a la madurez una nueva generación de norteamericanos que sólo habían conocido la guerra civil desde la barrera. Estos hombres jóvenes (y el jingoísmo era mucho más popular entre los jóvenes que entre los viejos) empezaban a sentir que ellos también

tenían que demostrar que eran tan valientes como sus padres, a quienes habían oído hablar muchísimas veces de Appomattox y de Gettysburg.

Esta actitud era algo más que la simple reacción de unos jóvenes que se sentían importantes. Durante los años que Martí pasó en Nueva York los barcos de inmigrantes llegaban a cientos. Desde luego, hacía mucho tiempo que Estados Unidos había rebasado la población de Inglaterra, y en 1890, con casi setenta millones de habitantes sobrepasaba a cualquier país europeo. Dentro de esta sociedad las tensiones eran considerables. En 1892 Estados Unidos superó a Inglaterra en la producción anual de acero y, por lo tanto, ya prometía ser, antes de empezar el siglo XX, el país industrial más poderoso del mundo. Producción y poder marítimo reunidos significaban comercio y, para decirlo con las curiosas palabras del senador Beveridge en 1898, se dieron cuenta de que las fábricas estadounidenses

> están produciendo más de lo que puede consumir el pueblo norteamericano… Nuestra política está escrita por el Destino… el comercio mundial debe y puede ser nuestro. Y lo conseguiremos: nuestra Madre Inglaterra ya nos ha enseñado cómo se hace… Cubriremos el océano con nuestra flota mercante. Construiremos una flota a la medida de nuestra grandeza. Alrededor de nuestros puertos comerciales surgirán grandes colonias, que se gobernarán a sí mismas, enarbolarán nuestra bandera y comerciarán con nosotros. A continuación vendrán nuestras instituciones… Y la ley americana, el orden americano, la civilización americana y la bandera americana se implantarán en tierras hasta entonces sanguinarias e ignorantes, que se convertirán en hermosas y alegres gracias a esos enviados de Dios.

Estaba creciendo un grupo de presión cada vez más poderoso, por lo general expansionista, entre cuyos dirigentes se contaba Roosevelt. Consideraban que Estados Unidos debía abandonar su «materialismo» que sólo miraba al interior y ejercer el poder que en realidad poseía.

Este expansionismo tuvo efectos también en Cuba. En parte, la condición inestable de la isla invitaba a que surgieran tales sentimientos, aunque los expansionistas se fijaran incluso en el

sereno México, que estaba en calma bajo la dictadura de Porfirio Díaz. Pero lo que parecía más apetecible era la riqueza de Cuba. Un financiero norteamericano escribía a principios de 1895: «Se me hace la boca agua cuando pienso que Cuba pueda pertenecer a nuestra familia». Otros pedían la incorporación de Cuba a Estados Unidos para reforzar el sistema defensivo norteamericano.

Esta América contaba con una nueva voz colectiva en el «nuevo periodismo». Porque en la prensa norteamericana había empezado una nueva carrera para conseguir grandes tiradas. Los protagonistas de la contienda eran el *Journal* de Hearst y el *World* de Pulitzer con el apoyo del *Sun*, editado por el amigo de Martí, Dana. En un artículo publicado el 25 de septiembre de 1898 en el *Journal*, Hearst exponía claramente su ideología:

> Bajo un gobierno republicano, los periódicos forman y expresan la opinión pública. Sugieren y controlan la legislación. Declaran las guerras. Castigan a los criminales, especialmente a los poderosos. Recompensan las buenas acciones de los ciudadanos de cualquier sitio haciendo pública su aprobación. Los periódicos controlan a la nación…

El nuevo periodismo apoyó a los rebeldes cubanos desde el principio; sólo se mostraron algo circunspectos el *Evening Post*, editado muy cuerdamente por E. R. Godkin, y el *New York Herald*, que dirigía desde París Whitelaw Reid. El *Sun*, de Dana, declaraba el 28 de febrero: «¿Por qué la monarquía española tiene que ejercer por más tiempo su despótica autoridad sobre el pueblo de esta isla radiante?… deseamos éxito a todo el que luche por la emancipación». Poco después, en marzo de 1895, Henry Cabot Lodge, íntimo amigo de Theodore Roosevelt, se pronunció de un modo habitual, aunque algo pasado de moda: «Desde Río Grande hasta el Océano Ártico no debería haber más que una bandera… cuando se construya el Canal de Nicaragua, la isla de Cuba, todavía poco explotada y de una fertilidad casi sin límites, se convertirá en algo necesario», y cuando, el 8 de marzo, una cañonera española disparó contra el barco

mercante norteamericano *Alliance* se produjeron las habituales protestas: «¡Han disparado contra nuestra bandera!… Insulto intencionado… me hace hervir la sangre». El *Post* replicaba serenamente el 15 de marzo: «No hay nada más vergonzoso… que el hecho de que las personas que preparan para las hostilidades a la opinión pública no sean quienes se propongan luchar personalmente sino quienes esperan sacar dinero del espectáculo de las muertes y destrucción de otros hombres». Pero hasta el relativamente tranquilo *Tribune* razonaba el 27 de marzo: «Si Cuba desea unirse a Estados Unidos… y si nos encontramos con que los habitantes de la isla están llamando a la puerta para que se los admita en la Unión, no será fácil dejarlos fuera».

Se continuará especulando sobre la causa de que precisamente estas ideas jingoístas cuajaran con tanto éxito entonces y allí. ¿Fueron creadas por la prensa, o esta respondía a una actitud? Indudablemente el rumbo de la política norteamericana de principios de la década de 1890 se dirigía hacia una situación en la que este tipo de prensa amarilla podía ejercer una influencia enorme comparada con la de diez años antes.

Para ayudarlos en su tarea de aumentar las tiradas a base de sensacionalismo, estos periódicos contaban con el servicio de información de la junta cubana de Nueva York. A la cabeza de este cuerpo, ahora empobrecido, estaba Tomás Estrada Palma, que, durante poco tiempo, había sido «presidente» de los rebeldes cubanos en la guerra anterior, y que se había pasado el intervalo dirigiendo una escuela privada cuáquera para chicos cubanos en Central Valley, al norte del estado de Nueva York. Estrada Palma y sus ayudantes (en el Hotel Raleigh, de Washington, o en el 120 de Front Street, en Nueva York) se dedicaron a alimentar a Pulitzer, del *World*; a Hearst y a otros, a base de estimulantes, heroicas, y a veces ciertas, noticias de victorias y atrocidades. Una liga cubana de ciudadanos norteamericanos

procubanos organizó clubes por todo Estados Unidos. De hecho, Estrada Palma y sus dos principales agentes, Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, se habían hecho ciudadanos de Estados Unidos, junto con muchos de sus partidarios (que se ocupaban de enviar armas y de organizar la información procedente de Cuba). Las relaciones cubano-norteamericanas, como siempre, permanecieron en la sombra de la ambigüedad.

21

La guerra de 1895

Los principales protagonistas de la guerra cubana que ahora volvía a empezar —Martí y Máximo Gómez, los hermanos Maceo, Martínez Campos— llegaron a la isla a primeros de abril, pero en diferentes circunstancias. Los hermanos Maceo desembarcaron en la playa de Derata. Fueron perseguidos y separados. Antonio Maceo vivió durante unos días a base de naranjas ácidas, y hasta pasados trece días no se reunió con algunos de sus escasos seguidores. A Flor Crombet lo mataron. Martí desembarcó en Playitas, en el extremo sudeste de Cuba, con gran dificultad, y sobre esto escribió en su diario:

> Bajan el bote. Llueve mucho cuando salimos. Llevamos una dirección equivocada. Opiniones contradictorias en el bote. Otro aguacero. No dominamos el timón. Seguimos en marcha. Cojo los remos. Salas rema con firmeza. Paquita Bornero y el General ayudan en la popa. Sujetamos los revólveres. Nos dirigimos hacia un claro. La luna aparece roja… desembarcamos en una playa rocosa…

Martínez Campos, por otra parte, llegó prepotente a La Habana el 15 de abril, como comandante en jefe y capitán general que había sido casi veinte años antes: bandas, salvas y vítores de los españoles le saludaron a lo largo de las avenidas. El gran procónsul había vuelto a la última frontera del imperio español.

A principios de mayo, Martí, Máximo Gómez y Maceo consiguieron reunirse en la central La Mejorana. Trataron de la cuestión crítica del control civil o militar. Maceo quería que todo quedara controlado por una junta militar hasta que llegara la victoria. Martí no estaba de acuerdo. No hubo avenencia. Martí, descorazonado, concedió una entrevista al *New York Herald* y se fue con Gómez a encontrarse con el cubano-catalán Bartolomé Masó. El 19 de mayo, un coronel español, Ximénez de Sandoval, sorprendió a Gómez, y en una escaramuza en Dos

Ríos, dieciséis kilómetros al este de Bayamo, mataron a Martí, que se destacaba por su caballo blanco. Así perdieron los rebeldes a su jefe civil más prominente y, con mucho, su pluma más incisiva y su mejor organizador. Si hubiera vivido habría sido, sin duda, el primer presidente de una Cuba independiente, y es imposible creer que la historia cubana se hubiera desarrollado del mismo modo. Pero su muerte proporcionó un mártir a los cubanos. Dejó un gran cuerpo de escritos, sobre todo artículos, a los que las futuras generaciones se referirían como otros citan a Marx o la Biblia. De la inmensa mole de su obra se han extraído frases para demostrar casi todos los puntos de vista.

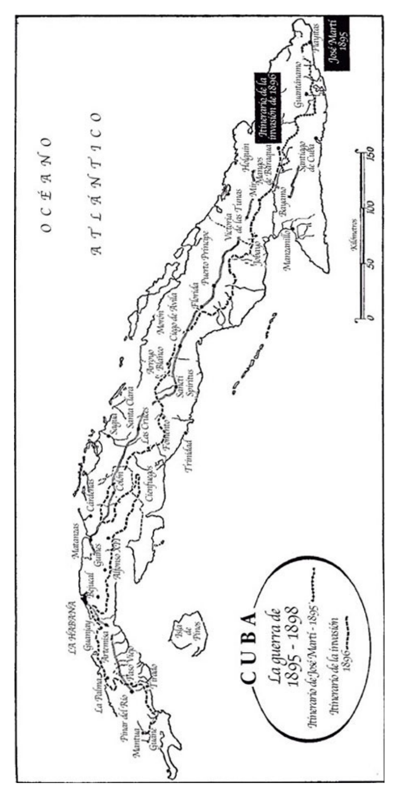
Fue una figura desconcertante y a menudo contradictoria: ¿creía realmente que, como dijo en su poesía más famosa, "La rosa blanca", hay que presentar la otra mejilla a la crueldad? "¿Que el dolor es vida… que el hombre necesita sufrir… que la muerte es el seno sublime donde se forjan todos los reinos sublimes"?». No es muy probable. Sus puntos de vista religiosos eran ambiguos: «La religión es la forma de la creencia natural en Dios». Es evidente que durante muchos años le preocupó la muerte más que Cuba:

Yo soy bueno y, como bueno,
moriré de cara al sol,

de donde, cuarenta años más tarde, Dionisio Ridruejo y otros sacarían la primera línea del himno de Falange Española (*Cara al sol*).

Indudablemente, Martí fue más allá que la mayoría de sus contemporáneos en la afirmación de la igualdad de razas, y su originalidad reside en esto y en su hostilidad hacia cualquier relación con Estados Unidos. Sus puntos de vista precisos sobre el futuro de Cuba eran siempre románticos, nunca explícitos. Cuba había de estar libre de Estados Unidos tanto como de España, habría una educación a gran escala, y Cuba se colocaría en un lugar preeminente por sus numerosas virtudes junto con

las demás repúblicas sudamericanas. No pensaba en el socialismo, y parece que Martí creyó que el cultivo de la tierra era la única actividad verdaderamente honrada, y que quien plantase árboles tenía derecho a beneficios adicionales. O sea que tenía principios sociales arraigados, aunque mal organizados, y a juzgar por sus muchos escritos parece más un contemporáneo de Rousseau que de Marx; y aunque se puso al lado de los anarquistas que fueron ahorcados tras los disturbios de Haymarket, en Chicago, en 1886, no tomó partido por el anarquismo.



La guerra de 1895-1898.

El extraordinario atractivo que tuvo para los cubanos se explica por su gran energía, su capacidad organizadora, su sensitiva proclamación de una identidad cubana separada de la de Estados Unidos, y por la creencia en que, a pesar de su origen europeo y su larga estancia en Norteamérica, era un verdadero

«hijo de los trópicos», el más cubano de los cubanos. No obstante, él siempre hablaba como hispanoamericano, no como cubano localista. Fue un espíritu ardiente y generoso, aunque lleno de contradicciones y confuso en sus objetivos políticos.

El sucesor de Martí como presidente provisional de la república rebelde fue Salvador Betancourt Cisneros, marqués de Santa Lucía, una mera figura decorativa. El poder propiamente dicho estaba basado en un acuerdo tácito entre los generales —Máximo Gómez, Maceo y, más tarde, Calixto García— y algunos paisanos, dirigidos por Bartolomé Masó, que había sido elegido presidente del Parlamento rebelde. En realidad, la dirección estaba en manos de los generales. Su tarea nunca fue fácil. Aunque no habían de afrontar la crítica irritante de los propietarios de esclavos que había caracterizado a la guerra de 1868-1878, las fuerzas españolas supusieron, desde el principio, un problema militar mucho más serio. Por ejemplo, parece que en 1895 había de 6000 a 8000 revolucionarios, y en cambio 52 000 españoles, que contaban con diecinueve buques de guerra, de los cuales, seis pasaban de las 1000 toneladas. Sin embargo, esta diferencia numérica puede llamar a engaño. Casi desde el principio, pareció que los españoles estuvieran luchando contra una revolución, no haciendo una guerra. En el este de Cuba, todas las clases sociales, abierta o secretamente, apoyaban la rebelión; a veces, incluso los miembros de la Guardia Civil. Las distintas unidades del ejército rebelde (formadas en ocasiones por varios centenares de hombres a caballo, que operaban de modo independiente) se mantenían firmes sin gran dificultad en las regiones montañosas; montaban sus cuarteles generales en granjas y pueblos remotos, y de vez en cuando hacían una incursión para amenazar las carreteras que unían ciudades como Bayamo o Santiago; se les unieron o reclutaron muchos de los bandidos «revolucionarios» que habían aterrorizado la zona central de Cuba durante los años anteriores a la

guerra. (Al bandido más famoso, Manuel García, lo mataron el primer día de la guerra tras haber robado un barco como primer acto de su compromiso con la causa rebelde). Había criminales puros y simples, como Aranda (que había asesinado a su mujer), más tarde presidente del Consejo de Veteranos de Guerra, que luchaban para escapar a la justicia. Esteban Montejo recordaba que «lo que más hice durante la guerra fue robar animales». Los combatientes a menudo decían que habían andado treinta horas sin comer. El ejército español, que no contaba con grandes refuerzos, se dedicó a vigilar las carreteras y las ciudades por miedo a que sufrieran daños, mientras que el campo cayó rápidamente en un estado de anarquía.

A pesar de la lejanía y de la falta de eficacia de la rebelión, desde el principio se hizo evidente que la mayoría de los cubanos cifraban en ella grandes esperanzas. En junio de 1895, Martínez Campos escribía a Cánovas:

> Sólo los pocos españoles de la isla se proclaman como tales… el resto… odian a España; las masas, como resultado de la acción de la prensa y de los clubes… y del abandono en que se encuentra la isla desde Polavieja [es decir, desde principios de la década de 1890], se han entregado a la resignación y al libertinaje debido al… miedo… hasta los más timoratos estarían dispuestos a seguir las órdenes de los jefes insurrectos. Cuando se pasa por los bohíos del campo, no se ven hombres, y cuando se pregunta a las mujeres dónde están sus maridos e hijos, responden con terrible sinceridad: «En las montañas, con Fulano y Mengano».

En estas circunstancias, añadía Martínez Campos, la única política eficaz era la de la crueldad sistemática. Pero continuaba:

> Yo no puedo, como representante de un país civilizado, ser el primero en dar un ejemplo de… intransigencia. Debo confiar en que empiecen ellos. Podríamos concentrar en ciudades a las familias del campo [como ocurrió en 1870, en el este], pero se necesitaría mucha fuerza para obligarles, porque en el interior ya son muy pocos los que quieren ser voluntarios [españoles]… la miseria y el hambre serían terribles: entonces tendría que racionar la comida, y en la última guerra había que dar 40 000 raciones diarias. Esto aislaría al campo de las ciudades, pero no evitaría el espionaje, del que se encargarían mujeres y niños. Tal vez lleguemos a esto, pero sólo en última instancia, y yo creo que carezco de cualidades para lle-

> var a cabo una política de este tipo. Entre nuestros generales, en la actualidad, sólo Weyler tiene la capacidad necesaria para este tipo de política, pues es el único que reúne la inteligencia, valor y conocimiento de la guerra necesarios.

Reflexione, mi querido amigo, y si, después de discutirlo, aprueba usted la política que le he descrito, no tarde en revocarme de mi puesto. Estamos jugándonos el destino de España; pero yo conservo ciertas creencias y estas son superiores a cualquier otra cosa; me prohíben llevar a cabo ejecuciones sumarias y actos parecidos. Hoy, la insurrección es más seria y más poderosa que antes, en 1876. Sus dirigentes saben más y su forma de hacer la guerra es diferente de lo que era entonces…

Finalmente, el general Martínez Campos concluía:

> Incluso si ganamos en el campo de batalla y suprimimos a los rebeldes, dado que el país no desea que amnistiemos a nuestros enemigos ni que los exterminemos, mi opinión leal y sincera es que, con reformas o sin reformas, antes de doce años tendremos otra guerra.

Este general tan sensato, caso raro entre los jefes coloniales europeos por su sensibilidad, inteligencia y comprensión, continuó como capitán general durante algunos meses más. Su objetivo inmediato era evitar el principal propósito de Máximo Gómez: que la guerra se extendiera al oeste. Sin embargo, Gómez ya se había ido de Oriente, y Maceo se dedicaba a entrenar a los hombres en las montañas, aunque los hombres de Oriente se mostraban algo reacios a marcharse de su propia provincia: hasta el hermano de Maceo, José, vacilaba ante la idea. En julio, Martínez Campos estuvo en Oriente, y estuvo a punto de acabar con Maceo entre Bayamo y Manzanillo: pero fracasó, y todo un general español, Santocildes, murió en el intento. A él mismo casi le capturaron en Peralejo. Las bajas españolas aumentaron al llegar el caluroso verano, y enviaron a España a casi una quinta parte de los hombres recién llegados, porque en agosto estaban enfermos, sobre todo de fiebre amarilla. Gómez, entretanto, andaba por los alrededores de Puerto Príncipe, dedicándose a quemar y destruir cañaverales, aunque fuera en

la provincia azucarera menos productiva de todas. Más al norte de la isla, de momento no había gran alarma. En junio, Edwin Atkins escribía desde su gran hacienda Soledad, junto a Cienfuegos: «En nuestras haciendas todo marcha bien».

A mediados de octubre, Gómez tomó la crucial decisión de extender la guerra por allí, y luego hacia el oeste, es decir, sólo al cabo de seis meses de iniciado el conflicto, en contraste con la dilación de siete años de la guerra anterior. Incluso ahora hubo algunas quejas, pues el vicepresidente civil, Masó, era partidario de hacer sólo guerra de guerrillas. Gómez y Maceo, a pesar de todo, con 500 hombres a pie y más de 1000 a caballo, rompieron la antigua línea de trochas que iba de Júcaro a Morón, burlando a los españoles a base de rapidez, actuando en muchas bandas, a menudo mal coordinadas, dedicándose a la destrucción de fincas, ordenando generalmente a los habitantes de las casas que salieran de ellas antes de quemarlas y de saquear sus posesiones. Los rebeldes avanzaban al son de una canción, el «Himno invasor», compuesto por Loynaz del Castillo, con las banderas de la libertad desplegadas, viviendo de lo que encontraban y creando una leyenda inextinguible.

A finales de noviembre, el gobierno cubano provisional entró, tras los generales, en Las Villas, y en Navidad, las columnas dirigidas por Gómez y Maceo estaban en Coliseo, no muy lejos de Matanzas. La zona de plantaciones verdaderamente ricas, los antiguos feudos de Zulueta y Baró, Antonio Parejo y Pedroso, empezaban a resentirse. Varias ciudades pequeñas pero ricas, como Cidra, que habían crecido en 1850 y 1860 en Matanzas, fueron destruidas. Este era el momento de la verdad que los rebeldes de 1870 habían ansiado en vano. No había muchas batallas, pues los cubanos ponían todo su interés en evitar nada parecido a una batalla campal. Sin embargo, La Habana parecía amenazada, y parecía cierto que la cosecha de azúcar de 1896 se perdería.

Edwin Atkins, que desde el principio era partidario de la autonomía, intentó, como muchos hacendados, tomar una vía intermedia:

> Se han mandado órdenes a Soledad para que muestren respeto a las instrucciones de las autoridades españolas, civiles y militares, y presten toda su ayuda al transporte de tropas, se nieguen a acceder a todas las peticiones de dinero de los insurgentes e informen de las mismas cablegráficamente, aunque al mismo tiempo no ofrezcan resistencia a estos últimos si aparecen por allí.

Pero el representante local de Atkins, Williams, escribía el 24 de noviembre:

> Parece que el plan de mantenerse en una vía media ya no se puede sostener. Para proteger sus grandes intereses y nuestras propias vidas ahora se hace necesario que nos unamos al bando que defiende la ley y el orden.

Por supuesto, la mayoría de los hacendados tenía el mismo punto de vista.

En diciembre, un representante de Atkins (Walter Beal) fue a Nueva York a quejarse ante Estrada Palma de que se quemasen las propiedades. Estrada respondió que sólo se respetaría la propiedad de los ciudadanos norteamericanos si Estados Unidos reconocía oficialmente la beligerancia de los rebeldes. Por lo tanto, continuaron los incendios: «En toda la zona que va desde el mar hasta las montañas de Trinidad había un infierno rugiente de incendios», escribía el capitán Beal a Atkins el 27 de diciembre, «y no podíamos ver más que humo, ruinas humeantes, grupos de pobre gente a pie… casas quemadas y ropas robadas». Las plantaciones formaron milicias, constituidas por hombres de aquí y de allí, de acuerdo con las fuerzas locales españolas. Aun así, todo era sombrío en todas partes; el agente de la central Soledad escribía el último día del año 1895: «Indudablemente se diría que el fin no puede estar muy lejos».

Ahora se hizo más clara la condición de los rebeldes. Unos calculan que la proporción de negros era de un 80 por ciento. Más adelante, los propios negros afirmaron que ellos constituían el 85 por ciento de los alineados en las filas rebeldes.

Habría que hacer una distinción entre los rebeldes locales o bandidos y las fuerzas principales a las órdenes de Gómez y Maceo. El capitán Beal decía de los 150 hombres a caballo y a pie que estaban a las órdenes de Quintín Banderas:

> No exagero al hablar de su comportamiento excepcional y de su buena disciplina. Estaban aquí en unos momentos de prueba, hambrientos, descalzos y semidesnudos; sin embargo, ni uno de ellos cogía la más mínima cosa para sí mismo sin permiso, y ni uno de ellos se metía en una casa. Están pidiendo a sus oficiales que les lleven a atacar alguna ciudad para poder vestirse.

En cambio, el capitán Beal tuvo que soportar las atenciones de un jefe de guerrilla local conocido por «el Mexicano»: el 21 de enero de 1896 llegó a eso del mediodía al batey de Guabairo.

> Borracho como una cuba, ordenó que matasen cuatro bueyes y que hicieran el desayuno para toda la fuerza. Estaba tan borracho que se había olvidado de que ya habían desayunado. Me informó de que, según sus informaciones, yo había ofrecido 10 000 dólares por su cabeza y que había venido… con el propósito de quitarme la vida… Una vez sacó su machete y se lo pasó a uno de sus hombres como si tuviera miedo de tenerlo en su poder. Sin embargo, como estuvo allí dos horas, bebiendo aguardiente, a intervalos muy cortos, acabó tan totalmente borracho que olvidó a qué había venido, me pidió tres céntimos y se fue…

Después quemaron completamente la plantación San Francisco, porque el Mexicano ordenó a sus hombres que sacaran sus machetes y «quemaran a diestro y siniestro».

Cifras de rebeldes cubanos, diciembre de 1895

Máximo Gómez (Matanzas)	5.000	Vidal (Sagua)	600
Antonio Maceo (Matanzas)	4.000	Cebreco (Santiago de Cuba)	500
José Maceo (Santiago de Cuba)	3.000	Zayas (La Habana)	500
Lacret (Santa Clara)	2.500	Rafael Socorro (Cienfuegos)	200
Núñez (La Habana)	1.600	Rúen (Guantánamo)	200
RolofF (Santa Clara)	1.500	Miró (Santiago de Cuba)	400
Rabí (Santiago de Cuba)	1.000	Ignacio Suárez (Sagua)	200
Cortina (Santa Clara)	1.000	Juan Bravo (Trinidad)	200
Quintín Banderas (Sancti Spiritus)	1.000	Pajarito (Remedios)	200
Bermúdez (La Habana)	500	Muñoz (Cienfuegos)	50
Pancho Pérez (Santa Clara)	800	Clotilde García (Cárdenas)	600
Perico Díaz (Santa Clara)	500	Luis Chapotín (Cárdenas)	400
Basilio Guerra (Las Villas)	800	Perico Cárdenas (Cárdenas)	500
Lino Pérez (Trinidad)	700	Robau (Cárdenas)	500
Castillo (Sagua)	500	R. Carrillo (Matanzas)	400
		TOTAL	**29.850**

(Cálculo hecho por el corresponsal de Le Temps en La Habana, cit. A. S. Rowan y M. M. Ramsey, The Island of Cuba (1898), 166-167. Una distribución parecida publicada en el Congressional Record de Estados Unidos, 23 de marzo de 1896 [p. 3424] daba un total de 42 800. Pero probablemente el número máximo de combatientes nunca superó los 25 000).

La columna de Maceo merece atención especial. En su mayoría eran negros, armados con machetes y unos pocos rifles recortados para hacerlos más eficaces. No estaban aprovisionados de un modo regular, pero, acostumbrados a vivir en los bosques, comían de lo que encontraban por el campo. Expertos jinetes, iban montados en caballos que capturaban sobre la marcha. En cambio, otras fuerzas, sobre todo las instaladas en provincias como Cienfuegos con una base permanente, habían organizado un sistema muy complicado de centinelas en las cumbres de las montañas, cultivaban verduras, armaban peleas de gallos y bailes de un modo regular, y habían instalado a sus familias. Al pie de las montañas y en las ciudades, el ejército español trataba, sin resultado, de mantener la normalidad de la vi-

da. Los reclutas de Cataluña o de Castilla actuaban de un modo imprudente e irregular. Los oficiales se desesperaban. Las empresas locales cerraban. Aumentaban las quiebras.

Mientras tanto, en la Navidad de 1895, Estados Unidos también se encontraba en un estado de extraña agitación. Una pequeña disputa con Inglaterra sobre los límites de Venezuela con la Guayana Británica amenazaba con hacerse explosiva. No se excluía del todo la posibilidad de una guerra; esta idea resultaba agradable en algunos sectores. Por ejemplo, Theodore Roosevelt había escrito a su amigo Lodge:

> Que venga la lucha si ha de venir. No me importa que nuestras ciudades costeras sean bombardeadas o no; nos apoderaremos de Canadá… Personalmente, tengo bastantes esperanzas en que llegue pronto la lucha. El griterío del sector pacifista me ha convencido de que este país necesita una guerra.

En el *New York Evening Sun* del 23 de diciembre, Roosevelt bordaba el tema:

> Es posible que bombardeen algunas ciudades americanas, pero no vamos a pagar un rescate por ellas. Es infinitamente mejor ver arrasadas las ciudades que ver pagar un solo dólar a un enemigo para comprar su seguridad. [Más adelante escribió en privado]. Me es difícil no desear una guerra con España, porque una guerra así daría como resultado inmediato la construcción de una flota decente.

Entretanto, el *New York Journal* de Hearst había aumentado enormemente la violencia en la escena norteamericana. En la prensa de Nueva York y sobre todo en la del Medio Oeste habían empezado a aparecer relatos destinados a describir la crueldad española; el *Journal* abría la marcha. De hecho, todos ellos no se basaban tanto en la realidad como en las atrevidas falsificaciones que emanaban de Estrada Palma y la junta cubana. A pesar de todo, servían para crear una demanda general de «acción», tanto en el Congreso como fuera de él. Además, los mismos españoles fomentaban estas demandas, al publicar constantemente su prensa noticias de victorias, no menos falsas que las noticias de atrocidades. Los periodistas norteamerica-

nos encontraban difícil la penetración hasta los verdaderos escenarios de la lucha y, establecidos en La Habana, transmitían toda clase de informaciones desde los bares. Nunca hasta entonces había sido tan grande la confusión entre la verdad y la realidad: los nuevos sistemas de comunicación de masas, mal dirigidos, empezaron a jugar con una guerra que se asemejaba más a las del siglo XX que a las del XIX por el número de civiles involucrados en ella. Pero la decepción reinaba en todas partes. Así, el joven Winston Churchill, que este invierno sirvió como voluntario en el ejército español en Las Villas (donde, naturalmente, recibió su bautismo de fuego), impresionado por la propaganda española, escribió al volver: «Los rebeldes cubanos se autocalifican de héroes y son sólo unos fanfarrones y jactanciosos. Si triunfa la revolución, Cuba será una república negra»; y: «Ni luchan con valor ni usan las armas con eficacia… Su ejército, constituido en gran medida por hombres de color, es una chusma indisciplinada». Sin embargo, es evidente que Churchill se lo pensó mejor. Un año más tarde escribió a su madre:

> Me arrepiento un poco de haber escrito algo insinceramente y de no haber hecho justicia, tal vez, a los insurgentes. Yo más bien trataba de justificar, y en cierto modo lo conseguí, la situación de España. Era lo político y no me exponía a la acusación de ser ingrato con mis anfitriones, pero no estoy totalmente seguro de haber tenido la razón.

Ahora, el general Martínez Campos tenía que hacer una difícil elección: responder a una guerra irregular con las medidas más duras, a una guerra terrorista con el terror, o dimitir. Se decidió por esto último el 16 de enero de 1896. Para entonces, Maceo había pasado cerca de La Habana y había llegado casi al extremo más occidental de la isla; Gómez estaba en los alrededores de La Habana. «Si he fracasado —telegrafió Martínez Campos a Cánovas el 20 de enero— yo soy el único responsable. El gobierno no ha limitado mi actuación de ningún modo, ni política ni militarmente. No he acertado a utilizar los medios y los plenos poderes que me habían sido concedidos».

¿Quién sucedería a Martínez Campos? Evidentemente, el único modo de ganar la guerra era adoptar la táctica que él había sugerido; y el «único hombre» para esto era el entonces capitán general de Cataluña, Valeriano Weyler, marqués de Tenerife. Cánovas era un pragmático. Sin duda, cuando nombró a Martínez Campos esperaba que pudiera ser factible una conciliación del tipo de la de Zanjón. Como Martínez Campos no había podido ni siquiera aproximarse a esto, la única alternativa era nombrar a un general capaz de conseguir la victoria, aunque Cánovas, dado su conocimiento de la decadencia de la historia pasada de España, debía de darse cuenta, en el fondo, de que era muy posible que Martínez Campos hubiera tenido razón en su carta del año anterior y de que, incluso si se conseguía una victoria a corto plazo, vendría otra guerra unos años más tarde. Su actuación estaba influida, desde luego, por el efecto que pudiera producir en Estados Unidos y por su posible intervención, y por el efecto que pudiera producir en la política interior española. Como el presidente Cleveland, tenía que habérselas con una oposición de tipo nacionalista cuyo máximo representante era el «teórico» del carlismo, Vázquez de Mella: «Esta España, gloriosísima y todopoderosa en días mejores, no puede dejar una mancha roja en medio del océano». Además cabía la posibilidad de que, si se enviaban a Cuba todas las tropas españolas disponibles, se produjera un pronunciamiento en España —tal vez republicano— y se derrumbara la complicada estructura de la monarquía constitucional que Cánovas había tratado de construir durante toda su vida. Un fracaso militar en Cuba también podía provocar una actuación de tipo militar, tal vez por parte de los carlistas, es decir, los críticos de la derecha ortodoxa, que era mucho más poderosa en lo político que los pocos republicanos de izquierda o federalistas (como Pi y Margall), los cuales creían que Cuba había de ser libre. Naturalmente, este tema apenas se mencionaba, ni siquiera lo hacían los socia-

listas o anarquistas: para la mayoría de los españoles, Cuba era una provincia de España y nunca podría ser otra cosa. Esta actitud de propietarios quedó reflejada en las tranquilas elecciones generales de 1896, en las que los socialistas tuvieron sólo 600 votos, y Pi sólo 700. Sin duda, las cifras eran falsas, pero reflejaban algo real.

22

El general Weyler

El general Weyler fue a Cuba. Severo, obstinado e inhumano, era inteligente y serio, y respondía no sólo a lo que se le había ordenado sino también al tipo de guerra que ya le había impuesto el enemigo. Había sido agregado militar en Washington durante la guerra civil norteamericana, y admiraba a Sherman. En sus costumbres privadas era un puritano: en campaña era muy capaz de satisfacer su hambre con un trozo de pan, una lata de sardinas y una jarra de vino. Normalmente dormía en el duro colchón de un soldado raso. No fumaba ni bebía licores fuertes. Era seco y reservado, autoritario pero anticlerical. Era muy descuidado en el vestir y en sus últimos años llevaba siempre la ropa sucia porque le caía la comida sobre la pechera. Tenía sangre alemana, y era muy tenaz. Cruel con los hombres, amaba a los caballos y en Madrid sostenía una caballeriza para salvarlos del matadero. Tuvo una gran influencia en el ejército español, sobre todo entre los oficiales jóvenes y ambiciosos, entre los que se contaría, años más tarde, al futuro general Francisco Franco. Su fuerte salud y constitución le permitían llevar a cabo una guerra tropical como si hubiera nacido en una marisma. Había luchado en la primera guerra cubana y también contra los carlistas.

El primer comunicado de Weyler reflejaba claramente la gravedad de la situación:

> Cuando tomé el mando, Maceo estaba todavía en Pinar del Río, concretamente, aquel día, en Sabana del Mar, y el 11 en el molino de azúcar Laborí, cerca de Artemisa. Máximo Gómez se dirigía hacia Guayabal [32 kilómetros al oeste de La Habana] desde el molino Jamaica. Estaba acampado cerca del molino Portugalete, famoso por ser propiedad de don Manuel Calvo [el financiero que, en la guerra anterior, había sido representante de los «voluntarios»] y por estar muy próximo a la capital… [donde] reinaba el terror: mi predecesor había tomado medidas contra un ataque

> enemigo… en Correos y en los principales edificios públicos había equipos de «voluntarios» y de bomberos, y cada noche, este admirable cuerpo vigilaba el sector externo de la ciudad, para impedir un ataque… la comida sólo podía llegar desde el campo a condición de pagar a los rebeldes el impuesto que ellos pidieran… Al día siguiente de mi llegada, impidieron el aprovisionamiento de leche. Debería añadir que en la propia capital había conspiraciones, que entraban y salían municiones de diferentes tipos, y que… se había desvanecido todo respeto por la autoridad. En todas partes murmuraban contra España, en todas partes críticas y quejas… [Nuestras] distintas columnas, constituidas por contingentes aislados procedentes de cuerpos diferentes, y dirigidas por oficiales que no conocían, estaban deprimidas y no recibían alimento de un modo regular. Había tal anarquía que, cuando los oficiales pasaban por un puesto militar, dejaban allí a algunos hombres y cogían a otros nuevos. Las tropas tenían que abarcar un número enorme de granjas y pueblos… o sea que, cuando un contingente era atacado por el enemigo, no contaba con ningún refuerzo positivo, y así se veía obligado a contemplar cómo ardían los cañaverales ante sus mismos ojos. Finalmente, la facilidad con que podían formarse guerrillas y fuerzas de voluntarios [en el bando español], concediéndose el grado de capitán o de comandante a cualquiera que lo pidiera, producía… una gran falta de unidad en el mando: muchos de ellos desistían al cabo de poco y se pasaban al enemigo con armas y municiones… Y como en el cuartel general no se tenía un conocimiento suficiente de todo esto, se comprenderá que el trabajo que me aguardaba era difícil e ímprobo.

En primer lugar, Weyler trató de aislar a Maceo en Pinar del Río, fortificando una nueva línea de norte a sur. Luego se propuso dividir la isla en más sectores, mediante otras líneas de norte a sur, volviendo a pertrechar, además, la trocha Júcaro-Morón de la guerra anterior. Dividió a la caballería para darle mayor movilidad, sustituyendo el sable de reglamento por el machete, que todavía usaban algunos escuadrones españoles. Reorganizó los batallones para que constituyeran columnas autosuficientes en cada zona. Redujo al mínimo el número de puestos militares en el campo, encomendando la defensa de las ciudades pequeñas a grupos de voluntarios. Reclutó «contraguerrilleros» cubanos para que lucharan en el campo y lo barrieran: a menudo los rebeldes les temían más que a los españoles. Pero el paso más discutido de Weyler (casi inevitable, como se deduce de la carta de Martínez Campos escrita en el mes de agosto anterior) fue el de ordenar la concentración de toda la

población de ciudades o pueblos situados en «zonas militares», en fortines específicamente destinados a la defensa, abastecidos por zonas especiales de cultivo. Dado que, a principio de 1896, la mayor parte de Cuba era «una zona militar», toda la isla se iba a convertir nada menos que en un inmenso campo de concentración. A estos proyectos se añadieron decretos que castigaban la traición con la pena de muerte; que ordenaban que se registrase a la población de todas las provincias del este; y que daban a los jefes militares poderes judiciales extraordinarios para juzgar, castigar, e incluso ejecutar a todo el que contraviniera estos decretos. A partir de entonces se descubrió que esta política (iniciada por los rebeldes a pequeña escala) es la única eficaz contra la guerra de guerrillas, como iban a comprobar pronto los ingleses en África del Sur, y Castro en la guerra de Escambray en 1960-1961.

Esta política, seguida con firmeza y energía durante todo 1896, implicaba la destrucción de la riqueza agrícola del país; y, desde luego, se calculó que el daño causado en el curso de 1896 era de unos cuarenta millones de dólares, aunque, evidentemente, las pérdidas totales fueron mucho mayores, teniendo en cuenta que los ingenios azucareros y las fábricas de tabaco no funcionaban.

El plan inicial de Weyler, de aislar a Maceo, fracasó. Pero, a pesar de todo, la llegada de Weyler transformó la moral de los habaneros y de la comunidad española en general. También transformó a la Junta de Nueva York, que trató de enviar cada vez más material y armas a Cuba y redobló sus esfuerzos para colocar historias de atrocidades, que tanto codiciaban el *Journal* de Hearst y el *World* de Pulitzer (el *Sun* de Charles Dana ya había abandonado la competición). Lanzados ante todo a la batalla de las grandes tiradas, Hearst y Pulitzer no veían, y no les importaba, que estaban siendo utilizados como instrumentos, ya que ayudaban a crear una atmósfera propicia para que el go-

bierno y la judicatura de Estados Unidos hicieran la vista gorda ante el envío de material que iba a hacer la organización de Nueva York a Cuba aquel mismo mes. En gran medida, esta campaña fue un éxito. A partir de entonces, cualquier líder rebelde de Cuba que saliera de la isla con una misión diplomática o comercial volvería a la cabeza de nuevas expediciones, con rifles, dinamita, machetes y municiones.

La única consecuencia de hecho fue que el secretario de Estado, Olney, envió a Madrid una nota, el 4 de abril de 1896, ofreciendo sus «buenos oficios»: «La situación existente [en Cuba] es de la mayor importancia para el pueblo de Estados Unidos [puesto que] a Estados Unidos le afectan todas las luchas en pro de la libertad…»; si se prolongaba la lucha, Estados Unidos se vería arrastrado a ella de un modo inevitable; por lo tanto, Estados Unidos intentaba llegar a un acuerdo con España para conseguir una pacificación inmediata de la isla, sobre la base del reconocimiento del derecho de soberanía español y de la concesión a Cuba de todos los derechos locales que fueran razonables. En estos momentos, Olney, viejo amigo de la familia Atkins, estaba en contacto con Edwin Atkins que, desde Nueva York y Boston, usaba la considerable influencia que tenía por ser el hacendado norteamericano más destacado de Cuba en favor de la autonomía y en contra del derecho de beligerancia. Atkins argüía que si Estados Unidos reconocía los derechos de beligerancia, destruiría los intereses norteamericanos existentes en Cuba, ya que, en consecuencia, no podrían ser defendidos legalmente por las tropas españolas. Atkins, personalmente, era un politiquero muy activo. Sin embargo, el propio Olney no necesitaba que le animasen mucho y dijo claramente a la junta que seguían una política de incendiarios, dedicándose a quemar haciendas. La junta ofreció a Atkins un soborno de 100 000 dólares para que cesara en sus actividades, y además le

prometieron que respetarían sus propiedades. Pero él se negó a aceptar el soborno.

La política de Olney y Atkins presuponía una solución del tipo de la de Canadá para Cuba, pero este plan era todavía inaceptable tanto para España como para los cubanos. Debido a la larga guerra de la década de 1870 y a la implicación en la lucha de toda la isla en 1895-1896, ahora el nacionalismo cubano estaba inflamado y a duras penas podía quedar satisfecho con algo que no fuera la independencia total. Al mismo tiempo, Cánovas aún no tenía intención de negociar con los cubanos, hasta que se hubiera establecido la paz. Se proponía negociar desde una posición de fuerza. Obstinado por naturaleza, pudo llevar a cabo esta política porque la resolución de Estados Unidos y las filípicas antiespañolas del *New York Journal* y del *World* habían provocado que, incluso la izquierda española, incluso los republicanos españoles, protestaran contra la «frívola propuesta» de que cualquier potencia extranjera pudiera discutir sobre «el incontestable derecho de soberanía de España». Otra vez, como en el pasado, el único disidente fue el anciano federalista Pi y Margall. Claro está, la belicosa prensa americana tuvo como efecto el de exacerbar la belicosidad de los españoles: así, en los titulares del liberal *El Heraldo de Madrid*, el 19 de marzo, se proclamaba la necesidad de «Cañones, no reformas» y se decía: «Estamos dispuestos a todo, incluso a luchar con Estados Unidos».

Así que Cánovas desechó la nota de Olney, recurriendo al viejo argumento de que «dada la mezcla de razas, la retirada de España de Cuba privaría a la isla del único vínculo unificador, dando lugar a una guerra inevitable entre hombres de diferente color, contraria al espíritu de la civilización cristiana». Cánovas estaba convencido de que Weyler ganaría, realmente, la guerra, y creía que ceder a la presión de Estados Unidos, no sólo haría caer a su gobierno sino que haría caer a su Constitución. Creía

que, una vez conseguida la victoria, podría conceder a Cuba las reformas administrativas.

Los primeros meses de 1896 parecieron indicar que esta política podía dar resultado. Cleveland reafirmó su postura neutral, prometiendo procesar a todo ciudadano norteamericano que ayudara a «cualquier» rebelde. De los gobiernos de América Latina, sólo el presidente Eloy Alfaro, del Ecuador, prestó algún apoyo a la rebelión. Porfirio Díaz, en México, había dicho a su ministro de Asuntos Exteriores, Gonzalo de Quesada, que creía que la victoria española era inevitable. Un joven escritor cubano, Enrique Varona, probablemente el más destacado polemista cubano, ahora que Martí había muerto, lanzó un llamamiento a los «pueblos de la América Latina», que no dio resultado. La mayoría de los pueblos sudamericanos, que estaban embotados bajo el mando de dictadores sanguinarios, sostenidos a su vez por ejércitos miserables, respondieron a la guerra de independencia cubana como si Bolívar hubiera sido un héroe epónimo legendario y San Martín un mártir oscuro en un siglo olvidado.

La guerra, en Cuba, continuaba con singular ferocidad. El 15 de abril, Máximo Gómez envió desde su cuartel general una circular en la que declaraba, refiriéndose a la recolección del azúcar: «Los propietarios de los molinos que continúen moliendo… serán ahorcados inmediatamente. Sólo es necesario identificarlos». Maceo todavía esquivaba la batalla campal, aunque a veces le siguieran muy de cerca. Finalmente se vio obligado a librar una pequeña batalla en Cacarajícara, donde perdió 200 de los 1500 hombres que le acompañaban (30 de abril de 1896), y otra en Las Lajas, a mediados de mayo, donde le mataron a 39. Ahora Weyler había construido un pequeño sistema defensivo que cruzaba la isla desde Mariel hasta Las Mangas, y Máximo Gómez, de momento, eludió responder tras un revés sufrido en Ciego Montero el 12 de mayo, en Las Villas. Las

marchas y contramarchas de Maceo continuaron todo el verano: los éxitos que alcanzaba se debían siempre a su capacidad superior de maniobra, y Weyler no podía frenar sus constantes avances (por lo menos en el oeste) debido al mal tiempo, las enfermedades y la falta de flexibilidad.

Además, Weyler tenía dificultades dentro de La Habana, donde encontraba, según su propia descripción:

> Muchos gérmenes de separatismo, que conspiran para ayudar a los rebeldes por todos los medios. Las fábricas de tabaco son sus centros oficiales, pues allí, los lectores leen libros y artículos separatistas, junto con noticias, falsas o exageradas, de la guerra y la revolución, fomentando entre los trabajadores el odio hacia España… Los sábados, después de recibir su paga semanal, se hace una colecta en favor de los rebeldes. Todo esto, dada… la destrucción de las plantaciones de tabaco, sobre todo en Pinar del Río, sólo puede desembocar en un descenso de trabajo en las fábricas, que deja parados a miles de trabajadores, los cuales, influidos por la propaganda anterior, van, de un modo natural, a sumarse a las filas de la insurrección…

Weyler pasó a prohibir la exportación de hojas de tabaco desde Pinar del Río, para que hubiera más disponibles en La Habana y para intentar arruinar a los cigarreros de Florida, que estaban a favor de los rebeldes de un modo irrevocable. A esta prohibición le siguió otra en junio de 1896, referente a las exportaciones de plátanos: se cerraron los pequeños puertos del norte de Oriente, Samá y Banes (rodeados e incendiados por los rebeldes). En agosto también se prohibieron las exportaciones de café y de azúcar excepto las que tuvieran autorización previa.

Así, Cuba, a mediados de 1896, presentaba un aspecto desolador. Muchas haciendas azucareras estaban inactivas. La mayoría de la población masculina se había unido a los rebeldes o a las fuerzas españolas de guerrilla, para no morirse de hambre. De momento no se había dado ninguna orden de concentración general, pero la mayoría de la población ya estaba recluida.

El capitán Beal, el colono de Cienfuegos, escribía a Atkins el 11 de julio:

> No se ha adoptado ninguna medida sanitaria. Las viruelas se extienden por todas las partes de la ciudad [Cienfuegos] donde hay viviendas. Se tiran a la calle los harapos utilizados para curar a los enfermos, y allí, el viento y los perros los llevan de arriba para abajo… Las viruelas y las fiebres perniciosas son fatales, sobre todo para los niños. Me he enterado de que han cavado una gran fosa en el cementerio, adonde arrojan a los muertos durante la noche, cubriéndolos rápidamente de cal. Nuestros dos contratistas han sucumbido a las viruelas. La tasa de mortalidad por causa de esta enfermedad ahora está disminuyendo, [pero] supongo que es por falta de víctimas. La fiebre amarilla es muy contagiosa y la que se da por aquí es alarmante, y muchos soldados están muriéndose.

A pesar de Weyler, en las áreas del centro de Cuba los oficiales del ejército español intentaban obtener beneficios. Algunos oficiales no accedían a que sus tropas defendieran las plantaciones a menos que fueran resarcidos por los propietarios. De este modo, cierto general Pin obtuvo pingües beneficios de Atkins and Co. Un juez de Manzanillo consiguió una suma sustanciosa deteniendo a varios ciudadanos, dejándolos en libertad tras haber pagado la fianza, y volviéndolos a encarcelar. Posteriormente, circularon noticias del mismo procedimiento en Cienfuegos, cuando 169 personas fueron detenidas bajo sospecha, incluidos los administradores de las haciendas azucareras de Emilio Terry.

El duelo de Weyler con Maceo continuó en el otoño, aunque las fuertes lluvias del verano retrasaran la lucha. Maceo permaneció en Pinar del Río, sin poder romper la línea que empezaba en Mariel para pasar al este. Weyler, el 21 de octubre, dio la primera de sus famosas órdenes de concentración, aunque la prensa de Nueva York, siempre tan atenta, fue lenta en captar lo que significaba la instrucción: toda la población de Pinar del Río que viviera fuera de las fortificaciones de las ciudades habría de trasladarse a aquellas ciudades en un plazo de ocho días. A partir de entonces se consideraría rebelde a todo el que se encontrase fuera de una ciudad fortificada, y se le trataría como

a tal. Se prohibía la distribución de alimentos de un sitio a otro sin previa autorización. Los que tuvieran ganado habían de llevarlo a la ciudad más próxima. Dos semanas más tarde, el propio Weyler salió para Mariel en busca de Maceo.

Como en la década de 1850, Cuba fue, mientras tanto, un punto capital en las agitadas elecciones norteamericanas de 1896 en las que, como consecuencia de la depresión de la década de 1890, se había hecho con la nominación del Partido Demócrata un sector radical. De hecho, en noviembre, la guerra había empezado a parecer casi tan crítica para el honor de Estados Unidos como para el de España. Tras el abortado intento de Olney de negociar sobre el asunto, en la prensa aumentaban los relatos de atrocidades y de matanzas, aunque de un modo tan confuso que casi parecía que fuera Weyler el que estaba quemando cañaverales, y no Maceo. Cuando los españoles capturaron un barco norteamericano cargado de armas para los rebeldes, y en consecuencia condenaron a muerte a dos ciudadanos norteamericanos, se produjo tal tormenta de protestas que finalmente Weyler tuvo que consentir en aplazar la ejecución. Varios periódicos se habían lanzado a una campaña contra el presidente porque «no hacía nada respecto a Cuba». Pero no era sólo el honor lo que estaba en juego. El azúcar había sido la principal importación que el acta de McKinley de 1892 había liberado de aranceles. Los demócratas, en 1894, habían renovado algunos impuestos, incluido uno sobre el azúcar, y McKinley deseaba eliminarlos en interés de los consumidores; pero no podía hacerlo mientras durase la guerra cubana, pues la falta de producción cubana permitiría, evidentemente, la introducción en Estados Unidos del azúcar de remolacha de Alemania o de Europa Central, con lo que se arruinarían los cultivadores de remolacha del medio y lejano Oeste, que eran políticamente importantes. Los magnates del trust azucarero, Atkins y Havermeyer, estaban también interesados, como es natural, en la res-

tauración de la paz, igual que los senadores y congresistas que estaban ligados a ellos. Estos hombres no estaban especialmente interesados en una intervención por parte de Estados Unidos, pero querían paz, aun en el caso de que sólo la intervención pudiera garantizarla.

Sin embargo, no era del todo seguro qué es lo que la prensa de Nueva York quería en Cuba. El *Journal* había prometido febrilmente: «Estamos dispuestos, en consideración al país, a acceder a cualquier tratado que garantice la independencia, incluso a pagar una indemnización a España, pero no atenderemos a ninguna otra propuesta que se base en la autonomía o en reformas». El *Sun* decía: «España debe abandonar Cuba si quiere salvarse. Si no actúa, un poder mayor que el de España será el que notifique que la guerra se ha de terminar». Durante un tiempo se creyó que se emprendería una acción, indescriptible, indefinida, pero decisiva, cuando McKinley hubiese ganado las elecciones y tomado posesión de su cargo, y ¿quién podía dudar de que esto significaría la absorción directa de Cuba por Estados Unidos?

McKinley, en efecto, ganó contra el torbellino de William Jennings Bryan, en noviembre, y el *Journal*, el 6 de noviembre, insistía en que: «Para el nuevo presidente no hay un camino más seguro hacia la popularidad que el abandono de la fría indiferencia hacia Cuba en la que Cleveland ha comprometido a nuestro gobierno». Y lo que McKinley ansiaba muy especialmente, imbuido de Dios, con una mujer enferma y posesiva, era la popularidad.

A mediados de noviembre de 1896 hubo una verdadera alarma de guerra, después de que el Congreso volviera a pedir que se reconociese la beligerancia. Varios periódicos hicieron marcha atrás: «Este país no ha hecho nada para provocar una guerra». El *Commercial Advertiser* declaraba: «Algunos de los periódicos que florecen arrastrándose por las cloacas en busca de por-

querías y crímenes se han propuesto mantener una pelea con España a perpetuidad». El *Sun* y el *Journal*, a pesar de todo, volvieron pronto al ataque, y, criticando enérgicamente a Cleveland por ir tan lejos «al crear un estatuto que favorece los intereses de España», declaraban que «el único aliado de España está en la Casa Blanca».

A finales de mes, el senador Lodge escribía al belicoso Theodore Roosevelt, después de comer con McKinley:

> Naturalmente, él no quiere verse obligado a ir a la guerra nada más llegar, porque… su gran ambición es restablecer los negocios y hacer que vuelvan los buenos tiempos, y no le hace gracia la idea de una interrupción así. Le gustaría que la crisis se produjera este invierno y que estuviera solucionada de un modo u otro antes de que él tomara las riendas;

es decir, lanzarse a la guerra en aquel mismo momento, antes de la inauguración, que era en marzo. ¿Qué tipo de conflicto sería? El *World* lo había prefigurado:

> Cualquier conflicto armado sería corto, repentino y decisivo, y llevaría a Estados Unidos a hacerse cargo del protectorado de Cuba… eso garantizaría la libertad de esa desgraciada isla. Y todos los verdaderos americanos deberían desear muy sinceramente que las cosas acabasen así.

Entretanto, Olney estaba empleando sus últimos meses de gobierno en intentar, en secreto, persuadir a los rebeldes cubanos para que aceptasen la prudente solución de la autonomía.

23

Cuba y la opinión pública de Estados Unidos

La táctica española estaba empezando a dar resultado. A finales de 1896 las tres provincias occidentales de Pinar del Río, La Habana y Matanzas se fueron pacificando gradualmente. En el este cundía el desánimo entre los rebeldes, y la personalidad seca y reservada de Máximo Gómez provocaba incesantes dificultades con los cabecillas civiles y, en Oriente, con el caudillo Calixto García, de espíritu más abierto y humano. Varios cabecillas rebeldes, sobre todo algunos de los antiguos bandidos, se pasaron a los españoles. En Nueva York, Estrada Palma renunció a la dirección de la Junta neoyorquina. Weyler, y Cánovas en Madrid, creían que la rendición de los cubanos era mera cuestión de tiempo.

Por entonces, la muerte de Maceo en una emboscada dio lugar a la tergiversación más profusa de las noticias de Cuba en la prensa de Nueva York.[13] Se dijo que había sido asesinado a traición o que le habían invitado a parlamentar, y entonces le habían matado. Hubo gran animación en el Congreso y se introdujo una resolución que exigía derechos de beligerancia. Cleveland, que tenía aún por delante algunos meses de presidencia, trató como siempre de frenar la oleada de beligerancia; aunque, el día en que murió Maceo, se vio obligado a admitir en su mensaje al Congreso:

> Habiéndose manifestado la incapacidad de España para habérselas con la insurrección… nuestro deber para con la soberanía de España será reemplazado por deberes más altos que difícilmente podemos vacilar en reconocer y cumplir. [Sin embargo, añadió:] Si España ofreciera a Cuba una verdadera autonomía —una disposición autonomista que, manteniendo la soberanía de España, satisficiera todas las demandas racionales de

> los súbditos españoles— no habría un verdadero motivo que impidiera la pacificación de la isla.

Esto no satisfizo mucho a los que ansiaban «acción». Hearst estaba todavía muy poco satisfecho. Anteriormente, había enviado a La Habana a dos hombres fogosos y capaces: Frederic Remington, su mejor caricaturista, y Richard Harding Davis, el periodista independiente más famoso de entonces (cada uno cobraba 3000 dólares al mes). Pero en febrero de 1897, Weyler había prohibido que los informadores acompañasen a las tropas. En un famoso intercambio de notas, Remington telegrafió a Hearst: «Todo está tranquilo… No habrá guerra. Deseo volver». Hearst contestó: «Por favor, quédese. Usted proporcione los dibujos y yo proporcionaré la guerra». Y Remington proporcionó un dibujo. En febrero de 1897, el *Journal* publicó un reportaje a cinco columnas: «¿Protege nuestra bandera a las mujeres?». Debajo estaba el relato de cómo tres chicas cubanas habían sido desnudadas por unos policías españoles que buscaban documentos secretos en el barco estadounidense *Olivette*. Debajo, Remington había dibujado una chica recatada y desnuda, rodeada de policías.

Este dibujo causó una gran sensación. Los republicanos estaban encantados de encontrar otra oportunidad para atacar a Cleveland; se presentaron propuestas en ambas cámaras. Pero cuando llegaron las chicas a Nueva York, negaron al *World* que hubiesen sido registradas por hombres. Davis envió una confusa disculpa desde La Habana. Estaba amainando la tormenta cuando Hearst recogió otro asunto cubano: la muerte de un dentista criollo acusado de robar en un tren, que se había hecho ciudadano norteamericano, y que o murió, o fue golpeado hasta morir en una cárcel de La Habana. Un corresponsal de Hearst en Washington citó una frase del viejo senador Sherman, todavía belicoso a pesar de la edad, y designado ya secretario de Estado en el gabinete de McKinley (aunque el senador

la desmintió más tarde): «Si los hechos son verdaderos… y los ciudadanos norteamericanos están siendo asesinados en Cuba a sangre fría, el único modo de poner término a las atrocidades es declarar la guerra a España». El editorial del *Journal* de aquel día decía orgullosamente: «La guerra es una cosa terrible, pero hay cosas todavía más terribles que la guerra, y una de ellas es el deshonor». Hearst había dado ya una espada incrustada de piedras preciosas a otro periodista aventurero, Ralph Paine, para que se la entregase a Máximo Gómez si era capaz de llegar hasta él. Además, varios yates pagados por Hearst merodeaban por la costa de Florida esperando que una brecha entre los guardacostas estadounidenses los dejase pasar, con cargamentos de medicinas, informadores y munición.

No era sólo Hearst quien ahora pregonaba la guerra, sino también Pulitzer, que se trasladaba sin cesar de una a otra de sus casas en el país o en Francia, o en su yate *Liberty*. Más tarde reconoció que había fomentado la guerra por los efectos que pudiera tener en la circulación de sus periódicos. En 1897, los periódicos de Pulitzer tenían una tirada de más de 800 000 ejemplares diarios, y los de Hearst, de 700 000. El *Sun*, también partidario de la guerra, por lo menos teóricamente, no tiraba más de 80 000. Los periódicos contrarios a la guerra (*Herald*, *Tribune*, *Post* y *Times*) tenían una tirada total de 225 000 ejemplares. Además, a principios de marzo de 1897, después de la toma de posesión de McKinley, la junta cubana tenía amigos en la prensa de Washington tanto como en la de Nueva York. Es cierto que el nuevo secretario de Estado, Sherman, era más cauto estando en el poder que cuando estaba en la oposición, como suele suceder en estos casos. A pesar de eso parece que consideró inevitable la guerra con España.

El propio presidente McKinley parecía ser menos amigo de los cubanos en marzo de lo que lo había sido en diciembre: no mencionó a Cuba en su discurso de toma de posesión, fuera de

decir, de modo bastante decepcionante, que «Estados Unidos nunca emprenderá una guerra sin agotar todos los medios para evitarla». Antes de la toma de posesión había comentado al presidente saliente, Cleveland: «Si consigo abandonar el poder… con la conciencia de que he hecho cuanto estaba en mi mano para detener esta terrible calamidad [es decir, la guerra]… seré el hombre más feliz del mundo».

Pero si el presidente y los miembros del gobierno de cierta edad estaban claramente más sosegados (o más vacilantes) de lo que podía haberse esperado, no así los miembros más jóvenes de la administración, en particular el nuevo secretario adjunto de la Marina, auxiliar del viejo Long, Theodore Roosevelt: «Roosevelt llegó aquí [esto es, a Washington] en busca de guerra», contó años después el congresista de Pennsylvania Thomas Butler; «no le importaba con quién luchar mientras hubiera una pelea». ¿Por qué? En un discurso en la Escuela Naval de Guerra, el 2 de junio, Roosevelt dio una explicación:

> Una nación rica es presa fácil para todo pueblo que todavía conserve la más valiosa de todas las cualidades, las virtudes militares… La paz sólo es una diosa cuando viene con la espada al cinto… Ningún triunfo de la paz es tan grande como los supremos triunfos de la guerra… el diplomático es el criado, no el amo del soldado. [Más tarde, en el mismo año, explicó en privado con más detalle:] Yo consideraría la guerra con España desde dos puntos de vista: primero, la conveniencia, en el terreno de la humanidad y del interés propio, de intervenir a favor de los cubanos y dar un paso adelante hacia la completa liberación de América de la dominación europea; segundo, el beneficio que representa para nuestro *pueblo el darle algo en qué pensar, que no sea la ganancia material, y especialmente el beneficio que supone para nuestras fuerzas militares el entrenamiento del ejército y la armada en una práctica real.*

Mientras tanto, ¿cómo seguía la guerra? Weyler se enfrentaba ahora con el problema de la recolección del azúcar de 1897. Su plan era prohibir la molienda y restringir los pagos a los rebeldes, si no era con permiso oficial.

Tras la muerte de Maceo, Weyler había tratado, en primer lugar, de consolidar la total pacificación del oeste antes de pasar a

ocuparse de Máximo Gómez. Una orden dada por él el 19 de diciembre de 1896 da una idea correcta de su táctica:

> Observo que las columnas que operan en las provincias de La Habana y Matanzas, en vez de acampar en lugares o montañas frecuentados por el enemigo, de noche van a dormir a las ciudades o molinos de su zona. Esto tiene graves consecuencias para las operaciones, pues facilita al enemigo el conocimiento de la ruta que tomarán las columnas al día siguiente, y también el de su número y moral. Al mismo tiempo, los soldados están más cansados:… por estas razones, ruégole disponga que todas las columnas de ambas provincias, cuando salgan en operaciones, lleven consigo raciones para tres días y galletas para cuatro; con esto, y con el ganado que abunda en estas provincias, es fácil mantener a las fuerzas en operaciones durante seis días, acampando en las montañas y pudiendo enviar desde los campamentos, en los puntos críticos, tropas escogidas que hagan un rápido reconocimiento cuatro kilómetros a la redonda, mientras se prepara el campamento. De este modo se mantendrá al enemigo en un estado constante de inquietud… Mi propósito es que, durante mi estancia en Pinar del Río, no quede un lugar o una montaña sin haber sido atravesado por la correspondiente columna, y que se haya acampado en todos los sitios realmente sospechosos.

Máximo Gómez había recibido la noticia de la muerte de Maceo, y la de su hijo, cuando estaba en Oriente. Durante mucho tiempo dio por sentado que Hearst había tenido razón y que ambos habían sido asesinados. Su reserva y su feroz deseo de derrotar a los españoles se vieron acrecentados; y su reacción inmediata fue la de cruzar de nuevo la trocha Morón-Júcaro hacia el oeste, tratando de volver la guerra a las provincias centrales de Matanzas y La Habana, que hasta entonces habían sufrido bastante menos que los extremos de la isla. Gómez tenía la opinión fija de que la destrucción del comercio no podía fallar en derrotar finalmente a los españoles. De hecho, su propósito era ganar sin combatir.

Gómez contaba setenta y tres años. Pocos caudillos han tenido éxito a su edad. Sin embargo, todavía aparecía como un maestro en el arte de proteger sus suministros, preocuparse por sus heridos y enterrar a sus muertos. Weyler también era viejo y daba ejemplo de viveza a los jóvenes oficiales a sus órdenes; Gómez, pese a ser todavía más viejo, no se mostraba menos te-

naz. A finales de enero de 1897 estaba acampado en Remedios con 3000 hombres, esperando que Calixto García le enviara otra fuerza del mismo número. El 3 de febrero escribió a José de Jesús Monteagudo: «Ha llegado la hora de luchar con tenacidad absoluta. No desperdicie los hombres… o los caballos, y haga uso de la noche. En estas circunstancias veinte hombres pueden vencer fácilmente a 1000». Pero la llegada de Weyler con grandes refuerzos evitó cualquier nueva invasión del oeste. El 26 de febrero de 1897, Weyler pudo telegrafiar al Ministerio de la Guerra diciendo que Pinar del Río, La Habana y Matanzas estaban completamente pacificados; que las recientes derrotas de Máximo Gómez no podían haberle dejado más de cincuenta caballos aproximadamente; que esperaba que a mediados de marzo, Las Villas, incluidos Sancti Spíritus y Remedios, estarían también pacificadas; y que la molienda podría empezar en todas las provincias menos en Oriente. Pero esta apreciación se reveló excesivamente optimista: una nueva rebelión tomaba ímpetu en la provincia de La Habana y otra vez había luchas esporádicas por todas partes en Matanzas y Las Villas. Aun así, Gómez, Calixto García y Quintín Banderas (al mando en Matanzas) fueron incomunicados entre sí, y el equipo de la trocha de Júcaro era tan fuerte que evitó el movimiento muy eficazmente. Ahora parecía que Weyler podría acabar con la guerra.

Pero no podía hacerlo por sí mismo. En la actualidad era objeto de los vociferantes ataques de la mayor parte de los periódicos liberales en Madrid, como *El Imparcial* y *El Heraldo de Madrid*. En segundo lugar, España se había metido en una nueva guerra colonial en Filipinas, la otra gran colonia restante de España: el gasto y la tensión que suponía la marcha de dos conflictos de tal envergadura eran inmensos. Los capitanes generales de Filipinas (Blanco, Polavieja y Primo de Rivera) necesitaban tantos hombres y suministros como Weyler. Sus tropas estaban debilitadas por la fiebre amarilla lo mismo que las de Cu-

ba. Estaban también atrapados en un gasto permanente de esfuerzos y dinero contra un enemigo huidizo que contaba con el apoyo casi unánime de la población local.

Al mismo tiempo, en Madrid se dieron cuenta de que, aun en el caso de que Weyler pudiera tener éxito en Cuba, el verdadero problema concernía cada vez más a Washington. Por lo tanto, para la opinión pública española la única esperanza era que la guerra terminara rápidamente.

De hecho, Cánovas había estado esperando una oportunidad favorable para introducir reformas constitucionales para Cuba, y estas se proclamaron en febrero de 1897: poderes bastante fuertes para los gobiernos locales y los alcaldes; superioridad numérica (de 21 a 14) de miembros elegidos sobre los designados en la legislatura; la elegibilidad para votar sólo se constituiría por dos años de residencia; habría una medida de independencia fiscal; los administradores locales, en su mayoría, serían del país, aunque no así el capitán general. Cuba continuaría teniendo representación en las Cortes. Estas reformas quizá en principio se introdujeron para indicar a la administración McKinley que se iba a hacer algo, y ciertamente fueron más allá de las promovidas por Abárzuza. Sin embargo, el presidente McKinley y su secretario de Estado, Sherman, admitieron que las reformas eran «todo cuanto se podía pedir y más de lo que cabía esperar». En cuanto a la prensa, como era de prever, el *World*, *Journal* y el *Sun* denunciaron las reformas como ficticias, pero el Herald, *Evening Post* y *New York Times* fueron, en general, favorables. Pero esta respuesta animó a Cánovas y a Weyler a suponer que Estados Unidos podría incluso estar dispuesto a frenar las actividades de la Junta de Nueva York, por ejemplo, el envío de suministros y hombres de repuesto a Cuba. Un debate en el Senado en el que se exigió la libertad de los ciudadanos norteamericanos que estaban en manos españolas reveló que muchos eran realmente cubanos, y durante varios meses,

para alivio de McKinley, esto desacreditó la causa de Cuba, incluso en las columnas del *Journal* y del *World*.

A principios de verano el optimismo de Weyler sobre la rápida terminación de la guerra era considerable. El único líder rebelde destacado que quedaba en el oeste de Cuba, Quintín Banderas, estaba rodeado. Máximo Gómez, en Santa Clara, no tenía muchos seguidores, y sólo Oriente (fuera de las ciudades) se mantenía insumiso, aunque, desde luego, esa provincia siempre fue la más difícil de conquistar. El optimismo español había crecido de un modo general gracias a la virtual extinción de la rebelión filipina. Sin embargo, el costo de la guerra en hombres y dinero pesaba en todas las mentes: 200 000 hombres habían sido enviados a Cuba, el mayor ejército que jamás había cruzado el Atlántico, y se habían vendido grandes emisiones de bonos.

El 21 de junio, Cánovas, el artífice de la restauración constitucional, fue asesinado por un anarquista italiano, Miguel Angiolillo, en un hotel de Santa Águeda, en el norte de España. Más tarde, el asesino dijo a la viuda de Cánovas que había actuado para vengar la muerte de los prisioneros anarquistas en Montjuïc. Angiolillo, que era ferroviario, era también un regicida por vocación y parece ser que salió de Italia con la firme intención de poner fin de un solo golpe al menos a un régimen maligno. Pero al parecer los rebeldes cubanos también estaban involucrados en este asesinato: porque en París, Angiolillo se había entrevistado varias veces con el doctor Ramón Emeterio Betances, el agente cubano. Betances, un médico nacido en Puerto Rico, era, según un colega, un hombre muy característico de la generación de 1848, un romántico exiliado de espesa barba, rebosante de cabello y de conversación sonora. Dio 500 francos a Angiolillo para que fuera a España, y le explicó además que no sería provechoso para su causa matar al rey o a la reina madre de España, pues la muerte de una mujer o un niño

causaría horror; además, el monarca y su madre no ejercían una verdadera influencia sobre el gobierno de España. «Entonces surgió espontáneamente el nombre de Cánovas en el curso de la conversación», y Angiolillo, pagado por el representante cubano, se dirigió a España desde París, e hizo de Cánovas su primera víctima.

Innegablemente Betances sirvió bien a su causa, aunque después se las vio y se las deseó para hacer ver que no era totalmente responsable. Sin embargo, de no haber sido por él, el asesino no hubiera llegado a España y no hubiera matado a Cánovas, el estadista más capaz de España y el más temible enemigo de Cuba, tanto incluso como Weyler, ya que el general necesitaba el apoyo del político.

Naturalmente, a continuación hubo una crisis de gobierno en España. Tras una serie de cortos intentos de gobierno conservador, la reina madre mandó llamar finalmente al viejo jefe del partido liberal, Sagasta, la única verdadera alternativa, aun cuando recientemente se había convencido de que la autonomía de Cuba era deseable. El sagaz Moret, autor de la ley de esclavitud de 1870, pasó a ser ministro de Ultramar, clara señal de un cambio de política, ya que había sido amigo de los autonomistas y en julio había declarado, en un discurso en Zaragoza, que Cuba debía alcanzar el mismo estatus que Canadá.

Cuando murió Cánovas, Weyler estaba en Aguacate, preparándose para una campaña de otoño contra Oriente. No introdujo ningún cambio en sus disposiciones, aunque debió presentir que pronto sería retirado. Finalmente dimitió al conocer la predisposición de Moret y Sagasta a favor de la autonomía. La dimisión fue aceptada a despecho de los vehementes ruegos de los comerciantes y hombres de negocios de La Habana para que Weyler continuara. Sagasta quería un capitán general que abriera el camino a la autonomía y, aún más importante, que evitara que el antagonismo con Estados Unidos llegase a pro-

vocar la intervención. La reputación de Weyler en Estados Unidos era tan terrible que hacía más probable la guerra con los norteamericanos. Su sucesor fue el general Ramón Blanco, indeciso y apaciguador, que había estado al mando de Filipinas antes de la última insurrección. Weyler volvió a España, donde fue muy bien recibido, pero se portó tranquilamente y con dignidad, evitó todo antagonismo y no intentó hacer uso de su gran reputación.

En su primera alocución a los cubanos, Blanco anunció que su gobierno había cambiado de política completamente y había llegado a concederles el autogobierno, para barrer a los que se habían levantado en armas contra el país y acoger de nuevo a los que vivían «dentro de la ley». Sus instrucciones eran abandonar todo nuevo intento de ofensiva y mantener las líneas tal como estaban entonces. El 6 de noviembre, en Madrid, Moret proclamó una amnistía total para todos los prisioneros políticos de Cuba y Puerto Rico: Máximo Gómez replicó con la orden de que cualquier oficial cubano que se acogiera a ella sería sometido a un consejo de guerra.

En España, en el invierno de 1897-1898, el talante era de creciente realismo. Empezó a parecer que el autogobierno por fin sería otorgado; la cuestión residía en qué clase de autogobierno se iba a adoptar. Los españoles reconocieron sus bajas. En noviembre se hizo saber que, desde el inicio de la rebelión habían salido para Cuba 200 000 oficiales y soldados, todos cantando la «Marcha de Cádiz», partiendo con una mezcla de entusiasmo y temor. De estos, sólo 53 000 estaban todavía en el frente en Cuba: más de 26 000 habían enfermado; unos 35 000 se hallaban cumpliendo otras obligaciones. ¿Dónde estaban los demás?, se preguntaba *El Imparcial* de La Habana a finales de noviembre; la única e indudable respuesta parecía ser: muertos, por enfermedad, y no en acción.

El 22 de noviembre, Moret habló en las Cortes del proyecto de reforma de la Constitución, que se aplicaría a todas las colonias. Fue más lejos de lo que había ido el programa del antiguo partido autonomista. Habría derechos iguales para españoles y cubanos: ambos podrían votar. Habría sufragio universal y un Parlamento local dividido en dos cámaras, la primera elegida libremente cada cinco años, la segunda designada en parte por el capitán general. Los cubanos y los puertorriqueños (que no habían pasado por una rebelión desde 1869) tendrían poderes gubernamentales locales, incluido el derecho de decidir su propio presupuesto, pero el capitán general sería el responsable del orden público y de los asuntos exteriores.

Este nuevo proyecto era, pues, un intento de incluir a Cuba en una versión modificada de la Constitución española de 1876. Que esto pudiera funcionar en 1897-1898 dependía sencillamente de su aceptación por Gómez y los rebeldes. Porque la rebelión, aunque debilitada e incapaz de alcanzar la victoria militar, todavía era lo bastante fuerte como para evitar un acuerdo pacífico y asegurar la continuación de las malas condiciones de la concentración; su espíritu de resistencia era sostenido, en parte, por la prensa de Estados Unidos. Aunque el Herald era favorable a las propuestas de autonomía, el *Journal* decía que los cubanos serían unos tontos si confiaban en los españoles, y el *Mail-Express* hablaba de la Libertad aún encadenada. Por otra parte, McKinley, en su alocución anual del 6 de diciembre, aunque dedicó algún tiempo a deplorar la brutalidad de Weyler, recomendó que se diera al gobierno de Sagasta una

> oportunidad razonable para llevar a cabo lo que se espera de él… El próximo futuro demostrará si es probable que se logre la condición indispensable de una paz justa, igual para los cubanos que para los españoles. Si no es así, se mantendrá la exigencia de una ulterior actuación de Estados Unidos. Cuando llegue ese momento [McKinley continuaba de un modo grave pero sibilino], esa actuación se decidirá en la línea de un derecho y un deber indiscutibles… *Si en el futuro se aparece como un deber* que se nos impone por la obligación que tenemos con nosotros mismos, con la

> civilización y con la humanidad, intervenir con la fuerza, será sin culpa por nuestra parte y sólo porque la necesidad de tal actuación sea tan clara que merezca el apoyo y la aprobación del mundo civilizado.

La mayoría de los norteamericanos y la mayoría de los periódicos norteamericanos quedaron satisfechos con estas palabras tan responsables, aunque, como de costumbre, el *Sun*, el *World* y el *Journal* hicieron algunas críticas. En Cuba, los proyectos de Moret encontraban graves impedimentos, pues la opinión estaba dividida casi por igual entre los leales y los separatistas, disponiendo la autonomía de muy poco apoyo verdadero.

24

El «Maine»

A principios de diciembre de 1897, el general Fitzhugh Lee, cónsul de Estados Unidos en La Habana, envió un mensaje que hablaba de rumores de «una extensa y peligrosa» conspiración antiamericana y encarecía la concentración de una poderosa fuerza naval en los cayos de Florida «dispuesta a trasladarse aquí al primer aviso». Anteriormente había hecho esta misma sugerencia y había sido rechazada. Entonces se ordenó al acorazado *Maine*, que había sido botado en 1890 y encarnaba la idea de la nueva marina de guerra, que fuera a Key West, dispuesto para ir a La Habana cuando Fitzhugh Lee diera la orden, para proteger las vidas y propiedades norteamericanas si era necesario. (Se dijo a Lee que se comunicara cada día con el *Maine*; si pasaba un día sin mensaje, el *Maine* se haría a la mar).

Con esto Lee había preparado la mecha que finalmente haría realidad el sueño de lucha de Theodore Roosevelt. Pero durante un poco más de tiempo no hubo belicosidad. El rumor de que hablaba Lee no estaba comprobado ni era comprobable. El presidente McKinley hizo un llamamiento pidiendo aportaciones de comida, dinero y ropas para enviar a Cuba a los que sufrían en la guerra. Godkin denunció una vez más a los jingoístas en el *Evening Post*: «¿Qué hay de aquellos patriotas cuyo único y manifiesto propósito era avanzar metidos en sangre hasta las rodillas para salvar a sus hermanos del machete?». Entretanto Hearst había estado temporalmente distraído organizando una celebración para señalar la fusión oficial de *Brooklyn* con la ciudad de Nueva York, mientras la Junta neoyorquina estaba todavía en negociaciones con el banquero Janney para la compra de la independencia cubana.

En La Habana se constituyó debidamente el primer gobierno autónomo, bajo la égida de España, cuyos dirigentes estaban formados por una coalición del antiguo Partido Autonomista y de los Reformistas. El primer ministro, José María Gálvez, había sido un dirigente autonomista desde el principio, en la década de 1870. Edwin Atkins, que llegó a La Habana a mediados de enero, escribió que, después de hablar con Montoro y con otro autonomista, Fernández de Castro, «todos los autonomistas tienen confianza en la situación, pero no así el público en general, porque los insurgentes se mantienen firmes. No encuentro oposición a la autonomía en ninguna parte, sino que ahora se difunde por toda la comunidad una opinión general favorable a la anexión… Todos los cubanos de categoría temen la independencia».

Desde luego este gobierno autonomista no era apoyado por los conservadores de la Unión Constitucional, para quienes la palabra autonomía era tan mala como la de independencia. Continuaron siendo inexorablemente asimilacionistas, sabiendo que tenían muchos amigos en Madrid, desde los carlistas hasta los industriales de Barcelona.

Los alborotos contra la autonomía en La Habana se renovaron el 12 de enero con notables y, por supuesto, irreversibles consecuencias. Un nuevo periódico proespañol, con el sencillo título de *El Reconcentrado*, publicó un corto párrafo titulado «Los canallas huyen», que decía: «En el buque *Montserrat* salió para la madre patria el capitán Sánchez, ejecutor de aquellas terribles órdenes del señor Maruri que todos recordamos». Este capitán había sido un colaborador próximo de Weyler, y por supuesto el artículo implicaba una crítica al ejército. Un grupo de oficiales, recordando sin duda la tenientada de hacía casi tres años en Madrid, fueron a destrozar las oficinas de *El Reconcentrado*. No hicieron mucho daño, pero esto provocó que salieran muchedumbres airadas a las calles, y grupos de personas que querían

protestar contra el ejército, algunos españoles y otros cubanos. El general Fitzhugh Lee merodeaba a propósito entre la multitud, mirando a este y a aquel con impaciencia anglosajona, y es evidente que, voluntaria o inocentemente, sobrestimó la crisis. Telegrafió: «Las turbas, dirigidas por oficiales españoles, atacaron hoy las oficinas de los cuatro periódicos que aquí defienden la autonomía». Más tarde telegrafió que «la gran excitación, que podía desembocar en serios disturbios» sin duda podía ser interpretada como una amenaza para los intereses de Estados Unidos. Además, al mismo tiempo envió la orden al capitán Sigsbee, que mandaba el *Maine*, de que se preparara para viajar a La Habana para proteger los intereses de Estados Unidos.

Al día siguiente el *Journal*, bajo el titular «La guerra con España está próxima», contaba un cuento sobre ciudadanos norteamericanos que se refugiaban en el consulado. Esto no era cierto. El *World* proclamaba: «Los alborotos de La Habana significan la revolución». El *Sun* informó sobre la continuación de los alborotos durante cuatro días. Todo esto era totalmente falso. El 14 de enero hasta Fitzhugh Lee informó de que todo estaba tranquilo, y lo repitió en los días subsiguientes. Aun así, la administración de Washington pensaba que las vidas y propiedades de los norteamericanos debían de estar en peligro: ¿no tendría que ir el *Maine* a La Habana? El 24 de enero, el juez Day, del Departamento de Estado, preguntó al ministro español si su gobierno podía enviar el *Maine* a La Habana, «simplemente como una muestra de amistad» y para «complacer a la opinión española, molesta por los discursos pronunciados en las cámaras españolas». Finalmente el gobierno español accedió, y el ministro de Marina, Long, y Day se dirigieron a McKinley, quien creía que la amenaza de guerra más seria era la que derivaría de un posible daño a los ciudadanos norteamericanos de La Habana. Con este propósito envió al *Maine*. España obtuvo

también permiso para que el crucero *Vizcaya* fuera a Nueva York en visita amistosa.

Fitzhugh Lee estaba alarmado, o al menos dijo que lo estaba, e insistió en un retraso. ¿Se lo pensó mejor este viejo soldado al ver el abismo que él mismo había abierto con su exageración, presunción e intolerancia? Pero el *Maine* estaba en la mar.

El *Maine* fue bien recibido en La Habana y su capitán fue a los toros con el comandante español. Por entonces el gobierno autónomo de La Habana estaba bien asentado y había lanzado un primer llamamiento, sobrio y equilibrado, a los ciudadanos mejor intencionados. Mientras tanto el gobierno fantasma cubano de las montañas había hecho un contrato formal con el banquero Janney de Nueva York, por el cual este financiero y sus amigos se comprometían no tanto a comprar Cuba a España como a sobornar a la opinión de Washington para conseguir que la administración engatusara a los españoles para que se fueran de Cuba. El presidente McKinley y el plenipotenciario español en Washington, Dupuy de Lôme, intercambiaban entretanto palabras amables en un banquete diplomático el 26 de enero. El 17 de enero, la reina madre española, en una entrevista secreta con el ministro norteamericano, pidió a McKinley que denunciara públicamente a los rebeldes y disolviera la junta, a cambio de la destitución de Weyler y del establecimiento de la autonomía, que ella decía que habían sido concesiones a Estados Unidos. La Junta de Nueva York, por otra parte, estaba todavía en actividad: el 1 de febrero de 1898, Estrada Palma escribió a un compañero:

> Las notas que semanalmente han estado llegando a manos del Presidente… contribuirán en gran medida a hacerle tomar una decisión. Todas ellas van dirigidas a demostrar que, aunque ahora el pueblo cubano no desea la anexión con Estados Unidos ni la necesita, *desean que el gobierno americano logre de alguna manera proporcionar una garantía de la paz interna de nuestro país*, de modo que la República de Cuba llegue a inspirar suficiente confianza a los capitalistas extranjeros.

Este fue un punto de vista que expresó firmemente una carta de un comité de hombres de negocios de Nueva York el 9 de febrero.

Sin embargo, fue otra carta la que finalmente provocó la crisis. A principios de diciembre Dupuy de Lôme había escrito al brillante editor de *El Heraldo de Madrid*, Canalejas, que se encontraba entonces en Nueva York, intentando negociar de un modo no oficial con la Junta en nombre de España. Este no había contestado a la carta de Dupuy antes de salir para La Habana. En esta capital contrató precipitadamente a un secretario provisional, Gustavo Escoto, que simpatizaba con los rebeldes. Escoto encontró la carta del ministro en un archivador, la leyó y se la pasó a sus amigos de la Junta. Estrada Palma llevó la carta al *Journal* inmediatamente, y de allí a todos los periódicos de Nueva York, aunque sólo al *Journal* le dieron el derecho de publicar un facsímil. Al mismo tiempo, el abogado de la Junta, Horatio Rubens, llevó una copia de la carta al juez Day del Departamento de Estado, en Washington, diciéndole que aparecería en letra de molde al día siguiente. Day fue a cotejarla con Dupuy de Lôme, que la reconoció como suya, y dimitió antes incluso de que Estados Unidos pudiera pedir su retirada.

En el principal pasaje de la carta se decía:

> El mensaje [del presidente McKinley al Congreso] ha desengañado a los rebeldes, que esperaban algo más, y también ha paralizado al Congreso: pero yo lo considero malo. Además de la natural e inevitable grosería con la que el mensaje repite todo lo que la prensa y la opinión pública española han dicho sobre Weyler, muestra una vez más a McKinley como lo que es, débil y populachero y además un politicastro que quiere mantenerse abiertas todas las alternativas y quedar bien con los patrioteros de su partido. Pero en la práctica, si las cosas salen mal y contrarias a nuestros intereses, será culpa nuestra. Estoy completamente de acuerdo con usted: sin una victoria militar, aquí no pasará nada, y sin una victoria política además de la militar, queda siempre el peligro de llevar a un sector de la opinión pública, que ahora no está a favor del gobierno, hacia los rebeldes.[14]

Este pasaje provocó un escándalo al ser publicado en la primera página del *Journal* el 11 de febrero bajo el titular: «El peor insulto a Estados Unidos en su historia». Junto con caricaturas insultantes, el *Journal* hacía un llamamiento: «Tengamos ahora una actuación inmediata y decisiva… la bandera de *Cuba Libre* debería ondear sobre el Castillo del Morro dentro de una semana». Pero la tormenta amainó cuando Dupuy de Lôme se fue de Washington; y el *Evening Post* de Godkin habló de un «experto diplomático que se había mantenido en una posición de extrema dificultad con gran ingenio y habilidad… derribado por un ladronzuelo». Desde luego no parece muy apropiado que se exigiera a un diplomático que se fuera de Washington por llamar vendido a McKinley, cuando los miembros de su gobierno le estaban llamando cosas mucho peores.

Quizá entonces habría podido evitarse la guerra. Quizá hubiera sido posible desbaratar los sueños bélicos de Roosevelt y Hearst, de diferente inspiración pero con idéntico objetivo. Quizá el gobierno autónomo de Gálvez hubiera podido probar si resultaba o no. Pero cuatro días después la atmósfera empeoró radicalmente cuando, a las 9.40 de la noche del 15 de febrero de 1898, el acorazado *Maine* de Estados Unidos, que seguía en el puerto de La Habana en su misión de seguridad, fue volado. Hubo una explosión repentina, y toda la proa del barco quedó destruida; la popa empezó a hundirse; de una tripulación de 355 hombres, murieron 258 y dos oficiales. El capitán Sigsbee se salvó. Muchos otros resultaron heridos.

¿Cómo ocurrió? Parece que el secretario adjunto de la marina de Estados Unidos, Roosevelt, no tuvo la menor duda: «El *Maine* fue hundido por un acto de sucia traición», escribió en una carta privada al día siguiente. El *Journal*, por supuesto, estuvo de acuerdo; la explosión del *Maine* dio a Hearst la oportunidad de desplegar su imaginación bélica más allá de todos los límites anteriores: el 17 de febrero, el *Journal* llevaba un titular

que decía: «El buque de guerra *Maine* fue partido en dos por una máquina infernal secreta del enemigo». Debajo había un dibujo de un barco anclado encima de unas minas y un diagrama que mostraba unos cables que llevaban a la Cabaña. Pero Sigsbee, en su primer telegrama desde La Habana, después de explicar cómo estaban ayudando las autoridades españolas en la búsqueda de supervivientes, rogaba encarecidamente a sus superiores: «No debería precipitarse la opinión pública hasta posteriores informes».

De hecho iban a tener lugar dos investigaciones; una por parte de un tribunal de Estados Unidos, la otra por parte de España. El gobierno de Estados Unidos rehusó colaborar con la comisión española. El informe de Estados Unidos fue sincero:

> En opinión del tribunal, el *Maine* fue destruido por la explosión de una mina submarina que provocó la explosión parcial de dos o más de los polvorines delanteros. El tribunal no ha podido obtener una evidencia que determine la responsabilidad de una persona o personas en la destrucción del *Maine*.

Esta investigación había hecho un examen de los asuntos de a bordo entre los supervivientes y un examen de los destrozos más bien propio de aficionados, llevado a cabo por unos buzos incompetentes. Fitzhugh Lee cargó la responsabilidad sobre unos «conspiradores desconocidos», que podían haber colocado una mina en un punto que golpease el casco del *Maine* cuando se balanceara; creía que la explosión había hecho estallar el depósito de pólvora; McKinley, Long y el juez Day aceptaron esta explicación como «probable», y al final Sigsbee concluyó que la causa de la explosión había venido desde abajo del fondo del barco. Un marinero del buque de guerra *Saratoga*, que estaba en el puerto en aquel momento, entregó al *World* de Nueva York un bloque de cemento que se suponía procedente del fondo del *Maine*, que quería ser una prueba de una explosión ascendente y externa.

El tribunal español de investigación se veía entorpecido por la necesaria corrección diplomática en el examen de un buque de Estados Unidos. Concluyó que la explosión era de origen interno, punto de vista compartido por el ingeniero francés, almirante Dupont.

En 1911, el *Maine* fue sacado a flote y un nuevo tribunal (de Estados Unidos) de investigación examinó el casco. La conclusión fue que se había hecho estallar «una carga explosiva exterior al barco», aunque aparentemente no en el mismo punto que había pensado el tribunal investigador de 1898. Después de esto, el *Maine* fue hundido ceremoniosamente en el mar. Así pues, el tribunal español de investigación dejó la responsabilidad a Estados Unidos, que hizo público que la negligencia española, por no decir algo peor, era la responsable.

Una posible alternativa es la de que el responsable fuera algún ciudadano de Estados Unidos, ansioso de guerra, o algún amigo de los revolucionarios cubanos. Una vez se apuntó hacia Hearst. No obstante, no hay duda de que si Hearst hubiera sido el responsable se habría sabido más tarde. Pero es posible que si realmente el *Maine* lo hizo estallar una sola persona, esta hubiera esperado la destrucción del barco, pero no la pérdida de vidas.

Si existe alguna posibilidad seria de responsabilidad individual, lo más probable es que resida en los revolucionarios cubanos. Su posición no había mejorado durante los últimos dos meses y ahora estaban totalmente dispuestos a aceptar la ayuda de Estados Unidos, incluso habiendo la posibilidad de que a continuación viniera la anexión. Entre ellos, los que más se habían opuesto a la anexión fueron Martí y Maceo, pero ahora estaban muertos. Los cubanos eran capaces de un acto semejante, como lo sería cualquiera después de tres años de guerra sin cuartel (lo mismo hace pensar el asesinato de Cánovas). El establecimiento del gobierno autónomo en La Habana era una

grave amenaza política, pues cabía la posibilidad de que tuviera éxito. Aun así, no hay evidencia que una a los cubanos con la voladura del *Maine*.

Hay una historia que cuenta que fue volado por una mina colocada por un excéntrico millonario norteamericano, William Astor Chanler, tras discutirlo con Máximo Gómez. Seis semanas antes, el 23 de diciembre de 1897, Theodore Roosevelt había escrito a Chanler («tan duro en [sus] puntos de vista sobre política exterior como Cabot y [Roosevelt]»): «No creo que la autonomía pueda pacificar a Cuba y deseo ardientemente que los hechos se desarrollen de tal forma que debamos intervenir en un futuro no lejano». Chanler y su hermano Lewis ya estaban comprometidos en el envío de armas a Cuba.

Sin embargo, la explicación más probable es que el *Maine* explotó debido a que llevaba una gran cantidad de la nueva pólvora que se necesitaba para los cañones más pesados y que, en sus primeros años, a menudo provocaba explosiones. Más adelante los hechos han señalado que las fuerzas armadas de Estados Unidos estaban tan mal organizadas que era posible un mal embalaje. Como telegrafió el ministro español de Ultramar, los oficiales y tripulación del *Maine* tenían, igual que el gobierno de Estados Unidos, «un gran interés en ocultar la verdad».

En todo caso no se disponía de evidencia, por entonces, para desacreditar a ningún bando. Sin embargo, las semanas siguientes a la explosión del *Maine* se caracterizaron, en Estados Unidos, por la histeria, instigada por la prensa amarilla y por los miembros más jóvenes del gobierno y de la opinión pública; y, por fin, la administración McKinley se rindió al humor dominante. Al mismo tiempo ha quedado la ilusión cubana de que Estados Unidos «voló el barco y luego acusó a España», como «un pretexto para intervenir».

El 16 de febrero, el presidente McKinley estaba aterrado y en modo alguno preparado para comprometerse inmediatamente en la guerra: «El presidente tiene tanta firmeza como un éclair de chocolate», estalló Roosevelt. El 17 de febrero había tal excitación que la agencia de noticias Associated Press tuvo que desmentir: «El crucero *New York* no ha sido enviado a La Habana. El cónsul general Lee no ha sido asesinado. El gobierno no está conferenciando. El Congreso no está en sesión…». A Hearst no le importaba; envió dos yates a La Habana en los que iban sus corresponsales más famosos, incluido el D'Artagnan de 1897, Karl Decker, y Frederic Remington. El día 18, el *World* describía unas concentraciones de masas en Buffalo, exigiendo a McKinley que declarara la guerra, y el mismo día decía el *Journal*: «Todo el país se estremece con la fiebre de la guerra». Esto, sin embargo, no era totalmente cierto, pues los clérigos y los hombres de negocios estaban haciendo llamamientos de paz en Estados Unidos. Sería totalmente falso dar por sentado que los intereses económicos querían la guerra: desde luego, como muestran las actividades de Atkins, esto era lo último que deseaba la mayoría de los norteamericanos con intereses en Cuba. Naturalmente había excepciones, pero en general los intervencionistas eran aficionados a la polémica, románticos y entusiastas, no máquinas calculadoras.

Mientras tanto, el inimitable *Journal* denunciaba alegremente

> a los cochinos ciudadanos eminentemente respetables que, por tener dólares en el comedero de su pocilga, apoyan a los periódicos «conservadores» y consideran el hambre de… inofensivos hombres, mujeres y niños, y el asesinato de 250 marineros americanos… de menor importancia que la bajada del precio de sus valores en dos enteros.

Este tipo de propaganda empezó a tener grandes efectos. El público lloraba en los teatros al oír el «Star Spangled Banner». Hearst dispuso el envío de un grupo de senadores y diputados jingoístas, con sus mujeres, a La Habana, para supervisar las condiciones de Cuba como «comisionados del periódico», con

«vino, ron y habanos gratis», mientras el obispo metodista McCabe decía a una excitada congregación: «Hay muchas cosas peores que la guerra. Puede ser que Estados Unidos pase a convertirse en el caballero errante del mundo. La guerra con España puede ponerles en la posición de tener que reclamar la libertad civil y religiosa para los oprimidos de todas las naciones».

25

McKinley y la guerra

El presidente McKinley hizo un último intento de resolver el problema cubano sin guerra. Después de bastantes negociaciones financieras con viejos amigos, como Myron Herick (que le había salvado de la bancarrota en 1893), el presidente envió un mensaje privado a la reina regente, a Madrid (con toda independencia respecto a los tratos del banquero Janney con la Junta), diciendo que Estados Unidos pagaría trescientos millones de dólares por Cuba. Los mediadores españoles recibirían seis millones de dólares a título personal: «Eso es muy americano», comentó el marqués de Lema. La idea ya había sido muy discutida en Madrid. María Cristina, tras algunos días de angustiosa duda, dijo a su jefe de gobierno y también a los jefes de los demás partidos políticos españoles (incluido el republicano Rafael María de Labra) que entregaría el poder a cualquier partido que estuviera preparado para aceptar las propuestas de paz de McKinley. Pero ninguno de ellos consintió en asumir la responsabilidad, pese a que entre los consultados se contaban republicanos como Salmerón, pese a que ninguno se oponía abiertamente a la idea, y pese a que la propia María Cristina indudablemente ya se había acostumbrado a la idea de la independencia cubana. Además había entablado amistad con el embajador Woodford. Sin embargo, al final España respondió negativamente a este cuarto ofrecimiento de comprar Cuba, para incorporarla a la Unión o para ser independiente. El gobierno español tenía todavía mucho miedo de un golpe de la derecha, que podía dar tal vez Weyler, tal vez Polavieja.

La noticia de este ofrecimiento no se hizo pública en Estados Unidos: ya puede uno figurarse cómo la hubiera tratado el *Journal*.

El 23 de marzo, Woodford hizo una nueva tentativa muy curiosa: por entonces, el informe sobre el *Maine* estaba en manos del presidente. Woodford no estaba autorizado a describirlo en detalle. Pero iba a decir que, si no se alcanzaba un acuerdo satisfactorio en pocos días, el presidente no podía hacer más que someter la cuestión de las relaciones Estados Unidos-España, incluida también la del *Maine*, al Congreso.

Esto significaba que ahora correspondía a España dar el próximo paso, y España dijo que desde luego tendrían que ser consultados los autonomistas cubanos. El 29 de marzo, Woodford volvió con otra propuesta de McKinley, la de un armisticio que durara hasta el 1 de octubre. Durante el intervalo, se negociaría la paz entre España y los rebeldes, usando los buenos oficios de McKinley; los reconcentrados serían enviados a sus casas y Estados Unidos prometía ayudarlos. El 31 de marzo, los españoles contestaron que indudablemente someterían a arbitraje la cuestión del *Maine*; pero que los reconcentrados ya tenían permiso para volver al oeste de Cuba, y el gobierno había puesto a disposición del gobernador tres millones de pesetas para socorrerlos. El cuerpo legislativo cubano tenía que reunirse, como así fue, el 4 de mayo. Prepararía un tratado de paz y el gobierno español estaría dispuesto para un armisticio si los rebeldes lo acordaban a través del capitán general Blanco.

El gobierno español estaba jugando una mala carta, cautelosa e inteligentemente, consciente del verdadero peligro de guerra que había y de la desigualdad que probablemente se daría en un conflicto semejante. Pero la opinión pública española, tal como se manifestaba en la prensa, no parecía darse cuenta de hasta qué punto las probabilidades estaban contra España; el orgullo nacional parecía más henchido que abatido por el aislamiento diplomático del país. Pero España tenía algunos amigos: por ejemplo, el 25 de marzo, el secretario de Estado ponti-

ficio, cardenal Rampolla, dijo al embajador español en la Santa Sede, Merry del Val, que por fin reconocía la calma y la moderación del gobierno español.

El 3 de abril, el arzobispo católico de Nueva York fue a ver al presidente en nombre del Papa. McKinley le dijo que él personalmente todavía era partidario de la paz, pero que el Congreso votaría la guerra.

El 6 de abril, McKinley había proyectado pedir al Congreso la autorización para usar fuerzas militares y navales, «pues podía ser necesario para asegurar la paz y un gobierno estable en Cuba». No se prestó atención a otro llamamiento que hizo Woodford para que se hicieran cargo de la posición española. Sin embargo, en el último minuto, el presidente recibió un llamamiento del general Fitzhugh Lee, pidiendo que se retrasara el mensaje para que los ciudadanos norteamericanos pudieran abandonar La Habana, y así fue: McKinley lo retrasó. En esas circunstancias fue aplazado el Congreso, aunque con grandes dificultades.

El 9 de abril, las potencias europeas hicieron una *démarche* más importante en Madrid, pidiendo que el gobierno español aceptara el ofrecimiento de Estados Unidos de mediación «en nombre del Vaticano», y el mismo día, el gobierno español (de acuerdo en que era más aceptable y honorable aceptar de Europa lo que no se podía aceptar de Estados Unidos) acató las propuestas norteamericanas casi por completo: España estaría de acuerdo con un armisticio inmediato e incondicional; por supuesto, el capitán general Blanco ya había decretado el fin de las hostilidades; se habían retirado las órdenes de concentración; la cuestión del *Maine* se sometería a arbitraje; se pediría consejo al gobierno de Estados Unidos sobre la naturaleza y duración del armisticio propuesto, y el futuro de Cuba incumbiría al gobierno autonomista. Únicamente, la última condición podía molestar a Estados Unidos.

España se había rendido en todos los puntos salvo en el del deseo del presidente de Estados Unidos de determinar la futura soberanía de Cuba. Desde luego ahí estaba la dificultad. El gobierno decidió que, a pesar de todo, McKinley dirigiera su mensaje al Congreso al día siguiente. La noticia de las concesiones de España se mencionaría al final del discurso, aunque la primera parte (ya escrita) diera por sentado que aquellas no existían. Parece ser que el gobierno «se reunió dos veces el domingo de Pascua», pero sus deliberaciones fueron infructuosas. En realidad ya habían tomado la decisión de aceptar las peticiones de los oradores de la turba, e ir a la guerra, diez días antes. El ministro de Marina, Long, sobre cuyos hombros caería la tarea de equipar la flota de Estados Unidos, escribía pocos días después al editor del *Boston Journal*, particularmente, exponiendo la situación:

> Se dará usted cuenta de que el presidente ha conseguido concesiones de España en todos los terrenos en que las ha pedido: que España haya renunciado a todo hasta el momento presente, excepto a un último punto de independencia para Cuba; que haya dejado en libertad a todos los prisioneros americanos; que haya retirado a Weyler; que haya retirado a De Lôme; que haya cambiado su orden de concentración; que esté de acuerdo en proporcionar alimentos; y que haya ordenado un armisticio… Yo creo honradamente que si el país y el Congreso se hubieran dado por satisfechos dejando el asunto en sus manos [las de McKinley], la independencia habría llegado sin derramar una gota de sangre, tan naturalmente como cae una manzana de un árbol.

Sin embargo, aún faltaban algunos días para que estallara la guerra. El 11 de abril, lunes de Pascua, McKinley dirigió finalmente su mensaje al Congreso. Pedía que el presidente fuera autorizado

> a tomar medidas para garantizar la terminación completa y final de las hostilidades entre el gobierno de España y el pueblo de Cuba… a asegurar un gobierno estable en la isla… y a usar las fuerzas militares y navales de Estados Unidos si era necesario.

Todo esto se justificaba por las pérdidas de la guerra, la crueldad de la política española, y los daños causados a la propiedad de Estados Unidos (la pérdida del *Maine* se atribuía al

desorden reinante). McKinley describía sus esfuerzos diplomáticos para lograr un acuerdo hasta el 31 de marzo (cuando se había redactado el mensaje), pero, como esperaban sus colegas del gobierno, hasta después de su perorata («Ahora la decisión corresponde al Congreso. Es una solemne responsabilidad. Yo he agotado todos los esfuerzos para remediar el intolerable estado de cosas… que tenemos a nuestras puertas… Espero que actúen ustedes»), no dijo:

> Ayer, después de preparar lo anterior… recibí la información oficial de que, en su último decreto, la reina regente de España, para preparar y facilitar la paz, ordena al general Blanco que proclame la suspensión de las hostilidades, cuya duración y detalles aún no me han sido comunicados… Este hecho… merecerá, estoy seguro, su justa y cuidadosa atención.

No fue así.

La semana posterior al mensaje del presidente, el senador Foraker dijo que quería «el reconocimiento inmediato» del gobierno rebelde cubano de Masó. La enmienda que incluía esto fue aprobada en el Senado por 67 votos contra 21, el 17 de abril, pero más tarde se dejó caer en el olvido, tras cuidadosos manejos de los amigos que McKinley tenía en la Cámara. Foraker se avino a hacer esta concesión a cambio de que McKinley aceptara una resolución general en términos más duros, equivalente a una declaración de guerra, que exigía el inmediato abandono por parte de España de la autoridad sobre Cuba. Entonces el senador Teller introdujo otra enmienda, bajo la apremiante sugerencia del abogado de la junta cubana, Horatio Rubens, el viejo abogado amigo de José Martí. Teller (que anteriormente abogaba por la anexión) «quería hacer algo por Cuba». Rubens dijo: «Que haya una declaración del propósito de Estados Unidos de hacer de Cuba una nación independiente… Si no vamos con cuidado, Cuba será absorbida como una colonia contra su voluntad. Le digo, senador, que ellos intentan robar la isla de Cuba. La manera de evitar un robo es gritar "alto, ladrón"». De modo que se introdujo una enmienda por la cual

el gobierno de Estados Unidos renunciaría a cualquier «disposición o interés de ejercer soberanía, jurisdicción o control sobre la citada isla a no ser para la pacificación de la misma y afirmar su determinación de dejar, cuando esa se haya llevado a cabo, el gobierno y el control de la isla a sus habitantes». Parece ser que el banquero Janney distribuyó una gran cantidad de dinero —quizá dos millones de dólares— entre los senadores para que permitieran pasar sin discusión esta enmienda tan crítica, por cuenta de la Junta de Nueva York. Horatio Rubens pudo considerarse a sí mismo como uno de los verdaderos padres de la independencia cubana. Lo mismo, quizá, que la industria de la remolacha azucarera de Estados Unidos, aunque no hay una evidencia directa que haga pensar que estuviera complicada.

En estas circunstancias, el 19 de abril fueron aprobadas las resoluciones, por mayoría de 310 a 6 en la Cámara, y de 42 a 35 en el Senado. El 20 de abril, McKinley firmó la resolución, y además, un ultimátum para España, dando instrucciones al general Woodford para que exigiera que «el gobierno de España renuncie inmediatamente a su autoridad y gobierno en la isla de Cuba». Pero este ultimátum no fue entregado, pues Sagasta decidió interpretar la resolución del Congreso como una declaración de guerra. Se dijo a Woodford que había pasado el tiempo de la actividad diplomática. El plenipotenciario español en Washington también pidió su pasaporte. Entonces, el 21 de abril, McKinley ordenó a la flota del capitán Sampson, fondeada en Key West, que bloqueara La Habana. Sampson, que había presidido la investigación sobre el *Maine*, se convirtió en almirante. El Congreso declaró la guerra el 25 de abril, aunque manifestando, y embrollando así a los futuros hombres de leyes, que había existido un «estado de guerra» desde el comienzo del bloqueo.

La reina madre de España y los tres ministros más responsables de Madrid —Sagasta, Moret y Gullón— habían tratado de

encontrar una solución diplomática para la crisis a principios de abril. Pero había un creciente clamor popular contra Estados Unidos. Las muchedumbres llenaban las calles, llevando pancartas y banderas. Se tocaba incesantemente la «Marcha de Cádiz». Don Carlos, desde su seguro refugio de pretendiente, pedía la guerra a toda costa. Pero aunque Sagasta comprendía que la guerra era inevitable, su principal preocupación, como lo había sido la de Cánovas, era la de evitar el derrumbamiento de la monarquía y del sistema. Una guerra larga traería la revolución al país. Una paz deshonrosa haría lo mismo. Por lo tanto, la única posibilidad era una rápida derrota, de la que pareciera que el ejército y la marina salían con honor.

El 22 de abril, Blanco (no está claro si contando o no con el apoyo oficial español), al borde del desastre y cuando la flota de Estados Unidos ya había aparecido en el horizonte fuera de La Habana, escribió a Máximo Gómez para proponerle que, llegado un «momento supremo», se olvidaran las diferencias cubano-españolas. Se debería llevar a cabo una alianza entre cubanos y españoles en Santa Clara. «Los cubanos recibirán armas del ejército español y, al grito de "Hurra por España, Hurra por Cuba" rechazaremos al invasor [norteamericano], y mantendremos libres de un yugo extranjero a los descendientes de una misma raza».

Máximo Gómez, sin embargo, no estaba dispuesto a discutir la idea de ningún modo, aunque el tono de su carta indicara que se daba cuenta del problema apuntado:

> Usted representa a una monarquía vieja y desacreditada, y nosotros luchamos por los mismos principios que Bolívar y Washington. Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero. Yo sólo conozco una raza, la humanidad, y para mí sólo existen buenas y malas naciones. España se ha portado mal aquí y Estados Unidos está llevando a cabo por Cuba un deber de humanidad y civilización… Hasta ahora sólo he tenido motivos de admiración respecto a Estados Unidos. He escrito al presidente McKinley y al generad Miles agradeciéndoles la intervención americana… No veo el peligro de que Esta-

> dos Unidos nos extermine, del cual usted habla… Si eso llegara a pasar, la historia juzgará. De momento sólo tengo que repetirle que es demasiado tarde para entendimientos entre su ejército y el mío.

Con esta carta, Máximo Gómez sellaba la suerte de España en el Nuevo Mundo, y también la de Cuba. Fue el decisivo acto de bienvenida a Estados Unidos que condicionó la historia cubana en los sesenta años siguientes.

Desde luego los dirigentes de la rebelión cubana no estaban en absoluto informados sobre los movimientos de Estados Unidos: se enteraban de ellos por los periódicos y por cartas privadas. Pero tras algo de reflexión, y el reconocimiento de las realidades políticas, Bartolomé Masó proclamó una alianza *de facto* de los cubanos y los norteamericanos: «La gloriosísima revolución iniciada por José Martí el 24 de febrero de 1895 está a punto de triunfar, gracias a la magnánima ayuda de Estados Unidos de América; nuestras armas, que en tres años de guerra nunca fueron derrotadas por los españoles, pronto habrán ganado su victoria». Martí y Maceo habrían rechazado sin duda la idea de tener a Estados Unidos como aliado contra España; pero estaban muertos. La antorcha había pasado a otros, que se habían olvidado de estas cuestiones tan delicadas.

Los motivos de Estados Unidos para embarcarse en esta guerra parecen un poco triviales y egoístas: triviales, ya que no es probable que Hearst, Roosevelt y los demás partidarios de la guerra hubieran sido tan belicosos si su enemigo hubiera sido una potencia más fuerte que España; egoístas, porque, en Estados Unidos, el interés por los cubanos no era muy notable antes de que la explosión del *Maine* matara a algunos norteamericanos. Aunque «la humanidad ultrajada» influyó, y, por supuesto, les interesaba la guerra porque permitía que los norteamericanos articularan su nuevo imperialismo, presentándolo, no del todo hipócritamente, como una cruzada humanitaria. Sin embargo, la rendición de la legislatura al ambiente creado por

Hearst en primer lugar, y luego la del gobierno a la legislatura, fueron penosas. Había hombres que pensaban distinto que Hearst, por supuesto incluidos McKinley, la mayor parte del gobierno y la mayor parte de la generación más vieja, que sabía realmente cómo es una guerra por experiencia personal. Estos fueron arrollados. Puede que esta guerra no fuera totalmente provocada por la prensa; pero fue más una guerra periodística que un conflicto económico. En tales circunstancias el gobierno español merece alguna simpatía, e incluso admiración, por su digna manera de llevar la crisis. El gobierno español había hecho todo lo que estaba en sus manos para evitar la guerra, pero prefirió la guerra a un golpe de Estado de la derecha, que probablemente habría seguido a cualquier concesión más amplia.

Visto en perspectiva, España tenía desde luego una responsabilidad muy pesada. Y no obstante, los límites en que podía moverse eran muy estrechos. Con continuas amenazas de la izquierda y de la derecha, ningún gobierno español era bastante fuerte para proponerse una mejora progresiva de la situación de Cuba, cuando los cubanos más poderosos, después de todo, estaban deseando mantener el *statu quo*. Sin embargo, España debió darse cuenta, con la guerra de los Diez Años y los comunicados de sus generales, de que las fuerzas que luchaban por la independencia eran inflexibles y tenían un solo propósito. La lección de Canadá, que los españoles recordaron tardíamente, había sido clara a partir de 1868: las colonias que habían alcanzado un cierto grado de desarrollo podían dirigirse hacia la autonomía sin catástrofes y, por supuesto, habían de hacerlo así si querían continuar siendo amigos de la metrópoli. Cierto que la población negra de Cuba presentaba una dificultad a los criollos, pero el peligro de la independencia no era tanto el de que pudiera traer una «república negra» sino el de que pudiera negar todos los derechos civiles a los negros, un anticipo de Rodesia.

Esta posibilidad parece que nunca fue tenida en cuenta por el gobierno español. Es posible que la autonomía, incluso el esquema limitado propuesto por Maura en 1892-1893, pudiera haber tenido éxito al final. A la larga, quizá la autonomía hubiera sido la solución para garantizar una estructura política y económica permanente en Cuba, mejor planeada que la independencia para asegurar un aumento estable del nivel de vida, acompañada de una homogeneidad cultural y social.

26

La guerra hispano-norteamericana

La guerra entre España y Estados Unidos en 1898 fue una prefiguración del choque entre Estados Unidos y la Unión Soviética en 1962: la causa de la lucha era Cuba, pero en el momento de la crisis casi se olvidaron de la isla. Los mismos cubanos se mantuvieron aparte, casi olvidados. En 1898 ninguno de los gobiernos más o menos fantasmas constituidos en la isla por entonces, ni el gobierno autónomo de José María Gálvez, ni el «gobierno provisional» rebelde de Bartolomé Masó, tuvieron ningún papel.

También fueron pasivos los cubanos de Nueva York, la famosa Junta dirigida por Estrada Palma, Quesada y Benjamín Guerra. Este último, sin embargo, había vendido por entonces bonos cubanos por valor de 122 400 dólares a precios que iban desde el 25 por ciento hasta el valor nominal. En abril de 1898 estaban al 40 por ciento. Otros tres millones de dólares en bonos para la independencia cubana habían sido depositados en la antigua firma de August Belmont and Co. Lo único que podían hacer todos ellos era contemplar pasivamente cómo las dos máquinas de guerra de España y Estados Unidos, ambas enmohecidas, entraban en torpe funcionamiento.

Había alguna semejanza entre las actitudes española y estadounidense respecto del conflicto. Mientras que España no dudaba que sería derrotada, Estados Unidos no tenía ninguna duda sobre su victoria. Ningún país deseaba una guerra larga. Ambos deseaban honor más que ganancias sustanciales.

En Madrid, la reacción ante la guerra tuvo una cierta gracia elegíaca: Sagasta explicó elocuentemente a las Cortes cómo se había buscado la paz. La reina regente y el rey niño, Alfonso,

aparecieron en balcones diferentes; hubo manifestaciones callejeras. Los que se oponían a la guerra fueron silenciados por la imposibilidad de evitarla. Los socialistas no pudieron declarar que este conflicto lo había buscado un gobierno «burgués». La oposición conservadora cerró filas en torno al gobierno liberal. En La Habana, el capitán general Blanco hizo un llamamiento a las armas:

> Sin motivo ni pretexto, y después de haber recibido pruebas de nuestra amistad, Estados Unidos ha declarado la guerra precisamente cuando habíamos empezado a restablecer la paz, y cuando el comercio y la industria estaban reavivándose… Quizá, sin embargo, estos cartagineses americanos encontrarán su Roma en este territorio español, que fue descubierto, poblado y civilizado por España y será siempre español.

La reacción popular, aun siendo patriótica en La Habana, tenía en España un sabor más amargo. Una canción decía:

Colores de sangre y oro
tiene la hispana bandera;
no hay oro para comprarla
ni sangre para venderla.

Y Pierre Loti, que entonces estaba en Madrid, oyó cantar en un café:

Tienen muchos barcos,
nosotros, razón.
Ellos, armamento,
nosotros, honor.

El ejército español en Cuba se componía, por entonces, de 80 000 hombres. Su fuerza podía completarse con la flota, pero el ministro de la Guerra, general Correa, deploraba la existencia de la flota, pues lo que temía por encima de todo era el efecto psicológico que produciría una bandera norteamericana sobre un barco español capturado: «Si por lo menos no tuviéramos ninguno, podríamos decir a Estados Unidos, desde Cuba y desde la península: "¡Aquí estamos! ¡Venid cuando queráis!"». Ya que la flota existía, el gobierno ordenó al almirante Cervera que llevara los dos cruceros *María Teresa* y *Cristóbal Colón* desde

Cádiz hasta las islas de Cabo Verde, donde se le unió una flotilla de tres torpederos, tres destructores y otros dos cruceros, el *Almirante Oquendo* y el *Vizcaya*. El almirante Cervera tenía instrucciones de llevar esta flota a Puerto Rico (donde todavía no había rebelión) y desde allí a Cuba, para aceptar o evitar la batalla con Estados Unidos, según juzgara conveniente.

Cervera se hizo a la mar el 29 de abril por la mañana, enviando a su país un famoso telegrama: «Con la conciencia tranquila me dirijo al sacrificio, sin que se me hayan explicado las razones del Almirantazgo, y sabiendo que mis propias recomendaciones no se han tenido en cuenta». Fernando Villaamil escribió a Sagasta: «Usted debería saber… que, si bien como marinos estamos dispuestos a morir con honor en el cumplimiento de nuestro deber… el sacrificio de estas fuerzas navales será tan seguro como inútil». La prensa norteamericana predijo con gran entusiasmo que los barcos navegaban hacia la costa oriental de Estados Unidos, donde los propietarios de los hoteles de verano vacíos pedían protección naval al gobierno.

Los preparativos de guerra de Estados Unidos en 1898 parecerán siempre un argumento de alta comedia. El gobierno, un grupo de hombres dignos pero ya de alguna edad, se encontró metido en el tumulto de una guerra patriótica en plena era industrial. El ejército regular contaba entonces con 28 000 hombres. A pesar de la «útil experiencia de combate de las guerras con los indios» de la década de 1880, la mayoría de los generales norteamericanos vivían estrictamente de su pasado en la guerra civil. La Guardia Nacional contaba quizá con 100 000 hombres. Pero no sabían nada de la guerra, estaban mal equipados, y permanecían legalmente a las órdenes de los gobernadores de los estados. El 23 de abril, cuando el presidente McKinley llamó a la Guardia Nacional, se hizo obvio enseguida que, aunque los estados enviaran sus cuotas, se negarían a ser mandados por «ordenancistas de West Point». En estas circunstan-

cias surgió la pregunta: ¿no debería retrasarse cualquier ofensiva hasta diciembre? El general Miles señaló que era «sumamente arriesgado… e imprudente lanzar un ejército sobre Cuba en aquella época del año, pues indudablemente sería diezmado por… enfermedades mortales». No obstante, el Congreso autorizó el reclutamiento de tres nuevos regimientos de caballería en el sudoeste y en las Rocosas. Alger ofreció el mando de uno de ellos a Theodore Roosevelt, como había prometido antes; Roosevelt rehusó por razón de su inexperiencia. Aun así, pocos días después telegrafiaba a Brooks Brothers pidiendo un «uniforme azul de teniente coronel, sin amarillo en el cuello y con polainas», y aceptaba ser lugarteniente de un regimiento. Fitzhugh Lee tenía que encontrar acomodo en algún sitio, ya que, naturalmente, había abandonado el consulado de La Habana. Se reincorporó al ejército como general de división, junto con otro general exconfederado, el diputado Joe Wheeler de Alabama. La admisión de estos dos antiguos comandantes de caballería sudistas en el ejército de la Unión fue acogida como una prueba final de que la antigua gran querella de América había terminado, aunque empezara una nueva.

El 26 de abril, McKinley dio órdenes al brigadier general Rufus Shafter, un peso pesado del ejército, de que llevara a Cuba una fuerza de reconocimiento de 4000 hombres el mes siguiente. Miles consiguió elevar la cifra a 10 000. La guerra se había hecho un asunto muy popular. Animados por una extraordinaria corriente de entusiasmo, los millonarios ofrecían grandes sumas para contribuir a los preparativos de guerra. Hearst ofreció primero un regimiento de caballería (que quería financiar él mismo) —el ofrecimiento fue rechazado— y luego propuso a la marina un yate de vapor, en el que serviría él mismo. William Astor Chanler, fuera o no el espíritu creador que se encontraba tras el crimen del *Maine*, ofreció también un regimiento, y su primo John Jacob Astor, una batería de artillería. Los corres-

ponsales de guerra describían los movimientos preparatorios con un alborozo que venía a ser un sustitutivo de la seguridad. A finales de abril el *World* estaba vendiendo 1 300 000 ejemplares al día y el *Journal* —«¿Qué les parece la guerra del *Journal*?», preguntaba sin embozo alguno el 9 y 10 de mayo— vendía un millón.

En una conferencia de guerra, el 8 de mayo, McKinley convino en que se prepararan en Florida 70 000 hombres para desembarcar en Mariel, al norte de Cuba, y luego «a La Habana».

Entretanto, Estados Unidos ya había dado un pequeño paso para establecer relaciones con los rebeldes cubanos. El teniente Andrew Rowan (que había escrito un pequeño estudio topográfico de la isla) desembarcó secretamente cerca del pico de Turquino para conferenciar con el general Calixto García. García se sintió, o al menos pareció, «confuso», pues pensaba que debían haber consultado primero a Gómez o al gobierno Masó. Sin embargo, es posible que, aunque el prestigio de Máximo Gómez había disminuido y el gobierno provisional era un mero fantasma, Estados Unidos buscó a García a causa de su área de mando, no para provocar rupturas en el bando rebelde. A pesar de todo, García envió al general Enrique Collazo y al coronel Carlos Hernández a Estados Unidos; y pocos días después Hernández volvió a Cuba con un mensaje de Miles en el que pedía a García que mantuviera a 5000 cubanos en el área de Santiago. El *New York Tribun* e señalaba el 23 de mayo:

> Durante casi dos años se ha afirmado positivamente… que los cubanos, que sólo tienen el apoyo moral de Estados Unidos, piensan que un reconocimiento de su beligerancia les traería rápidamente la independencia… ahora sabemos de un modo definitivo que hay que esperar poca o ninguna ayuda de los «tan traídos y llevados ejércitos de liberación».

El 13 de mayo, la escuadra del almirante Cervera compareció en Martinica, y por fin desaparecieron los temores de un ataque a la costa oriental de Estados Unidos. El 19 de mayo esta es-

cuadra llegó a la bahía de Santiago, sin ser vista por los norteamericanos.

El 19 de mayo, el almirante Sampson recibió un informe secreto de que Cervera estaba en Santiago. Ordenó al comodoro Schley que lo bloqueara. Schley y Sampson eran hombres antagónicos y rivales; Schley era un extrovertido, un «robusto viejo lobo de mar», pero presumido y vanidoso, famoso en Washington, y un héroe público desde su modesta acción frente a Chile, cuando defendió a los marineros norteamericanos en 1892. Sampson era retraído, intelectual, impasible, sin amigos en el Congreso. Pero sus órdenes fueron desgraciadamente vagas: «La escuadra española probablemente en Santiago… Si está seguro de que no está en Cienfuegos, actúe con la mayor celeridad… continuando hacia Santiago… y, si el enemigo está allí, bloquéelo de frente».

El 26 de mayo, el comodoro Schley llegó a Santiago «con grandes precauciones». No se dio cuenta de que Cervera ya estaba allí. Tres «rápidos buques de observación» se habían adelantado y no habían encontrado nada. Schley estaba preocupado por su reserva de carbón. Puso rumbo de vuelta a Key West. Washington cablegrafió: «Todas las informaciones del Departamento indican que la división española está todavía en Santiago de Cuba». Schley cablegrafió: «No puedo permanecer frente a Santiago… por culpa del carbón… Sintiéndolo mucho, no puedo obedecer las órdenes del Departamento. He tratado de hacerlo con toda diligencia». Long, en Washington, consideró que este «incomprensible… retroceso de la flota… había provocado el día más negro de la guerra», y cablegrafió: «No debe alejarse de la vecindad de Santiago de Cuba a menos que sea peligroso». De hecho, por entonces Schley ya había conseguido repostar y estaba volviendo; en la madrugada del 29 de mayo miró hacia Santiago y para su sorpresa vio que el buque insignia de Cervera estaba sin camuflar en el puerto. La flota

española se encontraba en la bahía porque necesitaba combustible, aunque el vacilante ministro de Marina de Madrid había ordenado ahora que volviera a la península. Con esto, Estados Unidos decidió finalmente no sólo intentar el bloqueo de la flota española, sino también desembarcar en Santiago el grueso del ejército que permanecía preparado.

La armada compareció ante Santiago el 20 de junio. Aquel día, el almirante Sampson y el general Shafter desembarcaron para visitar al general Calixto García. Shafter declaró que se dirigía al pueblo de Daiquiri, a unas dieciséis millas al este de Santiago —Sampson estaba asombrado y enojado porque no iba a desembarcar más cerca de la bahía—, donde el ejército podía ser asistido. Shafter incluso se negó a enviar tropas para destruir las baterías costeras preparadas en la bahía, a pesar de que necesitaba a la marina para que le ayudara a desembarcar. A continuación tuvo lugar el desembarco, mientras Shafter rechazaba a R. H. Davis, quien afirmaba que, en cuanto «escritor descriptivo», no estaba incluido en la orden que prohibía que los demás reporteros desembarcaran hasta más tarde. El 22 de junio, 6000 hombres pusieron pie en suelo cubano con gran dificultad. Los españoles tenían varios centenares de combatientes en los alrededores, pero, voluntariamente o por inercia, no hicieron el menor esfuerzo para evitarlo. Era como si cada uno de los soldados se hubiera enterado de la decisión de Sagasta de perder la guerra en el tiempo más corto posible. En Santiago, el general Arsenio Linares tenía alrededor de 8000 hombres y veinte cañones de bronce y, por supuesto, la flota del almirante Cervera; pero Cervera y el capitán general de La Habana, Blanco, estaban en casi tan malas relaciones como Shafter y Sampson.

27

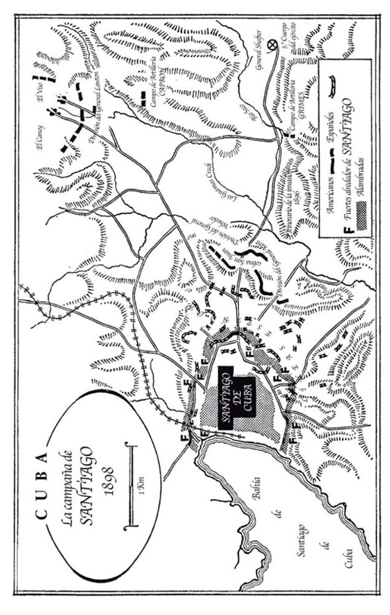
La colina de San Juan y Santiago

El plan del general Shafter era llegar a Santiago lo antes posible. Estaba hondamente preocupado por el temor de que sus hombres cayeran enfermos, como por supuesto ya había caído él, que padecía «de gota y de algo de malaria. Se había de hacer de un golpe o no hacerlo». De todos modos, a las 9.20 de la noche del día en que llegó el general Lawton al mando de la primera división de infantería, se dirigió hacia la pequeña ciudad de Siboney, y la pequeña guarnición española se rindió.

Del 25 al 29 de junio, Shafter trató de consolidar el desembarco, de asegurarse la retaguardia y los suministros, y de evitar que sus entusiastas generales volvieran a entrar en combate. El 30 de junio ordenó para el día siguiente un ataque contra la posición española de El Caney, delante de Santiago. Roosevelt informó que sus hombres acogían la orden «con gran júbilo».[15]

Además, un mensaje de Estados Unidos pidió al general Calixto García que avanzara con 4000 hombres para proteger El Caney y San Juan. Las relaciones de García con Shafter eran malas, pero está claro que en estas semanas García sentía tal desprecio por el gobierno provisional cubano que pensó que el principal objetivo de los rebeldes cubanos debía ser el de probar su valor junto a sus nuevos aliados. El 28 de junio, García recibió la visita del propio William Randolph Hearst. García ofreció a Hearst una bandera de batalla hecha jirones, en conmemoración de los servicios prestados por el *Journal* a la libertad: «Está descolorida, pero es lo mejor que puede ofrecer la República de Cuba a su mejor amigo». García aseguró a Hearst que el *Journal* había sido la «más poderosa influencia» de las que

llevaron a Estados Unidos a ayudar a Cuba. ¡Bajo qué singular bandera se amparaba entonces la libertad!



La campaña de Santiago, 1898

Hearst había sido activo. Cuando le llegó el rumor de que otra escuadra española estaba a punto de salir de Cádiz en dirección a Filipinas, había telegrafiado a su reportero favorito, James Greelman, que se encontraba en Londres: «Haga los preparativos para que, en el caso de que la flota española salga realmente para Manila, podamos comprar algún vapor inglés grande… llevarlo al… canal de Suez… hundirlo, y obstruir el paso». Más tarde, contrariado por no tener una misión en la marina, se dirigió al punto de desembarque de Estados Unidos en Cuba en el yate *Sylvia*; entrevistó a Sampson personalmente («un almirante de salón, un almirante de retaguardia, siempre a la cola») y preparó una imprenta para imprimir el *Journal-Examiner* para las tropas norteamericanas en Cuba. Hearst se nombró a sí mismo corresponsal de guerra en jefe. Y además, proporcionó a los cirujanos del ejército el hielo que habían olvidado. Había contemplado la primera acción, en Las Guasimas, desde

una colina cercana, y después fue reprendido por «haber provocado el fuego» del enemigo.

El 1 de julio tuvo lugar la única batalla terrestre de importancia de la guerra hispano-norteamericana, frente a la posición española de la colina de San Juan. Fue un encuentro muy confuso. La división de Lawton salió para El Caney. Los generales Kent y Wheeler recibieron la orden de atacar la colina conocida con el nombre de San Juan. Lawton se enfrentó sólo con una compañía de españoles, 600 hombres con dos cañones; Kent y Wheeler se enfrentaron con 250. Pero esta desproporción en el número no sirvió para hacer que la batalla fuera corta. A las siete de la mañana, en el frente de San Juan, una batería norteamericana abrió fuego contra la posición española. Dos horas más tarde, la infantería de Kent recibió la orden de avanzar. Unos 3000 hombres avanzaron por un camino muy estrecho; en algunos puntos apenas bastante ancho para permitir el paso de una columna de a cuatro. Apareció la caballería, incluidos los Rough-Riders, dirigida por el general Sumner (pues Wheeler estaba enfermo). Kent y Sumner llevaron a cabo un reconocimiento. El avance continuó, haciéndose más intenso el fuego.

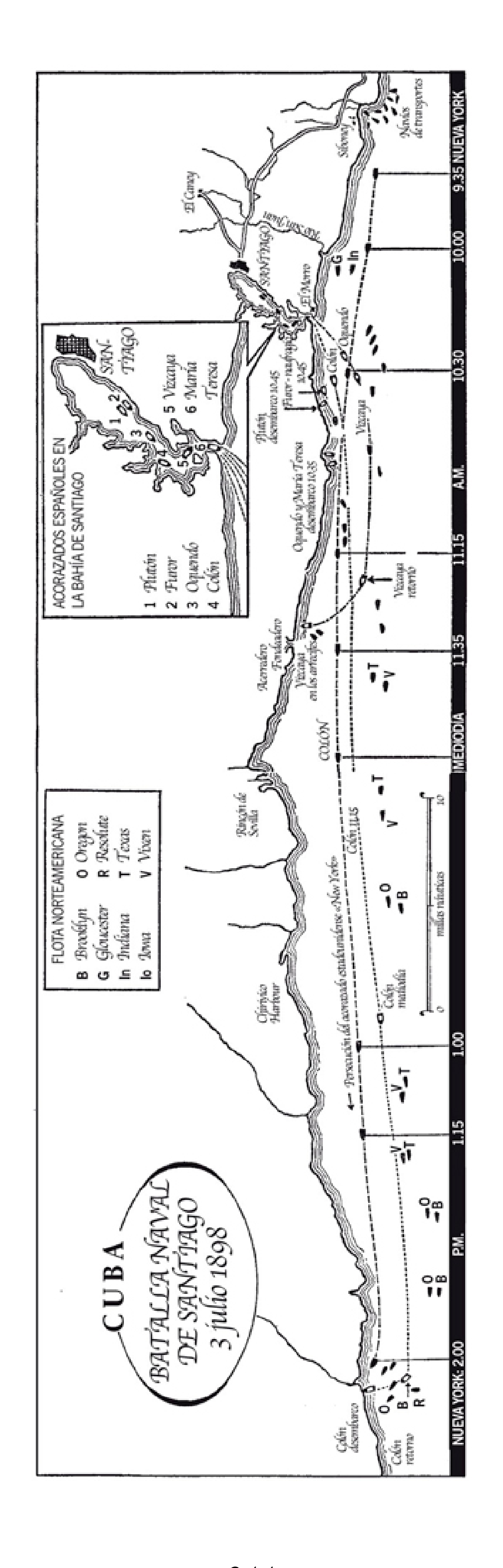
Concluyó la lucha una batería de cañones Gatling colocada sobre la posición española del sur. Esta mantuvo cuerpo a tierra a los españoles mientras avanzaban, primero, la infantería, y después, dos regimientos de caballería regular (uno, negro); Roosevelt iba detrás con los Rough-Riders. Los españoles se rindieron en su inmediata línea de defensa. De este modo Estados Unidos tomó, con algún esfuerzo, las defensas exteriores de la ciudad. Los norteamericanos tuvieron 223 muertos, 1243 heridos y 79 desaparecidos; los españoles, 102 muertos y 552 heridos. O sea que Estados Unidos tuvo un total de 1591 bajas, el 10 por ciento del total de los efectivos expedicionarios.[16] En opinión de Roosevelt, un artífice de la guerra, y el hombre quizá más recordado en relación con ella, la carga del 1 de julio

fue el triunfo final de la voluntad sobre la carne débil, y el de la energía de una nación joven contra otra vieja y decadente. No obstante, sería más apropiado recordar el conjunto del día como una ocasión en la que 700 españoles se defendieron contra 6000 norteamericanos y les infligieron daños muy serios.

También parecería apropiado recordar que otro de los principales artífices de la guerra estaba asimismo en la acción. Creelman, el as de los reporteros de Hearst, llegado de Londres a toda prisa, también cargó y fue herido:

> Alguien se arrodilló en la hierba junto a mí y puso su mano sobre mi cabeza febril. Al abrir los ojos vi a Mr. Hearst… con un sombrero de paja con cinta clara en la cabeza, un revólver al cinto, y un lápiz y una libreta en la mano… Apuntó despacio mi relato de la lucha. Una y otra vez nos interrumpía el zumbido de balas de máuser. «Siento mucho que esté herido, pero —su cara estaba radiante— ¿verdad que ha sido una pelea espléndida? Debemos ganar a cualquier periódico del mundo».

Aun así, el recuerdo histórico de la victoria en la mente de la mayoría fue muy distinto de lo que realmente ocurrió después de la batalla. Como es habitual en las campañas en Cuba, la malaria y la disentería estaban ganando terreno. El general Shafter creía que había sufrido una derrota, y echado en la cama, contemplando la retirada, no podía visitar el frente. Sus jefes de división, Wheeler y Young, estaban demasiado enfermos para hacer nada. Theodore Roosevelt escribió al senador Lodge: «Por el amor del cielo, diga al presidente que nos envíe todos los regimientos, y, sobre todo, todas las baterías posibles. Hasta ahora hemos ganado a un coste muy alto… Estamos a no mucha distancia de un terrible desastre militar».


CUBA
BATALLA NAVAL DE SANTIAGO
3 julio 1898
FLOTA NORTEAMERICANA
B Brooklyn
G Gloucester
In Indiana
Io Iowa
O Oregon
R Resolute
T Texas
V Vixen
ACORAZADOS ESPAÑOLES EN LA BAHÍA DE SANTIAGO
1 Plutón
2 Furor
3 Oquendo
4 Colón
5 Vizcaya
6 María Teresa
SAN-TIAGO
El Caney
SANTIAGO
El Morro
Siboney
Navíos de transportes
Plutón desembarco 10.45
Furor - naufragio 10.45
Oquendo y María Teresa desembarco 10.35
Colón
Oquendo
Vizcaya
Acerradero
Fondeadero
Vizcaya en los arrecifes
Vizcaya retorno
COLÓN
Colón 11.15
Rincón de Sevilla
Chiriyico Harbour
Persecución del acorazado estadounidense «New York»
Colón mañana
Colón desembarco
Colón retorno
millas náuticas
0
10
NUEVA YORK: 2.00
P.M.
1.15
1.00
MEDIODÍA
11.35
11.15
A.M.
10.30
10.00
9.35 NUEVA YORK

Si los españoles hubieran contraatacado, habrían logrado una victoria sustancial. Pero su moral estaba baja. En Santiago no había comida excepto arroz. Además el capitán general Blanco había ordenado al almirante Cervera que abandonara el puerto, y el almirante se estaba quejando de que «la flota bloqueadora es cuatro veces superior a la nuestra; si salimos del puerto, nuestra destrucción es totalmente segura». Cervera apeló a la reina regente, la cual, por su parte, sólo imploraba la piedad divina. La insistencia de Blanco derivaba de su convicción de que España podría recuperarse tras la pérdida de una ciudad, pero no tras la de la flota. Por consiguiente, el 3 de julio, la marina de guerra española salió del puerto resuelta a romper el bloqueo naval de Estados Unidos, que consistía en un semicírculo de poderosos buques que terminaba apropiadamente en el lado este en dirección a la costa con el *Gloucester* (en tiempos de paz era el yate *Corsair* de J. P. Morgan).

Iba a darse un nuevo elemento propio de una comedia. El día en que Cervera salió del puerto, el almirante Sampson ya había salido hacia Siboney, para conferenciar con el general Shafter. De aquí que ni él ni su buque insignia estuvieran presentes en este encuentro crucial entre las razas anglosajona y latina: su rival, el desacreditado comodoro Schley tenía el mando.

La escuadra española salió de Santiago con el almirante Cervera y su buque insignia, el *María Teresa*, a la cabeza. Su ayudante, el capitán Concás, había visto la posibilidad de una brecha entre el *Brooklyn*, situado en el extremo oeste del bloqueo, y la costa. Por lo tanto, Cervera decidió atacar al *Brooklyn* con el *María Teresa*, y así dejar escapar a los demás barcos. Entretanto, habiendo visto aparecer a la escuadra española, los barcos de Estados Unidos, en línea de combate, atacaban la salida del canal.

Cervera dio la orden de abrir fuego.

> Mis clarines [recordaba el capitán Concás] fueron el último eco de los que, según nos cuenta la historia, sonaron en la conquista de Granada. Era la señal de que habían terminado cuatro siglos de gloria… «Pobre España», dije a mi noble y querido almirante, y él contestó con un gesto muy expresivo, queriendo decir que había hecho todo lo posible para evitar que ocurriera y que tenía la conciencia tranquila.

En el transcurso de la acción, el *María Teresa* escapó, sin tener que chocar con el *Brooklyn* que, como no conocía la táctica de Cervera, derrotó y casi chocó con el *Texas*, que tuvo que pararse. La escuadra española escapó. Finalmente la escuadra norteamericana consiguió organizarse y empezó la persecución. El almirante Sampson, de vuelta a la escena, intentó desesperadamente recuperar el tiempo perdido. Si la cubierta de los barcos de Cervera hubiera sido de acero y no de madera, habrían podido escapar. Como no era así, ardieron con facilidad, y el viento fuerte que siguió a continuación los llevó a su perdición más que a La Habana. El *María Teresa* en llamas encalló seis millas al oeste de la salida del canal, y el propio Cervera tuvo que nadar hacia la costa. Allí montó un hospital provisional hasta que más tarde se rindió al mando naval norteamericano. El *Oquendo* corrió la misma suerte, y después, el *Vizcaya*. El capitán del primero se suicidó después de dirigir la evacuación de su tripulación. Sólo el *Colón* logró huir, pero se le acabó el carbón y volvió a tierra tras una corta batalla. La victoria fue tan completa como la de Dewey en Manila; pero ¿de quién era? Schley envió a Sampson unas señales muy faltas de tacto: «Hemos logrado una gran victoria. Se le comunicarán los detalles». Sampson, espantado por la victoria que había tenido lugar en su ausencia, cablegrafió a Washington sin hablar de Schley: «La flota a mis órdenes ofrece a la nación como regalo de 4 de julio la flota de Cervera completa». El total de bajas fue: de 2225 españoles, 350 muertos y 1670 prisioneros; y en la flota norteamericana sólo un muerto y dos heridos.

Entretanto, en tierra se habían producido nuevos acontecimientos. Shafter, aterrado por la falta de moral y por su débil posición, había decidido lo que tenía que hacer. Aunque creía que podía someter a la ciudad de Santiago, sabía que habría muchas bajas y que él ni siquiera podía cuidar a aquellos de sus hombres que ya estaban enfermos. En el campamento norteamericano no había instalaciones sanitarias. Una incesante lluvia de refugiados se mezclaba con los soldados.

El papel de los rebeldes cubanos y en particular el de Calixto García en estos acontecimientos no estaba claro. En la batalla de la colina de San Juan, las fuerzas cubanas habían tenido sólo diez bajas. Al parecer, la visión de los rebeldes cubanos desilusionó a las fuerzas norteamericanas. El ejército de Estados Unidos era blanco en su mayor parte; el cubano, casi totalmente negro. Estados Unidos, incluso antes de su reciente victoria, se sentía más inclinado hacia su caballeroso enemigo, que hacia sus aliados cubanos. Las tropas regulares norteamericanas padecían escasez de suministros (especialmente tabaco) y los enfurecía ver a los cubanos comiendo provisiones del ejército de Estados Unidos y fumando tabaco. Los prisioneros españoles ya habían trabado grandes amistades con los que los habían apresado. García fue tratado con desdén por Shafter, que llegó a sugerir que los guerrilleros, en vez de luchar, trabajaran como peones.

El 3 de julio por la tarde, la columna de refuerzo española del coronel Escario llegó a Santiago desde Manzanillo por el camino de El Cobre, sin que Calixto García se lo impidiera. Evidentemente era reacio a levantar un dedo para ayudar: criterio equivocado que acabó con la simpatía del ejército norteamericano respecto a los cubanos. Pero la llegada de Escario consiguió empeorar más que mejorar la posición española, pues no traía municiones ni comida. Este refuerzo se sumó, por lo tanto, a las dificultades de aprovisionamiento del general

Toral. Mientras tanto Shafter estaba rodeando eficazmente la ciudad, y el 8 de julio decidió hacer otra petición de rendición. Si no se acordaban las condiciones al día siguiente, la marina abriría fuego. Esto no dio tiempo para que los españoles se comunicaran con Madrid. Toral ofreció entregar la ciudad y la parte oriental de la provincia, a condición de que se le permitiera retirarse con todo el equipo a Holguín. Shafter telegrafió a Washington para obtener su conformidad, pero Alger no estuvo de acuerdo, y la tregua terminó el 10 de julio. Durante ese día y el siguiente hubo fuego de artillería, que destruyó algunas casas de la casi desierta ciudad de Santiago e inutilizó casi toda la artillería de Toral. El 11 de julio, Shafter sugirió, a propuesta de Washington, que el ejército volviera a España a expensas de Estados Unidos si se rendía incondicionalmente.

Miles, Shafter y Toral se encontraron y, el 14 de julio, Toral dijo a Shafter que el capitán general Blanco había sometido el asunto de la rendición a la decisión de Madrid. Entretanto podían continuar las discusiones. En Washington había un temor considerable de que los españoles pudieran estar meramente haciendo tiempo, pero no era así.

El 17 de julio se acordaron las últimas condiciones de la rendición. Toral entregó Santiago y su provincia a «la autoridad de Estados Unidos». (Blanco aseguró más tarde a su gobierno en Madrid que la rendición se había llevado a cabo sin «la intervención de mi autoridad»). Shafter y Toral entraron a caballo en Santiago y, al mediodía, la bandera de Estados Unidos ondeaba sobre el palacio del gobernador.

28

Fin de un imperio

La guerra entre Estados Unidos y España tocaba a su fin. El mismo general Miles, con menos de 3000 hombres, desembarcó en Puerto Rico y empezó a avanzar hacia el centro de la isla con el brío del que tiene que conseguir un gran éxito para justificar su juicio crítico sobre los demás. No hubo resistencia. El general Miles dijo a los puertorriqueños, para su sorpresa: «El efecto justo de esta ocupación será la inmediata liberación de vuestras relaciones políticas anteriores y, es de esperar, una alegre aceptación por vuestra parte del gobierno de Estados Unidos». Nadie sabía hasta aquel momento que Estados Unidos se propusiera nada respecto a Puerto Rico. En Filipinas llegó también el segundo ejército de Estados Unidos, de 35 000 hombres; el jefe de los patriotas, general Aguinaldo, se había proclamado a sí mismo presidente de la República Filipina, pero el general norteamericano Anderson le dijo: «Informe a su pueblo de que estamos aquí por su bien y de que deben ayudarnos con su trabajo y suministros a los precios normales de mercado».

McKinley propuso a su gobierno un viaje por el Potomac para discutir las propuestas de paz. ¿Qué estatus habría que dar a Cuba? ¿Qué haría Estados Unidos con Filipinas? ¿Y Puerto Rico? El 30 de julio se decidieron las condiciones; Estados Unidos ofrecería una guía para el establecimiento de un gobierno cubano independiente. España renunciaría a todo derecho sobre Cuba. Puerto Rico, junto con otras islitas españolas de las Indias Occidentales y con la isla más grande de los Ladrones (la más tarde famosa Guam), serían cedidas a Estados Unidos como indemnización de guerra. Estados Unidos se quedaría con Manila hasta que se decidiera el futuro estatus de Filipinas.

Estas exigencias eran arbitrarias. El talante imperial de Estados Unidos era irresistible. El 7 de julio, de un modo casi imperceptible, se había hundido toda oposición a la anexión de Hawai, y el crucero *Philadelphia* había zarpado para tomar posesión oficial de la isla. («Necesitamos Hawai tanto o más que California —murmuró McKinley a su secretario—, es el destino manifiesto»).

En Cuba estaban confusos. El general Lawton fue nombrado gobernador de la provincia de Oriente y, el 20 de julio, el coronel Wood (ahora en funciones de general) pasó a ser gobernador de la ciudad de Santiago. Pero Calixto García insistió en que «por la naturaleza de la intervención [el gobierno] debería pasar a manos de los cubanos». Shafter dijo a García que los cubanos podrían dirigir la administración civil, y nombró alcalde al general Demetrio Castillo. Sin embargo, este acuerdo no duró más que unos días, pues, aunque Castillo dio la impresión a los oficiales norteamericanos de ser un hombre excelente, tras él parecía haber «sólo una horda hambrienta y vengativa». McKinley, entonces, acordó que se mantuvieran los funcionarios españoles donde fuera posible: Leonardo Ros, alcalde de Santiago en el pasado, recuperó su antiguo cargo, para furor de los cubanos. Fue un insulto terrible. García, resentido, se llevó sus tropas a las montañas. El augurio era desagradable.

Wood, verdadero gobernante de Santiago, se encontró con que «hasta el aire… estaba impregnado de muerte». El porcentaje de muertos por disentería o fiebre amarilla era de 200 diarios. Los cadáveres habían estado sin enterrar durante días. Los osarios estaban plenos. La incineración era esencial para matar los gérmenes, pero un día, a finales de julio, la lluvia extinguió el humo de todos los fuegos. Wood convocó a todos los comerciantes de la ciudad y los reprendió: «Nosotros hemos venido a Cuba para socorrerlos en su desgracia. Ustedes corresponden a nuestros esfuerzos intentando ganar dinero a costa nues-

tra». El mismo Wood sucumbió en breve a la fiebre amarilla, pero mantuvo la moral y el trabajo. Su biógrafo dice que «no recibió ayuda del pueblo de Santiago, ni de los cubanos ni de los españoles… los funcionarios españoles, los sacerdotes, los frailes, eran insensibles; al viejo arzobispo sólo le importaban los 18 000 dólares de sueldo que le había pagado el gobierno español hasta entonces…». El propio Wood escribía: «La gente está completamente embrutecida y ni un solo cubano, excepto uno o dos, se ha presentado para hacer algo por su pueblo… Las condiciones aquí son algo terribles y el hospital civil está abarrotado. Todos los días pueden verse niños pequeños intentando despertar a su madre ya muerta o moribunda». El único gobierno cubano posible podría haber sido el proporcionado por el ejército rebelde cubano y a este, desilusionado y contrariado, no se le permitía desempeñar ningún papel.

Además, ¿qué iba a ocurrir con el gobierno provisional de los rebeldes cubanos? A finales de julio, un abogado de Nebraska, Charles Magoon, fue a informar a la Junta de Nueva York sobre el alto el fuego, en nombre de la administración McKinley, pero Estrada Palma insistió en que la notificación se había de hacer al gobierno provisional. Sin embargo, esto no aclaró nada. Calixto García hizo marchar a sus fatigadas tropas hasta Holguín y Gibara para asegurarse de la rendición de las fuerzas españolas de allí. Luego se puso en manos del gobierno fantasma.

Así que la llegada de la paz tuvo lugar sobre un fondo de protesta, contraprotesta, investigaciones, debates en la prensa y recriminaciones.

Al parecer, los españoles esperaban conservar Filipinas para España, entregando Cuba. Pero el 15 de agosto, Manila se rindió a Estados Unidos y también terminó la campaña en Puerto Rico. Las delegaciones norteamericana y española se encontraron en París el 1 de octubre. España se comprometió a evacuar

Cuba antes del 1 de enero. Los españoles intentaron conseguir que Estados Unidos se hiciera cargo de la deuda cubana, esto es, unos cuatrocientos millones de dólares que el gobierno español había gastado en Cuba. Después de mucho debate y angustia por parte de España, se dejó la cuestión para solucionarla en el futuro: Estados Unidos rechazó la responsabilidad.

En España, estos acontecimientos hicieron surgir toda una serie de interrogaciones, reflexiones y dudas, que empezaron con un famoso artículo del jefe conservador, Silvela, titulado «Sin pulso», que se publicó en *El Tiempo* en el mes de agosto:

> Se está haciendo la paz, la razón lo aconseja, las personas sensatas ni siquiera lo discuten. Pero esto significa nuestra rendición, la expulsión final de nuestra bandera de tierras que nosotros descubrimos y conquistamos; todo el mundo puede ver que un poco más de solicitud por parte de nuestros dirigentes, un poco más de perspicacia de nuestros gobiernos, habrían bastado para arrancar algún momento de gloria para nosotros, una fecha o una victoria para detener esta decadencia universal, y permitirnos cerrar nuestros ojos y los de nuestros hijos con confianza en nuestra raza. Pero todos esperan y temen un estremecimiento de la conciencia nacional; sólo se advierte por una nube general de silencio melancólico que, como el fondo gris de un retrato, no altera nuestra vida, nuestras costumbres, nuestros hábitos, ni el hecho de la rendición a que el gobierno, sin saber la causa ni el porqué, se ha comprometido. Algunos dicen que el materialismo nos ha sorprendido; otros, que el egotismo nos ha matado; que las ideas de deber, gloria y honor nacional han pasado… debemos dejar de encerrarnos en nosotros mismos y afrontar los hechos… reconstituyendo todos los organismos de nuestra vida nacional, sobre la base, modesta pero firme, que nos proporcionan nuestros medios.

Este llamamiento inauguró el examen de conciencia nacional de España en 1898-1900, que en alguna medida no ha cesado nunca y que en parte se repitió en el parecido examen de conciencia postimperial que tuvo lugar en Inglaterra durante la década de 1960. Había una sensación de estupor, de falta de sentido, de no tener de qué echar mano; pensar en todos los ejércitos agonizando, los barcos hundidos, el oro malgastado, y ¿qué quedaba, aparte de unos políticos disgregados que se llamaban a sí mismos liberales o conservadores? Y ¿cómo podía ser el re-

publicanismo o el carlismo una solución satisfactoria? De aquí el rápido crecimiento de los nacionalismos catalán y vasco, del socialismo a través de la UGT, y del anarcosindicalismo a través de la CNT. El fracaso del Estado era patente. Era lógico que Sabino Arana consiguiera un consejo municipal para el Partido Nacionalista Vasco en 1898.

Al otro lado del Atlántico, los cubanos aceptaron el *diktat* que se les presentaba, no con alegría sino de mala gana, confiando en la enmienda Teller. Si hubieran estado en condiciones aptas para luchar contra Estados Unidos, habrían continuado haciéndolo, como Aguinaldo se disponía a hacer en Filipinas. Pero Máximo Gómez y García habían luchado más, y más duramente, que Aguinaldo. Muchos de sus lugartenientes más destacados habían muerto. Ellos mismos eran ahora viejos. Les faltaba el apoyo crítico de los periódicos de Estados Unidos. En realidad, los comunicados de noticias norteamericanos los describían, a ellos y a los demás rebeldes, como unos voraces aventureros o como los despiadados asesinos de los caballerosos españoles.

El período entre la firma del protocolo de paz, el 12 de agosto, y el establecimiento del control de Estados Unidos sobre Cuba, en enero, fue de desorden en toda Cuba excepto en el este:

> No había mucha apariencia de… gobierno y ninguna seguridad… los guerrilleros españoles se habían dispersado; algunos habían cobrado en parte; otros, en absoluto. Se habían entregado al pillaje, y, en pequeñas bandas, cogían a los pobres todo lo que tenían; mataban todo el ganado que encontraban bastante cerca de la ciudad y llevaban su carne al mercado…

En el oeste de Cuba, «los animales más sucios y repugnantes eran devorados con deleite y… cazados con un ardor frenético. Las raíces, ramas y hierbas… también». La Habana dependía para la comida exclusivamente de Estados Unidos.

Los españoles, «como un solo hombre», informaba el administrador de Atkins en Cienfuegos, sólo deseaban la anexión, y «si esta no se logra o si la isla no queda bajo el control de Estados Unidos, abandonarán sus negocios y volverán a España». Un oficial rebelde cubano decía también:

> «Ojalá los [norte]americanos tomen pronto posesión del gobierno y nos dejen ir a casa y hacer algo distinto…». Este era aquí el deseo general de su pueblo. Los insurrectos de los campamentos de por aquí están siendo alimentados por la gente de Cienfuegos, pero la cuestión es cuánto puede durar este estado de cosas… hay grandes padecimientos entre los insurrectos que vienen de las montañas… las tropas [españolas] todavía están concentradas en esta ciudad y en sus alrededores, ansiando volver a España. Oigo decir que a los guerrilleros no se les ha pagado en seis meses. ¿Los ayudarán nuestros gobiernos lo mismo que a los insurrectos?…

En general, las relaciones entre norteamericanos y españoles, en Cuba, eran excelentes, mientras que las que había entre cubanos y yanquis eran casi invariablemente malas. Se oyó hablar al general Young del ejército de Calixto García como de «un montón de degenerados, absolutamente faltos de honor o de gratitud. No son más capaces de autogobernarse que los salvajes». Montejo creía que «a los americanos no les gustaban mucho los negros. Solían gritar "negro, negro", y echarse a reír». Por el contrario, los oficiales españoles eran acogidos como caballerosos hermanos de armas: el almirante Cervera fue objeto de un gran recibimiento en New Hampshire cuando visitó a los españoles que estaban prisioneros allí.

Los españoles se fueron de las ciudades de Oriente con amargura y a veces con despecho: llenaban de estiércol las cisternas de agua y mataban el ganado, dejando casi siempre la enfermedad tras ellos. En septiembre, el general Leonard Wood pasó a ser gobernador de Oriente. De nuevo no se consultaba a los cubanos. Wood escribió a su mujer que Santiago «por lo menos es limpio, y nos encontramos, por decirlo así, con una suciedad *moderna*… de un tipo menos molesto que la de 1520». El sistema de aguas se había restablecido, la basura se había re-

cogido, pero continuaba la miseria en los distritos de las afueras. Sin embargo, según Wood, los «agitadores» ya estaban diciendo que si los cubanos hubieran tenido la autoridad, habría habido comida suficiente. Wood se descubrió a sí mismo impidiendo que dos cubanos lanzaran un periódico radical. Las denuncias por agitación iban acompañadas de acusaciones de corrupción: «Te pasmaría la franqueza de alguna gente que quiere comprar favores o influencia», escribía Wood a su mujer. «Están totalmente corrompidos». Wood se puso a trabajar reduciendo los sueldos municipales a derecha e izquierda, especialmente el del arzobispo, que pasó a ser un tercio de lo que había sido; y un teniente irlandés, McCleary, de Texas, que hablaba español, fue nombrado alcalde.

Estas medidas no mejoraron apenas las relaciones con los cubanos. A mediados de septiembre ya corrían fuertes rumores de un *pronunciamiento* antinorteamericano. El 22 de septiembre, por fin se permitió entrar en Santiago, como huésped de Norteamérica, a Calixto García: los cubanos lo celebraron en grande y hubo que impedirles por la fuerza que destrozaran el Casino Español. A principios de octubre, García pidió a Wood que proporcionara

> trabajo y raciones a sus hombres. Le dije que no podían tener ninguna de las dos cosas mientras continuaran en armas. Me amenazó con la guerra y le dije que, cuanto antes empezara, mejor, porque, ya que nos habíamos quedado con un puesto intermedio, esa podría ser la mejor manera de salir de él.

Después de esto, los cubanos entregaron sus armas lentamente: algunos se hicieron bandidos. El coronel Francisco Valiente hizo a Wood la inteligente sugerencia de que intentara organizarlos en una especie de guardia rural: lo hizo así, y dio muy buen resultado. En consecuencia, Wood «decidió impedir que los soldados norteamericanos tuvieran que luchar con los cubanos»; y en noviembre nombró al ciudadano más «compe-

tente» de Santiago, Emilio Bacardí, comerciante de ron, cuarto alcalde de la ciudad desde julio.

Wood trabajaba infatigablemente, recuperando los documentos públicos de la ciudad del depósito de basuras, nombrando jueces, fiscales, un tribunal, promulgando leyes: «Desde que estoy en Santiago he prescrito abundantes dosis de la Constitución de Estados Unidos, y el tratamiento ha sido notablemente eficaz». Nombró un comité de cincuenta cubanos para seleccionar funcionarios públicos honrados y eficientes. Esto «incitó a los cubanos a sacrificarse». Estableció un impuesto sobre todas las concesiones comerciales —esto es, sobre todas las ocupaciones lucrativas— elevando los ingresos de la ciudad de Santiago de 200 000 dólares a 240 000. Se embarcó en la construcción de carreteras a lo largo de los antiguos caminos cubanos, y de un nuevo muro frente al mar; prolongó el muelle principal en el puerto, dragando donde desembocaban las cloacas; restauró la cárcel, los mataderos, los mercados y el hospital militar; construyó una fábrica de hielo, un nuevo orfelinato y un instituto para niñas. Prohibió las corridas de toros y el juego, se aseguró de que todos los propietarios de ganado registraran sus animales, procesó a los panaderos y comerciantes que falsificaban los pesos y las básculas, inspeccionó los barcos que iban hacia el norte con soldados enfermos, preparó un código de leyes españolas y cubanas, contrató a ingenieros para que proyectaran un nuevo sistema de aguas y finalmente abolió las raciones gratuitas excepto para los totalmente desvalidos. Era como si estuviera trabajando una inmensa máquina: el norteamericano competente y aplicado, en un medio latino.

Entretanto se disolvió el gobierno provisional cubano, pero Gómez siguió siendo comandante en jefe del ejército, mientras que la asamblea del ejército —que durante la guerra de los Diez Años y esta última había hecho de cuerpo legislativo— nombraba un comité especial para que se ocupara de los intereses

cubanos durante el período de control de Estados Unidos. Otro comité fue a Nueva York con el fin de recaudar fondos para pagar al ejército rebelde, de modo que pudiera disolverse oficialmente; este comité iba encabezado por García. García fue bien tratado. Se encontró con Shafter y McKinley en la Casa Blanca y en un banquete en el Club Gridiron, y después murió de repente en Washington el 11 de diciembre. La independencia cubana parecía una cuestión olvidada del pasado, mientras la isla esperaba que las autoridades españolas se retiraran completamente y que llegara a La Habana el gobernador militar norteamericano. «¿Autogobierno? —decía el libertador, Shafter, a mediados de diciembre—, pero si a esta gente el autogobierno le va como la pólvora al infierno».

Así terminó para Cuba su larga experiencia del dominio español, y para España, el imperio colonial. Aunque los capitanes generales y ministros de Ultramar españoles habían sido indudablemente ineficaces y cortos de vista durante muchas generaciones, no merecían gran parte del vilipendio que más tarde acumularon sobre ellos los cubanos y los norteamericanos; porque, a pesar de todos los fracasos, hacia 1890 habían creado (o al menos no habían impedido que se creara) una sociedad de tipo español característico y reconocible en Cuba, razonablemente equilibrada entre los negros y los blancos, y en la que las relaciones interraciales eran, aunque evasivas, evidentemente menos tensas que en las sociedades anglosajonas de América. A pesar de las guerras, de las constantes conspiraciones y de las continuas crisis económicas, la prosperidad y la producción habían crecido regularmente. Al fin se había conseguido la emancipación de los esclavos con relativa serenidad. Además, en la década de 1890 existía realmente en la isla una vida política apuntalada por partidos políticos fuertes, con claros derechos y posibilidades, incluso con amigos y representantes en Madrid. La evolución constitucional entre 1878 y 1895 fue bastante rá-

pida comparada con lo habitual en la mayoría de las colonias. Desde luego, los logros generales de España en Cuba salen ganando mucho si se comparan con los de Inglaterra en Jamaica y las demás islas de las Indias Occidentales en la misma época, como observó el historiador inglés Froude después de su visita a Cuba en 1887:

> Aunque los defectos de su administración sean tan grandes como se supone, los españoles han hecho más para europeizar sus islas que lo que hemos hecho nosotros con las nuestras… Cuba es un segundo hogar para los españoles, algo añadido a su tierra de un modo permanente. Nosotros somos como las aves de paso, residentes temporales con propósitos transitorios, sin que en nuestras islas tengamos un hogar.

Sin embargo, el problema era que, a la larga, no había una verdadera solución para la cuestión de la permanencia de Cuba en el imperio español. Cuba ya estaba tan vinculada con la economía norteamericana como con la española. Estados Unidos era el principal cliente de Cuba. Por eso fue tan lógico como sintomático que, a pesar de que los historiadores cubanos hagan comprensibles protestas de lo contrario, fuera la intervención o el temor a ella lo que de hecho decidió el fin de la segunda guerra de independencia. Si no hubiera sido por Estados Unidos, Weyler no habría sido retirado; si no hubiera sido por la intervención de Estados Unidos, el gobierno autonomista se habría consolidado mientras que Ramón Blanco hubiera logrado finalmente un nuevo Zanjón o incluso una paz más concluyente. No podemos saber si a la larga un gobierno autónomo hubiera sido muy diferente de lo que de hecho se traslucía. Era evidente que en tiempos de paz un partido así hubiera tenido un apoyo muy leve. Pero aunque se hubiera establecido un gobierno autónomo de ese tipo habría continuado dependiendo de Estados Unidos. Sin duda un gobierno así habría acogido muy bien las inversiones norteamericanas, habría buscado la ayuda norteamericana para reconstruir al país, y habría vendido su azúcar a Estados Unidos. La oligarquía cubana de principios

del siglo XIX había quedado tocada tras la crisis del azúcar de la década de 1880, y la guerra civil de 1895-1898, terminara como terminara, habría acabado de destruirla como clase dirigente. Un estado autónomo cubano habría sido, no obstante, obra española, y podría haber evitado a la isla y a sus habitantes las desconcertantes y ambiguas experiencias de la intervención norteamericana y del dominio militar posterior.

El destacado héroe estadounidense de la guerra hispano-norteamericana, Theodore Roosevelt, fue elegido gobernador del estado de Nueva York en noviembre de 1898. La guerra de Cuba hizo la carrera política de Roosevelt y, en consecuencia, ayudó a crear, a través de él, la moderna presidencia de Estados Unidos. Aquella contienda embarcó al país en una política de creciente intromisión en los asuntos mundiales. Contribuyó también a conseguir una nación unida: en el otoño del citado año, el presidente McKinley fue aclamado en el Sur, a los aires de «Dixie», teniendo junto a sí al general Joe Wheeler, el antiguo confederado, y al yanqui Shafter. Resulta, sin embargo, mucho más dudoso averiguar si la guerra de Cuba hizo a Cuba, pese a que despertó en la isla una heroica y revolucionaria inspiración para narrar, repetir e incluso inventar, en los años siguientes, la historia de la lucha contra las grandes desigualdades de antaño y pese también a que dio origen a una romántica tradición literaria de sabor garibaldino en múltiples acontecimientos del siglo XIX.

Libro IV

De ocupación a ocupación, 1899-1909

La tarea propuesta y emprendida era la construcción por anglosajones, en un país latino, de una República… De una República modelada siguiendo los trazos de nuestra Gran República… en uno de los países más insalubres.

Civil Report of General Leonard Wood for 1902, I, p. 217

29

Cuba, postrada

Estados Unidos ocupó «temporalmente» Cuba en enero de 1899. El general Brooke, uno de los jefes de mayor graduación del ejército norteamericano antes de la guerra, llegó a la isla como gobernador militar, recibiendo solemnemente las llaves de La Habana de manos del último capitán general español, Giménez Castellanos. Aquel día terminaba el imperio de España en América. Parece ser que sólo un grito de «¡Viva España!» se oyó en las calles de la ciudad. El general Brooke no tenía, sin embargo, instrucciones específicas de McKinley. Ni este ni su administración sabían con certeza qué querían de Cuba. Las leyes españolas iban a seguir en vigor mientras no fueran derogadas o revisadas. De hecho, los oficiales norteamericanos al mando de tropas integradas (a causa del clima) por gran número de negros y de mulatos, se limitaron a reemplazar a sus predecesores españoles.

La primera declaración hecha por Brooke eludía cuidadosamente toda alusión al destino de Cuba. El objetivo de su mandato radicaba en «prestar protección… seguridad… reestablecer el orden y la confianza», etc. Cuando en el mes de febrero iban a celebrarse los funerales oficiales por el general Calixto García, se convino al principio en que la representación del ejército cubano, es decir, los remanentes de la legislatura rebelde, se colocarían inmediatamente detrás de las autoridades militares norteamericanas; pero cuando apareció el coche de Brooke se vio que era seguido por su Estado Mayor y por su escolta. Ante esto, los oficiales cubanos, presididos por el general Freyre de Andrade, se negaron a formar parte de la comitiva.

La administración civil quedó con gran parte de la estructura con que la habían dejado los españoles bajo los autonomistas, aunque los distintos departamentos fueron reducidos a cuatro. Al frente de cada uno de ellos figuraba un cubano. El secretario del Interior (Gobernación) era Domingo Méndez Capote que había sido vicepresidente en el último gobierno provisional rebelde. El secretario de Hacienda era Pablo Desvernine, un abogado que había sido, y según las apariencias, continuaba siéndolo todavía, representante en La Habana de la firma neoyorquina Condert; el secretario de Justicia y de Educación era José Antonio González Lanuza; y el secretario de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas era Adolfo Sáenz Yáñez, algo impopular por sus simpatías hacia el antiguo régimen. Las aduanas se confiaron al control militar del comandante Tasker Bliss. A nivel local, las autoridades militares norteamericanas aceptaron el *statu quo* sin que tampoco introdujeran excesivas modificaciones en la estructura tradicional de la sociedad cubana.

Como resultado de todo ello se siguieron manteniendo las tasas establecidas por los españoles, aunque fueron revisadas en muchos casos, y la jurisdicción de muchos juzgados locales fue modificada. Se dictó un aluvión de decretos, más o menos arbitrarios, que afectaron a la propiedad, la renta, los impuestos devengados y los delitos pasados, así como al procedimiento ante los tribunales, las apelaciones y la importación de carne o los seguros. Así, la decadente familia O'Reilly perdió su monopolio en el matadero de La Habana. Se estableció un Tribunal Supremo integrado por un presidente y seis magistrados cuya paga oscilaba entre seis mil y cinco mil quinientos dólares. Por debajo de este tribunal había seis audiencias, basadas en las demarcaciones de las seis antiguas provincias, y en La Habana se distinguió entre la sección civil y la criminal: funciones ambas que en el resto de las audiencias fueron confiadas al mismo tribunal.

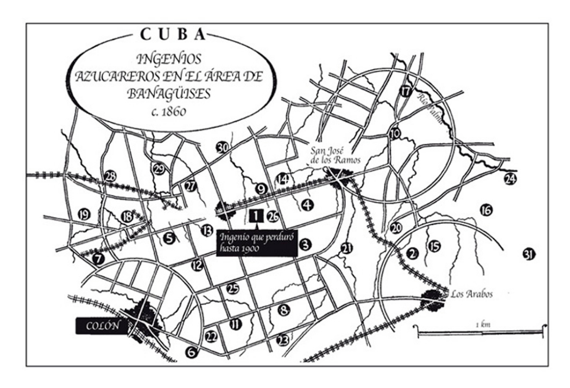
Los norteamericanos continuaron pacientemente en su trabajo de descubrir a los cubanos y de informar acerca de todos sus descubrimientos. En 1899 la población de Cuba ascendía a un millón y medio de habitantes. Hacia 1895 debió de haber alcanzado la cifra de un millón ochocientos mil. Las bajas producidas por la guerra, tanto en combate como, más probablemente, a consecuencia de la política de concentración que incluyó una disminución de los nacimientos y un incremento del número de fallecidos, pueden cifrarse en trescientas mil personas, o mejor, en un 10 por ciento de la población. Fue, sin duda, una pérdida considerable; antes de aquellas fechas, pocas naciones habían perdido en una guerra tal cantidad de hombres. Que surgiese Cuba como nación en medio de una violencia semejante, le imprimió para lo sucesivo un carácter especial. Otra consecuencia de este hecho fue el gran número de niños que no pudieron sobrevivir a causa de la guerra y de sus efectos. Ello explica por qué en ningún otro país en el que sea posible encontrar la adecuada información estadística tuviese, en 1899, una tan pequeña proporción de niños de menos de cinco años. Es también muy notable que en cuantos censos se efectuaron posteriormente se apreciase la ausencia de hombres y mujeres nacidos entre 1895 y 1898.

En general, los aumentos de población se produjeron en ciudades que habían sido fortificadas durante la guerra. La contienda, como suele ocurrir casi siempre, incrementó el tamaño y en consecuencia el poder de las ciudades. La propia Habana alcanzó casi los doscientos cincuenta mil habitantes, en una extensión de 9,6 kilómetros cuadrados, lo que representa unas siete veces el área que tenía en 1762.

Las ruinas causadas por la guerra eran visibles en todas partes. Así, el número de escuelas abiertas en 1898 fue casi la mitad del de las inauguradas en 1895. Antes de la guerra existían en Cuba noventa mil fincas y plantaciones; en 1899, solamente

había sesenta mil; las hectáreas en cultivo en 1899 eran trescientas sesenta mil mientras que en 1895 superaban las quinientas mil. La Habana y Matanzas fueron las zonas más perjudicadas por cuanto cultivaban menos de la mitad de la superficie anterior a la guerra. Solamente la provincia de Pinar del Río incrementó su área de cultivo en 1899 con relación a 1895 y ello pese a que muchas de las localidades de esa provincia fueron reducidas por Maceo a cenizas. Mucho más que en el pasado la titularidad en los arrendamientos resultaba incierta o desconocida: muchas fincas eran poseídas por arrendatarios sin título alguno; y mucha gente ignoraba cuál era la extensión de sus tierras. Si se les preguntaba por sus límites los daban utilizando medidas muy variadas: varas y cordeles, hectáreas y kilómetros, sin saber a menudo con exactitud el significado de estas palabras.

De todas formas eran más numerosas las fincas arrendadas que las explotadas en propiedad a causa del desbarajuste terrible en el que las leyes antiguas habían dejado tanto a los arrendatarios como a los propietarios. Durante muchos años los títulos jurídicos habían permanecido en un estado tal que imposibilitaban toda transferencia legal. Las ventas resultaban casi imposibles. En la zona ganadera de Camagüey dos quintos de los terrenos de pastos pertenecían a los cultivadores; alrededor de un tercio estaba arrendado y el terreno restante se hallaba en una situación difícil de aclarar. Los propietarios blancos rebasaban en número a los mulatos y a los negros en todas partes, salvo en Santiago, donde había tres propietarios blancos por cada dos negros o mulatos.



Ingenios azucareros en el área de Banagüises, *c.* 1860.

En el mapa, los números indican los molinos que existían en 1860. Solamente Álava (n.º 1) permaneció en el siglo XX. Adviértase que este mapa da una buena idea de la superviviente influencia en la geografía cubana del antiguo círculo de mercedes (véase la p. 41). Estos círculos, naturalmente, indican carreteras, muchas de las cuales están aún en uso.

1. Álava. Julián Zulueta.
2. Caridad. Bacallado.
3. Carmelo. Carmen Zequeira.
4. Concepción. Marquesa de Urria y conde de la Reunión.
5. Conchita. Tomás de Juara.
6. Desengaño. Rafael de Quesalta.
7. Flor de Cuba. Arrieta Hermanos.
8. Gran Antilla. Marqués de Almendares.
9. La Habana. Julián Zulueta.
10. Hatuey. Vicente de la Guardia.
11. Montserrate. Conde de Santovenia.
12. Panchita. Francisco Gispert.
13. Ponina. Francisco Diago.
14. Progreso. Familia del marqués de los Arcos.
15. Recompensa. Fidel Zuaznavar.
16. Reserva. Antonio Benítez.
17. S. Felipe. Josefa A. de Delgado.
18. S. Isidro. Mariana Hernández.
19. Sta. María de Neda. Francisco Gómez de Criado.
20. Santa Teresa. Conde de Fernandina.
21. Santiago. Marquesa de Urria.
22. Santo Domingo. Domingo García Capote.
23. Serafina. Marqués de Almendares.
24. Sociedad. Camilo Feijóo de Sotomayor.
25. Urumea. Santiago Zuaznavar.
26. Vizcaya. Julián Zulueta.
27. La Marquesita.
28. San Martín. La Gran Azucarera.
29. Nueva Echevarría. La Gran Azucarera.
30. El Líbano. Francisca Herrera de Morales.
31. Zorrilla.

Como es de suponer, la mayoría de los propietarios tenían haciendas pequeñas y solamente un escaso número de grandes terratenientes gozaban de haciendas grandes. Esta situación se había visto incrementada en el último cuarto de siglo, con ocasión de la introducción del cultivo del azúcar entre los años 1880 y 1890. Así, en 1899 dos tercios de las explotaciones disponían de menos de 3,5 hectáreas y más del 80 por ciento de ellas no llegaban a las 6,5. En el otro extremo de la escala, el 2 por ciento de las explotaciones eran superiores a las cuarenta

hectáreas, pero representaban más del 40 por ciento de la totalidad del terreno cultivado.

Casi la mitad del área del cultivo estaba dedicada a la caña de azúcar. El segundo producto en importancia era el boniato, seguido del tabaco. Menos importantes eran los plátanos y el maíz. El café representaba, en 1899, menos del 2 por ciento del total del área de cultivo.

En 1899 había poco más de 200 ingenios azucareros en situación aprovechable, mientras que en 1894 su número superaba los 1100. Matanzas, el antiguo centro azucarero, se había venido abajo del modo más espectacular; en lugar de 434 molinos sólo contaba ahora con 62, e incluso en Santa Clara en lugar de 332 no se disponía sino de 73.

No todos estos molinos funcionaban después de la guerra. En 1901 únicamente estuvieron en funcionamiento 168. Las consecuencias sociales de todo ello pueden verse más fácilmente contemplando el mapa de una zona de Matanzas que en 1877 había tenido alrededor de 30 molinos. En esta área de aproximadamente 780 kilómetros cuadrados había en el siglo XX sólo una central: Álava, cuyo propietario era ahora un norteamericano.

En Oriente, las plantaciones pertenecientes a los reconcentrados habían sido incendiadas en muchos casos por los cubanos; y las pertenecientes a cubanos habían sido quemadas por los españoles. La jungla se había adueñado de ellas.

Alrededor de estos molinos se hallaban establecidas, ya en propiedad o en arrendamiento, unas quince mil plantaciones de caña. De ellas solamente un tercio eran explotadas por sus propietarios, y el resto se explotaban de muy variadas formas desde el punto de vista arrendaticio. La dimensión media de una plantación disfrutada en propiedad era de 20 hectáreas, mientras que la de las arrendadas era de 25.

En 1899 había seis plantaciones de más de 1300 hectáreas, todas ellas dirigidas por sus propietarios; y quince comprendidas entre esa extensión y la de 650 hectáreas, pero de ellas solamente dos eran dirigidas por sus propietarios. No obstante, la mayoría de las plantaciones (13 517) eran inferiores a las 12 hectáreas. Gran parte de sus colonos vivían en sus fincas y unos pocos mantenían a sus familias en La Habana, adonde ellos regresaban pasada la época de la recolección, siendo recibidos en su casa como si fuesen caballeros que volvieran de una cruzada.

La guerra, por supuesto, diezmó la ganadería. En 1899 había menos de una sexta parte de caballos que antes de la guerra, y sólo una octava parte del ganado vacuno.

En 1899 poco menos de 300 000 personas trabajaban en Cuba, de una forma u otra, en la agricultura. De ellas, un tercio eran negros o mulatos. Había unas sesenta mil fincas, así que como promedio cada una empleaba cinco hombres. Pero las grandes fincas seguían empleando mucho peonaje.

Al parecer la minoría negra o mulata constituía el 32 por ciento de la población; los chinos el 1 por ciento. En todas las provincias constituían mayoría los blancos nacidos en Cuba, exceptuando La Habana, donde, debido a los muchos españoles que residían en la ciudad y que conservaban la nacionalidad española, no llegaban a la mitad. Los blancos nacidos en Cuba eran más numerosos en la eminentemente ganadera provincia de Camagüey. El porcentaje de negros o mulatos iba desde el 20 por ciento en Camagüey al 45 por ciento en Santiago, y eran también numerosos en Matanzas (40 por ciento) y Santa Clara (30 por ciento). En la ciudad de La Habana el porcentaje se cifraba en el 27 por ciento.

El medio millón de negros y mulatos era en proporción ligeramente inferior a 1887; en número, unos veinte mil menos que

entonces. El porcentaje de negros no había sido nunca tan pequeño desde que en Cuba se empezaron a hacer censos hacia 1770. De los que tenían sangre africana, más de la mitad (327 000) habían nacido después de la abolición de la esclavitud en 1880; quizá sólo 70 000 eran exesclavos, y el resto de los que tenían más de veinte años de edad habían sido siempre libres. Poco menos de 13 000 habían nacido en África y eran por lo tanto exbozales, esclavos de primera generación, ahora viejos. En la trata ya no se daba importancia primordial a los varones; había más negras que negros.

Casi todos los negros vivían en la provincia de La Habana, y la mayoría de los mulatos, en la de Oriente. La mayoría de los negros o mulatos vivían en Oriente, seguida muy de cerca por Santa Clara y La Habana y después por Matanzas. La mayoría de los chinos vivían en Santa Clara. En 1899 sólo veintiún distritos tenían una mayoría de negros o de mulatos: nueve en Matanzas, tres en Pinar del Río, y nueve en Oriente. Por cierto, que estas zonas eran de las más atrasadas de Cuba en 1899; en el distrito de Alto Songo, por ejemplo, con una población de casi 13 000 habitantes, sólo once niños, de cada 3600 menores de diez años, iban a la escuela.

La mayoría de las personas de más de sesenta años eran negras o mulatas, pero en todos los otros grupos de edad los blancos estaban en mayoría. En 1899, el número de fincas propiedad de negros o mulatos era el 5 por ciento del total y rentaban el 18,5 por ciento —un total ligeramente inferior a la cuarta parte—. En general estas fincas eran pequeñas y pobres, abarcando en total el 11 por ciento de la tierra cultivada. No había ningún negro ni mulato que poseyera una finca de más de 40 hectáreas o que tuviera en arrendamiento una mayor de 65 hectáreas. La mayoría eran fincas muy pequeñas; las inferiores a 3 hectáreas eran propiedad o estaban arrendadas por ellos. De las fincas propiedad de familias negras o mulatas, casi todas

(el 96,4 por ciento) eran menores de 10 hectáreas, proporción mayor en las arrendadas (97,2 por ciento). Pero la concentración de grandes propiedades en pocas manos hacía que entre los blancos, el 85,5 por ciento de los propietarios, tuvieran tierras de menos de 10 hectáreas, y el 90,1 por ciento las tuvieran arrendadas a otros blancos.

Nueve décimas partes de la producción de caña de azúcar era producida por agricultores blancos, los cuales controlaban también la producción de tabaco. Los únicos cultivos en los que tenían importancia sustancial los productores negros o mulatos eran el café (43 por ciento del total), cacao (58 por ciento), cocos (30 por ciento) y ñame (30 por ciento). Los negros o mulatos tenían poca importancia en la zona ganadera de Camagüey, pues entre todos ellos poseían o arrendaban menos de treinta mil acres (12 000 ha), o sea el 5 por ciento del total. Así, tanto en Cuba como en cualquier otra parte de las Indias Occidentales resultaba cierto que «la distinción racial… era sólo el símbolo visible y superficial de una diferencia que en realidad se basaba en la propiedad de la tierra».

Era evidente que muchos cubanos blancos querían aumentar su proporción sobre los negros. Así en el *Cuban Financer and Havana Advertiser* del 4 de agosto de 1900 apareció la siguiente nota: «Recientemente y a petición de la prensa de Santiago, Tasker H. Bliss ha ordenado a los funcionarios que suspendan la importación por los plantadores locales y por las compañías mineras de mano de obra procedente de Haití, Jamaica y de la Isla de los Turcos, de donde se han venido más de mil negros desde enero de 1900». Durante la construcción del ferrocarril en 1900-1901 las «autoridades de Santiago» (es decir, cubanas) protestaron contra el plan de permitir la inmigración a cuatro mil jamaicanos. Frank Steinhart, ayudante del general Brooks, luego cónsul general y posteriormente uno de los directores de la Compañía Eléctrica de La Habana, era considerado como

uno de los que favorecían «sólo a los inmigrantes blancos» del norte de España.

Los agricultores negros o mulatos eran propietarios de un porcentaje muy pequeño de la ganadería que entonces existía en las fincas cubanas; es decir, que en casi todos los casos el porcentaje de fincas poseídas por los negros era mayor que su porcentaje de cabezas de ganado.

En lo que respecta a profesiones, los negros y mulatos estaban bien establecidos como panaderos, barberos, carpinteros, lavanderas, planchadoras, albañiles, zapateros, costureras y domésticos.

Tres quintas partes de la población de Cuba era analfabeta. De los que sabían leer y escribir, sólo el 1 por ciento tenía educación superior. En La Habana vivía el mayor número de personas instruidas, y en Pinar del Río, el menor, reflejando así el promedio de población urbana de las provincias. Dos tercios de la población de La Habana sabía leer. De cada diez varones blancos poco más de la mitad sabían leer, mientras que entre los varones negros o mulatos no llegaban a la tercera parte. Entre la población blanca, la instrucción estaba ligeramente más extendida entre los hombres que entre las mujeres, pero entre los negros se daba el caso opuesto (el 30 por ciento de las negras o mulatas, y el 26 por ciento de los negros o mulatos). Como era de esperar, el grupo de gente más instruida, en 1899, era el de las personas entre los veinte y los veinticuatro años, porque sus años escolares coincidieron con el período de entre guerras, 1878 y 1895.

Naturalmente el promedio de asistencia a la escuela en 1899 era muy bajo, menos de 90 000 niños de los 550 000 entre los cinco y los diecisiete años de edad. Claro que estas cifras eran más altas en las ciudades que en el campo, pues la proporción en las grandes ciudades era casi tres veces superior a la del res-

to de la isla; fuera de las cinco ciudades con más de 25 000 habitantes, la proporción era de un 11 por ciento de la población en edad escolar. La asistencia de los blancos a la escuela era ligeramente superior a la de los negros, aunque no mucho.

La Habana, con unos 240 000 habitantes, era todavía una de las grandes ciudades de América. La antes prohibida zona boscosa (Vedado) que se extendía hacia el oeste, se había convertido ya antes de la guerra en una hermosa zona residencial, y la mayoría de las familias ricas se fueron allí a vivir. La colonia norteamericana empezó a establecerse en esa zona hacia 1899. Pueblos como Jesús del Monte y Cerro habían pasado a ser barriadas. La ciudad antigua, de calles estrechas, era sólo una pequeña parte de la nueva y gran capital. Sus calles estaban empedradas y las aceras no eran aún más que bordillos para que las ruedas de los carruajes no rozaran las paredes de las casas, mal alineadas. Sobre el cielo alzaba su silueta el nuevo edificio del National Bank —de cinco pisos—, que pronto competiría con la antigua torre de San Francisco. Aún se construían las casas de ladrillo o piedra, pero ahora casi todas estaban cubiertas de estuco, pintadas de blanco, de rosa o de verde. Muchos palacios antiguos se habían convertido en casas de comercio. Durante largo tiempo persistieron, a lo largo de las viejas murallas de la ciudad, las miserables viviendas de los reconcentrados. La vieja universidad volvió a abrir sus puertas después de la guerra y durante algunos años se siguió llamando «real»; como los dominicos nunca prohibieron el ingreso a las mujeres, en 1899 la séptima parte de sus miembros eran muchachas. Casi todas estudiaban para maestras, aunque algunas aprendían medicina o derecho.

La Habana había salido librada de la guerra mejor que la mayoría de las otras ciudades de Cuba. Muchos pueblos habían sido saqueados y eran inhabitables; otros sólo podrían reconstruirse en sitios diferentes. Muchas cosas esenciales habían sido

destruidas; la sociedad no se podía recuperar rápidamente y en algunos sentidos jamás se recuperó. Lugares elegantes de recreo, como San Diego de los Baños y Viñales, podían levantarse otra vez, pero otras ciudades menos atractivas fueron reedificadas, si es que lo fueron, apresuradamente, con mal gusto y sin orden, según la costumbre norteamericana de extenderse de modo confuso y no la española de hacerlo siguiendo un plan previsto.

En 1899-1900 Cuba era una isla profundamente endeudada. Donde se ve esto más claramente es en cuanto afecta a la propiedad; cifras aproximadas dadas a las autoridades militares de Estados Unidos, sugieren que las cantidades adelantadas sobre hipotecas en La Habana eran ligeramente superiores al valor total de las propiedades de la ciudad (ochenta y nueve millones de dólares garantizados por ochenta y cinco millones). El endeudamiento urbano total era alrededor de dos tercios del valor total declarado de las propiedades, y en aquellas propiedades cuyo nombre figuraba debidamente inscrito alcanzaba más de la mitad. Claro está que el valor real de la propiedad era mayor de lo que se declaraba, pero tampoco cabe duda de que el endeudamiento era también mayor.

30

El primer procónsul: el general Brooke

Entre el 1 de enero de 1898 y mayo de 1902, Cuba fue dirigida por un gobierno militar de Estados Unidos. Para empezar, nunca estuvo claro cuál iba a ser el futuro estatus de la isla. Una Comisión Cubana en Washington, dijo, hacia finales de 1898, que, sobre la cuestión del pago del ejército cubano, «era absolutamente imposible… obtener alguna explicación, solamente manifestaciones vagas». McKinley, en su mensaje al Congreso en diciembre de 1898, dijo que el gobierno militar continuaría en Cuba «hasta que hubiese completa tranquilidad en la isla y existiese un gobierno estable». Algunos de los funcionarios norteamericanos que constituían el gobierno militar supusieron, y desearon, que la «perla de las Antillas» se anexionaría pronto a Estados Unidos, bien como un Estado, bien como una dependencia. Con la luz de esta esperanza, y de sus propios intereses, buscaron con afán y sin reparar en molestias el rehacer la sociedad cubana, según el modelo norteamericano; la corrupción, la incompetencia y los arbitrarios sistemas de actuación que bordeaban tanto el derecho como la costumbre, tenían que ser inmediatamente suprimidos; pero de este bien intencionado esfuerzo surgirían más tarde resultados no del todo halagüeños.

Claro está que la ayuda material ofrecida a la isla por Estados Unidos durante las primeras semanas de su presencia en ella, no puede minimizarse. Por otro lado, Brooke se vio en la obligación de informar de que «los colonos y plantadores habían formulado múltiples solicitudes de asistencia en el sentido de que se les facilitase capital, aperos de labranza y dinero… pero

se había llegado a la conclusión de que la ayuda americana no debía enfocarse en esa dirección». El general Brooke añadía:

> Se ha alcanzado el límite posible en otros medios de ayuda, a fin de disminuir el pauperismo y de destruir el respeto que el pueblo siente por este sistema paternalista que se considera verdaderamente peligroso y ajeno a una nación libre… Hay en Cuba suficiente capital inutilizado hoy en día para atender cuantas inversiones consideran los capitalistas más seguras en el futuro.

El general Brooke, viejo soldado con mucha experiencia, era menos agresivamente proconsular que algunos de sus subordinados.

En este aspecto su actitud respecto del derecho resulta reveladora. En lugar de revisar por completo el sistema legal vigente, las autoridades militares norteamericanas prefirieron irlo modificando parcialmente en función de las necesidades. Sin embargo, se tropezó con la gran dificultad de definir cuál era el cuerpo legal realmente existente, toda vez que los derechos regios no estaban recopilados: ni Brooke, ni sus consejeros disponían de la colección completa de la *Gaceta Oficial*. Brooke se enfrentó desde el primer momento con la judicatura, que estaba acostumbrada a aceptar durante generaciones honorarios ilegales no sólo para dictar sentencias favorables a unos u otros litigantes, sino también para el mero hecho de iniciar cualquier procedimiento. «Esta oportunidad para la corrupción desaparecerá», informó Brooke confidencialmente después de regular el sistema de remuneraciones correspondientes.

Todos los informes de Brooke al Departamento de Guerra son un eco del año 1865: para él La Habana se asemejaba a Richmond, Virginia, después de la guerra civil; Cuba era un país al que había que redimir del pecado.

Pese a ello, el mandato de Brooke en La Habana comenzó con una grave afrenta a los cubanos. Los rebeldes habían planeado celebrar con todos los honores la retirada de los españoles. Estos proyectos fueron abortados por el temor a que se

produjese cualquier tumulto: en el mes de diciembre había tenido ya lugar alguna manifestación sangrienta. Unos pocos dirigentes rebeldes habían estado presentes en la ceremonia de traspaso de poderes, pero no había asistido a ella Máximo Gómez ni tampoco una representación del ejército como tal. Esta actitud arrogante hirió, como es lógico suponer, a los patriotas cubanos; pero, debilitados por la guerra y poco acostumbrados a los manejos de la política, ignoraban cómo actuar y durante algún tiempo se limitaron a formular su disgusto con murmuraciones. Hubo también algunos hechos aislados de protesta, significativos de la desazón existente. Máximo Gómez se presentó en Cienfuegos protegido por una escolta de negros; en los discursos que se pronunciaron en un banquete oficial «ninguna mención se hizo de los americanos y sí, en cambio, se afirmó que los cubanos habrían podido liberarse de la dominación española sin su ayuda». Tuvieron lugar también algunas escaramuzas con las tropas estadounidenses, si bien los rebeldes se hallaban desde el punto de vista militar muy pobremente equipados. En La Habana, tropas norteamericanas se vieron envueltas en tiroteos callejeros que los exasperaron y «les dieron deseos de cargar contra los cubanos». El exesclavo Montejo cita un incidente parecido, ocurrido en Cienfuegos, en el que tomó parte.

El gobierno norteamericano conservó la administración central y local española. Los antiguos cabildos y alcaldías, los seis gobiernos provinciales y el secretario de Interior fueron mantenidos exactamente igual que antes, lo mismo que las restantes jerarquías de justicia y educación. La diferencia consistía en que al frente de todo este sistema se hallaba un gobierno militar, con ramificaciones análogas al de un gobierno civil y con la incorporación de 24 000 funcionarios norteamericanos a principios de 1899. La administración civil estaba atendida por cubanos, excepto uno o dos puestos importantes y con frecuencia,

en los niveles inferiores, continuaban desempeñando sus cargos los mismos empleados que antes.

No había ninguna posibilidad viable de que el ejército cubano se comportase como lo habían hecho los desagradecidos filipinos y luchase contra los norteamericanos, porque era creencia común que tenían la intención de retirarse de la isla. Sin embargo, las fuerzas cubanas no se licenciarían hasta que se les hubiese pagado. Para afrontar este gasto se confiaba en la obtención del correspondiente préstamo sobre la garantía de los ingresos futuros que Cuba iba a obtener por sus aranceles aduaneros. Estados Unidos, sin embargo, se limitó a ofrecer tres millones de dólares con cargo al presupuesto que el Congreso había concedido para los gastos de la guerra y sugirieron repartir aquella cantidad entre los soldados cubanos que depusiesen las armas. Máximo Gómez, para quien el dinero nada significaba, pero que no deseaba imponer sobre Cuba pesadas obligaciones, dio su conformidad a ese proyecto; sus seguidores se indignaron por esa decisión. El Estado Mayor del ejército cubano, encabezado por Manuel Sanguily, Freyre de Andrade y el antiguo amigo de Martí, Juan Gualberto Gómez, se dispuso en consecuencia a deponer a Gómez de su puesto de mando. Gómez era impopular a causa de su indudable falta de deseos de venganza, reflejada en un discurso que pronunció en la Quinta de Los Molinos en el que dijo que en Cuba no había ni vencedores ni vencidos. Gonzalo de Quesada se vio también privado de su destino de representante de Cuba en Washington.

Las negociaciones continuaron. Se influyó en los senadores norteamericanos; se concertaron otros diversos créditos y, finalmente, se pagaron 75 dólares a cada soldado que podía demostrar que estaba incorporado al ejército antes del final de la guerra con España. El requisito exigido era verdaderamente modesto a primera vista, aunque excluyó, en la realidad, de to-

da indemnización a buen número de aspirantes a ella. Fue posible, al fin, señalar la cifra de 33 390 soldados con derecho a la mencionada prima. El Parlamento cubano prefirió dedicarse a conseguir objetivos más importantes, y efectivamente lo hizo por cuanto se retiró de sus posiciones por completo, autodisolviéndose. A finales de mayo comenzó el pago al ejército cubano.

La llegada de Estados Unidos a Cuba hacía suponer que sería inmediatamente seguida por la llegada de los hombres de empresa norteamericanos. Por ello la medida más discutida durante los primeros meses de ocupación de la isla fue la enmienda del senador Foraker (al *Army Hill*) a tenor de la cual el gobierno militar de Cuba no podía otorgar ninguna concesión comercial. Esta enmienda fue aprobada en el Senado por 47 votos a favor y 11 en contra en marzo de 1899. Foraker creía que si se hacía posible para los empresarios norteamericanos conseguir concesiones o ultimar contratos en la isla, Estados Unidos nunca se retiraría de Cuba. Esta creencia anuló las perspectivas de todo floreciente desarrollo económico posterior de la isla e impidió, en gran parte, las inversiones de capital norteamericano durante el período de control político y militar.

La separación de la Iglesia católica del nuevo Estado se llevó a cabo con facilidad. Los cementerios mantenidos por donativos públicos pasaron a depender de los municipios. Todas las causas de divorcio o de separación matrimonial debían incoarse en adelante ante las audiencias civiles, y los matrimonios tenían también que celebrarse civilmente, aunque podían al mismo tiempo celebrarse en la iglesia. Se prohibieron las procesiones religiosas, incluso los funerales, aunque esta última prohibición no se mantuvo por completo por cuanto se siguieron celebrando exequias fúnebres igual que antes, sin que asistiesen a ellas, también igual que antes, las mujeres.

Los moderados intentos de Brooke de coordinar los aranceles cubanos a los de su país, además de molestar a los isleños hirieron al inmediato subordinado del general, el hercúleo general Wood, por cuanto la continuación de la ley española significaba para él tener que renunciar a algunas de las medidas que había adoptado ya en Santiago. Brooke decretó también con toda rapidez que las rentas de Correos y de Telégrafos de Santiago se enviasen a La Habana, privando a Wood de disponibilidades de tesorería. Ante esta decisión, Wood, de una manera imperdonable desde el punto de vista del formalismo militar, se puso en contacto con el secretario Alger, que le apoyó en sus demandas, pese a las protestas de Brooke, pero fue imposible a Wood oponerse al control por parte de Brooke de todos los nombramientos o a su insistencia en que se pospusiesen todos los planes de tributación local a la elaboración de un plan nacional de recaudación de impuestos. Brooke no sentía, claro está, la menor simpatía por Wood, quien, en febrero, escribió a Theodore Roosevelt: «Estoy muy ocupado haciendo todo lo que puedo para preservar en esta parte de la isla el orden y la armonía. El actual estado de cosas no es precisamente el más adecuado para conseguir dicho objetivo». Que las sospechas de Brooke respecto de Wood no iban desencaminadas lo demuestra la observación hecha más tarde por el presidente Wilson cuando rechazó las presiones que se le hacían en 1917 para que concediese a Wood el mando supremo de las fuerzas norteamericanas en Europa en lugar de Pershing: «He tenido ocasión de observar muy de cerca al general Wood. Es hombre de una valía indudable pero parece por completo incapaz de ceder en sus puntos de vista ante los de aquellos que son sus superiores en el mando». Sin embargo, en 1898, Wood tenía buenos amigos. Roosevelt, por entonces gobernador del estado de Nueva York, le escribió el 1 de marzo: «Lodge y yo hemos ido a ver al presidente y a decirle que pensamos que debería

ejercer usted el mando de toda la isla». Nada sucedió inmediatamente después que diese lugar a la realización de semejante deseo, pero Roosevelt continuó escribiendo con frecuencia al general: «Le remito adjunto un ejemplar del libro de Bonsal en el que describe de manera realmente ultrajante la batalla de Guasimas». En junio, regresó Wood a Estados Unidos y rechazó la presidencia de la Washington Railway and Electric Company que implicaba una remuneración de 25 000 dólares al año (su sueldo como general era entonces de 5500 dólares anuales). McKinley le dio seguridades sobre su carrera futura en el ejército y llegó incluso a prometerle el mando supremo de la isla en sustitución de Brooke, «aunque debe antes ser resuelta la crisis de Alger». Wood volvió a Santiago donde se había declarado una nueva epidemia de fiebre amarilla.

Su manera de pensar y sus puntos de vista eran entonces los habituales de los oficiales norteamericanos en Cuba.

> Creía que tras un breve período de independencia que vendría a satisfacer los naturales sentimientos en favor de una teórica libertad política, los cubanos solicitarían voluntariamente su incorporación a la Unión… esta anexión por aclamación había constituido su sueño dorado desde el principio. Tras los primeros entusiasmos y los primeros proyectos se hallaba la aspiración de presentar la presencia y la dominación americanas tan atractivas, tan justas en sus disposiciones y en sus leyes, tan creadoras de bienestar… que los cubanos no podrían consentir que los norteamericanos se marchasen…

El 13 de diciembre de 1899, las intrigas de Roosevelt, Lodge y el propio Wood dieron el resultado apetecido: Wood fue nombrado para suceder a Brooke y este bien intencionado general se encaminó pesadamente hacia el retiro.

> Quiero que vaya usted allí [dijo McKinley a Wood] para que prepare al pueblo a tener un gobierno republicano. Los detalles del procedimiento a seguir para conseguir este fin se los dejo a usted. Deles un buen sistema educativo; intente reforzar la autoridad de sus tribunales; hágales andar por sí mismos lo mejor que pueda. Deseamos hacer por ellos cuanto podamos y retirarnos de la isla tan pronto como nos sea viable hacerlo con seguridad.

Esta nueva actitud de McKinley se debía en parte a que se había percatado de que estaba a punto de enfrentarse con una nueva guerra en Filipinas; en sus instrucciones a la comisión encargada del archipiélago había incluso un tono grave: «Tengan presente que lo que el gobierno desea no es su propia satisfacción… sino la felicidad, la paz y la prosperidad del pueblo… de manera que cuantas decisiones se adopten estén conformes con sus costumbres, sus hábitos y, si es necesario, con sus prejuicios…». Con estas preocupaciones se embarcó Estados Unidos en su misión imperial.

31

El segundo procónsul: el general Wood

Wood tomó posesión del gobierno de Cuba el 20 de diciembre de 1899. Conservó y mantuvo en sus puestos a los militares designados por Brooke, pero nombró un nuevo gabinete de cubanos, introduciendo ligeras reformas administrativas. Al cabo de pocas semanas hizo un viaje por la isla:

> Generalmente hablando [escribió a Elihu Root, sucesor de Alger como secretario de Guerra] todo está muy bien. En todas partes ve uno parcelas de tierra puestas en cultivo y todos los ingenios de azúcar que funcionan van a obtener una mayor producción, en términos comparativos, que el pasado año… No hay en la práctica hambre… ni mendigos… Hay, como es lógico, un elemento de la oposición, encabezado por *La Discusión* y por otros periódicos menos importantes de la misma ideología política, pero sus posibilidades son mínimas y su capacidad de causar daño muy pequeña… ocho de cada diez personas son… partidarias de una buena administración y de cuanto estamos haciendo aquí… No hay hombre inteligente que opine que podemos irnos sino después de muchos años… He consultado este punto con diferentes personas de variada condición, tanto españoles como representantes de la ideología conservadora; lo mismo propietarios que extranjeros. Todos ellos confían por completo en la buena fe del gobierno americano que no se irá de aquí hasta que haya establecido totalmente una autoridad y un régimen político seguro.

Creía todavía Wood que los cubanos solicitarían su anexión a Estados Unidos. Fue esta posiblemente una de las razones por las que en junio reorganizó las escuelas «adaptándolas en tanto en cuanto era viable al sistema de las escuelas públicas norteamericanas». Se adquirió en Estados Unidos nuevo equipo escolar. Los libros de texto se tradujeron directamente del inglés sin tener cuidado en adaptarlos a la mentalidad de los cubanos. Los maestros autóctonos recibieron instrucción de acuerdo con los métodos de la pedagogía norteamericana y para ello se envió a algunos a Estados Unidos. Un inspector general y un consejo

de educación serían los encargados de supervisar los programas, los grados y los textos. El consejo de educación habría de elegirse en cada municipio al mismo tiempo que se efectuaban las elecciones municipales. En las escuelas existiría normalmente la separación de sexos, pero se podría prescindir de ella en localidades aisladas. Los profesores auxiliares que habían sido la pesadilla de la Cuba española quedaron suprimidos. Todos los niños comprendidos entre los seis y los catorce años tenían que ir a la escuela al menos veinte semanas al año, y ningún niño de menos de catorce años podía ocupar puestos de trabajo.

Para llevar a cabo estos proyectos, Wood necesitaba disponer de un gran número de escuelas. Pero después no se consolidó la tarea emprendida ni se perfeccionó: en 1906 un nuevo procónsul americano vio menos chicos en las escuelas que en 1899. Sin embargo, la desilusión de Wood le permitió enjuiciar a los cubanos con realismo. Comenzó a pensar seriamente en enfrentarse con la independencia: «Me parece que el 1 de julio sería una buena idea… autorizar que la bandera de Cuba se izase en todos los ayuntamientos y en los demás edificios de la administración civil».

El 16 de junio se celebraron las elecciones municipales. Eran las primeras elecciones libres en Cuba en las que tomaban parte tres partidos. En primer lugar, los republicanos, con base en Santa Clara, que afirmaban desear la independencia inmediata, pero que también sostenían la necesidad de cuidar a cada provincia según su grado de evolución. Su dirigente era el general José Miguel Gómez, gobernador civil de Santa Clara y, como era natural, veterano de la guerra al igual que otros líderes cubanos. En segundo lugar, los nacionalistas de La Habana, partidarios de un gobierno central en la línea de los seguidores de Máximo Gómez. Y finalmente, la Unión Democrática, grupo conservador al que se habían unido algunos exautonomistas. Su punto de partida era cierta hostilidad ante la idea de indepen-

dencia inmediata y también alguna expectación de que se produjese la anexión.

Los resultados eran los previstos: los nacionalistas vencieron en La Habana, los republicanos en Santa Clara y en Matanzas. En todas partes salieron elegidos los candidatos regionales.

Animado, Wood se decidió a organizar y a poner en marcha un sistema electoral de ámbito nacional.

> Voy a ponerme a trabajar en una Constitución —dijo a Root— análoga a la nuestra y a introducir en ese cuerpo legislativo las normas concretas que regulen las relaciones definitivas y los acuerdos entre Estados Unidos y Cuba… Mi propósito es convocar una asamblea constitucional enseguida… Conseguir la aceptación de una Constitución y, simultáneamente con su aprobación, obtener la firma de un tratado que enlace definitivamente a nuestros dos países y que regule también definitivamente las relaciones entre los dos estados… Si nos parece aconsejable podemos reservarnos el control de los derechos de aduana y el mando militar, que sería el que representase aquí a Estados Unidos, ejerciendo siempre que fuese necesario el derecho de veto…

El 25 de julio, Wood convocó las elecciones a comisionados para la redacción de una Constitución y al mismo tiempo «para la elaboración de los acuerdos que regulen las relaciones del gobierno de Cuba con el de Estados Unidos».

Esta convocatoria causó sensación. Les pareció a los cubanos que se trataba, pura y simplemente, de fijar las bases de la anexión. Nueve grupos políticos cubanos remitieron un mensaje a Wood especificando que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos no eran tema propio de una Constitución. Sin embargo, el 15 de septiembre se procedió a la elección de los comisionados para la redacción de la Constitución. Muchos de ellos eran considerados como vagamente radicales. El 5 de noviembre se reunieron por primera vez, y se produjo la primera discusión acerca de si la palabra «Dios» debía o no citarse en el preámbulo. Se discutió también sobre los poderes y las atribuciones que iba a tener el presidente de Cuba por las peticiones que respecto de este tema formulaba Máximo Gómez, domini-

cano de origen, así como sobre los requisitos que debería reunir la persona elegible para el cargo. Se acordó que tanto los nacidos en Cuba como los nacionalizados con diez años de residencia en la isla podrían ser elegidos presidente. El sufragio sería universal, restringido a los varones, y los negros y los analfabetos también podrían votar. Con absoluta firmeza fue rechazada la confesionalidad del Estado, y en este tema los cubanos llegaron más lejos incluso que Estados Unidos haciendo del matrimonio civil el único válido, no ya el único posible. Pero el tema más arduo y espinoso fue el de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos y el de la posibilidad de que este país mantuviese en la isla una base naval. Este tema fue objeto de las deliberaciones de la asamblea desde diciembre de 1900 hasta mayo de 1901.

Análogamente a como ocurriría en las discusiones políticas del siglo XX, el quid de la cuestión se centraba no tanto en el fondo del asunto como en detalles de procedimiento. El problema consistía en si las relaciones entre Estados Unidos y Cuba debían reflejarse en el texto de la Constitución o no.

El 11 de enero de 1901, Root sugería a Hay, el secretario de Estado:

> Podría usted reflexionar sobre… *la conveniencia de introducir en la Ley fundamental de Cuba una cláusula parecida a esta*: 1) que… Estados Unidos se reserva y retiene el derecho de intervenir para preservar la independencia de Cuba y el mantenimiento en ella de un gobierno estable… 2) que ningún gobierno designado bajo la vigencia de la Constitución tendrá atribuciones para concertar ningún tratado o para ultimar ningún acuerdo que puedan implicar interferencias en la independencia de Cuba… 3) que para facilitar a Estados Unidos el cumplimiento de sus deberes y de cuantas obligaciones puedan derivarse de ellos en el futuro, así como para contribuir a su propia defensa, la Armada de Estados Unidos podrá adquirir y mantener la titularidad jurídica necesaria a fin de mantener estaciones o bases navales en determinados puertos específicos…

Las ideas de Root eran ampliamente compartidas en diversos sectores de Estados Unidos. Incluso el periódico liberal de Even Godkin, *Evening Post*, escribía: «Pese a cuanto dice *Cuba*

Libre, pocos son los cubanos que confían en ver un día de plena soberanía de Cuba, y es también muy dudoso concluir si son algunos más que un pequeño grupo quienes lo desean realmente». En cuanto a la propia Cuba concierne, escribía Wood a Root el 8 de febrero:

> Opino que en las próximas elecciones conseguiremos la mejor gente. Si no es así, deberemos elegir entre establecer una república de tipo centroamericano o en retener algún tipo de control durante el tiempo que sea necesario para establecer aquí una forma estable de gobierno. No han pasado aún los años necesarios para hacer de un pueblo que siempre ha existido como colonia militar una república; sobre todo cuando el 50 por ciento de ese pueblo son analfabetos y muchos de ellos hijos y nietos de negros africanos… Querer proseguir adelante sin darles tiempo para que se organicen y para que prescindan de las aventuras a que ahora prefieren dedicarse, significa sencillamente arruinar toda posibilidad de llegar a establecer una forma estable de gobierno, ya sea por ellos mismos, ya bajo la protección de nuestro propio país, a menos de que volvamos a hacernos cargo de todo… Sostiene Gómez que retirarnos ahora daría ocasión al estallido de una guerra civil y al consiguiente derramamiento de sangre, antes de dos meses de nuestra marcha. No se produciría esta guerra por el deseo de luchar, sino porque en realidad los dirigentes actuales no se fían los unos de los otros y cada uno de ellos intentaría hacerse con todo el poder. Todos los cubanos desean la independencia por razones sentimentales, pero cuantos piensan con sensatez abrigan serias dudas respecto a las posibilidades de supervivencia de cualquier gobierno…

Pero al día siguiente, Root escribió a Wood una carta que vale la pena reproducir íntegramente, en la que le exponía la ya sabida opinión de la administración de McKinley sobre la política que debía adoptarse en Cuba:

> Nadie que conozca a fondo la tradicional política seguida por este país en Cuba puede hallar motivo de duda respecto de cuál es la misión que nos queda por cumplir… Estados Unidos no permitirá nunca bajo ninguna circunstancia que un poder extranjero, salvo España, se apodere de la isla de Cuba… en consecuencia, Estados Unidos tiene no sólo la obligación moral que brota de haber contribuido a la destrucción de la soberanía española en la isla y de los deberes que les impone el tratado de París, de establecer en Cuba un adecuado y seguro gobierno… sino el máximo interés propio en que semejante gobierno se mantenga… [Por lo tanto] el pueblo de Cuba debería desear que se estableciese en su ley constitucional… lo siguiente:

1) ningún gobierno… gozará… de autoridad para concertar ningún tratado o acuerdo con otros estados que puedan conducir a disminuir o a interferirse en la independencia de Cuba o a conferir algún derecho especial o algún privilegio a otro Estado sin el consentimiento de Estados Unidos;
2) ningún gobierno… podrá… asumir ni acordar más deuda pública que la que le permita la rentabilidad ordinaria de los recursos de la isla, una vez deducidos los gastos de la administración y el interés correspondiente;
3) que después del traspaso del control de Cuba al gobierno que se establezca de acuerdo con la nueva Constitución, consiente en que Estados Unidos conserve y retenga el derecho de intervención para preservar la independencia de Cuba y la permanencia de un gobierno estable, que garantice adecuadamente la vida, la propiedad y la libertad individual y que descargue a Estados Unidos de las obligaciones que respecto de Cuba le fueron impuestas por el tratado de París;
4) que son válidas cuantas decisiones haya llevado a cabo hasta el presente el gobierno militar y que siguen vigentes cuantos derechos se hayan adquirido;
5) que para facilitar a Estados Unidos el cumplimiento de sus deberes y de cuantas obligaciones puedan derivarse en lo sucesivo de la misión que le ha sido confiada, así como para contribuir a su propia defensa, Estados Unidos puede establecer y disponer de las bases navales que se especifiquen y que puede conservarlas en los puntos concretos que se determinen.

Root añadía graciosamente: «No entra por el momento en nuestros propósitos analizar el coste de nuestra intervención o de nuestra ocupación, ni el de los créditos concedidos, ni el de las obligaciones que a tenor del tratado de París debemos afrontar para con nuestros ciudadanos contra España por las pérdidas que hayan podido sufrir en Cuba».

Wood sometió las cláusulas transcritas al examen del adecuado Comité de la Asamblea Constitucional de Cuba. La reunión, algo extrañamente, fue convocada y celebrada en la orilla del pantano de Zapata en Batabanó, con ocasión de una cacería de cocodrilos. Al principio, los deportivos cubanos no parecieron a Wood que formulaban «ninguna objeción seria… salvo en lo

referente a las bases navales… y alguna más sin importancia a lo dispuesto en el artículo tercero». Pero cuando Wood regresó a La Habana, se encontró con una situación confusa. El Comité había informado de que se había sentido ofendido por la forma de proceder del general y por el contenido de sus manifestaciones. Juan Gualberto Gómez y Patria pedían el cese de Wood, pero el procónsul no fue destituido. Se dedicó con toda tranquilidad a introducir en el proyecto del tratado Estados Unidos-Cuba una cláusula sanitaria: si los cubanos no lograban mantener a La Habana limpia, intervendría también Estados Unidos. En un comentario privado dijo: «Entre los elementos que ahora dominan la política de la isla no hay ningún sentimiento o muy pequeño de gratitud hacia cuanto Estados Unidos ha hecho por Cuba. Es el pueblo el que se siente en cierto modo agradecido». Al mismo tiempo, en Washington, el senador Orville Platt, del Comité de Relaciones Exteriores, continuaba defendiendo la promulgación de un decreto que recogiese tanto las propuestas de Root como las últimas sugerencias de Wood; este decreto se aprobó como anexo al Army Appropriations Bill.

El 25 de febrero esa disposición, llamada la «enmienda Platt», se presentó en el Senado. No fue recibida con unánime aprobación. El senador Morgan dijo: «Esto… equivale a un ultimátum legislativo para Cuba». El senador Foraker predijo con agudeza y talento:

> Si aprobamos este decreto parecerá que invitamos a la intervención. Supongamos que celebran unas elecciones. Un partido u otro resultará vencido. El partido que haya perdido se lamentará de ello y con una posibilidad como la que le ofrecemos es muy posible que oponiéndose a todo, motivando dificultades y causando disturbios cree una situación tal que conduzca a una intervención de Estados Unidos encaminada a derrocar al partido que salió triunfante. Con ello, este decreto, lejos de tener una influencia restrictiva parece tenerla incitadora, con lo que lejos de conseguirse la finalidad verdaderamente perseguida por el Comité, se va a obtener la opuesta.

Pero el senador Teller, sin el que Estados Unidos se habría encontrado en la misma situación de guerra que en Filipinas, opinó que la enmienda no era «tan drástica o tan severa como yo había creído». El senador Tillman opinó que Cuba «era un pupilo bajo la tutela de Estados Unidos». En general, los antiimperialistas enjuiciaron la enmienda como un compromiso. Al fin, el 24 de febrero, el Senado aceptó la enmienda tras dos horas de debate y el 1 de marzo fue también aprobada por la Cámara de Representantes.

La Habana hervía. Una procesión de antorchas simbolizó formalmente la protesta del pueblo ante Wood, quien más tarde escribió: «Los políticos son un conjunto de desagradecidos y sólo saben apreciar una cosa… la energía de la autoridad; si es necesario les demostraremos que tenemos la mano dura».

No obstante, la Asamblea de Cuba estaba dispuesta a oponerse a la enmienda. Los comisionados anunciaron con decisión:

> Algunas de las estipulaciones previstas no son aceptables precisamente porque atentan contra la soberanía y la independencia de Cuba. Es nuestro deber conseguir que Cuba sea independiente de cualquier otra nación, incluida la grande y noble nación americana, y si nos obligamos a nosotros mismos a solicitar al gobierno de Estados Unidos su consentimiento para nuestros contactos internacionales, si admitimos que tenemos que recibir y retener el derecho de su intervención en nuestro país para mantener o para modificar la situación y para cumplir los deberes que sólo corresponden a los gobiernos de Cuba y si les garantizamos el derecho de establecer y de conservar bases navales en nuestra tierra, a lo largo de nuestras costas, está claro que apareceremos como una nación independiente ante los ojos del mundo, pero que no lo seremos en realidad ni por lo que concierne a Estados Unidos.

Los cubanos proponían otras cláusulas según las cuales ningún gobierno cubano podría concertar tratado alguno que limitase la independencia de Cuba o que atentase de algún modo contra la soberanía del territorio; Cuba no permitiría que ningún país extranjero utilizase la isla para el establecimiento de bases militares que amenazasen a Estados Unidos o a un terce-

ro; el gobierno de Cuba aceptaba plenamente el tratado de París; convalidaba los actos y las decisiones adoptadas por el gobierno militar norteamericano, y Estados Unidos y Cuba deberían regular sus relaciones comerciales sobre la base de la reciprocidad.

Como último recurso, una delegación cubana marchó a Washington para discutir la enmienda Platt; mas, al llegar, se encontraron ya con la realidad de los hechos: McKinley había promulgado como ley el decreto del que la enmienda formaba parte.

Una caricatura publicada el día de Viernes Santo (12 de abril) por el periódico *La Discusión* mostraba a Cuba crucificada entre dos ladrones, Wood y McKinley: el senador Platt aparecía en segundo término llevando una lanza en las manos. Wood detuvo al director del periódico, pero, pensándolo mejor, lo dejó en libertad al día siguiente. Los ataques en la prensa continuaron y Root estaba pensando en el buen fin de las negociaciones cuando escribía a Wood:

> Confío en que habrá podido convencer a los miembros de la Asamblea de que la intervención descrita en la enmienda Platt no es sinónimo de la intromisión en los asuntos del gobierno de Cuba. Su alcance se limita a fijar formalmente la actuación del gobierno de Estados Unidos en el supuesto de un fracaso evidente de la situación actual o de peligro inminente y, en realidad, es solamente una declaración que reconoce el derecho de hacer lo que Estados Unidos hizo en abril de 1898 como resultado del fracaso de España para gobernar Cuba. No quiere decir que se conceda a Norteamérica nada que ya no tenga y el derecho que la enmienda proclama concede a este país, en beneficio de Cuba, una situación de intermediaria entre Cuba y los demás estados; situación y derecho de los que sólo inmensos beneficios pueden derivarse para Cuba en la defensa y en la protección de su independencia.

A finales de abril una delegación de cinco miembros de la Asamblea visitó Washington, donde fueron tratados con la máxima hospitalidad y con la mayor adulación por la Administración. Root presentaba la enmienda Platt como si formase parte de la doctrina Monroe. Esta actitud era en el fondo y en la for-

ma un clásico ejemplo de diplomacia de desviación. A su regreso a Cuba, la delegación parecía ganada para la causa norteamericana. Diego Tamayo y Méndez Capote dijeron a Wood que «se daban cuenta de que se habían equivocado al encastillarse en la defensa de sus propias propuestas y que la mayoría de los miembros de su comité estaba ahora estudiando la manera de aceptar la enmienda con dignidad».

Finalmente, el 28 de mayo la Asamblea aceptó la enmienda Platt por un voto, pero dándole una interpretación muy amplia en cuanto a las razones que justificarían su aplicación; esta interpretación se afirmó que respondía a cuanto había sido dicho en Washington por Root a los miembros del comité que se trasladaron a esta capital, pese a que este último encareció mucho que sus observaciones las formulaba a título privado y en modo alguno para ser publicadas. Luego, Wood mostró a la Asamblea unos párrafos de una carta reciente de Root en la que le decía que McKinley no cambiaría ni introduciría la menor variación en la enmienda aprobada por el Congreso y que tampoco retiraría el ejército de Cuba hasta que la enmienda fuese ratificada. Como consecuencia de todo ello se volvió a someter a la Asamblea la enmienda Platt y fue aprobada por dieciséis votos contra once, con cuatro abstenciones. La disposición debería ser unida, como apéndice, a la Constitución cubana, en unión de un tratado permanente que la garantizase.

Conseguido este objetivo, Wood debía dedicarse ahora a lograr la efectividad de la Constitución, y con un carácter casi tan importante como el de la enmienda Platt tenía que conseguir la aprobación de las líneas fundamentales de un tratado que permitiese la importación del azúcar cubano en Estados Unidos de manera ventajosa sobre la remolacha.

En 1899, cada libra de azúcar costaba más de 1,25 céntimos. El precio mundial de la libra de azúcar era aproximadamente de 2,25 céntimos. Por consiguiente, el fabricante ganaba tan só-

lo un céntimo por libra, en números redondos, para cubrir sus gastos generales, empaquetado incluido, y muchos ingenios estaban trabajando con pérdidas. Atkins informaba explícitamente que la situación «no era precisamente la adecuada para invertir más capital en la industria azucarera». Y añadía: «Las cifras futuras de la industria del azúcar en Cuba no dependen del coste de producción en la isla, sino más bien del mismo coste en Alemania y de las cantidades que se permitan importar libremente en Estados Unidos desde las islas Sandwich, Puerto Rico y Filipinas».

Los aranceles aduaneros de Estados Unidos, sin embargo, acababan de ser revisados recientemente como consecuencia de la ley Dingley (1897). Ello motivó que el azúcar cubano, igual que el procedente de otros países, se pusiera al mismo nivel que el alemán o el europeo en general (beneficiarios de ayudas económicas en sus países respectivos). No obstante, el coste de producción del azúcar cubano era inferior al procedente de la remolacha. Por ello parecía que Cuba sería capaz de recuperar la posición destacada que en este campo tenía antes de 1895, siempre que Estados Unidos no concediese al azúcar procedente de cualquier otro país un trato preferencial. Pero la revisión de la situación no se llevó a cabo antes de 1899-1900, aunque Puerto Rico, situado con anterioridad en igualdad de condiciones con Cuba y con un probable buen futuro en esta industria, fue incorporado al cuadro de mercancías estadounidenses, inmediatamente sin dificultad.

Además, había que considerar otro aspecto de la cuestión. La guerra de Cuba había animado a los cultivadores de remolacha, tanto a los europeos como a los norteamericanos, a incrementar su producción. En Estados Unidos se habían abierto treinta y cinco nuevas fábricas de azúcar de remolacha entre 1896 y 1902. La inversión efectuada alcanzaba los veintiún millones de dólares. Así pues, Cuba tenía que enfrentarse con un

nuevo rival, no al margen, sino dentro de su principal cliente, y con un rival que intentaría por todos los medios llevarse la palma de la victoria, influyendo en los aranceles y oponiéndose a cualquier intento de «reciprocidad».

El 28 de octubre, Wood escribía al presidente Roosevelt quejándose de que «Estados Unidos no hubiese adoptado ninguna medida para estimular las dos grandes industrias cuyo desarrollo haría que Cuba se recuperase inmediatamente…». Por lo tanto, en los meses siguientes, Wood se dedicó a poner en juego la medida más discutida de cuantas adoptó: destinó 15 000 dólares de los fondos oficiales de Cuba para hacer publicidad en Estados Unidos de las necesidades económicas de la isla; es decir, para conseguir la reducción de aranceles para el azúcar y para el tabaco. La controversia sobre los aranceles del azúcar continuó durante todo el año 1902.

Con esta preocupante situación como telón de fondo, el 31 de diciembre de 1901, Wood convocó elecciones generales para la presidencia.[17] Máximo Gómez rehusó presentar su candidatura formalmente, al menos con la explicación de que «los hombres de la guerra son para la guerra, y los de la paz, para la paz», y dio su apoyo a Estrada Palma, el antiguo jefe de la Junta de Nueva York, que había ejercido el triste papel de presidente del gobierno rebelde provisional en 1876. Apoyaban también esta candidatura la mayoría de los líderes de la opinión pública cubana, como José Miguel Gómez, Alfredo Zayas, Domingo Méndez Capote, Emilio Núñez, Manuel Sanguily, Ricardo Dolz, Martín Morúa Delgado y Gonzalo de Quesada; pero Bartolomé Masó, el último presidente del gobierno fantasma de las montañas, entre la muerte de Martí y 1898, presentó con firmeza su candidatura contraria a la enmienda Platt. Pronunció una serie de violentos discursos, llenos de promesas a los españoles, a los autonomistas y a los negros. Pero la campaña electoral se le escapó de las manos. Después de varios errores tácti-

cos, Masó argumentó que la Junta Central para controlar las votaciones y efectuar el escrutinio no contaba con ningún representante suyo y retiró su candidatura. Por lo tanto, de una manera bastante desafortunada para el futuro democrático de Cuba, Estrada Palma, que seguía todavía residiendo en Estados Unidos, fue elegido sin oposición primer presidente de Cuba.

En marzo se reunieron en Washington Estrada Palma, Wood y Root, para acordar los detalles del traspaso de poderes; el plan consistía en que las tropas de Estados Unidos serían retiradas, salvo un pequeño retén que seguiría en las bases costeras hasta que Cuba contase con su propia artillería. El 5 de mayo de 1902, Wood convocó al Congreso cubano para hacerle entrega de sus propias credenciales y el 20 del mismo mes, se izó, en medio del mayor entusiasmo, la bandera cubana. Wood entregó el poder a Estrada y sin romanticismos ni dramas se retiró.

No creía el general Wood que la retirada de Estados Unidos iba a ser permanente. Hasta el final vio en la opinión pública señales que interpretó como síntomas «de un sentimiento extraordinariamente fuerte en favor de la anexión». Senadores poderosos como E. Payne, presidente del Ways and Means Committee, se consolaban todavía a sí mismos con la idea de que «llegará el día en que Cuba será anexionada a Estados Unidos». Incluso el propio Estrada parece que ocasionalmente creyó que «la anexión se produciría por aclamación». Sin duda alguna, su protestantismo, los años que pasó en Estados Unidos con una familia cuáquera enseñando en Nueva York, todo ello ayudó a que pensara así.

Uno de los mayores éxitos del gobierno militar de Estados Unidos sigue vigente todavía: la conquista de la fiebre amarilla. Esta enfermedad, que había sido una enfermedad crónica durante el imperio español, apareció por primera vez, según todos los indicios, en la península del Yucatán en 1648; la enfermedad

se consideraba como el obligado tributo al Caribe.[18] Era creencia común que su origen radicaba en la suciedad, y durante el mandato de Wood siguieron presentándose epidemias en Santiago. En 1900, La Habana era una ciudad efectivamente limpia, pero brotaban las epidemias una tras otra. Wood, médico por la práctica, comprobó que la creencia general acerca del origen de la enfermedad era falsa. De hecho, Carlos Finlay, un cubano de origen escocés, había afirmado frente al escepticismo general que la fiebre era transmitida por el mosquito *Stegomyia calopus*. Wood nombró una comisión presidida por el doctor Walter Reed para que efectuase los experimentos necesarios. Dos médicos norteamericanos, los doctores Jesse Lazear y James Carroll se ofrecieron voluntariamente para ello; Carroll logró sanar pero Lazear falleció. Se dedujo al fin que uno de los medios más claros de contraer la enfermedad era la picadura de la hembra de aquel mosquito, siempre que hubiese picado a una persona enferma durante los tres primeros días de su enfermedad. El doctor William Crawford Corgas, antiguo amigo de Wood, se presentó en La Habana con el fin de proceder a la sistemática destrucción de los mosquitos. Como resultado de todo ello, la fiebre amarilla que había azotado hasta entonces a La Habana cada año desde 1761 disminuyó de 1400 casos en 1900 a 37 en 1901 y a ninguno en 1902. Nunca más se produjo una nueva epidemia.

En otras materias las decisiones quedaron en el aire: en 1899, el juez estadounidense en Cuba (comandante Edgar Dudley) había disertado sobre la dificultad que entrañaba combinar el derecho español con el norteamericano por cuanto derivaba uno del derecho romano y el otro del derecho común anglosajón. Pero con independencia de un fracasado intento de introducir el jurado y de otro ensayo más afortunado de puesta en vigor del *habeas corpus*, Estados Unidos abandonó Cuba de-

jándole las antiguas costumbres españolas, cuando se retiraron en 1902.

32

La presencia norteamericana en Cuba, 1899-1902

> Una de las más imperiosas exigencias de mi trabajo en Cuba —escribió Wood— era impedir su saqueo por hombres que parecían respetables. Eran gentes que llegaban a la isla provistos en apariencia de las mejores recomendaciones y que intentaban hacerme poner en práctica los más infamantes proyectos. Confiaban en aprovecharse mediante la realización de arriesgados negocios de rápidas ganancias a costa de los isleños y, cuando fracasaban en su empeño, se volvían furiosos a sus casas propalando toda suerte de arbitrariedades.

Ejemplo protípico de este tipo de hombres fue Michael Dady, de Brooklyn, que en 1895 obtuvo la concesión de pavimentar las calles de La Habana; de acuerdo con el derecho español, y a tenor de las condiciones del concurso, Dady tenía el derecho de tanteo; es decir, el de llevar a cabo el contrato según el presupuesto inmediatamente inferior al suyo, ofrecido por el concursante que le siguiese en condiciones, o bien podía exigir a este segundo concursante que le pagase un determinado porcentaje sobre la diferencia entre ambos presupuestos. El general Ludlow, gobernador de La Habana, se enemistó con Dady y atacó a los periódicos proscritos que le apoyaban. Como consecuencia de estas discusiones el general tuvo que ser llamado a la metrópoli.

Wood llevó a cabo una encuesta, ofendiendo no sólo a Dady sino a sus amigos, los republicanos de Brooklyn. El resultado fue que tuvo que pagar al contratista 250 000 dólares para que retirase su demanda.

No obstante, Wood se había opuesto siempre a la enmienda Foraker por la cual se prohibía la contratación por el gobierno militar estadounidense de concesiones con hombres de negocios yanquis. Por ello había escrito el general al senador conmi-

nándole a que retirase su enmienda lo que no se hizo: pero la enmienda se aplicó únicamente a principios del año 1900 y para entonces había en la isla muchos aventureros financieros. El primero en audacia era el cuáquero Perceval Farquhar, de treinta y cuatro años, que había llegado a La Habana en el verano de 1898 con el propósito de electrificar los tranvías de la ciudad, que hasta entonces eran arrastrados por caballerías.

La más evidente necesidad que Cuba tenía en 1898 era la construcción de un ferrocarril que uniese La Habana con Oriente y Santiago. Los intereses españoles de la navegación de cabotaje en la isla habían paralizado la continuación de un proyecto semejante que, de haberse realizado, habría dado posiblemente otro carácter a la guerra de 1895-1898. Una línea férrea como la propuesta hubiese ampliado y hubiese abierto para el cultivo vastos territorios para la explotación de la caña de azúcar y la creación de riqueza. Las concesiones a los norteamericanos estaban prohibidas por la enmienda Foraker. Pero ¿quién era capaz de meterse a comprar fincas y a construir un ferrocarril sin tener la seguridad de la concesión? En abril de 1900 se constituyó la Cuba Company, que tenía como presidente al canadiense William van Horne y como adjunto a Farquhar. Recordando las dificultades que tuvo que afrontar Horne con los múltiples accionistas del Canadian-Pacific, lanzó ahora solamente 160 acciones nominales de 50 000 dólares cada una.

Por entonces, Oriente contaba con unos 160 kilómetros de vía férrea, la mayoría de ellas pertenecientes a compañías privadas. La nueva línea sería comenzada en Oriente y también en Santa Clara. Una ramificación conduciría a Antilla, centro de la nueva United Fruit Company, que había comprado 36 000 hectáreas en 1900. Farquhar recorrió el país comprando tierras, y adquiriendo de sus propietarios tres veces más de lo que se precisaba para el ferrocarril a causa del desbarajuste en que se hallaban los títulos de propiedad y de la mala confección de los

mapas de deslinde y amojonamiento. Los cubanos Teodoro de Zaldo y Manuel Manduley (este último excapitán del ejército de liberación) viajaron a su vez, en calesa y a caballo, para tranquilizar a los propietarios sobre el hecho de que las compras de tierra no eran el primer paso para la anexión. Algunas tierras se consiguieron mediante donación, como las del catalán Balbín, comerciante en Ciego de Ávila. Wood patrocinaba el proyecto concediendo, pese a la enmienda Foraker, autorizaciones para atravesar ríos y carreteras. La Cuban Central Railroad intentó paralizar el proyecto como contrario a la ley, alegando que tenía la concesión. Wood contestó diciendo que «no iba a construirse ningún ferrocarril central», sino uno privado que atravesaría propiedades particulares, y que no se requería concesión alguna. Horne y Farquhar conseguían por otro lado que se formulasen solicitudes de seguir adelante con el proyecto, procedentes de propietarios de fincas, por el simple procedimiento de ofrecer esporádicamente mano de obra. Compraron dos ingenios azucareros en Oriente y el pequeño ferrocarril Guantánamo-San Luis; instalaron un aserradero; bosquejaron una ley para los ferrocarriles cubanos, y persuadieron a Wood de que los dejase contratar mano de obra canaria y gallega porque los trabajadores norteamericanos de la American Bridge Company bebían demasiado ron y paralizaban el trabajo. Farquhar persuadió también a Juan Gualberto Gómez para que no atacase el proyecto de ley sobre los ferrocarriles cubanos que intentaba promulgar por cuanto, en su opinión, el ferrocarril daría a Estados Unidos excesivo poderío económico y porque tal vez opinó que, si se producía una revuelta de los negros en el este, la línea férrea contribuiría a aplastarla con mayor facilidad.

En 1902, cuando Wood dejó el mando, el capital norteamericano en Cuba ascendía a cien millones de dólares, de los que cuarenta y cinco estaban invertidos en tabaco y veinticinco en azúcar. Las cifras de negocios de norteamericanos fueron espe-

cialmente sobresalientes en la industria del tabaco cubano. Antes de 1899 había un grupo de fábricas de tabaco, propiedad de un inglés, Henry Clay y Block; las restantes pertenecían a españoles o a cubanos. En 1899, la Havana Comercial Company financiada por H. B. Hollins, de Nueva York, y por un cubano estadounidense, Rafael Govín, adquirió doce factorías de puros y una de cigarrillos en La Habana. Más tarde, la American Tobacco Company englobó, en combinación con 20 factorías cubanas propiedad de estadounidenses, toda su producción para formar la American Cigar Company. Pronto el 90 por ciento de la exportación cubana de habanos pasó a depender del control norteamericano al mismo tiempo que la mitad de toda la industria manufacturera cubana de puros y de cigarrillos.

Los norteamericanos se interesaron también en los recursos minerales de Cuba. Wood encargó a una comisión integrada por tres famosos geólogos norteamericanos un informe sobre los recursos geológicos de la isla. Luego, Wood concedió 218 licencias de explotación de minas, la mayoría de ellas a compañías de Estados Unidos que estaban exentas del pago del impuesto anual sobre la propiedad.

En 1899 se fundaron dos ingenios azucareros, y en 1901 se instalaron en la costa norte de Oriente dos molinos enormes, Boston, por la United Fruit Company, y Chaparra, por una nueva empresa formada con el patrocinio del primer congresista republicano norteamericano de Texas, R. B. Hawley. Esta nueva empresa era la Cuban American Company.

La United Fruit Company había comenzado ya en 1899 su larga historia de aventuras comerciales y de discutibles negocios. Era desde luego con gran diferencia la empresa más importante de Estados Unidos en Centroamérica. Minor Keith, su director general, un pirata de los negocios, poseía acciones en la Cuban Company de Farquhar y de Horne, aunque fuese presidente de la sociedad rival Cuban Central Railway Com-

pany y como tal compitiese con la primera por la construcción del nuevo ferrocarril. La United Fruit Company, cuyo objetivo en la isla estaba formado por la combinación de múltiples intereses entre los que merecen destacarse las plantaciones de cítricos y de plátanos de los hermanos Dumois, puestas en explotación en 1889, optó por continuar el negocio platanero, hallándolo menos rentable de lo que se había supuesto; por ello, en 1901 inició el montaje de su primer gran ingenio azucarero en Cuba, llamado Central Boston, situado al borde de la bahía de Banes. Había, pues, que añadir una nueva dimensión mercantil a la ya importante compañía, servida por la «flota blanca» y por un cuerpo aunque adormecido y distante, cada vez más numeroso de accionistas norteamericanos. Sus recursos subieron de diecisiete millones de dólares, en 1900, a ochenta y dos millones en 1913. En Cuba, al igual que en otras partes, trabajaba en zonas deshabitadas o ampliamente despobladas y además de llevar a la isla capital extranjero, llevó también mano de obra procedente del exterior, siguiendo el ejemplo de los británicos en las Indias Occidentales y de forma análoga a como se había hecho en las antiguas plantaciones con el mercado de esclavos.

Las inversiones de R. B. Hawley tenían otro carácter y distinta inspiración. Su promotor era un cubano, Mario García Menocal, un joven oficial en la guerra de la independencia. Joven ingeniero en Cornell y con la experiencia adquirida en Nicaragua se unió a los mambises como voluntario y acabó la guerra como general tras participar en múltiples combates, la mayoría de ellos a las órdenes de Calixto García. Durante algún tiempo, Menocal fue jefe de la policía en La Habana e inspector de obras públicas, pero se dio cuenta enseguida de adónde iba a radicar el poder en la nueva Cuba. Dimitió de sus puestos oficiales para dedicarse en unión de Hawley a fijar las bases de la Cuban American Company, con su principal molino, Chaparra, situado cerca de un villorrio del mismo nombre en la costa

norte de Cuba, unas cincuenta millas aproximadamente al oeste de las plantaciones de la United Fruit Company. Chaparra, todavía mayor que las instalaciones de esta última sociedad, llegó a ser bajo el mando y la dirección de Menocal la más importante explotación azucarera del mundo.

Así, el capital norteamericano demostraba su confianza en el azúcar cubano considerándolo una estimulante aventura comercial incluso antes de que ningún tratado de reciprocidad hubiese sido firmado y pese a las mínimas cifras alcanzadas por la producción azucarera al terminar la guerra de África del Sur. Wood dejó la isla con toneladas de azúcar almacenadas por no haberse podido vender. El nuevo presidente, Roosevelt, era un firme partidario de asumir la obligación de ayudar a los cubanos. El 2 de diciembre de 1902, en su habitual mensaje al Congreso, formularía la petición de concertar con ellos un tratado:

> No sólo porque es de extraordinario interés controlar el mercado cubano y procurar por todos los medios robustecer nuestra primacía en el trópico, sino porque… debemos hacer sentir a todas nuestras hermanas, las demás naciones del continente americano… que deseamos ser desinteresada y eficazmente sus aliados.

Roosevelt se encontraba entonces sin duda a punto de embarcarse en la última etapa de su aventura panameña y deseaba que el problema de Cuba se solucionase antes. En todo caso, finalmente se firmó un tratado de reciprocidad el 11 de diciembre de 1902; el 19 de marzo de 1903 el Senado lo ratificaba, y el tratado, no sin posteriores hostilidades, se convirtió en ley en diciembre de 1903, ley muy poco destacada entonces en Estados Unidos gracias al éxito de la política panameña de Roosevelt. Por este tratado, Estados Unidos concedía a Cuba un arancel preferencial del 20 por ciento sobre otros países; en contrapartida, Cuba concedía a Estados Unidos unas bonificaciones que variaban del 25 al 40 por ciento de sus tarifas normales.

Fue una señal de partida para nuevas inversiones. Todas ellas se hicieron preferentemente en la industria del azúcar; pero cuantas esperanzas pudieron abrigarse acerca de la sustitución del antiguo sistema económico azucarero por otro más favorable, resultaron fallidas. Root y Roosevelt estaban dando a los molinos cubanos una oportunidad de ampliar su producción hasta el punto de que abasteciesen y de que respondiesen a toda la demanda de azúcar de Estados Unidos. Ambos políticos creían de buena fe que ayudaban a Cuba, no que la arruinaban, y esta era también la opinión de la mayoría de los cubanos por entonces.

La preocupación estadounidense en el terreno político para proveer a Cuba de un buen sistema estable de gobierno era sincera y bienintencionada. La ansiedad del general Wood y sus inquietudes sobre el carácter y la idiosincrasia de los políticos cubanos que habían sobrevivido a la guerra de la independencia se basaban en consideraciones acertadas; la mayoría de estos políticos eran efectivamente unos bribones. Numerosos hombres de negocios de Estados Unidos se hallaban por fin interesados en el desarrollo de la economía isleña que se encontraba a su merced y que al mismo tiempo les producía beneficios. Pero la mezcolanza del control político, expresado en la enmienda Platt y de la penetración económica iba sin duda a producir el nacimiento de sentimientos de enemistad y de repulsa entre esos mismos cubanos a los que habían ayudado a conseguir la independencia. Aquella enmienda, si bien concebida con buena voluntad, era un compromiso desafortunado, paternalista y contraproducente, tal y como había sido vaticinado por un senador estadounidense. Desde la perspectiva que da la distancia histórica, hoy es posible afirmar que hubiese resultado mucho más beneficioso para Estados Unidos desprenderse de toda responsabilidad por la suerte de Cuba durante algún tiempo, dejando a los propios cubanos que resolviesen en entera liber-

tad sus propios asuntos, tal y como hizo Norteamérica con Puerto Rico y con Filipinas, para más tarde apoyar la plena independencia de la isla o su anexión. Tal y como se actuó, las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se asemejaron a las de Inglaterra con Egipto o con otros países árabes, comprometiéndose aquellos en la ayuda a los cubanos para liberarse de la dominación española igual que Gran Bretaña se embarcó en ayudar a los árabes contra los turcos; pero esa ayuda se convirtió enseguida en un inaceptable recuerdo que venía a destacar todavía más un inaceptable presente.

33

Don Tomás

La independencia política de Cuba comenzó prometedoramente gracias al evidente altruismo y desinterés del presidente de Cuba, el cuáquero y antiguo maestro de escuela de Happy Valley, Tomás Estrada Palma. La liberación coincidió con un período de prosperidad creciente, que era consecuencia bastante lógica de las inversiones que rápidamente afluyeron del exterior y de la recuperación general experimentada después de la guerra. La inmigración española comenzó a gran escala como consecuencia precisamente de la ruptura de los últimos lazos formales de Cuba con su metrópoli. Se importaron igualmente animales domésticos para compensar las pérdidas sufridas durante la contienda y se construyeron casas en Vedado. Los precios del suelo subieron siete veces entre 1902 y 1905. En ese mismo período Estrada Palma construyó 328 kilómetros de carreteras, mientras en la época de Wood y de Brooke sólo se construyeron 98. «Don Tomás podía gobernar Cuba con tazas de café», se dijo entonces.

Sin embargo, el Congreso cubano se dedicó a la democracia de una manera escandalosa, apta para desacreditarle. Después de aprobar una ley que concedía salarios más altos a los funcionarios, se discutió otra asignando pagas extraordinarias a los miembros del ejército de liberación; se prometía un dólar a cada soldado por día de servicio en filas y sumas superiores a los oficiales. Todo ello abrió el camino para que cierto número de políticos se dedicasen a la especulación escandalosamente, lo que dio a entender que los aplazamientos en resolver esta cuestión no tendrían fin y animó a los soldados con derecho a ser indemnizados a venderlo a terceras personas a mitad de precio. Pero después, aprobada la ley con mayor rapidez que la espera-

da, los nuevos políticos (encabezados por el coronel Miguel Tarafa) se dedicaron a aprovecharse de ella sin disimulo ni vergüenza alguna. Los escándalos se sucedieron. Se dieron nombres imaginarios; la gente inventaba campañas en las que decía haber tomado parte. Entre los que fueron encarcelados como resultado de todo ello se encontraba Alfredo Zayas, el principal representante de los rebeldes en La Habana durante parte de la guerra.

Surgieron también y se fueron dejando sin resolver serias discrepancias en el derecho cubano. Wood no concretó definitivamente el estatuto judicial, sino que aceptó en realidad la situación española. De acuerdo con la legislación de España los jueces eran designados y, por tanto, se hallaban subordinados al capitán general. La Constitución de 1902 abogaba en teoría por la separación de poderes, pero como el Congreso de Estrada se reunía tan infrecuentemente y cuando lo hacía las sesiones se desarrollaban de manera tan insatisfactoria, las leyes que tenía que desarrollar la Constitución nunca se pudieron concluir. Por ello el poder ejecutivo pudo dominar al judicial entre 1902 y 1906 de modo análogo a como había ocurrido en la época colonial. Igualmente la Constitución de 1902 concedía a las corporaciones provinciales y locales amplios poderes de autogobierno, a semejanza del espíritu que en esta materia imperaba en Estados Unidos; la legislación municipal anterior, sin embargo, se basaba en la muy criticada ley de 1877. Wood supuso que el Congreso cubano elaboraría las disposiciones necesarias reguladoras de las corporaciones locales, pero no fue así y la ley de 1877 siguió vigente. Cuando, más tarde, los ministros de Estrada destituyeron a determinados funcionarios locales que les desagradaban pudieron afirmar que actuaban dentro de la legalidad aunque lo hiciesen anticonstitucionalmente.

Además, Estados Unidos no había dado un buen ejemplo a través de sus representantes en Cuba. El general Wood, sin re-

flexionar sobre el asunto y de una manera autocrática, adoptó «fuertes dosis de la Constitución de Estados Unidos» a la de Cuba, sin constatar que el desarrollo institucional no puede producirse desde fuera sino desde dentro, e influyó en su manera de pensar en los demás, convenciéndolos de que la terapéutica sería acertada. Tampoco resultaba evidente en aquella época que los ciudadanos norteamericanos respetaban los procedimientos democráticos sobre los que hablaban cuando llegaba la ocasión de atenerse a ellos.

El sesgo que siguió la historia electoral fue, pues, sorprendente en muy escasa medida. Las primeras elecciones que se celebraron en la liberalizada Cuba para el Congreso nacional tuvieron lugar en febrero de 1904. Dos partidos se habían constituido con rapidez sobre las ruinas del pasado, trocando las nebulosas en materia palpable. Estos partidos se llamaban Republicano y Nacional o Liberal Nacional. Los republicanos eran, para decirlo de modo general, conservadores y entre ellos figuraban varios influyentes autonomistas de otros días. Los nacionalistas eran los más populares y su interés radicaba en conseguir una sustancial autonomía local. De hecho, militaban en los dos partidos grupos de amigos en búsqueda de ventajas y de prebendas más que idealistas defensores de principios, generales transformados en políticos, arruinados y agotados por la guerra y decididos a rehacer sus fortunas y a incrementarlas durante la paz. Desde el primer momento, el Parlamento cubano presentó el peor aspecto de los sistemas español y norteamericano. Las primeras elecciones, celebradas en febrero de 1904, fueron una «farsa representada con menos vergüenza que en los tiempos coloniales». Ambos partidos en lucha intentaron ganar utilizando el procedimiento del copo; es decir, privar a las minorías de toda representación. Así, en Pinar del Río surgieron dos juntas electorales a la vez. Incluso el heredero de Martí, el polemista negro Juan Gualberto Gómez, obtuvo más

votos que votantes figuraban en el censo y hubo por doquier hechos y manifestaciones de violencia. Aunque los republicanos parecía que habían ganado, sus oponentes no aceptaron esa victoria. Cuando en abril se abrió el Congreso, no se presentaron en la sala los liberales e impidieron que se pudiesen inaugurar las sesiones y que el período legislativo comenzase, por cuanto, para que hubiese quórum, se requería la presencia al menos de dos tercios de los diputados. Una solución temporal a este problema se arbitró cuando, a fin de que se aprobase la ley que concedía pagas extraordinarias a los excombatientes, acudieron al Congreso los antiguos parlamentarios de la legislatura anterior en unión de los recién elegidos que eran, a su vez, excombatientes. Y ello pese a que nunca fueron aprobadas y reconocidas las credenciales de estos últimos. En septiembre, el jefe de los republicanos, el exautonomista Ricardo Dolz, consiguió llegar a un acuerdo de compromiso. Pero para entonces, su propio partido comenzaba ya a desintegrarse.

En aquellos días la cuestión más importante de la política de Cuba era la próxima elección del presidente, que tendría lugar en 1905; el candidato obvio era el popular dirigente liberal y exgobernador civil de Santa Clara, general José Miguel Gómez. El problema surgió a propósito de la igualdad de representación para cada provincia. Los oponentes de Gómez, en unión de los liberales y de los republicanos que se unieron para formar un tercer partido llamado Moderado, convinieron que el único candidato para la presidencia que les satisfacía era el presidente actual, Estrada Palma que, pese a su edad y a su manifiesta incapacidad de dirigente, al menos era muy conocido y se le reconocía como hombre honesto. Estrada se sentía deseoso de ser reelegido porque le aterrorizaba la idea de que Gómez y su corrompido vicepresidente, Alfredo Zayas, despilfarrasen el superávit que había conseguido en la tesorería del país. En marzo, el general Freyre de Andrade, secretario del Interior, diri-

gente del Partido Moderado y el hombre de más notoria personalidad del gabinete, comenzó una sistemática campaña de destituciones de empleados gubernamentales, incluso maestros de escuela, que no perteneciesen al Partido Moderado. Y en septiembre nadie abrigaba duda alguna de que Andrade estaba dispuesto a emplear la fuerza de la policía y de los guardias rurales (aunque no eran todavía un cuerpo armado) para asegurar el triunfo de Estrada Palma, que resultó reelegido presidente sin oposición el 1 de diciembre de 1905.

¿Era sólo el propio interés egoísta el que dividía y separaba a esos partidos? Sobre la base de la enmienda Platt, los moderados pidieron la eventual anulación de las elecciones y los liberales la anulación inmediata. Pero José Miguel Gómez declaró en Nueva York el 5 de octubre ambiguamente:

> Estados Unidos es directamente responsable de cuanto está sucediendo en Cuba… Estrada Palma sigue al frente del gobierno sólo porque amenaza al pueblo con que en caso de desórdenes o de conatos revolucionarios Estados Unidos enviará inmediatamente tropas que castiguen a los «insurrectos»… Estados Unidos tiene la obligación de poner fin a esta situación que si se prolonga nos obligará a dirigirnos al presidente Roosevelt para que intervenga. Si Estados Unidos interviene y hace que las elecciones presidenciales se desarrollen con normalidad y con honestidad, se comprobará que el 80 por ciento de los cubanos son liberales.

¿Qué significaba ser liberal? Poco más que apoyar a José Miguel y a través de él a una especie de popular y casi populachero caudillismo basado en su carácter cálido, generoso, extrovertido y simpático. José Miguel fue durante algún tiempo el centro de atracción de todos aquellos que opinaban que la independencia los había dejado al margen, materializando el «sentimiento creciente entre los negros de hostilidad contra los blancos, a quienes acusaban de haberlos despojado de los beneficios derivados de la guerra». Los republicanos se oponían a todo esto en nombre de la alta burguesía criolla. Y ningún partido se dedicaba a vivir y a experimentar la democracia por cuan-

to opinaba que la Constitución al estilo estadounidense no significaba demasiado.

Hacia el mes de abril de 1906, los veteranos liberales como el general Pino Guerra afirmaban en voz baja que debían perseguir el triunfo de la justicia en otra parte; es decir, fuera del Congreso. Sabían que si querían actuar debían hacerlo con la máxima discreción para evitar la intervención de Estados Unidos. Se prepararon cuidadosamente para ello durante todo el verano y el 16 de agosto Pino Guerra se sublevó y comenzó la revolución. Los rebeldes parecían a punto de conseguir la victoria con una fuerza de quizá 24 000 hombres que no tenían enfrente oponentes, salvo unos 600 artilleros y 3000 guardas rurales dispersos por el país. No obstante, Juan Gualberto y José Miguel Gómez en unión de los generales Monteagudo y Castillo fueron arrestados, y su permanencia en poder del gobierno habría podido influir en la balanza si hubiese estallado la guerra civil.

Fue entonces cuando el rico general Mario Menocal llegó a La Habana procedente de su gran central Chaparra ostentando la representación de otros exjefes de la guerra de la independencia. Vio al presidente Estrada y le pidió que accediese a un compromiso basado en unas elecciones honestas. Pero Estrada le respondió con evasivas. El 8 de septiembre dijo a Menocal que no podía parlamentar con los rebeldes hasta que depusiesen las armas. Así pues, la guerra civil estaba a la vista, aunque los rebeldes se dedicaron durante unos pocos días solamente a capturar caballos y a dar proclamas a la publicidad. Esporádicamente hubo múltiples escaramuzas. El encargado de negocios de Estados Unidos, James Sleeper, un hombre joven que actuaba en sustitución del ministro Morgan mientras se hallase de vacaciones, telegrafió a Washington la noticia: «La revolución se extiende. Todo está en calma».

Pocas horas después, un telegrama más serio fue cursado a Washington. Era del cónsul general, Steinhart. Decía así:

> El secretario de Estado [cubano]… me ha pedido en nombre del presidente Palma [*sic*] que solicite del presidente Roosevelt que envíe inmediatamente dos barcos: uno a La Habana, el otro a Cienfuegos. Las fuerzas del gobierno son incapaces… de proteger la propiedad… El Congreso pedirá nuestra intervención.

Esta solicitud no fue entusiásticamente recibida por el presidente Roosevelt, quien se encontraba en esos momentos intentando persuadir por todos los medios a la América del Sur y del Centro de que, independientemente de Panamá, Estados Unidos no abrigaba intenciones imperialistas. Le preocupaba también mantener fuera del Caribe a otras potencias, Alemania entre ellas. En aquel preciso instante su secretario de Estado, Elihu Root, se encontraba en Buenos Aires defendiendo con su acostumbrada lucidez y con su sentido jurídico esos puntos de vista y preguntándose si su Constitución podría compaginar con «las repúblicas hermanas». Roosevelt no deseaba extender su mandato por el sur, y en su discurso inaugural de diciembre de 1904 había declarado que «si todos los países que se bañaban en el Caribe… prosperaban en una estable y justa civilización como ha ocurrido en Cuba gracias a la ayuda de la enmienda Platt… todos los puntos de interferencia por parte de este país se acabarían». No obstante, en su famoso «Corolario» a la doctrina Monroe, Roosevelt había reconocido que Estados Unidos intervendría en América del Sur siempre que se produjese alguna «brutal algarada o un estado de impotencia que se tradujesen en la pérdida de las características propias de una civilizada sociedad». Creía que a menos que Estados Unidos actuase, lo harían probablemente Inglaterra o Alemania.

El 10 de septiembre de 1906, Roosevelt pidió al adjunto de Root, Bacon, que telegrafiase al cónsul general Steinhart: «Tal vez no se dé usted cuenta de la renuencia con la que este país intervendría». En confirmación de ello, el presidente destacaba

en una carta del 11 de septiembre que la intervención inmediata estaba fuera de la cuestión. Pero el día 12, Estrada pedía patéticamente a Roosevelt que le enviase de 2000 a 3000 hombres «con el mayor secreto y rapidez», y decía a Steinhart que no podía ya impedir que los rebeldes «entrasen en las ciudades y destruyesen las propiedades». El mismo día, Estrada persuadía a Sleeper de que pidiese por su propia iniciativa el destructor estadounidense más cercano, el *Denver*, que atracase en La Habana y que desembarcase 125 hombres, lo que efectivamente se hizo. Pocas horas después, Sleeper recibía un telegrama en el que se le indicaba que no adoptase ninguna medida que pudiera implicar la intervención, y se veía obligado a reembarcar a esos 125 marines, mereciendo por su actuación que Roosevelt le llamase «embrujada y miserable criatura». De hecho, todo estaba tranquilo en La Habana. Estrada, sin embargo, había decidido el camino a seguir: ante el Congreso cubano declaró el 14 de septiembre que la revolución proyectaba «dudas sobre la seriedad de nuestras instituciones» y suscitaba desconfianza «sobre nuestra capacidad de autogobierno». El mismo día, Roosevelt, con gran reluctancia, escribía a Gonzalo de Quesada, representante todavía de Cuba en Washington y le decía que ayudaría a los cubanos para conseguir una solución pacífica enviándoles a Taft, el secretario de Guerra, y a Bacon, el vicesecretario de Estado, a La Habana: «Nuestra intervención en los asuntos cubanos se producirá solamente si Cuba demuestra que ha fracasado y que se ha adentrado en el camino de la revolución; que carece del autodominio necesario para garantizar el pacífico autogobierno y que las facciones en lucha han lanzado al país en manos de la anarquía».

El 19 de septiembre, Taft y Bacon estaban en La Habana e inmediatamente fueron recibidos por Estrada. Les pareció complaciente y patético. Describió sus esfuerzos para enseñar al pueblo «el conocimiento del autogobierno por el cual veinte

años de residencia en Estados Unidos le hacía sentirse unido al pueblo americano… sus éxitos financieros en la hacienda pública… el estímulo que había dado a las inversiones extranjeras en la isla y la subsiguiente prosperidad alcanzada». Al día siguiente, los dos políticos estadounidenses se ponían en contacto con los «revolucionarios» liberales a través de su candidato para la vicepresidencia Zayas, quien accedió a deponer las armas si dimitían los 1905 funcionarios o cargos públicos, salvo el presidente y el vicepresidente, y si se reconsideraban diversas leyes relativas a la judicatura, el gobierno municipal y las elecciones. Estrada, sin embargo, se negó a tratar con Zayas hasta que los rebeldes depusiesen las armas, a lo que se opuso este último. El 20 de septiembre, Taft escribió dos cartas; la primera de ellas dirigida a Roosevelt: «La mejor solución es permitir a Palma que dimita y nombrar a un cubano selecto e imparcial como jefe temporal del ejecutivo»; la segunda, dirigida a su mujer: «El gran problema es que si no garantizamos la paz, doscientos millones de dólares en propiedades de americanos se convertirán en humo». El día 21 escribía que «nos podemos encontrar luchando con todos los cubanos si… nos empeñamos en mantener este gobierno», pero el 22 de septiembre decía que «nadie de entre los liberales es digno de ser presidente». En una carta a su mujer describía a Estrada como «un buen pedazo de asno… obstinado… y difícil… que no se da cuenta en absoluto de la situación». El 24 de septiembre, Estrada rehusaba tomar parte en una conferencia basada en una propuesta previa de Taft «a la típica manera española». Taft comentaba con desprecio: «Palma y los moderados se retiran de pronto del juego». Pero en otra carta a Roosevelt decía de los liberales:

> La remota posibilidad sugerida en su telegrama de la pasada noche de que… los insurrectos actuales [puedan] ser tratados como un gobierno *de facto* me hace temblar… No es un gobierno… es sólo una horda indisciplinada de hombres mandados por líderes locales. El movimiento es amplio y temible y cuenta con la simpatía del pueblo de Cuba, pero lo integran las clases más pobres e ignorantes.

Aquel mismo día Zayas había aceptado la intervención en nombre de los liberales. El 27 de septiembre, Taft decía a su mujer que Roosevelt «me está apoyando bien, aunque algunos de sus telegramas han sido un tanto extremosos» (es decir, contrarios a la intervención), y Roosevelt se hallaba muy ocupado explicando al senador Foraker:

> Palma nos dirigió una serie de peticiones solicitando la inmediata intervención armada y diciendo que, si se posponía, su gobierno sería derrotado y que se produciría el caos… El gobierno de Palma se ha visto evidentemente obligado a pedir nuestra intervención armada para sostenerse… cuando Taft consiguió de los insurrectos la aprobación de un acuerdo muy aceptable… Palma repudió esa salida.

El 25 de septiembre, Roosevelt dirigió a Estrada un mensaje por mediación de Taft:

> Le ruego encarecidamente que sacrifique usted sus propios sentimientos en aras de la conveniencia del país y que acceda a la sugerencia de Taft de continuar en la presidencia el tiempo suficiente a su juicio para que pueda asentarse el nuevo gobierno provisional… Le conmino en nombre de su buen nombre a no comportarse de tal manera que la responsabilidad por la muerte de la república pueda serle atribuida a usted. Estoy seguro de que actuará de tal manera que parecerá que se ha sacrificado hasta el final por su país, y creo también que cuando abandone la presidencia lo hará dejando tras de sí una nación libre.

El 28 de septiembre, sin embargo, Estrada fue al Congreso y presentó su dimisión junto con la de su vicepresidente Méndez Capote. Todos los moderados abandonaron entonces el Congreso y Cuba quedó sin gobierno. Estrada Palma se había rendido sin lucha.

La intervención era inevitable, aunque Roosevelt seguía telegrafiando a Taft: «Confío desesperadamente que podrá usted persuadir a los dos partidos en lucha para que lleguen a un acuerdo». De todos modos, el 29 de septiembre, 2000 marines desembarcaron y fueron enviados por Taft a una zona en las afueras de La Habana, a Columbia. Taft dio a conocer una proclama:

> El fracaso del Congreso para evitar la dimisión irrevocable del presidente de la República… deja al país sin gobierno en unas circunstancias

> de graves desórdenes que exigen que se tomen las medidas solicitadas por el presidente Palma para que en nombre del presidente de Estados Unidos sea restaurado el orden… El gobierno provisional establecido en consecuencia durará mientras sea necesario para la celebración de unas elecciones… En tanto en cuanto sea compatible con el gobierno provisional establecido bajo la autoridad de Estados Unidos, será un gobierno cubano conforme todo lo que sea posible con la Constitución de Cuba. La bandera de Cuba no será arriada… el país y el pueblo cubano seguirán administrando justicia.

El 30 de septiembre, Enrique José Varona, superviviente del gabinete de Wood y un destacado hombre de letras cubano escribió en *Le Figaro* que Estados Unidos había actuado para salvar al país de una guerra civil y para defender el capital extranjero y la propiedad. En cuanto comenzaron las violencias, la mayoría de los hombres de negocios deseaban una rápida intervención y algunos de ellos se habrían podido dirigir hacia Inglaterra o Alemania si Estados Unidos hubiese rehusado actuar.

El 2 de octubre, Estrada se fue de La Habana a Matanzas en tren y se fue también de la historia de Cuba. Dejó en ella una reputación de hombre honesto financieramente, integridad que nunca más habría de repetirse en la administración de Cuba antes de la Revolución de 1959. Pero no demostró que creía en el futuro de Cuba como una nación libre y un Estado soberano ni demostró tampoco su disgusto por los métodos de los moderados, como los del general Freyre de Andrade, que actuaban al menos nominalmente en su nombre.

Sin embargo, la razón principal para el éxito de la rebelión de los liberales en 1905 fue la carencia de un ejército permanente.

34

La segunda intervención: Magoon

El presidente Roosevelt volvió a tomar las riendas del poder en Cuba en 1906, riendas que había abandonado en 1902. Para aquella fecha había logrado desarrollar seis años de una brillante tarea presidencial, indudablemente creadora. Tanto su política exterior como su política interior estaban íntimamente unidas. Atacó, verbal pero eficazmente, a «nuestros hombres de amplia riqueza que no se dan cuenta de que una gran responsabilidad va siempre unida de la mano a una situación de privilegio». De modo análogo creía que los grandes países, fueran cuales fuesen, tienen que hacer frente también a sus responsabilidades. A caballo entre la decadencia de los imperios y el cumplimiento de los fines de una ambición política, la concepción de Roosevelt de Estados Unidos no apuntaba a su expansión mediante la conquista o la compra de nuevos territorios, sino a la articulación responsable de los ya existentes. Su energía alcanzaba todos los aspectos de la vida de la nación. Estaba sin embargo desinteresado en la anexión de Cuba; formuló la observación de que «ninguna nación europea habría prescindido de Cuba como lo hicimos nosotros»; su punto de vista era ampliamente compartido. El senador Lodge escribía el 16 de septiembre:

> El disgusto con los cubanos es general. Nadie quiere anexionarlos, pero todo el mundo opina que hay que cogerlos por el cuello y mantenerlos sujetos hasta que aprendan a comportarse… Me parece que esta situación hará pensar a los antiimperialistas que algunos pueblos son menos capaces de autogobernarse que otros.

En su acostumbrado mensaje anual, en diciembre de 1906, Roosevelt explicó que Estados Unidos nada quería de Cuba salvo que la isla «prosperase moral y materialmente».

Mientras tanto, a principios de octubre, Roosevelt y Taft actuaron; los empleados que habían estado destinados en Cuba volvieron a ser enviados a la isla. Aunque se insistió a Roosevelt para que enviase de nuevo a Wood, prefirió a un juez, Charles Magoon. Eran tiempos en los que el mando correspondía a los civiles, no a los militares, y la bandera cubana, con su única estrella blanca, ondeaba en todos los edificios oficiales sin que lo hiciese la norteamericana de las barras y las estrellas. De cuatro mil a cinco mil hombres permanecían en la isla, pero nunca se dejaban ver en La Habana vestidos de uniforme. Y en modo alguno se formulaban con seriedad sugerencias de que se procediese a la integración con Estados Unidos bajo ninguna forma.

Charles Magoon había sido objeto de acerbas críticas por parte de algunos escritores cubanos: «Grueso, brusco, de ambición insaciable, siempre dispuesto a cualquier despojo. Cayó como un buitre sobre la riqueza de Cuba para devorarla… es un judío que se funde ante el oro como si estuviese enamorado de él». «Moralmente un hombre sin escrúpulos… huidizo y acomodaticio, alto y gordo». Magoon inició los anales de la dilapidación de la riqueza de Cuba. El distinguido universitario e intelectual cubano, Trelles, escribió: «El gobernador norteamericano corrompió profundamente a la nación cubana y por su venalidad fue siempre mirado con desprecio por las personas honorables de la gran confederación norteamericana donde falleció completamente olvidado, hace poco tiempo». Más concisamente, Ramiro Guerra en su *Historia elemental de Cuba* describe a Magoon como «muy dilapidador»:

> No solamente derrochó cada año toda la renta pública sino que gastó también doce millones de dólares que halló en la Tesorería y que habían sido ahorrados por don Tomás. Magoon fue muy pródigo en la concesión de amnistías y de indultos, así como de concesiones, y aunque pretendía el desarrollo de las obras públicas, su asignación y su conclusión no siempre se llevaron a cabo en la forma debida. La administración de Magoon dejó un pésimo recuerdo y un mal ejemplo en el país.

Martínez Ortiz, el ortodoxo historiador cubano de esa época, escribe:

> El gobierno abrió sus manos y dejó que se aflojaran los lazos de la bolsa sin consideración alguna; no tenía otro afán que complacer al comité… No sabía cómo decir que «no» y siempre contestaba «amén» a cuanto se le pedía; por este sistema el dinero cuidadosamente ahorrado por Estrada Palma no es extraño que desapareciera. El gobernador se defendía de las críticas de que era objeto diciendo que no hacía otra cosa que acceder a los requerimientos de los políticos cubanos más destacados. Su accesibilidad para conceder botellas, es decir, sinecuras, se convirtió en un escándalo público… La administración en general se convirtió de nuevo a las corrompidas actuaciones de los tiempos coloniales.

Desde parecidos puntos de vista, Herbert Matthews, uno de los autores de la revolución de 1959, habló también de «administración vergonzosa». ¿Dónde está la verdad?

Magoon era un hombre de Minnesota, que tenía cuarenta y seis años en 1906 y que poseía por entonces, según parece, una fortuna de 100 000 dólares, consistente casi toda ella en fincas. Había conseguido esta fortuna por su esfuerzo personal especulando en terrenos y ejerciendo la abogacía. Se dedicó a la política porque se interesó en asuntos militares, siendo abogado de la Nebraska National Guard. En 1899 se incorporó al departamento de Guerra, donde trabajó en asuntos legales derivados de los problemas que surgían de la adquisición de fincas a los españoles. En nombre de McKinley visitó a Estrada Palma en 1898. Entre 1905 y 1906 desempeñó el cargo de gobernador de la Zona del Canal de Panamá. Permaneció siempre soltero.

De hecho no estaba corrompido. Ninguno de sus detractores cubanos pueden achacarle en concreto ningún acto de malversación ni de defraudación a la riqueza pública. Su más criticada medida fue la de admitir que los exrevolucionarios liberales tenían derecho a ocupar puestos en el gobierno y en la administración. Pero nunca intentó echar a cuantos empleados, en su mayoría moderados, desempeñaban su misión encarnando la continuidad con el régimen de Estrada. De acuerdo con

esa idea proliberal nombró a un comité compuesto por personas de este partido al que encargó que propusiesen los nombres de quienes tenían que ocupar las vacantes que se produjeran. De esta manera, todos los puestos vacantes fueron siendo ocupados por los liberales; y tras un tiempo no muy largo, las cada vez mayores diferencias entre Alfredo Zayas y José Miguel Gómez (de quien se decía que había sido conquistado por la revolución demasiado deprisa), dieron lugar a una serie de intrigas entre miguelistas y zayistas. Magoon sin duda hubiera debido implantar en Cuba la idea de un cuerpo de funcionarios permanente, fiel con todos los gobiernos. Pero una vez que se admite el principio de la política como explotación, el error no tiene reparación y Magoon representa un claro ejemplo de ello: los liberales se apoyaron en el pueblo de un modo completamente gratuito y carente de representación, siendo por tanto su derecho para gobernador muy poco claro. En cuanto respecta al método administrativo del propio Magoon, mantuvo en sus destinos a los antiguos jefes de los departamentos a quienes encontró ya designados y les proporcionó ayudantes y colaboradores, todos ellos funcionarios estadounidenses de los que, dos de cada siete, habían ya trabajado en Cuba a las órdenes de Wood. Por lo que al futuro concernía, Magoon intentó efectivamente en 1908 crear un cuerpo permanente de funcionarios civiles, si bien fue incapaz de conseguir los métodos tradicionales de actuación para lograrlo. Se dictó una ley reguladora de los funcionarios, que prescribía las reglas de los exámenes de admisión de los candidatos y que, desde luego, concedía preferencia a los veteranos y aseguraba su permanencia a los funcionarios que figuraban ya en nómina. Esta ley se promulgó el 11 de enero de 1909, y significó el intento de establecer en Cuba las líneas generales para la existencia de una burocracia responsable. Si en lo sucesivo no funcionó perfectamente, se debió sobre todo a los propios cubanos que siguieron considerando

los destinos en la administración como otras tantas oportunidades para medrar en la política. Quizá fue un error político permitir que continuasen ocupando sus destinos en la administración los españoles que todavía seguían en la isla desde los días coloniales, porque motivó serias querellas sobre el pasado de los funcionarios que debilitaron su lealtad. Pero se trataba de un error, no de un delito. Y resulta incorrecto hablar de Magoon como de quien afrontó el «problema de la administración de Cuba como si fuese un problema de padrinazgo». Cuantos argumentos han elaborado los historiadores cubanos, que luego han sido copiados por los norteamericanos tendenciosos, para apoyar su tesis de que Magoon enseñó a los cubanos la corrupción administrativa son un claro y regocijante ejemplo de autoengaño.

Roosevelt comprendió mejor a Magoon cuando le describe diciendo que «se las arregla muy bien con los cubanos; ha cumplido bien su misión pero no es el tipo de hombre dominante que sería de desear… le preocupa seguir el camino que en su opinión es el que prefiere la mayoría, sea acertado o desacertado». Se reprochó también a Magoon haber concedido un excesivo número de indultos. Después de una amnistía general en favor de cuantos tomaron parte en la revolución de agosto, Magoon se comportó ciertamente muy a menudo como si fuese el tribunal de apelación, mitigando la severidad de la legislación española y la incorruptibilidad de la judicatura. Sin embargo, no hay prueba alguna de que vendiese sus indultos. Puede ser que en esta materia, como en otras, se comportase con excesiva magnanimidad.

Siguen en pie otras dos acusaciones. Versa la primera sobre el hecho de que en el transcurso del año 1908, después de la fecha en la que Estados Unidos habría de retirarse de nuevo si la paz y el orden se conseguían, Magoon asignó un cierto número de concesiones de trabajos públicos que deberían llevarse a la

práctica tras su marcha. Casi todas ellas afectaban o beneficiaban a firmas norteamericanas. Más tarde el Departamento de Estado se encargó de comprobar que los contratos y las concesiones se cumplían. Para financiar estos trabajos Magoon lanzó una suscripción de 16 500 000 dólares en bonos de deuda pública, amortizables en cuarenta años y al 4,5 por ciento de interés. De esta emisión se ocupó, garantizándola, Speyer and Co., cuyos representantes en Cuba no eran otros que Frank Steinhart, cónsul general en La Habana hasta hacía muy poco tiempo, y Henry W. Taft, hermano del entonces presidente electo.

La segunda acusación radica en que entre esas concesiones había una para la ampliación de la sociedad Havana Electric Railway, franquicia asignada el 30 de julio de 1908 también a Frank Steinhart.

Steinhart, que tenía por entonces cuarenta y cinco años, había recorrido un largo camino desde el pobre suburbio de Munich donde nació. En 1906 se hallaba interesado en las posibilidades que se ofrecían a la Havana Electric. Controlaba entonces la sociedad un grupo de financieros de Montreal con accionistas muy repartidos en Cuba y en España. Las instalaciones de la compañía, sin embargo, estaban muy deterioradas y se formularon quejas sobre ello ante el consulado de Estados Unidos. Steinhart hizo llegar esas quejas a Montreal al presidente de la sociedad, quien le contestó que únicamente podía formularlas si contaba con el número de acciones necesario para cualificarle para el puesto de director. Steinhart tomó en cuenta esa respuesta y, aceptando el reto, invirtió en acciones de la sociedad una fuerte suma convirtiéndose en accionista mayoritario. Entonces los directores le dijeron que la compañía les debía 750 000 dólares y que en realidad se hallaba en plena bancarrota. Le amenazaron al mismo tiempo con que si los despedía demandarían a la sociedad para el cobro de aquella suma. Aceptaban permanecer en sus puestos y vender las acciones (que ga-

rantizaban su crédito) solamente si se les aseguraba la permanencia en sus empleos por un año más. Pero Steinhart no era hombre que aceptase amenazas de ese tipo. Pidió en préstamo un millón de dólares, entre otros al arzobispo de Nueva York, dimitió de su destino de cónsul y se dedicó plenamente a la Havana Electric. Su primera decisión fue la de conseguir la promesa formal de Magoon de obtener un trato de favor para la ampliación del ferrocarril.

Las relaciones entre los dos hombres fueron cordiales. Ambos desempeñaron un importante papel de consejeros en el comité de los liberales asesorándolos respecto de a quién se tenía que destinar y a qué puestos. El general Crowder (que trabajó con ellos dos en estrecho contacto) afirmó más tarde que Steinhart «controlaba de hecho a Magoon y era el gobernante invisible». Lo que quiere decir que la opinión pública fue animada a contemplar desde muy cerca toda posibilidad de acuerdo financiero entre ellos. Ciertamente la conducta de Magoon estaba fuera de toda sospecha, pero aparentaba lo contrario y como resultado merece las críticas que se le formulan. Tanto él como la administración de Estados Unidos tenían que haberse percatado del peligro que implicaba actuar al estilo de los españoles para los futuros gobiernos de Cuba y que, por eso, debían de poner especial cuidado en evitar ese peligro dando, por el contrario, un indudable ejemplo de honestidad.

La labor burocrática de Magoon partió de la de un comité que se constituyó a las pocas semanas de su llegada a Cuba con la finalidad de revisar la totalidad de la legislación aplicable en la isla. Se dedicó, pues, este comité a trabajar en la más seria laguna de la era de Wood: en la reforma del derecho. En 1906, las leyes cubanas consistían en un inmenso amasijo de disposiciones dictadas por los españoles, de costumbres indígenas y de decretos reales del siglo XIX, así como también de normas promulgadas en los años de la primera ocupación norteameri-

cana y de otras dictadas por Estrada. La Constitución de 1902 contradecía al derecho vigente en algunos aspectos. La confusión se hacía notar sobre todo en la administración municipal por cuanto a tenor del derecho español todo el poder se centralizaba en La Habana, mientras que la Constitución atribuía muchas facultades a los ayuntamientos, en un afán descentralizador. De todas formas, en 1906 las corporaciones locales carecían de atribuciones para la recaudación de impuestos. Magoon confió al coronel Enoch Crowder la misión de llevar a cabo las reformas necesarias, comenzando por la ley electoral vigente y continuando por todos los aspectos de la vida de relación social.

La ley electoral constituyó el proyecto más ambicioso de Magoon y de Crowder, y lo fue justificadamente por cuanto había sido el fracaso del procedimiento electoral anteriormente vigente el que motivó, en primer lugar, la vuelta de Estados Unidos a Cuba. La nueva ley debía ser un «perfecto instrumento electoral o al menos estar a salvo de fraudes y de abusos electorales» e intentaba equipar a Cuba con «una maquinaria gubernamental que no actuase erróneamente». Crowder, y es desconcertante percatarse de ello, se inspiró en el sistema australiano; juntas electorales permanentes en cada municipio controlarían las elecciones. Una junta central sería constituida en La Habana. Cada junta contaría con dos miembros que representasen a los dos partidos políticos más importantes. Los miembros restantes de estas juntas serían delegados de las universidades, institutos de segunda enseñanza o de la judicatura. La misión de las juntas sería la de tener y mantener al día las listas de cuantos gozasen del derecho de voto de acuerdo con el censo, tarea que en Inglaterra llevan a cabo los empleados del municipio y que en Estados Unidos no se ejecuta. Para estos fines todos los cubanos mayores de veintiún años, salvo los criminales y los miembros de las fuerzas armadas, debían inscri-

birse en los registros correspondientes. La nominación de los candidatos se efectuaría, bien por las convenciones oficiales de los partidos, o como se hace en Inglaterra, por un número mínimo de votantes registrados en las provincias. El número de votos requeridos para las nominaciones independientes dependían de la población de las provincias: 800 en La Habana, 200 en Camagüey. La instrucción elemental era requisito indispensable para el desempeño de todo cargo público, y los candidatos a la presidencia debían tener más de cuarenta años y ser cubanos por nacimiento o naturalización. Los senadores tenían que haber cumplido treinta y cinco años y ser cubanos por nacimiento, mientras que los representantes o diputados tenían que ser mayores de veinticinco años y ser cubanos bien por nacimiento, bien por naturalización, en cuyo supuesto debían haber vivido en Cuba ocho años.

Crowder y sus consejeros realizaron también un «completo estudio de la representación proporcional tal como existe en Bélgica y en Suiza». Los votantes podían elegir a varios candidatos, clasificándolos por orden de preferencia. El total de los votos válidos sería dividido por el número de escaños a ocupar dando lugar a esa fórmula desesperada llamada «el cociente». Este decidiría el número de votos necesarios para la elección. Los candidatos con un número de votos igual o superior al cociente resultarían proclamados. Respecto del procedimiento a seguir en el Congreso, el antiguo y desastroso sistema del quórum fue revocado.

Esta ley se promulgó el 1 de abril de 1908. Ensayado en el mes de agosto del mismo año en elecciones provinciales y municipales se modificó y se volvió a promulgar reformada en el mes siguiente.

Estados Unidos estaba otra vez ansioso por abandonar la isla. Es cierto que las primeras palabras de Magoon fueron estas: «Tan pronto como la situación demuestre que es posible conse-

guir los fines aludidos, intentaré restaurar los métodos y los sistemas normales de gobierno previstos por la Constitución de Cuba». Creyó Magoon que las elecciones podrían celebrarse el día de Año Nuevo de 1907. Pero esta fecha se adelantó después de que consultase el asunto con Taft y con el fin de «asegurar la calma y la tranquilidad durante la recolección del azúcar». Otro aplazamiento posterior se produjo por las divisiones y las disensiones que tenían lugar entre los liberales. A mediados de 1907 la extraordinaria confusión liberal estaba produciendo un definitivo y claro resurgir de sus oponentes: se constituyó un nuevo partido conservador que insistía en que no tenía ninguna relación con los antiguos moderados. Su líder era el enérgico hombre de empresa, Menocal, y junto a él el exautonomista de la década de 1890, Rafael Montoro. En mayo se celebraron elecciones municipales. Pero no fue hasta enero de 1908 cuando Roosevelt decidió que la intervención concluyese en febrero de 1909, poco antes de que finalizara el período de su mandato; su decisión la tomó precisamente cuando se podía percibir una nueva oleada de anexionismo.

En agosto de 1908 se celebraron elecciones municipales; votaron 270 000 personas (el 60 por ciento). Los dos grupos del partido liberal, miguelistas y zayistas, llevaron la campaña por separado, y aunque ganaron en 35 y 18 circunscripciones respectivamente, frente a 28 de los conservadores, estos obtuvieron tres de los seis gobiernos civiles puestos en juego. Dándose cuenta los liberales de que habían perdido votos a causa de sus disensiones y aceptando esta lección casi única en la historia de Cuba, se unieron para afrontar las elecciones nacionales presentando a José Miguel Gómez para la presidencia y a Zayas como vicepresidente, como había ocurrido en 1905. Estas elecciones se celebraron el 14 de noviembre de 1908. Crowder trabajó incansable en la sombra distribuyendo 8000 candidaturas impresas y 1650 urnas por los municipios. La campaña se llevó

a cabo con honestidad. Gómez y Zayas vencieron por muy pequeña diferencia: 200 000 frente a 130 000 para Menocal y Montoro. Acudió a las urnas un poco más del 70 por ciento de los votantes. Por consiguiente Magoon podía ceder el poder a un hombre que, pese a las apariencias y a sus defectos, era el candidato más popular para la presidencia y que casi con toda seguridad había sido una víctima en 1905.

Con independencia de todo ello, Magoon estableció las bases para la creación y la constitución de un ejército cubano. Primero el número de guardas rurales se incrementó a 5200 hombres. Su mando fue confiado al general Pino Guerra, el líder liberal triunfante en 1906. Las pequeñas unidades de artillería heredadas de Estrada se aumentaron muy poco. Se crearon tres escuelas de oficiales dirigidas por militares norteamericanos para formar a los guardas rurales. Y todo el mundo coincidía en afirmar que una de las primeras medidas que adoptaría el próximo gobierno independiente de Cuba sería la de aumentar el ejército hasta alcanzar la cifra de 5000 hombres; una ley de Magoon se promulgó en el mes de abril de 1908 descubriendo esta intención sin lugar a dudas. Pino Guerra fue designado comandante en jefe del ejército en abril del mismo año y el mando de los guardas rurales se confió al general Monteagudo.

Estas contribuciones fueron, sin duda, importantes para el desarrollo de Cuba, aunque puedan criticarse por incompletas e inadecuadas. El ejército era una necesidad, como muestra el hecho estadístico de que si bien en agosto de 1906 se cifra en 26 000 hombres el contingente de las fuerzas revolucionarias, solamente 3152 entregaron las armas, arrojadas ceremoniosamente al mar en el castillo de El Morro para alimento de los tiburones (el propio Magoon contaba con 5000 soldados norteamericanos durante el período de su mandato en la isla, a cuyo frente se hallaba el general Bell). La ley orgánica de la judicatura puede ser criticada por su interés en concentrarse sobre todo

en garantizar la independencia de los jueces respecto del poder ejecutivo, prescindiendo de otros aspectos de su función muy importantes también, tales como el procedimiento, la actuación de los testigos, los recursos civiles, etc. Pero Crowder y Magoon, lo mismo que Wood antes que ellos, creían que los cubanos eran capaces de resolver por sí mismos estas cuestiones. La ley electoral era, sin duda, peligrosamente complicada y teórica y muy pocos lograron entenderla por completo, no sólo entonces, sino en los años venideros. El «cociente» hizo que la búsqueda en Cuba del liderazgo político pareciese una ardua lección de matemáticas. Las limitaciones del cuerpo de funcionarios procedían de una excesiva generosidad. Es posible acusar de vanidosa la intervención de Estados Unidos por suponer que las costumbres de este país eran aplicables universalmente y por creer, como Locke en Carolina, que un sistema electoral ideal puede adaptarse y aplicarse en todas partes; pero en ningún caso puede afirmarse que esta mentalidad fuese deshonesta o corrompida. Después de todo había cubanos en todos los comités redactores de las leyes y en ellos gozaban de la facultad de alterar o de reformar las disposiciones en elaboración. Magoon no tuvo la culpa de que se abstuviesen de asistir a las reuniones de esas comisiones.

Dos formas de protesta política extraconstitucionales se produjeron en tiempos del mandato de Magoon: la primera, a muy pequeña escala, fue la violencia política. Una o dos algaradas esporádicas tuvieron lugar en 1906-1907: la gente se fue a las montañas, intentó «sublevar a los pueblos» y conspiró abiertamente en nombre del nacionalismo cubano, pero estos intentos no produjeron resultado alguno. Un bandido, el «general» Masó Parra, que había desempeñado un papel sin importancia aunque ambiguo en la guerra de la independencia, procuró en vano iniciar una gran revolución en 1907 sin que se sepa con claridad en interés de quién actuaba, pero resulta evidente que lo que in-

tentaba era repetir la «noche de San Bartolomé» con los ciudadanos norteamericanos residentes en Cuba.

Hubo también varias huelgas laborales importantes en el mismo año; debe destacarse, sobre todo, la famosa Huelga de la Moneda en la que los trabajadores de la industria del tabaco solicitaron un aumento de sus salarios de un 10 por ciento, que deseaban cobrar en moneda estadounidense. (Desde el año 1899, tanto los billetes norteamericanos como los cubanos tenían en la isla libre circulación, si bien 25 pesos cubanos valían 26,5 dólares estadounidenses). De hecho, el mercado del tabaco se hallaba en calma. En 1905, las firmas independientes de esta industria habían intentado unirse para hacer salir de ella a la American Cigar Company, que sufrió una huelga de importancia, bien organizada y financiada, que duró 145 días. Al final triunfó la compañía, pero muchos obreros se marcharon a Tampa. El precio de los habanos aumentó después de la huelga de 1907, y la exportación cubana de habanos tanto a Estados Unidos como a Inglaterra sufrió un bajón considerable, aunque este último país siguió siendo todavía el principal importador de tabaco. (En 1910 importó sesenta millones de cigarrillos frente a casi un centenar de millones en 1902).

Se declararon otras huelgas con peticiones análogas. Estibadores, conductores de autobús, embaladores, fontaneros y carpinteros insistieron también en que se les pagase en dólares, no en pesos. La organización de todos estos trabajadores era muy primitiva: desde luego, salvo los obreros de la industria del tabaco, todas las restantes organizaciones laborales dan la impresión de haberse constituido sobre la marcha y de haberse confinado en La Habana. La conciencia política de las décadas de 1880 y 1890 se había evaporado y en muchos aspectos el mundo del trabajo estaba menos organizado entonces que durante aquellos años. La resistencia de Magoon de hacer algo que pu-

diese disgustar a los cubanos fue en este terreno favorable. Se abstuvo de intervenir y manifestó a los empresarios tabaqueros:

> Los huelguistas se niegan a trabajar hasta que se les paguen los salarios establecidos por ellos como remuneración de su trabajo. Se trata de un derecho que todo hombre libre posee. No se oponen a que los fabricantes empleen a otros y tampoco han recurrido a la violencia ni a cualquier otro procedimiento ilegal para coaccionar a los fabricantes… Su negativa a trabajar puede basarse en erróneos puntos de vista… pero mientras se comporten sin alterar el orden y como ciudadanos pacíficos cumplidores de las leyes no puedo intervenir oficialmente por cuanto no es una ocasión que exija el ejercicio del poder de la autoridad.

Por fin, los obreros consiguieron sus propósitos: 30 000 trabajadores celebraron el 21 de julio una fiesta para conmemorar la postura de Magoon, pero luego brotaron otras huelgas, entre ellas en los ferrocarriles.

La política educativa de Magoon fue menos sensacional que la de Wood, pero en muchos aspectos más efectiva. Se llevó a cabo un inventario de las escuelas existentes. Los muchachos entre seis y catorce años eran detenidos si se les encontraba durante las horas de escuela en las calles. Las fábricas y los tiendas que tuviesen empleados a muchachos en edad escolar serían gravadas con impuestos especiales. Todas estas medidas se mostraron eficaces. En noviembre de 1908 había casi 200 000 alumnos en las escuelas del Estado y otros 15 000 en las privadas. Pese a todo, escaseaban los maestros. Muchos habían tomado parte en la revolución de 1906 y el problema de su rehabilitación tropezaba, para ser resuelto, con dificultades políticas. Las juntas directoras de las escuelas se habían convertido en centros políticos y se formulaban también quejas por abusos tales como las botellas: un tal Gustavo Escoto fue expulsado del Ministerio de Educación por haber incluido a su suegra en nómina. Magoon hizo muy poco para salir al paso de estas quejas; tal vez era incapaz de ello.

En general, la conducta administrativa de Magoon no fue inspirada ni especialmente afortunada, pero jamás fue ultrajan-

te. Careció de la autocracia de Wood; pese a ello Magoon nunca fue popular. Su conducta generosa tenía mucho de lasitud. Entre los funcionarios prosiguió la corrupción, como se deduce del expediente de Miguel de la Trope, que se apoderó de 200 000 dólares del erario público. Las medidas financieras que adoptó Magoon fueron criticadas porque «derrochaban cuanto don Tomás había ahorrado»; pero para cuantos se percatan de qué características debe reunir un presupuesto equilibrado, nada había que objetar al destino que Magoon dio a las finanzas públicas. Las propiedades de la Iglesia en La Habana y en Oriente que todavía conservaba después de la primera intervención fueron adquiridas por el Estado. El plan de carreteras que realizó Magoon contribuyó al desarrollo de la economía cubana, tanto como las leyes que dictara al de la sociedad de la isla, aunque sin tener la ambigüedad de estas: alrededor de once millones de dólares fueron gastados en la construcción de carreteras, procediéndose al trazado durante dos años de casi tantos kilómetros como se habían hecho anteriormente en dos siglos. Desgraciadamente el gran proyecto de construir una carretera central desde Santiago al extremo oeste de Pinar del Río no se hizo realidad; Magoon se concentró en Pinar del Río a causa de las plantaciones tabaqueras y también en razón de la facilidad con que Pino Guerra había reclutado sus tropas en la zona en 1906. Magoon cortó los gastos innecesarios de Correos y de Telégrafos, así como los del palacio presidencial. Por el contrario, no acertó a resolver un cierto número de asuntos, como, por ejemplo, el discutido proyecto del agua de Cienfuegos.

Finalmente, Magoon fue desafortunado porque su mandato coincidió con una época de depresión que culminó en el pánico de la Bolsa de 1907 en Nueva York. La cosecha de tabaco tampoco resultó abundante aquel año y varios ciclones arruinaron a los recolectores de frutas. En 1908, el mal tiempo motivó un

descenso en la cosecha de tabaco que supuso un total de 1 400 000 dólares para 960 000 toneladas. Por consiguiente, su nombre se asoció posteriormente a unos tiempos calamitosos, aunque Magoon nada pudiera hacer para evitar la mala suerte de todas esas circunstancias.

Libro V

La joven república, 1909-1932

¡Para Vigo me voy!
¡Mi negra, dime adiós!

Rumba cubana, *c.* 1930

35

Cuba en 1909

La Cuba que Magoon entregó a José Miguel Gómez no era bajo ningún aspecto el país arruinado que había surgido de la guerra de la independencia, ganada gracias a la ayuda de Estados Unidos. Todas las provincias habían incrementado su población, registrándose el menor aumento en Matanzas, en decadencia económica innegable, y el mayor en Oriente, comunicada ahora por el ferrocarril. La recuperación posbélica y las mejoras médicas y de la salud pública eran en parte responsables de la nueva situación, pero hay que mencionar también, con el mismo grado de importancia, a la inmigración española. Entre 1902 y 1910 casi 200 000 españoles, la mayoría de ellos gallegos y asturianos, emigraron a Cuba, atraídos por la oportunidad de ganar salarios más elevados que en la península. La emigración española en esos años era irónicamente superior a la de los tiempos en que España poseía todavía sus colonias. (Ciertamente la emigración española a Cuba entre 1511 y 1899 fue sin duda inferior a la alcanzada entre 1900 y 1925). Por entonces la población de La Habana superaba los 300 000 habitantes en comparación con los 240 000 de 1899, aumento ligeramente inferior a la media nacional debido al número de reconcentrados incluidos en el censo de 1899. Pero los nuevos edificios y calles habían casi duplicado la superficie de la ciudad. Las fincas y las casas de los alrededores de la capital, como las quintas de Arango y de Villanueva en el distrito del Cerro habían sido absorbidas por el crecimiento urbano de la ciudad.

Vedado era ahora el centro de la vida social, la plaza favorita de los líderes de las fuerzas rebeldes para invertir su dinero, aunque se continuaban construyendo las casas sin cristales en las ventanas. La parte vieja de La Habana seguía siendo el cen-

tro de la vida mercantil y de los negocios. Los coches de caballos alternaban con los taxis, y podían verse en las calles algunos automóviles; la mayoría de las calles estaban pavimentadas, no cubiertas de guijarros. Había también autobuses llamados guaguas, una palabra de uso común en La Habana, pero de origen inglés. Algunos de estos autobuses recorrían los alrededores de la ciudad, llevando turistas a las playas y a los hoteles cercanos. La Habana era aún una ciudad española, pero a punto de adoptar el estilo norteamericano. Aún existían las farolas de gas, que hacían juego con los policías envueltos en sus capas; había serenos como en Madrid, pero también comisarios como en Nueva York; las tiendas de frutas, de pescado y los cafés abundaban por doquier. Se oía el sonido de las campanas que llamaban a completas y el de las cornetas de la diana que tocaban en La Cabaña. Gramófonos, sirenas, buhoneros, vendedores de naranjas y de plátanos se mezclaban en una atractiva barahúnda. Todavía se seguía en La Habana la costumbre de la siesta, aunque con menos profusión que en tiempos de los españoles. La influencia de Estados Unidos se había dejado sentir favorablemente en la condición de la mujer, pero las cubanas todavía seguían viendo en el matrimonio la única salida fuera de la casa paterna. El noviazgo duraba mucho tiempo, igual que en España. Y las viudas se aburrían con toda dignidad, sin tener literalmente nada que hacer, igual que las esposas a quienes los maridos prohibían salir de casa sin ellos. Las mujeres utilizaban muchos más cosméticos que las norteamericanas y solían pasearse en grupos para ir de compras a las elegantes tiendas de la calle del Obispo. Abundaban las modistas, si bien numerosas cubanas cosían sus trajes en sus máquinas de coser fabricadas en Estados Unidos. En muchos aspectos, como en el de las modas, Cuba seguía mirando a Europa más que a Norteamérica, pero mucha gente enviaba a sus hijos a educar-

se en Estados Unidos y con frecuencia iban los padres a vivir allí.

Contaba La Habana con cinco teatros en los que cada invierno actores o cantantes de categoría internacional estrenaban alguna obra. Sarah Bernhardt, Réjane, Patti, Tetrazzini no faltaban a la cita. Las obras eran, sin embargo, bastante malas, por regla general, y las salas de los teatros, demasiado calientes. Durante el carnaval se seguían celebrando bailes públicos de máscaras en el Hotel Nacional, aunque a los ojos de la alta sociedad de la ciudad eran fiestas de segunda categoría. Había lugares en los que, como en esos bailes, jóvenes de pelo rubio y distinguidos conquistaban a atractivas modistillas morenas. El baile era tan popular como durante el siglo XIX. Se celebraban a veces en las casas particulares, a veces en los clubes privados, como el Centro Asturiano o el Casino Español. En carnaval los niños iban a los bailes infantiles, aunque estas festividades eran menos exuberantes que en el pasado. Las prostitutas eran innumerables. Los viajeros más inteligentes compartían sin saberlo la opinión de una observadora sagaz, Irene Wright: «La Habana está podrida y no tiene vergüenza». Eran muy escasas las casas de la capital que disponían de agua caliente, y la ciudad conseguía el agua de un acueducto y de los vendedores callejeros. El alcantarillado era muy poco efectivo. La mayoría de las viviendas, incluyendo las de los ricos, eran malas e incómodas, aunque pintadas con colores muy alegres. Los espléndidos palacios coloniales estaban en su mayoría desiertos; las modas y los nuevos inquilinos cambiaban las costumbres. Durante la ocupación se habían imitado las costumbres de los norteamericanos que hacían deseables las casas muy luminosas, de madera, cálida, sin patios interiores, poco adecuadas para soportar los huracanes. Vino después una época «catalana», en tiempos de Estrada e incluso de Magoon, inspirada por los propios inmigrantes españoles influidos por el floreciente arte modernista, como el de

Gaudí y otros arquitectos que gustaban a la burguesía de Barcelona. Columnas sinuosas y decoración excesiva tuvieron sus días de triunfo en La Habana como en todas partes, sobre todo, según se puede observar todavía hoy, en Vedado. En cualquier caso, los cuadros eran escasos; los libros, raros; las flores, mucho más frecuentes, y los suelos, en cuanto la familia prosperaba, se hacían de mármol. El salón era una gran habitación de atmósfera enrarecida y llena de muebles que permanecía siempre cerrada, salvo en las grandes solemnidades que, como se daban de tarde en tarde, no bastaban para dar a la habitación aire de ser vivida.

Las ciudades del campo se parecían a La Habana en la decoración de las viviendas. Quienes vivían en sus fincas todavía lo hacían en los bohíos, de dos o tres habitaciones para el peonaje, y para propietarios o administradores en las casas estilo rancho, a veces rodeadas de una red contra los mosquitos. La alimentación era aún más española que norteamericana: sopa dos veces al día, cuatro platos y casi siempre como segundo plato huevos fritos con arroz. El desayuno apenas existía, igual que en Europa. El pan se fabricaba en largas barras y era broma frecuente comprarlo a la medida.

El problema de la tierra seguía todavía confuso. Para aclarar títulos y arrendamientos se había hecho muy poco. Por ello, eran más numerosas las fincas arrendadas que las disfrutadas en propiedad. La venta directa de los terrenos era casi imposible. Debido a la apertura de comunicaciones con el este, trabajaban en el campo probablemente más personas en 1909 que en 1899. Quizá las fincas cultivadas fuesen también más numerosas, pero casi con seguridad inferiores a las existentes en 1895. El número de nuevos colonos también se había incrementado; después, el propietario podía exigir una renta, que unas veces se pagaba y otras no. Si el colono no podía pagar, tenía que dejar la tierra. Por ello las condiciones de habitabili-

dad del campo no eran buenas. ¿Para qué mejorarlas si tal vez habría que abandonar la casa en un momento determinado? Además, no era seguro que los soldados no fuesen a volver, rebeldes o patriotas, destruyendo cuanto existía.

> Sólo aquellos viajeros que han visto realmente a Cuba, que han recorrido milla a milla su rico y no explotado territorio, que han contemplado a sus gentes vivir pobremente (sin ambición, porque han heredado el sentimiento de la inutilidad de todo esfuerzo), pueden comprender cuán perjudicial resulta para la isla la presente situación de la tierra, falta de asistencia, con derechos confusos, propiedades compartidas e impuestos mal distribuidos.

Magoon y Wood no habían hecho nada por cambiar la situación, ni tan siquiera desde el punto de vista legal.

En 1910, Cuba estaba, como jamás lo estuvo, dominada por los extranjeros, incluidos los españoles. Casi una cuarta parte de la población había nacido en España, aunque no todos los que reunían esta circunstancia poseían la nacionalidad española. De 50 000 comerciantes, grandes o medianos, casi la mitad eran españoles; de 32 000 personas clasificadas como vendedores, 20 000 también lo eran. Los españoles poseían la cuarta parte de los ingenios azucareros existentes, y sus inversiones en la industria del tabaco eran considerables. Las tiendas de comestibles erigidas en caminos y carreteras, en las zonas rurales del país estaban igualmente regidas por españoles. Igual que en el pasado, estas tiendas, además de almacén de aprovisionamiento, eran una especie de banco o casa de préstamos, a menudo con usura; muchas veces monopolizaban el comercio local y se apoderaban de las cosechas de sus deudores. En general, el español tenía fama de hombre poco activo, pero en Cuba se los consideraba como grandes trabajadores y como eficientes hombres de empresa. Muchos de ellos confiaban en regresar a su hogar natal cuando hubiesen hecho dinero. Casi todos tenían aprendices junto a ellos, enviados desde España por sus padres para que se formaran en los negocios.

Había solamente 6700 norteamericanos residentes en la isla, pero eran muchos los transeúntes de esta nacionalidad y la presencia norteamericana, después de dos períodos de ocupación, era muy notable. El representante de Estados Unidos era el extranjero más poderoso: decir que después del presidente era el hombre de mayor poder de Cuba sería en cierto modo desvirtuar las cosas, porque no sólo era el representante de un país que se consideraba a sí mismo como el protector especial de la isla, de acuerdo con la enmienda Platt —aparte de que sus ciudadanos poseían cada año en la isla mayores intereses—, sino que era también el representante del mayor cliente de Cuba, del máximo consumidor de su azúcar. Muchos ilustrados norteamericanos (residentes en Cuba, como Irene Wright) seguían opinando que la única solución para la isla en último término era su incorporación a Estados Unidos, aunque no tal vez como un estado de la Unión.

En La Habana los norteamericanos vivían siempre en los pisos altos porque juzgaban húmedos los bajos. Algunos se alojaban en casas de huéspedes. Su mayor libertad social tuvo alguna repercusión en los habaneros; algunos norteamericanos vivían solos en sus habitaciones, utilizando sus propias llaves y recibiendo las visitas que deseaban a cualquier hora para sorpresa de las familias cultivadas de ascendencia española que tenían alquilada a esos norteamericanos una «agradable habitación con vistas al océano». Los norteamericanos de Vedado, igual que los ingleses y los canadienses de esa zona residencial, se comportaban del modo habitual entre quienes se consideran constructores de un imperio: jugaban al *bridge*, y pensaban en pasar sus vacaciones en el norte. El American Club era su centro social, aunque la terraza del Hotel Miramar (a los pies del Prado) lo desbancó. Cuba era ahora en múltiples aspectos una dependencia norteamericana. Irene Wright escribe:

> Esta república no es un producto cubano; no ha sido modelada por ellos ni siquiera la han influido. Es, por el contrario, una manufactura totalmente americana. Los americanos la han construido. América volvería a levantarla si se derrumbara. La influencia americana lo sostiene aquí todo en estos momentos. Si descubren algo para criticar, o si fracasa, los americanos deben recordar al formular sus críticas que se enfrentan con una obra de sus propias manos.

Sin duda alguna, la mayoría de los impuestos de esta época eran pagados por los extranjeros más que por los cubanos. Y sin duda alguna también, esta circunstancia tuvo sus efectos implícitos o explícitos en el comportamiento de los gobiernos acerca del presupuesto y de la renta. No se trataba de averiguar si la renta nacional era o no lo suficientemente alta como para satisfacer las necesidades del gobierno y de las corporaciones locales. La idea subyacente era distinta. El 85 por ciento de los fondos disponibles por la administración procedían de los derechos de importación; en 1909 el volumen de dinero obtenido en las aduanas casi llegó a la suma de veinticinco millones de dólares o lo que es igual a 12,10 dólares por habitante. Pocos países tenían unos ingresos tan elevados por este concepto. Claro está que los bienes y las mercancías importadas procedían en su mayoría de Estados Unidos. No se trataba de que Cuba tuviese industrias o fábricas que proteger, ni que aquellas mercancías fuesen lujos. No. Se trataba de telas y de comida. De aquí que el coste de la vida fuese muy alto.

La recolección del azúcar, siempre el acontecimiento del año, era ahora, con el reducido número de molinos, algo parecido a una carrera: un día de noviembre, el director de un molino daba la señal. Los periódicos anunciaban la noticia en grandes titulares. Quienes habían vendido la maquinaria al molino en cuestión se acercaban a la fábrica para verla funcionar. Otros molinos se unían al primero. Comenzaban las apuestas respecto a cuál de ellos obtendría una cosecha superior y respecto de si este o aquel sería capaz de superar su propia producción. Los molinos y sus obreros trabajaban día y noche; los trenes que

llegaban por la noche transportaban la caña suficiente para que el molino siguiese funcionando sin interrupción hasta la mañana siguiente. Un rodillo roto sembraba el pánico, la pérdida de una fortuna, el envío de telegramas a Europa o a Estados Unidos. La marcha de los trabajos y las cifras de producción conseguidas por cada molino eran ansiosamente observadas por los corredores de Londres y de Nueva York. El aumento de las instalaciones de los ingenios y la mejora de las comunicaciones hacían que la producción se pudiese evaluar antes y con mayor facilidad. Los directores tenían ahora varios miles de hombres a sus órdenes, casi ejércitos imbatibles que en ocasiones derrochaban esfuerzos para superar la producción de un molino rival. En 1907, con 170 molinos en funcionamiento, el 34 por ciento del azúcar procedía de molinos de propiedad norteamericana, el 35 por ciento de propiedad española o europea, el 31 por ciento de propiedad cubana; algunos, englobados dentro del grupo español, eran en realidad cubanos, pero a la inversa, otros considerados cubanos eran dependientes de Estados Unidos.

Desde los primeros días de la República había una causa de hostilidad de Cuba frente a Norteamérica. En noviembre del año 1902, en el primer año de la independencia, Estados Unidos había sugerido que las bases en territorio cubano a las que jurídicamente tenían derecho para «garantizar» la independencia de la isla, de acuerdo con la enmienda Platt, se estableciesen en la bahía de Guantánamo, en Cienfuegos, bahía Honda y Nipe. Estrada Palma respondió que el establecimiento de esas bases debía limitarse a Guantánamo y a bahía Honda y que los territorios necesarios para su instalación tenían que arrendarse y no ser cedidos a título gratuito. Circunstancialmente bahía Honda fue abandonada en el año 1912, al mismo tiempo que las dimensiones de la base de Guantánamo se aumentaban. Sin embargo, la renta que Estados Unidos pagaba por este territo-

rio de unos setenta y cinco kilómetros cuadrados era sólo de 2000 dólares al año, y el arrendamiento no estipulaba la fecha de terminación del contrato. Este Gibraltar situado en el este de la isla, cubriendo la salida al mar de una de las más antiguas y supervivientes zonas azucareras, era un permanente e irritante recuerdo de la posición predominante de Estados Unidos.

Cuba, en 1909, con sus dos millones de habitantes, era el Estado más populoso de cuantos bañaba el Caribe: Guatemala tenía casi el mismo número de habitantes, pero otros, incluida Venezuela, contaban con menos. Colombia tenía cinco millones. Las colonias de diversos países europeos, las inglesas incluidas, eran más pequeñas. El incremento de la población de Cuba, desde 1900, estaba motivado sobre todo por la desaparición de la fiebre amarilla y por la mejora de las condiciones de salubridad pública conseguidas desde el fin de la dominación española.

36

Gómez y la buena vida

José Miguel Gómez había conseguido por fin su ambición. Fue el más simpático de todos los presidentes de Cuba. Alto, natural, tolerante, amante de la buena vida, era para los cubanos el prototipo de su personaje ideal, la realización de sus sueños de fumadores de cigarrillos. Terminó su período presidencial millonario, aunque llegó a la más alta magistratura absolutamente pobre. Pero en aquellos tiempos de prosperidad, de aumento de la producción y de los precios del azúcar (el precio medio de la libra aumentó hasta 3 centavos, en 1911, por primera vez desde 1893, mientras que el valor total de la producción superaba, también por vez primera, los cien millones de dólares durante sus años presidenciales), estas cosas eran toleradas. Apodado el Tiburón, para él se acuñó la frase de que el tiburón se baña pero salpica; es decir, que sabía cómo hacer amigos y serlo de los suyos, una virtud indiscutiblemente cubana. Cuando vio a Magoon a bordo del buque *Maine*, camino de Estados Unidos, anunció: «Una vez más somos completamente libres». Sus amigos sabían que la libertad a la que se refería era en cierto modo libertinaje.

Podría confeccionarse una larga lista relacionando los contratos otorgados por el gobierno de Cuba, gracias a los cuales funcionarios, ministros, el propio presidente, diputados y empleados de la administración local ganaron dinero. Todos esos contratos fueron obtenidos gracias al cohecho. Y así se ganaron enseguida fuertes sumas por la compra de navíos para la Marina, por el saneamiento de los alrededores de la capital, por la construcción de un nuevo ferrocarril que seguía la línea de la trocha de Weyler desde Júcaro hasta Morón, por el monopolio de la recaudación de impuestos y por otras muchas operaciones

derivadas de la recientemente restaurada lotería nacional. Indultos, alcantarillados, concesiones telefónicas, construcción de puentes, de otros edificios públicos, etc., todo proporcionó inmensos beneficios a cuantos rodeaban al presidente: la construcción de un palacio presidencial fue causa de lucro indudable y lo mismo ocurrió con la de dos nuevos ministerios, el del Interior y el de Justicia, que se hicieron siguiendo el estilo del Renacimiento italiano. La palabra que puede resumir los años presidenciales de Gómez es chivo; como es el término coloquial para designar «migajas», el significado de la expresión queda claro. La palabra corría de boca en boca y daba lugar a mil bromas, así como a denuestos, condenas y críticas. El olor a chivo puede percibirse desde lejos y así la deshonestidad económica del gobierno se notaba también en todas partes. Los diputados, precisamente porque eran los primeros en aprovecharse de las circunstancias, se quejaban menos. Para muchos cubanos la palabra «chivo» significaba el procedimiento de adquirir ingresos complementarios de Estados Unidos, y desde luego muy poco dinero de los pobres cubanos se veía envuelto en el asunto por cuanto el impuesto sobre la renta era muy bajo y la mayoría de los impuestos eran indirectos.

El origen de esta costumbre de la corrupción se ve enseguida. Bajo la dominación española, los funcionarios cobraban muy poco. La sola tarea de conservar sus puestos obligaba a esos hombres a una actividad mínima y les daba tiempo de dedicarse a otras más lucrativas y aquellos que deseaban prosperar se veían obligados a mantener un nivel de vida de recepciones y de diversiones, para afrontar las cuales necesitaban ganancias irregulares. El propio rey había sido contemplado como la fuente del patronazgo y un poco de esta actitud se reflejaba en la mentalidad de los funcionarios, por muy humildes que fuesen. Así, la corrupción en el imperio español era juzgada como un medio necesario de prosperidad y los comerciantes se

veían obligados a abonar tasas extralegales para completar los salarios de los funcionarios; puesto que las exigencias sociales obligaban a gastar dichas propinas, el dinero, por lo menos, volvía de nuevo a la corriente económica normal.

Claro está que la industrialización y la independencia cambiaron la situación, pero no las causas ni las razones de cuantos se veían envueltos en ella. Los políticos y los funcionarios en la nueva Cuba seguían mal pagados en comparación con los que se dedicaban a los negocios y obtenían pingües beneficios de la incipiente prosperidad, y por eso continuaba la antigua tentación bajo un nuevo ropaje. Durante el mandato de José Miguel Gómez comenzó un avanzado sistema de corrupción política mientras todos los periódicos recibían subsidios del gobierno y por ello no podían permitirse el airear el estado de cosas imperante. Una década más tarde, *La Lucha* anunció concretamente que no iba a defender el proyecto del presidente Zayas de comprar el convento de Santa Clara «simplemente porque no se nos ha pagado para hacerlo. Todo el mundo sabe que… cuando las lanzas se rompen en favor o en contra de este o de aquel proyecto es porque ha corrido el dinero o porque, al contrario, un periódico o un periodista no han sido incluidos en la partición». En el transcurso de muy pocos años se consideró que las aduanas perdían, por corrupción de sus funcionarios, del 15 al 25 por ciento de sus ingresos.

El primero de los tres grandes escándalos de los tiempos de Gómez se refiere al desafortunado préstamo que Magoon concertó con Speyer and Co., los banqueros alemanes (a los que representaban en La Habana el hermano del presidente Taft, junto con Steinhart). El propósito de este préstamo era proseguir la instalación del alcantarillado de La Habana y de Cienfuegos, la pavimentación de la capital y la construcción del acueducto de Cienfuegos. Estas costosas obras habían gastado ya una cantidad respetable del presupuesto de Cuba. En junio de

1912, Gómez anunció que eran precisos 13 000 000 más para poder proseguir las obras. Este anuncio fue recibido con escándalo y protestas.

El segundo asunto se relacionó con los terrenos del Arsenal, de unas doce hectáreas, muy fértiles, cercanos a La Habana. El 19 de abril de 1909, dos meses y medio después de la salida de Magoon, Gómez anunció que, para embellecer la ciudad, la compañía United Railway había accedido a trasladar su estación principal de Villanueva; el gobierno construiría un nuevo y bonito bloque de edificios públicos en aquel lugar para el Congreso, para el presidente y para dependencias gubernamentales que costarían 6 500 000 dólares. El ferrocarril edificaría cinco nuevos bloques y un horno de incineración, presupuestados en 1 500 000. El proyecto fue acogido con entusiasmo hasta que se descubrió que era un asunto fraudulento. Los terrenos del Arsenal resultaron mucho más extensos de lo que Gómez había dicho y, por consiguiente, valían más dinero. El proyecto siguió adelante, pero ningún edificio se terminó y el único resultado práctico fue que la estación de ferrocarril se llevó al centro de la ciudad.

Lo que Gómez y sus colaboradores obtuvieron de estos proyectos no fue nada en comparación con lo que sacaron en el tercer escándalo: la Compañía de los Puertos. Era evidente la necesidad de que se dragasen los puertos de Cuba. Varios liberales, amigos del presidente, como Carlos Miguel de Céspedes y Orestes Ferrara, presidente de la Cámara baja, constituyeron una compañía cuya finalidad era ocuparse de aquel drenaje. Gómez accedió a que se constituyese esa compañía y le otorgó la concesión, pero exigió que los trabajos se llevasen a cabo. Les propuso para ello que utilizasen los servicios de un amigo suyo, el coronel Tillinghurst Hommedien Huston, presidente de la Huston Contracting Company (y futuro socio propietario del New York Yankee Baseball Club). Huston y otro amigo su-

yo, Norman Davis, presidente de la Trust Company de Cuba, antiguo colega de Tilly Huston y todavía accionista de sus negocios, organizaron la Compañía de los Puertos. Carlos Miguel de Céspedes fue designado director, y Huston, presidente. La Compañía de los Puertos, aprobada formalmente en el Congreso en febrero de 1911, obtuvo el contrato de dragar La Habana y varios otros puertos próximos, debiendo ultimar sus trabajos en un plazo de seis años. Como contrapartida recibiría 75 céntimos por tonelada de todas las mercancías que llegasen a Cuba durante treinta años. La compañía fue autorizada a emitir diez millones de dólares en acciones y otros diez en bonos. En marzo de 1911 comenzaron los trabajos y el asunto alcanzó dimensiones públicas: muchos extranjeros, sobre todo ingleses y españoles, adquirieron y cubrieron la emisión. Carlos Miguel de Céspedes y otros políticos liberales vendieron entonces sus acciones y se beneficiaron del alza. Pocos meses después se extendió el rumor de que Estados Unidos no aprobaba los términos de la concesión porque rozaban los fines de la enmienda Platt. Por consiguiente, la compañía accedió a reducir sus costos y comenzó a negociar con el gobierno norteamericano sobre el modo en que se iba a compensar a los accionistas «si la Compañía de los Puertos no podía seguir adelante con su objetivo». Las acciones sufrieron una caída en picado y los accionistas ingleses comenzaron a formular sus quejas a sus agentes. Pero los trabajos seguían adelante y también el cobro por la compañía de su porcentaje sobre las importaciones.

El último acto del drama sucedió después de que Gómez abandonase la presidencia. Su sucesor anuló la Compañía de los Puertos por ilegal. Y se dieron órdenes de que no se continuase pagando nada. El gobierno se hizo cargo directo de los trabajos. Las acusaciones se dirigieron en todas direcciones. Se aclaró que Huston había recibido 900 acciones por «servicios prestados», que habían pagado a la compañía 3 000 000 de dó-

lares y no los 850 000 que habían anunciado, en el período de 27 meses de su operación, y que la compañía había gastado 9 000 000 de dólares en adelantos no especificados, así que había un déficit de 6 000 000. Los diarios, generosamente pagados por el presidente Menocal, describieron el escándalo en todos sus detalles. El Departamento de Obras Públicas intervino, los trabajos se suspendieron. Los accionistas se quejaron al gobierno de Estados Unidos, que finalmente, en 1916-1917, convenció a Menocal de que pagara una compensación; el pago se hizo finalmente en abril de 1918: 7 000 000 en bonos al 5 por ciento fueron pagados contra la devolución del mismo número de bonos de la Compañía de los Puertos.

Apenas si resultó sorprendente que el reinado del Tiburón estuviera también señalado por la reanudación de la violencia, que en el pasado no había estado nunca muy lejos de la superficie. Aunque triviales, estos sucesos eran un poco más graves que los ocurridos en tiempos de Magoon y sugerían una decadencia general. En marzo de 1909 hubo el caso del capitán Manuel Lavastida, que había pertenecido antes a la Guardia Rural, y que fue detenido por «conspiración» y luego muerto a tiros «porque trató de escapar». Esta vuelta a los métodos coloniales españoles provocó un escándalo. El capitán de la Guardia Rural responsable, capitán Cortés, fue arrestado con sus compañeros y condenado a muerte. Sin embargo, la Audiencia de Santa Cruz lo dejó en libertad. El presidente Gómez se puso furioso y destituyó a los jueces (la ley de inamovilidad de los jueces sólo entró en vigor en julio de 1909). Ya se estaba derrumbando la constitucionalidad de la República, la frágil construcción de Crowder y Magoon. Los jueces fueron legalmente destituidos, pero esta destitución no estaba de acuerdo con el espíritu de las leyes. Su propia acción, mal interpretada; los «errores» de la policía eran siniestros.

En enero de 1910 se dio otro paso en la rápida decadencia. Orestes Ferrara presentó, para favorecer a Gómez, una ley de Defensa Nacional, destinada a amordazar a la prensa. Todos los periódicos protestaron, excepto *El Triunfo*, que era de los amigos de Gómez. La ley fue finalmente retirada, pero una semana después fueron encarcelados los editores de dos periódicos, *El Gordo* y *La Prensa*, por los artículos que habían aparecido en ellos. Otros editores fueron multados y a uno de ellos se le acusó, aunque no se le juzgó, por ser un congresista.

Esto provocó más conflictos. El general Vicente Miret denunció al gobierno calificándolo de tiránico, y en julio de 1912 se echó al monte. Lo capturaron en El Caney; pero después circularon muchos rumores. ¿Estaba coaligado con los conservadores o con la Asociación de Veteranos? En septiembre se encontró un camión misteriosamente lleno de armas. Al mes siguiente, el general Pino Guerra, jefe del ejército, fue herido de bala en una pierna cuando salía del palacio presidencial donde había estado jugando al billar. No se pudo dar una explicación satisfactoria del hecho. Se creyó que Gómez estaba implicado. Pino Guerra dimitió y fue sucedido por el general Monteagudo. Al año siguiente otro general, Guillermo Acevedo, intentó provocar una revolución en la provincia de La Habana, y el anciano general Emilio Núñez, héroe de la guerra chiquita de 1879, dirigió a los veteranos en su manifestación de protesta. El 5 de septiembre, los veteranos lanzaron un ataque a toda escala contra los simpatizantes de los españoles y contra los españoles que habían sido funcionarios desde antes de 1895, aunque sólo unos cuarenta de ellos habían nacido realmente en España. El clamor general siguió casi todo el otoño a causa de esto, tanto que el 17 de enero de 1911 el secretario de Estado del presidente Taft, Philander Knox, envió una nota a Gómez en la que le decía que la situación de Cuba le causaba «grave preocupación». Era evidentemente una amenaza de intervención y

probablemente estaba íntimamente relacionada con el compromiso contraído hacía muy poco tiempo, en marzo de 1912. Los veteranos accedieron a abandonar su campaña contra los empleados españoles y a comportarse en el futuro como si formasen parte de una benevolente asociación; Gómez, por su parte, obligó a dimitir a dos miembros de su gabinete y a un determinado número de funcionarios, dejando en suspenso la ley reguladora de la burocracia.

Nadie se quedó satisfecho con estas medidas. Tampoco se calmaron los ánimos con la visita que en abril hizo a La Habana el propio Knox. En un banquete celebrado en su honor dijo: «En Cuba, como en todas partes, todos tienen que estar alerta y ser conscientes de sus obligaciones, sin que puedan abandonar el destino de su país en las manos de unos pocos que, sin nada que perder y mucho que ganar, conviertan la política en un negocio rentable». Su auditorio centrado en la resurrección de un antiguo resquemor: la hostilidad Gómez-Zayas. Alfredo Zayas, el vicepresidente, deseaba ser designado candidato liberal para la presidencia, pero Gómez no había decidido todavía si se volvería a presentar o no. A finales de mayo, el general Machado, uno de los más antiguos seguidores de Gómez, presentó su dimisión del gobierno escribiendo una florida carta en la que decía que la rivalidad entre Gómez y Zayas estaba causando a Cuba, una vez más, una situación que conduciría a la intervención. En mayo, Zayas fue efectivamente designado candidato liberal. Los amigos de Gómez se sintieron desolados; alguno de ellos, como el poderoso general Asbert, gobernador de la provincia de La Habana, comenzó a desviarse hacia los conservadores y Menocal: es mejor un enemigo declarado que un aliado a quien se odia.

Esta desviación hizo perder a Zayas las elecciones. Tanto el general Monteagudo, comandante de Oriente, como el general Asbert en La Habana hicieron, con la aquiescencia de Gómez,

que las dos provincias apoyasen a Menocal por el sencillo procedimiento de seguir los métodos fraudulentos demasiado bien conocidos desde los tiempos de Estrada Palma. En todas partes se dio la impresión de que las elecciones se habían celebrado con bastante honestidad.

Philander Knox y Taft habían esbozado entretanto lo que llamaban «la política de prevención». Taft la definía, en marzo de 1913, como aquella consistente en «hacer cuanto esté en nuestra mano para inducir a Cuba a evitar cualquier acción que pudiese hacer posible la intervención». La «política de prevención» fue en realidad un telón de fondo para encubrir el mayor incremento de las inversiones de Estados Unidos en Cuba. Al propio Taft no le importaba que su política se denominase «diplomacia del dólar». En su opinión, eran mejores los dólares que los proyectiles y sin duda alguna consideraba el progreso de las relaciones comerciales como aumento de las probabilidades de paz. Tanto el presidente como Philander Knox interpretaron «el interés nacional casi exclusivamente en términos de los intereses comerciales de la comunidad».

Se debieron a Gómez finalmente la reimplantación de dos de las más arraigadas tradiciones populares de la vieja Cuba: las peleas de gallos y la lotería. En otros tiempos las peleas de gallos estaban profundamente arraigadas en la vida campesina del país. Wood las prohibió a la vez que las corridas de toros. En 1908 hubo manifestaciones en favor de su autorización. Los liberales de Gómez utilizaban como símbolo de su partido un gallo sobre un arado. Este símbolo se interpretó como una promesa de «hacer volver al gallo». Casi la primera disposición que adoptó cuando llegó al poder fue la de permitir de nuevo esas peleas.

El segundo legado de José Miguel fue la restauración de la lotería nacional, prohibida desde 1898. El sistema que entonces se implantó dominó la vida de Cuba para muchas gentes duran-

te los siguientes cincuenta años. Los sorteos se celebraban cuatro veces al mes, todos los sábados por la tarde; en Navidad había un sorteo extraordinario y se vendían 30 000 billetes que valían entre 20 y 50 dólares. Los billetes se adquirían normalmente fraccionados. Los vendedores recibían quince billetes completos y percibían una comisión del 3 por ciento sobre el valor nominal de los vendidos. El público podía estar suscrito a un determinado número con regularidad. La retirada de las bolas en el acto del sorteo era hecha por un muchacho acogido en un hospicio de la ciudad. El chico cogía primero una bola de un globo que contenía todos los números de la lotería y después otra bola de un segundo globo donde estaban relacionados los distintos premios. Este sistema continuaba hasta que se agotaban todas las bolas de los premios.

Los detalles de la lotería fueron estudiados y vueltos a estudiar con la solicitud con que en otros países se examinan las pensiones. La lotería tenía al frente de su organización a un director general y a un adjunto, ninguno de los cuales podía ser sustituido sino como consecuencia de un proceso muy cuidadoso. Estos puestos fueron enseguida dos de los más ambicionados en Cuba. Por cada 3000 habitantes había un vendedor, y eran designados por la Tesorería. Pese a que en un principio se concibió entregar los puestos de venta a viudas y a familias de caídos en la guerra de la independencia, con el tiempo se convirtieron en sinecuras celosamente ambicionadas por los políticos. El número medio de puestos de venta que tenía cada senador en la década de 1920 era de ocho. De manera que, en 1927, al parecer sólo dos senadores carecían de estos puestos. El resto se distribuían entre otros políticos.

El restablecimiento de la lotería fue una de las más nefastas medidas adoptadas por el presidente José Miguel Gómez. Dos congas aluden a ello:

Ya ha llegado Tiburón

de viajar por tierra extraña
y le ha dicho a Menocal
para que hagas un caudal
tienes que chivar con saña.

Y

La otra tarde en el Senado
pude oír esta canción:
«No se apuren, caballeros,
que si hoy no hay chilindrón,
comeremos chivo fresco
cuando suba Tiburón».

37

La protesta negra

En 1907 se había fundado en Cuba un partido político con el amenazador nombre de Partido Independiente de Color. Era su líder Evaristo Estenoz, dirigente liberal de la Revolución de 1906, un negro de inteligencia y de imaginación, pero también un oportunista. Su plan consistía en articular las ofensas experimentadas durante los diez primeros años desde después de la guerra de la independencia: que los «negros de Cuba habían sido despojados… de todos los frutos de la victoria», cuando en realidad habían sido ellos, de acuerdo con sus manifestaciones, los que habían proporcionado el 85 por ciento de los soldados alistados en la guerra. Ciertamente se había luchado mucho en Oriente y en otras áreas rurales con una población negra muy abundante. También era cierto que la población negra había disminuido de la mitad a un tercio del total entre 1887 y 1899.

Durante la campaña electoral de 1908, Gómez y los liberales habían sido generosos en sus promesas de que satisfarían sus quejas. El año 1909 pasó sin que nada de eso se hiciese. La agitación fue en aumento. En abril de 1910, Estenoz y su ayudante Ivonet fueron arrestados, acusados de perturbar la paz, pero después se les dejó en libertad. En mayo se aprobó una ley que prohibía la constitución de partidos políticos formados sobre las bases del color de la piel, pero Estenoz e Ivonet siguieron conspirando, aunque también se entrevistaron varias veces con Gómez. No obstante, pronto advirtieron que podían esperar muy poco de él. Como Maceo, su héroe, o como Martí, que eran sus fuentes de inspiración intelectual, o como los famosos esclavos rebeldes del pasado, comenzaron a preparar una revolución.

En realidad el problema era más complicado de lo que parece. Los sentimientos raciales no eran en Cuba demasiado fuertes. Las mejores familias tenían parientes mulatos: cuanto mejor era la familia, tanto más probable resultaba esto. La oleada de nuevos inmigrantes españoles iba a ser posiblemente más intolerante al respecto que las familias que habían vivido en la isla durante varias generaciones. La minoría negra o mulata estaba en inferior proporción que en 1899: poco menos del 30 por ciento, en lugar del 32 por ciento, a causa de la inmigración española y a la elevada edad media de los negros en el censo de aquel año; pero su número había aumentado en 100 000, y el total era de aproximadamente 600 000.

Los negros tenían todavía un papel poco importante en las profesiones, mucho menor que el que implicaba su porcentaje en el total de la población: en todo el país sólo había cuatro abogados negros, nueve médicos, cuarenta dentistas, quince arquitectos, catorce ingenieros y nada más que 430 maestros. Todo ello representaba muy poco avance con respecto 1899; desde luego había menos médicos negros o mulatos, en 1907, que ocho años antes.

Así pues, la población negra de Cuba tenía serios motivos para sentirse descontenta. El exesclavo Esteban Montejo se había incorporado a la guerra para liberarse de sus amos al mismo tiempo que de los españoles. Sin embargo, los logros alcanzados entre 1880 y 1890 permanecían en vigor: la segregación no existía en las escuelas, teatros ni bares, etc. La principal causa de las dificultades de los negros no derivaba de una actuación concreta del gobierno ni de una omisión específica, sino de los obstáculos con que los negros tropezaban al encontrarse libres después de haber vivido durante generaciones en la esclavitud. En parte, sin duda, había que condenar a la creciente inmigración española y a la permanente presencia de españoles en la isla. Los gobiernos de Estrada Palma y de Gómez intentaron mi-

tigar el racismo abiertamente. Tales prejuicios derivaban de una herencia antigua de inquietud ante la posibilidad de una revolución negra, y de los deseos de imitar a Estados Unidos y de poner a salvo las inversiones norteamericanas.

Por otra parte, pese a Maceo y a otros líderes negros posteriores, no había habido mucha mezcla entre las dos razas. En la década de 1940, el aspecto que se ofrecía a la contemplación del visitante era unirracial, destacando la presencia de los mulatos; y aunque el sociólogo que hizo esta observación era norteamericano y si bien tenía su mentalidad influida por el ambiente del oeste y del centro de la isla, no por el este, pudo comprobar, sin embargo, que si los matrimonios de hombres blancos con negras eran frecuentes no sucedía lo mismo con los de mujeres blancas y negros (fenómeno por otra parte normal en las sociedades multirraciales). Las peleas de gallos eran el único acontecimiento social donde se entremezclaban las distintas razas con exclusión de los cultos religiosos africanos. En todo caso había una barrera que el color imponía, perceptible en múltiples detalles. Los negros vivían en un mundo aparte: se sentían distintos de los demás y estaban forzados, o así lo preferían, a bastarse por sí mismos y a aislarse con sus iguales. La influencia norteamericana exacerbó esta circunstancia en cierto modo. Había varios clubes en los que no se admitía la entrada de negros, y escuelas y colegios privados donde la convivencia era impensable. Había también restricciones ilegales, pero efectivas, para la entrada en algunos hoteles y restaurantes. Los políticos negros no se preocupaban demasiado de estos problemas. Morúa Delgado (un Zola de los negros), presidente del Senado de Cuba en 1909, y después secretario de Agricultura (que había sacado partido en sus periódicos de todos los problemas que la mezcla de razas origina, en los artículos que escribió en las décadas de 1880 y 1890), diría que confiaba en que se obtuviese la igualdad política, no la social. Él mismo había

tenido que soportar los desaires de Estrada Palma que se negaba a invitar a su mujer negra a los banquetes oficiales.

Muchos ecos de la esclavitud perduraban aún. Había roto los habituales lazos afectivos de las familias durante tanto tiempo que se hicieron tradicionales la inestabilidad, la irresponsabilidad, la delincuencia y la reluctancia para aceptar los criterios de valor burgueses. Ciertamente, para muchos antiguos esclavos (como Esteban Montejo, del que se publicó su biografía en la década de 1960) la hostilidad hacia la propiedad parece haberse extendido hasta originar una virtual incapacidad para aceptar ninguna forma de vinculación familiar o un nivel estable de vida; Montejo nunca supo si tenía hijos o no. Si su ejemplo es un caso extremo, era común que el padre estuviese siempre ausente y también la falta de responsabilidad de los progenitores hacia sus vástagos (en contraste con la patriarcal actitud de los españoles hacia sus familias). De ahí que Fernando Ortiz pueda hablar de esa especial «delincuencia» de La Habana, corruptora y evasiva, derivada de la influencia ejercida por la madre y, hasta cierto punto, también por los hermanos. Eran muchos más los negros que vivían en concubinato que los blancos; y las estadísticas muestran que las circunstancias se imponían mucho más a menudo para la convivencia entre hombres y mujeres negros que con los blancos. Roger Bastide comentaría que «la familia negra desconoce el amor romántico» o, mejor, que considera esa clase de amor como una especie de folclore imitado de los blancos. Las familias negras eran, por lo general, menos numerosas que las blancas, pero los nacimientos ilegítimos doblaban en número al de los blancos. En 1907, el 55 por ciento de los negros o de los mulatos eran analfabetos en comparación con el 26 por ciento de los blancos, aunque este porcentaje sería mejorado hacia 1919 (47 por ciento). Unos 8000 negros de la población de Cuba en 1907 habían nacido en África; siendo exbozales, podían sentir dentro de sí ciertas reminiscencias miste-

riosas de su antigua patria y recordar viejas historias del lugar donde nacieron.

Las celebraciones públicas de ceremonias religiosas, fuesen católicas o africanas, quedaron prohibidas por el gobierno militar de Estados Unidos. Pero esta interdicción fue burlada por los negros con el pretexto, a veces sincero, de que sus fiestas se realizaban bajo auspicios católicos, más sutilmente tolerados. Los nuevos inmigrantes gallegos salían a las ventanas de sus casas para contemplar el paso de una extraña procesión en honor de un dios desconocido o para ver cómo se celebraban sacrificios de gallos blancos a los santos cristianos.

Cuba estaba en ciertos aspectos más próxima de África que el Brasil. Es el único país de América en el que perduran los refranes africanos que se utilizan en el lenguaje coloquial popular. Muchas palabras africanas se emplean en Cuba más a menudo que sus homónimas castellanas: así, *jimagua* es más frecuente que la castellana *gemelo*. Los católicos bautizaban usualmente a los esclavos y no se alarmaban si Yoruba Changó se convertía en santa Bárbara.

En Cuba, la asistencia y la participación en ceremonias rituales africanas no estaban limitadas a la población negra. Iban también a ellas los mulatos y en ocasiones los blancos. Los negros musulmanes o cubanoafricanos descendientes de musulmanes se sentirían tan ajenos a estas ceremonias como los castellanos. (Como sea que los negros musulmanes llegaron al Nuevo Mundo en último lugar, es posible que una abundante población negra cubana musulmana en sus orígenes perdiese sus contactos con el islam bastante antes de la emancipación).

La yoruba fue la influencia más importante en Cuba, aunque la parcialmente subordinada (bantú) mayombé tuvo un gran influjo, como la zarabanda, una especie de mezcla entre la yoruba y la religión del Congo. Zarabanda es el equivalente congoleño

de Changó, el dios de la guerra yoruba. Otra mezcla congoleña con la yoruba fue la aceptación por parte de la primera de la tardía deidad vegetal Osain, al menos para la búsqueda de plantas medicinales.

Cristo era corporeizado por los yorubas como Obatalá, encargado de concluir la creación; su color, de modo bastante significativo, era blanco; estaba casado con Odudúa, la negra diosa del submundo, y era enemigo del alcohol. Odudúa estaba también identificado con la Virgen y, algunas veces, con el Espíritu Santo, y se le ofrendaban pollos blancos una vez al mes. Ogún, un borracho, se identificó con san Juan Bautista y fue el patrono de los soldados y de los cazadores; Yemayá, cuyos colores favoritos eran el azul y el blanco, era Nuestra Señora de Regla, que vivía en el mar y se comportaba como la diosa de los marineros y del agua fresca; mientras que Oshún, conocido por su intervención en los enredos amorosos y en la belleza, aficionado al color amarillo, era la muy importante Virgen de la Caridad del Cobre, conocida también familiarmente como Cachita, la patrona de Cuba.

El francés que había ido a Cuba desde Saint Domingue a finales del siglo XVIII llevó consigo un cierto número de esclavos adictos a la práctica del vudú; de tal manera que esta religión sufrió en la isla modificaciones específicas durante el siglo XIX. Se podía encontrar también en Cuba, después de la abolición de la esclavitud, una forma de espiritualismo conocido por «cordoneros de Orilé», de cuyas prácticas conocemos muy poco. Fernando Ortiz ha descrito la importancia que tenían en Cuba las manifestaciones literarias, más que como manifestación religiosa como distracción folclórica; se trataba de improvisaciones colectivas, más bien largas, sobre temas específicos, quizá dirigidas contra alguna institución o contra alguna persona que hubiese ofendido a los negros de alguna manera. De aquí se derivaron algunas diversiones concretas; es decir, dan-

zas no religiosas, como la rumba, por la que es famosa Cuba, pero el culto más distintivo y original como reminiscencia de África en la isla fue el ñáñigo (o Abakuá) que, al contrario de la santería, no se encuentra en parte alguna salvo en Cuba. Abakuá es el nombre de la secta; ñáñigo es la denominación de sus adeptos.

Fernando Ortiz, el más famoso y distinguido antropólogo cubano, ha puesto de relieve que durante toda su vida dedicada al estudio no ha podido descubrir el sentido y el significado de la mencionada secta. Pero sus trazos generales son claros: Abakuá era una sociedad secreta de efors y de efiks, pequeña pero independiente población establecida a lo largo del estuario de Cross River en el delta nigeriano, que presumía de ser una raza especialmente escogida de África. El papel que estas gentes desempeñaron en la trata de esclavos y en el comercio fue notable. Tenían como parte de sus ritos religiosos una saga cuyo más interesante aspecto era el que permitía a los espíritus permanecer indefinidamente en el limbo más que perseguir por siempre la senda de la reencarnación. Este culto fue llevado a Cuba por los efiks, donde se convirtieron en una sociedad secreta cuyos adeptos fueron conocidos en el siglo XIX con la denominación de ñáñigos.

En Cuba los ñáñigos celebraban sus reuniones en un templo (*fambâ*) y profesaban entre sus creencias la del descubrimiento de la voz de Ekué. Los participantes en las ceremonias asumían los distintos papeles de los personajes de la historia que contaba aquel descubrimiento (Ekueñon, el esclavo; Ekorié, el maestro de la secta; Morúa, el sacerdote; Nasakó, el brujo; Aberisún, el verdugo, etc).. Los iniciados eran conocidos como okobio. Los ñáñigos habían adornado subrepticiamente banderas y otros varios objetos de veneración. Una vez que se era ñáñigo, se seguía siéndolo por siempre. Los ñáñigos (a diferencia de los practicantes de la santería) prohibían a las mujeres y a los ho-

mosexuales que tomasen parte en sus cultos o incluso que tocasen tambores o instrumentos durante su celebración. Otra insólita característica era la existencia paralela de otra sociedad secreta blanca que, iniciada probablemente por un francés de Saint Domingue, copiaba con toda exactitud los ritos de la negra sin estar bajo ningún aspecto afiliada a ella.

Desgraciadamente queda en la oscuridad la cuestión de si este culto (evocador de los misterios de Eleusis, como ha señalado Roger Bastide) fue introducido en Cuba desde África; en su aspecto es claramente africano, pero permanece la duda de si ese elemento de sereno descanso, lejos de las andanzas de la reencarnación, deriva o no de una forma de cristianismo engendrada en la propia Cuba. En cualquier caso, fue un culto floreciente, sobre todo en la localidad de Regla, cerca de La Habana, en el año 1900, del mismo modo que había florecido en el pasado en varias fincas y plantaciones del país.

A finales del siglo XIX, cuando estaba concluyendo la esclavitud, parece que los ñáñigos tuvieron un período semicriminal, puesto que los nuevos miembros eran obligados a salir y matar al primer transeúnte que encontrasen, después de la iniciación. Diferentes secciones de la sociedad pelearon entre sí y perpetraron incluso atentados contra los carros que llegaban a La Habana cargados de carne, procedentes del matadero. Pero esta fase se cree que había terminado ya hacia 1900.

Otra característica de las actitudes de los negros era su asistencia frecuente a los cultos de otras religiones: la católica, el domingo; durante la semana, la pentecostal, y en días determinados, los ritos afrocubanos. El catolicismo seguía siendo, como es natural, la religión socialmente dominante, pero también con frecuencia, la más remota, y en el interior del país, a menudo, no existía.

Sobre esta escena extremadamente complicada y ambigua desde el punto de vista religioso, social y moral (sobre la que uno puede decir que «el hombre sin adjetivo», en expresión de Juan Gualberto Gómez, estuvo más a punto de conseguirse que en la mayor parte de los otros países), la realidad de los acontecimientos políticos conducentes a la revolución negra de 1912 es difícil de delimitar. Se propagaron por entonces acusaciones contra el presidente Gómez de haber animado a los revolucionarios, con la finalidad ulterior de conseguir una fama espuria al dominar la revuelta. Sea como sea, el 20 de mayo de 1912 comenzó el alzamiento negro con manifestaciones y huelgas en toda la isla, precisamente cuando la cosecha (la más abundante conseguida hasta entonces) estaba a punto de ser recogida. El movimiento fue dominado inmediatamente en todas partes salvo en Oriente, y especialmente en Guantánamo. No obstante, produjo una inmensa alarma, y La Habana fue presa del pánico. Todos habían temido el «alzamiento negro» durante años. El ambiente de Cuba se parecía al «gran pánico» de la Revolución francesa. Gómez ordenó a sus ministros que movilizasen fuerzas de voluntarios a las que el gobierno proporcionaría armas y municiones. Philander Knox, secretario de Estado norteamericano, se preocupó a su vez y telegrafió al representante diplomático en La Habana:

> El *Nebraska* llegará a La Habana mañana, y en un lugar que parezca conveniente, posiblemente Key West, se concentrará un amplio contingente naval. Una lancha cañonera se dirigirá a Nipe… Deberá usted informar al gobierno de Cuba de que si es incapaz o si fracasa en la protección de la vida o de las propiedades de los ciudadanos americanos en Cuba, el gobierno de Estados Unidos ordenará el desembarco de sus tropas…

El 31 de mayo un destacamento de marines desembarcó efectivamente en Daiquiri, en Oriente, en la misma bahía donde los norteamericanos habían tomado tierra catorce años antes, con el objetivo, según dijeron, de «proteger los ingenios azucareros», aunque no era esta la gran región del azúcar. Gó-

mez «dio su consentimiento» al desembarco pocos minutos antes de que tuviese lugar; en realidad, no parece que se le solicitó autorización. ¿Contra quién iban dirigidas esas fuerzas? El 2 de junio, un dirigente negro, Isidro Santos Carrera, saqueó el ingenio azucarero La Maya. El general Monteagudo suspendió las garantías constitucionales en toda la provincia de Oriente. El 15 de junio, el general Menocal desde el bastión de su gran molino Chaparra envió un mensaje a Gómez ofreciéndole mil soldados de caballería, pero para entonces los guardias rurales de Monteagudo y los soldados habían derrotado a cuatro mil negros mandados por Estenoz y se estaban dedicando a perseguir a las partidas de guerrilleros. Monteagudo pasó todo el mes siguiente dedicándose como mejor supo a extirpar la revolución y pretendió haber matado a tres mil negros. La revuelta concluyó casi tan misteriosamente como había empezado. Estenoz, su principal promotor, fue también muerto.

La política de Estados Unidos en esta «revolución», fue calificada de «preventiva» por su iniciador, Philander Knox; es decir, Estados Unidos actuaría, si era necesario intervenir, antes de que fuese precisa la intervención real.

Todo ello tuvo importantes consecuencias para los negros cubanos y para sus relaciones con el resto de la población. Ningún político negro, anterior a 1959, volvió a aludir al tema del mal trato que se les daba. Por el contrario, todos los políticos negros o mulatos, aun siéndolo, se alinearon estrechamente en favor de la estructura política vigente. No hubo de hecho ningún político negro sobresaliente después de Juan Gualberto Gómez, quien, ya viejo, objeto de sospechas y sospechando él mismo, actuó muy poco más en la vida pública de Cuba. José Miguel Gómez confirió a negros, conscientemente, puestos de gobierno, pero no se presentaron con frecuencia a las elecciones para cubrir cargos electivos. Ningún negro presentó tampoco su candidatura para la presidencia. Los negros como con-

junto se encerraron en sí mismos más y más y se excluyeron del desarrollo general político y cultural del país, tanto más cuanto los tiempos revolucionarios, la época de Maceo, se alejaban. Con la brillante excepción del historiador y antropólogo Fernando Ortiz y de sus discípulos (la mayoría de ellos pertenecientes a la alta burguesía cubana), muy poco se hizo para asimilar la cultura negra a la vida de la isla. En la brillante época de la expansión azucarera que siguió después, muy pocos se preocuparon por la cultura afrocubana, pese a que muy pronto los blancos iban a bailar al ritmo de su música. Ello no quiere decir que los ritos y los cultos afrocubanos desapareciesen; siguieron florecientes porque los negros encontraban en ellos seguridad y un medio de movilidad social. Esas religiones fueron la expresión de un mundo privado, cuya persistencia ayuda a explicar la naturaleza curiosamente opaca de la sociedad de Cuba en el resto de la centuria. La llegada de muchos haitianos entre 1913 y 1925 incrementó también el elemento vudú en las religiones afrocubanas (el vudú es un ritual mágico por el que incluso los ñáñigos sentían cierta aprensión).

Desde 1898 se había producido una disminución en la inmigración de negros en Cuba; pero a finales de 1912, concluida la revuelta negra, la United Fruit Company solicitó contratar a mil cuatrocientos haitianos para que trabajasen en sus plantaciones de Oriente. Gómez accedió a ello. En los años siguientes llegó a la isla una verdadera corriente de trabajadores negros, haitianos y jamaicanos. Se suponía que iban para la recolección y que regresarían después a sus países de origen, pero no siempre lo hicieron así. Muchos de ellos se afincaron en las ciudades. Los salarios eran mucho más altos que en Haití y en la Guayana inglesa, rincón olvidado de otro imperio. En el transcurso de los diez años siguientes 150 000 negros llegaron a Cuba, pero mientras la población negra o mulata de la isla aumentaba, los

recién llegados disminuyeron más que incrementaron la solidaridad política negra.

38

Menocal

De modo muy apropiado, el presidente de Cuba durante los años del más rápido avance de la industria azucarera, los del siglo XX, fue el general Mario García Menocal. En 1913, Menocal tenía cuarenta y seis años. Había dirigido con energía el enorme molino Chaparra y sus plantaciones, llegando a producir, en 1910, casi 70 000 toneladas. Esto era casi tanto como todo el azúcar producido en Cuba en la década de 1830, y fue posible gracias a la complicada y costosa nueva maquinaria introducida, que podía moler caña con más rapidez.

Antes de alcanzar el poder, Menocal era respetado como un hombre capaz, pero se desconfiaba de él por estar demasiado identificado con Estados Unidos. Como presidente llegó a ser conocido como un hombre más comprometido con el soborno y la corrupción que Gómez. Se decía que cuando tomó posesión del cargo de presidente, tenía un millón de dólares, y cuando se marchó en 1921 tenía cuarenta. A diferencia de Gómez, Menocal era reservado, y no hablaba demasiado. Era un autócrata sin la simpatía de Gómez; era corrompido sin aquel amor de Gómez por la vida; su ansia de riquezas era fría y calculada, mientras que la de Gómez era expansiva y generosa. Como resultado no hay duda de que se hizo más rico al final, ya que trabajó mucho, tanto en su cargo oficial como en su ingenio azucarero.

Menocal empezó a gobernar con un prometedor despliegue de honestidad, repudiando los contratos de Gómez, como el de la Compañía de los Puertos y otra interesante idea que proporcionó pingües estipendios a los «inspectores sanitarios provinciales»: «En la mayoría de los casos en las obras emprendidas

por la administración anterior, se invirtió una gran cantidad en gastos generales y personales, mayor que en las propias obras», indicó sentenciosamente el nuevo gobierno. En 1915 se dictaron una serie de medidas positivas: seguro obligatorio de los trabajadores; un sistema monetario efectivo que colocaba el dólar y el peso a la par; la mediación del Estado en los conflictos laborales. Aunque Menocal, imitando a Gómez, permitió en 1913 a la United Fruit Company que introdujera peones haitianos, también favoreció la inmigración blanca.

Sin embargo, pronto se pusieron de manifiesto las malas señales. El nuevo presidente aumentó el sueldo y los gastos (iba incluido el «servicio secreto») del Ministerio del Interior en 75 000 dólares. Siguió los pasos del préstamo de 1 500 000 dólares de Estados Unidos a Gómez con la solicitud de otra suma parecida y todavía otra de 10 000 000 a 15 000 000 de dólares para las mismas obras inacabables de Gómez y 5 000 000 para el pago de deudas antiguas. Los liberales lograron impedir una votación, pero Menocal, con sobornos muy bien distribuidos, acabó por recibir autorización para diez millones de dólares. J. P. Morgan prestó la suma al 5 por ciento para ser pagada en 1949. El presidente sabía que recibir un préstamo del extranjero era el medio más rápido para hacerse una fortuna privada. El 4 de diciembre de 1915 exceptuó a la lotería de las cuentas nacionales, habiendo prometido antes abolirla: el cargo le enseñó también la verdad de lo que pasaba en aquel departamento. Mientras tanto la guerra mundial estaba causando un alza general en los beneficios del azúcar: en 1914, la zafra produjo 163 000 000 de dólares; en 1915, 202 000 000; en 1916, 308 000 000, casi tres veces más que lo obtenido en tiempos de Gómez. Con el colapso de la producción europea de remolacha, Cuba volvía a ser el mayor productor de azúcar del mundo, como había sido entre 1830 y 1880. La guerra trajo de nuevo la prosperidad.

En esta atmósfera cargada, persistía una corriente de violencia. Los liberales estaban muy divididos. Una mayoría seguía apoyando a Zayas, pero había importantes minorías detrás de José Miguel, el general Asbert, el general Pino Guerra y un reducido grupo unionista encabezado por el coronel Mendieta.

En enero de 1916, Menocal y sus amigos empezaron a trabajar en la campaña para la reelección. Las elecciones no se celebraron hasta noviembre, pero el verano de 1916 transcurrió en una atmósfera de tumulto. La prosperidad no pacificó la emoción política, al contrario, la estimuló. Abundaban las amenazas. «O Zayas o la Revolución», coreaban los liberales. ¿Había tiroteado Gómez realmente el cuartel general de los conservadores en Santa Clara? En agosto hubo tiroteos casi diarios en los mítines electorales. Probablemente unas cincuenta personas hallaron la muerte de forma violenta antes de las elecciones; la mayoría conservadores.

Menocal se aseguró de que los «supervisores militares» nombrados por el gobierno pudieran «arreglar» las elecciones en muchos sitios. El mismo día de las elecciones, 1 de noviembre de 1916, se celebró un gran rodeo en el que no faltaron los ejercicios de destreza con armas de fuego: fueron muertos tres conservadores presidentes de mesas electorales. Para asombro de los liberales se depositaron 800 000 votos cuando había menos de 500 000 electores. Sin embargo, las elecciones fueron relativamente honestas; pero el fraude vino cuando, en la tarde del 2 de noviembre, los primeros resultados indicaron una derrota electoral. Menocal, su esposa y sus hijos quedaron horrorizados ante la perspectiva de dejar la presidencia. Se puso en marcha una fraudulenta operación, que implicó la «pérdida» de grandes cantidades de votos y la invención de numerosas papeletas de votación nuevas. Los resultados no fueron dados a conocer definitivamente hasta diciembre, cuando ya se anunció

como ganador a Menocal. La Junta Electoral Central presentó de inmediato su dimisión.

Esta derrota colocaba a los liberales en una posición difícil. Querían resistirse por la fuerza al fraude electoral de Menocal, pero sabían que en Washington, la actitud general era la de que Menocal era justo y de que Gómez y los liberales estaban corrompidos. ¿No se había educado Menocal en Estados Unidos? ¿No había sido director del gran molino Chaparra de propiedad norteamericana? El Departamento de Estado no podía afrontar el hecho de que en lo concerniente a la corrupción, era imposible escoger entre Menocal y Gómez, los conservadores o los liberales. Además, al amenazar «la paz», los liberales se comportaban de modo inoportuno, en un momento en que Estados Unidos se dirigía hacia el abismo desconocido de una guerra en Europa.

Para los liberales, Estados Unidos parecía cegato. Esta era la segunda ocasión en quince años desde que el general Wood dejó que los liberales aparecieran como privados de una victoria electoral a través de la acción de un gobierno conservador respaldado por Estados Unidos. Las inquietudes aumentaron cuando vieron a Menocal y sus amigos haciéndose muy ricos: el valor de la zafra azucarera subiría aún más alto en 1917. Incluso el Tribunal Supremo recomendó una apelación de que las elecciones habían sido falsificadas. Pero en enero corrieron rumores de que, en las elecciones complementarias de Santa Clara y Oriente propuestas por la Junta Electoral Central para mediados de febrero, los conservadores estaban distribuyendo armas y dinero.

Así que se preparó una nueva revolución liberal. Se confeccionaron listas de los partidarios de los liberales que había en el ejército. Se hicieron planes para el incendio de los cañaverales. En el momento preciso, suponían los conspiradores, los plantadores pedirían la intervención de Estados Unidos, y el recién

elegido presidente Wilson seguro que decidiría que se hiciera una investigación sobre por qué se había arrebatado a los liberales su victoria. José Miguel Gómez se dispuso a marchar sobre La Habana desde Santa Clara. Zayas, Asbert, Machado y Ferrara se mostraron de acuerdo en que era conveniente la insurrección. El anciano general Pino Guerra y Costa, el alcalde del barrio de Marianao (en creciente desarrollo), estaban también a su favor y en armas. El 4 de febrero, Orestes Ferrara y Raimundo Cabrera viajaron a Estados Unidos con el fin de ejercer la presión necesaria en Washington cuando llegara la hora. José Miguel salió de La Habana en su yate *Julito*: el 10 de febrero desembarcó en la bahía de Juan Hernández, cerca de Tunas de Zaza, en la costa sur de Cuba, próxima a los ingenios azucareros Natividad y Amazonas. Inmediatamente alzó el estandarte de la rebelión. Zayas hizo lo mismo en Santa Clara, con Machado, Mendieta y otros jefes liberales a su lado. Dos jefes del ejército, los coroneles Quiñones y Rigoberto Fernández, se declararon también contra Menocal, en Camagüey y Santiago. El mismo día, Ferrara y Raimundo Cabrera enviaron una carta al presidente Wilson pidiendo la intervención para impedir más ilegalidades en las elecciones complementarias (planeadas para el 14 de febrero en Santa Clara, y para el 20 de febrero en Oriente); dos días después enviaron un telegrama a Menocal desde Washington pidiendo su dimisión.

¿Actuaría Estados Unidos? Mientras Washington vacilaba, Menocal iba afianzando su posición en La Habana. Hizo un llamamiento pidiendo voluntarios, bajo el lema de impedir la intervención, y ordenó la voladura del puente de ferrocarril de Jatibonico, que unía las provincias de Camagüey y Santa Clara, y que ahora supondría un serio obstáculo en el plan de Gómez de avanzar sobre La Habana con una fuerza revolucionaria unida.

El 14 de febrero, el gobierno de Estados Unidos anunció de modo solemne, pero ambiguo, que sólo daban «su confianza y apoyo» a los gobiernos constitucionales, y se opondrían a los gobiernos que accedieran al poder de modo inconstitucional. Ese día tenían que celebrarse las elecciones complementarias en Santa Clara: dadas las circunstancias, los liberales no votaron, y cualquiera que fuese el número de conservadores que acudieron a las urnas, ciertamente obtuvieron una inmensa mayoría de papeletas. Transcurrieron cinco días de una calma tensa, mientras que Gómez titubeaba si debía avanzar o no hacia el oeste sin el grueso de sus fuerzas. El 19 de febrero, otra nota de Estados Unidos condenó abiertamente la revolución liberal, confirmó su apoyo a Menocal y declaró que haría responsables a los jefes de la sublevación de cualquier daño a la propiedad. Además, el gobierno de Estados Unidos vendió a Menocal 10 000 rifles y dos millones de cartuchos. En la última semana de febrero quedó en claro que la acción, o mejor dicho la inacción de Estados Unidos, había salvado de momento a Menocal. El 26 de febrero, tropas del gobierno mandadas por el coronel Eduardo Pujol tomaron Camagüey al jefe liberal Gustavo Caballero. Siguieron varias escaramuzas y Menocal logró aplastar la rebelión. El 5 de marzo, Menocal pidió solemnemente al Congreso la suspensión de las garantías constitucionales, habiendo amenazado o sobornado previamente a los pocos diputados liberales que había en La Habana para que no asistieran a la sesión: el individuo más intratable, Alberto Barreras, gobernador electo de La Habana, fue encarcelado durante varios días. El 7 de marzo, José Miguel Gómez fue capturado por el coronel Collazo en Cascaje y enviado a un calabozo de la fortaleza de El Príncipe en La Habana. Pero no todo estaba perdido. El 8 de marzo, el gobernador provisional de Oriente, el liberal García Muñoz, pidió al comodoro Bellmep que desembarcara 500 hombres de los buques de guerra norteamericanos que ha-

bía en Santiago, ya que él no podía proteger la ciudad, y aquella noche desembarcaron 500 marines, aunque la mayoría o bien se retiraron rápidamente o se dirigieron a ocupar otros puntos: Guantánamo, El Cobre y luego Manzanillo y Nuevitas. Los liberales no ganaron nada con esta intervención: los marines simplemente hicieron posible que entrara en Santiago el coronel Miguel Varona en nombre de los menocalistas.

La actitud de Estados Unidos estaba, en 1917, totalmente determinada por cuestiones de diplomacia general. Porque el 6 de abril declararían la guerra a Alemania. Para el ocupado presidente y su secretario de Estado, los liberales cubanos estaban actuando en favor de los intereses alemanes. En 1917 corrían rumores de que había espías alemanes por todas partes. También era del máximo interés para Estados Unidos que si ellos iban a la guerra, Cuba fuera también. No es que el presidente Wilson pensara mandar al frente occidental a militares tan peculiares como los generales Pino Guerra, Monteagudo o José Miguel Gómez. Pero si Estados Unidos estaba en guerra y Cuba permanecía neutral, las consecuencias económicas para Estados Unidos serían graves, o incluso intolerables; porque según los términos de la ley internacional, Cuba se vería obligada a dar el mismo trato a Alemania y a Estados Unidos. Pero en 1916 y aún más en 1917, Cuba fue el principal proveedor de azúcar a los aliados. En Francia, los ejércitos marchaban con los estómagos llenos desde La Habana. De aquí que fuera esencial que Cuba declarase la guerra a Alemania. ¿Qué presidente sería más dócil a Estados Unidos: Menocal o Gómez? Todos los norteamericanos estaban enterados de la magnífica obra que había hecho Menocal en el Chaparra, y para ellos no cabía la menor duda de que Menocal era su hombre, y no el imprevisible José Miguel. Con gran satisfacción, por lo tanto, dieron la bienvenida al mensaje que dirigió Menocal el 7 de abril al Congreso cubano: «Cuba no puede permanecer neutral en este su-

premo conflicto porque… ello sería lo contrario a la esencia de los pactos y obligaciones… que nos ligan a Estados Unidos».

Inmediatamente después de su proclamación el 20 de mayo, Menocal dejó bien sentado que iba a conservar los poderes extraordinarios que le habían concedido después de la revolución de febrero: la guerra mundial parecía un buen pretexto. Al mismo tiempo, Menocal pidió a Estados Unidos que retuviera sus tropas en Cuba, no sólo en Oriente, sino en Camagüey. Así que 1600 marines se establecieron en la primera provincia y 1000 en la segunda, donde se quedaron hasta 1923. Menocal reinó otros cuatro años, más o menos como un dictador, gobernando en gran parte por decreto, retirando enormes beneficios para él y su familia, mientras que Cuba se embarcaba en el gran impulso de una riqueza sin precedentes: 1917 fue el año en que las grandes plantaciones nuevas de Oriente empezaron a dar fruto por primera vez, rebasando ya a Matanzas como la segunda provincia más productiva después de Las Villas. Por otra parte, entre mayo de 1917 y 1925, por lo menos, como observó un historiador, «es difícil encontrar algo bueno que decir sobre alguien o algo en la dirección del Estado cubano».

Después del fracaso de la revolución liberal, Menocal, «inaccesible, dignificado, manirroto», afianzó su personalidad como presidente y fullero, con «varios trucos que no se le habían ocurrido ni a Gómez». Hubo una enorme actividad en el Departamento de Obras Públicas, donde se hacían planes y cálculos para muchas carreteras imaginarias y míticos puentes sobre ríos que no existían. Los congresistas eran corrompidos con el reparto de las colecturías de la lotería. Los ingresos del gobierno, por supuesto, estaban aumentando con la prosperidad azucarera. Por todas partes se amasaban fortunas. Varios ministros y funcionarios públicos empezaron negocios por su cuenta sin abandonar sus cargos oficiales. Fascinado por el rápido aumento de los ingresos, el país empezó a enloquecer gradualmente

por el dinero. En 1919, después de que terminara la guerra mundial, se ofrecieron nuevas posibilidades de enriquecimiento por una ley turística que permitía las apuestas en los frontones y carreras de caballos. Hubo un gran auge de la propiedad. A todo plantador de caña le parecía que se podía permitir el lujo de tener una casa en Vedado o en Marianao, donde las nuevas urbanizaciones estaban siendo planeadas de modo corrupto por los hombres de negocios liberales. Se creó un vasto complejo de nuevas tiendas y firmas norteamericanas, propiedad de norteamericanos, pero dirigidas por cubanos.

La gran apuesta por la riqueza continuó a pesar de las denuncias públicas. En 1919, uno de los dirigentes liberales, el coronel Mendieta, escribió varios artículos famosos, describiendo a Menocal como el hombre que había convertido Cuba «en un teatro de caprichos, dilapidación y locura. Su obra de destrucción es casi imposible de reparar. Virtualmente ha entronizado la codicia por el dinero». Menocal parecía no tener otra respuesta que la de que los depósitos en los bancos e instituciones de ahorro habían aumentado un 1000 por ciento desde que él ocupó el cargo, mientras que el valor de las tierras había subido un 500 por ciento. Sin embargo, apenas si parecía posible que los liberales ofrecieran una alternativa. En septiembre de 1917, José Miguel Gómez fue liberado de la prisión y se le permitió residir en su hacienda, y en marzo de 1918 una amnistía (quizá promulgada por insistencia de Estados Unidos), liberó a todos los que estaban encarcelados desde la sublevación de septiembre de 1917. Sin embargo, a principios de 1919, Alfredo Zayas se disponía a romper una vez más con Gómez; elevando el oportunismo político a la categoría de arte, a mediados de año él y sus amigos fundaron el Partido Popular, un partido dispuesto a saltar a lo que saliese, y de hecho a pasar por encima del propio Menocal, con tal de que Menocal apoyara a Zayas para la esquiva presidencia. Menocal tuvo la habilidad de com-

prar por soborno a Gervasio Sierra, el dirigente de los sindicatos anarquistas, quien había provocado muchos conflictos en los muelles durante la guerra, aunque esto no aquietó totalmente el movimiento obrero.

Conforme el segundo período presidencial de Menocal avanzaba, la cuestión del curso futuro de la política llegó a ser obsesiva. Para evitar más acusaciones de fraude, aceptó de buena gana la propuesta que el general Crowder, el antiguo legislador de la época de Magoon, regresara a Cuba para aconsejar sobre la organización electoral. Crowder, que ahora era famoso en toda la nación como padre de la retirada norteamericana, llegó en marzo de 1919, trabajando con el censo y la lista electoral durante todo aquel verano. Mas para entonces la persecución de la riqueza había llegado a su término y la *hubris* pilló in fraganti a los dirigentes más comprometidos.

39

El azúcar, 1906-1920

La crisis económica de 1919 que acabó con la prosperidad menocaliana con más rapidez que si se la hubieran tragado los mares del Sur, debió su origen al curioso desarrollo de la industria azucarera, tanto antes como después de la Primera Guerra Mundial. Hacia 1912, el tratado de reciprocidad con Estados Unidos funcionaba: el azúcar cubano había barrido del mercado norteamericano todo el azúcar europeo, de las Indias Occidentales o de cualquier otro país no favorecido; y mientras que antes todas las exportaciones cubanas habían ido a Estados Unidos, ahora se estaban buscando otros mercados, como, por ejemplo, Gran Bretaña.

Pero el tratado de reciprocidad tenía otras y extrañas consecuencias. Cuanto más cerca estuviera Cuba de satisfacer toda la demanda de azúcar de Estados Unidos, más tenía que aceptar lo que eran en efecto precios mundiales, ya que el precio mundial con los derechos cubanos añadidos se convertía en el precio usual de Nueva York. Así que Cuba, con un mercado preferente, no consiguió al fin y al cabo un precio preferente.

Este hecho no se pudo apreciar realmente antes de la Primera Guerra Mundial, aunque de no haber sido por la guerra, al cabo de pocos años se habría producido una crisis económica en Cuba, derivada del exceso de producción de azúcar. La guerra retrasó la crisis, pero la hizo luego más desesperada. La consecuencia inmediata fue que hasta julio de 1914 el precio del azúcar se mantuvo en 1,93 centavos la libra. En agosto, ya había casi doblado los 3,66 centavos. La principal razón fue que, en 1913, Gran Bretaña había recibido los dos tercios de su azúcar de Alemania o Austria-Hungría. En el primer año de

guerra, Cuba vendió 2 600 000 toneladas de azúcar en bruto a un promedio de 3,31 centavos, buena parte de ella a la nueva Comisión Real Inglesa establecida para comprar, vender y regular la distribución del azúcar; un plan de comercio estatal que duró toda la guerra. Mientras tanto, en 1915 se supo que la guerra estaba destruyendo o alterando los sembrados europeos de remolacha. Precisamente el frente occidental cruzaba la zona remolachera francesa, y los campesinos alemanes y austríacos estaban en el ejército. Los aliados, por lo tanto, empezaron a depender cada vez más del azúcar cubano, mientras en los imperios centrales el azúcar escaseaba. El mensaje estaba claro para los capitales norteamericanos, cubanos e incluso españoles. ¿Quién no sabía que los extensos bosques del este de Cuba, que se podían comprar a bajo precio, crecían sobre tierras muy fértiles, que potencialmente eran inmensamente productivas?

Así se inició la gran expansión de la caña de azúcar en las tierras vírgenes de la zona del Caribe, como una consecuencia directa de la guerra europea. Se construían nuevas centrales a gran velocidad. Los bosques del este de Cuba fueron talados. En «Recuerdo en Oriente», Teresa Casuso, hija de un cultivador de tabaco de Oriente descontento, observó:

> … se incendiaban los bosques extensos e impenetrables, selvas enteras a las que se les metía fuego y luego eran arrasadas hasta el suelo a fin de dejar sitio para plantar caña de azúcar. Mis padres estaban desesperados porque los bosques tropicales más bellos y fragantes —cedros y caobos, alfóncigos y magníficos granados— ardían como sacrificio al frenesí de cubrir de cañaverales todo el país. En las noches la vista de ese horizonte en llamas me afectaba con una extraña ansiedad llena de temores, y el olor a madera quemada llegaba tan lejos, que era como el incienso que uno huele dentro de las iglesias. Pero la casa en que vivíamos estaba hecha completamente de cedro y era como un gran cofre perfumado.

A veces la caña se cultivaba alrededor de los troncos de los árboles, sin arar la tierra siquiera. *El Mundo* observó: «Si las cosas siguen así sembraremos caña hasta en los patios de nuestras casas».

La guerra trajo la prosperidad, pero también la intervención del Estado. Esto era cierto para todas las industrias de Inglaterra; pero también para el azúcar cubano. En cuanto Estados Unidos estuvo implicado en la guerra (y Cuba tras él), se estableció un comité internacional con dos miembros ingleses y dos norteamericanos para supervisar los suministros de azúcar a los aliados. A principios de 1918 este comité fijó el precio del azúcar en bruto a 4,6 centavos por libra, y se dedicó a comprar toda la producción cubana a aquel precio. Que esto fuera justo o injusto es algo fuera de cuestión; pero de no haber existido precio fijo, este habría subido quizá al doble de esa cifra. El precio convenido era elevado en relación con el promedio anterior a 1914, pero también eran altos los precios de los productos importados, y hubo dificultades con la cosecha respecto a qué se le debía de dar a los colonos.

El gran problema ahora era el de la mano de obra. A fin de atender la demanda se hicieron esfuerzos para atraer la inmigración de campesinos españoles. Esto tuvo tan sólo un éxito parcial, porque aunque los españoles siguieron llegando en gran número a Cuba, en general no querían trabajar en el campo, sino ganar inmediatamente buenos sueldos en las ciudades; ni siquiera iban muy lejos de La Habana. Los jefes azucareros de Oriente tuvieron que recurrir al resto de las Indias Occidentales. Durante la guerra, Haití y Jamaica proporcionaron miles de negros, y también se recurrió a la vieja fuente: China. Entre 1914 y 1918 llegaron casi 23 000 jamaicanos. Sólo en 1919 llegaron 24 000 jamaicanos y 10 000 haitianos. En aquel período llegaban casi 30 000 españoles cada año, lo cual no significaba ningún cambio, más bien era un poco menos que en los diez años anteriores.

Por lo tanto, es lógico decir que este gran salto adelante en el azúcar cubano —hecho posible en primer lugar por las locuras de Europa— fue llevado a cabo no sólo por fábricas, capital y

dirección extranjeros, sino también por mano de obra extranjera. Incluso los capitalistas que eran de origen cubano, como Rionda, eran cada vez más norteamericanos por ideas y sentimientos. Cuba era así el espectador de la transformación de su propio destino. Los grandes bosques de Oriente no fueron quemados para su propio carnaval.

Los colonos se volvieron casi tan ricos como los propietarios de molinos. Como recibían ocho libras de caña por cada cien que entregaban, llegaron más que antes. Muchos pudieron pagar todas sus deudas a los fabricantes, aunque a veces se endeudaban todavía más al pedir adelantos para plantar más caña al año siguiente. Algunos colonos hasta compraron ingenios. Otros emplearon sus beneficios en comprarse hermosas mansiones en La Habana, enviando sus familias numerosas a Roma, París y Londres, comprándose ellos automóviles lujosos. Estos nuevos ricos quisieron imitar en Vedado la arquitectura del Renacimiento italiano, mezclada con el estilo Luis XVI, o incluso el gótico florentino; torres, miradores, minaretes reemplazaron a las azoteas. Era la Villa Médicis por todas partes; los banqueros del nuevo mundo comprando los gustos de sus predecesores. Vedado se convirtió en una metrópoli de palacios de mármol, mientras se extendía el nuevo barrio residencial de Miramar, con casas rodeadas de grandes jardines, todo a lo largo del río Almendares, frente al océano, financiado por Ramón Mendoza y José (Pote) López. Más allá, se estaban construyendo mansiones todavía más grandes alrededor del Country Club, ahora accesible gracias al advenimiento del automóvil, al alcance de los banqueros ricos. El consumo de puros aumentó hasta 118 al año por hombre, mujer o niño. A principios de 1919 volvieron los turistas. Al mismo tiempo seguía el aflujo de españoles, que escapaban a la estructura social invertebrada de su país, trayendo con ellos, además de su habilidad para el trabajo, ideales variados acerca del poder de los sindicatos organizados.

Este gran auge intensificó una tendencia ya existente: las compañías implicadas en una etapa de la producción azucarera trataron de hacerse con el control del proceso de producción entero. Las grandes combinaciones de distribuidores trataron de garantizarse el aprovisionamiento. Czarnikow-Rionda obtuvo, en 1920, el control de W. J. McCahn de Filadelfia; Atkins se hizo con la Philadelphia Sugar Refinery. Otros consumidores de azúcar en el mercado trataron de controlarla; la Coca-Cola Company hizo planes para comprar azúcar en bruto directamente de Cuba; la Charles Hires Company, fabricantes de la famosa cerveza de raíces, compraron la antigua central Dos Rosas de Cárdenas; Hershey's, los reyes del chocolate, compraron no sólo una fábrica azucarera, sino el ferrocarril eléctrico La Habana-Matanzas, que llevaba allí a sus tan bien pagados ejecutivos. En conjunto unas cincuenta fábricas cambiaron de manos en el momento culminante del auge.

Es un poco difícil saber exactamente cuántas fábricas eran cubanas en este período, y cuántas norteamericanas, ya que la propiedad nominal significaba poco; muchas fábricas tenían en parte capital cubano, en parte norteamericano: muchas de las llamadas cubanas eran a menudo más norteamericanas que cubanas, o viceversa. El National City Bank estimó en 1919 que entre el 40 y el 50 por ciento de las fábricas eran norteamericanas; *The Times* de Cuba opinó que la cifra se aproximaba al 35 por ciento (71 de un total de 209), pero producían el 50 por ciento del azúcar. Había la misma confusión entre la propiedad cubana y española, ya que la mayoría de las fábricas norteamericanas eran propiedad de grandes sociedades anónimas cuyas acciones tenían propietarios muy diversos, y la mayoría de las españolas eran propiedad de familias al estilo del siglo XIX. Lo mismo se podía decir de las fábricas francesas, y de algunas cubanas. Muchos propietarios españoles llevaban viviendo en Cuba muchos años, hasta un par de generaciones, y posiblemente

eran más cubanos que españoles; más cubanos, quizá, en algunos sentidos, que los cubanos de Nueva York. Un «español» como Manuel Rionda caía fuera de todas las generalizaciones. Por lo menos la mitad de la producción de azúcar cubana de 1919-1920 estaba probablemente controlada por los norteamericanos y la propiedad real distribuida entre un gran número de accionistas. En 1919, la compañía norteamericana Sugar Cane, era propietaria de ingenios que producían el 16,7 por ciento del azúcar hecho en Cuba.

Estas importantes inversiones extranjeras tuvieron consecuencias revolucionarias a corto plazo sobre la sociedad y el nivel de vida. Casi todas las grandes centrales habían sido establecidas en zonas antes desiertas o que habían tenido escasa población, así que debido a ellas muchas aldeas se convirtieron en ciudades, creando puestos de trabajo y en cierta medida centros de cultura y educación. Las nuevas centrales, probablemente, hicieron posible un nivel de vida más alto que las otras industrias. Estas inversiones de las compañías y ciudadanos de Estados Unidos parecieron también reforzar la posición de Cuba con respecto a su mercado más importante: Estados Unidos, aunque esta conexión tenía visiblemente poca importancia cuando se llegaba a negociaciones para derechos más favorables.

Pero cuanto más se convirtiera Cuba en el principal productor mundial de azúcar, más estaría al final a merced de los vientos de la demanda mundial. Los buscadores de beneficios de Estados Unidos no crearon el problema, simplemente lo confirmaron. Además, aunque crearon muchos puestos de trabajo para los cubanos, las grandes centrales del este de Cuba llegaron a depender mucho en su época dorada de la mano de obra barata de Haití o Jamaica. Estas masas inmigrantes crearon sus propios problemas.

Los años 1918 y 1919 fueron los del máximo entusiasmo. En 1919, Pote declaró que su fábrica, España, produciría pronto un millón de sacos. El presidente Menocal compró una gran cantidad de acciones de la central Palma. Fermín Goicoechea vendió la central Pilar a Pedro Laborde por 900 000 dólares. Aunque la Primera Guerra Mundial había acabado ya, el cultivo de la remolacha estaba muy decaído en Europa. En 1919-1920 produjeron apenas dos millones y medio de toneladas en lugar de los ocho millones de 1913-1914. De los productores de azúcar del Viejo Mundo, Rusia estaba todavía alterada; Austria-Hungría, desastrosamente dividida (muy pocos de sus estados sucesores tenían acceso al mar), mientras que Alemania seguía escasa de mano de obra y de capitales. La demanda mundial de azúcar era evidentemente alta. Creyendo que aquí estaba una de sus oportunidades de conseguir un beneficio gigante, los productores de azúcar cubano, norteamericanos y cubanos, españoles y canadienses, empezaron a pedir el fin del control de precios. Se abandonaron otras medidas del tiempo de guerra: ¿por qué no el control del azúcar? El Sugar Equalization Board estaba indeciso, y elevó el asunto al presidente Wilson para que él tomara una decisión, pero en julio de 1919 el presidente tenía muchas preocupaciones y la decisión tardó en llegar. Por lo tanto, en agosto, se formó una asociación de cultivadores de caña con el objeto de hacer campaña para acabar con el control de precios.

Este poderoso grupo de presión consiguió al fin sus objetivos. El Sugar Equalization Board informó a los refinadores de Estados Unidos que eran libres de comprar azúcar en bruto en 1920 al precio que pudieran. El fiscal del Tribunal Supremo, Palmer, anunció el 8 de noviembre en Luisiana (que seguía luchando para recuperar la importancia que había tenido antes de 1861), que el azúcar se podría vender a 7 centavos. En 1919, el precio medio del azúcar era de 6,65 centavos por libra.

El año 1920 fue el año grande en la historia del azúcar cubano, y uno de los hitos en la historia del capitalismo. La zafra empezó en la fecha de siempre, pero hacia el 18 de febrero el precio mundial del azúcar había subido ya a 9,125 centavos, estando muy por encima de cualquier otro precio obtenido antes. Con anterioridad, en Cuba se había supuesto que 5,5 centavos era suficiente para «estimular la isla hasta la extrema prosperidad». En este punto empezó la locura. El resto de 1920 se pasó, día a día, en una atmósfera de sueño más parecida a una comedia que a la vida real. Los precios subían, subían, subían. El 2 de marzo, el azúcar se vendió a 10 centavos; el 18 de marzo, a 11 centavos; el 27 de marzo, a 12 centavos; el 8 de abril, a 15,5 centavos, y el 15 de abril, a 18 centavos.

La «danza de los millones» continuó. El 12 de mayo el azúcar se cotizaba a 19 centavos. El 14 de mayo subió a 20,5 centavos; el 17 de mayo, a 21,5 centavos; el 18 de mayo, a 22 centavos, y el 19 de mayo, a 22,5 centavos.

40

La «danza de los millones»

La verdad es que había abundancia de azúcar en el mundo aquel año de 1920, así que en Cuba los precios bajaron pronto. A finales de junio el azúcar se vendió a 17,25 centavos, y a finales de agosto a 11 centavos. En septiembre había descendido a 8 centavos. A finales de noviembre se cotizaba sólo a 4,25 centavos y por Navidad el precio estaba a 3,75. El excedente de azúcar en Cuba había sido calculado en junio en 460 000 toneladas, que valían 230 000 000 de dólares; en septiembre quedaban 335 000 toneladas, con un valor de sólo 75 000 000.

Claro que mucha gente había ganado dinero, pero la extrema volatilidad del precio, como siempre, dejó un rastro de ruina, aunque principalmente para los dueños de molinos, no para los colonos. Además, la gran elevación de precios había ocurrido durante la zafra; los colonos eran pagados cada cinco años, así que la liquidación de 1920 les proporcionó una buena renta. Los obreros salieron también bien parados, y no se vieron inmediatamente afectados por la crisis económica.

La primera señal del desastre para los propietarios de fábricas se vio en julio, cuando la euforia estaba justo debajo de su punto máximo. Las firmas que habían hecho pedidos de mercancías sólo dos meses antes, cuando los precios estaban en su momento álgido, se negaron a aceptarlos. En los muelles de La Habana había tal congestión que tuvo que ser enviada una comisión norteamericana para que investigara las causas. En agosto, los productores de azúcar cubanos trataron en vano de retener sus existencias de azúcar para contener la caída de los precios. En septiembre, los bancos se enfrentaban a una crisis, debida al exceso de compromisos cuando los precios estaban

altos. Por lo tanto, retrasaron toda acción entre ellos hasta que fue demasiado tarde, tratando de arruinar a sus rivales. El 6 de octubre, el Banco Mercantil Americano dio un plazo de pocas horas a los beneficiarios de créditos para que los liquidaran. El mismo día la gente se precipitó a acudir al Banco Español; los grandes depositantes retiraron el saldo de sus cuentas corrientes. El 8 de octubre, el pánico se produjo en el Banco Internacional, que cerró el 9 de octubre, y aquel día los banqueros, actuando al final conjuntamente, pidieron al presidente Menocal que declarara una moratoria general, cosa que se hizo el 10 de octubre para durar hasta el 1 de diciembre, extendiéndose luego hasta el 1 de febrero.

Ahora la cuestión era: ¿se podrían salvar los bancos? Todos habían animado a los plantadores y granjeros a pedir créditos sin discriminación durante los cinco años anteriores a 1920. Los directores de bancos aparecieron en los dorados tiempos de expansión de riquezas por la guerra como vendedores, y vendedores competitivos. A finales de la década de 1920 los préstamos ascendían a unos 80 000 000 de dólares, hechos especialmente sobre el precio del azúcar, de 15 a 20 centavos por libra.

El primer paso que se dio para salvar los bancos de Cuba fue la propuesta de un grupo de bancos de Nueva York para hacer un préstamo de 100 000 000 de dólares al gobierno cubano. Pero el presidente Menocal anunció que Cuba no tenía la intención de salvar los bancos de las consecuencias de su propia locura: el presidente estaba en aquellos momentos inquieto por la elección de su propio candidato, su antiguo rival, Alfredo Zayas, como nuevo presidente, y no estaba de humor para ayudar. Pero después de la elección, los cubanos fueron en busca de J. P. Morgan a pedir un préstamo. Morgan convino en dejarles 50 000 000 de dólares a condición de que un comité de banqueros de Nueva York los administraran. El Departamento de

Estado propuso a su vez que la reforma financiera fuera acompañada de negociaciones para el préstamo y sugirió como «consejero financiero» del gobierno cubano a Albert Rathbone, un antiguo ayudante del secretario del Tesoro. El nombramiento de Rathbone fue anunciado repentinamente el 30 de noviembre. El secretario cubano del Tesoro, Cancio, se quejó con irritación de no haber sido consultado, y ofendido, presentó la dimisión.

Rathbone dio un mal ejemplo. Llegó a principios de diciembre, se sentó ante el bufete de Cancio, estuvo dos semanas, dio órdenes, escribió un memorando recomendando que se hiciera un préstamo exterior específicamente para salvar a los bancos de La Habana y se marchó a Nueva York, desde donde envió al gobierno cubano una minuta de 50 000 dólares por sus servicios. Le pagaron 15 000 dólares.

Mientras tanto, en las elecciones del 1 de noviembre triunfó Zayas, el candidato de Menocal, derrotando al expresidente José Miguel Gómez, Tiburón, aunque no había razones para creer que las elecciones fueron llevadas con limpieza. El gobierno había declarado que en 112 municipios había «consejeros militares», es decir, matones instruidos para seguir las normas del régimen. Muchos oficiales antiguos se negaron a actuar de este modo, pero fue más fácil lograr que lo hicieran los oficiales de menor graduación y los sargentos. En muchos lugares se retrasó la votación o se puso fin a ella demasiado pronto. Hubo casos, claramente probados, de sargentos que quemaban los votos cuando se señalaba una victoria liberal. En Santa Clara resultaron muertas catorce personas. En algunos lugares el fraude electoral fue tan burdo que, como en 1916, el total de votos registrados fue superior al de personas inscritas en el censo. En algunos sitios de donde se supo que Gómez había obtenido 80 votos de ventaja sobre Zayas, las urnas no se abrieron. Al final Zayas fue declarado vencedor, pero es proba-

ble que, como en 1905, si las elecciones hubieran sido limpias, habría ganado Gómez.

El partido liberal presentó varias demandas de investigación. El 7 de noviembre incluso propuso una intervención provisional de Estados Unidos para supervisar las nuevas elecciones.

La situación comenzó a inquietar en Washington, mientras que las protestas contra las elecciones no daban señales de disminuir, ni nadie parecía capaz de resolver la crisis bancaria. Lansing, el secretario de Estado, había decidido volver a enviar a Crowder a Cuba, sin que en apariencia hubiera ninguna consulta: esto era, como observa el biógrafo de Crowder, una «intervención de hecho ya que no de nombre». Crowder llegó a La Habana en el acorazado *Minnesota* el 6 de enero de 1921.

Estableció su cuartel general en el *Minnesota*, haciendo recomendaciones a Menocal que «eran verdaderas órdenes». Se prolongó un poco más la moratoria sobre las deudas, con una estipulación para el pago gradual en seis meses: el 15 de mayo sería el día de cierre para el pago de los comerciantes; el 15 de junio, para los bancos. Se anularían las elecciones en una quinta parte de los distritos, celebrándose en ellos nuevos comicios en marzo, y a menos que esta cuestión no quedara arreglada, «sería difícil, si no imposible, evitar la intervención». El 26 de febrero, Menocal, Zayas y Gómez, los tres políticos más poderosos de Cuba, fueron convencidos de que tenían que entrevistarse con Crowder. Menocal accedió a no tener consejeros militares en la pequeña elección de marzo. En el Banco Nacional asumió el control un nuevo consejo de administración, presidido por la honorable figura de Porfirio Franca, que había sido director del National City Bank; y el 1 de marzo de 1921 un nuevo futuro procónsul entregó en el Departamento de Estado de Washington un memorando, el primero de los muchos que habría de entregar, sobre los asuntos de Cuba: se trataba del joven Sumner Welles, quien redactó una lista de las seis características más

deseables que habrían de tener los presidentes de Cuba y que se debían insinuar a Zayas o Gómez, quienquiera que fuese el que ganara en marzo. La primera y sexta eran: «Un perfecto conocimiento de los deseos de este gobierno [el de Estados Unidos]… y su docilidad a las sugerencias y consejos que le pueda hacer la legación americana».

¿Iba todo bien? No. El 9 de marzo estalló de nuevo el fuego entre liberales y conservadores, y los liberales se negaron a ir a las urnas el 15 de marzo. Por lo tanto, Zayas ganó las elecciones, aunque Gómez y los liberales no fueron apartados del todo. Crowder no había resuelto la cuestión constitucional, y tampoco la financiera. El nuevo consejo de administración del banco no creó una nueva moneda. El 9 de abril, el Banco Nacional cerró sus puertas, reconociendo un pasivo de 67 660 000 dólares, y con un efectivo de 1 500 000 dólares. El principal especulador del azúcar, José Lezama, se declaró en bancarrota, pues tenía un déficit de 24 000 000 de dólares. Los bancos quebraban por toda Cuba (dieciocho a finales de junio), con un pasivo de 130 000 000 de dólares. Las únicas instituciones dignas de crédito eran extranjeras: el National City Bank y el Royal Bank of Canada, especialmente protegidos, como Boaz Long había pedido en enero, por una instrucción dada por Menocal a la prensa cubana el 13 de abril, para que no «fastidiaran a los bancos». Estos dos bancos unificaron sus obligaciones y prosiguieron sus operaciones, aprovechándose mucho como resultado. Crowder, que no tenía ningún título, era el amo del poder político en La Habana.

Esto no significa, sin embargo, que Estados Unidos no hubiera decidido emprender una política coordinada e inteligente con respecto a Cuba. Por el contrario, eligieron el mes de abril de 1921 para imponer un nuevo arancel de emergencia, que afectaba al azúcar cubano poco más de un centavo por libra. Esto no cubría Filipinas, Hawai y Puerto Rico, dependencias is-

leñas norteamericanas, donde a partir de 1921 se desarrolló la producción a expensas de Cuba.

Crowder había llegado, por supuesto, por razones militares. Pero su viejo amigo y colaborador en tiempos de Magoon, Frank Steinhart, que aún era director general de la Havana Electric y se negaba a dar todo por perdido, escribió el 28 de abril al nuevo secretario de Estado, Charles Hughes, para decirle que era absolutamente necesario que Crowder se quedara, «para la reforma financiera y la estabilización de las condiciones comerciales de Cuba». El presidente electo, Zayas, puso inmediatamente manos a la obra, nervioso, no hay duda, por la continuación de las alteraciones políticas por los liberales: su secretario fue asesinado en mayo. Zayas escribió a *El Heraldo de Cuba* para decir que se sentiría feliz de «utilizar» a Crowder, igual que lo había utilizado Menocal. Crowder replicó que, al margen de otros asuntos, habría que poner en claro los escándalos relativos a las obras públicas antes de que Cuba obtuviera un préstamo. En cuanto tomó posesión del cargo, Zayas envió al Congreso un mensaje inspirado por Crowder: una reducción en el presupuesto, una nueva ley electoral, presidentes elegidos por un solo período, construcción de una carretera central; los secretarios de los departamentos del gobierno podrían ser llamados a declarar ante el Congreso, como ocurría en Estados Unidos. Por lo tanto, muy pronto, en junio, hubo nuevas conversaciones entre J. P. Morgan y el Departamento de Estado sobre el tema de un préstamo; aunque Zayas dio muy mala impresión por su curiosa conducta respecto a sus propios gastos: cuando Zayas llegó al poder se encontró con centenares de facturas que no habían sido pagadas y que correspondían a alimentos y bebidas consumidas por Menocal en palacio. Una factura por el consumo de huevos correspondiente a un mes, ascendía a 800 dólares. Había otra de 20 000 dólares por «faisanes y rosas». Para pagar estas facturas, Zayas pidió un aumento de 180 000 dó-

lares o de más del 50 por ciento, para sus gastos ejecutivos anuales. Como el Congreso pusiera inconvenientes, Zayas insinuó que iba a despedir a todos los sirvientes del palacio y a cerrarlo. Pero Zayas acabó ordenando al Tesoro que le pagara lo que quería, y pagó. José Miguel Gómez, que había ido a Washington a quejarse al presidente Harding, falleció en Nueva York el 13 de junio, con lo que desapareció el más peligroso de los oponentes políticos de Zayas. El 3 de julio, Crowder sugirió a Washington que se concediera un préstamo, aunque a condición de que Estados Unidos pudiera inspeccionar el presupuesto anual y que cualesquiera créditos adicionales deberían ser justificados también ante Estados Unidos.

Todavía era preciso llegar a un acuerdo sobre la cuestión del azúcar. La zafra de 1921 fue vendida por un total de 273 000 000 de dólares, la suma anual más pequeña desde 1915, aunque la cantidad fue superior a la de cualquier año excepto 1919. Aquel mismo año el Nacional City Bank se había hecho cargo de la dirección de casi sesenta ingenios azucareros, debido a la bancarrota de los antiguos propietarios. La quiebra bancaria, cosa curiosa, no disuadió a las nuevas inversiones en Cuba: en 1921 seis nuevos ingenios, entre los que figuraba el enorme Vertientes, molieron caña por primera vez. Por otra parte, el senador Smoot instó a Crowder para que asegurara la limitación de la cosecha cubana a dos millones y medio de toneladas. Al mismo tiempo los consumidores de azúcar de Estados Unidos y los mercados azucareros, continuaron oponiéndose al arancel de abril anterior, formando un poderoso comité para coordinar la acción.

Pero la zafra de 1921, según se veía, se aproximaba claramente a los cuatro millones de toneladas, un poco superior a la producida en 1920. No se había hecho nada acerca de un préstamo o sobre el asunto de los bancos. Y todavía peor, en abril, por una curiosa ineptitud en cronometraje, el arancel general de

Estados Unidos fue elevado de 1,0048 centavos a 1,60 centavos, quitando todo sentido a la pequeña mejora en los precios del azúcar. Claro que se opusieron a esto los círculos azucareros de Estados Unidos (encabezados por Atkins y la Warner Sugar Refinery). Atkins dijo a la Cámara de Representantes que la revolución cubana de 1895 fue provocada por una subida del arancel del azúcar. Pero esto no sirvió de nada. Una delegación azucarera cubana fue a Washington a mediados del verano a fin de tratar de asegurarse mejores condiciones. Descubrió que los hombres interesados en el asunto del Capitolio eran plenamente conscientes de la importancia de los intereses remolacheros de Estados Unidos: tanto el senador Smoot, presidente del Comité de Finanzas del Senado, como el representante Joseph Fordney, presidente del Home Ways and Means Committee, procedían de las zonas remolacheras de Utah y Michigan. El secretario de Comercio, Hoover, sugirió altanero a los cubanos que llegaran a algún acuerdo con los remolacheros, quienes por entonces estaban proponiendo que Cuba limitara su producción a dos millones y medio de toneladas el año próximo, y Fordney llegó a pedir un arancel de 2,50 centavos.

En septiembre de 1921, Cuba tenía grandes existencias de azúcar depositadas en sus almacenes. Casi todos los propietarios de molinos, incluso aquellos cuyos padres habían capeado con éxito los peligros de la guerra en el siglo XIX, se encontraron ahora con que no podían continuar. El National City Bank y el Chase National Bank recibieron los títulos de propiedad de muchos ingenios como medio de saldar deudas. Numerosos emigrantes españoles que habían llegado a La Habana en los buenos tiempos regresaron a España. Los maestros, jefes de correos, los funcionarios en general, estuvieron varias semanas sin cobrar su paga, pues las reservas del gobierno, que dependían siempre de los impuestos sobre las ventas de azúcar, descendieron rápidamente. Mientras tanto, Crowder observaba im-

pasible desde el acorazado *Minnesota* anclado en el puerto de La Habana.

Sólo ahora, cuando el corazón de Cuba se había paralizado, estuvo dispuesto a actuar el gobierno de Estados Unidos. El 24 de septiembre, el secretario de Estado, Hughes, dijo a Crowder que los banqueros estaban dispuestos a conceder un préstamo a corto plazo de cinco millones de dólares «con tal de que fuera el primer paso para una reforma financiera constructiva». El subsecretario Norman Davis y el más humano e inteligente de los hombres de J. P. Morgan, Dwight Morrow, fueron a La Habana. Zayas prometió reducir el presupuesto. Morgan accedió a prestar cinco millones de dólares como anticipo de un préstamo mucho mayor de cincuenta millones de dólares. Aunque Hughes dijo que estaba satisfecho con las promesas de Zayas, Crowder se mostró descontento. El préstamo fue retrasado. Hoover insistió en que fuera concedido inmediatamente, y el asunto fue resuelto en enero.

En el curso del primer semestre de 1922, Crowder envió a Zayas un memorando tras otro haciendo recomendaciones sobre reformas en casi todos los aspectos de la vida cubana: reforma electoral, fraudes, examen de cuentas, la lotería, la reforma comercial y financiera. El primer memorando de esta serie, basado en las cuidadosas investigaciones de los funcionarios de la embajada, fue entregado el 24 de febrero de 1922, el quinto y último el 15 de agosto.

La respuesta de Zayas a Crowder fue astuta. Muchos de los planes de Crowder ya fueron prefigurados en el discurso pronunciado por Zayas el día de su toma de posesión, discurso que fue escrito en parte por Crowder. Pero nadie deseaba poner en práctica unas propuestas que emanaban del altivo procónsul, aunque su poder fuera tal que el propio Zayas, interesado sobre todo en la acumulación de riquezas personales, no deseaba ofenderlo. Las respuestas de Zayas eran, pues, concilia-

doras y en ellas daba la impresión de tener deseos de negociar, mientras entretenía a la prensa con el tema del «imperialismo de Estados Unidos». El 16 de julio apareció una caricatura en *Política Cómica* que representaba a Zayas firmando un papel mientras Crowder le guiaba la mano. «¿Con qué nombre firmo, con el de Crowder o con el mío?». La conducta de Zayas con respecto al memorando 10 (sobre la lotería) fue previsible: Crowder no había pedido la abolición de la lotería, sólo su «purificación». Por lo tanto, Zayas mandó a Crowder una copia del decreto rectificando algunos de los defectos de la lotería, aunque sin abolir la ventajosa sinecura de la colecturía. Crowder se quejó en su memorando 11, y le envió un decreto revisado; pero Zayas publicó su versión del decreto antes de recibir la respuesta de Crowder. El hijo de Zayas, Alfredo Zayas, tuvo que seguir por tanto con sus responsabilidades como director adjunto de la lotería.

El memorando 13, «Condiciones precedentes a la aprobación de un préstamo», le llegó a Zayas el 21 de julio. Zayas, o alguien próximo a él, permitió que su contenido fuera dado a la prensa. Fue publicado el 5 de agosto en *El Heraldo de Cuba*, el diario de Orestes Ferrara, y de modo resumido en otros periódicos. Una ola de antinorteamericanismo se extendió por toda Cuba.

Crowder prosiguió obstinadamente. Parecía tener la vara alta para el bien cuando insistió en que Zayas despidiera a aquellos ministros suyos que habían estado involucrados en la corrupción. Zayas accedió y formó el llamado «gobierno honesto». Entre sus miembros figuraban Arístides Agramonte, Manuel Despaigne y Ricardo Lancís Castillo, todos hombres honestos, todos aprobados e incluso sugeridos por Crowder. Empezaron a trabajar «con voluntad»: el presupuesto fue reducido en un 50 por ciento y muchos funcionarios innecesarios del gobierno fueron despedidos; se suspendieron muchos contratos de obras

públicas, aunque hubo un escandaloso contrato de pavimentación en Cienfuegos con una compañía en la que el hijo de Zayas era el principal accionista, y otro para el dragado del puerto de La Habana fue a una compañía cuyo principal mérito era el haber sido cliente de la firma legal de Zayas. El presidente del Senado recibió también un contrato para pavimentación en Camagüey. Sin embargo, el gabinete merecía en general la confianza de Crowder. Los banqueros de Nueva York todavía vacilaban sobre el préstamo. Dwight Morrow dijo al secretario de Estado, Hughes, que a Morgan le gustaría que Crowder permaneciera en Cuba otros dos años por lo menos, preferiblemente con su estatus regularizado con el título de embajador. Se hizo así y entonces se concedió el préstamo. Se concedieron cincuenta millones de dólares por treinta años al 5,5 por ciento de interés; siete millones de dólares eran concedidos para pagar las deudas de guerra cubanas, y seis millones de dólares para pagar deudas de obras públicas. El resto iría a la deuda flotante. Mientras tanto, Crowder asumió el cargo de embajador, obteniendo para ello permiso especial del presidente Harding para retirarse del ejército, y recibiendo a partir de entonces el estatus diplomático con un sueldo de 17 500 dólares.

En cuanto el préstamo fue hecho efectivo, Zayas se embarcó en una campaña desenfrenada de enriquecimiento personal. En abril se sacó de la manga un gabinete de crisis y destituyó a todos los ministros del «gabinete honesto». Esto, naturalmente, enfureció a Crowder, quien descubrió, sorprendido, que con su cargo de embajador no podía hacer nada. Zayas le contestó diciendo que no podía, sin herir la dignidad nacional, seguir manteniendo indefinidamente los ministros que Crowder le había impuesto. Y se salió con la suya. Afortunadamente para Zayas, los precios del azúcar estaban reavivándose. La zafra de 1922 llegó a los cuatro millones de toneladas, aunque los bajos precios mantuvieron su valor en 240 000 000 de dólares. En 1923

(y en parte debido a la crisis de Renania) el precio promedio fue de 5 centavos la libra, el más alto que se recordaba si exceptuamos el caprichoso año 1920, y que seguiría siendo el más alto hasta el año 1956. Sólo 182 ingenios molieron, en 1923, el número menor que en cualquier año desde 1916; aunque claro, la producción fue mayor por ingenio. A Zayas le iban bien las cosas, y catorce miembros de su familia obtuvieron posiciones ventajosas o estratégicas. Y no sólo el resto del préstamo, sino además los ingresos anuales de 81 000 000 de dólares fueron utilizados antes de pagar a los empleados, y de nuevo figuraron en los papeles puentes que no existían y para cuya conservación se destinaron grandes cantidades como en los tiempos de Menocal.

41

Los conflictos azucareros de los años veinte

En lo restante de los años veinte, la historia azucarera es un relato poco edificante de decadencia y peleas por cuestiones de dinero. Los intereses cubanos chocaron con los de los remolacheros del Medio Oeste de Estados Unidos; pero con más del 60 por ciento de su industria en manos norteamericanas y Estados Unidos comprando el 95 por ciento de la zafra, Cuba estaba representada sobre todo por comerciantes norteamericanos y particularmente por los banqueros de Estados Unidos, desde sus nuevos edificios de estilo clásico en el llamado «distrito bancario» de la vieja Habana. El azúcar de Cuba, que era la sangre que daba vida a la isla se convertía en la lanzadera de la política y la economía internas de Estados Unidos.

En 1924, la zafra alcanzó de nuevo los cuatro millones de toneladas, con un precio medio de 3,82 centavos. Las compañías azucareras obtuvieron 352 000 000 de dólares, menos que en 1923 con una cosecha ligeramente inferior; pero todavía una cantidad alta. Pero el arancel norteamericano estaba dañando claramente los intereses de Cuba en Estados Unidos. Se formó un Comité de Defensa Nacional para luchar por ello. La situación se hizo aún más apremiante en 1925 cuando se alcanzó una zafra récord de cinco millones de toneladas (21 por ciento de la producción mundial), aunque esta marca fue todavía un porcentaje menor, que había dado un salto adelante, que el de la zafra de 1920 (22,4 por ciento). En esta época feliz del tratado de Locarno, los precios del azúcar descendieron a menos de tres centavos por libra (por primera vez desde 1914). El ingreso real fue de 260 000 000 de dólares. Los fabricantes de azú-

car, los colonos y los propietarios de molinos, tanto norteamericanos como cubanos, españoles o canadienses, empezaron a preguntarse hasta qué punto aquello valía la pena. El consumo de azúcar en Estados Unidos, aunque seguía creciendo conforme la población aumentaba, ya no subía por unidad de población: a principios de la década de 1920 el ciudadano medio norteamericano, que consumía unas cien libras al año (comparado con las ochenta libras de antes de la guerra), había alcanzado su máximo. Y en los siguientes cuarenta años su consumo incluso descendería ligeramente, pues los dentistas y los expertos en nutrición crearon nuevos dogmas en la dieta. Todo esto señaló el fin de una época.

En 1926, tanto la cosecha como el consumo disminuyeron ligeramente. Con el azúcar a 2,22 centavos la cosecha de 4 900 000 toneladas produjo menos que en cualquiera de los últimos diez años. El año 1926 vio la fundación de la central Santa María cerca de Santa Cruz del Sur en Camagüey; era la última fábrica que se fundaba en Cuba, ya que poco después habría sólo cierres. En mayo de 1926 empezó el lento proceso de intervención estatal en la industria azucarera, que llevó finalmente al control de la producción y en un futuro distante a la nacionalización. ¿No tendría quizá razón el senador Smoot al decir que la reducción de la producción era el único medio de aumentar los beneficios? La ley Verdeja (llamada así por el ministro al que se debía) fue presentada al Congreso cubano, pidiendo, en interés de un buen precio, la reducción en un 10 por ciento de la producción en 1926, y la limitación de la cosecha de 1927 a cuatro millones y medio de toneladas. Se sugirió que la molienda empezara en todos los molinos el 1 de enero, para impedir que algún molino fuera por delante de los otros y tuviera azúcar para vender en época temprana. Cada ingenio recibiría una cuota de producción, teniendo en cuenta la producción pasada y el número de colonos que la habían producido.

El presidente decidiría las cuotas de los molinos, aunque esto, por supuesto, ofrecía una irresistible tentación para todos los políticos cubanos.

Al año siguiente, sin embargo, una vez recogida la cosecha, y cuando los precios habían subido a 2,64 centavos, se dio por terminada la primera tentativa de control y se restauró el mercado libre; el anuncio de las cuotas para las fábricas fue retrasado hasta el principio de la cosecha, siendo la de 1927 la única afectada por las restricciones. Pero ya se había iniciado una estructura que podía afectar al futuro.

De 1928 a 1930 hubo una pugna en Washington entre nada menos que cinco grupos: los dos primeros eran de los remolacheros del Medio Oeste y de los productores de caña de las islas norteamericanas, que actuaban conjuntamente para tratar de reducir la parte proporcional correspondiente al azúcar cubano en el mercado de Estados Unidos. El tercer grupo era el de la Cámara de Comercio Americana en Cuba (es decir, la de los intereses norteamericanos [no azucareros] en Cuba, tales como los jefes de las compañías ferroviarias, con H. C. Lakin, del Cuban Railway a su cabeza), junto con la U. S. Sugar Association, integrado por las principales compañías azucareras norteamericanas en Cuba —Hershey, W. J. McCahan (es decir, Rionda y Czarnikow), Punta Alegre, Tuinicú y otras—. Este grupo, por supuesto, se puso a favor de los cubanos. Pero los grupos cuarto y quinto eran también procubanos: es decir, todos aquellos interesados en que el azúcar en Estados Unidos tuviera un precio bajo (los embotelladores norteamericanos de bebidas carbónicas; Hershey en su papel representativo entre los chocolateros y H. H. Pike, de los corredores azucareros) y todos aquellos interesados en derechos más altos para el azúcar refinado, con preferencia al azúcar sin refinar (las refinerías de azúcar de la costa Este). Esta alianza de los tres últimos grupos surgió a finales de 1928, cuando parecía haber en perspectiva una cose-

cha récord en Cuba: Lakin reunió un fondo de lucha de 95 000 dólares y retuvo al abogado Edwin Shattuck, una elección afortunada ya que era amigo y «el más estrecho consejero legal» del presidente electo, Hoover. Siguió una intriga tortuosa. Shattuck hizo toda clase de propuestas, tales como la limitación de la libre importación del azúcar de Filipinas; de la aceptación de una tarifa del 3 por ciento, permitiendo, sin embargo, dos millones y medio de toneladas de azúcar cubano a 1,5 centavos; mientras que Hoover y el senador remolachero, Smoot, deseaban que el arancel fluctuara con el precio del azúcar. El grupo cubano empezó a aceptar el principio de la restricción, pero la presencia de un exgobernador de Filipinas, Henry Stirmson, como secretario de Estado, creó dificultades en el camino de la aceptación de este esquema para aquella dependencia isleña. Mientras tanto, Leakin tuvo un informante muy útil en la Cámara de Representantes, Cordell Hull, de Tennessee, quien le daba cuenta de todas las discusiones que se celebraban en el Home Ways and Means Committee.

A pesar de este impresionante despliegue de influencias, el comité de la Cámara presentó finalmente un proyecto de ley, cuyo propósito era incrementar la tarifa a 2,4 centavos. Lakin, sin embargo, renovó sus ataques y, trabajando de acuerdo con los demócratas y los republicanos rebeldes, pudo al fin, tras cuatro años de labor incesante, obtener la aprobación de una tarifa de 2 centavos, que llegó a ser conocida como la tarifa Hawley-Smoot de agosto de 1929.

Esto no satisfizo a nadie. El precio del azúcar bajó en aquellos años, hasta 1,72 centavos en todo 1929, mientras que la producción cubana iba subiendo, llegando a alcanzar los cinco millones de toneladas, si no superando el récord de 1925. Se intentó mercadear la gran parte de la zafra de 1929 no vendida, liquidándola a granel. Pero la agencia expresamente formada para ello (el Vendedor Único, idea de Rionda y dirección de Ta-

rafa) resultó un fracaso, ya que no pudo hacer ningún adelanto a los propietarios de ingenios azucareros. La agencia se disolvió y los propietarios de centrales volvieron a las ventas privadas.

El consumo mundial de azúcar por habitante comenzó a disminuir, fenómeno que continuó en los diez años siguientes. La época dorada había pasado. Desde La Habana hasta Batavia quedaban excedentes de azúcar en todos los almacenes. En 1932, el precio medio mundial era de 0,71 centavos, y por la muy reducida cosecha cubana de 2 600 000 toneladas, sólo se obtuvieron 41 800 000 de dólares, la cantidad más baja registrada, incluso reconociendo al dinero un valor constante, desde 1901, ya que su valor real era inferior. La última vez que Cuba había producido aproximadamente esa cantidad de azúcar, en 1915, el valor de la zafra había sido cuatro veces y media más.

El gobierno intentó mantener en funcionamiento a las fábricas pequeñas dándoles preferencias o al menos asegurando su producción. El paro obrero en la industria azucarera llegó a ser muy importante, e incluso la mayoría de los que trabajaron en 1932, pudieron hacerlo sólo durante ochenta días.

Se trataba, pues, de una situación económica revolucionaria: las fábricas cerradas, sin posibilidad de obtener trabajo ni capital, con el mercado internacional en su punto más bajo, por todas partes abandono y miseria.

Las restricciones mundiales obligaron a imponer a Cuba una política restrictiva, aunque su sociedad se había formado sobre el sueño de la máxima producción. Pero la ley de capitales, como Pierre Mantoux nos lo recuerda, es la ley del beneficio «que anima a producir incesantemente, para crecer sin parar». Si sólo con las restricciones se podía garantizar el beneficio, ¿no habría algo equivocado? La producción de azúcar en Cuba entre 1850 y 1925 había ido creciendo a un promedio del 8 por ciento anual, aunque el país había sufrido dos guerras civiles, una de

ellas ruinosa. Este avance podría ser mantenido si aumentaba el poder adquisitivo del mundo, pero no fue así. Aquí está el origen de una serie de fantasías que Fidel Castro, la primera figura política internacional de Cuba, acabaría por satisfacer.

42

Zayas

Los acontecimientos de la década de 1920 en la vida política de Cuba siguieron un curso turbulento que en parte no tuvo nada que ver con lo que le estaba sucediendo al principal cultivo del país. Esta turbulencia empezó en la universidad cuando, a finales de 1922, los estudiantes de La Habana se manifestaron violentamente contra la incompetencia y corrupción de muchos de sus profesores, algunos de los cuales estaban allí simplemente disfrutando de una sinecura. La reforma de la universidad se convirtió, pues, en un asunto candente.

Esta revuelta universitaria debía mucho a la revolución de los estudiantes de Argentina en marzo de 1918. Por toda América Latina brotó una nueva generación romántica y mesiánica de estudiantes, interesados en la reforma de la sociedad, tanto como de la universidad, aunque viendo en su ataque a la universidad un medio de criticar a la sociedad. José Arce, el primer rector reformista de la Universidad de Buenos Aires, había visitado Cuba en 1922. En la sesión inaugural de la Sexta Federación Médica de América Latina, se ganó muchas simpatías por sus elocuentes referencias al peligro del imperialismo y su talante completamente diferente de los otros rectores, más convencionales. El rector de la Universidad de La Habana, Carlos de la Torre, eminente malacólogo, fue ganado para la causa de la reforma, junto con unos pocos colegas progresistas. El movimiento para la reforma universitaria debía su origen a los escándalos en la universidad mantenida por el Estado; pero los reformistas universitarios acabaron por denunciar al Estado mismo. La universidad era un buen ejemplo de corrupción, y estaba llena de «profesores» que cobraban sin enseñar, y eran meros comparsas políticos o familiares del presidente. Hubo

una gran manifestación contra el acostumbrado discurso inaugural del ministro de Educación, en tanto que una pequeña disputa en la facultad de medicina llevó a la formación de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), la primera federación de estudiantes organizada, y cuyo primer manifiesto del 10 de enero de 1923 presentó siete peticiones, que, aunque se referían a asuntos universitarios, en un Estado tan centralizado representaban un desafío al gobierno. El 12 de enero se celebró un mitin de los estudiantes y profesores progresistas, encabezado por un ya anciano amigo de Martí, el exsecretario de Educación con Wood, Enrique José Varona. Se volvió a pedir la retirada de los profesores corruptos. El secretario de la Federación de Estudiantes, Mella, fue demasiado lejos para el rector: «He visto con satisfacción la fila de estudiantes, su disciplina, su orden y compostura que me han conmovido, por lo cual felicito a estudiantes y profesores, por esta disciplina que es lo que hace a los pueblos grandes, y a las naciones, fuertes». Pero el tono de los discursos (incluso de los profesores) estuvo lleno de belicosidad, y los enemigos de la universidad amenazaron con cerrarla. Entonces se extendió una enorme bandera cubana sobre los escalones que llevaban a la universidad desde la calle, y se formó un tribunal para juzgar a la universidad. El presidente Zayas, que siempre sabía de dónde soplaba el viento, recibió a una delegación de estudiantes. El 30 de enero, Fernando Ortiz, representante y profesor de antropología, presentó al legislativo el borrador de una ley concediendo autonomía a la universidad. El rector dimitió, y su sucesor interino, doctor José Antolín del Cueto, trató de cerrar la universidad. A ello siguió una tumultuosa asamblea de estudiantes, que acordó la suspensión de las clases durante tres días y renovarlas bajo la autoridad de la federación. El rector en funciones y el consejo de la universidad resolvieron pedir al gobierno que acabara con la federación, la cual inmediatamente, en un momento de euforia, nombró rec-

tor al secretario de la FEU, Mella. Finalmente, y tras interminables negociaciones, el gobierno intervino y cedió: en los últimos meses de 1923 más de cien «profesores» corruptos dejaron la universidad. A partir de entonces el rector sería elegido cada dos años por la facultad, los estudiantes y los exestudiantes, todos los cuales tendrían un voto equitativo.

Los estudiantes habían sido siempre una fuerza potencialmente explosiva: en 1910 un observador norteamericano escribió que nadie se pondría nunca en contra de los estudiantes de la Universidad de La Habana, ya que una vez movilizados, no había otro cuerpo social que pudiera hacer valer tanto sus opiniones. Pero a finales de 1923 los estudiantes entraron en el escenario político con espíritu de venganza, y no iban a abandonarlo hasta 1960.

Julio Antonio Mella fue, pues, el primer líder estudiantil que se convirtió al mismo tiempo en una figura nacional. Había sido siempre el guía del movimiento de reforma de la universidad de Cuba. Su madre era irlandesa y su padre de origen dominicano, ambos pertenecientes a la clase media. Julio fue a un colegio de pago de donde lo expulsaron tras muchas disputas con los profesores. En la escuela secundaria pública un maestro le enseñó algunas de las ideas políticas y sociales de la revolución mexicana. Entró en la universidad en septiembre de 1921, y pronto ejerció una influencia magnética sobre su generación: «Joven, guapo e insolente, como un héroe homérico», lo describió un contemporáneo. Tenía voz fuerte y profunda, que le salía de muy hondo del pecho. Cuando empezaba a hablar, bajo el gran laurel del patio de la universidad, las aulas quedaban desiertas, y los profesores tenían que hablar a los asientos vacíos. Era un ateo militante y un dogmático. Una vez reprendió a un compañero por abogar por la abolición de la enmienda Platt, diciéndole que como procedía de un colegio católico no sabía nada. Con la práctica del remo había desarrollado una gran

fuerza física, que más tarde empleó en romper los cordones de la policía cuando iba en las manifestaciones frente al palacio presidencial. Luego organizó en La Habana un ambicioso Congreso de Estudiantes Revolucionarios, que dio por resultado la fundación (siguiendo las líneas de otros inspirados en Perú por José Carlos Mariátegui) de un instituto de educación para adultos, al que se dio el nombre altisonante de Universidad Popular José Martí, de la cual fue secretario general, mientras que Tallet, un joven poeta, era presidente. El nombre era significativo, Mella admiraba a Martí y dijo un poco sentenciosamente de él casi lo mismo que Lenin había dicho recientemente de *Sun Yat Sen*: «Aunque representante de una democracia burguesa, aún es capaz de hacer mucho porque no ha encajado en su misión histórica». Por aquel entonces Mella, que durante cierto tiempo había estado influido por el APRA del peruano Haya de la Torre, se inclinaba hacia la extrema izquierda en política, y cada noche, en distintos lugares de la ciudad de La Habana y sus proximidades, Mella o Tallet, o cualquier otro intelectual, daban lecciones de marxismo ante grupos de obreros muy interesados. Ninguno de estos hombres era todavía comunista, pero pronto empezarían a abandonar las pretensiones estrictamente literarias por las «revolucionarias».

El año 1923, aunque fue razonablemente próspero, vio los comienzos de un serio movimiento de protesta contra el corrupto y al parecer incapaz sistema político. El 12 de agosto, la Asociación de Veteranos y Patriotas denunció los males del gobierno corrupto. Intervino entonces uno de los políticamente maléficos generales del ejército revolucionario de 1898, Carlos García Vélez (hijo del gran Calixto García), que, aunque apenas si era una figura política nueva, saltó al escenario político y con acento de encendido patriotismo, pronunció un violento discurso en el teatro Maxim de La Habana, haciendo la vieja advertencia: la República estaba en peligro. El movimiento que

fundó, con él, por supuesto, de presidente, tenía como tesorero al admirable exsecretario del Tesoro del «gabinete honesto», Manuel Despaigne, y como secretario a Óscar Soto. El omnipresente Rubén Martínez Villena se encargó de la propaganda; era el «Saint-Just del movimiento», dijo un amigo de carácter romántico, porque todos estos cubanos se veían a sí mismos en heroicos papeles del siglo XVIII.

A finales de agosto se celebraron otras reuniones tumultuosas, así como en octubre. Se prepararon largas listas de acusaciones contra el presidente Zayas, y la revolución parecía estar otra vez a la vuelta de la esquina, así que el general Gerardo Machado (uno de los contendientes para la presidencia en 1924) telefoneó a Frank Steinhart para pedirle (por su cuenta) que Estados Unidos iniciara una acción preventiva contra los veteranos. Pasó el invierno, y el descontento aumentaba en todas partes, especialmente en la universidad: Mella celebró en octubre un congreso nacional de estudiantes, en el cual se anunciaron metas lejanas y heroicas: la FEU consideraría su primera tarea la organización de una liga de estudiantes latinoamericanos, cuyo objetivo primordial sería la realización del sueño de Bolívar: la República de América Latina. Pero los veteranos no estaban totalmente resueltos a provocar una explosión, aunque Martínez Villena estaba reuniendo la dinamita. Una sección impaciente de veteranos al mando del coronel Laredo Bru, se sublevó en Las Villas y marchó hacia Santa Clara, pero sus fuerzas fueron dispersadas sin dificultad. Siguieron las recriminaciones. Martínez Villena fue encarcelado por tráfico de armas. García Vélez desautorizó estos actos y, a pesar de los grandilocuentes llamamientos al patriotismo, el movimiento se disolvió. Mientras tanto, el presidente Zayas seguía acumulando riquezas, corrompiendo la asamblea legislativa como Menocal había hecho antes que él, así que en junio la Cámara baja se reunió en secreto para dar curso a 29 proyectos de ley sobre

gastos de fondos públicos de un modo que los beneficiaba personalmente. El único contratiempo que experimentó Zayas fue que el partido conservador no quisiera presentarlo como candidato en las próximas elecciones. Escogieron de nuevo a Menocal. Zayas empezó a acercarse a los liberales, en particular hacia el general Machado, una figura que tenía cada vez más importancia.

43

Machado (I)

Gerardo Machado, al igual que su amigo y jefe José Miguel Gómez, procedía de la provincia de Las Villas. De orígenes tortuosos y confusos, trabajó inicialmente en una carnicería de Camajuaní de la que conservó para el resto de sus días el macabro recuerdo de la pérdida de dos dedos de su mano izquierda. Antes de la guerra de independencia su padre y él se dedicaron al robo de ganado, como cuatreros, y una de las primeras medidas que adoptó cuando fue designado alcalde de Santa Clara después de 1899 fue la misteriosa quema de la Audiencia donde se hallaban archivados los documentos probatorios de sus actividades criminales. Pasó la mayor parte del tiempo que duró la guerra en aquella localidad, salvo cuando estuvo destinado en Sagua para la compra de armamento. Posteriormente, se le encargó la supervisión de los pagos del ejército en Santa Clara, tarea de la que es lógico suponer que le brindó la oportunidad, en modo alguno desaprovechada, de enriquecerse particularmente. La carrera de Machado en el partido liberal le llevó a formar parte del gobierno de Gómez, presentando espectacularmente su dimisión del gabinete en 1911. Esta actitud contribuyó en cierto modo a que se olvidase la represión relativamente brutal con que se había enfrentado a la huelga de los trabajadores de la construcción unos meses antes. Unido de nuevo a José Miguel en la Revolución de 1917, rompió definitivamente con él en 1921; pero tras la muerte de este último, Machado intentó aparecer como su heredero espiritual. En este sentido, le encantó que se publicase su fotografía en las páginas de *La Política Cómica*, luciendo el viejo sombrero de Gómez. Las relaciones entre ambos no fueron ya nunca las mismas desde 1917, por-

que Gómez creyó siempre que Machado le había abandonado a su suerte en los momentos más críticos.

Los negocios particulares de nuestro personaje fueron también desarrollándose satisfactoriamente. Durante los primeros años del siglo, dirigió una pequeña compañía de electricidad en Santa Clara; más tarde, fue el gerente de un ingenio azucarero, lo mismo que Menocal. Luego, ingresó en la firma Cuban Electric —la filial habanera de la gran Electric Bond and Share Company— y llegó a ser su vicepresidente. A partir de 1921 esta compañía comenzó a controlar sin reparar en procedimientos el suministro de electricidad de Cuba, de manera que hacia 1924 controlaba casi la totalidad del negocio en la isla. Y es muy probable que, como alegaron los enemigos de Machado, recibiese de Catlin, el presidente de la Electric Bond and Share, medio millón de dólares para sus gastos electorales.

En 1924, Machado daba la impresión a quienes le conocían de ser un simpático bribón, buen negociante, aficionado a los espectáculos teatrales de matiz sexual, complacido de ser el propietario —a través de su barbero— del Moulin Rouge, *cabaret* donde se exhibían espectáculos pornográficos. Todo indicaba que si Machado llegaba a la presidencia robaría los fondos del gobierno; enriquecería a sus amigos y allegados como lo habían hecho Zayas, Menocal y Gómez; pero que no llevaría a cabo nada peor o más siniestro.

Las elecciones se celebraron en un ambiente de sorprendente calma y tranquilidad y, probablemente, se compraron menos votos que de costumbre. Machado triunfó en todas partes menos en la históricamente conservadora localidad de Pinar del Río. Para las muchedumbres de La Habana (incluso en la noche del 1 de noviembre), resultaba claro que Machado era el vencedor. Menocal y su vicepresidente, Méndez Capote, impugnaron las elecciones por ilegales, pero, tras conferenciar con el ahora desprovisto de poder, general Crowder, admitieron su derrota.

Machado resultó, pues, presidente electo y se preparó a hacerse cargo del poder en mayo de 1925. En el ínterin viajó a Estados Unidos y comentó con afectación su visita al presidente Coolidge diciendo de él que era «un gran hombre que sabe cómo amar la libertad y cómo practicar las virtudes cívicas». Aseguró a la Arbitration Society of America que, después de que pasasen cuatro años de su mandato en Cuba, la capacidad de los cubanos para autogobernarse sería segura. En un banquete ofrecido por el presidente del National City Bank, Charles E. Mitchell, dijo: «Deseo manifestar que durante mi administración habrá una garantía total para todos los negocios… cuento con la fuerza necesaria para reprimir cualquier conato de desorden». A los hombres de empresa manifestó con firmeza: «No habrá más huelgas». Pero a los trabajadores les dijo: «El derecho a la huelga es defendible cuando el trabajador encuentra que su salario diario es insuficiente para vivir». En un banquete que le fue ofrecido en La Habana por los jefes y oficiales del ejército se presentó vestido con el uniforme de brigadier y acompañado por su más estrecho colaborador entre los militares, el general Herrera; como se sabía que la oficialidad había apoyado en un principio a Menocal, Machado les prometió no pensar nunca en el pasado: «Me interesa sólo el futuro».

Así seducía Machado a todo el mundo. Empezó, pues, a extenderse la opinión de que Machado era, después de todo, «el hombre que la joven República había estado esperando».

Machado anunció cuál iba a ser su programa de actuación después de tomar posesión. Este programa gustó a la mayoría: no reelección presidencial; fin de la enmienda Platt; un nuevo acuerdo comercial con Estados Unidos; supresión de la lotería; reformas judiciales; reformas educativas y el establecimiento de la autonomía para la universidad. Orestes Ferrara, antiguo lugarteniente de Mendieta, alabó a Machado como hombre de Estado y le calificó de «casi un Apolo», alto, vigoroso, de mira-

da penetrante, «todavía alegre y decidido como cuando, apenas con veinticinco años, había ganado los entorchados de general». Hubo incluso algunos que se quejaron de un exceso de puritanismo en el programa del nuevo presidente. Otros vieron en él cierta conexión con el fascismo y con Mussolini tras haber declarado que intentaba «disciplinar a los cubanos», «estos italianos de América». Y estos deseos atraían también a muchos.

Para llevar a cabo su programa, Machado constituyó su gabinete reuniendo a un grupo de hombres muy heterogéneos; el secretario de la Presidencia y el hombre más poderoso de la administración era Viriato Gutiérrez, yerno y eventualmente heredero de Laureano Falla Gutiérrez, el mayor propietario español de la industria azucarera. Representaba el más fuerte y valioso lazo de unión de Machado con la importante colonia española y también con los vendedores de azúcar. Viriato Gutiérrez actuaba asimismo como una especie de seleccionador y de catalizador de cuantos iban al palacio presidencial en búsqueda de destinos vacantes y que fueron la causa de que surgiese entre los hispanocubanos un nuevo verbo: viriatear; es decir, tener una escolta de sicofantas.

El ministro de Educación, designado para convertir a Cuba en «la Atenas de América», era Guillermo Fernández Mascaró. Las obras públicas se confiaron a Carlos Miguel de Céspedes, compañero de armas de Machado en La Chambelona, un abogado que se había hecho famoso en el asunto de la Compañía de los Puertos. Había fundado más tarde una sociedad con José María Cortina para convertir Marianao en un incomparable centro recreativo. Cuando fue nombrado ministro se dedicó a convertir su villa, con todo afán, en una lujosa residencia, en Miramar, cerca de la boca del Almendares, rodeado de arquitectos y de ingenieros y proponiendo en público planes aladinescos para el embellecimiento de las ciudades y para la con-

quista de la naturaleza. Como consecuencia de todo ello se le apodó por la prensa (a la que compraba) «el Julio Verne cubano» o «el Dinámico».

El ministro del Interior y el hombre cuyo propósito, hecho público, era desterrar el pecado, fue Rogelio Zayas Bazán, una elección sorprendente pese a que ayudó muchísimo a Machado frente a Menocal cuando era gobernador de Camagüey, por cuanto, vástago de la vieja aristocracia, se enorgullecía de ser un invencible campeón del dominó y del póquer. En todo caso, comenzó vigorosamente a desarrollar su misión, en contraste con los objetivos de Céspedes. Numerosos centros de diversión fueron cerrados al igual que centenares de bares y de garitos de juego. Ideó incluso la creación de una policía especial para persuadir a las prostitutas de su cambio de vida por otra más honesta. Atacó las florecientes escuelas de baile, creó una junta de censura de películas, expulsó del país a los quirománticos y echadores de cartas e impuso multas a los eternos vendedores callejeros, en la esquina de las calles San Rafael y Galiano. Inevitablemente, se necesitó la presencia de un «técnico» norteamericano; se encontró en la persona de August Vollmer, un californiano de Berkeley que fue a Cuba para asesorar sobre nuevos métodos de investigación. Zayas Bazán construyó también una cárcel modelo en la Isla de Pinos.

El secretario de Justicia, Jesús María Barraqué, fue el primero de los hombres de Machado que originó problemas. Bajo de estatura, de pelo gris y administrando justicia desde el piso bajo del palacio, se le consideró el «más cubano» de todos los ministros. Frase que los periódicos isleños utilizaban para referirse a alguien, en cada administración. Comenzó su actuación ministerial anunciando que quería acabar con la compra de amnistías y que siempre preferiría, al dulce placer del perdón, la amargura de no concederlo. Y, al cabo de pocos meses, el garrote vil, ese

triste instrumento español para la muerte, quedó instalado y dispuesto para el uso.

La realidad oculta detrás de las doradas promesas de Machado comenzó a mostrarse con claridad, poco a poco. La corrupción persistió desde el principio y se multiplicaron los conflictos laborales, en una situación económica crítica: 1925 fue un excelente año para la producción azucarera —más de cinco millones de toneladas de cosecha—, pero los precios bajaron seriamente. En agosto, tres meses después de la toma de posesión de Machado, se produjeron dos significativos aunque independientes acontecimientos: el día 15 la fundación del Partido Comunista de Cuba en La Habana y el 20, el asesinato de Armando André, un distinguido periodista conservador, veterano de la guerra de independencia, famoso por la bomba que lanzó al general Weyler en La Habana, en 1897, y por su trabajo a las órdenes de Menocal durante la Primera Guerra Mundial como presidente de la Comisión de Subsistencias. André fue asesinado en el momento en que abría la puerta principal de su casa. Las investigaciones sugirieron que era responsable la policía, la cual había actuado cumpliendo órdenes de Machado de destruir a un hombre que había dejado entrever, en un artículo periodístico, que su hija era lesbiana. Pero mucho más sorprendente que este crimen lo fue la fría indiferencia con que se aceptó el hecho, como si resultase algo completamente natural. El expresidente Menocal no interrumpió sus cada vez mejores relaciones con Machado. Los diputados conservadores sólo juzgaron necesario manifestar discretamente su pésame. Machado estaba ya a medio camino de conseguir la complicidad plena del legislativo mediante sus ofertas de puestos y destinos lucrativos. Y el expresidente Zayas contemplaba con cinismo y con placer a un tiempo, desde su espléndida casa de campo, Villa María, situada en el nuevo barrio para los ricos de El Wajay, la desintegración de la República de Cuba.

El más importante movimiento sindical cubano era todavía, como lo había seguido siendo desde 1880, el anarcosindicalista. Estaba íntimamente unido con la organización española de idéntico signo y de análoga ideología romántica: leían periódicos españoles y se intercambiaban ideas y propósitos españoles. Había tenido lugar esporádicamente mucha actividad en la organización de huelgas, particularmente durante el mandato de Menocal, y ahora los trabajadores del mar, los ferrocarriles, la hostelería y el tabaco se hallaban bajo su control. Pero hasta 1925 no lograron los anarquistas cubanos reunirse en una federación general que los agrupase, siguiendo el modelo de la CNT española de inspiración anarquista (tal y como lo habían intentado en anteriores ocasiones). La federación cubana se llamó Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC). Su primer secretario general fue un tipógrafo, Alfredo López, miembro de una profesión que se hallaba a menudo a la cabeza de las organizaciones sindicales españolas. Dentro de esta federación había varios grupos socialistas y comunistas, así como anarquistas y, en agosto de 1925, cierto número de ellos constituyeron el Partido Comunista de Cuba.

Esta institución, que más tarde alcanzó momentos de poder, derivaba de la unión de varios pequeños grupos comunistas repartidos por toda la isla, nacidos a su vez de núcleos socialistas afiliados al Partido Obrero Socialista, fundado en 1905 por un antiguo amigo de Martí, el exanarquista Carlos Baliño. De todos modos, cuanto se había logrado y se había hecho en Cuba respecto de la organización laboral había sido llevado a cabo por los anarquistas entre aquella fecha y el año 1925; en cuanto a los socialistas, eran escasos y se hallaban aislados. De hecho, un nuevo partido, el Socialista Radical, se había fundado en 1920, pero fue desde un principio colaboracionista: habiendo rehusado Gómez aliarse con ellos, apoyó este partido a Zayas y ahora, todavía muy poco numeroso, se hallaba en buenas rela-

ciones con Machado. Pero algunos grupos socialistas habían recibido entusiasmados el éxito de la Revolución rusa de 1917, tanto en España como en toda Europa, y entre esa fecha y 1923 fue introducida en Cuba mucha literatura revolucionaria española por marineros simpatizantes del comunismo. Cierto número de anarquistas prominentes, hombres que habían tomado parte en muchas huelgas y luchas laborales durante los últimos quince años, se sintieron también atraídos por la idea de un partido nacional disciplinado, que actuaría, al contrario de los anarquistas, con un apoyo real, que sería, en su opinión, la Rusia soviética. Por otro lado, el movimiento anarquista había sufrido de tal manera a consecuencia de los disturbios sociales surgidos en los tiempos de Menocal —perseguido, y perjudicado por el colaboracionismo de sus dirigentes, por la deportación de sus más destacados miembros a España o por la represión de la policía— que muchos militantes estaban ansiosos de integrarse en una organización más fuerte y mucho más eficiente: incluso el propio Alfredo López parece que evolucionó intelectualmente de un modo definido en los años 1920 a 1923 en el sentido de abandonar su antigua idea de los gremios, como célula o marco de agrupación laboral, en favor de los sindicatos o uniones basadas en la pertenencia de los trabajadores, no a un oficio específico, sino a una industria o a una factoría determinadas.

Pese a esta evolución de los anarquistas cubanos, la iniciativa de formar un partido comunista en la isla, afiliado a la Tercera Internacional o Comintern, la tuvieron los socialistas. El presidente de la Agrupación Socialista de La Habana, Carlos Baliño, de setenta años de edad en esta época, era consciente de las diferentes tendencias de pensamiento y de opinión entre sus miembros, y comenzó una serie de consultas y de discusiones. Ocurrió lo mismo que había sucedido en España y en otros países: la mayoría de los socialistas se inclinaron en favor de lo

que, más tarde, llamarían los comunistas «los políticos» o colaboracionismo. Solamente cuatro hombres se mantuvieron fieles a Baliño para fundar la Agrupación Comunista, que quedó formalmente constituida en marzo de 1923. Estos cuatro hombres eran: José Peña Vilaboa, secretario general nacional del grupo de pintores, que trabajaba por entonces como decorador en el palacio presidencial y que había sido con anterioridad designado secretario general de la fracasada Federación de Trabajadores de La Habana en 1920; José Miguel Pérez, un maestro de escuela de las Islas Canarias; Alejandro Barreiro, exanarquista, obrero de la industria del tabaco y veterano de las huelgas de La Habana de 1911, y un marmolista llamado José Vilasuso.

A lo largo de los dos años siguientes, se fundaron varias otras Agrupaciones Comunistas en San Antonio de los Baños y en Guanabacoa, en la provincia de La Habana, y en Manzanillo y en Media Luna, en la de Oriente. Había también una célula comunista formada entre los judíos recientemente inmigrados en la capital, que eran en su mayoría polacos. En 1924, Julio Antonio Mella, el brillante y dominador dirigente estudiantil, se incorporó a los comunistas de La Habana en unión de varios estudiantes más, camaradas suyos. Mella, gracias a sus dotes oratorias, a su fortaleza física y a su encanto personal, triunfó enseguida sobre la inicial hostilidad de los miembros trabajadores que eran reacios a admitir un dirigente intelectual. El primer éxito que Mella pudo ofrecer al partido se cuenta ahora con ciertos aires de leyenda: la Agrupación Comunista de La Habana le dio instrucciones para que acudiese a recibir al primer buque soviético que iba a llegar a Cuba, pero las autoridades del puerto de la capital rehusaron autorizar al barco su amarre y se vio obligado a dirigirse a Cárdenas. Mella marchó a esa localidad enseguida y, liberándose de la vigilancia de la policía, pudo subir a bordo y pasar «cuatro horas bajo la bandera roja», como relataría más tarde su aventura a un auditorio admirado que le

escuchaba en la sede social del sindicato de los trabajadores del tabaco.

A principios de agosto de 1925, representantes de los comunistas asistieron en Camagüey al congreso fundacional de la CNOC, todavía bajo una fuerte influencia anarquista; y días más tarde, en el mismo mes, las seis agrupaciones ya existentes se unían en un único partido comunista, después de una serie de reuniones que se celebraron en La Habana. (El número total de sus miembros difícilmente podría ser superior a un centenar por cuanto los pertenecientes a la Agrupación Comunista de La Habana eran solamente 27). En esa ocasión se hallaba presente un representante del Partido Comunista de México, Enrique Flores Magón, y este portavoz del más importante partido comunista del área del Caribe tuvo un destacado papel, persuadiendo a los distintos grupos comunistas cubanos para que se uniesen. Trece personas más estaban también presentes en esa ocasión solemne y ritual: Baliño, Mella y Alejandro Barreiro, en nombre y representación de los comunistas de La Habana; dos judíos polacos, miembros de la Sección Hebrea de la Agrupación Comunista de La Habana —Yotshka Grinberg y Yunger Semjovich (conocido luego como Fabio Grobart); Félix Gurbich, representante de la juventud judía comunista; tres comunistas de Guanabacoa y de San Antonio de los Baños, y tres personas más, del grupo comunista de La Habana, que asistieron en virtud de sus puestos dentro de la organización. Los representantes de la provincia de Oriente no pudieron acudir por causas económicas, y un tal Waserman actuó como intérprete de los delegados judíos que hablaban yídish y no español.

Flores Magón explicó a los ignorantes delegados asistentes a las reuniones, temas tales como en qué consistía una «célula» y cómo había que organizar «núcleos» en los sindicatos, clubes, grupos deportivos, etc.; les habló de la «democracia interna del partido, siempre que era posible», etc. El partido aceptó for-

malmente la disciplina del Comintern, en Moscú, rechazó la idea de tomar parte en las elecciones, discutió las condiciones y la situación de los trabajadores del campo, fundó una sección juvenil y un periódico semanal y eligió un comité central, así como a las personas que tenían que desempeñar los puestos burocráticos de la organización. José Miguel Pérez, su primer secretario general, no pudo ocupar su puesto más de quince días, por cuanto el 31 de agosto fue arrestado y enviado a España, de donde ya no volvería (murió diez años más tarde en la guerra civil española, ejecutado por los nacionales). Por ello, el primer secretario general efectivo fue el pintor José Peña Vilaboa.

El I Congreso comunista decidió dedicarse sobre todo a captar adictos entre los ferroviarios y estibadores y acordó también publicar un periódico, *Justicia*, que sustituyese a la hoja que hasta entonces habían repartido los comunistas de La Habana, llamada *La Lucha de Clases*. Desde un principio, el enlace entre el partido y Comintern, en Moscú, fue Semjovich, mientras que el mando del secretariado latino de la III Internacional lo ostentaba el suizo Jules Humbert-Droz, hombre de valía indiscutible. Semjovich, miembro antes de 1925 de la sección judía del grupo comunista de La Habana —Sección Hebrea—, llegó probablemente a Cuba sólo muy poco tiempo antes de la celebración del congreso, en cuyas tareas parece que no intervino como orador. Tal vez el carácter poco definido de la identidad nacional del Partido Comunista de Cuba fuese una de las razones por las que no se le admitió como miembro provisional del Comintern hasta 1927 y como miembro efectivo hasta 1928.

Mientras tanto, la CNOC era una organización sindical sin importancia: al final de la década de 1920 comprendía treinta y cinco uniones, de muy diversos oficios. La rama de La Habana contaba con 8000 miembros, agrupados en treinta uniones. La CNOC estaba afiliada al Profintern, la «Sindical Roja» de Mos-

cú, pero ello no quiere decir que su organización fuese específicamente dirigida desde Moscú.

Otra actividad comunista se ejercía a través de la Liga Antiimperialista —un frente de acción mundial Comintern— y distribuyendo el pequeño periódico *El Comunista*, que vendía de mil a mil quinientos ejemplares. El jefe burocrático de la Internacional Comunista en Moscú, Alexander Lozovski, admitió que por lo que concernía a América Latina:

> Solamente en 1927 o en 1928 comenzamos a constatar en la mayoría de los países una crisis ideológica entre los anarquistas, que llevó a cierto número de camaradas anarquistas o anarcosindicalistas a darse cuenta de que la revolución no puede hacerse mediante proclamas; de que las huelgas no se pueden organizar cada veinticuatro horas y de que, para combatir a la burguesía, no bastaba con disponer de un semanario y de unos pocos cientos de afiliados sino que era necesario contar con una organización lo suficientemente fuerte para, eventualmente, luchar y finalmente derribar el Estado capitalista.

La experiencia anarquista de Cuba fue análoga al sesgo que tomaron en América Latina los movimientos laborales a principios del siglo XX; en todas partes, como ocurrió, por ejemplo, en España, la Revolución rusa produjo un extraordinario interés.

La agencia de noticias Tass, dirigida por un hombre de ideología casi anarquista, Arnold Roller, era una útil fuente de información. Otra institución de uniformidad era el Socorro Rojo Internacional. Y desde el año 1922 los líderes comunistas viajaban regularmente a Moscú, cada año, comenzando estas visitas Recabarren, de Chile.

Durante el otoño de 1925 hubo en Cuba una oleada de huelgas, la más importante de las cuales fue la de los trabajadores de la industria textil —el Sindicato de la Industria Fábrica— contra la Asociación Patronal de Cuba; esta huelga terminó a balazos. El dirigente de los ferroviarios, Enrique Varona, cayó en Morón, y Santiago Esteban Brooks, en Puerto Tarafa. Continuaron las escenas sangrientas y los incidentes mortales. Me-

lla, de nuevo en la universidad —donde el gobierno estaba intentando conseguir que hombres seguros controlasen tanto a los profesores como a la Federación de Estudiantes—, pronunció un gran discurso denunciando al presidente como autor de aquellas muertes. Afirmó sin lugar a dudas que los disparos no habían sido una reacción espontánea de la policía —lo que ya habría constituido un proceder grave—, sino, al menos en el caso de Varona, demostración clara de que se quería terminar con todos los dirigentes de los trabajadores. Mella fue arrestado; hizo una huelga de hambre durante dieciocho días y, finalmente, se le dejó en libertad ante las protestas de su camarada Martínez Villena y de otros más. Se entrevistaron con el propio Machado y en el curso de la audiencia les dijo el general: «De acuerdo. No sé la diferencia que hay entre anarquismo, comunismo y socialismo. Para mí todo es igual. Todos ellos son malos patriotas». Martínez Villena le llamó a la cara asno con garras. Por entonces Machado tenía miedo de matar a los miembros de la clase media que estaban en la cárcel; pero, en otoño, los agitadores sociales fueron eliminados. Los anarquistas españoles fueron deportados inmediatamente. Muchos cientos salieron del país en un mes. «La bandera roja no ondeará en Cuba», escribía un colaborador en *Cuba Review*.

En diciembre de 1925, Machado, llevando todavía en los labios la promesa de hacer de Cuba la Suiza de las Antillas, se dedicaba decididamente a desarrollar el país de modo que fuese en realidad una nueva Italia fascista. Imitando el ejemplo de Mussolini, se aseguró de que el Congreso aprobase una ley que prohibía la reorganización de los partidos políticos existentes o la creación de otros nuevos. El control de los partidos se ponía cuidadosamente en las manos de los diputados y todos los miembros no conformistas del Congreso fueron eliminados sistemáticamente y expulsados del partido gubernamental. En la práctica, Machado terminó con todos los partidos, con sus

instalaciones y con su organización. El Partido Conservador se encontró totalmente prohibido en la práctica, no pudiendo ni utilizar su nombre. Los disparos alevosos siguieron oyéndose en las provincias. La organización anarquista fue perseguida sin piedad y finalmente acabaría por desaparecer realmente, dejando al comunismo como única fuerza capaz de controlar las reivindicaciones obreras de Cuba; consecuencia atribuible directamente a Machado por su errónea actuación.

Así, el secretario general de la CNOC, el anarquista Alfredo López, desapareció por obra de la policía, en 1926; le sucedió su segundo, el joven comunista César Vilar, ferroviario y exanarquista de Manzanillo, que inició una larga lucha para que los comunistas derrotasen a los anarquistas en el control de la CNOC. Los grupos comunistas estaban organizados entre los obreros ferroviarios, los de la industria del tabaco y, hasta cierto punto, entre los del azúcar y demás industrias agrícolas, mediante las correspondientes ligas de agricultores. Se hicieron esfuerzos baldíos para penetrar también en el ejército. Con César Vilar como secretario general de la CNOC desde finales de 1926, los comunistas habían logrado aparentemente controlar en su favor la organización. Pero Vilar no rompió nunca del todo con sus antiguos camaradas anarquistas. El día del ajuste de cuentas se aplazaba.

Machado daba la impresión de verse constreñido interiormente a sucesivas oleadas de violencia como si los años de relativa calma entre el final de la guerra de la independencia y los presentes hubiesen sido un interludio extraño e incomprensible. Aunque el general Crowder siguiese todavía presente, mudo fantasma de sí mismo, su ley electoral dejó de aplicarse.

¿Cómo fue todo ello posible? Sólo se explica por una corrupción general de proporciones colosales. Los senadores encontraban imposible negarse a aceptar las asignaciones para la distribución de la lotería, con precios que oscilaban entre el 30

y el 50 por ciento en más del valor nominal de los billetes. El presidente y sus amigos consumían o se apoderaban de unas rentas que representaban una quinta parte del producto nacional; es decir, unos diez millones de dólares anuales. La mayoría de los políticos, como casi todos los cubanos, se habían excedido por encima de sus posibilidades en los años buenos económicamente; los precios se derrumbaban ahora y, por ello, cuantos podían repartirse los beneficios de la corrupción para ayudarse con un dinero ilícitamente ganado, no se paraban a pensarlo aunque nunca antes hubiesen caído tan bajo. El propio Colegio de Abogados era invadido por indeseables que aterrorizaban a los miembros menos desaprensivos de la profesión y les hacían aceptar semejante situación intolerable.

Al igual que su mentor de Roma, Machado intentó promover la prosperidad mediante la realización de un amplio plan de obras públicas, utilizando las restricciones que sobre el azúcar se mencionaban en la ley Verdeja. Aquellas obras tenían que respaldarse mediante un amplio plan financiero aprobado en julio de 1925 que exigía nuevos impuestos; pero huelga decir que lo primero que se necesitó fue un nuevo préstamo. Se mantuvieron conversaciones con el Chase National Bank en marzo de 1926 a fin de obtener la concesión de un crédito de cien millones de dólares para la construcción de carreteras. En septiembre del mismo año, Carlos Miguel de Céspedes lanzó al conocimiento del público el plan de obras, exponiéndolo en el restaurado convento de Santa Clara; el proyecto más importante era la construcción de una carretera de primera clase que, a lo largo de toda la isla, uniese entre sí a todas las capitales de provincia. Se presentaron enseguida catorce ofertas para la realización de este proyecto, en sí mismo admirable. De ellas, ocho correspondían a compañías cubanas. Los que encabezaban las ofertas eran el National City Bank y Ulen and Company. Sin embargo, debido a la «persuasión» del yerno de Machado, José

Enrique Obregón (director de la rama cubana del Chase National Bank) y a la de H. C. Catlin, antiguo jefe del presidente en la Havana Electric, el contrato se adjudicó finalmente a la pequeña firma Warren Bros que, a su vez, cedió los derechos adquiridos para la construcción de la carretera en las provincias centrales de Matanzas y Santa Clara a una compañía cubana en la que el propio Machado tenía grandes intereses. Al mismo tiempo la Warren Bros concertó un crédito de diez millones de dólares con el Chase National Bank.

Pese a todo ello Machado se las arreglaba todavía para preservar su reputación de honestidad entre la burguesía y frente a Estados Unidos. El país parecía entusiasmado con el programa de obras públicas. Machado cuidaba celosamente su reputación. Se le veía con frecuencia paseando por las calles, dando cien dólares de limosna a un mendigo o haciendo un gesto cariñoso a una niña. El Departamento de Obras Públicas construyó un camino hasta su finca campestre, pero fue Machado quien pagó la factura de 734 dólares. Regaló un piano a una escuela rural, fundó un club de tenis para señoras, envió a Europa para aprender música a una muchacha sin recursos, y todo el mundo decía: «El general lo paga todo de su bolsillo». El presidente prometió a la ciudad de Santiago que si no tenía bastante dinero para costearse un acueducto se lo regalaría él. Y se propagó la idea de que Machado estaba trabajando hasta matarse, sacrificando su salud por el país. Casi cada semana juraba que no se volvería a presentar a la reelección: «Mi ambición no radica en volver a ser elegido sino en ser aplaudido y apreciado por todos mis conciudadanos el día en que termine mi mandato… entonces, sin embargo, no volveré a mi casa para descansar… sino que regresaré a mi pueblo para servir como alcalde de Santa Clara a la ciudad donde nací».

Contemplemos a Machado en una noche del verano de 1926 en el transcurso de una gran fiesta en un famoso club noc-

turno. Resplandece su cara con amplias sonrisas que dedica a unos y a otros sin cesar; la luz de una luna llena ilumina una mesa repleta de platos exquisitos; su suave y cuidada mano acaricia a «una de las más bellas mujeres de las Antillas». Un periodista admitido a su mesa le pregunta cómo consigue mantener siempre impecablemente planchada la pechera de su camisa, incluso en plena canícula. Machado deja caer la explicación banal como si se tratase de un epigrama más agudo que el diamante: tiene siempre un criado cerca de sí provisto de camisas limpias y recién planchadas y el presidente se las cambia a menudo. Un editor italiano se le aproxima con una copa de champán en la mano: «Mi general, esta fiesta preciosa me recuerda el famoso Baile de la Centuria que ofreció el general Porfirio Díaz a las representaciones extranjeras en septiembre de 1910». (Precisamente poco antes del colapso final del régimen de Díaz en México). Machado se lleva aparte al italiano: «Puede usted estar seguro de que mi futuro será muy diferente del de don Porfirio».

En esta época, Machado basaba su poder en el ejército, al que había sobornado con éxito mediante una táctica de amenazas y de corrupción a la vez. Todos los oficiales «difíciles» habían sido designados para el desempeño de puestos sin importancia o se había prescindido de ellos por completo; los demás recibían una paga abundante, de un mínimo de 38 centavos al día, más alimentos, incluso entre los rangos superiores. Supervisores militares habían sido instalados en las escuelas. Machado comenzó a utilizar el ejército como si fuera un cuerpo extraordinario de funcionarios civiles, y así se comenzó a ver a oficiales en todos los departamentos ministeriales y en las corporaciones locales, de acuerdo con un sistema que parodiaba, en cierta manera, el método soviético de los comisariados. Hasta los monopolios de la carne y de la leche eran dirigidos por militares. Se llegó más tarde a designar también a los militares como alcaldes. El pillaje y la malversación eran dueños del ejérci-

to. Una sola firma obtuvo en 1926 el derecho de aprovisionarlo y lo mantuvo hasta 1933. Dios sabe qué cifra cobraría Machado por esta concesión, y Dios sabe también cuántos caballos serían subalimentados en provecho de los proveedores. Un sastre militar se ocupó de que los uniformes costasen más caros que los trajes civiles: así, una docena de pañuelos costaban en El Encanto 2,80 pesos, pero valían en San Ambrosio 8,01. Una guerrera militar costaba en un almacén civil 13 pesos y en uno militar, 25. Si cada compañía se componía oficialmente de 150 hombres, su capitán recibía el dinero necesario para pagar a todos, aunque la suma efectiva de hombres en filas fuese inferior a la prevista oficialmente.

La propia estructura del ejército a finales de los años veinte le hacía ser víctima de esta corrupción. El ejército tenía sólo veinte años de edad. La relación entre los oficiales en destino y los carentes de él parecía muy buena de acuerdo con el nivel latinoamericano. Basado el sistema en el de Estados Unidos, los sargentos podían ingresar fácilmente en el grado de los oficiales. Al contrario de lo que se dijo con motivo de la revolución de los sargentos en 1933, la mayoría de los oficiales en tiempos de Machado procedían de los reclutas; es decir, eran «de cuchara»: 417 sobre 757, o lo que es igual el 56 por ciento. Algunos de los defectos y de la ineficacia del ejército cubano en sus primeros años habían sido corregidos, pero el resultado de todo ello fue la implantación del favoritismo. Hacia 1932-1933, el último año del mandato de Machado, el presupuesto del ejército ascendía a diez millones de dólares anuales, casi la cuarta parte de todo el presupuesto nacional.

Existían, desde luego, varios oficiales a quienes Machado no pudo sobornar, como, por ejemplo, aquellos 150 jóvenes oficiales de carrera entrenados en las escuelas militares de Estados Unidos; cuando el presidente descubrió que esos hombres le resultaban intratables prescindió de ellos acudiendo directa-

mente a favorecer el interés de los sargentos con la consecuencia de violar seriamente la disciplina y de preparar el terreno para los futuros acontecimientos. El ejército contaba en total con 12 000 hombres.

En febrero de 1927 se firmó con toda la ceremonia propia del caso el contrato para la construcción de la carretera central. Los trabajos comenzaron en marzo. El ministro responsable, el infatigable Carlos Miguel de Céspedes, golpeó los primeros guijarros vestido de guajiro y tocado con un antiguo sombrero tejano. Se discutió mucho acerca de la posibilidad de convertir al turismo en la segunda industria de Cuba: un arquitecto francés, Forestier, fue a La Habana y anunció y dictaminó que sus calles eran demasiado estrechas. Céspedes admitió este «defecto del colonialismo» y se dedicó a subsanarlo: destruyó edificios y tierras, puso bellos parques y plazas, atrasó la alineación de las casas y se comportó en suma como si fuera el Haussmann de Cuba. Cada día se hacía más consciente de la necesidad de su propia publicidad: vestido adecuadamente inspeccionaba el dragado de la bahía, las obras del nuevo Capitolio y personalmente clausuró la United Railways, cuando esta compañía se negó a construir un paso elevado de acuerdo con lo establecido por la ley. El nuevo Capitolio fue inaugurado. Y se produjo una nueva eclosión de construcciones privadas: la condesa de Buena Vista se hizo edificar su palacio en la Quinta Avenida de Miramar por el arquitecto Leonardo Morales, que lo edificó en un estilo neobarroco; la Compañía Telefónica edificó un *campanile* en la parte vieja de la ciudad; y villas particulares al estilo florentino volvieron a levantarse una vez más en los nuevos barrios próximos a la capital. El propio ministro de Obras Públicas construyó su chalet, de estilo suizo, en el Country Club y otro palacio junto al río Almendares.

La realidad existente detrás de toda esta euforia no era excesivamente puesta en duda en Estados Unidos. Dos notables es-

critores norteamericanos, especializados en la historia de Cuba, tenían entonces pocas dudas sobre la actuación de Machado. El profesor Charles Chapman escribió en 1926: «Puede en toda confianza afirmarse que Cuba cuenta ya con los elementos adecuados dentro de su propio sistema político para hacer que el Gobierno alcance los niveles de decencia y de eficacia que otros muchos sectores de la vida cubana han alcanzado». Y el profesor Leland Jenks escribía: «Los dirigentes cubanos de hoy, como por ejemplo un Ferrara, un Tarafa, un Carlos Miguel de Céspedes y un Cortina distan mucho de ser hombres encajables en la honesta pero poco imaginativa administración de Estrada Palma… Pocas ciudades americanas hay que no puedan sacar provecho del estudio de las medidas de policía y de sanidad de La Habana». El general Crowder, que fue el embajador de Estados Unidos hasta el verano de 1927, escribió a Kellogg, el secretario de Estado, en febrero de aquel año que «la mayoría de los cubanos eran partidarios de un segundo período de mandato de Machado» y decía que el Departamento de Estado debería dar de un modo «informal» seguridades en el sentido de que no se opondría a su reelección puesto que, después de todo, Machado afirmaba continua y sagazmente que estaba favoreciendo las «más estrechas relaciones posibles de cooperación con Estados Unidos».

Un mes más tarde, sin embargo, el embajador informaba que la conducta y la actuación de Machado «no podía interpretarse de otro modo que como las propias de una dictadura» y por ello «temía que la reacción de la opinión pública… conduciría… a alterar la estabilidad de la isla». Un memorando del Departamento de Estado escrito por el entonces jefe de la división de asuntos de América Latina, Stokeley Morgan, afirmaba que Estados Unidos «se opondría seriamente» a que Machado intentase alguna revisión de la Constitución.

Informaciones completamente distintas de las transcritas fueron facilitadas por un intrépido periodista de Washington, Chester Wright, editor del *International Labour News*, el órgano de AFL, que regresó a principios de 1926 de Cuba para decir a sus lectores que Machado había dado muerte para entonces a no menos de 147 personas. Estas afirmaciones armaron el consiguiente revuelo y los trabajadores de los muelles de Nueva York intentaron boicotear los barcos que llegaban de Cuba con azúcar. William Green, de AFL, denunció públicamente los asesinatos de los dirigentes de los trabajadores cubanos y se quejó de la existencia en la isla de «una situación de terrorismo».

Todas estas denuncias y protestas no afectaron para nada los métodos de actuación de Machado para preservar sus poderes. Como era de esperar, en abril de 1927 el corrompido Congreso, a pesar de sus protestas, propuso una modificación de la Constitución: el término del mandato presidencial sería prorrogado por otros seis años; el mandato de Machado se prorrogaba por dos años más sin necesidad de nuevas elecciones y lo mismo ocurría con los senadores y los diputados.

44

Machado (II)

Se aproximaba la fecha de la celebración de la VI Conferencia Panamericana que iba a tener lugar en La Habana. En el peculiar ambiente de finales de los años veinte, todavía por lo que a Cuba respecta, tranquilo y sin algaradas, salvo las producidas por unos cuantos estudiantes y por los dirigentes obreros perseguidos, parecía natural que Machado fuese a Washington a invitar personalmente al presidente Calvin Coolidge a ir a La Habana para inaugurar la conferencia. Fueron muchos los que creyeron que Machado aprovecharía esa oportunidad para solicitar el fin de la vigencia de la enmienda Platt. No ocurrió así, aunque pocas visitas de presidentes hispanoamericanos a Estados Unidos se vieron rodeadas de tantos actos oficiales y sociales: ofrecieron almuerzos el Chase National Bank, la Electric Bond and Share, J. P. Morgan, la Cámara de Comercio de Nueva York, Sosthenes Behn, el National City Bank y el alcalde de la ciudad de Nueva York, Jimmy Walker. William H. Woodin, presidente de la American Car and Foundry Company, entre otras sociedades, anunció, con el entusiasmo propio de quien era un fuerte inversionista en Cuba, que era realmente una verdadera suerte contar como presidente de la isla con un hombre de negocios; el presidente Coolidge habló con elocuencia de la responsabilidad moral que sentía Estados Unidos hacia los gobiernos de «este lado del Canal de Panamá», y Thomas Lamont, de la Banca Morgan, dijo que confiaba en que los cubanos arbitrarían el sistema de mantener a Machado en el poder por tiempo indefinido. Al regreso de Machado a Cuba, el Departamento de Estado dijo a J. P. Morgan que no «tenía ninguna objeción que formular» para la concesión de otro crédito de nueve millones de dólares a Cuba, aunque el futuro se dibujase comprendido

dentro de los términos de la enmienda Platt. Esta decisión representó un cambio en la política cubana del gobierno respecto del claro, aunque discreto criticismo, de la era de Crowder, y Coolidge expresó privadamente a Machado que sus proyectos de revisar la Constitución eran un asunto que incumbía solamente a los cubanos y que debían resolverlo sin tener en cuenta la enmienda Platt. Del mismo modo a como el intervencionismo de la década de 1890 podía defenderse en aras de la causa de la libertad, también ahora podía sostenerse, por parecidos motivos, la conveniencia de prescindir de aquel intervencionismo. Si los cubanos deseaban crearse dificultades, ¿no era mucho más sensato dejarlos que hiciesen lo que quisieran?

Las relaciones entre Cuba y Estados Unidos siguieron sobre estas ideas básicas. Coolidge fue efectivamente a La Habana para la inauguración de la Conferencia Panamericana y anunció: el pueblo de Cuba «es independiente, próspero, libre, pacífico y se beneficia de las ventajas del autogobierno… Ha alcanzado una posición de estabilidad gubernamental mediante la expresión de su opinión pública en las urnas».

Pero apenas Coolidge y su séquito se habían marchado de Cuba, apareció la verdadera situación política del país reflejándose en un hecho ultrajante: cuatro estudiantes —Claudio Brouzón, Noske Yalob, Puerto Reyes y Manuel Cotoño—, acusados de ser comunistas, fueron arrojados desde el castillo de El Morro, con bolas de hierro en los pies, para servir de pasto a los tiburones.

A partir de entonces la lucha entre Machado y sus enemigos adquirió caracteres de violencia. Sus enemigos fueron en lo sucesivo las clases medias, los profesionales de las carreras liberales en unión de sus hijos, estudiantes, y los dirigentes de los obreros a través del partido comunista. La semilla de sangre fructificó en un terreno preparado para ello por la persistente inestabilidad del período desde 1902 y por el recuerdo de los

hábitos de violencia adquiridos durante la guerra de rebelión contra los españoles. Era sin duda demasiado fácil tanto para el gobierno como para la oposición arrogarse el papel de partidarios de los españoles y de nacionalistas, con Estados Unidos actuando de un modo parecido, aunque más ambiguo que el que empleó en la década de 1890; es decir, con su metrópoli sirviendo de base para los rebeldes, sus ciudadanos en Cuba apoyando al gobierno y una y otros dispuestos a aportar la ayuda financiera que fuese necesaria y el respaldo político que se juzgase conveniente.

En abril de 1928, Machado echó finalmente el guante a la oposición al convocar una asamblea perfectamente adiestrada, que presidida por su amigo Sánchez Bustamante, reformó la Constitución, aboliendo en primer lugar la vicepresidencia y, en segundo, dando a Machado un nuevo mandato sin necesidad de ninguna elección durante seis años más, contados desde la fecha en que su presidencia hubiera debido concluir; es decir, desde el 20 de mayo de 1929 hasta el 30 de mayo de 1935. Esta inesperada prórroga de su poder obligó a muchos que no se habían opuesto a Machado todavía a engrosar automáticamente las filas de la oposición. El presidente se dio a sí mismo el título de «Ilustre y ejemplar ciudadano». En el mismo mes fue asesinado un piloto rebelde, Néstor Ponce de León, y también otro estudiante, Pérez Terradas. A finales de mayo, fracasó un intento de sublevación iniciada por varios oficiales. El instigador, Iturralde, pudo escapar, pero el coronel Blas Masó fue fusilado. Dos muertes más, a manos de la policía, se produjeron durante el verano: la de Esteban Delgado, en julio, y la del diputado Bartolomé Sagaró, en agosto. En junio, Machado obtuvo en todo caso un nuevo préstamo de sesenta millones de dólares del Chase National Bank y en el otoño del mismo año defendió la enmienda Platt y aseguró su propia reelección.

A comienzos de 1929 sobrevino la siniestra muerte de Julio Antonio Mella, que se había exiliado en 1927. Después de asistir a la conferencia «Antiimperialista» de Bruselas, y de visitar Moscú, Mella se había establecido en México, donde fundó periódicos (*Cuba Libre*) y una asociación de exiliados al mismo tiempo que trabajaba para la Escuela Emiliano Zapata, de carácter revolucionario, y para el Socorro Rojo Internacional. Durante algún tiempo pareció que Mella era miembro del partido comunista mexicano y se dedicó a colaborar en la organización de la rama azteca de la Liga Antiimperialista. En la noche del 10 de enero de 1929 fue asesinado a tiros mientras paseaba llevando del brazo a su hermosa compañera Tina Modotti, una comunista italiana, fotógrafa de profesión. Pese a las dificultades que Mella y los comunistas tuvieron en sus relaciones antes del fallecimiento de aquel, todas las pruebas parecieron demostrar que el asesinato había sido obra no de los comunistas sino de un pistolero a las órdenes de Machado, llamado Magriñat, que se había incorporado al servicio del presidente tras participar en diversos incidentes promenocalistas en las elecciones de 1924 y que había ido a la ciudad de México, en unión de Antonio Sanabria, concretamente para matar a Mella. José Agustín López Valinas, un pistolero profesional sin filiación política definida, fue acusado más tarde de ser el autor material de los disparos. Al recibir los proyectiles y caer herido, Mella fue trasladado al domicilio del pintor Diego Rivera, en cuya casa falleció.

En Cuba, los comunistas estaban ahora dirigidos por un camarada de Mella, el siempre activo poeta Rubén Martínez Villena, que siguió los pasos de su compañero e ingresó en el partido después de que la Universidad Popular fuese clausurada dos años antes. Su inclinación hacia el comunismo fue metódica y lenta. Aunque dejó de escribir versos («Nunca más escribiré versos como he hecho hasta ahora… ya no siento mi tragedia personal. Pertenezco a los demás y a mi partido»), era un buen

dirigente, atractivo y elocuente representante de los conspiradores que tenía detrás de sí. Con posterioridad a 1928 se incorporó al partido otro intelectual joven, Leonardo Fernández Sánchez, y luego lo hizo también durante dos años un obrero de la industria del tabaco, Joaquín Valdés. Españoles peninsulares y canarios eran todavía dirigentes del partido; así, el futuro general comunista de la guerra civil española, Enrique Líster, que llegó a trabajar a Cuba en 1927, recibió lecciones sobre socialismo y la Unión Soviética de un isleño, mientras trabajaban ambos en la construcción del Capitolio.

La primera ocasión en que el gobierno de Estados Unidos pareció interesado en protestar contra las iniquidades del régimen de Machado se presentó en abril de 1929, cuando el subsecretario de Estado, J. Reuben Clark, sugirió que el Departamento adoptase las medidas oportunas para mejorar la situación de Cuba; en caso contrario, dijo, estaríamos ayudando a Machado. En julio, Francis White, secretario adjunto de Estado, fue informado sin rodeos por W. W. Lancaster, del National City Bank, de que Machado se había convertido en un dictador y en un hombre corrupto, y de que el embajador norteamericano en Cuba, Judah, era «un cero a la izquierda» que no ejercía la necesaria influencia sobre el presidente. Una resolución diciendo que Machado era un político deshonesto fue propuesta al Comité de Relaciones Exteriores del Senado en el mes de septiembre, resolución en la que se sugería que Estados Unidos tenía que intervenir para «limpiar Cuba». El comité designó a un subcomité para que llevase a cabo la oportuna investigación. Inmediatamente, distinguidos hombres de negocios estadounidenses comenzaron a intervenir en favor de Machado. El coronel John Carroll, de la Compañía de Ferrocarriles de Cuba, manifestó al senador Moses que su firma deseaba la continuación de Machado en el poder. Warren Bros, que estaba ya trabajando en la construcción de la carretera central, protestó también. La

Cámara de Comercio norteamericana se quejó de todo ello a la de Cuba. El secretario de Estado, Stimson, habló en su informe ante el Senado muy favorablemente de Machado, afirmando que habían sido muy pocos [*sic*] los norteamericanos maltratados en Cuba. La resolución presentada ante el Senado no prosiguió, pues, su camino. Ese organismo aprobó incluso, tras alguna demora inicial, el nombramiento de un rico empresario, Henry Guggenheim, como nuevo embajador de Estados Unidos en La Habana.

Pero los partidos de la oposición conseguían día a día nuevas adhesiones. En agosto de 1931, la antigua oposición formada por políticos profesionales ortodoxos, por algunos conservadores y por varios elementos independientes, no afiliados a ningún partido, dirigidos por el expresidente Menocal y apoyados por el coronel Mendieta, comenzó una operación a gran escala para derrotar a Machado. Cuarenta voluntarios desembarcaron en Gibara, al norte de Oriente, provistos de gran cantidad de armas y de municiones. El líder era Emilio Laurent, un hombre decidido y honrado, pero ingenuo. Cuando tomaron tierra se produjo una escaramuza con los guardas rurales de servicio en el lugar, y uno de ellos resultó muerto. Los expedicionarios se apoderaron del puesto de policía, de la central telefónica y del ayuntamiento de Gibara y procedieron enseguida a distribuir armas entre la población (a repartir armas al heroico pueblo gibareño). Laurent telefoneó al coronel jefe de Holguín, la importante localidad del centro de la provincia de Oriente, y le intimó a la rendición. El coronel accedió a ella, pero en realidad llamó a La Habana para prevenir al gobierno. Machado envió entonces unas tropas de élite contra Gibara por ferrocarril y ordenó al crucero *Patria* que bloquease la zona. Laurent, mientras tanto, había salido hacia Holguín también por tren, con sus hombres llenando hasta los topes los vagones y hasta sus techos, pero sólo se encontraron con el ejército, que los derrotó

por completo en una emboscada que les había preparado en una plantación de palmeras, pocas millas más allá de Gibara. Aunque Laurent y algunos otros dirigentes lograron escapar, bastantes de sus seguidores fueron hechos prisioneros, torturados y fusilados y muchos inocentes ciudadanos de Gibara fueron también pasados por las armas después. La ciudad sufrió un fuerte bombardeo desde el aire, llevado a cabo por la sección aérea del ejército, con lo que Gibara resultó ser la primera localidad americana que experimentó esta nueva, por entonces, forma de combatir. Los dos dirigentes de la oposición, Mendieta y Menocal, fueron mientras tanto arrestados en distintos puntos de Cuba sin que se disparase un solo tiro.

Este fracaso produjo una verdadera desilusión en los hombres de 1895 y en los viejos líderes de la guerra de la independencia; era ya imposible tras ese fracaso para los hombres bienintencionados que ejercían en Cuba profesiones liberales creer en nada y lo era mucho más para los supervivientes de la guerra de la independencia. Sólo se podía confiar en lo que un observador de esos tiempos llama el inevitable fatalismo originado por la enmienda Platt «al dejar la solución de los problemas de Cuba en manos extranjeras». Los estudiantes, sin embargo, todavía hablaban de «una revuelta de las masas contra el imperialismo yanqui y contra su instrumento en la isla, Machado»: «¡El camarada Mauser tiene la palabra!». Muchos de los que habían tomado parte en el frustrado alzamiento, como Gustavo Aldereguía, evolucionaron un poco más, inclinándose de nuevo hacia la izquierda.

La consecuencia inmediata de la bancarrota política fue la fundación, en la segunda mitad de 1931, de una nueva fuerza de la oposición, integrada por gentes de la clase media, que se constituyó como una sociedad secreta llamada el ABC. Los fundadores de este movimiento, abogados jóvenes como Joaquín Martínez Sáenz o Carlos Saladrigas, tenían un único obje-

tivo: derrocar a Machado y sustituirlo por un régimen de la clase media. Para conseguirlo estaban perfectamente preparados para admitir la intervención de Estados Unidos y ciertamente la esperaban. Nadie sabía qué otra finalidad tenía el ABC, si es que, en efecto, tenía alguna más. Su organización era una copia de las sociedades secretas italiana o rusa de otros tiempos. Sus miembros pertenecían en su mayoría a la clase media profesional y algunos de ellos trabajaban como funcionarios del Estado durante el día. Se esbozó un programa de la sociedad que elaboró el brillante escritor Jorge Mañach, graduado en Harvard y en París, «no muy claro tal vez, pero lleno de bellas promesas». Por regla general, los afiliados al ABC eran serios idealistas, interesados en la regeneración de la vida de Cuba. Aunque colaboraban con una junta de exiliados de Nueva York, en la coordinación de la oposición a Machado, en la propia Cuba sus contactos no salían del ámbito estudiantil. Sus diecisiete puntos iniciales de actuación proponían la supresión de los latifundios, la restricción de la adquisición de tierra por parte de compañías norteamericanas, cooperativas de la producción, nacionalización de los servicios públicos, preferencia por compañías cubanas para la concesión de nuevas explotaciones mercantiles y nuevas ideas, nuevos hombres, libertad política, justicia social e independencia del país.

Los métodos del ABC eran, no obstante, revolucionarios y más importantes que sus manifiestos. Organizados en células, sus miembros se relacionaban por mediación de enlaces, cuyos nombres verdaderos no conocían. Su propósito era no tanto conseguir el derrocamiento del gobierno por medio de la fuerza —tarea casi imposible por cuanto Machado disponía al menos en teoría de uno de los más poderosos ejércitos de América Latina—, sino por la deliberada creación de una atmósfera de terror que llevase al derrumbamiento de las actividades del

gobierno y que motivase, como ellos creían que iba a ocurrir, la intervención de Estados Unidos inevitablemente.

En este sentido sus esfuerzos tuvieron éxito. Incluso antes de que estuviesen plenamente organizados, el embajador Guggenheim había admitido que Machado «tendría que retirarse». El hecho más notorio que llevó a cabo el ABC por entonces fue la voladura de una casa en la calle Flores, donde se recibió una anónima llamada telefónica previniendo al jefe de la policía, capitán Miguel Calvo Herrera, de que había en el edificio un depósito de armas. Calvo Herrera y varios números se personaron en el lugar. Uno de sus lugartenientes y un policía volaron por los aires mientras intentaban telefonear. «El éxito de este incidente encantó a sus organizadores, pero lamentaron que Calvo hubiese logrado escapar. Las mujeres sobre todo se enfurecieron por ello y menudearon las llamadas a los periódicos en las que se formulaban amenazas contra él».

En adelante la violencia apareció sin paliativos, porque los estudiantes del ABC devolvían golpe por golpe las brutalidades del ejército y de la policía. Por la noche estallaban bombas. Expertos en explosivos como López Rubio instruían a los entusiastas afiliados. Finalmente, el capitán Calvo cayó en manos del ABC, que lo mató, mientras Carlos García Sierra, un conocido machadista, era también asesinado en su despacho. El técnico en explosivos de la organización clandestina, López Rubio, murió también de forma violenta. El 20 de mayo de 1932, el estudiante Ignacio Mendoza y varios amigos mataron al teniente Díaz, jefe de la policía en Artemisa, enviándole un paquete bomba. Murieron igualmente varios otros jefes de la policía. Mendoza planeó un atentado, también a base de bombas, contra Machado en una casa de la Quinta Avenida de Miramar, pero uno de los comprometidos avisó al presidente, quien de manera bastante sorprendente se limitó a encerrar a Mendoza en la cárcel en unión de sus cómplices: «Aquella noche, los

criados de la familia Mendoza tuvieron que retirar del refrigerador las botellas de champán que estaban preparadas para celebrar la muerte del dictador».

El país se hallaba ya en una virtual guerra civil. La ley, siempre burlada en Cuba, apenas existía: cuando el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Juan Gutiérrez, presentó su dimisión a finales de marzo de 1932, se limitó en realidad a reconocer la verdad de los hechos.

Si ante el fracaso de Mendieta, Menocal y los viejos partidos, la clase media se volvió con simpatía hacia del ABC; otros, en las clases bajas, se orientaban hacia el comunismo. De acuerdo con las estimaciones de un comunista cubano, el partido consiguió la afiliación de varios cientos de personas en 1929, casi tantas como en España. Por otro lado, los comunistas seguían todavía preocupados por los anarquistas, casi tanto como por Machado; los anarquistas parecían charlatanes inoperantes, más que hombres de acción (al contrario de sus compañeros españoles); y en 1930-1931, los comunistas lograron arrebatarles el control de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), ganándose unión laboral tras unión laboral y obteniendo finalmente un éxito completo en una conferencia de cinco días de duración que se celebró en una finca próxima a Morón y a la que asistieron cerca de cuatrocientos delegados, triunfo al que contribuyeron los procedimientos no del todo honestos que emplearon. La política del partido consistía en anular a cuantos miembros de la CNOC no fuesen comunistas, incluso mediante denuncias a la policía de Machado. Muchos anarquistas españoles murieron por ello a manos de Machado y de sus hombres, como es caritativo suponer, y la mayoría de los que sobrevivieron regresaron a España, sobre todo después de la proclamación de la República en abril de 1931.

Este período de extremo sectarismo comunista en relación con los demás partidos, coincidió con el desempeño de la se-

cretaría general comunista por un abogado, Jorge Antonio Vivó, y con la sustitución del suizo Humbert-Droz por el italiano Togliatti en la jefatura del secretariado del Comintern en Moscú, encargado de los países hispanoamericanos y latinos. El poeta Martínez Villena abandonó La Habana después de la huelga de marzo de 1930, y tras haber sido condenado a muerte en rebeldía se marchó, gravemente enfermo, a un sanatorio del Cáucaso, «dejando flotar su recuerdo sobre nosotros como una bandera», según escribió uno de sus compañeros de cárcel, Raúl Roa. Entre los colaboradores de Vivó se encontraban varios hombres eficaces que demostraron ser más tarde leales abogados del partido y de la causa comunista en Cuba, como Aníbal Escalante, conocido entonces como el Cid, y su hermano César, originarios de una familia de la clase media. César Escalante habría de confesar años más tarde que se hizo comunista después de permanecer encerrado en la cárcel de Príncipe (por participar en varias acciones revolucionarias estudiantiles, después de la muerte de Trejo). Allí conoció a «pescadores [y] a trabajadores azucareros», y comenzó a darse cuenta de que la lucha «no iba dirigida solamente contra Machado, sino contra el imperialismo». En consecuencia, se afilió a la Liga de la Juventud Comunista. Otro muchacho que ingresó en el partido por la misma época fue un zapatero de Manzanillo, Francisco Calderío, más tarde conocido como Blas Roca, y un exanarquista, Joaquín Ordoqui.

El todavía poco numeroso Partido Comunista de Cuba no se fue desarrollando sin tener que afrontar algunas discrepancias internas. Uno de sus primeros afiliados negros, Sandalio Junco, tuvo que ser expulsado en 1932 porque, «equivocadamente, sostenía que una revolución en Estados Unidos era requisito previo e indispensable para una revolución en Cuba»; y el número de detenciones era tan grande que la mayor dificultad radicaba en encontrar hombres que pudiesen desempeñar las ta-

reas de la secretaría general. Por aquellos años, el grupo judío de los comunistas de La Habana, dirigido por Semjovich, hizo casi todo el trabajo del partido, aportando dinero y eludiendo mejor que ninguna otra sección a la policía. Pero Semjovich fue también detenido y encarcelado en 1930.

Tal era el trasfondo político de la miserable cosecha que se obtuvo en 1932: la más baja desde 1915, con un precio medio anual para el azúcar de menos de un centavo. En junio de 1932, un pequeño grupo de banqueros de Nueva York concedió a Cuba un nuevo crédito, modesto, que permitió a Machado afrontar al menos el pago de los intereses de sus antiguas deudas, y en diciembre se elaboró otro plan financiero que le permitiese abonar el próximo vencimiento, de un importe de cuatro millones de dólares. Pero para entonces no se podía soslayar la violencia que se había adueñado de las ciudades. El presidente del Senado e íntimo amigo de Machado, Clemente Vázquez Bello, había sido asesinado al salir del Yacht Club, vestido todavía con su equipo de navegación, según contaron los ofendidos periódicos gubernamentales. El objetivo del ABC había sido matar a alguien tan importante que el gobierno tuviese que asistir a los funerales y en previsión de esta asistencia habían minado el cementerio de La Habana; pero Vázquez Bello fue enterrado en el panteón familiar de Santa Clara y fue un guardián del cementerio de la capital quien descubrió los explosivos. Mientras tanto, tres días después de la muerte de Vázquez Bello, tres eminentes miembros de la oposición conservadora, los hermanos Freyre de Andrade y Miguel Ángel Aguiar, un diputado, fueron asesinados en represalia por la policía, al parecer cumpliendo órdenes del ministro del Interior, Octavio Zubizarreta.

En octubre de 1932, las muertes y los asesinatos se sucedían casi cada día. Los policías eran alcanzados en todas partes. El hombre fuerte de Machado en Oriente, Arsenio Ortiz, evitó la

muerte porque le advirtió a tiempo del atentado que se le había preparado un tal Manuel Cepero; Ortiz mató a su presunto asesino, Argelio Puig Jordán, y pocas noches más tarde Cepero fue encontrado con las orejas y la lengua desgarradas y degollado, y con un letrero del ABC que decía: «Este es el castigo del ABC a los que hablan demasiado». La situación en el campo era intolerable. La perspectiva de otra cosecha tan mala como la del año 1932 era desconsoladora. En diciembre de ese año, la CNOC organizó una conferencia de trabajadores del azúcar y acudieron a ella representantes de treinta y dos molinos. Se preparó una huelga. Comenzó a principios de 1933: 20 000 obreros dejaron el trabajo y quedaron sólo 125 molinos en una actividad parcial.

Para entonces había ocurrido un gran acontecimiento que afectó a Cuba tanto como a Norteamérica: Franklin D. Roosevelt había sido elegido presidente de Estados Unidos. Los exiliados cubanos en Nueva York y en Washington esperaban confiados su toma de posesión en marzo de 1933 sin poder ocultar su entusiasmo.

Así las cosas, eran muy pocos en Cuba, durante aquel invierno de 1932-1933, los que se preocupaban por las dimensiones que alcanzaría la intervención estadounidense en su país. Solamente Machado y los estudiantes, el primero a través de su periódico *El Heraldo de Cuba* y los segundos mediante la hoja clandestina *Alma Mater*, adoptaron una postura lógica y coherente contra la intervención. Las bombas siguieron explotando y hubo más muertes. Machado y Guggenheim, apodados a causa de su supuesta íntima amistad «Machaheim y Guggenado» parecían ya haber sido forzados a retirarse del control de los acontecimientos. El futuro parecía estar en manos de Roosevelt.

Durante los primeros treinta años aproximadamente de su independencia de España, Cuba, dirigida por excombatientes

de la guerra de 1895-1898, había fracasado en la creación de un sistema político en el que se pudiese confiar. En parte, la responsabilidad de este fracaso era atribuible a los viejos hábitos de corrupción y de búsqueda de beneficios personales. Pero en parte también había que responsabilizar de todo ello a Estados Unidos que, con su predominante poder económico, no supo o no quiso advertir las consecuencias de una política ambigua. En múltiples ocasiones la acción de Estados Unidos, o la amenaza de su intervención, impidió que de un modo legítimo se apoderase del poder el Partido Liberal que, con todos sus defectos evidentes, era bajo el mando de José Miguel Gómez el más popular; cuando por fin los liberales llegaron al poder, en 1925, José Miguel había fallecido, y su sucesor, Gerardo Machado, fue incapaz de oponerse a las exigencias de la autocracia y, finalmente, de la tiranía. Esta tiranía fue fomentada por Estados Unidos durante la década de 1920 para favorecer la tranquilidad y el próspero desarrollo de los negocios, pero como la atracción del poder de Norteamérica era demasiado grande para que Cuba se pudiese desentender de Estados Unidos, resultó que hacia 1933 era Washington, y no La Habana, la que, como en la década de 1890, tenía el dominio de la situación en la isla.

La relación directa entre los acontecimientos políticos y económicos es siempre oscura: a menudo las consecuencias últimas de esta vinculación aparecen claras; con frecuencia este o aquel suceso político, cuando se examinan de cerca, se ve que están unidos a determinados condicionamientos económicos, como al aumento o la disminución de la producción, el alza de determinados valores bursátiles, al empleo o al precio de la propiedad inmobiliaria; pero esa vinculación se asemeja a la apariencia de una montaña de la que es posible contemplar su cima y sus laderas, pero cuyas alturas intermedias están ocultas por la niebla.

En Cuba hubo un fuerte aumento de la producción de azúcar después de la guerra de 1895-1898; sobre todo, al final de la ocupación norteamericana en 1902. Es imposible atribuir a la victoria o la derrota los méritos del impulso económico experimentado en un lugar dado, sin considerar la historia y las características de la sociedad en que ese avance se produce, y a este respecto los cubanos ni ganaron ni perdieron la guerra.

Las inversiones norteamericanas en Cuba fueron hasta cierto punto una intensificación de las costumbres del siglo XIX, reforzada por la facilidad de las comunicaciones y por la lógica expansión dentro de un territorio tan próximo a Estados Unidos; un territorio ligado, según parecía, por lo que con los años se convirtió en una fuerte vinculación comercial. Al contrario de lo que sucedía en las otras islas del Caribe, en Cuba no había límites previstos para la intensificación del cultivo de la caña de azúcar. Ni era tampoco el azúcar el único cultivo imaginable: había otras fuentes de producción y de riqueza que se podían explotar. Ferrocarriles, gas, electricidad, teléfonos, bancos, todo esto podía recibir en la isla la inyección de las inversiones en dólares, que al contrario de las medicinales no hace daño cuando se recibe, sino después.

La tierra podía también ser comprada en Cuba por los norteamericanos, se fuese o no más tarde a dedicar al cultivo de la caña de azúcar. En noviembre de 1905, por ejemplo, 13 000 norteamericanos habían adquirido en Cuba propiedades por valor de cincuenta millones de dólares, tal vez el valor de la mitad de la provincia del Camagüey, quizá la décima parte del de toda Cuba. En 1913, las inversiones estadounidenses serían del orden de los 220 000 000 de dólares, el 18 por ciento del conjunto de sus inversiones en América Latina. Hacia 1923 esas inversiones habían aumentado con el establecimiento o la compra de grandes ingenios azucareros, hasta representar la cuarta parte de las que había realizado Norteamérica en los restantes

países del continente; y por entonces seguía invirtiendo en América del Sur mucho más que en el resto del mundo. Durante todos esos años el capital norteamericano era bien recibido en todas partes, cuando no ansiosamente buscado. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, había en Cuba un nuevo nivel de vida, nuevas necesidades, que solamente podían ser satisfechas con productos estadounidenses. Las compañías norteamericanas consideraban ya que, en Cuba, era más rentable pagar 500 dólares mensuales a empleados norteamericanos que 250 a ciudadanos cubanos. Pero la guerra desarrolló y animó la expansión, y produjo asombrosas posibilidades de riqueza, para enfrentarse con las cuales el país no estaba todavía preparado, como tampoco lo estaba para asimilar los adelantos técnicos ni para adoptar las decisiones adecuadas de tal manera que las que afectaban a la sociedad cubana en su conjunto fueron transferidas a Wall Street, incluso cuando de modo ocasional un «latino» como Manuel Rionda se hallaba en el secreto de las cosas.

La inversión extranjera, sobre todo norteamericana, ha sido duramente criticada y atacada desde 1945. Exige por ello un laborioso esfuerzo de imaginación comprender cómo había en Cuba durante su ocupación por Estados Unidos verdaderos patriotas cubanos que criticaban tan duramente la ley Foraker que intentaba restringir la inversión norteamericana en la isla. Cuba en general se benefició de la reorganización del sistema eléctrico que llevó a cabo Farquhar en La Habana, de los ferrocarriles que construyó *sir* William van Horne, de las inversiones de Morgan en el Banco Nacional, aunque todas estas operaciones presenten aspectos censurables. Más dudoso es si resultó también favorable para el país la inversión efectuada en los grandes ingenios azucareros del este. ¿No es una regla invariable que la dirección de la industria de un país se halle en manos si no públicas, sí al menos en las de los nativos del país? ¿Y no será esta regla mucho más necesaria cuando, como en Cuba, sólo existe,

a todos los efectos, una industria única en todo el país? Desde luego, quizá los errores o el lento desarrollo de esa industria sean inevitables, pero ¿no es preferible todo ello a la eficiencia extranjera? La razón no está, por supuesto, en las propias virtudes del nacionalismo económico, sino en que los intereses extranjeros prevalecerán con toda probabilidad sobre los nacionales. Por ello la participación de Cuba en la Primera Guerra Mundial era innecesaria, y si bien es cierto que no se derramó sangre cubana en Flandes, el desarrollo posterior de la sociedad cubana, durante e inmediatamente después de la guerra, tuvo como directa consecuencia la comisión de insensateces que dejaron atrás la historia de otras «victorias».

La conquista por los norteamericanos de amplias zonas del territorio cubano, así como de importantes sectores industriales del país tuvo dos efectos que se dejaron sentir también en el aspecto político.

El primero fue que los antiguos dirigentes de la sociedad cubana se quedaron postergados al desprenderse de sus propiedades y de sus molinos ante la riqueza que, vendiéndolos, se les venía a las manos. Así toda la vieja sociedad criolla, ya muy afectada por la guerra de independencia, desapareció, y los miembros de la antigua sociedad predominante que sobrevivieron se convirtieron con rapidez en ciudadanos norteamericanos de hecho, adoptando las costumbres de Estados Unidos. Claro está que la antigua sociedad de los Baró y de los Pedroso había llegado a ser incoherente, inestable, inactiva; pero la Cuba colonial española tenía tradiciones y costumbres valiosas, aunque otras varias fuesen a veces ruinosas y autodestructivas.

El segundo factor a considerar fue la creciente identificación de la nación de Cuba tal y como estaba con el pueblo llano, con los obreros, con los negros, con los humildes. Los extranjeros podían controlar los ingenios azucareros y los demás medios de producción, pero eran los cubanos en conjunto quienes tra-

bajaban en ello (en conjunto, porque hubo también importación de mano de obra extranjera). El papel que seguían desempeñando los españoles en el comercio —que conservaron su nacionalidad después de la independencia— fue otro factor contrario. Entre los intelectuales y los escritores había ya, en 1920, una tendencia a identificar la Cuba real con los negros, con los esclavos de la industria azucarera, sobre todo después de la contribución negra al ritmo, al baile y en general al folclore cubano. Este reconocimiento de la aportación negra comenzó a rendir sus frutos hacia 1906 bajo la inspiración de Fernando Ortiz. El sentimiento de la ofensa recibida, la sensación de que los altos aunque informes ideales de Martí habían sido olvidados fueron haciéndose patentes en los círculos intelectuales cubanos desde la terminación de la Primera Guerra Mundial, aunque durante la prosperidad de aquellos años quedaron limitados a pequeños grupos. Aquellos sentimientos de ofensa y de frustración se concentraron en parte en el deseo de hacer de Cuba no un Estado anglosajón sino un Estado latinoamericano.

El poder confiere, se quiera o no, serias responsabilidades. Ejercer el poder económico en un país lleva consigo el disfrute del poder político. Es difícil reconocer que Estados Unidos se percató de ello; que se dio cuenta de su responsabilidad hacia Cuba, de sus deberes hacia ese país a principios del siglo XX. Es difícil admitir que supo ver a Cuba como un cuerpo político con su pasado, su presente y su futuro; que logró considerarla como algo más que una mera colonia. Como ya hemos dicho en los capítulos precedentes, hubiese sido mucho mejor tanto para Cuba como para Estados Unidos que, en 1902, o al menos en 1905, Norteamérica se hubiese hecho cargo del gobierno de Cuba. No quiso hacerlo porque la enmienda Teller se lo prohibía y porque tenía miedo Norteamérica del peso de un imperio mundial que le hubiese acarreado la enemistad de los europeos

con los que deseaba entenderse sin dificultades. Pero sin duda las consecuencias habrían sido mucho mejores que las que se derivaron de la solución de compromiso que eventualmente se arbitró.

El temor, la amenaza o el deseo ante la intervención de Estados Unidos iban a ser el eje en torno al cual giraría la vida política de Cuba durante treinta años, a partir de 1902. Pocos cubanos deseaban seriamente ser absorbidos por Norteamérica, pero en cambio estaban ansiosos de utilizar el poder legal aparente de Estados Unidos (de acuerdo con la enmienda Platt) para triunfar sobre sus oponentes políticos.

Libro VI

La Revolución de 1933

Al igual que el hueso al cuerpo humano y el eje a una rueda y el canto a un pájaro y el aire al ala, así es la libertad la esencia de la vida. Cualquier cosa que se haga sin ella es imperfecta.

José Martí

45

Sumner Welles

La revolución de 1959 fue una continuación de la de 1933, como la Segunda Guerra Mundial fue una consecuencia de la primera, o como la Revolución rusa de 1917 siguió a la de 1905. La clase media de Cuba recibió una advertencia a la que prestó poca atención. Después, ya fue mucho menos fácil esperar que sus hijos radicales tuvieran fe en las soluciones liberales.

A principios de marzo de 1933, Cuba esperaba. *Denuncia*, el órgano del ABC de la clase media, que se distribuía clandestinamente, estaba lleno de amenazas. *Alma Mater*, el igualmente clandestino boletín de noticias de los estudiantes, atacó al embajador Guggenheim. La zafra iba por mal camino, y sólo funcionaban 125 ingenios; pero no estaba claro hasta qué punto esto se debía a la eficacia de la huelga o a la desgana de los propietarios de financiar el trabajo mientras que el precio del azúcar seguía siendo bajo. El ministro británico, *sir* John Broderick, empezó su informe sobre el año a principios de 1933 haciendo el comentario de que en la esfera económica y política «la situación estaba empeorando rápidamente». Ni siquiera creía que Estados Unidos fuera a dar «facilidades» a Machado al margen del gobierno hasta que sus banqueros no hubieran cobrado. Machado telegrafió a Roosevelt el día de su toma de posesión: «En esta hora, difícil en todas partes, los mejores deseos de un completo éxito desde esta República que debe su nacimiento no sólo al sacrificio de sus hijos, sino a la noble y decisiva ayuda de Estados Unidos».

Pero en la política cubana estaba ocurriendo un curioso cambio: el apasionado intervencionismo del ABC y de la oposición ortodoxa, estaba llevando a Machado a adoptar una posi-

ción nacionalista, empujándolo hacia una postura que tenía algunos puntos de contacto con la de la extrema izquierda. Los comunistas, por ejemplo, apenas habían comenzado la gran huelga azucarera cuando empezaron a apreciar más claramente que la consecuencia de la guerra a ultranza contra Machado sería la intervención, incluso la ocupación; así que, gradualmente, en unas semanas, se concluyó un pacto con la visita a Machado de César Vilar, el secretario general de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), junto con otro camarada, Vicente Álvarez, un trabajador de la industria cigarrera de La Habana.

Dadas las circunstancias, este acuerdo fue naturalmente denunciado por la izquierda democrática; mas para los comunistas tenía una cierta lógica demente. Como luego dijeron: «El Comité Central consideró que la lucha armada contra Machado conduciría a una inminente intervención. Por lo tanto, desde principios de abril, la CNOC pidió el fin de la gran huelga general, aunque francamente su llamamiento no tuvo éxito». Al mismo tiempo, la maquinaria de propaganda comunista se apresuró a denunciar al ABC como «fascista», mientras que al mismo tiempo, la opinión extranjera «responsable», como la de la embajada británica, consideraba al ABC como extremadamente peligroso e irresponsable.

Una señal interesante del estado peligrosamente volátil de la fuerza política cubana, fue el incesante rumor de que los negros y mulatos de Cuba estaban «detrás de Machado». Un diario del ABC observó incluso: «Si le sobra comida, désela a un perro y no a un negro». Cierto que muchos miembros de la policía de Machado eran mulatos, y él, como los otros líderes políticos de Cuba, había tenido siempre cuidado de aprobar y dar dinero a los cultos africanos.

Mientras tanto, en Washington se especulaba sobre quién sería el nuevo embajador norteamericano en La Habana. Roose-

velt designó a su viejo amigo Sumner Welles, quien tenía experiencia diplomática, era rico, capacitado, orgulloso y ambicioso. Era alto de estatura y vestía siempre correctamente. Había sido amigo de Roosevelt desde que ambos habían estado en la escuela de Groton. Ganó renombre como autor de *Naboth's Vineyard*, una historia muy detallada de la República Dominicana. Más que un embajador era un procónsul, más un político que un funcionario público, y fue evidente desde el principio que la personalidad de Welles causaría en La Habana una gran impresión para lo bueno y lo malo.

Llegó el 8 de mayo, esperado en el muelle por una gran muchedumbre que luego lo siguió a todas partes. Los diarios cubanos daban cuenta de su menor movimiento, detalles de sus trajes, el precio y la comida de su perro. El 13 de mayo, Welles entregó a Machado una carta particular de Roosevelt, muy amable, en la cual, después de expresarle sus buenos deseos, declaraba a Machado que todo lo que dijera a Welles podía ser considerado como dicho a «él». Machado «agradeció mucho el gesto». Contestó a Welles afirmando que la oposición no tenía programa constructivo, ni ningún plan que no fuera tratar de derrocarle. Continuó diciendo que deseaba restablecer la Constitución, y levantar la censura, y que ya había puesto en libertad a muchos presos políticos. Personalmente, daba la bienvenida a cualquier mediación de Estados Unidos. Siguió luego una discusión acerca de los futuros acuerdos económicos entre los dos países. Welles, después de esta su primera entrevista, se marchó pensando que ahora «no es tiempo para un cambio. El presidente Machado está capacitado para mantener el orden, debido a la indudable lealtad y disciplina del ejército cubano». Esperaba que Machado «hiciera concesiones», e informó de que un acuerdo comercial recíproco «no sólo revivificaría a Cuba, sino que nos daría prácticamente el control de un mercado que habíamos estado perdiendo rápidamente en los pasados diez

años, no sólo para nuestros propios productos manufacturados, sino para nuestras propias exportaciones agrícolas…».

Pero Welles no podía dedicarse con tranquilidad a la diplomacia comercial. El 15 de mayo llegaron noticias de una pequeña revolución en Santa Clara. Los rebeldes se concentraron en las colinas, cayeron sobre el puesto de guardia de una aldea, mataron a los soldados y regresaron a las colinas con sus armas y provisiones.

Welles inició negociaciones con la oposición. Primero se aproximó a los editores de los periódicos contrarios al gobierno; luego se entrevistó con Cosme de la Torriente, un cubano de sesenta años, de la generación de la guerra de independencia, de reputación intachable, que en tiempos de Zayas fue secretario de Estado y embajador en Estados Unidos, y con Menocal embajador en la Sociedad de Naciones. La prensa empezó a especular de nuevo: «Welles se entrevista con el doctor Zayas»; «Welles estuvo dos horas con Torriente». Welles dio especial énfasis al hecho de que la embajada de Estados Unidos estaba abierta a todos, y desde finales de mayo empezaron a acudir a ella regularmente visitantes de todas clases (excepto los estudiantes, los del gobierno, los comunistas y los menocalistas que estaban en Miami). De la Torriente siguió siendo el principal contacto, aunque se oponía a la intervención. Por su parte Machado declaró en una entrevista que concedió al editor del *Diario de la Marina*: «Me gustaría que mis oponentes quisieran, como buenos cubanos, discutir sin prejuicios los problemas pendientes… Si me convencen de que estoy equivocado se salvarán de las penalidades del exilio, y salvarán al país de los furiosos efectos de la prolongada agitación».

El 2 de junio, Welles y Machado se entrevistaron por segunda vez; Welles dijo que la única esperanza para Cuba era una nueva ley electoral basada en las recomendaciones de un experto constitucional, que él, Welles, podía buscar. Esto supondría

la completa libertad para la reorganización de los partidos que habrían de participar en las elecciones, junto con varias otras reformas como la limitación de los períodos presidenciales a cinco años. Machado se mostró de acuerdo con todo y dijo que le gustaría dimitir de la presidencia «después de la elección de un vicepresidente». Welles comunicó a Hull refiriéndose a Machado: «no le indiqué… cuándo pensaba que tal retiro por su parte… fuera deseable».

Welles confiaba ahora en el apoyo de toda la oposición burguesa: Mendieta, Méndez Peñate y Miguel Mariano Gómez de la Junta de Nueva York. De este grupo sólo seguía recalcitrante Menocal, quien continuaba en Miami. Sin embargo, el personaje central de los cálculos de Welles era De la Torriente, por no haber tomado parte en política últimamente. El 7 de junio, Machado dio las seguridades que Welles había pedido, y el 10 de junio, De la Torriente publicó una declaración en favor de negociaciones entre todos los partidos y respaldando implícitamente a Welles como mediador. El 16 de junio, los jefes del ABC entregaron a Welles un memorando «aceptando mi amistosa mediación… en el entendido de que [ella]… no tendría aspecto de intervención, sino que pudiera interpretarse como un esfuerzo amistoso del representante de un gobierno amigo». El ABC prometió también no provocar más agitación, a menos que las negociaciones se prolongaran indebidamente. El 15 de junio, Menocal aceptó también la mediación de Welles; la OCRR, la organización de profesores de escuelas superiores, y los catedráticos universitarios se mostraron de acuerdo también, y el 21 de junio, Roosevelt declaró que recibiría muy bien un acuerdo general. También Machado dio su bienvenida a Welles, con frases mesuradas, en un editorial del *Heraldo de Cuba* de Ferrara del 22 de junio.

El 17 de julio, Welles pudo resumir personalmente ante Roosevelt:

> Machado y tres partidos políticos organizados de la República han aceptado formalmente mi oferta de buenos oficios, y todas las facciones importantes de la oposición se han adherido, con la excepción del pequeño grupo, cada vez más pequeño, que rodea al general Menocal. No puedo dar mucha importancia a los grupos de estudiantes. Aunque ellos no han expresado su aprobación a lo que estamos tratando de hacer, por lo menos han declarado que suspenderán todas las actividades terroristas.

Welles meditó sobre cuál sería el mejor curso a tomar para el cambio constitucional, y pidió permiso para insistir en que las próximas elecciones tuvieran lugar en 1936, y para hacer un par de sugerencias sobre el nuevo tratado comercial a concluir en cuanto se hubiera vencido la crisis constitucional. Pero cuando se llegó a la cuestión esencial de la restauración de las garantías civiles ordinarias, Machado puso obstáculos, diciendo que esto no se podía hacer a menos que la oposición prometiera no alterar el orden público. Welles telegrafió a Machado, insistiéndole, pero Machado se negó a aceptar órdenes, y cuando Welles pidió una entrevista, Machado contestó que estaba enfermo. Una ley de amnistía que afectara a ambos bandos (a los hombres de Machado y a los de la oposición), a pesar de lo mucho que disgustaba a la oposición abandonar la idea de venganza, era el único modo de convencer a Machado para que aceptara ceder en lo de las garantías constitucionales. Presentada a la oposición, esta la aprobó. En la mañana del 26 de julio, Machado promulgó la ley de amnistía; también se entrevistó con Welles, quien insistió para que se permitiera regresar a Cuba a Mendieta, Méndez Peñate y Miguel Mariano Gómez; pero Machado contestó a Welles que no quería tratos personales con Gómez, de quien sabía que estaba planeando el asesinato de él y de su familia.

Las negociaciones prosiguieron con los principales grupos políticos: las discusiones empezaron con la reforma constitucional; el 28 de julio los operadores de telégrafos demostraron saber dónde estaba el poder yendo a ver a Welles a pedirle la paga, y poco después Welles creyó necesario establecer un co-

mité de quejas, dirigido por Guillermo Belt y Orosman Viadenibule, representantes del ABC para ocuparse de todas las acusaciones y peticiones, tuvieran algo que ver con la mediación o no.

Las relaciones entre Machado y Welles siguieron empeorando. En Washington el diplomático Jefferson Caffery (que ya había sido nombrado sucesor de Welles y ahora estaba actuando como subsecretario ayudante hasta que él regresara) recibió la visita del embajador cubano, Óscar Cintas, quien se quejó de que Welles se negara a negociar un nuevo tratado económico hasta que se hubiera llegado a un acuerdo en las discusiones políticas, aprovechándose así de los apuros económicos de Cuba para presionar sobre Machado a fin de que este se plegara a los deseos de Welles. Cintas dijo que en estas circunstancias o Machado sería fusilado o los marines tendrían que desembarcar. Caffery negó que las cosas fueran a ser así, pero no logró convencer a Cintas. Entretanto Welles se quejó a Machado de que corrían muchos rumores de que los miembros del gobierno se oponían a la mediación, y estaban utilizando «la policía secreta para atizar… manifestaciones populares y tratar de conseguir una huelga general… que presumiblemente provocaría tal desorden que el gobierno se vería obligado una vez más a declarar la ley marcial». Reinaba la incertidumbre.

46

La caída de Machado

Al comenzar agosto de 1933, Cuba presentaba un cuadro de desánimo y desconcierto; había huelgas graves en todos los sectores de servicios de La Habana, entre las que figuraba por primera vez la de los ferroviarios. Los diarios dejaron de publicarse. Los bares y cafés fueron cerrados por primera vez en su historia. Había escasez de alimentos. Casi todos los establecimientos habían cerrado sus puertas y se veía a poca gente por las calles. Todo el mundo se preguntaba que «cuándo desembarcarían los marines norteamericanos». Nadie sabía cómo estaban organizados los huelguistas, y Gonzalo de Quesada, que entonces trabajaba para el ABC dijo en el *New York Times* que eran espontáneos. El ABC negó que tuviera nada que ver con ello. Cierto que, por otra parte, el Partido Comunista había respaldado la huelga, y Martínez Villena, con mucho el más inteligente de los jefes comunistas de la época (aunque gravemente enfermo de tuberculosis) regresó secretamente de la Unión Soviética en mayo. Protestaban contra la mediación de Welles y urgían «la confiscación revolucionaria de las tierras que pertenecían a los grandes terratenientes e imperialistas». Se pidió a los soldados que «fraternizaran con sus hermanos de clase y los campesinos pobres y se negaran a perseguirlos y atacarlos». Hubo numerosas insurrecciones armadas esporádicas de trabajadores, eco de las sublevaciones de esclavos de la década de 1840, e incluso se pidió la jornada de ocho horas, el fin de la enmienda Platt y la «formación de un Ejército Rojo». Estas exhortaciones a contribuir al derrumbamiento del régimen animaron a Machado, ya que ahora podía justificar que era necesaria la ley marcial. Pero era un error pensar (como Welles pensó) que estas huelgas formaban parte de un plan preestablecido.

Por el contrario, el 4 de agosto, los impresores se dirigieron a Welles pidiendo el derrocamiento de Machado como precio para la vuelta al trabajo: temían, y Welles no pareció contribuir a quitarles ese temor, que la intervención sería inevitable si Machado seguía en el poder; un impresor dijo que ellos sólo habían incluido la petición de derrocamiento de Machado por temor a las «thompsons del ABC».

En estas circunstancias, Welles almorzó con Machado, quien «estaba muy nervioso y exasperado», aunque se mostró cortés en la conversación. Dijo que la mediación había debilitado mucho la autoridad del gobierno, y que personalmente estaba dispuesto ahora a cualquier solución justa con tal de que él no fuera «arrojado a la calle». Welles, comportándose más como si fuera el jefe de la oposición que un embajador, estuvo de acuerdo en que se impidiera a la oposición por un tiempo la publicación en los periódicos de quejas contra el gobierno.

Welles pasó buena parte de la noche del 5 de agosto y toda la mañana del 6 en «entrevistas continuas» con los jefes de la oposición. Ahora estaba firmemente encargado de librarse de Machado sin que hubiera intervención. Machado, por otra parte, vio que el temor a la intervención era una buena carta a su favor. Por lo tanto, durante toda la semana siguiente ambos forcejearon, dándose cuenta cada uno de ellos de que sus carreras, y en el caso de Machado la vida, estaban tan comprometidas que ninguno podía ceder. No sabían a favor de quién estaba el tiempo, pero ambos sospechaban que del otro.

Poco después, el ABC difundió la falsa noticia de la dimisión de Machado; su locutor dijo: «Es necesario que la multitud salga a la calle de modo que Machado pueda ver su impopularidad». Ante esto, se interrumpieron el silencio y el vacío que había durado varios días, y una gran manifestación se dirigió hacia el Capitolio, cantando y gritando consignas. (Machado estaba en el campo). Esto puso a Ainciart, el jefe de la policía, ante el

grave problema de permitir a los manifestantes que entraran en el palacio o de disparar contra ellos. Primero mandó expertos a que «salieran y disolvieran los grupos». Luego la policía disparó al aire. Hubo un pánico general. La gente echó a correr y un policía fue muerto por un tiro que salió del Gallegand Club. Esto provocó represalias, y en las horas siguientes dieciocho personas fueron muertas y un centenar resultaron heridas. Machado regresó del campo para hablar por radio desde la jefatura de policía; repitió que estaba dispuesto a aceptar una mediación; pero añadió que si Estados Unidos desembarcaba un solo soldado, Cuba resistiría con las armas.

Por entonces Welles había llegado a la conclusión de que «era necesaria una positiva acción de fuerza del gobierno de Estados Unidos para que nuestro prestigio aquí y en el resto del continente no quede seriamente perjudicado». Su punto de vista era que:

> Si el presidente Machado sigue en el poder, sólo podrá hacerlo por los métodos más brutales… Si se permite que continúe la presente situación… Estoy seguro de que se producirá un estado de completa anarquía, que forzará al gobierno de Estados Unidos a intervenir contra su voluntad. [Y añadió:] Voy más lejos para destacar… que… el tratado permanente [es decir, el de 1902] nos impone responsabilidades con respecto al pueblo cubano. No veo cómo el gobierno de Estados Unidos puede, en vista de las obligaciones que le impone el tratado, continuar apoyando formalmente al gobierno cubano, que de modo continuo ha privado al pueblo cubano de sus derechos constitucionales, y que es culpable de atrocidades que horrorizaron a todo el continente, negándose a considerar la posibilidad de una solución honesta *y cubana* de esta situación desastrosa… Creo que si el presidente Machado se niega a convenir en una solución… el gobierno de Estados Unidos debería… retirar el reconocimiento. No creo que esto… nos obligara a intervenir; si al presidente se le advirtiera que le retiraríamos el reconocimiento… se vería obligado a aceptar [la]… solución propuesta por la mayoría de los miembros de su gobierno, por el ejército y por la mayoría del Congreso… Pero si persiste, sin embargo… no creo que su gobierno pueda mantenerse más allá de un período muy breve… [tras lo cual] tengo razones [las del ABC] para creer que la situación continuará lo suficientemente bajo control como para hacer necesario que el gobierno de Estados Unidos emprenda ni siquiera una breve intervención armada.

Roosevelt intervino ahora en la crisis; vio al embajador Cintas por la tarde del 9 de agosto. Dijo que Machado podía pasar a la historia de Cuba como un gran patriota, sólo con que aceptara el plan de Welles, el cual actuaba con plena aprobación presidencial; él personalmente «no tenía deseos de intervenir; pero era nuestro deber hacer lo posible para evitar que el pueblo cubano sufriera el hambre y el caos». Cintas dijo que Machado no podía permitir que lo forzaran a dejar la presidencia. Roosevelt sugirió que con la excusa de la crisis económica, no la política, Machado podía salvar la cara; si Machado tenía que marcharse para librar a los cubanos de la inanición, él tendría un rasgo de nobleza: enviaría a La Habana buques cargados de alimentos para beneficio de los cubanos.

Sin embargo, en La Habana estaban pasando más cosas de las que Welles había informado. Avanzada la noche del 10 de agosto estuvo hablando un buen rato con el general Herrera, a quien esbozó la idea de que Machado pidiera permiso de ausencia hasta que entrara en funciones un vicepresidente; luego vendría la dimisión inmediata de todos los miembros del gobierno, exceptuando al propio general Herrera, quien actuaría como jefe del gobierno hasta la entrada en funciones del vicepresidente. Herrera aceptó este plan con presteza, y Welles decidió proponérselo a Ferrara la tarde siguiente. (Esto parecía prometer que Herrera actuaría como jefe del gobierno hasta febrero). Este nuevo plan de Welles serviría a Machado para salvar la cara, puesto que entregaría el poder a uno de los ministros de su propio gobierno (el otro hombre al que Welles consideró proponer como presidente en funciones, Céspedes, embajador en México y nieto del libertador de 1898, era un hombre sin mucha fuerza). A Machado le sería garantizada la vida, así como la de los otros políticos del Partido Liberal; el plan garantizaría también el orden público, dado que el ejército respetaba a Herrera. «Los poderosos líderes de la oposición —dijo

Welles— han decidido por unanimidad aceptar esta propuesta, ya que, según creen, es el único método de obtener la dimisión de Machado y de evitar la intervención norteamericana, que en su opinión Machado está dispuesto a forzar».

En la tarde del 11 de agosto, Ferrara dijo a Welles que Machado aceptaría el último plan del embajador y pediría al Congreso permiso de ausencia no más tarde del miércoles de la semana siguiente; también pediría la dimisión de todos los ministros del gobierno, exceptuando a Herrera, y dimitiría efectivamente cuando este último empezara a actuar como vicepresidente. Pero Machado tenía también otra idea que estaba meditando: pedir una nueva versión de la enmienda Platt, la prolongación indefinida de la administración existente y la petición de ayuda económica. En cuanto esto hubiera sido rechazado, aseguró Ferrara a Welles, Machado seguiría adelante con su petición de permiso de ausencia. Ferrara quería también que el ABC diera garantías de orden público. Mientras tanto la última «idea luminosa» de Welles estaba produciendo muchos comentarios adversos entre la oposición. Ferrara y Ramiro Guerra, secretario de Machado, empezaron a redactar un documento para que lo firmara el presidente, en el cual la frase principal era: «Si Estados Unidos desea el bien de Cuba, debería hacer que mi marcha concurra con una serie de medidas indispensables», tales como la «aprobación de un tratado de reciprocidad, una reducción del 50 por ciento de los derechos norteamericanos sobre los productos cubanos», y una revisión de la enmienda Platt. Machado estaba, pues, decidido a caer luchando. Pero mientras se redactaba este documento hubo claras señales de que si Machado no se marchaba pronto caería de todos modos.

El ejército había sido por supuesto el principal apoyo de Machado. Muchos oficiales habían sido acusados por la oposición de quebrantar la ley para servir al presidente. Con la dimisión de Machado quedarían indefensos: esto predispuso a muchos

oficiales a hacer toda clase de esfuerzos, incluso a última hora, para cambiar de bando. Hacia las 13 horas del 11 de agosto, el coronel Erasmo Delgado fue a los cuarteles de Máximo Gómez, donde se alojaba el regimiento de artillería que custodiaba los edificios públicos. Abiertamente incitó a las tropas a la rebelión, y este movimiento se propagó rápidamente. Varios altos jefes del ejército fueron hechos prisioneros. Machado se fue del palacio al Campamento Colombia temiendo que a él lo apresaran también. Allí el coronel Castillo declaró que apoyaba al presidente, así como los otros cuarteles de La Habana y sus alrededores (Cabañas, Atarés y San Ambrosio). En estos momentos el general Herrera, todavía presidente provisional electo, según el plan de Welles, al enterarse de la rebelión, fue solo a los cuarteles Máximo Gómez, donde Delgado le dijo que él y sus amigos se habían sublevado para evitar la intervención. Todos parecían aprobar la idea de que Herrera se hiciera cargo del poder provisionalmente. Herrera fue a ver a Machado y este regresó a palacio.

Aquella noche, 11 al 12 de agosto, reinó un gran silencio. Las calles estaban solitarias. Herrera parecía ser el amo de la situación. Machado se estaba preparando para marcharse, y alguien le dijo con crudeza que los altos oficiales exigían que se marchara al día siguiente.

Pero Welles tenía ahora otras intenciones respecto a Herrera. Su primitiva elección había recaído en el anodino diplomático Céspedes (quien no tenía gran cosa que ofrecer aparte su apellido), y era de nuevo hacia Céspedes donde volvía a poner sus pensamientos. A medianoche, Welles se entrevistó con tres jefes del grupo de oficiales disidentes: los coroneles Delgado, Sanguily y Horacio Ferrer. Welles les hizo comprender que si Herrera aceptaba la presidencia, seguiría una intervención norteamericana. El teniente Zayas Bazán, del cuerpo de aviación, y su hermano, un civil que trabajaba para la radiodifusión, impro-

visaron una emisora que pidió que se obligara a Machado a entregar el poder a un «civil imparcial». Herrera y Machado quedaron estupefactos, y el primero telefoneó a Welles, quien le contestó que no sabía nada de eso. Pero a la una de la madrugada ambos se entrevistaron con De la Torriente, en casa de Herrera. Welles aseguró a Herrera que no era él, sino el ejército, el que impedía que se pudiera cumplir el primer trato. Herrera telefoneó a Orestes Ferrara, quien pidió que el pacto se mantuviera, diciendo que el ejército aceptaría a quien quisiera Welles, y este de nuevo convino en aceptar a Herrera, así que a las cuatro de la madrugada Sanguily y Delgado aseguraron a Welles que aceptarían a cualquier cubano, con tal de que Machado se fuera; sólo con ese sobrentendido los miembros de todos los partidos se irían a la cama.

Dos horas más tarde, a las seis de la mañana del 12 de agosto, la radio del cuerpo de aviación y el ABC radical lanzaron sus ondas al aire. Proclamaron que Machado había dimitido ya en favor de Herrera. Pero a las siete dijeron a Welles que Sanguily y los oficiales habían cambiado otra vez de idea, y que no aceptarían a Herrera, ya que temían que la mayor parte de la oposición lo tuviera por demasiado implicado con Machado. El público recibió calmosamente la noticia de la dimisión de Machado: estaba acostumbrado a los rumores sin fundamento. A primeras horas de la mañana, sin embargo, empezó a verse claro que esta vez el rumor no carecía de base. Welles apareció brevemente en el balcón de la embajada de Estados Unidos acompañado de Sanguily, Tina Forcada, Hortensia Lamarr y Raúl de Cárdenas. Empezaron las aclamaciones. La bandera del ABC fue llevada al balcón por Martínez Sáenz, Saladrigas, Guillermo Belt y Erasmo Delgado. Al mismo tiempo, los pasillos del palacio presidencial, siempre llenos de visitantes, quedaron vacíos:

> En el gran patio central se podía oír a los soldados golpeando el suelo con las culatas de sus fusiles para rendir el último saludo… a través de los amplios ventanales… se podía ver a un lado y a una distancia de menos

> de tres cuadras, a los vencedores (es decir al ABC), todavía temerosos de dejar la protección de la bandera norteamericana. Y por todos lados un gran gentío gritaba de entusiasmo o lanzaba improperios contra Machado…

A las nueve y media, Machado bajó tranquilamente en el ascensor. Ferrara, Ramiro Guerra y Lamar Schweyer, los tres distinguidos historiadores, se asomaron al balcón para contemplar la marcha del presidente. En la calle la muchedumbre se dividió en dos para permitir que los coches de la comitiva de Machado pasaran entre un tétrico silencio. Los vehículos se alejaron, creando siempre oleadas de profundo silencio. La policía abandonó su guardia, temerosa del ABC. Guerra mientras tanto redactó un decreto por el cual Machado aceptaba la dimisión de todos los ministros exceptuando Herrera, y Ferrara redactó una declaración por la cual Machado pedía al Congreso permiso para ausentarse. La multitud que había fuera se acercó. Lamar Schweyer telefoneó a Welles para decirle que sus vidas estaban en peligro y Welles contestó que no podía hacer nada. Ferrara tomó el teléfono para decirle: «Usted, señor embajador, es el único que puede impedir hoy un espectáculo que no ha ocurrido nunca en nuestra historia. En caso contrario mucha gente morirá. Observe en qué estado se halla el público». «¡Oh, doctor! —repuso Welles—, son sólo manifestaciones de alegría». Ferrara colgó violentamente después de que Welles le dijera que llevara esos documentos de dimisión a casa de Herrera. A pesar de todo los llevó, atreviéndose a ir en coche, acompañado de Ramiro Guerra y Lamar Schweyer; al igual que Machado, a su paso fueron creando silencio. Una vez se hubieron ido, la muchedumbre se alejó del palacio, tras colocar un cartel de «Se alquila» sobre la puerta principal. Los tres antiguos partidarios de Machado empezaron pronto a pasar junto a coches llevando la bandera verde del ABC: «Al ver a esos hombres enfurecidos, sudando, roncos de tanto gritar, con los ojos saltándoseles de las órbitas, sedientos de venganza, y ondeando su bandera ver-

de como Mahoma, comprendimos que estábamos perdidos». Era inevitable el derramamiento de sangre.

En casa de Herrera esperaban varios oficiales y congresistas. Herrera ya no se podía dominar más. Llegó Welles y lo instó a dimitir, no sin antes nombrar a Céspedes secretario de Estado y renunciando luego a su favor. Sanguily y Erasmo Delgado, Céspedes y De la Torriente aparecieron entonces y apoyaron esta propuesta. Herrera les hizo el juego, aunque legalmente no era presidente, ya que el Congreso no había concedido a Machado el solicitado permiso de ausencia. Sin inmutarse por eso, Welles saludó a Céspedes como presidente. Sanguily y Delgado presumieron de «haber salvado a su país de la intervención». Entonces se dio al público una nota resumiendo los acontecimientos.

Esta fue la señal para la violencia. Las masas irrumpieron en el palacio presidencial vacío y saquearon los dos pisos inferiores. Por los balcones se arrojaron libros, pianos, máquinas de escribir, jarrones y muebles. Lo que no se tiró, fue destruido. Podía verse la bandera verde del ABC por toda la ciudad. La primera víctima fue el jefe de la porra, coronel José Antonio Jiménez, al que la muchedumbre acorraló en la esquina de Virtudes y el Prado: lo lincharon. Los estudiantes empezaron a matar policías por doquier, y las vidas y las casas de todos los políticos de la época de Machado, restos del Partido Conservador, así como del Liberal, corrieron inmediatamente peligro. Un tembloroso grupo de tres congresistas fue a aceptar la solicitud de Machado de un permiso de ausencia, y se reunió a la luz de las velas para no llamar la atención. Ferrara, Averhoff y la mayoría de los líderes escaparon por aire; el general Herrera estuvo escondido algunos días en el Hotel Nacional. Finalmente, en la noche del 12 al 13 de agosto, Machado salió en avión para Nassau, llevando cinco revólveres, siete maletas con oro y cin-

co amistades en pijama; llegó al amanecer, y a última hora del día su familia salió escoltada de La Habana, en un barco.

47

El gobierno de la clase media

En los primeros años del siglo XX, Estados Unidos intervino en los asuntos internos de muchos países, no sólo en los de Cuba. Fuerzas armadas de Estados Unidos penetraron en territorios de países extranjeros veinte veces entre 1898 y 1920, casi siempre como resultado de «situaciones de desorden» o «peligro de caos», que generalmente afectaban a la legación de Estados Unidos, la «colonia norteamericana» y los intereses económicos norteamericanos. Desde 1920 fueron menos las ocasiones en que se manifestó este intervencionismo, en parte como resultado de la política del presidente Wilson, de defensa de los principios democráticos, y en parte como resultado de la oposición política a que los marines apoyaran intereses comerciales. Pero la política fue específicamente la misma. Los marines desembarcaron en Honduras en 1924, gobernaron Nicaragua de 1912 a 1925, la República Dominicana de 1916 a 1930 y Haití desde 1915 a 1934; al principio intervinieron en parte por el temor de una ocupación alemana e incluso francesa.

La experiencia nicaragüense de 1926-1927 fue el punto culminante; pocas intervenciones tan oportunistas como esta, llevada a cabo por el secretario de Estado Kellogg, planificador de la paz perpetua, para impedir que el presidente liberal ganara las elecciones.

Esta experiencia ejerció una profunda influencia en Stimson y el Departamento de Estado en su conjunto. Se descubrió que la mera supervisión electoral no era suficiente, y que la intervención complicaba a Estados Unidos en actividades muy diversas, y sobre todo, visto desde una perspectiva a largo plazo, en la lucha contra el patriota revolucionario, o «bandido», que

se había proclamado a sí mismo el salvador de Nicaragua, hombre de gran atractivo popular: el «general» Sandino.

Franklin D. Roosevelt tenía muchas ventajas sobre su predecesor en lo referente a América Latina. Conocía bien Centroamérica y Sudamérica, había visitado Cuba y Panamá como secretario ayudante de la Marina, y estaba bien informado sobre Haití y la República Dominicana. Sabía leer español. Era lógico que estuviera más interesado en los problemas de América del Sur que cualquier otro presidente anterior o posterior, exceptuando, quizá, a su pariente Theodore, o a Kennedy.

Durante el siglo XIX Estados Unidos había defendido con éxito los principios de la doctrina de Monroe, a veces puntualizándolos (como cuando el presidente Grant declaró que «a partir de ahora ningún territorio de este continente será considerado como sometido a una potencia europea»). Esta política fue adoptada siempre en nombre de la libertad; y hasta 1890, se puede decir que hasta la guerra con España y la época de Martí, esta interpretación fue en general aprobada por las repúblicas de América del Sur. Los norteamericanos se opusieron a la intervención francesa en México, y al regreso de los españoles a la República Dominicana, lo que fue bien visto. Las propuestas aduaneras y monetarias de Blaine señalaron el principio de una nueva actitud, y durante el primer cuarto del siglo XX empezaron a aumentar las dudas acerca del altruismo de Estados Unidos, durante la era de expansión comercial y la intervención política en ocasiones.

En Cuba, y durante 1933, se dio un nuevo tipo de intervención: el embajador de Estados Unidos logró que se retirara del poder un gobierno relativamente impopular, y luego puso ese poder en manos de un sucesor neutral al que nadie apoyaba. La consecuencia fue una nueva revolución y la subida temporal al poder de un gobierno radical que a pesar de las condiciones anárquicas pareció prometer mucho. La desgana de la adminis-

tración de Estados Unidos a reconocer a este gobierno causó su caída, acto que arrojó largas sombras sobre los acontecimientos de la década de 1950, una generación después.

En Cuba, a mediados de 1933, parecía a primera vista que Sumner Welles había ganado una gran victoria. «Cálidas felicitaciones» le enviaron Roosevelt y Cordell Hull. Welles parecía feliz, y Céspedes estaba muy atareado formando su gobierno. «En todas las grandes ciudades, incluyendo La Habana, la situación está controlada», telegrafió Welles el 13 de agosto; pero al día siguiente habló con más circunspección: «El control mejora —informó—, aunque fueron muchos los saqueos e incendios de casas». A pesar de ello «la situación está dominada en toda la ciudad». Aunque reconocía que en el barrio de «Marianao se habían producido algunas bajas», jamás contó al Departamento de Estado la verdadera situación de La Habana los días 12 y 13 de agosto. Por lo menos murieron mil personas y fueron saqueadas trescientas casas. El embajador británico hizo un relato mucho más verídico a su gobierno:

> Las escenas de venganza que se han visto… serán siempre un horrible recuerdo para quienes las presenciaron… Los cuerpos de los porristas más famosos fueron arrastrados por las calles.
>
> Poco después de la hora de la cena [informó] vi que la calle donde está la legación de S. M. estaba llena de gente frenética, que en aquel momento dirigía sus imprecaciones a los policías que estaban de guardia, amenazando con lincharlos; pero pasaron de largo dirigiéndose a la casa de mi vecino, un prominente senador… El saqueo… fue algo repugnante, porque mientras los negros se peleaban por los gramófonos y las sirvientas por los chales, familias bien vestidas que vinieron en Packards y Cadillacs, se apoderaron de los armarios Luis XV y de las sillas doradas.

Nadie hizo nada para contener lo que era en efecto un alud. Céspedes, elegantemente vestido de blanco, se dejó retratar abrazando a Welles y recibiendo las felicitaciones del agregado militar de Estados Unidos, coronel Gimperling. Pero lo que no retrató la máquina fotográfica era lo que estaba a unos pasos, «la civilización desgarrada de un golpe». «Los parientes de muchachos que habían sido torturados y asesinados iniciaron la

caza vengativa… conocían a los hombres que iban buscando porque los porristas jamás hicieron un secreto de sus matanzas… Las masas, así como el ABC, pedían sangre». El ABC tenía incluso una lista de porristas activos y de todos los relacionados con ellos, y tras la caída de Machado empezaron la caza del hombre. Un porrista, Leblanc, fue asesinado frente al Hotel Pasaje. Ainciart, el jefe de la policía de Machado, fue perseguido y asesinado el 19 de agosto. Las oficinas de *El Heraldo de Cuba* de Ferrara, fueron saqueadas y destrozadas, lo mismo que los domicilios del propio Ferrara, del secretario Averhoff, del general Molinet, Zubizarreta, Viriato Gutiérrez, Ramiro Guerra y Carlos Miguel de Céspedes. Por lo menos durante una semana se pudieron oír diariamente al amanecer los tambores que convocaban al pueblo para que fuera testigo de un saqueo o una ejecución; unos disparos de un rifle Springfield con su inconfundible silbido, y luego, el silencio. Bastaba que a uno le gritaran «¡Porrista!», para que se desencadenara una violencia terrible. Al mismo tiempo empezó por primera vez en La Habana, y no iba a ser la última, un «divertido y embarazoso período en que los norteamericanos de aquí volvían la cara… los gerentes de las compañías norteamericanas que generalmente se reunían en el American Club, y que se habían negado a creer… que Machado había cometido crímenes, [pensando que todo ello era]… invención de los periódicos». Estos cambios fueron facilitados por la llegada a puerto del *Taylor* y el *Claxton*, dos buques estadounidenses: Welles aseguró al comandante Howard que «ahora no había razón para que… desembarcara un solo hombre»; aunque añadió en su informe a Hull: «Confío en que la visita de estos barcos haya sido importante, aunque sólo sea por su efecto moral».

Céspedes, el nuevo presidente provisional, formó gobierno el 14 de agosto: incluyó a tres jefes del ABC (Joaquín Martínez Sáenz, Carlos Saladrigas y Guillermo Belt); Laredo Bru (héroe

de la Unión Nacionalista en 1923); Eduardo Chibás, rico ingeniero; Rafael Santos Jiménez (viejo seguidor y biógrafo de José Miguel Gómez); Nicasio Silverio (de la CNOC); Raúl Cárdenas (un menocalista que fue diputado en 1911); el doctor Presno (de la Universidad de La Habana), y el antiguo ayudante y amigo de Crowder y Wood, Demetrio Castillo Pokorny, sin partido. Dos que fueron luego miembros del viejo Partido Liberal (Estanislao Cortina y Miguel Ángel Cisneros), que habían logrado salvar algo del naufragio de su partido por Machado, y que se convirtieron respectivamente en alcalde de La Habana y presidente del consejo municipal. Welles comentó: «No hay ni un hombre… que no sea de elevada integridad personal». Uno se pregunta si esta doble negativa no ocultaba el hecho de que incluso al procónsul le parecía que faltaba algo. Todos estos nuevos ministros, del presidente del consejo para abajo, tenían puntos de vista muy pronorteamericanos; el propio Céspedes había nacido y se había educado en Estados Unidos; Chibás fue ayudante de campo del general Ludlow en el ejército de Estados Unidos en Cuba en 1898; Castillo Pokorny era casi más norteamericano que cubano. La mayoría de los hombres del ABC eran devotos admiradores de Norteamérica.

Welles, al parecer, no tenía la menor duda acerca de la importancia de la CNOC y el ABC y de su mantenimiento dentro del sistema. Parece, sin embargo, que no sólo desdeñó completamente a los comunistas y a la CNOC, sino también a los estudiantes, el ABC radical y el pequeño grupo de Ley y Justicia, encabezado por el superviviente de los hermanos Valdés Daussá, quienes, aunque relativamente pocos en número, eran audaces, activos y no estaban controlados. Welles se sentía aliviado por el hecho de que «muchos autobuses y taxis están circulando… muchas de las tiendas han vuelto a abrir… los tranvías volverán a funcionar hoy al mediodía… los ferrocarriles estarán en marcha al anochecer».

Sin embargo, este entusiasmo olímpico se desvaneció muy pronto: Demetrio Castillo, que se había hecho cargo del Departamento de Guerra, llegó a su casa el 15 de agosto a las ocho de la mañana y dijo que la situación

> era muy inquietante… la opinión pública estaba cada vez más en contra de que cualesquiera autoridades nacionales, provinciales o municipales que hubieran ocupado cargos bajo el antiguo régimen continuara ahora detentándolos… y en esto estaban de acuerdo la mayoría de los oficiales jóvenes… se había obligado a dimitir a ciertos gobernadores de provincia… o habían sido destituidos violentamente… si el gobierno insistía en reemplazar a los antiguos funcionarios… por la fuerza, el ejército se negaría a cumplir esas órdenes en muchos distritos… se estaba propagando la agitación contra el Gobierno por haber permitido la marcha… de tantos funcionarios del antiguo régimen que estaban complicados, según creencia popular, con las atrocidades cometidas por la administración de Machado.

El procónsul respiró profundamente y fue de acá para allá para ver a Céspedes, insistiendo en una «acción enérgica inmediata», consistente, según sugirió, en una declaración de que serían juzgados todos los culpables de crímenes, mientras estaba vigente una «tregua con respecto a la destitución… de los funcionarios impopulares». Céspedes se mostró de acuerdo y publicó la declaración; mientras tanto, Castillo «me insistió para que se marchara del puerto el *Taylor*… y a la vez me pidió… que hubiera refuerzos preparados en Key West y Guantánamo».

Hay otro comentario norteamericano que parece apropiado:

> El pueblo cubano [escribía Ruby Hart Phillips por entonces] es como unos niños que hubieran entrado de repente en el país de las hadas. Tienen un nuevo gobierno que hace nuevas promesas, y ahora [hay que oír a los cubanos decirlo], todo lo que tienen que hacer es sentarse y esperar la milagrosa recuperación de los negocios y aguardar que vengan los dólares… Confiadamente esperan un préstamo de quince millones de dólares aunque la isla no puede pagar lo que ya debe. El total de las obligaciones con el extranjero… ciento sesenta millones de dólares. [Y añadió:] Los borrachos se emborrachan día tras día, cosa nunca vista antes en la isla… los terroristas se pasan los días y las noches… bebiendo.

Parece que Welles llegó pronto a ser de la misma opinión: casi todo cubano esperaba que «el gobierno hiciera milagros sin demora». Pero incluso Céspedes, al fin y al cabo un funcionario civil, indicó que en todo el país había tal pobreza, que ningún gobierno podría hacerle frente.

Ya el 17 de agosto hubo rumores de más conspiraciones de los estudiantes y los comunistas contra Céspedes y el ejército. En estos rumores se mencionaba por primera vez a los suboficiales del ejército, aunque nadie les prestó atención. El 18 de agosto, un sargento taquígrafo, Fulgencio Batista, pronunció un discurso amenazador en el funeral de uno de los soldados asesinados por Machado, pidiendo mejores condiciones para los hombres alistados. El 20 de agosto, Menocal, todavía un oponente de Céspedes, regresó a Cuba sin ceremonia (signo amenazador que en modo alguno fue equilibrado por el regreso el 22 de agosto de otros dos desterrados, los coroneles Carlos Mendieta y Méndez Peñate). El día 24 de agosto, Céspedes dio un paso firme hacia la normalidad restableciendo formalmente la Constitución de 1902, y disolviendo el antiguo Congreso de Machado. Se convocaron nuevas elecciones para febrero. Sin embargo, tanto los estudiantes como Menocal pidieron un «gobierno firmemente *revolucionario*», empleando el adjetivo que ya había pasado a la oratoria cubana como sinónimo de patriotismo. Los estudiantes deseaban también una nueva Constitución «sin ninguna relación con el pasado».

Aquel día parece que Welles abandonó inexplicablemente toda esperanza de que Céspedes y el ABC pudieran gobernar constitucionalmente: dijo que Menocal estaba tratando de sobornar al ejército; Sanguily, el «único oficial de calidad», estaba enfermo:

> Los estudiantes y radicales de todos los colores irrumpen en las casas, linchando, obligando a dimisiones de exsenadores… congresistas… funcionarios públicos… Sólo esta mañana obligaron a dimitir al nuevo subsecretario de Comunicaciones. La situación laboral es por supuesto in-

> quietante… las plantaciones de caña están en muy mala situación, y sólo porque se aceptaron todas las demandas presentadas por los huelguistas en la finca Punta Alegre… se evitó la destrucción de propiedades y el posible asesinato del encargado norteamericano y de su familia.

Informes parecidos vinieron de toda la isla: el vicecónsul británico en Cienfuegos informó que «muchos huelguistas visitan los ingenios azucareros con demandas de mayores salarios, etc. Van en grandes grupos armados con grandes estacas y algunos llevan armas de fuego; bandas de hasta un millar de hombres». En Cienfuegos se mantuvo una huelga de panaderos, utilizando palos contra los esquiroles. Cada vez pasaban más molinos a manos de los trabajadores, a veces forasteros, a veces arrendatarios; pero casi nunca verdaderos empleados del molino. A insistente requerimiento de Céspedes, llegó a La Habana una misión compuesta de tres hombres: Adolf A. Berle Jr., John Laylin y James H. Edwards, a fin de ver qué es lo que podían hacer para ayudar a las finanzas cubanas. Hicieron un informe preliminar muy bien redactado; pero todavía no habían hecho nada cuando un terrible huracán interrumpió las comunicaciones en toda la isla durante tres días; en La Habana el viento sopló a más de 150 kilómetros por hora, mientras que en el pueblo de Isabella tuvo una velocidad de más de 200, y apenas si quedó una casa en pie.

Welles estaba desesperado. Su hora de triunfo se estaba agriando; ya había telegrafiado a su país pidiendo que lo sustituyeran para el 1 de septiembre. Pero Roosevelt insistió en que se quedara hasta el 15 de septiembre. Accedió, por desgracia para él. Sus estrechas relaciones personales con todos los miembros del gobierno Céspedes significaba que «lo consultaban diariamente para cualquier decisión en todas las materias». Para su desagrado el ABC parecía no tener más política positiva que perseguir a los antiguos porristas o cualesquiera otros partidarios de Machado. El 29 de agosto llegaron a verlo treinta «de los negociantes norteamericanos más prominentes de Cu-

ba», algunos de ellos seguros «de que agitadores comunistas "a sueldo de Rusia", estaban aprovechando la oportunidad de la formación de sindicatos y la promoción del sindicalismo, para instaurar… un régimen comunista». Welles, no del todo en lo cierto, les aseguró que el comunismo «no contaba todavía con ningún apoyo entre la clase trabajadora». Un «pequeño número de agitadores extranjeros se estaban aprovechando de la ocasión para atizar huelgas e inquietud laboral… [pero] no veo señales de "amenaza roja"».

Ciertamente en estos momentos el Partido Comunista de Cuba no estaba estratégicamente en una fuerte posición, debido al cambio de política de último instante en favor de un pacto con Machado. Rubén Martínez Villena fue obligado a reconocer este error para poder seguir perteneciendo al partido y tuvo que dejar camino libre a un desconocido zapatero de Manzanillo, Francisco Calderío, quien bajo el nombre de Blas Roca se hizo cargo de la secretaría general (Manzanillo era uno de los grandes centros del partido). Este cambio fue presidido por un representante del Comintern, un judío de origen polaco que vino con el nombre de «Juan». Es innecesario decir que los comunistas habían aprovechado la oportunidad para ajustar viejas cuentas: Magriñat, presunto autor del asesinato político de Julio Antonio Mella, figuró entre los muchos asesinados en aquellas semanas.

48

La revolución de los sargentos

Para sorpresa general, el clamor contra el gobierno «intermedio» y de clase media de Céspedes, no fue dirigido por los estudiantes y otros descontentos oponentes del general Machado, sino por un grupo de los que habían sido sus más próximos seguidores: los suboficiales del ejército. La «conspiración de los sargentos» de septiembre de 1933 estuvo encabezada por el sargento Pablo Rodríguez, presidente del Club de Hombres Alistados. Era un oficinista —hombre que quiso ser oficial pero que no aprobó los exámenes— y que había estado trabajando recientemente en las oficinas de una compañía. El segundo en importancia en el complot fue el sargento José Pedraza, natural de Santa Clara, el más estrictamente militar del grupo. Aunque sirvió en Santa Clara en la época en que el carnicero Arsenio Ortiz era comandante, no parece haber estado a sus órdenes directas. Manuel López Migoya, otro sargento de Pinar del Río, era el más discreto del grupo, y finalmente, en el círculo interior, estaba Fulgencio Batista, sargento taquígrafo originario de Oriente, quien había pronunciado un discurso amenazador en el funeral de Alpízar el 18 de agosto, y que al principio actuó como secretario del grupo. Se les unieron tres soldados rasos: Mario Alfonso Hernández, Ramón Cruz Vidal y Juan Estévez, y un cabo: Ángel Echevarría. A estos hombres se los conoció al principio como Junta de Defensa, Unión Militar Revolucionaria o Junta de los Ocho.

Este grupo se había formado al principio para evitar cualquier purga de militares de baja graduación que hubieran apoyado a Machado, y para tratar de que estos sargentos fueran ascendidos a oficiales sin necesidad de pasar examen. Parece que el movimiento no existía antes de la caída de Machado. El com-

plot pudo haber terminado en nada de no ser por la locura de un cabo, Capote, quien de modo temerario puso al corriente de los planes a un capitán muy popular llamado Torres Menier, pidiéndole que se uniera a los alistados. El capitán Torres Menier fue al club de estos para averiguar las quejas. Fue recibido por el sargento taquígrafo Batista, y el capitán negó que los sueldos de la tropa fueran a ser rebajados. Batista, en su nombre, pidió mejores condiciones. Torres Menier se retiró y regresó con otros oficiales, los cuales, viendo el estado de ánimo que había en la reunión, se ofrecieron a mediar. Batista rechazó estas ofertas y nombró, por propia iniciativa, a otros suboficiales para que se hicieran cargo de las compañías, dándoles instrucciones para que en lo sucesivo no aceptaran órdenes de sus propios oficiales. Torres Menier y sus colegas rogaron moderación; pero Batista, sin violencia ni hostilidad, entregó el mando del Campamento Columbia al sargento José Pedraza. Él mismo se trasladó a los cuarteles del primer batallón de infantería en la Maestranza, donde varios sargentos se negaron a unirse a la revolución. Batista dijo al cabo Óscar Díaz, un amigo, que mandara formar a todo el batallón y que arengara a los soldados, cosa que él hizo luego en el viejo cine del Campamento Columbia. Habló de los desórdenes del pasado, sin que los oficiales hubieran hecho nada para dominarlos. Hizo reproches al gobierno de Estados Unidos. Dijo a sus hombres que los oficiales quedaban bajo vigilancia, aunque no arrestados. Finalmente publicó un manifiesto para conocimiento general. Desde ese momento Batista había tomado el mando de la revuelta, dejando a todos sus colegas atrás por audacia, retórica y resolución. Parece que los soldados apoyaron la causa rebelde porque esperaban que les dieran unas botas mejores.

Así fue como entró Fulgencio Batista en la política cubana, que había de dominar en los veinticinco años siguientes. Era hijo de Belisario Batista, un trabajador del azúcar del noreste de

Cuba, y parece ser que nació en Veguitas, cerca de Antilla, el puerto azucarero utilizado por la United Fruit Company. Batista nació el año en que esta compañía construyó el molino Boston, así que es lógico suponer que su padre había ido allí en busca de trabajo. Se cree que los padres de Batista eran mulatos y bien el padre o la madre tenían sangre india. Se suponía que Belisario Batista luchó en la guerra de 1895-1898 a las órdenes de José Maceo. Fulgencio tuvo una infancia muy variada y desordenada. Fue a una escuela pública de Banes y luego a clases nocturnas en una escuela cuáquera; de día estaba cortando caña. Cuando su madre, Carmela, murió, él tenía catorce años y entonces se marchó de casa, y trabajó en una plantación azucarera de Holguín. Luego pasó a ser aguador en una plantación en San Germán y después cronometrador de una cuadrilla de trabajadores. Posteriormente regresó a Banes y trabajó de nuevo como cortador de caña. Tras lo cual haraganeó por la estación de ferrocarril de Dumois algún tiempo, dedicándose a tareas extrañas, y luego fue al puerto azucarero de Antilla. Allí había apostado un contingente del ejército, ante la amenaza, real o supuesta, de una huelga. Batista empezó entonces a trabajar para el ejército, limpiando bridas y desempeñando toda suerte de tareas. Allá le llamaban el «mulato lindo». Se fue a Alto Cedro, trabajando otra vez como cortador de caña, y luego regresó a Holguín, donde se convirtió primero en aprendiz de sastre y luego de carpintero, pasando finalmente a ser ayudante de un barbero. Durante algún tiempo fue guardafrenos de la compañía ferroviaria Consolidated Railways. Ese estar siempre variando de oficio de acá para allá no era raro ya que la mayoría de cubanos no tenían suerte en encontrar un nuevo empleo tan pronto como habían perdido el antiguo. No hay duda de que a Batista le valió su buen aspecto y su simpatía.

En abril de 1921, a la edad de veinte años, Fulgencio Batista, con toda la experiencia de la vida que tenía, se incorporó al

ejército como soldado raso. En el servicio militar aprendió taquigrafía y estudió leyes y mecanografía. Con esos conocimientos, dejó el ejército por unos pocos meses en 1923 y trabajó como profesor de taquigrafía; pero pronto se realistó, incorporándose a la Guardia Rural, cerca de la finca de Zayas. Luego fue transferido al ejército regular, ascendiendo a cabo y llegando a ser secretario del coronel Federico Rasco. En 1926 se casó con una joven de Wajay, Elisa Godínez, que vivía cerca de la finca de Zayas.

El último año del «machadato», Batista ascendió a sargento taquígrafo del 7.º Distrito (La Cabaña), y como tal trabajó para los consejos de guerra. Desde este puesto pudo ver que el régimen se estaba desmoronando, y parece ser que se adhirió al ABC, 7.ª Rama, a instancias de un tal Manuel Martí. Pero no tuvo actividades en el ABC, y toda la categoría que ganó antes del 4 de septiembre provino de sus relaciones con los abogados defensores en el incidente de Artemisa a primeros de mayo de 1933.

Sus actividades en el momento de la caída de Machado son oscuras. Pero el 18 de agosto de 1933 se le vio pronunciando su fluida y afortunada oración fúnebre en la conmemoración de los suboficiales asesinados en tiempos de Machado. Entonces insinuó que los suboficiales encabezarían finalmente una democracia nacional revolucionaria. Los oficiales ya lo conocían por su vivacidad tan poco corriente y sus muchas relaciones.

Pero había algo más que todo eso. Con su sangre india, era de tez casi rojiza, y poseía un gran encanto personal. Causó buena impresión al corresponsal del *New York Times*, pues su rapidez mental «es como un rayo. Sonríe con facilidad y a menudo, y dedica completa atención a la persona que le habla… parecía sincero en grado superlativo…». Con este don de gentes, impresionaba a cualquiera que lo viera, que lo consideraba

como la persona más importante del mundo; en esto se parecía más a los grandes seductores que a los grandes políticos. Su variada experiencia, su conocimiento de todas las partes de Cuba y de todas las clases sociales, lo convertirían, cuando llegara a ganar el poder revolucionario, en un oponente formidable, particularmente desde que quedó claro que no era simplemente un burócrata, sino un hombre autodidacta salido del pueblo, y que esperaba ser adorado por este.

En cuanto Batista se apoderó del Campamento Columbia con tan asombrosa facilidad, Pablo Rodríguez dimitió como jefe nominal de la sublevación. En el Campamento Columbia se encarceló a varios oficiales, otros se fueron por las buenas, y bastantes se vieron detenidos en los cuarteles. Batista se nombró a sí mismo jefe de personal. El nuevo jefe de Policía de La Habana, comandante Botiful, fue arrestado, siendo sustituido por el capitán Emilio Laurent, un exsoldado que dirigió, en 1931, la expedición Gibara contra Machado.

Pero apoderarse del Campamento Columbia era una cosa, y otra adueñarse de La Habana. Después de la entrevista con Torres Menier, muchos sargentos pensaron que estaban perdidos. Por lo tanto, se pusieron en contacto con el coronel Blas Hernández, un oficial excéntrico e independiente, quien durante cierto tiempo logró medrar como bandido en la provincia de La Habana y el cual les ofreció de 150 a 200 hombres. Entretanto Radio La Habana dio la noticia de que se había frustrado un golpe. Los oficiales se negaron a creer en la posibilidad de que un golpe contra ellos pudiera tener éxito, y los oficiales de más edad incluso aconsejaron a los más jóvenes que no organizaran resistencia.

Los estudiantes estaban preparados para colaborar con Batista, lo mismo que los del ABC radical y aquellos profesores de la universidad a los que no se les había dado ningún cargo en el gobierno de Céspedes. El gobierno parecía enervado. El

propio Céspedes estaba en la provincia de Oriente, observando los efectos del huracán. En La Habana el gobierno se dividió, «temiendo un ataque». Ferrer, el secretario de Guerra, telefoneó a Sumner Welles para decirle que a su juicio «no había esperanza de solución». A partir de las diez de la noche, los aguerridos combatientes del Directorio Estudiantil empezaron a llegar al Columbia, así como Santiago Álvarez y Ramiro Valdés Daussá, de Ley y Justicia; también acudieron estudiantes como Justo Carrillo, Rafael García Bárcena, Juan Antonio Rubio Padilla, y el conocido abogado radical José María Irisarri. Este último, socio de la firma legal del yerno de Menocal, escribió: «Entré en el despacho del sargento Batista… No lo conocía y me lo presentó Pepín Leyva… No parecía un jefe, sino más bien el secretario de un comité revolucionario; pero parecía listo».

Entre los civiles, sólo Sergio Carbó conocía a Batista, y fue precisamente Carbó el que le convenció de retirar su demanda de una inmediata revolución radical, y de abandonar la idea de una eventual colaboración con los oficiales, que es lo que probablemente deseaba la mayoría de los miembros de todas las clases del ejército. También fue Carbó el que preparó la «Proclama de los Revolucionarios»: la reorganización del sistema económico y político de Cuba, por medio de una asamblea constituyente; el castigo inmediato de «los culpables durante el régimen anterior»; la aceptación de todas las deudas nacionales pasadas; y que «se dieran todos los pasos necesarios aquí no especificados para la creación de una nueva Cuba, construida sobre las bases sólidas de la justicia y de acuerdo con el concepto más moderno de la democracia». Este documento fue firmado por diecinueve hombres: Carbó, Batista, el profesor Grau San Martín, el decano de la facultad de medicina de la Universidad, y otros quince, estudiantes o profesores. Fue Carbó el que en *La Semana* reclamó de modo dantoniano «Todo el poder para la revolución», aunque, como observaron los estudiantes del ala

izquierda, los trabajadores y campesinos estaban lejos del teatro de la acción.

Demasiado rápidamente se formó un grupo de cinco hombres, preparados para hacerse cargo del gobierno: el profesor Grau San Martín, un médico de moda desterrado durante la segunda mitad del régimen de Machado; un banquero honesto, Porfirio Franca, quien había sido director de la sucursal del National City Bank en La Habana, y luego fue nombrado director del National Bank, en 1920, cuando «Poté» y Merchant cayeron en desgracia; el periodista Carbó; el abogado Irisarri y un profesor de derecho penal, Guillermo Portela. Todos ellos empezaron a hablar como si las carteras del gobierno fueran a ser pronto suyas. Los estudiantes se situaron en los ministerios. Batista no quiso aceptar el Ministerio de la Guerra, pero se quedó con el mando del ejército. Eduardo Chibás, joven dirigente del Directorio Estudiantil de 1927 e hijo de uno de los ministros del gobierno Céspedes, se preparó para hacerse cargo de la tan necesaria tarea de las relaciones del gobierno con la prensa. Algunos miembros del Ala Izquierda Estudiantil (Gustavo Aldereguía, Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango y José Tallet), presentes en el nombramiento de la Pentarquía, como ya era conocida, pensaron que aunque no les gustaban personas como Franca y Carbó, Cuba tenía por primera vez un «gobierno revolucionario auténtico respaldado y nutrido por las grandes masas populares sin la previa autorización de Washington y su agente en Cuba». Fue un momento de euforia nacional, que dejó una huella indeleble.

Mientras tanto, en la embajada de Estados Unidos, Sumner Welles, por razones evidentes, estaba sombrío y preocupado. Aquel peligro rojo que el procónsul había desdeñado unos días antes habría de dominar pronto su imaginación. A las ocho de la mañana del 5 de septiembre, Sumner Welles habló por teléfono con el secretario de Estado, Cordell Hull, y le dijo que

«los desórdenes [eran] más o menos esporádicos según las limitadas noticias que tenía, en toda la isla» debidos a las actividades de «ciudadanos radicales»; pero que esas informaciones eran más o menos esporádicas dado que el huracán había destruido las comunicaciones. «Era [además] muy importante que fuera enviado un crucero de batalla a La Habana enseguida… ya que los pequeños destructores que mandaban podrían servir de ayuda de momento, pero no serían suficientes».

Hull preguntó si estos buques «no deberían quedarse fuera del puerto de La Habana, para evitar que individuos irresponsables hicieran fuego contra ellos si se acercaban demasiado». Welles opinó que «deberían entrar». Pero al cabo de unas horas, el propio Batista, acompañado por un sargento, hizo su primera visita a Welles, el cual «no parecía tener una clara idea de lo responsable que era el movimiento de sargentos y soldados». Querían saber cuál era la actitud de Estados Unidos hacia el gobierno revolucionario. Welles contestó que «no tenía comentarios que hacer, aunque le gustaría volver a verlos en cualquier momento». Ya había propuesto que todos los ciudadanos norteamericanos se concentraran en el Hotel Nacional, un plan más bien miedoso, que provocó la llegada de ciento cincuenta familias norteamericanas en un estado de mayor o menor inquietud.

Poco después, Ferrer, secretario de Guerra de Céspedes, se entrevistó con Welles y le dijo que el antiguo gobierno iba a decirle a Céspedes que «no hiciera esfuerzos para mantenerse… dado que todas las Fuerzas Armadas de la República estaban amotinadas y él podía contar tan sólo con el apoyo moral»; así que a la una de la tarde Céspedes entregó el poder a los cinco miembros del comité, quienes formalmente tomaron posesión del palacio y a partir de entonces se consideraron y fueron considerados, como gobierno.

El hecho era que ahora la universidad quedaba como única institución superviviente del país, aparte del ejército, y se apresuró a llenar el vacío dejado por la disolución del antiguo legislativo, como si fuera en sí una convención constitucional.

Cordell Hull consultó a Roosevelt y le «expresó con energía» su opinión de que «no podemos ni debemos pensar en intervenir en Cuba aunque fuera de modo limitado». A Hull le parecía que «Welles estaba demasiado influido por las condiciones locales en Cuba y había juzgado mal la desastrosa reacción que seguiría en toda la América Latina». Roosevelt se mostró de acuerdo con Hull, como siempre, y por suerte en esta ocasión.

Mientras tanto, en una reunión de la Pentarquía en el Palacio Nacional, Sergio Carbó propuso la reorganización inmediata del ejército. Logró reunir a Batista con los coroneles Héctor de Quesada y Perdomo. Carbó propuso que el mando del ejército fuera reorganizado bajo un comité de cinco en la cima, compuesto por Batista, dos oficiales, y «dos sargentos de la Revolución», seleccionados por los otros tres miembros. Los oficiales cometieron la locura de rechazar esto, proponiendo en cambio la rehabilitación de todos los oficiales excepto aquellos que estuvieran acusados de cometer crímenes en tiempos de Machado y simplemente «una anualidad a todos los hombres alistados». El paso siguiente era de prever: Batista se ascendió a sí mismo al rango de coronel «por méritos de guerra y servicios excepcionales al país». Los otros sargentos más destacados fueron ascendidos a capitanes.

La Pentarquía y los estudiantes se pasaron el 8 de septiembre de 1933 en largas discusiones, empezando con la noticia de que el más respetable de sus miembros, Porfirio Franca, dimitiera como protesta contra el nombramiento de Batista como jefe del Estado Mayor. Otros dos miembros de la Pentarquía, Guillermo Portela y José Irisarri, se mostraban poco entusiasmados. Los dos dijeron en prolongados discursos que los retrasos

y la incertidumbre sobre el futuro del ejército podían provocar la intervención de Estados Unidos. Irisarri sugirió que se entregara el poder a un comité de notables comprendiendo al expresidente Menocal, al coronel Mendieta y Miguel Mariano Gómez. Pero Grau, los estudiantes y Carbó se opusieron enérgicamente a este plan. Irisarri habló de nuevo, en un tono tan pesimista que estremeció por primera vez el corazón de los miembros del Directorio Estudiantil: era posible, que mientras ellos estaban sentados en esta noche veraniega en el palacio presidencial, con los destructores de Estados Unidos rodeando la isla, el país se desintegrara de verdad? Entretanto llegó a La Habana el secretario de Marina de Estados Unidos, a bordo del *Indianapolis*; pero no desembarcó. Fuera, en las calles, había soldados del coronel Batista; en el Campamento Columbia estaba el propio Batista, cuyas intenciones eran un enigma, aunque desde luego no era hombre que se achicara ante la posibilidad de dar un golpe de Estado si era necesario. Irisarri se dirigió entonces a Grau y le dijo que si no se lo impedían, se haría cargo de la presidencia provisional. Pero Carbó anunció que había nombrado a Batista para impedir la total disolución del país, tanto más cuanto que la flota de Estados Unidos estaba en la bahía y no había nadie más que tomara el cargo. Grau explicó que la Revolución —con lo que quisiera dar a entender con tan enigmática palabra— estaba siendo llevada a cabo para destruir la política tradicional. Dijo que como profesor su deber era guiar y apoyar a los estudiantes y que no podía abandonarlos en esos momentos. Más tarde, y por votación, se dieron poderes a la Pentarquía para elegir presidente.

En la mañana del 9 de septiembre se puso de manifiesto que la Pentarquía y Batista ya no se llevaban bien, cuando un grupo de sargentos fue a ver a Céspedes para decirle simplemente que Batista lo propondría como presidente con tal de que a este lo confirmara como jefe de Estado Mayor. Céspedes se negó a

comprometerse, pero esta aproximación fue significativa. Parece ser que Batista no hizo nada aquel día. Por la noche, en otra reunión monstruo, se le cerró la posibilidad de un *rapprochement*: la Pentarquía, tal como estaba, se reunió en el tercer piso del Palacio Nacional; los estudiantes, en el segundo. Esta última reunión fue presidida por el joven Ramón Miyar, quien anunció, sin presentar pruebas, que había sido descubierta una conspiración de Portela e Irisarri «para entregar el poder a los políticos». Otro orador dijo: «Están tratando de devolver el mando a los oficiales, de arrestar a Batista y a los otros sargentos, y, después de un consejo de guerra sumarísimo, de fusilarlos al amanecer». Carlos Prío, un estudiante destacado, dijo: «Propongo que rescindamos el voto de confianza que dimos a la Pentarquía y que nosotros mismos nombremos al presidente». Miyar presentó esta idea a la reunión y fue aceptada. Entonces se hicieron varias proposiciones: Rubén de León propuso al profesor José Antonio Presno; Felipe Pazos, al profesor Cuervo Rubio, otro profesor universitario que había respaldado a los estudiantes. Chibás propuso a Grau, quien fue debidamente elegido. Se escogió a Prío, Rubio Padilla y Rubén de León para que subieran a decir a los de la Pentarquía lo que había sucedido. Al entrar se encontraron con que aquellos hombres seguían discutiendo. Portela dijo irritado a los tres estudiantes: «Nosotros, miembros de la Comisión Ejecutiva del Gobierno, tenemos una misión trascendente, una misión histórica, una misión muy seria: elegir al presidente. Pido a los señores estudiantes que se retiren». Al oír esto, Prío contestó: «En nombre del Directorio Universitario, hemos venido a decirle, doctor Portela, que esa misión trascendente e histórica le ha sido retirada. El Directorio ha retirado su voto de confianza a la Pentarquía y ha elegido presidente al doctor Grau». Entre un tumulto, con otros estudiantes entrando en tropel, Grau fue elegido presidente por aclamación.

49

La revolución girondina de Grau

El doctor Grau se convirtió en presidente de Cuba a las 2.30 de la madrugada del 10 de septiembre de 1933. Era un desconocido, exceptuando un pequeño círculo. Parecía ser hombre nuevo, respetable e intelectual, con algún conocimiento del mundo, debido a su larga práctica médica en La Habana. Daba la impresión de ser nervioso y emotivo; mas por entonces esto se atribuía a su excesiva honestidad y dedicación a la causa de la verdadera revolución. De aspecto afeminado y lujurioso, al parecer de ingenio agudo, pero demasiado brillante y malicioso, Grau San Martín aparecía indeciso y débil, y no obstante se le tenía por implacable, astuto y valiente. Tenía entonces cuarenta y seis años.

El doctor nombró inmediatamente cuatro ministros de su gobierno: Eduardo Chibás (hijo), como secretario de Obras Públicas; Carlos Finlay, profesor de la facultad de medicina de la universidad, hijo del pionero de la fiebre amarilla, como secretario de Sanidad; José Barquín, secretario del Tesoro, y Antonio Guiteras, secretario del Interior.

Este último era el más destacado de los líderes cubanos jóvenes, miembro inteligente de la bien dotada generación universitaria de 1927. A diferencia de muchos de sus camaradas, jamás había sido comunista, ni siquiera miembro de la comunizante Ala Izquierda Estudiantil. Era socialista y se había educado en parte en Estados Unidos. Hijo de un profesor de francés, y como Julio Antonio Mella, de madre inglesa (su nombre completo era Antonio Guiteras Holmes), Guiteras había estudiado química antes de dedicarse de lleno a la política. Ahora, a los veintisiete años, conocido como «el hombre de un solo traje»,

se le consideraba incorruptible; fuerte, pero liberal; evidentemente un patriota, que ya contaba con mucho apoyo entre las masas. El gobierno, por lo tanto, era de hecho la coalición Grau-Guiteras.

Grau se hizo cargo del poder formalmente en la mañana del 10 de septiembre; pero se negó a jurar el cargo ante el Tribunal Supremo de la República, cuyos miembros se habían reunido apresuradamente vestidos de negro. Él no aceptaba la Constitución de 1902 con la enmienda Platt incluida en ella; en cambio, hizo un juramento público muy espectacular en el balcón del palacio, jurando ante la muchedumbre reunida por debajo de él. El doctor Grau disfrutó de su primera aparición como demagogo. Phillips, del *New York Times*, escribió que «nunca había visto una multitud tan enloquecida, especialmente las mujeres». Después de esto, Grau, sus ministros y los estudiantes del Directorio, ocuparon los cargos del gobierno: Carlos Manuel de Céspedes buscó refugio en la embajada de Brasil; la prensa fue censurada tan severamente como en los tiempos de Machado, y los jefes trataron de impedir que la Associated Press enviara informes de las malas condiciones existentes en Cuba. Los gobiernos de Estados Unidos y otros países americanos fueron denunciados por retrasar el reconocimiento.

Pronto empezaron a moverse los enemigos del nuevo gobierno. Horacio Ferrer fue una vez más a ver a Welles, y en esta ocasión le pidió explícitamente la intervención norteamericana contra Batista y el ejército. El procónsul replicó esta vez: «No puedo ni admitir semejante petición; es absurdo imaginar que el gobierno de Estados Unidos vaya a emprender [tal acción]… pedida por 200 oficiales del ejército depuestos». A pesar de ello el Directorio Estudiantil cablegrafió a las universidades latinoamericanas diciendo que el embajador de Estados Unidos estaba incitando a los oficiales en el Hotel Nacional a «alterar el orden público… a fin de hallar un pretexto para el desembarco de

marines». Al mismo tiempo los comunistas, que se expresaron en un mitin de la Liga Antiimperialista en el Parque Central, hicieron su primera manifestación desde el derrocamiento de Céspedes: denunciaron todo, el imperialismo yanqui, a Welles, al nuevo gobierno, al ABC, todo. En el Campamento Columbia los sargentos, algunos de ellos de origen español, siguieron discurseando apasionadamente sobre el papel histórico de Cuba y su única misión. El ABC mientras tanto preparó una larga denuncia del nuevo orden, y la publicó en la mañana del 11 de septiembre. Mendieta y la OCRR, la Unión Nacionalista y Menocal, se adhirieron a la misma. Pero el ejército seguía manteniendo su control. Aunque Welles informara casi cada hora que la disciplina estaba desapareciendo, quedaba claro que Batista fortalecía por días su posición.

Entretanto, Grau iba completando su gobierno. Chibás, hijo, decidió al final no tomar parte, lo contrario del banquero Barquín. Terminaron por dar la cartera del Tesoro al coronel Manuel Despaigne, quien ya había ocupado tal puesto en el brevísimo «gabinete honesto» de Zayas. Gustavo Moreno, un representante de la pequeña Unión Revolucionaria, quien había tomado parte en la mediación, se convirtió en secretario de Comunicaciones. Además de Grau y de Finlay, otros dos profesores universitarios se unieron al gobierno: Ramiro Capablanca, de la facultad de derecho (secretario del gabinete), y Manuel Costales Latatú, un cirujano del estómago (Secretaría de Educación). El secretario de Justicia, Joaquín del Río Balmaseda, juez de Santiago, había tratado valientemente de mantener cierto decoro en tiempos del comandante Ortiz. El Ministerio del Ejército, nombramiento importante, se dio al coronel Julio Aguado, militar de carrera que había conspirado contra Machado en 1931. Antes de eso, sin embargo, había estado al mando de La Cabaña, así que se creía que sus manos no estaban enteramente limpias de sangre. El secretario de Asuntos Exteriores,

Manuel Márquez Sterling, había sido ministro en Washington y pertenecía a una familia muy conocida en política y periodismo. Mientras tanto, el Directorio Estudiantil siguió existiendo como una especie de legislativo, y Grau debía su posición a su apoyo constante. Hay que decir que fuera de La Habana las órdenes del nuevo gobierno no llegaban muy lejos; por ejemplo, en la mayoría de los ingenios azucareros podían contar historias de visitas de huelguistas armados pidiendo más dinero y mejores condiciones, e incluso en La Habana, el cocinero del embajador inglés tuvo que meterse en cama después que lo amenazaran con pegarle.

Ahora parecía que los desórdenes se iban extendiendo con la fuerza de un huracán por toda la República: también corrían rumores de sublevación en La Habana, los huelguistas habían empezado a irrumpir en las tiendas, los ingenios azucareros estaban todavía en un estado de efervescencia revolucionaria, atizada por la CNOC. Los obreros se apoderaron de algunos ingenios: por ejemplo, en la central Mabay, de propiedad cubana, situada cerca de Bayamo y fundada en 1918, se formó un soviet que duró varias semanas. El 14 de septiembre, el representante especial de Roosevelt, A. A. Berle, sostuvo una larga conversación con varios miembros del Directorio, y el 15 de septiembre, el propio Welles se reunió con todo el Directorio en casa de Eduardo Chibás padre, el rico ingeniero que había formado parte del gobierno de Céspedes, padre del dirigente estudiantil del mismo apellido. Berle y Welles negaron las alegaciones de interferencia de Estados Unidos desde el 5 de septiembre, e hicieron un llamamiento a la razón y el compromiso.

El 15 de septiembre, Grau y los antiguos jefes políticos se reunieron al anochecer y continuaron las conversaciones hasta las tres de la madrugada siguiente. Mendieta y el ABC parecían ahora estar unidos; pero Menocal, Miguel Mariano Gómez y la OCRR actuaron independientemente. Mendieta trató de per-

suadir a Grau de que dimitiera su presidencia en favor de un «gobierno de concentración nacional». Parecía posible establecer una nueva administración de tal carácter, ya que varios miembros del Directorio Estudiantil habían empezado a sospechar de las intenciones de Batista, mientras que otros se sintieron impresionados por el sombrío informe que les presentó Adolf Berle, el cual afirmaba que el erario quedaría vacío al cabo de unas semanas y que las reservas de alimentos en La Habana y otros lugares apenas si durarían diez días. Finalmente Grau y Welles se reunieron en secreto en la mañana del 17 de septiembre. Welles empezó declarando que:

> La actitud que ahora habían adoptado los elementos financieros, comerciales y agrícolas al negarse a pagar impuestos, de negarse a hacer pedidos o de cancelarlos en lo posible… convencería ciertamente [a Grau]… de que el gobierno no estaba apoyado por elementos verdaderamente importantes… en mi opinión la falta de confianza no estaba dirigida contra él personalmente… sino en el hecho básico de que su gobierno se había establecido a consecuencia de un motín en el ejército… y… que la responsabilidad era sólo de [los estudiantes]… Yo sabía y no tenía dudas de que él conocía que los desórdenes iban aumentando por momentos… Y tampoco me parecía, en modo alguno, que las vidas y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos estuviesen muy seguras… excepto en aquellos puertos donde se hallaban fondeados buques de guerra de Estados Unidos.

Grau reconoció que todo esto era verdad; pero ya no estuvo de acuerdo en lo que dijo Welles acerca de su popularidad. Pensaba que todo el mundo apoyaría al gobierno, sólo con que Estados Unidos lo reconocieran. Welles repuso que el reconocimiento de Estados Unidos no podía ser empleado como un medio de obtener el apoyo popular. Dijo que sus conversaciones con los grupos políticos opuestos a Grau le habían convencido de que estaban de acuerdo con los detalles principales del programa que Grau había anunciado como ideal de su gobierno; pero que les parecía que él estaba sometido a los estudiantes. ¿Qué posible objeción podían tener él o los estudiantes a un gobierno de concentración? Grau dijo que en verdad él

creía que tal solución era necesaria; es decir, lo contrario de lo que había prometido repetidamente a los líderes políticos. Grau, como los estudiantes, empezaba a sentir aprensiones por el poder que tenían los sargentos. Ya el 16 de septiembre había llegado a la conclusión de que Batista quería ser presidente, aunque por lo que él había visto de Batista, pensaba que «trataría de obtener el apoyo popular y lo obtendría» de las clases trabajadoras y no intentaría un golpe de Estado. Grau había cambiado así sus puntos de vista de unos días antes, de que los soldados que se habían adherido al motín eran de mente tan pura y tan devotos de los ideales de los estudiantes que no podían tener más ambiciones.

El calvario de la desintegración política cubana continuó. No hay duda de que la persistente negativa de Estados Unidos a reconocer el gobierno de Grau, impidió no sólo la estabilización del régimen, sino la formación de un gobierno cubano de cualquier clase. Welles tenía probablemente razón cuando dijo que de todos modos en aquel período de la historia de Cuba «ningún gobierno podría sobrevivir aquí por un período prolongado sin el reconocimiento de Estados Unidos». El 17 de septiembre, Grau dijo a los políticos que dimitiría si el ejército y los estudiantes se lo permitieran (es significativo que aquel día se hiciera en el palacio un guardarropa especial para los revólveres). Aquella noche, la Unión Nacionalista, el ABC, la OCRR y los menocalistas, con Miguel Mariano Gómez, se unieron al fin en un frente común. Al parecer habían llegado a la conclusión de que el gobierno de Estados Unidos no iba a ayudarlos a salir de sus dificultades y que la responsabilidad de la acción recaía enteramente sobre ellos. Por lo tanto dirigieron lo que en cierto sentido era un ultimátum a Grau, pidiéndole un gobierno «no partidista», nombrado por ellos mismos, junto con el Directorio y los profesores. Tres antiguos miembros de la Pentarquía (Irisarri, Franca y Portela) trataron de convencer a

Grau de que aceptara este compromiso. Grau pareció por un momento que estaba dispuesto a ceder, e incluso se lo dijo a los estudiantes; pero uno de estos, Rafael Escalona y Almeida, que estaba en pie detrás de Grau, le obligó a sentarse de nuevo en su sillón a la fuerza y le dijo con brusquedad que seguiría siendo presidente mientras el Directorio quisiera, le gustara a él o no.

Batista, por otro lado, continuaba sin decir nada, pero consolidando su posición en La Habana, y enviando pequeños destacamentos para contener a los rebeldes en los campos. En una conversación con Welles el 21 de septiembre, Batista pareció estar a favor de un compromiso con el antiguo régimen y el ABC, y dijo al embajador que trataría de influir en los estudiantes para que aceptaran uno. Pero los estudiantes insistieron en que Grau siguiera siendo presidente. Esto, aunque era aceptado por el coronel Mendieta y otros, no era del gusto de todos. En la tarde del 22 de septiembre rechazaron de nuevo la idea de un compromiso. Durante todos aquellos días, no cesaron de llegar informes confusos de levantamientos en el interior. Hubo huelgas en casi todos los ingenios, aunque de todos modos no había mucho trabajo en esta época del año. Como era natural dadas estas confusas condiciones, corrieron rumores de motines de negros y fantasías acerca de avisos en los ingenios diciendo: «Toma tu mujer blanca». El 25 de septiembre, los políticos rompieron toda clase de negociaciones, aunque nombraron al abogado Antonio de González Mendoza y al doctor Granados, del Rotary Club, como representantes de cualquiera que quisiese negociar otra vez.

Al día siguiente, una gran multitud organizada por los comunistas se reunió en La Habana para dar la bienvenida a las cenizas de Julio Antonio Mella, traídas de México; pero el 29 de septiembre hubo motines y peleas callejeras cuando los restos fueron llevados a su enterramiento final en el Parque de la Fra-

ternidad. El gobierno había prohibido que se le enterrara en otro lugar que no fuera el cementerio, así como la exhibición de banderas rojas. Sin embargo, hubo manifestación, se disparó contra los soldados y la lucha se generalizó. Martínez Villena, amigo de Mella, el jefe comunista enfermo, dirigió a una multitud luchadora. Las cenizas se perdieron en la pelea, el monumento quedó destruido, las banderas rojas fueron capturadas, y resultaron seis personas muertas y veintisiete heridas. Luego los soldados irrumpieron en el cuartel general de la Liga Antiimperalista, pero numerosas «organizaciones revolucionarias», provistas de armas que habían comprado al ejército, tuvieron un día muy duro de fuego a discreción.

Así que a finales de septiembre parecía como si políticamente se hubiera llegado a un empate armado. A pesar de las profecías pesimistas, en La Habana todavía se comía. Los estudiantes y el gobierno seguían en el poder. En el campo, sin embargo, casi cuarenta ingenios azucareros estaban en poder de los trabajadores. Varios diplomáticos extranjeros estaban muy ocupados ofreciéndose a negociar. La administración de Estados Unidos aún se contenía sin hacer comentarios públicos, aunque Welles, cosa lógica, seguía siendo un centro de intrigas.

En el este seguían luchas y motines aislados. En todas las ciudades habían aumentado mucho los casos de robo a mano armada y otros actos de violencia, y en varios ingenios los administradores habían sido hechos prisioneros por grupos de obreros armados hasta que les fueran atendidas sus demandas de salarios más elevados. En Agramonte, un obrero polaco despedido en 1923 dio al administrador veinticuatro horas para marcharse y se convirtió en dictador local. El embajador de Inglaterra informó:

> Las delegaciones de estudiantes y los guardas rurales van de un sitio a otro, las huelgas son solucionadas, pero surgen otras nuevas por todas partes. Todas las provincias están igualmente afectadas, aunque parece haber más inquietud en la provincia de Oriente que en ningún otro sitio…

> Generalmente los soldados se limitan a mirar y se quedan pasivos en medio de la muchedumbre… Ahora los bancos se niegan a conceder créditos a las fábricas, las cuales, sin tales créditos, no podrán moler la caña, y si las presentes condiciones se prolongan otro mes las fábricas no podrán moler.

Estando así las cosas sucedió la tan retrasada explosión entre los antiguos oficiales y los hombres de Batista.

50

La batalla del Hotel Nacional

Al iniciarse la revolución, un nutrido grupo de oficiales del ejército regular se congregaron en el Hotel Nacional, un impresionante edificio situado en el puerto que había sido construido en los últimos años del mandato de Machado. Los oficiales comenzaron a pasar la noche, reunieron armas y almacenaron alimentos y agua. Batista tenía controlado el lugar.

Había unos trescientos oficiales dentro del Hotel Nacional, junto con un tal Rojas, del arma de caballería, quien se unió a los oficiales a finales de septiembre, y varios marinos. Evidentemente el hotel era el centro de la hostilidad al régimen, cuya situación provisional le recordaba constantemente, siendo también una amenaza para los ascensos que se habían hecho a sí mismos los exsargentos. El primero de octubre Batista convocó un consejo de guerra para decidir si se había de atacar o no el hotel. De los jefes civiles del gobierno estaban presentes Carbó y Guiteras; pero cosa sorprendente, no así Grau; además estaban con Batista, Pablo Rodríguez (el primer jefe del 4 de septiembre), y los capitanes Raimundo Ferrer y Manuel Benítez, dos de los escasos oficiales que se pusieron de parte de Batista un mes atrás. Estos dos últimos eran los que más defendían la idea de un ataque; Batista parecía indeciso, y Pablo Rodríguez era opuesto. No está claro qué querían los civiles.

En esta ocasión Batista no consultó específicamente a Grau ni al Directorio Estudiantil. Las críticas de los estudiantes contra los sargentos ya recibían réplica en los círculos del ejército. Incluso Carbó, al dar cuenta de los puntos de vista de los militares a Welles el 1 de octubre, habló de una «saludable reacción entre los soldados contra… aquellos miembros del

Consejo Estudiantil a los que consideran identificados con la organización comunista». El propio Carbó parecía ejercer cierta influencia sobre Batista, e incluso jugueteaba con la idea de reemplazar a Grau por un nuevo movimiento nacional en el cual el ABC, la sección menos radical del Directorio, la sección progresista de la OCRR, y otros, resurgirían para ser respaldados por el nuevo ejército de Batista. Dijo a Welles que «los jefes del Ejército no soportarían más el intento de los estudiantes de dominar… los soldados estaban desarmando ya a los estudiantes así como a otros civiles e intentaban dispersar la pequeña milicia semiarmada de unos dos mil estudiantes».

Esta conversación, sostenida en la tarde del 1 de octubre, fue indudablemente un intento de Carbó para suavizar las reacciones de Welles al ataque contra el palacio al día siguiente.

Al amanecer del 2 de octubre un coche blindado se dirigió hacia el Hotel Nacional en la calle 23. Los oficiales dieron orden al conductor de que se detuviera, y este replicó haciendo fuego. Esta fue la señal para disparar contra el hotel desde todos los lados. Hacia las seis de la mañana, la artillería ligera abrió fuego. Los oficiales continuaron disparando con fusiles. Como muchos eran tiradores magníficos, lograron despejar los alrededores del hotel hacia las ocho de la mañana, tras haber matado por lo menos a quince soldados y herir gravemente a muchos más. En el curso del tiroteo resultó muerto un ciudadano de Estados Unidos, Robert Lotspicht, quien había estado contemplando la lucha desde su apartamento de una casa de pisos de López Serrano. A las ocho, Welles recibió un mensaje de Grau diciéndole que los soldados pensaban llevar artillería pesada y preguntándole si había algún ciudadano norteamericano allí dentro. Cuando Welles le respondió que no, empezó el bombardeo pesado, y el crucero *Cuba* comenzó a cañonear el hotel desde el Triar, con bastante mala puntería. El general Sanguily envió un mensaje a Welles diciendo que los oficiales

estaban dispuestos a resistir y a reinstaurar el gobierno legítimo de Carlos Manuel de Céspedes. Hacia el mediodía sólo había resultado muerto un oficial: el teniente de veterinaria Abelardo Fernández.

A media mañana la Cruz Roja logró que se estableciera un armisticio, gracias al cual pudieron salir del hotel algunos oficiales heridos y las esposas de los oficiales. Algunos civiles de la vecindad se marcharon también a lugares más seguros. Batista ofreció ahora condiciones a los oficiales: podían salir del hotel desarmados, en grupos de cinco, y se les garantizaría la vida. Siguió una votación entre los oficiales sobre si se debía aceptar o no esta propuesta; pero la votación requirió un largo tiempo, ya que los ascensores del hotel no funcionaban. El armisticio tenía que expirar a las tres y media de la tarde; pero a las tres dispararon a traición contra el capitán Cossío Betancourt, y el tiroteo empezó de nuevo. Esta vez la artillería estuvo mucho mejor dirigida, hubo muchas bajas y a las cinco menos cuarto de la tarde los oficiales, a pesar de todo lo que habían dicho a mediodía, decidieron rendirse. Un hecho crucial fue el fracaso de la organización del ABC para hacer causa común con los oficiales: el embajador inglés informó que «los miembros estaban dispuestos para entrar en acción; pero que no recibieron órdenes». También muchos oficiales pensaron sin duda que ahora intervendría Estados Unidos.

Los soldados alinearon a los oficiales, conforme estos fueron saliendo, en grupos de dos. Se reunió una gran muchedumbre y algunas personas instigaron a matar a los oficiales. Los soldados abrieron fuego contra la multitud y luego se disparó también varias veces contra los oficiales rendidos, especialmente contra aquellos que salieron los últimos del hotel, quienes casualmente eran oficiales médicos. Mataron a once, entre los que había tres médicos, e hirieron a veintidós. Parece ser que los que dispararon contra los oficiales eran miembros de las orga-

nizaciones llamadas Pro Ley y Justicia o el ABC radical. Los otros oficiales fueron enviados a La Cabaña. Durante todo el resto del día hubo muchos tiroteos en La Habana, mientras los soldados estaban muy ocupados saqueando las bodegas del Hotel Nacional. En total murieron cuatro veces más soldados que oficiales (80 muertos y 200 heridos). El hotel (que había sido asegurado por dos compañías inglesas) sufrió daños evaluados entre las 25 000 y las 35 000 libras esterlinas.

Ciertos sectores de estudiantes y soldados querían ejecutar a los oficiales. Francisco Gramero propuso que fueran arrojados a los tiburones del océano; pero cuando Batista fue a ver a Welles el 4 de octubre, le dio su palabra de que los oficiales no serían molestados, y que retrasaría el consejo de guerra hasta que las pasiones se hubieran enfriado. Sin embargo, serían trasladados a la Isla de Pinos.

La entrevista de Batista con Welles el 4 de octubre de 1933, cuando la lucha había ya acabado, fue de importancia decisiva, dado que el procónsul dijo al nuevo comandante en jefe que él era «la única persona en Cuba… que representaba a la autoridad». Welles añadió, es de suponer que porque estaba bien informado, que exceptuando a Menocal, todos los políticos lo aceptaban ahora como jefe del Estado Mayor y que la negativa de Batista de entregar las imprentas a los estudiantes, le había hecho bienquisto de los intereses de la antigua prensa y, a través de ellos, con las fuerzas financieras y comerciales de Cuba también. Batista parecía un poco desilusionado con los estudiantes y deseoso, incluso muy deseoso, de trabajar con el ABC, y otros políticos. Welles informó a Washington que la derrota de los oficiales, lejos de ser una confirmación en el poder del gobierno, indicaba sólo un aumento del prestigio de Batista y no de Grau.

El 6 de octubre, en una reunión del Directorio Estudiantil se decidió hacer un intento para librarse de Batista, dado que su

popularidad y ambiciones provocaban a la vez los celos y el temor de los estudiantes. Por su parte, Batista envió a los estudiantes un mensaje indicándoles que deberían retirarse del gobierno, para permitir la formación de un «gobierno de concentración». (En ello estaba Carbó detrás de Batista). Siguieron varias reuniones entre Batista y Welles: el primero prometió muchas cosas, particularmente detener a los «agitadores comunistas» en las plantaciones de azúcar de propiedad norteamericana, y enviar a los del Directorio de nuevo a la universidad. Estas cosas impresionaron profundamente a Welles, quien mantuvo contra viento y marea la negativa de su gobierno a reconocer a Grau, aunque se sintió algo desanimado (como se sintió la colonia española y el embajador español) por la decisión de España de reconocer a Grau.

Durante las seis semanas que siguieron al 5 de septiembre cada departamento gubernamental fue dirigido por un comité de purga, que expulsó no sólo a los machadistas, sino también a los miembros del ABC y en realidad a todo aquel que no fuera estudiante. Esto significaba que los funcionarios que habían ocupado durante décadas cargos aparentemente seguros, fueron reemplazados por hombres muy jóvenes cuya principal contribución fue el entusiasmo. En el interior del país los contribuyentes se negaron en consecuencia a pagar impuestos, y aunque se publicaron centenares de decretos, a la mayoría de ellos no se les hizo caso. Sólo el erario, bajo la razonablemente honesta y firme mano del capitán Despaigne, mantuvo un cierto estilo y autonomía, rechazando cuando la ocasión se presentaba, las demandas de nuevos empleos que hacían los jóvenes revolucionarios. Por todas partes había una atmósfera de inseguridad: hubo detenciones arbitrarias, registros domiciliares inexplicados, confiscaciones de propiedades, asesinatos ocasionales. Grau y los estudiantes iban de acá para allá en coches blindados, rodeados de ametralladoras. Las «organizaciones re-

volucionarias» y sus grupos fragmentarios, siguieron teniendo sus armas y sus pretensiones, dedicados a luchar a su modo si fuera necesario por el poder y los empleos.

La crisis entre Batista y Grau necesitó mucho tiempo para madurar. Hubo toda clase de disputas insignificantes, especialmente a causa de los nombramientos: Batista, por ejemplo, había nombrado al capitán Franco como jefe de policía de La Habana; los estudiantes deseaban reemplazarlo por Mario Labourdette, un miembro de Ley y Justicia que tenía veintisiete años. Welles temía claramente a Labourdette, al que consideraba una especie de bandido; pero los estudiantes se salieron con la suya. El Directorio trató de mantenerse firme ante Batista, pidiendo que Grau escogiera entre dejar el gobierno o dejar de mostrarse servil ante su jefe de Estado Mayor.

La situación empeoró en la noche del 25 al 26 de octubre, cuando una gran bomba de relojería explotó frente a la casa del coronel Mendieta cuando este regresaba a las dos de la madrugada de sostener una conversación con Batista. Parecía posible el retorno al caos y la violencia. Ahora se tenía la impresión de que la posición de Batista se estaba repentinamente debilitando, debido a la hostilidad contra él que imperaba en los cuarteles. Diariamente eran arrestados muchos soldados y civiles por sospechas de conspiración (quizá otros 200 fueron enviados a prisión). Como las circunstancias eran de ir de mal en peor, Mendieta, el ABC y Batista iniciaron negociaciones con la idea de formar un gobierno provisional encabezado por el primero; pero a Mendieta no le entusiasmaba la idea de aceptar a Batista como jefe del Estado Mayor, observando que él sería meramente un prisionero en manos de Batista. Welles empezó a reflexionar de nuevo sobre el plan de compromiso de Grau, por el cual este seguiría siendo presidente, aunque con un nuevo gobierno en el que no figuraría Despaigne. Batista seguía apoyando al poco dispuesto Mendieta. El 30 de octubre se reunió

la Asamblea Estudiantil en completo desorden. Chibás anunció que el Directorio había pedido a Grau que «cambiara la identidad del gobierno» antes del 4 de noviembre. Luego él y cerca de un centenar más, incluyendo a todos los jefes, se marcharon de la sala, dejando al resto que discutiera si debían continuar o no apoyando al Directorio. Parece que no llegaron a tomar una decisión. Pero mientras tanto los nuevos jefes de la policía y algunos exoficiales del ejército estaban implorando a Mendieta que se hiciera cargo del poder, por cualquier medio, con golpe de Estado militar o sin él, y al mismo tiempo que impusiera cierto grado de censura de prensa. Casi todos los periódicos rogaron a Mendieta, el único símbolo superviviente de la decencia y la fuerza, que ocupara la presidencia. El 2 de noviembre explotaron bombas por toda La Habana, matando a un policía y destruyendo las oficinas de *La Semana*, de Carbó.

Al día siguiente por la tarde, Grau recibió la dimisión por escrito de todos sus ministros y él mismo se preparó a dimitir. El Directorio se dispuso a retirarse. Entonces *País Libre*, diario de la tarde, anunció, con la ayuda de un telegrama falso, que la intervención norteamericana se iba al fin a producir. Estalló un motín en los cuarteles de Marina y hubo violenta agitación en el Campamento Columbia. Welles desmintió inmediatamente la afirmación de *País Libre*, y Batista leyó el mentís ante un altavoz en el Campamento Columbia; pero ya se había hecho mucho daño. Aquella noche se celebró una larga reunión en una sala atestada de la casa de Carbó entre los jefes estudiantiles, Grau y Batista, y Grau desechó toda idea de dimisión, animado, cosa sorprendente, por las urgentes demandas de los expentarcas Irisarri y Portela. A continuación se pronunciaron varios discursos, siendo los más notables los de Carbó y el estudiante Lucilo de la Peña, quien dijo que «el pueblo no está en contacto con la revolución». Grau explicó los fines políticos suyos y los de su movimiento y enumeró sus logros, acusando a Batista de

entenderse en secreto con Estados Unidos y Welles y de vender la herencia nacional. Dijo que le habría gustado destituirle. Batista intentó luego defenderse y se esforzó por quitarse importancia. Pidió perdón. Grau echó en cara a Batista el que hubiera intentado derribarle del poder, y dijo que no podía continuar en esas condiciones. Se pudo evitar el choque. Grau, Batista y los estudiantes transigieron cada uno por su lado y al final Grau reconoció que Batista había sido «el alma de la revolución» y lo confirmó como jefe del Estado Mayor.

El mismo día, 4 de noviembre, los estudiantes de la Universidad de La Habana celebraron un referéndum entre ellos sobre las actividades de sus jefes, el Directorio, y finalmente votaron contra ellos. El Directorio se disolvió. Algunos miembros anunciaron que seguirían en palacio, a título individual, para «aconsejar a Grau». La oposición de los estudiantes al Directorio se derivaba también de la creciente fuerza de Guiteras, quien era asimismo respaldado por numerosas cartas de oficiales encarcelados confesando que sus actos habían estado inspirados por Welles o, y esto se ajustaba más a la verdad, por las esperanzas que ellos habían puesto vanamente en Welles. En aquel momento, el procónsul, indignado por esas acusaciones, estaba siendo visitado por dos hombres a los que describió en un despacho como los «dos dirigentes más destacados de los grupos de la provincia de Oriente» que habían sido organizados contra el gobierno de Machado.

> Declararon que estaban apoyados por todos los soldados de la provincia [exceptuando los] 250 hombres recientemente enviados a Santiago desde La Habana; que los antiguos oficiales estaban dispuestos a encargarse de las tropas… y que aproximadamente 11 000 hombres quedaban bajo sus órdenes… tanto si el gobierno de La Habana era derribado o no, la revolución estallaría en la provincia de Oriente; que la situación allí era absolutamente intolerable y que el movimiento había podido ser controlado hasta ahora sólo a costa de grandes dificultades… Yo hice todo lo posible para que se contuvieran.

Welles les dijo que en las presentes circunstancias de Cuba, la guerra civil tendrá «efectos casi fatales en cualquier acontecimiento y que haría infinitamente más difícil el proceso de rehabilitación económica… Me aseguraron que harían un último esfuerzo… en pro de un arreglo pacífico…».

Pero ya era demasiado tarde.

51

El pronunciamiento de noviembre

El intento revolucionario de 8-9 de noviembre de 1933, se pareció al del 4 de septiembre en que fue totalmente inesperado para el procónsul de Estados Unidos, Sumner Welles. No fue organizado por el ABC, Mendieta o Guiteras —aunque cualquiera de ellos pudo haber actuado tal como estaban las cosas—, sino por un grupo de hombres en filas del Campamento Columbia y el cuerpo de aviación. A pesar de sus modestos comienzos, la sublevación tuvo extraordinarias consecuencias. Las figuras centrales fueron el teniente de aviación José Barrientos y el nuevo teniente Faustino Collazo, exsargento de aviación antes del 5 de septiembre. Parece que estos individuos actuaron movidos por designios patrióticos, así como por ambición: creyeron que el «presente estado de cosas no podía seguir, dado que no ofrecía una posibilidad de llevar a la República por el camino de la legalidad y el orden». También el hecho de que Batista, aunque fuera más astuto e inteligente, se hubiera elevado a sí mismo a una posición de mando superior, hizo esperar a los soldados que sus nuevos «oficiales» se harían algún día con el poder, con lo que también ellos ascenderían. En el mes de octubre se practicaron varias detenciones bajo la acusación de conspiración. Esto no disuadió a los oficiales de aviación de apoderarse del Campamento Columbia desde el aire. Muchos oficiales antiguos que no habían estado en el Hotel Nacional se unieron al complot, incluyendo un capitán, que dijo a sus seguidores valientemente que prefería ser sargento en el ejército antiguo que capitán al mando de Batista.

El 8 de noviembre quedó listo el plan del pronunciamiento, pensando que Batista estaría en Matanzas. Pero los conspiradores fueron traicionados por un joven mulato, un cabo al que se

había encargado que prendiera fuego a los viejos cuarteles de madera. Batista regresó inmediatamente a La Habana y ordenó la detención de todos los antiguos oficiales. Los conspiradores se enteraron de la traición del cabo y trataron de retrasar o anular sus planes; pero sus colaboradores habían ido demasiado lejos y ya se habían apoderado del aeropuerto y arrestado al teniente Miguel Hernández, que era de los nuevos. Dos tenientes sublevados: Barrientos y Agüero llegaron al aeropuerto y se encontraron con cinco aparatos ya listos: tres Corsair, con diez bombas de 12 kilos, y dos cazas pequeños, con dos bombas de 9 kilos. Había luna llena. Barrientos despegó en dirección al Campamento Columbia, que bombardeó. Fue atacado por cañones antiaéreos; pero la confusión y el pánico que causó fueron enormes. Era la primera vez que La Habana se enteraba de lo que era la guerra aérea. Batista bajó a los sótanos en un estado de gran ansiedad, prometiendo incluso, según un relato, que devolvería el poder a los oficiales antiguos. Agüero, quien siguió a Barrientos, no soltó ninguna bomba por la razón que fuera, se posó sobre el mar y luego fue recogido. Un tercer aviador, Montall, voló sobre el Columbia con un caza; pero tampoco arrojó bombas: aterrizó en Batabanó y luego huyó al extranjero.

Mientras tanto se habían reunido unos dos mil miembros del ABC en el Miramar Yacht Club, donde fueron armados y arengados por Saladrigas, antes de dirigirse hacia el aeropuerto, donde se pusieron bajo el mando de dos oficiales rebeldes, encabezados por el capitán José Herrera y Roig. Su propósito era avanzar sobre el Campamento Columbia, en cuanto la moral en este hubiera sido rebajada por el bombardeo. Pero ¡ay!, les fue imposible hacer esto. Ni siquiera pudieron salir del aeropuerto, el cual había sido rodeado por numerosas fuerzas de Batista mientras ellos deliberaban. Entre el amanecer y las nueve de la mañana hubo mucho fuego intermitente; pero a esa última ho-

ra Herrera se rindió, tras haber resultado muertos veinte hombres y hechos prisioneros otros cuatrocientos. Los demás miembros del ABC lograron escapar.

En el resto de La Habana hubo falta de cohesión entre los conspiradores, aunque fueron ocupados muchos edificios como la Jefatura de Policía y varias comisarías. Hacia las diez de la mañana se habían unido a la sublevación muchos de los supervivientes de este o aquel régimen, que no tenían nada que ganar parlamentando con Grau o con Batista.

El fracaso de la sublevación del aeropuerto hizo estremecer de temor a los rebeldes, y a media mañana el comandante Leonard, que estaba al mando de los cuarteles de San Ambrosio, comprendió que no se podría mantener allí. Por lo tanto propuso una retirada hacia el castillo de Atarés, tierra adentro, pero en posición dominante del puerto de La Habana. A esto se opusieron Blas Hernández y Otero, temerosos de otro Hotel Nacional: Leonard les enseñó un telegrama que parecía venir del coronel Amiel en Las Villas, quien insistía en una concentración en Atarés, adonde prometía ir. De ello siguió la desastrosa evacuación de los cuarteles de La Habana y el establecimiento en Atarés.

El castillo de Atarés estaba guardado por el escuadrón n.º 5 de la Guardia Rural, una unidad excelente, formada por voluntariado seleccionado, que en el pasado habían servido a menudo como escolta presidencial. Esta fuerza se había puesto completamente a favor de la rebelión. Ahora había allí un millar de hombres.

Hacia el 9 de noviembre el resto de los rebeldes se había trasladado a Atarés. Pero Batista también empezó a moverse. Concentró toda la artillería en La Habana, ante la fortaleza y empezó a cañonearla. También fueron traídos los cruceros *Patria* y *Cuba*. Dentro del fuerte los rebeldes tenían algunos caño-

nes de largo alcance y silenciaron al *Patria*, alcanzando también al transbordador norteamericano *Morro Castle*, de la Ward Line. Durante seis horas rugieron los cañones. En ese tiempo, sin embargo, el interior del castillo de Atarés fue quedando destruido. Esta vez no hubo una rendición pacífica como en el Hotel Nacional. Los conquistadores ni siquiera se fijaron en la bandera blanca durante cierto tiempo. Las puertas fueron abiertas, los defensores salieron con las manos en alto y fueron ametrallados. Casi todos los prisioneros fueron asesinados de una manera cobarde, la mayoría de ellos fusilados contra una pared.

Un teniente rebelde hizo al corresponsal del *New York Times* el siguiente relato de lo ocurrido:

> Después de rendirnos salimos del fuerte y quedamos custodiados cerca de la puerta. El coronel Blas Hernández estaba a mi lado. Un capitán [Mario Alfonso Hernández] se acercó y preguntó: «¿Está aquí Blas Hernández?». El coronel replicó: «Yo soy Blas Hernández». Sin mediar más palabras el capitán sacó su revólver y disparó contra el coronel, matándolo. Nos quedamos tan horrorizados que ninguno de nosotros hizo el menor movimiento, ni siquiera el soldado que nos vigilaba. El capitán preguntó: «¿Está aquí el teniente A…?». Era mi nombre. Aunque yo no había visto nunca antes al capitán, ni sabía que pudiera tener algún agravio contra mí, le dije: «Creo que vi al teniente marcharse con el primer grupo de prisioneros…».

Aquella noche los hospitales y dispensarios de La Habana estaban atestados. La gente buscaba a sus parientes por todas partes. Casi toda la noche siguió el tiroteo de fusilería. Emboscados en los tejados mataban a los civiles. Los estudiantes encendieron las luces del Capitolio para celebrar su «victoria». Aunque el tiroteo continuó al día siguiente en toda Cuba, estaba claro que había terminado esta cuarta revolución en cuatro meses. Por lo menos hubo doscientos muertos. Hubo tribunales marciales, pero de momento, pocas ejecuciones, siendo las excepciones las del soldado raso Homobono Rodríguez y el sargento Basilio González. El secretario de Justicia, Joaquín del Río Balmaseda, dimitió. Todos los jefes del ABC se escondieron o marcharon al exilio.

Con su más reciente solución para un compromiso destrozada, Sumner Welles se volvió más obstinado. El 20 de noviembre, cuando la situación no estaba todavía normalizada, visitó a Roosevelt en Warm Springs (Georgia), para responder entre otras cosas a la acusación hecha directamente a Roosevelt por Grau de que Welles «había demostrado repetidamente su parcialidad».

En Warm Springs, Welles y Roosevelt publicaron una larga declaración el 23 de noviembre, en el mismo tono de la declaración de Welles sobre las últimas semanas, y reafirmando que Estados Unidos tan sólo podría renegociar sus antiguos tratados políticos y comerciales con un gobierno provisional en el cual confiara realmente el pueblo cubano. Se convino explícitamente que Welles regresaría en breve a Washington y sería sustituido en La Habana por Jefferson Caffery. Al mismo tiempo el Departamento de Estado puso bien en claro que esperaba que otros países latinoamericanos no reconocieran al régimen de Grau. Esta declaración mostraba claramente que Roosevelt no tenía intención de apoyar a Grau: en verdad era una «invitación» a la oposición cubana para que prosiguiera su implacable hostilidad hacia él. Sin embargo, Roosevelt declaró a la prensa: «No estamos a favor de ningún bando… aún no hemos conseguido un gobierno provisional que tenga claramente el apoyo de la mayoría del pueblo cubano. ¿Qué podemos hacer? Nada. El problema sigue pendiente de resolución».

Welles regresó a Cuba para pasar las últimas semanas de su estancia en aquel país. En ese tiempo, se fue haciendo cada vez más evidente que, como decía la revista Bohemia: «Hay una voz que suena con una nota diferente a las demás… con el acento metálico de los fusiles y las ametralladoras: la de Fulgencio Batista».

Pero parece que Batista decidió seguir girando en torno de Grau de momento. En tan confusas, descorazonadoras e inde-

cisas circunstancias, Welles por fin, y para bien, se marchó de La Habana, para ocupar el cargo de secretario adjunto en el Departamento de Estado, donde había de seguir controlando en general la política cubana.

Antes de que llegara su sucesor, Jefferson Caffery, el 8 de septiembre, Batista y el jefe estudiantil, Rubén de León, aseguraron a Matthews, su delegado (y delegado de Welles), que el gobierno de Grau gozaba ahora de estabilidad, que las escuelas y la universidad estarían funcionando normalmente a partir del 1 de enero, y que no había nada de «comunismo» entre los partidarios del gobierno. La verdad era que el Partido Comunista se oponía a Grau. Batista insistió en que el reconocimiento por Estados Unidos aseguraría la disminución de la oposición, pero su juego era todavía oscuro.

Por Año Nuevo se concedieron las primeras amnistías a los prisioneros implicados en la revolución de Atarés en noviembre, gracias a la labor de conciliación del ministro uruguayo entre los partidos cubanos (cosa que ya había hecho antes). Era hora. Los alumnos de las escuelas superiores de La Habana estaban celebrando una serie de mítines contra Grau. Cualquiera que tuviera más de trece años, poseía un revólver. Los maestros de escuela estaban en huelga desde el 8 de enero. Un grupo de jóvenes voló el portal del Centro Asturiano español. En Trinidad estalló la violencia entre blancos y negros. El 14 de enero, el gobierno se apoderó de la Compañía Cubana de Electricidad. Pero ahora Batista estaba dispuesto de nuevo a negociar un acuerdo con Mendieta (con la «limpieza del ejército», el principal acontecimiento de las dos semanas anteriores, Batista era más fuerte que nunca). Esta vez, al final, con la cosecha de caña de azúcar en la balanza, Grau fue incapaz de mantenerse. No hay duda de que Batista había deducido por la actitud altiva y tranquila de Caffery que la administración de Roosevelt jamás reconocería a Grau: el 10 de enero fue a ver a Caffery, quien se

limitó a decirle: «No voy a ponerle condiciones: los asuntos del gobierno de Cuba, son un asunto cubano y son ustedes los que han de decidir».

La actitud de Caffery aparece mucho más como la de un observador que la que había tenido de Welles. Pero Caffery estaba claramente de acuerdo con Welles sobre la «ineficiencia, ineptitud e impopularidad entre las mejores clases del país del gobierno *de facto… el cual sólo está apoyado por el Ejército y las masas ignorantes, quienes han sido engañados por promesas utópicas*». El 13 de enero, Grau y Batista se entrevistaron por última vez como colegas en la hacienda de Enrique Pedro en las afueras de La Habana. Estuvo presente Mendieta. Batista dijo bruscamente a Grau que él sabía que Estados Unidos reconocería a un gobierno presidido por el coronel Mendieta y, por lo tanto, pidió a Grau que dimitiera. Este replicó que, aunque no obstaculizaría ningún camino para una solución patriótica, sólo podía dimitir ante aquellos diecinueve estudiantes y pentarcas que lo habían elegido en septiembre.

Al día siguiente hubo una gran reunión de las personas más prominentes, políticos y estudiantes que habían llegado a ocupar puestos de importancia desde septiembre. Estaban presentes casi todos los antiguos partidarios del gobierno. El líder estudiantil, Rubén de León, ahora en puesto destacado por la presión de los estudiantes políticos, llegó tarde y empezó a denunciar a Batista, el cual se acercó a él, sonriente, diciendo: «¡Caramba! ¿No quiere saludarme?». «No —replicó Rubén de León, animoso— puesto que usted ha conspirado contra aquellos que le dieron un puesto de responsabilidad, ha traicionado a la revolución y a sus amigos, ha mostrado cobardía en el cumplimiento de sus deberes, y pánico ante el posible desembarco de marines yanquis». Batista, no obstante, tomó una silla, sentándose entre el doctor Fernández Velasco, secretario de Trabajo, y Carbó, y empezó a hablar a eso de la una y media.

Hizo un breve relato de los acontecimientos recientes y no atacó más a los viejos políticos y reaccionarios, sino que con el tono solemne y mesurado de un padre y salvador de la nación, dijo que perdonaba a todos y a todos comprendía. Rubén de León volvió a denunciar a Batista, acusándole de traicionar la Revolución, de ser desagradecido, ambicioso y un fabricante de presidentes. Desafió a Batista a quitarse la máscara y a revelarse tal cual era: un aspirante a dictador. No es de sorprender que la reunión acabara sin llegarse a una decisión, a las cinco de la mañana.

El 15 de enero pareció que se llegaría a alguna clase de compromiso: los estudiantes no estaban dispuestos a aceptar a Mendieta, y Batista no quería seguir aceptando a Grau. Guiteras declaró amenazadoramente que ni él ni los sindicatos aceptarían en ninguna circunstancia una solución que no fuera aceptada por el comité. Era muy probable que la policía siguiera a Guiteras. El candidato de compromiso era un honesto ingeniero: Carlos Hevia, revolucionario de Gibara, en 1931, secretario de Agricultura en el gobierno de Grau, hijo de Aurelio Hevia, un conocido oficial de la guerra revolucionaria y luego político conservador. Entonces Batista convocó repentinamente a algunos miembros del comité al Campamento Columbia. Rubén de León, ignorando que Batista había cambiado de ideas, se lanzó a otro ataque retórico, esta vez contra el coronel Mendieta, calificándolo de manchado representante de la vieja política. Esto dio a Batista una oportunidad para anunciar su apoyo a Hevia, y la Junta nombró inmediatamente a Hevia presidente. Un grupo de estudiantes corrió en busca del coronel Mendieta, quien declaró que si el país lo necesitaba, apoyaría a Hevia; pero los otros miembros del comité (que se levantaron a medianoche) se negaron a aceptar el plan, ya que parecía como si Batista lo hubiera preparado como un expediente provisional. Guiteras dijo que apoyaría a Hevia siempre y cuando este

reemplazara a Batista como jefe del Estado Mayor por Pablo Rodríguez, el antiguo dirigente de los sargentos al que Batista había dejado a un lado. Grau apareció aquella tarde en el Palacio Nacional: estaba exhausto. Rubén de León propuso que los estudiantes se negaran a aceptar su dimisión; pero el secretario de Justicia, Almagro, escribió el acta de renuncia en un documento que Rubén de León hizo pedazos, gritando: «¡Grau no se va!». Todos se levantaron, gritando y agitando las manos. Almagro dijo: «Bueno, ¿y qué me dicen de Batista? Batista no aceptará a Grau». Rubén de León calificó a Almagro de traidor, y llegaron a pegarse. Un creciente grupo de personas se congregó en torno a Grau gritando: «¡Que no se vaya! ¡Abajo los políticos! ¡Mueran los traidores!». Todos se fueron al despacho contiguo, dejando solo al corresponsal de la UP, el cual robó la llave del bufete presidencial («no tenía ni un solo recuerdo de la Revolución», dijo luego como excusa). Finalmente, a las cinco de la tarde, Grau dimitió en favor de Hevia, y tras cuatro meses de inquietud, disputas y controversias, se fue a su casa de Vedado.

El 16 de enero, al mediodía, Carlos Hevia prestó juramento como presidente ante el presidente de sala Edelman, su suegro. Lo primero que hizo fue confirmar en el cargo a varios ministros de Grau. Inmediatamente empezó las negociaciones con el grupo de Mendieta con vistas a que uno de ellos participara en el gobierno. Casanova, presidente de la Asociación de Terratenientes Cubanos, aseguró a Caffery que él y sus amigos aceptarían a Hevia. Guiteras, por el contrario, observó que ahora las cartas estaban boca arriba, al menos en lo tocante a Hevia, y al parecer jugó todas las suyas en un desafío popular a Batista. Inmediatamente se dispuso a organizar una huelga general contra la participación de Batista en el gobierno. Hacia el 17 de enero la huelga de Guiteras iba por buen camino en los servicios públicos. Sin embargo, esta huelga tuvo resultados contraprodu-

centes. A las dos de la tarde del 17 de enero, Batista dijo a Caffery sencillamente que «en vista de la muy precaria situación provocada por la huelga [que amenazaba gravemente enormes propiedades norteamericanas] organizada por Guiteras, y también en vista de la incapacidad de Hevia en asegurarse el pleno apoyo del grupo de Mendieta, había decidido declarar a Mendieta presidente». Esto fue cosa fácil de hacer. Hevia empezó a redactar su dimisión al anochecer. Resultó imposible convocar al comité revolucionario, ya que la mayoría de sus miembros no deseaban una nueva reunión en el Campamento Columbia y el resto no quería de ningún modo hacerle el juego a Batista. Un grupo encabezado por De la Torriente y Méndez trató en el último instante de presionar al secretario de Estado, Márquez Sterling, para que aceptara la presidencia. Pero al final no hubo nadie que pudiera contener a Mendieta, con Batista tras él. La casa de Mendieta, según la señora Phillips, empezó poco a poco a parecerse a un campamento antes de la batalla, llena de cazadores de empleos halagando al hombre que sabían podría ayudarlos.

Hevia se marchó de palacio a primeras horas de la mañana del 18 de enero. El coronel Mendieta ocupó su cargo a mediodía, entre asombrosas escenas de júbilo, que dejaron estupefactos a Guiteras y a los radicales. La muchedumbre invadió las calles que rodeaban el Palacio Nacional. Se dispararon salvas y sonaron las sirenas. Los que tenían revólveres (y eran muchos) dispararon al aire entusiasmados. Los bares estaban repletos. «La fatiga de la larga lucha contra Machado y el vertiginoso tumulto de los ciento y pico de días del régimen de Grau» convirtieron al pueblo en un aliado de Batista; la gente creyó que al fin tendría paz. Seguro que volvería la época dorada. El doctor Cosme de la Torriente aceptó ser nombrado secretario de la Presidencia. El recto coronel Méndez Peñate se convirtió en ministro de Justicia. Guiteras se marchó en secreto para la pro-

vincia de Oriente, intentando promover allí la agitación, mientras la huelga iba aminorando lentamente en La Habana. En el campo, la CNOC decidió continuar la huelga, y muchos ingenios y otros centros de producción siguieron paralizados. Pero aun así, el 23 de enero el gobierno de Estados Unidos reconoció al régimen del coronel Mendieta y, en consecuencia, los bancos accedieron a financiar la cosecha de caña de azúcar de 1934, mientras que el doctor Grau se marchaba para pasar unas vacaciones en México.

> Una muchedumbre de partidarios suyos se reunió en el muelle [escribió Grant Watson] y conforme el buque se alejaba por el puerto, corrió por el muelle despidiéndolo. Aquella gente pertenecía a las clases más pobres y demostró mucho entusiasmo. Consideraban a este doctor destructivo y poco práctico su campeón. Había ocupado el cargo sólo cuatro meses y medio y, sin embargo, había hecho reformas duraderas. Los estudiosos de la historia de Cuba recordarán su mandato porque ocurrió un gran cambio en el país. El dominio de los grandes magnates del azúcar fue sacudido al menos para el presente, y quizá para siempre.

52
La contrarrevolución

Desgraciadamente para Cuba, el coronel Mendieta, nuevo presidente, no era un José Martí, del mismo modo que el doctor Grau, el general Machado o el general José Miguel Gómez no habían sido en su tiempo «el Apóstol», ni siquiera sus herederos espirituales o materiales. En 1934, Mendieta tenía sesenta años. Había sido diputado en los primeros veinte años de la República, de 1901 a 1923; había sido candidato a la vicepresidencia en 1916 con Zayas, y en aquellos días había estado asociado con Machado en la llamada ala unionista de los liberales. Sus ataques contra la conducta autocrática de Menocal le hicieron famoso y en tiempos de Machado estuvo en la cárcel. Según la imagen pública era el más destacado, el mejor y más honrado de los políticos antiguos; pero era ciertamente uno de ellos, con su traje gris claro y su corbata verde claro, con su cortesía y aire distinguido. Era de carácter vacilante. Su destreza administrativa resultó que estaba limitada a la facilidad para organizar compromisos entre los jefes de los partidos. Para empezar, esto le permitió formar un gobierno relativamente fuerte, compuesto en su mayoría por hombres que habían estado asociados con él en las interminables discusiones con Welles y Caffery.

Pronto quedó claro que el que de veras mandaba en Cuba desde el 15 de enero de 1934 era Batista. Si alguien tomaba decisiones, era él. Si había una huelga, era Batista quien disponía cómo se había de solucionar, o aplastar. La personalidad de Batista explica esto, en primer lugar, porque era una mezcla de fuerza y de personalidad, de deseo de complacer y voluntad de represión, de amor por las aclamaciones y desprecio por las protestas individuales. Los únicos partidos del pasado efectivos, los liberales y los conservadores, creaciones de Gómez y Meno-

cal durante las dos primeras décadas de la República, habían sido aplastados por la autocracia de Machado durante la tercera década, cuando los liberales fueron siendo gradualmente sobornados o intimidados hasta no ser más que ejecutantes o colaboradores de la tiranía. Ahora la única unidad política efectiva era el ejército, el cual, por joven que pudiera ser, y aunque carente de tradición, tenía una organización nacional y representantes armados por lo menos en todas las ciudades. Tenía también una ideología revolucionaria, porque el ejército de Batista se había fundado en la victoria de septiembre. Era un ejército que aún creía, o lo decía, que estaba realizando una revolución. Si los amigos de Grau pensaron que Batista y el ejército estaban traicionando la revolución, el ejército creyó que Grau la había traicionado primero.

En cierto sentido, Batista y el ejército tenían razón respecto a sí mismos. No sólo eran ellos en aquel tiempo la única institución política efectiva, sino que eran genuinamente revolucionarios e igualitarios. Habían quebrantado al antiguo cuerpo de oficiales en los golpes del 4 de septiembre, el Hotel Nacional y Atarés. Casi todos los oficiales de Batista eran de origen obrero, como el propio Batista. Negros y mulatos eran admitidos sin restricciones como oficiales. Batista no proponía que se rechazaran los decretos de Grau. Por el contrario, su intención declarada era ir aún más lejos, acabar de una vez con la enmienda Platt y negociar un acuerdo azucarero equitativo con Estados Unidos. Actuando con tacto, en esta etapa de su vida estaba ansioso de una revolución; pero dirigida por él. De momento el coronel Mendieta era la fachada necesaria. Pero a Batista le importaban menos las apariencias que las realidades del poder y de la toma de decisiones, mientras que Mendieta y los políticos al estilo antiguo deseaban lo contrario.

Sería absurdo empequeñecer los logros de Batista. En pocas semanas había derrocado a una clase de oficiales, así como al

gobierno que la apoyaba y que era en sí una creación del gobierno de Estados Unidos; sin embargo, no había podido embelesar al embajador de Estados Unidos, hombre astuto e inteligente. En ninguna otra parte podría encontrarse una sublevación de suboficiales parecida que hubiera tenido éxito, aunque hay que añadir que «en esos ejércitos de naciones donde no hay posibilidad de guerra, los sargentos son las únicas personas que tienen en realidad una función».

Aunque mucho se debía a la inteligencia natural y al vigor de Batista, representaba una fuerza poderosa, quizá la única fuerza poderosa en una sociedad cuyas antiguas ligaduras se habían desintegrado en buena parte. El ejército cubano había sido fundado en 1909, al final de la administración Magoon, al comprenderse que, debido a la herencia de las guerras por la independencia de Cuba en tiempos de la dominación española, los partidos políticos se atacarían unos a otros de no haber una fuerza pública además de la policía.

Así, el ejército, que nació por razones políticas, fue siempre político. Gómez, el presidente en la época de estreno del ejército, dio los mandos exclusivamente a sus amigos; Pino Guerra y Monteagudo eran oficiales profesionales de nombre, pero eran también políticos como Gómez y Menocal. Eran políticos de nombre aunque en el fondo generales. Menocal trató de hacer lo mismo, aunque, dado que los oficiales nombrados por Gómez no habían cometido traición, no podían ser destituidos ni inmediata ni completamente. Pero luego los oficiales fueron en su mayoría menocalistas, miguelistas o zayistas, etiquetas que ellos ostentaban como la mayoría de los políticos. El cuerpo de oficiales no podía hablar con una sola voz, ya que era menos leal a sus propios jefes que a los caciques políticos externos, quienes al fin y al cabo eran en su mayoría generales o jefes militares con experiencia en los combates de la más gloriosa de todas las guerras: la lucha por la liberación nacional.

En 1933, el ejército era no sólo político, sino que además se había manchado por su larga asociación con Machado. En tiempos de Machado, algunos oficiales siguieron siendo menocalistas; algunos de estos se habían ido, otros se quedaron para conspirar, con mayor o menor eficiencia. Otros, finalmente, como los exliberales o miguelistas protestaron de algún modo; pero la mayoría permaneció, bien por lealtad al Estado, inercia u oportunismo. Machado había favorecido a su ejército con buenas pagas, buenas condiciones y un trato privilegiado de varias clases. Era, pues, inevitable que los oficiales, como tales, estuvieran implicados en la represión de Machado, y no sólo los asesinos conocidos como el capitán Arsenio Ortiz, sino otros que cumplieron órdenes ultrajantes, o se enteraron de ellas y no hicieron nada. Es cierto, en cambio, que el cuerpo de oficiales cambió de frente y ayudó a expulsar a Machado; pero ya sólo al final. Así que la Revolución de 1933, si fue una verdadera protesta contra el pasado, fue también una protesta contra el antiguo ejército.

En septiembre de 1933, el ejército regular de Cuba era sólo un grupo entre los muchos acostumbrados a llevar armas. Los diversos partidos revolucionarios: el ABC, el ABC radical y la OCRR, Pro Ley y Justicia, la Legión del Caribe, el Directorio Estudiantil de 1927 y 1929, los bandidos políticos asociados con el coronel Blas Hernández, incluso los comunistas, todos habían luchado contra Machado a su manera, a menudo con bravura. Todos tenían sus mártires y sus épicas. Se consideraban a sí mismos no menos dignos del aplauso público que los hombres de la generación anterior que habían luchado contra España; una situación simbólica de una tradición nacional que suponía que, de hecho, guerrear y pelear era cosa hecha por todos: «Con un rifle y un machete todo se resuelve». Así en Cuba sobrevivió por una parte un cierto disgusto hacia la milicia y por otra parte un respeto por las armas.

Una casta militar se puede crear tan sólo donde los oficiales vienen de una sola clase. No ocurrió así en Cuba. En primer lugar, algunos oficiales al principio procedieron de la antigua guardia rural, y eran, en realidad, una especie de policía campesina. En segundo lugar, un gran número de oficiales eran suboficiales o soldados ascendidos, como resultado de exámenes por tribunales. Por lo tanto, antes de 1933 no había en el cuerpo de oficiales cubano la camaradería basada en la aceptación social que caracteriza a muchas fuerzas similares.

La debilidad del cuerpo regular de oficiales originó el auge y el predominio del cuerpo de suboficiales e incluso de la simple tropa. La mayoría procedían de la misma clase, en el sentido limitado de que ninguno de ellos tenía capital en Cuba ni nada que perder. Eran hombres que sabían que muchos de sus superiores habían subido partiendo de nada. Todo les estaba abierto a ellos. Habían cumplido las órdenes de Machado y Ortiz; pero al no ser oficiales no tenían ninguna responsabilidad por ello. Al fin y al cabo los porristas habían cometido más asesinatos que el ejército. Además, había algo que decir de la sinceridad de los sargentos. Algunos de ellos eran honestos cuando hablaban de la Revolución. Otros creían que su misión era la de limpiar Cuba. Durante cierto tiempo Batista pareció ser uno de estos.

Lo mismo que pasaba con el ejército, pasaba con los viejos partidos. Los sargentos y los estudiantes acabaron tan fácilmente con el gobierno Céspedes porque los partidos que, apoyaban a este, como los oficiales, carecían de sustancia. Estaba claro que, aunque esos partidos, incluyendo el liberal, pudieron tener algunos partidarios entre los guajiros, no tenían ninguno entre los negros. El problema negro, verdadero o falso, no fue tenido en cuenta. La barrera del color apenas si existía en la Cuba de Machado, ya que el ejército y la policía estaban llenos de negros; pero en cierto sentido los negros eran despreciados, mantenidos y manteniéndose aparte, y en realidad apoyando a Ma-

chado más que las «clases distinguidas», que apoyaban a Mendieta. Machado había favorecido las fiestas y los cultos de carácter africano. Aquí también faltaban los partidos revolucionarios. Los miembros del ABC, el ABC radical, la OCRR, el Directorio Estudiantil procedían casi todos de la clase media y eran blancos. El Partido Comunista, aunque mucho más plurirracial, era demasiado pequeño y quedó en evidencia cuando Machado puso su fe en él y le pidió que acabara con la huelga de agosto. También estaban algo comprometidos por sus pasadas relaciones con Machado y soportaban ahora su crisis más importante. La Iglesia tenía muchas de las debilidades de los partidos políticos y sufría todavía por no haber contribuido a la lucha contra España, ni haber hecho nada contra Machado. En los primeros años de la República, los clérigos siguieron siendo de nacionalidad española. En tiempos de Menocal casi dos tercios de los clérigos de Cuba eran extranjeros, en su mayoría españoles, y había pocos negros o mulatos entre ellos.

Entre las clases superiores, entre los españoles y los todavía ricos hijos de los viejos reyes del azúcar, la Iglesia seguía conservando su importancia social. La gente pudiente que vivía en Vedado o en Miramar se casaba por la Iglesia. Pero entre los campesinos la religión significaba ahora muy poco: apenas iban a la iglesia en los pueblos, y las iglesias rurales no supieron adaptarse. Nunca hubo capillas en los modernos ingenios azucareros y la Iglesia no desempeñaba ningún papel en las celebraciones de las grandes cosechas de Cuba. Algunos de los sacerdotes enviados a Cuba eran curas desterrados, enviados desde España por haber cometido varias «faltas». La calidad del sacerdocio era baja, y las visitas pastorales a las zonas remotas, muy escasas, quizá una vez al año en algunos lugares para bautismo, a tres dólares por neófito. Quizá durante la fiesta patronal en algún pueblo cercano, los campesinos conseguían que sus hijos fueran bautizados, y aunque la ceremonia podía ser

hecha en comunidad, había que pagar con todo, el equivalente de los tres dólares. Esto no contribuía a que el sacerdote se hiciera simpático al feligrés. Los obispos influían muy poco en la beneficencia de la isla, lo mismo que la mayoría de los sacerdotes, con pocas excepciones.

Pero mientras que ni la Iglesia ni el ejército podían dar fuerza a los políticos liberales del gobierno Céspedes, y los partidos políticos eran en realidad meros grupos fantasmales de amigos sin organización, los grupos de Cuba comercial y económicamente poderosos eran también incapaces de apuntalar el sistema político, por una importante razón: eran principalmente extranjeros. Tenía su importancia el que la mayoría de la industria azucarera estuviera, después de la grave crisis de 1921, casi enteramente en manos norteamericanas, y que incluso los cubanos que intervenían en ella, tuvieran sus intereses orientados hacia Nueva York. Además, la clase mercantil era predominantemente española, aunque ya en menor proporción que en la primera década de la República. En 1931, el 21 por ciento de la población estaba constituido por extranjeros, comparado con el 18,5 por ciento en 1919 y el 13 por ciento en 1907. Por supuesto que los españoles no podían considerarse extranjeros en muchos aspectos; pero, sin embargo, eran gentes que a menudo conservaban la fidelidad a su patria o al menos tenían sentimientos ajenos a los cubanos. Muchos de los extranjeros eran peones de las Indias Occidentales o de Haití, y sólo eran leales a sus cosas. A ninguno de los componentes de este 21,5 por ciento les importaba la política cubana.

De haber existido instituciones para contenerlo o expresarlo, de no haberse dado una pobreza tan desesperada, está claro que el nacionalismo habría sido más débil. Tal como estaban las cosas, era la filosofía política dominante.

La revolución inacabada de Martí, al menos hasta el año 1933, tenía un aura de regeneración: regeneración frente al fra-

caso del viejo liberalismo, en Cuba como en España y en Europa. Por supuesto también era interpretada como una demanda de regeneración después de Machado, y frente al mundo político de la historia de la República hasta la fecha; pero era también la idea de la regeneración contra España, que la guerra de 1895-1898 y sus secuelas no había logrado cumplir.

En Cuba, durante los primeros treinta años de la República, la actitud hacia Estados Unidos no había sido otra cosa que ambigua y aprensiva, mientras que la hostilidad contra Machado no se había confinado a la izquierda. Apenas había zarpado del puerto de La Habana el buque de guerra de Magoon, cuando el senador Emilio Arteaga presentó una propuesta de limitación de compra de propiedades por los extranjeros; pero fue rechazada porque se temió que causara una fuga de capitales. En 1915 hubo un clamor general sobre las consecuencias de la venta en masa de fábricas y tierras cubanas a norteamericanos, y se comentó mucho el patriotismo de los que tal hacían. La formación, en noviembre de 1915, del combinado gigante de Cuba Cane fue detenida por una resolución del Senado de Cuba, respaldada por varios políticos ortodoxos como Wilfredo Fernández y Carlos Mendieta. Pero incluso entonces hubo dudas de si se debía resistir esta tendencia: Varona, un nacionalista sin tacha de la vieja escuela, arguyó que Cuba necesitaba todos los capitales que pudiera conseguir para desarrollarse. Luego, en la Cámara, fue atacado el antinorteamericanismo por Ferrara y Betancourt Manduley. Estos problemas se intensificaron en los años veinte, especialmente tras la «danza de los millones», cuando las propiedades cubanas pasaron en una escala todavía mayor a los bancos de Estados Unidos. Hubo muchos casos de conducta arrogante, abusiva y torpe por parte de funcionarios de Estados Unidos, no sólo de hombres de negocios particulares. Otros preguntaron por qué Crowder seguía teniendo su cuartel general en el buque de guerra *Minnesota* en

1921, y por qué la administración de Coolidge no contestaba siquiera las peticiones cubanas de una revisión de los aranceles azucareros en 1926-1928.

Un partido u otro había jugado siempre con la amenaza de provocar la intervención de Estados Unidos como un factor de importancia en el desarrollo de los acontecimientos. Estrada Palma fue el iniciador de tan mala costumbre al suplicar la intervención en 1905. En agosto de 1920, los liberales, enfrentados a la posibilidad de un fraude electoral por parte del presidente Menocal, insinuaron que no tomarían parte en las elecciones, amenazando claramente con provocar la revolución o la intervención. En octubre de 1923, el general Machado, luego presidente, telefoneó a Frank Steinhart para pedir que Estados Unidos iniciaran una acción preventiva contra la insubordinada y semirrebelde Asociación de Veteranos. Durante 1933 la amenaza de la intervención de Estados Unidos fue el punto central de inquietud de todos los partidos políticos cubanos; la verdad es que entre 1927 y 1933, los partidos no revolucionarios estuvieron pidiendo constantemente la intervención, así que el secretario de Estado, Stimson, se sintió de veras azorado, ya que su experiencia en Nicaragua le había desilusionado sobre los posibles beneficios de la intervención de Estados Unidos. Stimson, por su desgana para actuar, prefiguró más o menos la abrogación de la enmienda Platt; él había visto en julio de 1932 que la intervención bajo el acuerdo probablemente «destruiría todo sentimiento de responsabilidad por parte del pueblo cubano para resolver sus propios asuntos, y de dirigir un gobierno responsable». Paradójicamente, por lo tanto, la desgana de Estados Unidos en hacer uso de la enmienda Platt, ayudó a Machado a mantenerse en el poder.

La negativa de Welles a reconocer a Grau, fue el fundamento del antinorteamericanismo radical del futuro, como de hecho fue admitido por el entonces representante del Departamento

de Estado en el despacho de América Latina, Lawrence Duggan, en su libro publicado diez años después: «Batista… vio que Cuba, cuya vida dependía del restablecimiento del mercado del azúcar con Estados Unidos, no podía arriesgarse a nuestra desaprobación».

Al mismo tiempo las dificultades económicas que estaban pasando la mayoría de los cubanos seguían siendo un factor dominante en el pensamiento de Grau y sus colaboradores. Las estadísticas, los relatos de viajeros y las fotografías testimonian las desesperadas condiciones reinantes en 1933. El nivel de vida descendió en un quinto en comparación con el que disfrutaban los cubanos en 1925; el campo estaba empobrecido y era la presa continua del bandidaje crónico que lo había caracterizado desde los tiempos de la esclavitud; los ingenios estaban silenciosos; las plantaciones, abandonadas. La compañía ferroviaria United Railways observó que había tenido una disminución de ingresos hasta de un 30 por ciento comparados con los ingresos del año 1929, el personal empleado se había reducido hasta un 60 por ciento y los pasajeros eran ahora un 70 por ciento menos.

Los acontecimientos de 1933 crearon finalmente una generación revolucionaria que, a pesar de ciertos logros, se consideraba a sí misma frustrada, y su apetito, aguzado por el poder y los cambios sociales, continuó su deseos y métodos, particularmente el uso de armas, en los años sucesivos; porque las organizaciones revolucionarias que ayudaron a derrocar a Machado jamás acabaron por disolverse o deponer las armas.

Libro VII

La época de la democracia, 1934-1952

Los forasteros alabaron el color y la alegría de la ciudad tras pasarse tres días visitando sus salones de baile, locales, tabernas y tugurios de juego donde innumerables orquestas incitaban a los marineros a gastarse el dinero… Pero aquellos que tenían que soportar la ciudad todo el año sabían del barro y del polvo y sabían que el salitre teñía de verde los picaportes, corroía el hierro, hacía sudar la plata y enmohecía los viejos grabados…

Alejo Carpentier,
Explosión en la catedral

53

Batista y los presidentes marionetas

Cuando en enero de 1934 el coronel Batista se hizo cargo del poder a través del coronel Mendieta, se encontró con un país en parte resignado y en parte expectante en espera de reformas radicales. Batista contaba con el apoyo de varios partidos de clase media como el ABC, y también tenía a su favor el deseo de casi todos los sectores de la opinión pública de que acabaran el desorden y la inestabilidad, a cualquier precio. Él esperaba una actitud benevolente de Estados Unidos, cuyo secretario de Estado, Cordell Hull, empezó a hablar pronto (no hay duda de que por sugerencia de Sumner Welles) del «casi unánime apoyo» del pueblo de Cuba a Mendieta. Sin embargo, el *Wyoming* siguió en el puerto de La Habana, teniendo sus marines listos para desembarcar. Al mismo tiempo la administración de Roosevelt hacía un ofrecimiento de alimentos, ropas y medicinas; y en febrero empezaron los debates en el U. S. House Committee on Agriculture acerca del acta Jones-Cooligan para el posible establecimiento de un «área azucarera cerrada» para suministrar a Estados Unidos todo el azúcar que necesitara; pero ofreciendo también a Cuba un «New Deal» azucarero. En marzo, Batista fue recibido a bordo del *Wyoming* como si fuera jefe de Estado. El 9 de marzo, Estados Unidos creó un nuevo banco de exportación-importación para prestar dinero a Cuba. El reconocimiento, por lo tanto, completó su trabajo.

Pero los acontecimientos de 1927 a 1933, y particularmente las experiencias de 1933, habían creado tensiones y fuerzas que no podían ser fácilmente satisfechas. Por doquier existían demandas revolucionarias; todos los partidos se declaraban revolucionarios, y las protestas continuaron. En febrero se declara-

ron en huelga 30 000 obreros del tabaco. Siguieron varios paros en los ingenios azucareros, e incluso los médicos y las enfermeras se declararon en huelga contra los planes médicos particulares españoles, viéndose escenas extraordinarias en los hospitales: se rechazó a los pacientes, mientras los médicos iban arriba y abajo por el Prado cantando *La Internacional.* No se extendían certificados de defunción y los ataúdes se amontonaban. Un médico fue muerto a tiros y lo enterraron envuelto en una bandera roja. Por toda la isla explotaban bombas, hechos en general atribuibles a la organización de Guiteras. El 7 de marzo se logró persuadir al presidente Mendieta para que suspendiera las garantías constitucionales, poniendo así Cuba bajo el control nominal del ejército, como ya lo estaba de modo efectivo. Luego decretó la disolución de todos los sindicatos que se negaran a aceptar las regulaciones sobre huelgas. Se logró desarticular una huelga portuaria. Que el ejército ejercía el control era evidente, y muchos de los que habían puesto su fe en Mendieta se desesperaban. No se hizo nada para crear un Parlamento, celebrar elecciones o establecer un sistema constitucional. El 4 de abril, el secretario de Justicia, el persistente oponente de Machado, coronel Méndez Peñate, se suicidó. Por cierto tiempo fue sucedido por Saladrigas, segundo en el mando del ABC; pero el ABC se negó ahora a apoyar al gobierno, y Saladrigas presentó su dimisión en el gobierno y también en el ABC. El 1 de mayo hubo tiroteos y algunos muertos; luego, las manifestaciones del día 3 de mayo en protesta contra lo ocurrido el día 1 fueron también disueltas a tiros. Los liberales estaban muy desilusionados en tanto se confirmó que el gobierno contaba con la aprobación de Estados Unidos. Volvió de nuevo la corrupción: Batista, por ejemplo, llamó a Rafael Montalvo, quien fue comisionado por Machado para suministrar los uniformes del ejército, y le dijo que a partir de ahora todos los uniformes cos-

tarían quince centavos más por pieza, a beneficio exclusivo de Batista.

Mientras tanto el Partido Comunista celebró su segundo congreso del 20 al 22 de abril. Seguía siendo un partido ilegal; pero todo el mundo sabía que se estaba celebrando tal congreso. Acudieron 67 delegados, de ellos 14 negros. Bob Minor, del Partido Comunista de Estados Unidos, pronunció un discurso ante la asamblea; desde aquel tiempo las relaciones entre los partidos comunistas de Estados Unidos y Cuba fueron muy estrechas, más que las de los comunistas cubanos con sus partidos hermanos de América del Sur. El lema del congreso fue: «Control, confiscación y distribución por los obreros de las tierras de los yanquis y los terratenientes nativos». Pidieron la autodeterminación para los negros en la provincia de Oriente. Durante la primavera de 1934, sin embargo, tras la muerte de Martínez Villena, la visita de una representación del Comintern produjo una purga formal de todo el partido, que comprendió a casi todos los intelectuales comunistas de clase media comprometidos con Martínez Villena, exceptuando siempre a Grobart. Blas Roca siguió siendo el secretario general.

En mayo, el acta Jones-Cooligan se convirtió en ley, determinando la política azucarera de Cuba en los siguientes veinticinco años: el secretario de Agricultura de Estados Unidos calculaba por anticipado cada año la cantidad de azúcar que necesitaría Estados Unidos; cada zona azucarera, nacional o extranjera, recibiría una cuota, que consistiría en un porcentaje específico de dicha cantidad. La cuota se fijaría de acuerdo con el mercado en el curso de 1931-1933; esto favorecía a los cultivadores de remolacha estadounidense más que lo que Roosevelt había querido, ya que aquellos años fueron menos satisfactorios para los productores extranjeros que para los nacionales. Esta ley, aunque luego fue atacada por restringir la producción de azúcar en Cuba, e inspirada por Welles y otros, fue sin duda una tenta-

tiva de Estados Unidos para ayudar a los cubanos; pero desgraciadamente todos estos esfuerzos fracasaron. Su efecto a corto plazo fue, sin embargo, elevar el entonces ominosamente bajo precio del azúcar. Pero Cuba perdió la oportunidad de competir con la industria norteamericana en una base puramente económica, ya que las ventas cubanas estaban ahora limitadas, y las disposiciones de los políticos de Estados Unidos estaban casi siempre influidas por los intereses comerciales norteamericanos. Todo esto habría de provocar más debates y controversias, y en la década de 1960 la Cuba revolucionaria denunciaría esta acta que llevaba a la «servidumbre económica».

Finalmente, el 24 de agosto de 1934 se firmó el nuevo tratado comercial. A cambio de los acuerdos azucareros, Cuba hizo seis importantes concesiones a Estados Unidos: se redujeron los derechos de importación de una gran variedad de mercancías norteamericanas; Cuba accedió a no aumentar sus derechos existentes en un cierto número de otros productos; los impuestos internos cubanos sobre ciertas mercaderías norteamericanas serían suprimidos o reducidos; no habría otras restricciones, y no se impondría ninguna restricción cualitativa sobre cualquier artículo que recibiera el beneficio de una reducción arancelaria.

Este tratado era en algunos aspectos beneficioso, ya que aseguraba un mercado para el azúcar y el tabaco de Cuba, pero también la ataba más estrechamente a Estados Unidos y al consumo de mercancías norteamericanas, en lugar de animar al establecimiento de una industria nacional. Aunque permitió a Cuba llegar a suministrar más del 30 por ciento del azúcar de Estados Unidos en 1937, ahora no había ni la posibilidad de volver a los buenos tiempos anteriores a la legislación Hawley-Smoot de la década de 1920, cuando Filipinas y Hawai no podían albergar esperanzas de entrar en un mercado norteamericano que Cuba abastecía en un 50 por ciento.

Al mismo tiempo, el 29 de mayo se firmó un tratado complementario abrogando finalmente la odiada enmienda Platt. El tratado de 1903 era abolido, exceptuando las cláusulas referentes a Guantánamo que seguían vigentes. Las relaciones futuras de Cuba y Estados Unidos serían, al menos formalmente, las «normales» entre «estados independientes pero amigos». Pero la palabra *plattista* continuó siendo un objetivo de denuncia en el vocabulario de la izquierda cubana. Siguieron pendientes algunas cuestiones que causaron antagonismo en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos: ¿eran legales o ilegales los grandes préstamos que Machado obtuvo del Chase Bank? ¿Qué había detrás del intento de asesinato de Jefferson Caffery el 27 de mayo? Con una cosecha de caña, en 1934, de 2 260 000 toneladas, vendida por 73 000 000 de dólares, sólo un poco más de los años críticos 1932-1933, ¿podía considerarse en realidad que la economía estaba en vías de recuperación, cualesquiera que fuesen las reservas respecto del gobierno? Durante el verano la fiebre de la actividad política no disminuyó, siguió la violencia y hubo tiroteos contra los estudiantes el 7 de agosto, y Cuba se acercaba al primer aniversario de la sublevación de los sargentos, el 4 de septiembre, demasiado indecisa e insegura para caer en la cuenta de todas las implicaciones del hecho de que aquel día fuera a ser llamado en adelante «día del soldado constitucional».

El dominio que el exsargento Batista tenía ahora sobre Cuba, nacido de la violencia, sólo podía consolidarse mediante el uso de la violencia. Durante todo el verano de 1934 hubo levantamientos y tiroteos esporádicos, luchas y rumores. Ninguno de los grupos de acción política aceptaron al ejército de Batista como representante de la autoridad del Estado: Ejército del Caribe, la OCRR, el ABC radical, Pro Ley y Justicia, y sobre todo, la Joven Cuba de Antonio Guiteras, cada uno consistente en grupos violentos de hombres más o menos educados, acos-

tumbrados a luchar, que habían combatido a Machado y acumulado méritos contra los porristas y el ejército. Joven Cuba, como la mayoría de los grupos, tenía motivos de agravio genuinos contra el nuevo régimen, pues Joven Cuba estaba tratando de ofrecer una alternativa fundamentalmente socialdemócrata, aunque verbalmente revolucionaria, a Batista, los comunistas, e incluso Grau, aunque los partidarios de Grau y Guiteras habían estado completamente de acuerdo casi todo el año 1934. Como Grau se hallaba en México, muchos de los antiguos dirigentes estudiantiles colaboraban con Guiteras, aunque a algunos de ellos les desagradaba el gusto por el pistolerismo de algunos de los que lo rodeaban. Hubo frecuentes tiroteos, enfrentamientos con la policía, y de vez en cuando asesinatos políticos. Los antiguos estudiantes estaban ahora divididos entre la Izquierda Democrática encabezada por Chibás, y los comunistas, del Ala Izquierda Estudiantil, y entre ambos se derrochó mucha oratoria elocuente y muchos argumentos exhaustivos en las estériles luchas entre ambos. En el trasfondo de este cuadro complicado y a menudo sangriento, seguía estando en la oposición el expresidente Menocal, quien seguía prudentemente en Miami, rico, ambicioso y activo. Más a la izquierda estaba el Partido Comunista, que controlaba, a través de su secretario general, César Vilar, a la no reconocida federación laboral CNOC, que era muy pequeña. Abrirse camino entre tan violentos oponentes no fue fácil para Batista, aunque gradualmente, conforme avanzaba el verano, empezó a conseguir el apoyo de muchos de aquellos pertenecientes a las «clases distinguidas» en quienes habían puesto su fe Sumner Welles primero, y luego Jefferson Caffery. Este cambio en la situación se debía en parte a las propias cualidades de Batista; pero también a que se había convertido en un hombre aceptable para el embajador de Estados Unidos.

Ocupado en la recoordinación, incluso la conservación, de la Unión norteamericana, la administración de Roosevelt prestaba muy poca atención a Cuba. Con tal de que la confusión siguiera confinada, con tal de que no hubiera amenazas intolerables para las propiedades y vidas norteamericanas, ¿qué podía hacer una potencia que explícita y recientemente había renunciado a la intervención? No hay pruebas de que, si exceptuamos la discusión de la cuota de azúcar, Cuba figurara en la agenda del gobierno de Estados Unidos en tiempos de Roosevelt.

Si la actitud de Washington era notablemente estática, la actitud del movimiento internacional comunista estaba cambiando. A finales de 1935, Blas Roca, nuevo secretario general del partido cubano, asistió en Moscú a la reunión de todos los partidos comunistas latinoamericanos bajo la presidencia de los jefes del Comintern: Manuilsky, Dimitrov y Togliatti, el «secretario latino». También estuvieron presentes Luis Carlos Prestes y De Silva del Brasil; Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovila, de Argentina; Eudocio Ravines, de Perú, y Guralki, un judío letón que había dirigido la oficina sudamericana del Comintern desde 1930 hasta 1934. En la práctica, la conferencia decidió que sus miembros trataran de seguir la línea de Frente Popular, aunque había diferencias. Así, en Perú, el Partido Comunista logró un frente popular (bajo la dirección de Ravines), mientras que en Brasil volvía a la idea de un levantamiento. También se celebró otra reunión en Moscú con Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos. Los partidos latinoamericanos propusieron que Browder se convirtiera en el consejero general de estos grupos, y Browder aceptó, convirtiéndose prácticamente en el jefe de todos los partidos de la costa occidental de América Latina y del Caribe, o al menos en el canal de comunicaciones con Moscú. Entre los partidos del Caribe, el cubano había llegado ya a una peligrosa eminencia: en aquella época no había organizaciones comunistas en la Re-

pública Dominicana, ni en las todavía coloniales islas de las Indias Occidentales. En Haití, el Partido Comunista había sido organizado ilegalmente en 1930; pero sus dos primeros dirigentes, el poeta Jacques Roumains y Max Hudicourt, estaban exiliados en México y Estados Unidos. En Puerto Rico se fundó una pequeña organización comunista en septiembre de 1934, teniendo como jefe a Alberto Sánchez, un obrero emigrado a Estados Unidos, secretario general del importante sindicato de taxistas.

El cambio a la política de Frente Popular, buscando aliados en los otros partidos, incluyendo los partidos de clase media, llegó demasiado tarde para impedir una filípica final contra Guiteras y Grau del joven comunista Joaquín Ordoqui, en diciembre de 1934:

> El partido… ha expuesto la política de Grau San Martín y Guiteras como una política de «retirada», es decir, de apoyo a la política de las clases gobernantes. Guiteras pide a las masas que confíen en que él, con su «revolución», resolverá la situación. Como el Partido Comunista de Cuba ha afirmado correctamente, lo que Guiteras está preparando con su demagogia izquierdista es un golpe de Estado en el cual participará una facción de los elementos cubanos del ejército que se oponen a Batista.

Pero al cabo de dos meses, el cuarto pleno del Comité Central del Partido, por oportunismo, apartó a los comunistas cubanos de la vía de la intransigencia. La actitud comunista hacia Guiteras y Grau cambió de lenguaje y acción. Empezaron a concebir una interpretación diferente de las cualidades de sus rivales.

El coronel Mendieta, presidente provisional, hablaba de vez en cuando de las próximas elecciones y de una inmediata asamblea constituyente. Tales planes eran constantemente discutidos, y, como siempre, de haber existido un mayor acuerdo entre la oposición, no hay duda de que hubiera tenido que actuar más rápidamente; pero el antagonismo entre los partidos dio la impresión de que las divisiones eran insalvables. Y no obstante

hubo avances. Finalmente se puso a punto una reforma universitaria que seguía las recomendaciones de una comisión mixta de estudiantes y profesores. Después de unas semanas de motines, derramamiento de sangre, huelgas y rumores de que el Estado iba a hacerse cargo de la universidad, Mendieta entregó formalmente los títulos de autonomía de la universidad a los dirigentes estudiantiles. Lo cual significaba que a partir de entonces la universidad, aunque pagada por el Estado, no estaba sujeta dentro de sus recintos a los mandatos de los ministros del Interior y Educación. Parecía una gran victoria, y realmente lo era, pero una vez fuera de las escalinatas de acceso a los edificios universitarios, los estudiantes podían ser perseguidos, y de hecho lo eran. La libertad en el interior de la universidad, junto con la a menudo frívola violencia y el cinismo autoritario del exterior, contribuyeron a crear nuevas tensiones en La Habana: era un zafarrancho de combate con revólveres, dado que, en 1934, la universidad era el único sitio donde se podían celebrar libremente reuniones políticas, y pronto se convirtió en un lugar donde se podían guardar armas.

En 1934 fue aprobada también una ley de salario mínimo, por la cual se pagaban al menos ochenta centavos diarios en el campo, y un dólar en las ciudades o ingenios azucareros. Hay que reconocer que la aplicación de esta ley requirió largo tiempo, y nunca se logró por completo. Otra ley de enero de 1934 disponía que ningún trabajador podía ser despedido sin motivo. También fue esta otra ley que no se aplicó inmediatamente, y el rendimiento en el trabajo era tan bajo, que en la práctica no era efectiva.

El cambio de actitud de los comunistas llegó demasiado tarde para que hubiera una plena cooperación entre los oponentes de Batista en el famoso movimiento huelguístico de marzo de 1935. Para empezar, estalló una serie de bombas en el carnaval de febrero de 1935, como protesta económica y política contra

el retraso en el establecimiento de una Constitución que afectó a muchos ramos y localidades de toda Cuba en la primera semana de marzo. La organización de la huelga no estuvo ahora mayoritariamente en manos de los comunistas o los anarquistas, sino de una nueva generación de estudiantes en la universidad que había sido abierta de nuevo. Funcionarios del gobierno, ferroviarios, empleados de servicios públicos, todos estuvieron implicados, y durante varios días Cuba quedó tan completamente paralizada como en agosto de 1933. El ABC, el Partido Comunista y los partidarios de Grau colaboraron, aunque no se pusieron de acuerdo en ningún programa común.

En Cuba se supuso que el embajador de Estados Unidos, Jefferson Caffery, desempeñó un papel decisivo durante estas semanas; en un relato incluso se sugirió que Batista estaba ya dispuesto a huir, pero que Caffery se lo impidió, animándole a utilizar su ejército para aplastar a los rebeldes. Pero de hecho desempeñó un papel moderador, insistiéndole encarecidamente a Batista que tuviera en cuenta la importancia de la celebración de una asamblea constituyente, con tal de que Mendieta dimitiera de su cargo. Como había ocurrido antes a menudo, el temor al «caos» era un factor principal en la apreciación de la situación que hiciera Estados Unidos, situación que, ciertamente, amenazaría gravemente las propiedades norteamericanas, pasara lo que pasase. En Oriente, muchos ingenios azucareros habían perdido el control de sus plantaciones; así la United Fruit Company se encontró con sus molinos ocupados por un grupo de hombres que jamás habían trabajado para ellos. Al final, el ejército puso fin a la huelga. Hubo tiroteos. Poco después se declararon ilegales todos los sindicatos que habían tomado parte en la huelga y se confiscaron sus fondos. De nuevo fueron suspendidas todas las leyes constitucionales, y la universidad fue ocupada por soldados. El 10 de marzo, Mendieta declaró a Cuba en «estado de sitio». Al día siguiente la policía asesinó a

Enrique Fernández, subsecretario del Interior con Guiteras, «porque trató de resistirse a la detención». Batista detentaba ahora el mando, y su autoritarismo brutal estaba apoyado por todas aquellas «clases distinguidas» que poco antes, en enero de 1934, lo habían despreciado. Ya a principios de junio de 1934, un miembro de tales clases sugirió a Caffery que el único camino que le quedaba a Cuba era que Batista se convirtiera en un dictador.

El fracaso de la huelga produjo muchas recriminaciones. Los partidos de Grau y Guiteras alegaron que la CNOC y los comunistas entraron en acción demasiado tarde. Blas Roca declaró que los comunistas habían hecho todo lo posible para lograr una alianza con Grau, pero que la intransigencia de este lo había impedido. Mientras tanto, entre la clase media democrática y los círculos radicales aumentaba la desesperación. Muchos se marcharon al extranjero, exiliándose. Guiteras, todavía firme en su lucha, cayó poco después víctima de ella. Estaba en un antiguo fuerte esperando con un grupo de camaradas un barco que los trasladara a México, cuando fueron rodeados por unos centenares de soldados. Hubo una breve batalla y Guiteras cayó finalmente muerto, junto con un exiliado venezolano, el general Carlos Aponte. Pero a Guiteras le sobrevivió su organización, y Joven Cuba mató a casi todos los que tuvieron algo que ver con esta muerte en los años siguientes. La violencia de la policía hizo lícito el terrorismo practicado por los revolucionarios incluso para la clase media profesional.

La cosecha de caña de azúcar de 1935, aunque siguió siendo de unos dos millones y medio de toneladas (y, por tanto, un 50 por ciento inferior a las cifras de 1929), se vendió, sin embargo, bien. La economía, por lo tanto, empezó a recuperarse, aunque sólo molieron 133 molinos. En la Cámara de Comercio Americana se oyeron rumores de satisfacción: «Los importadores de artículos norteamericanos informan que ha habido un conside-

rable aumento en las ventas en toda la isla». Esta modesta mejora significaba que el ímpetu que pudo haber existido de avances sociales casi había desaparecido; la crisis estaba vencida, y la única medida crítica a mediados de 1935, a pesar de los discursos heroicos de Batista, y que pudiera ser mirada como un logro «de la Revolución», fue la emancipación de la mujer el 12 de junio. El discurso de Batista el 6 de septiembre de 1935 era, sin embargo, altisonante:

> El movimiento triunfante de los otros grados y los soldados del ejército y la marina, se ha consolidado gracias a la conducta de los ciudadanos… el representante de Estados Unidos de América [*sic*] ha aceptado los hechos, y podemos afirmar que no hay peligro de intervención… Tampoco existe aquí un peligro comunista, que ha sido siempre una fantasía con la que se ahogó la opinión pública durante años. El país demanda un cambio de frente. La Revolución no se hizo para obligar a un dictador a desaparecer, sino para abolir finalmente el sistema colonial que treinta y un años después del 20 de mayo de 1902 continuaba sofocando al país. Ahora no sólo ha nacido la República, fundada sobre bases inamovibles, dictada su forma por la libre voluntad del país. No será una república fascista, ni socialista, ni comunista; pero tendrá la orientación que la voluntad de la nación desee darle.

Con esta clase de retórica y con una economía que mejoraba lentamente, es fácil imaginar por qué Batista se fue haciendo cada vez más popular entre las masas.

Ahora las condiciones parecían bastante «normales» para que se celebraran elecciones. Pero sólo quisieron tomar parte los viejos partidos, no Grau, ni la Joven Cuba y ni siquiera el ABC. Menocal se presentó como el líder de los «demócratas». Contra él apareció Miguel Mariano Gómez, el hijo de José Miguel, tras el cual se agrupaban algunos pequeños partidos de clase media. Pero no pudieron ponerse de acuerdo, y hubo tantas desavenencias que Mendieta decidió retrasar las elecciones. Esta decisión se la inspiró Batista, el cual estaba inquieto, no fuera a ser que Menocal resultara elegido, porque suponía (y sin duda no se equivocaba) que no podría manipular a Menocal como manejaba a Mendieta.

El retraso impuesto por Mendieta fue una confesión de fracaso; fracaso al que añadió una invitación al doctor Harold Willis Dodds, rector de la Universidad de Princeton, para que actuara como consejero constitucional del gobierno, un acto curioso por parte de una nación libre. En segundo lugar, Mendieta dimitió al no lograr que los partidos se pusieran de acuerdo en que el 10 de enero de 1936 fuese la fecha propuesta para las elecciones. Mendieta dijo: «Algunos partidos políticos alegan ahora que no participan en las elecciones porque yo ocupo el cargo de jefe ejecutivo, afirmando que hay parcialidad por mi parte…». En dos años de compromisos, Mendieta había demostrado ser un hombre honesto entre maleantes, que no pudo llegar a creer que los maleantes eran menos honestos que él.

La repentina dimisión de Mendieta dio la presidencia a José Antonio Barnet, secretario de Estado, el cual pudo confirmar que las elecciones se celebrarían el 10 de enero. Hubo más disputas que fueron ahogadas. El profesor Willis Dodds fue acusado de mezclarse en política. La Asociación de Política Internacional de Estados Unidos (de Nueva York) dijo que a menos que Batista fuera reemplazado en el poder, «Estados Unidos habría utilizado su influencia para derrocar una dictadura —la de Machado— para que le sucediese otra».

Al final se celebraron las elecciones, y las mujeres cubanas votaron por primera vez. Miguel Mariano Gómez derrotó a Menocal y fue elegido presidente, con el coronel Federico Laredo Bru como vicepresidente. Así que el hijo de José Miguel volvió al puesto que su padre había gozado, acompañado por otro excoronel de las guerras de independencia. Este último había figurado en todas las legislaturas de la República, lo mismo que Mendieta; en la década de 1920 fue la esperanza blanca de la Asociación de Veteranos, y también figuró en el gobierno de clase media de Céspedes. Pero hasta la proclamación en mayo, Barnet actuó como presidente provisional. Las elecciones

para el Congreso dieron la mayoría a hombres que habían respaldado al régimen Mendieta-Batista. Fue evidente desde el principio que Gómez no tendría necesariamente una mayoría trabajadora.

A un viajero que recorriera Cuba en 1936 o 1937 le hubiera resultado difícil ver que la estructura social del país había cambiado mucho desde finales de la década de 1920. Y, sin embargo, la organización laboral era mucho más poderosa. El 50 por ciento de las leyes, la ley del salario mínimo y la ley sobre los despidos, habían asestado un duro golpe psicológico a la conducta laboral. No es que los líderes obreros fueran más hostiles a los patronos, sino que los patronos habían sido obligados a ceder por primera vez, al menos en teoría. Las mejoras en educación fueron no sólo demandadas, sino consideradas en serio.

Este último asunto provocó una explosión en la frágil organización institucional de Cuba en 1936. Barnet, mientras ocupaba todavía el cargo, aprobó un decreto que permitía a Batista, como jefe del Estado Mayor, nombrar a miembros del ejército como maestros en las nuevas escuelas rurales. Esto les pareció a muchos un nuevo paso, quizá irreversible, para el control de la política cubana por el ejército. Claro que era deseable que hubiese nuevas escuelas, y no había razón para que en una emergencia tales escuelas no pudieran ser atendidas por soldados; pero era un paso que, dados los antecedentes, amenazaba con el restablecimiento de la supervisión militar de la vida civil tal como existió en la época de Machado. No hay duda de que los motivos de Batista eran mixtos, mitad por la preocupación de llevar la educación a zonas remotas, y mitad por el deseo de aumentar su propio poder y el del ejército; pero este paso fue acompañado por otros destinados a ayudar al ejército, como la construcción de nuevos cuarteles para los hombres alistados en Columbia y los nuevos centros de recreo. Batista había mandado construir para sí mismo una espléndida casa en

el Campamento Columbia; había nuevos hospitales militares, orfanatos militares, y se distribuyó mucha propaganda elogiando no sólo los puntos de vista de los militares sobre la vida, sino también al ejército como tal, y verdaderamente a una dictadura militar.

Mientras tanto, Miguel Mariano Gómez pudo demostrar que tenía al menos algunas de las cualidades de su padre. Era, sin embargo, más honrado, aunque había tenido menos tiempo de hacerse popular. Le faltaba también aquella energía que, a pesar de sus debilidades, había hecho de su padre uno de los cubanos más atrayentes. Miguel Mariano estaba resuelto a acabar con la evidente amenaza contra la vida civil que suponían Batista y el ejército. En su discurso inaugural recalcó: «La sola fuerza es precaria si no está animada y autorizada por la razón y la justicia; sin la cual no puede existir una paz firme y permanente».

A finales de junio de 1936, el presidente Gómez intentó mostrar a Cuba que quería separarse de Batista, al despedir a 3000 empleados del gobierno, la mayoría reservistas militares. Batista reaccionó enérgicamente dando instrucciones a sus comandantes de que prestaran «toda clase de atenciones» a los hombres despedidos. Pero el choque se produjo, como todo el mundo había pensado, por el asunto de las escuelas rurales. A mediados de diciembre, el Senado, que estaba lleno de amigos de Batista, aprobó un nuevo impuesto sobre el azúcar de un céntimo por saco, proporcionando así otro millón y medio de dólares con los que se podían costear otras 2300 escuelas rurales militares. Gómez se opuso a la ley basándose en que los militares no debían participar en la educación. El secretario de la presidencia, Domingo Macías, declaró que el presidente Gómez pensaba que la educación cubana se estaba volviendo fascista. Los amigos de Batista se esforzaron para que la ley fuera aprobada. Los colonos del azúcar la apoyaban. Hubo animadas reuniones por todo el país y la ley fue finalmente aprobada en

la Cámara baja por 106 votos frente a 43. Gómez la vetó. Inmediatamente la Cámara baja aprobó una petición acusándolo de parcialidad, y hubo propuestas de *impeachment*. Gómez ordenó a su embajador en Washington que fuera a ver al presidente Roosevelt para que le entregara un memorando «estrictamente informativo», describiendo lo que él creía que era una amenaza contra «el gobierno democrático y constitucional». El secretario del Tesoro de Gómez apeló también al embajador Caffery, quien se limitó a responder que «Washington no podía intervenir». Roosevelt confirmó más tarde esto, pero dijo que le pareció que Gómez actuaba lo mismo que él, y otros presidentes a menudo, sin dar terreno para una acusación de «infracción de las prerrogativas legislativas». Caffery replicó que la oposición cubana a Gómez había prestado poca atención a tal representación suya.

Siguió un proceso de incapacitación los días 22-24 de diciembre. En una sesión de gran resonancia, Gómez obtuvo una votación adversa de 22 frente a 12 (el ejército utilizaba lo que incluso Caffery llamó «intimidación»). Gómez protestó inútilmente porque ese *impeachment* significaba una victoria para los militares «decididos» a hacerse los amos del país. Sus partidarios hicieron correr rumores de que Estados Unidos haría presiones económicas como represalia del *impeachment*. Pero Estados Unidos no tenía tales intenciones. Roosevelt y Hull estaban claramente desilusionados, pero, inmersos en otros problemas, no hicieron nada.

Dos días después, Laredo Bru, el vicepresidente, quedaba instalado como presidente, complacido de entregarse completamente a Batista. Su gobierno estaba compuesto sólo de amigos de Batista. Era el más feliz de los figurones, «alto, austero, con un seco sentido del humor». Era el nuevo Childerico del Caribe, ante el martillo carolingio de Batista.

54

Batista y los comunistas

Batista no ocultó el hecho de que era el amo. Fue él, y no Laredo Bru, quien anunció el programa del «nuevo» gobierno:

> Hay dos cosas imperativas, la convocatoria de una asamblea constituyente y la aprobación de la ley de educación… con la Administración y el Congreso identificados con estas dos prometedoras propuestas, que tienen la aquiescencia de las fuerzas armadas, encargadas de que se cumplan, el pueblo de Cuba debe ser felicitado.

En los meses siguientes reinó la tranquilidad en Cuba; de los viejos partidos sólo Miguel Mariano Gómez y Menocal permanecieron fuera del abrazo del nuevo sistema militar. En abril, el Partido Comunista intentó unir todas las fuerzas opuestas a Batista en una alianza de Frente Popular, acusando a Batista de imitar a Hitler y Mussolini. Pero esto apenas si era posible. Grau, el aliado natural de los comunistas, seguía exiliado en el extranjero y ahora dedicado a reorganizar a sus seguidores diseminados, en una nueva fuerza, el Partido Revolucionario Cubano Auténtico, conocido como los «auténticos», afirmando que eran los verdaderos representantes de los ideales de Martí. Todavía no había incorporado a muchos de los revolucionarios más militantes, miembros supervivientes de grupos de acción política como el de la Joven Cuba, aunque estaban aliados tácticamente con él. Grau comprendía, sin embargo, la desventaja de constituir un partido reformista con aliados comunistas, y el único grupo que accedió a unir sus fuerzas con las de él fue el de los exestudiantes de izquierda democrática, la Izquierda Revolucionaria dirigida por Eduardo Chibás.

Después de esta tentativa, el Partido Comunista hizo una serie de gestos al gobierno; consecuencia de ellos fue la obtención, a mediados de 1937, de un permiso para organizar lo que era en esencia un partido de «frente», el Partido de Unión Re-

volucionaria (PUR). La dirección de este partido se encomendó a Juan Marinello, poeta y escritor de la generación universitaria de Julio Antonio Mella, hijo de una rica familia relacionada con los industriales del azúcar; Salvador García Agüero, un destacado maestro y escritor negro; Augusto Rodríguez Miranda, masón de alto grado, y Antonio Macías, prestigioso intelectual de Matanzas. Se adhirió también al partido un pequeño grupo socialista encabezado por Juan Arévalo, ahora secretario general de la Unión Marítima, el líder sindical que diez años antes había organizado a Machado un falso sistema sindical. Los comunistas nunca negaron que el PUR era su punta de lanza. Todos sus jefes eran, si no miembros del Partido Comunista de Cuba, al menos tan próximos a él que no había diferencia. A distinto nivel, los comunistas controlaban el Ala Izquierda Estudiantil, con predominio en la vida universitaria.

En aquellos meses, Batista empezó a orientarse a la izquierda, de un modo que en la década de 1960 se habría parecido a los programas nasseristas: el gobernante militar socialmente consciente. El 25 de julio de 1937 anunció un plan de tres años, tan extenso en ambiciones que fue llamado «el plan de los trescientos años». Las industrias del azúcar y el tabaco serían puestas bajo la dirección del Estado; los obreros se beneficiarían de seguros sociales, vacaciones pagadas y otras ventajas. Se anunciaron planes para la conservación de bosques, una nueva moneda, suministros de agua, la distribución de las tierras del Estado, la reorganización de la agricultura, la minería y la extracción de petróleo, un gran plan nuevo de sanidad, una marina mercante, incluso un nuevo sistema de impuestos. Para mantenerse a tono con las tendencias nacionalistas, los extranjeros tendrían que pagar una tasa de registro de 1,40 a 5 dólares.

En cuanto al azúcar, en mayo se celebró en Londres una conferencia de los veintitrés principales países azucareros. Mucho más completa que la malaventurada reunión de Chadbour-

ne en 1930, la conferencia trató de nuevo de asegurar «la ordenada liquidación de los excedentes de azúcar». Los principales exportadores aceptaron una cuota para sus exportaciones al mercado mundial: Cuba 940 000 toneladas al año (mucho más que sus exportaciones a Estados Unidos, que no fueron consideradas, lo mismo que tampoco lo fue el sistema imperial europeo del azúcar). Se creó un Consejo Internacional del Azúcar para administrar este acuerdo; pero al final la guerra (o el temor a ella), dictaron lo que se había de exportar o lo que no. Mientras tanto Estados Unidos elaboró una ley azucarera, por la cual el 56 por ciento del mercado norteamericano del azúcar quedaría reservado a los «productores propios» (Hawai, Puerto Rico, los remolacheros nacionales, etc).; el resto sería dividido entre Cuba y Filipinas, en una proporción del 64 por ciento y el 36 por ciento, respectivamente. Pero esto sólo aseguraba a Cuba el 29 por ciento del total del mercado norteamericano; ciertamente más que las islas, o los productores de caña y remolacha de Estados Unidos, pero mucho menos de lo que había tenido antes: en 1937 exportó dos millones de toneladas a Estados Unidos, menos de la mitad del total de 1929.

En lo concerniente a la producción, Batista hizo lo mismo que sus predecesores desde 1930, intentando sobre todo ayudar a los pequeños fabricantes para que pudieran ir tirando, cualesquiera que fuesen sus condiciones económicas, y a veces a costa de los grandes. Tal política tenía un trasfondo político y social. El ingenio azucarero era el centro de una comunidad; dejar que desapareciera tendría consecuencias revolucionarias. Pero al mismo tiempo introdujo en septiembre de 1937 una nueva ley de coordinación del azúcar, cuyos efectos fueron muy importantes y extensos.

Esta ley, que se debía casi totalmente a los esfuerzos del secretario de Agricultura, López Castro, se hizo con la intención de calmar las inquietudes de los colonos y los trabajadores de

los ingenios, quienes sufrían los efectos persistentes de la depresión económica. La ley organizaba la industria azucarera cubana con tal amplitud que a partir de entonces sería equivocado considerarla como parte normal de un sistema de empresa privada. Gran parte de la ley garantizaba los derechos de los pequeños colonos, es decir, de cualquier agricultor que produjera menos de 30 000 arrobas (350 toneladas) de caña de azúcar. Ahora los colonos quedaban asegurados de que los molinos no les podrían rechazar la caña por ellos producida. Los pequeños colonos podían incluso variar su producción por debajo del nivel de 30 000 arrobas. A cambio, tenían la obligación de cultivar menos o sólo parte de sus tierras. La ley simplificaba los complicados métodos por los cuales los ingenios azucareros ajustaban sus cuentas con los colonos, y daba garantías contra la posible pérdida de una finca a causa de la depresión. También disponía que, en tanto que un colono siguiera cultivando sus fincas con caña de azúcar y entregara la cantidad acordada a la central apropiada, jamás tendría que abandonarlas: lo cual significaba que, si era arrendatario, el Estado suscribía su arrendamiento. Las 370 000 hectáreas aproximadamente arrendadas por los colonos a los ingenios quedó así garantizado con arrendamientos a perpetuidad.

En aquella época, sesenta y nueve molinos, que producían el 56 por ciento del total del azúcar cubano se hallaban en manos de ciudadanos estadounidenses. Los españoles seguían poseyendo treinta y seis molinos, que representaban un 17 por ciento del total. Los canadienses poseían once molinos; los ingleses, cuatro; los franceses y daneses, dos, produciendo entre todos otro 7 por ciento del total. Los casi cincuenta molinos de propiedad cubana, por lo tanto, seguían produciendo un quinto de la producción total de Cuba.

Se aprobaron otras leyes benévolas. Poco antes de Navidad una amnistía permitió el regreso a Cuba de todos los exiliados,

incluso los miembros del régimen de Machado, hasta al propio Machado (pero el viejo tirano estaba en aquellos momentos agonizando en Estados Unidos). Pero algunos miembros de su gobierno, como Orestes Ferrara, sí que regresaron. El gobierno reconoció las deudas contraídas por Machado, haciendo una emisión de ochenta y cinco millones de dólares para pagar a los obligacionistas. Batista prosiguió su obra con una serie de estatutos populares, fundando una Comisión Nacional del Transporte, y promulgando una ley para la distribución de tierras del Estado y realengos, prometiendo poner fin a los interminables litigios sobre los títulos de propiedad de las tierras. Esta ley era un reflejo de otra, mexicana, según la cual los que querían recibir tierras habían de solicitarlas. Se supuso que nadie recibiría más de una caballería de tierras laborables, en la cual se habría de edificar la casa rústica y otras construcciones. Los beneficiarios tenían que vivir en sus tierras durante seis años, cultivándolas con la intención de mantener con ellas a sus respectivas familias, plantar huertos y árboles frutales y comprometerse a seguir las normas dictadas por el Departamento de Agricultura. Tales granjas no podían ser vendidas y cambiarían de titular sólo por herencia. En abril de 1938 fue entregado un antiguo realengo en Mariel, cerca de Pinar del Río, en el primer reparto de tierras. Durante el resto de 1938 y en 1939 se dividieron otros realengos y pareció que había empezado una reforma agraria, aunque fuera en modesta medida, de un estilo que recordaba lo sucedido en México en tiempos de Cárdenas.

En abril de 1938, Batista aprovechó la manifestación celebrada ante el palacio presidencial en favor de los créditos de hipotecas, para hacer su más enérgico llamamiento a las masas, pidiendo su apoyo, y hablando en tono casi sacramental de «los humildes», pero añadiendo, sin embargo: «¡Qué cosas más hermosas son la paz y la tranquilidad obtenidas por medio del trabajo!… ¡Qué inspiración!». A finales de aquel mes tuvo que

anunciar el retraso de su plan de tres años hasta que se pudiera reunir una asamblea constituyente.

A pesar de tanta palabrería acerca del progreso, acompañada de algunos logros, Batista había perdido a mediados de 1938 la consideración de todos los representantes de la vida cubana más respetables y de la antigua clase media y los grupos profesionales, pero se había ganado el apoyo popular, y era admirado y, en cierto sentido, querido por las masas; los partidos de la clase media lo sabían y estaban paralizados por su propia debilidad al no poder hacer nada para contrarrestarlo. Sólo el doctor Grau San Martín seguía siendo una amenaza por el recuerdo de su gobierno en el pasado, indicio de futuros desórdenes, ya que el fracaso de aquel gobierno podía ser atribuido a Estados Unidos.

Las elecciones del 5 de marzo de 1938, tanto tiempo aplazadas, mostraron a Batista que Grau representaba el único centro verdadero de la oposición contra él. De Menocal y Miguel Mariano no tenía por qué preocuparse. Inmediatamente después de estas elecciones, Batista anunció que «había descubierto un complot revolucionario», en el que participaba una abigarrada colección de antiguos dirigentes del ABC, profesionales y antiguos políticos, como el doctor Guillermo Belt, el doctor Alfredo Reguero y Cosme de la Torriente, en cierto modo implicados. La verdad era que estos hombres se habían reunido para discutir la acción política común en las semiautoritarias circunstancias entonces reinantes. Batista se enteró de estas reuniones y las utilizó para sus propios fines, y en una poco sutil tentativa de estimular el apoyo nacional, acusó a la embajada de Estados Unidos de estar comprometida. El nuevo embajador, J. Butler Wright, sucesor de Caffery, negó con vehemencia esta acusación; pero las declaraciones de Batista tenían peso en Cuba.

Con estos ánimos y tal estado de cosas, Batista, que trataba de captarse a las organizaciones obreras jugando con las espe-

ranzas de las masas, empezó a ahora a volverse, como había hecho antes Machado *in extremis*, hacia los comunistas. Ya había permitido la existencia legal del PUR de Marinello. Desde mayo de 1938 permitió la publicación del periódico comunista *Hoy*, que luego apareció diariamente teniendo como editor a Aníbal Escalante, un organizador muy capacitado, aunque autoritario. En julio, los comunistas empezaron a responder; dejaron de aproximarse a Grau, quien con Chibás y otros seguía firmemente opuesto a la idea de cualquier alianza con el Partido Comunista. Indicó que los comunistas podían unirse a los auténticos si se mostraban tan entusiastas de su programa. En el décimo pleno del partido, celebrado en julio, los comunistas decidieron «adoptar una actitud más positiva hacia el coronel Batista, obligándole a adoptar actitudes democráticas más positivas». A partir de entonces Batista empezó a ser descrito en las publicaciones del partido como un hombre que había dejado de ser «el punto focal de la reacción, para convertirse en cambio en el punto focal de la democracia». Blas Roca dijo posteriormente con tono lisonjero: «Cuando Batista halló el camino de la democracia, el partido le ayudó». Aunque Batista se ha enriquecido rápidamente, como casi todos los nuevos jefes y oficiales —proseguía Blas Roca—, pudiéndosele considerar un potentado, sin embargo, para ciertos grupos reaccionarios de la burguesía, «"el sargento" es todavía un hombre del que uno no se puede fiar… por otra parte, sus lazos con el movimiento revolucionario son muy estrechos, está aún rodeado de exsargentos, cabos y soldados que han oído sus juramentos de fidelidad a los intereses de Cuba». Blas Roca acompañó estas observaciones con demandas de una nueva Constitución y de una alianza efectiva con las «fuerzas democráticas», así como de un Partido Unido de la Revolución.

Blas Roca, como secretario general del Partido Comunista, había estado apoyando formalmente durante cierto tiempo las

demandas constitucionales; y ya en mayo de 1936 declaró: «Hoy es necesario llamar centro de nuestra tarea a la lucha por la Constitución soberana». Roca, que era una combinación curiosa de *apparatchik* y de político cubano, demostró siempre que había sido bien elegido como secretario del partido, cuyos elementos tan dispares logró mantener unidos muchos años, actuando más como intermediario que como hombre fuerte. Era muy amable, hasta jovial, así que era antipático para muy pocos excepto por razones políticas, y mucha gente no lo tomaba lo bastante en serio como pensador político, para detestarlo ni siquiera por eso.

Una semana después del décimo pleno comunista, Blas Roca y su camarada Joaquín Ordoqui se reunieron con Batista en el Campamento Columbia. En esta curiosa reunión, eco de la que habían celebrado Machado y César Vilar cinco años antes, los comunistas accedieron a apoyar los planes de Batista para una nueva asamblea constitucional, e incluso a respaldar a los amigos de Batista que hubiera en ella; a cambio, Batista legalizaría el Partido Comunista y le otorgaría el derecho a reorganizar el movimiento sindical bajo su control. Los dos comunistas trataron también de formar un partido revolucionario unido que incluyera a los partidarios de Grau, pero Grau rechazó de nuevo esta idea. Poco después, Batista declaró a los informadores de prensa que, a su juicio, «el Partido Comunista, según su constitución, es un partido democrático que persigue sus fines dentro del marco de un régimen capitalista y ha renunciado a la violencia como método político; en consecuencia, tiene los mismos derechos que cualquier otro partido político». Y el partido fue inscrito, el 13 de septiembre de 1938, en las listas electorales de la provincia de La Habana. Batista suprimió también las restricciones que pesaban sobre la organización sindical. El órgano del Comintern, *World News and Views*, comentó satisfecho: «Batista… ya no es el centro de la reacción», añadiendo que «la

gente que trabaja para el derrocamiento de Batista ha dejado de actuar en favor de los intereses del pueblo cubano».

Esto supuso entonces una colaboración estrecha entre Batista y los comunistas y no meros devaneos. Irónicamente, esta colaboración se hizo más estrecha con motivo de la visita hecha por Batista a Estados Unidos en el otoño de 1938. (Blas Roca le había precedido en Norteamérica, alabando en público la política de buena vecindad de Roosevelt y reconociendo ante el *New York Times* que se hallaba en Estados Unidos para asegurar «la continuación de la ayuda financiera» de los comunistas norteamericanos). Invitado por el jefe del Estado Mayor estadounidense, general Malin Craig, Batista fue recibido en Washington por su viejo amigo Sumner Welles, y se entrevistó con Roosevelt y Hull. De momento no se discutió nada, aunque Batista «oyó algo acerca de la política comercial de Estados Unidos y cautas sugerencias concernientes a las esperanzas de Washington en un progresivo desarrollo de las instituciones democráticas en Cuba». Roosevelt declaró temer que Cuba se convirtiera en una víctima de «influencias totalitarias». Batista replicó que, por el contrario, la isla se mostraría fiel a los principios democráticos. También hubo un acuerdo oral por el que Estados Unidos y Cuba iniciarían una nueva ronda de negociaciones sobre aranceles, para disminuir los derechos sobre las exportaciones de ambos países. Batista visitó West Point, presenció las celebraciones del día del Armisticio en Arlington y vio la nieve por primera vez en su vida. Regresó a La Habana con un gran prestigio, siendo recibido por una inmensa muchedumbre, dirigida por Laredo Bru, el presidente marioneta. Se declaró el día festivo y por todas partes se veían banderas y gallardetes. El Partido Comunista, naturalmente, también se manifestó en favor de Batista, y Blas Roca declaró una vez más: «Batista ha empezado a dejar de ser el centro de la reacción». Mientras Batista estaba en Estados Unidos, se había celebrado

la primera gran reunión de masas del Partido Comunista, tras el nombramiento de aquel, en el Polar Stadium, y mientras que Batista y Roosevelt discutían en Washington, no sólo Blas Roca y Joaquín Ordoqui arengaban a la muchedumbre en La Habana (eran los dos dirigentes comunistas más comprometidos con esta nueva orientación política), sino también James W. Ford, del Partido Comunista de Estados Unidos.

Esta colaboración floreció de nuevo en la primavera de 1939. Del 10 al 15 de enero, se pudo celebrar libremente en Santa Clara el III Congreso Nacional del Partido Comunista. Estuvieron presentes 347 delegados, quienes declararon que el partido contaba ahora con 23 300 afiliados. Si era verdad, representaba entonces la fuerza política más numerosa de Cuba. El Partido de Unión Revolucionaria de Marinello desapareció virtualmente, fundiéndose con el Partido Comunista, como ya lo había estado a puerta cerrada, y haciendo planes en común para las próximas elecciones generales para la asamblea constituyente. Blas Roca describió el programa del partido de esta nueva guisa:

> Luchamos por la unidad del pueblo de Cuba, por la unidad de los revolucionarios y por un gran frente nacional unido; para lograr una Asamblea Constituyente libre y soberana; para establecer la democracia, con igualdad de derechos para los negros y las mujeres; para ayudar a los desempleados, proteger a los campesinos contra los desahucios, aplicar las leyes sociales, aumentar la educación, salvar a miles de deudores cubanos de una ley de revaluación de las hipotecas, defender la economía nacional y al país de la invasión nazifascista, ayudar a España y a China, y para la colaboración con las democracias.

Después, una semana más tarde, desapareció la vieja CNOC, como el PUR, y se estableció una nueva Confederación del Trabajo dirigida por los comunistas. Era la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), cuyo primer secretario general fue Lázaro Peña, un obrero negro de la industria del tabaco. Esta organización, alentada por Batista, se convirtió inmediatamente en el hijo favorito del Ministerio de Trabajo. La CTC se

convirtió, en efecto, en el sindicato del Estado. Los nuevos dirigentes, desde el principio, en lugar de regatear con los patronos, iban directamente al ministro, y para resumir estos acontecimientos, el coronel Batista dijo también sus palabras de alabanza: «El Partido Comunista, como en México, Estados Unidos y Francia, está reconocido, y el comunismo, como fuerza legal en vez de fuente de desórdenes, se ha convertido en el promotor de las fórmulas democráticas».

En febrero de 1939, Batista fue a visitar al presidente Cárdenas en México, otro gesto popular para las masas, pero no para industriales y comerciantes, que tenían a Cárdenas por un revolucionario verdadero y un enemigo apasionado del capital. Aunque el presidente Laredo Bru volvió a declarar festivo el día del regreso de Batista, las calles estaban vacías; sólo los sindicatos lo saludaron y para ellos habló desde el balcón de palacio: «El capital no debe temer la expoliación de la riqueza; pero si no respeta los deseos y aspiraciones del pueblo, la confusión resultante trabajará contra sus propias aspiraciones».

Todos estos acontecimientos no transcurrieron sin una continua afirmación del poder ejecutivo, tanto legal como ilegal. Así, en el otoño de 1938, Laredo Bru firmó un decreto que hacía posible la suspensión de cualquier diario. En mayo de 1939, Felipe Rivero, editor del semanario *Jorobemos*, que había criticado al gobierno, fue obligado a beberse el contenido de una botella de aceite de ricino por cuatro matones no identificados, sin duda a sueldo del gobierno. Seguía habiendo una corriente de violencia oculta: las organizaciones de pistoleros políticos continuaban existiendo, aunque algunos miembros de Joven Cuba y otras fuerzas parapolíticas estaban en el exilio. Muchos se pasaron, en 1938, al Partido Auténtico de Grau, entre ellos el exjefe comunista de Guantánamo, Eusebio Mujal.

Batista y sus exsuboficiales y los comunistas, estaban por supuesto ensuciados en parte por su colaboración con Machado,

y como el propio Machado, eran rechazados firmemente por la clase media liberal, por «todo lo que había de mejor en la vida pública». «Acuso a Blas Roca de ser un traidor», tronó con su viveza de genio el elocuente Eddy Chibás, el más brillante de los seguidores de Grau, en un artículo publicado en *Bohemia* el 14 de mayo de 1939, tratando de provocar una acusación por calumnia, lo cual no logró. Pero la hostilidad de los auténticos no pareció sacudir la nueva alianza.

Mientras tanto, las estrechas relaciones que sostenían Batista y los comunistas en Cuba empezaron a surtir efectos en el continente. En Perú, por ejemplo, el dictador Prado dio también a los comunistas voz fuerte en el movimiento sindical; en Chile, el presidente Aguirre Cerdá incluso invitó a los comunistas a participar en el gobierno; pero estos rechazaron la oferta, prefiriendo ciertos puestos subordinados en la administración, aunque Pedro Pacheco, famoso organizador de un motín en la flota chilena, ocupó el delicado puesto de alcalde de Santiago de Chile; mientras que en México, Lombardo Toledano, con su jefatura sindical, empujó a Cárdenas a relacionarse con el Partido Comunista. Así, los acontecimientos de La Habana no fueron un hecho aislado, sino parte de una orientación continental.

55

La Constitución de 1940

Con un firme aliado en los comunistas y la organización sindical, la posición política de Batista era sólida en los primeros meses de 1939. Su única preocupación era la economía. Hubo algunas dificultades para dar salida a la producción de azúcar. El valor de las exportaciones cubanas había disminuido entre 1937 y 1939 de 187 000 000 de dólares a 147 000 000. Las excesivas emisiones de pesos causaron algunas fugas de capitales. En aquellos años la renta nacional decayó un 20 por ciento y los precios de los alimentos bajaron un 6 por ciento. Al llegar el año 1939 la economía cubana estaba en bajo nivel, con bajas de precios, mientras que las reservas de oro y dólares del erario ascendían tan sólo a 7 500 000 dólares. Tampoco habían sido resueltas todavía las negociaciones con Estados Unidos acerca de la deuda contraída por Machado. En febrero, el embajador de Estados Unidos, Wright, explicó al secretario del Tesoro de Cuba, Óscar García Montes, basándose en una conversación con Warren Pierson, presidente del Import-Export Bank, que a menos que, o hasta que, la deuda de Machado por obras públicas no fuera pagada, no se podrían conceder más créditos a Cuba.

> [García Montes], hombre muy prudente, dijo que la situación financiera de Cuba estaba empeorando; yo le repliqué que por desgracia estaba enterado de ello. Él declaró que la oposición… insistía en que el gobierno no contrajera más obligaciones… Yo repuse que había sido informado de esta infortunada situación… Él dijo que el resto de la emisión de ochenta y cinco millones de dólares no era suficiente para atender estas obligaciones y que era preciso una emisión suplementaria; yo le contesté que estaba completamente enterado de ello…

La discusión de cómo se debía pagar esa deuda ocupó una buena parte del año 1939, junto con las importantes reclamaciones de Purdy and Co. y Warren Bros. El 20 de julio, el Departamento de Estado de Estados Unidos publicó un virtual ul-

timátum a Cuba: las negociaciones sobre un tratado comercial suplementario serían retrasadas indefinidamente hasta que Cuba hubiera pagado estas viejas facturas, y también hasta que hubieran tratado de la moratoria del crédito y de la factura de revaluación. El 7 de agosto, el embajador cubano en Washington, Martínez Fraga, dijo que el gobierno de Cuba asumiría ciertamente las obligaciones de las obras públicas; pero pidió veinte millones de dólares para hacer eso. Welles, todavía el subsecretario responsable en Washington, se negó a tener nada que ver con semejante trato.

Después de esto, el gobierno de Estados Unidos anunció que el 1 de septiembre se suspenderían las negociaciones para un acuerdo comercial complementario. Campa pidió un aplazamiento y Sumner Welles accedió a retrasar la decisión hasta el 11 de septiembre, basándose en que una guerra europea daría a Cuba demandas de azúcar superiores y prácticamente ilimitadas. Pero llegó el 11 de septiembre y no se había hecho nada, y aquel día Roosevelt anunció unilateralmente que, como resultado de la guerra, todas las cuotas de azúcar quedaban en suspenso: y esto significaba un inmediato aumento en el precio de la cuota de azúcar cubano vendido en Estados Unidos a 1,5 centavos la libra.

El conflicto hizo que Estados Unidos se volviera más conciliador. El Departamento de Estado se dio cuenta de que en esta, como en todas las guerras, Cuba podría ser capaz de encontrar nuevos clientes para su azúcar, quizá hasta la propia Alemania. En diciembre se firmó un acuerdo comercial complementario, medida interina destinada a restablecer el arancel a 0,9 de centavo. Fue demasiado tarde para que sirviera de ayuda a la cosecha de 1940, e incluso la cosecha de 1941 sería poco satisfactoria por otras razones; pero a partir de entonces la recuperación fue completa.

Mientras tanto, en noviembre de 1939 se disiparon por fin las aprensiones sobre si se iban a celebrar o no elecciones, ya que el 15 de aquel mes se celebraron comicios para la elección de una asamblea constituyente, con el entendido de que en febrero seguirían las elecciones para el cargo de presidente. En el período intermedio la asamblea redactaría una nueva Constitución, y el presidente Laredo Bru y la administración seguirían en el poder. Batista celebró estas elecciones en el supuesto de que el apoyo de las masas, a través de la CTC, le permitiría ganarlas. Estaba cometiendo el mismo error que Machado, quien creyó a los comunistas cuando le prometieron acabar con la huelga en agosto de 1933. A la hora de los resultados (parece ser que se trató de unas elecciones limpias), el doctor Grau San Martín y sus aliados (los auténticos, el ABC, los demócratas republicanos de Menocal y Acción Republicana) «económicamente en andrajos, moralmente en traje de gala», resultaron victoriosos, ganando 41 de los 76 escaños; Batista y los comunistas obtuvieron tan sólo 35 escaños. Blas Roca se vio obligado a declarar que la victoria de Grau era en sí una prueba de la devoción de Batista por la democracia.

Batista aceptó su derrota con ecuanimidad, y la atribuyó a su propio fracaso en identificarse completamente con el gobierno. El 6 de diciembre anunció públicamente que se presentaría como candidato a la presidencia en las elecciones generales de 1940 y que de momento se retiraba de su cargo de jefe del Estado Mayor, la mayoría de cuyos miembros se retiraron también.

La plataforma de Batista era más o menos la misma de su plan trienal, en 1937: una promesa de reorganización del sistema de impuestos; la estabilización del peso, y un nuevo compromiso para las nuevas circunstancias: neutralidad en la guerra mundial. Parece que consideró la posibilidad de retrasar la reunión de la Asamblea Constituyente; pero esto sería hacerle el

juego a la oposición, permitiéndole justificar retrasos en la elección presidencial. El 11 de enero, el Senado aprobó una propuesta de aplazamiento hasta finales de febrero, mientras que Laredo Bru planeaba claramente un retraso hasta mediados de año, asegurando que la Asamblea Constituyente no haría nada que excluyera a Batista como candidato presidencial.

En enero de 1940 lo más importante en la política interna de Cuba era la actitud que tomara Estados Unidos sobre los posibles acontecimientos en la isla. El 11 de enero, el expresidente Menocal acusó a Martínez Fraga de «ocultar al gobierno que Estados Unidos no reconocería los resultados de unas elecciones en las que no participara la oposición». Esto motivó una declaración de Willard Beaulac, encargado de negocios de Estados Unidos en La Habana: «La versión que de nuestra actitud da el general Menocal —dijo— es en parte responsable del fracaso del gobierno y de la oposición para alcanzar un acuerdo en las varias materias en disputa».

Cordell Hull pareció que recogió la insinuación e indicó al embajador cubano que:

> Este gobierno, en ninguna circunstancia, dará indicaciones de si piensa reconocer o no un futuro gobierno de Cuba. Recalqué el hecho de que hoy nuestras relaciones con Cuba son las mismas que… con las otras repúblicas americanas y que ha pasado tiempo desde… que existieron relaciones especiales.

El 9 de febrero, con la situación aclarada, por lo menos para el gobierno, la Asamblea Constituyente celebró su primera reunión. Un muchacho *boy scout* de Regla inauguró la sesión presentando una bandera cubana. Hubo discursos evocando la figura de Martí y de los fundadores de la nación: el país de Martí no podía ser una nación de fratricidas; era tarea de la Asamblea Constituyente preparar una nueva Constitución, revisar la de 1902, e incorporar a ella las leyes benevolentes y las claras mejoras de las condiciones sociales logradas desde la Revolución de 1933. Esta nueva Constitución era uno de los logros políti-

cos más serios de los cubanos, y se había logrado ciertamente como consecuencia del grado extraordinario de cooperación entre los diferentes políticos. Se inspiraba en la Constitución de la República Española de 1931 y de la alemana de Weimar de 1920. Por otra parte, el texto preveía explícitamente la suspensión de todas las garantías constitucionales durante 45 días cuando la «seguridad» lo requiriera. No se llegó a un acuerdo sobre la celebración de elecciones. Los derechos políticos, según la Constitución, implicaban la libertad para votar en «elecciones y referendo», y la libertad de asociación; pero se prohibían los movimientos políticos basados en el sexo, la clase o la raza. La Constitución autorizaba el recurso al referéndum y prefiguraba al Estado en el desempeño de un papel positivo en el desarrollo económico y social. Era con mucho un documento de la época posterior al New Deal, «el subsuelo pertenece al Estado» (artículo 88); «el Estado debe impedir el desempleo» (artículo 60). El artículo 90 disponía la provisión de un máximo de propiedad para «cada persona… y para cada tipo de explotación». La plantación y molienda de caña serían reguladas o restringidas (artículo 275). En casos justificados se podría llegar a la expropiación (artículo 24). La Constitución hablaba también de los seguros sociales obligatorios, indemnización por accidente, pensiones, salario mínimo, jornada laboral de ocho horas, semana de cuarenta y cuatro horas y vacaciones pagadas de un mes.

La Constitución tenía bastantes defectos, como podría haber sugerido el fracaso de los modelos alemán y español. No es, como los ingleses suponen a menudo, que haya nada especialmente fatídico en una Constitución escrita como tal Constitución, porque los países que no tienen tradiciones políticas fuertes y hábitos arraigados, necesitan que los guíen para la acción y la colaboración, y hay muchas constituciones escritas que funcionaron bien. Pero implicar discutibles ideas legislativas en

el texto de una Constitución, significa que la oposición a tal o cual medida puede llevar a la discusión, crítica o incluso denuncia de la propia Constitución. La controversia política legítima, obligada a desarrollarse sobre la reforma constitucional, puede llevar directamente a una discusión general sobre las mismas bases del régimen.

Igualmente, los altisonantes principios encarnados en este acuerdo constitucional, pueden significar una desilusión potencial: algunos artículos de la Constitución de 1940 establecían como principio general (que había de completarse con una legislación ulterior) que todos los niños tenían derecho a ocho años de educación primaria. A menos que se diera cumplimiento a estos principios, existía el peligro de que la omisión en el cumplimiento del artículo acarrease el descrédito para la propia Constitución. El 12 de octubre de 1940, *Business Week* comentó: «No se prevé una repentina y drástica imposición de las nuevas regulaciones. Cuba está demasiado vinculada a Estados Unidos tanto económica como políticamente». Además había algunas cláusulas quisquillosas aunque bien intencionadas. De ellas, la más curiosa era la disposición de que los maestros recibieran un salario nunca inferior a una millonésima parte del presupuesto nacional.

A pesar de estos defectos, la Constitución de 1940 supuso una verdadera tentativa de socialdemocracia. Sin embargo, fue muy poco leída después de ser escrita.

La actitud de los comunistas fue favorable. Blas Roca resumió la situación en un discurso a sus camaradas:

> Hoy, al fin, tenemos una Constitución, hoy la Magna Asamblea ha acabado sus tareas; para lograr esto, tenemos que derrotar las tendencias capitulacionistas de Vivó y Martín Castellanos, así como el *putchismo*, el insurreccionalismo y el extremismo infantil.

Y con palabras que evocaban otras de Roosevelt dijo que la Constitución «cerraba el ciclo revolucionario empezado en

1933», estableciendo un régimen con instituciones y validez legal, «confirmando las conquistas más importantes del período revolucionario» y garantizando al nuevo régimen contra la intervención. A los comunistas, la Constitución de 1940 les parecía en general «progresiva y en algunos aspectos verdaderamente avanzada». Por ejemplo, ponía en claro que la segregación era ilegal. En otros aspectos no suponía ningún avance sobre otras «constituciones democráticas burguesas». A pesar de ello, «¡Viva la Constitución de 1940! ¡Viva el glorioso URC! ¡Viva el presidente Batista! ¡Viva el alcalde Marinello!». Blas Roca hizo también un fervoroso llamamiento para que se permitiera que la bandera de la sublevación de los sargentos del 4 de septiembre de 1933 ondeara junto con la bandera cubana en los cuarteles, petición a la que se opuso no menos fervorosamente Chibás.

Pero todavía era prematuro aclamar a Batista como presidente. Las elecciones se celebraron en junio, y los comunistas demostraron ser sus más firmes partidarios, aunque les disgustaba la reciente alianza de su líder con el expresidente Menocal, aunque Batista tenía naturalmente que llegar a algún acuerdo con el héroe de la Victoria de las Tunas: el partido de Menocal proporcionó a Batista un candidato para la vicepresidencia, y Batista otorgó a los menocalistas seis escaños para el Senado en su lista electoral.

Cuando llegó el día de hacer cálculos, resultó que había 25 000 candidatos para 2343 cargos. Prestó servicio un cuerpo de policía, inferior en un 10 por ciento al número de candidatos. Las elecciones parecieron «imparciales y honestas, aunque Batista tuvo tiempo de montar una campaña asombrosamente bien calculada, haciendo uso de películas, guiones radiofónicos, canciones electorales y llamadas telefónicas. El propio Batista recorrió la isla en un tren especial, el tren de la victoria». El 9

de marzo, el nuevo embajador de Estados Unidos, Messersmith, telegrafió a Hull:

> Tengo el honor de informar que el expresidente Menocal intentó ayer por medio de un intermediario, en el que tengo completa confianza, obtener seguridades de mí de si al gobierno de Estados Unidos le gustaría que uniera sus fuerzas con Batista o con el doctor Grau. El general Menocal expresó también al mismo intermediario su creencia de que el coronel Batista renunciaría a su candidatura si recibía alguna indicación de que esto complacería al gobierno de Estados Unidos.

Otros jefes políticos se aproximaron al embajador intentando averiguar cuáles serían los deseos de Estados Unidos. Messersmith evitó verse mezclado, declinando discusiones hasta después de que presentara sus cartas credenciales. De hecho, Menocal había decidido respaldar a Batista, lo cual dejaba a Grau en una pequeña minoría incluso en la Asamblea Constituyente.

La campaña de Grau fue mucho más modesta, respaldada por Chibás, Prío y otros antiguos partidarios de 1933; aunque su fortuna privada era considerable, carecía del apoyo de los numerosos ricos y oportunistas banqueros que estaban detrás de Batista, quien sabía jugar hábilmente con su temor (ahora sin base) de que Grau trajera la revolución social. Aun así, Grau obtuvo más de los dos quintos de los votos totales, casi medio millón; Batista y sus aliados obtuvieron menos de los tres quintos; los comunistas, 73 000, la mitad de ellos en La Habana. Batista, por lo tanto, fue elegido presidente de Cuba de modo honesto, el primer hombre que lo fuera de este modo al menos en dieciséis años, y en realidad en la primera elección razonablemente honesta desde 1912.[19]

Mientras, tanto Cuba como Estados Unidos vivían en la sombría atmósfera causada por la Segunda Guerra Mundial en Europa. Los cubanos hicieron valer su posición estratégica ante Estados Unidos (así como su papel azucarero en la Primera Guerra Mundial) para conseguir todavía más aplazamientos en

la enojosa cuestión de las deudas de Machado. Batista anunció: «Estados Unidos puede contar con nosotros como un factor en sus planes para la defensa del Caribe». El 24 de mayo se prohibieron las propagandas nazi y comunista, y el 29 del mismo mes, Welles cablegrafió a Messersmith para decirle que dos oficiales norteamericanos llegarían a La Habana el 7 de junio con «pasaportes especiales» para celebrar conversaciones secretas sobre temas militares y navales entre Estados Unidos y los gobiernos de América Latina, y sobre la cooperación que las repúblicas americanas podrían prestar en el caso de una agresión contra América Latina. Luego fue al grano:

> Lo que necesitamos más de Cuba es: 1) la construcción de aeropuertos adecuados (cuya construcción estamos dispuestos a pagar, aunque, por supuesto, estarían bajo la soberanía del gobierno cubano); 2) el uso de los puertos cubanos en caso de necesidad, y 3) que Cuba proteja y vigile adecuadamente sus aguas costeras y otras actividades dentro de la República.

Estas conversaciones militares se desarrollaron con éxito el 10 de junio. Pero la cuestión de las deudas aún seguía pendiente. El 30 de julio, Cordell Hull, que había llegado a Cuba para asistir a la conferencia de La Habana sobre las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en el hemisferio occidental, habló a Laredo Bru «de la importancia de gobiernos ordenados y estables en el hemisferio y de que los gobiernos cumplieran con sus obligaciones». Bru comprendió. Como resultado y aunque las deudas no habían sido pagadas todavía, Laurence Duggan pudo decir al encargado de negocios cubano en Washington el 3 de septiembre: «Estamos prestando la más cuidadosa atención a sus peticiones de créditos». Pero los cubanos ya sabían que iban a recibir más préstamos (Messersmith los había aprobado), así que el proyecto de ley de Casanova para el pago de estas interminables deudas fue finalmente aprobado. Laredo Bru firmó el decreto el 16 de septiembre. Al día siguiente, Welles preguntaba al secretario del Tesoro, Morgenthau:

> Ahora que la deuda de obras públicas está en vías de ser pagada, ¿podría iniciar el Tesoro un amplio estudio de la situación monetaria, banca-

> ria y fiscal de Cuba en relación con toda la estructura económica cubana?

Y claro, ¿por qué no? El 4 de octubre llegó a Washington una delegación de expertos en finanzas cubanas para discutir el sistema agrícola y monetario, y el 10 de octubre Fulgencio Batista se hizo cargo legalmente de la presidencia de Cuba. La época de los presidentes marionetas había terminado; ahora mandaba directamente Batista.

56

Batista: presidente democrático

El día que Batista tomó posesión del cargo, un viajero que casualmente se hubiera encontrado en La Habana, habría pensado que realmente había llegado el Salvador. Las bandas de música, las salvas de artillería, la muchedumbre en las calles, el presidente asomado al balcón, la atmósfera era de carnaval y optimismo. Hubo palabras tranquilizadoras:

> La estrecha relación entre la seguridad internacional y el desarrollo económico normal de nuestros pueblos democráticos, exigen que el Americanismo deje de ser un concepto de protocolo y se convierta en la comprensión de las necesidades económicas, sociales y políticas.

Batista empezó su presidencia en la feliz posición de estar apoyado por representantes de todas las clases, capitalistas y comunistas. Aunque al principio no asignó puestos en el gobierno a estos últimos, siguieron respaldándole, en general, en tanto que continuaban oponiéndose a la «guerra imperialista». El gobierno de Batista estaba presidido por Carlos Saladrigas, el antiguo jefe del ABC, ahora un hombre independiente. El secretario de Estado era Cortina. Había otras figuras cada vez más conocidas como partidarios de Batista, como el experto en azúcar Amadeo López Castro (ministro de la Presidencia), Andrés Morales del Castillo y Óscar García Montes. Algunos miembros jóvenes eran excolaboradores de Machado.

El gobierno estaba compuesto de hombres dóciles. No podía decirse lo mismo de los antiguos camaradas de armas del presidente, los exsargentos de 1934, ahora a la cabeza de las Fuerzas Armadas, quienes creían que tenían el derecho de beneficiarse de la administración. Estos, celosos del nuevo presidente «civil» (que ahora se limitaba a los asuntos civiles), objetaban en particular que Batista hiciera pasar de manos militares

a civiles todos los departamentos que tenían algo que ver con puestos y destinos, pesca, faros, policía de puertos, etc. El 31 de enero de 1941, Batista destituyó sumariamente al jefe de policía, Bernardo García, por «negligencia en la búsqueda de los culpables de algunos crímenes recientes». Batista se quejó de que nunca se encontraba a García cuando se le buscaba, pues estaba o bien en Miami o en la playa de Varadero. Fue nombrado su sucesor el coronel Manuel Benítez, lo que provocó la abierta enemistad del jefe del Estado Mayor, coronel Pedraza, y de Ángel Anselmo González, jefe del Estado Mayor de la Marina, un sobrestante que fue ascendido a capitán el 8 de septiembre de 1933. Benítez se enteró de que estos se habían opuesto a su nombramiento y se ofreció a dimitir. Mientras tanto, Pedraza se dirigió al Campamento Columbia, donde convenció a algunos oficiales amigos para que redactaran un documento formal de queja contra las recientes medidas de desmilitarización de Batista, el cual se vio enfrentado a un grupo de esos oficiales. Rasgó el documento en su presencia y los oficiales se fueron aún más descontentos. Al mismo tiempo se produjo un escándalo en el buque mercante *Manuel Rionda*, del que se suponía que llevaba petróleo a La Habana. El capitán declaró que había tenido que arrojar su cargamento al mar debido a sus malas condiciones; parecía cierto que lo habían introducido de contrabando. La inmediata reacción de Batista fue destituir al ya casi insurrecto González.

Estas medidas sacaron a la luz las diferencias entre Batista y sus antiguos partidarios. Pedraza se presentó ante el Palacio Nacional, acompañado de treinta automóviles llenos de guardaespaldas y oficiales con ametralladoras. El antiguo ciclo de violencia e irresponsabilidad parecía comenzar de nuevo. Pedraza se encaró con Batista y le pidió el control del ejército y la marina. Batista contemporizó y le pidió veinticuatro horas para reflexionar. El irresponsable Pedraza accedió y se marchó. Batista

ordenó inmediatamente que construyeran barricadas alrededor del palacio, y tras los sacos de arena y las ametralladoras se sintió más seguro. No obstante, al parecer la policía se había alineado contra Batista, respaldando a Bernardo García, bajo cuyo mando había disfrutado de la buena vida. En ese momento Batista se salvó por un acto de audacia. Con camisa de cuello abierto y chaquetón de cuero (*el yaque* que luego utilizó como símbolo de seguridad en sí mismo), llegó en automóvil al Campamento Columbia acompañado de Manuel Benítez y del coronel Ignacio Galíndez, otro camarada de 1933. Allí mandó formar a los soldados y les dijo que a causa de la desafección de algunos oficiales, tomaba una vez más personalmente el mando del Campamento Columbia. Enseguida estuvo claro que los soldados no iban a resistírsele. El coronel al mando de los cuarteles de San Antonio, López Migoya, arrestó a Pedraza y poco después eran capturados Bernardo García y González. Los tres fueron metidos en un avión que despegó con destino a Miami. Sus cargos fueron ocupados por hombres que se habían manifestado a favor de Batista: López Migoya fue nombrado jefe del ejército, e Ignacio Galíndez tomó el mando del Columbia; Jesús Gómez Calvo, un excabo de 1933 tomó el mando de la Marina; Manuel Benítez fue confirmado al frente de la policía, Batista se dirigió por radio a la nación, diciéndole que Pedraza y sus amigos habían querido convertirle en un presidente marioneta; pero aseguró que la legalidad había sido preservada.

El incidente sirvió no sólo para indicar la inteligencia y resolución de Batista, sino también la fragilidad del sistema que presidía: los sargentos, habiéndose hecho los dueños del poder, habían peleado entre sí, disputándose los mandos más importantes del país del modo más indigno.

A pesar de esta tenue fachada constitucional, Batista pudo aprovecharse de la guerra mundial para mantener estrechas relaciones con Estados Unidos.

Cuba era entonces el sexto país en importancia entre los exportadores a Estados Unidos. No había restricciones en el comercio entre Cuba y Estados Unidos y Cuba era el mejor campo para las inversiones estadounidenses en América Latina, con un total de 733 000 000 de dólares. El gobierno cubano había sido recientemente útil a Estados Unidos, especialmente con respecto a la «defensa del hemisferio», y había mostrado algunas intenciones de reorganizar su aparato administrativo. El Departamento de Estado de Estados Unidos creía por tanto que había llegado el momento para «un amplio programa de cooperación económica», y propuso que el Export-Import Bank concediera inmediatamente a Cuba un crédito de treinta millones de dólares, de los cuales se habían de destinar quince millones al desarrollo y diversificación agrícola. En junio de 1941, después de que Alemania atacara a la Unión Soviética, la opinión fue aún más favorable a la idea de una alianza con Estados Unidos; seguidamente, el Partido Comunista de Cuba, como los de los otros países sudamericanos, parecieron los más firmes en lo referente a la denuncia contra Alemania. Escobar, comunista chileno, dio el tono: «Estamos en medio de una guerra justa que los trabajadores y los pueblos del mundo entero apoyan y sustancian con todas sus fuerzas». Roosevelt empezó a ser descrito como uno de los más grandes estadistas, y otro comunista chileno, Contreras Labarca, atacó a las «fuerzas reaccionarias» por «desacreditar la política de buena vecindad del presidente Roosevelt por una campaña antiimperialista».

El 10 de octubre, el primer aniversario de su llegada a la presidencia, el presidente del Partido Comunista, Juan Marinello, dijo galantemente que Batista sería el «primer presidente de Cuba» que pudiera decir al dejar el cargo que «sus promesas electorales no fueron jactancias, sino que salieron del impulso del servicio popular»; los comunistas hacían también así el juego al concepto de la unidad nacional.

Pero la industria azucarera no estaba tan complacida como los comunistas. La Asociación de Plantadores de Caña dijo que, debido a las pasadas restricciones, sólo podrían producir 3 400 000 toneladas en 1942. La industria deseaba más dinero que el del precio tope sugerido por Estados Unidos; los plantadores creían que obtendrían mayores beneficios vendiendo lo que tenían en el mercado mundial. La cuestión estaba delicadamente equilibrada cuando los japoneses resolvieron el problema atacando Pearl Harbour. Cortina, secretario de Estado de Cuba, pidió inmediatamente al embajador Messersmith que fuera a verle, diciéndole que Cuba consideraba…

> El cobarde y no provocado ataque de los japoneses… como un ataque contra Cuba y contra todos los estados americanos. El gobierno cubano consideraba este ataque no provocado como un ataque de Japón contra nosotros y pedía una inmediata declaración de guerra de Cuba a Japón.

Al día siguiente, 9 de diciembre, el Congreso cubano declaraba la guerra a Japón, y el 11 de diciembre Cuba declaraba la guerra también a Alemania e Italia. Esto halagó mucho a Estados Unidos, y permitió a Batista confiscar los saldos de las cuentas alemanas, italianas y japonesas. También le dio motivos para pedir poderes especiales, que le fueron inmediatamente concedidos. Se creó un campo de internamiento en la hacienda Torrens, a cuarenta kilómetros de La Habana, donde fueron internados 1370 italianos y 3000 alemanes durante la guerra.

Esta postura llevó a la rápida conclusión de un segundo acuerdo comercial entre Estados Unidos y Cuba, a la vez que Cuba accedía a conceder numerosas facilidades militares, incluso al estacionamiento de destacamentos del cuerpo de aviación en los aeropuertos cubanos; la extensión de los vuelos sobre Cuba, el uso de campos de aterrizaje y hangares de reparación; el permiso para que personal de Estados Unidos «armado y uniformado» fuera a donde quisiera y fotografiara el territorio cubano. Finalmente, el 28 de junio se firmó el acuerdo azucarero entre Cuba y Estados Unidos, y Batista autorizó la venta de

toda la cosecha a 2,65 centavos la libra. La cosecha fue fijada en febrero en 3 600 000 toneladas, pero ascendió a 3 950 000. Inglaterra por su parte compró en 1942 toda la cosecha de caña de Haití y la República Dominicana. En Cuba, la venta no fue popular: el doctor Viriato Gutiérrez la denunció como la imposición de un sacrificio excesivo para Cuba. Batista ya había establecido antes un cierto número de impuestos más elevados «para ayudarle en la guerra», tales como los impuestos sobre la renta y de lujo, un recargo del 20 por ciento sobre todos los impuestos existentes, impuestos sobre el registro de extranjeros, etc., la mayoría de los cuales provocaron protestas, aunque no de los comunistas. La entrada de la Unión Soviética y de Estados Unidos en la guerra, al hacerlos aliados, produjo una sensación de alivio, pero también de irrealidad a los comunistas cubanos.

El 6 de abril de 1942, el embajador cubano en Washington, Concheso, fue a visitar a Sumner Welles acompañado de López Castro y García Montes. Los cubanos deseaban terminar las negociaciones sobre el préstamo de veinticinco millones de dólares, basándose en que Batista quería empezar las obras de los proyectos concernientes: la reparación y ensanchamiento de la carretera central, la construcción de carreteras secundarias, nuevos aprovisionamientos de agua a Santiago y Guantánamo, además de un hospital en cada una de estas ciudades. Batista creía tener «la obligación moral de dejar tras sí esos hospitales en Cuba». Welles aseguró que haría todo lo posible, pero que había que mantener las prioridades de guerra. Concheso preguntó «si… Cuba tendría alguna posición preferente en relación con los requerimientos de las otras repúblicas americanas». Welles contestó que no. Pero el empréstito de veinticinco millones de dólares fue concedido y firmado rápidamente.

Esto fue un buen augurio para la llegada a Cuba del siguiente en aquella larga lista de enviados extraordinarios o procónsules,

Spruille Braden. Braden era un hombre inteligente, con mucha experiencia de América Latina. Braden era un diplomático claramente radical, con puntos de vista muy decididos sobre la cuestión social. Muchos cubanos lo consideraban el mejor embajador que Estados Unidos había enviado jamás a La Habana. Sin embargo, casi toda su actividad tuvo que ser necesariamente militar: las primeras instrucciones que recibió de Hull le indicaban que el Departamento de Guerra quería «establecer con el mínimo retraso posible una unidad de bombardeo pesado y de entrenamiento operacional», al mando de oficiales de Estados Unidos, para entrenar a personal norteamericano y de la RAF británica. Esto fue rápidamente acordado, y San Antonio y San Julián, en Pinar del Río, se convirtieron en los centros de entrenamiento de los aliados. Braden recibió instrucciones en julio de pedir permiso para comprar tierras en San Julián a fin de construir una pista de 2000 metros, y para estacionar allí a quinientos hombres bajo el control operacional y administrativo de Estados Unidos. Los cubanos accedieron, y su voluntad de cooperar fue animada por sus pérdidas en el mar, debidas a la acción de los submarinos alemanes, quienes hundieron dos cargueros en agosto de 1942. Hubo otros torpedeamientos alrededor de Cuba, y durante una semana se impuso mantener totalmente apagadas las luces durante la noche.

A finales de 1942 había nueve acuerdos militares entre Estados Unidos y Cuba, con utilización de territorio cubano; además de las bases aéreas de San Antonio y San Julián, había una base para hidroaviones y proyectos de comunicaciones en La Fe (Pinar del Río), estaciones patrulleras navales, extensas estaciones de aterrizaje y campos de aviación para casos de emergencia. Fue fusilado August Luning, un importante espía alemán en el Caribe, llamado «el Canario», porque utilizaba canarios para disimular su transmisor; fue el único agente ejecutado en América Latina durante la Segunda Guerra Mundial. Tam-

bién se establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, como convenía a dos estados partícipes de la gran alianza. Al año siguiente, Stalin recibió en Moscú a Concheso, secretario de Estado, y el embajador soviético en Washington, Litvinov, fue a La Habana para abrir una embajada soviética por primera vez. Se preparó una ley de servicio militar de emergencia para la reconstrucción de la maquinaria cubana de guerra, sobre la base de una participación militar en la misma. Un submarino que Estados Unidos vendió a Cuba hundió un submarino alemán. Cuba empezó a organizar incluso un FBI, con el entrenamiento de Estados Unidos. La actividad submarina de los alemanes en el Caribe siguió de modo esporádico, y varios transportes azucareros fueron hundidos. Varios cientos de cubanos se ofrecieron voluntarios para luchar por Estados Unidos; pero sólo fueron alistados en casos excepcionales.

Pero seguían existiendo algunas nubes. Las primeras, relacionadas con la recomendación de Harry Dexter White de que se creara en Cuba un banco central de emisiones. Braden lo criticó, y dijo al primer ministro, Saladrigas, que «la administración honesta y competente» era un *sine qua non* para que el propuesto banco central funcionara bien: «Como el Departamento sabe, los administradores honestos y competentes en las organizaciones controladas por el gobierno han sido rarísimos en Cuba…». Al final triunfó Braden; la creación del Banco Nacional fue de nuevo retrasada.

La otra nube estaba relacionada con el azúcar. La zafra de 1942 fue de casi cuatro millones de toneladas, que proporcionaron 256 000 000 de dólares, o sea, casi el doble que había producido la cosecha de 1941. En toda Cuba los ánimos estaban en ebullición. Pero el 25 de septiembre, sin embargo, Braden entregó un memorando diciendo que Cuba debería producir, en 1943, un máximo de 2 600 000 toneladas, de las cuales 2 000 000 serían para Estados Unidos. El gobierno norteameri-

cano comprendía «los problemas que podrían surgir de la reducción»; pero esta tenía que ser la contribución de Cuba a la causa aliada. Los cubanos se sintieron muy pesimistas. Al final, la zafra fue un compromiso limitado a 2 800 000 toneladas, y se convino en que el precio medio sería de 2,99 centavos, casi el mismo precio de 1942. El total, después de haber sido satisfechas las necesidades internas de Cuba, fue vendido al U. S. Commodity Credit Corporation.

Desde agosto de 1942 los comunistas, leales aliados de Batista, le habían estado proponiendo su entrada en el gobierno; también ellos habían consolidado en los dos años anteriores su preeminente posición en los sindicatos. Por lo tanto, en febrero de 1942, Juan Marinello, el jefe comunista diletante, entró finalmente a formar parte del gabinete como ministro sin cartera. A la CTC se le dio estatus oficial en abril. Después otro comunista, más joven, Carlos Rafael Rodríguez, de treinta y un años, se unió al gobierno, «una experiencia muy interesante», como la calificó luego, diciendo sólo parte de la verdad. También de origen burgués, Rodríguez había entrado a formar parte del movimiento comunista después de ser líder del Directorio Estudiantil en Cienfuegos, donde fue candidato compromisario para alcalde en septiembre de 1933. Luego dimitió por la corrupción de un cierto número de estudiantes, y se fue a La Habana, donde trabajó con el comité de huelga de mayo de 1935. Desde entonces hasta 1939, permaneció la mayor parte del tiempo en la universidad. Fue el comunista más sofisticado de su generación, y su entrada en el gobierno marcó la pleamar de la colaboración comunista con el régimen de Batista. A principios de 1944 los comunistas cambiaron el nombre de su partido que dejó de llamarse Unión Revolucionaria Comunista para denominarse Partido Socialista Popular (PSP). «La inmediata tarea histórica de nuestro partido —explicó Marinello por entonces — no es el establecimiento del comunismo, sino la lucha para

la inmediata liberación que debe culminar en el… establecimiento del socialismo».

Verdaderamente en este período los comunistas cubanos estuvieron más cerca que cualquier otro partido comunista del mundo de repudiar las teorías de Marx y Lenin sobre el imperialismo y la lucha de clases. Mostraron gran entusiasmo por la cooperación con las Naciones Unidas y Estados Unidos. Blas Roca escribió:

> Debemos por supuesto aumentar nuestros esfuerzos para informar a nuestro pueblo de las posibilidades de una provechosa colaboración con Inglaterra y Estados Unidos en un plan conjunto, para resolver armoniosamente nuestros problemas económicos más agudos y urgentes… Teherán [donde se reunieron los Tres Grandes] ofreció una paz duradera para muchas generaciones.

El Partido Comunista estaba tratando de lograr «la posibilidad de un largo período de economía floreciente… de reformas sociales sustanciales en beneficio de las masas» y esperaba que Estados Unidos encontraría medios de contener una nueva depresión. Blas Roca abandonó sus afirmaciones del pasado sobre la nacionalización de las inversiones extranjeras, indicando que la nacionalización de los servicios públicos sería adecuada.

Para los cubanos la guerra fue, pues, una época de compromiso entre casi todos los intereses. Mientras los comunistas estuvieron en el gobierno, el 4 de julio fue celebrado públicamente con gran celo. Por las calles desfilaron 80 000 cubanos, y Batista, con el pecho tintineándole de medallas norteamericanas, visitó el monumento conmemorativo del *Maine*. Los periódicos de La Habana publicaron números con la celebración y el Rotary Club envió diez toneladas de dulces a los soldados norteamericanos en Guantánamo. En esta atmósfera política azucarada, había por supuesto algo que faltaba, algunas distorsiones económicas; no había gasolina para los automóviles particulares y el correo iba mal. El paro obrero en la industria del taba-

co no aumentó por los grandes envíos de hoja de tabaco a Estados Unidos. Los cultivadores de frutas y verduras no podían exportar más de dos tercios de su producción normal por la escasez de transporte marítimo. Los envíos de maquinaria disminuyeron mucho. Las piezas de recambio se agotaron y era imposible reemplazarlas. Los precios aumentaron casi un ciento por ciento entre 1940 y 1945. La falta de hierro y acero amenazó con paralizar la industria de la construcción, apareciendo el espectro del desempleo. Los turistas eran raros y varios bares famosos cerraron. Continuamente había escasez de carne de ternera y floreció el mercado negro.

Afortunadamente para Cuba, la continuación de la guerra provocó una escasez de azúcar mayor de la que se había previsto. El gobierno de Estados Unidos permitió a Batista fijar la zafra de caña, en 1944, en 4 250 000 toneladas, la cifra mayor desde 1930. Al final la cosecha fue un poco inferior a los 5 000 000 de toneladas, suponiendo 330 000 000 de dólares, el mayor precio pagado desde 1924, al nivel de los altos precios alcanzados en la Primera Guerra Mundial. Los salarios de los trabajadores del azúcar fueron aumentados en un 10 por ciento en 1944, de modo que se pudo decir que había habido distribución de beneficios. Claro que la actividad submarina alemana obligó a embarcar casi todo el azúcar en La Habana por el sistema de convoyes, así que los trabajadores portuarios permanecieron inactivos en otras partes de Cuba, si bien los ferrocarriles estuvieron muy atareados. En aquellos años, especialmente en 1944, el aumento de actividad en las minas de manganeso de la Bethlehem que ahora tenían cincuenta años de antigüedad, provocó un nuevo viento de prosperidad que sopló por toda la provincia de Oriente: en 1944 fueron exportadas más de 400 000 toneladas de mineral de manganeso, que produjeron once millones de dólares.

La nación se acercó a las elecciones de 1944 con calma y optimismo. Batista, ansioso de aparecer ahora como un buen demócrata, apoyó como sucesor suyo a su amigo el doctor Saladrigas, jefe del gobierno y exdirigente del ABC. No hay duda de que si Saladrigas hubiera ganado, como todo el mundo en el gobierno daba por descontado, Batista habría seguido desempeñando un papel importante entre bastidores, un papel casi tan importante quizá como el que había representado entre 1934 y 1940 o como el general Trujillo desempeñó tras los diferentes presidentes que él nombró en la República Dominicana. Pero Batista calculó mal. No empleó las Fuerzas Armadas para asegurarse unas elecciones falseadas, y a pesar del vigoroso apoyo comunista a Saladrigas y el considerable prestigio propio de Batista, con toda la publicidad que el régimen pudo organizar, Grau y los auténticos pudieron montar una campaña formidable, «prometiendo a todo el mundo una olla de oro y un cómodo sillón», recorriendo el país infatigablemente, hablando de todo tema que pueda haber bajo el sol. Importaba poco que sus oponentes llamaran a Grau «el divino ininteligible». El país de repente se obsesionó con las elecciones. Los automóviles recorrían los paseos y plazas de Cuba ondeando banderas y lemas. Las promesas de Grau se fueron haciendo cada vez más complicadas. A los trabajadores se los trataría bien. Se pondría fin a la corrupción. Cuba sería para los cubanos. Los auténticos harían a Cuba económicamente independiente. Y Grau ganó. El viejo líder universitario, ahora casi con sesenta años, se convenció de que podía ser el salvador de la nación, y su partido de estudiantes, ya maduritos, profesores, abogados o catedráticos universitarios, al final consiguió el poder real.

Una nueva cláusula de la Constitución de 1940 había hecho posible, sin embargo, la división del voto, y Grau no obtuvo mayoría en el Congreso ni en los gobiernos provinciales ni en

los municipios. Así, aunque personalmente popular, no tuvo desde el principio una base sólida para su administración ni ninguna mayoría antibatistiana sólida.

El régimen nacional de Batista dejó un Estado en el que, así parecía, a la sombra del New Deal, los aspectos más atrevidos y ultrajantes de la intromisión de Estados Unidos en Cuba habían sido eliminados, y en el que el Estado había dado un paso decisivo hacia una forma de socialismo. Había pocos países de América donde los sindicatos estuvieran tan bien organizados y ejercieran un papel tan poderoso. Claro que algunos de los actos de Batista habían sido reprensibles, como el asesinato de Guiteras, el hacer tragar a la fuerza aceite de ricino a sus oponentes y emplear el ejército para aplastar la huelga general de 1935; pero eso había sido en sus primeros tiempos, y Guiteras, visto de modo retrospectivo, parecía tanto un gángster como un socialista. Batista no había acabado con el gangsterismo o la corrupción de los funcionarios del gobierno, y ciertamente dejó el cargo convertido en un hombre rico, habiendo amasado una fortuna de unos veinte millones de dólares desde 1933. Todo el mundo suponía, por ejemplo, que de los veinte millones de dólares gastados en los nuevos edificios del gobierno, doce millones se gastaron en corrupción. Buena parte de la fortuna de Batista consistía en propiedades urbanas. Luego, la experiencia de la guerra puso en claro que, con enmienda Platt o sin ella, el gobierno de Estados Unidos era el verdadero amo de la economía cubana. Los comunistas sintieron la marcha de Batista. Para ellos había sido el padre del Frente Popular Cubano, «el ídolo del pueblo, el gran hombre de nuestra política nacional», y Blas Roca declaró que, aunque se había ido, puede que no se hubiera ido para siempre, describiéndolo como «esta magnífica reserva de la democracia cubana».

57

Grau

Ramón Grau San Martín tomó posesión el 10 de octubre de 1944; las celebraciones duraron tres días. Un coro de cien voces masculinas cantó el himno de los auténticos. Las campanas de las iglesias repicaron. Los bares y los hoteles estuvieron abarrotados. Grandes fotografías del nuevo salvador miraban benévolamente a las bulliciosas masas. Botes y chalupas hicieron sonar sus silbatos. ¡Inútil decir que todo parecía tener un aire familiar! Innecesario añadir que Grau parecía una parodia de sí mismo cuando anunció: «Hoy no he sido yo el que ha tomado posesión del cargo, sino el pueblo». El efecto de estas palabras apenas fue oscurecido por el inmediato desencadenamiento de uno de los peores huracanes que Cuba ha conocido.

El gabinete de Grau puso de nuevo ante la opinión pública a muchos de aquellos implicados en las aspiraciones revolucionarias de 1933-1935, y durante un tiempo las clases conservadoras, los propietarios norteamericanos y los comerciantes experimentaron cierta incertidumbre acerca del futuro. No tenían por qué preocuparse. El movimiento Revolucionario Auténtico no era ni auténtico ni revolucionario. Era un partido democrático, pero la mayoría de sus dirigentes estaban deseando gozar de los frutos del poder más que seguir adelante con las reformas que necesitaba la sociedad cubana. Ellos ya poseían hermosas casas en Marianao o Miramar, que aspiraban a hacer más exóticas y divertidas. Su programa resultó ser mera palabrería.

El doctor Ramón Grau San Martín tenía ahora unos sesenta años. En 1944 había personificado las esperanzas de cientos de miles de cubanos que deseaban un futuro seguro para ellos y sus hijos, y un gobierno serio y socialmente sensible, libre de la

corrupción; un gobierno que fuera esencialmente cubano, de un modo «martiniano», claro, aunque indefinido. Pero traicionó en grado sumo estas esperanzas. La confianza que el pueblo de Cuba depositó en él, la derrochó en un gobierno corrompido que rivalizó con el de la época de Zayas, y superó al de la de Batista. Siendo ya un hombre rico debido al ejercicio de su profesión y a la fortuna que había heredado de su padre (un comerciante tabaquero de Vuelta Abajo), Grau convirtió su presidencia en una orgía de robos, mal disfrazados por sus emotivos discursos nacionalistas. Él hizo más que ningún otro hombre, para destruir las esperanzas de una consolidación de la democracia en Cuba.

Tuvo la suerte de gobernar Cuba durante la nueva edad de oro de la expansión azucarera. En el invierno de 1944-1945 fueron liberados casi toda Europa y el norte de África, y los gobiernos aliados se preguntaban cómo dar de comer a los habitantes de estas zonas devastadas. La U. S. Commodity Credit Corporation compró en 1945 una vez más el total de la cosecha, como había venido haciendo durante toda la guerra; pero a 3,10 centavos la libra, un aumento debido a la subida de precios en Estados Unidos. Las cosechas de 1946 y 1947 se vendieron del mismo modo. En el último de estos años, una nueva ley azucarera en Estados Unidos estableció una nueva cuota para Cuba: un mínimo del 28,6 por ciento del consumo total de Estados Unidos, que podía ser aumentado si los otros países incluidos en este acuerdo no cumplían con sus cuotas. En el resto del mundo la producción seguía estando en un nivel muy bajo, así que la época de Grau fue una vez más un período de vacas gordas.

La corrupción, por supuesto, es un asunto complicado, y apenas se explica diciendo simplemente que los gobernantes no podían abstenerse de meter las manos en la masa. ¿Cuál era el estilo exacto de la corrupción, y quién hacía precisamente qué?

No era menos importante el cómo se lo llevaban, y por qué ningún miembro vigilante de la oposición, ningún periodista o legislador hizo una protesta efectiva. Está también la cuestión de hasta qué punto la corrupción afectaba a la vida del Estado a largo plazo.

En general, los fraudes tenían su origen en las costumbres españolas, por las cuales los funcionarios públicos y los jueces estaban mal pagados, o habían pagado tanto por conseguir sus cargos, que la corrupción era el único método efectivo de recompensa. También estaba la lotería, que durante la dominación española brindó muchas oportunidades para enriquecerse. La lotería siguió existiendo en tiempos de la República, por medio del sistema de recaudadores, que arrendado entre los senadores y los periodistas, explica mucho de la segunda cuestión discutida; de hecho, se silenciaba a los críticos con la concesión de recaudaciones de lotería. Otros eran amenazados con intimidaciones, con la destitución de sus amigos, o con las visitas de policías o pistoleros a sueldo. Había pocos hombres públicos que no pensaran en un futuro cargo como medio de ganar miles de pesos gracias a los contratos para aprovisionar el ejército, el control de las aduanas, o incluso el establecimiento de una serie de empleos imaginarios, como, por ejemplo, la Oficina de Comunicaciones.

El tipo de corrupción variaba según el gobierno. Se podía comprar el perdón. Se podían alquilar edificios al gobierno (en especial para escuelas). Se podían vender los almacenes de gobiernos anteriores. Los contratos de obras públicas (así como las concesiones para el desarrollo), se daban a constructores favorecidos o a ingenieros sin que se hicieran ofertas. El dinero pasaba directamente al político responsable. (Esta es sin duda la forma más común de gratificación existente entre los políticos de América Latina, como de Europa o Estados Unidos). Finalmente, se producían apropiaciones indebidas de fondos

públicos. Esta última técnica de enriquecimiento a costa del erario es más rara que las otras, aunque Grau habría de refinar su uso. Grau, personalmente, trató de mantenerse apartado públicamente de la corrupción. «Conmigo no podrá hacer negocios sucios —decía—; pero hable con Paulina». Paulina, su amante, a la vez que cuñada, se ponía entonces en contacto con este o aquel emprendedor hombre de negocios.

No todas las críticas eran silenciadas, y la verdad es que en 1947 aquellos miembros del partido de Grau que consideraron intolerable lo que estaba sucediendo, pensaron en romper y formar una organización, bajo la dirección del senador Eduardo Chibás, quien había sido partidario de Grau durante muchos años, y que estaba libre al menos de las más obvias tentaciones de corrupción, puesto que era un hombre rico, que había heredado de su padre, el ingeniero, y uno de los ministros de Céspedes en 1933.

Había otras causas profundas de corrupción. En los últimos años de la Segunda Guerra Mundial hacía cien años que Cuba había dependido casi exclusivamente del azúcar como fuente de riqueza. Sujeta a los caprichos del mercado mundial, y a las esperanzas y temores engendrados por la guerra mundial y la crisis económica, cuando incluso asuntos sólo remotamente relacionados con el azúcar dependían hasta un grado asombroso del azúcar, toda la economía bailaba al ritmo de la industria azucarera. Estaba muy extendida la convicción de que ningún esfuerzo individual podía ser tan provechoso o dañino como la subida o caída de un porcentaje de un centavo en el precio mundial del azúcar. De hecho, la economía cubana se parecía a una lotería; en verdad, apenas si era sorprendente que toda la población estuviera involucrada en el engranaje de la lotería, con las familias pobres esperando patéticamente cada semana los resultados del sorteo, con la ilusión de que al final su número obtendría el primer premio y les proporcionaría una vida

nueva y mejor; más o menos como esperaban con optimismo que un nuevo líder, Grau o Mendieta, Machado o Batista, como un número premiado, viniera a encarnar, como una panacea, el espíritu de José Martí.

Por supuesto que no tiene por qué haber una ligazón entre una nación aficionada al juego y una cuyo gobierno es dado a la corrupción; pero la inquietud inculcada por la fragilidad de la economía del azúcar, se comunicaba a la clase política gobernante. Nadie se sentía seguro. Algunos creían que la riqueza azucarera cubana estaba ya en permanente decadencia, y que era esencial aprovecharse de las oportunidades de enriquecimiento proporcionadas por la Segunda Guerra Mundial y su inmediata posguerra y que no habían de volver. Durante la Segunda Guerra Mundial la producción mundial de azúcar había descendido hasta un 20 por ciento. El promedio de preguerra de 24 600 000 toneladas no se volvería a repetir hasta 1947-1948. Aun entonces el consumo per cápita en todo el mundo fue inferior al de 1937-1939 o 1928-1930. Por lo tanto, se abrían inmensas oportunidades ante Cuba. Los guerreros barbudos no habían estropeado sus centrales. ¿Quién podía olvidar las riquezas que se hicieron en tiempos de Menocal? ¡Adelante, pues! ¡Adelante! ¡Una vez más hacia la riqueza! ¿Y quién podía considerarse en Cuba como de buena posición si no tenía una razonable inversión en propiedades en Florida?

Luego, hacia 1944-1945 la corrupción llegó tan lejos y a tantos niveles en Cuba, que la completa renovación de personal que llevó a cabo la Revolución parecía esencial para asegurar cualquier cambio efectivo. Un astuto observador internacional dijo en 1950: «Muchos… inspectores que… visitan fábricas esperan que les paguen por no hacer un mal informe. Las fábricas les pagan, así que ellos ni siquiera hacen las inspecciones. [Por lo tanto] el gobierno de La Habana halla en muchos casos innecesario pagar a los inspectores algo más que salarios sim-

bólicos». No era sólo el presidente y algunos ministros los que se embolsaban lo que no era suyo; eso al fin y al cabo era un problema menor; lo malo es que lo hacían todos, en cualquier cargo oficial, alcaldes, concejales, gobernadores y subgobernadores de provincias; tesoreros, contables de ciudades pequeñas como Batabanó, inspectores de escuelas y maestros. Cometer fraude no era estigma social. Se parecía al fraude fiscal en Italia.

La corrupción coincidió con la violencia. Los diversos grupos de acción política, que debían su origen a la lucha contra Machado y la Revolución de 1933-1934 habían perdido casi todo el contenido ideológico que pudieran haber tenido, aunque conservaron sus declaraciones solemnes nominales. Cuando Grau se hizo cargo del poder había por lo menos diez grupos políticos en Cuba, siendo la mayoría de ellos producto de las divisiones de las antiguas organizaciones de izquierda. La principal de ellas era la Acción Revolucionaria Guiteras (ARG), conocida en tiempos de Antonio Guiteras como Joven Cuba, ahora dirigida por dos hombres muy diferentes. El primero era el doctor Eufemio Fernández Ortega, un abogado de conversación meliflua que había luchado en España y era querido por todos, y quien a menudo colaboraba en el periódico *Bohemia* (dirigido por su amigo Quevedo); el segundo era un bizarro matón llamado Jesús González Cartas, «el Extraño», un hombre adicto al asesinato, carente de oratoria, aunque, como jefe de una secta nominalmente socialdemócrata, era un hombre tan responsable de lo segundo como de lo primero. Este grupo tenía unos ochocientos miembros en 1944. Mantenían lazos con los sindicatos a través del líder de los empleados de autobuses, Marco Antonio Hirigoyen. Uno de los dirigentes, Fabio Ruiz, fue nombrado jefe de policía de La Habana por Grau en agradecimiento su apoyo en las elecciones.

El segundo en importancia, y con unos trescientos miembros, era el Movimiento Socialista Revolucionario (MSR), fun-

dado recientemente por Rolando Masferrer, un hombre que se acomodó a todo: siendo un escolar, luchó contra Machado, se unió a Guiteras en 1933-1934, y luchó en España durante 1937-1938, donde se hizo comunista, ideal que mantuvo hasta 1944, cuando a los treinta años se separó para establecer un grupo de acción anticomunista. Masferrer resultó herido en la batalla del Ebro y luego fue llamado «el Cojo». Utilizado por los comunistas como jefe de su grupo militante de acción en los años cuarenta, se graduó bien en la universidad, imaginó que era un hombre de letras y rompió con el partido por la cuestión del proyectado acuerdo con Grau San Martín. En sus primeros tiempos sus colegas fueron Carlos Montenegro y Roberto Pérez Santisteban. Montenegro, novelista y autor de relatos breves, había sido antes comunista, como Masferrer, y como este, fue expulsado del partido junto con su esposa, la poetisa Emma Pérez. Pérez Santisteban había sido trotskista, y fue el más serio e inteligente del grupo; su reputación entusiasmó a muchos radicales jóvenes que colaboraron con el MSR durante cierto tiempo, figurando entre ellos Rolando Meruelos, Boris Goldenberg, un excomunista de Alemania y Francia de origen judío, y dos jefes estudiantiles, Faure Chaumón y «Manolo» Castro. Este último era un pistolero inteligente, guapo y atractivo, cuyo historial, como el de Masferrer, caracteriza a su generación. Estudiante que había luchado contra Machado (pertenecía a una organización llamada la Legión Revolucionaria), se convirtió en 1933, durante el régimen de Grau, en teniente de la policía. Después volvió a la Escuela de Ingenieros en la universidad y actuó como segundo en el mando de Ramiro Valdés Daussá, cuando este fue jefe de la policía universitaria. Finalmente (en 1945) fue nombrado por Grau presidente de la Unión de Estudiantes. Todos los presidentes cubanos sabían que los estudiantes tenían peso político, y trataban de que fuera su líder un hombre que tuviera los puntos de vista políticos

presidenciales, aunque no fuera más que para desanimar las demostraciones políticas contra el gobierno. Después, en 1947, Grau nombró a Castro director de Deportes del Estado (a pesar de su evidente implicación en cierto número de crímenes, como el asesinato del joven estudiante Hugo Dupotey en el bar Criollo). Pero, aunque miembro del gobierno y ya con más de treinta años, siguió en la Escuela de Ingenieros, donde enseñó en el departamento de diseño. Aún se seguía considerando miembro de la Legión Revolucionaria, pero colaboraba con Masferrer.[20]

Un miembro crítico del MSR fue Mario Salabarría, amigo de Grau, quien lo nombró jefe de la policía secreta (Buró de Investigaciones) como contrapartida a Fabio Ruiz de la ARG. Durante cierto tiempo, en parte, gracias a mítines de estilo seminazi, donde las letras rojas MSR destacaban en las grandes reuniones como si fueran de fuego, y en parte gracias a la revista *Tiempo en Cuba*, el grupo de Masferrer mostró claramente tener un propósito social genuino aunque altamente teatral. Pero después de un cierto tiempo, como ocurría tan a menudo en la política cubana, los asesinos y matones se hicieron los amos del movimiento. El que este grupo, como la Acción Revolucionaria Guiteras, estuviera personalmente implicado con las autoridades, no lo impidió en absoluto, antes bien, lo exacerbó.

Un tercer grupo de acción revolucionaria, la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR), tenía también amigos en las altas esferas. El jefe de esta banda era Emilio Tró, el rencoroso enemigo de Salabarría y Fabio Ruis, quien en tiempos de Grau llegó a ser jefe de la policía en Marianao, que ya se había convertido en una gran ciudad. Como la ARG y el MSR, la UIR se había originado en la Joven Cuba de Guiteras, y parece ser que hubo una vez en que sus jefes fueron comunistas, aunque en 1946 estaban lejos de serlo. Tenían la costumbre de dejar una nota diciendo: «La justicia es lenta, pero segura», junto a los ca-

dáveres de sus víctimas. Después de 1946, la UIR aparece como el grupo de acción más próximo a Grau, actuando a menudo sus miembros como guardaespaldas, aunque todos estos grupos, con pistolas de 0,45 como símbolo de sus «argumentos» habían ayudado a Grau en su campaña electoral. Muchos de sus miembros estaban relacionados de algún modo con los auténticos, y en cuanto él tomó posesión del cargo, todos se metieron dentro del gobierno, como algo natural.

Todos estos grupos tenían también lazos de unión con la universidad. La política en esta era hasta tal punto violenta que se discutía abiertamente si el gangsterismo era más un problema de políticos universitarios rivales que de fuerzas políticas rivales. La cuestión de quién había de ocupar la presidencia de la FEU (el sindicato universitario), había sido resuelta más de una vez a punta de revólver. Además, como la universidad se hallaba más allá de los límites de la intervención de la policía, y como estaba llena de jóvenes «duros» ansiosos de manejar su primera ametralladora, era un lugar idóneo para las operaciones de los «grupos de acción», los cuales también podían hacer dinero monopolizando la venta de libros de texto, vendiendo papeletas de examen y apuntes, y saqueando la oficina del tesorero. El ministro de Educación de Grau, Alemán, se dio cuenta de esto y parece ser que pagó a los grupos de acción de la universidad para sus propios propósitos. Las reuniones e incluso las clases eran a menudo interrumpidas a tiros. Varias personas (como Ramiro Valdés Daussá, jefe de la policía universitaria hasta 1940) fueron asesinadas por vagas razones políticas en los últimos años, dando origen a una serie inacabable de *vendettas*.[21]

En el centro de este cuadro se elevaba (a pesar de la naturaleza extremadamente esquiva de su política) el propio doctor Grau San Martín, rodeado en el Palacio Nacional, como el presidente Zayas lo había estado, por sus innumerables parientes y

amigos. Porque Grau, alto, de aspecto severo, y siempre hablando, estaba muy influido por su cuñada Paulina Alsina de Grau, «la primera dama de la República». Él siempre podía echar la culpa de la inacción al hecho de que no dispusiera de una mayoría en el Congreso. Otros amigos y ministros intentaron llegar a varios pactos con el ABC y otros grupos. No tuvieron éxito, aunque el propio Grau, poco antes de tomar posesión del cargo, llegó a un compromiso con los siempre maleables comunistas. Estos después anunciaron que no serían un «obstáculo» para Grau (sugiriendo con ello el voto de sus tres miembros en la legislatura). A cambio, Grau reconoció la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) y siguió ayudándola con dinero. Los auténticos de la CTC colaborarían con la jefatura comunista, y Grau prometió terminar el gran «palacio de los trabajadores» proyectado por Batista. La masa de la CTC seguía con el negro Lázaro Peña a la cabeza, pero con la tensión que había bajo la superficie, sus rivalidades se agudizaron con las prácticas de violencia y corrupción que pudrían las raíces de la política cubana. Hubo muchos tiroteos en los sindicatos en 1944 y 1945, en los cuales los auténticos emplearon pistoleros adheridos a las organizaciones revolucionarias.

Los comunistas estaban pasando por una etapa curiosa, gracias sobre todo a que no había manera de predecir cuál iba a ser la política de Stalin conforme la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin. Por esta razón, el Partido Comunista siguió permaneciendo pasivo durante el primer año de la presidencia de Grau. A finales de 1945 la guerra fría se había extendido ya al Caribe, pues *Fundamentos* empezó a diferenciar la política exterior rooseveltiana de colaboración internacional para la paz, de las tendencias imperialistas, con Harry S. Truman, en busca de un «siglo americano». El 28 de octubre de 1945, *Hoy* observó que el final de la guerra y la eliminación del peligro común allanaron el camino para las crecientes influencias imperialistas

en la política norteamericana en general. Mas por entonces la actitud de Grau hacia Estados Unidos y los asuntos internacionales era en general confusa, aunque hasta agosto de 1945 Cuba estuvo oficialmente en estado de guerra.

Grau empezó su administración con una cuidadosa reorganización de los altos mandos del ejército. La mayoría de los amigos de Batista fueron sustituidos, de acuerdo con un plan trazado por Luis Collado, subsecretario de Defensa de Grau, y un oficial grauista: el comandante Pérez Dámera, quien pronto fue ascendido al grado de general y jefe del Estado Mayor. Pero esto no acabó con el descontento entre la oficialidad, más bien lo aumentó, ya que Pérez Dámera era muy despreciado (era un oficial joven, bien parecido pero obeso y con actitudes militares convencionales latinoamericanas), y en febrero (era de prever) se descubrió un complot para asesinar a Grau. Fueron detenidos algunos de los antiguos partidarios de Batista, incluyendo al coronel Pedraza, protagonista del asunto de 1940. Pasaron algún tiempo en la cárcel, y como las pruebas de la acusación de intento de asesinato eran débiles, las sentencias no fueron muy severas para tan grave acusación. No hay duda de que eran inocentes.

En 1945, Cuba se hallaba una vez más, como en 1919-1920, bajo el soplo de una cálida oleada de prosperidad atribuible al final de la guerra mundial. Incluso se restauró la catedral con gran cuidado y muchos gastos. La renta nacional ya se aproximaba al doble de lo que había sido en 1939. Los ingresos reales parece que habían ascendido un 40 por ciento entre 1939 y 1947. Las crecientes exportaciones de azúcar, combinadas con la escasez de importaciones debido a la guerra, produjeron una balanza de pagos muy favorable, con un promedio anual de 120 000 000 de dólares entre 1943 y 1947. Al mismo tiempo, los ingresos por divisas extranjeras aumentaron quince veces entre 1939 y 1947, constituyendo más del 80 por ciento del to-

tal de suministro de moneda en 1947 frente al 40 por ciento en 1939. Casi todo era en dólares. Los ingresos del gobierno también estaban aumentando rápidamente por los impuestos. Los precios de los alimentos habían subido sustancialmente a más del doble de su nivel en 1939, pero esta inflación era menor de lo que habría sido de no haber habido guerra, con su reducción de las importaciones y de la costumbre de los cubanos de mantener los ahorros inactivos en los bancos; el suministro de dinero de hecho se elevó en un 500 por ciento mientras que el coste de la vida subió un 145 por ciento. Entre 1939 y 1947 las reservas de dólares oro y plata del erario cubano se elevaron de 200 000 000 de dólares a 402 000 000; los fondos de los bancos cubanos en el extranjero ascendieron a 200 000 000 de dólares (de 6 000 000) y los fondos privados de dólares ascendieron probablemente a un poco más (desde 14 000 000 de dólares).

El gobierno de Grau disipó atolondradamente todas estas oportunidades, aunque siempre tuvo crédito. Muchos de los ingresos se gastaron en proyectos de construcción inacabados. Buena parte tomó la forma de pagos transferidos a protegidos políticos. A pesar de sus inmensos ingresos, el gobierno se embarcó en el más atrevido y despreciable de sus fraudes: el robo de las reservas de las pensiones no gubernamentales y de los fondos de seguridad guardados en el Tesoro. Este escándalo no fue conocido inmediatamente. El hecho era que para el 30 de junio de 1945 estas sumas ascendían a 8 000 000 de dólares. Desde entonces hasta el 30 de junio de 1950, unos 42 000 000 fueron depositados en el erario cubano, sumando un total de 50 000 000. Buena parte de ellos, unos 46 500 000 fueron desviados hacia el sindicato de trabajadores del azúcar, pero entonces se filtró que los recursos disponibles del Tesoro ascendían a 40 000 000 de dólares, contra los cuales había una importante deuda a corto plazo de 134 000 000 de dólares. El Banco Mundial dijo cortésmente: «Es evidente que el gobierno cubano ha

exigido un empréstito forzoso sobre los fondos de pensiones no gubernamentales que custodiaba, sin reconocer formalmente la deuda y sin pagar intereses».

La conducta política de Grau debe ser juzgada sobre el fondo de estos actos de expoliación. En noviembre de 1945 intervino en un conflicto sobre salarios y prácticamente confiscó la Havana Electric Railway Company, haciendo uso de los poderes de guerra asumidos por Batista y que nunca habían sido rescindidos, para imponer el aumento de sueldos que la compañía decía que no podía permitirse. En diciembre se comenzó con el plan de los auténticos de pensiones para todas las profesiones, empezando con un esquema para los dentistas.

En diciembre de 1945, aquel grupo formalista cada vez más aburguesado, el Partido Comunista cubano, entró a formar parte de la coalición gubernamental, apoyando a Grau en la Cámara en todas las ocasiones normales, y aunque ningún comunista entró a formar parte del gabinete (como en tiempos de Batista), el poeta Marinello se convirtió en vicepresidente del Senado. En aquella corporación, y dado que los auténticos y los republicanos tenían sólo 24 escaños y la oposición 27, los tres senadores comunistas (el propio Marinello, César Vila y García Agüero) tenían en sus manos el equilibrio de poder. Como parte de este arreglo los comunistas apoyaron al candidato auténtico para la candidatura a la presidencia del Senado. Estos cínicos acuerdos entre bastidores causaron amargura; el presidente saliente del Senado, Eduardo Suárez Rivas, recordó cómo en las celebraciones del 4 de julio de 1944, poco después de las elecciones:

> El pueblo cubano había desfilado por el Paseo de Martí en honor del pueblo de América. Formando parte de la manifestación, el PSP se acercó marchando furioso, con los puños en alto, gritando: «¡Unidad, unidad, unidad!». Alguien dijo a Grau: «Presidente, mire qué furiosos están». Y Grau contestó, con ese gesto especial psicológico tan suyo: «No se preocupe, amigo mío, mañana abrirán sus puños».

Esta profecía se había cumplido ahora.

La alianza entre auténticos y comunistas duró el invierno de 1945-1946 y pasó el XI Congreso Nacional de la CTC en febrero, a pesar de la protesta de la Asociación de Educación de Cuba denunciando el control comunista en las asociaciones de maestros. Pero a principios de 1946 un grupo de auténticos de la CTC, entre los que figuraban Eusebio Mujal, Juan Arévalo (el líder del sindicato marítimo con un pasado en el que habían figurado muchos cheques) y Francisco Aguirre (líder del sindicato de camareros y mozos de restaurantes) se reunieron en Miami; allí o poco después tomaron la decisión de trabajar intensamente para excluir a los comunistas de la conferencia estuvieran o no «sobornados por espías norteamericanos», como luego arguyó Blas Roca. Aun así, los dirigentes políticos de ambos partidos continuaron su alianza durante todo el año, y los comunistas apoyaron a Grau en las elecciones congresionales del verano. Como resultado, Grau ganó por primera vez una mayoría de escaños en el Congreso, al igual que ganó su candidato para la tan importante alcaldía de La Habana: Manuel Fernández Supervielle, antes secretario de Hacienda.

El año 1946, mediado el período presidencial de Grau, significó en la mayoría de los aspectos el momento de la verdad para muchos de los partidarios de los auténticos (no los dirigentes del partido, sino los seguidores anónimos que, esperanzados hasta ahora, estaban cada vez más desilusionados). Una señal era que un importante mercado negro hubiera sobrevivido a la guerra, y que cada vez que el gobierno fijaba el precio de un artículo, ese artículo desaparecía de las tiendas y sólo se podía encontrar en el mercado negro a un precio superior.

La zafra de 1946, con menos de cuatro millones de toneladas, fue una vuelta a las cifras de la depresión. La continuación de la escasez en el mundo dio unas ventas que superaron los cuatrocientos millones de dólares, y sólo en otoño la política

económica del gobierno (fracaso en acabar con el mercado negro; suspensión de las obras públicas; escasez de carne de vacuno, debida a la desgana de los ganaderos a vender a los bajos precios del gobierno) provocó una gran crisis. En octubre, seis de las «nueve grandes» organizaciones revolucionarias, incluyendo la Acción Revolucionaria Guiteras, retiraron su apoyo a Grau; pero gracias a su nueva mayoría legislativa el gobierno pudo mantenerse sin dificultad. Mientras tanto el movimiento auténtico empezaba a dividirse debido a la conducta retórica e incendiaria de Eduardo Chibás.

Chibás, que ahora tenía cuarenta años, era hijo de una familia rica, religiosa y bien relacionada de Guantánamo. Su abuela era una Agramonte. Su padre, Eduardo Chibás, prosperó por haber sido uno de los propietarios de la Central Oriente, director de tranvías y electricidad en Santiago y propietario de un cafetal en Yateras. Educado en el colegio de Dolores en Santiago y en Belén, los dos colegios más famosos de Cuba, había viajado por Europa y Estados Unidos, y desde su juventud había gozado las ventajas del privilegio, siendo uno de los miembros del Havana Yacht Club. Sin embargo, desde los veinte años había estado comprometido con la política radical y se tenía por revolucionario, siendo a esa edad un miembro destacado (tesorero) del Directorio Estudiantil opuesto a Machado. Como le había pasado a la mayoría de los de su generación, la experiencia de la lucha como conspirador revolucionario, cosa que no había dejado de hacer entre 1927 y 1933, fue inolvidable. Chibás se pasó en el destierro casi todo ese tiempo, y en la cárcel desde enero de 1931; se opuso, sin embargo, al terrorismo del ABC y volvió de nuevo a la cárcel con su padre y su hermano. Había sido un destacado líder estudiantil y frecuente orador durante los debates extraordinarios que llevaron a la formación del gobierno del doctor Grau San Martín, a quien verdaderamente él había nombrado para la presidencia. En los numerosos discur-

sos que pronunció en público durante el primer mandato de Grau, explicó insistentemente que la lucha contra Machado no había sido simplemente una revuelta, sino una «revolución que trata de cambiar la estructura económica del régimen… destruir los grandes monopolios extranjeros, eliminar sus servidores indígenas, y devolver al pueblo las propiedades que le han robado políticos sin escrúpulos». Su oratoria era siempre demagógica, inspirando emociones y creando deseos que él no podía satisfacer plenamente. Su lenguaje estaba entreverado de marxismo, aunque él no fuera del todo un determinista. Siempre, en sus discursos o sus escritos, habló de la «revolución cubana», como si fuera un proceso continuo. Expulsado de Izquierda Revolucionaria por abogar en pro de la unificación con Grau, llegó a ser conocido, a finales de la década de 1930 y en la de 1940, como un contendiente incontrolable, que luchó en varios duelos. Para el doctor Grau San Martín supuso una gran ayuda y un ligero estorbo; pero Chibás se convirtió en su principal discípulo en las elecciones de 1939 y 1940, así como en las de 1944.

Chibás no entró a formar parte del gobierno de Grau; pero durante dos años fue su principal defensor. Sin embargo, estuvo siempre rodeado de un grupo de amigos, una camarilla de devotos admiradores, dispuestos a luchar por Chibás en sus duelos o a defenderlo de sus enemigos. Desde 1945, Chibás se había estado ganando muchos partidarios gracias a sus discursos por radio, siendo uno de los primeros políticos del mundo que empleó este instrumento. En ellos atacaba valerosamente la corrupción y el gangsterismo, y no temía hacer acusaciones personales de asesinato cuando conocía los nombres de los culpables. Por otra parte cada vez era más evidente que a pesar de sus grandes dotes, su fuerte personalidad mesmérica y radiofónica, la vena de irracionalidad que había en él se iba agudizando con la edad: a menudo ayunaba, o invitaba a mujeres a almor-

zar con él y aparecía a las cinco de la tarde; se quedaba en el baño metido en el agua durante horas; telefoneaba a los amigos de modo frenético, y sus discursos tenían cada vez más la histeria de la locura que genialidad. Cada vez se vio metido en más escándalos y crisis: el presidente del Senado lo acusó de instigar a las multitudes contra el legislativo; atacó personalmente a Blas Roca a puñetazos y en sus mítines había siempre incidentes violentos. Y, sin embargo, no dejó de hablar de la continuación de la «revolución cubana», de playas públicas para el pueblo y de poner fin a la corrupción en el gobierno. Su fama en toda la nación y el no estar manchado evidentemente por la corrupción, lo convirtieron en el posible sucesor de Grau como presidente en 1948, pero se le opusieron los auténticos, cosa que de modo lento pero seguro llevó a la división en el movimiento auténtico: los auténticos de siempre temían a Chibás, del que desconfiaban por considerarlo un megalomaníaco, mientras que los amigos de Chibás veían en él al salvador de la nación. El deseo de formar un partido se hizo más fuerte cuando, a pesar de las promesas en sentido contrario, Grau pareció tratar de que lo reeligieran: hasta entonces Chibás había atacado a menudo a los ministros de Grau, pero no al propio Grau. En la primavera de 1947, Chibás y sus seguidores debatieron la conveniencia de romper con el gobierno. Los auténticos de la provincia de Oriente, el movimiento juvenil y la sección femenina de los auténticos parecían los más deseosos de una ruptura; pero la atención pasó del tema de la reelección a los del mercado negro y la corrupción general.

No se podía decir de Chibás que quisiera desahogar rencores personales, ni que su dinero, que había heredado de su padre, el ingeniero, tuviera un origen deshonesto, lo cual le daba una firme posición moral desde la cual pudo lanzar su famoso eslogan: «Vergüenza contra dinero». Sin embargo, él era muy feo, miope y bizco, de modo que nunca era posible saber en qué di-

rección estaba mirando. Estas características físicas le hacían suponer que la gente se reía de él (lo cual era verdad a menudo). También hacía pensar que estaba enamorado de sí mismo. Era evidentemente un extrovertido espectacular de neurótica persistencia. Estuvo quizá influido por Perón, aunque su filosofía política se concentraba en la simple idea de desarraigar la corrupción. Por otro lado era el vocero estruendoso de vagos pero familiares deseos nacionalistas, pidiendo una Cuba «libre del imperialismo económico de Wall Street y del imperialismo político de Roma, Berlín o Moscú». Ya llevaba mucho tiempo metido en política. «Uno de los primeros que entraron en el Campamento Columbia el 4 de septiembre de 1934», Chibás se había opuesto siempre firmemente a los comunistas. Pero es posible que si Grau lo hubiera hecho su heredero en el liderazgo de los auténticos en lugar de Prío, se habría comportado de manera diferente. Cierto que llegó a hablar tanto en favor de Grau a comienzos de 1940 que se ganó el remoquete de «el Goebbels de Grau», e hizo mucho para sustanciar el deseo nacional de una revolución, el culto a la cual dominaba todavía a la juventud de su país. Por otro lado era constitucionalista de corazón.

Aunque los comunistas censuraron también el mercado negro, aún les fue posible hasta finales de noviembre de 1946 alabar al gobierno de Grau como «orientado en un camino democráticamente progresivo para beneficio del pueblo». Pero durante la primavera de 1947 la guerra fría arrojaba ya sus sombras sobre la política cubana y, por lo tanto, sobre la alianza entre auténticos y comunistas.

Carlos Prío, entonces el más favorecido de los ministros de Grau, que el 30 de abril se había hecho cargo del Ministerio de Trabajo, pospuso el congreso de la Confederación de Trabajadores de Cuba indefinidamente, proponiendo en cambio un comité de credenciales que estaría compuesto por un número

igual de representantes de los auténticos, comunistas y el gobierno. Los comunistas acusaron al gobierno de tratar de quebrantar el movimiento obrero cubano. Pero siguieron adelante y celebraron una asamblea general de la Unión que resultó un fracaso, pues sólo asistieron algunos auténticos. Peña fue elegido secretario general, y de hecho hubo una fuerte mayoría comunista en el nuevo Comité Ejecutivo. Mujal y los auténticos celebraron su asamblea a mediados del verano y eligieron debidamente a Cofiño como secretario general, sin que hubiera comunistas en ningún comité. Así, Cuba tenía ahora dos sindicatos obreros y la mayoría de las federaciones obreras importantes quedaron indecisas sobre a cuál adherirse.

El 15 de mayo, tras un acuerdo largamente preparado de antemano, Chibás y sus amigos dieron el paso crítico de formar públicamente su partido, el Partido del Pueblo Cubano u ortodoxos, presuponiendo que ellos eran los genuinos depositarios de la verdadera tradición revolucionaria en lugar de los auténticos.[22]

El siguiente paso en la lucha entre Grau y los comunistas se dio en pleno verano. El 17 de julio, el gobierno envió tropas a los muelles de La Habana, donde los estibadores comunistas estaban en huelga. El 29 de julio, Prío (que había sido herido dos veces en un duelo con Chibás dos semanas antes), arrebató por la fuerza el cuartel general de la CTC a Lázaro Peña y entregó el edificio terminado (un palacio) a los sindicalistas «auténticos». Con este acto autoritario, el gobierno obtuvo el control de los sindicatos de Cuba. Esto, no cabe duda, fortaleció la posición del gobierno.

Y en busca de más popularidad, el nuevo ministro de Educación, José Manuel Alemán, un amigo íntimo de Grau, patrocinó una expedición de filibusteros contra la dictadura de Trujillo en la República Dominicana. En Cuba vivían muchos exiliados dominicanos, entre los que figuraba Juan Bosch, el escritor que

finalmente dirigiría el Partido Revolucionario Dominicano durante su efímera y amarga victoria de 1962. Bosch había colaborado con Prío, pues La Habana era el centro más importante de los exiliados dominicanos. Los auténticos y los exiliados dominicanos simpatizaban mutuamente, y los primeros, gracias a su amistad con los gángsteres revolucionarios, lograron interesar a estos últimos en un plan para desembarcar unos 1200 jóvenes armados en la costa de la República de Trujillo como avanzada de un ejército de liberación. Los más animosos de esta expedición eran los dominicanos Juan Bosch y Juan Rodríguez y entre los cubanos Manolo Castro y Rolando Masferrer del MSR y Eufemio Fernández de la ARG, así como un hombre relacionado con la UIR (Fidel Castro). Las armas se obtuvieron en Argentina y se escondieron en colegios que estaban cerrados por vacaciones. Los hombres se concentraron en la finca San Ramón, de la provincia de Oriente, y luego se trasladaron a Cayo Confites, frente a la costa de Camagüey. (Habían sido trasladados allí por orden del jefe del Estado Mayor cubano, Pérez Dámera, quien no deseaba tener tantos cubanos armados juntos en tierra firme).

La expedición estaba todavía concentrada en Cayo Confites, esperando la marcha, cuando ocurrió una de esas famosas batallas entre gángsteres. El jefe del MSR, Mario Salabarría, jefe de la policía secreta, fue a Orfila, una barriada de Marianao, con la intención de obligar a dimitir a Emilio Tró, el jefe de la policía de esta ciudad y jefe reconocido de la UIR, rival del MSR, quien había sido responsable poco antes de la muerte del capitán Ávila, un notorio pandillero. Tró se negó a dimitir y siguió una batalla en regla en la cual perdieron la vida Tró y otros cuatro, incluyendo una mujer. Este absurdo derramamiento de sangre causó escándalo incluso en una sociedad como la cubana tan curada de espantos, y apenas si valió para aminorar la mala impresión el que a Salabarría se le impusiera una sentencia

de treinta años o el que hubiera desaparecido de la escena uno de los principales jefes pandilleros.

Los acontecimientos de Orfila dieron al general Pérez Dámera la excusa para insistir a Grau en que la expedición de Cayo Confites fuera disuelta, por ser un peligro para el Estado. Además Trujillo se había enterado de la expedición y se quejó al presidente Truman a través de la Organización de Estados Americanos. Truman ordenó a su jefe de Estado Mayor, general Eisenhower, que convocara al general Pérez Dámera y le pidiera el cese de los preparativos para la expedición. Juan Rodríguez fue llamado a La Habana; pero, en su ausencia, el resto de la expedición zarpó bajo el mando de Juan Bosch. Sin embargo, contrariamente a las órdenes de este último, los buques tomaron rumbo oeste, hacia La Habana, indicando a los dominicanos que la expedición estaba más bien enzarzada en la política interior de Cuba. Interceptada por una fragata frente al cabo Winche, cerca de Caibarien, la expedición fue transportada hacia Antilla, más al este, en la bahía de Nipe, donde se disolvió. Algunos escaparon y otros fueron llevados a La Habana.[23]

Prío se aprovechó de esta situación para declarar que en lo sucesivo la única CTC que el Ministerio de Trabajo reconocía era la de los auténticos. En el otoño casi todos los grandes sindicatos se pasaron al bando anticomunista, lo cual significaba que los comunistas pasaban finalmente a la oposición, aunque todavía en octubre de 1947 la dirección política estaba dispuesta a reconocer que Grau «no se había rendido completamente al imperialismo y la reacción» y que apoyarían las «medidas progresivas» de Grau. Pero en noviembre las cosas habían ido más lejos y los comunistas se quejaron de ser «perseguidos cruelmente», justo en el momento en que era necesario registrarse para las elecciones de 1948. Dadas las circunstancias, se declararon satisfechos con el ligero aumento en su registro de 152 000 a 158 000, aunque en esta etapa estaban muy bien si-

tuados detrás de los otros partidos, incluyendo los nuevos ortodoxos de Chibás.

Grau tuvo ahora que buscarse nuevos aliados tanto inmediatos como para las elecciones generales de 1948, sin que todavía se supiera quién iba a ser el candidato auténtico en ellas: al principio pensó seriamente en su reelección, y para asegurarla, formó una breve alianza con su colega Alemán y su sobrino Grau Alsina. Esta alianza fracasó cuando se hizo evidente que hasta los auténticos estaban desilusionados con Grau, quien empezó a preparar como su inminente sucesor a su ministro de Trabajo, Prío, el hombre de más éxito de la generación de estudiantes de 1933.

Los comunistas estaban en la misma situación. El 2 de marzo de 1948 escribieron al presidente del Senado, Miguel Suárez Fernández, uno de los amigos de Chibás, ofreciendo retirar a Marinello y Lázaro Peña, sus candidatos para la presidencia y la vicepresidencia, en favor de los ortodoxos, si los ortodoxos «llevaban a cabo un programa de tercer frente», declarando que su apoyo a los ortodoxos no estaría condicionado a cargos gubernamentales o senatoriales. Suárez Fernández rechazó cortésmente esta oferta, tras consultar con Chibás, desilusionando a los comunistas. Un mes después, a primeros de mayo, el ministro de Comunicaciones se incautó a la fuerza de la emisora de radio comunista 1010 (Mil Diez), basándose falsamente en que había cambiado su longitud de onda. A principios de junio el partido trató de llegar a un acuerdo con los partidos liberal y democrático, basándose en que todos deberían «trabajar por la unidad de todas las fuerzas civiles y electorales que se oponían al gobierno». Pero de nuevo fracasaron. Los comunistas fueron a las elecciones presidenciales de 1948 aislados por primera vez en diez años.

La campaña electoral, la octava desde 1902, y que, como luego resultó, fue la última habida en Cuba, fue muy reñida y hu-

bo algo de violencia entre Prío y los auténticos, Eduardo Chibás y Ricardo Núñez Portuondo, representante de los viejos partidos liberal, democrático y republicano, y representante asimismo de los intereses de Batista. El propio Batista había sido instado por varios amigos para que se presentara a las elecciones (finalmente hizo figurar su nombre para un puesto en el Senado por Las Villas). La campaña se significó por el gangsterismo. Era evidente que los ortodoxos de Chibás alcanzarían más o menos el segundo puesto y que el candidato comunista sería el último. Al final ganó Prío; claro que por muy escaso margen de votos: obtuvo 900 000; Núñez Portuondo, 800 000; Chibás, 325 000, y Marinello, 142 000. Los comunistas perdieron sus tres escaños en el Senado, conservando nueve diputados. No obstante obtuvieron en la elección presidencial un 20 por ciento más de votos que en 1944. Batista fue elegido senador, así que regresó de Florida, donde había estado viviendo desde 1944.

El mandato de Grau, por lo tanto, llegaba a su fin después de cuatro años de decepción y desilusión. Trampeando con las esperanzas de muchas personas que habían confiado en sus promesas, prestó un flaco servicio a la causa de las reformas democráticas, no sólo en Cuba, sino en todo el hemisferio occidental. El período en que ocupó el poder queda muy apropiadamente calificado con la próspera fortuna de su amigo José Manuel Alemán, que era, en 1944, un funcionario sin importancia en el Ministerio de Educación, y cuando llegó a Miami en 1948 tras haber sido dos años ministro, llevaba veinte millones de dólares en billetes en su equipaje, para no hablar de los miles de «caballerías» de tierra, ingenios azucareros, compañías aéreas y un complejo de casas que había dejado atrás.

58

Prío, el presidente de la cordialidad

Carlos Prío había sido colega de Grau y uno de los que lo apoyaron en 1933. También, como graduado de finales de los años veinte, había sido uno de los líderes de la «generación estudiantil de 1930» en la lucha contra Machado. Era atractivo y se conservaba joven a los cuarenta y cinco años, guapo, simpático y bien intencionado. Pero habían pasado muchos años desde aquellos días heroicos en que estuvo junto al lecho de muerte de Rafael Trejo, víctima de la policía de Machado, y ya era conocido por lo mucho que le gustaba el dinero, cosa que, por cierto, no negaba; en la época de su elección, fue a verle para discutir de economía un antiguo compañero de universidad, Felipe Pazos, destacado economista de su generación, que entonces trabajaba en el recién creado Fondo Monetario Internacional. Pazos no planteó la cuestión de la corrupción, ya que conocía la debilidad de Prío; pero al final, con una sonrisa encantadora de la que los cubanos aprendieron a desconfiar, Prío dijo a Pazos: «Créeme, voy a crear el gobierno más honesto que es posible para un criollo».

Es verdad que Prío tenía cierta dureza de carácter, como se demuestra por la habilidad con que trató a los comunistas desde su posición de poder en los sindicatos. Era un demócrata genuino que hizo todo lo que pudo por los movimientos socialdemócratas de los países cercanos, dando asilo a sus exiliados. Mientras estuvo en el poder apoyó, moralmente y con dinero, un grupo de acción, la Legión del Caribe, un esbozo de ejército de demócratas armados del que se esperaba proveyera la élite militante para derrocar a los tiranos. Gracias a ello, pudieron ayudar a Figueres en Costa Rica y amenazar a Trujillo en la República Dominicana. En resumen, que Prío amaba la liber-

tad, aunque por desgracia le resultaba imposible distinguir entre libertad y libertinaje. Amaba el lujo aún más que Grau si cabe. Grau acumulaba dinero sin que al parecer sintiera placer por ello, quizá sobre todo para satisfacer o entretener a sus amigas; un hipócrita aire puritano dominaba su insaciable búsqueda del dinero de los demás. Prío, por el contrario, disfrutaba de todo cuanto caía en sus manos. Su delicia suprema era su finca La Chata, en las afueras de La Habana, y donde mientras duró su «reinado» obsequió a sus huéspedes con daiquiris al lado de una gran piscina sobre la cual caía una cascada artificial que descendía de una colina cercana. La finca tenía una peluquería propia, donde Prío y sus amigos podían tumbarse en sillones próximos y hablar de política o, mejor aún, de nombramientos, apenas molestados por las discretas interrupciones de la peluquera, la manicura o la masajista. Era difícil sentir antipatía por Prío, y también difícil tomárselo en serio. En 1956 escribió a una vieja amiga, Teresa Casuso, que entonces empezaba a tener fama en México como autora teatral, y le confesó: «Te envidio, porque la ambición de toda mi vida fue ser actor, y si mi falta de talento no me hubiera traído a la presidencia, eso es lo que habría sido». Luego entró en el período de su presidencia «saturado de compromisos» con los grupos de acción a los que él tenía que pagar subvenciones siempre. Su «ley contra el gangsterismo» no hizo sino mandar a la cárcel a unos cuantos hombres inocentes, mientras que Prío entablaba excelentes relaciones con sus jefes.

Grau y Prío tenían una cosa en común: los parientes. Pero mientras que Grau tenía primos, cuñados y yernos, Prío tenía hermanos. Paco Prío y Antonio Prío estaban también muy interesados en la buena vida, aunque la pasión de Antonio era convertirse en alcalde de La Habana y Paco estaba políticamente menos orientado: lo que le importaba más era amasar una fortuna con el tráfico de heroína y otras drogas, tarea que le facili-

tó la presencia, como jefe de policía, del cabecilla de la ARG, Eufemio Fernández, antiguo amigo de su hermano Carlos.

Así es como Prío entró a gozar felizmente de su herencia el 10 de octubre de 1948, teniendo cuidado, como su predecesor, de asegurarse de que todos los líderes estudiantiles tuvieran buenos cargos para mantenerlos contentos.

No queremos negar que Prío tuviera cierta idea de materializar las buenas intenciones de que hizo gala ante el pueblo cubano y el electorado. Nombró a Aureliano Sánchez Arango ministro de Educación. Este hombre honrado e inteligente declaró que estaba dispuesto a acabar con la situación escandalosa dejada por Alemán. Prío llevó adelante la tan discutida idea de un Banco Central, anunciando su creación a los dos meses de ocupar el cargo y asegurando su establecimiento a principios de 1950. Un antiguo compañero de estudios, Felipe Pazos, regresó del Fondo Monetario Internacional para ser su primer director. Luego hubo también una nueva ley agraria, por la cual se hacía efectiva la Constitución de 1940; los propietarios de más de veinte hectáreas de buenas tierras que no eran cultivadas, estaban obligados a arrendárselas a campesinos, compañías o colectivos. Prosiguió el auge azucarero, y el año 1948 vio el fin de los controles azucareros. Aun así la U. S. Commodity Credit Corporation continuó haciendo compras: principalmente para las zonas ocupadas por tropas norteamericanas en Europa y Asia. Hacia finales de año los precios del azúcar descendieron a 4 centavos la libra; pero la prosperidad continuó durante todo el año 1949. En 1950 empezaron a aparecer las dudas acerca del futuro. Pero el suceso político crítico fue la ruptura de Prío con el expresidente Grau, intentando forzarlo para que se enfrentara con las consecuencias de sus cuatro años de latrocinio. Grau se vio obligado a aparecer ante los tribunales acusado por el gobierno de haberse apropiado de 174 000 000 de dólares. Grau, naturalmente, negó estos cargos. Chibás y los ortodoxos

intervinieron entonces para acusar al gobierno de Prío de estar también implicado, y denunciando el escándalo que seguía siendo la lotería nacional. Al mes siguiente, Chibás acusó al Tribunal Supremo de aceptar 300 000 dólares como soborno de la compañía eléctrica cubana a cambio de decisiones favorables para ella. Chibás fue inmediatamente citado para responder a la acusación de desacato. Al mismo tiempo, uno de sus asociados fue multado con 150 dólares por acusar a Grau de haber robado 175 000 000 de dólares. La pelota estaba ahora en el tejado, y los ortodoxos lanzaron un gran ataque contra las más bien enfermas instituciones del régimen, así como contra las administraciones de Grau y Prío.

A pesar de la «ley contra el gangsterismo», no hubo pausa en la guerra política de las bandas. Masferrer, que ahora era senador de los auténticos, viajaba por Cuba en su Cadillac como un rey pirata, rodeado de guardaespaldas. Cada vez eran más frecuentes las muertes violentas, tanto entre los sindicatos como entre los estudiantes, aunque Sánchez Arango, ministro de Educación de Prío, dejó de pagar los subsidios que su predecesor había concedido a los representantes de los gángsteres en la universidad. El año 1948 fue testigo, entre otros, de los asesinatos cometidos por la UIR, primero, el de Manolo Castro, secretario de Estado de Grau para los Deportes y niña de los ojos del MSR (uno de los asesinos, Gustavo Ortiz Faes, estudiante de veinte años, era hijo adoptivo de Grau),[24] segundo, el de dos prominentes comunistas: Jesús Menéndez, un negro, dirigente de los trabajadores del azúcar, por un capitán del ejército, Casillas, cerca de una plantación de caña, y Aracelio Iglesias Díaz, secretario del Sindicato de los Obreros Marítimos Comunistas, por su antiguo rival: Alberto Gómez Quesada, quizá como resultado de una pelea por asuntos privados. A principios de 1949, el vicepresidente del sindicato de estudiantes, Justo Fuentes, miembro de la UIR, fue también asesinado por la ban-

da dirigida por Orlando León Lemus, «el Colorado», en represalia por la muerte de Manolo Castro. Su cadáver fue depositado en el Aula Magna en el mismo sitio donde había yacido el de Manolo Castro un año antes. Se descubrió que la Escuela de Agronomía de la universidad era un verdadero arsenal. La universidad parecía haber llegado a una total descomposición.

El asesinato de Fuentes causó una gran indignación en Cuba, sobre todo porque al presunto asesino se le vio esconderse en casa de Paco Prío, hermano del presidente; los propios estudiantes, políticamente activos y organizados como siempre, acordaron no asistir a clase hasta que los asesinos fueran detenidos. Luego visitaron a Prío, quien prometió actuar, y dijo que se preocuparía de la extradición de todos aquellos que ya estaban en Estados Unidos. Un rico terrateniente propuso una solución para el problema del gangsterismo, ofreciendo transportar a todos los gángsteres políticos a su plantación y allí darles municiones, para que pudieran dirimir a tiros sus peleas hasta que sólo quedara uno vivo.

En el mes de mayo, Prío se reunió con algunos miembros del gobierno (el primer ministro, Varona; el ministro del Interior, Rubén de León, y el ministro de Comunicaciones, Carlos Maristany) para discutir la cuestión. Propusieron fundar una fuerza especial de policía para luchar contra el gangsterismo. Esta idea fue enérgicamente atacada porque era contraria a las libertades civiles, como un retorno al odiado SIM del pasado. El plan estuvo de candente actualidad durante un tiempo. La tensión política se mantuvo por el encarcelamiento de Eddy Chibás por desacato. (Chibás fue salvado de ser asesinado en su celda por un grupo de pistoleros también encarcelados, gracias a Gustavo Ortiz Faes). Poco después, Chibás salía de la cárcel gracias al perdón presidencial. En cuanto estuvo libre acusó al senador José María Casanova, importante magnate del azúcar, de haber conspirado para provocar su caída y lo desafió a un

duelo (su octavo) en la finca Plasencia. Luego defendió en el Senado la revisión de la cláusula de la Constitución que impedía que cualquier hombre con antecedentes penales pudiera presentarse para presidente.

Prío intentó distraer la atención pública de esta confusa situación, anunciando, en el estilo de la mayoría de los presidentes de Cuba, un programa de obras públicas, entre cuyos proyectos figuraban un nuevo acueducto en La Habana (tal como el pobre Fernández Supervielle había prometido) y un dragado del puerto. Parecía contarse con el suficiente capital extranjero. En septiembre, Óscar Gans, embajador cubano en Estados Unidos, anunció que Cuba empezaría a negociar en el plazo de una semana un empréstito de doscientos millones de dólares para obras públicas, que no fue aceptado en todas partes. Chibás ya había hecho insidiosas comparaciones con Machado. Batista, que había vuelto a Cuba como senador, y vivía en su hacienda de Kuquine, denunció el empréstito, indicando que muchos proyectos de Grau se vieron inacabados debido a la falta de dinero. ¿No era malo incurrir de nuevo en una enorme deuda con Estados Unidos? Batista, que andaba a la búsqueda de popularidad, apoyó al reciente Congreso de la Paz en México, que tuvo un gesto antinorteamericano.

Chibás prosiguió por el sendero de la guerra. En una carta abierta a Prío, a fines de julio, le preguntaba:

> Dígame, Carlos Prío, cómo puede usted comprar tantas fincas y construir en ellas tantas y tan variadas cosas, mientras que al propio tiempo dice que no hay dinero ni material para construir carreteras o llevar a cabo las obras públicas, que no hay nada con qué pagar a los veteranos de la guerra de la independencia ni para costear las escuelas… dígame, ¿por qué puso de repente en libertad al famoso traficante internacional de drogas que usted detuvo en el Hotel Nacional, acusado por el jefe de la policía secreta?

Tampoco estaba Prío libre de la amenaza de una sublevación militar. A mediados de agosto recibió noticias de que entre los oficiales reinaba la inquietud, y aprovechándose de la ausencia

del general Pérez Dámera, jefe del Estado Mayor, que estaba en su hacienda, el 24 de agosto el presidente y una escolta llegaron al cuartel general del ejército al atardecer y anunciaron que el general Ruperto Cabrera, ayudante general, sucedía en el cargo al general Pérez Dámera. Algunos oficiales jóvenes e inteligentes, como el comandante Ramón Barquín, los tenientes Orihuela y Borbonnet, y el capitán Monteagudo Fleites habían pensado dar un golpe de Estado contra Prío y Pérez Dámera; pero querían que Cabrera fuera su jefe, y este ya había explicado al presidente su antagonismo con Pérez Dámera. Estos oficiales, en vez de ser castigados, fueron ascendidos. Durante algunas semanas, Prío actuó con bastante firmeza. Promulgó un decreto declarando los duelos fuera de la ley. Después del asesinato de Gustavo Adolfo Mejía, otro estudiante, presidente de la facultad de ciencias sociales, once estudiantes acusados de gangsterismo fueron enviados a la cárcel mientras numerosos pistoleros menores de edad eran enviados a reformatorios. En cuanto a las bandas, Prío preparó un llamado «pacto de grupos» por el cual cada grupo de acción se comprometía a cesar en sus actividades a cambio de los cargos y subsidios del gobierno. Se creía que Prío distribuyó en consecuencia más de 2000 cargos: el grupo de Ricardo Comellas recibió 60 cargos; el Tribunal Ejecutor Revolucionario, 120; la UIR, 120; la ARG, 200; el grupo dirigido por el Colorado y que se había escindido del MSR, 400; el MSR de Masferrer, 500, y el grupo dirigido por Policarpo Soler recibió 600 cargos: todos ellos eran sinecuras en los ministerios de Sanidad, Trabajo, Interior y Obras Públicas.

Tras sufrir continuos ataques durante el invierno, Prío reformó ligeramente su gobierno, conservando a Varona como primer ministro. El Congreso aprobó el plan de Prío para un empréstito de obras públicas; Batista, los comunistas y Chibás, en una alianza inverosímil, prepararon una manifestación de pro-

testa. La principal preocupación de Prío era ahora la suerte que podría correr su hermano Antonio en las elecciones para la alcaldía de La Habana, a celebrar en junio, porque sus enemigos, entre los que ahora figuraban Grau y Batista, apoyaban a Nicolás Castellanos, un hombre del que se sospechaba era poco íntegro. Prío trató de obtener todo el prestigio que pudo de la Conferencia Interamericana por la Democracia y la Libertad, celebrada en mayo de 1950 en La Habana, y de la apertura oficial del Banco Nacional en abril. Hubo también un aumento sin precedentes de los sobornos, los raptos y otras violencias; pero esto no pudo impedir que Castellanos ganara las elecciones el 1 de junio: obtuvo el 52 por ciento de los votos, mientras que Antonio Prío consiguió el 37 por ciento, y Manuel Bisbé, el candidato ortodoxo, el 11 por ciento. El resto de la votación, no obstante, daba a los auténticos una gran mayoría en la cámara, con más de cien alcaldías de entre 126. La victoria de Castellanos podía considerarse un fenómeno, debido a la alianza, no repetida en ningún otro lugar del país, entre Batista, Grau y, en el último instante, los comunistas.

Prío trató desesperadamente de echar la culpa de todos los males del país a Grau; pero fracasó en su intento, lo mismo que en el de obligarle a presentar cuentas. Grau exigió una investigación completa para dejar limpio su nombre, y prometió quedarse en Cuba para ver que se hacía justicia. Pero no logró convencer mucho de su honestidad y seriedad, porque el 4 de julio seis enmascarados irrumpieron en el tribunal donde se estaba celebrando su juicio, y amenazando con sus pistolas a los funcionarios judiciales, robaron treinta y cinco expedientes con documentos relativos al proceso. Nadie fue detenido por esto y los documentos desaparecieron. Ello, como es natural, retrasó el proceso. Y también retrasó el otro proceso más general de limpiar Cuba de robos y engaños, suponiendo que el gobierno deseara tal cosa. El Tribunal Supremo, que había ordenado a fi-

nes de julio a Panchín Batista, hermano del expresidente, ahora gobernador de la provincia de La Habana, que se sometiera a una investigación sobre la supuesta malversación de una cantidad que oscilaba entre los cincuenta millones y los ciento cincuenta millones de dólares, dio carpetazo al asunto. Se supuso que Grau había impedido su proceso a la fuerza. Si eso podía ocurrir sin dificultades y sin que casi nadie protestara, ¿quedaba alguna posibilidad de moralidad pública? El insulto final a esa moralidad lo dio el prevaricador ministro de Educación de Grau, Alemán, quien en su testamento dejó cinco millones de dólares para la fundación de un hospital para niños.

De haber sido Cuba un país normal, la persistencia en la mala administración del Estado, tan extendida y conocida, habría tenido graves consecuencias económicas. Habría conducido en 1950 y 1951 a extraordinarias reivindicaciones revolucionarias de aquellos que sufrían más: los pobres. Pero estos gobiernos de Grau y Prío continuaron su camino sobre un fondo de continua prosperidad. El precio del azúcar seguía estando por encima de 5 centavos la libra, y en 1950, cuando la recuperación de las zonas azucareras (tal como Filipinas) devastadas por la guerra parecía verosímilmente que iba a provocar la baja de los precios, estalló la guerra de Corea, produciendo de nuevo una brusca subida. Estados Unidos siguió haciendo compras para ayudar a la recuperación europea. De aquí que Cuba pudiera siempre exceder su cuota mínima de exportación a Estados Unidos.

A Prío no le faltaban los conflictos obreros, a pesar de que sus amigos controlaban los sindicatos. En septiembre de 1950, la disputa en los muelles portuarios entró en una nueva fase, muy tensa, cuando la nueva Federación Marítima resultó ser tan torpe como la anterior en la cuestión del ferrocarril marítimo. Al mes siguiente hubo una huelga general, inefectiva pero amenazadora, de la CTC contra la formación de un sindicato de pa-

tronos: la Confederación Patronal. Los obreros de la Compañía de Ómnibus Aliados de La Habana declararon que irían a la huelga si la dirección abolía la paga de siete horas, por la fórmula de seis horas de trabajo. Prío acabó, en 1951, con la huelga de ferroviarios y obreros de los muelles aumentándoles el sueldo, aumento que se equilibró con dinero del Estado. Continuó la violencia política: en septiembre, el subsecretario del Tesoro y secretario del presidente del Senado, Julio Paniagua, fue muerto a tiros por pistoleros, incidente que verosímilmente tenía algo que ver con la disputa entre Paniagua y su jefe en el Tesoro, José Bosch. El presidente del Senado, Suárez Fernández dimitió, furioso; pero tampoco esta vez se hizo nada para descubrir a los asesinos. A principios de 1951 se encontró una bomba en casa de Roberto Agramonte, uno de los más resueltos partidarios de Chibás, el cual denunció al MSR y a Masferrer. Al mismo tiempo la ARG, el MSR, la UIR y otros grupos atacaban diariamente las oficinas del Partido Comunista por todo el país. Por toda Cuba se extendió un sentimiento de desesperanza, que en modo alguno fue aliviado por la continua prosperidad y por las novedades tecnológicas que resultaban de gran importancia para Cuba: el 24 de octubre de 1950, la televisión, inaugurada por Prío, empezó sus emisiones; como corría el dinero, todo el mundo se apresuró a comprar televisores, y los comerciantes de electrodomésticos adquirieron grandes cantidades a cuenta; los restaurantes, bares y tiendas empezaron a instalar televisores.

Pero era aún la época de la radio, y de 1950 a 1951 las ondas proporcionaron todavía una plataforma a Chibás, pues era uno de sus mejores oradores.

Chibás hablaba cada semana, el domingo por la noche. La gente acudía en masa a los cafés y hoteles para oírlo. Hablaba con extraordinario apasionamiento y energía, denunciando la desatada corrupción del régimen y el gangsterismo asociado

con él. Durante los primeros meses de 1951 pareció un verdadero demagogo, medio predicador, medio azote, uno de los oradores más efectivamente destructores de la historia de América Latina; con sus acusaciones, semana tras semana, completó de modo efectivo la tarea de desacreditar todas las instituciones políticas que habían sobrevivido en Cuba, describiendo el último gobierno democrático de Cuba como «una escandalosa bacanal de crímenes, robos y mala administración». El símbolo de su partido era una escoba. En 1950, el Adalid era la voz más potente de la oposición en Cuba. Era imposible no escucharlo. La vaguedad de su programa definitivo, el hecho de que no mencionara ninguna política precisa de control económico o social (salvo la crítica de ciertas compañías extranjeras como la Cuban Electricity Company) significaba que muchas personas que pensaban con vistas a un futuro, podían seguir tras él. Así, había muchos de la derecha de los ortodoxos, políticos exauténticos como Ochoa que repudiaban a Prío, que pensaban que todo lo que Cuba necesitaba era acabar con la deshonestidad en la vida pública; mientras que otros de la izquierda (como el doctor Eduardo Corona, Marta Frayde y Vicentina Atuña), desconfiando de una solución fácil, pensaban en serias reformas sociales que llevaran a una reorganización vigorosa de toda la sociedad cubana; algunos estaban dispuestos a colaborar para ello con el Partido Comunista (aunque Chibás era un inveterado anticomunista), y dado que Grau y Batista habían colaborado con ellos, esto se veía de modo diferente a como se podía ver en otros países. Los ataques de Chibás al gobierno estaban equilibrados por el movimiento que en la universidad dirigían sus partidarios conjuntamente con los estudiantes católicos (Agrupación Católica Universitaria), el movimiento Pro Dignidad Estudiantil. Chibás tenía un programa de reforma agraria, como la mayoría de los políticos latinoamericanos, y que, como

de ordinario, era «la tierra para los que la trabajan» y el reparto de los latifundios entre los campesinos sin tierra.

Durante todo 1951, Chibás prosiguió sus ataques contra el gobierno y las instituciones políticas de Cuba, contra el poco edificante y convincente espectáculo de la administración tratando de obligar a rendir cuentas al expresidente Grau a pesar de la desaparición de las pruebas esenciales, y a pesar de cierto acercamiento entre Prío y Grau frente a la amenaza de las elecciones de 1952, que parecían ofrecer a Chibás una fuerte posibilidad de victoria.

A mediados de diciembre de 1950, Prío logró la captura de Gregorio Simonovich, el rey de los contrabandistas de drogas del Caribe, y en enero, el ministro del Interior, Lomberto Díaz, inició una campaña contra el vicio en La Habana. Nadie se tomó estas cosas en serio. Hubo un rebrote de la violencia policial y en un enfrentamiento falleció un joven ortodoxo: Otero Ben. Batista, entretanto, anunció que se presentaría para la presidencia en las elecciones de 1952, y pronto empezó a decir que la gente que rodeaba a Prío, particularmente el jefe de la policía, doctor Eufemio Fernández, planeaba un golpe de Estado. En febrero de 1951, Batista se embarcó en una tentativa de unificación de todos los viejos partidos de la oposición, entrando en una alianza táctica con Nicolás Castellanos, nuevo alcalde de La Habana. Un mes más tarde, Grau fue finalmente procesado con diez de sus exministros (entre ellos dos que ahora eran congresistas) por el robo de cuarenta millones de dólares, una suma más pequeña, es cierto, de la que había sido acusado el año anterior. También fue acusada la viuda de Alemán, el secretario de Educación.

Este caso dominó durante cierto tiempo los comentarios políticos. Los abogados de Grau alegaron que el juez, Federico Justiniani, no era competente para el caso, ya que los delitos alegados habían ocurrido durante la presidencia de Grau, y por

tanto este tenía que ser juzgado por el Tribunal Supremo. Al final se designó a otro juez, pero fue intimidado y obligado a retirarse. Su sucesor, Riera Medina, dio inmediatamente una orden de embargo de la casa que tenía Grau en la Quinta Avenida, valorada en dos millones de dólares. Siguió un litigio y el proceso fue continuamente aplazado con acusaciones triviales. En el verano, Grau desafió a un duelo a Pelayo Cuervo, uno de sus principales acusadores ortodoxos; pero su desafío fue rechazado basándose en el caballeresco argumento de que era impropio celebrar un duelo cuando había pendiente una causa criminal. El 17 de junio estalló una bomba en casa del doctor A. Vignier, uno de los varios exjueces en el caso Grau: ¿era posible que el expresidente estuviera dispuesto a matar como había estado dispuesto a robar?

Prío pudo continuar a flote mientras tanto, a pesar de la necesidad de barajar de nuevo su gobierno, debido a la dimisión de su ministro de Hacienda, Bosch, como resultado del asesinato de Paniagua. Los esfuerzos de Prío parecieron ser meramente tentativas de sobrevivir antes que de crear nada duradero. ¿Qué otro significado podría tener la petición que hizo al Congreso de enviar mil hombres a Corea? Sin embargo, algunas medidas tuvieron efectos prácticos, como, por ejemplo, el establecimiento de un nuevo Banco Agrícola y de Desarrollo, bajo la presidencia de otro economista de la generación estudiantil de 1933, Justo Carrillo. Durante casi todo 1951 hubo signos de reactivación industrial y económica: algunos bancos compraron nuevos locales y abrieron nuevas sucursales. El nombramiento para el gabinete de Luis Casero, alcalde de Santiago, armador, y tenido por incorruptible, dio cierta fuerza a la administración. Aun así, Chibás siguió tronando, y sus insultos volaban por el aire con la misma frecuencia que los puños y las pistolas en las calles, y a mediados del año los precios del azúcar comenzaron a aflojarse debido a las esperanzas de paz en Corea.

En junio de 1951, la gente empezó a pensar una vez más en elecciones, y sobre todo en quién sucedería a Prío como candidato auténtico para la presidencia. Masferrer, influyente a través del MSR, propuso a Rubén de León, ministro de Defensa de Prío y uno de los principales miembros del Directorio Estudiantil de 1933. En una charla interesante entre ambos, Goldenberg, que ya no era miembro del MSR (había roto por el problema de la violencia), protestó mientras ambos iban en un enorme Cadillac a lo largo del Malecón, custodiados por guardaespaldas: «Pero, si es un gángster», dijo Goldenberg. «Sí, chico —replicó Masferrer—, pero todos éramos gángsteres. ¿Qué esperas? Esto no es Europa. Sólo Chibás no es un gángster y está loco. De todos modos, antes de que haga algo, ya me entenderé con él».

En la segunda quincena de junio, Aureliano Sánchez Arango, ministro de Educación, lanzó un fuerte contraataque contra Chibás y en defensa del gobierno, acusándolo de especulador del café, jefe de la difamación, posible dictador y apóstol de la mentira. Chibás en respuesta acusó al ministro de robar caudales públicos y de dedicarse al negocio de la madera en Guatemala. Hasta entonces no había atacado a este ministro, aunque le desagradaba, quizá porque se sentía celoso de su éxito y elegancia. Los dos antiguos colegas del famoso directorio estudiantil de 1927 estuvieron vituperándose durante semanas, llevados y traídos en la prensa, las ondas, en discursos públicos y en entrevistas y correspondencia. Sánchez Arango presentó una inmensa cantidad de pruebas para demostrar que era inocente de todo lo que se le acusaba y desafió a Chibás a sostener con él un debate de cuatro días en la radio. Chibás respondió diciendo que mostraría las pruebas de la acusación que él hizo el 21 de julio contra el ministro de Educación. Las mostró, pero no le dejaron entrar en el ministerio y, por lo tanto, prometió que:

> El próximo domingo a las nueve y media de la noche, ante las cámaras de la televisión y los micrófonos, abriré mi cartera de mano y mostraré a la nación las pruebas del peculado con respecto a los libros de texto, el mobiliario y las comidas escolares, los negocios en Guatemala y otras cosas aún peores que demuestran que el gobierno de Carlos Prío es el más corrupto de la historia de la República.

Pero cuando llegó la hora de enseñar, resultó que casi todas las pruebas incriminaban no a Sánchez Arango, sino a un socio.

Estaba claro que Chibás había cometido un error. El 5 de agosto fue a la emisora CMQ bastante abatido, en una atmósfera de tensión. La nación esperaba una respuesta espectacular. En esta ocasión, Chibás habló sólo un momento, y dijo que Galileo tenía razón al afirmar que la Tierra daba vueltas alrededor del Sol, aunque le faltaran pruebas para demostrarlo; advirtió contra Batista y «los coroneles del aceite de ricino» y acabó diciendo: «Camaradas de Ortodoxia, ¡adelante! ¡Por la libertad económica, la libertad política y la justicia social! ¡Echemos a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo de Cuba, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo a tu puerta!». Seguidamente la emisión se cortó y él se disparó un tiro en el estómago con una pistola del 0,38.

Parece ser que Chibás había deseado que el ruido del disparo resonara por la radio, una especie de último llamamiento desesperado a la cordura; y probablemente sólo quiso herirse. De ser así, no logró ninguna de las dos cosas, porque el disparo se produjo cuando él ya no estaba en onda, y aunque duró diez días más, la herida era mortal. Falleció el 15 de agosto de 1951, en los brazos de la Iglesia y de una hueste de admiradores desesperados.

Este acontecimiento sensacional provocó un gran escándalo como es lógico. Parecía que completaba la obra de Chibás del descrédito de todas las instituciones establecidas. Incluso privaba a Sánchez Arango de la victoria moral sobre Chibás que se merecía. Chibás, al que se concedieron honores de coronel

muerto en el campo de batalla, tuvo un multitudinario funeral, y logró con su propia muerte la destrucción de la vida política cubana, incluso a costa de destruir su propio partido, que nunca se recuperó después de su muerte, no pudiendo decidirse a encontrar un sucesor digno de él.

La desintegración política tras la muerte de Chibás fue notable en todas partes. El propio Prío acusó desesperadamente, el 20 de septiembre, al capital de provocar la inseguridad económica, y a los obreros, de organizar huelgas y amenazar al gobierno.

El malestar afectaba también a la industria azucarera: el Congreso de Estados Unidos introdujo enmiendas a su ley de cuotas; Cuba tenía todavía el 29 por ciento del mercado norteamericano, pero se concedieron extras a otros países. Hubo un atentado contra la vida del general Ruperto Cabrera, jefe del Estado Mayor cubano, así como contra Masferrer, este último por parte de la organización de Guiteras. Esto no impidió a Prío seguir adelante con su plan de una más estrecha alianza con Estados Unidos (era el período álgido de la guerra fría), y en los primeros días de marzo de 1952 se firmó un acuerdo militar entre Cuba y Estados Unidos. En su primer artículo. Cuba se comprometía a emplear «toda la ayuda recibida… en el propósito de los planes de defensa desarrollados entre ambos gobiernos». Una misión militar norteamericana se preparó para embarcarse para Cuba, y en enero una misión del Congreso de Estados Unidos visitó la isla para investigar la posibilidad de producir nuevas materias primas estratégicas, aunque por supuesto ellos ya sabían que Cuba era rica en mineral de hierro y níquel. El estancamiento de la industria azucarera fue superado gracias a la venta a Inglaterra de millón y medio de toneladas, a servir en tres años, y se llegó a un acuerdo de ventas a Alemania Occidental, aunque en Inglaterra el azúcar seguía racionada

y los cultivos de remolacha alemanes se estaban restableciendo, gracias al estímulo del Plan Marshall.

Ahora los partidos políticos se habían embarcado en el largo período de gestión de alianzas y de intrigas que precedía a todas las elecciones en Cuba. Los ortodoxos estuvieron indecisos algunos meses tras la muerte de Chibás, y sólo en diciembre apareció como su sucesor el doctor Roberto Agramonte, primo de Chibás, de la Universidad de La Habana. Agramonte era un hombre agradable y honesto, pero de escasa habilidad. La principal obra suya publicada, un libro sobre sociología, era un documento bastante vago. De cuarenta y cuatro años de edad, era hijo de un coronel de la guerra de la independencia, un vástago de los Agramonte de Camagüey, y, como Chibás, había sido expulsado en 1927 de la Universidad de La Habana por Machado. Durante el mandato de Grau fue embajador en México. Contaba con el apoyo, aunque escasamente con el entusiasmo, de la mayoría de los liberales cubanos de la clase media. No se creía que pudiera ganar las elecciones, como pudo haberlas ganado Chibás, ni que fuera un presidente fuerte si las ganaba.

El candidato auténtico para la elección presidencial fue Carlos Hevia, quien ya había sido presidente de Cuba, aunque sólo 72 horas, entre Grau San Martín y el coronel Mendieta en 1934. Hevia tenía cuarenta y ocho años, era ingeniero, y aunque muy relacionado con la Compañía de Ron Bacardí, era tenido por honrado. Verdaderamente esta era su cualidad principal, aunque también tenía a su favor varios años de administración competente, como director de Suministros y Precios durante la guerra y como secretario de Estado, ministro de Agricultura y presidente de la Comisión de Desarrollo con Prío. Pero debía su nombramiento a su fama de honrado, y los auténticos necesitaban muchísimo un candidato respetable en 1952.

Los comunistas reaccionaron violentamente contra la candidatura de Hevia, sobre todo porque este había criticado a la

Unión Soviética al dar a conocer sus puntos de vista. Anunciaron que no presentarían candidato, insistiendo en la formación de un frente unido de todos los partidos de la oposición. Pero esto no logró madurar, ya que los ortodoxos y Batista se negaron a colaborar, tanto con los comunistas como entre sí. Los comunistas finalmente encarecieron a sus partidarios que apoyaran a los ortodoxos, ya que la muerte de Chibás había suprimido lo más fuerte del anticomunismo en aquel movimiento; a finales de 1951 hubo ciertos intercambios de ideas entre los ortodoxos de izquierda y el Partido Comunista en vistas del carácter decadente de la vida política en Cuba.

El tercer candidato, en 1952, era Batista. Había anunciado su candidatura en respuesta a lo que él llamaba apelaciones de todos los sectores del pueblo. Al principio pensó que las cosas le iban bien; pero en diciembre de 1951, su asociado, Castellanos, alcalde de La Habana, y sus seguidores, fueron sobornados por Prío con la condición, al parecer, de que sus seguidores obtendrían siete puestos en el Senado así como el gobierno de la provincia de La Habana. Batista entonces hizo a los comunistas varias propuestas de alianza; pero Blas Roca se negó diciendo que, en una eventual guerra mundial, los comunistas apoyarían a la Unión Soviética, mientras que Batista había anunciado específicamente que en tales circunstancias apoyaría a Estados Unidos. Prío mientras tanto visitó a Grau, quien después anunció que respaldaría a Hevia.

En febrero de 1952, Cuba ya estaba sofocada con la fiebre electoral. Las elecciones se celebraron en mayo. Algunos candidatos a la presidencia, que tenían poca importancia, se retiraron, tratando en cambio de ser elegidos para el Congreso. Los ortodoxos confiaban en ganar las elecciones nacionales, aunque la cosa no estaba clara. Hubo un nuevo estallido de violencia.

Los auténticos hicieron un esfuerzo para indicar que las cosas iban bien. El gabinete anunció que en 1952 la producción

de azúcar sería de unos 5 900 000 toneladas. Corrieron rumores de que Filipinas no podría servir su cuota en el mercado azucarero de Estados Unidos. Con la perspectiva de una gran cosecha, parecía posible que en un ambiente de prosperidad general, Cuba votara al fin y al cabo por la vuelta de los auténticos, a pesar de la violencia y de la rapacidad con que habían estado tan mezclados.

Nunca sabremos si el pueblo cubano habría actuado así. No hay duda de que el número de afiliaciones políticas registrado en octubre de 1951 es una indicación, porque dio a los auténticos una gran ventaja sobre cualquier otro grupo. Pero es difícil saber si esto habría sido transferido a la realidad política en las urnas.

59

La caída de Prío

El gabinete de Prío, cuando se enfrentaba con los últimos seis meses en el cargo a principios de 1952, estaba compuesto principalmente de supervivientes de la generación estudiantil de 1930 y de la «lucha contra Machado». Estos hombres eran en buena parte unos fracasados. El Partido Auténtico, a pesar de lo atrayente que era, se había desacreditado en todo el país, especialmente entre los intelectuales, pero también entre la alta burguesía y los supervivientes de la antigua sociedad conservadora. La razón eran el gangsterismo y la corrupción que impregnaban el ejecutivo y el legislativo. Incluso en la derecha muchos esperaban una solución radical, e incluso que los ortodoxos ganaran las elecciones. Otros dudaban que el partido tuviera fuerza suficiente para llevar a cabo incluso su programa limitado de purgas. Pero los ortodoxos fieles, inteligentes y enérgicos, hombres de sinceridad y patriotismo verdaderos, miraban la victoria ortodoxa con gran entusiasmo, como la hora largo tiempo esperada de la liberación, el momento creativo tanto tiempo previsto, la hora de la esperanza, cuando al final hombres inteligentes, generosos y honrados impulsaran la nave del Estado hacia canales progresivos. Al fin y al cabo parecía haber razones para el optimismo: el Banco Nacional y el Banco Agrícola, ambos logrados en tiempos de Prío, habían sido administrados de modo competente por ortodoxos de integridad personal. El movimiento ortodoxo tenía tras de sí a muchos gerentes y administradores capaces y algunos hábiles políticos que habían desempeñado un papel en el gobierno. Puede que verdaderamente hubiera ganado las elecciones de 1952; pero estas esperanzas se vieron frustradas.

Según Batista, tres personas le habían visitado en marzo de 1952, diciendo que Prío no iba a aceptar la derrota de su partido en las elecciones, y que por el contrario estaba preparando un golpe de Estado, e imponerse de modo inconstitucional como dictador. Pero Prío, a pesar de haber tolerado el gangsterismo y la corrupción, conservaba ciertos ideales democráticos, de modo que cuesta trabajo suponer que él pensara en serio violar la Constitución y retrasar las elecciones. Es posible que le hablaran de tal proyecto, y que algunas observaciones impacientes dichas al azar fueran inmediatamente transmitidas por hombres ansiosos de proporcionar a Batista un pretexto para actuar por su cuenta. Sin embargo, en marzo se estaba fraguando una conspiración para tomar el poder en nombre de Batista.

Los conspiradores de 1952 en contra del gobierno de Prío y las próximas elecciones eran oficiales del ejército; algunos de ellos se habían aprovechado en el pasado bajo el mando de Batista y se arriesgaban a perder todo si Batista no volvía al poder. La conspiración era directamente atribuible a la naturaleza política del ejército cubano: así Prío había nombrado jefe del Estado Mayor a Ruperto Cabrera en lugar de Pérez Dámera, a quien Grau había nombrado a su vez en sustitución de López Migoya, amigo íntimo de Batista, este último perteneciendo por tanto a una casta diferente dentro de la jerarquía de los oficiales. En 1952 existía la posibilidad de que los oficiales batistianos del pasado fueran permanentemente excluidos del reparto de los despojos del cargo, bien por una victoria de los auténticos o por un triunfo de los ortodoxos. No hay duda de que les parecía irritante que el general Cabrera o el almirante Pedro Pascual Borges, jefe de la Marina, pudieran enriquecerse indefinidamente mientras ellos parecían indefinidamente excluidos. Aquí, de nuevo, la corrupción desempeñó cierto papel. Por otra parte, no hay duda de que entre los conspiradores había algunos que pensaban que era su deber salvar a Cuba de un go-

bierno de latrocinio; ellos tenían que «restablecer el orden», frente a los políticos contra los que tenían toda clase de razones para desconfiar; y Batista dice en sus memorias de aquel tiempo que tenían que impedir que Prío estableciera su «brutal dictadura». Los conspiradores eran en su mayoría capitanes o tenientes: puede que estuvieran impacientes también por ascender, así como por obtener riquezas. Las pruebas permiten pensar que Batista fue empujado a la rebelión por hombres más jóvenes que él. Ya antes habían hecho campaña en favor del coronel Ramón Barquín, al que algunos de ellos consideraban el candidato «ideal» para presidente de una junta militar, pero del que dudaban que pudiera «controlar» las reacciones públicas tan bien como Batista. Mientras tanto, a Batista le iba peor en la batalla electoral de lo que había imaginado, y se vio ante una difícil decisión cuando a principios de febrero, en una reunión, algunos jóvenes oficiales le propusieron un pronunciamiento. Fue la primera vez que consideró seriamente vulnerar «la Constitución [de 1940] que él había dado al pueblo». Contestó a los oficiales que él personalmente no estaba interesado en convertirse en presidente por tales medios, pero que se podría encontrar a alguien, como Carlos Saladrigas, que sirviera para tal fin. Batista se pensó el asunto. Aparecieron dos grupos más de conspiradores, que no tenían noticia de la existencia del primer grupo. Su plan era dar un golpe para acabar con la corrupción en el gobierno. Batista decidió finalmente seguir adelante, reuniendo los grupos que habían acudido a él, y esperanzado se implicó en un plan por el cual sería evitado el derramamiento de sangre, jugando con la vacilación y la conocida debilidad de Prío.

La conspiración se fue extendiendo, y se pidió al general Cabrera, comandante en jefe, que se uniera a ella; pero, aunque se negó, no hizo nada en contra. Parece ser que un coronel, Lázaro Landeira, dijo algo a Prío, quien fue informado por el propio

Cabrera de que todo iba bien. Batista tenía la más alta opinión de sí mismo y de su capacidad para salvar a Cuba. Desde luego era el cubano más conocido internacionalmente. El modo como había llevado los asuntos le había ganado muchos amigos en Estados Unidos, y se dio cuenta de que las circunstancias de la guerra fría le daban nuevas oportunidades para congraciarse con Estados Unidos. El descontento general que existía contra los auténticos, combinado con la incertidumbre de lo que los ortodoxos harían realmente, conspiró para proporcionarle una gran tentación y una gran oportunidad. Y se rindió a esta tentación. Él no fue el iniciador de la conspiración, pero fue el hombre que la hizo diferente de los complots que habían manchado el historial del ejército cubano durante los regímenes de Prío y Grau. Después, como un bribón arrepentido o reformado, intentó hacer lo que pudo para borrar el crimen; pero jamás pudo expiarlo, dado que se aferró a la posición que había usurpado por muchos medios, limpios y sucios, cada vez más sucios.

En alguna fecha de principios de marzo (quizá después de la visita de Alliegro), Batista convocó una nueva reunión en la casa del excapitán Fernández Miranda, en la cual estuvieron presentes no sólo oficiales en activo, sino algunos de los ahora exoficiales purgados por Grau por haber sido hombres de Batista: entre ellos figuraban el capitán Cruz Vidal y Díaz Tamayo, junto con algunos admiradores de Batista todavía en activo, como el teniente Salas Cañizares y el capitán Dámaso Sogo; desempeñaron un importante papel en el segundo batistato. En esta ocasión, Batista explicó que Prío estaba pensando dar un golpe de Estado para impedir que los ortodoxos se hicieran cargo del poder. Fuera lo que fuese lo que Batista creyera, lo cierto es que algunos oficiales le creyeron a él. El 8 de marzo se hicieron los planes finales, y se tomaron disposiciones para los nuevos mandos en la policía y el ejército.

El 9 de marzo, Batista fue a un mitin electoral al aire libre en Matanzas. No se vio señal de actividad ilegal. Aquella noche, sin embargo, tres grandes coches Buick que estaban en la villa de Batista, la Kuquine, en las afueras de La Habana, partieron a eso de la medianoche con destinos diferentes. En el primer coche iban cuatro oficiales; en el segundo, cuatro oficiales retirados, y Batista y dos oficiales en activo en el tercero. Prío estaba en La Chata. Antonio Prío, el hermano del presidente, estaba bailando en un club nocturno llamado Sans-Souci. Segundo Curtí y Orlando Puente estaban cenando en Río Mar con otro ministro del gabinete. Uno de los grandes coches de Batista, con el teniente Negrete dentro, dio la vuelta al palacio presidencial para asegurarse de que allí no ocurría nada adverso de lo que hubiera que guardarse. Los tres Buick de la rebelión se encontraron y partieron hacia el Campamento Columbia. Llegaron a la puerta del puesto de mando y les permitió la entrada el oficial de servicio, capitán Dámaso Sogo, que formaba parte del complot. Los oficiales que iban en el primer coche se apearon y cubrieron la entrada de los otros dos. Batista se dirigió al cuartel general del Regimiento n.º 6, que le fue entregado inmediatamente por la guardia. Oficiales de su confianza fueron a asumir el mando de los cuatro batallones de infantería. Se movilizó a las tropas, y se rodeó las casas de los que habían sido sus jefes un momento antes (y que estaban dentro del campamento). A las tres de la madrugada casi todo estaba hecho. Un puñado de oficiales jóvenes arrestó a los principales generales de Cuba: Ruperto Cabrera, jefe de Estado Mayor; Quirino Uría, inspector general del Ejército; Rogelio Soca Llanes, ayudante general, y algunos otros. No ofrecieron resistencia. Cuando la esposa de Cabrera animó a este a resistir, él contestó: «Chica, cuando las cosas llegan a este punto, todo está perdido». El general Tabernilla tomó el mando en La Cabaña, y el teniente Rodríguez Calderón tomó el mando de la Marina. Él y los otros

oficiales nombrados jefes de los puestos clave fueron inmediatamente ascendidos. El teniente de la policía, Salas, se apoderó de la central de teléfonos, y se convirtió en nuevo jefe de la policía.

A las tres menos cuarto de la madrugada del 10 de marzo, la esposa de Cabrera telefoneó a su hija para decirle que Cabrera había sido arrestado, y el novio de la hija telefoneó al palacio presidencial; allí alguien habló con dos ministros: Diego Vicente Tejera y Sergio Mejías, quienes inmediatamente telefonearon a Prío. Este fue inmediatamente en coche de La Chata al palacio presidencial, donde se reunió el gobierno. René Fiallo, consejero de publicidad del presidente, instó a Prío a que tomara el mando del regimiento de Matanzas. Pero Prío disponía todavía de una información imprecisa. No sabía si los hombres de Batista se habían apoderado de la central telefónica y por tanto podían oír las casi histéricas conversaciones entre Prío y sus amigos. Sabía, por ejemplo, que en aquellos momentos los generales al mando de Las Villas y Matanzas eran leales al gobierno, y telefoneó a este efecto. A las seis de la mañana, Prío publicó un manifiesto: «Me he enterado de que el jefe del Estado Mayor del Ejército ha sido arrestado por oficiales que obedecen al general Batista. Los principales oficiales del ejército en provincias han reafirmado su lealtad al régimen legalmente constituido… Confío en la moralidad y el valor de los cubanos para oponerse a esta tentativa de un hombre ambicioso». Poco después llegó al palacio el teniente Negrete con un pequeño grupo de soldados, diciendo que había venido a traer refuerzos al presidente. Prío se dio cuenta de que habían sido enviados por Batista y ordenó que los soldados fueran desarmados. Negrete trató de lograr la rendición de la guardia, y un ayudante de Prío se suicidó de un tiro: era la primera sangre vertida.

El siguiente movimiento de Batista fue enviar tanques al palacio, al que rodeó a medias; pero luego los retiró. ¿Qué segui-

ría ahora? ¿El asalto del palacio? Dentro hubo más conversaciones histéricas y Prío pensó en rendirse. Entonces llegó una delegación de estudiantes encabezada por Álvaro Barba, presidente del sindicato de estudiantes. Barba dijo:

> Señor presidente: usted sabe que en muchas ocasiones lo he censurado públicamente cuando creía que su conducta se lo merecía; pero en esta ocasión la FEU viene a ofrecerle su apoyo en defensa de la Constitución. Hemos venido a decir que la universidad, fiel a sus tradiciones revolucionarias y civiles, debe confirmar con la acción su respaldo a los derechos democráticos.

Prío se conmovió sinceramente, pero su respuesta fue vaga: «Creo que el pueblo me apoyará en este histórico momento… Sí, resistiremos a este golpe. Pero todo depende de la actitud de los trabajadores —el pueblo— y los estudiantes. Gracias por este gesto».

Un estudiante, José Hidalgo, preguntó bruscamente: «Presidente, ¿va usted a luchar contra esta rebelión cuartelera?».

Prío contestó: «Sí, claro, voy a luchar».

Hidalgo preguntó de nuevo: «Pero ¿tiene usted idea de cómo hacerlo?».

Prío contestó: «Estamos estudiando la situación, cómo hacer las cosas del mejor modo. Lucharé en el mejor lugar, y no en el palacio porque es muy vulnerable a los ataques».

Barba preguntó: «Pero ¿qué es lo que va a hacer usted exactamente?».

Prío respondió: «Me voy a ir a una de las guarniciones leales y allí empezaré la lucha. Creo que no hay otra salida».

En ese momento entró un oficial diciendo: «¡Presidente, presidente! ¡Un soldado del general Calleja dice que los tanques están saliendo del Campamento Columbia y que vienen hacia el palacio! ¿Qué vamos a hacer?».

Hubo un silencio, interrumpido al final por Agustín Valero, de la FEU, quien dijo: «Hemos venido aquí a tratar de la orga-

nización de la resistencia a este golpe. En la universidad no hay armas. Usted debe distribuírselas a los estudiantes para que defiendan el poder legalmente constituido. Sólo deseamos luchar».

Prío contestó: «Está bien, Dieguito [es decir, Diego Tejera, ministro de Educación], cuide de que se envíe un cargamento de armas a la universidad, todas las que necesiten. Caballeros, la reunión ha terminado. Hemos de actuar rápidamente».

Los estudiantes, entusiasmados, se marcharon hacia la universidad, para esperar la llegada de las armas. Sin embargo, al cabo de unos minutos, y sin haber hecho nada, Prío salió del palacio en un Buick sedán.

Se dirigió a Matanzas con Tony Varona, su primer ministro. Al salir de La Habana fueron parados por una guardia de cabos que les preguntaron quiénes eran. El chófer dijo que llevaba un anciano a casa del médico. Siguieron su camino. Pero cuando llegaron a Matanzas el regimiento de Plácido se había pasado a Batista, y el coronel Martín Elena, leal a Prío, había sido arrestado. El multicolor estandarte septembrista ondeaba sobre el cuartel. Prío y Varona se dirigieron entonces a Camagüey; pero en el camino se enteraron de que Bilbatúa, antiguo camarada de Batista, se había apoderado del cuartel. Millo Ochoa, el rico dirigente de una de las facciones de los ortodoxos, ofreció a Prío llevarlo en avión a Santiago; pero Prío había decidido ya regresar a La Habana. El Buick sedán dio media vuelta y el presidente y el primer ministro, temblando de miedo, se dirigieron a la embajada de México, donde sin que les sorprendiera mucho se encontraron con un curioso grupo de hombres asustados: el ministro de Asuntos Exteriores, Aureliano Sánchez Arango, quien había disparado un tiro contra un policía y se refugió en este santuario; Segundo Curtí (ministro del Interior, nominalmente jefe de la policía); Rafael Trejo y Ricardo Artigas, jefe de la lotería nacional. Artigas era a la vez el más agita-

do y el más resignado de los asilados. «¿Está seguro de que aquí no nos pasará nada? —preguntó temblando al embajador de México—. Batista es capaz de cualquier barbaridad». «Esté tranquilo —replicó el embajador—. Aquí ondea la bandera mexicana y nada puede suceder». «¡Dios mío! —suspiró Artigas—. En cuanto esté en México volaré a Miami. Allí tengo todos mis intereses. Sabía que esto iba a suceder y se lo dije a ese caballero; pero él no hizo nada. Yo, por otra parte, he puesto a buen recaudo mi dinero y estableceré mi residencia en Estados Unidos». No hay razones para creer que el comandante Artigas estuviera escaso de fondos.

Así acabó la administración de Carlos Prío. Pero ¿estaba todo perdido aunque los miembros del gobierno hubieran abandonado sus puestos? Los pocos posibles centros de resistencia esperaron a Prío y esperaron en vano. Todo estuvo tranquilo. La Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) convocó a una huelga general. Los bancos, oficinas y departamentos gubernamentales no abrieron sus puertas; mientras, los soldados permanecían frente a ellas impidiendo a los funcionarios que acudieran al trabajo. Este acto de la CTC más bien favoreció las intenciones de Batista que las entorpeció. Los periódicos no fueron distribuidos. El «palacio de los trabajadores», el cuartel general comunista, las oficinas de los partidos ortodoxo y auténtico de todas las ciudades estaban guardadas y los hombres eran obligados a retirarse de modo cortés, pero firme. Sólo quedaba como posible centro de oposición la universidad; pero no llegaron armas, a pesar de la promesa presidencial. A la una de la tarde del 10 de marzo, Radio Habana anunció la composición del nuevo gobierno, con varios de los gastados amigos de Batista en los puestos clave.

A las tres de la tarde, los emisarios de Batista prometieron a Mujal que todas las leyes laborales de los pasados diez años serían respetadas, y los otros jefes sindicales importantes parecie-

ron estar de acuerdo en aceptar las promesas de Batista. Mujal telefoneó a Prío a la embajada de México para enterarse de si ya había abandonado la lucha. Estaba claro que sí. A las cuatro de la tarde, Batista publicó un manifiesto dirigido al pueblo:

> La Junta Militar ha actuado para acabar con el régimen de sangre y corrupción que ha destruido instituciones, creado desorden y burla en el Estado, agravado por sus siniestros planes de gobierno que quería prolongar una vez terminado el plazo constitucional, para lo cual el presidente Prío se puso de acuerdo con varios jefes militares, preparando un golpe militar antes de las elecciones.

Batista prometió que se celebrarían elecciones con plenas garantías, suspendiendo no obstante las garantías constitucionales por cuarenta y cinco días. La mayoría de los oficiales del ejército y la marina nombrados por Grau fueron destituidos, y algunos se dedicaron a los negocios, otros al periodismo o bien se retiraron. Sus puestos fueron ocupados por amigos de Batista. El capacitado coronel Barquín y su grupo de oficiales, llamado «los puros», que habían estado a punto de dar un golpe contra Batista el año anterior, fueron confirmados en sus puestos y no dimitieron. El gobierno ordenó que todos los funcionarios, así como los alcaldes y empleados municipales siguieran en sus puestos, aunque Castellanos fue inmediatamente destituido de la alcaldía de La Habana, donde le sustituyó Justo Luis Pozo, así como Pazos, Carrillo e Irisarri, todos hombres progresistas, que dimitieron de las presidencias del Banco Nacional, el Banco de Desarrollo Agrícola y la Cámara de Estabilización del Tabaco. El hermano de Batista, Panchín, volvió a ser gobernador de la provincia de La Habana. Se suspendieron los derechos del Congreso, aunque sus miembros seguirían cobrando el sueldo hasta nuevo aviso. Algunos días después, en un gesto de desafío, algunos legisladores se dirigieron al Capitolio. Se dispararon dos tiros, y ellos echaron a correr hacia casa, por si acaso. El poder legislativo estuvo desde entonces en manos del gobierno. También hubo una prohibición temporal del derecho a la huel-

ga. El golpe de Estado del 10 marzo fue completado. La resistencia en la provincia de Oriente se desmoronó en cuestión de horas. El 11 de marzo, Batista y Mujal se entrevistaron al amanecer, y Mujal se encargó de seguir siendo el jefe de la CTC; a las dos de la tarde, los nueve hombres del comité ejecutivo de la CTC aceptaron esto y la huelga general llegó a su fin.

Estos acontecimientos, que habrían de ser apocalípticos en sus últimas consecuencias, fueron saludados con notable tranquilidad. La pasividad de aquellos contra quienes había ido dirigido el golpe les mereció el desprecio de la opinión pública. Un grupo quedó especialmente desilusionado: el de los oficiales que habían sido los verdaderos iniciadores de la conspiración; se sintieron «defraudados» cuando se enteraron de los nombres de los ministros que formaban el nuevo gobierno, y el general García Tuñón llevó una protesta al general Batista. Los ortodoxos, por supuesto, condenaron el golpe, pero suspendieron toda acción en vista de la falta de energía demostrada por Prío. Los comunistas proclamaron que el nuevo régimen no se diferenciaba del anterior, dando a entender con ello que al menos no era peor. (Cierto que ocho años más tarde, hicieron un relato más bien heroico de su actuación el 10 de marzo). Sólo los estudiantes permanecieron en una postura verdaderamente hostil, y el 14 de marzo apareció una enérgica declaración firmada por los líderes estudiantes. Como opinión de masas, los liberales subestimaron el grado de aceptación y aun de aprobación con el cual muchos miembros de la clase trabajadora se aproximaron al «golpe libertador», también llamado el «golpe de la sunsundamba», por el nombre de una canción muy popular llamada así. Batista había sido siempre popular fuera de los círculos educados en el pasado, y todavía quedaba algo de esa popularidad; y además, ¿a quién le importaba la caída de Prío fuera de la clase media constitucional? Chibás había hecho demasiado bien su obra destructora: nadie creía en el sistema de

Prío. La mayoría incluso se dispuso a aceptar a Batista con alivio.

En cuanto a Prío, se marchó en avión a México el 13 de marzo con un salvoconducto, acompañado de Sánchez Arango y Curtí. Un periodista salió a su encuentro cuando llegó al Hotel Continental Reforma, y le preguntó:

—¿Sospechó usted que se preparaba un golpe?

—No… es decir, sí, tenía algunas sospechas. Unos días antes de que se produjera, pedí al alto mando del Ejército que fuera a verme, y dije que tenía información confidencial de que algo se estaba preparando.

—Y ¿qué replicaron ellos?

—Que investigarían. Unos días después volvieron para decirme que podía dormir tranquilo.

—¿Va usted a formar un gobierno en el exilio?

—No serviría de nada.

—¿Qué me dice de su fortuna personal? ¿La tiene aquí o en el extranjero?

—No tengo ni un centavo en bancos extranjeros. Todo mi dinero lo tengo en Cuba, invertido.

—Ahora está usted en el mismo barco que los ortodoxos y los comunistas. ¿Se unirá con ellos?

—Estoy dispuesto a unirme con cualquiera excepto con los comunistas.

—Me han dicho que usted formó sociedad con Batista.

—Es mentira.

Sin embargo, sería engañoso hacerle a la administración de Prío un epitafio en lenguaje tan varonil. En el número de *Bohemia* que siguió al golpe, salió publicada una cita del educador mexicano Vasconcelos, que casi en el estilo de Junius, resumía acertadamente la constitución de Prío:

> Cayó como un fruto podrido, casi por su propio peso, víctima de sus propias intrigas, de sus desiguales ambiciones y del desprecio por la opinión pública… como otros trepadores, veía en el cargo público como una escalera para el rápido enriquecimiento y tenía a sus colaboradores sólo como sus ayudantes para hacer fortuna. Dado a hablar en el momento de la acción, tortuoso en sus relaciones privadas, superficial en sus afectos, era tan inepto para el crimen como condescendiente con los criminales.

Así acabó el gobierno constitucional en Cuba.

Libro VIII

La lucha, 1952-1959

Los caminos de mi Cuba,
nunca van a donde deben.

Canción de Carlos Puebla
(*c.* 1955)

60

Batista (II)

En la primavera de 1952, el sistema político existente en Cuba ya había llegado al límite. Las insensateces acumuladas durante cincuenta años estaban dando su fruto de putrefacción. Prío fue derrocado en un ambiente de gran tranquilidad, y apenas si se oyó el grito melancólico de «¡Prío sale! ¡Prío sale!» por las calles de la vieja Habana, impregnadas de olor a puro y a ron. Las prostitutas de la calle Virtudes sabían que la sustitución de Prío por Batista en el Palacio Nacional no iba a afectarlas mucho. Pero el fácil triunfo de Batista representó una tragedia para aquellos que, mediante el proceso constitucional incubado en 1940 y a través del Partido Ortodoxo, esperaban crear, en las próximas elecciones, una Cuba nueva, un país honorable y feliz. Para todos cuantos se interesaban por la decencia política, el golpe de Batista en 1952 era intolerable, algo similar a lo que significa, en la vida de un individuo, una crisis nerviosa tras varios años de una enfermedad crónica. Para los hombres de la generación de los directores de los bancos Agrícola y Nacional, Carrillo y Pazos, este acontecimiento representaba, por lo menos, una nueva y monstruosa interrupción en sus carreras, ya gravemente perjudicadas por el paréntesis de los años treinta: la del machadato y después la de la primera intervención de Batista. Para estas personas, generalmente sensibles por temperamento, fue un insulto final el hecho de que la revista *Time*, la fábrica de sueños del norte, destacara a Cuba en la portada, en abril y por vez primera, con el dibujo de una cabeza de Batista especialmente resplandeciente, emergiendo de un fondo formado por la bandera cubana y rodeada como de una aureola, junto con este brillante comentario: «Batista, de Cuba: ha burlado a los centinelas de la Democracia».

Para entonces Batista ya había sido bastante aceptado. El 27 de marzo, Willard Beaulac, el embajador norteamericano en La Habana, visitó al nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Campa, para comunicarle que Estados Unidos reconocía a su gobierno. Un paso menos oficial, pero no menos significativo y bien acogido, fue la visita que hicieron unos funcionarios de la United States Steel Co. a Ernesto de la Fe, ministro de Información, para decirle que el capital norteamericano «respondía favorablemente» al reconocimiento de Batista por parte de Estados Unidos; aseguraron al ministro que el capital norteamericano podía suministrar a Cuba todo lo que necesitara.

Pero ¿cómo se sostenía este nuevo gobierno? El gobierno propiamente dicho estaba formado por hombres leales a Batista o por oportunistas. En cambio, hay indicios que permiten pensar que Batista hizo lo que pudo para conseguir que Carlos Saladrigas o Emeterio Santovenia o Jorge García Montes se hicieran cargo de la presidencia; este último se negó, diciendo: «Batista ha cogido a un león por la cola, veremos cómo se le escapa». Batista declaró que era leal a la Constitución de 1940, pero que, a pesar de eso, había suspendido las garantías constitucionales y el derecho a la huelga. No obstante, en abril promulgó un nuevo código constitucional de 275 artículos —los estatutos de gobierno—, afirmando que en la nueva ley se mantenía la «esencia democrática y progresista» de la Constitución de 1940. Pero en cualquier momento podían suspenderse automáticamente, durante períodos de cuarenta y cinco días, las libertades de expresión, de reunión y de prensa. Se celebrarían nuevas elecciones, pero no antes de noviembre de 1953, y para entonces faltaban dieciocho meses. Hasta ese momento quedaban suspendidos todos los partidos, y todos sospechaban que, si se reorganizaban, sería bajo las condiciones que impusiera Batista. También quedó suspendido el antiguo Congreso, aunque los congresistas cobrarían su sueldo durante los seis meses

siguientes. De momento, se abolía la presidencia y vicepresidencia del gobierno. Batista gobernaría como un presidente. Además habría un consejo consultivo de ochenta miembros en lugar del cuerpo legislativo, pues Batista sabía que la antigua asamblea no le apoyaría. El presidente del Consejo sería el viejo amigo de Batista, Carlos Saladrigas, antiguo miembro del ABC, antiguo primer ministro de 1940-1944, que Batista había presentado como candidato a la presidencia en 1944 sin éxito, y el vicepresidente sería Óscar García Montes, otro viejo amigo. Este grupo de legisladores se reuniría por lo menos quince veces al mes; cada uno de ellos cobraría treinta dólares por sesión a la que hubiera asistido, aunque en total ninguno habría de sobrepasar los seiscientos dólares.

Batista estaba lleno de promesas: iba a respetar los acuerdos internacionales; garantizar la seguridad de todas las vidas y propiedades; cumplir los contratos de obras públicas (el nuevo presidente de la comisión de desarrollo, el director azucarero Amadeo López Castro, dijo que todos los proyectos ya iniciados se terminarían en seis meses). Se fortalecería la economía mediante inversiones extranjeras. Cuba enviaría hombres a Corea «si es necesario», y construiría 12 000 viviendas. «Los dictadores somos el pueblo y yo», explicaba Batista.

La burguesía convencional dio su apoyo al nuevo régimen con bastante rapidez. El antiguo historial democrático de Batista permitía suponer que en último término se llegaría a algún tipo de restauración constitucional. El antiguo alcalde de La Habana, Castellanos, ofreció su colaboración. La Asociación de Veteranos (una sombra de lo que antes había sido una poderosa fuerza política), la Asociación de Banqueros, y la Asociación de Colonos y Hacendados se ofrecieron a cooperar. La CTC cooperó en la práctica. Una circular de la Federación Nacional de Trabajadores del Azúcar pedía a sus miembros que sostuvieran «relaciones cordiales» con el nuevo gobierno. Muchos diri-

gentes obreros aislados, como Pascasio Linares, Jesús Artigas, Calixto Sánchez (líderes de los trabajadores de las industrias textil, médica y de las líneas aéreas, respectivamente), denunciaron al régimen, pero estaban en minoría. Al cabo de pocas semanas, incluso algunos partidos que habían apoyado a Prío o que participaron en sus gobiernos, por ejemplo, los demócratas y los radicales, estaban revoloteando en torno a Batista. Marta Fernández de Batista empezó a hacer donativos a la beneficencia al estilo de Evita Perón, alargando su mano de primera dama con la esperanza de apaciguar las sensibilidades políticas que se sentían molestas.

Pero pronto se hizo evidente, hasta para los antiguos admiradores de Batista, que en los años de exilio el antiguo sargento había cambiado. Era mucho menos indolente que en los años cuarenta. Ocupaba demasiado tiempo en asuntos superficiales, por ejemplo, en puntuar una carta, en hacerse correctamente el lazo de la corbata y en cambiarse de ropa. Le fascinaba la vida privada de sus adversarios y hasta de la gente común en la sociedad cubana, y se pasaba horas escuchando sus conversaciones telefónicas grabadas en cinta magnetofónica: la correspondencia de Aureliano Sánchez Arango le obsesionaba particularmente. Comía suntuosamente. Se pasaba horas jugando a la canasta con sus amigos militares y viendo películas de terror. Parecía más esnob que antes: cultivaba la amistad de los herederos de la antigua oligarquía cubana y los invitaba a banquetes espléndidos, aunque supiera, por las conversaciones telefónicas grabadas o las cartas interceptadas, que eran adversarios. Se hizo popular la frase: «Batista trabaja dieciséis horas al día». Era totalmente falsa.

Se juzgó necesaria una reorganización de la fuerza pública y se aumentaron los sueldos del ejército. Hubo grandes cambios en las comandancias militar y de policía: en abril, el nuevo jefe de policía, brigadier Rafael Salas Cañizares (que, el 10 de mar-

zo, se había hecho cargo de la emisora de radio), anunció la creación de 2000 nuevas plazas de policía; todos los policías tendrían armas nuevas, coches nuevos y motos nuevas. La tropa, tanto del ejército como de la policía, aceptó al nuevo régimen con satisfacción, aun cuando, en su mayoría, había sido reclutada durante el gobierno de Grau o de Prío.

Pero una consecuencia beneficiosa del batistato fue la virtual desaparición del gangsterismo político privado. A Policarpo Soler le permitieron marcharse de Cuba en busca de horizontes más prometedores: España y, después, la República Dominicana. Rolando Masferrer, el jefe del MSR, ahora senador, quería colaborar con Batista, y se convirtió en un pilar del régimen, aunque conservó un ejército privado de forajidos en Santiago. Lo cierto es que la abolición de la vida política, en parte, trajo consigo la abolición de la violencia y de las oportunidades de corrupción que la acompañaban, mientras que los antiguos miembros de la UIR, del MSR y de la ARG tomaban posiciones en defensa de Batista o en contra de él. En cierto modo, el golpe de Batista dio formalidad al gangsterismo: la ametralladora saliendo del gran coche se convirtió en el símbolo, no sólo de un ajuste de cuentas sino de un próximo cambio de gobierno.

La oposición a Batista tardó en adquirir forma, pero, en realidad, nunca desapareció. Durante los seis años y medio siguientes, aunque Batista continuaba aparentemente confiado, en el Capitolio nunca hubo ocasión de poder decir: «Cuba está en paz».

Los auténticos se hallaban divididos; sus partidarios estaban casi tan furiosos con Prío como con Mujal. Este respondió a un ataque de Varona con la evasiva de que los auténticos habían fracasado a la hora de representar los intereses de los trabajadores. Entretanto, los ortodoxos se negaban a aceptar su disolución: Carlos Márquez Sterling, en su nombre, condenó el

proyecto de tomar parte en las elecciones de 1953. Intentaron, sin éxito, expulsar al alcalde de Camagüey, por haber jurado fidelidad al nuevo gobierno. El 6 de abril, el candidato presidencial ortodoxo, Agramonte, y varios otros (Márquez Sterling, Manuel Bisbé y Luis Orlando Rodríguez) fueron conducidos, con Pardo Llada, a la presencia del coronel Cruz Vidal, nuevo jefe del SIM (la policía política). Cruz Vidal los amenazó, acusándolos de conspirar con los estudiantes, pero los dejó marchar. Con este procedimiento del ratón y el gato, la policía y la administración mantuvieron en vilo a los ortodoxos. La falta de fuerza y de oportunidades de Agramonte y de los dirigentes les impidió actuar. Tampoco los comunistas constituían un centro de oposición eficaz. Contando con la repulsa de todos los demás partidos en la campaña electoral anterior al golpe, sus dirigentes, naturalmente, condenaron a Batista, pero no se apresuraron a hacer nada más: Marinello, que todavía era el presidente oficial del partido, se limitó a asegurar a un historiador norteamericano que le visitó, que el partido probablemente no reanudaría su antigua alianza con Batista, aunque ellos tenían algunas amistades que creía podrían serle útiles. Durante unas semanas se abstuvieron de manifestar abiertamente sus respectivas actitudes: varios comunistas continuaron en el Ministerio de Trabajo y en otros cargos de gobierno, y fueron nombrados otros nuevos. Se reconoció la interrupción de relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética, después de que en La Habana inspeccionaran las maletas de un correo diplomático soviético: los batistianos se negaron a pedir excusas y la Unión Soviética rompió las relaciones. Pero los comunistas continuaron libres y bien considerados. Algunos se fueron al extranjero, la mayoría se quedaron. Todavía circulaban revistas y periódicos comunistas. Hasta el historiador Portell Vilá, que ahora era ortodoxo, se quejó de no poder hablar por radio, mientras que se podían comprar con toda facilidad periódicos comunistas, por ejemplo,

Hoy. Esta situación ambivalente persistió, aunque, en mayo, la policía hizo incursiones en el cuartel general comunista de La Habana y en cuarenta y tres sedes para impedir que se produjera ninguna manifestación en el aniversario de Guiteras, hecho curioso, pues no era probable que entonces el partido fuera a hacer tal demostración, ya que sus dirigentes repudiaban a Guiteras una vez muerto, tanto como le habían repudiado cuando vivía.

Como siempre, la Iglesia, en Cuba, fue tan ambigua como los comunistas: el cardenal Arteaga felicitó a Batista, y otros obispos le apoyaron. Dos o tres se opusieron, y un sacerdote franciscano, fray Bastarrica, condenó públicamente el golpe; lo mismo hicieron varios destacados dirigentes seglares católicos, por ejemplo, Andrés Valdespino, presidente de la Juventud Católica, y Ángel del Cerro. En junio, la policía irrumpió en una reunión de la Acción Católica en Guanajay. Se hizo evidente que, mientras que algunos miembros de la jerarquía y del clero regular iban a tolerar el nuevo orden con la mayor facilidad, la mayoría de los seglares y sacerdotes católicos no iban a hacerlo. Los comunistas y los católicos, cada uno por su parte, se mostraban ambiguos.[25]

Los estudiantes eran la principal fuente de preocupación para Batista. Inquietos por su propio futuro, para muchos el golpe había representado la frustración del hermoso futuro que había de esperarlos en los gobiernos del Partido Ortodoxo o del Auténtico. Se sentían muy afectados por todas las implicaciones del asunto y pedían la dimisión de los profesores que habían aceptado cargos con Batista, como Carrera Justiz, el nuevo ministro de Comunicaciones, y Saladrigas, el presidente del nuevo cuerpo legislativo. Batista hizo saber que daría diez millones de dólares para la construcción de una nueva Ciudad Universitaria, con alojamientos para los estudiantes; estos respondieron heroicamente: «La Universidad ni se vende ni se rin-

de». El 2 de abril, la policía descubrió que los dirigentes estudiantiles estaban planeando una demostración masiva para el domingo siguiente, en la que se enterraría simbólicamente un ejemplar de la Constitución de 1940. Cuatro de ellos fueron arrestados y llevados ante Batista en persona.

Batista dijo, para congraciarse con ellos, aunque en un plan regio: «Tenemos muchos deseos de hablar con ustedes».

Álvaro Barba contestó: «Muy bien, pero primero queremos saber por qué nos han detenido».

Batista negó que los hubieran detenido. Dijo que le gustaría poder describir la situación existente antes del 10 de marzo. Prío había estado planeando un *coup*. Otro estudiante, Robledo, se refirió al golpe militar. Batista le interrumpió para explicar que él no había dado un golpe de Estado sino un movimiento, revolucionario, para evitar una guerra civil.

Baeza: «Sí, ¡un madrugonazo!».

Batista: «No, no. No un madrugonazo,[26] sino un madrugón».

El estudiante Baeza respondió que tal vez había sido una fresca mañana de primavera para Batista, pero no para él. Batista dijo que necesitaba la cooperación de todos los cubanos para reorganizar la vida constitucional de la nación, y que los estudiantes no podían enterrar la Constitución, porque no había muerto.

Barba replicó: «Justamente ha sido asesinada».

Batista apeló a la necesidad de mantener el orden público.

Robledo preguntó: «Pero, general, ¿va usted a prohibir toda oposición?».

«La oposición es una necesidad —respondió Batista, de un modo encantador—, una oposición constructiva es más beneficiosa para el gobierno que un buen ministro. Por eso los admiro tanto a ustedes… si yo fuera estudiante, estaría en la FEU,

haciendo lo que ustedes hacen… No soy contrario a esta demostración como tal [es decir, al entierro de la Constitución] sino a los agitadores profesionales que se aprovecharán de la ocasión…».

Pero los estudiantes dijeron que tendrían que persistir en su plan: «General, debemos continuar esto hasta el final».

«Entonces, el coronel Salas [el jefe de policía] tendrá que actuar», dijo Batista, que inmediatamente los dejó en libertad.

Los estudiantes estaban decididos a llevar a cabo sus planes. El 4 de abril, a las tres de la tarde, el jefe de la policía de la universidad, siempre una figura clave, telefoneó a los dirigentes de la FEU y les dijo que estaban en camino dos camiones blindados. Álvaro Barba dijo: «Compañeros, hemos de adelantar la hora del entierro para evitar que se nos carguen aquí». O sea que, inmediatamente, en vez de esperar a las cuatro de la tarde, doscientos estudiantes asistieron a la ceremonia: sus dirigentes enterraron la Constitución de 1940 con toda solemnidad delante del busto de Martí situado en la esquina de la calle 25 con la calle Hospital. Así, este acto de oposición acabó siendo un triunfo.

Al mes siguiente mes, el 20 de mayo, los estudiantes organizaron una demostración masiva para conmemorar el 50.º aniversario de la independencia cubana. Se reunieron en la famosa escalinata de piedra que conducía a la universidad: Barba y Mañach, el escritor, hicieron apasionados discursos en defensa de la Constitución. «Cuba puede vivir sin carne, sin agua, incluso sin danza —proclamó Mañach—, pero no sin libertad». Hubo gritos de «¡Chibás!, ¡Chibás!, ¡Chibás!», y peticiones de que Estados Unidos boicoteara al régimen. Así, los estudiantes, seguros en el santuario de su universidad autónoma, podían mantener un frente de hostilidades. En junio propusieron que la solución del problema político de Cuba consistiera en la dimisión

de Batista, a la que seguiría una presidencia provisional, nombrada por la FEU, como lo había sido Grau en 1933, hasta que se celebraran elecciones. Los estudiantes apelaban al público (generalmente por medio de altavoces) para que rechazara la Constitución de Batista y prestara su apoyo a la Constitución de 1940.

Con el cuerpo legislativo inactivo, sólo quedaba una institución que reflejara una opinión representativa: los ayuntamientos. Aquí todo dependía de lo que ocurriera en La Habana. En el ayuntamiento de La Habana había varios ciudadanos eminentes, algunos de los cuales, como el historiador Portell Vilá, habían tratado, sin éxito, de elevar la política cubana del nivel en que se encontraba. En el ayuntamiento estaba también César Escalante, comunista desde hacía mucha tiempo y de origen burgués, hermano del editor de *Hoy*, Aníbal Escalante. Si en algún sitio se podía quizá resistir era aquí. Todos los concejales elegidos se negaron a jurar los estatutos de Batista. Pero unas semanas después, César Escalante fue arrestado con Nila Ortega, cuando dirigía una manifestación delante del edificio del ayuntamiento. A Portell Vilá le cerró el paso el teniente Chorro, armado con una ametralladora. Nunca pudo volver. A partir de entonces, los adversarios de Batista no fueron al ayuntamiento de La Habana ni a ningún otro.

Así, a mediados de verano, Batista había superado las tormentas provocadas por su insolente forma de tomar el poder en marzo. En junio trató de explicar al país de un modo más preciso, por lo menos, por qué creía que tenía que continuar en el palacio presidencial; hizo tres discursos, explicando que su «movimiento de liberación» había terminado con un régimen desastroso de desorden, anarquía, concupiscencia, vicio, venalidad e ineptitud, y que él, Batista, necesitaba tiempo para estudiar los «tremendos problemas» con los que se enfrentaba Cuba. La violencia, decía, venía de la oposición; él, personalmente,

había acabado con el gangsterismo, había suprimido el contrabando y los sobornos, y había permitido la reorganización de los departamentos del gobierno. Prometía una reforma agraria, playas públicas, obras públicas, casas baratas, gobierno honesto y reformas educativas (un «vestuario escolar» para los niños). Constantemente acusaba a Prío de todas las deficiencias. El 4 de julio, Batista dijo al *Havana Post* que su revolución se encaminaba a «eliminar el cáncer que estaba consumiendo los órganos vitales de la nación»; es decir, a los conspiradores y gángsteres del pasado. Sin embargo, todavía florecían otros «cánceres». Aumentaban las «botellas» (prebendas). En el campo, los terratenientes que estaban en buenas relaciones con el régimen o con el ejército podían actuar a su antojo, viviendo fuera de la ley: por ejemplo, en Oriente, algunos propietarios pudieron apoderarse de las posesiones de los campesinos por la fuerza de las armas; en la hacienda Arroyo del Medio, en Mayarí Arriba, a mediados de 1953, un tal Baldomero Casas y su sobrino Álvaro expulsaron a siete familias, quemaron sus casas y se apoderaron de 700 caballerías; mientras que, desde el primer momento, la cuenta corriente de Batista, a través de Andrés Domingo, el ministro de la Presidencia, ingresaba una comisión del 30 por ciento sobre todos los contratos de obras públicas, que eran muchos.

Los auténticos empezaron a intentar poco a poco inducir a colaborar a los ortodoxos, proponiendo un «frente cívico» de resistencia contra Batista. Pero ¡ay!, mientras los auténticos, en medio de su humillación, estaban sorprendentemente unidos, los ortodoxos se hallaban divididos por cuestiones de orgullo. La herencia de Chibás estaba dirigida por muchos. ¿De qué era partidario Agramonte? ¿Y Márquez Sterling? ¿Y Millo Ochoa?

Además, el doctor Rafael García Bárcena, uno de los más atractivos e interesantes personajes de la generación de 1933 que, cuando era profesor de la Escuela Superior de Guerra

(puesto que le había dado Grau), ya había intentado organizar una conspiración de oficiales contra Prío, preparaba ahora una nueva conspiración de oficiales liberales contra Batista. García Bárcena, destacado por su anticomunismo y por su nacionalismo, poseía algunas características casi fascistas: especialmente una seguridad en la demagogia y en la elocuencia, y una camarilla personal de fieles amigos (sin ideología, pero que le eran leales), que deseaban el poder aunque les faltara experiencia de gobierno. Su movimiento, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), adquirió ímpetu entre los estudiantes y los jóvenes profesionales de La Habana durante cierto tiempo. Parecía satisfacer sus ansias de «acción» más que sus discusiones ideológicas. Sólo existía otro movimiento, dirigido por el ministro de Educación de Prío, Sánchez Arango, cuya organización, la Triple A (nombre en clave que significaba Amigos de Aureliano Arango), representaba la más respetable de cuantas, de hecho, estaban intentando hacer algo más que hablar.

El movimiento de García Bárcena era interesante. Mario Llerena, uno de los miembros de su Comité Central, que al principio quedó impresionado por la «encantadora personalidad» de García Bárcena y «simpatizó en el acto con su idea de organizar una acción armada contra el gobierno de Batista», más adelante «llegó a darse cuenta de que el MNR no era totalmente democrático»:

> Dos de los miembros del Comité Central mostraban una mentalidad claramente fascista. Otro… era, según se supo después, marxista. El propio García Bárcena, aunque parecía un verdadero amante de la libertad, era algo vago y escéptico respecto del procedimiento democrático. Nunca supe si tenía los mismos sentimientos respecto de la filosofía democrática propiamente dicha. Parecía que su objetivo político inmediato fuera el de algo así como una dictadura moral y constructiva.

El MNR fue, desde luego, uno de los muchos movimientos tributarios de lo que finalmente se convirtió en el castrismo, o, como lo rebautizaron más tarde, «comunismo cubano» tan dis-

tante de aquel en lo referente a la ideología y al enfoque intelectual como en lo que respecta a sus miembros.

Entretanto, los arrestos eran constantes. Los altos cargos militares estaban disgustados desde el principio: el jefe del Estado Mayor, Tabernilla Dolz, estaba reñido con el ministro de Defensa, Nicolás Hernández (Colacho); el jefe de policía, Salas Cañizares, no recibía órdenes del Ministerio del Interior ni del jefe del ejército, sino sólo de Batista. El ejército se vio pronto envuelto en una red de intrigas y desconfianza, exacerbada por la llamada que hizo Tabernilla a todos los oficiales licenciados por Grau en 1944-1945, a los que dio los sueldos de aquellos siete u ocho años. Tabernilla trataba de formar una red de oficiales que le fueran leales, actividad que le creó la enemistad no sólo del grupo profesional de oficiales, los puros, que habían ingresado a partir de 1945, sino la de los tanquistas, que habían iniciado la conspiración contra Prío y que ahora estaban cada vez más desilusionados, pues habían esperado que el régimen fuera más duro, estricto y puritano. Los únicos que protestaron realmente fueron los profesionales de la clase media, organizados, pero relativamente poco numerosos. En cuanto a las masas, adormecidas, con la imaginación concentrada en la lotería y en la recolección, y con el ansia, durante tanto tiempo insatisfecha, de que sus enfermedades se curaran milagrosamente, parecían calmadas, de momento, por el extraordinario éxito de un falso curandero, un cantante llamado Clavelito, que aparecía al natural o en la radio, armado con un vaso de agua, y curaba casi inmediatamente todos los males. El programa tenía tanto éxito que Radio Unión, que se negó a prescindir del programa de Clavelito, finalmente fue suspendida.

Entretanto se había recogido la mayor cosecha de azúcar de la historia cubana. Esta era debido a una siembra excesiva en los primeros días de la guerra de Corea y a la coincidencia de un tiempo especialmente bueno. La restricción de la cosecha

no era popular políticamente; de aquí había venido el fracaso de Prío. Tampoco el gobierno de Batista hizo frente al problema: en marzo, claro está, hubiera sido difícil restringir medianamente la cosecha. Se creía que cuanto mayor fuera el excedente, mayor sería la cuota en la siguiente conferencia mundial (proyectada para 1953). Pero, al aumentar la producción, los precios, en parte por esta causa, en parte debido a la disminución de la tensión mundial después de Corea, descendieron. Finalmente el gobierno decidió retener 1 700 000 toneladas como reserva, para vender en los cinco años siguientes, y restringir la cosecha del año próximo. Muchos atacaron enérgicamente este proyecto: entre otros, Lobo, el propietario del mayor molino cubano.

El verano estuvo lleno de complots y rumores, mientras iba recogiéndose esta gran cosecha. El jefe de policía, durante el mes de agosto, acusó a casi todos los políticos de algún tipo de complot: un mitin conmemorativo del aniversario de la muerte de Chibás que tenía lugar en Santiago se vio interrumpido por la detención de Roberto Agramonte, con Raúl Chibás, hermano de Eddy, Luis Conte Agüero y Luis Orlando Rodríguez, todos ellos escritores y dirigentes ortodoxos. A Ochoa también volvieron a detenerlo bajo la acusación de usar la televisión para incitar al público a la revuelta. Cuando le juzgaron y le declararon culpable, se negó a pagar una multa y se quedó en la cárcel. El 17 de agosto tuvo lugar un nuevo y siniestro suceso, que recordaba demasiado la época de Machado: a un destacado periodista de la oposición, medio chino, Mario Kuchilán, que trabajaba en el periódico *La Calle*, lo sacaron de su casa de La Habana hacia las nueve de la noche, lo hicieron entrar en un Oldsmobile, lo llevaron a la zona del Club de Campo y lo golpearon, preguntándole, entre golpe y golpe, por el paradero de Aureliano Sánchez Arango. Kuchilán escapó con vida y volvió a su casa.

En octubre se publicó el nuevo código constitucional de Batista: todo el que quisiera organizar un partido había de reunir 5000 firmas y, a partir de enero de 1953, los partidos podrían actuar normalmente, preparándose para las elecciones de noviembre de 1953. Habría nueve senadores por cada provincia, seis del partido o bloque que hubiera ganado allí una mayoría de votos, y tres de la minoría o del que hubiera quedado en segundo lugar. Los partidos que habían sido disueltos en marzo podían reorganizarse siempre que pudieran contar con el 6 por ciento del electorado. El presidente sería elegido por votación directa, y tomaría posesión en mayo de 1954. Habría un miembro del Congreso por cada 45 000 habitantes, y su cargo tendría una duración de cuatro años. Cada dos años se renovaría la mitad de la cámara. Se podían celebrar reuniones políticas, siempre que los solicitantes «observaran la ley». Además tenían que «reconocer y respetar» al gobierno existente, y abstenerse de hacer declaraciones incendiarias.

Todos los partidos de la oposición encontraron que esto era demasiado insultante como para prestarle atención: además, tenían otros planes. A los amigos de Prío, que estaban en un hotel en Fort Worth, Florida, les robaron 240 000 dólares para comprar armas destinadas a la acción contra Batista; más tarde se encontró la mitad de esta suma, más o menos, dentro de un termo, en Texas. En el estado de Nueva York tuvo lugar otro incidente: la policía descubrió armas destinadas a Cuba por valor de 10 000 dólares. Los auténticos, ligeramente reforzados por la adhesión de un antiguo enemigo, dirigente de los liberales, Eduardo Suárez Rivas, y por cierta cooperación que hubo entre Varona y Grau, volvieron a tender la mano a los ortodoxos. Estos siguieron negándose a estrecharla. Entre los ortodoxos, Agramonte y Ochoa estaban todavía en desacuerdo, y el 7 de octubre, Agramonte desafió a Ochoa a un duelo sobre la cuestión de la alianza con los auténticos. Tras complicados pre-

parativos, hechos con pleno conocimiento por parte de todo el mundo, se suspendió el duelo. Ochoa dimitió de su puesto dentro del movimiento, y luego retiró su dimisión.

Naturalmente, cundió la desilusión sobre la jefatura ortodoxa, tan equívoca e ineficaz; algunos miembros de los jóvenes ortodoxos ingresaron en la Juventud Socialista. No obstante, la prensa (en la que colaboraban, desde luego, muchos dirigentes políticos de un modo personal) siguió siendo la institución más importante de comentario crítico y oposición. El 14 de octubre de 1952, la mayoría de los principales periódicos pedían elecciones inmediatas y declaraban que Cuba estaba en peligro, en lo económico y en lo político; y el 10 de noviembre, en *Bohemia*, Agramonte envió una carta abierta a Batista:

> Si nuestro país, que nació con los ideales democráticos más generosos, en una heroica lucha contra el abuso y el despotismo, ha de volver a los días tristes y sombríos del machadato, la culpa será suya, general Batista… Le acuso a usted, Fulgencio Batista, de ser el gran obstáculo para la felicidad del pobre y oprimido pueblo cubano.

Y fue también en *Bohemia* donde el doctor Pelayo Cuervo reveló una serie de curiosos detalles de la nueva corrupción; qué interesante, señalaba, que Francisco Blanco, gerente de la central azucarera, propiedad personal de Batista, Washington, hubiera pagado veinticuatro millones de dólares al doctor Jorge Barroso, el jefe de la Junta del Azúcar, y que casi cada mañana Blanco fuera a ver a Amadeo López Castro, el representante del gobierno en el comité de venta del azúcar. ¿Se debía a esto la formación del Vendedor Único, de la única agencia cubana de ventas, dominada por Blanco?

De momento, a Pelayo Cuervo no le pasó nada. Pero Batista hizo un esfuerzo para endurecer la censura. Entretanto, Grau continuaba manteniendo a los auténticos tan divididos como lo estaban los ortodoxos, declarando que era su nuevo jefe porque había reunido 12 300 firmas en su favor.

El primer mártir en la lucha contra la nueva dictadura se produjo el 15 de enero de 1953, cuando un estudiante llamado Batista (Rubén Batista) fue alcanzado por un tiro cuando participaba en una manifestación estudiantil en memoria de Mella, que estaba prohibida; más tarde murió. «La sangre de los hombres buenos no corre en vano», declaró con valor el dirigente estudiantil Barba en el funeral. El 28 de enero, en el centenario de la muerte de Martí, tuvo lugar otra manifestación en la que participaron toda clase de gentes. El 10 de marzo, los estudiantes promovieron alborotos para protestar contra el primer aniversario del golpe. Como era de esperar, Batista hizo un discurso en el que, no obstante, sólo prometió mantener la subida de los sueldos de la policía y del ejército. Acusó a Prío y a su hermano de haber robado veinte millones de dólares del erario público; ellos respondieron desde México que les habían sido prestados. Batista también declaró que Prío podía volver cuando quisiera. Prío dijo que no se le ocurriría hacerlo hasta que se hubiera marchado Batista.

En abril de 1953 se produjeron acontecimientos más serios. El domingo de Pascua, el MNR del profesor García Bárcena por fin se decidió a actuar, y un numeroso grupo de estudiantes y catedráticos, armados con cuchillos y fusiles, se dirigió al Campamento Columbia con el fin de tratar de convencer a los militares para que se alzasen contra Batista. El gobierno se había enterado del complot y estaba preparado. Todos fueron arrestados, y también García Bárcena y José Pardo Llada, que habían permanecido al margen del movimiento. Una semana después, la policía dispersó a doscientos estudiantes que se habían reunido para colocar una corona sobre la tumba de Rubén Batista. También hubo una manifestación en la facultad de medicina, donde la policía disparó contra dos estudiantes y golpeó a otros diez. El 14 de abril, la junta rectora de la universidad (dominada por hombres de Batista) la cerró de modo sumario,

pero la policía tuvo que detener a otros 175 estudiantes, incluidas treinta y dos chicas, en la facultad de artes, el 23 de abril. El 27 de abril, García Bárcena y otros sesenta y nueve fueron juzgados: a García Bárcena lo habían torturado de tal modo que prácticamente acabaron con su espíritu y con toda la carrera política que hubiera podido seguir; aun así le condenaron a dos años de cárcel, y a otros doce procesados les impusieron penas provisionales de un año. Su movimiento se hundió. A continuación hubo varias dimisiones en la facultad de medicina. Cuando volvieron a abrir la universidad, los estudiantes hicieron huelga. En mayo, Pelayo Cuervo volvió a atacar violentamente a Batista en *Bohemia*, diciendo que la única manera de echarle era mediante la fuerza de las armas. Además acusaba a los oficiales del nuevo ejército del antiguo crimen de estafar en la lotería. Fue arrestado y acusado de incitar a la revuelta.

Así pues, el ambiente se estaba caldeando en todas partes. Sin duda a esto se debió, por lo menos, que los ortodoxos y los auténticos llegaran, por fin, a ponerse de acuerdo hasta cierto punto para actuar en común. Prío y Ochoa firmaron un acuerdo en Montreal, por el que se comprometían a encaminar sus esfuerzos a la restauración de la Constitución de 1940. Pedían un nuevo gobierno provisional y un comité para coordinar la acción. Pero esto fue todo, tanto en Montreal como en las siguientes reuniones que tuvieron lugar en el Hotel Plaza, en Nueva York, y en el Ritz Carlton, y ni siquiera firmaron todos los dirigentes ortodoxos: después de todo, Cuervo estaba en la cárcel, a Agramonte se le acusaba de colaboracionismo —por no rechazar la idea de tomar parte en las elecciones de 1954—, mientras que el ala izquierda de los ortodoxos criticaba a Prío, diciendo que sólo le interesaba la restauración, no la renovación (restauracionismo). A pesar de esto, la situación, por violenta y poco prometedora que fuera, era mejor en julio de 1953, desde el punto de vista de la oposición, que lo había sido

durante algún tiempo. Entretanto, el antiguo director del Banco de Desarrollo Agrícola, Carrillo, formaba, en mayo, un nuevo grupo, Acción Libertadora, con el apoyo de algunos estudiantes, como Barba y Baeza, algunos sindicalistas, como Calixto Sánchez, y algunos profesionales.

61

Fidel Castro: infancia y juventud

A principios del verano de 1953, el historiador de las relaciones cubano-norteamericanas, Portell Vilá, estaba sentado en un bar de La Habana, cuando un antiguo alumno de la universidad que pasaba por allí le dijo que estaba planeando un ataque contra el cuartel de Moncada, de Santiago de Cuba, una mole de lóbregos edificios que llevaba el nombre de un jefe negro de la guerra de 1895. Portell Vilá trató de disuadir al conspirador, pero este se mostró inexorable, explicándole que contaba con armas, voluntarios y entusiasmo, y que el ataque supondría un gran golpe moral contra el régimen.[27]

El antiguo alumno era Fidel Castro Ruz, que entonces estaba a punto de cumplir los veintisiete años,[28] y era miembro del ala izquierda de los ortodoxos, conocido por su energía y facilidad de palabra. Desde entonces hasta ahora, su carácter ha pasado a ser muy conocido, pero pocas personas han sido tan vilipendiadas y tan alabadas al mismo tiempo. Por lo tanto sería deseable conocer un poco los primeros años de su vida y sus primeras experiencias.

El padre de Castro, Ángel Castro, como los padres de tantos cubanos, provenía de Galicia, en el noroeste de España, y había llegado con el ejército español, en la época de la guerra hispano-norteamericana. Era un hombre fuerte, de constitución física y de carácter: quería hacer algo, y estaba dispuesto a salir con bien del hundimiento social general que siguió al final del dominio español y a la llegada de los norteamericanos y de la República independiente. En 1904 trabajaba en el ferrocarril de la United Fruit Company, y además hacía de jornalero cerca de Antilla,[29] pero, a pesar de esto (o quizá a causa de ello), siem-

pre tuvo una violenta antipatía hispánica hacia los norteamericanos, pues creía, con razón, que se habían burlado de los españoles, una vez que estos ya tenían vencidos a los rebeldes cubanos: curioso origen, aunque indudablemente cierto, de la antipatía hispánica que sentiría también su hijo hacia el Monstruo del Norte.[30] Por un medio o por otro, Ángel Castro reunió el dinero suficiente para comprar tierra, y más adelante consiguió ampliarla, no se sabe muy bien cómo. Parece que pudo sacar partido de la Revolución de 1917, cuidando de las propiedades de la United Fruit Company y aumentando su propia hacienda a costa de la compañía. Tal vez no siempre trabajó honradamente, pero, en cualquier caso, no fue menos honesto que, por ejemplo, H. E. Catlin o Perceval Farquhar. Logró ampliar su finca, quizá aprovechando de vez en cuando las noches sin luna, quizá robando títulos de propiedad. Su hijo reconoció que Ángel Castro «no pagaba impuestos sobre su tierra o su renta». Su finca, en la que se cultivaba caña, entre otras cosas, estaba en un pueblo llamado Birán, cerca de Mayarí, a 32 kilómetros de la costa, en una zona que hasta el siglo XX había sido salvaje, tierra virgen; sin embargo, la región se había hecho accesible con el ferrocarril de Antilla, y con la fundación, en 1901 y 1904, de los grandes ingenios azucareros Boston y Preston, de la United Fruit Company. Entre 1899 y 1953, la población del municipio de Mayarí se multiplicó por diez; el pueblo y los alrededores de Birán, un feudo de la United Fruit Company por todos conceptos, se hicieron dieciséis veces mayores en el mismo período, pasando de 529 habitantes a 8305.

Las tierras que rodean la bahía de Nipe son de las más bonitas de Cuba. La ciudad de Mayarí, tierra adentro partiendo del centro de la bahía, es antigua; la de Antilla, en el oeste, es del siglo XX: se fundó como terminal, al norte, del sistema cubano de ferrocarriles. El río Mayarí serpentea hacia la bahía, y sus orillas han sido una de las más antiguas regiones tabacaleras de

Cuba, aunque últimamente se hayan descuidado. No obstante, a principios de siglo había una cierta diversificación de cultivos en los alrededores: algo de ganado, e incluso algo de trigo. En el valle hubo una vez dos pequeños trapiches. En pleno siglo XX, toda la zona estaba dominada por cuatro grandes compañías norteamericanas, no sólo la United Fruit, sino también la Dumois-Nipe Company, la Spanish-American Iron Company y la Cuba Railroad Company. Más allá estaba la selva, excepto donde hombres como Ángel Castro habían forjado una colonia.

Pocos lugares de Cuba se hallaban tan completamente dominados por la presencia norteamericana. Los empleados de la United Fruit Company tenían un club de polo, piscinas, tiendas con productos norteamericanos. Hasta la oficina de correos y la sede de la Guardia Rural estaban en tierras de la compañía, que tenía una fuerza propia de veinte soldados rurales, con permiso para llevar armas. En Boston y Preston había escuelas y hospitales, y todas las diversiones posibles. La línea Munson tenía un servicio quincenal que unía a Antilla con Nueva York. En la costa, sólo a unos kilómetros de allí, estaban los yacimientos de níquel Nicaro, explotados en la Segunda Guerra Mundial, probablemente la planta industrial más valiosa de Cuba, cuyo capital se calculaba en ochenta y cinco millones de dólares. Eran propiedad del gobierno de Estados Unidos, y por entonces no se explotaban. En Felton, la Spanish-American Iron Company también dominó durante años y años unos yacimientos que, en aquella época, no era rentable explotar. En Felton se había trabajado desde 1908 hasta 1917, y luego habían cerrado.

En 1953, el municipio de Mayarí tenía una población activa de 24 000 habitantes, de los cuales, 15 000 se dedicaban a la agricultura, 3000 a la industria, y casi 2000 a la venta o a alguna clase de comercio. Había el doble de blancos que de negros o

mulatos (54 000 y 27 000, respectivamente). Menos de 250 personas (1 por ciento de la población adulta) habían ido a la universidad. De una población total de casi 70 000 personas mayores de seis años, 30 000 ni siquiera tenían estudios primarios. Por lo tanto, era una zona pobre; el propio Castro dijo que, cuando iba a la escuela del pueblo, la mayoría de sus compañeros iban descalzos. De las 15 000 casas de Mayarí, muy pocas tenían lavabo, baño o ducha. El 14 por ciento de la población constaba como parados o «en busca de empleo».

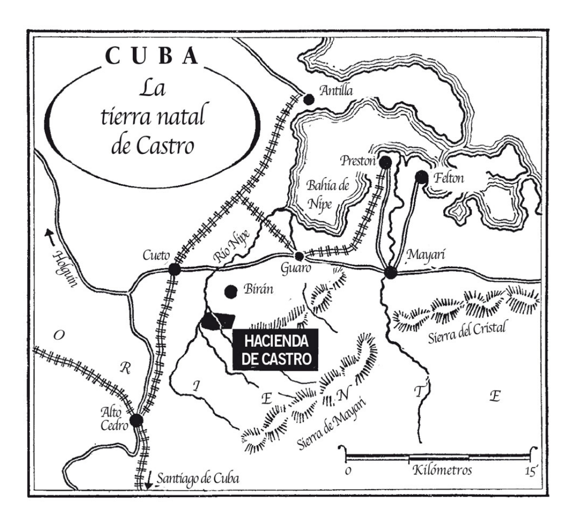
La hacienda de Ángel Castro, Manacas, llegó a tener unas 14 000 hectáreas y a dominar el área circundante. Según su hija Juana, allí trabajaban quinientos hombres. Aunque la granja producía cosechas mixtas, su principal actividad consistía en cultivar caña de azúcar para venderla a la central Miranda, que estaba a dieciséis kilómetros al sur. En los años cincuenta su cupo era de unas 18 000 toneladas anuales.

Ángel Castro se casó dos veces. De su primer matrimonio, con una maestra de escuela —la mayoría de los maestros de Cuba eran mujeres—, tuvo un hijo y una hija (Pedro Emilio y Lidia; el primero se convirtió en un político auténtico, la segunda se casó con un oficial del ejército). Después, el gran auge del azúcar producido durante la Primera Guerra Mundial hizo que muchos habitantes de Pinar del Río o de Matanzas se fueran al este en busca de trabajo, al lugar donde se cortaban los árboles y se fundaban nuevos principados del azúcar. Entre esta gente estaba Lidia Ruz González, una chica de Pinar del Río que trabajó como cocinera durante un tiempo en casa de Ángel y más tarde (mientras vivía todavía la primera mujer) dio a Ángel Castro otros cinco hijos: Ramón, Fidel, Juana, Emma y Raúl. Sin embargo, no parece que Ángel Castro sentara nunca la cabeza con una mujer.

A menudo, los primeros años de vida de los hombres que después se hacen famosos están envueltos en el mito; los de

Castro son más oscuros aún debido a su ruptura con su educación y con el mundo de sus padres. Según cómo, desde luego, sus padres no tenían un mundo: ambos eran *nouveau*; ambos, de distinto modo, ambiciosos y codiciosos; ambos inquietos e inseguros, él un inmigrante de España que se había hecho rico por su propio esfuerzo, ella una inmigrante interior del país del tabaco, ambos viviendo ahora en el territorio, lucrativo pero salvaje, de Oriente, donde los pocos pueblos que había eran conjuntos informes de casuchas sin tradiciones ni iglesias, donde en los años cincuenta persistían bandidos de varios tipos y donde la institución dominante era la de los molinos de la United Fruit Company, con sus ferrocarriles privados, sus embarcaderos y sus ambiciones territoriales aparentemente insaciables.

Es fácil imaginar el cuadro de la animada infancia de la familia Castro: pescar, cazar, disparar, rodeados de perros. Evidentemente, el entorno doméstico era inhóspito: Ángel, reticente, violento, trabajador rudo y rico, parecido a *le père* Grandet, aunque más generoso en cuestión de dinero, o al padre de Cirilo Vilaverde, el novelista, del que se decía que no tenía «tiempo ni ganas de hablar con sus hijos», sin ninguna comodidad; sin que la pobreza y la miseria cercanas se vieran mitigadas por las pequeñas ventajas que pueden implicar las tradiciones de una cierta antigüedad. A la madre de Castro le gustaban el dinero y las posesiones; así, en 1957, una vez muerto su marido, se fue a México mientras su hijo estaba en plena guerra de guerrillas en las montañas de Cuba. Se quejó a un grupo de partidarios de Castro de que le habían quemado los cañaverales, y ella se había gastado 26 000 dólares para hacerles quitar las malas hierbas. Pidió que se las arreglasen para que se salvara sólo su cosecha, aunque no contribuyó mucho a su causa al explicar que las tropas de Batista habían ida a verla para el café.



La tierra natal de Castro.

Habiendo acumulado una fortuna, Ángel Castro pudo evitar la depresión. A partir de 1930 empezó a considerar la cuestión de la educación de su segunda familia, que hasta entonces se había limitado a ir a la precaria escuela local. Se dirigió al colegio de La Salle, de Santiago de Cuba, al que iban muchos chicos de la clase alta de Oriente: el encargado de la inscripción insistió en que se bautizase y confirmase a Fidel, y también en que su padre se casara con su madre por lo religioso, puesto que había muerto ya la primera mujer. Esto lo arregló el obispo de Camagüey, Enrique Pérez Serantes, gallego como Ángel Castro, y viejo amigo suyo. Ramón, Fidel y más adelante Raúl fueron al colegio La Salle, luego al colegio Dolores, en Santiago, y después a Belén, el famoso colegio de jesuitas de La Habana, itinerario educativo que Eddy Chibás había seguido veinte años antes. Tal vez sea posible ver las huellas de la falta de interés de Fidel Castro por el constitucionalismo, la burocracia y las formalidades de cualquier tipo, en la hostilidad de su padre hacia las formalidades legales en lo referente a la propiedad y a las relaciones personales.

La educación jesuita dejó una honda huella en Castro. Allí se le conocía como un buen polemista y un buen atleta, y era famoso por su excelente memoria. En 1943-1944 ganó el primer premio de atletismo escolar de Cuba. Aquí aparece de nuevo el mito: «Durante su niñez y juventud tuvo muchos héroes… Lenin, Hitler, José Antonio Primo de Rivera… Mussolini… Perón… Sabía los discursos de José Antonio de memoria… Conocía el *Mein Kampf* y también el *¿Qué hacer?* de Lenin». Toda una colección; y, ateniéndonos a la prueba misma de los discursos de Castro, es evidente que José Antonio fue una fuente de inspiración para él. «La primera vez que lo oí nombrar fue cuando escribió al presidente Roosevelt pidiéndole veinte dólares y felicitándole por su victoria en 1940. En la puerta estuvo colgada la respuesta del Departamento de Estado, que le daba las gracias y lamentaba no poderle enviar dinero». Uno que estaba con él en el colegio comentaba: «Los jesuitas le estaban preparando para ser la esperanza blanca de la derecha». Las historias de su época de colegio no son fáciles de desenmarañar. Un sacerdote, fray Jean Marie Ramousse, que afirmaba haberle dado clase en La Salle, decía que, aunque Castro trabajaba bastante en las clases, fuera de ellas era «insoportable», siempre rodeado de una pandilla de adeptos, y finalmente lo trasladaron a los jesuitas quienes, suponían los marianistas, sabrían tratarlo mejor. No obstante, es evidente que no era un rebelde porfiado y que aceptaba de buena gana gran parte de la educación convencional que le daban. Tal vez aquí sea oportuno citar a un testigo digno de confianza, su hermano Raúl: «Tenía éxito en todo. En el deporte y en los estudios. Y cada día se peleaba. Tenía un genio muy explosivo. Desafiaba al más poderoso y más fuerte, y si era derrotado, volvía a empezar al día siguiente. Nunca se daba por vencido». Es evidente que Castro, entonces, parecía fuerte, ambicioso y bien instruido; en sus discursos revolucionarios posteriores siempre aparece una multitud de alu-

siones históricas. También parece que, en lo referente a la familia, Castro era muy rebelde: en 1940, a los trece años, intentó organizar una huelga de trabajadores del azúcar contra su padre; cuando contaba dieciocho años, tuvieron muchas disputas: Castro acusó a su padre en su propia cara de ser «uno de esos que abusan de los poderes arrebatados al pueblo con falsas promesas». Así y todo, seguía esperando y recibiendo ayuda económica de su padre. Tal vez estaba influido, en parte, por su hermano mayor, Pedro Emilio, que había roto con su padre en 1940 y le había acusado de ladrón en la radio de Santiago, y tal vez, en parte, por un profesor español llamado Salazar, superviviente de la guerra civil española, que prestaba sus servicios como preceptor en varias familias de Mayarí. Pedro Emilio fue, en los años cincuenta, un auténtico político de segundo orden en Oriente.

Por lo tanto, las primeras impresiones y ambiciones de Castro debieron de responder a las condiciones de vida existentes en la provincia de Oriente, la más salvaje y, en lo referente a la producción de azúcar, la más pobre de Cuba; la zona donde Estados Unidos tenía una influencia mayor y donde más brutalmente la ejercía; donde había menos médicos, maestros, dentistas y profesionales de todo tipo proporcionalmente a la población total. Castro no podía saber mucho sobre Matanzas y Pinar del Río, las antiguas zonas del azúcar y del tabaco (salvo a través de su madre). Tampoco los que vivían a su alrededor debían de acordarse mucho de la esclavitud. Vivió más la tradición española que la explícitamente cubana, por influencia de su padre, o quizá del español Salazar, o de los jesuitas; así vemos que, cuando contemplaba las elecciones de 1954 desde la cárcel, dijo: «¡Qué suerte ver los toros desde la barrera!»; desde luego, en Cuba no había corridas de toros desde 1898.

Al mismo tiempo, el curioso panorama de su familia era indudablemente inquieto e inseguro: el padre, digno de Balzac,

como tantos personajes de esas novelas latinoamericanas que a los anglosajones y a los europeos les resultan tan difíciles de leer; el estado salvaje de la plantación familiar; la vinculación que tenía, por fuerza, la familia con la central Miranda, el molino de medianas dimensiones, propiedad norteamericana, al que los Castro mandaban su azúcar; el hecho, claro está, de que este molino se hubiera fundado durante el gran auge de 1917, y fuera muy eficaz, diera un gran rendimiento y hubiese aumentado la producción al aumentar el número de colonias —en 1958 había 374 colonias; en 1937, 73—; el hecho de que el padre de Castro no sólo hubiera luchado con los españoles (contra Martí, Maceo y Gómez) sino que hubiera trabajado para la United Fruit Company; la agilidad intelectual tan valorada en los colegios de jesuitas, y las discusiones dentro de la familia Castro; todas estas influencias se mezclaron para crear el carácter, inquieto pero fuerte, que ahora Fidel Castro pasaba a poner de manifiesto.

Castro llegó a la Universidad de La Habana en octubre de 1945, en un coche que le había regalado su padre. Desde el principio apareció como poseído por el deseo de vencer a toda costa y siempre a cualquier fuerza superior. Una semana después de que empezara el curso universitario, un conserje saludó al profesor Portell Vilá —el mismo que vio a Fidel en julio de 1953— diciéndole: «¿No sabe que no hay ningún estudiante? Todos se han ido a ver la lucha: el presidente de la FEU (Federación Estudiantil Universitaria) ha sido desafiado por un novato, Fidel Castro». Quedó claro qué tipo de persona era: Castro se lanzó en bicicleta contra una pared de ladrillo para demostrar a los espectadores que tenía la fuerza de voluntad para hacer algo que ellos nunca harían.

Castro eligió la carrera de derecho sin saber exactamente por qué, igual que muchos estudiantes ingleses que eligen esa facultad. En 1961 decía: «Me pregunto por qué estudié derecho. No

lo sé. Lo atribuyo en parte a que muchos decían: "Habla mucho, debería ser abogado". Porque tenía la costumbre de debatir y discutir, estaba convencido de que tenía cualidades para ser abogado». Pero fue un estudiante que «nunca iba a clase, nunca abría un libro salvo los días anteriores al examen»; «¡cuántas veces he lamentado no estar hecho para estudiar alguna otra cosa!».

En realidad, desde el principio, en la universidad, Castro pasaba el tiempo dedicado a la actividad política. Los dos primeros años fue elegido «delegado de curso» en la facultad de derecho, de resultas, por lo menos en parte, de su destreza atlética. Entre sus amigos se contaban Alfredo Guevara y Leonel Soto, que ya eran miembros de la Juventud Comunista: el primero era entonces presidente de los estudiantes de la facultad de ciencias sociales, y en 1948, secretario de la FEU; el segundo era presidente de los estudiantes de la facultad de filosofía y letras. Castro se metió en política en la universidad del mismo modo que, en el colegio, había participado activamente en el atletismo, porque era «la afición u obsesión favorita. Era la antesala del poder… No había nada de raro en esto. La atmósfera política de la universidad estaba tan cargada y lo impregnaba todo de tal modo que muchos se vieron metidos en ella». Así, a partir de 1946, Castro pasó a pertenecer a la minoría milenaria de la población de Cuba que recitaba lemas heroicos, recordando a los héroes del pasado, una minoría activa en lo político: Castro aparece por primera vez como político apoyando a Chibás, representando a la facultad de derecho, en septiembre de 1946, y en enero de 1947, criticando el «reeleccionismo» de Grau. En este discurso, vemos a Castro hablando de la *pléyade* de estudiantes que se enfrentaban a la dictadura [de Machado]. Además, Castro, a partir del segundo curso de su carrera universitaria, se puso en contacto, como la mayoría de los dirigentes estudiantiles, compañeros suyos, con dos, por lo menos, de

las organizaciones revolucionarias que dominaban la política de la universidad y amenazaban a los asuntos nacionales.

Por lo tanto, esta carrera universitaria ya era bastante extraordinaria, y aún lo fue más. El propio Castro habló más tarde de esta época con toda sinceridad:

> El desorden nacional había contaminado la atmósfera política de la Universidad de La Habana. Mi impetuosidad y mi deseo de sobresalir me llevaron a la lucha. Mi carácter franco me hizo entrar rápidamente en conflicto con el *milieu*, las autoridades venales, la corrupción y el sistema de bandas que dominaban en el ambiente universitario. Los grupos de presión formados por políticos corrompidos ordenaron a las bandas que me amenazasen y llegaron a prohibirme la entrada en la universidad. Este fue el momento de la gran decisión. El conflicto chocó contra mi personalidad como un ciclón. Solo, en la playa, de cara al mar, examiné la situación. Si volvía a la universidad, me enfrentaba al peligro personal, al riesgo físico, lo cual era de una temeridad inaudita. Pero no volver sería ceder a las amenazas, darme por vencido ante unos matones, abandonar mis propios ideales y aspiraciones. Decidí volver y volví… armado… Naturalmente, no me encontraba conceptualmente preparado para entender exactamente cuáles eran las raíces de la profunda crisis que desfiguraba al país. De ahí que mi resistencia estuviera centrada en la idea del valor personal.

Leyendo entre líneas, es evidente que Castro debió de recibir verdaderas amenazas; que tal vez al principio, contra su voluntad, se metió en la extraordinaria guerra de bandas, en la que sobresalió, aunque luego se lo pensara mejor. Hay que recordar, también, que los «grupos de acción», aunque hubieran degenerado en gangsterismo, ni siquiera en 1948 carecían absolutamente de idealismo y de romanticismo político.

Los dos grupos con los que Castro se comprometió de alguna manera fueron, primero, el MSR de Rolando Masferrer, y la UIR, que dirigió, hasta que murió asesinado, Emilio Tró, el jefe de policía de Marianao. La violencia revolucionaria que caracterizaba a los estudiantes que habían derribado a Machado nunca perdió su atractivo fundamentalmente romántico. El futuro jefe de la revolución socialista cubana se inició en la política en la época de Grau, en plena era de la ametralladora y del gran co-

che y, fuera cual fuese el papel que personalmente desempeñó, es evidente que aprendió mucho sobre la naturaleza de las instituciones políticas cubanas, su debilidad, su susceptibilidad a la violencia y su corrupción. En cambio, aunque Castro utilizó a todos los grupos de acción, no consiguió que lo eligieran presidente de los estudiantes de derecho ni presidente de la FEU.

Las elecciones entre estudiantes, en La Habana, se resolvían a menudo a base de escaramuzas, pistolas y secuestros. A Castro se le atribuyen algunos tiroteos. Así, en diciembre de 1946, Leonel Gómez, presidente de la Federación Estudiantil de la (primera) Escuela Superior de La Habana, fue herido en la calle Rionda. Este ataque parecía haber sido planeado por Manolo Castro, el presidente de la Unión de Estudiantes, pues Gómez había alardeado de que iba a entrar en la universidad y a hacerse con el poder, allí. En esta época, Fidel Castro ansiaba ganarse la confianza de Manolo Castro para que le ayudase en sus propias ambiciones universitarias, y (según otro estudiante contra el que dispararon) parece que Fidel Castro y algunos otros fueron los responsables del tiroteo.

Cuando todavía era amigo de Manolo Castro, Fidel Castro también tomó parte en el fracasado intento de invadir la República Dominicana, organizado por el MSR y otros «grupos de acción» en el verano de 1947. A Castro le pusieron al mando de un grupo de exiliados dominicanos; pero, como era el único miembro de la UIR dentro de esta expedición, estaba en una posición delicada. Cuando se suspendió la expedición, la mayoría de los participantes fueron arrestados. Castro fue uno de los que se escapó; cruzó a nado la bahía de Nipe, que suele estar infestada de tiburones, llevando una pequeña ametralladora argentina y una pistola, y llegó sano a la granja de su padre.

Para entonces, sin embargo, ya estaba claro que Manolo Castro no iba a ayudar mucho a Fidel Castro en su ambición de ser un líder político universitario, o sea que se pasó a sus enemigos,

la UIR, el grupo de acción que dirigía Emilio Tró hasta que murió en Marianao, en lucha abierta con unos amigos de Manolo Castro, los Salabarría. Al mismo tiempo, mediante la amistad con Enrique Ovares, sucesor de Manolo Castro en la presidencia de la Unión de Estudiantes, Fidel Castro consiguió ser nombrado presidente de uno de los comités universitarios especializados en cuestiones legales.

En otoño del mismo año, con un grupo de estudiantes (financiado por Chibás), Castro hizo una turbulenta expedición a Manzanillo, para traer a los estudiantes de La Habana, como símbolo de una nueva revuelta, la campana que Céspedes había usado para tocar a rebato en 1868, que los propietarios, los veteranos supervivientes de 1898 que todavía quedaban en la localidad, no habían querido regalar a la ciudad de La Habana. El 12 de febrero de 1948 participó en el famoso enfrentamiento que tuvieron los estudiantes con la policía, fuera de la universidad, para protestar de nuevo contra la invasión de la autonomía universitaria. Diez días más tarde, el 22 de febrero de 1948, a Manolo Castro, anterior presidente de la FEU, ahora delegado nacional de Deportes, «un guapo de postal, pero un paranoico», el tirano virtual de la universidad, íntimo amigo del ministro de Educación, Alemán, y de otros dirigentes auténticos, le hicieron salir de un cine (del que era socio propietario) y lo mataron de un tiro. A Fidel Castro le acusaron de estar implicado en este asesinato. Le arrestaron en el aeropuerto, tuvo que presentarse ante un juez y le retiraron el pasaporte.[31] Parece probable que Castro no participara en el atentado ni disparase en la calle más próxima para distraer la atención, como se alegó, pero sí que estuviera presente en la reunión de la UIR donde se decidió llevar a cabo el atentado.[32] Sin embargo, no hay pruebas concluyentes. La UIR era un grupo muy dado al humor negro —a cada asesino le daban un apodo simpático, como Tío de la Porra, Ojos Claros, Patachula— y la idea de que un Castro ma-

tase a otro podría haber gustado al jefe de entonces, Justo Fuentes, un gángster negro y estudiante ocasional. Fidel Castro nunca se ha molestado mucho en tratar este tema en sus discursos. (Desde luego, la muerte de Manolo Castro quedó vengada, en 1949, con el asesinato de Justo Fuentes).[33]

Indudablemente, esta había sido la acción más sensacional hasta la fecha dentro de la guerra entre bandas políticas. (Fidel Castro, como sospechoso que era, dijo al juez, en marzo, que creía que unos amigos de Manolo Castro le estaban buscando para matarle). No sería raro que Fidel Castro hubiera estado implicado y, para ser justos, habría que añadir que, en cierto modo, Manolo Castro se merecía su fin. Más tarde, Castro hizo un análisis de esta etapa de su carrera:

> Sin experiencia, pero lleno de rebeldía juvenil, [había luchado] contra el imperio de Mario Salabarría… Este mal que culminó en el autenticismo tenía sus orígenes en el resentimiento y el odio que sembró Batista durante [sus primeros] once años de abusos e injusticias. Los que veían asesinar a sus camaradas deseaban vengarlos, y un régimen que era incapaz de imponer la justicia, permitía la venganza. La culpa no la tienen aquellos jóvenes que, empujados por sus ansias naturales y por la leyenda de una época heroica, deseaban hacer una revolución que no se había llevado a cabo, en un momento en que no podía hacerse. *Muchos de los que murieron como gángsteres, víctimas de una ilusión, hoy serían héroes*.[34]

En otra ocasión observó: «Cuando lo peor está entronizado con la pistola al cinto, para luchar por lo mejor hay que portar la pistola también».[35]

Sea cual sea la parte llevada a cabo por Castro en la muerte de Manolo Castro, un mes más tarde se vio implicado en un acontecimiento todavía más sensacional: el famoso «Bogotazo», como se le conoce ahora. Aquí, una vez más, los rumores y el temor se han cebado en la tragedia dando rienda suelta a la fantasía; aquí aparece Fidel Castro por primera vez en escena para todos los que se consuelan sintiéndose amenazados por una conspiración única, minoritaria y dirigida por muy pocos, y aparece caracterizado de un modo ultrajante, como el asesino

de América, como un agente subversivo profesional de la empresa privada.

Se había organizado la celebración de una Conferencia Panamericana en Bogotá, capital de Colombia, en abril de 1948, para reformar la antigua Unión Panamericana de estados americanos y convertirla en una organización con más cohesión: la Organización de Estados Americanos (OEA). El general Marshall iría en representación de Estados Unidos, y todos los demás estados americanos estarían representados por sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores.

Los estudiantes cubanos y argentinos, y unos cuantos de otros países latinoamericanos, proyectaron una manifestación de protesta que coincidiera con esta reunión. Perón, el dictador argentino, deseoso de crear problemas a Estados Unidos en América Latina, pagó los pasajes de muchos estudiantes, incluidos los de la delegación estudiantil de Cuba. Perón también deseaba atacar al imperialismo británico, para intentar obligar a Inglaterra a que le devolviera las islas Malvinas. De Cuba, fueron, entre otros, el presidente y el secretario de la FEU, Enrique Ovaros y Alfredo Guevara (el dirigente comunista de la Universidad de La Habana), junto con Castro, que representaba a la facultad de derecho de la Universidad de La Habana, y Rafael del Pino, un cubano-norteamericano que se matriculaba cada año en la universidad pero no se esforzaba mucho en estudiar, y que, como Castro, era miembro de la UIR. En Bogotá se reunieron para preparar una reunión más completa, que se había de celebrar en otoño, en la que se inauguraría una nueva organización estudiantil interamericana, que siempre había interesado mucho a Castro. Los comunistas y los peronistas de toda Sudamérica colaboraban en estos planes estudiantiles.

Castro y Del Pino llegaron a Bogotá el 29 de marzo de 1948 provistos de varios documentos, incluida una carta de presentación de Rómulo Betancourt, el presidente socialdemócrata ve-

nezolano, al que habían visitado *en route*. A lo largo de la semana siguiente mantuvieron contactos con otros dirigentes estudiantiles de Bogotá; el 3 de abril empezó la reunión panamericana y los dos grupos —el mundo oficial de los estadistas y diplomáticos, y el nuevo mundo de los estudiantes, desplazados y ambiciosos— se lanzaron uno contra otro, y chocaron por primera vez, aunque suavemente, como unos péndulos mal ajustados. En una ceremonia pública que tenía lugar en el teatro Colono, a la que asistía lo mejor de la sociedad colombiana y el gobierno, cayeron desde el anfiteatro miles de hojas en las que se atacaba al colonialismo norteamericano. Muchas de estas hojas estaban impresas en La Habana, y Castro y Del Pino lanzaron algunas. Estos dos estudiantes fueron interrogados, y les ordenaron que se presentaran a la policía al cabo de dos días; como no lo hicieron, les registraron las habitaciones del hotel y encontraron más hojas. El 6 de abril los llevaron a la jefatura de policía y les ordenaron que cesaran los «actos hostiles».

El 9 de abril, los mundos de los estadistas y de los estudiantes volvieron a chocar, mucho más duramente. A la 1.20 de la tarde, más o menos, el popular político liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán, el Chibás de Colombia, podríamos decir, fue asesinado, en el curso de una manifestación, por un perturbado, Juan Roa Sierra. Gaitán había sido la gran esperanza de reforma social para Colombia. Sus discursos habían entusiasmado a las masas colombianas y, aunque no era precisamente lo que la tradición europea entiende por un demócrata (una de sus frases más famosas era: «Hay caminos más aconsejables que los de las urnas»), tenía un corazón noble. Su muerte lanzó a Bogotá a un paroxismo de furia y temor: Roa Sierra fue linchado. Se organizaron manifestaciones, empezaron los alborotos y, al llegar la noche, reinaba en Bogotá el más completo desorden. Saqueaban y quemaban las tiendas, volaban las comisarías, y había tiroteos esporádicos. La policía, que deseaba derrocar al go-

bierno, dio armas a los alborotadores. Los comunistas trataron de sacar partido de la confusión, pero fracasaron. Durante varios días continuó la violencia, un terremoto atropellado y tumultuoso, parecido a la semana trágica de Barcelona en 1909, aunque se calcula que el número de muertos en Bogotá fue de 3000, muchos más de los que se produjeron en España. Después, como suele ocurrir en tales circunstancias, se buscaron cabezas de turco. El general Marshall y la mayoría de los estadistas que asistían a la Conferencia Panamericana acusaron a los comunistas. El embajador estadounidense en las Naciones Unidas, Pawley, un veterano anticomunista que estaba en Bogotá, recordaría más tarde: «Nos informaron de que allí había un cubano, un hombre muy joven, que no nos pareció una verdadera amenaza». Más tarde, dijo que, inmediatamente después del asesinato de Gaitán, oyó una voz por radio: «Habla Fidel Castro, de Cuba. Esto es una revolución comunista. Hemos matado al presidente; todos los cuarteles de Colombia están ahora en nuestras manos, la Marina se ha rendido ante nosotros y esta Revolución ha sido un éxito». Este informe seguramente debía mucho a la imaginación. Pero también el jefe de policía colombiano, Alberto Niño, quien más tarde afirmó que Castro y Del Pino eran agentes comunistas enviados para organizar los alborotos, y otros han afirmado que, durante estos días, Castro mató a treinta y dos personas. Un huésped del Hotel Claridge oyó cómo Castro y Del Pino se vanagloriaban de su éxito: incluso se cree que Castro mostró a unos detectives colombianos un salvoconducto en el que se le identificaba como «agente de grado I del Tercer Frente de la Unión Soviética en Sudamérica». Otro informe, quizá más digno de confianza, describía cómo llegaron a su hotel los dos cubanos el 9 de abril: «Llevaban una gran cantidad de armas y se estuvieron allí muchas horas, hablando por teléfono, en inglés, con varias personas». Es cierto que Castro participó en los alborotos, pero no

está claro hasta qué punto; evidentemente, es incorrecto suponer que Castro fuera el causante de los mismos, aunque es un tema que él, generalmente tan locuaz, no ha esclarecido. Castro estaba citado con Gaitán cerca de la hora de su muerte, pero parece que era para pedirle consejo sobre la reserva de un teatro para celebrar un mitin. El 13 de abril, un secretario de embajada argentino llevó a Castro y a Rafael del Pino a la embajada cubana, y el embajador, doctor Guillermo Belt, un antiguo dirigente del ABC, les dio asilo y les permitió volver a La Habana en un avión de carga.

Naturalmente, estos acontecimientos causaron impresión a Castro: las multitudes, la violencia, la destrucción, la oratoria de Gaitán y su magnética personalidad —Castro se había visto con él antes del 9 de abril—: todo contribuyó a impresionarle. Más tarde comentó que las masas colombianas no consiguieron hacerse con el poder «porque fueron traicionadas por falsos dirigentes». Sin duda sintió lo mismo que Napoleón cuando observaba a los guardias suizos luchando hasta morir en las Tullerías: que estas «masas» podían ganar si fueran bien dirigidas.

A su regreso de Bogotá, Castro volvió durante un tiempo a la vida convencional. Se casó, cuando apenas tenía veintidós años, con Mirta, hermana de Rafael Díaz Balart, un amigo de la facultad de derecho, también de la UIR, y de su misma edad. La familia Díaz Balart desaprobaba este noviazgo, pero la boda se celebró el 10 de octubre de 1948, el día en que Prío tomaba posesión de la presidencia. Durante lo que quedaba de año y hasta 1952, Castro fue miembro del Partido Ortodoxo de Chibás, en el que ingresó oficialmente en 1947. Siguió a Chibás con enorme entusiasmo, considerándole el hombre del futuro, y parece que abandonó la poca afición al marxismo que tal vez había tenido: es posible que contribuyera a ello el hecho de que sus dos amigos comunistas de la universidad, Soto y Alfredo Guevara, estuvieran ausentes, en Moscú. También se salió del

grupo de acción UIR, tras otro alboroto que tuvo lugar en la universidad y que acabó con un ataque armado contra un miembro de la policía universitaria, el sargento Fernández Cabral, y una escaramuza final contra su antiguo enemigo Masferrer, en 1949, en la que murió un hombre. Entretanto mataron a Justo Fuentes, el jefe de la UIR, cuando salía de la emisora de radio COCO, en la que él y Fidel Castro tenían un programa diario; Fidel Castro no fue a la emisora aquel día, y se salvó. Además, durante los dos primeros años de matrimonio, trabajó y obtuvo el doctorado en derecho en 1950.

Hubo otro incidente interesante. Batista volvió a Cuba tras las elecciones de 1948, y uno de sus amigos, Leopoldo Pío Elizalde, que había oído hablar de que Castro era un estudiante excepcionalmente prometedor y turbulento, pensó que podría atraerle hacia el nuevo partido de Acción Unitaria de Batista. Según Pío Elizalde, Castro dijo que, personalmente, no sentía animosidad contra Batista, que su padre le conocía y le debía favores, pero que, por «razones generacionales», no podía vincularse políticamente al expresidente. Si Batista había vuelto con intenciones «golpistas», podía contar con él. Entonces, Pío Elizalde dijo a Castro, en primer lugar, que Batista esperaba volver al poder «con las urnas».

Esta curiosa historia es tan típica que es difícil no creerla: Castro siempre ha creído, es evidente, más en la insurrección que en las campañas electorales. Pío Elizalde se lo contó a Batista, y unos meses más tarde, el cuñado de Castro, Rafael Díaz Balart, que había dejado la UIR para unirse a Batista, convenció a Castro para que visitara al general en su hacienda, Kuquine. En aquella ocasión charlaron los dos en la biblioteca de «temas literarios e históricos, sin que el anfitrión diera [a Castro] ninguna oportunidad para iniciar una discusión política».

Más tarde, Castro señaló, al hablar de este período de su vida, tal vez olvidando, e indudablemente racionalizando:

> Cuando acabé el bachillerato, era un analfabeto en política. En la universidad, mis primeros contactos con la teoría económica de la clase media me hicieron ver algunas de sus contradicciones y pasé a conocer algunas ideas revolucionarias… Después, naturalmente [vino] la política de la universidad. En aquella época, empezamos [es decir, él o quizá él y sus amigos más íntimos] a tener nuestros primeros contactos con el *Manifiesto comunista*, con las obras de Marx, Engels, Lenin. Este fue un paso en nuestro desarrollo muy claramente definido. Desde luego, muchas de las cosas que hicimos en la universidad no las habíamos planeado nosotros, desde luego que no. Cuando salimos de la universidad, yo en particular, ya estábamos muy influidos [por el marxismo]; no diré que fuera ya un marxista-leninista; posiblemente tenía dos millones de prejuicios pequeñoburgueses… A lo sumo puedo decir que de no haber tenido todos aquellos prejuicios, no habría estado en condiciones de contribuir a la Revolución tal como ahora he podido hacerlo…

Poco después, en una entrevista con un periodista norteamericano, Castro dijo que sus «primeros interrogantes sobre cuestiones económicas y sociales surgieron cuando era estudiante… [Los] problemas que planteaba la superproducción y la lucha entre los trabajadores y las máquinas… despertaron extraordinariamente mi atención». Castro explicaba que en esta época había leído *El capital* hasta la página 370 y había «estudiado» el *Manifiesto comunista* y algunas obras de Marx, Engels y Lenin; pero en la mayoría de las ediciones de El capital, la página 370 no queda muy lejos del principio, y tal vez resulta inesperado oír que «el punto de vista marxista… me cautivó y despertó mi curiosidad».

Todo esto seguramente venía a significar que, en la universidad, Castro fue influido, de una forma moderada y superficial, por el marxismo y el nacionalismo. Al referirse al primero, tal vez no quería decir más que, por primera vez, había tenido noticia de la teoría de que la sociedad se divide en clases antagónicas. No obstante, si sólo llegó a la página 370 de El capital, parece que llegó más adelante en las historias de la Revolución francesa de Thiers y Jaurès y también en *Técnica del golpe de Estado*, de Malaparte, y en Maquiavelo. Más tarde, quería dar la impresión de que había sido un buen revolucionario desde siem-

pre. Es interesante destacar que varios de los compañeros de universidad de Castro le consideraban «una persona ávida de poder, totalmente falta de principios, que uniría su suerte a cualquier grupo que él creyera que podía ayudarle en su carrera política», y poco antes de su famosa profesión de fe del discurso de diciembre de 1961, antes citado, Castro explicaba que «el conocimiento que se adquiere en una obra revolucionaria, de… Marx o… Lenin no puede ser el mismo cuando la leemos sin tener ninguna experiencia de gobierno… en otro tiempo los leímos [es decir, a Marx y Lenin] por interés general, por curiosidad…». Aún se podría añadir otro comentario: parece que la culminación de sus experiencias universitarias e infantiles, por las razones que sea —un deseo de continuar una tradición estudiantil de tiranicidio, revolución e insurrección, una identificación, consciente o inconsciente, con las masas agitadas de Bogotá, un desafío a su padre o una búsqueda de sistematización intelectual—, le llevaron a lo que más tarde él llamaría la «vocación de la revolución». «¿Qué nos hizo revolucionarios?», preguntaba retóricamente en 1961; y respondía que, en primer lugar, la vocación de «ser un revolucionario», y quizá se refería a la revolución por la revolución, no a ninguna revolución determinada.

En cualquier caso, parece que en su vida posterior siempre fue la política lo que más absorbió su atención. Apenas llegó a practicar la carrera de derecho. Aunque trabajó en una firma dedicada a cuestiones legales, llamada Azpiazu, Castro y Resende, no tenía muchos clientes y la mayoría eran pobres. Sólo llamó la atención del público en un caso: en una reunión estudiantil convocada para protestar contra una subida de las tarifas de los autobuses, un teniente de policía, Salas Cañizares (más adelante jefe de policía con Batista), hirió a un joven obrero, que luego murió a consecuencia de las heridas. Castro se ofreció voluntariamente para actuar como demandante. Entretanto

parece que iba justo de dinero; más tarde recordaría que a menudo no había bastante leche para su hijo, que la compañía de electricidad le cortaba la luz, que no podía encontrar un apartamento y que siempre tenía deudas, cuando no era con los de la tienda de comestibles, era con los de la carnicería. Ansiaba presentarse para el Congreso, pero su antiguo profesor de historia, Portell Vilá, se negó a abogar por él porque se había unido al ala izquierda de los ortodoxos. Siendo miembro activo del Partido Ortodoxo, en 1950 llevó a cabo una famosa incursión en la villa de Prío, donde tomó fotografías comprometedoras que después se publicaron en el periódico *Alerta*. En la campaña electoral de 1952, Castro, que había condenado específicamente a sus viejos amigos de los grupos de gángsteres políticos en *Alerta*, defendió las aspiraciones senatoriales del antiguo amigo de Chibás, Leonardo Fernández Sánchez, y más tarde, él mismo fue designado, bajo el patrocinio del editor de *Alerta*, Vasconcelos, que era mulato, candidato ortodoxo al Congreso por uno de los distritos de La Habana. Más adelante explicaría, de forma no totalmente convincente, que, aunque había pensado en usar el Parlamento como…

> un punto de partida desde el cual pudiera montar una plataforma revolucionaria… no creía que se pudiera llevar a cabo mi programa de un modo legal, parlamentario… una vez dentro del Parlamento, rompería la disciplina de partido y presentaría un programa que abarcase prácticamente todas las medidas que más tarde estuvieron contenidas en nuestro programa de Moncada y que [después de la Revolución]… se convirtieron en leyes.

También añadía (pero esto era en 1965) que para lograr el poder necesitaba el apoyo de un sector del ejército.

En esta época, los escritos de Castro aparecían a menudo en *Alerta*, a cuyo editor, Vasconcelos, se puede considerar, a pesar de su ambiguo pasado, como uno de sus mentores. En junio de 1951 tenemos noticias de Castro por un ataque que lanza contra los latifundistas y una petición de «justicia para los trabajadores y campesinos cubanos»; en noviembre de 1950 publi-

caba en *Alerta* una petición en favor de la independencia de Puerto Rico y la afirmación de que «los estudiantes de Cuba están unidos contra los tiranos… de América». Una semana antes del golpe de Batista, Castro acusó a Prío de distribuir 18 000 dólares al mes entre grupos de acción, a uno de los cuales, por lo menos, él había pertenecido una vez, pero ahora se había corregido: «La mística y las luchas pasadas dieron acceso [a estos grupos] a los órganos de propaganda… jóvenes atraídos por un falso concepto del heroísmo y de la revolución… El régimen degeneró, y todas esas organizaciones, antes o después, perdieron… su concepto ideológico… Pero el dispositivo del terror y de la muerte no puede mantenerse sin grandes medios financieros». El discurso de Castro ante el Tribunal de Cuentas, en el que acusa detalladamente al presidente Prío de financiar los grupos de acción, suena como una larga y fundamentada filípica pronunciada por un patriota que parece expresarse muy bien. Por otra parte, parece que en realidad atacaba a los grupos que dirigían el Colorado y Masferrer, no a la UIR.

Manteniendo esta postura, se encontró con el golpe de sunsundamba, del 10 de marzo. Aquel día se hallaba en la universidad, y ayudó a repartir armas entre los estudiantes y a otros que estaban con ellos. Varios días después, distribuyó un manifiesto titulado «Zarpazo», en el que desafiaba a Batista en términos muy enérgicos, y que resulta importante por tratarse de la primera manifestación política independiente de Castro; terminaba con un llamamiento a la lucha: «La hora es de lucha; ¡vivir encadenado es vivir con deshonra!». Apelaba a los cubanos para que restaurasen la Constitución de 1940. Él mismo respondió a este requerimiento, en primer lugar, escribiendo una carta personal a Batista para advertirle de las últimas consecuencias de su acción; en segundo lugar, interponiendo un pleito ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, pidiendo que se castigara a Batista por crímenes contra la Constitución. Nadie hizo

caso, aunque estos actos dieron publicidad al celo, bastante recién adquirido, de Castro por la antigua Constitución.

Castro era ahora un político sin plataforma y un abogado sin clientes, aunque su cuñado, Díaz Balart, que se había convertido en partidario de Batista, trató de convencerle, sin éxito, para que apoyara al cuartelazo. Se aproximaba a los treinta años; su padre todavía le mantenía hasta cierto punto, su matrimonio no era muy afortunado (aunque había tenido un hijo, Fidelito, en septiembre de 1949). Era preciso hacer algo si no quería que se le escapase de las manos la posibilidad de una carrera política. Contaba con una reputación de hombre que ama el riesgo: deseaba afirmar su capacidad y su individualidad en un mundo en el que otros políticos parecían impotentes. Y tenía, como siempre, desde la época de la universidad, a una camarilla, que no le censuraba e incluso admiraba su faceta exhibicionista; un admirador negro explicaba una vez que Castro comía muchísimo, y que él pensaba: «Este blanco come como un negro». Siempre estaba lleno de pensamientos hermosos: «Esos que se encaminan hacia la muerte con la sonrisa de suprema felicidad en los labios, siguiendo la llamada del deber». «[Hombres] no nacidos para resignarse a la vida hipócrita y miserable de estos tiempos», frases que recuerdan algunos de los mejores pasajes de las obras de José Antonio Primo de Rivera. Sus escritos y su lenguaje estaban plenos de «los nobles pensamientos que agitan a los espíritus inquietos». En la reunión que se celebró el 28 de enero de 1953 para conmemorar el centenario del nacimiento de Martí, Castro había dirigido, dijo, «a un erguido grupo de antiguos estudiantes y demás en una parada de estilo militar», de nuevo una forma de expresarse que tal vez debía algo a José Antonio Primo de Rivera.

En 1953, Fidel Castro era un nacionalista inquieto y enérgico, que contaba con riqueza y con una sólida educación. Aun sin querer acusar de insinceridad a un patriota tan ferviente,

hay que reconocer que era capaz de decepcionar, aunque a menudo, como le ocurría a Lloyd George, fuese él el primero en sentirse decepcionado. Le resultaba imposible encajar con García Bárcena, Sánchez Arango y Carrillo, los únicos grupos políticos prometedores de los años 1952 y 1953. Se encontraba como pez en el agua en la acción y con las multitudes, y a veces parecía considerar la política, e incluso la violencia, como una especie de cacería. Tenía un gran sentido del humor y de la historia, pero le faltaba magnanimidad, y así como podía disfrutar riéndose de otros, raras veces se reía de sí mismo. En su imaginación había baches evidentes; por ejemplo, aún no había dicho nada sobre el problema de los negros en Cuba, y sólo se ocupaba de la economía esporádicamente. Sus seguidores más cercanos, sin embargo, siempre le consideraron un salvador potencial de la nación. Su oportunidad podía llegar en circunstancias extremas, que, a su vez, sólo eran factibles si Batista continuaba en el poder: a pesar del creciente apoyo del mundo empresarial a Batista, este podía caer por obra de Castro. Los países occidentales, recordando la experiencia de Lenin, han llegado a dar por supuesta en los líderes revolucionarios una conducta consecuente y una integridad inhumana, que no exigirían a los líderes más convencionales; puede que Castro, con sus múltiples cambios de opinión y de bando, haya sido un hombre casi incapaz de ser consecuente y, por lo tanto, difícil de entender para los liberales o conservadores convencionales. Es obvio que el poder significaba mucho para él; antes de 1952, Alfredo Guevara había hecho todo lo posible para convertir a Castro al comunismo. Dicen que Castro respondió: «Sería comunista si fuera Stalin».

En aquellos momentos, probablemente la intención de Castro era, como dijo él mismo:

> No organizar un movimiento, sino tratar de unir a todas las diferentes fuerzas contra Batista. Me proponía participar en la lucha simplemente como un soldado más. Empecé a organizar las primeras células de acción,

con la esperanza de trabajar junto con los líderes del partido [ortodoxo] que estuvieran dispuestos a cumplir con el deber elemental de luchar contra Batista… Pero cuando ninguno de estos líderes demostró tener la capacidad, la resolución, el propósito serio o los medios necesarios para derrocar a Batista, fue cuando, finalmente, elaboré una estrategia propia.

62

Moncada: la idea

A mediados de 1953, Castro era el centro de un grupo de hombres jóvenes, y unas pocas mujeres, cuyo objetivo era luchar contra Batista con mayor energía que los políticos convencionales. Los que tenían alguna filiación política definida eran, como el propio Castro, miembros del Movimiento Juvenil Ortodoxo, aunque estaban en minoría. Por una relación casual, Castro se hizo con la sección de la Juventud Ortodoxa de Pinar del Río, y su líder, José Suárez, introdujo en el grupo de Castro a una serie de amigos que vivían cerca de él, en Artemisa. De aquí que Artemisa, una ciudad fundada por Arango en 1803 en la carretera principal que va al oeste, se convirtiera, casualmente, en una plaza fuerte de los partidarios de Castro. Las reuniones de estos hombres en Artemisa tenían lugar en la logia masónica, porque uno de los miembros (el tipógrafo Ponce) era masón; los demás no lo eran.

Los que seguían a Castro en 1953 eran, casi en su totalidad, hombres de la clase media baja o de la clase obrera. Pocos eran estudiantes, y sólo una pequeña minoría había pasado por la universidad. De los ciento cincuenta, aproximadamente, que tomaron parte en el asalto al cuartel, la mayoría eran obreros industriales, trabajadores agrícolas y dependientes de comercio. Parece que sólo cuatro tenían que ver directamente con la industria azucarera, y había un colegial. Los demás trabajaban en una amplia gama de profesiones: había un relojero, un maestro, un taxista, un médico, un dentista, un dependiente de librería, un deshollinador, tres carpinteros, un carnicero, un vendedor de ostras y un enfermero. Parece que sólo uno o dos estaban en paro. Casi sesenta procedían de La Habana, y veinticuatro, de Artemisa o Guanajay. Pocos venían de la provincia de Oriente.

Sin embargo, de los habaneros, unos veinticinco habían nacido en otros sitios de la isla, y, como tantos ciudadanos de la capital, habían emigrado a ella. De aquellos cuyas edades no son conocidas, once tenían menos de veinte años; cincuenta y dos, entre veinte y treinta; diecisiete, de treinta a cuarenta; cinco, más de cuarenta. Muchos de ellos habían actuado en una u otra rama de la Juventud Ortodoxa. A juzgar por las fotografías, se diría que tal vez veinticinco, como máximo, tenían sangre negra o india, la mayoría negra, pero este quizá sea un cálculo exagerado. Unos cuantos —tal vez veinte— estaban casados. Según parece, ninguno de estos hombres había estado ligado a Castro en su época de gangsterismo en la universidad, y ninguno, salvo Castro, había sido miembro de la UIR o del MSR, excepto el tunante «Patachula», que desertó en el último momento.

De hecho, la mayoría de estos hombres pertenecían a la civilización industrial y algunos tenían experiencia directa de lo que eran las empresas norteamericanas; Santamaría había trabajado en la central Constancia, propiedad de la U. S. Cuban-American Company; Montané trabajaba de contable en General Motors, y Nico López, en la fábrica láctea Nela. Llegaron a reunirse bajo el mando de Castro, en parte fortuitamente (él era amigo de un amigo), o porque Fidel estaba evidentemente dotado para, por lo menos, dirigir bandas. Algunos del grupo de Artemisa habían formado parte del movimiento de García Bárcena durante unos meses. Ernesto Tizol anteriormente había tratado, sin éxito, de dirigir un grupo propio. Montané y Santamaría editaban un boletín político clandestino, *Son Los Mismos*, antes de que Castro se uniera a ellos y fundaran *El Acusador*. Tasende tuvo algo que ver con Castro desde los días de Cayo Confites, mientras que dos de los seguidores de Castro, los hermanos Gómez, fueron cocineros en el colegio Belén, de los jesuitas, y desde entonces le habían seguido en todas las vicisitudes de su carrera; estos dos eran «militantes» políticos desde la lucha

contra Machado, época en que estaban en el ABC. O sea que en 1953, el movimiento de Castro era la fusión de varios pequeños grupos, cada uno de los cuales seguía a un jefe secundario que, a su vez, aceptaba a Castro como jefe del conjunto. No tenían ideología, aparte de su hostilidad contra Batista, aunque en la mayoría de los jefes ardía intensamente, aún sin concretarse, la noción de revolución, patriótica y social. Varios hombres, de entre los mayores, habían seguido unas etapas bastante típicas en su camino intelectual: tras apoyar a los auténticos, se pasaron luego a los ortodoxos y, a continuación, desilusionados, a Castro.

Entre los seguidores de Castro había un grupo que casi no estaba representado: la Juventud Socialista, el movimiento juvenil comunista. Por otra parte, mientras algunos miembros de la Juventud Ortodoxa se estaban uniendo a Castro, otros se dirigían hacia los comunistas como una alternativa. El hermano menor de Castro, Raúl, se contaba entre estos últimos, aunque acababa de salir de la universidad en 1953 y no tenía mucha experiencia política de lo que eran los ortodoxos. En febrero de 1953 fue al Congreso Mundial de la Juventud que se celebró en Viena. Después fue a Bucarest y a Praga, y también a París. Hizo el viaje de vuelta con un ruso y dos jóvenes comunistas guatemaltecos y, al volver a La Habana en junio de 1953 (tras pasar unos días en la cárcel por llevar encima literatura comunista), solicitó el ingreso en la Juventud Comunista.[36] Pero Raúl Castro no apoyó el movimiento de su hermano hasta julio de 1953. Cuando se unió a él, lo hizo por razones de parentesco más que de ideología, pues no era un líder, y no dijo al Partido Comunista lo que hacía.[37] Fernando Chenard, el fotógrafo, también fue miembro anteriormente de la Juventud Socialista, pero ahora tenía treinta y cuatro años y era ortodoxo. Un hombre, José Luis López, que siguió a Castro en 1953, había votado a los comunistas en el pasado, y en consecuencia tuvo proble-

mas con sus jefes. El único miembro del Partido Comunista cubano era Luciano González Camejo, un mecánico azucarero de Bayamo de cuarenta años. Puede que algunos de los demás fidelistas de 1953 tuvieran puntos de vista filocomunistas, en el sentido de hallarse vagamente familiarizados con textos comunistas; entre estos figuraban Santamaría y su hermana, Nico López y Ramiro Valdés, pero ninguno de ellos sostenía relaciones formales con el partido.

De momento, este grupo no tenía ningún nombre (aunque durante un tiempo les llamaran la Juventud del Centenario; es decir, del nacimiento de José Martí), y se llamaban a sí mismos, sencillamente, «el Movimiento». Castro les proporcionó armas, compradas por simpatizantes (los líderes ortodoxos se negaron a ayudar). Parece ser que Castro pidió a su padre 3000 dólares, pero sólo recibió 140. En Cuba nunca escaseaban las pistolas, sobre todo en la universidad, y muchos de los que frecuentaban uno u otro de los antiguos grupos de gángsteres tenían toda clase de armas para vender. A finales de 1952 también había un núcleo de chicas vinculadas al grupo de Castro.

El proyecto que Castro tenía en la cabeza era desesperado: un ataque contra dos cuarteles de Oriente, en Santiago y en Bayamo. El primordial propósito de este proyecto era el de capturar un arsenal, armar a su movimiento para futuras acciones. Si lo lograba, esperaba armar a muchos voluntarios de las filas de los antibatistianos de Santiago. Al fin y al cabo, Santiago estaba lejos de La Habana; normalmente los cuarteles tenían unos mil hombres, que bien podían ser arrollados por un centenar si los cogían por sorpresa.

Además había otro propósito: el ataque podía terminar con un éxito espectacular y heroico, capaz de hacer brotar un levantamiento popular por todas partes en Oriente: «Encender la llama de un levantamiento general del país: ser los iniciadores». Esta tentativa guardaba cierta afinidad, consciente o incons-

ciente, con la antigua idea anarquista de la propaganda por la acción: un acto único llevaría a la revolución. Castro no era lo que tradicionalmente se entiende por un anarquista, pero sus métodos tenían afinidades con los del anarquismo, por ejemplo, el hecho de que esperara que, con un solo acto, el país cayera en manos de la revolución. Además, sin darse cuenta, el movimiento de Castro tomó para su bandera los colores negro y rojo de la bandera anarquista.

Oriente, desde luego, era el antiguo y tradicional centro revolucionario cubano: lo había sido en 1868 y en 1895. Castro, naturalmente, deseaba ganarse el prestigio de un líder revolucionario de primer orden mediante un gesto sensacional. Parece que la afirmación de que mantuvo contactos con el Partido Comunista para planear un atentado contra la vida de Batista es falsa, con toda seguridad. Castro, probablemente, se encontraba más lejos de los comunistas de lo que jamás lo estuviera desde su entrada en la universidad; además, el Partido Comunista desechó el asalto al cuartel de Moncada por considerarlo inútil. Es cierto que Castro vivía ahora en un círculo en el que se consideraba ignorante a quien no leyera a Lenin; Abel Santamaría, uno de sus seguidores con quien trataba seriamente sobre muchos temas, era un «apasionado lector de Lenin y de los revolucionarios soviéticos», según su hermana, y en Moncada llevaba consigo un libro de Lenin; pero esto no significa en modo alguno que fueran comunistas, porque Santamaría era además, igual que Castro, un «fanático de Martí».

Podemos calibrar las ideas teóricas de Castro y sus amigos en 1953 de un modo muy exacto teniendo en cuenta la proclamación que habrían de leer tras la captura de la emisora de radio:

> La Revolución manifiesta su firme intención de establecer en Cuba un plan de bienestar y prosperidad económica que asegure la supervivencia de su rico subsuelo, su posición geográfica, la diversificación de su agricultura y la industrialización… La Revolución manifiesta su respeto por

> los trabajadores… y… el establecimiento de una justicia social total y definitiva, basada en un plan bien organizado y oportuno que cree un progreso económico e industrial… La Revolución… reconoce que se basa en los ideales de Martí… y adopta como propio el programa revolucionario de Joven Cuba, del ABC Radical y del PPC [ortodoxos]… La Revolución manifiesta su respeto absoluto y reverente hacia la Constitución que le fue dada al pueblo en 1940… En nombre de los mártires, en nombre de los derechos sagrados de la madre patria…

Castro, además, tenía preparada para pasarla una grabación del último discurso de Chibás.

¿Era este el verdadero programa del movimiento de Castro el 26 de julio de 1953? De ser así, ¿qué hemos de pensar de sus declaraciones en diciembre de 1961?: «El 26 de julio [de 1953] ¿creía yo [en el marxismo]? El 26 de julio creía en él. ¿Lo entendía como lo entiendo ahora, tras diez años de lucha? No, no lo entendía como lo entiendo hoy… Hay una gran diferencia. ¿Tenía prejuicios? Sí, tenía prejuicios; sí, el 26 de julio los tenía». Sin embargo, lo cierto es que Castro, en 1953, no era marxista en modo alguno, aun cuando poseyera algún conocimiento superficial de estas cuestiones. Tal vez tuviera unos puntos de vista algo más radicales de los que manifestaba; aun así, si el programa anteriormente descrito habría de cumplirse en la realidad, los cambios en las condiciones de Cuba serían radicales: «¿Los ideales de Martí?». «¿Joven Cuba?», el antiguo programa de Guiteras. De hecho, si se definía precisamente a cualquiera de estos, tal vez no resultara ser una revolución comunista, pero sí algo más «revolucionario» que lo de Cárdenas en México. Pudiera ser muy bien que, como recordaba Martínez Ararás, nunca hubiera «ningún tipo de discusión ideológica», pero este comentario puede aplicarse sólo a Martínez Ararás.

Castro explicó más tarde que, en realidad, tenía cinco leyes revolucionarias que se hubieran proclamado inmediatamente de haber conquistado el cuartel:

Primero, una restauración de la Constitución de 1940, y, hasta las elecciones, el Movimiento Revolucionario —es decir, él y

sus amigos, se supone— habría asumido todos los poderes legislativos, ejecutivos y judiciales, excepto el poder de modificar la Constitución. Aquí, desde luego, había una contradicción, pues la Constitución de 1940 separaba, naturalmente, estos poderes. Esta ley también significaba que Castro, inmediatamente, habría arrebatado el poder a sus dirigentes ortodoxos nominales o que estos se habrían integrado en el movimiento revolucionario. (Esto es, en términos generales, lo que ocurrió cuando por fin Batista se retiró en 1959).

Segundo, toda propiedad «no hipotecable y no transferible» sería entregada a los plantadores, subplantadores, colonos u otros que tuvieran menos de 60 hectáreas. El Estado pagaría a los antiguos propietarios sobre la base de la renta que hubieran percibido durante diez años. Desde luego, esta habría sido una reforma agraria auténtica, aunque algo convencional. En 1946, en Cuba había 140 000 fincas de este tamaño, de un total de 160 000, es decir, el 80 por ciento de las haciendas aproximadamente.

Tercero, trabajadores y patronos podrían repartirse un tercio de los beneficios de todos los ingenios azucareros y de otras «grandes» empresas no agrícolas. Este esquema de reparto de beneficios armonizaba más con las ideas de Chibás que con las de ningún otro antepasado intelectual.

Cuarto, a partir de entonces, los colonos azucareros recibirían un cupo mínimo de unas 450 toneladas de caña anuales y los colonos tendrían derecho al 55 por ciento de la producción total. Esta era una ley de reforma azucarera bastante limitada, en la línea de las leyes promulgadas por Batista a finales de los años treinta. En 1950 había unos 50 000 colonos.

Quinto, toda la tierra que se hubiese obtenido ilegalmente y cualquier otra propiedad o dinero obtenido mediante fraude serían confiscados.

Castro añadía que a estas leyes seguirían otras de reforma agraria y educativa, la nacionalización de los servicios públicos y los teléfonos, e incluso una amortización de lo que anteriormente se había pagado a estas compañías, que eran propiedad norteamericana. La reforma agraria sería un reflejo de la Constitución de 1940, en el sentido de que, para cada proyecto agrícola, se indicaría un área máxima de tierra. Se adoptarían medidas para que la tierra «tendiera a volver a los cubanos», aunque, de todos modos, esta era una tendencia general desde 1934. Los pequeños cultivadores que trabajaran en tierra arrendada pasarían a ser sus propietarios. Castro decía que estos sumaban unos 100 000, indicando que incluía a todos los colonos, aparceros y subarrendatarios. Se crearían pantanos, habría una repoblación forestal y se montarían centro de investigación. Se estimularía la creación de cooperativas agrícolas, para contribuir al uso de equipo costoso, al almacenamiento en lugares fríos y, en general, al cultivo científico. Estas cooperativas estaban encaminadas a ayudar a los propietarios individuales; no preveían ninguna nacionalización de la tierra.

Parece que la reforma educativa que él imaginaba consistía en aumentar el sueldo a los maestros. Los que enseñaban en el campo tendrían viajes gratis y, cada cinco años, todos los profesores tendrían sus seis meses sabáticos, para mantenerse al día en sus materias, en el país o en el extranjero. Se pretendía una «reforma integral» de la educación, pero no se especificaba nada más.

La reforma de la vivienda supondría una reducción del 50 por ciento de los alquileres. Exenciones de impuestos para las casas ocupadas por sus propietarios; impuestos triples sobre las casas alquiladas; liquidación de los barrios bajos y reconstrucción a base de «edificios de viviendas múltiples», todo encaminado a crear y a fomentar que cada cual fuera el dueño de su piso.

Estos diferentes proyectos se financiarían acabando con la corrupción y con la compra de armamentos caros. Además había un plan para «movilizar todo el capital inactivo», que se calculaba en quinientos millones de dólares, para industrializar el país. No se daban detalles sobre este asunto, ni sobre el modo de nacionalizar los servicios públicos o la compañía de teléfonos. No se hablaba de compensación, salvo para aquellos cuyas tierras fueran entregadas a los granjeros.

De este programa no se podría decir que apoyara ninguna filosofía política en particular, aunque, evidentemente, fuera afín a las ideas de Chibás. Se concentraba en los aspectos de la sociedad cubana que conocía el propio Castro: el cultivo y la educación, la vivienda y las condiciones sociales. Castro mismo debía de haber hecho los planes, y es probable que no consultara a nadie. No fue consultado ninguno de los distinguidos economistas que, como Cuervo o Pazos, tenían que ver con el movimiento ortodoxo. La idea de la división de la tierra, el «reparto» tan querido para los anarquistas españoles de los años veinte, desde luego hubiera hecho aumentar el número de parcelas más allá del punto deseable económicamente. Las pequeñas haciendas, incluso las de 60 hectáreas, no son más fáciles de explotar que las grandes, sobre todo si producen azúcar. Verdaderamente resulta sorprendente la moderación con que Castro se aproximaba al problema del azúcar. Participación de los trabajadores en los beneficios; fomento de la propiedad cubana (que ya estaba aumentando); participación del colono en la producción de caña garantizada en el 55 por ciento (que ya era algo normal); tendencia hacia una colonia que tuviera entre 60 y (por ejemplo) 400 hectáreas; todo esto no era muy radical y, por sí mismo, no habría satisfecho la exigencia de la independencia internacional de Cuba. No se mencionaba la nacionalización de la industria azucarera, medida que podía, indudablemente, haberse justificado dada su estructura y la medida en

que la nación dependía de ella. El Partido Laborista inglés, por ejemplo, la habría colocado en uno de los primeros puestos de una lista de prescripciones. Por otra parte, cualquier economista socialdemócrata habría considerado problemáticos la propuesta de reducción de los alquileres en un 50 por ciento, las exenciones fiscales de las casas ocupadas por sus propietarios y el aumento de impuestos sobre las casas alquiladas: todas estas medidas provocarían la enemistad de la burguesía, sin llevar, por sí mismas, a un aumento del número de casas disponibles.

Más adelante, Castro dio a entender que estas propuestas de 1953 manifestaban unos puntos de vista menos radicales que los que en realidad tenía en esa época. En diciembre de 1961 dijo, en un famoso discurso:

> Me han preguntado si mi pensamiento de la época de Moncada era lo que es hoy. He respondido: «Entonces pensaba de un modo muy parecido a como pienso hoy»… El que lea lo que dijimos en aquella ocasión verá muchas cosas, muy fundamentales, de la Revolución… Ese es un documento escrito más adelante, con cuidado. Se escribió con el cuidado necesario para expresar una serie de puntos fundamentales, evitando, al mismo tiempo, hacer promesas que limitaran el campo de acción dentro de la Revolución… Es decir, había que tratar de dotar al movimiento de la base más amplia posible. Si no hubiéramos escrito este documento con cuidado, si hubiera sido un programa más radical (aun cuando, en realidad, mucha gente era muy escéptica respecto de los programas y no les prestaban mucha atención), el movimiento revolucionario de lucha contra Batista no podría haber adquirido la extensión que adquirió, y que hizo posible la victoria. Todo el que lea el manifiesto, el discurso de aquella ocasión, comprenderá nuestras ideas fundamentales. Hay ciertas cosas, que garantizamos en aquella ocasión, por ejemplo, el aumento a los colonos (por lo menos el 55 por ciento del cupo)… y que después, en algunas conferencias de colonos, me hicieron notar. Decían: «Bueno, ¿y no vas a mencionar el aumento?». Yo les dije: «Sí, pero en aquel período no podíamos pensar en cosas de las que hoy podemos hablar». Y hemos convertido a estos colonos en propietarios de la tierra, y eso es mucho más que haberles concedido un aumento en el cupo, proporcional al azúcar. Algunas garantías de aquella época se dieron simplemente con la intención de no perjudicar la amplitud del movimiento revolucionario.

Por otra parte, algunos partidarios de Castro en aquella época, que lo han sido hasta ahora, creen que «la Revolución… si-

gue siendo la misma que dirigimos en Moncada».

Además de este programa de reformas, Castro y sus camaradas estaban imbuidos del heroísmo de sus propias acciones en la línea de la Revolución cubana contra España. Castro quizá supiera algo de Marx, quizá considerase ignorantes a quienes no conocían a Lenin, pero, evidentemente, él conocía a Martí mucho mejor. Como otros lo habían hecho antes que él, naturalmente se veía a sí mismo como un Martí, el joven que unificó a los diferentes grupos opuestos a España en un movimiento, el hombre de frases tan heroicas como sus hechos, orador y soldado, enemigo de tiranos por excelencia, renovador incorruptible. Por supuesto, Castro se lanzó al asalto a Moncada sin una ideología muy elaborada, sólo con el deseo de derrocar al «tirano» Batista y luego pasar a destruir toda la sociedad podrida, la violencia institucionalizada, «normal» de la vieja Cuba, de la que Batista era un síntoma, no la causa.

63

Moncada: la lucha

El plan de Castro, elaborado en las oficinas de Abel Santamaría en Hermanos Sosa, en La Habana, era el de atacar dos cuarteles militares en Oriente, el cuartel de Moncada en Santiago y el cuartel de Bayamo. El principal cuerpo de sus partidarios, 134 hombres, atacarían en Santiago; caerían sobre Bayamo. Los hombres forzarían la entrada por sorpresa, se apoderarían del cuartel y distribuirían armas a otros voluntarios que, se suponía, se sumarían entonces para apoyarlos. El ataque tendría lugar al amanecer. La fecha, 26 de julio, era conveniente porque coincidía con el carnaval de Santiago. Muchos soldados, incluidos los oficiales, irían a los bailes públicos del carnaval la noche del 25 de julio, y era de esperar que no estuvieran como para luchar a las cinco y media de la mañana del 26 de julio. Castro se había asegurado la utilización de una finca próxima a Siboney que serviría de base, y había alquilado varias habitaciones en el mismo Santiago.

Desde luego, el ataque era una acción de guerra. El número de soldados decuplicaba al de atacantes (la guarnición del cuartel era de unos mil soldados), pero Castro contaba con la sorpresa, la confusión y la moral superior entre sus hombres. (Parece ser que Castro había visitado, una semana antes, a su cuñado, Rafael Díaz Balart, subsecretario del Interior, para asegurarse de que la policía no sospechaba nada de sus planes). El armamento de Castro se limitaba a tres rifles del ejército norteamericano, seis viejos rifles Winchester, una ametralladora antigua y un gran número de fusiles de caza. «Yo esperaba mi rifle como si se tratara de un Mesías —dijo Almeida diez años más tarde—; cuando vi que era un 0,22, me quedé helado». También había algunos revólveres y cierta cantidad de municiones.

Había comprado a diversos soldados algunas armas ligeras y un centenar de uniformes militares; los demás, eran de confección casera. El propio Castro dijo que la expedición costó menos de 20 000 dólares, que parece ser la suma que sus seguidores habían reunido con antelación, de la cual, las armas ascendían a 5000 dólares (los rifles se cotizaban a 80 dólares cada uno).

Nueve voluntarios se echaron atrás, por miedo, en el último minuto; entre ellos algunos de los estudiantes que participaban en la expedición. Otros del grupo eran vagamente religiosos y, la víspera de la lucha, fueron a visitar a la Virgen del Cobre, como por casualidad. La mayoría llegaron de La Habana en coche, mientras que algunos se habían desplazado en tren o guagua. Sólo seis sabían exactamente lo que se preparaba antes de la hora del combate, y casi no se conocían unos a otros. Un hombre, por lo menos (Almeida) se figuraba que iba al carnaval de Santiago, como premio al buen resultado de su anterior entrenamiento con las armas. Parece que a otros sólo se les dijo que iban a hacer unas prácticas de tiro más intensas. De la finca de Siboney se ocupaban dos mujeres, Melba Hernández y Haydée Santamaría, novias de dos de los combatientes, Jesús Montané y Boris Santa Coloma. Parece que en la arenga que pronunció para dar ánimos antes de la salida, Castro se detuvo especialmente en la importancia «histórica» que tenía su hazaña, más que en la social y política. Varios de los participantes entrevieron claramente la posibilidad de que los matasen, y se sabe que un participante, el doctor Muñoz, dijo a Castro que era un crimen engañar a tantos hombres metiéndolos en una empresa tan peligrosa.

La noche de carnaval dio paso a una madrugada revolucionaria: a las 5.30 de la mañana, veintiséis coches, llevando a ciento once hombres (todos vestidos de sargentos) y dos mujeres, salieron de Siboney para Santiago. Castro iba en el segundo coche. En el coche siguiente iba Raúl Castro, quien, con diez

hombres, tenía que tomar el Palacio de Justicia, que dominaba el cuartel; desde el tejado gozaría de una posición excelente para cubrir a su hermano que se hallaría en el patio central del cuartel. En otros tres coches iban Abel Santamaría, el segundo de Castro, las dos mujeres y el doctor Muñoz, veintidós hombres en total. Tomarían el Hospital Civil cercano y se dispondrían a atender a los heridos. Un coche tuvo un pinchazo y se quedó atrás. Según el propio Castro, «… otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable, se extravió a la entrada de la unidad y nos faltó en el momento decisivo». En realidad, el grupo de estudiantes universitarios que se habían echado atrás en el último minuto tenía órdenes de Castro de seguir la caravana de automóviles; pero se situaron hacia el centro, en un Chrysler, y fueron ellos quienes desviaron a varios coches de la dirección de Moncada.

El primer coche se detuvo ante la puerta del cuartel. Salieron seis hombres, y su jefe, Guitart, ordenó al centinela que «dejara paso al general». Los tres centinelas, engañados por los uniformes de sargento, que «no reconocieron, pero que por un momento creyeron que eran los de una cuadrilla militar», presentaron armas; estas armas, rifles Springfield, les fueron arrebatadas. Entonces los rebeldes se precipitaron a la primera planta del cuartel, empujando a los centinelas para que fueran delante. Mientras, en el segundo coche, Castro había sido detenido por dos encuentros inesperados: dos soldados con ametralladoras y un sargento armado. Castro atropelló con el coche a los de las ametralladoras, pero el sargento logró escapar y pudo dar la alarma de forma muy clara. Siguiendo las órdenes dadas anteriormente, cuando el coche de Castro frenó, todos los hombres que le seguían saltaron de sus vehículos y atacaron los edificios por la izquierda. Castro intentó reagrupar a sus hombres, pero no lo consiguió. Dentro del cuartel, los hombres del primer co-

che, tras producir la confusión en un dormitorio de soldados, se encontraron aislados, y después de matar a varios sargentos y al oficial de día, se retiraron. Se dio la alarma y se produjo una descarga general desde los primeros pisos hacia la calle. Los atacantes se protegieron detrás de los coches aparcados. Lo que ocurrió exactamente entonces sería más tarde un tema de discusión: hay quien dice que Castro condujo su coche contra la acera, chocando violentamente con el bordillo, con lo que atrajo la atención de la guardia, que inmediatamente comenzó a disparar e hirió a Gustavo Arcos.

Las otras dos acciones del ataque, en Santiago, habían tenido éxito; Raúl Castro se apoderó del Palacio de Justicia, que casi no estaba vigilado, y Abel Santamaría del Hospital Civil, sin bajas por su parte ni por la del ejército. Pero esto no significaba mucho; mientras en Montada se había perdido la ventaja de la sorpresa y el ataque se transformó en una desigual batalla entre cien hombres, armados con fusiles deportivos, y mil soldados bien armados, reunidos por el comandante Morales, hermano del oficial de día que resultara muerto. Castro dio rápidamente la orden de retirarse, y así lo hicieron él y sus hombres, dejando atrás algunos heridos y a otros que serían capturados. Como suele ocurrir en tales circunstancias, más tarde hubo acusaciones de que los jefes habían sido los primeros en huir. Raúl Castro y los vencedores del Palacio de Justicia también se retiraron, pero los del Hospital Civil no se enteraron de la orden de retirada, y tuvieron que esconderse disfrazados de pacientes, en el propio hospital. Hasta entonces, parece que Castro sólo había tenido dos muertos y un herido de muerte; el ejército sufrió la baja de tres oficiales y dieciséis hombres muertos. Ambos bandos contaban con un gran número de heridos. La batalla había durado cerca de una hora.

En Bayamo también fracasó el ataque, pues parece ser que los caballos dieron la alarma. El jefe, Raúl Martínez Ararás, tar-

dó en dar la orden de retirada, pero a pesar de todo la batalla sólo duró un cuarto de hora. Fue un fracaso todavía más completo que el de Montada. Es evidente que entre los combatientes de Bayamo habían surgido algunas diferencias y discusiones políticas, y que algunos no aprobaban que Fidel Castro fuera el jefe. Murieron seis hombres.

Los ataques a los cuarteles tuvieron consecuencias cruciales para la historia de Cuba. Algunos, como Martínez Ararás, el del ataque a Bayamo, se refugiaron en embajadas extranjeras. De los 160 rebeldes iniciales, la mitad aproximadamente eran detenidos el mismo 26 de julio o en días posteriores; la mayoría de los capturados durante el primero o el segundo día fueron brutalmente liquidados. Los que consiguieron permanecer unos días en los bosques, Castro entre ellos, escaparon a esta muerte. Pero parece que, en conjunto, mataron a sesenta y ocho prisioneros, incluidos también tres jóvenes (el grupo «Almendares» de Víctor Escalona) que se habían echado atrás en el último minuto. A la mayoría de estos prisioneros los golpearon a culatazos antes de fusilarlos, y a varios los torturaron. Algunos murieron a causa del mal trato recibido. En Bayamo arrastraron durante varios kilómetros a tres prisioneros atados detrás de un *jeep*. A las dos mujeres, Haydée Santamaría y Melba Hernández, no las torturaron; pero parece que les hicieron escuchar cómo torturaban hasta la muerte a Abel Santamaría, hermano de la primera y novio de la segunda, y a Boris Santa Coloma, novio de Haydée Santamaría. Sobrevivieron treinta y dos prisioneros para ser juzgados, mientras que cuarenta y ocho lograron escapar, regresando a La Habana en autobús o refugiándose en casa de algunos amigos.

Esta brutalidad, inicialmente, fue una reacción espontánea de la soldadesca asustada y furiosa, apoyada por los cabos y sargentos. Parece que las acusaciones hechas más tarde por oficiales de Batista de crueldades por parte de los rebeldes (por

ejemplo, de acuchillar a algunos pacientes en el Hospital Civil) son falsas. Los oficiales del cuartel de Moncada (coronel Del Río Chaviano y capitán Pérez Chaumont), que también estaban asustados y furiosos, respirando todavía el aroma del ron y de los habanos del carnaval, al llegar con una fuerte resaca al escenario de la batalla después de haber sonado el último disparo, no sólo no intentaron moderar tales excesos, sino que los fomentaron, y luego ayudaron a encubrirlos. El Servicio de Inteligencia Militar (SIM) de Moncada, dirigido por el capitán Lavastida, también tuvo un papel destacado en la represión. Unos cuantos doctores y oficiales (por ejemplo, el capitán Tamayo, el comandante Morales y el teniente Sarriá) trataron de salvar varias vidas y lo consiguieron. Pero era difícil, pues, al hacerlo, se exponían a salir ellos mismos mal parados.

Finalmente, el propio gobierno suscribió estas atrocidades, aunque el gobernador de Oriente, Pérez Almaguer, dijera más tarde que Batista no sabía lo que se estaba haciendo en su nombre. El 26 de julio, el gobierno se apresuró a aprobar un decreto por el que suspendía el artículo 26 del Estatuto de Prisiones, que hace responsables a los oficiales de prisiones de la vida de sus prisioneros. Evidentemente, el propio Batista y el cuerpo de oficiales estaban tan asustados y furiosos como la tropa y sus oficiales. Si unos rebeldes podían asaltar el segundo cuartel de Cuba, ¿quién estaba a salvo? El gobierno fue presa del pánico, se puso al ejército de toda la isla en estado de alerta, y se detuvo a centenares de personas. Como no se ignoraba que algunos fidelistas habían sido heridos, todo el que tuviera una herida, aunque fuera a consecuencia de un accidente de carretera, se exponía a verse interrogado y maltratado. Por este motivo condujeron a Moncada a un ciudadano de Santiago que llevaba el brazo en cabestrillo y le golpearon brutalmente. Este comportamiento cruel y ofensivo hizo que la opinión pública olvidara totalmente la dudosa moralidad del asalto inicial.

El asalto a Moncada tuvo lugar en un mal momento de la vida del mandato de Batista, pues, en las Fuerzas Armadas, las intrigas y las luchas empezaban a desbordarse: Tabernilla, jefe de Estado Mayor, era cada vez más popular, pero cada vez más ambicioso, y ahora trataba de hundir a tres ministros: Nicolás Hernández, Ramón Hermida y Pablo Carrera Justiz, que fueron los artífices, desde el bando civil, del complot del 10 de marzo. Ya había conseguido deshacerse del competente general García Tuñón, candidato por parte de Hernández para el mando supremo del ejército, enviándolo a Chile como agregado militar; otro batistiano decepcionado, el coronel Lambea, apuntó con una pistola a Tabernilla en su despacho, y se le asignó un destino semejante en Costa Rica; un amigo incondicional, Ugalde Carrillo, ostentaba ya el importante puesto de jefe del SIM, y dos de los hijos de Tabernilla, «Wince» y «Silito», fueron ascendidos más allá de todo posible merecimiento; mientras, a otros representantes del bando de Tabernilla se les confió el mando de la Guardia Rural en todas las zonas de la isla. Naturalmente, estos nombramientos provocaban la enemistad de los restantes miembros de la administración civil y militar, sobre todo de los oficiales que habían participado en el complot del 10 de marzo y que se vieron privados de los beneficios de forma tan significativa; al fin y al cabo, muchos de ellos deseaban con seriedad, aunque autocráticamente, la regeneración del país, y se sentían afrentados por el uso que los hombres de Tabernilla hacían del poder, sobre todo por la red de antros y garitos que prosperaba por todo el país. Un ministro, Ernesto de la Fe, sostuvo un diálogo abierto con Batista sobre esta cuestión, señalando al presidente que todas y cada una de las seis provincias estaban bajo el mando militar de amigos íntimos de Tabernilla y asegurando que el gobierno sólo conservaría el apoyo de la opinión pública si lograba deshacerse de estos hombres, así como del jefe de policía, Salas Cañizares, y el del SIM, Ugalde Carrillo.

Por entonces Batista se avino, por lo menos, a hacer averiguaciones sobre esta acusación, y nombró al coronel Fermín Cowley para que investigara. Cowley la confirmó, mientras que el coronel Barrera, miembro del grupo del 10 de marzo, informaba a Batista sobre un caso de abuso de poder particularmente escandaloso: Ugalde Carrillo utilizaba su influencia sobre los guardias rurales para obligar a una compañía de camiones a venderle a un amigo suyo por un precio absurdamente bajo: los guardias rurales obligaban a parar a los camiones, los sometían a toda clase de demoras y, en consecuencia, hacían que la compañía perdiera la confianza de sus clientes. Batista acababa de convenir en que a raíz de todas estas acusaciones habría una reorganización general de las comandancias militares, cuando surgió la crisis de Moncada.

El ataque fue algo mayor incluso que el asalto de los gángsteres contra la jefatura de policía de Marianao de 1948; cualquier ejército habría reaccionado con dureza. Pero la ferocidad de la represión superó todo cuanto se pudiera haber esperado. En consecuencia, vino la crítica. Rápidamente se conocieron los hechos (torturas y asesinatos), primero por las habladurías y después, a pesar de la censura, por la prensa: *Bohemia*, el 2 de agosto, publicaba fotografías de cuerpos, a muchos de los cuales habían puesto ropa limpia después de matarlos, para dar la impresión de que habían muerto durante la lucha. Antes, varias personalidades de Santiago —el obispo (el viejo amigo de Ángel Castro, Pérez Serantes), el rector de la universidad, un juez, un propietario de unos grandes almacenes, Enrique Canto— habían ido a ver al secretario de Batista, Morales del Castillo. Estas personalidades exigieron que se acabara con la matanza de prisioneros, y poco después Batista cursó la orden pertinente. Pérez Serantes dio una conferencia de prensa en la que anunció el acuerdo, pero demostró su falta de confianza en la palabra del régimen al encaminarse (con el juez Subirats y Enri-

que Canto) hacia la Gran Piedra, montaña donde se creía (y así era) que estaba escondido Castro; tenía la intención de salir personalmente al encuentro de los que se rindieran y entregárselos al ejército. El obispo, primero en coche, y luego a pie, anduvo por la ladera de la montaña durante varias horas, proclamando con un megáfono que garantizaba la vida de quienes se rindieran. Aunque de momento no consiguiera nada, su gesto hizo que se entregaran varios rebeldes; poco después, un humanitario teniente del ejército, Sarriá, capturaba al propio Castro y a dos de sus seguidores, José Suárez y Óscar Alcalde, mientras dormían.

Así pues, los funcionarios del régimen de Batista habían retrocedido a la época de Machado y de España, igualando e incluso superando con su comportamiento los peores excesos de aquellos días negros. En parte, sin duda, veían en Castro y sus amigos a los adelantados de un movimiento que los amenazaba personalmente: tenían verdadero interés en servir al régimen y, como eran pobres y estaban mal educados, reaccionaron del modo más brutal posible. También es evidente que no habrían actuado así de no haber sido porque daban por sentado que sus superiores no les cargarían con la responsabilidad de sus actos: en primer lugar, el ejército cubano participaba del carácter indolente de los cubanos en general, o sea que la indisciplina era normal; muchos oficiales actuaban en todos los casos como si fueran dueños de feudos particulares. Además, los oficiales servían a un régimen del que esperaban mucho. El Estado de derecho y su relación con la administración eran tales que sólo existía una remota posibilidad de que, en consecuencia, tuvieran que afrontar acusaciones. Por supuesto, algunos fueron ascendidos. Recordando precedentes atroces, inseguros, odiando una revuelta que parecía dirigida por gentes de la clase media más de lo que hubieran odiado una explosión de la clase traba-

jadora, no tuvieron escrúpulos en reaccionar de un modo que afectaría seriamente a Cuba en los años que habían de venir.

El gobernador militar de Santiago era Alberto del Río Chaviano, que entonces tenía treinta y ocho años, jefe del Regimiento Maceo n.º 1, que había ingresado en el ejército a los dieciocho años, en noviembre de 1933, atraído sin duda por las perspectivas que se abrían tras la revuelta de sargentos de septiembre. En 1938 ingresó en la escuela de cadetes; allí había dirigido a los cadetes leales a Batista en una manifestación de oposición y protesta contra el intento de golpe de Pedraza, en 1941. Siguió en el ejército durante los gobiernos auténticos y, naturalmente, debido a ello, el 10 de marzo de 1952 fue detenido por poco tiempo. Pero gracias a su amistad con el general Tabernilla, que era cuñado suyo, pronto le soltaron, le ascendieron y le volvieron a dar un puesto de mando en Santiago. El jefe del SIM, capitán Lavastida, antes de 1952 sólo era un sargento de Camagüey y debía su ascenso a sus conocimientos sobre el tráfico de drogas. El capitán Pérez Chaumont, de unos treinta años, conocido por «Ojos Bellos», que fusiló a muchos prisioneros en los alrededores de El Caney, en los últimos años ya había sacado bastante dinero de los antros como para comprarse una casa de 100 000 dólares en Miramar, cerca de Santiago.

En esos momentos arrestaron también a una serie de comunistas destacados. Entre ellos se contaban Lázaro Peña, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y otros que estaban entonces en Santiago por casualidad, pues habían llegado para celebrar el cumpleaños de Blas Roca. Esto siempre pareció sospechoso y, naturalmente, su presencia se ha usado más adelante para afirmar que Castro tenía relaciones con asociaciones comunistas desde hacía tiempo: al fin y al cabo, Blas Roca vivía en La Habana, y su ciudad natal era Manzanillo. Pero su presencia fue casual. Ellos «no sabían nada del plan de Moncada» y, de hecho,

la mayoría de los dirigentes del partido se habían marchado de la ciudad el 25 de julio. Después condenaron el ataque.

Durante el asalto a Moncada, Batista estaba en la playa de Varadero. No dio ninguna señal de preocupación, pero se exhibió ante la multitud, apareciendo en la televisión, repartiendo premios en una regata, afirmando más tarde que sabía que alguien se había propuesto asesinarle. El 2 de agosto llegó a Santiago para consolar a los soldados. Se suspendieron las garantías constitucionales. El día 6 se decretó una ley de orden público más enérgica, dirigida especialmente a la prensa. En consecuencia, esta casi enmudeció. Además, Batista introdujo algunos cambios en su gobierno para dar una impresión de vitalidad, y al recién creado Ministerio de Transportes fue el suegro de Castro. Pero no hubo cambios en el mando militar. Batista se echó atrás en lo referente a su plan de debilitar el imperio de Tabernilla, pensando que, en estas circunstancias excepcionales, era mejor mantener donde estaban a los oficiales. Tampoco hubo cambios en la jefatura de policía que, a pesar de su obsesión por las llamadas telefónicas de la oposición, no había podido prevenir este acontecimiento.

En octubre, Castro y sus compañeros fueron juzgados. Se intentó envenenar a Castro o evitar que apareciera alegando que estaba enfermo. El hecho es que apareció, el 21 de septiembre y el 16 de octubre (la primera vez como testigo), y pronunció un brillante discurso en defensa propia. Fue sentenciado a quince años de cárcel; Raúl Castro, a trece años y, otros, a penas inferiores. La causa contra los comunistas fue desechada.

La impresión producida a la opinión pública por el asalto a Moncada y sus consecuencias fue considerable. De no haber sido por la represión, el asalto a Moncada sin duda se habría olvidado, considerándose como otro incidente brutal y oscuro de la vida de Fidel Castro. La represión y el juicio dieron a Castro, a partir de entonces, cierto aire de héroe. Los profesionales, los

católicos, los liberales y la clase media se sentían ultrajados. Un juez de Santiago telefoneó el 27 de julio a Morales del Castillo, secretario presidencial de Batista, y le preguntó: «¿Están ustedes tratando de volver a la época de Machado con todos estos asesinatos?». Los profesionales de Santiago, personas que habían visto algo o se habían encontrado con alguien que había visto algo de lo ocurrido, dejaban de apoyar a Batista casi sin excepción. El papel representado por el obispo, Pérez Serantes, también era importante, tanto para la Iglesia como para los católicos de la clase alta: si el obispo salvaba la vida de Castro, entonces su causa parecía casi respetable. Para el propio Castro, el asalto tuvo consecuencias abrumadoras: el hecho de haber estado expuesto a una amenaza inminente de muerte, la muerte de muchos de sus compañeros, a los que él había conducido en la acción, le separaron de otros jóvenes líderes ortodoxos y aumentaron su propio sentido de misión. En el futuro no parecía quedar más alternativa que la acción, «la continuación de la lucha». En cambio, la moral del ejército de Batista se encontraba bajo mínimos, no sólo por la extensión de la hostilidad provocada por el trato que Río Chaviano había dado a los prisioneros, sino por la facilidad con que Batista había aceptado el papel de héroe y vencedor en la lucha, hasta el punto de que empezó a perseguir al verdadero vencedor, comandante Morales, y lo envió bajo custodia a La Habana, tratándole como a un enemigo del pueblo.

64

El veranillo de San Martín

En octubre de 1953, diez días después del juicio de los supervivientes de Moncada, Batista anunció que habría elecciones generales el año siguiente, el 1 de noviembre de 1954. Todos los partidos habrían de inscribirse antes de febrero de 1954. Pronto se levantó la censura y el 28 de octubre se terminó la vigencia del decreto de noventa días que suspendía los derechos civiles. Batista se negó a decir si él sería candidato presidencial: «Las uvas todavía están verdes», decía a sus auditorios, generalmente azuzados por Díaz Balart, el cuñado de Castro, que todavía era el líder juvenil del movimiento de Batista. Otras multitudes aclamaban a la esposa de Batista, gritando en sus apariciones públicas, como si se tratara de Evita Perón: «¡Marta del pobre! ¡Marta del Pueblo!». Marta Batista fue a Washington, donde fue recibida por la señora Eisenhower y por el secretario Hobbic, del Departamento de Sanidad, Educación y Bienestar Social. Viéndose obligado Prío a inscribirse como agente de un partido político extranjero, Batista parecía ser un valor en alza. Desde luego, de cara al exterior, el régimen parecía sólido y seguro de sí, protegido por la aceptación de Estados Unidos, con sus enemigos en la cárcel o en el exilio. El nuevo embajador, Arthur Gardner, era muy amigo de Batista y del régimen y no trataba de ocultarlo. Gardner, nombrado por el nuevo presidente Eisenhower (que había tomado posesión seis meses antes de lo de Moncada, en enero de 1953), había sido secretario adjunto de la Tesorería con el presidente Truman, en 1947-1948; cuando ejercía este cargo, se había enterado de la llegada a Miami del ministro de Educación de Grau, Alemán, que llevaba veinte millones de dólares en dinero cubano en la maleta. Tal vez esta experiencia le hiciera mirar a los auténticos

y a los políticos del antiguo orden con especial suspicacia, y considerar a Batista el salvador que Cuba necesitaba. Amable y agradable, dio a Batista confianza en sí mismo, aunque la corresponsal del *New York Times*, la señora Phillips, señalara que su empalagosa admiración hacia el general, a veces provocaba que este se sintiera incómodo.

Entretanto, en Londres, había tenido lugar una gran conferencia azucarera, en la que se logró comprometer a las setenta y ocho naciones participantes a mantener ciertas cantidades en el mercado mundial durante cinco años. A Cuba le tocaban 2 250 000 toneladas, es decir, casi la mitad de la totalidad del mercado libre (40 por ciento), además de sus ventas a Estados Unidos. Sin embargo, algunos países exportadores (India, Indonesia, Perú) no firmaron el convenio. Y los países importadores tampoco estaban obligados a restringir sus importaciones en la misma medida que los exportadores habían de restringir sus exportaciones. No obstante, el cupo cubano era, desde luego, infinitamente superior al asignado en 1937 (940 000 toneladas), y la cosecha de 1954 se fijó con toda firmeza en 4 750 000 toneladas; la mayor parte de la gente creyó que, a pesar de la inseguridad a largo plazo —¿podría mantenerse el nivel de vida si no aumentaba la producción de azúcar de un modo regular?—, el gobierno había hecho bien.

La llegada de Gardner a La Habana coincidió con un endurecimiento de Batista en lo referente a los comunistas, mayor del que se había atrevido a mostrar hasta entonces respecto de sus antiguos amigos. El 10 de noviembre, el Partido Comunista fue declarado ilegal. Sus órganos, como los periódicos *Hoy* y *Última Hora*, la Federación de Mujeres Democráticas, y el movimiento juvenil, Juventud Socialista, fueron prohibidos. Sin embargo, las revistas *Carta Semanal* y la teórica *Fundamentos*, mensual, siguieron editándose y vendiéndose, la primera, con bastante facilidad, aunque bajo mano. De hecho, Batista y sus mi-

nistros tenían una actitud deliberadamente proclive y relajada hacia los comunistas, por lo menos hacia aquellos con los que habían tenido relaciones anteriormente; por ejemplo, Ramón Vasconcelos, el periodista que luego fue ministro de Comunicaciones, se preocupaba de los intereses de los dirigentes comunistas negros. No se les perseguía; sólo de vez en cuando los detenían e interrogaban cuando regresaban de México, Praga o cualquier otro sitio. Fabio Grobart, eminencia gris del Partido Comunista durante mucho tiempo, se fue de Cuba en estos momentos, aprovechando el viaje para poner al día sus opiniones en el entorno relativamente nuevo de Moscú, que apareció tras la muerte de Stalin. En general, los comunistas cubanos pasaron estos años casi retirados, recuperando salud y energías, y preparándose eficazmente para el futuro. Blas Roca, el viejo secretario general, estaba enfermo, y cada vez más la dirección se hallaba en manos de una junta de cinco miembros, formada por Carlos Rafael Rodríguez, Aníbal Escalante, Lázaro Peña, Manuel Luzardo y Severo Aguirre.

Su actuación estaba estancada debido a diferentes objetivos. Algunos comunistas esperaban que Batista se excediera y creara, así, una crisis aguda de la que ellos se aprovecharían. Parece que algunos esperaban que, muerto Stalin, se hiciera posible un acercamiento de la Unión Soviética y Estados Unidos, que, a su vez, haría posible la reanudación del trato de ellos con Batista, lo cual los llevaría tal vez a hacerse con el poder a través de Batista y no contra él. A los miembros más jóvenes del partido, miembros de la Juventud Socialista, ya en 1953-1954 no les gustaba la inacción que requería esta política, y sobre todo a los miembros que habían ido a la universidad cuando iba Fidel Castro o su hermano Raúl, que, al fin y al cabo, era miembro, aunque entonces errante, de la Juventud Socialista.

Fidel Castro, por otra parte, encarcelado ahora en la Isla de Pinos, estaba todavía muy unido a los ortodoxos, quizá más

unido que en la época de Moncada. El 12 de diciembre de 1953, en una carta a un viejo amigo, el periodista Luis Conte Agüero, que al principio había sido secretario general de la Juventud Ortodoxa, escribía:

> Si nuestro esfuerzo revolucionario hubiera triunfado, nuestro plan era poner el poder en manos de los ortodoxos más fervientes. Nuestro triunfo hubiera significado la subida inmediata al poder de la ortodoxia, primero provisionalmente, después mediante unas elecciones generales… esto era tan inevitable que, a pesar de nuestro fracaso, nuestro sacrificio ha fortalecido la causa de los ideales de Chibás… habla con Agramonte, enséñale esta carta, manifiéstale la absoluta lealtad de nuestros sentimientos hacia los ideales más puros de Chibás.

Castro hablaba con amargura del papel de los comunistas:

> Nunca hubiéramos enunciado… teorías inadecuadas y estériles sobre lo que es un *putsch* o una revolución, en el momento mismo en que lo correcto era condenar crímenes monstruosos… ¿te imaginas, Luis, que hubiéramos llamado un *putsch* a vuestro esfuerzo para sublevar al Regimiento Maceo en la mañana del 10 de marzo?

Inmediatamente después de esta carta, varios partidarios de Castro en La Habana prepararon un folleto, ayudados por Castro desde la cárcel, basado en sus líneas generales. Se guiaron por el esquema del discurso pronunciado por Castro en Santiago en defensa propia, y así fue cómo al fin se editó el folleto. Sin embargo, su forma de sentir, su talante, incluso a veces su lenguaje y sus alusiones recuerdan más la carta del 12 de diciembre de 1953. El discurso guardaba cuidadosamente las formas, remitiéndose a antecedentes, volviendo la vista al pasado como si en Cuba hubiera habido verdaderamente un tiempo en que el derecho y la libertad hubieran marchado juntos. Así nos enteramos de la existencia de un derecho «santificado en Cuba por una larga tradición», a saber, el derecho de un acusado a defenderse a sí mismo, y:

> Os voy a referir una historia. Había una vez una República. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; presidente, Congreso, tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo… Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discuti-

> dos libremente… en el pueblo palpitaba el entusiasmo… sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro.

Por supuesto, esta era una visión disparatadamente romántica de la época de Prío, con la que Chibás, por ejemplo, no hubiera estado de acuerdo, destinada a subrayar la aberración del régimen de Batista.

Castro también intentaba representar a Batista no sólo como un tirano, sino como el peor dictador de toda la historia de Cuba o, desde luego, de toda la historia de América Latina.

> … a un señor que se llama Batista… *¡monstrum horrendum!*… [el hombre] Quien alentó los hechos atroces de Santiago de Cuba, no tiene entrañas siquiera… que no ha sido, además, ni leal, ni sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública… Sólo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra existencia histórica y ha clavado sus garras en carne de dos generaciones de cubanos… Aquellas garras eran conocidas, aquellas fauces, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas…

Castro tampoco dejaba de recordar los asesinatos de oficiales que siguieron a la rendición del Hotel Nacional en 1933, y los de Blas Hernández y otros, tras la rendición del fuerte Atarés, el mismo año. Batista, decía, no estaba satisfecho con «la traición de enero de 1934, los crímenes de marzo de 1935 y los cuarenta millones de fortuna que coronaron la primera etapa».

Casi no había llamamientos revolucionarios:

> Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes…

El discurso hablaba de «700 000 cubanos sin trabajo», número más o menos aproximado de los parados durante la temporada muerta; de 500 000 trabajadores de las haciendas viviendo en chozas miserables; de 400 000 obreros industriales y estibadores a quienes robaban el dinero de la jubilación y cuya vida,

de todos modos, era intolerable —de nuevo, tal vez una exageración—; se decía que había 275 000 personas trabajando en fábricas (sin incluir el azúcar). Los obreros de la construcción (50 000) y del transporte (75 000) podían hacer subir la suma total a más de 400 000. No todas las vidas de estas personas eran intolerables y no se robaban todas sus jubilaciones. Castro también hablaba de 100 000 pequeños granjeros que trabajaban una tierra que no era suya; de 200 000 familias de campesinos que no tenían una sola hectárea de tierra, de mucha tierra buena pero no cultivada; de 30 000 profesores mal pagados; de 20 000 pequeños empresarios abrumados por las deudas; de 10 000 profesionales jóvenes: todo aproximaciones bastante correctas. Afirmaba que el 85 por ciento de pequeños cultivadores pagaban un arriendo y vivían bajo la amenaza de que los echaran, que más de la mitad de la tierra mejor cultivada pertenecía a extranjeros, mientras en Oriente, las tierras de la United Fruit Company y las de la West Indian Sugar Corporation unían al norte con la costa del sur.

Castro señalaba lo que él consideraba una anomalía: se exportaba azúcar para importar bombones, cuero para importar zapatos, hierro para importar arados. Apremiaba a que se trazara un plan de fabricación de acero, papel y productos químicos, y a que se mejorasen los piensos y los granos para poder competir con Europa en queso, leche condensada, vino y aceite, y con Estados Unidos en conservas. El turismo supondría «una fuente enorme de ingresos». Pero, decía Castro, «pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas». Esta era la única referencia que Castro hacía al «capitalismo» y, desde luego, la única vez que utilizaba términos marxistas o que aludía a la lucha de clases.

Castro también lanzaba un ataque general contra las deficiencias de la enseñanza, de la sanidad, de la situación de la infancia y contra el paro rural, mientras se quejaba de que los ricos podían comprar a la justicia siempre que querían, «como un *Taillefer* de Balzac». Cuba, decía, podía alimentar fácilmente a una población tres veces mayor: «Los mercados rebosarían de productos… todas las manos estarían llenas, todos los brazos trabajarían». Lo que le parecía intolerable era que «el 30 por ciento de nuestros campesinos no sepa firmar y que el 99 por ciento no sepa historia de Cuba»; una observación algo curiosa.

Finalmente venía la retórica conclusión:

> En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruin y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

Así, en el invierno de 1953-1954, Castro y sus amigos de fuera de la cárcel se dedicaron a elaborar una elocuente denuncia del régimen, apoyada por una multitud de argumentos históricos y sociales, que no sólo constituía un ataque contra el gobierno de Batista, sino que, en un plano más profundo, era un intento de minar la totalidad de la estructura de la sociedad cubana tal como estaba organizada entonces. Las estadísticas reunidas no eran muy exactas, pero sí aproximadas, y el rumbo de las reivindicaciones sociales del folleto reflejaba principalmente los propios conocimientos de Castro sobre la región de Oriente. Como siempre, no se mencionaba la intolerancia racial; desde luego, uno podría haber leído *La historia me absolverá* sin enterarse de que en Cuba hubiera negros. Pero Castro sabía que Batista era bastante popular entre los negros y los mulatos. Este apoyaba sólidamente a varias sectas afrocubanas. Los soldados negros que capturaron a algunos partidarios de Castro negros o mulatos en la época de Moncada les reprocharon que siguieran a un jefe blanco que estaba contra Batista, el amigo

de los negros. Algunos soldados se habían mostrado verdaderamente sorprendidos al descubrir que existían «revolucionarios negros». A un albañil negro, Armando Mestre, cuando la policía le maltrataba en Moncada, le decían: «¿Tú, revolucionario? ¿Tú? ¿No sabes que los negros no pueden ser revolucionarios? Los negros son ladrones o partidarios de Batista, no revolucionarios». Cuando el teniente Sarriá y sus hombres dieron con Castro y sus dos seguidores, mientras dormían, su grito fue: «¡Son blancos!», como prueba de que eran revolucionarios, no guajiros o trabajadores.

Aún podrían destacarse tres puntos más de esta famosa declaración de Castro: primero, no atacaba a Estados Unidos de un modo significativo; desde luego, Castro hablaba menos violentamente del «coloso del norte» que la mayoría de los políticos nacionalistas cubanos de los cincuenta años anteriores; segundo, a diferencia de las retóricas declaraciones de sus colegas, los políticos cubanos, en el discurso había un considerable alarde de material estadístico, y tercero, parece que mucho de este material estadístico provenía de un famoso libro de divulgación, *Los fundamentos del socialismo*, escrito por el secretario general del Partido Comunista cubano, Blas Roca.

Después de Moncada, según fue pasando el tiempo, y a pesar de las actividades literarias de Castro, fue mejorando la posición de Batista. El hombre de la calle veía que habían disminuido el gangsterismo político y los chanchullos. Las relaciones laborales parecían buenas, y la situación del comercio exterior, excelente. Podía dejarse de lado algún incidente desagradable que ocurriera de vez en cuando si quedaba inexplicado, por ejemplo, el misterioso asesinato de Mario Fortuny, un periodista que había trabajado con Sánchez Arango en el Ministerio de Educación. En cualquier caso, había menos asesinatos políticos que en la época de los auténticos.

En enero de 1954 se produjo un acontecimiento desconcertante: Grau San Martín anunció su candidatura para las elecciones presidenciales de Batista, que iban a celebrarse en noviembre. Naturalmente fue muy criticado, incluso por sus parientes, por plegarse a colaborar con las nuevas leyes constitucionales, crítica que la «promesa» de Batista de que, después de las elecciones, se restauraría poco a poco la antigua Constitución, empezando por los artículos referentes al gobierno local, no hacía desaparecer en absoluto.

Los comunistas no eran de los grupos que se tomaban a broma el inscribirse para las elecciones. Encarecieron a sus partidarios que apoyasen al doctor Grau San Martín, y más adelante explicaban:

> Dijimos a las masas: ya que tenemos que votar, votemos contra el gobierno tiránico y antipopular de Batista. Explicamos públicamente que Grau no podía proporcionar ninguna solución; que no pedíamos el voto para él sino el voto contra Batista, aunque la única manera de votar contra Batista… era tachar con una cruz el nombre de Batista.

Así, la nación se encontró con la extraña alianza de comunistas y auténticos, mientras que los ortodoxos se mantenían apartados. Fuera o no consecuencia de esto, sólo 210 000 se alistaron con Grau y el único grupito de ortodoxos que tuvo interés en participar contaba sólo con 20 000 personas. Los partidos a favor de Batista afirmaban contar casi con 1 700 000 miembros, pero no es probable que fuera un fiel reflejo del número de partidarios de Batista; el total de electores a mediados de 1954 no llegaba a los 2 800 000.

Castro ahora se hizo mucho más famoso que cuando estaba en libertad. En las elecciones de 1954 ya fue un candidato invisible, el espíritu de la libertad encarcelado y la reencarnación de Martí. Uno de los que cantaba, reavivaba y animaba la llama de la esperanza era Carlos Puebla, un mulato que cada noche, con una gracia elegíaca, despertaba recuerdos y esperanzas en La Bodeguita del Medio, un restaurante bohemio que estaba cerca

de la Plaza de la Catedral, y cuyas canciones se hicieron famosas en toda Cuba:

Los caminos de mi Cuba
nunca van a donde deben.

Castro cada vez criticaba más a los demás grupos: el Colegio de Abogados era demasiado débil; los estudiantes (FEU) lo hacían mal; el cuerpo principal del Movimiento Juvenil Ortodoxo (dirigido por Max Lesnick y Omar Borgés) había denunciado el movimiento de Castro calificándolo de destructivo; él estaba furioso porque su mujer, Mirta, había aceptado una pensión del Ministerio de Información, gracias a la influencia de su hermano Rafael, subsecretario en el Ministerio del Interior. (El matrimonio de Castro iba directo al fracaso: prueba de ello son las instrucciones que daba a su mujer para que resistiera la presión de su familia, tan poderosa y bien situada políticamente, mientras su marido estaba en la cárcel).

El 26 de julio de 1954, un año después del asalto a Moncada, Castro recibió la visita de Hermida, ministro del Interior, y de otros dos ministros batistianos, Gastón Godoy y Mariano López Blanco. Hermida dijo:

> Castro, quiero que sepa que no soy un enemigo personal, soy sencillamente un funcionario que lleva a cabo la tarea de ser ministro del Interior. Usted está aquí porque le condenaron los tribunales, no yo. Mi tarea consiste sencillamente en cuidar del gobierno de las prisiones, cumpliendo siempre los deseos del presidente… Batista es un hombre muy afable, en veinte años nunca le he visto insultar a nadie, ni siquiera le he oído levantar la voz; comprendo que yo mismo no soy así y que la gente diga que soy un poco brusco… Comandante [al oficial encargado], tráteles caballerosamente, porque son caballeros.

Castro escuchó en silencio y dijo:

> Por mi parte, nunca he considerado la lucha como una pelea personal, sino como una lucha contra un sistema político imperante. Si estoy en plan de ataque es por culpa de sus declaraciones, que hacen parecer dudosa mi integridad. Si alguien que dice ser íntimo mío es uno de los altos funcionarios del régimen y estos funcionarios, sin que yo lo desee o me entere, alegan esta circunstancia para atacar a mi casa y mi familia…

El ministro le interrumpió diciendo:

> Mire Castro, ya sé que el culpable es Rafaelito, que siempre actúa como un niño irresponsable. Le aseguro por mi honor que nunca he tenido la intención de molestarlo y que la nota a la que usted se refiere fue alterada y se publicó de forma distinta a como yo la había redactado. En cuanto su nombre, ¿qué duda puede haber? No hay nadie en Cuba que tenga una posición más claramente definida que usted. No sea impaciente, yo mismo fui prisionero político en los años treinta y treinta y uno. Muchas veces me aposté en el Club de Campo para intentar asesinar a Machado o a Ortiz. Usted es joven, tenga calma, todo esto pasará.

«Muy bien, ministro —contestó Castro—, acepto su explicación… reconozco que, en cualquier caso, ha sido usted muy correcto». Cuando el cuñado de Castro, Díaz Balart, se enteró de la visita, criticó violentamente a Hermida, protestando de que se hubiese tenido una conversación así con «el promotor del ataque asesino contra el ejército». Se publicó la carta, y en consecuencia tuvieron que dimitir tanto Díaz Balart como Hermida.

Mediado el verano de 1954, la causa electoral de Grau empezó a ir bien, cuando el ala casi más fiel a Prío de los auténticos se dispuso a apoyar al viejo zorro. La gente volvió a recordar que, diez años antes, habían enseñado a sus papagayos a decir «Viva Grau San Martín», hasta en los sitios más remotos. Los ortodoxos otra vez se encontraban en dificultades. Finalmente Batista anunció, como todos esperaban, que se presentaría para presidente, tomando de vicepresidente a Guás Inclán, hijo del viejo general Guás Pasquera de la guerra de independencia. Estos dos eran los candidatos «unánimes» de los cuatro partidos gubernamentales (PAP, liberales, demócratas, radicales). Batista inició su campaña electoral declarando que haría una emisión de bonos por valor de trescientos cincuenta millones de dólares para financiar un vasto programa de obras públicas. La situación se parecía cada vez más a la de la época de Machado; porque casi nadie dudaba de que este dinero iría a parar a manos de los miembros del gobierno.

El 14 de agosto, Batista, presidente titular, cedió el puesto a su leal secretario Morales del Carrillo, que se hizo cargo de él provisionalmente con un gobierno igual al de antes, y se dedicó a su campaña electoral. El mismo día salía otra carta de la Isla de Pinos, de Fidel Castro para Luis Conte Agüero; el tono volvía a ser diferente, tan diferente de las cartas de junio como estas lo eran de las cartas de diciembre y de primavera; evidentemente Castro había pensado mucho sobre la cuestión de la jefatura revolucionaria:

> Básicamente creo que uno de los mayores obstáculos para la integración de la [oposición] es el número excesivo de personalismos y las ambiciones de grupos y… caudillos… la [situación] me recuerda los esfuerzos que hizo Martí para unir a todos los cubanos dignos en la lucha por la independencia… quizá por este motivo, los capítulos que más admiro de la historia de Cuba no son tanto los momentos orgullosos de la batalla… como la empresa gigantesca y heroica de unir a los cubanos para la lucha… en primer lugar, he de organizar a los hombres del 26 de julio y unir, en un haz inquebrantable, a todos los combatientes, los que están en el exilio, los que están en la cárcel, los que están en libertad, que, juntos, pasan de ochenta, implicados en el mismo día histórico de sacrificio. La importancia de este tipo de núcleo, perfectamente disciplinado, contribuye con una fuerza incalculable a la… formación de equipos de lucha para una organización civil o revolucionaria. A partir de ahora… un gran movimiento cívico-político debe contar con la fuerza necesaria para hacerse con el poder, sea por medios pacíficos o revolucionarios, o correr el riesgo de ser derrotado, como la ortodoxia, sólo dos meses antes de la elección.

Esto indica que Castro ya no se consideraba ortodoxo; ya comparaba su propia conducta con la de los ortodoxos: él no cometería los errores de la ortodoxia: por lo tanto no podía ser ortodoxo. Continuaba:

> Las condiciones indispensables para la integración de un verdadero movimiento civil son: ideología, disciplina, dirección. Todas son deseables, pero la dirección es esencial. No sé si fue Napoleón quien dijo que, en una batalla, cuenta más un mal general que veinte buenos. No se puede organizar un movimiento en el que todo el mundo crea que tiene derecho a hacer declaraciones públicas sin consultar a nadie. Tampoco se puede esperar nada de una organización llena de hombres anárquicos que, ante la primera dificultad, toman el camino que consideran mejor, descomponiendo y destrozando el vehículo. La organización y el dispositivo

> de la propaganda han de ser tan poderosos que destruyan implacablemente a todo el que intente crear divisiones, camarillas, cismas, o la que intente alzarse contra el movimiento… El programa debe contener una exposición completa, concreta y aceptable de los problemas sociales y económicos con los que se enfrenta el país, de modo que se pueda dar a las masas un mensaje verdaderamente nuevo y beneficioso. Ya sé que ni siquiera Dios pudo crear en un solo día todas las maravillas del mundo, pero las masas deben sentir, desde el primer momento, que existen los cimientos de las maravillas. Sobre todo… no hemos de gastar inútilmente nuestras energías, improvisando y haciendo mezclas, en vez de crear y poner bases, cosa que… no ocurría con la ortodoxia.

Leyendo otras cartas, se ve claro que Castro, en 1954, pensaba mucho en Napoleón, Julio César («un verdadero revolucionario», en contraste con Cicerón, la encarnación de la oligarquía), y en las *Vidas* de Plutarco. Los escritos de este período producen la impresión abrumadora de que deseaba identificarse con el proceso histórico del mundo, expresando su propia postura en términos románticos y decimonónicos.

Entretanto, Batista montaba una campaña electoral espectacular, cuya ocurrencia más habitual era la anécdota que explicaba cómo en 1939 había encontrado una grulla herida, cómo la ayudó y le salvó la vida, pero cómo murió cuando se fue a otro sitio; Cuba, decía Batista, se parecía a esta grulla, y ahora él la estaba volviendo a la vida. La imagen tuvo éxito, y sus partidarios repetían en todas partes el grito de «¡Viva la grulla!». Acumuló grandes cantidades de dinero que le dieron compañías y partidarios privados; según su propio líder juvenil, Suárez Núñez, él, personalmente, sacó casi doce millones de dólares de la elección. Los comunistas continuaban apoyando a Grau. Blas Roca recordaba más tarde: «El mitin de Santiago [el 24 de octubre de 1954] fue memorable… Durante veinticuatro horas el partido recuperó su legalidad, y las masas se hicieron dueñas de las calles… Al encontrarse con la amenaza de una avalancha de votos negativos, el gobierno se vio obligado a cambiar las normas de la elección y a llamar a Mujal para que controlara a las masas». Sin embargo, el mitin de Santiago fue memorable prin-

cipalmente por el hecho de que, cuando apareció Grau, la multitud gritó el nombre de Fidel Castro.

De hecho, el gobierno había decidido, desde el principio, controlar las masas electorales. Grau exigió tener el mismo número de representantes que el gobierno. Cuando se le negó, pidió un aplazamiento. Tampoco se le garantizó. Entonces Grau se retiró de la elección, perjudicando a los comunistas, que le acusaron de rendirse a la presión de los «imperialistas yanquis». Batista acusó a Grau de «conspirador». Agramonte le alabó. A continuación, Batista dio lo que parecía el último paso: la proscripción total de los comunistas; pero en la práctica, la mayoría de los comunistas podían seguir trabajando del modo normal: así, César Escalante siguió viviendo en la casa solariega de su mujer; Carlos Rafael Rodríguez y Aníbal Escalante continuaron en libertad.

Por fin, el 1 de noviembre tuvieron lugar las elecciones. Batista volvió a la presidencia sin oposición, sólo votó la mitad del electorado, aunque votar era nominalmente obligatorio. Algunos auténticos consiguieron escaños en el Congreso y en el Senado, quedándose con los escaños minoritarios del cuerpo legislativo: en el Senado, de 54 obtuvieron 18; en el Congreso, de 114 obtuvieron 16. Parece que el propio Grau tuvo un voto de cada seis, a pesar de que había anunciado que no tomaba parte.

La reacción de Castro ante la elección no fue nada especial, pues entonces estaban terminando las gestiones de su divorcio de Mirta, y, ocupado con la lectura y el estudio, la dejó pasar sin comentarios. Su preocupación principal era que su hijo tuviera que dormir bajo el mismo techo que sus parientes políticos, los Díaz Balart, y «recibir en sus mejillas inocentes los besos de estos miserables Judas… Supongo que ya saben que para que yo abandonara a este niño tendrían que matarme… Cuando hablo de estos asuntos, pierdo la cabeza».

Se reunió el nuevo Congreso, y los auténticos ocuparon sus escaños (sólo dos accedieron a la petición de Grau de boicotearlo). En febrero de 1955, Batista tomó posesión debidamente, acontecimiento que se vio coronado con la captura y muerte de un famoso gángster de los viejos tiempos, amigo de Prío, Orlando León Lemus (el Colorado).

Ahora, alegaban, se había restaurado el gobierno constitucional. En la universidad latía todavía una agitación constante, y de vez en cuando aparecían bombas en cualquier punto de la isla, colocadas por amigos de Castro o de Prío; pero en abril, todos los sectores de la opinión estaban cada vez más a favor de la amnistía. Batista creyó que su posición era tan fuerte que se lo podía permitir: la Acción Libertadora de Justo Carrillo que, con la organización de Sánchez Arango, era el único grupo de oposición eficaz ligado al antiguo régimen, se desintegró a finales de 1954. En Cuba se respiraban aires de prosperidad tras la firma de un acuerdo para vender el azúcar de reserva a la Unión Soviética, y a esto se añadía la sensación de que las elecciones habían terminado con un período de incertidumbre. El vicepresidente Nixon llegó en febrero a dar su bendición al régimen, en el curso de un viaje de buena voluntad por Centroamérica, y en abril, Allen Dulles, de la CIA, llegó a aplicar su estetoscopio a la «organización de seguridad» cubana. Dijo, con cierto misterio, que Estados Unidos estaba seriamente preocupado por el problema del comunismo en Cuba. El programa de obras públicas de Batista estaba comenzando, y la construcción privada en Vedado había dado un gran paso. Una carta escrita por Castro a Conte Agüero en marzo de 1955 aseguraba a la oposición democrática que Castro y su grupo mantenían sus principios. Aun así, a mediados de abril Batista aflojó, y declaró una amnistía. Todos los presos políticos serían puestos en libertad en mayo. Este fue el mayor error de apreciación sufrido por Batista.

65

El diálogo cívico

El 15 de mayo de 1955, Castro y su hermano, con dieciocho de sus partidarios abandonaban la Isla de Pinos con la ley de amnistía. Al reunirse con sus familias hubo escenas de júbilo, y Castro fue recibido por el comité nacional de los ortodoxos. Declaró a *Bohemia*:

> No tengo… la intención de crear un partido político nuevo. No abandonamos nuestros planes de apoyar al partido [ortodoxo] y cooperar con él… Consideramos una buena cosa que se haya nombrado jefe al doctor Raúl Chibás, aunque no se puede decir que tenga mucha experiencia política… Todos nosotros nos hemos de unir bajo alguna bandera… Todos [los ortodoxos] son necesarios en esta lucha, todos tienen la misma ideología avanzada. Y si existe una unidad ideológica, ¿qué necesidad tenemos de continuar divididos? La amnistía es el resultado de una extraordinaria movilización popular, apoyada espléndidamente por la prensa cubana, que ha conseguido la más brillante de las victorias.

Castro explicó a Agramonte y a Raúl Chibás: «Lo que Cuba necesita son políticos decentes… Es necesaria una gran reforma económica y social».

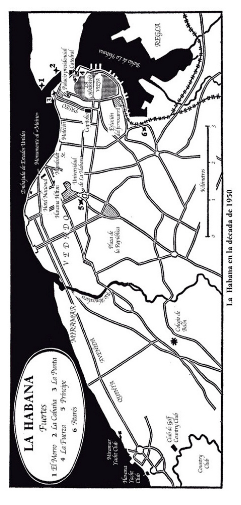
Pero ¿dónde encajaba Castro? La atmósfera general de La Habana, a mediados de 1955, era de antipatía hacia Castro. Como se lo había jugado todo en la política de acción, y de violencia si era necesario, la misma amnistía y el clima de compromiso que había creado actuaban contra él. Entre los ortodoxos y los profesionales cubanos de clase media se tenía la impresión de que negociar con Batista era posible y, en realidad, la única salida viable. Castro, temperamental y psicológicamente, era opuesto a esta aproximación; tampoco podía olvidar, ni sus seguidores se lo permitirían, a los sesenta y ocho prisioneros asesinados después de Moncada. Castro ni siquiera podía cooperar con un grupo moderado de Acción Católica que estaba dis-

puesto a apoyar una acción militar, porque quería ser el jefe de un movimiento unido.

En cuestión de semanas, Castro decidió marcharse a México, y allí formar un grupo entrenado y disciplinado que fuera la base de una tropa de guerrilleros, para tratar de derrocar a Batista por la fuerza, mediante algún otro golpe de efecto, como suponía él entonces. Probablemente, la policía de La Habana estaba preparando un ataque contra él, como se supo después; según una versión, ya tenían un coche acribillado a balazos, preparado para que su cuerpo se encontrase dentro (muerto «cuando luchaba contra la policía», tal como habían matado a Agostini). Parece ser que Castro tomó la decisión de irse a México él solo, sin consultar a los dirigentes ortodoxos. En realidad, su hermano Raúl (a quien acababan de acusar, injustamente, de haber provocado un incendio) le había precedido. Antes de irse de La Habana, el 19 de julio, Castro celebró una reunión con sus amigos y partidarios, a los que iba a dejar detrás, y tal vez sea adecuado considerar que esta reunión inauguró lo que después se convertiría en el Movimiento 26 de Julio, como una organización separada de la ortodoxia; sin embargo, Castro, por el momento, se abstuvo de exponer sus diferencias con el antiguo movimiento de Chibás (de todos modos, estas diferencias no eran tanto de ideología o de objetivos políticos como de método y táctica).

Los amigos que Castro dejó tras de sí consistían, en primer lugar, en unos pocos viejos camaradas de Moncada, por ejemplo, Haydée Santamaría, Pedro Miret y Lester Rodríguez, y uno o dos amigos de estos, entre ellos, Aldo Santamaría, hermano de Haydée, o los hermanos Ameijeira, cuyo hermano mayor, Juan Manuel, había muerto tras el ataque a Moncada; pero estos viejos camaradas eran una minoría. La mayoría de los miembros del Movimiento 26 de Julio eran nuevos partidarios de Castro, que, hasta hacía muy poco, habían sido partidarios

del Movimiento Nacional Revolucionario del profesor García Bárcena; buscaban un nuevo líder entregado a la idea de la acción revolucionaria contra Batista ahora que el profesor (también liberado por la amnistía) había demostrado que ya no se podía contar con él para este fin. Entre ellos se encontraban, no sólo los dirigentes estudiantiles de Santiago Pepito Tey y Frank País, el maestro baptista con el que trabajaba Lester Rodríguez, de Moncada, sino también hombres como Faustino Pérez —un farmacéutico presbiteriano—, Armando Hart, un estudiante de derecho que había defendido a García Bárcena, y Enrique Oltuski, hijo de un inmigrante polaco, que sería uno de los principales organizadores del Movimiento 26 de Julio en Cuba (durante la mayor parte de los años de lucha contra Batista) hasta 1959. Un nuevo partidario de este momento era, por lo menos para Castro, un antiguo conocido: Carlos Franqui, que había tomado parte en el fracasado ataque contra la República Dominicana de 1947, en la expedición de Cayo Confites. Franqui, excomunista, era periodista de la revista Carteles; anteriormente había sido el promotor de varias publicaciones contrarias a Batista, y ahora organizó el semanario ciclostilado del 26 de Julio, Revolución.



La Habana en la década de 1950.

Aunque Hart y Faustino Pérez serían más adelante los principales lugartenientes de Castro, en esos momentos parecía que este tenía más en cuenta al grupo de Santiago, encabezado por Tey y País, y, al marcharse de la isla, Castro nombró a País jefe de todos los «grupos de acción» de Cuba. Esto se debía principalmente a que País ya tenía, con los restos de la sección de Oriente del movimiento de García Bárcena y con su propia Acción Revolucionaria Oriente, la armazón de una organización.

En México, Castro se encontró con una serie de jóvenes cubanos, y también con algunos exiliados mayores. Utilizaron como centro de operaciones la casa que en Pedregal de San Ángel tenía Orquídea Pino, una guapa cantante cubana casada con un distinguido ingeniero mexicano, Alfonso Gutiérrez. Allí, Castro y sus amigos empezaron a preparar su próximo paso y también a pensar más en su ideología general.

En México, en 1955 todavía gobernaba el Partido Institucional Revolucionario (PRI). El presidente, Adolfo Ruiz Cortines, llevaba la contabilidad con gran austeridad y trataba, con bastante éxito, de establecer un gobierno ahorrativo, tras las suntuosidades de su predecesor, el expansionista, incansable y ambicioso Miguel Alemán. Ruiz Cortines mantenía la independencia de México en política exterior y la tradicional hostilidad hacia regímenes totalitarios de cualquier tipo. En cambio, continuaban las relaciones diplomáticas con el llamado gobierno republicano español en el exilio, y en México había muchos exiliados españoles con sus familias. El Partido Comunista funcionaba legalmente, aunque sin esperanzas de lograr una victoria electoral. La ciudad de México era un centro natural de discusión política e incluso de conspiración que abarcaba a gran parte de América Latina.

En esta volátil atmósfera, Castro se encontraba a sus anchas. Ahora, su mujer, bajo la influencia de su hermano batistiano, estaba llevando a cabo los trámites del divorcio, o sea que, en

cierto modo, sólo estaba casado con la Revolución. Él y sus amigos se unieron pronto a los republicanos españoles, entre otros, el escultor y constructor de marcos Víctor Trapote, un catalán cuya hija se casó con uno de los seguidores de Castro más próximos, Ramiro Valdés, un estudiante de Artemisa y veterano de Moncada. El estudio de Trapote se convirtió en otro centro de reunión para el Movimiento 26 de Julio. En agosto de 1955, Castro envió a La Habana (por medio de Ondina Pino, hermana de Orquídea, en un ejemplar de la *Historia de los incas* de Garcilaso al que habían arrancado las páginas) un documento para los «militantes» del Partido Ortodoxo, titulado *Manifiesto n.º 1*. Con citas de Martí y de Maceo a modo de introducción, seguía aproximadamente la línea de *La historia me absolverá*, y contenía un programa de reformas en quince puntos que se habrían de llevar a cabo dentro del espíritu de «nuestra avanzada» Constitución de 1940. «La distribución de la tierra entre las familias campesinas», ese viejo sueño anarquista, reaparecía como punto primero; se daba mucha importancia a la nacionalización de los servicios públicos, a la educación de las masas y a la industrialización; pero aunque se aseguraba que quienes dirigían el Movimiento 26 de Julio eran «hombres nuevos, sin compromisos con el pasado», Castro insistía en que todavía era ortodoxo, y hablaba de los principios de Chibás: «No constituimos una tendencia dentro del partido; somos el dispositivo revolucionario del chibasismo». Indudablemente todos los seguidores más próximos de Castro tenían todavía, al parecer, puntos de vista ortodoxos. Así que los primeros partidarios de México fueron Fernando Sánchez Amaya, que ya vivía allí antes de que llegara Castro; Pedro Miret, el exmoncadista, estudiante de ingeniero y cartógrafo, que llegó de La Habana; Juan Manuel Márquez, exconcejal ortodoxo de Marianao, al que la policía había pegado en junio. Del alojamiento de estos primeros fidelistas se encargó en parte «un cubano que vivía en México des-

de hacía mucho tiempo», y lo organizó en un plan bastante militar: todos reconocían la autoridad de un «responsable de casa». En cada casa vivían de cinco a diez personas. Pero ya en septiembre de 1955 llegó a México el jefe del servicio secreto de Batista, coronel Orlando Piedra, y empezó un curioso juego del gato y el ratón, de observación y traición, que iba a durar más de un año en la ciudad de México y en sus alrededores.

En Cuba continuaba el reblandecimiento democrático del régimen. El 11 de agosto de 1955, Prío (al que afectaba la misma amnistía que a Castro) se decidió a volver a su país. Rodeado de un gran entusiasmo, fue primero al Hotel Nacional, y luego a su famosa hacienda, La Chata, donde se reunió afanosamente un gran número de partidarios, viejos amigos y gente del lugar. Se hizo un llamamiento destinado al restablecimiento de relaciones con Grau, y Prío dijo que, en adelante, sólo se opondría a Batista a través de las urnas.

La oportunidad más propicia para unir a la oposición la constituía un nuevo movimiento formado específicamente con vistas a este objetivo, la Sociedad de Amigos de la República (SAR). El alma de este grupo era Cosme de la Torriente, que entonces tenía ochenta y tres años, superviviente de todos los turbulentos acontecimientos de la historia de la República Cubana independiente; de la guerra contra España; de los gobiernos de Wood y de Estrada Palma; ministro de Asunto Exteriores con Menocal y Mendieta; jefe de la delegación cubana en la Liga, y retirado desde 1938, se dedicaba a dirigir la Revista de La Habana. A mediados de octubre solicitó una entrevista con Batista para tratar de convencerle allí mismo de que celebrase elecciones. Pero Batista se negó, basándose en que De la Torriente no reunía las condiciones legales para hacer tales peticiones. De la Torriente decidió celebrar un mitin masivo al estilo de Prío, y, milagrosamente, los demás líderes de la oposición decidieron no hacer nada hasta entonces.

El 19 de noviembre se celebró el mitin en el barrio del puerto: se proponían presionar para que se convocaran nuevas elecciones para 1956. Todos los adversarios de Batista, excepto los comunistas, estaban presentes. La multitud llenaba el espacio que va desde la Alameda de Paula hasta la Casa de Aduanas. La tribuna se caracterizaba por la variedad de procedencias de sus miembros. Aparte del venerable don Cosme estaban también presentes el joven José Antonio Echevarría, elegido recientemente presidente de los estudiantes (FEU); Raúl Chibás, presidente de los ortodoxos; Carlos Prío; Grau San Martín; el doctor Miró Cardona, presidente del Colegio de Abogados; Pardo Llada, el comentarista radiofónico; Amalio Fiallo (del Partido Radical), José Andreu (demócrata) y Rogelio Pina, secretario de la recién constituida SAR. El Movimiento 26 de Julio no tomó parte y, por supuesto, había intentado convencer a los ortodoxos de que tampoco fueran. El mitin supuso un hito en la historia de la oposición democrática. Pero después no pasó nada. Batista estaba seguro en su palacio, y dijo amablemente a los periodistas que esos mítines eran buenos para el país. Se negó a tocar el tema de las elecciones hasta 1958, aunque, por otra parte, estaba dispuesto a hablar con don Cosme.

La vuelta a la inacción trajo nuevos alborotos estudiantiles en Santiago y en La Habana. Se hacían salidas contra la policía con el pretexto de honrar a los mártires. Muchos estudiantes fueron detenidos; muchos, heridos; algunos, golpeados, y otros, torturados; el 10 de diciembre, Raúl Cervantes, presidente de la Juventud Ortodoxa, fue muerto a tiros por la policía en Ciego de Ávila. El 16 de diciembre, el rector de la Universidad de La Habana, doctor Clemente Inclán, un pediatra, consiguió convencer a la FEU de que terminase con las manifestaciones y volvieran a trabajar, al menos por una vez. Pero los líderes estudiantiles, encabezados por Echevarría, fundaron una nueva organización, el Directorio Revolucionario, cuyo propósito era

aunar a todos los interesados en combatir a Batista, tanto estudiantes como trabajadores. Además, a las protestas estudiantiles siguieron inmediatamente las protestas de los trabajadores del azúcar, por motivos económicos. Los convenios salariales habían estipulado durante varios años que, si el precio medio del azúcar superaba a la media del año anterior, se pagarían pluses proporcionados al sobrante. En 1955, los precios hicieron que los trabajadores esperaran una pequeña gratificación por Navidad. Pero el Instituto del Azúcar había incluido en sus cálculos la retirada de la circulación de un lote de azúcar de reserva de 350 000 toneladas que se había de vender en 1956, atribuyéndole el precio, artificialmente escogido, de 2,77 centavos la libra. Los líderes azucareros reclamaban como precio último el de 5 centavos.

En consecuencia, el 26 de diciembre, Cuba se encontró con una huelga de 500 000 hombres. Esto amenazaba con paralizar toda la recolección del azúcar, que había de empezar el 1 de enero. Los comunistas y el recién formado Directorio Revolucionario (cuyos miembros todavía no eran conocidos) apoyaron la huelga; lo mismo hicieron algunos mujalistas, y al menos un huelguista comunista, Bernardo Carreras, fue muerto a culatazos por el ejército en Palos. También participaron algunos miembros de la organización de Castro en Cuba, encabezados por David Salvador, un líder de los trabajadores del azúcar de Las Villas que había ingresado en el Movimiento 26 de Julio en Santiago. Salvador, como muchos de los primeros partidarios de Castro, había tenido una trayectoria muy variada: había sido comunista de 1939 a 1946, auténtico, ortodoxo, y partidario de la Triple A de Aureliano Sánchez Arango (1952-1955). Ahora se convirtió, durante un tiempo, en coordinador del Movimiento 26 de Julio en La Habana.

Finalmente, el 30 de diciembre, Batista se decidió en favor de los trabajadores. Pero varios funcionarios del sindicato del

azúcar trataron de utilizar esta oportunidad para arrebatar el control de su organización sindical a José Luis Martínez, el líder de los trabajadores del azúcar, e indirectamente a Mujal. Se negaron a ordenar a sus seguidores que volvieran al trabajo tras el acuerdo con Batista, y trataron de celebrar una reunión plenaria de trabajadores del azúcar que se opusiera a los líderes existentes. Los rebeldes fueron suspendidos de sus cargos inmediatamente, y Martínez ocupó sus despachos por la fuerza. En consecuencia, los líderes azucareros que estaban en el Congreso, Conrado Bécquer, Conrado Rodríguez y Jorge Cruz, iniciaron una huelga de hambre en la Cámara baja. Esta huelga duró 168 horas, y sólo se terminó cuando intervino el cardenal Arteaga. Bécquer no volvió a su puesto de vicesecretario general de la FNTA, y se suspendieron los programas de radio que habían apoyado su actuación.

Finalmente, Batista, al encontrarse con estos conflictos industriales, se avino a ver a don Cosme de la Torriente. Se vieron el 29 de diciembre, y otra vez el 10 de enero. Entretanto hubo explosiones de bombas en Santiago, probablemente colocadas por estudiantes o por el Movimiento 26 de Julio. Hubo seis heridos. Periódicos como el *Diario de la Marina* e *Información* condenaron estas actividades: «Un pueblo noble, generoso y valiente, que ama la paz, no puede en ningún momento ni en ninguna circunstancia dar su apoyo a un infame delincuente que coloca una bomba… hemos de hacer todo lo posible para eliminar al terrorismo inútil y a los terroristas» y «No podemos permitir que los gestos martinianos que acaban de empezar fracasen, sin hacernos cómplices de una cobardía cívica imperdonable». Los gestos martinianos eran los ofrecimientos de compromiso de don Cosme.

Ahora hacía casi cuatro años que Batista estaba de nuevo en el poder. En ese tiempo, mucha gente se había pasado a él. Disfrutaba de las simpatías de muchos norteamericanos, no sólo

del embajador. Las pocas bombas que explotaban en calles secundarias y la actividad de Castro en México eran como granizadas extrañas, desagradables, inexplicables, pero sin importancia: pronto se olvidaban. En la prensa estadounidense solían aparecer artículos que describían el buen funcionamiento de la economía cubana: en 1955 el turismo había sido mayor que nunca. Tanto la renta como la producción nacional fueron superiores en un 7 por ciento a las de 1954. Al mismo tiempo, en La Habana estaba iniciándose un auge de la construcción. En Vedado se estaban derribando muchas casas decimonónicas y en su lugar se construían rascacielos, por ejemplo, el edificio FOCSA y el Havana Hilton. La Habana se estaba transformando. Otro centro de nuevas construcciones era la Plaza de la República, en la zona sur, a las afueras de la capital, adonde estaban trasladando algunos ministerios que antes estaban en la ciudad antigua. Había planes en marcha para la construcción de hoteles aún más espléndidos y grandiosos, como el Capri y el Riviera. El juego se llevaba de otro modo, se abrían muchos casinos. Ahora podían verse películas pornográficas en el cine Shanghai. El *Havana Post* describía a Cuba como «Las Vegas de América Latina». A principios de 1956, en el antiguo Hotel Nacional se abrió un casino. Martha Kitt, Maurice Chevalier, Lena Horno y Nat King Cole aparecían incesantemente en los clubes nocturnos de La Habana. Era explicable que Fulgencio Batista, que iba del palacio presidencial al Campamento Columbia, y de vez en cuando a su antigua hacienda, Kuquine, que entregaba juguetes el día de Reyes, creyera que su posición era fuerte y que su corona estaba firmemente asentada. «La Habana tiene un futuro fabuloso», dijo Wilbur Clark, un príncipe de los *croupiers* que había venido de Las Vegas para dirigir el nuevo casino del Hotel Nacional.

Cuando Batista vio a don Cosme el 10 de enero, le propuso que de todas las futuras negociaciones se encargasen unos

equipos que representaran a ambos bandos: don Cosme accedió a considerar la idea pero, tal como quizá Batista adivinó que ocurriría, tardó mucho tiempo en consultar a todo el que quisiera ser consultado. Muchos trataron de convencer a don Cosme de que Batista seguía en sus trece y de que, al final, no haría ninguna concesión verdadera, e indudablemente se negaría a celebrar elecciones en 1956. El Directorio Revolucionario, la nueva fuerza de oposición fundada por el líder estudiantil Echevarría, en su primer manifiesto proclamó sus dudas sobre la posibilidad política de un verdadero diálogo. El Movimiento 26 de Julio hizo lo mismo, en términos más violentos. A pesar de todo, la fuerza más persuasiva era el escritor Jorge Mañach (antiguo miembro del ABC), y este insistía en el diálogo; y finalmente, a finales de enero de 1956, se formó un comité representativo de cada bando. Las reuniones comenzaron en marzo.

Este diálogo cívico representaba lo que resultó ser la última esperanza de la democracia cubana de la clase media. Pero, evidentemente, Batista se sentía demasiado fuerte como para tener que hacer ninguna concesión. La petición de elecciones en 1956, que hacía la oposición, no era aceptable; no podía haber nada antes de noviembre de 1958. El 11 de marzo, en un discurso transmitido por radio y televisión, Batista ridiculizó públicamente las peticiones de don Cosme, calificándolas de absurdas, y el 12, don Cosme detuvo todas las negociaciones. Una vez más invadió la escena política una sensación de duda y depresión. Castro, muy inteligentemente, aprovechó la oportunidad para lanzar desde México una nueva declaración por la que se separaba definitivamente de los ortodoxos. Arrojaba un catálogo de insultos contra «la mala fe de los políticos», «las intrigas de los incapaces», «la envidia de los mediocres», «la cobardía de los intereses creados», etc. La carta daba a entender que, so capa de defender la Constitución de 1940, Castro siempre se ha-

bía sentido inclinado a romper las ataduras de la política democrática normal. A pesar de todo, aún se mantenía fiel a la figura patriarcal de Eddy Chibás. Rompía con los líderes ortodoxos, pero no con las «masas chibasistas». Decía que su movimiento era la «organización revolucionaria de los humildes, para los humildes, por los humildes… la esperanza de renovación de la clase trabajadora». El Movimiento 26 de Julio, decía, es una calurosa invitación a cerrar filas, hecha con los brazos abiertos a todos los revolucionarios de Cuba, sin mezquinas diferencias de partido.

Además su movimiento se vio incitado por un súbito resurgimiento de la tortura y de la crueldad por parte de la policía especial (SIM). En febrero hubo tres casos de comportamiento atroz de la policía: primero, el caso de una estudiante de veintitrés años, miembro de los ortodoxos, Evélida González (secretaria del amigo de Castro, Conte Agüero); segundo, el de un miembro de la organización juvenil priísta, Antonio López Camejo, y tercero, el caso de José Carballo García, al que golpearon en Florida. Todos fueron torturados por agentes de policía para obtener información, la primera en relación con la interesante cuestión de las relaciones entre el Movimiento 26 de Julio y los ortodoxos. El resurgimiento de esta conducta de la policía batistiana produjo muy mala impresión, y aunque Batista «aseguró personalmente» que descubriría a los torturadores, no se probó la culpabilidad de nadie; se tuvo la impresión de que la policía estaba incontrolada siempre que quería.

66

Castro en México

El movimiento de Castro en México había pasado por muchos altibajos desde que, el verano anterior, se había establecido allí. Había problemas financieros: en el otoño de 1955 Castro fue a Miami y a Nueva York en busca de colaboradores, pero su única fuente importante de ingresos era nada menos que el expresidente Prío, siempre deseoso de meter mano en las actividades de la oposición de cualquier tipo. A finales de septiembre, Castro se encontró con el antiguo presidente del Banco de Desarrollo de la época de Prío, Justo Carrillo, en Mérida, Yucatán; en esos momentos Carrillo estaba conspirando, como debía de saber Castro, con un grupo de oficiales izquierdistas para derrocar a Batista mediante un golpe de Estado, y Castro le pidió que, si triunfaba, tras la derrota de Batista le nombrase alcalde de La Habana. Carrillo, en vez de esto, le prometió «un cargo en el que pueda usted aplicar toda su energía, llevar a cabo una función de gran utilidad, y convertirse en un representante constructivo de su generación».

Entre otros simpatizantes que daban dinero en esta época estaban algunos exiliados venezolanos, como Rómulo Betancourt, y algunos mexicanos. Castro también consiguió algún dinero con sus peticiones en mítines celebrados en Estados Unidos, organizados generalmente por exiliados ortodoxos. Nombró a Juan Manuel Márquez representante suyo en Miami, y de Miami se trajo un instructor militar, Miguel Sánchez, llamado «el Coreano», porque, aunque era cubano, había luchado en las filas del ejército de Estados Unidos en la guerra de Corea. Otro instructor militar era un viejo cubano-español, Alberto Bayo.

Bayo había nacido en Cuba, hijo de un oficial español y de una mujer de Camagüey, y primero ingresó en el ejército español, y luego en el arma de aviación, participó en la guerra civil española del lado de la República y dirigió la famosa, aunque fracasada, expedición a Mallorca en el verano de 1936; más tarde dirigió expediciones de guerrillas en Castilla. Hombre de amplia experiencia, además de luchar en la guerra civil, también había participado en las campañas de Marruecos; fundó la primera escuela de aviación civil de España, y escribió libros sobre todo lo que había hecho, sin mencionar sus novelas, poesías y manuales técnicos. Probablemente Castro consideró que Bayo era recomendable por su gran conocimiento del mundo y de los conflictos pasados. En México, como director de la Escuela de Aviación Militar o como presidente de la Casa de la Democracia Española, Bayo había seguido siempre una línea de Frente Popular, y en los quince años anteriores había entrenado, por lo menos una vez, a jóvenes comunistas españoles para que volvieran a España como guerrilleros. Bayo era uno de aquellos a los que la guerra española había convencido de que los comunistas solían ser más decididos y valientes que otros; pero no se había limitado a instruirlos a ellos, pues también ayudó a entrenar a un grupo de jóvenes combatientes anticomunistas que iban contra los Somoza, los dictadores de Nicaragua.

En el otoño de 1955, Bayo, el Coreano y un cubano llamado José Smith iniciaron los preliminares del entrenamiento militar de los hombres de Castro en un campo de tiro, Las Guamitas, que estaba en Santa Fe, a las afueras de la ciudad de México. Castro trató de establecer una disciplina militar, haciendo que los reclutas estuvieran en casas a las órdenes de un jefe. Pero se produjo una seria contrariedad cuando arrestaron a unos cuantos del grupo (Cándido González, Montané, Máximo Celaya) por tenencia ilegal de armas, y los mandaron a la cárcel de Poci-

to, donde fueron sometidos al trato desagradable y brutal que era normal en las cárceles mexicanas.

Probablemente, en esta acción colaboraron las policías mexicana y batistiana; hubo por lo menos un atentado contra la vida de Castro, indudablemente llevado a cabo por un agente de Batista, del mismo modo que Magriñat había asesinado a Mella. Confiscaron unas armas que Castro tenía escondidas en la calle Sierra Madre, en el agradable barrio de Lomas de Chapultepec. Después de esto, Castro se decidió a buscar un sitio más alejado para el entrenamiento, y montó una nueva base en la hacienda Santa Rosa, que pidió prestada, bajo supuestos falsos, a un tal señor Rivera (superviviente del ejército de Pancho Villa), en el distrito de Chalco, a treinta y dos kilómetros de la ciudad de México. Aquí se inició una vida todavía más rígida. Se confiscaron los pasaportes. A los que se adiestraban no se les dejaba salir del rancho más que a horas concretas. Se controlaba la vida sexual. Las cartas a Cuba se redujeron al mínimo. Bayo consiguió convencer a Castro de que abandonase la idea del ataque frontal para la guerra de guerrillas, idea que al principio había encontrado repugnante. Se prohibió toda conversación con gente desconocida. Los hombres del Movimiento 26 de Julio salían de Santa Rosa en grupos. Pronto empezó, además del entrenamiento militar, la instrucción política, aunque parece que esta no pasaba de ser una conversación.

En el otoño de 1955, Castro todavía no tenía claro para qué se estaba preparando su pequeña fuerza; por ejemplo, parece ser que sostuvo conversaciones con algunos de los comunistas cubanos que entonces estaban en México, entre otros con Joaquín Ordoqui, Lázaro Peña y Blas Roca. Pero una conversación no es una conversión. Una serie de participantes del asalto a Moncada, como Mario Dalmau, Calixto García y Nico López, habían estado exiliados en Guatemala, donde algunos habían trabajado con el gobierno revolucionario hasta su derrocamien-

to a mediados de 1953 y, por lo tanto, al llegar a México aportaron un nuevo rencor y probablemente una nueva hostilidad contra Estados Unidos. Más importante desde el punto de vista de lo que ocurrió finalmente fue el encuentro de Castro, a finales de 1955, con Ernesto Guevara, conocido por Che Guevara, un argentino que entonces tenía veintiséis años, licenciado en medicina por la Universidad de Buenos Aires.

Guevara procedía de una familia burguesa de Rosario, la segunda ciudad de Argentina: su padre, Ernesto Guevara Lynch, dirigió durante un tiempo una explotación de mate en Alta Gracia, cerca de Córdoba, y tanto él como su mujer, Celia de la Serna (que era la dueña de la finca), eran activos en política, desde un punto de vista izquierdista. Su padre tenía sangre irlandesa a través de su madre, mientras que su propia madre era española de origen. Su familia era católica, pero no iban mucho a la iglesia, aunque sus hermanas habían sido confirmadas. Guevara padre había participado en conspiraciones antiperonistas y había ayudado a los revolucionarios paraguayos. Como padecía de asma desde muy pequeño, el hijo pasó mucho tiempo sin ir a la escuela, siendo educado en parte por su madre y sus cuatro hermanos y hermanas. Esto le estimuló a seguir estudiando, y primero estudió para ingeniero. La familia se trasladó a Buenos Aires en 1944, pero parece ser que económicamente iban de capa caída.

Guevara ingresó en la Escuela de Ingenieros, pero se pasó a Medicina. Una nota necrológica señalaba que «su interés tanto por Baudelaire como por los deportes le templaba espiritual y físicamente». Como Baudelaire, no tenía oído para la música. Trabajó durante un tiempo como ayudante del doctor Salvador Pissani, un cardiólogo argentino especializado en alergias, con el que colaboró en una o dos publicaciones científicas. Cuando era estudiante, viajó mucho por Argentina, Perú y Chile, en bicicleta y a pie, y también fue a Colombia y Venezuela. Parece

que no tuvo contactos con los comunistas argentinos; sus intereses políticos parece que surgieron cuando vio lo que ocurría en el resto de Sudamérica. Además, había tenido varios amigos que eran hijos de exiliados españoles o cuyos padres habían muerto en la guerra civil española. Al tratar de la experiencia revolucionaria latinoamericana, hay que tener en cuenta el papel que tuvieron estos hijos de España, muy formados políticamente. Durante un tiempo estuvo prometido a una chica rica de Córdoba, pero cuando se licenció en marzo de 1953, Guevara se dispuso otra vez a viajar, llevándose una gran biblioteca; al principio había decidido ir a trabajar a la leprosería venezolana de Cabo Blanco, donde ya estaba un compañero de estudios, pero un abogado ecuatoriano, Ricardo Rojo, le convenció de que «había que ir a Guatemala», porque había un gobierno revolucionario. Cuando se dirigía allí, fue arrestado en Perú, y pasó algún tiempo en Ecuador y Panamá, donde escribió una serie de artículos semiarqueológicos para pagarse el viaje a Guatemala.

En Guatemala, Guevara se ofreció voluntariamente para ir a la jungla, como médico de enfermedades tropicales, pero no pudo capacitarse con la suficiente rapidez. Vivió en la ciudad de Guatemala, y se ganaba la vida «vendiendo cosas en zonas rurales». Se encontró con Antonio (Nico) López, uno de los seguidores de Castro en Moncada, que ahora estaba en el exilio. Poco después, sin embargo, el gobierno guatemalteco fue derrocado a raíz de una conspiración de la CIA y de algunos oficiales derechistas de Guatemala. Guevara, que se refugió en la embajada argentina, trató de que le enviasen al «frente», pero no lo consiguió; sin embargo, parece ser que ayudó a combatir a los ataques aéreos, trató de animar a luchar a los guatemaltecos, y, como dijo él mismo, «salvó vidas y transportó armas». Finalmente se fue de Guatemala a México, con la ayuda de la embajada argentina.

A Guevara, su experiencia en Guatemala le dejó una inmensa hostilidad contra Estados Unidos, que había sido decisivo. No había estado en Estados Unidos, pero, a partir de entonces, consideró sospechoso a todo el que hubiera vivido allí durante el tiempo que fuera.[38]

En la ciudad de México, Guevara trabajó como fotógrafo callejero, en compañía de otro de Guatemala, el Patojo, Julio Cáceres, al que había encontrado en el camino. Tal vez a través de la influencia de Lombardo Toledano, Guevara consiguió un empleo en la ciudad de México, en la sala de alergias del hospital general; también daba algunas clases en la universidad. Después fue a trabajar al Instituto de Cardiología, recomendado por el doctor Concepción Palacios.

A finales de 1955, Guevara era un revolucionario, pero no necesariamente marxista, si por ello se entiende simplemente la actitud del que cree que son los cambios en las relaciones de producción quienes engendran el cambio político. En cambio, creía en la perfectibilidad del hombre, despreciaba el estímulo del beneficio y creía que podía ser erradicado rápidamente. Según un cubano, Mario Dalmau, con el que se encontró en Guatemala, había «leído» todos los escritos de Marx y Lenin, y tenía consigo una colección completa de sus obras. Era un «marxista completo». Su mujer, Hilda Gadea, peruana y aprista (a la que dejó en Lima), le consideraba un hombre puritano, inteligente y práctico, que ya había experimentado una revolución y cómo había fracasado: mediante el fracaso del gobierno a la hora de destruir al ejército y mediante la intervención norteamericana desde el exterior. Ya creía en los efectos purificadores de la revolución como tal, pues consideraba, como afirmó más tarde, que «la revolución limpia a los hombres y los mejora, igual que el granjero experimental corrige los defectos de su planta». Por otra parte, pocos años después pudo autoclasificarse como trotskista o experonista y, aunque esto lo dijera en un

momento en el que estaba a punto de empezar a utilizar a los comunistas en Cuba, tal vez dijera la verdad. Quizá se pueda encontrar una explicación a su manera de ser en la ambigüedad de su familia, en la que se combinaban sentimientos de extrema izquierda con una forma de vida propia de la alta burguesía, fenómeno sumamente frecuente en los países latinos, y que debe de ser muy irritante para los que se educan dentro de él; además, la familia, aunque burguesa, estaba decayendo, y evidentemente, para Guevara, la influencia de su madre fue mayor que la de su padre.

En noviembre de 1955, Guevara se encontró con Castro y, una noche, hablaron durante mucho rato en casa de una exiliada cubana, María Antonia González de Palomo, en las Lomas de Chapultepec, desde donde puede verse, en las primeras horas de la madrugada, el monte Popocatepetl.[39] Guevara vio que Castro poseía las características de un «gran líder», lo que quizá había estado buscando en sus viajes. En 1962, Guevara dijo que Castro le atrajo desde el primer momento, pues le pareció un aventurero romántico que, no obstante, tenía el valor de arriesgarse a morir por una causa noble. Se enroló en el ejército de Castro, como médico y como guerrillero, y como tal, fue famoso en Santa Rosa y el más inteligente de los alumnos del coronel Bayo, aunque evidentemente siempre fue antimilitar en un sentido ortodoxo.

Quizá bajo la influencia de esta nueva amistad, Castro escribió un artículo que se publicó en *Bohemia*, el 25 de diciembre de 1955. En él, volvía a criticar a los que, en Cuba, «no hacían nada» contra Batista, condenaba a los auténticos y se proclamaba libre de toda corrupción pública: su grito de batalla parecía ser «Contra mundum» (aunque en aquellos momentos, por el contrario, pareciera haber una posibilidad de negociación entre Batista y don Cosme de la Torriente). En febrero, un tribunal de urgencia de La Habana ordenó oficialmente el arresto de Cas-

tro. Sin embargo, Castro esperó hasta que el Diálogo Cívico hubiera fracasado antes de escribir, el 19 de marzo, una dimisión pública del Partido Ortodoxo. Además anunció la formación del Movimiento 26 de Julio como algo aparte de la ortodoxia, tal como en realidad había sido siempre; y condenó el Diálogo Cívico, diciendo que hacía el caldo gordo a Batista. Sus fines propios, dijo, seguían siendo iguales: «Para las masas de chibasistas, el Movimiento 26 de Julio no es diferente de la ortodoxia».

Apenas parece posible que Castro ya hubiera decidido qué línea de conducta seguiría si lograba el poder, pues la toma del poder parecía algo infinitamente remoto. A principios de 1956, era meramente uno entre muchos líderes cubanos en el exilio y en la oposición, aunque era más joven, más decidido, más optimista y, por supuesto, más sutil, políticamente, que los demás. Incluso la táctica de guerrilla y el entrenamiento militar de la hacienda Santa Rosa se basaban más en la experiencia de España que en la de China; Guevara dijo más tarde que él y sus amigos no leyeron el libro de Mao sobre la guerra de guerrillas hasta que llegaron a Sierra Maestra, y luego hablaría de Bayo llamándole «el Maestro» en lo referente a las guerrillas. En cuanto a Castro, Teresa Casuso, una cubana que estaba en el exilio antes que él, describió la impresión que le produjo cuando, en plena lucha, lo vio en un grupo, en un patio de prisión de México:

> Alto y bien afeitado, y con un cabello castaño muy rizado, vestido sobria y correctamente… destacando del resto por su aspecto y su porte… Daba la impresión de ser noble, seguro, pausado, como un gran perro de Terranova… eminentemente sereno… Me saludó con emoción contenida, y con un apretón de manos que era cordial sin ser exagerado. Tenía una voz tranquila, una expresión grave, un aire calmado, afable… tenía la costumbre de sacudir la cabeza como un caballo de pura sangre… Su punto básico, la estrella fija, era «el Pueblo»… Fidel mostraba que había leído mucho a José Martí, quien, desde luego, parecía ser el espíritu que guiaba su vida… Los planes que revelaba parecían estar fuera de su alcance, y yo sentí una especie de lástima por este aspirante a libertador, tan

> lleno de confianza y de firme convicción, y me conmovió su inocencia… [Sin embargo] no pude sustraerme a la intensa admiración que inspiraba a su grupo de jóvenes… Fidel y su banda de jóvenes me parecieron una causa perdida.

La carta en la que Castro abjuraba de la ortodoxia no tuvo mucho efecto, sobre todo por un motivo: otros conspiradores estaban actuando. Durante la primera parte de 1956 hubo una serie de conspiraciones para derrocar a Batista, unas procedentes de la propia Cuba, otras de la dictadura vecina, la República Dominicana, donde Leónidas Trujillo, el Benefactor de los tacones altos, gobernaba todavía de un modo implacable, como lo había hecho durante un cuarto de siglo.

Las relaciones cubano-dominicanas nunca habían sido muy buenas, por lo menos desde la fracasada expedición de Cayo Confites, de 1947. Batista trataba de diferenciarse de su colega en la dictadura y, desde luego, había una diferencia entre ellos: evidentemente, Batista era un dictador que deseaba ser querido, ser un presidente elegido democráticamente; a Trujillo no le importaba ser temido.

En la primavera de 1956, un grupo de jóvenes oficiales inteligentes, a los que llamaban «los puros», encabezados por el agregado militar en Washington, coronel Ramón Barquín, decidieron dar un golpe contra Batista, que venían preparando desde hacía mucho tiempo. Estos hombres, aunque opuestos a Batista y a los oficiales a los que este había dado el mando, no eran bastante mayores como para haber sufrido en la purga general del ejército de la época de Prío. Todos habían ingresado en el ejército mucho después de la Revolución de 1933, eran verdaderos profesionales y, por lo tanto, no arrastraban odios o fidelidades de aquella época. Algunos de los puros habían estado muy ligados a los ortodoxos antes del 10 de marzo. Desde luego Prío les había tenido miedo, y, al apartarlos poco a poco de los puestos de mando centrales (fue él quien había destinado a Barquín a Washington), contribuyó a facilitar el camino a Ba-

tista. Desde entonces, los puros se habían mantenido en contacto con García Bárcena y con los ortodoxos. En abril de 1955, Barquín y el coronel Manuel Varela Castro, que estaba al mando del regimiento de tanques en Cuba, se pusieron al frente de una serie de oficiales jóvenes, entre los cuales destacaban los comandantes Borbonnet y José Orihuela. Los conspiradores se proponían hacerse con el mando del Campamento Columbia, siguiendo el estilo ortodoxo del pronunciamiento. Proyectaban no matar a Batista, sino meterle en un avión con rumbo a Estados Unidos. Sin embargo, el 3 de abril de 1956, uno de ellos, el que estaba al mando de La Cabaña, los traicionó, y los detuvieron junto a una gran cantidad de oficiales que sólo estaban ligados a ellos de una forma muy vaga.

Este golpe, aunque fracasado, señaló una crisis muy seria para el régimen de Batista. Se había formado otro grupo de oficiales del ejército, que recibían el apodo de «tanquistas», hombres que deseaban convertir a Cuba, de la democracia relativamente flexible que era incluso con Batista, en un sistema totalitario más duro, como el que prevalecía en la República Dominicana. Eran los hombres que habían planeado el golpe del 10 de marzo, pero no habían sabido aprovecharse de él. Estaban en contacto con el ejército de Trujillo y querían obligar a Batista a llevar a cabo una revolución totalitaria o, si no, a que les cediese el poder. También estaban en contacto con Ernesto de la Fe y con el senador Rolando Masferrer, el antiguo líder del MSR, que ahora tenía en Santiago un gran ejército particular, «los tigres», entrenado (aunque insuficientemente) para llevar a cabo puramente lo que a él se le antojase. El plan de los tanquistas era estimular el desorden (incluyendo la actuación de grupos como el de Castro, al que odiaban) para justificar su golpe y su supresión del constitucionalismo. Batista tendría que ser su mascarón o marcharse. De este modo, los tanquistas, durante los primeros meses de 1956, distribuyeron por toda Cuba

grandes cantidades de armas de Trujillo, sin preocuparse en realidad de quiénes eran los destinatarios: unas fueron a parar a los priístas, otras a los castristas, mientras que los tanquistas se quedaron con los tanques. Pero la derrota de la conspiración de los puros no sólo reveló lo mal repartidos que estaban los oficiales en Cuba, sino que dio tal poder a los Tabernilla que, durante los dos años siguientes, Batista fue virtualmente prisionero suyo. Los tanquistas probablemente también ayudaron al famoso gángster político «el Extraño» a meter mano en los nuevos escondrijos de municiones. Pero, evidentemente, minusvaloraron la popularidad de Batista entre la tropa y la astucia política del dictador.

Entre los ahora innumerables grupúsculos existentes en Cuba, con caudillos que parecían pistoleros pero que tenían una conciencia patriótica y social, se había formado uno en torno a Reynol García, un auténtico ambicioso pero sin importancia, que ansiaba atacar al gobierno. Lo que sucedió a continuación es difícil de aclarar. Parece ser que Batista preparó una trampa a García para contener a los tanquistas. Convencieron a García de que, si llegaba al cuartel Goicuría, en Matanzas, los soldados se pasarían a él. Se dirigió allí con unos cien hombres, pero él y otros nueve murieron, y hubo muchos heridos. A uno por lo menos lo mataron tras la rendición, hecho que fue condenado duramente. Prío, Varona y otros dirigentes auténticos fueron registrados e interrogados. Se suspendieron las garantías constitucionales. Batista afirmó que ahora la oposición, en conjunto, en su ávida caza del poder, quería matar a soldados inocentes. Así pudo asegurar a los tanquistas de que iba a seguir una política dura, como indicando al mismo tiempo que, en momentos difíciles como aquellos, era mejor permanecer con el antiguo jefe de la chaqueta de cuero, el salvador de la grulla. La suspensión de garantías implicaba la censura, pero, en las semanas siguientes, los cubanos oyeron hablar mucho en la prensa de

capturas de armas y de más fracasados intentos de coger al Extraño. Batista envió a Prío, acusado del intento de Reynol García, de nuevo a Miami, donde, sin embargo, le retuvieron antes de permitirle entrar, errores administrativos que deteriorarían más aún la pobre reputación que tenía el gobierno de Estados Unidos para la oposición cubana. Hasta junio, Prío no recibió el permiso para residir en Estados Unidos.

En verano se produjo el clima de la guerra de nervios de Batista con Trujillo. El Senado cubano había dado poderes a Batista para que rompiera las relaciones con la República Dominicana cuando quisiera. La policía cubana había afirmado que algunos de los hombres arrestados en marzo, como el político auténtico Menelao Mora, habían servido de vínculo en los contactos de Prío con Trujillo, y Batista declaró *persona non grata* al embajador dominicano. El capitán Esteban Ventura, el infatigable agente de policía, descubrió otro escondrijo de armas cerca de la hacienda de Prío. En junio acusaron a Policarpo Soler de estar comprometido. Batista se proponía implicar a todos sus enemigos con Trujillo, haciéndoles parecer, de cara a la opinión pública internacional, unos gángsteres, y unos gángsteres con base en el extranjero, pero este propósito era difícil de realizar, pues antes había tenido el plan de implicar al grupo de Fidel Castro con los comunistas. A finales de junio se desenterró todavía otro complot para matar a Batista, que esta vez afectaba al torero cubano José Sánchez, a quien volvía a atribuirse el apoyo de antiguos gángsteres. Cuba, tras una apariencia de prosperidad, era un centro donde bandas de pistoleros, policías, exministros, oficiales y estudiantes luchaban para conseguir el «poder supremo», sin colaborar verdaderamente o «comprometerse»; así, parece ser que la banda de Eufemio Fernández, en Costa Rica, traicionó a algunos de los partidarios de Castro, e impidió que consiguieran visados para México, aunque Prío,

que era partidario de Fernández, estuviera entonces ayudando a Castro.

Ahora los amigos de Castro llevaban nueve meses de entrenamiento en la hacienda Santa Rosa. El propio Castro se mantenía en contacto con todos los grupos políticos; así, el 29 de abril se vio con Justo Carrillo en Tapachula, en la frontera de México con Guatemala, y, mientras intercambiaban puntos de vista sobre el complot de los puros, aceptó 5000 dólares de él y del movimiento Montecristi. Además, Castro recibió dinero de López Vilaboy, presidente de las Líneas Aéreas Cubanas y compañero de Batista: donación que sólo aceptó a falta de otra ayuda. Nuevas oleadas de jóvenes habían venido para unirse a él, entre otros, un grupo de antiguos hombres de Moncada que llegaron de Costa Rica, donde habían estado refugiados. Uno de estos era un gángster famoso, confidente de Trujillo, Ricardo Bonachea; resultó ser un espía. Probablemente gracias a él, la policía mexicana, sin duda con ayuda de la policía cubana, descubrió su guarida. Castro, Bayo, Guevara y otros veintiuno fueron arrestados el 24 de junio, acusados de preparar un ataque contra otro país. También se hicieron con un gran escondrijo de armas. Parece ser que la policía mexicana, otra vez en connivencia con el SIM cubano, acusó a Castro de estar en relación con los comunistas de México, diciendo que habían encontrado en su bolsillo una tarjeta de visita de un funcionario soviético (Nikolai Leonov), y arguyeron que había tenido contactos persistentes con el comunista cubano Lázaro Peña y con Lombardo Toledano. *Bohemia* informó de estas acusaciones en un artículo escrito por un hispanomexicano, Luis Dam. El 3 de julio, desde la cárcel, Castro denunció solemnemente las acusaciones de comunismo, calificándolas de «absolutamente fantásticas». Además escribió una réplica que apareció en la edición de *Bohemia* de la semana siguiente. Acusaba al régimen de

Batista y a la embajada de Estados Unidos de haber urdido todo aquel incidente. Añadía:

> Por otra parte, ¿qué derecho moral tiene el señor Batista para hablar de comunismo cuando, en las elecciones presidenciales de 1940, fue el candidato del Partido Comunista, cuando su propaganda electoral se ocultaba tras la Hoz y el Martillo, cuando sus fotografías colgaron junto a las de Blas Roca y Lázaro Peña, y cuando media docena de sus ministros actuales y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del Partido Comunista?

En abril, Castro había dicho a Justo Carrillo: «Los comunistas nunca estarán en mayoría, aunque en esta lucha crecerá su fuerza; después… Usted tendrá un cargo importante en el gobierno; usted también, como yo, va a impedir que ellos dominen».

Castro continuó atacando a los comunistas, y ellos contestaron atacándole. Poco tiempo antes, un joven estudiante negro, Walterio Carbonell, había sido expulsado del Partido Comunista por enviar un telegrama de felicitación a Castro; el partido añadió, para justificar la medida adoptada: «El partido rechaza este tipo de acción aventurera que sólo sirve para inmolar a docenas de jóvenes y perderlos… los que están intentando comprometer al periódico *Hoy* con una sucia provocación… mezclándolo en la aventura de Castro y su grupo». Irónicamente, al cabo de pocas semanas, Castro se encontró con que había de escribir otra carta en defensa propia, esta vez contra la acusación de que estaba aliado con Trujillo.

El 24 de julio, la policía mexicana soltó a Castro y a sus amigos con la condición de que se fueran de México. En realidad, ahora Castro estaba deseando volver a Cuba para reanudar la lucha; ya había prometido que, antes de terminar 1956, o habría muerto o estaría de vuelta. Ahora el entrenamiento final continuó en pisos mexicanos, no en Santa Rosa, en las Lomas de Chapultepec, la casa de la exiliada cubana Teresa Casuso, viuda del poeta De la Torriente Brau, muerto en la guerra española,

casa que usaron como almacén de armas. En agosto, Teresa Casuso lo preparó todo para que Castro cruzara el Río Grande y se encontrara, tal como Justo Carrillo le había aconsejado, con el recién exiliado Prío en Reynolo, junto a la frontera. Prío se avino a ayudar a Castro con 100 000 dólares, de los cuales, los primeros 50 000 llegaron al cabo de pocas semanas. La causa de Castro mejoró mucho, pues ahora tenía dinero, no sólo para comprar armas, sino también para sobornar a la policía mexicana, para que se mantuviera apartada, aunque era difícil rivalizar con los medios de que Batista disponía para la misma actividad. En septiembre, además, Castro llegó a un acuerdo de colaboración, el llamado «pacto de México», con el presidente de los estudiantes y jefe del Directorio, Echevarría, aunque parece ser que cuando Castro sugirió la posibilidad de una alianza con los comunistas cubanos, Echevarría se negó en redondo y se abandonó el asunto. También se desecharon las sugerencias encaminadas a que Castro asumiera el mando del Directorio. Tanto Echevarría como Castro renunciaron a colaborar con Trujillo. Pero Prío estaba financiando otra expedición (con Eufemio Fernández y otros) en la República Dominicana, y Castro tuvo que hacer grandes esfuerzos para conseguir que su movimiento empezara primero «para que no nos confundan con esos otros», en un momento en que Prío también estaba en contacto con él.

En La Habana, el Diálogo Cívico parecía haberse ido a pique. El presidente de la Cámara, Godoy, desafió a Pardo Llada a un duelo, y este lo rechazó. Persistían las enemistades de costumbre entre los ortodoxos: Raúl Chibás dimitió de su puesto de jefe de los ortodoxos a consecuencia de un desacuerdo con Emilio Ochoa sobre los planes para conmemorar la muerte de Eddy Chibás, y ahora parecía que, cualquiera que fuera la fuerza del movimiento, residía en Luis Conte Agüero, el comentarista radiofónico y antiguo amigo de Castro, que se había con-

vertido en secretario general del Partido Ortodoxo. El Movimiento 26 de Julio de La Habana no sólo se dedicaba al sabotaje y de vez en cuando al terrorismo, sino que también trataba de elaborar un dogma coherente —señal segura de ambigüedad intelectual— y para ello formó una comisión. En cuanto a la política sindical, Conrado Bécquer y Conrado Rodríguez derrotaron a los mujalistas en sus elecciones, aunque Mujal, que cada vez defendía más al orden establecido, conservó el control de la CTC. Batista parecía tener dominados a los tanquistas, y los Tabernilla parecían dominarle a él. Acababa de recibir un nuevo suministro de armas de Estados Unidos, «para ayudar a la democracia en Cuba», que formaba parte del acuerdo de 1952 y, en julio y agosto, primero con los exámenes, y luego con las vacaciones, los estudiantes estuvieron relativamente tranquilos, salvo un incidente que ocurrió el 10 de septiembre, cuando el segundo de Echevarría en la universidad, Fructuoso Rodríguez, entró con un grupo de estudiantes armados (entre los que se contaba el antiguo oponente de Echevarría, Leonel Alonso) en la emisora de televisión del Canal 2. Sin embargo, en octubre, tuvo lugar un acto de violencia gratuita en Santiago: un antiguo capitán de policía, Arsenio Escalona, del que se creía que simpatizaba con la oposición, fue golpeado, torturado y arrojado a la bahía de Santiago. Se acusó de esto al jefe de espionaje naval, capitán Alejandro García Olayón, pero le dejaron tranquilo. En realidad, parecía próxima una tormenta de barbarie; con este crimen impune, varios estudiantes del grupo de Echevarría lanzaron un ataque, dirigidos por Juan Pedro Carbó Serviá, un estudiante de medicina que había destacado en la campaña entre Echevarría y Alonso, y por Rolando Cubela, otro estudiante de la clase media. Estos dos y otros, el 28 de octubre, domingo, a primeras horas de la mañana, atacaron a un grupo de policías y oficiales del ejército de Batista cuando salían del *cabaret* Montmartre, en Vedado. El coronel Blanco Rico, de treinta y seis

años, jefe del servicio de espionaje militar, murió en el acto, y el coronel Marcelo Tabernilla (hijo del jefe de Estado Mayor) y su mujer resultaron heridos. La mujer de otro oficial fue herida levemente. Las mujeres, ensangrentadas y enjoyadas, se abalanzaron contra los espejos de la entrada, que, en medio de su espanto, tomaron por espacio abierto. Carbó Serviá y Cubela se refugiaron en el casino y escaparon por la puerta de servicio.

Los estudiantes hicieron este ataque para llamar la atención de la Asociación de la Prensa Cubano-Americana, que entonces estaba celebrando reuniones en La Habana, sobre la existencia del desorden. Irónicamente, por desgracia, los pistoleros escogieron para matar a casi el único miembro destacado de la policía de Batista que se oponía a las torturas durante los interrogatorios. Además, parece que el ataque se llevó a cabo de un modo accidental: Carbó y Cubela estaban deseando matar a algún funcionario importante del gobierno de Batista, y vieron a Blanco Rico por casualidad. Si él no los hubiera reconocido, tal vez no habrían disparado.

Las consecuencias fueron sangrientas. Naturalmente, la policía se puso manos a la obra para encontrar a los asesinos, y, al mediodía del día siguiente, el general Salas Cañizares y el coronel Orlando Piedra, con algunos hombres, fueron a la embajada haitiana, en Miramar, nunca quedó claro por qué. El embajador de Haití y el personal estaban comiendo. En la embajada había una serie de cubanos que se habían refugiado allí, acogiéndose al derecho de asilo habitual en Hispanoamérica. La mayoría llevaban allí varios días; los demás habían llegado aquel día a las cuatro de la madrugada. Carbó Serviá y Cubela no estaban. La policía llamó a la puerta y empezó el tiroteo; no está claro quién disparó primero. Entonces, la policía entró en la embajada, violando el derecho de asilo, y mató a varios refugiados, capturando a otros para asesinarlos después; murieron diez. De la policía no murió nadie, aunque el general Rafael Sa-

las Cañizares resultó herido, y murió el 31 de octubre, con Batista y el primer ministro, García Montes, al lado de su cama, además de sus tres hermanos, dos coroneles y un teniente. Parece que seis de los civiles muertos eran auténticos, y habían tomado parte en el ataque de abril contra el cuartel Goicuría. Otros dos habían participado en un atentado contra Masferrer en Santiago; los otros dos eran, al parecer, estudiantes. Según una fuente allegada a Batista, la muerte de Salas Cañizares no entristeció mucho al presidente, puesto que le permitió meter mano en el impuesto de protección de garitos del antiguo jefe de policía, que ascendía, según se cree, a 730 000 dólares mensuales.

La prensa hablaba cada día de las actividades de Prío o de Castro, de Sánchez Arango, o de los gángsteres de Santo Domingo que, según creían, iban a atacar en cualquier momento. Se extendía por la isla la desagradable impresión de que la violencia era algo inminente. En el caso de Castro, estos temores estaban fundamentados. Al no poder conseguir un hidroavión Catalina o un barco de guerra norteamericano, ahora se había procurado un yate de 20 metros, el *Granma*, que compró, con dinero de Prío, a una pareja de norteamericanos que se llamaban Ericson; costó 15 000 dólares. En él podían ir casi cien personas, y podía llevarlo de Tuxpan a Oriente, donde había desembarcado Martí sesenta años antes. El 2 de noviembre, el periódico *Alerta* publicó una entrevista exclusiva con Castro, en la que este se declaraba dispuesto a entrar en Cuba a toda costa, hecho interesante no sólo en sí mismo, sino porque indicaba que Castro todavía tenía alguna comunicación con su antiguo amigo, el editor de *Alerta*, Ramón Vasconcelos, a pesar de que hubiera ingresado en el gobierno de Batista.

A mediados de noviembre, justo cuando el Movimiento 26 de Julio estaba a punto de ponerse en marcha, la policía mexicana capturó un gran alijo de armas en casa de Teresa Casuso.

La arrestaron a ella y a Pedro Miret y Ennio Leyva, que habían sido los encargados de estos suministros. Parece que esta vez Castro fue traicionado por Rafael del Pino, su antiguo compañero de Bogotá, y después uno de sus más íntimos; también habían colaborado juntos en un atentado contra la vida de Masferrer, en los años cuarenta. Culpable o no, Del Pino había salido del 26 de Julio pocos días antes de este desastre, y después siempre se le culpó. En realidad, Batista sabía todo lo que ocurría en México, y según mis informes, había rechazado un ofrecimiento que le hicieron para matar a Castro, y otro para quemar el barco en el que se proponía embarcar para Cuba.

Estos acontecimientos incitaron a Castro a trasladarse a Cuba lo más rápidamente posible. El encargado de su organización en la isla, el maestro baptista Frank País, había llegado a México unas semanas antes para coordinar un alzamiento en Santiago, a finales de noviembre (cosa que él, por cierto, desaconsejaba) para el momento en que Castro proyectaba desembarcar (Melba Hernández también había vuelto de Cuba con el mismo mensaje). El 21 de noviembre, los mexicanos dieron a Castro tres días para que se fuera de Ciudad de México. Así lo hicieron él y la mayoría de sus hombres, marchándose a Veracruz; algunos se fueron sin entrenamiento alguno, y sólo los jefes sabían exactamente lo que iban a hacer.

Castro no tuvo tiempo para preparar ningún nuevo manifiesto antes de partir. Sin duda sus ideas no habían variado desde el 4 de octubre, fecha en la que escribía a Melba Hernández:

> El 26 de Julio [el Movimiento] está libre de odio hacia nadie. No es un partido político, sino un movimiento revolucionario. Abre sus filas a todos los cubanos que deseen sinceramente restablecer la democracia política e implantar la justicia social en Cuba. Está dirigido de forma colectiva y secreta, sus jefes son hombres nuevos, con mucha fuerza de voluntad, y no son responsables del pasado. La Revolución cubana llevará a cabo todas las reformas dentro del espíritu y la práctica de nuestra esclarecida Constitución de 1940, sin despojar a nadie de lo que posea legítimamente e indemnizando a todos los intereses afectados… La Revolución cubana

> castigará con mano firme todos los actos de violencia cometidos por la tiranía, y repudiará y reprimirá todas las manifestaciones de venganza innoble, inspiradas por el odio o las bajas pasiones.

El 19 de noviembre, Castro dijo a un periodista de *Alerta* que renunciaría a la invasión si Batista aceptaba un programa de siete puntos en el que se incluía la dimisión del propio presidente, elecciones generales en un plazo de noventa días, ruptura de relaciones diplomáticas con Trujillo, y amnistía para los presos políticos. Un intelectual de La Habana que había hablado con él a finales del verano de 1956 dijo que «ni siquiera se me ocurrió la posibilidad de que [Castro] tomara un camino demasiado radical. Al contrario, lo que me preocupaba era que pudiera deslizarse por la pendiente fácil de la política tradicional». Con esta disposición, de no compromiso, el *Granma* se hizo a la mar el 25 de noviembre. Castro había cruzado el Rubicón, emulando a su héroe César tanto como a Martí. Frente a él, en Cuba, la única fuerza que podía contribuir a la paz, la Sociedad de Amigos de la República, seguía inactiva, debido a la intransigencia de Batista y a la enfermedad de don Cosme de la Torriente. El futuro sólo podía traer violencia.

Como de costumbre en la historia de las revoluciones cubanas, esta acción contrastaba con perspectivas de prosperidad a corto plazo. A partir de 1948, Cuba siempre había hecho esfuerzos, no para mantener, sino para aumentar su participación en el mercado norteamericano del azúcar. Estos esfuerzos habían fracasado. En 1956 Estados Unidos introdujo nuevos cambios en su legislación sobre el azúcar, por los cuales sus productores locales ganaban la mayor parte del mercado creado por la creciente demanda norteamericana (resultado del aumento de población) y además compartían cualquier déficit. Pero los efectos inmediatos de esto se vieron dominados por la revisión de la convención de 1953, que había de aumentar la participación cubana en el mercado mundial en 150 000 toneladas y por la crisis de Suez, que tuvo lugar en octubre. En consecuen-

cia, los precios del azúcar subieron bastante en el invierno de 1956-1957, y se dieron buenas perspectivas para 1957. Además, este mismo invierno, descendió la producción de remolacha en Europa y en la Unión Soviética. Así que la revolución de Castro empezó de veras en el momento en que, como en 1895, en la época en que Martí desembarcó en Cuba, las perspectivas a corto plazo del capitalismo azucarero cubano eran prometedoras.

67

El «Granma» y la Sierra Maestra

El *Granma* salió de Tuxpan, México, la noche del 24-25 de noviembre de 1956, con ochenta y dos hombres a bordo. Igual que en Moncada, la mayoría eran blancos, procedentes de ciudades cubanas, aunque había más con una educación superior a la de los de Moncada. De los ochenta y dos, veinte habían tomado parte en el asalto a Moncada o a Bayamo en 1953. A bordo había cuatro que no eran cubanos: Guevara, de Argentina; Gino Doné, italiano; Guillén, mexicano, y el piloto Ramón Mejías del Castillo (Pichirilo), dominicano, que había formado parte de la fracasada expedición de Cayo Confites. Castro rechazó a un guatemalteco, Julio Cáceres, amigo de Guevara, porque no quería que hubiera un «mosaico de nacionalidades».

Castro, jefe supremo, se atribuyó el grado de comandante. Tras él había tres secciones de veintidós hombres cada una, a las órdenes de los «capitanes» Raúl Castro, Juan Almeida y José Smith. Guevara estaba encargado de los servicios de sanidad. El capitán del barco era un antiguo capitán de la marina cubana, Onelio Pino, y su segundo era el antiguo teniente Roberto Roque.

La expedición salió con gran alegría, aunque algunos amigos de México se hubieran negado a tomar parte en ella porque la consideraban destinada al fracaso. Llevaban a bordo dos cañones antitanques, treinta y cinco rifles con mira telescópica, cincuenta y cinco rifles Mendoza, tres ametralladoras Thompson ligeras y cuarenta pistolas ametralladoras ligeras. El viaje duró siete días debido a la mala dirección: el mareo y el hecho de ir tan apiñados hizo mella en la euforia, pero el 1 de diciembre cuando el *Granma* se aproximó a la punta sudoeste de la pro-

vincia de Oriente, volvió el entusiasmo. El 30 de noviembre, los que estaban a bordo oyeron por radio la noticia del alzamiento contra Batista en Santiago, dirigido por Frank País, que había de coincidir con la llegada del *Granma*. Ninguno de ellos había tenido mucho que ver con el Partido Comunista, salvo Nico López, que había ido a ver a exiliados comunistas en México, por ejemplo, a Ordoqui.

Frank País, que entonces tenía veinticuatro años, ayudado por varios veteranos del asalto a Moncada, entre ellos Haydée Santamaría y Lester Rodríguez, había preparado este alzamiento cuidadosamente y de un modo muy inteligente. Su organización, en Santiago, era con mucho la mejor de las representaciones del Movimiento 26 de Julio que había en Cuba, y además había conseguido formar células en otras ciudades próximas de Oriente. Había tenido también mucho éxito en atraer a la juventud de la clase media de Santiago a la causa revolucionaria, incluso a muchas chicas, entre ellas a Vilma Espín, estudiante de ingeniería, hija del abogado de Bacardí en la ciudad, que, al volver de estudiar en Estados Unidos, vio a Castro en México y actuó como mensajera del movimiento. Como hemos visto, en realidad, Frank País era contrario a un alzamiento en Santiago o en Cuba; en general, a finales de noviembre y, antes de decírselo a Castro, había manifestado su punto de vista en una reunión de jefes provinciales del 26 de Julio que había tenido lugar en agosto, en La Habana. Pero ellos, aunque disponían de menor fuerza y menos hombres que País, eran más temerarios que él, e impusieron su opinión. Una vez decididos a actuar, País tomó todas las precauciones y se procuró gran cantidad de armas, algunas venían de Trujillo, indudablemente gracias a un error del doctor Eufemio Fernández, que había hecho desembarcar un cargamento de material en un sitio equivocado de Oriente.

Sin embargo, a pesar de la visita que hizo País a Castro a principios de noviembre, las comunicaciones y las órdenes para coordinar las actividades del Movimiento 26 de Julio resultaron confusas. Como se enteraron de que Castro llegaría «una noche sin luna del mes de noviembre», el 15 de noviembre, una noche muy oscura, hubo casi una movilización. No obstante, el 27 de noviembre, Duque de Estrada, el secretario de propaganda de Santiago, recibió un telegrama de México: «Libro solicitado agotado. Editorial Divulgación». Esto significaba que el alzamiento había de empezar setenta y dos horas después.

Entonces País y su organización dieron el golpe más eficaz, con mucho, de los que habían dado contra el régimen de Batista: País, soldado aficionado que antes había deseado ingresar en la academia militar, mostró un gran talento militar al organizar lo que, de hecho, fueron unas incursiones de comandos para elevar la moral. En la madrugada del 30 de noviembre de 1956, unos trescientos jóvenes que vestían uniformes verde oliva y brazaletes rojinegros del 26 de Julio, atacaron la jefatura de policía, el edificio de aduanas y las oficinas del puerto. (Habían conseguido algunas de las armas en una incursión hecha en el club de tiro de Santiago, y otras en la organización de la Triple A). Consiguieron incendiar el edificio de aduanas y hacerse con los otros dos. Al mismo tiempo, otro grupo de fidelistas se lanzaba sobre la cárcel de Boniato y liberaba a varios presos políticos que había allí. Murieron una serie de policías y soldados. Entonces País se retiró, dejando a la ciudad en estado de pánico. Al día siguiente volvió a la carga, con ochenta y seis hombres, incendiando las oficinas del puerto, ocupando edificios públicos y paralizando la ciudad. Batista suspendió las garantías en esta y en otras tres provincias y mandó, en avión, un refuerzo de 280 hombres bien entrenados, a Santiago, a las órdenes del coronel Pedro Barrera, un oficial de carrera que había ayudado a planear el golpe del 10 de marzo. En un momento dado

capturaron a un grupito de hombres del 26 de Julio y los aislaron en el principal instituto de enseñanza media, pero los rebeldes pudieron huir por una puerta trasera; la rebelión terminó cuando se vio frente a fuerzas enormemente superiores. De hecho, País había controlado la ciudad el 30 de noviembre y el 1 de diciembre, y tal vez un mortero dirigido de otro modo hubiese provocado la caída de Moncada. En el mismo momento, en Nueva York, desfilaba una gran manifestación de exiliados cubanos del Club Patriótico ante el edificio de las Naciones Unidas. También hubo unas afortunadas incursiones de comandos en Guantánamo, donde Julio Camacho había comprado o robado armas a la base norteamericana. Él, con treinta hombres, se apoderó del cuartel de Ermita sin dificultad, porque allí no había nadie. Lo entregaron cuando llegó el ejército. Simultáneamente, los dirigentes obreros Loutit y Antonio Torres organizaron una huelga general de veinticuatro horas.

Sin embargo, el alzamiento de Santiago tuvo como resultado la muerte de tres fidelistas, pero había hecho comprender al ejército que, básicamente, los jóvenes de clase media estaban en la oposición, y que sus padres, aunque no hubieran tomado parte, por lo menos no los abandonarían. No sólo los padres, sino también personas extrañas, dieron refugio a revolucionarios a los que no habían visto nunca anteriormente, y escondieron sus armas.

El 2 de diciembre, un poco tarde a efectos de coordinación, llegó el *Granma* a Cuba; el segundo de a bordo, exteniente Roque, se había caído por la borda y habían tenido que recogerlo. Era un mal presagio. El *Granma*, en vez de varar en Niquero, en un lugar apropiado para desembarcar, donde esperaban amigos que podían haberlos ayudado inmediatamente (allí era donde se los esperaba), por culpa de los retrasos se vio obligado a hacerlo en la Playa de los Colorados, cerca de Belic; y aquello no fue desembarcar sino irse a pique, embarrancando en un lugar

lleno de algas y plagado de cangrejos diminutos. En principio, los hombres tenían que desembarcar la madrugada del 30 de noviembre en Niquero. El grupo había de tomar Niquero y dirigirse a Manzanillo, mientras estallaba la insurrección en Santiago. A continuación vendrían el sabotaje y la agitación, que culminarían en una huelga general. Ahora no era posible nada de todo esto. Ni siquiera podían desembarcar todas las municiones y armas. Un buque de carga vio el yate varado, apareció una fragata de la Marina y disparó en el vacío con sus ametralladoras. Un «camarada irresponsable» los llevó por un camino equivocado. Por fin, al cabo de tres horas, la columna llegó a tierra firme. Un campesino, Ángel Pérez, invitó a los rebeldes a compartir su comida, pero cuando estaban a punto de comer oyeron disparos. Continuaron tierra adentro y, durante todo el primer día posterior al desembarco, no comieron en absoluto. Un grupo se perdió por un tiempo. Sin embargo, siguieron avanzando. Vieron a varios campesinos, algunos de los cuales les encomendaban a la Virgen del Cobre.

Durante los dos días siguientes, 2 y 3 de diciembre, el pequeño ejército siguió avanzando hacia la Sierra, cruzando los cañaverales vinculados a la central Niquero, de Julio Lobo. No tenían provisiones, llevaban botas nuevas, y cometieron la tontería de chupar caña para combatir la sed. El grupo perdido volvió a unirse al principal. ¿Adónde iban? ¿Qué iban a hacer? ¿Hacerse fuertes en las montañas, como Castro había proyectado tras el fracaso de Moncada? ¿Y después? ¿Quién sabía? Entretanto, La Habana estaba llena de rumores. Se decía que Fidel Castro había desembarcado con cuarenta hombres, había sido atacado y había muerto. El corresponsal de United Press en La Habana, Francis McCarthy, informó de la muerte de Castro, y más tarde confirmó su error diciendo que lo probaban el pasaporte y los documentos encontrados en el cadáver. Mario Llerena dio 5 dólares a la presunta viuda de Faustino Pérez. Ba-

tista, por otra parte, negó públicamente que Castro hubiera salido de México.

A continuación, los periódicos de la mañana dijeron a los habitantes de La Habana que los rebeldes de las montañas eran de «cuarenta y nueve a doscientos», y que mil soldados estaban buscándolos; pero, en México, las hermanas de Castro, Emma y Lidia, afirmaban fantasiosamente que su hermano estaba en Camagüey con más de 50 000 hombres. Prácticamente la reacción del gobierno batistiano fue la siguiente: cuando el jefe local de Manzanillo, Caridad Fernández, informó al jefe de Oriente, Díaz Tamayo, este informó a Tabernilla, en La Habana, y Tabernilla, en vez de enviar contra Castro a hombres acuartelados en Oriente, mandó a un compañero suyo, el capitán Juan González; al principio, este se limitó a organizar la defensa del cuartel de Manzanillo, esperando que sería atacado. Entonces se produjo una confusión entre Fernández y González, que terminó con la muerte de algunos soldados por culpa de un accidente y con el nombramiento del coronel Cruz Vidal para suceder a González.

En realidad, Castro fue traicionado. El guía del grupo los dejó el 5 de diciembre por la mañana y se fue al puesto de la guardia rural más próximo. Aquel día, la expedición no pudo seguir adelante. Se acostaron todos en un cañaveral situado en un lugar llamado Alegría del Pío, no muy lejos de la Sierra.

Por consiguiente, cerca de las cuatro de la tarde del 5 de diciembre, sorprendieron a los rebeldes en un extremo del cañaveral. Algunos aviones los habían sobrevolado y su ruido encubrió la aproximación del ejército. Los hombres de Castro se imaginaron que los disparos venían de una de sus propias patrullas. Los disparos aumentaron. De hecho, una unidad del ejército, a las órdenes de Cruz Vidal, estaba a menos de cien metros de distancia. Los hombres del 26 de Julio respondieron al fuego. A continuación se produjo una gran confusión, y Cas-

tro se retiró con su estado mayor. Almeida, que estaba al mando de una sección, no encontraba a nadie a quien dar órdenes. La retirada no se hizo general hasta alrededor de las seis. Castro trató de reagruparlos al otro lado del límite del cañaveral, pero era demasiado tarde. El ejército prendió fuego al cañaveral, o se quemó debido a las bombas incendiarias. Varios hombres del 26 de Julio se rindieron, y fueron fusilados inmediatamente. Otros fueron maltratados, aunque no tanto como los prisioneros de Moncada. Parece que fueron veinticuatro los que murieron en la lucha o inmediatamente después. Cogieron a algunos, sin matarlos, para que los juzgaran más tarde. Otros huyeron, algunos heridos, en grupitos separados, dirigiéronse todos a las montañas para refugiarse en la espesura. Parece que sólo mataron a uno del otro bando.

Dos del grupo que cayeron prisioneros, Mario Fuentes y José Díaz, hicieron una descripción de la expedición al coronel Cruz Vidal, que mandaba al ejército, y después al resto de Cuba; el primero incluso acusó a Castro de haberle herido porque quería rendirse.

Para los hombres que huían de Alegría del Pío era difícil volver a reunirse. Algunos no deseaban hacerlo; un campesino del lugar, Guillermo García, encontró a algunos que «huían como conejos»; un hombre (desarmado) lloraba y decía: «¿Por qué vine?» (su mujer estaba tranquilamente en México). Para entonces, varios grupos estaban ya fuera de peligro; uno era el dirigido por Guevara (herido), y estaba formado por el mulato Almeida, Ramiro Valdés, Rafael Chao, un «veterano de la guerra española», y Reinaldo Benítez; Sánchez Amaya dirigía otro grupo, de seis hombres. Fidel Castro estaba solo con otros dos: Universo Sánchez y Faustino Pérez. Raúl Castro se encontró con Efigenio Ameijeiras, Ciro Redondo y René Rodríguez. Camilo Cienfuegos estuvo dando vueltas con Pancho González y Pablo Hurtado. Hubo un grupo, formado por Calixto Morales,

Calixto García, Carlos Bermúdez, Julio Díaz y Luis Crespo, que más tarde se unió a Guevara. Además, otros trece hombres se reunieron bajo la dirección de Juan Manuel Márquez.

De estos grupos, Sánchez Amaya y sus amigos vagaron por la selva varios días, muertos de sed y de hambre, hasta que llegaron al mar; tres se entregaron, y los mataron; los otros cuatro se abrieron paso hasta Niquero y finalmente llegaron a La Habana. Juan Manuel Márquez y su grupo se entregaron, y la mayoría fueron fusilados. A pesar de las bombas de napalm que lanzaban contra los bosques, los que estaban aún en libertad se enfrentaban con los enemigos de la naturaleza, además de enfrentarse con el coronel Cruz Vidal. José Ponce bebió su propia orina. Estos supervivientes buscaban, desesperadamente, algo comestible entre los árboles, pero no encontraban nada salvo, de vez en cuando, una planta parásita en la que quedaba algún residuo de agua. Comían hierbas, a veces grano crudo o manzanas silvestres. Guevara trató de sacar agua de una roca con su aparato para el asma, y él y su grupo estuvieron a punto de pedir ayuda en una casa donde estaban bebiendo a la salud del ejército de Batista. Castro, sólo con sus dos hombres, chupaba tallos de caña y permaneció varios días escondido en un cañaveral. Un campesino les dio algo de comer y se llevaron lo suficiente para mantenerse un día o dos. Un campesino les compró comida y se la regaló, y uno de sus hijos, Guillermo García, se unió a ellos y los guio hacia la Sierra Maestra. Estuvieron escondidos unos días en las fincas de Marcial Averiches y Mongo Pérez, hermano de Crescencio Pérez, un camionero de la hacienda de Lobo (tío de García), partidario de Castro, que había estado buscándole días y días, y que ahora, con sus hijos, ayudó a reunir a los supervivientes del *Granma*. Así, el grupo de cinco hombres de Raúl Castro pudo encontrarse con Fidel el 17 de diciembre, cerca de la finca de Hermes Caldero. Finalmente, el grupo de Almeida también descubrió el parade-

ro de Castro, y, dejando la mayor parte de las armas que habían conservado, se encaminaron hacia aquel lugar el 19 de diciembre. Guevara y su grupo se enteraron de dónde estaba Castro por varios campesinos, entre ellos un adventista, Angelio Rosabal, Carlos Mas y otros. Así se reunieron en la Sierra los fidelistas restantes. Es curioso encontrar después a Crescencio Pérez constituido en uno de los padres fundadores de la revolución triunfante, pues más que un fundador era un bandido, un criminal común acusado de asesinato y que, según se decía, tenía ochenta hijos ilegítimos a lo largo y a lo ancho de la Sierra Maestra.

Este reagrupamiento se debió principalmente a la ayuda de Crescencio Pérez y de varios hombres que trabajaron con él, entre otros Guillermo García y Manuel Fajardo, que también recuperaron muchos rifles y otras armas. Parece que entonces estaban juntos diecinueve seguidores de Castro: Fidel y Raúl Castro, Guevara, Universo Sánchez, Faustino Pérez, Ramiro Valdés, Efigenio Ameijeiras, Camilo Redondo, Armando Rodríguez, René Rodríguez, Reinaldo Benítez, Calixto García, Calixto Morales, Chao y Morán el Gallego. Entonces Castro se dirigió a estos hombres «con la misma vehemencia con que lo hubiera hecho en un gran mitin político en el Parque Central de La Habana. Les aseguró que habían triunfado en la primera etapa de aquella aventura. Les comunicó que no tenía la menor duda de que a la larga, la victoria sería suya… todos quedaron convencidos de la fuerza de su posición y confiando en lograr la victoria a la larga o a la corta…».[40]

En La Habana, las distintas historias que se contaban sobre su suerte en la Sierra tuvieron unos efectos curiosamente ambivalentes. ¿Castro estaba vivo o muerto? A algunos liberales, por ejemplo a una madre de La Habana que tenía cuatro hijos jóvenes, en el fondo les complacían las noticias que daba United Press de que Castro había muerto: esta madre pensaba que era

una lástima para Cuba, pero quizás era bueno para ella y para la vida de sus hijos. Los periódicos, como de costumbre, estaban llenos de declaraciones reconfortantes de empresarios y políticos batistianos, en las que describían las buenas perspectivas económicas: buenos niveles de producción y de inversión en todas partes. Sin embargo, la confianza política era débil: la muerte del anciano don Cosme de la Torriente, el 8 de diciembre, eliminó simbólicamente, una semana después de que Castro desembarcara en Oriente, al protagonista más destacado de una política de compromiso. El régimen y la oposición se iban separando cada día más. Durante el mes de diciembre empezaron a filtrarse en La Habana los rumores de que Castro todavía estaba vivo. Surgió una leyenda: el hecho de que Castro hubiera sobrevivido a otro terrible choque hacía pensar en un mito de inmortalidad. De momento no se sabía nada con exactitud. Los miembros del Movimiento 26 de Julio de La Habana y Santiago no sabían nada seguro, pero, naturalmente, sospechaban que, desde el momento en que el ejército no había exhibido el cadáver de Castro, debía de estar vivo, sensación de confianza que aumentó cuando el propio Batista empezó a sembrar la duda sobre la idea de que Castro ni siquiera hubiera salido de México. Por lo tanto, ¿quién no se arriesgaría a ir y unirse a él: «Con Fidel en las montañas»?

En realidad, Castro y los que se habían reunido con él se habían ido alejando cada vez más de Alegría del Pío, ayudados constantemente por Crescencio Pérez, otro de cuyos ganaderos, Manuel Fajardo, se unió entonces a Castro, con el campesino Guillermo García. Según un relato, Crescencio Pérez ofreció a Castro cien hombres, pero Castro los rechazó porque no tenían armas y aceptó sólo a quince de un modo provisional; la mayoría de estos eran auxiliares o gente que ayudaba de vez en cuando. El grupo, ligeramente ampliado, caminaba de noche y dormía de día. Se discutía intensamente, y Castro se interesaba

mucho por todo lo que se decía y por todo lo que veía. Guevara escribía más tarde:

> Ninguno de nosotros había sabido nunca lo que es el hambre, lo que verdaderamente se entiende por hambre, y entonces empezamos a saberlo… y se nos aclararon tantas cosas [es decir, sobre la condición social de los campesinos]. Nosotros, que al principio castigábamos severamente al que robaba un animal a un granjero rico, un día cogimos diez mil cabezas de ganado y dijimos a los campesinos simplemente: «Comed». Y los campesinos, por primera vez en muchos años, y algunos por primera vez en su vida, comieron carne.

Por lo tanto, este período fue formativo para los revolucionarios, y aprendieron mucho sobre el país en el que ya habían iniciado una revolución. Antes, Castro y sus hombres

> … no conocíamos a un solo campesino de la Sierra Maestra y, además, la única información que teníamos de [ella]… era lo que habíamos aprendido en los libros de geografía… Tal vez supiéramos que [los ríos] Cauto, Contramaestre y Yara nacían allí, pero del Yara sabíamos la canción y nada más… [sin embargo] enseguida vinieron muchos a ayudar a las bandas de rebeldes…

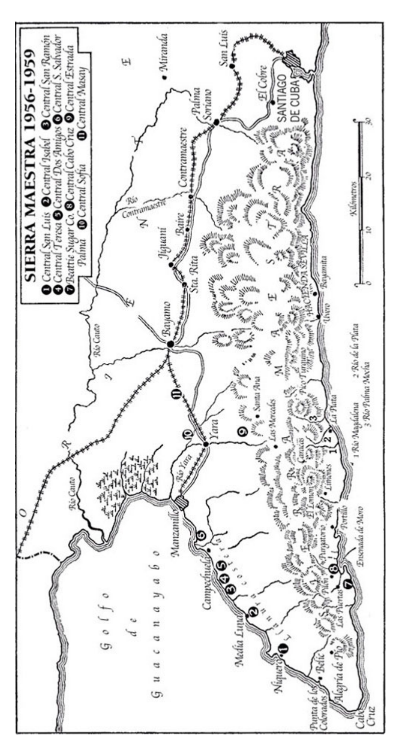
En realidad, para entonces, el problema de los víveres ya estaba casi solucionado, pues Crescencio Pérez y sus camaradas conocían a campesinos que podían vender o suministrar provisiones, modestas, y que podían decirles dónde había agua o dónde podían conseguir alimentos en zonas no cultivadas.

> ¿Qué nos encontramos en la Sierra Maestra? [Más adelante, Castro describía aquellos días]. Encontramos a los primeros campesinos que quisieron unirse a nosotros, algunos trabajadores muy salteados. Primero los desengañados, la dispersión; unos campesinos nos ayudaron a reunir los restos de estas fuerzas. Este grupo… nos ayudó a encontrarnos unos a otros en la Sierra… ¿En qué situación estaban la mayoría de los campesinos en aquel momento? Primero, tenían un gran terror hacia el ejército… segundo, apenas podían comprender que nuestro grupo de hombres mal vestidos, hambrientos, con muy pocas armas, pudiera derrotar a una fuerza que se desplazaba en camiones, trenes, aviones… A menudo habíamos de avanzar… sin que nos viera la población… porque siempre, en un municipio… de cien habitantes… había un batistiano… y luego vendría el ejército.

Hay que darse cuenta de que los rebeldes, evidentemente, necesitaban comprar la ayuda de algunos campesinos, y no les salía barata. Así, el 24 de diciembre de 1956, Faustino Pérez di-

jo a Carrillo: «Para atraer a los campesinos hay que pagar el doble de su valor por cualquier cosa que les compremos…».

La zona de la Sierra Maestra es la parte más agreste de toda Cuba. Tiene las montañas más altas de la isla, incluido el pico Turquino, de la Montaña Azul, que alcanza los 2600 metros de altura. Es una zona de gran belleza en la parte más meridional de Cuba, y, por la vegetación y la altura parece pertenecer, más que a Cuba, a las otras islas más montañosas de las Antillas, de cuya cordillera central, topográficamente, es una prolongación la Sierra Maestra; en realidad, esta cordillera contrasta con el resto de la isla. Estas montañas están cubiertas de bosque: la vegetación va desde los ásperos cactos de las laderas más bajas y secas hasta los hermosos bosques de helechos de las más altas. La Sierra se extiende a lo largo de la costa, hasta donde descienden sus escarpadas laderas que, no obstante, se ven interrumpidas por un curioso sistema de terraplenes naturales formando escalones, cada uno de ellos de 180 metros de altura o más. La costa misma es dentada, aunque no tiene las isletas que hay en las costas norte y sudoeste de Cuba. La Sierra Maestra tiene unos 160 kilómetros de longitud y unos 30 o 40 de anchura en la parte más ancha. La zona limita con el mar al sur, con la llanura costera de Niquero-Campechuela-Manzanillo al oeste, y con la carretera central al norte y al este, aunque en realidad las montañas continúan hacia el norte hasta llegar al río Cauto y a su valle. Las montañas también continúan por el este, y allí se las llama la Sierra del Cobre, hasta dar de nuevo con la carretera central y con Santiago y su bahía.



Sierra Maestra, 1956-1959.

La Sierra Maestra era una zona pobre. Desde tiempos inmemoriales estas tierras habían pertenecido a un grupo reducido de familias, que no las habían cuidado. Los límites no estaban claros. La mayoría de los que vivían realmente allí estaban establecidos sin títulos de propiedad y sin ninguna garantía; estos precaristas representaban sólo el 8 por ciento o 10 por ciento de los granjeros de Cuba, pero más de dos quintos de los precaristas estaban en Oriente. Más de la mitad de la población de la Sierra no había tenido ningún tipo de educación. Pocos niños en edad escolar iban a la escuela. Parece que el paro, aunque elevado, no alcanzaba los niveles que se daban en otras partes de Oriente: 4 por ciento en Bayamo, 8 por ciento en El Cobre, sólo 1,4 por ciento en Jiguaní; en cambio, en Niquero (debido a los molinos de la zona y las consiguientes oportunidades y dificultades de temporada), el 16 por ciento. Desde lue-

go, la mayoría de personas de la zona se dedicaban a la agricultura. Casi todas las casas eran bohíos, con suelo de tierra; casi no se sabía lo que era una nevera, el agua corriente, un baño o la luz eléctrica.

Las ciudades más próximas a la Sierra Maestra estaban en el extremo oriental. Primero Santiago, con una población de 160 000 habitantes; luego está El Cobre, fundada por los españoles en 1558 como centro minero (de ahí el nombre) y conocida por su famosa Virgen negra de madera (se dice que fue encontrada en el siglo XVII por dos indios y un negro en la bahía de Nipe). En 1958 tenía algo más de 2500 habitantes. Palma Soriano, con 25 000 habitantes, en 1860 había tenido 160 ingenios azucareros, pero en la década de 1950 sólo quedaban tres. Estaban también Jiguaní, fundada en el siglo XVIII por los indios, con 7000 habitantes, y Baire, el punto de arranque de la revuelta de 1895, con 4000. Bayamo, 80 kilómetros al oeste, tenía 20 000. Manzanillo, en la costa, 48 kilómetros más allá de Bayamo, tenía más de 40 000. Niquero, con su ingenio azucarero, era una ciudad antigua, fundada en 1571, más al sur, en la costa, cerca del punto donde encalló el *Granma*; tenía una población de algo más de 7000 habitantes. Campechuela, entre Niquero y Manzanillo, tenía 5000 habitantes. Un poco al norte de Niquero estaba Media Luna, con su ingenio azucarero Isabel, en el que trabajaban 3000 personas y que controlaba 28 000 hectáreas. La costa occidental de la Sierra se abría a una llanura de unos 50 kilómetros en la zona de Manzanillo-Bayamo. A lo largo de esta costa, en los dos municipios, había, de hecho, seis centrales azucareras. En la costa sur estaba Pilón, que también tenía un ingenio azucarero y 2500 habitantes, pero fuera de eso en la zona de la Sierra Maestra no había ningún otro lugar que tuviera una población mayor de los 1000 habitantes. En la Sierra Maestra las comunicaciones eran malas.

Consistían principalmente en largos caminos forestales a los que nunca llegaba el sol.

Parece que en la década de 1950 las razas negra y blanca se encontraban bastante equilibradas. Niquero, que nominalmente tenía la mayoría de los blancos de la zona, era, por extraño que parezca, la más analfabeta. Al mismo tiempo, muchos de los que vivían en la parte norte de la zona, sobre todo los de Jiguaní y sus alrededores, tenían sangre india, o tal vez eran totalmente indios; el valle del Yara es la zona más india que queda en Cuba y, cosa muy interesante, es la que menos problemas raciales plantea.

Los ingenios azucareros del distrito de Niquero eran propiedad de cubanos: Niquero y Pilón pertenecían a Julio Lobo. Gran parte del sector oriental de la Sierra Maestra consistía en latifundios, como la gran hacienda Sevilla, propiedad de los hermanos Babun, libaneses, fabricantes de cemento y exportadores de cedro y caoba. La mayoría de los cultivos se concentraban junto a los ríos. Se cultivaba mucho café y había una serie de quemadores de carbón de leña que se encontraban en una situación económica muy precaria. Los terraplenes más bajos del extremo oriental de la Sierra producían miel en gran abundancia. En el extremo occidental de la zona, cerca de cabo Cruz, había haciendas propiedad de la antigua familia Céspedes. También había grandes haciendas pertenecientes a la Beattie Sugar Company, a la gran Nueva Compañía de Azúcar de Niquero, de Lobo, a varios miembros de la familia Castillo, y a la Cape Cruz Company (que controlaba la central Pilón). De las grandes haciendas se encargaban los mayorales, cuya principal tarea era la de tratar de impedir que los precaristas se fueran quedando con las tierras de sus amos, tarea que provocaba constantes tiroteos y, de vez en cuando, muertes; los mayorales quemaban las casas de los precaristas, y estos respondían con el asesinato. Cada bando tenía jefes conocidos y bandas de segui-

dores. Muchos consideraban a la Sierra Maestra como el último refugio para los criminales fugitivos y desde luego, en muchos aspectos, se parecía al Oeste Salvaje anterior a la guerra civil norteamericana.

Así era la región hacia cuyas fragosidades más apartadas empezó a conducir a los hombres de Castro, el 25 de diciembre de 1956, Crescencio Pérez, que durante años había sido jefe, junto con sus hijos, de los precaristas. Pocos días antes, un miembro de la partida, el estudiante baptista Faustino Pérez, se fue de la Sierra con dos campesinos que le hacían de guías (Quique Escalona y Rafael Sierra) en dirección a La Habana, para establecer contacto con los partidarios del movimiento en la ciudad y reorganizarlos, para confirmar que Castro todavía vivía, y para tratar de asegurarse de que se enviaran a la Sierra todas las armas disponibles que hubiera en La Habana y en otras ciudades, instrucción sobre la que Castro tuvo que insistir continuamente, pero que no se cumplió con rapidez. Para Navidad ya había llegado.

68

Herbert Matthews va a la Sierra

Los habaneros celebraron el día de Navidad de 1956 del modo tradicional; los periódicos estaban llenos de anuncios de regalos de los grandes almacenes El Encanto: vuelos a Miami por 36 dólares («55 minutos de puro placer, 5 rápidos vuelos diarios»). El restaurante Rancho Luna, «un bohío típico del campo cubano, con su techo de cañas», decía a sus sofisticados clientes que allí se habían comido 324 000 pollos en los últimos tres años. Los norteamericanos despidieron a varios miembros «integrantes» de su comunidad y a sus asiduas esposas (miembros activos del American Club, del Rover's Club, del Women's Club y de la «egregia sociedad» Book and Thimble). La «encantadora familia de Mr. y Mrs. John Albert Ferreira, propietarios de la central Agramonte, pasaría las Navidades en casa de su yerno y de su hija, Mr. y Mrs. Clarence Bonstra, en el Club de Campo». «La Gran Historia de Navidad de Antaño» se volvía a contar a bombo y platillo a centenares de norteamericanos y cubanos. El *Havana Post*, recordando las crisis de Suez y de Hungría, ocurridas en 1956, aludía a los «revolucionarios de Oriente», a los que las Fuerzas Armadas «esperaban dominar con un mínimo de pérdidas de vidas», y declaraba confiadamente que «aun cuando nos veamos obligados a un acuerdo militar con la Rusia comunista, nuestra fuerza, en última instancia, será nuestra fe en Cristo». *El Mundo* decía que «el terrorismo y el sabotaje son condenables en todas las épocas, pero aún más ahora, en la época navideña». «Escoja lino irlandés como recuerdo, duradero y encantador, de sus agradables vacaciones en Cuba», decía alegremente un anuncio, y otro exclamaba: «Felicidades en nombre de Hatuey, la mejor cerveza cubana».

Pero en realidad, el espíritu de Navidad, ese sobrecargado fantasma de las sociedades opulentas, era débil. En Nochebuena, Justo Carrillo dio 1000 dólares para el Movimiento a Faustino Pérez, que acababa de llegar a La Habana desde la Sierra. El Movimiento 26 de Julio proyectó dar un golpe durante las fiestas y explotaron una serie de bombas, que provocaron un apagón en varias ciudades de Oriente la víspera de Navidad. El ejército de Batista también dio su golpe: el coronel Fermín Cowley, al mando de Holguín, en el norte de Oriente, que, como muchos partidarios de Batista, había sido miembro de una célula del ABC hacia 1930, ordenó una serie de represalias. En consecuencia mataron a veintidós hombres en diferentes lugares de Oriente: algunos miembros del Movimiento 26 de Julio, algunos ortodoxos y algunos auténticos, todos miembros de la oposición. A dos los colgaron, y dejaron sus cadáveres en los árboles, en las afueras de Holguín.

El escándalo fue grande. Los propietarios de los principales periódicos apelaron a lo que fuera para «preservar la sociedad», y, sin dejar de condenar la «represión violenta» del terrorismo, se ofrecieron como mediadores. Pero esto no tuvo ningún efecto. La víspera de Año Nuevo fue el inicio de nuevas violencias: el Movimiento 26 de Julio colocó bombas en varios lugares públicos; Javier Pazos, hijo del antiguo director del Banco Nacional, colocó una bomba en el *cabaret* Tropicana, que arrancó un brazo a una chica de diecisiete años; hirió a la hija de un antiguo jefe de policía, Marta Pino Donoso, y causó otros daños. En Santiago explotaron bombas. El ejército mató por lo menos a otras tres personas en Oriente y a dos en Las Villas.

En esos momentos, Javier Pazos era uno de los jefes del Movimiento 26 de Julio en La Habana. Él y otros hijos de hombres de la Revolución de 1933, como Leila Sánchez y Raulito Roa (hijos de Aureliano Sánchez Arango y Raúl Roa), con otros como el pintor surrealista Manuel Couzeiro, el líder estudiantil

de la facultad de derecho Marcelo Fernández, y Luis de la Cuesta, eran miembros destacados de un grupo de jóvenes intelectuales, de veinte a treinta años, que acostumbraba reunirse en las habitaciones de la delegación cubana del Congreso para la Libertad Cultural, que entonces dirigía Mario Llerena, un escritor mayor que ellos y con más experiencia política. Esta gente, al pasarse a Castro en 1956, había constituido uno de los logros intelectuales más importantes hasta entonces del Movimiento 26 de Julio.

Los trágicos acontecimientos de Año Nuevo no parecieron molestar al alcalde de Nueva York, Robert Wagner, que estaba pasando el Año Nuevo en La Habana. «Las visitas como la suya contribuyen muy sustancialmente —le aseguró Batista en inglés— a las buenas relaciones entre nuestros países». Cuando acompañó al alcalde Wagner a Varadero se prodigaron las mutuas expresiones de estima y las bromas. Tal vez los hechos aislados de este tipo no hubieran tenido muchas consecuencias, e incluso es difícil asegurar que, al multiplicarse gracias a la persuasión del jefe de relaciones públicas de Batista, Chester Arthur, trajeran ninguna consecuencia específica. Pero continuaron dando la impresión de que la Norteamérica oficial era aliada de la Cuba oficial; los enemigos de esta última empezaron a parecer enemigos de la primera con toda facilidad. Si el alcalde Wagner parecía satisfecho de recibir la orden de Céspedes de manos del presidente Batista, parecía inevitable que el alcalde Wagner aprobara al presidente Batista. El secretario adjunto de comercio norteamericano, general Thomas Wilson, estuvo presente cuando Wagner recibió su condecoración. Todavía pareció insistirse más en lo mismo con la concesión de la medalla militar cubana al coronel Isaacson, jefe de la misión militar estadounidense, con motivo de su retiro. Los norteamericanos no eran los únicos visitantes: en octubre de 1956, Yael, hija del general Dayan, de Israel, había regalado una Biblia hebrea al ge-

neral Tabernilla, quien, a su vez, le había entregado una bandera cubana de seda pura.

En la misma línea, a finales de 1956 se supo que las inversiones norteamericanas habían alcanzado un nivel muy alto; desde 1952 hasta 1957 se hicieron inversiones privadas por valor de 357 000 000 de dólares. En 1956, Texaco y Shell habían invertido 40 000 000 de dólares en Cuba. Algunas de estas inversiones se hacían con capital cubano y norteamericano conjunto y, como de costumbre, a veces era difícil saber quién era quién. Algunas empresas cubanas tenían capitalistas norteamericanos, algunas empresas norteamericanas tenían accionistas cubanos. Cuba era todavía un campo demasiado tentador para los negocios norteamericanos; en enero de 1957, la economía cubana había alcanzado un nivel máximo, mientras que la renta per cápita cubana había llegado a ser de 400 dólares, es decir, un total de 2400 millones de dólares: la renta per cápita más alta de toda América Latina. El crédito nacional se mantenía alto, dado que recientemente se habían pagado los préstamos con puntualidad. Las edificaciones, públicas y privadas, de La Habana y sus alrededores irradiaban su acostumbrado aire de bienestar, desbordante pero superficial. Los capitalistas norteamericanos no se daban cuenta de que la crisis política había empeorado, aunque la dictadura disimulara sus consecuencias. En enero, además, pareció que los temores de que los hombres de Castro u otros utilizaran el arma tradicional de quemar caña no tenían fundamento. El gangsterismo había disminuido, mientras que los agentes de Bolsa cubanos observaban con satisfacción que las relaciones de Batista con Trujillo habían mejorado. El ministro cubano de Agricultura llegó incluso a visitar y a alabar una exhibición de ganado en Santo Domingo, o sea que ahora era menos de temer una invasión de gángsteres con base allí. La rebelión de Castro, aunque en realidad continuara, en Wall Street no parecía suponer una amenaza económica. Los hom-

bres de negocios norteamericanos seguían celebrando reuniones en La Habana, y consideraban que la alta sociedad, los burdeles y las películas pornográficas eran todavía más divertidos que los de Pittsburgh, y superficialmente más estimulantes todavía que en los viejos tiempos de La Habana; los nuevos hoteles eran de un lujo y un esplendor incomparables. En Washington continuaban recibiendo a los ministros cubanos: Santiago Rey, el ministro de Defensa, fue allí en enero de 1957 como invitado oficial. Él y otros ministros cubanos absorbieron sin mucha dificultad el repertorio más burdo de acusaciones de comunismo de los políticos norteamericanos, y normalmente acusaban de «comunistas» a Castro, Prío, e incluso a Trujillo y a otros oponentes.

Pero la policía cubana no actuaba como si hubiera vencido a su enemigo. El 2 de enero, cuando la nación aún no había digerido las malas noticias de Navidad y Año Nuevo, se encontraron cuatro jóvenes —uno de ellos, William Soler, tenía sólo catorce años— muertos en un edificio vacío de Santiago. Parece que los habían arrestado como sospechosos de haber actuado a favor del 26 de Julio durante las vacaciones y los habían torturado. En consecuencia, el 4 de enero, una manifestación de quinientas mujeres, encabezada por la madre de Soler, vestida de negro, recorrió lentamente las calles de Santiago con una pancarta: «¡Cesen los asesinatos de nuestros hijos!». Las ofertas de mediación de los líderes de la prensa se vieron apoyadas por toda clase de personas —presidentes de gremios de comerciantes de café, rotarios, francmasones, cámaras de comercio, el Consejo de la Universidad de La Habana—, la mayoría de las cuales unían sus llamamientos en favor de la mediación a condenas del terrorismo. Sin embargo, el vicepresidente, Guás Inclán, estropeó bastante la impresión al recibir muy bien el intento de la prensa y decir que Cristóbal Díaz era «un próspero empresario y un amigo del presidente Batista».

La violencia continuó esporádicamente. En enero de 1957 se colocaron bombas por lo menos una vez por semana en algún lugar de Cuba. Los arrestos eran frecuentes, y no siempre quedaba claro lo que ocurría con los detenidos. El 13 de enero por la noche, desde un coche en marcha incendiaron la casa del coronel Orlando Piedra, jefe del SIM, en la Quinta Avenida, en Miramar. Parece que en esos momentos la madre de Castro pidió a Batista que perdonase la vida a su hijo dejándole huir con sus amigos a una embajada. El 15 de enero se suspendieron las garantías constitucionales (ya suspendidas en Oriente) en toda la isla.

Ahora reapareció la fuerza de Castro, reagrupada en la Sierra, compuesta todavía por veinte hombres más o menos. El 14 de enero habían llegado al río Magdalena, donde los hombres se asearon y se prepararon para atacar el cuartel de La Plata, que estaba en la desembocadura del pequeño río que lleva ese nombre. Parece que en aquellos momentos tenían veintitrés armas: nueve rifles con lentes telescópicas, cinco rifles semiautomáticos, cuatro rifles con cerrojo, dos ametralladoras Thompson, dos pistolas ametralladoras y una escopeta de aire comprimido de calibre 16. Varios campesinos más se habían unido a ellos de un modo no muy fijo (Edward Díaz, Manuel y Sergio Acuña). Llevaban de guía a un campesino llamado Melquíades Elías. Durante el día encontraron a dos campesinos, parientes del guía, y se llevaron prisionero a uno de ellos como medida de precaución. El 15 y 16 de enero se dedicaron a observar el cuartel con todo cuidado, e hicieron dos prisioneros más, uno de los cuales les dijo que dentro había quince soldados. Otro les explicó detalles del sistema local de propiedad de la tierra: cómo la familia Laviti tenía una hacienda enorme y semifeudal, que tres mayorales famosos por su dureza mantenían contra los precaristas.

Poco después, uno de estos agentes, Chicho Osorio, mayoral de la hacienda El Macho, se aproximó montado en una mula, acompañado por un niño negro, y borracho. Universo Sánchez ordenó a Osorio que se detuviera en nombre de la Guardia Rural; Osorio respondió inmediatamente «Mosquito», la contraseña. Castro consiguió convencerle de que era coronel del ejército y estaba buscando a los rebeldes. Osorio explicó a Castro que la tropa del cuartel de La Plata estaba ociosa y le dio otras informaciones, e incluso le dijo que opinaba que si cogían a Castro lo asesinarían inmediatamente. Entonces Castro dispuso a sus hombres para que atacasen durante la noche del 16 al 17 de enero, y los dividió en cuatro grupos, dirigidos, respectivamente, por Julio Díaz, el propio Castro, Raúl Castro y Juan Almeida. En el momento en que empezó el ataque, las 2.40 de la madrugada del 17 de enero de 1957, Chicho Osorio, el capataz inicuo, fue fusilado, todavía borracho.

El ataque había de consistir en lanzar una fuerte descarga desde varios puntos, en la oscuridad, y luego exigir la rendición. Esto dio resultado, gracias al factor sorpresa: Guevara y Lucio Crespo también prendieron fuego a varias casas que estaban junto al cuartel. Después los fidelistas tomaron el cuartel por asalto y los soldados se rindieron. En conjunto se habían hecho 1500 disparos. Los batistianos tuvieron dos muertos y cinco heridos; hicieron tres prisioneros. Otro mayoral estafador, Honorio, y los demás soldados huyeron. Castro no tuvo ninguna baja. Ordenó que quemaran el cuartel. Tres de los soldados heridos murieron. A los demás los dejaron al cuidado de los prisioneros cuando los fidelistas volvieron a la jungla.

Esta victoria permitió a Castro aumentar sus pertrechos con rifles Springfield, una nueva ametralladora Thompson, unos cuantos miles de cartuchos con bala, y varias cananas, leña, ropa, comida y cuchillos. Uno de los prisioneros se unió más tarde a las fuerzas castristas. Castro liberó a todos los campesinos

que estaban prisioneros del ejército, y se fue hacia el río, el Palma Mocha, unos cuantos kilómetros más cerca del pico Turquino. En el camino contemplaron el melancólico espectáculo del éxodo de los campesinos de las montañas. El día anterior, los mayorales y los guardias rurales habían dicho a los precaristas de la región que la fuerza aérea iba a bombardear la Sierra para acabar con los rebeldes, y que, si querían conservar la vida, habían de marcharse. Esto, evidentemente, fue un intento de los mayorales de expulsar a los campesinos en interés propio, pues el gobierno no sabía que los fidelistas estaban en la región y al día siguiente no hubo ningún ataque aéreo.

> Casi todos los grupos de campesinos que encontramos [recordaba Castro cinco años más tarde] tenían alguna queja. Naturalmente, empezamos a intentar ganarnos a los campesinos… Trabajaban en el llano quince días, reunían quince o veinte pesos, compraban sal y un poco de manteca, y luego volvían a sus pequeños cafetales. El Banco Agrícola sólo concedía créditos a los campesinos que ya eran ricos. Cuando un guardia rural pasaba junto a la casa de uno de estos campesinos, seguro que por lo menos se hacía con un buen pollo; y los comerciantes que vendían comida a los campesinos la vendían cara. No había escuelas. Estas eran las condiciones que nos encontramos en la Sierra, las condiciones objetivas… [de la revolución].

Mientras tanto, el 19 de enero, la prensa dio la falsa noticia de que «en un encuentro habido en La Plata habían muerto ocho rebeldes y dos miembros de las fuerzas armadas». Sin embargo, el 1 de marzo, el ejército anunció que, en realidad, en esta lucha habían muerto doce de sus hombres, y también habían muerto «cuarenta rebeldes», y después habían apresado a veinte; es decir, se decía que las bajas habían sido bastante más del doble del total de rebeldes en general: un criterio útil, sin duda, para juzgar las afirmaciones de otros gobiernos en guerras parecidas.

En realidad, ahora Castro se dirigía hacia el norte, hacia un riachuelo llamado Arroyo del Infierno. Calculando que el ejército le perseguiría, preparó una emboscada muy sencilla, aunque Guevara casi la estropeó, pues llevaba un uniforme ba-

tistiano que había cogido en La Plata, y Cienfuegos le disparó. Finalmente apareció una pequeña tropa de batistianos, perteneciente a una patrulla dirigida por el teniente Sánchez Mosquera (que formaba parte de un comando de cien hombres que se acababa de formar a las órdenes del comandante Casillas), y fueron a mirar dos bohíos situados en el centro de un claro, donde los hombres de Castro no se habían refugiado intencionadamente, recordando que a él le habían cogido en un bohío después de Moncada, en 1953. Castro disparó el primer tiro y mató a un hombre, y murieron también otros tres batistianos; a uno de ellos lo mató Guevara. Después ambos bandos se retiraron, y los fidelistas capturaron un rifle, un Garand y una canana. Este éxito limitado enseñó a Castro a atacar a las vanguardias de las patrullas, porque, «sin vanguardia, no puede haber ejército». Los fidelistas descubrieron más tarde que Sánchez Mosquera también había matado a un campesino negro que se había negado a hacerle de guía.

A continuación Castro volvió al sudoeste, adonde habían estado antes de ir a La Plata, en una montaña de vegetación muy densa llamada Caracas. Encontraron cambiada la situación, pues el ejército había estado por allí, y el comandante Casillas había expulsado a muchos precaristas. Castro sólo encontró bohíos vacíos. Entonces se le unió un campesino, Eutimio Guerra, que antes le había hecho de guía, y que después de La Plata había bajado de las montañas para visitar a su madre. En realidad había sido capturado por el ejército y había convenido en matar a Castro a cambio de 10 000 dólares y una graduación militar. Era un conocido jefe de bandidos que, como Crescencio Pérez, defendía a los precaristas contra los mayorales y sus secuaces.

En esos momentos hubo algo de abatimiento entre los fidelistas: varios miembros de la partida pedían que se les permitiera entrar en las ciudades. Castro declaró que la insubordinación,

la deserción y el derrotismo se castigarían con la muerte. Guevara comentó secamente que a los rebeldes todavía les faltaba «un espíritu forjado en la lucha y… una conciencia ideológica clara». Lo que desmoralizó a todos había sido la aparición, el día anterior, de una escuadrilla de cazas que había ametrallado el bosque contiguo a donde estaban ellos. No sabían que, en realidad, Eutimio Guerra iba en un avión, dirigiendo el ataque. En estas circunstancias, Castro tomó la decisión, muy peligrosa pero fundamental, de enviar a René Rodríguez a La Habana a finales de enero, para que dijera a sus partidarios de la capital que quería ver a un corresponsal de prensa extranjero, pues sería inútil ver a un cubano, ya que la prensa cubana estaba sometida a censura.

El ataque aéreo había provocado la depresión y dispersión de los fidelistas. Un campesino, Sergio Acuña, el bandido, abandonó el grupo, mientras que su hermano, Manuel, con Calixto García y Calixto Morales, se separó durante un tiempo de la columna principal. Afortunadamente, el mismo día, 1 de febrero, Roberto Pesant consiguió llegar hasta Castro con diez nuevos seguidores de Manzanillo. Pronto llegó instrumental quirúrgico y ropa de Manzanillo, aunque uno de los recién llegados murió enseguida en un ataque esporádico de una avanzada de la patrulla de Sánchez Mosquera, el primer muerto del bando de Castro desde Alegría del Pío. La columna retrocedió hacia el río El Ají, buscando siempre un territorio conocido, para tomar contacto con los precaristas y estar en una posición favorable para recibir ayuda, hombres y suministros de Manzanillo. Se unieron algunos otros precaristas, entre ellos un analfabeto de cuarenta y cinco años, Julio Zenón Acosta, que se convirtió en lo que Guevara llamaba el primer alumno de la revolución; Guevara le enseñó el alfabeto.

Este grupo trajo la noticia de que Sergio Acuña, que había desertado pocos días antes, había vuelto a su casa, había alar-

deado de sus actividades guerrilleras y había sido traicionado. Le habían golpeado, y luego el cabo Roselló lo había fusilado y había colgado su cuerpo. Esto, comentaba Guevara, enseñó a la columna «el valor de la cohesión y la inutilidad de intentar escapar individualmente al destino colectivo». Después se hizo una purga de los que no eran dignos de confianza o estaban agotados, y expulsaron de la Sierra al «veterano español», Chao, Reinaldo Benítez y Edward Díaz, mientras que Ramiro Valdés e Ignacio Pérez, hijo de Crescencio (igual que su padre, jefe de los precaristas), se fueron también temporalmente a curarse las heridas. Chao había perdido la fe en la empresa, y decía que los rebeldes se habían embarcado en «una locura fenomenal».

Entonces tuvo lugar una curiosa historia parecida a las de la Biblia. El traidor Eutimio Guerra, de vuelta al redil, afirmó que sabía, porque lo había soñado, que estaba a punto de producirse un ataque aéreo contra los bosques. A continuación vino la discusión sobre la posibilidad de predecir este tipo de acontecimientos mediante los sueños. Guevara, parte de cuyo trabajo diario consistía en «dar explicaciones de naturaleza política o cultural», explicó pacientemente que era imposible, pero algunos, entre ellos el analfabeto Acosta, se adhirieron firmemente a una interpretación fisiológica. Pocas noches después, Guerra intentó matar a Castro. Se quejó de que no tenía manta, y pidió a Castro que le dejara una (en aquella época las noches eran frías). Castro contestó que lo mejor sería que compartieran la misma. Entonces Castro y el traidor, armado de una pistola del 0,45, estuvieron echados bajo la misma manta. Pero además había otros tres que custodiaban a Castro, y Eutimio Guerra se pasó toda la noche manoseando la pistola sin decidirse a disparar.

Sin embargo, aunque vacilara en cumplir su misión, no carecía de audacia; al día siguiente predijo, según su famosa presciencia onírica, que los aviones batistianos atacarían la Loma

del Duro (junto a la cual estaba Castro). Quedó encantado cuando resultó ser así. Los partidarios de Castro estuvieron dispersos durante varios días; el campesino Labrador, Armando Rodríguez y seis de los últimos que habían venido de Manzanillo se perdieron, o abandonaron su puesto al perder las esperanzas. Un día después, más o menos, capturaron a un niño campesino que dijo que había hablado con Eutimio en el cuartel general del capitán Casillas. Castro trasladó el campamento, que al cabo de poco fue ametrallado, muriendo Acosta. Crecieron las sospechas sobre Eutimio Guerra, aunque no podían hacer nada, pues los fidelistas estuvieron divididos durante tres días. Al reunirse el 12 de febrero, pero con algunas bajas más, los fidelistas todavía no eran más que dieciocho. Al día siguiente se dirigieron a la llanura, y celebraron una reunión en la hacienda La Montería con algunos representantes de los fidelistas en las ciudades: Haydée Santamaría y Armando Hart, de La Habana; Frank País, Celia Sánchez y Vilma Espín, de Santiago. (Para esta cita habían escogido especialmente a mujeres, pues suponían que tendrían mayores posibilidades de cruzar las barreras del ejército). Antes, País había intentado persuadir a Castro para que se fuera al extranjero y allí reorganizara las fuerzas revolucionarias; pero cambió de idea al ver la determinación, confianza y energía de Castro.

Pocos días después de esto fue cuando la rebelión de Castro se hizo famosa en Norteamérica. Castro se daba cuenta de la importancia que había tenido la prensa norteamericana en la guerra de independencia. Desde luego, la petición que había hecho René Rodríguez en La Habana, de que fuera un corresponsal extranjero a la Sierra, era inteligente. El momento era propicio. Las ejecuciones llevadas a cabo por el ejército en Navidad habían inclinado la balanza de muchos profesionales de La Habana, incluidos muchos ortodoxos, que cada vez estaban más dispuestos a tomarse a Castro en serio, como a una fuerza

que mantenía el prestigio de la oposición combatiendo efectivamente a Batista. Entre los ortodoxos que cambiaron de posición estaba Raúl Chibás, hasta entonces su jefe nominal, que se encontró con Frank País en Santiago el 28 de enero, y volvió a La Habana para tratar de organizar una Resistencia Cívica, según el modelo de la de Santiago, volviendo a la organización celular del ABC en la época de la lucha contra Machado. Ignacio Mendoza, un líder ortodoxo que había dirigido a los que colocaban bombas en la lucha contra Machado, y miembro de una familia de juristas y comerciantes muy conocida en La Habana, pasó a ser el jefe de la lucha contra Batista en la capital. Mendoza, un agente de Bolsa muy respetable, parecía estar por encima de toda sospecha. La Resistencia Cívica había de ser una organización secreta, independiente y no política, compuesta por personas de las clases media y alta, sin tener en cuenta a qué partido pertenecieran; de hecho fue, desde el principio, una organización destinada al Movimiento 26 de Julio en las ciudades, y un medio de conseguir suministros y dinero; en cambio, muchos de los que participaban en ella pensaban que lo hacían, en realidad, para no unirse al Movimiento 26 de Julio, al que consideraban demasiado extremista.

Enrique Oltuski, un joven ingeniero que había sido partidario de García Bárcena, se convirtió en el jefe de la Resistencia Cívica de La Habana; se había unido a Castro a mediados de 1955. Raúl Chibás se encontró con que, al cabo de un mes, había conseguido mil dólares que, en su mayoría, venían de personas que contribuían cada una con un dólar, como habían convenido, y que se cobraban por células de diez. Otro hombre prominente que empezó a colaborar con el Movimiento 26 de Julio por estas fechas fue Felipe Pazos, el principal economista cubano, que había sido gobernador del Banco Nacional en la época de Prío. Su hijo había colocado la bomba de la noche de Año Nuevo en el *cabaret* Tropicana y, como ocurrió con mu-

chos cubanos, parece que el hijo impulsó al padre a ingresar en el movimiento por el cual él ya se estaba jugando la vida. Igual que Mendoza, Pazos había luchado contra Machado, y había sido miembro del Directorio Estudiantil en 1933. Aunque Pazos no podía jactarse de tener muchos detrás de él, su aceptación del Movimiento 26 de Julio fue muy significativa del desarrollo político de la clase media cubana.

La familia Pazos se encargó de conseguir que, tal como Castro había pedido, fuera un periodista extranjero a la Sierra. Felipe Pazos fue a las oficinas del *New York Times*, cuya corresponsal, la intrépida Ruby Hart Phillips, veterana de la lucha contra Machado, lo arregló todo para que Herbert Matthews, un redactor algo mayor del *New York Times*, experto en cuestiones latinoamericanas, que se había ocupado ampliamente de la guerra civil española, viajara desde Nueva York para intentar ver a Castro. Aunque tenía cincuenta y siete años era un hombre muy valiente; veinte años antes, Hemingway lo había descrito diciendo que era «bravo como un tejón». Matthews, con su mujer como pantalla, fue escoltado hasta Manzanillo por Javier Pazos y Faustino Pérez. El propio Pazos dijo más tarde: «Debo confesar que, en mi interior, tenía dudas sobre la presencia de Castro en la Sierra hasta que lo vimos». Mientras tanto, el 12 de enero, Batista declaró que había «paz absoluta en toda Cuba», salvo algunas bombas lanzadas por comunistas cuya «identidad había sido definida perfectamente».

Matthews dejó a su mujer en casa de Pedro y Ena Saumell, dos maestros de Manzanillo, partidarios de Castro; salió para la Sierra el 15 de febrero y se encontró con Castro en la madrugada del 17 de febrero.

La mayor parte del camino la había recorrido en coche, con Pazos y algunos otros, pero el último trecho lo hizo a pie. Quedó muy impresionado: «La personalidad de este hombre es arrolladora. Es fácil ver que sus hombres le adoran… Una per-

sona educada, un fanático consagrado, un hombre de ideales, valiente y con notables dotes de mando… daba la impresión de ser invencible». La importancia de esta entrevista fue considerable. En primer lugar, Matthews creó para los norteamericanos la leyenda de Castro, el héroe de las montañas, «de extraordinaria elocuencia», «un hombre fuerte, de metro ochenta, de tez aceitunada, carilleno, con una barba abundante. Llevaba un uniforme de campaña gris verdoso y un rifle con lente telescópica del que estaba muy orgulloso…», «un gran conversador que sabe tratar muy bien con los campesinos, y paga todo lo que comen». Durante los tres años siguientes Fidel Castro fue un héroe norteamericano, cosa que le sorprendió y en según que momentos le enfurecía.

En segundo lugar, la entrevista exageraba el número de seguidores de Castro. Este decía que Batista actuaba en «columnas de doscientos; nosotros, en grupos de diez a cuarenta», aunque «no le diré cuántos tenemos, por razones obvias…». «Habían librado muchas batallas e infligido muchas pérdidas», decía Matthews; describía a Castro diciendo: «Ahora hace setenta y nueve días que luchamos y estamos más fuertes que nunca… los soldados luchan mal; su moral es baja, la nuestra no puede ser más alta». Matthews informaba de que los hombres de Castro tenían más de cincuenta rifles telescópicos, mientras que Castro daba la impresión de que los ochenta y dos del *Granma* se habían visto muy incrementados: habían «mantenido al gobierno acosado mientras llegaban jóvenes de otros puntos de Oriente». En realidad, Raúl Castro estuvo pasando delante de Matthews con los mismos hombres, y le dieron la impresión de que el propio Castro estaba «en otro campamento» la mayor parte del tiempo; entonces Castro tenía sólo dieciocho hombres. Castro, es verdad, también podía contar con Crescencio Pérez, sus hijos y varios otros campesinos, como Manuel Acuña, ausente temporalmente, pero que en un

momento u otro había estado con él. Matthews dijo específicamente que en Oriente «miles de hombres y mujeres están con Fidel Castro en cuerpo y alma y son partidarios de la política nueva que creen que él defiende»; estos eran simpatizantes, pero simpatizantes que podían ser llamados a las armas. La verdad era que Castro estaba ganándose la confianza de los precaristas y de sus jefes cada vez más, mediante hombres como Pérez, contra los grandes y pequeños propietarios, quienes creían que la presencia del ejército de Batista y la existencia de una situación de guerra podían ayudarlos a deshacerse para siempre de los precaristas. Esta actitud «revolucionaria» por parte de los precaristas aumentó cuando el teniente Casillas expulsó a los campesinos de la región de Palma Mocha: los jefes de los precaristas encontraban que cada vez era más necesario colaborar con la nueva fuerza que estaba en la Sierra (Casillas era un forajido; tenía una caja llena de orejas humanas y se la enseñaba a los visitantes que le eran gratos; le gustaba luchar, y una vez dijo a un invitado que cuando se terminasen las batallas en Cuba, no se quedaría en una tierra pacífica, sino que se iría a Venezuela y lucharía a favor del coronel Pérez Jiménez). No obstante, el carácter y la fuerza de Castro influyeron tanto en Matthews que este le preguntó «si iba a constituir un gobierno revolucionario en la Sierra». «Todavía no —contestó Castro—, aún no ha llegado el momento. Me daré a conocer en el momento oportuno».

El artículo de Matthews sobre su visita a la Sierra se publicó el 24 de febrero, e inmediatamente hizo de Castro una figura internacional. Como, por casualidad, se levantó la censura en Cuba justo al día siguiente; la noticia de que Castro vivía se difundió también rápidamente en Cuba. La estimación imprecisa y excesiva del volumen de las fuerzas de Castro ayudó a atraer a su causa a los cubanos de las ciudades. Se suponía que Castro estaba ganando, que ya no podían fiarse de los informes de Ba-

tista, y que, por lo tanto, el bando bueno era el de Castro; la moral de Castro subió. La moral del ejército de Batista se hundió aún más, y después, cuando el ministro de Defensa, Santiago Rey, negó que Matthews pudiera haber traspasado el cinturón formado por el ejército alrededor de la Sierra y que Castro viviera, el gobierno quedó en ridículo, pues a continuación Matthews publicó una fotografía que había hecho de sí mismo con Castro.

Castro engañó a Matthews sobre la magnitud de sus fuerzas, pero no mucho sobre sus objetivos políticos. «El Movimiento 26 de Julio habla de nacionalismo, anticolonialismo, antiimperialismo», escribió Matthews. Estos puntos de vista se los debía de haber oído a Javier Pozos y a los que vio en La Habana y eran como él. También en La Habana, consiguió el periódico clandestino del Movimiento 26 de Julio *Revolución*, en el que aparecía la palabra «socialismo», en un artículo titulado «Necesidad de la Revolución». Sin embargo, Castro dijo a Matthews: «Puede estar seguro de que no tenemos ninguna animosidad hacia Estados Unidos y el pueblo americano… estamos luchando por una Cuba democrática y por el final de la dictadura. No somos antimilitares… porque sabemos que los hombres son buenos, y que también lo son muchos de los oficiales». Desde luego, «antiimperialismo», e incluso «democracia», pueden no significar nada. Es evidente que Matthews vio a Castro como socialdemócrata; pero, desde luego, no es seguro que Castro se viera a sí mismo de igual modo. En realidad, es difícil calcular la índole exacta de los designios políticos de Castro en febrero de 1957, ya que, como hemos indicado, el propio Castro ha dado muchas versiones discordantes de su educación política. Sería mejor suponer que su educación estaba haciéndose, que suponer que ya era completa. Guevara, el miembro más sofisticado políticamente del grupo, indica, en su descripción de la campaña de la Sierra, que incluso él estaba abierto a

la influencia de gente de fuera, por ejemplo a la de País, el jefe de Santiago; en todo caso, dice, País contribuía a hacerle limpiar el rifle con más eficacia. Guevara y Raúl Castro eran todavía, con el propio Castro, los únicos de la Sierra que tenían una educación superior. En lo intelectual, sus influencias debían de ser las más fuertes que tenía Castro, pues este, como ya hemos dicho, no era un hombre de puntos de vista fijos o coherentes en lo ideológico, o que sostuviera firmemente sus opiniones. Aun así, sería un error exagerar la influencia ejercida por Guevara y Raúl Castro sobre Fidel. Las oportunidades de discutir sobre política no eran ilimitadas, y los tres estaban preocupados por problemas de supervivencia, de estrategia y de alimentación. Indudablemente Fidel Castro era el individuo dominante en la Sierra. Su infancia y juventud le habían preparado para este tipo de lucha, quizá, en realidad, sólo para este tipo de lucha. Su programa, tal como está descrito en una edición de las primeras de *Revolución*, en febrero de 1957, tiene el sello de la autenticidad, tanto por su vaguedad y su retórica como por su ferviente patriotismo:

> La Revolución es la lucha de la nación cubana para conseguir sus objetivos históricos y realizar su integración completa. Esta integración consiste en la unidad completa de los siguientes elementos: soberanía política, independencia económica y, en particular, una cultura diferenciada. La Revolución no es exactamente una guerra y un episodio aislado. Es un proceso histórico continuo que presenta distintos momentos o etapas. Las conspiraciones del siglo pasado, las guerras del 68 y del 95, la represión de la década de 1930, y la lucha de hoy contra el terror de Batista son partes de la misma… Revolución [que]… está luchando para conseguir una transformación total de la vida cubana, profundas modificaciones en el sistema de propiedad, y un cambio en las instituciones… La Revolución es democrática, nacionalista y socialista.

En cuanto a la cuestión discutida e intrigante de la relación que había por entonces entre el Movimiento 26 de Julio y el comunismo, Blas Roca, el secretario general del PSP, dijo en 1960:

> En cuanto se formaron en la Sierra los primeros grupos de combate, nosotros tratamos de prestarles toda la ayuda posible. Un ejemplo destacado, al que se dio amplia publicidad, fue la carta que enviamos a todos

> los partidos de la oposición poco después del desembarco del *Granma*, pidiéndoles que contuvieran la mano asesina del gobierno y le impidieran utilizar una fuerza superior para exterminar a Fidel Castro y a sus camaradas.

Unos meses después, en septiembre de 1957, el *Daily Worker* de Nueva York, el periódico comunista de Estados Unidos, se quejaba de que los rebeldes no reconocían suficientemente el apoyo que les prestaban los comunistas cubanos. Pero, en realidad, sólo cuatro días después de la publicación de la entrevista de Castro con Matthews, el Partido Comunista cubano dejó sentado su «desacuerdo radical con la táctica y los planes» de Fidel Castro; a pesar de su «valor y sinceridad», creían que la acción armada era un error. Deploraban el terrorismo, el sabotaje y los incendios de caña de azúcar. Aunque admitían que el Movimiento 26 de Julio «se aproximaba» a la «concepción estratégica» de los comunistas, todavía no había tomado una postura bastante fuerte respecto de la «dominación imperialista»; es decir, contra Estados Unidos. Un mes más tarde, Juan Marinello, el presidente de los comunistas, escribió a Matthews, que entonces se encontraba en el pináculo de la fama como intérprete de Cuba para Norteamérica, que el Partido Comunista se oponía a la política de «la lucha armada» como tal. Era partidario de las elecciones, y de presionar con ellas con métodos clásicos como huelgas, manifestaciones populares y protestas civiles. Había que formar un frente popular, que incluyera no sólo a los obreros y campesinos, sino también a la «pequeña burguesía cubana» y a la «burguesía nacional». Así, aunque los comunistas afirmaran más tarde que habían ayudado al Movimiento 26 de Julio, por entonces diferían de él en una cuestión fundamental de táctica; y, aunque táctica, fue el mismo tipo de cuestión el que llevó a la disensión abierta entre la Unión Soviética y China continental en 1959-1960, o entre Castro y los comunistas latinoamericanos en el año 1967.

Evidentemente entre los comunistas había ciertas disensiones. El movimiento juvenil, centrado en la Universidad de La Habana, y algunos miembros jóvenes del partido propiamente dicho —especialmente los que habían sido compañeros de universidad de Castro, como Alfredo Guevara o Leonel Soto— no estaban seguros de que fuera deseable apostarlo todo para ganar en una lucha electoral o constitucional; mucha gente veía ya en el camino chino hacia el poder, mediante la lucha armada, la única esperanza de triunfo para América Latina; ya desconfiaban de la política soviética, encaminada a una coexistencia pacífica con Estados Unidos y con el mundo del capitalismo.

Las semanas posteriores al reportaje de Matthews sobre la Sierra no trajeron éxitos inmediatos a Castro. Por fin, el falso guía, Eutimio Guerra, fue acusado de traición. Prorrumpió en llanto, pidió que lo matasen, y sólo pidió que se ocuparan de sus hijos; lo fusilaron y una tronada impidió que se oyeran los disparos. Otro partidario dudoso, Morán, el gallego, consiguió abandonar al grupo disparándose en una pierna, con lo que le dejaron quedarse atrás. Tres antiguos partidarios de Castro, hombres del *Granma* que habían estado escondidos, se unieron al grupo. Pero en conjunto eran unos veinte, y la moral era baja. No tenían nada que hacer hasta el 5 de marzo, fecha en que habían de llegar nuevos refuerzos, enviados por Frank País desde Santiago. Guevara sufrió un ataque de asma y tuvo que quedarse atrás durante varios días. Llovía mucho. Las botas de Castro estaban agujereadas. En cuanto a la comida, dependían de las compras que hacían a un campesino llamado Emiliano y a su hijo Hermes, en el valle de Las Mercedes. Hermes fue capturado y reveló la posición de Castro. Huyeron a toda prisa, y a Guevara el asma casi le impidió partir. Continuaban los días malos. A continuación vino un nuevo ataque, en Altos de Merino, y una nueva dispersión: doce hombres se escaparon con Castro, seis con Ciro Frías, al que mataron poco después. En el

bando de Batista, hubo todavía otro cambio de nombramientos: el comandante Barrera Pérez, el mismo que había restablecido el orden en Santiago en noviembre, recibió el mando de Oriente, con 1430 hombres que formaban una compañía de estado mayor, tres compañías de infantería y una compañía de tropa de montaña, con una batería de artillería de montaña, un cuerpo de ingenieros y un grupo de comunicaciones y transporte.

El grupo de Castro llegó tarde a su cita con la fuerza de País, pero Jorge Sotús, el jefe de esa tropa, formada por unos cincuenta hombres, consiguió llegar hasta donde estaba Castro él solo y explicarle que ellos también se habían retrasado, porque Barrera Pérez tenía ocupada la carretera. Los rebeldes parecían estar en un rincón cerrado y ni siquiera podían contar con el apoyo de todos los precaristas que conocían. Pero algunas de las fuerzas de Batista provocaron aún más el odio y la cólera de los precaristas con sus atrocidades arbitrarias; en particular, la Marina (a la que habían asignado parte de la tarea de someter a Castro y restablecer el orden). Así, la fragata *José Martí* patrullaba la costa desde cabo Cruz a Santiago; un teniente que estaba a bordo vio cómo el jefe de espionaje naval, Lauret, y su subordinado, Alejandro Olayón, quemaban las casas de los campesinos en los alrededores de Pilón. A algunos los ahogaron; algunos comerciantes ambulantes sufrieron la misma suerte.

Barrera y su estado mayor se opusieron a estas acciones, y enviaron un plan para llevar a cabo una operación eficaz en la Sierra, en el que se exigía un mando único, la destitución de los tiranos navales nombrados anteriormente y un esquema de rehabilitación de los precaristas; en consecuencia, tres de los ministros de Batista, el doctor Pardo Jiménez, Salas Humara y Fidel Barreto, llegaron a la Sierra Maestra e iniciaron algo: empezaron a construirse casas, a organizarse servicios médicos, y a proyectarse escuelas, haciéndose un censo de los niños. En el

puesto de mando del coronel Barrera se montó una cocina gratuita, donde alimentaban a trescientas personas cada día. En cuestión de semanas el ejército creyó que estaba empezando a ganarse el afecto de los precaristas, muy desconfiados, pues la mayoría, en el fondo, eran castristas y batistianos al mismo tiempo. A finales de marzo, Barrera pudo proyectar la segunda parte de su plan: construir una línea impenetrable para que Castro no pudiera recibir refuerzos ni suministros.

69

El ataque al palacio

Incluso después del desembarco del *Granma*, el sabotaje que se llevó a cabo fuera de la Sierra había sido obra de personas que no formaban parte del movimiento de Castro. Los estudiantes de la Universidad de La Habana y el Directorio Revolucionario habían actuado mucho, a pesar de la controversia planteada sobre el uso de la violencia entre el líder del Directorio, Echevarría, y su «líder intelectual», Jorge Valls, y a pesar del hecho de que habían cerrado la universidad a finales de noviembre. También había sido muy activo un fuerte grupo priísta de oposición, encabezado por Carlos Gutiérrez Menoyo, un exiliado español de treinta y tres años que había estado en la resistencia francesa y en el ejército estadounidense. En 1957 tenía una tienda de comestibles en La Habana. Otros, en circunstancias parecidas a las suyas, se habían asociado a él en el gangsterismo político, por ejemplo Ignacio González, también español, al que habían arrestado durante poco tiempo en el diciembre anterior, y luego habían soltado. Aunque eran esencialmente hombres de Prío, también estaban relacionados con los gángsteres asentados en la República Dominicana, y, a través de ellos, con el mismo Trujillo, que les daba armas.

Estos grupos no estaban totalmente de acuerdo con el Movimiento 26 de Julio de Castro, aunque el Directorio Revolucionario había llegado a un acuerdo con Castro, en México, el verano anterior, y aunque, a través de sus vínculos con la Resistencia Cívica (que Raúl Chibás estaba formando en La Habana, siguiendo las líneas del movimiento de País en Santiago), el Movimiento 26 de Julio interesaba cada vez a más gente.

Entretanto, los vínculos del Directorio Revolucionario con Prío se hicieron más fuertes durante el invierno de 1956-1957, aunque Prío también había dado dinero a Castro. La decisión de atacar el palacio se vio reforzada por la publicidad conseguida por Castro tras su entrevista con Matthews; los demás conspiradores sintieron que habían de aprovechar el tiempo.

En todo caso, a finales de febrero, la sección activista del Directorio, dirigida por Echevarría, y Carlos Gutiérrez Menoyo, que rompió sus relaciones con Prío y se unió a Echevarría, idearon un plan todavía más espectacular que el asalto de Castro al cuartel de Moncada. Otro expriísta, Menelao Mora, excongresista auténtico (antiguo miembro del ABC), que había sido presidente de la compañía de autobuses de La Habana, ómnibus Aliados, también tuvo un papel importante, y trajo consigo una serie de seguidores personales. Al principio nadie pidió al Movimiento 26 de Julio que ayudase o colaborase. (Es interesante que, cuando Justo Carrillo sugirió a Castro la idea de hacer un atentado para asesinar a Batista en 1955, Castro se opuso enérgicamente: no era partidario de los ataques personales de ese tipo). Los comunistas tampoco se mezclaron; consideraban al Directorio «un grupo de gángsteres combinados con elementos de Pío, aurelianismo y… trujillismo». Desde luego, el Directorio era explícitamente anticomunista y no admitía como miembros a los que consideraba «rojos».

El ataque contra el palacio de Batista había de consistir en que unos cien hombres intentaran romper la barrera de los guardias presidenciales por la fuerza. Se abrirían paso a tiros hasta las habitaciones de Batista, en el primer piso, y matarían al dictador. Entretanto, José Antonio Echevarría y algunos otros se apoderarían de Radio La Habana y anunciarían el final de la tiranía.

Desde luego, no todos los que participaron en este asalto eran héroes o idealistas; varios eran sencillamente pistoleros a

los que gustaba la idea de una lucha dramática. En total eran casi ochenta, y entre ellos estaban la mayoría de los miembros del Directorio, excepto el ala pacifista de Valls; varios miembros del Movimiento 26 de Julio se unieron espontáneamente; algunos eran antiguos fidelistas de Artemisa, de la época de Moncada. En el último minuto, el día del ataque por la mañana, preguntaron a Javier Pazos, el principal representante del 26 de Julio en La Habana, si los fidelistas participarían; él respondió negativamente. Parece que Castro no sabía lo que estaba pasando. Cuando escuchaba la radio en la Sierra, sólo pudo decir a sus compañeros: «En La Habana está pasando algo gordo». Lo que pasaba era un ataque frontal contra el palacio, tan valiente como temerario.

Dada la magnitud de las fuerzas, era inconcebible que nadie delatara el plan; y de hecho, el día 11, Batista se había enterado de lo que se estaba preparando por medio de la interpretación de llamadas telefónicas. Su reacción, como explicó él mismo, fue la de pedir al jefe del SIM, coronel Piedra, que hiciera llegar un mensaje a Menelao Mora por medio de su hermano Cándido, el político que ocupaba un escaño en el Congreso. Pero parece que este mensaje no se transmitió con la suficiente claridad. En todo caso, los rebeldes atacaron enseguida después de comer el 13 de marzo, con las fuerzas de Batista preparadas para algún tipo de ataque, aunque sin conocer detalles con seguridad. Batista, que entretenía el aburrimiento de su tiranía leyendo *El día en que mataron a Lincoln*, no sabía qué día sería el ataque, y no se había imaginado que pudiera ser en pleno día.

El ataque fue en dos oleadas. La primera, dirigida por Gutiérrez Menoyo, con Faure Chomón, del Directorio, de segundo, se componía de cincuenta hombres armados con ametralladoras portátiles, doce carabinas y una serie de pistolas de calibre 0,45. Estos hombres se dirigieron al palacio en un sedán Buick (cuatro hombres), un Ford (cuatro hombres) y un camión en el

que ponía «Repartos rápidos» (cuarenta y dos hombres). Batista había prohibido que entrase en el palacio nadie que fuera en mangas de camisa, y todos iban así. La segunda oleada, de veintiséis hombres, estaba dirigida por Ignacio González. Echevarría y Rodríguez Loeches, un antiguo miembro del MSR de Masferrer, habían de encargarse de Radio Reloj, una emisora de La Habana algo absurda que llegó a tener mucho éxito a base de radiar la hora cada minuto (dando noticias y anuncios en los intermedios), y anunciar que Batista había muerto. Como suele ocurrir en los acontecimientos revolucionarios cubanos, los protagonistas tenían un alto sentido histórico: «Aquella mañana éramos el Destino —recordaba Chomón—. Sabíamos que aquel ataque… era una acción eminentemente histórica que liberaría a nuestro pueblo. Íbamos a dar un ejemplo impresionante al mundo».

El primer coche llegó ante el palacio a las 3.20 de la tarde. Gutiérrez y tres hombres dispararon al guardia urbano y, haciendo fuego con las ametralladoras, corrieron a la entrada principal. Los doce soldados que había allí, sorprendidos, cayeron muertos o heridos, o escaparon. Aunque retrasados por el tránsito, que a menudo ha supuesto un obstáculo imprevisto en las luchas callejeras del siglo XX, los otros dos vehículos de la primera oleada llegaron sanos y salvos, aunque les dispararon desde muchos puntos, incluso con una ametralladora del calibre 0,30 instalada en la iglesia de San Ángel. Los hombres de la primera oleada salieron de los coches y corrieron hacia el palacio; tal vez diez cayeron por el camino, pero un grupo de nueve hombres, dirigido por Menelao Mora, llegó al palacio y se abrió paso rápidamente hasta el segundo piso, en el ala izquierda. Otros se quedaron en la planta baja. Gutiérrez, con cuatro hombres, estaba en el ala izquierda, y destruyó el cuadro de distribución del teléfono con una granada. Llegaron al comedor de Batista, y se abrieron paso a tiros hasta las oficinas presiden-

ciales, lanzando granadas antes de entrar y matando a dos hombres que estaban junto al despacho de Batista. Al no encontrar a Batista, comprendieron que había subido a la «*suite* presidencial», que estaba en el piso superior. Desgraciadamente para ellos, no pudieron encontrar la escalera que condujera arriba, aunque Prío les había dado unos planos muy bien hechos del palacio.

Entonces los atacantes se dieron cuenta de que Batista había concentrado sus defensas en el piso de arriba, desde donde disparaban con rifles y ametralladoras, dirigidos por Batista en persona, y estaban empezando a dominar el patio y el antepatio del palacio. Sonó un teléfono. Gómez Wangüemert contestó: «Sí, es verdad, el palacio ha caído. Batista ha muerto. Somos libres». Entretanto, algunos del grupo de Mora se habían dispersado, mientras que la segunda oleada del ataque, dirigida por Ignacio González, no había llegado, pues en cuanto habían empezado los disparos un enorme ejército de policías y soldados había rodeado el palacio, dando casi la impresión de que eran ellos quienes estaban atacando. Incluso había tanques encaminándose al palacio. Echevarría se había apoderado de la emisora de radio y había emitido un mensaje en plena euforia: «¡Pueblo de La Habana! La Revolución está en marcha. ¡Nuestras fuerzas han tomado el palacio presidencial y el dictador ha sido ejecutado en su guarida!». Pero, después de hacer explotar el tablero de control central de la emisora, Echevarría recibió un disparo mortal de la policía en la calle. Entretanto, los hombres que estaban en el segundo piso del palacio continuaban disparando y lanzando granadas hacia arriba, pero finalmente se retiraron. La mayoría (incluidos Mora y Gutiérrez) murieron en la escalera de mármol. En realidad, sólo tres de los que habían entrado en las oficinas de Batista escaparon con vida del palacio. El tiroteo continuó durante gran parte de la tarde; los soldados disparaban indiscriminadamente e hirieron a varias personas

que no tenían nada que ver. El pequeño parque que hay junto al palacio parecía anegado de sangre. La mayoría de los edificios próximos estaban desconchados por las balas.

En esta lucha murieron treinta y cinco rebeldes y cinco miembros de la guardia del palacio. Mataron a un turista norteamericano accidentalmente. Más tarde cogieron a no se sabe cuántos estudiantes, chicos, sospechosos y miembros de la oposición y fusilaron a muchos, después de torturarlos, como de costumbre. Al antiguo senador ortodoxo Pelayo Cuervo, presidente nominal del Partido Ortodoxo, lo encontraron asesinado en la orilla de un lago, en el Club de Campo, a la mañana siguiente. Parece ser que la policía pensó, basándose en los papeles encontrados en el cadáver de Echevarría, que Cuervo habría sido el presidente provisional si el ataque hubiera salido bien, y tomaron venganza por ello. El ejecutor fue el sargento Rafael Linares. El propio Batista acusó a Prío de proporcionar las armas, y dijo a los periodistas que tenía pruebas definitivas de que el comunismo internacional había tenido mucho que ver, aunque los comunistas no habían participado.

El ataque al palacio fue una temeridad. Sin duda, Castro tenía razón, aunque no mucho tacto, al decir que constituyó «un derramamiento de sangre inútil». Las posibilidades de éxito eran remotas. Al tercer piso del palacio sólo se podía llegar en ascensor, y por lo tanto los atacantes nunca podrían haber llegado allí, estando arriba, como estaba, el ascensor. No había nada previsto para después del ataque, ni había preparado ningún sitio para esconderse los atacantes en el caso de que fracasaran. No obstante, si la «segunda oleada» hubiera llegado, tal vez el ataque habría aterrorizado a los defensores hasta el punto de hacerlos huir. Así, como era de esperar, los supervivientes se sintieron llenos de rencor hacia los que no los ayudaron; puede que hubieran luchado en la guerra española, pero ya hacía mucho tiempo, comentó Chomón. El Movimiento 26 de

Julio ayudó a recoger a los heridos y Javier Pazos cedió su escondite a Chomón, el segundo de Gutiérrez. El 26 de Julio capturó además un cargamento de armas que no se habían usado y las escondió en el piso de un miembro menor de su movimiento, «Barba Roja» Piñeiro, que, muy oportunamente, estaba casado con una norteamericana; después las hicieron llegar a la Sierra.

Los días posteriores al ataque a palacio se caracterizaron por dos cosas; primero, por la notable simpatía que manifestaron tener hacia Batista el mundo de los negocios, las clases altas en general, y los intereses comerciales extranjeros. Los jefes de todas estas comunidades llamaron a Batista durante las semanas siguientes para condenar el ataque; así lo hicieron la Asociación Nacional de Propietarios de Ingenios Azucareros, la CTC (Mujal), los Veteranos de la Guerra de Independencia, la Asociación de la Banca Cubana, las compañías de seguros, empresarios norteamericanos y españoles, terratenientes, asociaciones de propietarios de cafetales y de ganaderos, cultivadores de arroz, fabricantes de cigarrillos y puros, incluso pescadores. El 1 de abril llamaron los principales bancos y banqueros de Cuba, encabezados por Víctor Pedroso, Alex Roberts (Banco del Caribe) y Martínez Sáenz, el presidente del Banco Nacional.

La mayoría de los intentos de asesinato frustrados benefician a la presunta víctima, pero en este caso la ventaja para el régimen fue enorme; Batista se sintió apoyado por todas partes, por lo mejorcito de la vida pública y comercial cubana. Nunca había recibido una aprobación tan abrumadora. El 7 de abril, una gran multitud aclamó a Batista en la plaza que hay frente al palacio; quizá se aproximaban a los 250 000 que él afirmó habían estado. Indudablemente, la mayoría de estos partidarios consideraron el ataque al palacio propio de gángsteres tanto como político, el último de una serie inacabable de atropellos; su opinión se vio confirmada cuando descubrieron que Ricardo

Olmedo, que había tomado parte en el ataque al Banco de Canadá en 1948, también había participado en este. La conocida participación de amigos de Aureliano, Eufemio Fernández, los estudiantes y el Movimiento 26 de Julio no elevaba, para la opinión pública, la reputación de ninguno de estos grupos.

La segunda consecuencia fue el aumento de la represión. La policía siguió buscando a los participantes y practicó muchas detenciones. El 19 de abril, el capitán de policía Esteban Ventura y sus hombres, gracias a la traición de Marcos Armando Rodríguez, un compañero de universidad de los estudiantes comprometidos, pudieron acorralar y matar, en un piso de la calle Humboldt, a cuatro de los dirigentes estudiantiles supervivientes: Fructuoso Rodríguez, que había seguido a Echevarría fuera de la emisora de radio el 13 de marzo; José Westbrook, otro «veterano de la emisora de radio»; José Machado («Machadito»), y Juan Pedro Carbó Serviá, que había estado en el palacio con Gutiérrez. Carbó había sido uno de los que habían asesinado al coronel Blanco Rico en el *cabaret*, el otoño anterior. La traición de Rodríguez se convirtió más tarde en una *cause célèbre* en la Cuba revolucionaria, debido a que después le apoyaron poderosos amigos comunistas, a los que se cree que luego confesó su crimen en México. En el momento de su traición, sin embargo, no era miembro del Partido Comunista, y parece que sus motivos fueron primariamente personales, más que políticos: una antipatía hacia el ala activista del Directorio, posiblemente un odio hacia la violencia misma, probablemente la envidia, el anhelo de ser importante, y quizá un deseo constante de intentar complacer a los líderes de la Juventud Comunista (que habían seguido desairándole aun cuando les había hecho de informador durante un tiempo) mediante la destrucción de sus rivales que, al final, podían haber resultado anticomunistas. Es evidente que no lo hizo por dinero y es igualmente evidente que

los comunistas, a los que se confesó más tarde, no consideraron muy seriamente su traición.

Grandes multitudes asistieron al entierro de estos cuatro estudiantes, todos católicos, en el cementerio de Colón. Hubo protestas generales, pues hablaba muy mal del régimen que cuatro jóvenes pudieran ser ejecutados sin juicio, sin que el capitán Ventura recibiera ninguna reprensión y sin que el mundo de la alta burguesía y del comercio lo desaprobara mucho. Imperceptiblemente, la sociedad cubana se estaba desintegrando y dirigiendo a la misma situación de finales de los años veinte y principios de la década siguiente, cuando se perdonaba la violencia de la policía. La muerte del doctor Pelayo Cuervo sirvió de aviso a todos los miembros de la oposición de que no podían contar con garantías e hizo más probable que nunca que apoyasen a Castro y a la lucha armada.

En esta constante atmósfera de agitación, Batista prohibió las elecciones parciales para el Congreso, que se habían de celebrar en 1957, permitiendo sólo que se formase un comité de congresistas que «estuviese tomando testimonio a los partidos políticos durante veinte días», incluido el 26 de Julio, y que luego «elaborase una solución» para el futuro. Este comité no tuvo mucho éxito, aunque oyó a una serie de dirigentes políticos de la oposición, como Grau, Varona, Pardo Llada y Alonso Pujol.

Tal vez la guerra de guerrillas fuera el único aspecto heroico de la vida cubana en la primavera de 1957, pero a pesar de todo los distintos sectores de la nación no parecían pedir una revolución. Gracias a la crisis de Suez, los precios del azúcar estaban altos. La cosecha de 1957 fue grande, se había declarado libre de control, y en abril hubo una venta desacostumbrada de 15 000 toneladas a la Unión Soviética, provocando mucha especulación que mantuvo altos los precios. En abril era evidente que no habría dificultades para vender una cosecha copiosa, y el único problema que quedaba por resolver era el de saber de

cuánto se dispondría, pues sesenta y cuatro molinos todavía habían de moler y sesenta y cuatro habían terminado. En Oriente, Castro quemó algo de caña, pero no lo suficiente como para que se apreciase en la cosecha. Era todo igual que en 1870-1874. Así la guerra de guerrillas y la actividad política se emprendían frente a la situación económica en más de un aspecto, igual que la revuelta de Martí contra España: 1894 y 1957 se parecían en que fueron años excelentes para la economía. Además, en 1957 se dieron una serie de pasos importantes hacia la diversificación de la economía en la que habían insistido durante mucho tiempo el Banco Mundial y otros; fue habitual la instalación de grandes molinos de papel en la central Trinidad y en la central Morón, en los que se usaba bagazo. Batista inauguró una refinería de petróleo de la Shell, de veinticinco millones de dólares, el 30 de marzo. En abril las apisonadoras se pusieron en acción para la construcción de una autopista que uniera la recién acabada de Vía Blanca a Varadero con la carretera central. Estaba adquiriendo forma un nuevo suburbio, Habana del Este. *Hispanic American Report*, la mejor revista norteamericana sobre los acontecimientos de América Latina en aquel momento, a la que solían criticar por su política radical, comentaba:

> La estabilidad económica y el progreso siguieron adelante. El gobierno continuó haciendo grandes inversiones en obras públicas, en todas partes surgieron nuevos edificios, las nuevas inversiones… continuaron a un ritmo acelerado, la renta per cápita fue la mayor que se haya registrado nunca… los ingresos del gobierno sobrepasaron en veintiún millones de dólares a los del año anterior.

La casi guerra civil sólo afectó seriamente al turismo, pero, aun así, siguieron construyéndose grandes hoteles: el Havana Hilton se inauguró en abril con una fiesta a la que asistieron la mitad de los miembros del gobierno de Batista; y también estaban construyéndose los hoteles Capri y Habana Riviera, casti-

llos enormes y lujosos; el Capri con una piscina en el tejado, en el piso veinticinco.

70

Guerra en la Sierra (marzo-mayo de 1957)

El 16 de marzo, Castro había recibido sus primeros refuerzos importantes en la Sierra: cincuenta hombres de Santiago, a las órdenes de Jorge Sotús. Estos refuerzos no parecieron muy prometedores a los que ya llevaban tres meses en la Sierra. Guevara se quejó de que no estaban acostumbrados a comer una sola vez al día y de que traían consigo toda clase de cosas inútiles. El viaje desde Manzanillo los había dejado agotados. Sólo treinta estaban armados, aunque tenían dos ametralladoras viejas. Durante parte del camino los había conducido un cultivador local de arroz, Hubert Matos, un simpatizante importante que dos años y medio después figuraría en una *cause célèbre*. Sotús, que había dirigido el ataque contra la jefatura de policía marítima de Santiago, el 30 de noviembre de 1956, se había atribuido a sí mismo el grado de capitán, y había nombrado cinco tenientes, con diez hombres a sus órdenes cada uno. En este grupo había tres jóvenes norteamericanos —Charles Ryan, Victor Buchman y Michael L. Garney— hijos de norteamericanos que trabajaban en Guantánamo. Se habían sumado en busca de aventuras, pero dos se fueron antes de entrar en acción.

Las relaciones entre los recién llegados y los veteranos de tres meses eran malas. Sotús, «hijo del propietario de un almacén muy próspero», a pesar de la parte destacada que había tenido en la batalla de Frank País en Santiago, no se había mostrado un buen jefe de guerrilleros y tuvo dificultades con Castro. El conjunto de las fuerzas se reorganizó en tres compañías, a las órdenes de Sotús, Raúl Castro y Almeida, mientras que se formaron unas unidades especiales de vanguardia y retaguardia:

cuatro hombres a las órdenes de Cienfuegos, y tres, a las de Ameijeiras. En la pequeña unidad de estado mayor, a las órdenes del propio Castro, estaban Ciro Redondo, Manuel Fajardo, Crespo, Guevara como médico, y Universo Sánchez como jefe de estado mayor. Esta reorganización, en la práctica, daba poca responsabilidad a los recién llegados. Una pequeña junta dirigía los asuntos internos; estaba formada por Castro, los jefes de las tres compañías, Ciro Frías, Guillermo García, Cienfuegos, Fajardo y Guevara. En adelante se descentralizaron los servicios, y hubo secciones encargadas de cocinar, del servicio médico y del aprovisionamiento. Ya se estaba perfilando el esquema de un ejército, de unos ochenta hombres, aunque con un número de armas bastante inferior. Cada hombre había de hacerse una hamaca de arpillera, aunque también había algunas hamacas de lona. Los jefes de compañía trataban de acostumbrar a los nuevos reclutas a los rigores de las montañas a base de marchas y contramarchas, y no, como sugirió Guevara, siempre tan extremado, a base de atacar el puesto más próximo para entrenarlos para la lucha. Avanzaron hacia el este y entre los campesinos encontraron, igual que antes, «en primer lugar, un gran terror hacia el ejército; [y] en segundo lugar, lo difícil que era (todavía) para ellos comprender que un grupo mal vestido y mal armado como el nuestro pudiera derrotar al ejército». Las relaciones entre los precaristas que se habían unido a la columna y la gente del llano no siempre eran buenas. Por ejemplo, una noche atropellaron a los campesinos y se comieron un caballo.

A mediados de abril de 1957, los rebeldes habían vuelto a los alrededores del pico Turquino. Los precaristas García y Frías tuvieron un papel muy importante en estos momentos, avanzando y retrocediendo por la jungla para llevar noticias y comida. La casa del cura de Manzanillo, Antonio Albizú, se convirtió en un lugar de cita para los mensajeros. Aún no se había producido ningún encuentro con el ejército. Los rebeldes pasa-

ron semanas enteras estableciendo líneas de contacto con los campesinos, identificando a aquellos en quienes se podía confiar, los que podían hacer de mensajeros, los capaces de dar información verdadera, y los que conocían lugares donde era dable montar bases permanentes y seguras o donde podían proporcionar o almacenar comida de un modo fijo. Esta campaña de primavera, aunque apenas merezca este nombre, fue de la mayor importancia para el futuro. Una de las partidarias de Castro en la llanura era Celia Sánchez, hija de un dentista de la plantación de Lobo, en Pilón. A través de ella llegó la noticia de que (por iniciativa de Hart y de la organización del 26 de Julio en La Habana) había otros dos periodistas norteamericanos, uno con una cámara de televisión, dispuestos a ir a ver a los rebeldes. Castro aceptó la idea, y Lalo Sardiñas, un viajante de comercio de cerca del ingenio azucarero Estrada Palma, llevó a las montañas a Robert Taber y Wendell Hoffman, de la Sociedad de Radiodifusión Columbia. Con ellos fue Marcelo Fernández, hijo del dueño de una tienda de comestibles de Cárdenas que había sido presidente de la Escuela de Ingenieros de la Universidad de La Habana, para hacer de intérprete. Los norteamericanos estuvieron varios días, y finalmente la entrevista, tuvo lugar en la cumbre del pico Turquino. En la entrevista, Castro dio una impresión de moderación tan fuerte como la que había dado a Matthews: dijo que normalmente era opuesto al derramamiento de sangre, pero que quería crear un clima en el que el gobierno tuviera que caer; pidió que Estados Unidos no enviase más armas a Batista; estaba luchando para restaurar la Constitución de 1940. La película se exhibió en mayo, con el título de *La historia de los luchadores de la selva cubana*, y demostró que, frente a las afirmaciones del coronel Barrera, era seguro que Castro estaba todavía en la Sierra. Seguían llegando nuevos refuerzos, algunos como el Vaquerito, de Morón (Camagüey), sin ideas políticas y sólo con la intención de vivir una aventura

maravillosa, a los cuales Guevara —la conciencia política del grupo—, tenía que adoctrinar necesariamente; o el granjero y constructor que había tomado el autobús desde su casa de Pinar del Río y se había unido a Castro para luchar por un mundo mejor que el que parecía haberle perseguido tanto. El mero deambular por la Sierra de estos meses fue suficiente para exhibir la antorcha revolucionaria, y habiéndose creado la leyenda, los precaristas, al terminar el breve experimento de Barrera, volvieron a aproximarse a los rebeldes y a considerarlos amigos. Pero la traición y el juicio y la posterior ejecución de los informadores eran todavía bastante frecuentes, pues la guerra de guerrillas se mezclaba con enemistades más antiguas, a muerte.

Evidentemente, la experiencia de tratar con los campesinos, con sus dolencias y su desnutrición, hizo cambiar las opiniones políticas de los rebeldes. Guevara señalaba: «En estas actividades empezó a dibujarse en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. Nació la idea de la reforma agraria y, en cuanto a la comunión con el pueblo, dejaba de ser una teoría para convertirse en una parte muy clara de nuestro ser». Esto tal vez sea una exageración. Guevara había trabajado, aunque poco tiempo, en el Instituto de Reforma Agraria de la Guatemala revolucionaria. Su experiencia hacía que no necesitase tanta educación en este sentido como él decía; y, por temperamento, prefería enseñar a los demás, más que recibir lecciones, aunque fuera de la experiencia. Castro había hablado durante mucho tiempo de la necesidad de un cambio radical en la sociedad y, cualquiera que sea la importancia que se dé a su posterior reinterpretación de su juventud, evidentemente estaba enterado de la existencia de esquemas para cambiar la sociedad. Pero incluso el «marxismo» de Guevara era probablemente teórico. Castro había dicho tantas cosas, y había cambiado de opinión tan a menudo, que, como pasa con las Escrituras, se podían dar casi todas las interpretaciones. Todo

lo que había dicho debió de cambiar como resultado de sus experiencias en la Sierra. Pero esto no quiere decir que su «comunión con el pueblo» no fuera verdadera y que no señalara un cambio muy claro en la «actualización» de su actividad política. Guevara añadía: «Los guerrilleros y los campesinos se unieron en una sola masa, de manera que (y nadie puede decir en qué momento preciso de la larga marcha ocurrió) nos convertimos en parte de los campesinos». Estas afirmaciones parecen románticas, pero sin duda representan un fiel reflejo de lo que pensaba Guevara, el maestro político de los nuevos refuerzos, sobre la importancia de la Sierra. En las conversaciones de Guevara con un campesino llamado Banderas, al que mataron después, que luchaba por trabajar más tierra de la que tenía, había además claros indicios de la socialización de la tierra, tan discutida, que llevaría a cabo la revolución.

Continuó la marcha hacia el este, y lo que ocurrió en las semanas siguientes fue un buen ejemplo de la táctica de la acción guerrillera. En Pino del Agua, los rebeldes cogieron a un cabo batistiano que iba a caballo, conocido por sus muchos crímenes que se remontaban a la época de Machado. Castro se negó a que fuera ejecutado, pues tenía como política la de tratar a los prisioneros de la manera contraria a como lo hacían los batistianos. Los refuerzos se encargaron de vigilar al prisionero y a su caballo, mientras que el cuerpo principal se abría paso para ver si un importante cargamento de armas había llegado al sitio convenido a pesar de la detención del mensajero. Pero en realidad, las armas venían en un yate perteneciente a la familia Babún, una gran firma de madereros y constructores de buques de Santiago: tres ametralladoras con trípode, tres ametralladoras Madison, nueve carabinas M1, diez rifles automáticos Johnson y 6000 cartuchos con bala. Los Babún eran grandes amigos de Batista y de los jefes militares, pero uno de sus empleados, Enrique López, viejo amigo de los hermanos Castro, ayudaba

mucho a los rebeldes a conseguir comida en aquella zona. Por entonces, debido al ulterior reclutamiento de precaristas, y a la vuelta de varios viejos amigos, como Crescencio Pérez, el número total de rebeldes de la Sierra se aproximaba a 150. Pero, debido a la falta de preparación física en algunos de los reclutas, a la falta de constancia, o a la irritación producida por los tábanos, muchos pedían permiso para volver a sus casas: «Nuestra lucha contra la falta de preparación moral, ideológica y física de los combatientes era diaria». El 23 de mayo, Castro disolvió todo un escuadrón, quedándose con una fuerza total de 127 hombres, de los cuales ochenta estaban bien armados, a los que durante un tiempo acompañó un periodista y agente secreto norteamericano, Andrew St. George, nacido en Hungría, quien, al parecer, regresó a Washington e informó de que Castro era «un megalómano, emocionalmente inestable, pero no un comunista».

La guerra de guerrillas había estado en calma desde febrero, y es fácilmente comprensible la irritación e incluso la perplejidad de Batista y sus oficiales ante el interés mundial por Castro. Ahora se decidió una nueva acción: la discusión revela el nivel en el que todavía se desarrollaban los acontecimientos. Guevara deseaba meramente, por ejemplo, capturar un camión militar; sin embargo, Castro decidió atacar el puesto militar de El Uvero, a 16 kilómetros de distancia, situado de forma parecida al cuartel de La Plata, en la costa, y en la hacienda de los hermanos Babún. Hermes Caldero, yerno del administrador de la región, ayudó mucho a los rebeldes. Dos espías enviados por el comandante Casillas fueron fusilados el 27 de mayo; antes confesaron que el ejército sabía que Castro estaba cerca del puesto. Se hizo un estudio cuidadoso de los alrededores. Los rebeldes se encaminaron allí por la noche, por las carreteras construidas por los Babún para sus leñadores. Según el coronel Barrera Pérez, los empleados de la región, siguiendo órdenes de Castro,

dieron una fiesta a la tropa local la noche anterior, para que se enfrentasen al ataque borrachos y aturdidos; pero esto no se menciona en la «historia revolucionaria».

Las órdenes de ataque eran sencillamente de rodear el puesto por los tres lados que no daban al mar, y luego disparar continuamente contra él. Había que respetar las viviendas donde estaban las mujeres y los niños. La mujer del administrador de la hacienda sabía que el ataque era inminente, pero no se fue porque no quería despertar sospechas. Los pelotones rebeldes mandados por Jorge Sotús, Guillermo García, Juan Almeida, Castro, Raúl Castro, Cienfuegos y Ameijeiras se colocaron en sus respectivas posiciones. Crescencio Pérez se situó en la carretera de Chivirico para evitar que llegaran refuerzos. Guevara estaba encargado de una ametralladora. Ochenta hombres entraron en acción; parece que los demás se quedaron en las montañas.

En el cuartel había cincuenta y dos hombres, a las órdenes del teniente Carrera, un oficial de más de cincuenta años que estaba en el ejército desde 1922. Uno de los primeros disparos destrozó la central telefónica, y dejó al puesto sin posibilidad de comunicación. Entonces empezó el avance, en malas condiciones para los atacantes, pues no estaban cubiertos. Varios hombres fueron heridos y algunos muertos. Al cabo de tres horas, cuando sólo había disparos de un modo esporádico, los rebeldes se dispusieron a asaltar el cuartel. Avanzaron, ocuparon las viviendas y cogieron al médico del cuartel, que se mostró incapaz de actuar.

En esta lucha, la más intensa de todas las que habían librado los rebeldes, murieron seis atacantes. El ejército tuvo catorce muertos, diecinueve heridos (entre ellos el teniente Carrera) y catorce prisioneros, mientras que seis huyeron. Luchó un norteamericano, Charles Ryan.

Después de la lucha, los rebeldes volvieron a las montañas, llevándose todos los suministros y medicamentos que pudieron en uno de los camiones de los Babún. Se llevaron a los catorce prisioneros, a los que soltaron más tarde (después de «adoctrinarlos», según el coronel Barrera Pérez), y a cuatro de sus heridos, pero dejaron a los dos que estaban malheridos. Parecía imposible moverlos, y los batistianos que quedaban prometieron que serían tratados honorablemente. De hecho, Leal fue enviado a la Isla de Pinos; Cilleros murió en el camino a Santiago. Los otros heridos fueron escoltados por Guevara, con una columna que seguía tras el resto, yendo despacio, que casi fue capturada.

Esta acción elevó la moral de los rebeldes y les dio la impresión de que podían dominar todos los pequeños cuarteles que había junto a la Sierra.

De momento, Batista no trató de hacer frente a Castro del único modo que, en realidad, se puede, tratándose de fuerzas de guerrilleros, como hicieron, por ejemplo, los ingleses en su campaña de Malasia de los años cincuenta, la campaña antiguerrilla que ha tenido más éxito en los últimos tiempos. En Malasia, los ingleses decidieron hacer una tentativa seria para coger a los guerrilleros comunistas de Chin Peng. Bloquearon las carreteras, y trasladaron a todos los campesinos desperdigados a unos recintos bien vigilados, que recordaban los campamentos de Weyler, aunque dieron a los que trasladaron una casa nueva y una nueva asignación de bienes. Marcaron la comida y la racionaron, y la gente había de justificar sus raciones. A estas medidas se unió una amnistía general, una recompensa monetaria para el que se rindiera, y un programa de rehabilitación que incluía una asignación mensual durante el tiempo de «desadoctrinamiento» y de preparación para un nuevo trabajo. También hubo apoyo psicológico, protección contra el terrorismo, ayuda generosa a la educación, asistencia médica y obras públicas.

Para Batista habría sido imposible emular estos métodos completamente, como sabían hombres tan inteligentes como Barrera Pérez o Cantillo. Pero, indudablemente, Batista no podría haber intentado la mezcla de dureza y magnanimidad que caracterizaba a las tentativas inglesas. No sólo porque fuera incapaz de hacerlo, sino porque el ejército estaba completamente dominado por el genio maligno del general Tabernilla y sus camaradas. Batista nunca se había dejado influir por los pocos oficiales inteligentes que había en el ejército cubano. Parece que los oficiales norteamericanos que estaban en Cuba formando parte de una misión militar no le decían nada. Además, el hecho de que las fuerzas de Castro fueran tan pequeñas ponía a Batista en un aprieto: concentrar un esfuerzo inmenso en la Sierra Maestra sería contradecir explícitamente sus declaraciones de que los rebeldes estaban siendo vencidos. Además, en Malasia no existía el problema del terrorismo urbano. En general, el gobierno de Batista se mostró incapaz de habérselas con una fuerza resuelta y progresiva de guerrilleros revolucionarios, que contaba con un apoyo considerable por parte de los campesinos, una vez se estableció de un modo firme.

Todo esto no quiere decir que a mediados de 1957 el régimen estuviera sentenciado a muerte. En China, Colombia o Guatemala había habido guerrilleros durante muchos años sin que consiguieran una victoria nacional. Las razones de la caída de Batista no residían en la Sierra. El campo de batalla estaba en La Habana, y en Santiago, y también en Washington. El papel que desempeñó el gobierno de Estados Unidos en los dieciocho meses siguientes fue ambivalente y extraordinario, aunque al final resultara insatisfactorio tanto para Batista como para Castro.

71

Estados Unidos entra en la controversia

El ataque a El Uvero fue un golpe para Batista y, a pesar de las protestas de Tabernilla, hizo que volviera a enviar a la Sierra al coronel Barrera Pérez. El mes de mayo había sido difícil: no paraban de explotar bombas. Explotaron incluso en las escuelas, para tratar de que los niños no pudieran hacer exámenes de fin de curso. Las escuelas secundarias hacían huelga continuamente de un modo espontáneo. Eran frecuentes las víctimas civiles. El mismo día del ataque a El Uvero, en La Habana, una enorme explosión cortó el teléfono, la electricidad, el gas y el agua de más de cincuenta casas. Hubo pérdidas por valor de 375 000 dólares, y el gobierno no supo si culpar a Castro o a sus enemigos electorales. Además continuaban los arrestos (entre ellos, el de Armando Hart y Carlos Franqui, de la dirección de La Habana). El capitán Esteban Ventura, jefe de policía del Distrito 5.º, se convirtió, a los ojos de la opinión pública, casi en lo que había sido Arsenio Ortiz en la época de Machado: un asesino legendario. Las bombas iban encaminadas a matar a los jefes de la policía, como en tiempos de Machado. El 11 de mayo, Batista se encontró, casi por primera vez, con oposición por parte del cuerpo judicial: en un juicio de unos cien fidelistas, algunos supervivientes del *Granma*, que se celebraba en Santiago, el juez que lo presidía, Manuel Urrutia, declaró inocentes a todos. Batista, furioso, cometió la tontería de permitir que su ministro de Justicia entablase una querella contra Urrutia (que más tarde se abandonó) y contra el fiscal, que no había pedido ninguna condena. No tuvo mucha importancia que los otros dos jueces enviaran a la cárcel a los hombres del *Granma*, con

diferentes condenas, la máxima de ocho años: un juez había desafiado al gobierno, e incluso el conservador *Diario de la Marina*, que siempre había condenado el terrorismo, pidió a Batista que actuara de acuerdo con la Constitución y que celebrase elecciones. Pero Batista continuó negándose a fijar una fecha para las elecciones anterior a junio de 1958.

La postura del gobierno era curiosa. Por una parte, Batista contaba con el apoyo explícito y personal de los jefes de la industria y del comercio, manifestado en una serie de ceremonias que se celebraron después de que escapase al atentado de marzo; y estos hombres, y sus colegas norteamericanos, tan íntimamente ligados a ellos, seguían haciendo patente su optimismo sobre el estado de la economía. Desde luego, la prosperidad era manifiesta. Pero al mismo tiempo que la prosperidad, crecían diariamente las amenazas a Batista. La simpatía hacia Castro se extendía incluso entre las clases medias opulentas; y en el curso de 1957, hasta el máximo magnate del azúcar, Julio Lobo, dio 50 000 dólares a la oposición.

Los constantes ataques que hacían los miembros del gobierno y sus amigos a Castro y a los saboteadores calificándolos de «comunistas» estaban empezando a cobrar vida propia: instigado por el BRAC, Batista había estado sancionando durante algunos meses el despido de trabajadores de los que se probara que eran comunistas, según un decreto de 1955. En mayo de 1957 empezó a tomar medidas contra los dirigentes comunistas, tal vez sin mucho entusiasmo, no porque hubieran hecho nada amenazador para él, individualmente o como partido, sino debido a la presión de su propia propaganda.

Además, este mes, el Partido Comunista de Cuba, a través de su rama de la ciudad de La Habana, y de los sindicatos (especialmente en el eléctrico), empezó a dar sus primeros pasos hacia el Movimiento 26 de Julio, gesto que no fue recíproco y que, por el momento, no tuvo grandes consecuencias. Sin em-

bargo, al cabo de pocas semanas, fueron enviados a la Sierra Maestra dos miembros de la Juventud Socialista, el movimiento juvenil comunista: Hiram Prats y Pablo Ribalta. Ribalta, un negro fuerte y apuesto, había trabajado unos años en la sede central de la Unión Internacional de Estudiantes, en Praga, y en octubre de 1956 había ido a China como miembro de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. Prats, que había ido a la universidad en 1950, fue miembro de la Juventud Socialista desde 1955; en 1957 era presidente del comité de jóvenes comunistas de la escuela de ingenieros. Estos dos se unieron a Guevara, que en julio formó una unidad separada que operaba de forma independiente, a las órdenes de Castro. Al mismo tiempo, la policía batistiana empezó a tratar a la Juventud Socialista más duramente que antes, casi tanto como al 26 de Julio y al Directorio; por ejemplo, un miembro, Armando Mirabal, murió tras ser golpeado por no haber querido revelar los nombres de sus compañeros.

El 26 de Julio, sin embargo, estaba lejos de coincidir con la Juventud Socialista en aquellos tiempos, por lo menos fuera de la Sierra. Más adelante, en este mismo año, Javier Pazos y Armando Hart compartieron una celda en la cárcel, y discutieron si, después de la victoria, habría que permitir que el Partido Comunista funcionase legalmente. Pazos pensaba que sí; Hart, descendiente de una familia católica muy destacada, pensaba que no.

A partir de entonces, las bombas y los cócteles molotov, las ejecuciones arbitrarias de la policía, y los arrestos que terminaban en desapariciones definitivas fueron parte esencial de la escena cubana. Algunas de estas bombas eran colocadas por individuos que deseaban hacerse sentir en la «lucha». La mayoría se colocaban formando parte del programa general de la Resistencia Cívica, que para entonces había abandonado su política inicial de no violencia y se dedicaba al sabotaje, como consecuen-

cia de una misión llevada a cabo a mediados de 1957 por uno de los tenientes de Castro, Iglesias (Nicaragua). Las distintas secciones recaudaban dinero, y distribuían propaganda, banderas y brazaletes negrirrojos. El sabotaje estaba en manos de un grupo específico en cada rama, y algunos eran colocadores de bombas veteranos, de los años treinta, como Ignacio González o Mercedes Díaz Sánchez; así, cuando esta última, que trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas, fue herida por una explosión en el almacén Woolworth, de La Habana, en agosto, se descubrió que era un antiguo miembro de Joven Cuba y que ya en 1936 había colocado bombas contra Batista. Manuel Ray, el arquitecto, se convirtió en el jefe de este movimiento clandestino en La Habana a mediados de 1957.

Los que colocaban las bombas eran de todas las edades y procedencias; consideremos, por ejemplo, la lista de personas detenidas el 15 de agosto de 1957: Francisco Pérez Rivas, 27 años, empleado de Mendoza y la Torre, acusado de distribuir propaganda y de colocar bombas; María Urquiola Lechuga, 43 años, sin profesión, propietaria del piso donde se encontraron las bombas en este cacheo; Mercedes Urquiola Lechuga, su hermana, 27 años, empleada en la Compañía Nacional de Papel, acusada de colocar bombas y petardos; José Manuel Álvarez Santa Cruz, estudiante, 17 años, residente en el suburbio de El Sevillano, acusado de colocar bombas; Francisco Miares Fernández, 18 años, estudiante de arte, residente en El Sevillano, acusado de colocar las bombas que le habían dado otros dos; Manuel de Jesús Alfonso Gil, 15 años, residente en Víbora, acusado de vender bombas del 26 de Julio; Enrique Delgado Mayoral, 18 años, residente en el suburbio de Víbora, empleado en los laboratorios RCA, acusado de colocar y vender bombas; Eliecer Cruz Cabrera, 18 años, estudiante, acusado de participar en un complot terrorista; Eladio e Ignacio Alfonso Carrera, 16 y 19 años, acusados de alistarse en el Movimiento 26 de Ju-

lio; José Herrera León, 16 años, jardinero, acusado de colocar bombas por 5 dólares; Ubaldo Fiallo Sánchez, 20 años, corredor de medicamentos; Antonio Fernández Segura, 35 años, empleado en el muelle; Jorge Álvarez Tagle, 19 años, empleado de la Richmond Company; Juan Fernández Segura, 38 años, obrero; Francisco Gómez Bermejo, 17 años, empleado en el muelle; Pastor Valiente Hernández, 38 años; Norberto Belanzoarán López, 24 años. En el piso de la joven Urquiola se encontraron: 15 petardos preparados para su uso; dos jarros llenos de fósforos; una gran bomba de relojería; 24 cócteles molotov; 68 litros de gasolina mezclada con petróleo; seis revólveres Colt del calibre 0,32 y municiones. El apoyo que muchos maestros prestaban a la rebelión significaba, no sólo que sus alumnos los seguían, sino que tenían acceso, en los laboratorios científicos, a los materiales de explosión como en el caso de Heriberto Marbán, profesor del Instituto Víbora, que el 27 de agosto confesó haber enseñado a otros a fabricar explosivos con los materiales del laboratorio.

Ahora había un gran número de católicos y muchos sacerdotes en Oriente que eran miembros activos del 26 de Julio. En el curso del verano, el padre Guillermo Sardiñas subió a la Sierra para convertirse, con permiso del obispo auxiliar de La Habana, en capellán del ejército rebelde. Otro sacerdote, el padre Chelala, se convirtió en tesorero del movimiento en Holguín. El tesorero nacional, Enrique Canto, era un seglar católico muy conocido. Sólo los obispos y el clero regular se mantenían recelosos o divididos, aunque los obispos de Santiago y Matanzas nunca cedieron en su hostilidad hacia la dictadura. En La Habana actuaban pastores protestantes, como el reverendo Fernández Ceballos. Además se había fundado una organización sindical dependiente del Movimiento, que al principio estuvo gobernada por un dirigente de los trabajadores bancarios, Agui-

lera, y luego por David Salvador, el trabajador del azúcar de Las Villas, antiguo comunista.

El año 1957 fue el primero del segundo período del general Eisenhower como presidente de Estados Unidos. Era una época de calma y, retrospectivamente considerada, bastante feliz. Las entrevistas entre Castro y Matthews primero, y después, Taber y Hoffman, habían despertado un gran interés en Estados Unidos. Castro parecía un héroe, una leyenda, un T. E. Lawrence del Caribe. Como en 1870, 1890 y 1930, los exiliados cubanos se ingeniaban para organizar manifestaciones y recaudar fondos. Desde mediados de 1957, un agente del 26 de Julio operaba en la embajada cubana en Washington, y un joven economista, Ernesto Betancourt, estaba registrado en Washington como agente del 26 de Julio. En México existía una organización similar: los directores de *Time-Life* seguían celebrando sus insignes conferencias en Cuba. El propio Batista seguía recibiendo honores norteamericanos de un tipo u otro: el 18 de mayo lo nombraron ciudadano honorario de Texas. A cambio, siguió distribuyendo honores cubanos entre los oficiales o funcionarios del gobierno norteamericano residentes o visitantes. Las fotografías que mostraban a coroneles norteamericanos abrazando al general Tabernilla o al propio Batista eran lo bastante corrientes como para que la opinión pública cubana supusiera que los dos países eran tan buenos aliados como decían los gobernantes de ambos.

El embajador norteamericano en Cuba, Arthur Gardner, desde el principio se había identificado completamente con su papel. Había sugerido a Batista que el FBI o la CIA enviasen a un hombre a la Sierra para matar a Castro; Batista contestó: «No, no, no podemos hacer eso: somos cubanos».

En primavera surgió la cuestión de la sustitución de Gardner, no porque el secretario de Estado, John Foster Dulles, no estuviera satisfecho de sus servicios, sino porque, habiendo em-

pezado un nuevo período presidencial, tenía que suscitarse este asunto. En cambio, el nombramiento para La Habana fue a parar a Earl Smith, un agente de Bolsa, de la promoción de 1926 de Yale, coronel de las fuerzas aéreas en la última guerra mundial y miembro de la Junta de Producción de Guerra, de cincuenta y cuatro años de edad, sin experiencia política de ningún tipo.

El embajador volvió a Washington. Como en todas las demás guerras civiles cubanas, en 1868-1878 y en 1895-1898, allí la situación era crítica. Gardner creyó que el Departamento de Estado había cambiado de bando, y que estaba apoyando la causa de Castro contra Batista. El secretario adjunto encargado del Departamento Latinoamericano, Roy Rubottom, un antiguo oficial de marina texano, había estado varias veces en La Habana durante la era de Gardner: «Mi mujer y yo —se quejaba Gardner tres años después—, le preguntábamos si no estaba de acuerdo con nosotros y él nunca contestaba… Era partidario de Castro. Es evidente». A Rubottom, aparte el cinturón comercial de La Habana, tan superficial y falazmente atractivo, que tenía un efecto tan debilitante sobre todos los que lo experimentaban en 1950 como lo había tenido en 1850, le molestaban los métodos de tortura que utilizaba la policía en La Habana; como buen demócrata, tenía grandes esperanzas en la oposición. Su jefe, el omnipresente diplomático norteamericano de los años 1940-1950, Robert Murphy, tenía una opinión aún más dura: decía que Batista era un «gorila».

Entretanto, en el despacho del Departamento de Estado destinado a asuntos del Caribe había un nuevo nombramiento: un hombre que más tarde se convertiría, más que Rubottom, en el cabeza de turco de la preocupación de Estados Unidos por Cuba, William Wieland, que entonces tenía cincuenta años y había pasado doce en La Habana, entre 1925 y 1937. Había trabajado en La Habana, primero en las compañías General

Electric y Cuban Electric, después en el *Havana Post*, durante la Revolución de 1933. Se encontró con Sumner Welles y más tarde, en 1941, «cuando había trabajado algunos años en la Associated Press», Welles consiguió que entrara en el Departamento de Estado. Después había permanecido en varias legaciones norteamericanas en América Latina, entre otras, en la de Bogotá, en 1947, durante el «bogotazo». Así que tenía una experiencia que le hacía indicado para ser el especialista en Cuba del Departamento de Estado durante un período revolucionario.

Curiosamente, sin embargo, sus opiniones eran difíciles de calibrar; concediendo que el Subcomité de Seguridad Interna del Senado y su asesor especial J. G. Sourwine le persiguieron injustamente, parece que Wieland cambió de opinión varias veces. «Nunca fui un admirador de Castro», dijo a los que le insultaban en 1960; «me convencí de que era un enfermo mental, completamente obsesionado por su propio ego, y de una ambición sin escrúpulos», pero al mismo tiempo, William Pawley, otro embajador empresario, aunque de un material más duro que Smith o Gardner, recordaba que, cuando ambos estuvieron en Río de Janeiro, «le despidió [porque] era demasiado izquierdista». En el momento de su nombramiento, Wieland, como Murphy y Rubottom, era un firme oponente de Batista. Parece que los miembros de la CIA que en Washington estaban especializados en Cuba, como el coronel J. C. King, más tarde jefe de la sección latinoamericana de la CIA, compartían este punto de vista, y más aún los que estaban en la embajada en La Habana, especialmente el segundo del embajador.

Así de ambivalente era la atmósfera en Washington cuando Earl Smith fue nombrado embajador en La Habana. Antes de ir a La Habana, Smith consultó a un colega en los negocios y en la diplomacia, Robert Hill, que entonces se ocupaba de las relaciones del Departamento con el Congreso, y que había sido vicepresidente de las Grace Shipping Lines y embajador en

América Central. Hill, que acababa de ser nombrado embajador de Estados Unidos en México, dijo a Smith: «Lamento que vayas a Cuba… Te destinan a Cuba para que presidas la caída de Batista. La marcha de Batista está decidida». Hill dijo más tarde: «En aquellos momentos tuve la impresión de que estaban ayudando a Castro a alcanzar el poder y que en los pasillos del departamento había cierta actividad en favor de su causa». Pero Smith perseveró. Wieland le sugirió que viera a Herbert Matthews, una idea muy razonable, pero que, más tarde, casi le costó el puesto. En todo caso, Smith vio a Matthews, quien le dijo que consideraba que Batista era «un dictador despiadado y corrupto… que pronto caería, y que la destitución de Batista… sería algo muy bueno para Cuba y… para el mundo».

Smith, que tenía muy buenas relaciones en Estados Unidos, había ido muchas veces a Cuba como turista. Aunque no había tenido ninguna experiencia diplomática y debía la embajada a su contribución a los fondos republicanos —había sido líder republicano en Florida desde 1952— «hacía mucho tiempo que quería» este puesto. Era «un viejo amigo» de cubanos como Raúl Menocal, que entonces era ministro, y Miguel Tarafa, un rey del azúcar. Prestó el juramento de embajador el 13 de junio. Ahora estaba preparado el escenario para la representación de un capítulo que resulta extraño incluso en la historia de la diplomacia.

72

Miami y Santiago

El 25 de mayo de 1957, un pequeño grupo de hombres zarparon en Miami a las órdenes del antiguo dirigente de los empleados del aeropuerto de La Habana, Calixto Sánchez, que había estado implicado en el ataque de marzo al palacio y que había aparecido como culpable de que no hubiera llegado más lejos. Eran hombres de Prío. Desembarcaron cerca de Mayarí, en Oriente, el territorio de Castro, y rápidamente les hicieron rendirse. El teniente de la policía local fusiló a dieciséis hombres incluido Sánchez. Esto fue un serio revés para la esperanza que Prío todavía acariciaba de constituirse en un rival eficaz de Castro dentro de la oposición revolucionaria.

En estas circunstancias, y después del ataque a El Uvero, Batista inició una nueva política respecto de los rebeldes. En junio, el coronel Barrera Pérez había sido devuelto al campo de batalla en el que había tenido un éxito parcial a principios de año, y había establecido su puesto de mando en el ingenio azucarero Estrada Palma. Había ideado un plan según el cual él y sus ayudantes perseguirían a las diferentes columnas rebeldes, cuando de repente privaron del mando de Oriente a Díaz Tamayo y lo sustituyeron por un amigo incondicional del general Tabernilla, Rodríguez Ávila. Este dio unas órdenes completamente nuevas para la evacuación de todas las familias campesinas de la Sierra, de manera que se estableciese una zona completamente prohibida a todo el mundo excepto al ejército, que dispararía a todo el que viera, sin molestarse en comprobar si el campesino afectado era amigo o enemigo. La fuerza aérea también podría bombardear la selva indiscriminadamente.

Al mismo tiempo, el Movimiento 26 de Julio había hecho nuevos planes. El mes de junio, en la Sierra, se pasó en plan de recuperación. La batalla de El Uvero había sido el primer encuentro ganado por los rebeldes en el que habían tenido bajas serias. Una sección de las fuerzas, dirigida por Guevara, se ocupó del tratamiento de los heridos durante varias semanas. Retrocediendo lentamente hacia el corazón de la Sierra, tras la columna principal, la fuerza de Guevara había aumentado o disminuido de tamaño según qué diferentes grupos de campesinos se unían a ella y luego la abandonaban; otros venían de las ciudades, y luego se volvían, incapaces de soportar unas condiciones tan duras. Dos exsoldados batistianos se unieron a Guevara, pero, muy significativamente, encontraron que la marcha era demasiado dura y se volvieron atrás. Hasta finales de junio no se unieron los grupos; entonces, el conjunto de la fuerza rebelde llegó a ser de doscientos hombres aproximadamente. La decisión de Batista de cambiar la índole de la guerra amplió el campo de acción de los rebeldes. Ahora había casi un verdadero «territorio libre» con un rudimentario taller de reparaciones, un hospital, una fábrica de zapatos y de curtidos, una armería con sierra eléctrica, y un artificiero encargado de rellenar de metal las granadas. Había hornos para hacer pan, y más adelante, escuelas y una sala de conferencias. Todos estos sitios se veían amenazados de vez en cuando, aunque hubo varios valles muy alejados, como el de La Mesa, que no fueron nunca alcanzados y permanecieron como un centro invulnerable de estas actividades hasta el final de la guerra.

Durante un tiempo casi no hubo nuevas luchas en la Sierra, pero fue un período de intensas maniobras políticas. Casi todos los grupos cívicos y sociales de cada provincia escribían al gobierno para protestar contra los arrestos arbitrarios y contra la continuación de las operaciones militares en la Sierra. Gracias a Suez y a la escasez de remolacha en los campos europeos y so-

viéticos, la cosecha se había vendido espléndidamente, y parecía que 1957 era uno de los mejores años de la economía cubana. Una reunión de la jerarquía eclesiástica terminó con una súplica en favor de la paz por parte del cardenal Arteaga, arzobispo de La Habana, y del obispo de Pinar del Río (Aurelio Díaz). Monseñor Pérez Serantes, obispo de Santiago, hizo una súplica parecida. Los ortodoxos y los auténticos se retiraron de la comisión parlamentaria de Batista, pero a pesar de todo el Congreso aprobó unas «reformas constitucionales» que preveían la celebración de elecciones presidenciales el 1 de junio de 1958, y la toma de posesión de un nuevo presidente el 24 de febrero de 1959. Grau, la rama de los ortodoxos de Ochoa y otros cuatro grupos de la oposición de centro formaron una alianza y propusieron que el juez más antiguo del Tribunal Supremo se encargara de la presidencia de un modo provisional, con elecciones en un plazo de noventa días; pero Grau también hizo saber que tomaría parte en las elecciones de Batista, en 1958. Esta ambivalencia evitó la posibilidad, de por sí remota, de que nadie se tomara en serio a esta nueva alineación política.

Prío, desalentado por el fracaso de su última expedición militar, la del *Corinthia*, se hubo de limitar a escribir a Batista desde Miami pidiéndole que cesara; la respuesta de Batista consistió en organizar una manifestación masiva de partidos a su favor para abrir la campaña electoral de 1958 en Santiago. Pero sólo se manifestaron unas 5000 personas, y la mayoría, se decía, eran empleados del gobierno; a su paso hubo alborotos esporádicos y algunos disparos.

Batista había dicho varias veces que no se presentaría a las elecciones de 1958, porque lo prohibía la Constitución y porque pensaba que ya había pasado su momento. ¿Quién se presentaría? El vicepresidente, Guas Inclán, decía que esperaba que Castro tomara parte en las elecciones generales de 1958. Ochoa, de los «ortodoxos registrados», se avino a participar, y

también Márquez Sterling, otro ortodoxo disidente. En consecuencia, estos dos antiguos discípulos de Chibás se disociaron de la masa de sus seguidores, y de Castro. Empezaron a hacerse diferentes intentos de reunir a estos partidos de oposición moderada en un «frente» único.

El Movimiento 26 de Julio también estaba atareado. En México se publicó un documento, *Nuestra razón*, al que calificaron de «manifiesto», que contenía, de modo ostensible, las opiniones de Castro en noviembre de 1956; en realidad lo había escrito Mario Llerena, sin contacto directo con Castro. Sin duda reflejaba lo que ahora creían muchos de los seguidores más jóvenes de Castro: los ortodoxos no eran más que «un curioso fenómeno psicológico sin una ideología y un programa propios; sólo les había dado cohesión la personalidad de Chibás»; y Chibás estaba muerto. El 26 de Julio prefería evitar las fórmulas abstractas o los clisés preconcebidos. «La ideología de la Revolución Cubana debe nacer de las propias raíces de Cuba y de las condiciones del pueblo y de la raza. No será… algo importado de otras latitudes». Pero el Movimiento 26 de Julio consideraba «todavía válida la filosofía jeffersoniana» y suscribía plenamente la «fórmula Lincoln». Sin embargo, también era «necesario hacer que los dividendos de las empresas de servicios públicos, la tierra y las minas fueran a parar al país, no al extranjero». La planificación económica liberaría al país de los males del monocultivo, tales como los monopolios privilegiados y los latifundios. (Se criticaba a las «bases extranjeras», como la de Guantánamo). Una frase prometedora, aunque misteriosa, se refería al deseo que tenía el Movimiento 26 de Julio de llegar a un estado de solidaridad y armonía entre el capital y el trabajo, encaminado a elevar la productividad. Aunque el documento no mencionaba la Constitución de 1940, habría un gobierno representativo, basado en la genuina expresión de la voluntad popular, y una nueva ley electoral. Podía considerarse que el conjunto del

documento venía a reflejar lo que en Europa sería un movimiento socialdemócrata, aunque era más una guía constitucional que un programa electoral.

Hasta entonces, desde que había llegado a la Sierra, Castro había evitado dar su nombre a ningún programa; en realidad, todo cuanto había salido de la Sierra eran las declaraciones que había hecho a Matthews, Taber y Andrew St. George. Nunca hizo comentarios a *Nuestra razón*, y sus lugartenientes, como Hart y Marcelo Fernández, nunca lo avalaron completamente. Pero al haber provocado la expectación entre la clase media profesional, este silencio doctrinal no se podía prolongar. A primeros de julio, Raúl Chibás y Felipe Pazos, el dirigente titular ortodoxo y el economista más distinguido de Cuba, se dirigieron a la Sierra. Chibás dice que fue a la Sierra como un gesto de confianza en la madurez de la lucha armada. El 12 de julio, después de unos días de discusión, surgió un manifiesto general, firmado por Castro, Chibás y Pazos. Castro había escrito la mayor parte. Hacía un llamamiento a todos los cubanos para que formaran un frente cívico revolucionario para «acabar con el régimen de fuerza, la violación de los derechos individuales y los infames crímenes de la policía»; el único modo de asegurar la paz de Cuba era celebrar elecciones libres y tener un gobierno democrático; el manifiesto insistía en que los rebeldes estaban «luchando por el hermoso ideal de una Cuba libre, democrática y justa». La libertad de prensa y la de elecciones en todos los sindicatos estarían plenamente garantizadas. Se formulaba una petición a Estados Unidos: que suspendiese los envíos de armas a Cuba durante la guerra civil; y también se rechazaba toda intervención o mediación extranjera. Se consideraría inaceptable la sustitución de Batista por una junta militar. En vez de eso, habría un presidente provisional «imparcial» y no político, y un gobierno provisional que celebraría elecciones

en el año siguiente a su llegada al poder; las elecciones se celebrarían según la Constitución de 1940 y la ley electoral de 1943.

Castro escribió la parte económica del programa basándose en las notas tomadas por un joven abogado, Baudilio Castellanos, en Santiago, en unas conferencias dadas por el propio Pazos y por su colega Regino Boti, un joven e inteligente economista, hijo de un poeta patriarcal de Guantánamo. Entre otras cosas, se exigía la supresión del juego y de la corrupción; la reforma agraria, que llevase a la distribución de las tierras no cultivadas entre los trabajadores que no tenían tierra; el incremento de la industrialización, y la conversión de los granjeros arrendatarios y colonos en propietarios. Los propietarios existentes recibirían compensaciones. No se mencionaba la nacionalización de las empresas de servicios públicos, ni la colectivización de la tierra ni, por supuesto, de la industria. Era un documento menos radical que el escrito por Llerena en México, menos radical también que las propias declaraciones que Castro había hecho en México, e indudablemente menos radical que las afirmaciones de La historia me absolverá, y que las propias conferencias de Pazos, englobadas en unos apuntes que circulaban en México en 1956, elaborados por el propio Castro. Según Guevara, Castro «intentó hacer más explícitas algunas de las declaraciones sobre la reforma agraria», pero no pudo romper el frente unido de los otros dos; pero los demás presentes discuten la veracidad de esta afirmación.

Este manifiesto, ¿constituyó una decepción? Guevara comentó explícitamente más adelante:

> No nos satisfacía el compromiso, pero era necesario; en aquel momento era algo progresivo. No podía durar más allá del momento en que significara una detención en el desarrollo revolucionario… sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero… sabíamos que no era posible realizar nuestra voluntad desde la Sierra Maestra y que, durante un largo período, teníamos que contar con toda una serie de «amigos» que trataban de utilizar nuestra fuerza militar y la gran confianza que el pueblo tenía ya en Fidel Castro para sus propios propó-

> sitos macabros, y… para mantener el dominio del imperialismo en Cuba, a través de su burguesía importada, tan estrechamente vinculada a sus amos norteamericanos… Para nosotros, esta declaración fue sólo un pequeño alto en el camino, teníamos que continuar nuestra tarea fundamental de derrotar al enemigo en el campo de batalla.

Ante tales observaciones, sería lógico concluir que la redacción y la firma del «pacto de la Sierra» por parte de Castro tuvieron mucho de disimulo; que, probablemente como resultado de sus experiencias en la propia Sierra y de las influencias a las que había estado sujeto (como las de Guevara y de su hermano), ya se había decidido a intentar una reconstrucción de la sociedad más radical que la que imaginaba en la época del asalto a Moncada o incluso del desembarco del *Granma*; que, aunque de momento no había ninguna alianza, y apenas un verdadero contacto con el Partido Comunista de Cuba, y ni siquiera con su movimiento juvenil, Fidel Castro, probablemente a través de su hermano Raúl, estaba enterado de los cambios que se estaban produciendo en la política de estos grupos y que más tarde podían abrir el camino a la simpatía. Pero el propio pensamiento de Castro, como incluso el de Guevara, estaba evolucionando; tal vez en aquellos días hizo promesas privadas a Guevara y a Raúl Castro, que después cumplió; pero pudo haberlos engañado o romperlas, como hizo con otras. En 1957 lo que preocupaba a Castro era cómo derrocar a Batista; y no parecía importarle mucho con quién se aliaba, lo que decía o qué promesas hacía para conseguir este propósito. En el futuro, después de la victoria, ya se vería; una actitud que suelen tener casi todos los combatientes en casi todas las guerras.

Entretanto, el 15 de julio llegó a La Habana Earl Smith. Encontró la capital en calma, pero fuera había una atmósfera de terror. En Santiago existía una guerra casi abierta entre el Movimiento 26 de Julio y la policía. El plan del Movimiento 26 de Julio era provocar una ruptura general en las ciudades de Oriente y en el campo a base de huelgas y terrorismo, y luego

atacar los principales edificios públicos de las ciudades, haciéndose con el control de la provincia. Los *jeeps* y los coches en los que iban soldados o policías se veían atacados constantemente, y siempre, un gran porcentaje de los que eran arrestados resultaban ser personas muy jóvenes, incluso escolares. El 7 de julio arrestaron a una niña de ocho años por colocar una bomba en Guantánamo. Así que los viejos gángsteres de la época de Prío habían sido sustituidos por pistoleros idealistas, adolescentes o incluso niños. Era como si la delincuencia se hubiera canalizado hacia la lucha callejera, aunque a veces, en vez de colocar bombas, el 26 de Julio colocaba banderas en lo alto de los edificios, por ejemplo, en el nuevo edificio FOCSA, en Vedado, o en la torre de la televisión. Pero todas estas actividades eran mucho más difíciles de coordinar. Tal vez había algunos arreglos de cuentas privados; por ejemplo, ¿qué hubo realmente tras el asesinato de Daniel Sánchez, conductor del autobús de un colegio de Santiago, al que encontraron el 6 de julio con la etiqueta «Traidor al 26 de Julio»?

Batista trataba de responder a todo esto con alegatos en favor del «electoralismo»; había que elegir entre el derramamiento de sangre y las elecciones, es decir, sus elecciones de 1958. Apelaba a la oposición «genuina» de Grau San Martín, Pardo Llada y Ochoa, para que siguieran compitiendo en sus elecciones. El 4 de julio hizo una declaración muy inflamada en la que recordaba a Jefferson y a Washington. No tuvo ningún efecto, salvo quizá entre la comunidad norteamericana que, una vez más, hizo suya la vieja frase de Roosevelt sobre Trujillo. El 24 de julio, Smith dio su primera conferencia de prensa: «Tengo la impresión de que nuestras dos naciones serán siempre íntimas amigas y aliadas en la lucha común contra el comunismo». Pero añadió que «no tenemos nada sustancial que nos haga creer» que el movimiento de Castro «sea de inspiración roja». Venía, dijo, como observador, y la semana siguiente anunció que iría a

Oriente y visitaría Santiago, la base norteamericana de Guantánamo y las propiedades estadounidenses de la bahía de Moa y de Nicaro, las mayores empresas estadounidenses de la isla.

Santiago había pasado un mes de julio muy duro. Incluso se rumoreaba que los ciudadanos norteamericanos estaban pensando en marcharse todos. Las banderas del 26 de Julio habían aparecido con mucha frecuencia. Se produjeron numerosos tiroteos. Se habían quemado escuelas. El Movimiento 26 de Julio utilizaba muy a menudo cócteles molotov. El 26-27 de julio, aniversario del asalto a Moncada, se decía que la policía había arrestado a doscientas personas, muchas en Santiago. Todo esto era, desde luego, un plan deliberado para destruir la vida normal en Oriente como posible paso previo para un intento de ataque masivo a los edificios públicos. El 30 de julio, la víspera del día en que Smith había de emprender su viaje, el jefe de policía de Santiago, coronel José Salas Cañizares, y uno de sus secuaces, Mano Negra, mataron a tiros al principal organizador del 26 de Julio en Santiago, Frank País, que tenía sólo veintitrés años, en el Callejón del Muro, en Santiago. Se había cometido otro crimen político, otra ejecución sin juicio. Sin embargo, se produjo una respuesta sin precedentes. El Movimiento 26 de Julio de Santiago en pleno acudió a casa de la novia de País, América Telebauta, donde él estaba de cuerpo presente. No obstante, la policía no intervino. Al día siguiente, en el centro de Santiago se formó una inmensa manifestación de mujeres para protestar. Llegaban como si fueran a comprar, y se reunieron en la plaza mayor en el momento en que Earl Smith, el embajador del general Eisenhower, había de ser recibido oficialmente.

La manifestación fue un éxito. Smith entró en la ciudad con una caravana de ocho coches. Las mujeres, vestidas de negro, corrieron a saludarle gritando «¡Libertad! ¡Libertad!». En el cabildo se reunió una gran multitud. Los Smith entraron en él

mientras la policía acudía a las mangueras para impedir el paso a las mujeres, y procedía a la detención de unas cuarenta. En el momento en que Smith apareció, la plaza estaba en plena confusión. La policía, desesperada, trató de hacer retroceder a las mujeres a golpes, con una violencia que molestó a Smith. Vio cómo atropellaban a algunas mujeres y las metían en un furgón de la policía. Una mujer consiguió darle una carta en la que pedía una reconsideración de la política de Estados Unidos de apoyo a Batista. Por la tarde, el embajador dio una conferencia de prensa y declaró: «La desmedida actuación de la policía me resulta aborrecible. Lamento profundamente que mi presencia en Santiago… pueda haber sido la causa de manifestaciones públicas… Confío en que la policía haya liberado a los que ha detenido esta mañana». Después, mientras el cadáver de País era trasladado al cementerio acompañado por una inmensa procesión, Smith, con mucho tacto, depositó una corona en la tumba de Martí.

Estas actuaciones de Smith produjeron una impresión excelente entre la oposición cubana y entre sus amigos de Estados Unidos. El *New York Times* le elogió. Los amigos de Batista le acusaron de comportamiento poco diplomático. El secretario de Estado, Dulles, defendió a Smith de esta acusación. Ahora muchos suponían que Smith traería una nueva política para Cuba; pero de hecho el Departamento de Estado le había ordenado que «cambiara la idea existente en Cuba de que el embajador norteamericano intervenía a favor del gobierno de Cuba para perpetuar la dictadura de Batista», es decir, había de tratar de ser neutral.

Entretanto, a la manifestación durante el funeral de País sucedió una huelga, preparada desde hacía mucho, sin que hasta entonces se llevara a cabo, derivada de un modo natural del hecho de que las tiendas cerraran, en Santiago, durante el funeral y las manifestaciones. La policía trató de obligar a que abrieran

las tiendas, pero la huelga duró cinco días. La fábrica de níquel de Nicaro también cerró. Esto era, desde luego, parte del ambicioso plan de conjunto de los rebeldes. La semana siguiente, la huelga se extendió por toda la isla, y en La Habana afectó a los conductores de autobuses y a los empleados de banco. El gobierno respondió arrestando a todos los hombres del Movimiento 26 de Julio que pudo. En Holguín, el coronel Cowley disparó a nueve personas en la calle durante un corte de electricidad. Sin embargo, no hubo mucha coordinación entre las huelgas, y cuando La Habana volvió al trabajo, el 6 de agosto, Oriente, sin haber cicatrizado todavía sus heridas, también lo hizo. Volvieron a suspenderse las garantías constitucionales. Parece que, por lo menos localmente, los comunistas apoyaron la huelga donde pudieron.

A partir de entonces Cuba estuvo en el mismo estado de guerra civil que existía, por ejemplo, en Chipre o Malasia durante la independencia, pero el modo en que se luchaba hacía pensar en un poder imperial que tratase de sofocar con métodos policiales una revuelta en la que los rebeldes contaran con la simpatía de amplios sectores de la población. La policía continuó matando hombres, pero cada muerte creaba diez nuevos partidarios de la revuelta. Además, como telón de fondo, estaba la imprevisible potencia de Estados Unidos, que durante tanto tiempo había sido el árbitro de los destinos cubanos. Era inconcebible que Estados Unidos permaneciese como simple observador. Su ejército y su marina seguían alineados al lado de Batista, con sus blancos y resplandecientes uniformes apareciendo junto al suyo en cientos de fotografías de innumerables encuentros amistosos. A finales de 1957, hasta los profesionales de la clase media opinaban que la lucha no sólo parecía una lucha contra un antiguo poder imperial sino que de hecho *lo era*; unos cuantos individuos, como los aparentemente progresistas Earl Smith o Matthews o los hombres ilustrados de la

CIA o del Departamento de Estado, no podían compensar el silencio de miles de hombres de negocios, soldados y turistas; el silencio implicaba un compromiso, y un compromiso, una enemistad: una enemistad que se presentaba sin disimulos en Oriente, donde el primer batallón destinado a la persecución de Castro estaba formado por hombres entrenados en Estados Unidos y que usaban «las armas norteamericanas más modernas». El embajador Gardner, cuando se fue, en junio, dijo que Estados Unidos no tenía la intención de intervenir en Cuba; algunos periódicos utilizaron esta declaración como titular. Batista reaccionó rápidamente, condenando la sola idea de que pudiera tenerse en cuenta un proyecto así y arguyendo que era de muy mal gusto por parte de los editores utilizar para un titular una observación hecha por un viejo amigo de Cuba, fuera de contexto. Pero esto mostraba claramente una inquietud que estaba a punto de salir a la superficie: ¿quién sería el mediador, y cuándo? Durante algunas semanas, Batista y sus ministros dieron a entender que la oposición estaba tratando de buscar un mediador. Pero los norteamericanos más radicales aceptaban la evaluación que hacía Batista de Castro, así, Spruille Braden, el exembajador en La Habana, progresista en los años cuarenta, pero que ahora, debido al sesgo que habían tomado las emociones en la época de McCarthy, se había convertido en miembro de la extrema derecha, escribía el 17 de agosto de 1957, en *Human Events*, que Castro «es un agente, si es que no es un miembro, del Partido Comunista, y lo ha sido durante mucho tiempo…». El juego de las acusaciones y las contraacusaciones había empezado.

73

El motín naval de Cienfuegos

Castro, Raúl Chibás y Pazos, en el manifiesto de la Sierra, habían condenado toda idea de que un sector de las propias Fuerzas Armadas pudiera ayudar a derrocar a Batista. Desde luego, si fuera a producirse un *coup* así, perjudicaría las posibilidades que tenía Castro de llegar al poder. Pero en septiembre, un sector de la Marina hizo en Cienfuegos un serio intento de derrocar al régimen a través de los oficiales navales acuartelados allí, en colaboración con el Movimiento 26 de Julio, los auténticos y otros.

El plan se parecía a la mayoría de los que habían llevado a cabo los revolucionarios cubanos: un ataque repentino, la sorpresa contra la superioridad numérica, y después, la improvisación. La situación de Cienfuegos favorecía este tipo de acción. Pero, a diferencia del asalto a Moncada, los hombres del interior del cuartel desempeñaron un papel crucial en el ataque; y también a diferencia de Moncada, habían informado a la embajada de Estados Unidos; desde luego, según el embajador norteamericano, el segundo de la CIA (William Williamson) había dicho a los conspiradores en la embajada de Estados Unidos que reconocerían a cualquier gobierno que se formase como consecuencia de un alzamiento que tuviera éxito. Smith no sabía nada de las actividades del hombre de la CIA, pero estaba enterado del proyecto de revuelta.

Desde hacía algunos meses, el Movimiento 26 de Julio contaba con una serie de partidarios entre los oficiales más jóvenes de la Marina, muchos de los cuales se sentían profundamente ofendidos por el bárbaro asesino Laurent, jefe del espionaje naval, y sus secuaces. A finales de mayo habían arrestado y tortu-

rado a un grupo de jóvenes civiles del 26 de Julio en Cienfuegos. Esta fue la señal para crear un plan, nuevo y ambicioso, para apoderarse de la base naval. El líder del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos, Emilio Aragonés, de una conocida familia de la ciudad, se encontró con Javier Pazos, que temporalmente era jefe de la organización clandestina de La Habana. Coordinó el plan con Santiago y con Castro. Pazos llevó «todos los fusiles que había en La Habana a Cienfuegos». Sin embargo, Aragonés no era un organizador muy brillante, y muchos de estos fusiles no se usaron. Pero los conspiradores navales no contaban sólo con el movimiento de Castro, pues varios de ellos estaban vinculados al Montecristi de Carrillo, a Prío y a los auténticos. Carrillo se había gastado su participación en la empresa de Julio Lobo, 25 000 dólares, para esta aventura. Y el proyecto no se limitaba a Cienfuegos. La clave del asunto consistiría en apoderarse del crucero *Cuba* que, con otros barcos que entonces estaban en el puerto de La Habana, apuntaría sus grandes cañones contra el Campamento Columbia y contra los castillos de El Morro y Príncipe, y luego se apoderarían de la ciudad mediante las fuerzas de la marina y de las organizaciones clandestinas de La Habana. Había otros puertos comprometidos. Apremiados por la conspiración, los hombres se veían implicados en planes cada vez más profusos. Se olvidaban los detalles. La víspera del día del ataque, 5 de septiembre, los oficiales navales de La Habana decidieron que no estaban preparados. Se intentó posponer toda la acción, y se consiguió en el caso de Mariel y Santiago. Pero el Movimiento 26 de Julio dio la orden de seguir adelante en Cienfuegos.

El ataque a Cienfuegos fue dirigido por un teniente naval degradado, Dionisio San Román, que antes había servido en Cienfuegos y que en 1956 tomó parte, aunque no muy importante, en la conspiración de Barquín. En la base había veintiocho conspiradores encabezados por Santiago Ríos, un oficial

subalterno. Su tarea consistía en apoderarse de la base naval por la noche, arrestar a los oficiales, y abrir las puertas a San Román y a los conspiradores auténticos, dirigidos por Miguel Merino y Raúl Coll. Muchos de los oficiales y hombres casados dormían en la ciudad, o sea que en la base sólo pernoctaban unos ciento cincuenta hombres. Al amanecer, Ríos y cuatro reclutas se apoderaron del arsenal y del edificio que estaba junto a la entrada principal. El centinela del arsenal y varios hombres de la entrada se unieron a la rebelión; a los demás los encerraron. También se apoderaron de todos los puestos de seguridad interiores. A las 5.30 de la mañana, la base estaba en manos de los rebeldes, aunque el coronel Roberto Comesañas todavía dormía. San Román llegó de la ciudad y despertó y arrestó al coronel. Llegaron ciento cincuenta miembros del Movimiento 26 de Julio, con unos cincuenta auténticos. Todos recibieron armas.

Los oficiales y los hombres empezaron a llegar de la ciudad. Rápidamente se daba a cada uno la posibilidad de escoger entre ser arrestado o sumarse a la rebelión. Seis oficiales y la mayoría de los hombres eligieron lo segundo, mientras que fueron arrestados dieciocho oficiales. La rebelión pasó entonces a la ciudad; se oían gritos de «¡Viva Cuba Libre! ¡Viva la Revolución! ¡Viva la marina de guerra! ¡Viva San Román!».

La libertad de Cienfuegos sólo duró una mañana. Por la tarde, el coronel Cándido Hernández llegó desde Santa Clara a la cabeza de la infantería motorizada. Les tendieron una emboscada en el Parque Martí, y muchos murieron o fueron heridos, incluido el coronel, que fue herido, y su hijo, que murió. Pero poco después, una serie de bombarderos B-26, suministrados por Estados Unidos como parte del programa militar cubano-norteamericano, empezaron a sobrevolar la ciudad, lanzando bombas y ametrallando la base naval y los puestos de defensa de los rebeldes. De La Habana llegaron regimientos de tanques

y blindados, equipados también con modernos materiales norteamericanos. La ciudad se entregó a la lucha callejera, en la que los rebeldes no tenían ninguna posibilidad. Indudablemente, después de sus victorias iniciales deberían haberse retirado a la Sierra de Escambray, pero las victorias habían sido demasiado completas como para que un paso así no se considerase una retirada. Además, los jefes rebeldes no habían previsto una respuesta tan fuerte, pues habían supuesto que en La Habana también habría lucha. El uso de los tanques, coches blindados y bombarderos B-26 suponía la ruptura técnica del acuerdo militar entre Cuba y Estados Unidos, que prohibía específicamente el uso de estas armas sin conformidad previa y en los casos en los que no se tratase de la defensa del hemisferio. En consecuencia, no habían hecho ningún plan de defensa prolongada. Grupos aislados lucharon sin ninguna esperanza durante toda la tarde y por la noche. Al anochecer, sin embargo, la base naval volvía a estar en manos del gobierno, y al día siguiente, los últimos rebeldes, que resistían en la jefatura de policía, habían sido derrotados.

Sesenta y siete rebeldes se rindieron al jefe naval, coronel Comesañas, y más tarde fueron juzgados. Unos cuantos, como el jefe del 26 de Julio, Aragonés, y el teniente Julio Camacho, huyeron de la ciudad. La mayoría de los prisioneros fueron fusilados, incluidos unos treinta que se rindieron en la jefatura de policía, y cuarenta que estaban en la escuela San Lorenzo, a las órdenes de uno de los rebeldes más valientes, el teniente Dimas Martínez. El capitán García Olayón y su servicio de espionaje naval se dedicaron a registrar las casas; todo el que parecía sospechoso de haber participado —posesión de armas, heridas, sangre en la ropa e incluso, como afirma alguien, por el mero hecho de ser joven— era detenido y fusilado. A San Román lo cogieron, lo torturaron durante unos meses y lo mataron; desde luego, sin juicio. Probablemente la cifra total de rebeldes que

tomaron parte en la acción fue de cuatrocientos, y tal vez mataron a trescientos. Fue la mayor acción producida hasta entonces en la guerra civil. Cienfuegos quedó incomunicado durante varios días, pero la prensa minimizó el papel resolutivo de los refuerzos: el cubano medio debía de suponer que el alzamiento había sido derrotado por la propia base naval.

Tuvo importantes consecuencias. La embajada de Estados Unidos o la misión militar norteamericana no podían ocultar que el gobierno había utilizado los bombarderos, los tanques y los coches blindados; en consecuencia, pidieron una explicación.

Ahora pasó a ser decisivo el papel del nuevo embajador norteamericano. La postura adoptada por Smith contra la brutalidad de la policía en Santiago le había hecho ganar un gran prestigio entre la oposición. La colonia del ABC desaprobaba, e incluso condenaba, a Smith porque jugaba al golf con miembros de la oposición tan moderados como Luis Machado, embajador de Prío en Estados Unidos, o Joaquín Meyer, director del Departamento de Asuntos Económicos en la época de Prío, y más tarde director cubano del Banco Mundial. El antiguo primer ministro de Batista, García Montes, se negó a asistir a un banquete celebrado en honor de Smith en la embajada francesa. En realidad, Smith no simpatizaba mucho con la oposición. Tal vez en sus primeras semanas le influyeran funcionarios como el político liberal John Topping, y representantes de la CIA, no sólo el «hombre n.º 2» (cuya intervención en el alzamiento de Cienfuegos salió a la luz durante el juicio de los sesenta y siete rebeldes), sino también el jefe de la CIA en La Habana, al que Smith consideraba «fidelista». Smith le pidió que investigara sobre la fuerza que tenía el comunismo en Cuba, pero parece ser que se negó y que, al salir del despacho de Smith, murmuró: «No nos importa lo que piense». A este hombre lo trasladaron al cabo de poco, pero otros miembros de la embajada de Esta-

dos Unidos (muchos de ellos nuevos) seguían siendo hostiles a Batista; y la cuestión de las entregas de armas persistió todo el invierno, exacerbada por incidentes como el nuevo arresto, en Miami, de priístas que tenían alijos de armas, y por la sensación de que, como incluso Grau había dicho, Estados Unidos, por el mero hecho de reconocer a Batista, ya intervenían de algún modo. En general, sin embargo, la embajada se mostraba cautelosa respecto a Castro. Como demócratas, hubieran preferido que el sucesor de Batista fuera alguien diferente de Castro; pero, siendo hostiles a la idea de la intervención, huían de cualquier acción positivamente encaminada a derrocar a Batista. Entonces, el embargo de armas parecía la forma más positiva de acción negativa.

Ahora se planteaba la cuestión de si el Movimiento 26 de Julio se avendría a algún compromiso. Castro creía que era bastante fuerte como para negarse a hacerlo, y para soslayar completamente, por ejemplo, el hecho de que Grau, el principal líder de la oposición centrista, afirmara que contaba con 300 000 votantes inscritos. En el otoño de 1957 hubo unas cuantas acciones de poca importancia en la Sierra, como la que tuvo lugar el 10 de septiembre en Pino del Agua, pero Castro tenía todo el tiempo que necesitaba para consolidar su posición. Unas cuantas acciones, como el asesinato de cincuenta y tres campesinos llevado a cabo en Oro de Guisa por el ejército, redundaron inevitablemente en descrédito de Batista. Los campesinos empezaban a tener la impresión de que era más sensato estar en la Sierra con Castro que estar en sus casas y arriesgarse a que Del Río Chaviano los matara. El gobierno y los rebeldes, la policía y los que colocaban bombas, estaban en plena escalada en su guerra de nervios. En octubre, Radio Oriente fue destruida por unas bombas. En Santiago se impuso el toque de queda y, como solía ocurrir en tales ocasiones, aparecieron colgados los cuerpos de varios jóvenes. Todo Oriente estaba bajo control

militar: el ejército era responsable del norte; la marina, del sur. El tráfico fue limitado. Se puso precio a la cabeza de Castro: 100 000 dólares. Earl Smith, cada vez menos inclinado a creer al Departamento de Estado o a sus propios consejeros de la embajada, telegrafió a Allen Dulles, jefe de la CIA, recomendándole que colocase a un agente con Castro, en la Sierra, «para descubrir el grado de control comunista» que había en el Movimiento 26 de Julio. Parece que esto no pudo hacerse y, en todo caso, la CIA de Cuba siguió siendo favorable, más que opuesta, al 26 de Julio, aun cuando las relaciones con los rebeldes no mejoraron precisamente con la concesión de la Legión de Honor que hizo Estados Unidos al coronel Carlos Tabernilla. En noviembre llegó una gran asignación de armas para Batista desde New Jersey, y un agente civil norteamericano arrestó a treinta y un cubanos en Florida, dirigidos por César Vega, que teníán armas para Castro. Varios derechistas norteamericanos insistieron en que un embargo de armas a Batista «desembocaría en un control comunista». Como respondiendo a estas quejas, el *Daily Worker* argüía que los rebeldes no reconocían adecuadamente la ayuda que recibían de los comunistas cubanos y que los periódicos norteamericanos querían ocultar el hecho. En octubre, el gobierno soviético hizo su primera alusión directa a la lucha de Cuba, cuando su delegado en la ECOSOC atacó al gobierno de Batista diciendo que era un «gobierno terrorista que ahoga y tortura a su pueblo». Indudablemente esto era cierto; y por muchos batistianos que mataran los rebeldes, parece que en ningún caso los torturaron.

Los exiliados en Estados Unidos continuaron actuando a principios de invierno, sin estar seguros de los planes de Castro; el Movimiento 26 de Julio, ¿era sencillamente un vástago del Partido Ortodoxo? El Partido Ortodoxo, ¿se había limitado a ingresar en el 26 de Julio? Después de la muerte de País, ¿quiénes constituían en realidad el Comité Central del Movi-

miento 26 de Julio? Felipe Pazos, Lester Rodríguez (un hombre de Santiago que había participado en Moncada), Mario Llerena y Luis Morán (un abogado de Santiago que había defendido a varios prisioneros del *Granma* en el juicio de mayo) hablaron a favor del Movimiento 26 de Julio en una reunión general de siete grupos de la oposición que se celebró en Miami, en casa de Lincoln Rodón, que había sido presidente del Congreso cubano hasta 1952. Estaban también presentes, entre otros, Agramonte y Bisbé, en representación de dos de los grupos ortodoxos; Prío, Varona, Hevia y Carlos Maristany, de los auténticos; Ramón Prendes, representando a lo que quedaba de la FEU; Faure Chomón, segundo jefe del ataque al palacio, en nombre del Directorio Estudiantil, reformado recientemente y separado de la FEU; y Ángel Cofiño, con Hirigoyen, en nombre de la oposición sindicalista. Estos nombres formaron lo que llamaron una junta de liberación nacional, en la que había representantes de toda la oposición excepto de los comunistas, los auténticos de Grau y los ortodoxos eleccionistas que seguían a Ochoa o a Márquez Sterling. Tony Varona, el último primer ministro de Prío (exiliado desde septiembre), fue nombrado presidente; el ortodoxo Bisbé pasó a ser secretario, mientras que todo el comité nacional se componía de miembros del 26 de Julio: Mario Llerena (propaganda), Lester Rodríguez, Franqui (organización) y Raúl Chibás (finanzas). Este último se había quitado ahora la capa de la ortodoxia. La nueva junta declaró en primer lugar que habría que continuar la lucha hasta que se restaurase el gobierno democrático, y que se celebrarían elecciones generales «lo antes posible», en todo caso antes de que hubieran transcurrido dieciocho meses. Se restauraría la Constitución de 1940. El único punto económico decía que «se crearían nuevas fuentes de empleo y niveles de vida más elevados». Como Prío financiaba no sólo a los dos grupos auténticos, sino también a los estudiantes, a los sindicalistas e incluso,

hasta cierto punto, al Movimiento 26 de Julio, se convirtió inevitablemente en el centro de atención y se le consideró el principal organizador.

Esta declaración produjo muy buen efecto en Estados Unidos. Pero Pazos y los otros dos del 26 de Julio no habían tratado estas cuestiones con Castro; desde luego, Pazos, técnicamente, no tenía un verdadero derecho a comprometer al Movimiento 26 de Julio, salvo el que le daba el hecho de ser ahora, con Chibás, su partidario más famoso. Castro se enteró del pacto de Miami a través del *New York Times*. El acuerdo, comprensiblemente, le contrarió, no tanto por su contenido como por el hecho de que se hubiera realizado sin consultarle. Sin embargo, inicialmente, la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio respondió a Pazos y a Lester Rodríguez con cierta cautela, diciendo que el acuerdo de Miami se parecía a «los inteligentes trucos políticos de ciertos líderes desacreditados de la oposición». La actitud de Castro no se hizo más dura hasta que la junta de Miami no reprodujo todas las dificultades y confusiones habituales en la política democrática. Finalmente, el 14 de diciembre, después de que los rebeldes consiguieran un éxito en Veguitas, donde una fuerza de doscientos hombres infligió ciento setenta bajas a una columna de trescientos soldados de Batista, Castro envió una carta de cuatro mil palabras a la Junta de Liberación, condenándola:

> Para los que están luchando contra un ejército incomparablemente superior en número y armamento, sin recibir más ayuda en todo un año que la de la dignidad con que luchamos por una causa que amamos sinceramente… con la amargura de vernos olvidados por nuestros paisanos, que en vez de darnos toda su ayuda, nos la han negado sistemáticamente, el Pacto de Miami fue un ultraje. El Movimiento 26 de Julio no había autorizado a nadie para que firmara. Prío les había negado armas: ¿cómo podían sentarse con ellos en una mesa de conferencias?

Castro criticaba la omisión, en el pacto de Miami, de toda declaración contra la intervención extranjera, «evidencia clara de un patriotismo muy relajado y de una cobardía, que se con-

denan a sí mismos». También denunciaba la omisión de toda consideración sobre el ejército: «Que no haya ninguna junta militar… que gobierne el pueblo… que los soldados vuelvan a sus cuarteles». Aunque debería haber «plena normalidad constitucional», el futuro presidente «no habría de verse limitado en su poder de libre nombramiento». Desde luego, los cubanos tendrían que luchar contra «otros dictadores del Caribe». «El nuevo Gobierno estará regulado por la Constitución de 1940, garantizará los derechos reconocidos en ella, y se mantendrá al margen de todo partidismo político…». Los partidos políticos sólo tendrían un derecho en el «período provisional: libertad para organizarse, dentro del marco liberal de nuestra Constitución, y para tomar parte en las elecciones generales». Finalmente, el presidente provisional no sería Pazos ni nadie de los de Miami, sino el juez Urrutia, el magistrado que había juzgado que los expedicionarios del *Granma* habían actuado constitucionalmente al tratar de derrocar a Batista por la fuerza. Era un paso inteligente: Urrutia llevaba treinta y un años siendo juez, y políticamente era moderado. Castro lo escogió, no como hombre fuerte, sino deliberadamente como hombre sin cualidades, para evitar que fuera presidente un candidato más peligroso (por ejemplo, Pazos). Urrutia, por entonces, todavía estaba en Cuba y, tras intercambiar varias cartas con Mario Llerena, había recibido la visita (el 26 de noviembre), en nombre de Castro, de Armando Hart y Luis Buch, que entonces podían viajar fácilmente entre Estados Unidos y Cuba, porque sus actividades políticas aún no eran muy conocidas. Hart y Buch preguntaron a Urrutia si estaría dispuesto a formar parte de un gobierno de Cuba en el exilio formado por cinco hombres. Urrutia estuvo de acuerdo, pidió «tiempo para cobrar la jubilación» de la magistratura, y el 23 de diciembre llegó a Miami.

Estos acontecimientos tuvieron efectos destructivos. Castro (cuya carta del 14 de diciembre llegó a Miami sobre el 30 de di-

ciembre) pidió la retirada del Movimiento 26 de Julio de la Junta de Liberación. El hijo de Pelayo Cuervo, Orlando, dimitió de su puesto de jefe del grupo 26 de Julio de Miami, manifestando que confiaba en Pazos. Los ortodoxos Bisbé y Agramonte también se retiraron. El reconstituido Directorio Estudiantil pidió a Castro que reconsiderara su decisión. Lo mismo hizo Prío. Varona dijo que su grupo aceptaría a Urrutia como presidente provisional, pero que no podían consentir que el Movimiento 26 de Julio mandase al ejército y fuera responsable del orden durante el período provisional. Eso podía significar la continuación del régimen militar. La respuesta de Castro fue sencillamente que el suyo era el camino para «la destrucción de la tiranía»; ahora Prío, dijo, contaba poco en Cuba. Pazos y otros salieron del 26 de Julio, Chomón condenó a Castro y se dispuso a organizar su propia invasión de Cuba, pero el poner las cartas boca arriba aumentó la fragmentación de la oposición, en vez de terminar con ella; en Estados Unidos y en América Central había centenares de grupos y jefes que afirmaban representar a «Fidel».

Castro ya había pedido la destrucción de la cosecha de azúcar de 1958: «O Batista sin zafra o zafra sin Batista»; «Cuando el tirano esté en la tumba… tendremos una zafra de libertad». Entre los trabajadores del azúcar se había distribuido una hoja en la que se daban instrucciones para prender fuego a la caña, y se incluía la sugerencia de atar una esponja empapada de gasolina a una rata. Batista respondió a este plan con un permiso general para que la molienda empezara en diciembre. Envió más unidades del ejército a los cañaverales. El fuego brotó en muchos sitios. El ejército tenía permiso para disparar contra todo el que resultara sospechoso. Mujal hizo un llamamiento a los trabajadores para que «estuvieran prevenidos contra la antorcha».

En noviembre y diciembre, los arrestos, muertes y bombas continuaron siendo cosa de cada día. La inquietud se extendía, por fin, al mundo del trabajo. Encontraron muerto a un líder mujalista de los trabajadores portuarios, Navea Arambarri, y se alegó que lo habían asesinado por anticomunista. No es sorprendente que, en el curso de este invierno, Mujal, que todavía era secretario general de los sindicatos, identificara cada vez más al movimiento sindical con el régimen. El Ministerio de Trabajo declaró que el absentismo se consideraría un «acto antigubernamental». Mujal trató de reprimir las amenazas de huelga general que hacía la oposición diciendo que «mientras yo viva no habrá ninguna huelga general». La Unión Sindical se había beneficiado de una subida del salario mínimo, pregonaba; ¿qué necesidad había de hacer huelga? Y en realidad, a pesar de los asesinatos y del derramamiento de sangre, el año 1957 había batido todas las marcas. El azúcar había producido unos ingresos totales de 680 000 000 de dólares, 200 000 000 más que en 1956, y más que en ningún año desde 1952. Las nuevas inversiones de capital extranjero en 1957 alcanzaban un total de 200 000 000 de dólares. Las primas navideñas fueron muy numerosas. El dinero circulaba por toda la isla. Los gángsteres profesionales pululaban en los nuevos hoteles de La Habana. El asesinato del gángster Anastasia en Chicago estaba relacionado con su intento de apoderarse del negocio de garitos que tenía Meyer Lansky en La Habana. Además era difícil separar el gangsterismo del ardor revolucionario; así, cuando en diciembre Earl Smith, el embajador norteamericano, se enteró a través de la embajada de Estados Unidos en Ciudad Trujillo de que «miembros comunistas de la revolución de Castro estaban planeando asesinarme», no se supo si los que estaban en el fondo del asunto eran los comunistas (que hasta entonces habían demostrado poco interés por la acción violenta) o los auténticos. Ahora Smith ya no tenía dudas sobre el régimen: Batista comió

con él y su mujer en diciembre, mientras el aspirante demócrata a la presidencia, senador John Kennedy, estaba en la embajada pasando las Navidades.

Los visitantes, sobre todo los norteamericanos, seguían exagerando la magnitud de las fuerzas de Castro. Así, Charles Ryan, que subió a la Sierra en marzo, había bajado en octubre con la noticia de que había 1000 hombres; un periodista del *New York Herald* Tribune, Donald Hogan, hablaba de 2000 hombres, de los cuales la mitad estaban bien equipados. Ninguna de estas cifras era verdadera. A finales de año, Castro aún no tenía 300 hombres bajo las armas.

74

El embargo de armas

Hacía más de doce meses que Castro estaba en la Sierra. En lugar de ser un fugitivo perseguido, mandaba un ejército de guerrilleros que podía vagar a voluntad por casi todo el territorio situado al sur y al oeste de la carretera central, en Oriente (unos 3000 kilómetros cuadrados). Dentro de esta región había organizado un complicado sistema de manutención y aprovisionamiento, basado en la connivencia de campesinos amigos. Muchas mercancías subían a lomos de mulos desde Manzanillo, Bayamo y otros lugares. Además ahora había fábricas bastante complicadas en el corazón de la Sierra: a la zapatería y al taller de reparación de armas se habían añadido una pequeña fábrica de cigarros, una carnicería, una fábrica de bombas y varios hospitales. Pero todavía había gran escasez de armas; sólo conseguían pasar muy pocas remesas, aparte de la gran cantidad que llegó tras el fracaso del ataque al palacio. Seguían las incursiones por las zonas circundantes, sobre todo cerca de Manzanillo, destruían maquinaria agrícola, quemaban arrozales y cañaverales. Hacia el oeste, en Camagüey, utilizaban aviones particulares para lanzar fósforo sobre los cañaverales.

En la Sierra, el ejército revolucionario estaba cada vez más preocupado con lo que podría considerarse como una segunda etapa de su desarrollo: los problemas de disciplina en el propio ejército y entre los campesinos. Muchos de estos últimos, como explicó Guevara más tarde, se sentían alternativamente desconfiados y temerosos, y también a veces se mostraban cínicos y oportunistas. Guevara comentaba: «La ejecución de individuos antisociales que se aprovechaban de la situación de fuerza establecida en el país, por desgracia, era frecuente en la Sierra Maestra».

En las grandes ciudades continuaba el sabotaje, a pesar de los muchos arrestos. El ingeniero Oltuski cedió su puesto en la dirección de la Resistencia Cívica de La Habana al ingeniero Ray. Los arrestos, más que nunca, terminaban con la desaparición final del hombre arrestado; por ejemplo, en Guanajay, el comandante jefe de la policía local Pérez Pantoja torturó de tal manera a Luis Enrique Álvarez, el 6 de enero, que murió. Algunos fueron lanzados al mar con pesos, al estilo de Machado. El depósito de gas de Esso fue volado en enero, averiando los conductos de agua de La Habana. También fue atacada una compañía constructora, y desaparecieron 280 libras de dinamita con dieciocho detonadores eléctricos. El 15 de enero, un boletín militar del Campamento Columbia decía que habían matado a veintitrés rebeldes en un «encuentro» en Los Hombritos; en realidad eran detenidos a los que habían sacado de la cárcel de Boniato y habían fusilado. Dos que tuvieron la suerte de escapar a la muerte fueron los hombres más destacados del 26 de Julio en La Habana, Javier Pazos y Armando Hart (arrestados por segunda vez), junto con Antonio Buch, jefe de información del 26 de Julio en Santiago. La familia Buch —Luis Buch era el jefe de la Resistencia Cívica en Santiago— no protestó ante ninguna institución cubana, sino ante el *New York Times*, y ese periódico hizo una protesta que tal vez le ayudó a escapar a una muerte cierta. Sin embargo, las continuas atrocidades practicadas por la policía no limitaron las actividades de los saboteadores; por el contrario, estimulaban el deseo de venganza, y emocionaban cada vez más a los hombres y mujeres jóvenes que ansiaban reproducir en la realidad los peligrosos estímulos del cine. Había cada vez más partidarios del concepto de «revolución» más que del de «revuelta».

Desde luego, había muchos que ansiaban acabar con la crisis política cada vez más aguda, sobre todo la comunidad de los hombres de negocios norteamericanos, y la colonia del ABC en

general. Entre estos, el más destacado era Earl Smith. Muy preocupado, celebró reuniones con el nuncio, monseñor Centoz, y con otras personas «neutras», como Guillermo Belt, exembajador y extesorero del ABC en la década de 1930 o Luis Machado, el embajador en Estados Unidos. Pero estos caballeros neutrales no estaban en contacto con las fuerzas revolucionarias.

Al llegar a Washington, Smith dijo que Batista restauraría las garantías constitucionales en Cuba si, a pesar del mal uso que se había dado en Cienfuegos al equipo cedido por los norteamericanos, Estados Unidos le garantizaba la entrega de veinte coches blindados que había encargado. Este acuerdo había de ser secreto, pero como para entonces Castro ya tenía un agente (el agregado militar adjunto Saavedra) en la embajada cubana en Washington, la noticia pronto llegó a la Sierra, naturalmente más recargada; así vemos que Castro dijo al periodista Homer Bigart (del *New York Times*) que Batista se había comprometido a restaurar las libertades civiles a cambio de que Estados Unidos actuara contra los grupos revolucionarios que había en Norteamérica. Pero aunque verdaderamente Prío volvió a ser acusado ante un jurado federal de planear una entrega de armas a Cuba desde Miami, el informador de Castro había alterado la información. En cambio, consiguió noticias exactas de otro acontecimiento: Earl Smith dio una conferencia de prensa en Washington en la que dijo que no creía que «el gobierno de Estados Unidos» pudiera nunca «tener tratos con Fidel Castro», porque este, decía, no cumpliría las obligaciones internacionales ni mantendría la ley y el orden. Naturalmente, esto también se supo.

Smith no era el único que tenía esta opinión. En enero, Wieland recibió la visita, en Washington, del general García Tuñón, uno de los generales más competentes de Batista que había sido destituido por Tabernilla, que intentó convencer al Departa-

mento de Estado de que la mejor solución para reemplazar a Batista sería una junta militar compuesta por varios oficiales, incluido él mismo, Barquín y algunos de los oficiales de Batista más inteligentes y humanos, por ejemplo, Cantillo. El propio Wieland, sin embargo, en un momento de descuido, confió a un periodista con palabras que luego se volverían contra él:

> Sé que muchos consideran a Batista un hijo de perra… pero lo primero son los intereses americanos… por lo menos es nuestro hijo de perra, no hace el juego a los comunistas… En cambio, Fidel Castro está rodeado de comunistas. No sé si él, personalmente, es comunista… [Pero] estoy seguro de que está sometido a influencias comunistas.

Más adelante, el propio comentario de Wieland fue:

> Nuestro problema… era el deseo de encontrar una solución eficaz para la lucha política de Cuba que garantizara una transición democrática y el apoyo de… la mayor parte del pueblo cubano [y] que hubiera eliminado cualquier amenaza importante de la violencia que en aquellos momentos sostenían las fuerzas de Castro… Castro, por entonces, todavía era una pequeña figura del este… No pensábamos meternos en el tipo de gobierno…

El propio Batista todavía mantenía su antiguo programa: elecciones en verano, sin presentarse él como candidato. Sin embargo, dijo que después podrían elegirlo para jefe de Estado Mayor del ejército. Por lo tanto, era lógico suponer que la presidencia de Andrés Rivero Agüero (que sería el candidato del gobierno) sería una mera tapadera para la prolongación de la era de Batista, una vuelta a la era de los presidentes *fainéants* de los años treinta. En febrero, el Instituto Profesional Aliado atacó las elecciones diciendo que en sus preparativos se estaban cometiendo «los fraudes más escandalosos de la historia de Cuba», y arguyó que las elecciones no se habían de celebrar mientras Cuba estuviera en guerra civil.

A continuación Castro hizo una curiosa proposición, a través del congresista liberal por Manzanillo, Manuel de Jesús León Ramírez. Castro se comprometía a avenirse a unas elecciones supervisadas por la OEA, si Batista retiraba todas las fuerzas militares de Oriente. Además dijo a Homer Bigart que,

después de todo, no insistiría para que Urrutia fuera presidente. Esto era nuevo para Urrutia, que se enteró (de segunda mano) de que su candidatura sólo operaría «en el caso de que se produjese un triunfo revolucionario». Batista consideró la propuesta de Castro como una señal de debilidad, y la rechazó. Con esto se evitó una posible escisión dentro del Movimiento 26 de Julio. Raúl Chibás dijo que las declaraciones de Castro debían de haber sido mal interpretadas, porque no podía haber «ninguna solución política mientras Batista presida una elección». El propio Castro reafirmó su apoyo a Urrutia, en una carta que le escribió el 9 de marzo. Pero este modesto paso hacia el «electoralismo» fue, sin duda, una posible oportunidad de compromiso, que fue rechazada por el gobierno.

Inmediatamente después, se renovó la actividad en todos los bandos. La gente de las montañas empezó a ver claramente que Castro y sus hombres se iban a quedar allí y que por lo tanto, a la larga, no iban a ganar nada por trabajar con el ejército de Batista. De todas las provincias llegaban informaciones de asesinatos y sabotajes, y en las afueras de varias ciudades se encontraban personas ahorcadas. Los presidentes de las tres federaciones estudiantiles (La Habana, Santiago y Las Villas) declararon que ningún estudiante volvería a las aulas hasta que hubiera paz. El sabotaje de los ferrocarriles llegó a tal extremo que en el este de Cuba se cambiaban diariamente los horarios y en todos los trenes iban soldados. Había incendios en puertos y depósitos, almacenes y escuelas. En La Habana, el Movimiento 26 de Julio irrumpió en el banco central y destruyó cheques por valor de dieciséis millones de dólares. El 23 de febrero, el corredor argentino Fangio fue raptado de su hotel como propaganda, para impedirle participar en la carrera que había de celebrarse al día siguiente. Después lo devolvieron. En la carrera propiamente dicha, un coche patinó y, lanzándose contra la multitud, mató a seis espectadores e hirió a otros cincuenta. El

gobierno acusó al Movimiento 26 de Julio de haber vertido aceite en la pista; la acusación fue desmentida, pero el asunto no quedó nunca totalmente claro. Más tarde, el que dirigía a los secuestradores, Óscar Lucero, fue capturado, torturado y asesinado.

Entretanto, una nueva expedición de guerrilleros, formada por hombres del Directorio, había desembarcado en el norte de Cuba, en Playa Santa Rita, cerca de Nuevitas, y se dirigía lentamente hacia el sudoeste, a las montañas de Escambray. El 19 de febrero, sin embargo, su avanzada se encontró con diez soldados y fue dispersada. Después de otras escaramuzas sostenidas en las laderas de la montaña Diana, finalmente se dirigieron al lugar donde estaba la vieja ciudad india de Cubanacán, donde permanecieron varios días, rodeados de ratas. El 24 de febrero, lanzaron un manifiesto en el que declaraban sus propósitos:

> No somos… de los que hacen falsas promesas… estamos luchando para eliminar de nuestro país la idea de una juventud sin educación, unos hombres sin trabajo… No nos limitamos a restablecer… las garantías sociales ignoradas sistemáticamente por la dictadura. Debemos garantizar el trabajo a todos los cubanos, sabiendo que nuestro país tiene las condiciones necesarias para el desarrollo económico… Esta proclamación, aunque específicamente dirigida a Cuba, la hacemos extensiva al continente americano. El Directorio… aboga por la creación de una confederación de Repúblicas Americanas, como pedían Miranda y Bolívar…

Castro empezaba a ser menos histriónico. En enero dijo a Andrew St. George, el periodista húngaro: «Personalmente, he llegado a tener la impresión de que la nacionalización es, en el mejor de los casos, un instrumento engorroso. No parece hacer más fuerte el Estado y en cambio debilita a la empresa privada… aquí… siempre serán bienvenidas las inversiones extranjeras». Era algo muy apropiado para St. George, que, por su parte, era un agente del espionaje militar norteamericano. El 21 de febrero, Castro dio, desde la Sierra, su primer decreto administrativo, para aplicarlo a un esquema de jurisdicción criminal del «territorio libre» que ahora controlaba. A partir de entonces

actuó como si fuera el gobernante *de facto* de parte de Oriente. Ya tenía un periódico, *Cubano Libre*, llevado al principio por dos guerrilleros, y después por el ortodoxo Luis Orlando Rodríguez, y más tarde aún por Carlos Franqui. El 24 de febrero empezó a funcionar una emisora de radio desde la Sierra: «¡Aquí Radio Rebelde transmitiendo desde la Sierra Maestra en Territorio Libre de Cuba!».

En esos momentos, también, parece que el prudente Partido Comunista de Cuba se decidió por fin a apoyar la idea de la «lucha armada» en las ciudades y en el campo; a apoyar, por lo tanto, la misma causa que previamente había condenado como «putschista». Parece que, en febrero, la dirección del partido aprobó una resolución de apoyo a Castro. Por los escritos de Guevara, también resulta evidente que había estado en contacto con los comunistas a principios de 1958, porque nos dice cómo reconvino a un jefe local del partido. «Sois capaces de crear unidades que se permiten ser martirizadas en la oscuridad de un calabozo… pero no de crear unidades capaces de tomar por asalto un nido de ametralladoras». Un miembro del propio partido, Osvaldo Sánchez Cabrera, fue al cuartel general de Castro para hacer de intermediario. Carlos Rafael Rodríguez dijo más tarde que, en febrero de 1958, se habían dado instrucciones «públicas» a los miembros del Partido Comunista para que se unieran a Castro. Sin embargo, de momento no había ninguna alianza explícita, sólo contactos; e incluso faltaba este entre el partido, por una parte, y la Resistencia Cívica y el Movimiento 26 de Julio de La Habana, por la otra.

Desde luego, es posible que los comunistas no hubieran tomado esta decisión si no hubieran empezado a ser objeto de los más duros ataques por parte de la policía de Batista. El desarrollo de la guerra civil y la necesidad propagandística de identificar a los rebeldes como comunistas hacían cada vez más difícil que el régimen dejara de atacar a los comunistas conoci-

dos, si no a los jefes nacionales, por lo menos a los militantes locales. La consecuencia fue que la policía empujó literalmente a los comunistas locales a un estado de semirrebelión, que provocó la formación de un grupo de guerrilleros a los que hizo de jefe un comunista de La Habana, Félix Torres. Otro grupo de guerrilleros, procedente del Directorio, negó la entrada a los comunistas, y, al cabo de pocos meses, Torres dirigía su propia fuerza de cincuenta guerrilleros comunistas, a la que llamaban la «columna Máximo Gómez».

Al mismo tiempo que los comunistas empezaban a reforzar la causa rebelde, hubo una institución que se despertó de su sofocante letargo: a finales de febrero, la Iglesia cubana decidió tomar una parte activa en la crisis política de su país. Esto se debió a las presiones ejercidas desde la base; por ejemplo, la policía mató a cuatro jóvenes católicos de la Universidad de Villanueva cuando se dirigían a unirse al ejército rebelde. El 10 de febrero, el padre Ángel Gaztelu, sacerdote de la iglesia del Espíritu Santo, de La Habana, en un sermón condenó duramente al régimen. La Acción Católica hizo unas declaraciones parecidas, y el semanario católico *La Quincena* empezó también a condenar al régimen. Durante un tiempo, los oponentes conservadores de Batista habían confiado en que la Iglesia tomaría la iniciativa. Desde luego, el *Diario de la Marina*, el principal periódico católico, atribuía la crisis política a la decadencia de la clase alta y de la moralidad católica. El 1 de marzo, los obispos cubanos, encabezados por el cardenal Arteaga y por el nuncio, monseñor Centoz, pidieron al gobierno que hiciera posible la paz mediante la formación de un gobierno de unidad nacional, y a los revolucionarios que abandonaran el sabotaje y el terrorismo. Proponían una «comisión de armonía», formada por Raúl de Cárdenas, un aristócrata que había sido diputado desde 1911 y vicepresidente en la época de Grau y en 1933; Gustavo Cuervo Rubio, vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores du-

rante la última guerra mundial, que ahora era el ginecólogo de la esposa de Batista; Víctor Pedroso, el presidente del banco, y un sacerdote negro, el padre Pastor González.

El gobierno trató de impedir que la prensa de La Habana publicara este plan que le sentaba tan mal, pero pronto se supo que algunos de los obispos, incluido monseñor Pérez Serantes, de Santiago (que había sido el inspirador del plan), habían querido hacer un llamamiento más fuerte, incluyendo la petición de la dimisión de Batista; otros, como los obispos de Camagüey y Cienfuegos, se opusieron; por lo tanto, el documento era un compromiso que monseñor Pérez Serantes, por ejemplo, en realidad no aprobaba.

Sin embargo, tuvo un efecto inmediato: el 3 de marzo, el ministro de Asuntos Exteriores, doctor Güell, dijo a Earl Smith que a Batista le gustaría invitar a la OEA, a la ONU y a la prensa mundial a las elecciones cubanas. Además, Batista empezó a preparar un cambio de gobierno, seleccionando al doctor Emilio Núñez Portuondo, el embajador en la ONU, como primer ministro, paso evidentemente destinado a complacer a Estados Unidos, donde Portuondo era muy conocido y popular. Batista declaró que le gustaría conocer la comisión de armonía de la Iglesia. Esto era muy oportuno, pues el gobierno de Estados Unidos estaba endureciendo su opinión sobre la cuestión del suministro de armas a Batista. El 5 de marzo, en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado se suscitó el tema del uso que habían hecho los cubanos del equipo norteamericano contra los rebeldes, y Rubottom contemporizó. De hecho, la embajada había protestado ante Batista y no había recibido ninguna respuesta rápida. El 6 de marzo quedó claro que Núñez sólo aceptaría el puesto de primer ministro si la ONU supervisaba las elecciones. El mismo día, una protesta conjunta de trece jueces contra el régimen de fuerza mostró al primer ministro designado la magnitud de las dificultades con las que se encontraba el

régimen. En consecuencia, después de todo no formó gobierno, y el 12 de marzo se encargó de hacerlo el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, doctor Güell, siendo su gobierno casi igual al de su predecesor. El 9 de marzo, Castro, aunque reconociendo tácitamente la buena intención de los obispos, había declarado que no recibiría a la comisión de armonía de la Iglesia, porque era demasiado favorable a Batista, un comentario apropiado para Cuervo y Pedroso, pero no para el padre González ni para Cárdenas. Ahora Castro estaba en plena «reunión de la Dirección Nacional en la Sierra Maestra», que tuvo lugar entre el 7 y el 10 de marzo, para tratar de los persistentes rumores de finales de febrero sobre un compromiso con el régimen. La Dirección Nacional indicó a todos sus representantes provinciales que esto —que se había reflejado en las entrevistas con Homer Bigart publicadas en el *New York Times*— había sido puramente una «maniobra táctica».

Castro, tras rechazar el plan de los obispos, lanzó un nuevo manifiesto desde la Sierra; en él aludía a la vieja amenaza, «la huelga general revolucionaria», diciendo que había que secundarla con la acción militar. En realidad, el Movimiento 26 de Julio de La Habana ya estaba preparando este tipo de acción. Castro repetía (advertencia a Estados Unidos) que se prolongarían las huelgas y la guerra si Batista era sucedido por una junta militar. Luego venían algunas peticiones atrevidas: que en todo Oriente se detuviera el tráfico por carretera y ferrocarril. Que a partir del 1 de abril se dejaran de pagar impuestos al Estado, a las autoridades provinciales o municipales. Si se hacían pagos, se declararían nulos, y habría que volver a hacerlos al nuevo gobierno provisional (encabezado por Urrutia). Todos los que quedasen, después del 5 de abril, en las oficinas dependientes de la rama ejecutiva del gobierno serían juzgados culpables de traición. Los oficiales y soldados que continuasen en servicio después del 5 de abril serían licenciados. Todo el que ingresase

en los servicios armados después de esa fecha sería considerado un criminal. Los jueces habían de dimitir si querían continuar en activo tras la victoria de la Revolución. El conjunto del país había de considerarse en estado de guerra total contra la tiranía. Finalmente, «la columna 6 de las fuerzas rebeldes, a las órdenes del comandante Raúl Castro… ha invadido la parte norte de Oriente [con cincuenta hombres]… toda la nación está decidida a ser libre o a perecer». En estos momentos, en realidad, Castro sólo tenía a sus órdenes de 100 a 120 hombres, excluyendo a los que estaban con su hermano y con Almeida; es decir, casi los mismos que tenía seis meses antes. No está claro cuántos partidarios tenía en el llano, pero es evidente que tenía muchísimos más: la organización estaba establecida cuidadosamente y tenía subsecciones en todas las partes de Cuba, cada una con instrucciones distintas cada mes: así, en marzo, los comités de acción recibieron la orden de desencadenar la guerra total en Oriente, y de extender la acción armada a Las Villas y Pinar del Río; los comités de trabajadores habían de formar un frente de trabajadores que fuera como una «bandera de combate», y las secciones de resistencia, cuya tarea consistía en establecer relaciones con los movimientos de Resistencia Cívica, entre otras cosas, habían de actuar sobre los jueces para conseguir que dimitieran, como se pedía en la declaración del 12 de marzo.

El 13 de marzo en Washington, sintomáticamente, acababan de tomar la decisión más crítica de la guerra: Estados Unidos suspendió el envío de 1950 rifles Garand a Cuba, cuando estaban ya en los muelles del puerto de Nueva York. En realidad, se trataba de un embargo de armas que hacía Estados Unidos a Batista; no se enviaron más armas oficialmente, salvo unos cohetes que mandaron a cambio de otros que habían suministrado previamente y que habían resultado defectuosos.

Ningún paso que hubiera podido dar Castro habría descorazonado tanto a Batista. Veía que sus antiguos amigos le abandonaban. Batista se quejó a Smith de que una postura de neutralidad iba «contra el régimen constitucional de Cuba». En efecto, el embargo daba un estatus de beligerancia a los «grupos extremistas». Smith no necesitaba que le convencieran de esto. Era contrario a este embargo, y dijo claramente, incluso a Batista, que estaba convencido de que en el movimiento de Castro se había «infiltrado el comunismo». Enseguida, Mujal envió un emisario a Smith para decirle que, si la actitud de Estados Unidos respecto a Cuba estaba cambiando, a él, Mujal, le gustaría saberlo, pues probablemente no se mantendría firme respaldando a Batista, los sindicatos eran una organización apolítica.

Smith, asediado por todas partes, dijo que Estados Unidos no podía intervenir, y que en modo alguno podía prever qué conducta seguiría su gobierno.

La situación era tan explosiva que a Batista no le quedaba más remedio que posponer los comicios de junio hasta noviembre. Además, para salvar la cara, canceló públicamente el pedido de coches blindados hecho a Estados Unidos. Smith pidió al Departamento de Estado que, antes de prohibir los envíos de armas, por lo menos sugiriera a Batista que podía ausentarse meramente durante las elecciones, mientras que un gobierno provisional y el ejército supervisaban la votación. El Departamento de Estado volvió a rechazar la recomendación de Smith diciendo que constituiría una intervención. Por otra parte, Matthews, todavía en La Habana, ahora hablaba de Castro, como habían hecho antes que él St. George y otros periodistas, en términos heroicos: «La figura más notable y romántica… de la historia cubana desde José Martí». Castro, entonces, necesitaba este tipo de apoyo propagandístico casi tanto como las armas; y las dos cuestiones estaban interconectadas, pues muchas

armas le venían de Estados Unidos, compradas con contribuciones de simpatizantes de aquel país.

Ahora, como en todos los momentos de inquietud por los que había pasado Cuba desde 1902, el embajador norteamericano se convirtió en el depositario de confidencias, esperanzas y temores; un dirigente sindical, Serafín Romualdo, le dijo que temía ser visto con Batista; el presidente de la Universidad Católica de Las Villas le dijo que la Iglesia deseaba ardientemente la intervención, y es de suponer que la ocupación, de Estados Unidos. En el Club Biltmore, de La Habana, Smith dijo al embajador inglés, Fordham, que Estados Unidos esperaba que, en caso de emergencia, ellos dos actuasen como si fueran hermanos siameses. Sin duda confiaba en que los anglosajones se mantendrían juntos.

75

La huelga del 9 de abril

Castro había anunciado públicamente que pronto convocaría una huelga general, pero el gobierno no sabía cuándo. Se dejaron muchas cosas al azar. El plan era que el Movimiento 26 de Julio y la Resistencia Cívica de La Habana declararan la huelga y, salvo en varias empresas en las que eran fuertes, confiaran a la suerte el hecho de que fuera acatada. El director y coordinador fue Faustino Pérez, el miembro de la Dirección Nacional, superviviente del *Granma*, que había bajado a La Habana para asegurar a los partidarios de Castro que todo iba bien. Desde luego, no contaba con el apoyo del grueso de los sindicatos, ni con el de los comunistas, el único grupo de la oposición que tenía verdaderos partidarios dentro de los sindicatos. Los comunistas habían estado dispuestos a ingresar en los comités de huelga, pero fueron rechazados. Sin embargo, el 28 de marzo, Castro escribió desde la Sierra proponiendo que participaran todos los grupos de la oposición, incluidos los comunistas; no obstante, el comité de huelga de La Habana tuvo la impresión de que era demasiado tarde. Ya había recelos y suspicacias entre los rebeldes de las montañas y los del llano: muchos consideraban a Castro un futuro caudillo, y a sus seguidores, unos militaristas. Al mismo tiempo, la organización de la huelga quedó completamente en manos de los comités de acción del 26 de Julio, sin ningún verdadero contacto con el mundo del trabajo. Finalmente, el comité de huelga de La Habana, la zona clave, quedó constituido por Pérez Manuel Ray (el ingeniero); David Salvador (que, desde mediados de 1957, había estado al frente de la organización obrera del 26 de Julio); el doctor Fernández Ceballos (director de las iglesias evangélicas cubanas), Carlos Lechuga (un periodista ortodoxo), y el doctor Eladio Blanco

(un médico que estaba de moda). Ninguno de estos hombres era partidario de una alianza con los comunistas, no tanto por motivos doctrinales como por el daño que una alianza así podía haber hecho a su causa entre la opinión liberal, que no consideraba temibles a los comunistas de Cuba, sino sencillamente indignos de confianza.

Faustino Pérez aprovechó la oportunidad para afirmar públicamente:

> [el] presente movimiento revolucionario está lejos de ser comunista… Nosotros… repetiremos tanto como sea necesario que nuestro jefe [Castro] no formará parte del gobierno provisional… El gobierno provisional convocará elecciones en el plazo más breve posible… Crearemos un clima de confianza y seguridad para que se produzcan las inversiones de capital nacional y extranjero necesarias a nuestro desarrollo industrial.

De hecho, la huelga tenía más de alzamiento urbano que de abandono del trabajo, y habría que calificarla como tal. Sus dirigentes eran hombres que ya recelaban de Castro y de la confianza que este tenía en Guevara y Raúl Castro.

Batista parecía confiado. Dijo a un periodista norteamericano, Skelly, que en una huelga, Castro no tenía ninguna posibilidad de victoria. Tenía razón. Cuando llegó el 9 de abril, hubo bastante confusión y violencia, pero la mayor parte de las tiendas estaban abiertas, igual que la mayoría de las fábricas y el puerto. Ni la CTC ni los comunistas hicieron caso de los llamamientos del 26 de Julio y, por lo tanto, el sistema de transportes funcionó normalmente. Algunas compañías de electricidad fueron saboteadas, volcaron algunos autobuses, dos grandes tiendas fueron atacadas, pero la electricidad siguió funcionando en La Habana, aunque se había dicho que su interrupción sería la señal del comienzo de la huelga. Murieron unos veinte paisanos y tres policías, pero probablemente murieron también ochenta revolucionarios. En La Habana corría el rumor de que la huelga era una provocación de Batista para descubrir plazas fuertes de la oposición, y muchos trabajadores que habían hecho huel-

ga por la mañana volvieron al trabajo por la tarde. En Santiago, donde se hizo otro intento que también resultó abortado, hubo treinta muertos. Fue un día sangriento, pero no muy afortunado para las fuerzas de protesta.

Después vinieron las recriminaciones: los comunistas culparon al «llamamiento unilateral» de Faustino Pérez y a la dirección nacional del Movimiento 26 de Julio. Carlos Rafael Rodríguez, el más inteligente de los dirigentes comunistas, esperaba que el fracaso de la huelga convencería a Castro de la necesidad de incluir a partidarios de Grau y de Prío en un gobierno futuro y de suavizar la propaganda antinorteamericana. Pocas semanas después, los comunistas dijeron que el movimiento de Castro estaba compuesto por «esos que consideran que los medios principales para acabar con Batista son los actos terroristas y los *coups* de conspiradores». Faustino Pérez no mencionó a los comunistas al explicar el fracaso de la huelga, pero en cambio habló de «ciertos factores tácticos inspirados por nuestro deseo de evitar grandes torrentes de sangre, para no añadir un dolor suplementario a lo que el pueblo ya lleva sufrido…».

El fracaso de esta huelga redujo considerablemente el prestigio de Castro. El sabotaje y el terrorismo decayeron e incluso, en mayo, empezaron a volver a Cuba los turistas. Batista, con nuevos ánimos, consiguió que le llegaran cinco aviones cargados de rifles desde la República Dominicana. Fuera de La Habana había poca actividad revolucionaria. Pero pocos funcionarios públicos hicieron caso de las órdenes que Castro había dado en marzo de que rompieran con el régimen. Sólo dimitieron veintiséis pilotos. La mayoría de la gente continuó pagando los mismos impuestos que había pagado siempre. El jefe del Departamento Centroamericano de la CIA llamó al embajador Smith y le alivió diciéndole que estaba completamente de acuerdo con su opinión sobre los peligros comunistas existentes en Cuba. El día en que los comunistas lanzaron su acu-

sación contra Faustino Pérez, Smith estaba registrando más «informes sobre el apoyo comunista que recibía el 26 de Julio». El último, decía, como si eso zanjara la cuestión, venía de J. Edgar Hoover. Además, Smith estaba muy ocupado con la organización del suministro de agua para Guantánamo, que la recibía desde fuera de la zona de la base. Se acordó que si las tropas cubanas tuvieran que retirarse (para ir a cualquier sitio), los marines norteamericanos podrían entrar. Las relaciones de Smith con Batista eran mejores que nunca.

Seguían los esfuerzos para llegar a un compromiso, pero los obispos eran los únicos optimistas. El nuncio, monseñor Centoz, preguntó si Estados Unidos no podía intervenir para imponer una tregua. Smith dijo que eso era imposible. ¿Podría Estados Unidos proporcionar un helicóptero naval norteamericano al obispo Müller, el nuevo coadjutor, para que fuera a Oriente e intentara ver a Castro? Eso también constituiría una intervención. A pesar de todo, el obispo Müller salió para Oriente. A finales de mes (con poca o nula actividad por parte de Castro o de ningún otro) el episcopado pidió un gobierno específicamente neutral, cuyos dirigentes no pudieran ser elegidos después. El episcopado elegiría el primer ministro. Pero ahora Batista estaba mucho menos preocupado que en marzo. La cosecha llegaba casi a los cuatro millones y medio de toneladas de azúcar, y los efectos del sabotaje volvían a ser casi insignificantes. Se estaban encontrando sustitutos para las armas norteamericanas. El fracaso de la huelga había perjudicado al Movimiento 26 de Julio de La Habana.

El fracaso de la huelga dio lugar a dos acontecimientos diferentes. Fidel Castro, como había esperado Carlos Rafael Rodríguez, cambió su línea de conducta e hizo declaraciones tranquilizadoras para la opinión pública norteamericana. A mediados de mayo concedió una entrevista a Jules Dubois y dijo:

> El 26 de Julio nunca ha hablado de socialismo o de nacionalizar las industrias… desde el principio hemos proclamado que luchábamos para poner en vigor nuevamente la Constitución de 1940 [que estipula] el establecimiento de garantías, derechos y obligaciones para todos los elementos que participan en la producción, incluidos la empresa libre y el capital invertido.

Además empezó a fomentar nuevas conversaciones en el extranjero de cara a una unificación de la oposición, que sustituyera a la desafortunada junta del noviembre anterior. Para ayudar a esto, el 29 de abril se montó un radioteléfono directo entre la Sierra Maestra y Caracas (Venezuela). Pero también, y sin que lo supieran el resto de la oposición o sus propios seguidores que estaban negociando con otros miembros de la oposición, empezó a considerar con más simpatía la idea de una colaboración formal con el Partido Comunista.

Es significativo que Castro diera este nuevo paso en un momento en que su hermano Raúl, el «más radical» (como le describiría más tarde), estaba lejos, en el norte de Oriente. El 20 de abril, Raúl Castro había escrito el primer parte para su hermano. Entonces llevaba un mes fuera, desde el 10 de marzo, viajando a veces en *jeep*, a veces a pie. El 16 de marzo, Raúl estaba en la Sierra del Cristal. Allí estableció relaciones con una serie de rebeldes: el capitán Demetrio Montseny (Villa); Raúl Menéndez Tomasevich, al que ascendió a capitán, y el jefe del 26 de Julio en Guantánamo, Toto Lara. Algunas de estas unidades ya existentes eran comunistas. Raúl Castro se hizo cargo además de un grupo de unos doscientos «mosqueteros»:

> Buenos chicos, la mayoría de esa zona, pero que vivían una revolución fantástica en diferentes campamentos, con *jeeps*… comiendo gratis en una granja con cocineros y todo; la gente les suministraba cuanto necesitaban y todo lo que hacían era circular como locos con todos los vehículos que tenían de un sitio a otro… El que actuaba como responsable tenía 1000 pesos en la caja… Dije a este caballero que nos íbamos a quedar allí.

Después Raúl Castro reorganizó esta partida de guerrilleros —aunque había, por lo menos, otros dos grupos rebeldes en la zona— y colocó a doscientos hombres a las órdenes de Ar-

mando Castro (no es pariente), y treinta a las del exsargento Wicho. En esta zona tan alejada, Raúl Castro creó un cuerpo de obras públicas (con tractores para hacer nuevas carreteras); una fábrica de bombas dirigida por Gilberto Cardero, según las instrucciones de un norteamericano, Evans Russell; una unidad sanitaria; un cuartel general, e incluso una base aérea provisional. Raúl Castro mostró una capacidad de organización no sospechosa por los que anteriormente le habían visto a la sombra de su hermano. La fuerza, cada vez más numerosa, se dividió en compañías, dirigidas por Ameijeiras, Manuel Fajardo y Frías, y en la primera había una guardia de muchachos a los que llamaban los «mau-mau» por su aspecto salvaje. El 8 de abril atacaron, con éxito, el cuartel de Ramón de las Yaguas. Tomaron varios pueblos y, aunque después, como siempre, se marcharon de la mayoría de ellos, uno o dos, como Felicidad de Yateras, se quedó para siempre en su poder. Pronto se les unió un grupo de soldados de Batista que se habían amotinado, dirigidos por el sargento Zapata y el teniente Carlos Lite (Pepecito). En esta zona no existía la ley; en realidad, ¿había existido alguna vez? La revolución captaba a personas de todas las edades: un niño de diez años mató a un soldado, cogió su rifle y luego se fue a la Sierra para ponerse a las órdenes de Raúl Castro.

A mediados de abril, Raúl Castro envió a Ciro Frías con un pequeño grupo —la Compañía E— al este de la ciudad de Guantánamo. Pero esta fuerza fue derrotada, y Frías murió, en un ataque al cuartel de Initas, situado entre Baracoa y Guantánamo, en la costa sudeste, en el que había una guarnición de diecisiete hombres. Inmediatamente se ordenó un nuevo ataque: Ameijeiras, con Félix Peña (que sucedió a Frías) y Fajardo, atacarían el cuartel de la central Soledad. Estos ataques también fueron mal. Un tercer ataque al cuartel naval de Caimanera tuvo más éxito, y permitió que los rebeldes llegaran junto a la base norteamericana de la bahía de Guantánamo. Sin embargo, el

logro esencial de Raúl Castro no fue tanto el de los ataques propiamente dichos, aunque esto mantuviera al ejército en un estado de tensión, como el éxito que tuvo al unificar las muchas bandas rebeldes que estaban actuando en la zona, debido a que su disciplina y moral eran superiores y a que tenía una organización civil en la que había hasta un consejero legal (Augusto Martínez Sánchez, un abogado de Holguín) y un sacerdote. A finales de abril había llegado un grupo de Amazón desde la ciudad de Guantánamo, y además quedó asegurada la llegada de suministros desde esa y otras ciudades. Las cinco compañías estaban bien organizadas en todo el este de Oriente, y contaban con el apoyo efectivo de los civiles. El cuartel general de Raúl Castro estaba en Monte Rus, a dos horas de Guantánamo. El reglamento contra el pillaje había acabado casi con el incipiente bandolerismo de la región. A mitad de verano, Raúl Castro se había constituido más o menos en jefe de unos mil antiguos bandidos o rebeldes libres (escopeteros).

Si por una parte Castro se iba aproximando a los comunistas a mediados de 1958, por otra la Iglesia le apoyaba cada vez más activamente. Los contactos de Raúl Castro con los sacerdotes de Santiago y el hecho de que hubiera capellanes en los grupos de Fidel Castro y de Almeida son buena prueba de ello; Fidel Castro pronto tuvo un capellán protestante, además del católico. En La Habana, un sacerdote, el padre Madrigal, se había convertido en tesorero del 26 de Julio; la iglesia del padre Boza Mazdival se convirtió en otro centro de actividad después de que en abril murieran varios jóvenes católicos a manos de la policía. En aquella ocasión, el nuncio, monseñor Centoz, había llevado a Batista una protesta firmada por muchos sacerdotes, pero Batista se había negado a recibirle. Los dirigentes católicos seglares continuaban activos en una escala mucho mayor que los comunistas.

Castro no era, en modo alguno, el único que se oponía a Batista con las armas. Su rival más peligroso era Barquín, que todavía estaba en la cárcel, pero que contaba con su propio grupo de oficiales (que se autocalificaba de Movimiento 4 de Abril, por la fecha en que habían dado su golpe, abortado, en 1957) y con el Movimiento Montecristi, dirigido por Justo Carrillo, que preparaba un golpe contra la Isla de Pinos para liberarle. El presidente provisional de Venezuela, almirante Larrazábal, había prometido a Carrillo que apoyaría su plan; Venezuela le proporcionaría aviones pintados con la bandera de la República Dominicana; pero, para recibirlos, Carrillo había de asegurarse de que Estados Unidos lo aprobarían o disimularían. Entonces Carrillo fue a Washington para ver al general Darcey, jefe de la delegación norteamericana en la Junta de Defensa cubano-norteamericana.

Darcey dijo que le era imposible aprobar que Carrillo utilizase aviones venezolanos, y que Estados Unidos lo que deseaba era evitar, y no provocar, conflictos en el Caribe, y aconsejó a Carrillo que tratase de fundar un movimiento católico militante para combatir a Batista. Así, Carrillo volvió a ver desbaratados sus planes para liberar a Barquín y crear con él un contrapeso militar para Castro en las filas de la oposición cubana. Finalmente, Larrazábal dio armas a la oposición antibatista de Cuba, pero no lo hizo hasta noviembre, y entonces se las entregó directamente al 26 de Julio.

76

La «gran embestida» de Batista (mayo de 1958)

El 24 de mayo, Batista lanzó contra la Sierra Maestra la única ofensiva importante de la guerra: la «operación verano». Se habían concentrado diecisiete batallones, cada uno con una compañía de tanques; contaban con apoyo aéreo y naval, y con la Guardia Rural. Al mando de esta fuerza estaban los generales Cantillo y del Río Chaviano. Estos dos oficiales apenas se hablaban y su enemistad personal explica en gran medida su fracaso subsiguiente. Su objetivo era el de adentrarse en la Sierra con una masa arrolladora de hombres, aislar a Castro de sus fuentes de suministro y, reduciendo su campo de operaciones a unos pocos kilómetros cuadrados, preparar el camino para un asalto final.

Durante varias semanas fue imposible saber qué estaba ocurriendo. Incluso dentro de la Sierra era difícil conseguir noticias. El ejército batistiano avanzaba, con dificultad pero seguro, por las colinas que están al pie de las montañas, sobre todo en la parte norte del frente. Castro hizo que todos sus hombres (hasta entonces agrupados en pequeñas subcolumnas) volvieran desde el sur. Las columnas del ejército eran constantemente objeto de emboscadas y tenían pérdidas considerables, debido a las minas que Castro había colocado con todo cuidado, pero durante veinticinco días los oficiales hicieron avanzar a sus hombres con energía e incluso entusiasmo. En cambio, Cantillo se desanimó un poco ante la orden de Batista de que reservase una cuarta parte de los hombres disponibles para vigilar la cosecha de café y las centrales azucareras de la región.

Radio Rebelde pedía médicos y unos cuantos nuevos se unieron a la causa. Castro recordaba más tarde que sus dificultades fueron mayores porque ahora tenía menos movilidad que antes; tenía una cadena de talleres y un complicado sistema de comunicaciones. Incluso había una fábrica de puros. «Por lo tanto tuvimos que reunir todas nuestras fuerzas, excepto las de Santiago, para resistir la ofensiva enemiga; [pero] apenas teníamos trescientos hombres, de los cuales sesenta estaban muy mal armados…». Hizo volver a la columna de Almeida, que estaba cerca de Santiago, y a una patrulla dirigida por Cienfuegos, que estaba cerca de Holguín.

A mediados de junio, el ejército de Batista avanzaba en dos direcciones, desde el norte y desde el sur, dejando sin vigilancia a este último. Dos batallones, dirigidos por el coronel Sánchez Mosquera y el comandante Menéndez Martínez respectivamente, avanzaron desde las minas de Bueycito, cruzaron la primera hilera de montañas de la Sierra y se encaminaron a Santo Domingo. El 19 de junio consiguieron llegar a Las Vegas de Jibacoa, Santo Domingo y Navajal. Un día o dos después atravesaron Gaviro, rodeando así la Sierra en el pico San Lorenzo. Al norte y al sur el ejército había penetrado profundamente. Entre las dos avanzadas, a Castro sólo le quedaba un territorio de unos seis kilómetros cuadrados: «Nuestro territorio se redujo y se redujo hasta que no pudo reducirse más». Pero para entonces la moral del ejército estaba bajando. Muchos de los hombres, no acostumbrados a este tipo de terreno, estaban agotados. En los tres días de lucha esporádica que siguieron, la fuerza de Sánchez Mosquera fue diezmada. Muchos cayeron prisioneros y sólo una tercera parte escaparon con vida. El propio Sánchez Mosquera fue herido y el equipo de radio de onda corta de una de sus compañías cayó en manos de Castro, junto con la clave del lenguaje cifrado del ejército y muchas armas. La principal causa de todo esto fue que la «información de comba-

te» de las fuerzas de Castro era inmensamente superior a la del enemigo: «Las fuerzas de Batista no podían avanzar un metro sin que al cabo de unos minutos llegara alguien, corriendo y sudoroso, para decírselo a Castro».

Las consecuencias de este revés fueron extraordinarias. El Alto Mando de Batista, que ahora era una banda desmoralizada de oficiales corrompidos, crueles y perezosos, sin experiencia de combate, empezó a tener miedo de ser totalmente eliminado por un enemigo de cuyo número y paradero no sabían nada con exactitud, creyéndose quizá algunos de sus propios comunicados, en los que decían que estaban matando a centenares de rebeldes. En el mismo momento, el ejército rebelde lanzó una serie de contraataques contra todas las posiciones más expuestas y avanzadas. Para evitar que lo aislasen, el ejército emprendió la retirada. Algunos desertaron (por ejemplo, el 24 de julio, de los ochenta que había en El Cerro, lo hicieron treinta). La fuerza aérea no sabía distinguir a los batistianos de los rebeldes y mató a algunos de los primeros con bombas de napalm. El temor a los rebeldes hacía que, en vez de mandar por delante a los tanques para proteger a la infantería, esta fuera primero para proteger a los tanques, con lo que los hombres caían uno tras otro.

Durante el mes siguiente casi todo el ejército se retiró de la Sierra Maestra. El Alto Mando fue presa del pánico. La retirada se hizo tan general que casi no había resistencia. Se ordenaban avances de poca importancia, basados en lecturas equivocadas de los mapas. Al capturar Castro el código de lenguaje cifrado del enemigo, pudo, no sólo descubrir los movimientos del ejército, sino incluso dar órdenes para despistar (incluida la fuerza aérea). Apenas había comunicación entre las diferentes columnas. A principios de agosto, no sólo el 11.º Batallón de Sánchez Mosquera, sino también el 22.º Batallón del comandante Menéndez y el 19.º del comandante Suárez Zoulet, ha-

bían desaparecido como fuerzas de combate. El 18.º Batallón quedó inmovilizado, en parte debido a la falta de comida y bebida, en parte porque Castro entró en contacto con el comandante Quevedo, al que había conocido en la universidad y que después se unió a los rebeldes. Varias otras unidades sufrieron pérdidas muy serias. Los rebeldes se apoderaron de muchas armas: un tanque de catorce toneladas, doce morteros, dos bazucas, doce ametralladoras con trípode y veintiún fusiles ametralladores, 142 rifles Garand y 200 ametralladoras Cristóbal. El total de bajas rebeldes fue de 27 muertos y unos 50 heridos; entre los muertos había cinco oficiales (casi el 20 por ciento, un porcentaje muy alto, aunque no es sorprendente en este tipo de guerra en pequeña escala). Los rebeldes hicieron 433 prisioneros, de los cuales, 412 fueron devueltos al personal de la Cruz Roja y 21 al propio ejército; ninguno fue maltratado. Fueron heridos 117, y 2 de ellos murieron. El cuidado con que fueron tratados estos hombres fue ejemplar, aun cuando esta forma de tratarlos tuviera una motivación política, porque suponía un contraste tan fuerte con el trato que recibían los prisioneros capturados por el ejército que infligía otro golpe a su prestigio. Naturalmente, a los rebeldes les costaba menos devolver a los prisioneros que mantenerlos. Dadas, decía Castro, las condiciones económicas y el desempleo existentes, nunca faltarían hombres para luchar en el ejército, pero «la victoria depende de un mínimo de hombres y un máximo de moral». Una periodista norteamericana muy inteligente, experta en guerra de guerrillas, Dicky Chapelle, confirmó esta impresión al escribir, más adelante, que su modo de tratar a los prisioneros era una «expresión de absoluto desprecio hacia el potencial combativo de los derrotados [que] tenía un impacto casi físico».

El Alto Mando batistiano no dio noticias sobre estas victorias de Castro, y en dos noches sucesivas —18 y 19 de agosto — Castro emitió por Radio Rebelde las explicaciones más deta-

lladas que pudo de los encuentros, con el lenguaje elocuente y florido que más tarde sería tan familiar para los auditorios cubanos; prestó una atención especial al ejército, denunciando al Alto Mando y al general Cantillo, pero tendía la mano a los oficiales más jóvenes, «que en estos meses de guerra se han hecho acreedores de nuestra gratitud. No están corrompidos, aman su carrera y su servicio. Para muchos de ellos, la guerra en la que se ven enredados es absurda… pero obedecen órdenes». De un modo inteligente los hacía contrastar con los de grado superior, los que se habían hecho millonarios con la explotación del juego, con la protección del vicio y con otras actividades propias de estafadores. Hablaba de un posible golpe por parte del ejército; si era obra de militares oportunistas ansiosos de salvar sus fortunas y de encontrar la mejor salida posible para la camarilla de la tiranía,

> estamos resueltamente en contra… Porque… los sacrificios *que se han hecho y la sangre que se ha derramado no pueden servir para dejar las cosas más o menos como estaban, repitiéndose la historia que sucedió a la caída de Machado.* Si el golpe militar es obra de hombres honrados y tiene un propósito sinceramente revolucionario, entonces será posible una solución pacífica sobre bases justas y provechosas. Entre las fuerzas armadas y la Revolución, cuyos intereses no son ni deben ser nunca antagónicos, puede resolverse el problema de Cuba. Estamos en guerra con la tiranía, no con las fuerzas armadas… Para el ejército, el dilema está claro… o dar un paso adelante, sacudiéndose el muerto del régimen de Batista… o suicidarse como institución. Los que hoy salvan al ejército no podrán salvarlo dentro de pocos meses. Si la guerra sigue otros seis meses, el ejército se desintegrará totalmente…

Luego Castro decía al ejército qué podía hacer para conseguir la paz: arrestar a Batista, a los políticos del régimen, y a «todos los oficiales que han permitido la tortura. Después se eliminarían de las fuerzas armadas todos los aspectos políticos para que no pudieran volver a acabar nunca siendo el instrumento de ningún caudillo o partido político». Había también una cita de Maceo («La revolución continuará mientras quede una sola injusticia»), y una vigorosa perorata. En cambio, Batis-

ta hizo público un comunicado muy anodino, diciendo que las patrullas del ejército habían liquidado a un enemigo que luego había emprendido la fuga.

La ofensiva de Batista, por importante que fuera para la guerra, quedó eclipsada en la mente de muchos por la táctica que Raúl Castro estaba desarrollando en la costa norte de Cuba, en junio y julio. El 26 de junio, doscientos miembros del 26 de Julio, dirigidos por Raúl Castro, descendieron de la Sierra del Cristal a la bahía de Moa y raptaron a diez ciudadanos norteamericanos y dos canadienses que estaban trabajando allí, entre los que se contaba el director del departamento de ingeniería mineral de la Universidad de Minnesota. Sesenta kilómetros más al sur cogieron también a Desmond Elsmore, director del ingenio azucarero Ermita. El 27 de junio capturaron a Richard Sargent, un canadiense que dirigía el ingenio azucarero Isabel, y raptaron a veintisiete marineros y marines norteamericanos que volvían en un autobús cubano de una excursión por los alrededores de Guantánamo. El 30 de junio raptaron al director general y a otro ejecutivo de Nicaro. El mismo día, el embajador Smith recibió una carta de Raúl Castro en la que decía que soltaría a los cautivos con las siguientes condiciones: primero, que Estados Unidos suspendiesen *todo* envío de equipo militar al gobierno de Cuba, incluidas las piezas de recambio y defectuosas correspondientes a armas suministradas anteriormente; segundo, que Estados Unidos dejase de ayudar a la aviación gubernamental cubana con combustible de la base de Guantánamo, y tercero, que Estados Unidos consiguiera que Batista les prometiera no usar equipo militar norteamericano contra Castro. Finalmente, a principios de julio, raptaron a cuatro hombres y dos funcionarios de la United Fruit Company.

Naturalmente, estos actos molestaron al gobierno norteamericano. John Foster Dulles dijo en una conferencia de prensa que a Estados Unidos no se le podía «hacer chantaje para que

ayudara a los rebeldes». El Departamento de Estado negó que estuviera proporcionando combustible a la aviación cubana y que estuviera suministrando armas a Batista, pero no hizo ninguna referencia a la tercera petición de los rebeldes.

Sea cual sea la verdad, Batista se encontraba ahora con dificultades considerables. No podía desalojar a Castro, o sea que no podía garantizar la devolución de los prisioneros. El embajador Smith creía que debería haber permitido que desembarcaran los marines norteamericanos y que lo hicieran ellos. Smith, la marina y otras personas de Washington deseaban lo mismo; desde luego, la marina recomendaba «una intervención inmediata en Cuba a nivel de división». El Departamento de Estado objetó correctamente que sería muy fácil entrar en Cuba, pero no tanto salir, y que la intervención militar tal vez no salvara la vida a los marines.

Al final, los prisioneros fueron puestos en libertad sin que los rebeldes hubieran arrancado ninguna concesión a Estados Unidos, salvo la promesa de que no habría ningún ataque aéreo contra la Sierra del Cristal en las siguientes dos o tres semanas. El 26 de Julio consiguió una publicidad máxima con la liberación de los cautivos, que habían sido bien tratados, aunque sometidos a largos interrogatorios por parte de Vilma Espín, la chica del 26 de Julio de Santiago que estaba en la Sierra del Cristal desde marzo. Como consecuencia de estos raptos, Castro perdió algo de la simpatía que se le tenía en Estados Unidos. Pero consiguió otra victoria cuando, a finales de julio, las tropas cubanas dejaron de encargarse del suministro de agua, desde Yateras, para la base norteamericana de Guantánamo. Las tropas norteamericanas se hicieron cargo. Castro protestó. Los norteamericanos se retiraron y volvieron los cubanos.

Mientras ocurría esta importante ofensiva y se daban estos raptos en la Sierra, en el llano se habían producido una serie de cambios críticos entre los partidarios de Castro y el resto de la

oposición antibatistiana. A la huelga de abril siguió una época de relativa calma en gran parte de Cuba, excepto en la Sierra. Ray y Faustino Pérez, directores de actividades en La Habana, habían conseguido escapar a la policía y llegar a la Sierra para conferenciar con Castro a mediados de junio, pero el 17 de junio recibieron la noticia de que casi todos los dirigentes de la Resistencia Cívica y del 26 de Julio de La Habana habían sido arrestados o habían tenido que marcharse del país. Ray y Pérez volvieron rápidamente a la capital sin ver a Castro. Se encontraron con que en su organización casi no había jefes, y que muchos grupos habían perdido el contacto que tenían entre sí. Para entonces, los comunistas de La Habana, rechazados por la Resistencia Cívica, habían empezado a negociar un acuerdo con el 26 de Julio en el campo laboral. El Movimiento 26 de Julio, por su parte, sabía, por la experiencia de abril, que si quería actuar en lo sindical o en lo laboral, había de conseguir el apoyo de alguna organización que tuviera fuerza en ese campo. Los comunistas constituían la única posibilidad. Raúl Castro seguía en contacto con los comunistas de La Habana, pues a finales de junio envió a Pepe Ramírez, un líder comunista de los trabajadores azucareros, para que informase personalmente al Politburó de La Habana sobre el rapto de los hombres de negocios norteamericanos, y a principios del mes siguiente, Carlos Rafael Rodríguez, en nombre del Comité Central comunista, fue primero a ver a Raúl Castro en la Sierra del Cristal, y luego a la Sierra Maestra.[41] Durante algunos días, Fidel Castro (que, al parecer, no esperaba la visita) estuvo demasiado ocupado, demasiado preocupado con la guerra, o demasiado circunspecto como para verle. Rodríguez recordaba más tarde: «En la Sierra del Cristal, donde mandaba Raúl Castro, todo fue armonía con los comunistas. Pero cuando llegué a Fidel Castro, en la Sierra Maestra, la armonía se había convertido en suspicacia».

Entretanto, en Caracas, todos los grupos de la oposición, excepto los comunistas y los dos partidos «electorales» (el de Grau y el de Márquez Sterling), volvieron a reunirse, y esta vez, el 20 de julio, hicieron un verdadero pacto con el Movimiento 26 de Julio, y todas las organizaciones representadas constituyeron una Junta de Unidad o Frente Cívico Revolucionario Democrático.

El pacto exigía «una estrategia común para derrotar a la dictadura por medio de la insurrección armada», un breve gobierno provisional «que conducirá… al procedimiento plenamente constitucional y democrático; [y] un plan para garantizar el castigo de los culpables… los derechos de los trabajadores, el cumplimiento de los compromisos internacionales… y el progreso económico y político del pueblo cubano». El distinguido abogado Miró Cardona fue nombrado coordinador del Frente, y Castro fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas de la revolución. El juez Urrutia fue designado «presidente de Cuba en armas».

Naturalmente, este pacto dio una fachada respetable y esperanzadora a la oposición en general, pero en realidad sólo se trataba de una tregua en una disputa a muerte, más que de una estrategia común, e inmediatamente después vinieron bastantes peleas, sobre todo a propósito de un «robo» de armas pertenecientes al Directorio por parte del Movimiento 26 de Julio: unas armas destinadas a la Sierra de Escambray fueron a parar a manos de Raúl Castro, en la Sierra del Cristal. Además, el nombramiento de Castro como comandante en jefe no fue óbice para que los demás grupos continuaran con sus operaciones propias, pero dio mayor fuerza a las peticiones que hacía Castro para que los que desearan acción directa fueran a la Sierra Maestra y se enrolaran a sus órdenes.

77

El derrumbamiento

En agosto de 1958, después de la retirada final del ejército, Castro fijó su cuartel general cerca de La Plata, a unos kilómetros del mar, junto al río del mismo nombre. Planeó tres nuevas operaciones. Castro y la fuerza principal tratarían de rodear Santiago; Guevara se dirigiría hacia el oeste, a la provincia de Las Villas, con 148 hombres (Columna n.º 8, Ciro Redondo), para cortar sistemáticamente todas las vías de comunicación que unían los dos extremos de la isla y establecer la autoridad de Castro sobre los guerrilleros que todavía actuaban en la Sierra de Escambray; ahora el jefe del Directorio volvía a ser Faure Chomón, que había vuelto de La Habana el mes anterior. Cienfuegos, con ochenta y dos hombres, iría a Pinar del Río (Columna n.º 2, Antonio Maceo). Castro nombró a Guevara jefe de todas las unidades de la oposición de Las Villas (incluidas las ciudades) y le dio poderes para cobrar impuestos, aplicar el nuevo código penal e iniciar la reforma agraria. Había que ver si el Directorio aceptaría estas imposiciones. Además, el Directorio no era la única organización que actuaba en Escambray, pues también había un grupo de semigángsteres, llamado «el Segundo Frente de Escambray», que se había separado de los primeros, al parecer por influencia de Prío. Estos estaban dirigidos por un hermano del español que participó en el ataque al palacio, Gutiérrez Menoyo. Entonces también había en Las Villas una columna de comunistas, llamada «Máximo Gómez», formada por sesenta y cinco hombres, y dirigida por Félix Torres.

Guevara y Cienfuegos se fueron a finales de agosto, a pie, porque les habían destruido los camiones en una incursión aérea, acompañado el primero por un antiguo comunista de Santa

Clara, Armando Acosta, que, aunque sólo hacía unas semanas que había salido de Santa Clara, volvió con el grado de capitán y el seudónimo de «Rodríguez».

Entretanto, desde La Plata, Castro seguía negociando con los comunistas y con todos los miembros de la oposición. Carlos Rafael Rodríguez se fue de la Sierra el 10 de agosto, después de que, según afirmó él más tarde, Castro aceptara de palabra, la idea de la unidad entre fidelistas y comunistas; y por lo menos otro comunista, Luis Mas Martín, que era miembro de la Juventud Socialista cuando Castro estaba en la universidad, subió a la Sierra y luego se quedó en el cuartel general como representante del partido. En «el llano», es decir, en La Habana, Carlos Rafael Rodríguez se reunió con los representantes locales de los partidos que habían firmado el pacto de Caracas y les dijo, para gran sorpresa suya, que Castro se había convencido de que los comunistas debían unirse a ellos, por lo menos en la sección laboral, que había de transformar a la oposición en ese campo. Los partidos del pacto de Caracas se reunieron en La Habana y todos se resistieron a la idea; el representante del 26 de Julio, Delio Gómez Ochoa, mostró una especial hostilidad hacia el proyecto, a pesar de las afirmaciones de Carlos Rafael Rodríguez sobre las opiniones de Castro. Entonces, Carlos Rafael Rodríguez decidió volver a subir a la Sierra Maestra, pues estaba seguro de que Castro desaprobaría lo que la junta de Caracas acababa de hacer. Pero después la junta volvió a rechazar otras dos tentativas de aproximación de los comunistas —esta vez, obra de Marinello, el presidente de los comunistas—, y Gómez Ochoa volvió a intervenir «de forma casi violenta». Gómez Ochoa era un estudiante ortodoxo de la escuela diplomática de la Universidad de La Habana, hijo de un terrateniente, apasionado anticomunista y enemigo de Raúl Castro. No hay que excluir del todo la idea de que Castro le designara su representante en La Habana para que representara al ala derecha del

Movimiento 26 de Julio en un momento en que, de hecho, él mismo estaba abriendo negociaciones con el Partido Comunista. Por lo tanto, las negociaciones sobre la unidad con los comunistas, incluso en lo laboral, quedaron incompletas al volverse a marchar a la Sierra Carlos Rafael Rodríguez; esta vez, sin embargo, se quedó allí, no en el cuartel general de Castro sino en otro campamento, cerca de Las Vegas. Con él estaba un líder comunista de los trabajadores azucareros muy conocido, Ursinio Rojas.

Poco después se llegó a un acuerdo claro sobre el derecho de los comunistas a ingresar en el ejército rebelde. Entonces, retiraron a Delio Gómez Ochoa de La Habana, lo enviaron a la Sierra, y lo reemplazaron por Marcelo Fernández, un espíritu más diplomático, con lo que las negociaciones para llegar a un acuerdo de unidad laboral fueron más rápidas. En años posteriores, Fernández pudo hacerse perdonar su etapa de fuerte conservadurismo y anticomunismo de 1959, y en 1965 se convirtió en miembro del Comité Central del Partido Comunista cubano. Pero las relaciones entre Castro y Rodríguez no eran muy íntimas. Parece que Rodríguez tuvo que volver a esperar varios días a que Castro le recibiera, y no es probable que llegasen a ningún acuerdo político general, verbal o escrito, sobre el futuro de Cuba, tras la victoria. Un miembro del Directorio Revolucionario, Manuel Ledón, al escribir sobre los esfuerzos que se habían hecho en La Habana, en agosto de 1958, para conseguir la unidad entre los grupos de oposición, como consecuencia del pacto de Caracas, decía que entonces a nadie parecía preocuparle nada que no fuera el acabar con Batista; todos suponían que se volvería a la Constitución de 1940, pero nada más.

Castro, que después de la retirada del ejército sentía la proximidad de la victoria, se estaba convirtiendo cada vez más en líder político, y no tanto en jefe de guerrilleros. Ya a principios

de verano había creado un impuesto de 15 centavos sobre cada saco de 113 kilos que saliera de los ingenios azucareros. En Oriente casi todos los molinos pagaban este impuesto, incluso los que eran de propietarios norteamericanos. En septiembre pidió al público que boicotease las fiestas, la lotería y los periódicos, y que sólo comprase las cosas más necesarias. Castro también pidió a todos que ayudaran a los rebeldes todo lo que pudieran.

Ahora, por primera vez, parecía que pensaba en cómo sería el futuro régimen: el jefe de la Resistencia Cívica de La Habana, Manuel Ray, le fue a ver en septiembre (era la primera vez que le veía). Castro pidió a Ray que elaborase un proyecto de reforma agraria. Ray, que quedó impresionado por Castro, convino en que, después de la victoria, se hiciera una purga en el ejército y que el ejército rebelde asumiera sus funciones. Pero no estuvieron de acuerdo en el tamaño del ejército; según Ray, Castro tenía un interés evidente en que fuera grande. Castro, además, quería que hubiera un internado para 20 000 niños de los pueblos en cada provincia. A las organizaciones clandestinas de La Habana les había molestado la influencia que tenían en la Sierra Guevara y Raúl Castro, pero en estos momentos ninguno de los dos estaba con Castro. Raúl Castro acababa de dar otro golpe espectacular, rescatando a un líder del 26 de Julio de Santiago, muy destacado, Carlos Iglesias (Nicaragua), de un tren de Oriente.

El 7 de septiembre, Guevara ya había cruzado, con su columna, el río Jobabo, entrando en Camagüey y, yendo por la costa sur de la isla, tuvo un choque con el ejército cerca de Santa Cruz del Sur, donde resultó muerto un capitán de los que estaban a sus órdenes, Marcos Borrero. Esta expedición a Las Villas se llevó a cabo en unas condiciones tan malas como las de los primeros días de la Sierra; Cienfuegos, en un informe escrito en octubre, hablaba de

> cuarenta días de marcha, a menudo con la costa del sur y una brújula como únicos guías. Durante quince días anduvimos con agua y barro hasta las rodillas, avanzando de noche para evitar las emboscadas… durante los treinta y un días de nuestro paso por Camagüey comimos once veces. Después de cuatro días de hambre, tuvimos que comernos una yegua… Casi todos nuestros animales se quedaron en los pantanos.

Como jefe, Guevara se mostró tan frugal y ascético como cualquiera de sus seguidores, a diferencia de Castro que, en la Sierra, generalmente había vivido bien siempre que había podido.

Al principio, las dos columnas, la de Guevara y la de Cienfuegos, actuaron juntas —por ejemplo, en la escaramuza de Santa Cruz del Sur—, posteriormente por separado, de vez en cuando administraban justicia o chocaban con algunos guardias, pero normalmente avanzaban lo más deprisa que podían. Sólo hubo un revés serio, cuando, el 27 de septiembre, el sargento Otaño y sus soldados cogieron a un grupo de la columna de Guevara, dirigido por el capitán Jaime Vega, y los mataron a todos. En Camagüey, Guevara fue ayudado por los comunistas locales, que le habían ofrecido un mimeógrafo y hojitas de propaganda. Un miembro del Movimiento 26 de Julio, Joaquín Torres, le dijo en Guasimal, al pie de las montañas de Escambray, que su organización también podía suministrarle todo eso. Pero Guevara, aunque pareció aceptar estos argumentos, siguió usando lo que le habían dado los comunistas.

El gobierno de Batista reaccionaba lentamente ante la posibilidad, no ya de derrota, sino de prolongación de la guerra. Como la mayoría de los gobernantes cubanos que le habían precedido, Batista hizo cargar con las culpas a Estados Unidos: Estados Unidos no sólo estaba ayudando a los rebeldes al negarle a él las armas, sino que era culpable de negligencia por dejar que los rebeldes pudieran conseguirlas. Sin embargo, en Estados Unidos, los exiliados todavía condenaban a la administración Eisenhower porque la consideraban comprometida con

Batista; por ejemplo, continuaba la misión militar, por razones de «defensa del hemisferio». Además, en septiembre, la aliada de Estados Unidos, Inglaterra, acordó vender a Batista quince cazas Sea Fury. Castro telegrafió al primer ministro inglés, Harold Macmillan, en nombre de la libertad, para impedir la venta. Macmillan no se echó atrás; no había ninguna objeción a la venta. Cuando entregaron los cazas, el cuartel general hizo pública la «ley 4: contra la agresión inglesa». Se hizo un proyecto para confiscar todas las propiedades de las compañías inglesas; se pidió a todos los buenos cubanos que boicotearan los productos ingleses.

La situación en las ciudades era más tranquila, pero cuando había alguna acción la policía respondía más brutalmente que nunca. Así, en agosto, cuando explotaron dos bombas en La Habana, al día siguiente aparecieron ahorcados siete jóvenes. El inspector general de la CIA, Kirkpatrick, se quejó al ministro de Defensa de las torturas que practicaba el BRAC, el buró anticomunista que de hecho era una rama de la CIA, pero sus protestas no tuvieron ningún efecto. Los que visitaban las ciudades seguían asombrándose de hasta qué punto las clases medias y los profesionales apoyaban a Castro, sobre todo en Santiago, donde los barrios residenciales elegantes, como Vista Alegre o el Club de Campo, parecían recintos fortificados del Movimiento 26 de Julio.

A la larga, en el otoño de 1958, la guerra empezó a hacer mella en la economía. En noviembre hubo una fuerte recesión en todas las ventas. Los propietarios de tiendas redujeron al mínimo las existencias y el movimiento comercial. Hubo numerosas detenciones, entre otras las de dirigentes del 26 de Julio, como Salvador y Loutit en La Habana, o sea que Manuel Ray quedó encargado, en realidad, de toda la actividad clandestina de las ciudades de la isla. Castro secuestró a otros dos norteamericanos (empleados de Texaco), y esto provocó una tensa

expectación, aunque los soltaron pronto. Un buque transporte estadounidense se llevó de Nicaro a cincuenta y cinco ciudadanos norteamericanos, lo cual supuso una confesión de desconfianza en la capacidad del gobierno de Batista para mantener el orden. El Departamento de Estado, moderadamente, dijo que si no paraban los raptos «Estados Unidos tal vez tendría que actuar», y Castro acusó varias veces a Smith y a Batista de tratar de provocar la intervención norteamericana. El 21 de octubre secuestraron un avión d. C. 3, con doce pasajeros, que se dirigía a Miami, y lo obligaron a aterrizar en la Sierra Maestra.

Castro no limitaba sus actividades a la guerra de nervios. En octubre terminaron las negociaciones con los comunistas de cara a la unidad laboral, con la formación de una coalición libre, que se llamaría Frente Obrero Nacional de Unidad (FONU). Nadie le concedió mucha importancia; parecía meramente una alianza táctica provisional. Un miembro del Movimiento Montecristi recuerda que «los comunistas se presentaron con una educación y humildad exquisitas». Pidieron entrar en el Frente, pero estuvieron de acuerdo en que sólo los dejasen ingresar en la sección obrera. Aquí, entre los obreros, podían contar con «un poco de fuerza». Algunos antiguos miembros de la CTC, dominada por los comunistas (por ejemplo, Alfredo Rancaño, de los camareros y trabajadores gastronómicos, o José Miguel Espino, líder de los ferroviarios), tomaron posiciones en la nueva organización laboral. Sin embargo, en realidad, el FONU casi no existía el 1 de enero de 1959, cuando cayó Batista. Más importante parecía el texto de un decreto de reforma agraria que había de entrar en vigor después de la victoria: ley 1 de la Sierra Maestra. Lo esencial de esta ley era que se respetarían las tierras de los que tuvieran menos de 60 hectáreas. A todos los que tuvieran menos de 25 hectáreas les darían tierras, mientras que se compensaría a los dueños de grandes haciendas improductivas que fueran expropiadas. Las tierras del Esta-

do y de Batista se repartirían entre los campesinos. O sea que no mencionaban las cooperativas (como se había prometido en *La historia me absolverá*) ni había ninguna referencia a los arriendos comunales o colectivos de tierras. La reforma agraria sería esencialmente la distribución de la tierra, antiguo ideal de los anarquistas rurales. Al mismo tiempo, otra ley proclamó que todos los que tomaran parte en las elecciones de Batista, el 3 de noviembre, serían condenados a treinta años de cárcel o a muerte; y realmente, al cabo de unas semanas, un destacado político batistiano de Camagüey, Aníbal Vega, fue «ejecutado» por el 26 de Julio de la localidad en plan de advertencia.

En otoño, una visita hecha al campamento de Castro en la Sierra mostró que la «comandancia» ahora estaba organizada de modo formal. Celia Sánchez, la hija del dentista de Pilón, se había comprometido plenamente en su papel de secretaria de Castro y controlaba con eficacia su tiempo y las personas que le visitaban. El grupo de mujeres llamado «batallón Mariana Grajales», dirigido por Olga Guevara, constituía el servicio personal del comandante en jefe. Otros que estaban en servicio permanente eran los organizadores de Radio Rebelde (Franqui, Valera, Violeta Casals). Faustino Pérez vivía en una cabaña próxima. El padre Guillermo Sardiñas iba de un lado para otro, como capellán, tratando, según órdenes de Castro, de regularizar mediante el matrimonio el inevitable libertinaje sexual, sin mucho éxito. Hasta un observador algo hostil, Luis Simón (que visitó la comandancia en octubre), consideró, no obstante, que esta «desintegración moral», como él lo llamaba, no pasaba de los límites que normalmente tiene en los ejércitos regulares. Carlos Rafael Rodríguez y Luis Mas Martín, los dos representantes políticos del Partido Comunista, no desempeñaban ningún papel militar ni, en realidad, ningún otro en las actividades de la Sierra; actuaban más como refugiados políticos, como José Parda Llada (junto al cual vivían), que como organizadores

políticos, y estaban viviendo en la Sierra con permiso de Castro. No tenían nada que ver en el trato con los nuevos reclutas (esto era responsabilidad de Aldo Santamaría); con los campesinos, de los que se ocupaba Faustino Pérez, o con los asuntos económicos, asignados principalmente al auditor general, Sorí Marín. Según Luis Simón, Rodríguez «leía constantemente un libro de estadísticas de las Naciones Unidas y otro de Raúl Presbisch. Jugaba mal al ajedrez, pero sabía perder con elegancia».

A mediados de octubre, Guevara y Cienfuegos habían llegado a la región montañosa de Las Villas. Ahora Guevara tenía 142 hombres en vez de 148. Con la ayuda de los desertores del ejército y de los miembros del 26 de Julio que había en las localidades por donde pasaban, siguieron casi el mismo camino que habían recorrido Maceo y Máximo Gómez en 1896. El 14 de octubre, cuando llegaron a Las Villas, Cienfuegos unió sus fuerzas a las de Félix Torres, el líder comunista de la región de Yaguajay, que se había atribuido el habitual grado de comandante. Ahora los sesenta y cinco hombres de Félix Torres estaban organizados en tres pelotones, pero este inmediatamente «se puso a las órdenes [de Cienfuegos]» y participó en un tiroteo contra un grupo del ejército de, tal vez, 450 hombres. Torres también había tenido dificultades con un jefe del Directorio, «Diego», que había dado instrucciones a los campesinos con los que se había encontrado para que no ayudasen a los de Torres, porque eran comunistas, aunque, de hecho, uno o dos miembros del Movimiento 26 de Julio se unieron a Torres. Como en todas partes, las mujeres ayudaban, sobre todo en la cuestión de las comunicaciones. Pastor González, un zapatero de Jarahueca, era el centro por donde pasaban las armas, las noticias, la ropa y también los hombres; el sacerdote de Yaguajay, padre Modesto Amo, también ayudaba a estas fuerzas, e incluso, en ocasiones, las acompañaba.

Guevara, al llegar, quedó muy sorprendido al recibir una carta de uno de los jefes del irresponsable grupo surgido del Directorio, el segundo frente de Escambray. La firmaba Jesús Carreras, y le decía que no podía subir a Escambray sin consultar con él sobre sus movimientos. Guevara no hizo caso y avanzó hasta las montañas próximas a Sancti Spíritus, estableció su base en la cumbre del Monte del Obispo, y allí esperó nuevos suministros de botas, algo esencial en la guerra de guerrillas. Guevara tuvo una conversación muy interesante, confusa y nada amistosa con el «comandante» Carreras, que estaba medio borracho y, por lo tanto, era fácil de engañar, y otra con su colega, el «comandante» Peña, «famoso en la región por sus correrías tras el ganado», que, con mucho énfasis, prohibió a Guevara atacar Guisa de Miranda, que «estaba en su zona». El coordinador provincial del 26 de Julio, Enrique Oltuski, subió de Trinidad para intentar mediar y para encontrarse con Guevara, y después se fue al norte, para ver a Cienfuegos. Los comunistas Waldo Reina y Armando Acosta también llevaron un gran cargamento de provisiones a Cienfuegos, y después otro comunista, Manuel del Peso, hizo lo mismo. Guevara también vio a algunos jefes del Directorio, incluidos Chomón y Cubela, aunque el primero se negó a llegar a ningún acuerdo con los comunistas de la provincia, pues se acordaba muy bien de la época en que le atacaban en la universidad llamándole «gángster de la Revolución». Chomón temía que «una trampa de Castro» le hiciera cambiar sus principios. Guevara decidió, muy sensatamente, que sólo se podría alcanzar la unidad mediante ataques conjuntos contra el enemigo. Armando Acosta, que se había convertido en el principal ayudante de Guevara, ayudó a montar el cuartel general rebelde en un pico llamado Caballete de Casa. Empezaron a tratar de cortar las carreteras que conectaban al oeste con el este de la isla. Algunas de las tropas desafectas, pertenecientes al Directorio (dirigidas por Gutiérrez Menoyo)

fueron enviadas por un lado. Guevara hizo una purga en el grupo del comandante Víctor Bordón, que se había mantenido en Matanzas desde finales de 1956 y que se había unido a Guevara, e hizo descender a Bordón al grado de capitán. Entretanto, Cienfuegos se dedicaba a organizar sesiones colectivas de lectura, a estudiar las obras de Martí y «todo lo relacionado con el general Maceo»; el propio Cienfuegos leía todo esto, con una voz profunda. No parecía tener prisa por entrar en Pinar del Río. Cada vez había más gente que se unía a la causa: campesinos, obreros urbanos y también mujeres. En noviembre ya se estaba aplicando la reforma agraria. Así, las tierras de la hacienda La Diana, cerca de Banao, perteneciente al gobernador de Las Villas, Segundo Enríquez, fueron repartidas entre los campesinos de la región, recibiendo dos caballerías de tierra cada uno. Mientras, los jefes locales del 26 de Julio se habían ido sintiendo cada vez más molestos con la confianza que demostraba Guevara en los comunistas, y se quejaron, a través de su propia organización, al que entonces era el coordinador nacional, Marcelo Fernández. Fernández, con Joaquín Torres y Oltuski, los jefes de Las Villas, fue a ver a Guevara y protestó en términos muy claros. Guevara contestó que no estaba obligado a hacer hincapié en ninguna filiación política y que todos los cubanos podían unir sus fuerzas; finalmente, en el curso de una discusión muy acalorada, Guevara dijo que entre él y el Movimiento 26 de Julio había un abismo político y «que si en esos momentos estábamos unidos en la lucha contra Batista, tarde o temprano terminaríamos por separarnos». Pero entretanto había tenido lugar un primer encuentro entre el Directorio y los comunistas en La Habana: Alberto Mora, hijo de Menelao Mora, que había muerto en el ataque a palacio, se vio con un veterano jefe comunista de Holguín.

La elección presidencial de Batista se celebró puntualmente. La víspera, Foster Dulles asistió a una recepción dada por la

embajada cubana en Washington, con lo que daba su imprimátur, por lo menos al procedimiento. Pero había quedado claro que el único candidato de la oposición que contaba con un cierto estatus, Márquez Sterling, no tenía ninguna esperanza, y que él, personalmente, no tendría suficientes votos. Hubo una fuerte corriente contraria a la idea electoral. El resultado fue, como era de prever, la elección del candidato de Batista, Rivero Agüero. Casi nadie dio crédito a esa victoria. Casi nadie creía que, si tomaba posesión el 24 de febrero como estaba previsto, se fuera a notar ninguna diferencia en el régimen. Casi nadie creía que fuera a tomar posesión. Además, no había sido elegido correctamente. El corresponsal del *New York Times* calculaba que sólo había votado el 30 por ciento, y que en algunos sitios no había pasado del 10 por ciento. De hecho, se había impreso una colección de papeletas electorales completamente falsificadas, señaladas por el ejército, y las fuerzas aéreas las habían distribuido mucho antes de las elecciones. El impresor recibió la suma de 40 000 dólares; fue uno de los fraudes más perfectamente ejecutados que se haya perpetrado nunca, incluso en Cuba. Este fraude fue la gota que colmó el vaso, hasta para Earl Smith, que a partir de entonces consideró que no podía permitirse que continuara Batista y que su gobierno debía hacer todos los esfuerzos posibles para encontrar un sustituto. En el oeste de Cuba, el ambiente fue tenso, pero no violento. Policías y soldados bien armados vigilaron las 8500 mesas electorales. En Oriente hubo abstenciones masivas, debido a las amenazas de Castro. En Las Villas, Guevara y Cienfuegos hicieron cuanto pudieron para impedir que llegaran las urnas. Grau, que iba en tercer lugar, después de Rivero y Márquez Sterling, pidió al Tribunal Supremo que anulara las elecciones a causa del fraude. El Congreso cubano declaró válidas las elecciones; de nuevo casi nadie dio crédito a esa resolución. El destino de Cuba se estaba decidiendo en otra parte.

Sin embargo, alrededor del 15 de noviembre, Rivero Agüero, como presidente electo, dijo al embajador Smith que estaba estudiando la forma de conseguir una solución pacífica para los problemas políticos de Cuba, que probablemente contaría con el apoyo del 90 por ciento de la población. Él, como Smith, se daba cuenta de que Castro se opondría a toda fórmula pacífica, pero creía que podía encontrar apoyo en otros sitios. Entonces, el embajador Smith se fue a Estados Unidos, e insistió ante el Departamento de Estado para que respondieran a la petición de ayuda que hacía Rivero. Smith dijo que ahora se había dado cuenta de que Batista no podía durar, porque la economía estaba en pleno declive, la gente estaba volando puentes, etc. El subsecretario de Estado, Murphy, preguntó a Smith si el movimiento de Castro podía considerarse comunista y Smith dijo que podía convencer a cualquier jurado de que sí. Finalmente Smith volvió a La Habana con la misión de averiguar si Rivero Agüero tenía alguna posibilidad de encontrar una solución, tal como había sugerido, con el apoyo de los principales elementos de la oposición. Pero estaba claro que Rivero se había limitado a volver a la antigua postura de Batista, de basar su seguridad en la fuerza.

Este fracaso provocó nueva actividad en Estados Unidos. Pocos días después, se celebró una reunión en Miami, en casa de William Pawley, exembajador y hombre de negocios (fundador de las Aerolíneas Cubanas en los años veinte). A esta reunión asistieron el secretario de Estado adjunto delegado, Snow; el secretario adjunto Holland, y el coronel J. C. King, jefe de la sección latinoamericana de la CIA. Se discutió el tema «¿Cómo enfoca usted el problema cubano?». Pawley dijo que «todo lo que estábamos haciendo estaba mal. Les dije que, para tratar de salvar la paz, teníamos que ver si podríamos conseguir que Batista dimitiera en favor de un gobierno que, aunque le fuera hostil, fuera satisfactorio para nosotros, al que pudiéramos re-

conocer inmediatamente y prestar ayuda militar, para que Castro no accediera al poder». Al día siguiente se fueron todos a Washington y mantuvieron conversaciones en la CIA y en el Departamento de Estado. Entonces Pawley fue «seleccionado para ir a Cuba a hablar con Batista y ver si podía convencerle de que capitulara, y así lo hice».

Pero antes de que llegara Pawley con esta misión un tanto desesperada e insólita, habían empezado a precipitarse los acontecimientos. Aunque las actividades de la resistencia se habían reducido al mínimo en La Habana, en parte por la captura del representante auténtico en La Habana (que reveló información bajo los efectos de la tortura), en parte porque Castro insistía en que se enviasen armas a la Sierra, a finales de noviembre se habían producido algunos incidentes aislados, por ejemplo, el secuestro de otro avión, que iba de Varadero a Miami, lleno de turistas, llevado a cabo por un partidario de Castro que actuaba por su cuenta, Eduardo Ponce de León, y que terminó con la muerte de la tripulación y de diez pasajeros, al caer en la bahía de Nipe. Castro, que había trasladado su cuartel general de La Miel a La Plata, había planeado atacar el pueblo de Bueycito, pero la guarnición se retiró antes del ataque; los rebeldes se dirigieron a Guisa, pasando de largo Bayamo, con el propósito de concentrar sus fuerzas sobre Santiago. Hubert Matos, un antiguo maestro de escuela y cultivador de arroz, con 245 hombres, y Almeida, con 350, empezaron a cercar la ciudad. Corrió el rumor de que iban a atacar y hubo innumerables bombardeos. También hubo varios choques de poca importancia en el área de Guantánamo. En Guisa, Castro se enfrentó a 5000 hombres de Batista con 200 guerrilleros, de los cuales 100 combatían por primera vez. Los jefes de Batista estaban empezando a desesperarse. «Nuestro ejército, cansado y diezmado por dos años de lucha sin cuartel, había perdido por completo su poder combativo. Cada día se producían más deserciones de

hombres que se pasaban al enemigo. Nos faltaban reservas y tal vez una gran parte de los oficiales de los cuarteles [estaban]… en contacto con el enemigo». La perspectiva de que Batista abandonase el poder en febrero todavía provocaba una desmoralización mayor. La rendición de uno o dos oficiales, como la del comandante Quevedo a Castro, y la de otros dos (Villamil y Ulbino León) a Guevara, provocó una alarma completamente desproporcionada respecto del daño causado. Batista arrestó y encarceló a varios oficiales por miedo de que fueran a actuar contra él. Raúl y Fidel Castro unieron sus fuerzas, pero los diferentes sectores del reino de Batista parecían haber perdido el contacto entre sí y con La Habana. Cada vez llegaba más gente a la Sierra Maestra y, a menudo por motivos oportunistas, se unían al Movimiento 26 de Julio, aunque hasta entonces hubieran sido miembros activos de otras organizaciones. Batista parecía cifrar todas sus esperanzas en la abrogación del embargo de armas, pero, al volver de Washington, Smith le habló con toda claridad de la «desagradable» atmósfera de Washington.

Batista hizo una serie de cambios desesperados en el Alto Mando. Cantillo fue nombrado jefe de operaciones en Oriente, y Río Chaviano (al que odiaba con toda su alma y que había permanecido en el cuartel general de Santiago) fue transferido a Las Villas. En Camagüey, el coronel Pérez Coujil sustituyó al coronel Dueñas. En Oriente, los coroneles Suárez Susquet y Sánchez Mosquera trataron de mantener en movimiento a sus tropas. No obstante, muchos oficiales se pasaron a Castro, en particular los capitanes Dinaz y Oquendo, que estaban en Jibacoa. Palma Soriano se entregó sin luchar. A primeros de diciembre, el gobierno todavía tenía Santiago, Bayamo, Holguín y las demás ciudades grandes; pero aparte estas, Castro parecía controlar todo el sur de Oriente. El 7 de diciembre, la llegada de un transmisor le había permitido estar en comunicación radiofónica con Cienfuegos, en Las Villas. Así pudo enterarse de

que por fin, el 1 de diciembre, Guevara había llegado a un acuerdo con el Directorio; en un pacto firmado por Guevara y Cubela (que siguió a unas conversaciones en las que también habían participado Chomón, por el Directorio, y Ramiro Valdés, por el 26 de Julio) se hablaba de pleno acuerdo, plena colaboración militar, y de la conformidad del Directorio para la reforma agraria de Castro. Pero no se hablaba de que Guevara o Castro tuvieran mando sobre el Directorio; esta cuestión se dejaba para ulteriores consideraciones. Entretanto, los pocos representantes del Directorio que estaban en La Habana habían recibido la orden de ir a Las Villas. Contando con este acuerdo, los rebeldes pusieron en fuga a un destacamento del ejército más allá de Santa Lucía, dejando a Guevara en libertad para volar el puente por donde la carretera central cruzaba el río Tuinicú. Para entonces, el capitán José Silva, subordinado de Guevara, controlaba la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus, e inutilizaron la principal línea de ferrocarriles en dos puntos.

El 9 de diciembre, Pawley estuvo tres horas con Batista; el embajador Smith (que no estaba informado) había ido a Washington. Pawley ofreció a Batista la posibilidad de volver a vivir en la playa de Daytona. Sugirió la composición de un nuevo gobierno provisional para Cuba: coroneles Barquín y Borbonnet, general Díaz Tamayo y Pepe Bosch, de la familia Bacardí. Lo malo era, dijo Pawley, que él no tenía autoridad para decir que Estados Unidos se pondría de su parte con toda seguridad; sólo dijo: «Intentaré convencer al gobierno de Estados Unidos». De todos modos, Batista se negó, y dijo a un ayudante que había tenido ganas de «echar a patadas a ese Pawley».

Al día siguiente, Smith, en Washington, vio a sus colegas del Departamento de Estado y a Allen Dulles; recibió instrucciones de desengañar a Batista sobre la posibilidad de que Rivero Agüero recibiera el apoyo del gobierno de Estados Unidos. O sea que Smith volvió a La Habana y dijo al ministro de Asuntos

Exteriores, doctor Güell: «Tengo que cumplir el desagradable deber de informar al presidente de la República de que Estados Unidos no va a seguir apoyando al actual gobierno de Cuba y de que mi gobierno cree que el presidente está perdiendo el control efectivo»; Güell dijo que Batista recibiría a Smith al cabo de unos días.

Entonces Batista hizo un último esfuerzo para rehacer su ejército. Diez compañías de cien hombres cada una fueron enviadas a Santa Clara, reforzadas por tres batallones de cuatrocientos hombres cada uno. En parte, su misión consistía en impedir la destrucción de puentes. El punto clave de este sistema de defensa era un tren blindado, construido por Western Railways y dirigido por el coronel Rosell y Leyva.

A mediados de diciembre, Batista reunió a todos los jefes de las fuerzas armadas en la Ciudad Militar. Se hizo evidente que el presidente proyectaba algún tipo de acción desesperada. Dijo a sus seguidores: «Deberíamos tratar de cambiar el gobierno… [y] reunirnos frecuentemente, y discutir cualquier nuevo acontecimiento». A pesar de que acordaron mantenerlo en secreto, el general Tabernilla, la bestia negra de Batista y el verdadero autor de la derrota del ejército, se lo explicó a muchos oficiales. Batista le mandó llamar y Tabernilla dijo: «Los soldados están cansados y los oficiales no quieren luchar. No se puede hacer nada más». De hecho, el general Cantillo, el jefe de Oriente, siguiendo instrucciones de Tabernilla, ya se estaba preparando para negociar con Castro. El general Tabernilla dijo a su hijo, Silito Tabernilla (que todavía era secretario particular de Batista), que comunicara estas noticias al presidente; Silito no se atrevió a hacerlo y se limitó a prometer lealtad al presidente «hasta la muerte». Finalmente, el 17 de diciembre. Smith fue a ver a Batista y le dijo, siguiendo instrucciones, que el Departamento de Estado creía que Batista no podía seguir manteniendo un control efectivo en Cuba, y que, si se retiraba, evitaría el

derramamiento de sangre. Batista respondió que, sin él, no podría sobrevivir ninguna junta militar; sin él se hundiría el ejército. ¿Podía intervenir Estados Unidos para detener la lucha? Smith dijo que eso era impensable. Batista preguntó si podía ir a Florida, a su casa de Daytona Beach. Smith sugirió que era mejor que fuera a España, y le preguntó si creía que podría controlar la situación hasta febrero: Batista dijo que sería difícil, porque Estados Unidos le había negado las armas en el momento en que las necesitaba. Examinó muchas posibles soluciones, como si estuviera distraído. Sin duda, para entonces ya había decidido marcharse de Cuba; y en todo caso, al cabo de cuarenta y ocho horas preguntó al jefe de las fuerzas aéreas («Winchi», es decir, al brigadier Carlos Tabernilla) cuántos asientos podía reservarle en un avión sin previo aviso. Smith después consideró que en esta entrevista había actuado como si estuviera ordenando a Batista que se marchara. Para entonces, hasta la comunidad de empresarios de La Habana parecía estar de acuerdo con Julio Lobo: «No nos importaba quién fuera a derrocar a Batista con tal de que alguien lo hiciera».

78

Cómo cayó Batista

La noche siguiente a esta entrevista con Smith, Batista se reunió con sus generales que, por lo que se veía, esperaban que el presidente les dijera que abandonaba la lucha. En realidad, Batista quería hacer preparativos para evitar la «desintegración total de sus tropas». Los generales «me dijeron que era muy extraño que las unidades militares estuvieran rindiéndose continuamente, sin luchar, ante un enemigo que, por número y por capacidad militar, no podía tener la fuerza necesaria para inmovilizar al ejército». Desde luego, las fuerzas de Castro, en estos momentos, estaban operando de una forma continua y amenazadora en toda la carretera central y, además, el comandante Francisco Cabrera había tomado Contramaestre. Esto significaba que Santiago quedaba con todos sus accesos por carretera cortados; un golpe abrumador, no tanto en lo estratégico como en lo psicológico. La captura de esta pequeña ciudad, la primera localidad de más de mil habitantes que caía en manos de los rebeldes, tuvo un efecto decisivo en el gobierno de Batista. Empezaron a llegar refugiados a Santiago, mientras la fuerza aérea batistiana bombardeaba los pueblos tomados por Castro, con pocas ganas y escasa competencia. El coronel Sánchez Mosquera se hundió y casi fue rodeado, resultando herido. En Las Villas, el ejército se encontraba en un estado de confusión aún mayor, si cabe, que en el este. Los éxitos de Guevara y la creciente desmoralización del enemigo hicieron que Cienfuegos recibiera la orden de quedarse con su columna en Las Villas en vez de avanzar igual que Maceo, como estaba previsto, hacia Pinar del Río. Cienfuegos ayudaría allí mismo a Guevara a cortar la isla por la mitad. El 18 de diciembre, Guevara capturó Fomento, y el 21 de diciembre atacó Cabaiguán y Guayos, yendo

hacia el este de esa ciudad que está a unos 16 kilómetros de Sancti Spíritus; la última se rindió al capitán Bordón, y el día 22 se rindió también Cabaiguán, al comandante Cubela. El 22 de diciembre, Cienfuegos, en el norte de la provincia, lanzó un ataque en gran escala contra Yaguajay, junto al mar, mientras Guevara iba en dirección a La Habana para atacar la encrucijada de Placetas, ciudad de 30 000 habitantes que tomó porque estaba casi indefensa.

Toda esta actividad militar en el centro de la isla cogió a Batista completamente desprevenido. Se hizo muy evidente lo brillante que era Guevara como jefe militar, y la audacia de la original idea estratégica de Castro de enviarlo al centro de la isla y no darse a conocer él mismo hasta después. Más tarde, Batista acusó a dos de sus oficiales, el comandante González Finalés y el teniente Ubineo León, de haber dejado pasar a Guevara por sus sectores a cambio de un soborno. Pero aunque fuera así —de lo cual no hay pruebas— no sería un buen argumento para demostrar que el ejército estuviera muy en forma. El 20 de diciembre rehusó la oferta que le hizo Trujillo de hacer desembarcar 2000 «hombres de refresco» en la Sierra Maestra y otros 2000 en Santa Clara; «no quiero tratos con dictadores», dijo al emisario de Trujillo, el coronel Estévez Maymir, agregado militar cubano en Santo Domingo.

Ahora empezaron las últimas reacciones convulsas de Batista ante la posibilidad de la derrota. Nombró a su antiguo camarada, el general Pedraza, el jefe de Estado Mayor que había sido destituido en 1940, para que sucediera a Río Chaviano en Las Villas, y a este lo envió a Oriente. Pero Tabernilla convenció al presidente de que sería mejor tener a Pedraza en el cuartel general, así que hicieron volver de la Isla de Pinos al coronel Casillas Lumpuy para que se hiciera cargo del mando en Santa Clara. De todos estos nombramientos podemos deducir que Batista estaba haciendo un serio esfuerzo para recuperar la iniciativa

que, increíblemente, había perdido ante un grupo de oponentes muy pequeño. Mientras tanto, sus oficiales estaban preparando un golpe para evitar la victoria de Castro. El plan era que el general Río Chaviano y el coronel Rosell, entonces nominalmente al mando del tren blindado de Santa Clara, también tomarían parte. Se pediría al coronel Barquín, que aún estaba en la cárcel, que se encargara de Las Villas, y el mando del Campamento Columbia se daría a uno de los oficiales que habían estado con él en el desafortunado golpe de 1956. Si los jefes militares de Camagüey y Holguín (coroneles Pérez Coujil y Ugalde Carrillo) se negaban a sumarse, serían capturados o muertos. A Batista lo meterían en un avión y lo enviarían a Estados Unidos junto con los Tabernilla. Parece ser que Barquín, que entonces estaba en la cárcel, aceptó y envió su anillo de graduado en prenda de su conformidad. Es evidente que una serie de oficiales, como el coronel Rosell, consideraban a Barquín no sólo como un hombre de compromiso sino como el único oficial que podía derrotar a Castro. Decidieron iniciar la acción el 26 de diciembre. Entonces el general Río Chaviano decidió que sería más apropiado informar a los Tabernilla del papel que se les encomendaba. Mientras, no informaron a la embajada de Estados Unidos ni a Batista de lo que estaba ocurriendo. Batista recibía a su grupo de obispos de costumbre, que le decían que «cualquier sacrificio valdría la pena si terminaba con el terrorismo»; y en realidad la guerra civil no estaba perdida ni mucho menos, si Batista no se hubiera negado a admitir que, propiamente hablando, había una guerra civil.

Sus generales todavía creían que controlaban la situación. Tabernilla, independientemente de Batista, envió al general Cantillo a Oriente para que intentase hablar de un armisticio con Castro. Para entonces, Río Chaviano había explicado a Tabernilla el proyecto de golpe militar, y este estaba decidido a intentar llevarlo a cabo de otro modo. Sin embargo, el 22 de di-

ciembre, Batista, que tuvo noticias de todos estos movimientos, se enfrentó a Tabernilla, y en una entrevista que tuvieron aquella noche dio permiso a Cantillo para que fuera a Oriente e hiciera con Castro lo que pudiera; Cantillo, al salir del despacho de Batista, comentó con el secretario militar de Batista, que todavía era Silito Tabernilla: «Silito, siempre que leo la vida de un gran hombre, me salto las últimas páginas, porque el final siempre es desagradable». El 23 de diciembre, en otra reunión, Tabernilla dijo claramente a Batista que consideraba perdida la guerra. Había recibido la noticia de que ahora la ciudad de Guantánamo estaba rodeada por fuerzas descendidas de las montañas a las órdenes de Juan Almeida, el cantante mulato que mandaba lo que se llamaba el «Tercer Frente Oriental». El mismo día, algunas de las fuerzas de Guevara, dirigidas por el comunista Armando Acosta, llegaron a las puertas de Sancti Spíritus, y esta ciudad de 115 000 habitantes se rindió sin lucha. Entre los representantes del gobierno en la ciudad no reinaba ningún espíritu de resistencia y, salvo la policía, no había ninguna fuerza eficaz, capaz de resistir ni siquiera a una pequeña cantidad de hombres. En Oriente, al día siguiente (víspera de Navidad), Cantillo (después de dar 10 000 dólares al coronel Ugalde Carrillo, otro tanto al coronel Jesús María Salas Cañizares, y 15 000 dólares al coronel Pérez Coujil) consiguió concertar, por medio del padre Guzmán, un sacerdote de Santiago, una entrevista con Castro en el ingenio azucarero Oriente (que en tiempos había sido de la familia Chibás). También estuvieron presentes los comandantes Sierra Talavera y José Quevedo. Cantillo, que llegó y se fue en helicóptero, prometió que el ejército se sublevaría el 31 de diciembre antes de las tres de la madrugada e impediría que Batista huyera. Según un testigo ocular de este encuentro, ambos estuvieron de acuerdo en todo, salvo en que Castro quería que los oficiales del ejército del grupo de Barquín no salieran de la cárcel. El día de Navidad,

Cantillo volvió en avión de Santiago a La Habana. Inmediatamente fue a ver a Batista, que le hizo objeto de un interrogatorio muy inteligente. Cantillo dijo que Tabernilla había insistido en que buscara a Castro. Batista, al no enterarse exactamente de lo que se había dicho en la reunión del ingenio azucarero, dijo a Cantillo que estaba dispuesto a entregar el poder a una junta de oficiales encabezada por Cantillo, como un gesto para la nación cubana, y a marcharse el 26 de enero.

Castro pasó la Navidad con su hermano Ramón en Marcané, cerca del ingenio azucarero Alto Cedro; en tanto que Guevara atacaba Remedios, junto a la costa norte, y dirigía la marcha principal del norte hacia Santa Clara, la capital de la provincia de Las Villas. Remedios cayó el 26, y su jefe, el capitán Guerrero, entregó sus 150 piezas de artillería. El mismo día cayó también Caibarién, unos kilómetros más allá, propiamente en la costa. El capitán naval Luis Aragón, que estaba al mando de esta plaza, no ofreció resistencia. Esto dejó a Santa Clara aislada de todo refuerzo que pudiera llegar por el norte o por el sur. A continuación, Guevara se dispuso a atacar Santa Clara. Pero tal vez no fuera necesario un ataque de esa magnitud. El 28, Castro recibió una nota de Cantillo muy ambigua, que decía que, aunque «la situación se estaba desarrollando favorablemente», sería mejor retrasar la acción hasta el 6 de enero por lo menos. Cantillo vacilaba. Castro dijo que era imposible esperar, acusó a Cantillo de traición, y continuó situando a sus fuerzas alrededor de Santiago. Pero Castro no esperaba que Batista se hundiera tan rápidamente como lo hizo.

El 29 de diciembre, el embajador Smith, aislado por unos acontecimientos cuyo rumbo no le gustaba nada, al parecer ignorando las intrigas que se habían estado desarrollando en la capital y las batallas de los demás sitios, recibió la visita de los dos generales Tabernilla, padre e hijo, junto con Del Río Chaviano. Tabernilla padre dijo que, en su opinión, el ejército no

iba a luchar más y que el gobierno no podía durar. Él, Tabernilla, ansiaba, no obstante, salvar a Cuba del «caos, Castro y el comunismo». Propuso una junta militar compuesta por los generales Cantillo, Sosa de Quesada (un oficial priísta), García Casones (de la fuerza aérea) y algún oficial naval; ¿reconocería Estados Unidos a un gobierno así? Smith dijo que desgraciadamente sólo podía tener tratos con Batista. Preguntó si Tabernilla había hablado con Batista. Le contestaron que sí, pero que Batista no tenía ningún plan. Desde luego había pedido a Tabernilla que «ideara un plan». Smith dijo a Tabernilla que volviera a hablar con Batista.

En realidad, Batista estaba planeando marcharse, ya fuera el 6 de enero, como había dicho a Cantillo, o antes. Sus hijos salieron en secreto de La Habana hacia Estados Unidos el día 29. Ya había quemado gran parte de su correspondencia particular y otros documentos. Tenía aviones preparados. Al tomar esta decisión, Batista pensaba sólo en sí mismo y en unos cuantos seguidores íntimos. No tomó ninguna medida de protección para los miles de cubanos que habían trabajado con él y cuyas fortunas, y en muchos casos cuyas vidas, dependían de él. Ya tenía una lista de las personas a las que permitiría escapar con él. Castro, entretanto, establecía contacto, mediante un mensajero, con el oficial que estaba al mando de Santiago, el coronel Rego, que formaba parte de la conspiración de Cantillo. Guevara atacó Santa Clara. Por otra parte, la mayoría de los líderes políticos locales y los alcaldes ya habían abandonado sus puestos, y estaban haciendo improrrogables viajes al extranjero con sus familias por razones de salud.

El 28 de diciembre, Guevara avanzó desde la costa de Caibarién, por la carretera, hasta Camajuaní, y a partir de allí, por carreteras secundarias, hasta llegar a la Universidad de Santa Clara, en las afueras de la ciudad, al anochecer. Allí dividió en dos a sus fuerzas (unos 300 hombres). La columna del sur fue la

primera en encontrarse con las fuerzas defensoras (dirigidas, los últimos dos o tres días, por el coronel Casillas Lumpuy). Un tren blindado, en el que el coronel confiaba mucho, marchaba bordeando el pie del monte Capiro, al nordeste de la ciudad, y allí se estableció un puesto de mando. Guevara envió una pequeña fuerza, dirigida por un capitán de dieciocho años, Gabriel Gil, para que tomara el monte, usando sobre todo granadas de mano, y utilizando el propio monte para esconderse del tren. Los defensores del monte se retiraron con una rapidez sorprendente y entonces el tren también se retiró, dirigiéndose al centro de la ciudad. La moral de los defensores se mostró muy baja. Guevara consiguió movilizar los tractores de la Escuela de Agronomía de la universidad para hacer saltar las vías del tren, con lo que este descarriló. Los oficiales que estaban dentro salieron dando tumbos y fueron atacados inmediatamente. Pidieron una tregua. Entonces, los soldados rasos empezaron a confraternizar con los rebeldes, diciendo que estaban cansados de luchar contra sus compatriotas. Poco después se rindió el tren blindado y sus 350 soldados y oficiales fueron hechos prisioneros. El tren se convirtió en la base de los ataques posteriores. Dentro de la ciudad luchaban la policía y la Resistencia Cívica. La lucha creció en intensidad durante el 31 de diciembre. La fuerza aérea de Batista —los habituales B-26 y los Sea Fury ingleses— lanzó bombas sobre las partes de la ciudad que estaban ocupadas por Guevara, pero sólo murieron varios paisanos.

Los batistianos se mantenían en cinco centros principales: el cuartel Leoncio Vidal, la jefatura de policía, los edificios del gobierno provincial, el Palacio de Justicia y el Gran Hotel. El Palacio de Justicia estaba defendido por dos tanques. Un capitán rebelde de dieciocho años, Rogelio Acevedo, los atacó. Tres hombres que estaban tras los tanques fueron heridos. El Palacio de Justicia cayó poco después, junto con el gobierno pro-

vincial y el Gran Hotel. La jefatura de policía fue atacada por un escuadrón suicida dirigido pon el joven capitán rebelde «Vaquerito», que murió en el asalto. El jefe batistiano, coronel Cornelio Rojas, un septuagenario, ordenó resistir hasta el último hombre, pero a pesar de todo lo cogieron y la jefatura de policía cayó. Como siempre, llegaron los aviones a atacar los puestos donde triunfaban los rebeldes, y cuando cayó la noche del último día de 1958, el coronel Casillas Lumpuy aún tenía la mitad de la ciudad, con quinientos hombres, aunque muchos de ellos se proponían desertar. Batista hizo llamadas telefónicas desesperadas al coronel Casillas; y también llegaron noticias de las disputas entre los coroneles Casillas y Fernández Suero, que se había replegado hacia el cuartel general militar. «La última vez que hablé con ellos —recordaba Batista más tarde—, sus palabras eran prácticamente ininteligibles, se habían quedado roncos de tanto gritar para hacer oír sus órdenes por encima del tumulto»; el ruido lo provocaban los gritos del «personal indisciplinado» y el tiroteo indiscriminado. El «heroico defensor de este reducto», como llamaba Batista a Casillas, procedió a arrestar al «sedicioso» comandante Suárez Fowler, que había instado a los combatientes a que depusieran las armas. Hacia las nueve de la noche, el jefe de Estado Mayor, general Rodríguez Ávila, advirtió a Batista que, en su opinión, no podían conservar Las Villas. A las diez de la noche, el general Cantillo dijo lo mismo respecto de Oriente. Inmediatamente, Batista, que entonces estaba en la Villa Kuquine, ordenó a su gobierno y a los jefes militares que se reunieran con él en el Campamento Columbia para despedir el año. Esto era normal y nadie dio mucha importancia a la invitación. Al mismo tiempo, en el Pentágono, en Washington, se estaba celebrando otra reunión, en la que el almirante Burke, jefe del Estado Mayor naval, apoyado por Allen Dulles y Robert Murphy, argüía que «Castro no era el hombre indicado» para Cuba y que había que hacer algo para

impedir que se hiciera con el poder. La discusión duró hasta las dos de la madrugada, pero no pudieron decidir nada, y en realidad, ¿qué podrían haber decidido tan tarde como no fuera una intervención inmediata de los marines?

Los hombres del régimen de Batista y sus mujeres se reunieron en el cuartel general militar. En aquella confusa reunión podían verse parientes de Batista, militares, políticos, la mujer de Batista; José Luis del Pozo, alcalde de La Habana; ministros, como García Montes o Santiago Rey; Andrés Rivero Agüero, el «presidente electo»; Anselmo Alliegro y Gastón Godoy, presidentes respectivamente del Senado y del Congreso. Mientras la mayoría de estos hombres tomaban café, muy nerviosos, Batista estaba con los jefes de Estado Mayor en una habitación interior. Estos oficiales coincidieron en que no podían continuar por más tiempo y Batista se decidió a entregar el poder a Cantillo, con lo que este entraba en posesión de la clave de varias intrigas, una con sus colegas, otra con Castro, y todas imposibles de coordinar entre sí. Después Batista salió y habló con cada grupo por separado, diciendo que dimitía «para evitar que siguiera el derramamiento de sangre». Al grupo de sus amigos íntimos les ofreció plazas de avión para marcharse a Estados Unidos o a otra parte durante la noche. Entretanto, pidió e Anselmo Alliegro que, como presidente del Senado, designara al juez más antiguo del Tribunal Supremo (Carlos Manuel Piedra) como presidente provisional. Piedra, que estaba presente, aceptó, y el general Cantillo sucedió a Rodríguez Ávila en el puesto de jefe de Estado Mayor. Entonces Batista dimitió oficialmente y, a las tres de la madrugada, despegó del aeródromo militar acompañado por cuarenta personas, entre ellas su mujer y su hijo Jorge. No se dirigieron a Estados Unidos sino a la República Dominicana. Según Castro, se llevaron 300 000 000 o 400 000 000 de dólares, pero Batista y sus seguidores ya tenían dinero en el extranjero y no parece que tuvieran tiempo para

reunir mucho dinero en efectivo. El hermano de Batista, Panchín, gobernador de La Habana, salió más tarde, aquella misma noche, con cuarenta personas, entre las que había ministros y oficiales de policía. Al mismo tiempo, Masferrer, advertido por teléfono, se fue tranquilamente de Santiago en yate. Siguieron otros vuelos, a Nueva Orleans, o a Jacksonville (los Tabernilla y Pilar García). No sólo huyeron políticos, sino también hombres como Meyer Lansky, el de los garitos. Cuando hubieron escapado los principales batistianos, enviaron un mensaje a Radio Caracas, en Venezuela, con la que estaban en buenas relaciones, y desde allí se enteró el mundo de la noticia.

Desde luego, no está claro hasta qué punto se había enriquecido Batista. Su secretario de prensa en el exilio, que durante un tiempo había sido líder juvenil de su partido, calculaba que en 1958 su fortuna era de 300 000 000 de dólares, invertidos en su mayoría en el extranjero: en Suiza, Florida, Nueva York o México. Indudablemente, los ingresos que percibía del dinero de los impuestos debieron de ser muy considerables, aunque este dinero, que se calcula en 1 280 000 dólares mensuales, había de repartirse entre mucha gente.

Cantillo, que ahora era jefe de Estado Mayor, y el 1 de enero de 1959 tenía el mando efectivo del oeste de Cuba, convocó una reunión de oficiales y les dio la noticia, que se extendió rápidamente por La Habana, y luego por toda la isla. Salieron muchedumbres, dando vítores, a las calles, todavía oscuras. El juez Piedra, con otros jueces del Tribunal Supremo, y otros ciudadanos destacados, leyó en voz alta en el palacio presidencial, una orden de alto el fuego dirigida al ejército y pidió a Castro que hiciera lo mismo. Pero este gobierno fantasma no tenía a nadie detrás. El pandemónium creció durante la mañana, y empezaron a aparecer por la calle partidarios de Castro o del Directorio, de uniforme, declarando que ellos mantendrían el orden, pues los oficiales batistianos y la policía habían desapareci-

do, yéndose al extranjero (siguieron despegando aviones toda la mañana), refugiándose en embajadas extranjeras, o sencillamente buscando otro escondite. La mayoría de los jefes de la represión de Batista se habían escapado en el curso de la mañana. Hacia el mediodía se declaró cerrado el aeropuerto para el tráfico exterior, aunque para entonces los objetivos más importantes de la venganza revolucionaria, como el jefe de espionaje naval, Laurent, o el coronel Ventura, de la policía política, ya se habían escapado. Otros, como el comandante Jacinto Menocal, se habían suicidado. Entretanto, en Santa Clara, el coronel Casillas, el defensor del cuartel, se había enterado, furioso, de la noticia de la huida de Batista. Él y el coronel Fernández Suero se pusieron rápidamente ropa de paisano y huyeron después de entregar el mando a su subordinado, el coronel Hernández. En ese mismo momento, justo después de amanecer, Guevara envió a tres hombres en misión de paz para pedir la rendición. Los soldados de Batista volvieron a pedir la confraternización. El coronel Hernández solicitó una tregua. Mientras estaban discutiéndolo, Cantillo telefoneó desde el Campamento Columbia. La misión de paz se negó a aceptar a Cantillo como jefe de Estado Mayor. Entonces era la 1.30, y anunciaron que las hostilidades se reanudarían a las 2.15. Tras muchas discusiones, el ejército batistiano se rindió incondicionalmente en Santa Clara antes de esa hora. Para entonces, el comandante Bordón había detenido al coronel Casillas; después murió a tiros cuando intentaba escapar (parece que es cierto). Habiendo caído Santa Clara, Castro ordenó a Guevara que se dirigiera a La Habana. Cuando se enteró de la noticia de la huida de Batista, en la central América, quedó furioso y sorprendido al mismo tiempo. Echó toda la culpa a Cantillo, y ordenó un avance general hacia Santiago. Pero no iba a ser necesario un asalto. El coronel Rego había decidido rendirse (los dos se comunicaron por medio de un pastor baptista), y se dirigió en helicóptero al cuartel general

de Castro para hacerlo. Castro habló con los oficiales de Rego, les dijo que ya sabía que no todos los oficiales del ejército de Batista eran asesinos, y los convenció a todos para que se uniesen a él o entregaran las armas. También se rindieron dos fragatas. Parece que los militares que estaban al mando de Santiago pensaron que su actitud evitaría la disolución del ejército, y además Castro prometió que el coronel Rego pasaría a ser el jefe de Estado Mayor del ejército cubano.

Para entonces, sin embargo, el coronel Barquín, jefe de los oficiales «liberales» del golpe de 1956, había reaparecido en La Habana, adonde le había llevado en avión el coronel Carrillo desde la Isla de Pinos, donde estaba prisionero. Parece que debió su libertad a la intervención, algo tardía, de la CIA, que el 30 de diciembre había enviado a un hombre, respaldado por Justo Carrillo, para que ofreciera al director de la prisión 100 000 dólares a cambio de la libertad de este prisionero. Entonces, el general Cantillo, comprendiendo que era imposible formar una junta de compromiso, entregó el mando a Barquín, con el que había estado en contacto desde el 20 de diciembre. Por lo tanto, Barquín se proclamó jefe de las fuerzas armadas de La Habana. Pero como por entonces era miembro del Movimiento 26 de Julio y por lo tanto estaba en contacto con los dirigentes de los movimientos clandestinos de La Habana, arrestó a Cantillo y telefoneó a Castro, que estaba en Santiago, para preguntarle cuándo tomaría posesión de la jefatura del Estado el juez Urrutia. O sea que se subordinó al Movimiento 26 de Julio, y sin ningún esfuerzo abandonó toda posibilidad de un gobierno de centro. Mientras estaban hablando, en las calles había empezado el saqueo. Los casinos fueron invadidos. Las oficinas de *Tiempo en Cuba*, de Masferrer, destrozadas. Los hombres del 26 de Julio se apoderaron del periódico *Alerta*. La sede de la Shell Petroleum también fue destrozada: se suponía que el presidente de la Shell cubana había sido el responsable

de que Inglaterra enviara los Sea Fury y algunos tanques. Varios contadores de aparcamiento (especialmente impopulares porque sus beneficios habían ido a parar a un pequeño grupo del régimen) y teléfonos públicos fueron destrozados. Las casas de Ventura y Pilar García fueron saqueadas. Los restantes oficiales y soldados de La Habana que habían pertenecido al ejército de Batista esperaban sin saber qué ocurriría. Los que residían en La Habana desde hacía tiempo se preguntaban amargamente si irían a repetirse las escenas sangrientas del derrocamiento de Machado. Pero Castro hizo un llamamiento urgente por radio, desde Santiago, pidiendo a la gente que no se tomase la justicia por sus manos, y como en todas partes los hombres del 26 de Julio y del Directorio ocuparon las comisarías, la ausencia de violencia fue notable. Sin embargo, persistió la huelga general convocada por Castro y los comunistas; primer éxito y, en realidad, primera señal de vida del FONU, el frente laboral antibatistiano.

El coronel Barquín, en el Campamento Columbia, probablemente no habría podido mantenerse aparte del Movimiento 26 de Julio y de Castro, y en realidad tampoco parece que hubiera querido hacerlo. Pero pronto comprendió que el ejército rebelde controlaba la mayor parte de Cuba y, en su primera declaración, reconoció «los heroicos esfuerzos del Ejército de Liberación». Sorprendentemente, tampoco parece que la embajada norteamericana hiciera ningún intento de persuadirle para que mantuviera el mando; mientras estuvo en Columbia sólo recibió dos llamadas telefónicas del embajador Smith: la primera, para pedir un salvoconducto para el embajador de Trujillo en Cuba, Porfirio Rubirosa; la segunda, para pedir que garantizara el derecho de asilo en las embajadas extranjeras, normal en América Latina.

Durante la noche del 1 al 2 de enero ocurrió el acontecimiento militar decisivo.

Guevara llegó a La Habana con sus hombres, y fue directamente a La Cabaña, donde recibió el mando del coronel Varela a las cuatro de la madrugada. Camilo Cienfuegos, con Víctor Bordón y unos 700 hombres, entraron en el Campamento Columbia y recibieron el mando de Barquín. Los comandantes Cubela y Chomón, del Directorio, ocuparon el palacio presidencial. En una maniobra militar de la que no se habló tanto, Armando Acosta, el ayudante comunista que Guevara tenía desde Escambray, que ahora de repente apareció con el grado de «comandante», se hizo con el mando del antiguo fuerte de La Punta, justo enfrente de La Cabaña, en el lado oeste del puerto de La Habana. Entretanto, Miró Cardona, el secretario de la alianza del pacto de Caracas; Agramonte, el candidato ortodoxo en las elecciones generales de 1952, y dos miembros del Movimiento 26 de Julio (Llanusa y Haydée Santamaría) fueron en avión de Miami a Cuba, pero no a La Habana, sino a un aeropuerto próximo a la Sierra Maestra. El 2 de enero, los miembros del Directorio de La Habana y del 26 de Julio patrullaban las calles, y hasta el embajador Smith tuvo que aplaudirlos de mala gana: «Dadas las circunstancias, mantuvieron un control muy notable». No hubo ningún tiroteo, y al cabo de poco, aquí como en todas partes, pudo verse cómo confraternizaban los hombres del 26 de Julio y los de Batista.

Mientras tanto, Castro había llegado a Santiago, había aceptado la rendición de la ciudad, y a última hora de la noche del 1 al 2 de enero, en un discurso pronunciado ante una enorme multitud, declaró que Santiago, «baluarte de la libertad», sería la nueva capital de Cuba. Anunció que «el pueblo había elegido» presidente provisional al juez Urrutia; habló de la revolución que iba a venir, y explicó un poco sus negociaciones con Cantillo y el coronel Rego. Tendió la mano de la paz a todos los miembros del ejército que no fueran culpables de «crímenes de guerra». En toda Cuba, las fuerzas locales del 26 de Julio (o el

26 de Julio y el Directorio Estudiantil mezclados) se dedicaban a ocupar edificios administrativos, comisarías, emisoras de radio, centrales telefónicas, cuarteles y edificios de los sindicatos locales. En todas partes saquearon las casas de algunos funcionarios de Batista, pero no hubo derramamiento de sangre.

El 2 de enero, el Movimiento 26 de Julio había convocado una huelga general para señalar el final del antiguo régimen, y en La Habana y en la mayoría de las ciudades fue una huelga total. En La Habana, el sindicato rebelde FONU, que ahora estaba en las oficinas que le habían dejado los francmasones, y que se había formado en octubre anterior con mucha dificultad y con el apoyo comunista, convocó manifestaciones masivas. David Salvador salió de la cárcel y se convirtió en su secretario general. Los comités rebeldes de todos los sindicatos salieron a la luz. Se celebró un mitin en el Parque Central, y hablaron varios líderes obreros, unos nuevos, otros antiguos. Una bailarina guaracha que estaba entre la multitud cantó:

Ya, ya, ya, ya te ganaste la guerra,
gánate ahora la paz.
Que el que haya sido cruel
tenga su justicia honrada.

Los antiguos dirigentes de la CTC comprometidos con Batista, Mujal el primero, se habían escondido; Mujal estaba en la embajada uruguaya. Los oradores del mitin del FONU hablaron principalmente de liberar a la CTC de la corrupción.

En los días inmediatamente posteriores, todos los sindicatos se reformaron y nombraron nuevos dirigentes. Los militantes del 26 de Julio y del Directorio se convirtieron en la policía *de facto*. Las oficinas de los periódicos que habían apoyado a Batista fueron ocupadas. Empezaron a volver exiliados de Miami, México y del resto de América Latina, entre ellos muchos priístas, y el hijo de Castro, que ahora tenía nueve años. No todos fueron bien recibidos: el antiguo gángster González Cartas, el

Extraño, fue directo a La Cabaña. En La Habana hubo algunos disparos más: un policía de Ventura mató a un miliciano.

Sin embargo, se estaba iniciando otro proceso inevitable. A cada momento estaban cogiendo a antiguos soldados, policías, oficiales y esbirros, políticos y funcionarios de Batista, y los metían en la cárcel en espera de juicio. Las corporaciones ciudadanas, desde los masones hasta la colonia de exiliados españoles, la Cámara de Comercio y los plantadores de azúcar, todos los que hasta hacía poco habían estado adulando a Batista, atestiguaron su apoyo a la Revolución. Seguían llegando nuevas columnas rebeldes, entre ellas pequeños grupos que durante meses habían estado haciendo sabotajes en La Habana o Matanzas, dirigidos por «comandantes» como Sanjenís y Paneque. Entretanto, el Directorio seguía controlando el palacio presidencial, y empezaba a plantearse la cuestión de si estarían dispuestos a marcharse para dejar paso a Urrutia. Al fin y al cabo, ellos lo habían atacado dos años antes. Ahora tenían la impresión de que era suyo. Su secretario general, Faure Chomón, se quejó públicamente de que Castro hubiera formado un gobierno provisional en Santiago sin el consentimiento o el consejo de los demás grupos revolucionarios. Cienfuegos, a quien Urrutia había nombrado jefe de las Fuerzas Armadas de tierra, mar y aire de la provincia de La Habana, miraba todo esto amenazadoramente desde Columbia.

El 2 de enero, el periódico del 26 de Julio, *Revolución*, que hasta entonces había sido clandestino, apareció públicamente. Se consideraba la voz de Castro, aunque durante un tiempo fue sólo la voz del 26 de Julio de La Habana. El 5 de enero, sus directores clandestinos habían sido sustituidos por Carlos Franqui, el director de Radio Rebelde en la Sierra, el excomunista que había ayudado a Castro en los periódicos y en la radio desde 1955. *Revolución*, en estos primeros días después de la huida de Batista, señaló la marcha de los acontecimientos: el día 4 pu-

blicaba una fotografía de Castro con el siguiente pie: «El Héroe Guía de la Reforma Cubana. Que Dios continúe iluminándole». En las páginas de *Revolución*, en la televisión y en la radio, y pronto en toda la isla, empezaron a aparecer toda una serie de héroes legendarios: el «glorioso comandante Cienfuegos», el «incomparable Che», «Ramirito» (Ramiro Valdés); a todos los llamaban por su nombre de pila. Evidentemente se trataba de una nación hambrienta, por lo menos, de heroísmo.

El propio Castro se dirigía lentamente a La Habana, retrasado por las multitudes entusiasmadas que querían verle por primera vez. Salió de Santiago el 1 de enero, pero el 4 sólo había llegado a Camagüey. Hizo discursos allí y en Holguín. Sin duda no se apresuró en llegar a La Habana conscientemente, para mantener el entusiasmo tanto como pudiera, para ganarse al resto del país como si se tratara de una gira electoral; además, como dijo en Camagüey, tenía que «organizar las fuerzas revolucionarias» mientras se dirigía al oeste; es decir, hacer nombramientos. Dejó a su hermano Raúl al mando de Oriente, junto con un ayudante paisano de veinticuatro años, Carlos Chaín. Guevara y Cienfuegos fueron en avión a conferenciar con Castro el 2 y el 5 de enero. El retraso de Castro también contribuyó a crear un público para Cienfuegos. Cientos de personas le vieron al natural en Columbia, millares le vieron en la televisión de La Habana. El aire sencillo de este jefe de guerrilleros hizo que el antiguo cuartel de Batista pareciera vivo por primera vez. En Columbia, Cienfuegos dejó salir a los papagayos de sus jaulas, diciendo a los periodistas, inevitablemente presentes, que «estos también tienen derecho a la libertad». Hasta el embajador Smith, que tuvo que ir a ver a Cienfuegos por cuenta de sus viejos amigos del antiguo régimen, lo encontró «cortés aunque distante». En el despacho de Cienfuegos entraban y salían hombres barbudos, y se movían rifles de un lado para otro. Guevara, en La Cabaña, con una presencia de ánimo formida-

ble, dejó los grandes titulares para Cienfuegos y se mantuvo en un discreto silencio, mientras iba dando órdenes. Cienfuegos simbolizaba el guerrero rebelde que, para gran sorpresa de La Habana, se comportaba impecablemente. Los barbudos, como empezó a llamárselos, no bebían, no se entregaban al saqueo, se portaban como si fueran santos. Ningún ejército había actuado nunca así en La Habana.

El Directorio Revolucionario era el encargado de mantener el espíritu crítico. El 4 de enero, el Movimiento 26 de Julio tuvo que hacer una petición formal al Directorio para que abandonase el palacio presidencial antes de que llegara Urrutia. Como su secretario general, Chomón, no estaba allí, pidieron más tiempo. Cienfuegos tuvo intención de tomar el palacio por la fuerza. Chomón volvió, y finalmente el palacio fue entregado a Urrutia (al que el Directorio aceptó con gritos de «¡Viva el presidente!»), pero el 6 de enero, Chomón dijo ante un gran auditorio, en la famosa escalinata de la universidad, estando presente Urrutia, que el Directorio se sentía profundamente preocupado; la unidad había hecho la revolución y el triunfo pertenecía a todos, no sólo a un grupo; pero el Directorio no tenía ningún puesto en el gobierno. La cuestión del futuro del Directorio quedaba sin resolver. Incluso empezaron a acumular armas.

Finalmente, Castro llegó a La Habana el 8 de enero. Su triunfo fue completo. La Habana se volcó para vitorearle. Las cámaras de televisión cubrían el camino de entrada. Había pancartas con estas palabras: «Gracias, Fidel». La columna de Castro, con sus coches, *jeeps*, tanques y camiones, entró lentamente por el este y se detuvo ante el palacio presidencial. Castro habló con el presidente Urrutia, y por supuesto con Prío y Varona, los viejos ayudantes, que habían llegado de Miami. Tras él desfilaron hombres armados y barbudos, que también fueron vitoreados. Castro llevaba su famoso rifle con mira telescópica. Se dirigió a la multitud desde el balcón del palacio. Incluso Phi-

llips, que, en más de un cuarto de siglo, había visto tantos cambios de gobierno en Cuba, se sintió conmovida: «Mirando a Castro, comprendí la magia de su personalidad… Parecía tejer una red hipnótica sobre sus oyentes, haciéndoles creer en su propio concepto de las funciones del gobierno y del destino de Cuba». Criticó la idea de tener un palacio presidencial, aunque «el jefe del Estado ha de estar en alguna parte» y, como no había dinero para hacer otro palacio, «vamos a tratar de conseguir que el pueblo cobre afecto a este edificio… sin embargo, ¿qué emoción siente el jefe de la Sierra al entrar en el palacio?… exactamente la misma que siento al entrar en cualquier otro edificio de Cuba». Después pidió a la multitud que abriera una fila para dejarle pasar, sin necesidad de soldados que le ayudaran a hacerlo. Se dirigió al Campamento Columbia, aclamado durante todo el camino por multitudes que, al verle, se sentían felices de un modo casi histérico. En esta fortaleza hizo un discurso más largo, que fue tomado por la televisión.

No fue un discurso totalmente jubiloso:

> Aparentemente se ha ganado la paz, pero no deberíamos sentirnos tan optimistas. Mientras el pueblo hoy ríe y es feliz, nosotros estamos preocupados… ¿Quiénes pueden ser «los enemigos de la revolución»? Nosotros mismos, los revolucionarios… que podemos resultar como muchos revolucionarios del pasado, que iban por ahí con una pistola del 0,45, aterrorizando al pueblo. La peor parte de la revolución contra Machado fue la de después, cuando las bandas de revolucionarios vagaban por ahí luchando unas contra otras.

Castro insinuó que el Directorio Estudiantil (que dos días antes había cogido armas del Campamento Columbia) estaba echándose a perder convirtiéndose en una de esas bandas. Pero esta fue quizá la única afirmación precisa que hizo en el discurso. En cuanto al resto, casi parecía como si hubiera vuelto William Jennings Bryan. Un Bryan hispánico, un Bryan joven, fuerte, alto e indudablemente militar, pero un Bryan al fin por el efecto hipnótico que producía en el inmenso auditorio que, por otra parte, en su optimismo, volvía a tener la impresión de

que José Martí había reaparecido realmente. Cuando Castro empezó a hablar, alguien de entre la multitud soltó dos palomas; una de ellas se posó en el hombro de Castro: símbolo y presagio de paz.

Libro IX

Victoria: la ilusión lírica, 1959

Lo único que no se le ocurrió a nadie de la casa fue que el Viejo Mundo no había sido aplastado por sus enemigos sino que se había suicidado.

Cesare Pavese,
La casa de la colina

79

La primavera de la victoria

¿Qué había ocurrido? ¿Una epopeya heroica? El grupo de hombres acosados en la Sierra a finales de 1956 parecía haberse convertido, dos años más tarde, en un ejército bastante grande para derrotar al ejército de la nación, expulsar al tirano y liberar al pueblo. Los rebeldes parecían jóvenes, su jefe tenía treinta y dos años, muchos estaban entre los veinte y los treinta, o eran incluso más jóvenes; una generación no manchada por fracasos políticos anteriores, endurecida por la guerra. Muchos de los nuevos jefes (aunque no los más importantes) eran de origen bastante humilde. A un pueblo emotivo, generoso y optimista como es el cubano, la toma del poder por parte de Castro, con su aire, indudablemente autoconsciente, pero irresistible, de recrear las guerras de independencia, compensando los fracasos anteriores de Martí y de Céspedes, le producía un magnífico estremecimiento de satisfacción y placer. Para gran parte de América del Sur y del Norte, cansada de la era Eisenhower que, aunque a menudo hubiera sido digna de aprecio, parecía inacabable, la victoria de Castro supuso también un momento de emoción, un rayo de sol, el eco de una edad heroica, muy anterior incluso a Martí: la era de los conquistadores. Durante unas semanas, Castro fue para la América de Eisenhower lo que había sido Lawrence de Arabia para Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial. Este éxito popular, nacional e internacional, contribuyó a que Castro, desde el momento de la victoria, dejara de lado a sus aliados, olvidara el «pacto de Caracas» y dejara suponer que había ganado la guerra él solo.

A los pocos días de la huida de Batista, la influencia de Castro sobre los cubanos era tan grande que, mientras el 1 de enero tenía sólo un puñado de seguidores, al cabo de unas semanas

muchos miles de personas creían que no podía equivocarse. Era su liberador: no sólo los había librado de Batista, sino de todos los males antiguos. Las madres de los que habían muerto en la lucha iban a verle en tropel. De vez en cuando, tras años de lucha y de desilusión, y por muchas razones, los pueblos deciden poner su fuerza de voluntad colectiva en las manos de un solo hombre. Desde la muerte de Martí, los cubanos habían estado buscando a este hombre. Ahora creían haberlo encontrado. No se trataba de bonapartismo «estilo Caribe». Más bien se parecía a la creencia que tantos habían tenido unos años antes en Clavelito, el locutor de radio que curaba enfermedades con su voz. Cuba es un país donde la política, la magia y la religión son provincias colindantes, a veces sin línea divisoria. Al mismo tiempo, la Victoria inspiraba en toda la sociedad un espíritu de virtud cívica que nunca se había dado antes en Cuba. Los cubanos no habían tenido mucho en qué creer. Las costumbres y las instituciones que en países más estables actúan como freno de las ambiciones de los individuos y de las esperanzas emocionales de las masas, en Cuba apenas habían existido, ni durante la sociedad industrial moderna, ni en la sociedad esclavista que la había precedido.

Algunos de estos juicios sobre el movimiento de Castro estaban bien fundamentados: Castro y sus hombres siempre habían sido pocos, y habían sido valientes. La mayoría tenía mucha conciencia social. Habían vencido a unas fuerzas abrumadoramente superiores. Muchos de sus camaradas habían caído o habían sido brutalmente torturados. Aunque muchos creían que estaban viviendo una epopeya, la autoconciencia ha sido a menudo el distintivo de los verdaderos héroes. Reconozcamos lo que no se puede ignorar. Pero la derrota de Batista no se debió sólo a la derrota del ejército en el campo de batalla y a las hazañas del ejército rebelde de Castro; en realidad, las únicas batallas serias que se libraron en la guerra civil fueron las de Santa

Clara y las que provocaron la derrota de la ofensiva del ejército en el verano de 1958. Pero aun en estas, el combate se dio en pequeña escala: en Santa Clara murieron seis rebeldes del ejército de Guevara; en las batallas que provocaron el fracaso de la ofensiva de Batista, en 1958, murieron cuarenta. Esta escasez de batallas campales es típica de la guerra de guerrillas, pero, de hecho, hasta el número de encuentros propiamente de guerrilla fue pequeño. Las operaciones se llevaron a cabo en mucho menor escala que, por ejemplo, en el conflicto malayo, aunque a finales de 1958 la fuerza aérea de Batista había intentado destruir ciudades tomadas por los rebeldes, como Sagua de Tanamo. Castro no actuaba sólo como un jefe de guerrilleros que trata de ampliar su territorio, sino como un político que trata de influir en la opinión. En realidad, la guerra civil cubana había sido una campaña política dentro de una tiranía, contando el candidato con la defensa de hombres armados. Su primer empeño había sido el de establecerse en un territorio inaccesible; y lo consiguió, aunque en realidad no fuera hasta principios de 1958. Al mismo tiempo y, lo que tal vez es más importante, a base de utilizar con habilidad a la prensa extranjera —hasta mediados de 1957 no subió ningún periodista cubano a la Sierra Maestra—, se formó un nombre que se hizo tan conocido en América del Norte y del Sur (pero sobre todo en el Norte) como en la propia Cuba. En enero de 1959 dijo Guevara: «En aquella época, la presencia de un periodista extranjero, preferentemente norteamericano, era más importante para nosotros que una victoria militar». Así que a principios de 1957, Castro se había convertido en un estandarte de la oposición, un punto de referencia alrededor del cual podía unirse la oposición del resto del país y del exilio, aunque fuera desde lejos.

Batista fue un juguete en manos de Castro, aunque, en realidad, las verdaderas fuerzas que le destruyeron (la división y las divergencias políticas dentro del ejército) también le habían da-

do el poder en 1952. El ejército y la policía cubanos —ambos íntimamente unidos a la oficialidad— se habían visto muy afectados por la división política desde la revuelta de los sargentos de 1933. Los compañeros personales de Batista, los hombres del 4 de septiembre de 1933, encabezados por Tabernilla, que estuvieron alejados de la mayoría de los puestos de mando durante el período auténtico, volvieron en 1952. Con sus hijos, hermanos y otros adeptos, se reservaron todos los puestos de mando.

Entre los oficiales, la disciplina es mala cuando el ascenso depende claramente del favoritismo. Y, si hay indisciplina entre los oficiales, en la tropa es aún peor. Los oficiales subalternos batistianos trataban de congraciarse con sus jefes a base de excederse en el celo y en la brutalidad, sabiendo por experiencia que congraciarse con sus superiores daba resultado. A veces, las acciones cobardes de algunos soldados rasos eran la causa de que se los ascendiese a cabos y a sargentos. Los oficiales se tomaban el mando meramente como un medio para enriquecerse a través de la intimidación. El ejército estaba podrido, y fue pudriéndose más con el tiempo; además, había un abismo cada vez mayor entre la realidad de lo que estaba ocurriendo en Oriente y las declaraciones públicas que se hacían al respecto. Los oficiales de Batista, tanto de la policía como de las fuerzas armadas, entretenían sus ocios en los casinos o en los clubes nocturnos, y se hacían ricos a base de cobrar la protección que dispensaban a los ciudadanos y otros chanchullos. Además, igual que en el primer período de mando de Batista, el ejército era la más favorecida de las instituciones. Constantemente se construían nuevos cuarteles para reclutas, nuevos clubes, nuevos alojamientos para oficiales, nuevos hospitales militares. Además, en ambos períodos, los soldados asumieron muchas de las tareas de las que normalmente se ocupaban los ministerios de Obras Públicas, Sanidad, Educación, Trabajo e Interior;

el ejército, aunque podrido, lo impregnaba todo. Sin embargo, el soldado raso estaba mal pagado; sólo cobraba treinta dólares al mes; y a finales de 1958 era casi imposible encontrar reclutas.

En la guerra contra Castro, Batista probablemente no perdió más de trescientos hombres. Pero varios oficiales (Villafaña, González Finales, Ubineo León, Quevedo, Oquendo, Durán Batista, Braulio Coronú) se pasaron a Castro a finales de 1958. Castro siempre tuvo algunos partidarios secretos en las fuerzas armadas, sobre todo en la marina, aunque, tras la revolución de Cienfuegos, los conspiradores se acobardaron un poco. Un oficial que había sido el segundo de a bordo dentro del servicio de espionaje militar de Batista era un espía de Castro. A finales de 1958 reinaba la desilusión entre los oficiales más jóvenes respecto de sus superiores. Y el ejército no estaba bien armado: las baterías de artillería eran el mismo modelo Schneider que habían actuado en la defensa de Verdún; las baterías costeras eran antiguas baterías españolas, modelo Ordóñez; los rifles, en muchos casos, eran modelos de 1903.

La tarea de Castro en la lucha fue la de crear una situación de guerra civil en Cuba, de forma que el régimen de Batista pasara a identificarse abiertamente con el ejército, y luego obligar a este ejército, empujado a esta situación de prominencia, a desintegrarse o destruirse a sí mismo a través de sus propias debilidades, divisiones, envidias y errores. Esto fue lo que hizo y, al mismo tiempo, obligó a los cubanos a odiar a Batista, como comentó una vez un psicólogo cubano; esta es sin duda una forma más explícita de decir lo que dijo Guevara en su manual sobre la guerra de guerrillas: «No hay que esperar necesariamente a que se dé una situación revolucionaria: puede crearse».

La moral del ejército descendió todavía más tras el embargo de armas de Estados Unidos. Hasta entonces, Batista podía indicar con cien pequeños detalles que tras él estaba, por si era necesario, el poder armado del país más poderoso del mundo.

Finalmente, la propia indolencia y debilidad de Batista afectó a la moral más que cualquier otra cuestión: el presidente jugaba a la canasta cuando debería haber estado haciendo planes de guerra; como dijo su secretario de prensa en el exilio: «La canasta fue un gran aliado de Fidel Castro». Prescindiendo completamente de los efectos que pudiera producir en la moral, Batista pasaba mucho tiempo dedicado a sus muchos negocios particulares y a la administración de sus fortunas extranjeras, reservándose demasiado poco para los asuntos de Estado. Tabernilla hacía lo mismo. Julio Lobo cuenta que, cuando Tabernilla alojó a sus hombres en la central Pilón, le pidió que presentara tres facturas de los productos suministrados por el almacén del molino, en beneficio de la cuenta corriente privada de Tabernilla.

El objetivo de Castro no había sido el de entrar en combate, sino el de irse manteniendo, elevando de vez en cuando la moral de las ciudades y de sus propios hombres mediante un asalto cuidadosamente preparado y con gran aparato propagandístico contra un puesto avanzado bien elegido. El único modo que hubiera tenido el ejército de combatir a este enemigo tan huidizo habría sido, como sugerimos antes, un sistema concienzudo como el que habían utilizado los ingleses en Malasia. Batista era incapaz de esto, y en realidad cualquier ejército regular, por deficiente que sea su disciplina, se encuentra siempre en desventaja respecto de un grupo pequeño como el de Castro. El tamaño reducido del ejército de Castro era una ventaja. Cuando por fin, a mediados de verano de 1958, Batista llegó a admitir la seriedad del reto de que era objeto y lanzó un ataque importante contra la Sierra, el ánimo de su fuerza, comparativamente grande, era muy bajo. Dejaron a demasiados hombres para vigilar los ingenios azucareros. A los oficiales sólo parecía interesarles la matanza de campesinos. Las distintas columnas no conseguían comunicarse entre sí y tenían que enfrentarse

con Castro de una en una. El ejército cubano, al fin y al cabo, no tenía ninguna experiencia, y por lo tanto ninguna tradición de combate; las guerras de independencia habían sido anteriores a la fundación del ejército, y los que habían luchado en ellas no eran profesionales. Los regimientos no tenían condecoraciones, ninguno había capturado estandartes que pudieran exhibir en sus propios cuartos de banderas. Además, en 1957-1958, el ejército no estaba preparado para una guerra de guerrillas en la jungla, y la propaganda de Castro —referente a sus métodos de guerra y a sus objetivos políticos— causaban un gran impacto en la tropa.

Guevara y Cienfuegos llevaron la guerra a Las Villas, donde el Directorio Revolucionario se había mantenido durante todo el año 1958 en condiciones semejantes a las que Castro tenía en la Sierra Maestra el año anterior, aunque con jefes menos atractivos y menos dotados. También estaban el grupo comunista dirigido por Torres, otro independiente de hombres del 26 de Julio dirigido por Víctor Bordón, y los semibandidos del «Segundo Frente de Escambray». Estos no habían hecho gran cosa antes de que Guevara y Cienfuegos llegaran en octubre de 1958; en realidad, casi lo mismo que había hecho Castro en sus primeros seis meses transcurridos en la Sierra. Los recién llegados transformaron la situación de Las Villas y, por supuesto, la guerra. Guevara demostró unas cualidades de mando apenas inferiores a las del propio Castro, aunque era más analítico y menos intuitivo. Además, su llegada a Las Villas coincidió con la adhesión del Partido Comunista a la causa revolucionaria: esto significó que los comunistas de Las Villas, que ya estaban en armas, estuvieron dispuestos a apoyarle en todo. Tal vez habrían secundado a cualquier jefe del 26 de Julio —por ejemplo, apoyaron a Cienfuegos (que era menos político) lo mismo que a Guevara—, pero las inclinaciones políticas de Guevara contribuyeron, por lo menos, a la colaboración efectiva. En di-

ciembre de 1958, la provincia de Las Villas estaba en plena efervescencia revolucionaria y suponía una amenaza para las comunicaciones con Oriente: la posibilidad de que la isla quedase dividida en dos; y a mitad de mes, Guevara inició su brillante campaña final.

A finales de 1958, el ejército rebelde era un grupo heterogéneo de unos 3000 hombres como mucho, muchos de ellos paisanos que vivían en campamentos. A mediados de 1958 habían sido sólo 300, y probablemente, a principios de diciembre, sólo había unas 1500 o 2000 personas en armas contra Batista, o sea que la mayoría de los que participaron en la lucha final eran reclutas recientes. Tal vez unos 200 no eran cubanos (americanos del norte o del sur); había una mujer por cada veinte hombres. Las mujeres no combatían, excepto el Batallón Femenino, que después se hizo famoso y que sólo tuvo una baja: una chica herida.[42] En estas cifras están incluidos los que luchaban en Las Villas a las órdenes de Cienfuegos, Guevara y el Directorio. El oficial más joven, Enrique Acevedo, tenía dieciséis años.

A finales de 1958, la unidad básica era un pelotón de cuarenta, dirigido por un teniente, y los pelotones, como siempre, se agrupaban en compañías dirigidas por capitanes. No había sargentos formales, aunque a algunos no oficiales les daban puestos de responsabilidad. Todos podían convertirse en oficiales. Los oficiales de mayor graduación eran comandantes: a finales de 1958 había quizá cuarenta. Nadie cobraba.

En 1958, los rebeldes comían de un modo regular, generalmente arroz con algo de carne; tenían ropas, zapatos y mantas mucho mejores que en 1957. Probablemente el 85 por ciento de las armas que utilizaban las habían capturado y en realidad, antes de abril de 1958, el número de armas llegadas a la Sierra desde las ciudades era casi insignificante: una gran remesa tras el fracaso del ataque al palacio, y otra que había llegado desde México en marzo. Y esto era así a pesar de la insistencia perso-

nal y constante de Castro en que las ciudades enviaran armas a la Sierra como primera providencia. A finales de 1958, los rebeldes tenían unas cuantas docenas de *jeeps*, todos capturados, y algunos camiones.

Al final de la guerra, tal vez la mitad del ejército rebelde estaba formada por campesinos o jornaleros de las haciendas de café o azúcar de la Sierra Maestra. Del resto, la mayoría eran trabajadores de las ciudades, aunque algunos eran trabajadores agrícolas de otras zonas de Cuba. La mayoría de los que se unieron a Castro en 1958 recibieron algún entrenamiento básico en zonas alejadas dentro de la Sierra. Todos sabían que, si los cogían, probablemente los matarían, los torturarían, o ambas cosas. Este temor evitó que fueran a sus casas mientras Batista siguió en el poder. Los jefes eran ejemplares. Al mismo nivel que Castro, Guevara, por ejemplo, estaba considerado como el primero en la lucha, el primero en ayudar a un herido, el primero en sacrificarse. Las opiniones abiertas de los jefes eran también una ayuda para el mantenimiento de la disciplina: por ejemplo, un católico, Israel Pérez Ríos, decía de Guevara que era un «hombre excelente, una figura universal; sus ideas son de una humanidad maravillosa, y aunque se han dicho cosas en contra de su personalidad… puedo asegurarle que sus ideas vienen de un corazón generoso». Los hombres sentían lo mismo respecto a Cienfuegos: «No era un jefe, era un amigo, un guía para todos nosotros; era un padre para los soldados, enseñando a todos, tratándonos con afectuosa sinceridad y enseñándonos a ser humanos, hasta tal punto que incluso insistía en que los prisioneros fueran los primeros en comer».

El comandante en jefe (firmó así el 1 de enero de 1959) era, desde luego, Fidel Castro. Sus principales lugartenientes eran Guevara (al mando en Las Villas) y Raúl Castro, al mando en la costa norte de Oriente, con base en la Sierra del Cristal (el «Segundo Frente Frank País»). Camilo Cienfuegos, jefe de la co-

lumna Antonio Maceo, al norte de Las Villas, tenía el mismo rango, igual que el mulato Juan Almeida, jefe del Tercer Frente (este), es decir, la región de Guantánamo. Todos ellos, incluido Castro, tenían el grado de comandante.

A finales de 1958, el ejército rebelde no era sólo una fuerza de combate. Incluía todo un cuerpo de administración encargado del control del «territorio libre» de Oriente: un secretariado, con ramas en varios sitios; y subsecciones encargadas de justicia, sanidad, educación e incluso industria. El ejército rebelde, en su dirección, tamaño, y en la variedad de sus actividades, se estaba pareciendo cada vez más a un ejército regular y, al final, sin duda, se habría visto obligado a combatir al estilo normal.

Pero, además de la guerra en Oriente y en Las Villas, estaba la Resistencia Cívica en las ciudades. Estos hombres y mujeres se veían muy afectados por la represión. Por muchos que murieran en la guerra civil, de las 1500 o 2000 bajas, la mayoría fueron hombres o mujeres, chicos o chicas de las ciudades.[43] La Resistencia Cívica tuvo una importancia enorme. Indudablemente no se habría creado si Castro no hubiera estado en las montañas. Indudablemente también, la Resistencia Cívica por sí sola no habría podido obligar a Batista a huir, pero su continua actividad y su valor comprometieron a la policía y a los soldados y desmoralizaron al gobierno cuando este podía haber restado importancia a la presencia de Castro en la Sierra. El desprecio que más tarde mostraron Guevara y otros revolucionarios por estos guerrilleros del llano fue enorme, pero nada justo ni apropiado, aunque después muchos de los jefes del llano se eclipsaran políticamente.

La presencia de Castro en las montañas, sin embargo, contribuyó a la desintegración de todos los grupos de oposición política a Batista. El propio dictador, en 1952, dio el golpe al antiguo sistema político de Cuba. Igual que el «sistema» de los primeros años de la República había sido destruido por uno de

sus fundadores, el general Machado, el «sistema» surgido de la Revolución de 1933 fue destruido en 1952 por Batista, el destacado revolucionario de 1933, aunque el fracaso auténtico a la hora de cumplir la promesa del sistema le había ayudado a morir tanto como el ejército de Batista.

La guerra civil de 1956-1958 había polarizado a Cuba: en diciembre de 1958, la lucha parecía un combate único, entre Batista y Castro. Los auténticos, como Grau, Prío y Varona; los ortodoxos, como Ochoa, Agramonte, Bisbé y Márquez Sterling; Saladrigas o Martínez Sáenz, los antiguos líderes del ABC, todos quedaron fuera de juego. Los políticos de los partidos más antiguos, como los liberales (el primer partido de los primeros días de la República), que habían ayudado a Batista en todo, al final se vieron perdidos. Lo mismo ocurrió con muchos políticos que habían servido a Cuba, y a sí mismos, durante los veinticinco años anteriores. (Martínez Sáenz, que había sido presidente del Banco Nacional desde 1952 hasta 1959, pronto fue arrestado, junto con el doctor Ernesto Saladrigas y otros políticos de la época de Batista que, imprudentemente, se habían quedado en Cuba, como Ernesto de la Fe o Emeterio Santovenia). En resumen, a lo largo de los años, Batista había completado lo que habían iniciado la corrupción, el gangsterismo, el paro masivo y el estancamiento económico. El pueblo cubano había perdido completamente la fe en los hombres que le habían estado gobernando, pero, como es un pueblo de gran vitalidad, no se resignaba a una vida meramente vegetal, y guardaba en su alma un potencial enorme de fe y esperanza, que después movilizó Castro.[44]

Como con el ejército, Castro sólo tuvo que permanecer a distancia, inflexible, inescrutable en la cárcel o en las montañas, para que los antiguos partidos políticos se arruinaran por sí solos. Algunos auténticos se desacreditaron, no sólo por el mal recuerdo de su propia estancia en el poder, sino porque habían

colaborado con Batista en mayor o menor medida, como miembros de la oposición oficial con escaños en el Parlamento, o como candidatos de la oposición en las elecciones de 1954 o 1958. Grau era el más comprometido a este respecto, y desde luego, en enero, figuraría en la lista de profesores de la universidad —había conservado su cátedra en la facultad de medicina— que habían de ser purgados. Otros habían perdido prestigio por sus disputas particulares. Prío era el presidente al que Batista había destituido, pero no dio ningún paso para reasumir el poder, para nombrarse a sí mismo presidente legal, y nadie propuso ningún plan por cuenta suya. El 4 de enero hizo una declaración en la que saludaba al nuevo gobierno revolucionario y a la propia revolución en «esta nueva era de democracia y libertad». Ni siquiera se refirió a la idea de que la guerra hubiera sido ganada por una coalición de la que él había formado parte.

Los ortodoxos también se habían peleado enconadamente, con fatales consecuencias. En 1952, había un Partido Ortodoxo, dirigido con gran amplitud por el ayudante de Eddy Chibás, Agramonte. Ahora, en 1959, había por lo menos cuatro partidos ortodoxos. No sólo las divisiones habían debilitado a los antiguos partidos, sino también su fracaso a la hora de tener un papel militante en la lucha física contra Batista.

En realidad, los auténticos habían estado presentes en el ataque al palacio, en el motín naval de Cienfuegos, y naturalmente en algunos de los ataques patrocinados por Prío (como el ataque de Cándido González contra la costa norte). Pero los jefes no se habían comprometido. Prío había enviado a morir a Cuba a una expedición tras otra, mientras él se quedaba tranquilamente en Miami; Menelao Mora, el exsenador auténtico que murió en el ataque a palacio, había roto sus relaciones con Prío antes del asalto; y los ortodoxos que habían participado en la lucha contra Batista se habían unido concretamente al movimiento de Castro. Así, Felipe Pazos y Raúl Chibás eran miem-

bros del 26 de Julio, y Chibás era ahora «comandante» y llevaba barba. Así, Agramonte sería ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno revolucionario, y Bisbé, embajador en Estados Unidos.

Los auténticos y otros partidos más antiguos se habrían desacreditado aunque no hubieran tomado parte en el régimen de Batista. Eran hombres que, como el propio país, se habían adaptado al desorden y a la anormalidad y a la crisis política permanente de la vieja Cuba. Muchos de ellos se vieron excluidos de la participación en cualquier futuro gobierno por el decreto de la Sierra (que ahora tenía fuerza de ley) que prohibía participar en la vida pública durante treinta años a todos los que hubieran tomado parte en cualquiera de las elecciones de Batista. La guerra, naturalmente, no sólo destruyó al gobierno, destruyó el sistema que había precedido al gobierno; y nadie volvió a oír hablar del pacto de Caracas o de otros acuerdos de la época de la guerra. En 1958, Castro había lanzado un lema en el que pedía que se luchara contra «el 10 de marzo [de 1952], sin volver al 9»: lema que, como veremos, tenía mucha fuerza.

80

Castro y América en 1959

¿Qué o quién era el vencedor? Naturalmente, Castro tenía influencias a su alrededor. Los que habían estado con él durante la lucha en la Sierra eran los que él había escuchado. Estas voces, sin embargo, no sonaban todas igual. Algunos, como Juan Almeida, Celia Sánchez, la hija del doctor Pilón, o Efigenio Ameijeiras, el nuevo jefe de policía, le consideraban lealmente como jefe *tout court* y probablemente habrían seguido cualquier política que él hubiera decidido. Otros tenían sus propios puntos de vista: Raúl Castro y Guevara, indudablemente, representaban una opinión extrema, no necesariamente marxista o comunista, pero creían que Cuba había de elegir entre dos extremos: o permitir que la burguesía norteamericanizada (dentro de la cual estarían la mayoría de los antiguos dirigentes ortodoxos) estropeara las perspectivas de revolución social, o instituir la dictadura del proletariado. Probablemente a Castro se le presentó esta alternativa inmediatamente después de conseguir el poder, y es evidente que, tras la retórica de aquellos días, estaba intentando serenamente decidir en qué dirección había de ir; había de elegir entre la comodidad conocida, y la posible corrupción intelectual, de la primera alternativa, o el riesgo desconocido de la segunda. Incluso en los problemas supuestamente ideológicos, estas decisiones tan precisas suelen ser, en lo referente a los políticos, cuestiones de cálculo. Pero Guevara y Raúl Castro, siendo los líderes más destacados, habían tenido siempre mucha influencia sobre Castro. Los no comunistas o los anticomunistas no habían podido contrapesar su fuerza de persuasión. Sin embargo, en 1959, Guevara hablaba con cierta ambigüedad. No era comunista y nunca había sido miembro del partido. En 1964 le preguntaron si en la Sierra Maestra había

previsto que la Revolución cubana tomaría una dirección tan radical como la que tenía entonces. Guevara contestó:

> Lo sentía intuitivamente. Desde luego no se podía prever el rumbo que tomaría la revolución ni la violencia de su desarrollo. Tampoco era previsible la formulación marxista-leninista… Teníamos la idea más o menos vaga de resolver los problemas que veíamos claramente que afectaban a los campesinos que luchaban con nosotros y los problemas que veíamos en la vida de los obreros.

Un poco antes había explicado: «Éramos sólo un grupo de combatientes con ideales elevados y poca preparación… teníamos que cambiar las estructuras y empezamos los cambios sin un plan». Un periodista español que estuvo en la Sierra oyó por casualidad cómo Castro reprendía a Raúl Castro por intercambiar cartas con Guevara sobre filosofía política, y dijo que este último «no estaba de acuerdo con muchas de las premisas del marxismo».

Sobre las opiniones de Castro en 1958-1959, Guevara dijo en 1964:

> Yo sabía que no era comunista, pero creo que también sabía que acabaría siendo comunista, del mismo modo que entonces sabía que yo no era comunista, pero también sabía que lo sería al cabo de poco y que el desarrollo de la Revolución nos llevaría a todos al marxismo-leninismo. No puedo decir que fuera un conocimiento claro o consciente, sino una intuición, la consecuencia de una… cuidadosa valoración de la evolución de la actitud de Estados Unidos… y del modo como [Estados Unidos] actuó en aquellos momentos… a favor de Batista.

Esta afirmación tan vaga de un político sincero por lo general es quizá la muestra más aproximada que podemos tener del estado mental de Guevara hacia el 1 de enero de 1959. Pero al final de ese mes, Guevara, en una charla dada en la asociación Nuestro Tiempo —un grupo intelectual de La Habana formado en parte por comunistas— lanzó la mayoría de las ideas que después desarrollaría hasta convertirlas en una filosofía coherente: explicó cómo, en la Sierra, las necesidades de los campesinos habían convertido a los rebeldes en defensores de la idea de la reforma agraria; cómo la experiencia de la Sierra probaba

que «un pequeño grupo de hombres resueltos» puede vencer a un ejército regular y cómo esto constituía un ejemplo para el resto de América Latina, cuyos demás pueblos habrían de tratar de liberarse también del mismo modo; y cómo en adelante el ejército rebelde sería el principal agente de la reforma social de Cuba («nuestro primer instrumento de lucha… la vanguardia del pueblo cubano»); y cómo al final todo el pueblo cubano se convertiría en un ejército de guerrilleros. Guevara expuso estas ideas menos dogmáticamente que al cabo de un tiempo, y recordó que la Constitución estipulaba la reforma agraria, indicando que, por lo menos en esto, la revolución se proponía cumplir con la Constitución. A pesar de todo, es de suponer que, en sus muchas conversaciones, Guevara hablaría a Castro de estas ideas, expresándolas probablemente en un estilo más directo. Sin embargo, la reforma agraria que imaginaba Guevara en aquellos momentos parecía, en principio, no tanto colectivista como basada en la antigua idea anarquista de la distribución de las grandes propiedades, junto con algún tipo de política arancelaria que fomentase un gran mercado nacional.

En cuanto a Raúl Castro, es cierto que había sido miembro de la juventud comunista, pero no había sido muy ortodoxo; siempre había estado más influido por su hermano que por sus amigos de partido; además, ahora había adquirido el poder por derecho propio y no quería compartirlo. Evidentemente era un extremista, pero no necesariamente subordinado a ninguna línea de partido. Sus aparentes disensiones con Guevara sobre detalles del marxismo hablan por sí solas.

El único mando del ejército que rivalizaba con Guevara y Raúl Castro en rango y fama era Cienfuegos; durante un tiempo, en realidad, Cienfuegos (hijo de anarquistas españoles), con su carácter abierto y jovial y su cálida sonrisa, parecía ser casi tan popular como el propio Castro. Más tarde, Castro dijo de él que era «un espíritu puramente revolucionario, con madera de

comunista… como puede verse en sus libros, sus escritos, su espíritu unitario, que se manifiesta en las cartas en las que habla de Félix Torres [el comunista de Yaguajay], cuando se lo encontró en Las Villas». La mayoría de la gente, sin embargo, lo consideraba de modo distinto: «claramente anticomunista, no simplemente neutral»; «un tipo infantil, siempre jugando con fusiles». Pero Cienfuegos no influyó mucho en Castro, y Castro dijo más tarde que podría haberle relevado del mando por su «bajo nivel político». Cienfuegos alcanzó relieve en los tres últimos meses de la guerra; en Las Villas, su campaña había estado mucho peor dirigida que la de Guevara. Guevara y Raúl Castro habían sido unos compañeros más estrechos, aunque hay que recordar el comentario sibilino del primero cuando, seis años después, se fue de Cuba: «Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario». También hay que recordar que Raúl Castro estuvo lejos de la Sierra y de Castro casi desde marzo de 1958, y Guevara desde septiembre. Además, se daba la paradoja de que la mayoría de los miembros anticomunistas del 26 de Julio (como el excomunista Franqui, él coordinador nacional Marcelo Fernández o Faustino Pérez, en La Habana) eran también antinorteamericanos, y hostiles a los comunistas porque los consideraban conservadores, oportunistas, aburguesados y no lo bastante críticos respecto al coloso del norte.

El llamamiento de Castro como oficial rebelde quedó realzado por su elocuencia. La primera vez que exhibió esta elocuencia ante un gran auditorio fue en su discurso de la noche del 1 de enero, pronunciado en el Parque Céspedes, de Santiago. Habló con sencillez pero con romanticismo, de un modo clásico, durante muchísimo rato, y sin apuntes. Su figura alta y su rostro digno, joven, pero grave, con facciones regulares y barba, resul-

taron imponentes para los que le vieron hablar en carne y hueso. El efecto fue casi el mismo en los auditorios más amplios de la televisión. Ya en su primer discurso dio la nota, que más tarde se haría familiar, del consejero prudente, que es tan padre como rebelde; su elocuencia era cálida, comprensible, propia para mantener la epopeya heroica de la guerra revolucionaria:

> ¿Qué gloria hay mayor que el amor del pueblo? ¿Qué mayor premio que estos miles de brazos que se agitan, tan llenos de esperanza, fe y afecto hacia nosotros? Nunca nos hemos dejado llevar por la vanidad o por la ambición, porque, como dijo nuestro Apóstol [Martí], todas las glorias del mundo desaparecen como un grano de maíz; no hay satisfacción ni premio mayor que el cumplimiento de nuestro deber, como hemos estado haciendo hasta ahora, y como haremos siempre, y al decir esto no hablo en mi nombre, hablo en el nombre de los miles y miles [una exageración tal vez perdonable] de combatientes que han hecho posible la victoria; hablo del… respeto debido a nuestros muertos, los caídos, que nunca serán olvidados… esta vez no se podrá decir, como en otras ocasiones, que traicionamos a nuestros muertos, porque esta vez los muertos seguirán mandando.

Sin embargo, la actitud política de Castro en enero de 1959 no estaba totalmente clara, probablemente ni siquiera para sí mismo. En un famoso discurso pronunciado tres años más tarde, tocó el tema, seguramente con demasiada claridad:

> ¡Creo absolutamente en el marxismo! ¿Creía el 1 de enero [de 1959]? El 1 de enero [de 1959] creía… ¿Lo comprendía tan bien como hoy?… No… El 1 de enero, ¿me podía considerar un revolucionario perfecto? No, entonces ni siquiera me podía considerar un «revolucionario casi perfecto».

Pero ¿qué político dice la verdad tres años más tarde sobre lo que creía tres años antes? ¿Podemos exigir una mayor consecuencia a los revolucionarios que a los liberales? Cuando Castro hablaba de este modo, se había comprometido en una alianza íntima con el Partido Comunista, que entonces amenazaba con envolverle. Podrían elegirse otros comentarios, hechos por el propio Castro y por otros, para indicar lo difícil que es hacer un juicio. En cambio, varios años más tarde, un amigo íntimo le preguntó cómo se las habría arreglado en Cuba si no hubiera

sido por la Unión Soviética. Castro lanzó una nube de humo de cigarro y, después de reflexionar, dijo: «Habría jugado con la burguesía nacional durante diez años, pero al final habría sido lo mismo». Si Castro, en enero, ya daba vueltas a la idea de hacer entrar a Cuba en el campo socialista, tal vez se debiera a su pasión por desempeñar el papel más difícil, heroico e independiente que pudiera imaginar, más que a la convicción de que el punto de vista marxista sobre la historia fuera correcto.

Las experiencias de los años de lucha, combinadas con el propio temperamento de Castro, le llevaron a creer que su papel era el de líder revolucionario por excelencia, y también el del rebelde de toda América: el 1 de enero, en Santiago, dijo que «los ojos de toda América» estaban fijos en Cuba, que Cuba merecía ser uno de los primeros países del mundo por su «valor, inteligencia y firmeza». ¿Qué tipo de revolución? Quizá esto era de menor importancia. Por encima de todo, había que llevar a «la Revolución» a su último extremo. Así, Luis Buch (del Movimiento 26 de Julio de Santiago), en una carta enviada en 1958 a Armando Hart, que entonces estaba en la cárcel, dice: «Justo Carrillo es revolucionario y desea una revolución moderada, no lo que nosotros planeamos». «La Revolución» realizaría los sueños de Céspedes, Maceo y Martí, y, aunque muchos políticos cubanos habían proclamado antes estas aspiraciones, la personalidad de Castro, su relativa juventud y experiencias previas le hacían insistir, con gran psicología, en que esta vez no habría compromiso. «Los muertos de las tres guerras de Independencia mezclarán ahora sus cenizas con las de los muertos en 1956-1959». Pero los tiempos habían cambiado, tal vez habría que reinterpretar el mensaje de Martí. Al fin y al cabo, según Castro, esta había de ser «una Revolución de todo el pueblo». Las desilusiones del pasado, de 1898 y de 1933, hacían que Castro, un eslabón de una larga cadena, fuera más radical de un modo inevitable. En el mismo primer discurso de Santia-

go, el 1 de enero por la noche, dijo a su auditorio: «Ahora la Revolución está empezando. La Revolución no será una empresa fácil […] sino que en esta etapa inicial especialmente estará llena de peligro». Pero no ocurriría lo que pasó en 1895-1898, «cuando los norteamericanos intervinieron en el último minuto e impidieron que Calixto García asistiera a la caída de Santiago». Tampoco ocurriría como en 1933, cuando, primero Carlos Manuel de Céspedes, y luego Batista, vinieron a traicionar «la Revolución», ni como en 1944, cuando «los que llegaron al poder resultaron ser unos ladrones». La revolución no llegaría en un día, pero al final se llevaría a cabo. Por primera vez, la República sería realmente libre… «por primera vez en cuatro siglos».

¿Qué quería decir «la Revolución»? En su discurso de Santiago, Castro no se refirió a nada concreto, salvo a un plan para la construcción de una escuela para 20 000 niños campesinos en la Sierra Maestra, proyecto que había tenido en la cabeza por lo menos desde que se fue de México. El 5 de enero, en Camagüey, dijo: «Hemos luchado para que nunca más vuelva a haber censura», y en La Habana insistió en este punto. El 6 de enero, en Matanzas, fue más explícito: «Vamos a atacar el analfabetismo, la malversación, el vicio, el juego y la enfermedad». La gente de Cuba se salvaría moralmente. Por lo que Castro dijo más tarde de sus opiniones de 1958-1959, por sus opiniones posteriores, y por la consideración de su pasado, es evidente que Castro, en enero de 1959, era un nacionalista radical, que ansiaba usar métodos «revolucionarios» para conseguir sus fines, pero que no estaba muy seguro de la naturaleza exacta de esos fines, de su virtualidad ni de cuál era la mejor manera de realizarlos. No era comunista en el sentido de ser un miembro secreto del partido o un hombre muy influido por los escritos de Marx. Al contrario, ya era más «revolucionario», sinceramente nacionalista, libre de trabas, ambicioso y audaz que el Partido Comunista cubano, al que miraba casi con la misma suspicacia con

que miró a los demás partidos comunistas de América Latina, organizados de un modo bastante parecido, a finales de la década de 1960. En realidad, tenía una ambición demasiado grande, un temperamento demasiado quijotesco como para poder someterse a la disciplina y a la autoridad superior que el comunismo considera necesarias; y el nombre, aunque no la política, de su primer grupo político de finales de la década de 1940 —Unión Insurreccional Revolucionaria— habría sido muy apropiado para el grupo de sus seguidores más próximos de 1959.

En esta afición indefinida a la revolución por la revolución hubo siempre cierto romanticismo garibaldino que se manifestaba especialmente en los lemas revolucionarios. Así, Castro terminó sus discursos poco después con el lema «Patria o Muerte [en vez de "Victoria o Muerte"], ¡Venceremos!»: eco directo del *Risorgimento*, aunque también recordaba la guerra de independencia (las divisas de Mambi fueron «Independencia o Muerte» desde 1895 hasta 1898, y «Patria y Libertad» a partir de 1902, lema que todavía se ve en las monedas cubanas). Es casi como si Castro y sus compañeros estuvieran enamorados del concepto, o de la palabra, de revolución.[45] Pero en realidad, ¿no era esta la tónica de los cubanos desde, por lo menos, 1895? Martínez Ortiz, en su historia de los primeros años de la independencia cubana, asegura a sus lectores que el nuevo cabildo de La Habana, en 1899, estaba formado por «revolucionarios de pura cepa», aunque entre ellos estuviera Alfredo Zayas; en el prefacio de su autobiografía, Horacio Ferrer, que fue ministro de la Guerra en el gobierno «liberal» de Céspedes de 1933, está calificado de «revolucionario que purifica y engrandece el significado de esa palabra». Chibás se autocalificaba de «revolucionario» desde los veinte años y Grau, en 1933, había concebido su gobierno como revolucionario; «somos los únicos revolucionarios puros de Cuba, doctor», había dicho Justo Carrillo de sí mismo y habían dicho a Grau los estudiantes en

diciembre de 1933 cuando el régimen de aquel parecía desmoronarse. Por supuesto, el uso que hizo Chibás de la palabra explica muchas cosas; llamó a su organización de izquierda democrática «Izquierda Revolucionaria»; y en un artículo escrito en 1937 explicaba que «Revolución no es sinónimo de violencia. Los terroristas y los extremistas nunca han hecho una Revolución en ninguna parte del mundo, sino que, por el contrario, han frustrado muchas».

Además, aunque a los extraños les pudiera parecer que el concepto de «Revolución» era inmaturo o absurdo, o ambas cosas, evidentemente era autóctono, no como el de «democracia» o «constitución»: era un concepto que enlazaba a la Cuba de 1959 con la de 1868, abarcando la lucha de los esclavos por la libertad, de los criollos contra los españoles, de los cubanos contra Estados Unidos; «no se puede imaginar nada más idiota que el intento de establecer un gobierno liberal bajo leyes españolas», había dicho el general Wood; pero a pesar de todo, Cuba, en el siglo XX, era una cultura antigua y completamente diferente de la de Estados Unidos, y por débil que pudiera parecer a los norteamericanos de la generación de Wood, algo de esa cultura sobrevivía, o por lo menos la gente esperaba que sobreviviera, o confiaba en conservarlo. El esfuerzo de los norteamericanos para imponer sus propios valores, por superiores que fueran, sobre los cubanos, por «decadentes» que fueran, había de vacilar con casi total seguridad. Y, a pesar de la vaguedad del concepto de revolución, la nación pronto oyó hablar de contrarrevolucionarios, por ejemplo, «el grupo Cantillo»; en el discurso de Castro en el Campamento Columbia, los cubanos oyeron hablar por primera vez de «enemigos de la Revolución».

Pero el concepto de «la Revolución», de cualquier modo que se explicase, era fundamental: la gente había hablado tanto de Revolución durante veinticinco años que, por último, Castro pudo provocar una conmoción internacional llevando a cabo

simplemente lo que sus predecesores, los políticos reformistas de Cuba, decían que ya habían hecho. Antes de 1959, Castro no tenía ninguna ideología, aun cuando quizá codiciara una secretamente. Todo era vago, aunque heroico. Él y los jefes del 26 de Julio en general tenían ciertas ideas generales de nacionalismo y reforma social, pero no había ningún programa explícito. Cuando había que definir la Revolución, provocaba divisiones como en todas las revoluciones, la visión del futuro utópico se basaba en una visión del pasado.

Si Castro ambicionaba el poder, y si, una vez conseguido, lo mismo que la mayoría de los políticos, no lo cedería sin lucha, y si era seguro que iba a utilizar ese poder de un modo revolucionario, Estados Unidos, inevitablemente, se vería implicado. Durante mucho tiempo, el embajador norteamericano había sido el segundo hombre más fuerte de Cuba, por lo menos. En cierto modo, Estados Unidos consideraba a Cuba el más íntimo amigo de todos los países extranjeros. La economía de Cuba y la de Estados Unidos eran en realidad una sola. En 1959 el valor de las inversiones norteamericanas en Cuba era todavía mayor que el de las de cualquier otro país latinoamericano, excepto Venezuela, y sobre una base per cápita, el valor de las empresas norteamericanas en Cuba era más de tres veces superior al de cualquier otro país de América Latina. Sin embargo, aparte el azúcar, eran inversiones destinadas a las empresas de servicios públicos, y estas eran, o parecían, monopolios, y, por lo tanto, parecían además identificadas con el gobierno o por lo menos reguladas por él. Estos hechos, junto con el arrendamiento permanente de la base de Guantánamo al gobierno de Estados Unidos, significaban que siempre podía producirse una explosión política. También significaban que los empresarios, propietarios de molinos y hacendados norteamericanos esperarían apelar a la embajada de Estados Unidos. La íntima asociación de los intereses comerciales cubanos y norteamericanos

hacía que Estados Unidos estuviera interesado por todos los gobiernos cubanos. Castro, sin embargo, estaba decidido desde el principio a no representar el papel tan corriente del líder progresivo latinoamericano que, tras un año o dos de palabrería, se convierte en un dócil títere de Washington. Además, casi desde el principio, fue hostil al grupo de líderes «liberales» del Caribe, como Figueres, de Costa Rica; Muñoz Marín, de Puerto Rico, o Betancourt, de Venezuela. Tal vez fuera cuestión de edad. A Castro estos hombres le parecieron, y tal vez lo eran, algo paternalistas, al acogerle como a un miembro joven del club que ellos habían fundado.

El Estados Unidos de Eisenhower también se manifestó paternalista. La diferencia de temperamento entre Eisenhower y Castro no podía ser mayor. Pero las diferencias temperamentales no producen necesariamente peleas nacionales. Los dos hombres nunca se vieron personalmente. La tensión que más tarde surgió entre la Cuba de Castro y el Estados Unidos de Eisenhower tenía raíces más profundas. En primer lugar, la Cuba de Castro aspiraba al heroísmo y a la epopeya. Los dominios de Eisenhower eran confortables. El propio temperamento de Castro requería tensión, probablemente requería un enemigo; a ser posible, una situación en la que pudiera pasar, o seguir pasando, por el jefe rebelde en pie de guerra, rodeado de enemigos (de ahí lo pronto que empezó a aludir a los enemigos de la Revolución o contrarrevolucionarios). Además, como indicó dos años más tarde, la revolución que él planeaba, incluso en enero de 1959, estaba claramente enfocada a un enemigo, a un oponente al que podía utilizar, a base de jugar con el nacionalismo, para afirmar las diferencias nacionales.

La única Cuba verdadera seguía siendo, al fin y al cabo, una Cuba rebelde. En el pasado, siempre que los rebeldes habían conquistado el poder, se habían convertido en una nueva causa de protesta. La única nota honorable de identidad que podían

extraer los cubanos de los últimos y tumultuosos cien años era la de la rebelión. Castro, el rebelde personificado al que casi nunca volvió a verse vestido de otro modo que con el uniforme verde oliva del rebelde de la Sierra, se daba cuenta, consciente o inconscientemente, de que la única manera de mantener la integridad de su rebelión y de la larga marea de rebeliones que la habían precedido era la de continuar la rebelión, ahora no contra Batista, sino contra el ambiguo e imprevisible coloso de autoridad que había sido amigo de Batista durante tanto tiempo: Estados Unidos. Su primer ministro de Hacienda, López Fresquet, señalaba: «Castro proyectaba socializar Cuba. Creía que esto le enajenaría automáticamente las simpatías de Estados Unidos. Por lo tanto, renunció a la amistad norteamericana desde el principio». Pero, en realidad, ¿no deseaba ganarse la antipatía de Estados Unidos, y después planeó la socialización de Cuba como una consecuencia? El deseo de Castro de desafiar a Estados Unidos, que llegaba al odio, parece patológico. En junio de 1958, después de que cayera una bomba en la casa de un campesino, Castro había escrito: «Me juré a mí mismo que los americanos iban a pagar caro lo que estaban haciendo. Cuando termine la guerra, para mí empezará una guerra mucho mayor y más extensa: la guerra que voy a iniciar contra ellos. Me digo a mí mismo que este es mi verdadero destino».

Esta inquietud tan antigua como el siglo se veía exacerbada por la inquietud contemporánea de la administración Eisenhower. En enero de 1959, Dulles era todavía secretario de Estado. Para él y para la Administración en general, los gobiernos neutralistas eran tan poco de fiar como los enemigos declarados. Dulles y su hermano Allen, todavía jefe de la CIA, habían presidido la destrucción del régimen de Arbenz en Guatemala. Guevara había asistido al clímax de aquella contrarrevolución. Él, Castro y sus lugartenientes sabían que en cuanto se aproximasen a cualquier reforma, en Estados Unidos habría quien pe-

diría «acción» (los marines o la CIA) para derrocar al gobierno cubano. Sabían que una «Revolución» que implicase algo así como la nacionalización de las propiedades norteamericanas —un camino irresistiblemente atractivo para un líder revolucionario latinoamericano que alcanza el poder— haría que esas voces encontraran una gran audiencia. Creían tal vez que, se hiciera lo que se hiciera en un sentido de reforma, corrían el riesgo de algún tipo de tensión con Estados Unidos.

En parte, resultó estar mal informado. Estados Unidos ya no se oponía al neutralismo *tout court*. Los conservadores del Departamento de Estado, del mundo de los negocios y de otras agencias del gobierno, no estaban tan bien situados en 1959 como en 1955. Muchos funcionarios del gobierno norteamericano (en particular, Wieland, Rubottom y Philip Bonsal) deseaban muy en serio ayudar a un gobierno reformador en Cuba. Estos hombres criticaban, e incluso eran hostiles, a los hombres de negocios que habían sido embajadores en Cuba desde 1952. En 1958-1959, Estados Unidos no tenía una política definida respecto a Cuba o, en realidad, respecto a América Latina. Los ataques contra el vicepresidente Nixon habían indicado que algo iba mal, pero no estaba claro qué era. Había muchos otros problemas. Castro, que durante tanto tiempo había estado alejado del mundo, no sabía bien hasta qué punto era atípico el embajador Smith. Irónicamente, el embajador Smith tuvo razón al juzgar que el régimen de Castro acabaría siendo comunista; una mayor ironía fue el hecho de que la tendencia de hombres como Gardner y Smith a ver comunistas detrás de cada mata contribuyó a hacer que el régimen se abriera al comunismo.

Había otro elemento, de no menor importancia, en la cuestión. Un régimen fuertemente democrático y constitucional, por la naturaleza de las cosas, habría recibido mucho apoyo del sector ilustrado del gobierno de Estados Unidos; la ayuda, la

asistencia técnica y las inversiones habrían llovido copiosamente; indudablemente, el nivel de vida cubano habría aumentado; la mayoría de los cubanos, sobre todo de la clase media, pero también gran parte de la clase trabajadora, habrían disfrutado de una vida mejor; pero no habría sido una vida cubana; habría sido un departamento de la vida norteamericana, con todos sus esplendores y miserias. Tal vez Castro, inconscientemente, se daba cuenta de que se le presentaba la última oportunidad de afirmar una individualidad insular, en parte hispánica, en parte africana, pero en ningún caso norteamericana.

Cuba era un caso especial. Los largos años de dominio político, económico, social y cultural de Estados Unidos sobre Cuba, hacían que muchos norteamericanos que iban a Cuba —tal vez la mayoría— se mostraran paternalistas. Durante mucho tiempo, La Habana había sido el sitio de los buenos momentos, la prostituta y el habano, la película pornográfica, el daiquiri en el Sloppy Joe's o en el Bar Florida, el dinero fácil en la ruleta. «El mejor sitio para emborracharse», escribió Errol Flynn en un menú en La Bodeguita del Medio, un famoso restaurante próximo a la catedral. En realidad, había tantos norteamericanos que habían pasado buenos momentos en Cuba, que nunca se les había ocurrido que estas asociaciones de ideas pudieran ser humillantes para los cubanos. Además, no sabían nada de la vida intelectual de Cuba, nada despreciable. Sus libros de historia no mencionaban a José Martí, y ni siquiera sus enciclopedias. Para los norteamericanos, la guerra de independencia cubana era un prólogo de la guerra hispano-norteamericana, e incluso los historiadores creían que los médicos del ejército de Estados Unidos Walter Reed y William Gorgas habían descubierto, ellos solos, la causa de la fiebre amarilla, sin la ayuda del médico cubano Carlos Finlay.

Finalmente, y esto también era específico de Cuba, las relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos eran una

fuente de desavenencias, y lo habían sido desde el tratado comercial de 1904, cuyos puntos esenciales se renovaron en 1934: Cuba podía vender grandes cantidades de azúcar a Estados Unidos a precios muy favorables. Este acuerdo no sólo hacía más difícil que Cuba diversificara su producción, sino que además permitía que las compañías norteamericanas inundaran a Cuba con toda una serie de productos baratos y a veces inútiles, utilizando, para venderlos, unos métodos publicitarios propios de Estados Unidos, que debilitaban todavía más la vida cultural de los cubanos.

Durante los quince años anteriores, las relaciones entre Estados Unidos y América Latina habían cambiado en muchos aspectos, pero sobre todo en los contrastes que ahora se manifestaban aún con mayor viveza: el poder de Estados Unidos era el mayor del mundo, no sólo del hemisferio occidental. Su nivel de vida era enormemente alto comparado con el de América Latina, que en algunos países incluso había descendido respecto de la década de 1920. Sus fuerzas militares estaban tan bien equipadas y eran tan numerosas que lo situaba a gran distancia de las demás naciones del hemisferio occidental. Las alianzas bilaterales que habían hecho en el hemisferio habían permitido que algunas de las naciones pertenecientes al antiguo imperio español hubieran convertido a sus ejércitos y policías, de bandas de rufianes harapientos y descalzos, en diestros y sofisticados pretorianos del siglo XX, que hacían más fuertes a los gobiernos y aumentaban la necesidad de armas en todo el continente. Estados Unidos, además de ser la única fuente de armamento —en toda América no había ninguna otra nación que contara con una industria de armamento a una escala parecida—, era la mayor fuente de inversiones. La época en que Inglaterra podía competir había quedado muy lejos.

La riqueza, aunque no necesariamente el nivel de vida, de América Latina había aumentado. En Venezuela había millona-

rios del petróleo, pero el petróleo no había mejorado mucho la vida de los trabajadores del valle del Orinoco. Durante la década de 1950, los precios de los artículos de consumo habían dado un bajón, o sea que el aumento de producción no constituyó ninguna ayuda. En el mismo período, Estados Unidos sacó de América Latina más beneficios que lo que invirtió; lo mismo pasó con respecto a las naciones subdesarrolladas en general. Además, los latinoamericanos sacaron dinero de sus propios países más rápidamente de lo que entraba, en parte debido a la bien intencionada política norteamericana de estímulo a las reformas sociales.

La política general de Estados Unidos había cambiado perceptiblemente con los cambios económicos. La política de buena vecindad de Roosevelt, con su afirmación de la no intervención, había creado muchos amigos a Estados Unidos en América Latina. Pero ahora, estos amigos eran viejos o estaban muriéndose. Por radicales que hubieran podido ser en la década de 1930, ahora eran conservadores del *statu quo*; y ese *statu quo*, esa definición de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, cada vez más se manifestaba, no tanto en lazos vivos, como en vínculos legales o diplomáticos. «A excepción del Export-Import Bank», señaló Arthur Schlesinger, a la política de buena vecindad «le faltó una dimensión económica». Yugoslavia —señalaba—, un país socialista, recibió más ayuda económica entre 1945 y 1960 que toda América Central y del Sur. Había otro punto a señalar: los reformadores norteamericanos, pragmáticos, liberales y que en gran medida tenían éxito, no vivían dentro de la misma tradición intelectual que los hispanoamericanos del sur, retóricos, esquemáticos, románticos y amantes de los sistemas. Los sudamericanos se habían acostumbrado, como todas las sociedades patriarcales en decadencia, a ver las sociedades en términos de choque político entre clases; la clasificación de la sociedad en terratenientes, capitalistas, clase

obrera y campesinos, en el norte parecía sencillamente anticuada, incluso un poco insultante, pues ellos nunca habían sido patriarcales. A pesar del nuevo y sofisticado interés por América Latina que surgió en Washington tras el desastroso viaje que hizo allí el vicepresidente Nixon en la primavera de 1958, era difícil ver cómo América del Sur podría ser algo distinto a un enemigo o una colonia para América del Norte. Al mismo tiempo, todos los intelectuales cubanos, además de su visión esquemática de la sociedad, tenían en el inconsciente una gran reserva de emociones antinorteamericanas, en parte anticuadas, en parte superficiales, provenientes de la época de la enmienda Platt o de la de Sumner Welles, en 1933, que, a pesar de todo, constituían una parte importante de su cultura retórica.

81

La ilusión lírica

«Un momento de decencia», así calificó Ernest Hemingway, con su habitual contención, a la situación de Cuba en enero de 1959, «tras un período de reajuste violento». Ahora vendría, añadía, un gobierno pacífico. La huida de un tirano, la derrota de sus esbirros, la toma del poder por parte de unos jóvenes, la culminación milagrosa de un gesto valeroso, la atención del mundo; un ejército honesto que vigilaba los edificios públicos; grandes proyectos de reforma en perspectiva; jóvenes dispuestos a cualquier trabajo, a cualquier empresa, fuera cual fuese su experiencia: estas cosas crearon en Cuba, a principios de 1959, una extraordinaria atmósfera de esperanza, confianza, entusiasmo y camaradería. Algunas compañías, como la Compañía del Ron Bacardí, de José Bosch, y la de Cervezas Hatuey, se ofrecieron a pagar sus impuestos anuales por adelantado.

El nuevo gobierno era el primer motivo de entusiasmo. Nadie conocía al presidente provisional, el juez Urrutia; pero, a pesar de eso, parecía el magistrado idóneo, un buen juez, tal vez convencional, pero un hombre que, en el momento de la prueba, actuaría con decisión, y hasta con valentía. El primer ministro, Miró Cardona, parecía un hombre de la misma clase; un abogado respetable e inteligente que también se había negado a inclinarse ante el dictador. El primer gabinete del Gobierno Revolucionario (como se llamó) se componía de hombres de la misma edad y referencias que estos dos, y de seguidores de Castro, mucho más jóvenes; dentro del primer grupo, Agramonte, el candidato presidencial ortodoxo de 1952, pasó a ser ministro de Asuntos Exteriores; Rufo López Fresquet, un economista y experto en impuestos que había sido columnista sobre cuestiones económicas del *Diario de la Marina*, consejero

técnico del ministro de Hacienda de Grau y director de la sección industrial del Banco de Desarrollo en la época de Prío, se convirtió en ministro de Hacienda; Cepero Bonilla, también economista y periodista, en ministro de Comercio; Ángel Fernández, otro abogado de la clase media, amigo de Urrutia, pasó a ser ministro de Justicia, mientras que su subsecretario, Yabur, era un antiguo colaborador de Manolo Castro en la universidad y un político ortodoxo de segunda fila; Luis Orlando Rodríguez, que había sido secretario general del Movimiento Juvenil Auténtico, y jefe del grupo universitario anticomunista conocido familiarmente como «El Bonche Universitario», luego había sido ortodoxo, había ingresado en el Movimiento 26 de Julio y se había ido a la Sierra para editar *Cubano Libre*, después de que cerraran su periódico, *La Calle* (que había patrocinado a Castro en 1955), se convirtió en ministro del Interior y, a partir de entonces, llevó un uniforme muy bien cortado y unas botas relucientes, y Manuel Fernández, antiguo seguidor de Guiteras en los años treinta, miembro de Joven Cuba, y en los años cincuenta del MNR de García Bárcena, un revolucionario romántico, pasó a ser ministro de Trabajo; algo más joven era Regino Boti, un economista, hijo de un famoso poeta patriarcal de Guantánamo, coautor con Felipe Pazos del único plan económico de la Revolución existente, que volvió de la ECLA para convertirse en ministro de Economía; mientras que Elena Mederos, la única mujer del gobierno, era una incansable trabajadora social que pasó a ser ministro de Bienestar Social. También estaban unidos a este grupo otros hombres destacados, como Felipe Pazos y Justo Carrillo, que se convirtieron en presidentes del Banco Nacional y del de Desarrollo respectivamente, puestos que habían ocupado en la época de Prío, y de los que habían dimitido cuando el golpe de Batista. Pazos, en compañía de Raúl Chibás, había sostenido aquella original disputa con Castro en Miami, pero, con la euforia de la victoria, se

olvidaron temporalmente aquellos sucesos. Emilio Menéndez, uno de los pocos jueces de la época de Batista que tenía las manos limpias, pasó a ser presidente de un nuevo Tribunal Supremo. Ernesto Dihigo, un conocido abogado que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Prío, se convirtió en embajador en Estados Unidos. Manuel Bisbé, jefe, como Agramonte, de una fracción de los ortodoxos, fue el embajador en la ONU. La participación de todos estos hombres hizo que el gobierno pareciera, en cierto modo, el tipo de gobierno que Agramonte podría haber nombrado si hubiera sido elegido presidente en 1952: hombres decentes, para el momento de decencia.

Su carácter de «burgueses», sin embargo, ocultaba el hecho de que gobernaban en el vacío. Los gobiernos extranjeros dieron por sentado que, puesto que eran hombres de la clase media, su gobierno también sería de clase media; y desde luego Urrutia empezó enseguida a dedicarse a las agradables tareas de un presidente cubano del viejo estilo: pasaba el día recibiendo a periodistas y a antiguos amigos, al gran maestre de la Logia Masónica, a sacerdotes y obispos, al expresidente Prío y, de vez en cuando, a los nuevos ministros. Utilizaba el lenguaje de la revolución, pero esto ya lo habían hecho otros antes que él. Las iniciativas de Urrutia, sin embargo, se redujeron a proponer la liquidación del juego y de los burdeles. No era un hombre que se buscase muchas complicaciones.

En contraste con Urrutia y los ministros de mediana edad estaban los fidelistas y los miembros activos del ejército rebelde o de la Resistencia Cívica. Los dos jefes de la Resistencia Cívica de La Habana se convirtieron en ministros: Faustino Pérez, el exestudiante de medicina baptista, que había trabajado por la causa durante tanto tiempo de tantas formas, desde el MNR de García Bárcena y el *Granma* hasta entonces, pasó a ser el ministro encargado de cuidarse de las propiedades confiscadas a Batista y sus amigos, como la Villa Kuquine y la central Washin-

gton, que habían sido del dictador; las Aerolíneas Cubanas y Q., pertenecientes, respectivamente, a José Villaboy y José Iglesias, etc.; y Manuel Ray, el brillante ingeniero del túnel de Almendares que había dirigido la campaña de sabotaje en La Habana, en 1958, sin nunca ser detenido, pasó a ser ministro de Obras Públicas, con lo que inmediatamente se convirtió en el responsable de la restauración de puentes, líneas férreas, carreteras y demás vías de comunicación destruidas o dañadas durante la guerra, sobre todo en Oriente. El primer coordinador nacional y organizador del Movimiento 26 de Julio, Armando Hart (hijo de un juez que ahora era vicepresidente del Tribunal Supremo) —que llamó por primera vez la atención pública cuando, siendo estudiante, provocó un escándalo en un programa de televisión en el que Jorge Mañach hablaba en directo, y fue miembro del MNR de García Bárcena antes de unirse a Castro en 1955—, se convirtió, a los veintiocho años, en el nuevo ministro de Educación. Los nuevos ministros de Defensa y Agricultura, Augusto Martínez Sánchez y Humberto Sorí Marín, habían sido los abogados consejeros de Raúl Castro en la Sierra del Cristal y de Fidel Castro en la Sierra Maestra, respectivamente; el último había sido auténtico anteriormente. El ministro de Comunicaciones, Enrique Oltuski, hijo de refugiados rusos de etnia judía, había sido el organizador del Movimiento 26 de Julio en Las Villas; igual que Hart, aún no había cumplido treinta años, y había estudiado la carrera de ingeniero en la Universidad de Miami (Florida). El ministro de Sanidad, doctor Martínez Páez, había dirigido uno de los hospitales de la Sierra Maestra, mientras que el secretario del consejo de ministros —puesto siempre importante— fue Luis Buch, un abogado de una familia liberal de Santiago que había dirigido la Resistencia Cívica de esta ciudad y que, innumerables veces, había hecho de correo entre La Habana y Miami. Todas estas perso-

nas parecían honradas, inteligentes, pacíficas e instruidas, poco corrientes en la lucha sangrienta del mundo político hispánico.

Castro era miembro del gobierno como comandante en jefe del ejército rebelde, pero a principios de enero no asistió a las reuniones del gobierno. Ya desde los comienzos actuó como una especie de presidente extra del gobierno; los ministros más amigos suyos, como Hart y Martínez Sánchez, celebraban reuniones no oficiales con él en la *suite* del Havana Hilton donde pasaba la mayor parte del tiempo. Pero pocos miembros del gobierno, ni siquiera los del Movimiento 26 de Julio, le conocían bien. Ray, por ejemplo, le había visto dos veces en la Sierra; Agramonte sólo podía recordarle por la época ambivalente del movimiento ortodoxo. Con Sorí Marín y Martínez Páez, compañeros de la Sierra durante parte de 1958, tenía una relación distante. En cuanto a su propia posición anterior a las posibilidades de poder, Castro dijo en 1961 a los telespectadores franceses: «Nosotros [o yo, como habrían dicho otros] nos mantuvimos separados del gobierno y no participamos para nada en las decisiones del consejo de ministros. No dudábamos en absoluto que las personas responsables tomarían las medidas elementales que esperaba el pueblo».

Al principio, la ausencia de Castro de los asuntos de gobierno no tuvo ninguna consecuencia, ni beneficiosa ni perjudicial. Los ministros estaban reunidos la mayor parte del tiempo, a menudo hasta muy entrada la noche, tratando de establecer una continuidad en la administración. «En ningún momento —recordaba el ministro de Hacienda—, se esbozó una línea general de conducta… la mayor parte de cada sesión del consejo de ministros —añadía—, se dedicaba a preparar una nueva Constitución». También tenían que hacer muchos nombramientos. Los altos cargos de la mayoría de departamentos del gobierno habían huido o habían tenido que ser purgados. Los héroes de la Revolución se hicieron cargo del gobierno en to-

das partes, a veces porque ellos mismos se empeñaron. Pero generalmente los nuevos ministros consiguieron evitar las insensateces de mayor bulto: López Fresquet mantuvo a dos terceras partes de los antiguos funcionarios del Ministerio de Hacienda y consiguió convencer a Castro de que un tal comandante que deseaba el puesto de director de los impuestos sobre el tráfico rodado era poco apropiado para el mismo. Los ministros ejercieron el derecho de patrocinio ampliamente. Los ministros católicos, como Sorí Marín, nombraron a católicos, los racionalistas nombraron a racionalistas, los hombres de acero nombraron a hombres de acero, los Savonarolas nombraron a Savonarolas. Al mismo tiempo, en cada ministerio se dedicaban a desenterrar a los «botelleros», los beneficiarios de prebendas y los oficiales corrompidos, que generalmente resultaban ser las mismas personas: 800 botelleros tuvieron que marcharse del Ministerio de Hacienda, 300 del cuerpo de Aduanas, 265 de la comisión de transportes y 580 del Ministerio de Sanidad. Sin duda, muchos eran antiguos gángsteres a los que Prío había dado cargos en un intento de acabar con el gangsterismo. Cada día, en la prensa aparecían nuevos relatos de chanchullos: el periódico revolucionario *Revolución*, seguido por otros periódicos —aunque con menos entusiasmo, porque también se revelaban las relaciones económicas de muchos periodistas y periódicos respetables con el antiguo régimen, lo cual resultaba muy embarazoso—, publicaba con fruición las cuentas, acciones y negocios de todo tipo pertenecientes a Batista, a su familia y a sus amigos. Treinta y seis de los cuarenta jueces del Tribunal Supremo fueron destituidos, y los jueces nombrados para sustituirlos hicieron una purga entre las filas inferiores de la judicatura; por consiguiente, un 20 por ciento de los jueces fueron destituidos por colaboración con el antiguo régimen, mientras que una de las maestras más jóvenes y destacadas, Mirta Rodríguez, que había tenido un papel importante en el sabotaje contra Batista,

exigió una purga completa de maestros de escuela, funcionarios del Ministerio de Educación, e incluso de alumnos. También se pidieron purgas en la universidad que, sin embargo, no volvió a abrirse inmediatamente.

Un problema que se resolvió más rápidamente de lo que era de suponer fue el del Directorio Revolucionario. Se había temido verdaderamente una lucha entre ellos y el Movimiento 26 de Julio. El 9 de enero, el día después de la llegada de Castro a La Habana, dominados por la elocuencia de Castro y por su éxito entre el pueblo, empezaron a entregar las armas. Pero Chomón, su jefe, junto a este gesto, declaró que Castro no tenía ningún derecho a proclamar capital a Santiago. Castro, en una entrevista televisada el 9 de enero por la noche, respondió tratando de separar a Chomón de otros jefes, como Cubela, o del espíritu del muerto Echevarría: «Siempre pensé que la Revolución había de ser un movimiento único. Nuestra tesis es que quien habría de hacer una revolución no es este grupo o aquel, sino el pueblo». Sin embargo, nadie quería más derramamiento de sangre, por lo menos no inmediatamente. Un grupo de madres cubanas pidió que se les permitiera ir a la universidad, donde estaban amontonadas las armas del Directorio: ya había habido bastante lucha. Este ofrecimiento llegó a Castro cuando estaba en la televisión, lo cual arroja ciertas dudas sobre la espontaneidad del hecho. *Revolución* comentó: «Fidel inclinó la cabeza, cerró un momento los ojos, cambió de postura, abrió los ojos y dijo: "esto demuestra que en una democracia la opinión pública es una fuerza irresistible"». El 13 de enero, Castro y el Directorio se reunieron y, después de mucho discutir, Castro, confiando en el apoyo público con que contaba, convenció al Directorio de que depusiera las armas. El Directorio cedió, esencialmente, a la presión de los acontecimientos. Poco después, sus miembros directivos aceptaron puestos de gobierno de poca importancia; Cubela fue a Praga como agregado militar y, pos-

teriormente, cuando Cuba reanudó las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, Chomón fue nombrado embajador. O sea que esta dificultad se superó fácilmente; pero la propia dificultad fue uno de los motivos por los que incluso Miró Cardona, el primer ministro, con fatales consecuencias para sí mismo, no insistió en convocar una reunión de todos los partidos y grupos que habían formado parte del pacto de Caracas.

Las primeras ocupaciones del gobierno revolucionario fueron las de revelar, acusar y castigar. Había muchas otras promesas, esperanzas, perspectivas y planes, es cierto. Además del presidente Urrutia, muchos otros esperaban que la Lotería Nacional se convirtiera en una institución de ahorro nacional. Indudablemente se eliminaría el vicio, aunque la desaparición de la policía de Batista significaba que, de todos modos, gran parte de su sostén económico se vino abajo. Se acelerarían los planes para la eliminación del analfabetismo. Se prepararía un plan de industrialización nacional. Las universidades volverían a abrir, aunque después de una purga, igual que las escuelas, que ya estaban abiertas de nuevo. El gobierno, con toda seguridad, reduciría los costes de electricidad y teléfonos. Habría una reforma agraria, y hasta la Asociación de Colonos del Azúcar, abandonando precipitadamente su política de adulación a Batista, pidió que se llevara a la práctica de una manera efectiva. Aunque Castro, en el pasado, había mencionado tantos planes diferentes de reconstrucción agraria (y en realidad, en algunas zonas de Las Villas y de Oriente, ya se había empezado a aplicar uno basado en la idea del reparto o división de las grandes propiedades), que no estaba claro en qué consistiría exactamente la reforma, casi nadie dudaba de que convertiría en propietarios a los pequeños arrendatarios; de que insistiría en la utilización eficaz de la tierra cultivable y no cultivada, y de que haría efectivas las medidas contra los latifundios contenidas en la Constitución de 1940. Por consiguiente, las salutaciones desconcer-

tantes a la Revolución por parte de todos los sectores de la sociedad continuaron durante muchos días. Parecían epitafios cómicos de iglesias antiguas: «Al glorioso ejército rebelde. Igual que ayer estábamos a vuestro lado en las montañas… hoy estamos con vosotros para consolidar la patria. Asociación Nacional de Cultivadores de Café». Francmasones y veteranos de 1898, grandes almacenes y firmas textiles, compañías de seguros y banqueros saludaban fervorosamente al gobierno revolucionario. Hombres como Víctor Pedroso, aristócrata, banquero y asegurador, rindieron homenaje a Urrutia como habían hecho hacía menos de dos años ante Batista, después del ataque al palacio. Mucha gente, para sorpresa general, se puso brazaletes del 26 de Julio. Entretanto, a principios de enero, muchos edificios e instituciones empezaron a denominarse con nombres de revolucionarios muertos; así, el instituto tecnológico de Ceiba del Agua se convirtió en la Escuela Tecnológica Juan Manuel Márquez.

Pero el principal problema del gobierno durante las primeras semanas fue el de las detenciones y castigos. ¿Cómo se podían hacer? Los principales policías de Batista habían huido, o estaban escondidos, o habían sido detenidos por el ejército. Los que no fueran acusados de asesinato, tortura o cualquier otra conducta criminal podrían continuar en sus puestos: «Todos los que tuvieran un expediente digno y correcto serían revalidados». Sin embargo, rápidamente —es decir, antes de transcurrir una semana después del 1 de enero de 1959— se colocó por encima de ellos una nueva armazón de mandos policiales. Se cambió rápidamente el uniforme de la policía para eliminar la antigua imagen de la fuerza que se había hecho tan tristemente famosa anteriormente. La policía recibió además un aumento de sueldo. Sin embargo, incluso en cargos bastante importantes, continuaron miembros destacados de la policía batistiana;

así, el coronel Ledón se convirtió en jefe de la policía de tráfico de La Habana.

Estaba también el ejército. Castro empezó continuando la línea que había seguido en sus declaraciones de la Sierra: aparte de los «criminales de guerra» el antiguo ejército se fusionaría con el nuevo. El nuevo gobierno no tenía ningún rencor contra los antiguos oficiales y tropa. El 9 de enero, Castro, en su primer discurso en Campamento Columbia, dijo que el presidente le había pedido específicamente «que reorganizara el ejército». El 22 de enero calificó de anarquista a un periodista que le había pedido que aboliera el ejército. Para entonces ya habían quedado marginados varios oficiales de la escuela intermedia, hombres democráticos del antiguo ejército. La figura clave, Barquín, se había convertido en jefe de las academias militares; Borbonnet, el principal seguidor de Barquín, que había estado al mando de La Cabaña durante unas horas, del 1 al 2 de enero, pasó a desempeñar el cargo nominal de jefe de tanques. El coronel Rego Rubido, el «digno» y «correcto» oficial de Santiago al que, en realidad, Urrutia hizo jefe de Estado Mayor, fue nombrado agregado militar en Brasil. Entretanto, el 14 de enero, Guevara inauguró en La Cabaña la primera escuela militar-cultural para «elevar el nivel cultural del ejército rebelde».

Los gobiernos militares de las distintas provincias de la isla, naturalmente, fueron encomendados a miembros de confianza del ejército rebelde: Raúl Castro en Oriente, Hubert Matos en Camagüey, Calixto Morales en Las Villas, Dermitio Escalona en Pinar del Río y William Gálvez en Matanzas. Pedro Díaz Lanz, un piloto de la aviación comercial que había transportado armas a la Sierra desde Centroamérica, un individuo menos digno de confianza, pasó a ser jefe de la pequeña fuerza aérea; era hijo de un oficial del ejército procesado por Machado. Cienfuegos sucedió al coronel Rego Rubido como jefe de Estado Mayor. Algunos de los soldados del antiguo régimen fueron pues-

tos en libertad, pero pocos quedaron integrados en el nuevo ejército.

En cambio, el 19 de enero, en el Príncipe Habana estaban prisioneros 145 exsoldados, unos 30 policías y 25 civiles.

Estas fuerzas de orden, el nuevo ejército, la policía casi nueva, constituían la autoridad para la política de castigos del régimen, la discutida cuestión de las penas por crímenes de guerra. El horror de la época de Batista no apareció en toda su extensión hasta que hubo terminado. La prensa descubría y fotografiaba cadáveres, esqueletos y cámaras de tortura. Los que tenían hijos o hermanos, maridos o compañeros desaparecidos se presentaron pidiendo venganza. Pocos de los asesinos habían tomado medidas para ocultar su identidad. A partir del 1 de enero se sucedieron las detenciones diariamente. Esto se hacía siguiendo los decretos publicados por Castro y sus consejeros legales en la Sierra Maestra; en estos decretos se pedía a los oficiales de los servicios armados que renunciaran a sus nombramientos; a los políticos que se negasen a colaborar en cualquier tipo de elecciones; y se prometía castigar a los que hubieran cometido crímenes de guerra, aunque hubiera sido por orden del gobierno. En este sentido, por lo tanto, los hombres de la Cuba de Batista estaban plenamente advertidos, y la aprobación de la ley era anterior al delito; además, como señalaron los abogados del régimen revolucionario, incluido Castro, los juicios de guerra cubanos fueron legalmente superiores a los juicios de Nuremberg: «Los que aplaudieron a los tribunales de Nuremberg no pueden oponerse a nuestros consejos de guerra», argüía *Revolución* el 13 de enero.

Había otros argumentos menos legalistas. El ministro de Asuntos Exteriores, Agramonte, dijo a los embajadores y periodistas que fueron a verle que los juicios estaban dictados por el temor de que los parientes de los muertos o torturados hiciesen justicia por su cuenta, como había pasado tras la huida de Ma-

chado. Realmente, la preocupación por el paralelismo con otros casos históricos era un punto importante. Existía el temor de que, como había ocurrido en 1933-1934, la Revolución triunfante engendrara una serie interminable de pequeñas bandas de gángsteres, que impusieran su violencia por todo el país. En este caso hubo muy pocos arreglos de cuentas privados, algo casi sin precedentes para Cuba en este tipo de situaciones; y sólo hay que pensar en el final de la ocupación de Francia para comprender hasta qué punto esto fue un logro para los cubanos, una de las naciones del mundo donde se aprieta el gatillo con facilidad. Lo único que puede matizar esta opinión es el tratamiento que recibieron los cien prisioneros más o menos a los que parece ser que fusilaron los hombres de Raúl Castro nada más llegar a Santiago.

Los tribunales que juzgaron a los criminales de guerra se componían de dos o tres miembros del ejército rebelde, un asesor, y a veces un respetable ciudadano local. Había un fiscal y un defensor. Los juicios inmediatamente posteriores al 1 de enero fueron consejos de guerra sumarísimos, y el resultado fue que, en todo el país, fueron ejecutados más o menos un centenar de oficiales o policías. Sin embargo, el 10 de enero ya se habían formado tribunales normales y, a partir de entonces, por lo que se deduce de las informaciones de la prensa, los juicios fueron equitativos, en el sentido de que se hizo un esfuerzo sincero para determinar la culpabilidad o inocencia de los acusados. Unos cuantos se confesaron culpables. Una vez establecida la verdad, desde luego las circunstancias no eran propicias para sentencias moderadas: cada día aparecían en los periódicos fotografías de cadáveres descompuestos o relatos de atrocidades. Aun así, no todos los convictos, ni mucho menos, fueron fusilados; un primo hermano de Batista, el teniente Zaldívar, fue condenado a un año y medio en Manzanillo por maltratar a los prisioneros. Algunos recibieron condenas más largas; a otros

los pusieron en libertad sin juzgarlos, tras un interrogatorio. El 20 de enero, probablemente habían fusilado a algo más de doscientos hombres, todos por asesinato de prisioneros o por tortura. Algunos, como el agente de policía Cara Linda, conocido por las torturas que había llevado a cabo en Caibarén, huyó después de ser capturado y durante un tiempo llevó una vida de semigángster en el campo. Muchos de los que fueron fusilados lo merecían ampliamente, según el criterio de la mayoría. Si los hubieran encarcelado y después los hubieran soltado, indudablemente habría habido muchos actos de venganza privados. La mayoría de estos hombres eran cabos, sargentos u oficiales jóvenes. El general Cantillo, que estuvo a punto de ser fusilado sin juicio el 5 de enero por haber permitido escapar a Batista, se salvó de la muerte gracias a la intervención de Earl Smith y del embajador brasileño, Vasco da Cunha.

Estos juicios, sin embargo, no fueron equitativos, en el sentido de que, como suele ocurrir en estos casos, los grandes criminales escaparon y sólo quedaron los pequeños para recibir su merecido: Masferrer estaba en Florida —llegó el 6 de enero en su yate con 17 millones de dólares, que depositó inmediatamente— mientras su chófer esperaba que le juzgaran en Santiago. El jefe de policía, coronel Ventura, estaba también en Estados Unidos, pero su secretario particular estaba en la cárcel de La Habana. Algunos exministros —incluido Santiago Rey, el jefe nominal, como ministro de Defensa, de todos ellos— estaban en embajadas extranjeras, protegidos por el derecho de asilo, y más tarde serían escoltados hasta los aviones en los que se marcharían: su último recuerdo de Cuba serían los gritos de «Traidor, ladrón, asesino» lanzados por la multitud.

Apenas se habían iniciado estos consejos de guerra cubanos, cuando en Estados Unidos empezaron a condenarlos. Dos críticos importantes fueron el senador Wayne Morse y la revista *Time*. Esto provocó cierta tensión entre Cuba y Estados Unidos

antes de que hubieran pasado quince días desde la instauración del gobierno revolucionario, y la lectura de un comunicado del secretario de Estado, Dulles, al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, con fecha 14 de enero, indica que el Departamento de Estado estaba considerando la posibilidad de ejercer algún tipo de presión para que Cuba «garantizase un gobierno de ley, orden y justicia».

Para entonces, el embajador Smith había abandonado La Habana y había dimitido, y la embajada quedó en manos de un encargado de negocios; Estados Unidos reconoció el nuevo régimen el 7 de enero, recordando sin duda las recriminaciones de que había sido objeto cuando, en 1933, se había negado a reconocer a Grau. Otros países siguieron su ejemplo.

Castro casi no mencionó a Estados Unidos en sus primeros discursos en Santiago o en La Habana. El 9 de enero le preguntaron si sabía que Estados Unidos había ofrecido ayudar a la reconstrucción del país. Él contestó que toda ayuda sería bien recibida. ¿Sabía Castro que el gobierno de Estados Unidos se ofrecía a retirar su misión militar? Si el gobierno de Cuba pedía su retirada, la misión tendría que marcharse. Eso no era prerrogativa de Estados Unidos sino de Cuba. Además, ¿de qué le había servido a Batista la misión militar? ¿Le habían aconsejado para que perdiese la guerra? «Si nos van a enseñar eso, sería mejor que no nos enseñaran nada». Además, las guerras se ganaban cuando se luchaba por una causa justa y honorable. El 13 de enero, Castro aludió a la condena que hacía el senador Wayne Morse de los consejos de guerra:

> La revolución cubana ya está siendo criticada… en Estados Unidos… Hay intereses, hay compañías, que temen que se les puedan quitar algunas concesiones inmorales. Lo mismo ocurre con la misión militar… No pueden decir que somos comunistas porque, si lo hicieran, tendrían que decir que todo el pueblo cubano es comunista. Eso sería absurdo.

Las críticas del senador Morse, especialmente su sugerencia de que Estados Unidos debería considerar la posibilidad de to-

mar represalias, como, por ejemplo, la reducción del cupo de azúcar o congelar los créditos cubanos, provocaron un gran enojo, basado en toda una serie de alusiones históricas que, evidentemente, aparecían con toda facilidad en labios de los cubanos: ¿cuándo habían protestado contra las atrocidades de Batista? ¿No había ocurrido lo mismo en 1895-1898, cuando el «vecino interesado» había intervenido en el momento de la victoria cubana, a pesar de no haber hablado para nada de los «reconcentrados» de Weyler? ¿Y en 1933? ¿No tenía Batista fuertes vínculos con la prensa internacional?[46] A partir de entonces, los cubanos leyeron diariamente en la prensa referencias a una «insidiosa campaña del extranjero» contra la Revolución. La Associated Press era el principal blanco de la crítica, debido a la íntima relación que había tenido en el pasado con el gobierno de Batista y a la embarazosa revelación de que su último corresponsal en La Habana, José Arroyo Maldonado, había estado recibiendo «una botella» de 71 dólares al mes de la Lotería Nacional. Castro dijo en televisión que deseaba tener las mejores relaciones posibles con Estados Unidos, pero que no podía adoptar una actitud de sumisión respecto a ellos. «No voy a venderme a Estados Unidos, y tampoco recibiré órdenes de ellos». Raúl Castro dijo en Santiago que no comprendía cómo Estados Unidos podía quejarse de las ejecuciones cuando ellos habían vendido armas a Batista «para diezmar a la población de Cuba». Empezaron a criticarse las concesiones que había hecho Batista a Estados Unidos para la explotación de la bahía de Moa. Peor aún, se descubrió que cuatro miembros de la embajada norteamericana eran miembros honorarios del odiado SIM. Y no eran sólo Castro y su hermano quienes hablaban en un tono tan firme. El presidente Urrutia dijo explícitamente que apoyaba a Castro en todo lo que había dicho.

Se hicieron algunos tenues intentos para cerrar estas fisuras incipientes. Pero siguieron apareciendo informaciones embara-

zosas para Estados Unidos. Se probó que el SIM había tenido relaciones especiales con el FBI, y se sugirió (aunque nunca se probó de hecho) que Ernesto de la Fe, el primer ministro de Información de Batista, en 1952, había llegado a cobrar un sueldo del FBI. Varios «criminales de guerra» —incluidos los odiados policías Ventura, Pilar García y Carratalá— se habían refugiado en Estados Unidos. Castro pidió su extradición. En un tono cada vez más duro, el 15 de enero dijo a un grupo de periodistas norteamericanos que si a Estados Unidos no le gustaba lo que estaba pasando en Cuba podía enviar a los marines, y entonces habría «200 000 gringos muertos». El 16 de enero, en un discurso pronunciado ante la tumba de Chibás, invirtió la metáfora y dijo que si venían los marines habría seis millones de cubanos muertos. En otro discurso, el mismo día, acusó a Estados Unidos de desear castrar a la Revolución: por primera vez estaba en el poder un gobierno cubano que no recibiera órdenes del extranjero. Castro habló otra vez de historia a sus oyentes, presentándola algo más duramente que antes: la enmienda Platt había sido «una vergüenza y una humillación»; en 1933, Estados Unidos había comprado a Batista. El mundo había de enterarse de que Cuba «sabe defenderse. Somos un pueblo pequeño, pero orgulloso…». «Si desean tener buenas relaciones con el pueblo de Cuba, lo primero que han de hacer es respetar nuestra soberanía. Los criminales [durante la guerra civil] no eran los cubanos sino los que no dijeron una sola palabra mientras la población de Cuba estaba siendo asesinada en masa». Guevara, en La Cabaña, fue más lejos: Wall Street siempre combatió las luchas de los pueblos por la libertad, como había ocurrido en el caso de Guatemala. Se estaba preparando una agresión semejante contra Cuba. Desde luego, en enero aún no se habían desenvainado las espadas. Castro sólo se refirió a los intereses económicos norteamericanos, no al gobierno. Pero, como él mismo dijo, ya había tensión, ya había un aire de

tormenta inminente. A finales de mes, por fin se retiraría la misión militar norteamericana.

82

Las primeras sombras

Naturalmente, ya desde el principio empezaron a plantearse preguntas sobre los comunistas. Al fin y al cabo, el Partido Comunista de Cuba, aunque no tuviera un prestigio muy grande, por lo menos había sobrevivido a la etapa de Batista. El 2 de enero, Guevara dijo a un comunista norteamericano, Joseph North, que en la nueva Cuba el Partido Comunista actuaría y se comportaría como todos los demás partidos. Sin embargo, Guevara negó vehementemente a un periodista de su Argentina natal que el Movimiento 26 de Julio tuviera nada que ver con el comunismo:

> Somos demócratas, nuestro movimiento es democrático, liberal, y está interesado en la cooperación de toda América. Llamar comunistas a todos los que se niegan a someterse es un viejo truco de los dictadores. En el plazo de un año y medio se organizará una fuerza política con la ideología del Movimiento 26 de Julio. Entonces habrá elecciones y el nuevo partido competirá con los demás partidos democráticos.

El 9 de enero, Cienfuegos dijo a un periodista que él, personalmente, en la Sierra sólo había conocido a tres hombres de ideología comunista, pero que el Partido Comunista tendría derecho a organizarse como todos los demás partidos democráticos, siempre que no representase los intereses de una potencia extranjera.

En realidad, a finales de 1958, el Partido Comunista se encontraba en una extraña posición. En la lucha contra Batista había tenido un papel menos destacado que los seglares católicos. Todavía en abril de 1958 había estado dispuesto a actuar directamente contra el Movimiento 26 de Julio en la huelga general. Después, la dirección del partido se había comprometido en una alianza con Castro, enviando a uno de sus miembros más destacados, Carlos Rafael Rodríguez, a la Sierra. Los diri-

gentes del partido en Las Villas establecieron estrechas relaciones con Guevara y Cienfuegos cuando llegaron allí en octubre. El mismo mes, los líderes obreros del partido se habían aliado con la sección sindical del 26 de Julio. Desde luego, todos estos acontecimientos eran recientes y posiblemente se trataba de disposiciones tácticas que tal vez no continuaran después de la victoria; en realidad, los acuerdos laborales no duraron. En noviembre de 1958, el partido pensaba que la desunión de la oposición hacía poco probable el derrocamiento de Batista en un futuro próximo y, por lo tanto, todavía confiaba en «un gobierno democrático de coalición», mientras que los miembros del partido que entonces empezaban a aparecer en los grupos clandestinos de la oposición tenían un aire «amistoso, humilde, casi suplicante, y no pedían más que la oportunidad de ser útiles», pues creían que la rebelión dirigida por Castro tenía una «remota posibilidad de éxito, pero nada más». El movimiento juvenil comunista había enviado dos miembros a la Sierra para que le representasen ante Castro en 1957, y hubo otros individuos aislados que se unieron a la causa rebelde. Nada de esto contó mucho. Sin embargo, permitió que el Partido Comunista acogiera con satisfacción la victoria y no saliera de la etapa de dictadura tan desacreditado como lo habría hecho si Batista hubiera huido, por ejemplo, un año antes. Su postura moral era algo superior a la de los obispos que, como episcopado, no se habían comprometido en modo alguno antes del 1 de enero de 1959.

Así que el partido se mantuvo intacto. Como no le habían permitido participar en ninguna de las elecciones de Batista, no había ningún decreto de la Sierra que le impidiese participar en actividades públicas. A principios de 1959 era el único partido que contaba con una organización bien establecida por toda la isla: probablemente tenía unos 17 000 afiliados. Aun así, el Movimiento 26 de Julio tenía más miembros, pero era un movi-

miento más de aficionados, sin ideología; más que un partido una alianza, una organización a la que en el mes anterior a la huida de Batista se habían unido de forma no oficial muchísimas personas que nominalmente eran miembros de otros grupos políticos, por el mero hecho de decir a otros o incluso a sí mismas que eran miembros del movimiento. Pasara lo que pasara, por lo tanto, el Partido Comunista de Cuba podría desempeñar un papel importante en la Cuba posterior a Batista.

Además, puede que se haya exagerado la dimensión del descrédito que había de afrontar el Partido Comunista. Su colaboración con Batista en la guerra y con Grau eran cuestiones muy antiguas. En realidad, en los impetuosos días de la victoria, se consideraba más reprobable la línea pasiva que había seguido el partido durante la mayor parte del segundo mandato de Batista. ¿Dónde habían estado la mayoría de los dirigentes del partido durante los días épicos de Moncada o del *Granma*? «Debajo de la cama», como dijo Castro más tarde. Para contrarrestar esto sólo podían decir que se habían opuesto firmemente a Estados Unidos, el principal apoyo de Batista, hasta el final. Tenían algunos otros recursos. Podían vanagloriarse de ser el único partido relativamente honrado de entre los antiguos. Por ejemplo, Lázaro Peña, aquel negro agraciado, se había hecho famoso porque cuando fue secretario general de los sindicatos, antes de 1947, devolvía 500 de los 600 dólares mensuales que constituían su sueldo. Muchos de los mejores escritores de Cuba eran comunistas o simpatizantes, desde Nicolás Guillén, un elocuente poeta mulato que seguía la línea de su amigo García Lorca, hasta Manuel Navarro Luna, poeta de Manzanillo. Estos hombres constituían el vínculo entre los comunistas cubanos y la gran tradición cultural izquierdista internacional, con la guerra española (a la que había ido Guillén, aunque como «combatiente cultural»), con Pablo Neruda, Rafael Alberti, etc. Algunos de los dirigentes, como Rodríguez o Fabio Grobart, eran hombres

de talento. Entre sus seguidores había muchos reformistas sociales bienintencionados. Todos los jefes tenían una larga experiencia política, y probablemente, el descrédito de que era objeto el partido por el apoyo inmutable que habían prestado a Moscú, incluso en la época de Stalin, durante veinticinco años, se veía contrarrestado por la continuidad de los dirigentes. Además, Blas Roca había conseguido sobrevivir a la crisis de la «desestalinización» en 1956; había ido a China en 1957 y había sido un testigo de primera mano de lo que él llamaría «las cualidades humanas de Mao Tse-tung». Rodríguez y Marinello habían sido miembros del gobierno durante la guerra, los primeros latinoamericanos comunistas que formaron parte de un gobierno. Finalmente, el hecho de que Batista hubiera calificado de comunistas a sus oponentes fue una ayuda para el partido. Cobraron una importancia a la que quizá ni siquiera habían aspirado. El 8 de febrero de 1959, *Bohemia* publicó un artículo muy largo de Francisco Parés (un exiliado de la guerra civil española) que señalaba que el comunista era «el único [partido] que había quedado a flote». Añadía: «Fidel no basta para asegurar la supervivencia del fidelismo».

Entretanto, *Hoy*, el periódico comunista, volvió a venderse públicamente por primera vez desde 1953, y su editor fue Carlos Rafael Rodríguez, uno de los dirigentes del Partido Comunista durante la época de Batista. El 1 de enero, los comunistas de La Habana habían entrado en el antiguo palacio de los trabajadores, el cuartel general de la CTC, que habían construido en la época de Grau. Sin embargo, pronto cedieron el sitio al FONU. También entraron en una serie de pequeños garitos, lo rompieron todo, y pusieron carteles por fuera en los que decía que allí se había instalado una sección del Partido Comunista. En La Habana, los comunistas se apoderaron de la oficina política de Alberto Salas Amaro, un oscuro candidato presidencial de 1958, y la convirtieron en su cuartel general. Empezaron a

celebrar reuniones, aunque con prudencia, y la primera vez que se reunieron en masa fue en memoria del antiguo héroe poeta de 1933, Martínez Villena, que tenía garantizadas las simpatías de muchas personas al margen del partido. En realidad, el recuerdo de Martínez Villena y de Mella era uno de los recursos más fuertes del partido. Durante todas estas semanas hubo tal confusión que Castro, por lo menos, no pareció preocuparse por lo que hicieran los comunistas. Pero ellos, desde luego, eran el único partido organizado, y el único grupo que se molestó en publicar un nuevo manifiesto a principios de enero, el del 6 de enero, es decir, antes de que Castro hubiera llegado a La Habana, consistente en cuatro puntos: convertir el ejército rebelde en el núcleo del ejército del futuro; promulgar el decreto de reforma agraria de octubre de la Sierra; buscar nuevos mercados en la Europa Oriental para los productos cubanos, y restaurar la Constitución de 1940.

Entre bastidores, el partido ya estaba tratando de consolidarse en un sector del ejército. Con Guevara habían llegado muchos comunistas de Las Villas. Aunque no se dio ninguna publicidad a estos hombres, en los primeros momentos de confusión tras la caída del régimen, uno o dos de ellos recibieron, o tomaron, puestos estratégicamente importantes; así, Armando Acosta, el líder comunista de Las Villas, que había sido la mano derecha de Guevara en la batalla de Santa Clara y que había suministrado alimentos a Cienfuegos, pasó a tener el mando de La Punta, la vieja fortaleza del puerto que estaba del lado de La Habana, enfrente de El Morro y La Cabaña. Tal vez este puesto no se debiera más que al talento de Acosta, pero no podría decirse lo mismo de otros nombramientos que hizo Guevara en La Cabaña. Al cabo de pocas semanas, Marcos Armando Rodríguez, que más tarde se hizo famoso como el traidor de Humboldt 7, y que hacía poco había conseguido ingresar en el Partido Comunista apareció como «instructor» en La Cabaña.

Además, Acosta pronto se encargó de las «actividades culturales» de La Cabaña, lo cual significaba que controlaba la educación militar y el tiempo libre, y naturalmente cumplía su tarea con entusiasmo dogmático. Dio cargos a varios comunistas, entre ellos a Alberto Lavandeyra, educado en Francia y con la experiencia de la revolución de Guatemala, y a Ramón Nicolau, comisario de los cubanos que lucharon en la guerra civil española y «contacto» entre los comunistas y el Directorio en 1958. Indudablemente, estos nombramientos de La Cabaña supusieron el comienzo de la influencia comunista en el ejército rebelde. Todo el mundo reconoce que este fue el inicio de un proceso, no su final; y no está muy claro de dónde, exactamente, surgió la iniciativa: probablemente de Guevara. Pero hay que suponer que los comunistas del ejército, por pocos que fueran, desde el primer día después de la victoria aprovecharon todas las oportunidades para aumentar y extender su influencia. Desde principios de enero ensalzaron la victoria revolucionaria. El 3 de enero, *Pravda* saludaba a la Revolución cubana: «El pueblo cubano ha apurado la amargura del sufrimiento hasta las heces y ahora no puede temerle. Los patriotas tienen el [deber]… de completar la liberación». Pero en otro punto ya surgían dudas: un diplomático norteamericano, William Bowdler, segundo secretario de la embajada de La Habana, el 16 de enero de 1959 ya había decidido que «los comunistas estaban ocupando puestos en todas partes», y mientras la primera declaración comunista después de la huida de Batista, la del 6 de enero, era muy moderada, las «Tesis sobre la situación actual» publicadas el 11 de enero parecían bastante más fuertes.

Lo que ocurrió en el ejército podía haber ocurrido en los sindicatos. Pero aquí había tradición de anticomunismo. Todos sabían a qué atenerse. El Movimiento 26 de Julio tenía una organización muy fuerte dentro del mundo sindical. De ahí que, a finales de enero, incluso los comunistas que habían formado

parte de la alianza obrera (FONU) iniciada en octubre de 1958 se encontraran excluidos oficialmente de la nueva dirección del FONU, más restringida. No habían perdido todos los partidarios, pues controlaban algunos sindicatos —por ejemplo, el de los trabajadores portuarios y el del ramo de la gastronomía— y, como se supo más tarde, algunos dirigentes sindicales nominalmente neutrales (como Soto o Aguilera) en realidad eran simpatizantes. Pero, a pesar de todo, habían sufrido una derrota, y el nuevo ministro de Trabajo, Manuel Fernández, era un conocido socialdemócrata. Los antiguos líderes sindicales comunistas, como Lázaro Peña, estaban todavía en el exilio, o necesitaban tiempo para adaptarse a las circunstancias.

El 16 de enero, ante la tumba de Chibás, el propio Castro negó solemnemente que fuera comunista; un lugar adecuado, pues Chibás siempre había sido enemigo del comunismo. Su elogio a Chibás pareció confirmarlo. Indudablemente un hombre no podía servir a Chibás y a Marx al mismo tiempo. Castro repitió esta negativa el 22 de enero, en una conferencia de prensa.

Si los comunistas se ayudaban para conseguir puestos influyentes, lo mismo hacían los católicos y otros; así, el ministro de Agricultura, Sorí Marín, exauténtico y católico, repartió nombramientos entre jóvenes católicos: hizo jefe de los Comandos Rurales a Manuel Artime, y director general de Agricultura a Rogelio González Corzo.

El 9 de enero, el día siguiente a su llegada a La Habana, Castro había dicho que las elecciones se celebrarían «en un plazo de quince meses, más o menos»:

> Los partidos políticos se organizarán dentro de unos ocho o diez meses. En los primeros tres meses de la liberación es un crimen lanzar al pueblo a la política. Es mejor trabajar febrilmente para reconstruir la nación… En América Latina, pocas veces se han dado revoluciones que no fueran meros golpes de Estado.

Dos días después volvieron a entrevistar a Castro, esta vez la cadena CBS de televisión: ¿Tomaría parte el Directorio Estudiantil en las próximas elecciones? «Naturalmente —dijo Castro—, si no damos libertad a todos los partidos para organizarse no seremos un pueblo democrático. Hemos luchado para dar democracia y libertad a nuestro pueblo». ¿Qué garantías había de que se celebrarían elecciones? «La opinión pública… nuestra palabra… nuestras intenciones… porque somos desinteresados… porque es obvio que no ganamos nada no celebrando elecciones».

Los liberales que estaban bien situados en el gobierno provisional de Urrutia no consiguieron establecer sus elevados principios. Aunque esto puede explicarse principalmente debido a la política, el poder y el carácter de Castro, ellos prepararon el camino de su propia destrucción. En primer lugar, Urrutia estuvo de acuerdo con Castro en que no se celebrasen elecciones durante dieciocho meses. Hasta entonces, se gobernaría por decreto. Parece que nadie discutió esta decisión. Uno de los primeros decretos del gobierno fue el de disolución del Congreso de Batista. Otro fue el de disolución de todos los tribunales criminales anteriores. Un tercero fue el de abolición de los partidos políticos; así, pregonaba *Revolución*:

> Terminamos con todos los vicios del pasado, todos los viejos juegos políticos. El triunfo de la Revolución no puede dar luz verde a los intereses mezquinos de los oportunistas de siempre. Que los mascarones que no participaron en la lucha revolucionaria… no tengan la oportunidad de traicionar a la Revolución con su hipocresía. Los hombres de talento que pertenecen a partidos políticos concretos ya tienen puestos en el… gobierno provisional… Los demás… mejor sería que se callaran.

Otros decretos de los primeros días de enero congelaron las cuentas corrientes de todos los funcionarios de la época de Batista e interceptaron todos los cheques importantes librados en ese mismo tiempo. Estos decretos trataban de destruir el pasado y de eliminar la corrupción: las cuentas corrientes de Batista parecían enormes, y todas las formas de interferencia estatal se-

mejaban deseables para impedir que todo el que, al parecer, hubiera robado al Estado se beneficiara de sus latrocinios.

Pero ¿por qué se consideraba que no habían de celebrarse elecciones durante dieciocho meses? ¿Por qué Agramonte y Urrutia, Pazos y Miró Cardona, aceptaron este retraso? Urrutia y Miró Cardona explicaron entonces que habría de haber cambios en la Constitución de 1940, teniendo en cuenta el paso del poder de la ilegalidad a la legalidad. ¿Por qué el resto de la Cuba liberal aceptó ese retraso sin pensar, dando la bienvenida, con *Revolución*, a la extinción de los partidos políticos? Porque, como el propio Castro, y como, sin duda, las masas, si se hubiera podido sondear realmente su opinión, estaban dispuestos a rechazar la política. Incluso el expresidente Prío, y Agramonte, el candidato presidencial ortodoxo de 1952, parecían preparados e incluso ansiosos por someterse a un «guía nacional y jefe» como Castro, al que en enero ya llamaban «máximo líder»; también querían purificar Cuba y no reconstruir las viejas instituciones. Todos se encontraban bien en el Movimiento 26 de Julio, que nunca había sido y nunca había de ser un partido político.

En realidad, en estos primeros días de victoria, Castro era casi la única persona que se atrevía a decir que «el derecho de disentimiento y de oposición» era un derecho inalienable. «No queremos convertir al Movimiento 26 de Julio en un partido único y totalitario», dijo en Las Villas el 6 de enero. Sin embargo, en la mayoría de sus declaraciones trataba de situar a su revolución en el contexto de toda América Latina. Así, el 22 de enero, ante un público de periodistas, algunos latinoamericanos, explicó que «un sueño que albergaba en su corazón [*sic*] era el de que un día Latinoamérica estaría plenamente unida en una fuerza única, porque tenemos la misma raza, lengua y sentimientos». Sin embargo, Castro era patriota hasta un extremo que rozaba la extravagancia: «Sería difícil encontrar un pueblo

tan noble, tan sensible, tan humano como este; aquí no puede verse una corrida de toros, porque la gente se sublevaría». Cuando decía «América», se refería también a Sudamérica.

> Por encima de todo están los intereses de nuestro país y de nuestra América… Estamos defendiendo los intereses de nuestros pueblos, queremos independencia política y económica y [deseamos] que cese la explotación y que se establezcan regímenes de independencia social dentro del marco más amplio de las libertades humanas. Esta es la filosofía del Movimiento 26 de Julio… el día [en que ya no se mantenga la libertad] dimitiremos… El día en que tengamos a la mayoría en contra de nosotros, dimitiremos…

Castro tocó todos estos temas en una serie de discursos pronunciados a finales de enero. El 22 de enero se formó una enorme manifestación ante el palacio presidencial para apoyar la política del gobierno respecto a los crímenes de guerra. La multitud era aún mayor que la que aclamó a Castro el 8 de enero. Las pancartas decían: «Las mujeres cubanas exigen la ejecución de los asesinos»; «Por una justicia revolucionaria», y «Pedid la extradición de los lacayos de la tiranía». Algunas de ellas estaban en inglés, probablemente de cara a los periodistas norteamericanos que se habían apresurado a viajar a La Habana. Otras pancartas hablaban de Nuremberg. Castro, en una tribuna presidencial especialmente construida, estaba rodeado por la mayoría de sus seguidores más destacados. Su discurso fue básicamente una condena de Estados Unidos por haberse atrevido a criticar los consejos de guerra cuando casi nadie había criticado las atrocidades de Batista. Pero también fue una prueba de su fuerza que se resolvió con gran éxito. Así, pidió que todos los que estuvieran de acuerdo con la justicia revolucionaria levantaran el brazo; naturalmente, todos lo hicieron. Castro comentó: «Caballeros del cuerpo diplomático, caballeros de la prensa de todo el continente, el jurado de un millón de cubanos de todas las ideologías y de todas las clases sociales ha votado».

Castro jugó muy elocuentemente con el temor que se había manifestado en la prensa de que pudieran asesinarle: pero «el destino de los pueblos no puede depender de un solo hombre… porque… detrás de mí hay otros más radicales que yo… y [por lo tanto] asesinarme a mí sólo serviría para fortalecer la Revolución». Entonces nombró a su hermano, el misterioso y físicamente aniñado Raúl, segundo en el mando del Movimiento 26 de Julio, destinado a sucederle si moría. Pidió a Estados Unidos la extradición de los criminales de guerra que habían ido allí. Justificó las ejecuciones citando la Biblia, de un modo tal vez bastante fácil: «El que a hierro mata…». Explicó que el 26 de Julio no había matado a personas inocentes, a diferencia de Estados Unidos, cuyas acciones de Hiroshima y Nagasaki se habían cometido, como era bien sabido, para salvar vidas norteamericanas. Cuba no tenía ningún sentimiento de hostilidad respecto a Estados Unidos, pero creía que en Estados Unidos había intereses anticubanos, «intereses que temen la Revolución». Este discurso indica que Castro temía la intervención norteamericana, o que ya estaba dándole vueltas a esta idea, para fomentar la moral y la unidad nacional, unidad tras él mismo y su victoria. Atribuyó las críticas hechas a los consejos de guerra a una «campaña organizada de crítica»; no concretó quién era el responsable, pero sugirió que actuaban a través de la AP o la UPI. También pareció estar incubando la idea de una Cuba plenamente independiente, tal vez internacionalmente neutral (aunque todavía había que estudiar completamente esta idea), y tras él, evidentemente, estaba el recuerdo de Martí. El mismo día de este discurso, dijo explícitamente a los periodistas que «los intereses» que estaban atacando las ejecuciones, en realidad, deseaban aplastar a la Revolución. El 22 de enero, un mexicano le preguntó qué haría si Estados Unidos impusiera un bloqueo económico a Cuba y si los «poderosos intereses norteamericanos» que ya estaban atacando a la Revolución cubana

podrían llevar al Movimiento 26 de Julio al atolladero fatal de la guerra fría. Castro dijo firmemente:

> Hemos de tratar a toda costa de evitar que los problemas mundiales conviertan a nuestros ideales en su escenario de lucha. Indudablemente hay diferentes intereses monopolísticos… que tratan de obtener de los gobiernos que pueden sobornar toda clase de privilegios, y algunos de ellos cuentan a menudo con el apoyo del poder público de Estados Unidos…

¿Qué ocurriría si en el futuro estas compañías trataban de paralizar completamente la Revolución? El pueblo cubano habría de defenderse según lo exigieran las circunstancias. Castro creía que esto no iba a ocurrir. «Verdaderamente no temo caer en la órbita del comunismo internacional. ¿Qué hacemos para defender la Revolución? ¿Hemos buscado el apoyo del comunismo? No, hemos buscado el apoyo de la opinión pública de los pueblos de América».

Frente a tantas críticas, el gobierno cubano decidió celebrar el primer consejo de guerra importante de La Habana en público, en el gran estadio deportivo. Los acusados eran el comandante Jesús Sosa Blanco, el coronel Grau y el coronel Morejón; el consejo de guerra se componía de Humberto Sori Marín (ministro de Agricultura), abogado católico que había ejercido su profesión en la Sierra; el comandante Universo Sánchez (un granmaísta), y Raúl Chibás. Desgraciadamente, el estadio se llenó de una muchedumbre furiosa y vociferante, además de trescientos periodistas cubanos y extranjeros. La multitud interrumpía las declaraciones gritando «bandido», «asesino», «esbirro». Sosa Blanco, el primero en ser juzgado, tuvo una actitud cínica, divertida y digna ante lo que él mismo calificó de «un circo romano». Con aquel ambiente era imposible examinar adecuadamente a los testigos. Indudablemente Sosa Blanco era culpable, según el testimonio de mucha gente, de muchas muertes que habían tenido lugar en la provincia de Oriente en 1957-1958. Había quemado doscientas casas en Levisa, algunas

llenas de gente. Había matado a nueve miembros de la familia Argote de Céspedes en El Oro de Guisa el 10 de octubre de 1957. La viuda de un campesino juró que Sosa Blanco había matado a su marido ante sus ojos. Un hombre dijo que había visto cómo Sosa Blanco mataba a diecinueve trabajadores en Minas de Ocujal. Parecía fuera de toda duda que había cometido algunos de estos crímenes, probablemente la mayoría, aunque de hecho no se presentó más prueba que las declaraciones de los testigos. Algunos de los crímenes habían tenido lugar antes de que apareciera la primera «ley» de la Sierra Maestra, en febrero de 1958, que prometía justicia a todos los miembros del ejército de Batista que cometieran asesinatos. Pero ¿qué estatus tenía incluso esa ley? El abogado defensor, capitán Arístides da Costa, hizo estas observaciones, y también dijo que en una guerra ocurrían estas cosas: los de un bando mataban a los del otro. Estas observaciones fueron desechadas, y Sosa Blanco fue condenado a muerte. Este juicio, que quería ser una prueba para el resto del mundo de la integridad de la justicia revolucionaria, en realidad fue la peor propaganda posible. La prensa norteamericana coincidió con el acusado en que el juicio era un circo.

El 22 de enero, Castro salió para Venezuela, para asistir a la celebración del primer aniversario de la expulsión del dictador Pérez Jiménez, y para agradecer a la «república hermana» la ayuda prestada en la lucha cubana. Entonces, el presidente electo Betancourt todavía era el héroe de la izquierda venezolana, así como del centro. Una enorme multitud le dio la bienvenida, demostrando sin lugar a dudas que tenía partidarios a escala continental. Castro respondió haciendo la señal de la victoria, estilo Churchill.

Castro pronunció una serie de discursos en Caracas. Una vez más negó que la revolución de Cuba fuera comunista. Ante el Congreso venezolano, aseguró: «En Cuba tendremos también

un congreso en el plazo de dos años». El Movimiento 26 de Julio, naturalmente, se convertiría en un partido político, pues la abolición de los partidos políticos de Cuba no sería permanente, se fundarían partidos nuevos, aunque los antiguos politiqueros habrían de marcharse. Castro se fue de Caracas prometiendo que pronto enviaría una misión a Venezuela para coordinar una política común con el presidente electo Betancourt. Hasta aquí todo iba bien.

De hecho, Castro tuvo una conversación algo extraña con el presidente Betancourt. Hablaron a solas, aunque rodeados a distancia por una guardia, en un gran patio. Castro entró directamente en materia: dijo a Betancourt que estaba pensando en «desafiar a los gringos». Si fuera necesario, ¿le ayudaría Betancourt con un préstamo de trescientos millones de dólares y con petróleo? Betancourt, cuando se hubo recuperado de la sorpresa, le dio una respuesta descorazonadora: lo que a él le interesaba era la evolución, no la revolución.

Al mismo tiempo, el ingenuo Guevara, que aún no era más que el jefe de La Cabaña, hacía alusiones a que su propio programa político tendría como objetivo último el de dar serios motivos de inquietud a todos los capitalistas. En su discurso del 27 de enero explicó que el ejército rebelde, la «vanguardia del pueblo cubano», era el «instrumento primordial de la lucha»; había que convertir a toda la nación en un ejército de guerrilleros.

Con todo esto, el espíritu lírico duró muchos meses en Cuba, y casi todos los extranjeros que venían de la isla estaban extasiados ante la nobleza, la fuerza y el encanto de los revolucionarios; pero desde principios de 1959 también hubo otros que se preguntaban qué iba a ocurrir exactamente. Para mucha gente, el mes de enero de 1959, en La Habana, fue un momento único en la historia, lleno de promesas, el amanecer de una nueva era; ya se habían iniciado grandes proyectos; sin embar-

go, en cierto modo, y aunque nadie se diera cuenta, era también el fin de un mundo.

LIBRO X

El ocaso de la vieja Cuba

No entiendo cómo han podido ser los cubanos. Son todos tan individualistas, y tenían el nivel de vida más alto de América Latina.

LUIS SOMOZA, de Nicaragua,
a NICHOLAS WOLLASTON

83

La isla

Ahora había de seis a seis millones y medio de cubanos, más o menos tantos como ingleses en la época en que Albemarle tomó La Habana, en 1762, o como norteamericanos durante la presidencia de Jefferson. La densidad de población, de 52,1 habitantes por kilómetro cuadrado, era casi tres veces la de Estados Unidos, y la cuarta de América Latina.

En Cuba, las familias del campo solían tener más hijos que las de la ciudad. El tamaño de las familias iba disminuyendo lentamente, pero en realidad las cifras eran todavía más elevadas que las de 1899-1907, fechas en las que había muchas más enfermedades. En 1953, 80 000 mujeres tenían diez o más hijos, y 660 mujeres tenían veinte o más, de las cuales, 250 vivían en Oriente; es interesante observar que más de la mitad de ellas, casi 400, eran blancas.

El descenso del número de nacimientos durante la guerra de independencia, entre 1895 y 1898, fue evidente. Sin duda, en 1958, la virtual inexistencia de hombres de sesenta años era otra de las causas de inestabilidad de la sociedad: ¿qué haría Inglaterra sin esos sólidos ciudadanos, que pronto serán viejos, retirados de sus profesiones, pero todavía deseosos de tener responsabilidades, públicas y privadas, sin cobrar?

El crecimiento de las ciudades cubanas en el siglo XX había sido rápido. En 1899 había cinco ciudades de más de 25 000 habitantes; en 1958, veintiuna. En 1899 había dieciséis ciudades de más de 8000 habitantes; en 1958, cuarenta y seis. La ciudad que creció más fue la de Marianao, situada en un suburbio de La Habana, que pasó de ser el «bonito pueblecito cubano» de 5000 habitantes (visitado por Samuel Hazard) en 1899, a tener

más de 200 000 en 1958; la segunda ciudad de Cuba, si se la consideraba separada de La Habana. En 1958, La Habana y Marianao juntas sumaban más de un millón de habitantes, mientras que en 1899 tenían menos de 250 000.

Como en la mayor parte de Sudamérica, las ciudades grandes crecieron más rápidamente que las pequeñas: en 1907 menos de un cuarto de la población vivía en ciudades de más de 25 000 habitantes; en 1953, más de la mitad. En 1953, un tercio de la población vivía en las cuatro ciudades que tenían más de 100 000 habitantes. Comparadas con La Habana y sus alrededores, las ciudades de Oriente crecían menos rápidamente, pero de una forma constante, sobre todo Holguín y Guantánamo.

Las familias agrícolas, desde luego, seguían viviendo principalmente en granjas separadas, no en pueblos como en España, pues los pueblos más bien eran los lugares donde vivían los comerciantes, mayoristas y profesionales. Los granjeros y campesinos iban al pueblo a recoger la correspondencia, que generalmente iba dirigida a la atención de un comerciante, pues no había reparto postal gratuito; en realidad iban a la «ciudad» varias veces por semana, para comprar o para participar en actividades sociales, a veces para tomar parte en el paseo nocturno por las plazas con los habitantes de la ciudad.

Ahora, la construcción de las ciudades no seguía los estrictos esquemas de los conquistadores. A menudo las casas estaban construidas a lo largo de la carretera principal, con sólo una o dos calles secundarias, generalmente no pavimentadas. Todas las aceras eran estrechas. A veces las casas tenían un porche sostenido por pilares, de inspiración griega si eran de piedra, cuadrados si eran casas de madera. La mayoría de las casas urbanas, sin embargo, eran de madera y tenían un tejado de tejas o de metal. Casi todas eran de una planta. Las ciudades pequeñas de Cuba, sin el encanto ni la animación de las grandes, y

además sin un acceso inmediato al campo, eran, en muchos aspectos, las partes más deprimidas de la isla.

En 1958, entre la mitad y los dos tercios de las casas de Cuba tenían luz eléctrica, pero sólo el 9 por ciento de las rurales, comparado con el 87 por ciento de las urbanas. Más de la mitad de las casas rurales carecían de cualquier tipo de escusado, lo que da una fracción nacional de algo menos de una cuarta parte. El 15 por ciento de las casas de la ciudad y el 1 por ciento de las del campo tenían baño.

En 1953, la sexta parte de la población vivía en La Habana. En proporción al total de habitantes del país era la capital mayor del mundo, salvo Londres y Viena, que tenían la misma proporción.

La primera visión de La Habana para el viajero que llegaba por mar seguía siendo la misma de siempre: un gran puerto, imponentes edificios por todos lados, una multitud de barcos… y seguía teniendo la impresión de que La Habana había sido un centro de diversión durante más tiempo que cualquier otra ciudad del Nuevo Mundo. Para los que vivían allí en la década de 1950, La Habana resultaba tan hechicera como siempre, pero ahora había por lo menos cuatro Habanas.

Primero estaba la ciudad vieja, que no había cambiado desde mediados del siglo XIX, con calles estrechas, edificios de dos plantas y de vez en cuando unas enormes puertas españolas que daban a un patio. La ciudad vieja, cerca del puerto, seguía siendo el centro comercial, y como siempre, el centro de restaurantes, vida nocturna y burdeles. El palacio presidencial seguía en la ciudad vieja, aunque otras secciones del gobierno habían empezado a trasladarse del centro a los nuevos y fríos edificios que Batista había agrupado alrededor de la Plaza de la República. La ciudad vieja ya tenía un serio problema de tránsito, exacerbado en la mente de los ciudadanos por los contado-

res de aparcamiento instalados en 1957, que se consideraban, con razón, un medio de hacer dinero que tenían unos cuantos funcionarios. El éxodo de las familias más ricas hacia Miramar, siguiendo el modelo norteamericano, hizo bajar los alquileres, y el tono, de la ciudad vieja. En el límite de la ciudad vieja estaba el barrio chino, lleno de restaurantes, más burdeles y clubes nocturnos, en algunos de los cuales se encontraban películas pornográficas a bajo precio (a partir de 1955, más o menos). Algunos de los palacios del siglo XVIII se estaban desmoronando, otros estaban ocupados por compañías o embajadas. A este respecto, La Habana se parecía a otras capitales hispanoamericanas, como Lima o México. En calles como Virtudes o incluso el Prado había tantas prostitutas que parecían mercados de ganado. El Prado, con su doble hilera de laureles, llevaba al centro de la ciudad vieja, y estaba lleno de limpiabotas, taxis desocupados que esperaban y mendigos. Se calculaba que había unos 5000 mendigos. El hampa de La Habana, saturada de gángsteres y dueños de burdeles, en la época de Batista estaba íntimamente relacionada con la policía, y la mayoría de los clubes nocturnos pagaban un impuesto particular a un oficial de policía u otro. La mayoría de los edificios de esta parte de la ciudad estaban alquilados. Los alquileres eran nominalmente mensuales, pero, en realidad, eran indefinidos. Los inquilinos que prosperaban podían instalar suelos de mármol tranquilamente, sin miedo a que los echaran. Podían subirse los alquileres, pero sólo dentro de ciertos límites si el edificio en cuestión era anterior a 1939.

La segunda Habana era Vedado, el barrio de moda a principios de siglo, convertido ahora en el verdadero centro de la ciudad. Aquí era donde se había localizado el auge de la construcción en la época de Batista. Al antiguo Hotel Nacional, reconstruido tras las batalla de 1933 y vuelto a decorar en la década de 1950, se habían sumado varios otros hoteles deslumbrantes, co-

mo el Habana Riviera, de treinta pisos y catorce millones de dólares, construido por un grupo de norteamericanos que, al parecer, estaban implicados en el asesinato del gángster Anastasia, de Chicago; el Capri, de cinco millones y medio de dólares, con veintidós pisos y una piscina en lo alto, y el Havana Hilton, llevado por la cadena Hilton por cuenta del Sindicato de Restaurantes, que había invertido en él veinticuatro millones de dólares de su fondo para pensiones. Todos estos hoteles tenían casinos de un lujo y esplendor asombroso (estaban construidos por accionistas que sacaban beneficios del juego). Todos tenían varios restaurantes y bares. Básicamente eran una prolongación hacia el sur de los suntuosos hoteles de Miami Beach. En ellos, los altavoces emitían música constantemente, y cada semana llegaban de Estados Unidos artistas cada vez más famosos para actuar en los *cabarets*. También había otros edificios nuevos, como el edificio FOCSA, un elegante bloque de apartamentos más alto aún que los hoteles. Al pie de estas cumbres había muchas villas elegantes, algunas embajadas, algunos edificios del gobierno, y algunos que todavía estaban en manos de las familias ricas que los habían construido a principios de siglo. En esta parte de La Habana era donde se hacía más evidente la progresiva «floridización» del país.

Vedado se había extendido hacia el oeste por medio de un túnel que pasaba bajo el cauce del río Almendares, prolongación que llevaba al barrio más moderno de La Habana, una enorme zona llamada Miramar y, más allá, a la zona más elegante todavía conocida como «el Club de Campo». Este barrio tan agradable se había construido en los días de vacas gordas de la década de 1920, y unía a La Habana con lo que antes había sido la ciudad independiente de Marianao. Miramar, y más aún el Club de Campo, era un barrio de casas grandes y confortables, rodeadas de frondosos jardines. La parte de Miramar que daba a la costa estaba salpicada de famosos clubes y hote-

les, con sus playas particulares: Havana Miramar Yatch Club, Hotel Comodoro Yatch Club, Havana Biltmore Yatch Club, Copacabana Hotel Club. Allí estaba también el «mayor teatro del mundo», el Blanquita. En el Club de Campo destacaba, por encima de todo, naturalmente, el club del que recibía el nombre: allí los hombres de negocios y los políticos bebían Coca-Cola con ron (Cuba libre), jugaban al golf, montaban y se portaban como caballeros. No muy lejos, al sudoeste de Miramar, estaba el cuartel general del ejército, el favorito de Batista, el Campamento Columbia, con su campo de aviación y sus modernos edificios. También estaba el cementerio Colón, donde los panteones de mármol de los ricos tenían ascensores, aire acondicionado y teléfono.

La cuarta y última Habana era la zona donde vivían la mayoría de los habaneros, aunque no tenía nada notable. Era una zona sucia y polvorienta, situada entre Vedado y la Habana vieja, un barrio miserable en su mayor parte, aunque casi todas las construcciones eran del siglo XX, con algunas zonas, como Pogolotti (llamada así por el promotor), que eran muestra de un esfuerzo consciente por sustituir al barrio miserable mediante la creación de zonas explícitamente destinadas a los obreros. Nada de esto era pintoresco; era un barrio lleno de frustraciones, con un servicio insuficiente de guaguas, caliente como un horno en verano, pero bullicioso y animado en todas las épocas. Era el distrito de los crímenes, las fábricas, las casas de apartamentos, los cines pequeños y los reñideros de gallos.

Las distintas capas de La Habana la hacían comparable a la mayoría de las ciudades del mundo rico y desarrollado más que a las capitales de los países pobres. Había muchas plazoletas, la mayoría adornadas con estatuas de Martí o de algún otro héroe. Pero los contrastes eran aún más extremos que en Nápoles. Coexistían los mendigos y el problema del tránsito. Había dieciocho diarios, treinta y dos emisoras de radio y cinco de televi-

sión; la ciudad era tan extensa que requería ir en coche; el aire acondicionado se había impuesto en los hoteles, negocios, restaurantes y muchas casas particulares, haciendo doblemente tentadores los barrios como Vedado o Miramar. Pero esto contrastaba, también doblemente, con los barrios bajos. Al lado de La Habana, otras capitales del Caribe, como Kingston en Jamaica o San Juan de Puerto Rico, parecían provincianas, pero el nivel de vida del campo cubano era inferior al de esas islas.

Una cuarta parte de la población de La Habana había nacido fuera de la provincia. En las demás provincias, el número de inmigrantes internos era insignificante. Además, por primera vez en la historia cubana, la inmigración desde el extranjero ya no era importante.

Muchos trabajadores regresaron a España durante la depresión y después, debido a las propias condiciones de España y a las nuevas leyes nacionalistas de Cuba, no tuvieron la posibilidad de volver. Algunos inmigrantes eran refugiados de la guerra civil española, radicales, técnicos, hombres de experiencia: estos (y en eso Cuba se parecía a muchos países sudamericanos) constituyeron después un grupo importante y a menudo explosivo.

Había unos 16 000 chinos en Cuba, casi todos hombres, como en el pasado la mitad estaban en la provincia de La Habana, muchos de ellos se dedicaban a cultivar hortalizas. En la capital, los chinos tenían el monopolio de las lavanderías, y también estaba el barrio chino. La población china, como es lógico, iba disminuyendo, aunque los matrimonios de chinos con blancos o negros habían sido corrientes, y los que eran medio amarillos, medio blancos solían considerarse (y ser considerados) blancos.

Se suponía que en Cuba vivían 8000 judíos; 5000, en La Habana. Muchos habían llegado de la Europa Oriental después de

la Primera Guerra Mundial. Unas tres cuartas partes tenían pequeños comercios al por menor. En La Habana había una Cámara de Comercio judía y otras asociaciones comerciales hebreas, y los judíos de la capital habían tenido importancia para la formación del Partido Comunista de Cuba.

Oficialmente, había 6500 ciudadanos norteamericanos residentes en Cuba, pero muchos más pasaban allí períodos cortos. Además había ingleses y canadienses, que constituían una comunidad destacada. La mayoría eran ejecutivos del comercio o de la industria, otros tenían propiedades en el país. Vivían en Vedado, Miramar, más tarde en el Club de Campo, en casas modernas y atractivas, casi siempre con criados.

Todos los cubanos ricos tenían dinero en Estados Unidos, la mayoría se habían educado allí o enviaban a sus hijos para que se educasen allí; muchos consideraban a Estados Unidos su garantía social; algunos eran, verdaderamente, más de Estados Unidos que del Caribe. En cambio, los norteamericanos que vivían mucho tiempo en Cuba se cubanizaban gradualmente, y su suerte se unía a la de Cuba.

Según la mayoría de las opiniones autorizadas, Cuba era ahora uno de los países que estaban mejor de América Latina. La renta per cápita oscilaba entre los 350 y 550 dólares, probablemente más próxima a esta última cifra. Los únicos países latinoamericanos que superaban claramente estas cifras eran Argentina y Venezuela. Estos guarismos no prueban gran cosa; primero, probablemente son inexactos; segundo, aunque fueran exactos, no reflejarían la condición del país, su injusticia y su pobreza. Los ingleses bebieron cinco millones y medio de botellas de champán en 1963-1964. Se podría decir que eso significaba que «una de cada dos familias se bebió una botella», con lo que se tendría una idea falsa de las costumbres inglesas respecto al champán. Lo mismo ocurre con estas cifras cubanas. ¿De qué sirve hacer el promedio entre la renta del millonario y

la del mendigo? La distribución de la renta es lo interesante. Sin embargo, aun en el caso de que estas cifras fueran exactas, significarían que Cuba, la perla más rica de las Antillas, era más pobre que Grecia, aunque probablemente más rica que la España de entonces. Estados Unidos, el vecino más próximo de Cuba (excepto Haití y Jamaica), probablemente tenía, en 1957, una renta per cápita de 2572 dólares. O sea que lo adecuado sería considerar a Cuba un país pobre, y por supuesto un país donde, aun suponiendo que la riqueza nacional estuviera justamente distribuida, se podía considerar que la pobreza era un hecho dominante de la vida; aunque no el mismo nivel de pobreza de la India, México, Bolivia o Haití.

Estas estadísticas explican la organización económica de Cuba. La sociedad cubana, más que subdesarrollada, estaba estancada. En la década de 1950 iban a la escuela menos niños en edad de cursar los estudios secundarios que en la década de 1920. No se habían construido nuevos ingenios desde la década de 1920. (Es sabido que antes se habían fundado demasiados muy rápidamente). El ingreso principal del país dependía, por lo tanto, de una cosecha cuya estructura se había determinado hacía veinticinco años. A pesar de los modernos edificios de La Habana que llamaban la atención, Cuba, básicamente, era una sociedad antigua que apenas se conservaba, y que tal vez estaba afectada por la conciencia de que, dadas las condiciones mundiales existentes, no podía esperar vender su principal producto, el azúcar, a más países de los que ya lo compraban. Las consecuencias del estancamiento económica eran mayores porque la población había aumentado en un 2,3 por ciento entre 1943 y 1953, y el porcentaje de aumento probablemente fue superior después de 1953.

La dificultad para conocer la verdadera distribución de las cosas es la principal característica de la mayor parte del material existente sobre la vieja Cuba en la época de su ocaso. Por ejem-

plo, había un médico por cada 1000 personas y un dentista por cada 3000, mientras que en México había uno por cada 1900 y 20 000, respectivamente. Pero aunque los médicos en Cuba habían aumentado en más de un 50 por ciento entre 1943 y 1953, la historia de la República indica que en La Habana o sus alrededores había una proporción mayor de médicos: en 1943 más de la mitad. Además, en La Habana había 600 dentistas de un total de 1000; 650 enfermeras de un total de 900; 400 farmacéuticos de un total de 660; e incluso 130 veterinarios de un total de 200. La existencia de esta gran cantidad de facultativos apiñados alrededor de la capital, de un nivel alto y especialmente notable cuando se trataba de atender a la colonia del ABC, sólo asequibles para los ricos, sin duda exacerbaba, más que suavizaba, la tensión social.

Estadísticas aparte, sin embargo, la organización sanitaria hizo accesible la medicina a la mayoría de la población salvo en épocas muy malas. Cada uno de los 126 municipios del país (equivalentes más o menos a los *counties* de Estados Unidos) tenía empleado a un médico para prestar sus servicios. Cobraba unos honorarios nominales, y la asistencia en su clínica o en el hospital era gratuita. O sea que la diferencia entre la ciudad y el campo no podía ser mayor.

Hay que matizar en todo. Muchas personas pobres iban a La Habana, si podían, para recibir asistencia médica. En muchas clínicas municipales, las propinas y la influencia garantizaban una atención preferente. En las épocas muy pobres, por ejemplo durante la depresión, los indigentes no podían costearse el viaje hasta donde estuviera el médico o ni siquiera sus honorarios nominales cuando llegaban a verle. La debilidad de los servicios públicos, aunque menos acentuada que en lo referente a la educación, afectaba mucho a los servicios médicos. Muchos pobres iban a herbolarios o curanderos. El manicomio de Mazorra, cerca de La Habana, era especialmente escandaloso: se

trataba duramente a los pacientes y el director era una persona nombrada por el régimen político a la que, por encima de todo, interesaba el sueldo (en la época de Batista, parece que el director llegó incluso a ganar dinero a base de vender el terreno en el que se había construido el manicomio). El equipo médico y de todo tipo era insuficiente.

Pero, a pesar de todo, la salud de los cubanos fue mejorando poco a poco a lo largo de la historia de la República. Los principales peligros del pasado —la tuberculosis, el tifus y la malaria—, disminuyeron sustancialmente. Después de 1897 no hubo ninguna epidemia de viruela, y ningún estallido de fiebre amarilla a partir de 1905. La mortalidad infantil había disminuido enormemente, a partir de la década de 1930. Así, en 1958 morían 35 de cada 1000 niños, mientras que en los cinco años de 1928 a 1932 el promedio había sido de 111 por cada 1000, el equivalente, por cierto, de la diferencia actual existente en Sudáfrica entre la población negra y la blanca. Por lo tanto era lógico que Aníbal Escalante, que había sido líder comunista durante muchos años y debía de haber visto las mejoras experimentadas desde que él había iniciado su actividad política, escribiera en 1961: «Cuba es uno de los países [de América Latina] donde el nivel de vida de las masas era más alto», y continuara criticando el argumento de que es más probable que se dé la Revolución en los países donde la miseria es mayor.

La proximidad de Cuba con Estados Unidos significaba que para sus ciudadanos era fácil acceder a muchos artículos considerados frecuentemente como índices de avance social. Así, Cuba tenía más teléfonos por habitante que cualquier otro país latinoamericano, excepto Argentina y Uruguay; más aparatos de radio que ningún otro, excepto Uruguay; y muchos más televisores que cualquier otro país latinoamericano. En realidad, Cuba tenía más televisores por cabeza que Italia, y esta fría estadística ayudó a Castro a inflamar al país. En cuanto a la pro-

porción de coches por habitante, estaba por encima de la de todos los países latinoamericanos excepto Venezuela.[47] En 1954 se decía que La Habana había comprado más Cadillacs que cualquier otra ciudad del mundo. Estos hechos tan interesantes, sin embargo, únicamente demuestran que los costes de transporte desde Estados Unidos a Cuba eran pequeños, a diferencia del resto de América Latina, excepto México, y que no había ningún problema de comercio exterior. El dólar y el peso continuaban siendo intercambiables, y las exportaciones de Cuba a Estados Unidos siempre equilibraban sus importaciones. La existencia de aparatos de radio y televisión a esta escala, al presentar ante grandes públicos, generalmente muy abandonados, las realizaciones aparentes de la opulencia norteamericana, ligeramente absurda, indudablemente estimulaba el deseo de cambiar. Por desgracia no existen cifras sobre las importaciones que hizo Cuba de fusiles y revólveres; pero, como las de otros productos manufacturados norteamericanos, fueron constantes.

84

La estructura de clases en Cuba

La estructura de clases en Cuba a finales de la década de 1950 estaba naturalmente afectada por los febriles acontecimientos políticos de las tres últimas generaciones. Durante la edad de oro del azúcar, a mediados del siglo XIX, la aristocracia criolla del siglo XVIII había sido desplazada en gran medida por los inmigrantes capitalistas y aventureros del norte de España. Estos, a su vez, se habían arruinado en 1880 y 1890 como consecuencia de la revolución del azúcar de remolacha europeo, las guerras de independencia y el desafío tecnológico que hacía posible el capital estadounidense. En el siglo XX, como se ha visto, los norteamericanos dominaban la vida económica del país, aunque a partir de 1934 los cubanos habían recuperado muchos ingenios azucareros. Estos cambios en la clase alta de la sociedad, provocados por la voraz demanda de azúcar, hicieron temblar al resto de la comunidad, aunque en algunos aspectos la vida del trabajador del azúcar cambió menos que la de cualquier otro durante el siglo XX: no se introdujo maquinaria nueva que tuviera efectos comparables a los cambios producidos en el siglo XIX, y la vida del cortador de caña, con su machete, había cambiado mucho menos que la del hombre de negocios de La Habana, o incluso la del obrero que trabajaba en una fábrica de la capital.

No es fácil calibrar las dimensiones de los diferentes sectores de la sociedad cubana, pero parece que en la parte inferior de la escala social había unas 200 000 familias de campesinos, de las que 140 000, por lo menos, eran muy pobres, pues eran propietarias, arrendatarias o precaristas de poco más de una caballería de tierra. Algunos precaristas se dedicaban a cortar caña duran-

te la recolección. Muchos pequeños cultivadores vivían en condiciones muy inestables, a pesar de las leyes presentadas a partir de 1934, destinadas a ayudarlos, y que en muchos casos lo hacían. En la Sierra Maestra, por ejemplo, mucho antes de que Castro acampase allí en 1956, había un estado de semiguerra civil entre los agentes de los terratenientes y los precaristas, y en los momentos de inquietud los ejércitos o los terratenientes solían tratar a los campesinos con absoluta dureza. Así, en la década de 1950, Benito Taboada Bernal, amigo del presidente del Senado de Batista, Anselmo Alliegro, se apoderó impunemente de más de mil caballerías de tierra pertenecientes a pequeños agricultores próximos a Baracoa.[48]

Al lado de esta gran población campesina, en Cuba había unos 600 000 trabajadores rurales, de los cuales más de la mitad eran cortadores de caña, que sólo trabajaban a pleno rendimiento durante las recolecciones. Naturalmente, algunos tenían unas cuantas gallinas y un poco de tierra propia. A diferencia de la época de la esclavitud, estos trabajadores estaban claramente diferenciados de los 100 000, más o menos, que trabajaban en los ingenios azucareros, los aristócratas de la clase trabajadora, bien organizados y dominantes en los sindicatos tanto con los comunistas (antes de 1947) como con Mujal (después de 1947). A continuación, en la escala social, venían las 400 000 familias aproximadamente del proletariado urbano cubano, también bien organizado en sindicatos. Al lado de ellas, se encontraban unas 200 000 familias pequeñoburguesas: vendedores callejeros, camareros, criados, bailarines, parasitarios en el sentido de que vivían de los ricos o de los turistas. Es difícil determinar cuántos eran, pues muchos sólo trabajaban por temporadas.

Finalmente había una gran clase de parados permanentes o estacionales, de los cuales tal vez la mitad vivían en los barrios de chabolas característicos de La Habana o de Santiago, y de la

mayoría de las ciudades latinoamericanas, y tal vez la otra mitad eran jornaleros rurales, o por lo menos hombres de campo. En este grupo había quizá unos 650 000, o sea, una tercera parte de la mano de obra en algunos meses del año, como mayo, junio, septiembre y octubre, aunque la cifra tal vez descendiera a unos 400 000 o incluso menos el resto del año.[49]

Según las opiniones comúnmente aceptadas, Cuba, en la década de 1950, tenía una amplia clase media: 53 000 personas tenían una carrera universitaria, de las cuales casi el 70 por ciento eran hombres; 86 000 estaban clasificados como profesionales o técnicos: la mitad de estos eran maestros; otros 90 000 eran ejecutivos o directores de compañías. Había 6000 funcionarios. En cuanto a lo que normalmente se denomina, de un modo inexacto, despreciativo, pero útil, «la clase media baja», había unos 140 000 oficinistas y 120 000 vendedores. Además, en los años cincuenta había la enorme cantidad de 185 000 personas que desempeñaban cargos públicos, nacionales o locales, el 11 por ciento de la población activa total, y la mayoría estaban mal pagados, corrompidos, y debían su puesto a alguno de los políticos importantes.

Muchos escritores han pagado un tributo especial a la talla, inteligencia y viveza de esta clase media cubana. Que era amplia es cierto. Pero, no obstante, tenía varias características únicas que la diferenciaban de la clase media de otros países de América Latina. En primer lugar, no estaba flanqueada por unos terratenientes poderosos o por una clase alta. En general, así como en el resto de América Latina los hombres de negocios ricos se convertían en terratenientes, en Cuba, los terratenientes se convertían, si podían, en hombres de negocios. Esto no quiere decir que no hubiera ricos en Cuba, por supuesto; en realidad, aunque es difícil probarlo estadísticamente, probablemente había más millonarios cubanos por cabeza que en cualquier otro lugar al sur de Dallas —millonarios en dólares, tam-

bién, no en pesos mexicanos o en bolívares venezolanos. Pero eran capitalistas ricos, no terratenientes, aunque tal vez compraran haciendas como símbolo de prestigio y las tuvieran semicultivadas; eran hombres de La Habana, no del campo—, lo cual reducía las probabilidades de hostilidad regional contra el gobierno (una de las principales dificultades en otros lugares de América Latina; por ejemplo, en México, incluso el expresidente izquierdista Cárdenas era el amo de su provincia). Además habían estado implicados en todas las alzas y eclipses políticos y comerciales de los últimos cincuenta años; no tenían prestigio ni una posición social que no les viniera de la política. El principal estudioso norteamericano de la sociedad cubana anterior a la Revolución concluyó, en realidad, que en Cuba no había clase media. Tenía razón, aunque olvidaba la desaparición de la antigua oligarquía. Creía que la sociedad cubana, a pesar de que la colonización de la isla había sido un siglo anterior a la colonización blanca de Norteamérica, nunca se había articulado. De hecho, una vez había habido una sociedad digna de ese nombre: la de la oligarquía de principios del siglo XIX. El cambio tecnológico, la guerra y la revolución la habían arruinado. Además, aunque firme hasta cierto punto, se había basado en la esclavitud y, lo que es aún más artificial, en la trata de negros. Aquel mundo se había desvanecido junto con el volante, el calesero de librea y los rápidos buques negreros de mástiles inclinados que tanto habían entusiasmado a Theodore Canot en el puerto de La Habana. El viejo orden cambió, pero no dio lugar a nada nuevo. A partir de 1880, Cuba fue una sociedad de aventureros. La independencia política trajo intervalos de prosperidad febril, pero nunca eliminó la inquietud. La riqueza se conseguía por medio de la especulación. Los norteamericanos inundaban el país en las buenas épocas, y se volvían a marchar en las malas. Los pobres se hacían ricos; los ricos, pobres. El baile de los millones de 1920 y la depresión de 1929-1933 afec-

taron a la clase media cubana casi tanto como el hundimiento del marco y la depresión a la clase media alemana. Aunque la burguesía de La Habana estaba estratificada en clases que se distinguían por numerosos símbolos de estatus, la movilidad social era muy grande. Los observadores más inteligentes eran los más desconcertados. Entretanto, el tercio inferior de la sociedad, tal vez la mitad inferior, estaba formada por el mundo negro o mulato no integrado, un mundo que, de un modo semiconsciente, todavía añoraba el inalcanzable «Guiné», el mundo de ensueño de África, donde

Todos viven felices
bailando en los patios
donde todos los hijos de Dios
tienen dinero.

Tal vez la supervivencia del mundo negro, la expansión de la «antropología criminal» (como llamaban los blancos de Castilla al ritual afrocubano), extremaba la tendencia a la existencia de dos clases: ricos y pobres.

La segunda característica de la clase media cubana era su peculiar frustración. Relativamente próspera, como era evidente para cualquiera que visitara La Habana, la clase media de la década de 1950 se vio muy afectada por el estancamiento de la economía, de manera que en todas partes parecía que faltaban oportunidades políticas, sociales, y también, en parte debido a las leyes laborales, económicas. Los jóvenes que salían de la universidad eran los que más frustrados se sentían, y en realidad, en algunos aspectos, la clase media cubana sentía más agudamente su frustración que los obreros. A los jóvenes les gustaba especialmente encontrar en Estados Unidos una perfecta cabeza de turco, y la dictadura de Batista, relativamente blanda al principio, que se había ido haciendo cruel y superficial de un modo innecesario, actuaba de catalizador de todos estos sentimientos.

La clase media profesional de Cuba era, como la de muchos otros sitios, menos de la mitad del grupo total que puede denominarse la burguesía; así, en 1953 tal vez había unos 20 000 maestros junto a otros 40 000 que podían considerarse como tales. Los casi 100 000 empresarios, comerciantes, banqueros y otros directores de empresa se habían comprometido a fondo con Batista como lo habían hecho con todos los regímenes anteriores salvo con el de Grau. Casi no había ninguna corporación comercial que no hubiera ido al Palacio Nacional en 1957 para felicitar a Batista por haber escapado al asesinato a manos de un grupo que, si ahora no estaba precisamente en el poder, tenía mucho que ver con él. Algunos hombres ricos, como Pepín Bosch, de Bacardí, habían apoyado a Castro y otros (junto con la Compañía Telefónica, propiedad norteamericana) pagaron los impuestos por adelantado para ayudar al nuevo gobierno. Pero no les sirvió de mucho. Al lado de las noticias de atrocidades, en enero de 1959 empezaron a darse a conocer documentos demostrativos de toda clase de corrupciones; tal vez lo más llamativo fue la revelación de cómo se las había arreglado la Compañía Telefónica para evitar críticas cuando subió los precios en 1957:

> Hay una razón muy simple para que los sectores más amplios de la prensa no se quejaran. Recibieron su contribución normal… además de la publicidad, con lo que cobraron más del doble. O sea que los únicos que dieron muestras de descontento fueron *Bohemia*, los periódicos *Excelsior* y *El País*, y José Parda Llada, el comentarista radiofónico.

Esta evidente alienación del mundo de los negocios a principios de 1959 tiene unas motivaciones históricas. Entre los magnates de la industria cubana siempre había existido la tendencia a considerar la política y el gobierno como algo a lo que había que dejar por su cuenta, a lo que había que soslayar como fuerza creativa mientras fuera posible; en esto se veían las huellas de la antigua situación española, en la que los criollos estaban legalmente excluidos de los puestos importantes de gobierno.

Durante la mayor parte de la historia de la República cubana, el *entrepreneur* cubano consideró la política como lo hacían los hombres de negocios norteamericanos durante los treinta años posteriores a la guerra civil. En cierto modo tenían razón. La política cubana del siglo XX tenía tan poco interés, por lo menos, como la de Estados Unidos en la época de Blaine. Si no podían quedarse al margen, los hombres de negocios trataban sencillamente de asegurar que el gobierno mantuviera la pista en condiciones que les permitieran prosperar. Se daban cuenta de que el poder residía en Nueva York, no en La Habana.

Muchos hombres de negocios «cubanos» eran norteamericanos. Muchos comerciantes seguían siendo españoles, como lo habían sido a principios de siglo. Estos «extranjeros» (como los llamaba la ley, aunque todos sabían que la expresión se refería a ciudadanos norteamericanos o españoles) no podían participar en política. Esto tenía efectos contraproducentes. El hecho de que grandes cantidades de capital de un país estén en manos de extranjeros lo priva de los efectos de su poder. Son poderosos pero, en cuanto extranjeros, no pueden ser responsables.

Un ejemplo característico de las relaciones cubano-norteamericanas era la familia Hedges; el padre, Dayton Hedges, hijo de un granjero de Nueva York, y pequeño contratista en Long Island antes de 1914, fue a La Habana en los años de prosperidad, en 1919. Compró negocios de electricidad, tuvo mucho éxito y los vendió a la Compañía Eléctrica Cubana en 1928. Con el capital que tan hábilmente había reunido compró una gran hacienda ganadera y montó su famoso negocio textil. También empezó a cultivar algodón, que se había abandonado en Cuba durante un siglo. Recibió varias condecoraciones cubanas, como la Orden de Céspedes, y fundó un trofeo de golf que llevaba su nombre, para el American and English Club. Los obreros agradecidos costearon un busto suyo en mármol que se erigió en la fábrica textil. En la década de 1940 tenía bastante

dinero como para fundar la gran fábrica de rayón que montó en Matanzas. Uno de sus hijos se casó con Elena Montalvo, otro había sido dos veces presidente del American Club, y una hija se había casado con un ingeniero cubano que trabajaba en la empresa de su padre. La familia era íntima amiga de Batista. Un pueblo cambió de nombre y pasó a llamarse Dayton Hedges, y Hedges, además, fundó un pueblo modelo para sus trabajadores en el que no se pagaba alquiler. Sus dos hijos le sucedieron en los cargos de presidente de la compañía de rayón y de la compañía textil. Cuando murió Dayton Hedges, en 1957, al entierro asistieron Batista, la mayor parte de su gobierno y los embajadores de Gran Bretaña y de Estados Unidos; aunque los hijos de Dayton, de hecho, eran cubanos, uno de ellos era marine norteamericano y ambos se educaron en escuelas de Estados Unidos.

Cuba, por lo general, aparte de los centros españoles, carecía de las sólidas instituciones voluntarias, las sociedades benéficas y los grupos independientes de personas notables de la clase media que caracterizaban a Norteamérica y a Europa y que ayudaban mucho a limitar al poder ejecutivo. Pero había algunos profesionales de importancia, por ejemplo, los francmasones. Se creía que la logia de La Habana era la mayor de América Latina. Era un grupo poderoso y digno de compañeros de negocios, tal vez 50 000, todos más o menos racionalistas. Algunos de sus dirigentes todavía creían que, siendo anticatólicos, ya eran revolucionarios. Se complacían en recordar a su *confrère* Martí y el heroico papel que había desempeñado al dividir a los racionalistas de España en los últimos días de la Inquisición. El gran maestre, Carlos Piñeiro, había fundado un gran colegio técnico, la llamada Universidad José Martí, en La Habana. Igual que los baptistas, tenían fuertes lazos que los unían a Estados Unidos. En La Habana había una logia anglohablante, fundada durante la ocupación militar norteamericana. En la década de

1950, la masonería cubana tenía pocos secretos. Como los masones de la Europa continental, rechazaban la idea de «el gran arquitecto». Su cuartel general se utilizó incluso en la lucha contra Batista; por ejemplo, el grupo de la Juventud Ortodoxa que había constituido el grueso de los revolucionarios de Moncada, solía reunirse en el local de los francmasones, en Artemisa. En enero de 1959, la logia Hijos de América pidió que los masones del mundo se unieran para apoyar a la Revolución, pero los masones, a diferencia de los trabajadores, tenían mucho que perder. Este llamamiento significó una mera alineación con el *statu quo*. En consecuencia no se salvaron de las acusaciones de colaboración con el tirano.

Había otras asociaciones profesionales. Todos los que trabajaban en algo que requiriese un título universitario pertenecían a un colegio especial que trataba de mantener los niveles. Había 203 colegios que garantizaban la práctica profesional de la clase media. En el ambiente de inquietud política, que duraba desde antes de lo que nadie pudiera recordar, estos colegios se vieron a menudo involucrados en política. Constantemente se pedía al Colegio de Abogados (cuyo decano era Miró Cardona, el nuevo primer ministro) y al Colegio de Periodistas que «tomaran una posición»; y lo mismo pasaba con los colegios de dentistas, médicos, veterinarios, arquitectos, todos hombres de buena voluntad. A menudo lo hicieron, pero no se entregaron a los hombres de la Sierra. Al conquistar el poder, en 1959, unos guerrilleros, la posición de estos grupos profesionales quedó automáticamente empequeñecida. Tenían algunos héroes para presentar en esta nueva etapa épica que ahora empezaba, pero incluso un hombre como Pelayo Cuervo, muerto junto al lago del Country Club, se vio manchado por la acusación de compromiso con los viejos partidos políticos y la creencia de que habría estado dispuesto a aceptar que Batista no se rindiera incondicionalmente. «Lo mejor de la vida pública cubana» murió con

Pelayo Cuervo, y el lago del Country Club fue un lugar tristemente apropiado para su muerte.

85
Cuba negra

En la década de 1950 se calculaba que la población negra o mulata constituía menos de una tercera parte del total; es difícil dar una cifra exacta, pues, en 1953, los que habían de identificar a cada individuo con el curioso eufemismo norteamericano de *coloured* (persona de color) eran los encuestadores, mientras que en los censos anteriores se había tenido en cuenta la declaración de las personas afectadas. Probablemente, por lo tanto, la identificación fue inexacta. Otro de los cálculos publicados, por lo menos, indica que la mitad de la población total eran «negroides» y otro 20 por ciento, verdaderamente mulatos, cálculo con el que coincidieron muchos observadores inteligentes. Uno de ellos fue Fernando Ortiz, el folclorista afrocubano.

CIFRAS OFICIALES DE LA CUBA NEGRA 1899-1953

			% de la población total
1899	505.443		32,1
1907	608.967		*29,7*
1919	784.811		*27,2*
1931	1.179.106		*27,2*
1943	1.225.271		25,6
	725.311	negros	
	843.105	mulatos	27,2
	1.568.416	*Total*	

Por equivocadas que estén las cifras oficiales, en comparación con los blancos, entre 1931 y 1943 hubo un descenso de la población negra o mulata, debido en parte a la repatriación de

más de la mitad de los trabajadores de Jamaica o de otros puntos de las Indias Occidentales que habían llegado a Cuba en los buenos tiempos del pasado, y en parte a los efectos de la depresión que afectó con mayor dureza a los cubanos más pobres (y probablemente eran más negros que blancos). El descenso en los primeros años de la República se debió a la inmigración española. El declive de esta inmigración y la recuperación general de la prosperidad tras la Segunda Guerra Mundial explican la subida del porcentaje negro o mulato entre 1943 y 1953. Por otra parte, las cifras oficiales, que pueden tener algo de verdad, indican que la población «blanca» aumentó cuatro veces, y la población negra o mulata, tres.

Otra vez según las cifras oficiales, la población negra descendió del 15 por ciento del total en 1899 al 10 por ciento en 1943, y volvió a subir al 12 por ciento en 1953, mientras que la población mulata descendió del 17 por ciento en 1899 al 14,1 por ciento en 1953. Es muy poco probable que estos cambios sean exactos, dadas las alteraciones de los métodos de examen, pero esto es todo lo que hay. Evidentemente hubo matrimonios entre blancos y negros, pero sobre todo entre hombres blancos y chicas negras. El voluptuoso mulato siguió siendo el símbolo de algo sexualmente apetecible, pero los matrimonios entre chicas blancas y hombres negros o mulatos fueron relativamente raros. El área social en la que las razas se mezclaban con mayor libertad era la de la prostitución, la delincuencia habitual, el tráfico de drogas, el juego y la superstición. La mezcla de chinos y mulatas daba lugar a una descendencia especialmente bella.

A principios de siglo, unas veinte municipalidades de Cuba contaban oficialmente con una población negra o mulata mayoritaria, y estas siguieron siendo, al parecer, la mayor parte de áreas no blancas. En realidad, en los primeros años de la República hubo pocos cambios en la distribución geográfica general

de los negros. Esta inmovilidad de la población negra es uno de los muchos aspectos de la cuestión por los que Cuba se diferenciaba de Estados Unidos: el negro norteamericano no participó mucho en la gran expansión hacia el oeste del siglo XIX, pero se movió mucho en el XX.

En teoría, incluso la población de Oriente era mayoritariamente blanca. La provincia de La Habana tenía un total de 350 000 negros o mulatos en 1953, o sea, una quinta parte del total; tres quintas partes de la población negra total estaban consideradas «urbanas», es decir, una proporción ligeramente superior a la nacional. Parece que el índice de natalidad era superior entre los blancos que entre los de color. Pero los mulatos, en Cuba como en todas partes, cuando llegaban a la ciudad trataban de pasar por «blancos», y a menudo lo conseguían, sobre todo si se hacían ricos.

Es imposible saber exactamente cuál era la situación económica de la población negra o mulata en comparación con la blanca. En algunos distritos de teórica mayoría negra, la mayor parte de los niños en edad escolar no iban a la escuela. Pero en las ciudades de Caney y Guantánamo, en Oriente, en las que había una mayoría negra o mulata, la mayor parte de los chicos de 10 a 14 años iban a la escuela, y en Santiago, la mayor parte de los comprendidos entre los 5 y los 14 años. Lo que determinaba esto era la proximidad de una ciudad, más que las cuestiones raciales. Había poca diferencia formal entre las ciudades predominantemente negras de Oriente y las comunidades vecinas principalmente «blancas». Santiago, una ciudad predominantemente negra, se parecía a Camagüey, predominantemente «blanca», en cuanto al nivel de escolaridad. El único distrito, incluso de Oriente, que, al parecer, tenía una mayoría de analfabetos era Niquero, en el sudoeste, que era principalmente blanco. Esto se debía a que la mayoría eran trabajadores del azúcar recién llegados. Parece que el nivel de analfabetismo en blancos

y negros era muy parecido. A finales de la década de 1930, una cuarta parte de los estudiantes —cálculo indudablemente inferior a la realidad— eran negros o mulatos.

Sólo por motivos educacionales y económicos no era sorprendente encontrarse con que los negros estaban muy pobremente representados entre las prestigiosas profesiones de la clase media. Incluso en esto, sin embargo, la situación había cambiado mucho desde principios de siglo. En 1943 había 560 abogados negros o mulatos, un número elevado si lo comparamos con los tres o cuatro de 1899-1907; 424 médicos eran negros o mulatos, una quinta parte del total de médicos del país, comparado con los 10 (de un total de 1000) de 1899-1907. Además había 3500 maestros, junto a unos 16 000 maestros blancos, aunque los negros ejercían su profesión de un modo más regular que los blancos. Había una buena representación negra en el campo de la música, la pintura y otras profesiones relacionadas con el arte. En 1943, los trabajadores negros, como término medio, cobraban menos que los blancos: el 46 por ciento de los trabajadores negros cobraba menos de 30 dólares mensuales, comparado con el 37 por ciento de los blancos, mientras que el 43 por ciento de los blancos cobraban entre 30 y 60 dólares, comparado con el 41,4 por ciento de los negros. Puede que en eso hubiera poca diferencia, pero el 6 por ciento de los trabajadores blancos y sólo el 2,5 por ciento de los negros cobraban más de 100 dólares.

En algunas profesiones, la población negra o mulata se encontraba bien situada. Como a principios de siglo, ellos constituían la mayoría de personas dedicadas a lavar y planchar la ropa, a coser, a hacer zapatos, a partir leña y a cortar trajes. Estaban igualados a los blancos en los oficios de barbero, panadero, carpintero, tonelero y herrero. Estaban bien situados, teniendo en cuenta el total, entre los trabajadores del tabaco. También eran mayoría en el servicio doméstico, en parte por tradición,

en parte porque a las personas que tenían criados les gustaba imitar al sur de Estados Unidos. En los trabajos no especializados, la población negra o mulata superaba su porcentaje —26 por ciento— en la minería, la construcción y las actividades industriales,[50] pero estaba ligeramente por debajo en la agricultura. Parece indicado suponer que, igual que en 1900, la diferenciación racial en el campo era todavía el símbolo visible y superficial de una distinción que en realidad se basaba en la propiedad de la tierra.

La Constitución de 1940 eliminaba toda discriminación racial. Y en gran medida consiguió su objetivo. Castro describió la situación en una conferencia de prensa, el 23 de enero de 1959, cuando dijo, contestando a un periodista norteamericano, que «la cuestión del color» en Cuba no existía del mismo modo que en Estados Unidos; en Cuba había algo de discriminación racial, pero mucho menos; la Revolución contribuiría a eliminar los prejuicios que quedaran; sobre este tema, Castro añadió sibilinamente: «Nuestras ideas son las ideas de Martí». Este fue el primer comentario de cualquier tipo que hizo Castro sobre la cuestión racial, aunque, más adelante, la Revolución cubana insistiría mucho en los problemas raciales. Castro habría podido continuar diciendo que, en la medida en que existía, la discriminación racial era un fenómeno principalmente de clase media. La clase media cubana siempre se fijaba bastante en las costumbres norteamericanas. La discriminación racial que había parecía ser una imitación de Estados Unidos más que haber surgido de las circunstancias especiales de Cuba. En los hoteles más elegantes de La Habana, frecuentados por la comunidad empresarial norteamericana, los prejuicios raciales constituían un ejemplo más de que los cubanos ricos siempre fueron exiliados, en cierto modo, incluso en La Habana. En las calles donde paseaba la clase alta por las noches, había una barrera mitad de raza, mitad de clase. En la industria del tabaco, los negros ha-

cían puros o despalillaban el tabaco, pero no clasificaban o pulían los cigarros. Donde más se hacía notar la discriminación era en Camagüey; donde menos en Oriente. Indudablemente, en ciertas empresas había segregación, y en 1934 se fundó un comité a favor de los derechos de los negros. También había clubes para mulatos y negros solos, además de los grupos religiosos. Las relaciones entre negros y mulatos eran ambivalentes; un refrán decía: «Un negro puede herir a otro; un mulato le hará más daño». Las luchas entre blancos y negros por motivos raciales eran muy poco corrientes, aunque parece que de vez en cuando se producía alguna; por ejemplo, en Trinidad en 1934. El hecho de que Castro nunca mencionara la cuestión racial en sus discursos o programas, antes de la revolución, indica que esta no era muy importante. Cuando se lee *La historia me absolverá*, parece que Castro se dirija a una nación racialmente homogénea.

En realidad, los negros cubanos militantes denunciaron este silencio por parte de Castro. Unos años después, un negro cubano que era comunista prochino, Carlos Moore, criticó a Castro calificándolo de defensor de las costumbres blancas de la clase alta castellana, y se quejó de que la supuesta mejora de la armonía racial bajo el mando de Castro era un fraude. El problema es más complicado. (Un negro comentaba a mediados de la década de 1960: «Antes de la Revolución, el único momento en que me acordaba de que era negro era cuando me bañaba; ahora me lo recuerdan cada día»). En general, después de la misteriosa y fracasada «revolución negra» de 1912, los negros no habían tenido un papel destacado en la vida pública. Uno o dos políticos de segundo orden habían sido mulatos, por ejemplo Vasconcelos (ministro con Prío y Batista, y primer padrino político de Castro), pero ninguno había destacado tanto, en la segunda etapa de la historia de Cuba como Morúa Delgado, o Juan Gualberto Gómez en la primera. En la época

de Grau, de 50 senadores, 5 eran negros o mulatos; de 127 diputados, 12 eran de color. Dos destacados generales de la época de Prío, Hernández Nardo y Querejeta, eran negros. A escala local, los políticos negros o mulatos solían tener éxito: por ejemplo, Justo Salas, un negro, fue alcalde de Santiago en la década de 1940 gracias a los votos del distrito burgués (blanco) y a pesar de que los negros habían votado a su oponente blanco. Los negros también alcanzaron puestos importantes en el movimiento sindical, sobre todo entre los sindicalistas comunistas: Lázaro Peña, a punto de reaparecer en la escena política; Aracelio Iglesias, el líder de los obreros portuarios asesinado en 1948, y Jesús Menéndez, asesinado en 1947, fueron los más destacados. La principal excepción fue Batista, que al parecer era un mulato con sangre china. Fue el político cubano que tuvo más éxito entre la población negra, precisamente porque era un hombre que no pertenecía a la política convencional, y porque su origen humilde, su aparente afinidad con las masas, le hacían popular. Batista apoyó y contribuyó a los ritos de la santería y de los ñáñigos, que al final le consideraban casi como uno de ellos, sobre todo en la ciudad de Trinidad. En realidad, Batista pagó «de su propio dinero» una gran reunión de todos los santeros más importantes de Guanabacoa, en el verano de 1958, en la que se sacrificaron muchos gallos y cabras para aplacar a los «demonios de la guerra».

El ejército y la policía de Batista estaban llenos de negros y mulatos. En cambio, la mayoría de los radicales o progresistas activos eran blancos de la clase media. De los seguidores de Castro en Moncada, más o menos una decena eran negros o mulatos, pero esto fue un hecho excepcional en la historia revolucionaria cubana. Los soldados de Batista decían claramente que era una vergüenza seguir a un blanco como Castro en contra de un mestizo como Batista. Cuando Yañes se encontró a Castro durmiendo, escondido en un bohío de las afueras de

Santiago con dos compañeros, el soldado que los vio gritó: «¡Son blancos!». En aquella época, algunos negros incluso debían la vida al hecho de ser negros. No está claro cuántos miembros del ejército rebelde de la Sierra eran negros, pero indudablemente la mayoría no lo eran, y Almeida, un mulato, era el único oficial de importancia que no era blanco. La población negra como tal nunca se unió a Castro antes de 1959. Les parecía sencillamente otro blanco radical de la clase media, sin nada que decirles.

El alejamiento de la comunidad negra de los revolucionarios y de la política convencional, en realidad, había sido una constante de la República. Quizá no se trataba tanto de que no tuvieran medios para alcanzar metas más altas, como dice Lowry Nelson, como de que no tenían aspiraciones para ello. Como todos los negros del Caribe, los negros cubanos estaban todavía haciendo frente, no siempre satisfactoriamente, a la herencia de la migración forzada de sus antepasados, y de la propia esclavitud. Esta herencia había significado, por encima de todo, la destrucción de la familia, la sustitución (en algunos casos) durante muchas generaciones del Amo por el Padre, excepto en la función estrictamente biológica. Los negros cubanos, en algunos aspectos, aún no estaban verdaderamente emancipados. Tal vez su adaptación se había visto facilitada por el hecho de que las ceremonias y religiones africanas a veces se mezclaban efectivamente con las festividades católicas, aunque tal vez la tarea de autoarticulación fue más difícil que en las Indias Occidentales, donde la población blanca era insignificante. Indudablemente fue diferente. Como la raza es un problema más bien de atributos físicos visibles, los españoles, predominantemente cetrinos, de antecedentes árabes y judíos muy fuertes, probablemente se mezclaban más fácilmente, por lo menos con los mulatos, que los sonrosados anglosajones, celtas, germánicos y eslavos que constituyen la mayoría de Estados Unidos.

No había ninguna sociedad cubana que luchara a favor del avance de la gente de color, aunque en la década de 1930, algunos comunistas negros habían sido partidarios de la creación de un estado negro autónomo en Oriente.

Los negros cubanos, sin embargo, no vivían en un mundo particular y cerrado. Su mundo se abría para abarcar, si no la política, por lo menos la pintura y la música. Si se mide a un país por su arte, Cuba era más negra que blanca. La música y la poesía popular cubana estaban dominadas por los ritmos africanos, eco de ceremonias olvidadas o practicadas todavía en secreto. Los bailes que, junto con los habanos y el azúcar, hicieron famosos internacionalmente a los cubanos eran africanos en su mayoría: la conga, la rumba, el mambo y finalmente la pachanga eran todos popularizaciones directas de danzas religiosas. Sin embargo, no eran totalmente africanas, y en realidad, su contribución distintiva era su mezcla de influencias africanas y españolas con algún toque norteamericano y francés. Gran parte de la música cubana venía de «los amores del tambor africano y la guitarra española», como dijo Fernando Ortiz, recordando las danzas de carnaval de los negros en las festividades católicas antes de que fueran prohibidas. En 1958, los antiguos bailes blancos españoles, como la habanera y el bolero, casi habían desaparecido. Los mejores músicos cubanos, como Brindis de Salas o José María Jiménez, eran negros. Nicolás Guillén, el mejor poeta cubano, que es mulato, trató de captar en su poesía el ritmo de las canciones de Cuba, como su maestro, García Lorca, había hecho en España. Wilfredo Lam, medio chino, medio negro, en sus pinturas de la jungla era en parte un explorador intelectual, pero en parte un mediador entre un Occidente, donde ya había surgido la moda de buscar nuevos sueños en lo primitivo, y los mundos de África y de las Indias Occidentales, llenos de sombras verdes y de magia. Teodoro Ramos Blanco hizo lo mismo en escultura. En realidad había muy

pocos buenos artistas cubanos que no se vieran afectados por este fenómeno. El mejor novelista cubano, y probablemente el mejor novelista de Sudamérica, Carpentier, utilizó el «negrismo» en su *Ecue Yamba-O*, y su maravillosa novela *El reino de este mundo* es una brillante evocación de los sentimientos de los negros durante la revolución haitiana. Guillén creía que, en Cuba, la única cultura que existía era la mulata (que él llamaba «negriblanca»).

De hecho, en Cuba los artistas eran concretamente mediadores entre negros y blancos. Lo mismo ocurría con los folcloristas, entre los cuales el maestro reconocido era Fernando Ortiz, el inspirador de los estudios afrocubanos durante medio siglo y el gran denunciador del monocultivo del azúcar.

Además de bailes, los africanos introdujeron palabras. En Cuba se hablaba algo de yoruba o efik de Nigeria y un poco de fon de Dahomey, pero, por lo general, las lenguas africanas sólo se utilizaban en las ceremonias religiosas y, como los judíos sefardíes que vivieron durante tanto tiempo en países árabes, los cubanos africanos hablaban el idioma de su país de adopción, con diferentes dialectos.

Parece que las religiones afrocubanas se identificaron más que nunca con el catolicismo romano a partir de la revolución negra de 1912. Los africanos consideraban cada vez más el catolicismo como una versión española de la santería africana, el culto de los orishas, los grandes hombres muertos. La sociedad blanca española había asimilado a la clase media negra o mulata, pero no participaba en el ñáñigo o santería, que, por lo tanto, contrastaba más con la vida cotidiana. Los blancos seguían yendo a estas ceremonias; senadores, políticos y alcaldes a menudo prestaban obediencia a estas curiosas deidades: «Yo no creo pero lo repito», era la explicación más frecuente. De cada cuatro cubanos, por lo menos uno había ido alguna vez a una de estas fiestas.

O sea que la población negra de Cuba todavía vivía en parte en un misterioso mundo de ensueño, hispanizado o norteamericanizado hasta cierto punto, que los blancos podían visitar pero no incorporar verdaderamente a su propia riqueza o pobreza. Esto era algo incompatible, por lo tanto, con un país donde el materialismo había desplazado completamente a la religión. El Partido Comunista, a pesar de que tenía muchos partidarios negros, criticaba los cultos africanos por improductivos y antisociales, pero sin éxito; sin embargo, era cierto que las religiones africanas eran fundamentalmente conservadoras e inmóviles, aunque vitales: casi nunca había innovaciones en las ceremonias, salvo en que, al parecer, durante el siglo XX, las piedras en las que se sacrificaban los gallos en los cultos yorubas cobraron cada vez más significado. Se suponía que estas piedras, escondidas tras una cortina en la parte baja del altar, tenían toda clase de poderes mágicos una vez habían recibido su bautismo de sangre. En cambio, es evidente que esto no era un hecho completamente moderno, pues se decía que las piedras más poderosas, las que podían andar, crecer y tener hijos, habían sido traídas de África por los esclavos.

86
La Iglesia

La Iglesia salió de la época de Batista con más crédito del que muchos podían suponer: el obispo Pérez Serantes era, desde luego, uno de los más antiguos partidarios de Castro, y los obispos habían intercedido en favor de la paz. Sin embargo, la Iglesia seguía siendo una institución española y no tenía mucha influencia entre los trabajadores blancos, y menos entre los negros. La Iglesia era una institución de la clase alta. La transposición negra de rituales y dioses africanos a apariencias católicas prescindía de la Iglesia como tal. En 1958, la situación seguía siendo la misma de antes: en el campo había pocas iglesias; estas eran pobres; en las ciudades, la práctica religiosa se reducía a las familias blancas convencionales más o menos españolas, a menudo sólo a las mujeres; había muchos sacerdotes extranjeros (españoles), y una tradición conservadora que venía de las guerras de independencia. Aquellas guerras habían sido tan largas que hacían que la identificación de la Iglesia con España fuera casi imposible de romper. El periódico conservador español, el antiguo *Diario de la Marina*, era muy clerical.

La separación que había hecho Estados Unidos, en 1900, entre Iglesia y Estado había tenido el efecto de alejar todavía más a la Iglesia del país. Cuando cayó España, también cayó la Iglesia, y su prestigio disminuyó tanto que se convirtió en una fuente de chistes. La Iglesia perdió el subsidio que le había dado hasta entonces el gobierno, y todavía perdió más fuentes de ingresos cuando fue posible el matrimonio civil, a partir de 1902, y después obligatorio, a partir de 1918. Desde mediados del siglo XIX no había tierras monásticas. Después de la Segunda Guerra Mundial, varios ingenios azucareros empezaron a encargarse de pagar los sueldos de los sacerdotes y los gastos

normales de parroquia. Este subsidio de las empresas privadas aún alejó más a la Iglesia de las masas, aunque los obispos declaraban que no conocían a ningún sacerdote que actuase como un agente de la explotación, y que sabían de muchos que se ponían del lado de los huelguistas.

Martí, masón y agnóstico, había sido excomulgado. El hecho de que todos le llamasen «el Apóstol» era casi un insulto abierto. La gente creía además que la Iglesia estaba corrompida. Debido a la atracción que ejercía sobre las mujeres, a veces se la asociaba con el afeminamiento. A los sacerdotes que tenían una amante se los respetaba. Teóricamente había 784 sacerdotes que ejercían su ministerio en las parroquias, pero posiblemente fueran menos en la práctica. Esto significaba que había un sacerdote por cada 7500 cubanos, es decir, muchos menos que en Chile o Venezuela, por ejemplo (un sacerdote por 2750 y 4350 habitantes, respectivamente). Aun suponiendo que todos estuvieran en activo, había menos que hacía cuarenta años. Todos reconocían que había pocos sacerdotes, pero no se hacía nada. Unas dos terceras partes eran españoles, aunque sólo lo eran dos obispos (incluido el popular Pérez Serantes, de Santiago). El primado, cardenal Arteaga, era nativo de Camagüey. Incluyendo a los miembros de las órdenes religiosas, la proporción de españoles y cubanos era de cuatro a uno. Los pocos sacerdotes que eran cubanos procedían sobre todo de la clase alta. En Cuba no había seminarios. O sea que los aspirantes se iban al extranjero. Los Hermanos de la Doctrina Cristiana, establecidos en 1900, más o menos, eran de origen francés en su mayoría.

Aunque la Iglesia fuera menos influyente que en muchos otros países latinoamericanos, no se podía prescindir de ella así como así. Llevaba demasiado tiempo en Cuba; había demasiados cubanos nominalmente católicos; permitía cierta variedad de posturas, incluida la racionalista. Las ceremonias en honor

de santos locales continuaban celebrándose, como en España, aunque los negros o los mulatos convirtieran estas celebraciones en un escándalo. Las ciudades y los ciudadanos llevaban nombres de santos. Aunque estuviera prohibida la instrucción religiosa en las escuelas estatales, las de la Iglesia seguían siendo excelentes, sobre todo (igual que en España) los colegios de segunda enseñanza. La Iglesia patrocinaba muchas obras benéficas y durante muchos años las Hermanas de la Caridad llevaron el reformatorio de chicas de un modo sensible y eficaz. El número de escuelas católicas creció durante la República. En 1946 se fundó una universidad católica —la única universidad privada—, la de Santo Tomás de Villanueva. La Acción Católica empezó a actuar en la década de 1930, y en la de 1940 se fundó un movimiento socialdemócrata cristiano que contaba con un sector juvenil muy activo.

En la década de 1950, la crisis política obligó a la Iglesia a entrar en actividad. La neutralidad se hacía difícil, si no imposible. Los obispos siguieron aceptando tácitamente a Batista hasta el final, por razones, se decía, no totalmente ajenas a la justamente famosa generosidad de la segunda mujer de Batista. Los revolucionarios de la edad de Castro acusaban a la Iglesia de falangista, lo cual sólo era cierto en unos cuantos casos de poca importancia. La Iglesia, por otra parte, siempre había condenado al comunismo; a principios de 1957, el católico *Diario de la Marina* dijo: «El hundimiento de la convicción religiosa en general y el abandono de los principios católicos en la política, la economía y la conducta son la causa básica de la crisis de Cuba». El *Diario* suponía que los revolucionarios eran comunistas. Pero pronto la mayoría de los seglares católicos se pusieron al lado de Castro. La Juventud Católica y otros líderes seglares católicos adoptaron una postura rígida. Entre la jerarquía, el cardenal Arteaga felicitó a Batista cuando se hizo cargo del poder, y siempre prefirió la diplomacia al compromiso, aunque no pu-

do escapar a un golpe que le dio un policía político que después se marchó con 30 000 dólares de los fondos de la Iglesia. De los demás obispos, el de Cienfuegos apoyaba a Batista y, como posiblemente había participado en el botín del régimen, huyó a Estados Unidos el 1 de enero de 1959; el de Matanzas (Alberto Martín Villaverde) se oponía a Batista enérgicamente; el de Camagüey (Carlos Riu Anglés) creía que su deber y el de la Iglesia era el de permanecer en silencio; el de Santiago (Pérez Serantes) había apoyado a Castro desde el principio y en realidad le salvó la vida después de Moncada; la sede de Pinar del Río estaba vacante, y como el administrador diocesano (Evelio Díaz) era además coadjutor del cardenal de La Habana, no se comprometió más que su superior.

Casi todo el clero secular se oponía a Batista. Muchos fueron arrestados. Algunos fueron torturados. Los sacerdotes hacían de tesoreros del Movimiento 26 de Julio y, a finales de diciembre, varios destacados sacerdotes progresistas estaban intentando conseguir que la jerarquía publicase una carta pastoral conjunta condenando al gobierno. ¿Se aproximaba un renacimiento católico?

Algunos así lo creían. El corresponsal de The Times en La Habana en enero de 1959 estaba convencido de que Castro era un católico ascético y devoto. Su equivocación era indudablemente una señal de los tiempos y se explica posiblemente porque Castro había dicho que era partidario de que en las escuelas estatales se diera instrucción religiosa. Muchos hombres de Iglesia reaccionaron entusiásticamente ante el triunfo de Castro. En Santiago, Pérez Serantes apareció en público con Castro. Monseñor Roas, de El Caney, dijo: «Dios ha bendecido a esta revolución porque sus principios e ideales están de acuerdo con la palabra de Dios». El obispo auxiliar de La Habana e Ignacio Biaín, el director de La Quincena, la principal revista eclesiástica (que había estado atacando a Batista desde marzo

de 1958), defendieron a los tribunales revolucionarios. El propio Castro dijo gravemente: «Los católicos de Cuba han prestado la cooperación más decidida a la causa de la libertad». Así sea. Por lo tanto el futuro no podía ser negro.

El protestantismo también tenía un pie en Cuba; tal vez había unos 85 000 protestantes. Durante la ocupación norteamericana de principios de siglo, se introdujeron cuarenta sectas protestantes, desde los baptistas del sur hasta los episcopalianos, y fundaron misiones, escuelas y hospitales. Igual que los comunistas, a veces su supervivencia dependía del apoyo extranjero. Esto les permitía ofrecer una «religión libre», mientras que los católicos, con diferentes acuerdos financieros, dependían económicamente de las bodas y los bautizos. Incluso los protestantes se concentraban en las ciudades, aunque sobre todo en los barrios menos favorecidos de La Habana. Dos escritores norteamericanos argüían que su actividad en el campo se veía dificultada por el «contraste entre el nivel de vida de los campesinos y el nivel mínimo aceptable para un misionero acostumbrado a vivir en Estados Unidos». Tal vez los baptistas norteamericanos fueran soldados de Cristo, pero no eran sus guerrilleros. Y un protestante no encajaba fácilmente en las manifestaciones típicas cubanas. Sin embargo, sus relaciones con Estados Unidos no se utilizaron mucho en contra de ellos, y los protestantes, en general, con su elevado código y su marmóreo concepto de la vida, apoyaron a la revolución en la década de 1950 más que los católicos.

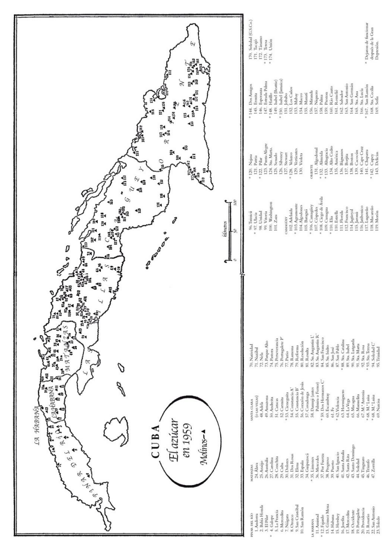
87
El azúcar

El nuevo mundo consumía cincuenta millones de toneladas de azúcar al año, dos veces lo que consumía diez años antes y seis veces más que en 1900. Como la población mundial apenas se había doblado a partir de ese año, el hombre medio consumía tres veces el azúcar que tomaba en 1900.

A pesar de este mercado en expansión, en Cuba la producción de azúcar había sido más o menos estática y era probable que siguiera siéndolo. En primer lugar, ocho países importantes, por lo menos, que antes importaban todo su azúcar, habían empezado a producir por sí mismos. Así, mientras en 1948 sólo había cinco países, aparte de Cuba, que produjeran más de un millón de toneladas de azúcar al año, en 1958 ya había doce que superaban esta cantidad. Gran parte de este aumento se debía al azúcar de remolacha. La producción norteamericana de remolacha en 1958, por ejemplo, fue superior en dos tercios a la de 1948. La caña norteamericana, principalmente en Luisiana, también había aumentado ligeramente. Puerto Rico también había superado con mucho su cupo de ventas a Estados Unidos y había garantizado un aumento permanente de cuota.

Cuba ya se había defendido ante estos acontecimientos. La crisis coreana de 1950 hizo que Estados Unidos comprara 600 000 toneladas extra en unos momentos en que se corría el riesgo de que hubiera un gran excedente. La crisis de Suez había elevado los precios en 1957. Cuba continuaba produciendo sobre todo «azúcar en bruto», es decir, un 96 por ciento de azúcar puro, pero con una fina capa de melaza y otras impurezas. Sin embargo, unos cuantos molinos se encargaban de refinar, con lo que cubrían el proceso que va desde la caña hasta el azú-

car puro ciento por ciento; gran parte de este azúcar se vendía en la propia Cuba.



El azúcar en 1959

Otro aspecto a tener en cuenta es que el mercado mundial del azúcar por entonces estaba rígidamente dividido en una serie de ligas consumidoras, controladas respectivamente por Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética. Naturalmente había también un mercado mundial «libre» al margen de estas ligas, pero sólo abarcaba una quinta parte de la producción total de azúcar. Había un Consejo Internacional del Azúcar, con sede en Londres, que se dedicaba a hacer circular material estadístico, pero casi no hacía nada más. Los consumidores ingleses, franceses y soviéticos no se relacionaban entre sí. La liga norteamericana, en cambio, estaba abierta a los suministradores ingleses y franceses. Cuba era todavía el mayor país exportador, a distancia de los demás, y Estados Unidos, el mayor consumidor. El cupo que permitía Estados Unidos a los cubanos dependía, primero, del cálculo previo que hacía el secretario de Agricultura norteamericano de las probables necesidades totales de azúcar que tendría Estados Unidos en un año, y se-

gundo, de los déficit de otros países que también habían fijado cupos. Así, si Filipinas no podía entregar su cupo a Estados Unidos, Cuba tenía la posibilidad de vender más.

La dificultad para hacer algún aumento sustancial en su participación en el mercado mundial era uno de los motivos del indudable estancamiento del azúcar cubano, cuyas consecuencias resultaban tan debilitantes para el conjunto de la sociedad cubana y para la economía en general. Pero también había razones que venían de la misma Cuba.

En realidad, la organización de la industria azucarera de Cuba estaba lejos de ser racional. Se había hecho poco para desarrollar los diferentes subproductos de la industria azucarera, como la melaza (un residuo que no contiene azúcar cristalizable, que en bruto se utiliza como una miel, y cuando está refinado, como ron) o el bagazo (desechos de caña) sobre los cuales se podrían haber montado industrias. El bagazo se podía usar para fabricar cartón, papel o vallas, y la mayor parte del bagazo se utilizaba como combustible; cuando la cosecha estaba en marcha, a menudo se utilizaba como el principal combustible. Pero en estas cuestiones había habido poca investigación, sólo profecías. La mayoría de la caña que se utilizaba ahora en Cuba era de una variedad traída de Java en la década de 1920, que sucedía a la antigua crystallina, otra planta javanesa, y a la otaheite. Pero Cuba nunca había financiado un centro eficaz de investigación nacional que cultivase diferentes variedades de caña y determinase cuáles eran las mejores para las condiciones cubanas. En Cuba sólo se había originado una variedad interesante. Una industria, que durante muchos años había sido de tanta importancia en el mundo, podría haber destinado un pequeño porcentaje para hacer los experimentos nacionales adecuados. La Fundación de Investigación del Azúcar Cubano, en Jovellanos, sólo recibía de 60 000 a 80 000 dólares anuales. Todavía esperaba que le pagaran los impuestos especiales que se

habían creado para su mantenimiento desde 1941. El rendimiento del azúcar cubano por hectárea era bajo en comparación con la mayoría de los demás países. Esto se debía en parte a que el terreno cubano, especialmente favorable, permitía contar con que la misma planta duraría más que en cualquier otro sitio, aunque había un gran contraste entre los rendimientos de la caña de azúcar de las primeras y las últimas cosechas. (La primera, caña recién plantada, a menudo rendía ochenta y seis toneladas de azúcar por hectárea; la segunda, retoños, menos; o sea que el término medio para toda la caña era de cuarenta a cincuenta toneladas). Esto, naturalmente, resultaba bajo comparado con los países que producían con mayor intensidad, como Hawai (donde siempre se había dado prioridad a la investigación), Perú e Indonesia, pero se veía algo compensado por el precio de la tierra, aún relativamente bajo, y por el alto contenido de azúcar que se extraía de la caña: del 13 al 15 por ciento, el mayor del mundo.

Se había alcanzado una ligera mecanización en el aspecto agrícola de la industria azucarera: ahora el tractor desplazaba ampliamente al buey en la tarea de transportar la caña al molino. También se utilizaban tractores para limpiar y preparar la tierra para la caña. «En algunos casos, diez trabajadores con tractores hacen en diez días la misma operación que antes requería el trabajo de cien hombres durante tres meses». Pero la ley impedía que se produjese una mayor mecanización. Estaba prohibido fertilizar o fumigar desde el aire. Estaba prohibido el uso de la centrifugadora continua que permitía que se realizase toda la operación de fabricar el azúcar con sólo apretar un botón (como se hacía en Luisiana). Todavía se plantaba y se cortaba a mano, sobre todo por culpa de la hostilidad de los sindicatos a la mecanización. Por ejemplo, Julio Lobo había importado una máquina experimental para cortar caña que se quedó en depósito en la aduana durante cinco años, hasta que fue devuelta a

Luisiana porque finalmente las autoridades no la dejaron pasar. Pero en casi toda Cuba, salvo en Oriente, habría sido perfectamente factible la utilización de máquinas para cortar caña, como se demostró durante la recolección de 1968, una quinta parte de la cual fue hecha a máquina. La carga en los puertos también se hacía a mano a veces se pasaban diez días para un trabajo que podría haberse hecho en veinte horas a base de barcos de gran cabida.

Desde 1931, el Instituto de Estabilización del Azúcar había sido la fuerza rectora de la industria. Era una institución autónoma, aunque siempre influida por el gobierno, que recomendaba la cantidad total de azúcar que había que producir cada año y su división entre los diferentes molinos. Su director, nombrado por el presidente, era por lo tanto un hombre poderoso, que hacía y deshacía fortunas, y a menudo era sensible a los sobornos. El instituto también regulaba los salarios, el número de trabajadores que había que emplear y si se podía tener en cuenta algún proyecto de mecanización. O sea que el gobierno estaba muy metido en esta industria. Con el poder que tenía, el instituto podía intervenir para crear riqueza, cuando se encontraba con un gobierno corrompido. Un ejemplo de esto fue lo ocurrido durante el año cumbre de 1952. Entonces el mercado del azúcar de Cuba estaba dominado por dos grandes especuladores: uno, Francisco Blanco, administrador del molino Washington, de Batista, un hombre de experiencia, competente pero corrompido, y el otro, Julio Lobo, el gran pluralista propietario de tantos molinos. Blanco tenía entre 300 000 y 150 000 toneladas de azúcar, cuyo precio estaba amenazado por la mengua del mercado mundial. Se nombró una organización para que vendiera el azúcar nacional. Finalmente, se acordó que 1 750 000 toneladas del azúcar excedente se venderían en los cinco años siguientes y que entretanto se contendría el mercado. En el Consejo Internacional del Azúcar de 1953, los

representantes cubanos tenían instrucciones de firmar lo que fuera con tal de que llegasen rápidamente a un acuerdo, pues Batista quería deshacerse de este excedente tan importante; y estos hombres aceptaron un cupo considerablemente inferior al que podrían haber conseguido.

A pesar del estancamiento de la producción, se habían producido dos cambios importantes en la industria durante el cuarto de siglo que va de la Revolución de 1933 a la de 1959.

Primero, habían aumentado las colonias de cultivadores de caña. La ley del azúcar de 1937 había intervenido en favor del colono contra la central, concediéndole la posesión permanente, regulando sus derechos, obligando a los propietarios de molinos a compartir poderes y beneficios con los colonos y trabajadores, aumentando los costes de los molinos y cargando con impuestos sustanciales a la caña. Los propietarios de molinos habían esquivado esta ley comprando tierra, tal vez a sí mismos, poniéndola a veces claramente a su nombre, y otras veces disimulando con el nombre de sus esposas o hijas. Sin embargo, el número de propietarios verdaderos aumentó sustancialmente, sobre todo a través de la subdivisión entre familias, pero también gracias a la formación de nuevas colonias durante las recolecciones «libres», al reconocerse el derecho de los subcolonos a llamarse colonos y, tal vez lo más importante, al mejorar las condiciones de todos a raíz de la ley de 1937.

En realidad, el sistema era incómodo e improductivo. Los colonos eran otro de los obstáculos que se ofrecían a la introducción de la mecanización. Su aversión a colaborar, además, dificultaba el cultivo científico, por ejemplo, el intento de plantar pronto o tarde, dejando madurar la caña de azúcar en diferentes lugares alrededor del molino. Además los colonos eran reacios incluso a invertir dinero en camiones para llevar la caña al molino. Sin embargo, Julio Lobo y otros propietarios de ingenios azucareros de la provincia de Matanzas llevaron a cabo

un experimento de reorganización en la década de 1950. Los propietarios de molinos intercambiaron diferentes «colonias» para evitar los absurdos más destacados, como el de que hubiese que transportar la caña a lo largo de 30 kilómetros para llevarla a la central tradicional en vez de llevarla a la más próxima. Esta racionalización dio buen resultado y empezaron a copiarla en otras partes. Pero esto no eliminó totalmente al colono, y es difícil evitar la conclusión de que, o había que nacionalizar la tierra, o la central había de comprar la mayor parte para que fuera posible cualquier mejora en la agricultura; es decir, eran factibles el capitalismo o el socialismo, pero no el neofeudalismo.

El segundo gran cambio en la estructura del azúcar cubano en los años posteriores a la depresión fue la relativa disminución de las propiedades norteamericanas, debido a que a los estadounidenses no les gustaban las condiciones laborales cubanas, pero también a las restricciones generales de la expansión. Esta disminución empezó con la venta, en 1934, de la enorme Cuba Cane Corporation, que había empezado a explotar las oportunidades favorables del azúcar en la Primera Guerra Mundial. Los bancos estadounidenses también se fueron desprendiendo poco a poco de sus ingenios azucareros. En 1950, un hombre de negocios comentaba que él y la mayoría de sus colegas «admitían que todavía valía la pena operar en Cuba. Pero indudablemente había muchas menos oportunidades de obtener grandes beneficios». Las leyes laborales de Batista, la política de cubanización y la ley del azúcar de 1937 habían dado resultado. La consecuencia era que incluso en los molinos que nominalmente eran propiedad norteamericana, los accionistas cubanos tenían mucho peso, y a veces hasta tenían mayoría. Así, durante un tiempo, Lobo tuvo una participación en Cuban Atlantic con derecho a control, y Batista también tenía del 10 al 15 por ciento de esa compañía. Lobo poseía también el 25 por

ciento de la West Indies Sugar Company, y Fella Gutiérrez tenía una participación sustancial en Punta Alegre, ambas compañías nominalmente norteamericanas.

La mayor empresa cubana, a distancia de las demás, era la gran serie de intereses representados por Lobo, que tenía catorce molinos. Igual que Tomás Terry en el siglo XIX, Lobo era de origen venezolano, aunque en realidad los Lobo eran judíos sefardíes procedentes de Curaçao. En 1959 se calculaba que controlaba casi 405 000 hectáreas. Lobo tenía un historial admirable de honradez (el gobierno revolucionario lo confirmó después de examinar minuciosamente sus libros) y de buen trato a los trabajadores. En 1959, como hemos visto, acababa de comprar el gran molino Hershey. Constantemente hacía esfuerzos en pro de una racionalización y modernización, aunque a menudo se veían frustrados.

En 1959, Lobo tenía además grandes intereses en hoteles (financió la construcción de los hoteles Capri y Riviera), bancos, cadenas de radio y barcos, junto a sus enormes posesiones azucareras. Era el mayor coleccionista de arte de Cuba, y su colección de reliquias napoleónicas era la mayor de las que había fuera de Francia. Su riqueza venía en parte de su padre, Heriberto, que después de la revolución de Venezuela, en 1902, había ido a La Habana, y allí se había hecho socio de un español, Galbán, para dedicarse a la banca privada y a la importación, igual que habían empezado los Drake hacia 1790. Julio Lobo comenzó a trabajar en la empresa en 1919, era licenciado por la Universidad del estado de Luisiana (que entonces era casi exclusivamente un instituto azucarero), y aunque Galbán se retiró, los Lobo, y luego sólo Julio Lobo, conservaron el antiguo nombre —la compañía mercantil Galbán Lobo— y las antiguas oficinas de la vieja Habana. En 1946, los Lobo vendieron la mayor parte de sus intereses no azucareros; para entonces (exactamente igual que los grandes comerciantes del siglo XIX),

el propio Julio había entrado en el negocio del azúcar, y en 1952 ya tenía once molinos, en su mayoría comprados a norteamericanos. A los Lobo les había ido particularmente bien durante la «danza de los millones», pues habían vendido prudentemente en el momento adecuado. En 1946, Julio Lobo fue objeto de un atentado, al que sobrevivió, por parte de Eufemio Fernández y la ARG, que le habían pedido 50 000 dólares en concepto de «protección» sin conseguirlos. En la década de 1950 volvió a acumular importantes intereses no azucareros. Pasaba temporadas en La Habana y otras en su molino favorito, Tinguaro, que Diago había construido en la década de 1840 y él había vuelto a equipar lo mejor que había podido, dadas las leyes laborales, y donde su hija —que además era hija de una Montalvo— fue bautizada de un modo muy apropiado, con jugo de caña. Allí celebraba reuniones literarias y se figuraba que era el «Cliveden» de Cuba. Lobo, un genio financiero, era básicamente apolítico, y decía: «No nos importaba quién fuera el que derrocara a Batista con tal de que alguien lo hiciera». Cada año vendía del 35 al 50 por ciento del azúcar cubano, y el 60 por ciento del azúcar refinado que se exportaba a Estados Unidos. Además vendía la mitad del azúcar bruto producido por Puerto Rico, y gran parte de la producción filipina. En el mercado azucarero cubano, y también en Estados Unidos, se le respetaba y temía. En la década de 1950, un banquero de Nueva York, entendido en la materia, calculó que su fortuna ascendía a los 85 000 000 de dólares. No había colaborado ni con Castro ni con Batista y, por lo tanto, el primero había quemado sus cañaverales.

Aunque el azúcar era todavía la industria por excelencia de Cuba, y aunque en los últimos años los cubanos habían vuelto a ser propietarios, en algunos aspectos, la industria del azúcar seguía pareciendo un negocio extranjero, una gran exposición internacional montada en territorio cubano, con capital extran-

jero, maquinaria extranjera y a veces, como en la década de 1920, hasta con trabajadores extranjeros. En las décadas de 1880 y 1890, el capital extranjero había reorganizado el azúcar cubano hasta hacerle adquirir su aspecto actual. Incluso con la lenta cubanización de los veinte años anteriores a 1959, los bancos de Nueva York seguían financiando los almacenes de azúcar de Cuba y el envío a Estados Unidos, y por supuesto los depósitos norteamericanos en los que se guardaba antes de venderse. La gran central norteamericana, con su aspecto de magnífico monumento del capitalismo, en realidad parecía una representación del «coloso del norte» en persona, como decía Agustín Acosta en su poesía:

Mientras lentamente los bueyes caminan
las viejas carreteras rechinan… rechinan
van hacia el coloso de hierro cercano
van hacia el ingenio norteamericano
y como quejándose cuando a él se avecinan
las viejas carreteras rechinan… rechinan.

A lo largo de la historia de la República, el número de molinos en activo siguió siendo el mismo. De los 161 molinos que había en 1958, 100 habían sido fundados en el siglo XIX. Aunque durante un tiempo (en la Primera Guerra Mundial) el número total de molinos había llegado a casi 200, después de la depresión nunca pasó de 161, cifra que se mantuvo constante entre 1946 y 1958. Los molinos eran de tamaños muy distintos, su capacidad iba de las 5000 a las 170 000 toneladas de azúcar. En 1950 se calculaba que en conjunto valían de 750 000 000 a 1000 millones de dólares. Según todos los cálculos, los 160 ingenios azucareros cubanos constituían una de las cadenas de inversión de capital más notable del mundo, con sus grandes cilindros que, durante la recolección, se iban llenando continuamente de caña, noche y día, y sus grandes chimeneas dominando el batey, las escuelas y capillas, los barracones para los traba-

jadores interinos, las tiendas, bodegas, casas para los directivos, e incluso campos de deportes y de golf.

Se cultivaba azúcar en algo más de la cuarta parte de las fincas cubanas, pero sólo era la principal fuente de ingresos para el 18 por ciento de los cultivadores. Sin embargo, estos eran los que tenían las granjas mayores. Dos terceras partes de las rentas agrícolas provenían del azúcar. En casi la mitad de la zona de regadío se cultivaba caña, y esta cubría más de una cuarta parte del área total del país, o sea, 30 000 kilómetros cuadrados. Pero probablemente cada año no había más de 16 000 kilómetros cuadrados que produjeran azúcar a la vez. El resto se reservaba. La industria empleaba a medio millón de trabajadores en época de recolección, casi 400 000 para cortar caña, el resto en los molinos; esto suponía un tercio de la población activa del país. Los cortadores de caña eran fuertes, profesionales y estaban bien organizados en sindicatos. Su trabajo, aunque no muy duro, era tedioso, y en los campos abandonados, exasperante. Los ingenios azucareros tenían unas líneas férreas que eran casi el doble de las del sistema público, y en 1950, el 80 por ciento del tonelaje de los principales ferrocarriles públicos era el constituido por el transporte de caña. Los ingenios azucareros controlaban la mitad de la capacidad generadora de electricidad de Cuba.

Es difícil concretar cuál era el papel exacto que tenía el azúcar en la economía. Entre una cuarta y una tercera parte de la renta nacional procedía del azúcar; una proporción elevada, pero que indica que los cubanos hacían algunas otras cosas. Las cifras no muestran hasta qué punto la economía dependía de las exportaciones, y las exportaciones, naturalmente, dependían del azúcar; en los cuarenta años anteriores a la caída definitiva de Batista, el azúcar representó el 82 por ciento de las exportaciones cubanas. Además, en los años posteriores a la depresión, Cuba se había convertido en algunos aspectos en más sensible

a las fluctuaciones de precios derivadas del azúcar; en interés de la humanidad, varias leyes habían vinculado los salarios de muchos trabajadores no azucareros, y también muchos precios ordinarios, al precio del azúcar: por ejemplo, los precios de los cargamentos en ferrocarril, los arrendamientos de terrenos azucareros, los impuestos que pagaba la industria del azúcar, muchos arriendos e incluso los tipos de interés de los préstamos hipotecarios. La mejora en las condiciones laborales que había garantizado una distribución más justa de la renta a partir de 1933 trajo consigo la probabilidad de que cualquier cambio en las exportaciones provocase más cambio que antes en la actividad económica.

Por lo tanto, en 1958, la industria cubana del azúcar seguía teniendo la misma importancia para la economía del país que había tenido siempre desde el hundimiento del café, hacía más de un siglo. Sin embargo, era una industria anticuada, que no podía o no quería sacar partido de la creciente demanda mundial. Las inversiones extranjeras disminuían y, aunque este fenómeno fuera bien acogido por razones políticas, denotaba una falta de confianza en una industria que, al parecer, se encontraba en decadencia. Mientras en 1850 Cuba había sido la primera en abrazar las ideas nuevas, en 1950 era la última.

Entonces ¿qué había que hacer? En 1959, ningún líder revolucionario tenía ningún plan en lo referente a la industria azucarera. En 1953, Castro había hablado de hacer aún más reformas en beneficio de los colonos, que ya estaban tan mimados; aparte de eso, silencio. A los economistas cultos, como Pazos o López Fresquet, lo que básicamente les importaba era la industrialización de otros sectores de la economía. En lo referente al mercado internacional del azúcar, Cuba, en realidad, no podía hacer gran cosa dentro de los límites del sistema existente.

Tal vez si todos los países productores de caña de las Indias Occidentales y Sudamérica hubieran seguido una política deci-

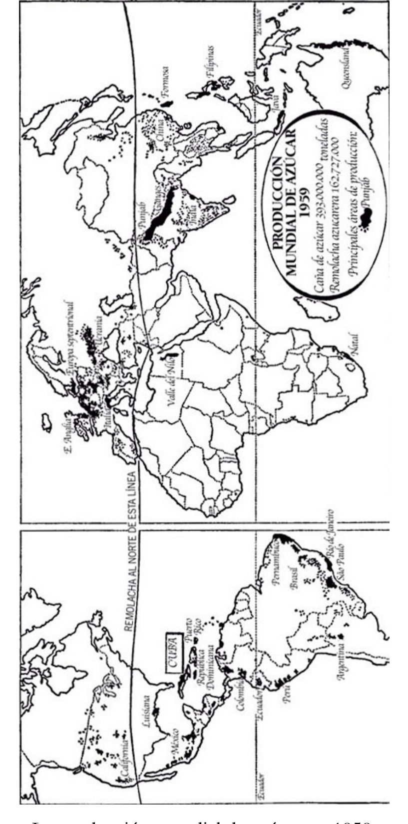
dida de conjunto podrían haber conseguido que los países consumidores fijaran unas condiciones ligeramente más progresivas. Pero las posibilidades de que se diese tal política decidida en conjunto eran remotas. Políticas aparte, antes de la conferencia de la UNCTAD celebrada en Ginebra en 1965 no había ningún precedente de que un grupo de productores básicos decidieran una política común. Si hubieran podido hacerlo, tal vez los productores de caña habrían tratado de llegar a un acuerdo para conseguir que los cultivadores de remolacha del norte por lo menos no aumentaran su producción. Los productores de caña podrían haber argüido que, si los países adelantados deseaban realmente ayudar desinteresadamente a los menos ricos, en esto y en otras cosas, deberían dejar de competir con los países tropicales o subtropicales en los productos que son la vida misma de esos países. Estados Unidos o la Unión Soviética pueden cultivar tanto trigo como remolacha; los países del Caribe no pueden.

Pero, naturalmente, lo que dictaba la política azucarera europea era el temor estratégico a tener que confiar en el comercio exterior durante las guerras, aunque durante las dos guerras mundiales y después de ellas, las grandes potencias de Europa necesitaron más a Cuba que Cuba a ellas. Las dificultades de la Comunidad Económica Europea para llegar a una política agrícola común indican las complicaciones con que probablemente se encontrarían Cuba y sus cultivadores de caña asociados. Sin embargo, esta habría sido la política más creativa que podría haber emprendido un gobierno cubano en 1959.

La segunda alternativa parecía ser la de aceptar las cosas como estaban: vender entre una tercera y una cuarta parte de la cosecha a Estados Unidos, aumentando esta proporción con los años, según fuese aumentando la población norteamericana, y haciendo al mismo tiempo todo lo posible para sacar partido cuando países de la liga norteamericana no podían cubrir su cu-

po. Sin embargo, esto sucedía cada vez menos, y con los años, otros productores de azúcar del Caribe, como la República Dominicana, estaban empezando a ambicionar mayores tajadas del mercado norteamericano. Sin embargo, si esta política hubiera estado acompañada por un intento verdaderamente serio de diversificación de la agricultura e industrialización, podría haber sido eficaz.

La tercera alternativa que tenía Cuba si quería seguir más o menos como hasta entonces era la de tratar de entrar en otra de las ligas azucareras internacionales: la inglesa, la francesa o la soviética. Las dos primeras alternativas estaban descartadas debido a su tamaño reducido y a los acuerdos internos o imperiales de Inglaterra y Francia, para no hablar de los acuerdos políticos ingleses y franceses con Estados Unidos. Por lo tanto, la única posibilidad era la de entrar en la liga soviética. Este era un plan desesperado y, en las circunstancias de 1959, aparentemente irreal. La Unión Soviética, aunque no se autoabastecía totalmente de azúcar, lo producía en grandes cantidades. En 1958 o 1959, nadie en Cuba había pensado verdaderamente en la alternativa soviética. Incluso parece que los comunistas cubanos habían supuesto, y hasta confiado, que los acuerdos mercantiles azucareros existentes se mantendrían de un modo u otro.



La producción mundial de azúcar en 1959.

En 1959, los radicales cubanos estaban más inclinados a dedicarse a la diversificación de la agricultura y a la industrialización que al azúcar. El gran objetivo era el de huir del monocultivo. El azúcar había llevado a Cuba a un *impasse*. El objetivo revolucionario era el de crear nuevos caminos, volver a explotar las minas de níquel, cultivar tomates o aguacates, autoabastecerse de acero, vender cigarros a China; cualquier cosa para evitar que la producción de azúcar siguiese al mismo nivel, y mucho menos a un nivel más alto.

O sea que, en la izquierda, nadie tenía una política azucarera. Los ingenios azucareros y las haciendas se verían afectados por la política como parte de la reforma agraria de la revolución, y no como parte de una política azucarera. Casi nadie se detuvo a

pensar que a según qué tipo de cultivo le podía convenir más un determinado tipo de reforma agraria que otro, y que la nacionalización del aspecto industrial requería la continuación lógica de la situación existente. Esto último habría permitido al Estado tener la responsabilidad directa del bienestar de las grandes comunidades que habían nacido junto a los ingenios azucareros, y cerrar los trapiches o los molinos improductivos cuando fuera necesario. Habría permitido reservar por lo menos un 1 por ciento de los ingresos anuales para la investigación que, a su vez, podría haber descubierto usos no comestibles del azúcar que alterarían (y todavía pueden alterar) radicalmente la vida de los cultivadores de azúcar. Habría permitido que se diera una modernización y mecanización con el máximo acuerdo entre obrero y patrono. Dadas las malas relaciones existentes entre los ingenios de propiedad norteamericana y los trabajadores, probablemente habría mejorado las relaciones laborales. Por grande que fuera su valor económico, era evidente que las grandes centrales norteamericanas diseminadas por Oriente y Camagüey tenían un efecto debilitante sobre el país. La nacionalización, además, habría hecho responsable directo al gobierno de la política azucarera, en lugar de la indirecta responsabilidad que había ejercido durante años. Daría al gobierno un control sobre los puestos rectores de la economía con el mínimo de complicaciones. El aspecto industrial del azúcar se presta bastante a la dirección gubernamental. Combinando todo esto con una política flexible respecto a las haciendas cultivadoras de caña, tal vez habría sido posible pasar los primeros años de la revolución sin una conmoción social y sin que los administradores y técnicos de los ingenios azucareros se fueran a La Habana o al extranjero. La nacionalización de los molinos (aunque no de las plantaciones) habría evitado las grandes tentaciones de favoritismo de costumbre, tal vez inevitables en el sistema existente. En realidad, las posibilidades de

corrupción eran tan grandes que, sólo por eso, hacían deseable el control estatal. La nacionalización además podría haber fortalecido al gobierno a nivel internacional permitiendo que las delegaciones cubanas no fuesen la representación de una combinación que incluía a los intereses norteamericanos.

No se podría haber adoptado esta política respecto del aspecto industrial del azúcar sin tener en cuenta la tierra donde se cultivaba la caña. Así que tal vez el objetivo debería haber sido el de estimular la reducción de la superficie en la que se cultivaba caña, concediendo créditos para la importación de cortadoras de caña, mientras se incrementaban los rendimientos a base de mejor drenaje, fertilización y plantación más frecuente, y de la adopción universal de la política racionalizadora de Lobo en Matanzas.

Sin embargo, no se siguió esta política. Cuando vino la nacionalización, llegó como el tratamiento de las tierras agrícolas, a remolque de otras políticas. En los primeros días de 1959, el gobierno revolucionario deseaba librarse del azúcar más que cargar con la tarea de dirigir la industria; de ahí muchas locuras y frustraciones.

88

El tabaco y otras industrias

Los cubanos seguían siendo los mayores fumadores de puros del mundo. Sólo se exportaba una séptima parte de sus puros. Los cubanos se fumaban el resto: unos 350 000 000 en 1957; cincuenta por cabeza al año, incluidos mujeres y niños. Pero esto era sólo la mitad de lo que se fumaba en Cuba en 1918; entonces se pasaba de los cien puros por cabeza. Además, los cubanos fumaban grandes cantidades de cigarrillos.

El tabaco había cedido su puesto de segunda industria del país a la industria de productos ganaderos, aunque seguía siendo la segunda exportación en importancia.

En la época de Batista, la producción de tabaco fue bastante sólida; en 1957 se llegó a un nivel de producción de cuarenta millones de kilos, el tercero en importancia de los que se habían alcanzado últimamente (el más alto fue en 1950). El tabaco se cultivaba en una cuarta parte de las fincas cubanas, pero sólo constituía la fuente básica de ingresos de un 14 por ciento, es decir, de unos 20 000 o 25 000 cultivadores, que tenían empleados a otros 60 000 trabajadores. Las plantaciones de tabaco constituían el 3 por ciento del área cultivada (45 000 hectáreas).

Los propietarios de las plantaciones de tabaco solían ser compañías, a veces norteamericanas, como la Cuban Land and Leaf Tobacco Company, de Vuelta Abajo. Esta compañía, por ejemplo, cedía tierra a ochenta aparceros, que en conjunto empleaban a más de 3000 jornaleros. La compañía proporcionaba casas, regadío, dependencias anejas, un médico, una enfermera y una clínica, agua y tierra para cultivar verduras. A los que cultivaban el tabaco con toldos (crecía a la sombra artificial de unos toldos sostenidos por palos) la compañía les daba además

abono gratis y crédito sin intereses para pagar los jornales; ellos pagaban un tercio de todos los gastos, por ejemplo, de los fertilizantes, y a cambio recibían la mitad de la cosecha. Los que cultivaban el tabaco al sol —la mayoría— sólo daban a la compañía una cuarta parte de la cosecha, pero aquí los aparceros habían de pagar más gastos: tres cuartas partes de los abonos, etc. Otros propietarios administraban ellos mismos una parte de sus haciendas y cobraban algún tipo de gravamen de sus arrendatarios. En realidad, las variaciones dentro del arriendo eran infinitas. Así, a menudo se daba el caso de jornaleros que cultivaban tabaco por su cuenta en las tierras que les habían adjudicado para cultivar verduras o tener ganado, con lo que tenían un ingreso adicional; y a veces los dueños eran exigentes, y pedían el interés de un año entero por un crédito que había durado unos pocos meses.

Un cambio crucial había afectado a las fábricas de tabaco, no a los cultivadores de tabaco. Estas seguían agrupadas en La Habana, tenían grandes nombres famosos en todo el mundo (especialmente en las buenas mesas) —Romeo y Julieta, Ramón Allones, Larrañaga, Partagás, Montecristo, Menéndez García (la mayor)—, aunque en toda Cuba había alrededor de un millar de fábricas. Estas fábricas siempre habían dependido del trabajo manual. En otros sitios, las máquinas de arrollar puros se usaban desde hacía mucho tiempo. Los cigarreros cubanos, muy organizados y cerrados, se habían resistido con éxito a la introducción de máquinas desde 1925, fecha en que por primera vez se había intentado introducirlas en Cuba. Esto hizo que algunas fábricas más pequeñas empezaran a tener pérdidas y algunas incluso se habían trasladado a Florida, donde podían servir al cliente norteamericano con menos gastos; un hecho extraordinario en un país semidesarrollado. Pero, en 1950, un decreto de Prío había permitido que los puros se hicieran a má-

quina. Esto no significaba que todos los puros se hicieran a máquina; los mejores puros seguían haciéndose a mano.

En la década de 1950, en las fábricas de tabaco había 35 000 trabajadores; en 1899, más de 24 000. Además había unos 50 000 seleccionadores de tabaco y 8000 que se dedicaban a arrollar la hoja. La tarea de elegir y despalillar era un trabajo de temporada, duraba sólo unas semanas. En las quince fábricas de cigarrillos de Cuba trabajaban 3000 obreros. Probablemente unas 130 000 personas trabajaban en el tabaco, en su aspecto agrícola o industrial.

La industria del tabaco estaba mejor organizada que la del azúcar. Tenía una larga tradición de honradez. Un escritor recordaba haber visto en los viejos tiempos «a los negros que, los jueves, salían al encuentro del tren que iba de Villanueva a Batabanó, con carretillas cargadas de doblones de oro metidos en sacos, que se descargaban en Punta de Carta, Bailén y Cortés, y luego se llevaban a lomos de mulo por el país del tabaco, dejando en cada vega el pago de la cosecha». Había dos comisiones encargadas, la una de los precios, la otra del mercado. La primera tenía una estación experimental que distribuía los mejores tipos de semilla, compilaba estadísticas, etc.

Si era de desear una reorganización en la industria del tabaco, era en la agricultura. El sistema de aparcería a menudo provocaba injusticias, y la mayoría de los cultivadores habrían sido más eficaces si hubieran sido los dueños de la tierra que trabajaban.

Cuba puede producir una cantidad indefinida de buen tabaco. Pero también pueden hacerlo todas las demás islas del Caribe, y muchos otros países. No había ninguna posibilidad de que el tabaco cubano de cigarrillo pudiera desplazar alguna vez a los suministradores favoritos de los principales consumidores. Los habanos cubanos eran reconocidamente los mejores del

mundo. Pero el mercado mundial del puro había ido disminuyendo a partir de principios de siglo.

El panorama industrial cubano —excluyendo el azúcar y el tabaco— había cambiado mucho desde la depresión y los aranceles de 1927. En los últimos años, el nivel de inversión de firmas extranjeras había sido muy alto. Se iniciaron muchas fábricas nuevas. A finales del mandato de Batista había más diversificación que al principio, aunque esto en parte se debía al Banco de Desarrollo Agrícola e Industrial fundado en la época de Prío.

Aunque muchos norteamericanos iban a Cuba a fundar negocios para esquivar los impuestos de su país, el problema laboral era bastante serio. El recuerdo de la década de 1930 hacía que los obreros se mantuvieran organizados y les aterrara la perspectiva de cualquier cambio. O sea que los industriales solían encontrarse con «una resistencia insuperable a la modernización». En los sitios en los que se había conseguido introducir nuevos métodos, con el acuerdo de los trabajadores, generalmente se había estipulado que se utilizaría la misma mano de obra que antes, e incluso que el nuevo equipo no produciría más que el antiguo.

A partir de 1945, todos los gobiernos habían hecho lo que habían podido para estimular la creación de nuevas industrias; había exenciones de derechos de aduana por tres años para la maquinaria o equipo nuevos, exenciones de impuestos por seis años para los intereses de los créditos, exenciones de derechos de aduana por diez años para las materias primas importadas; podían deducirse los costes de depreciación, etc. Lo malo era que, aunque en realidad se montaron varias industrias nuevas, casi ninguna utilizaba materias primas cubanas y muchos de los aspectos ridículos de la economía cubana seguían existiendo; así, de los once millones de kilos de tomates que se exportaban

anualmente, nueve millones probablemente volvían en forma de salsa.

Cuba no tenía carbón, pocas posibilidades hidroeléctricas (porque los ríos son muy lentos), y unos recursos petrolíferos que hasta entonces habían sido explotados de un modo inadecuado. El principal combustible doméstico era el bagazo. El consumo de electricidad de Cuba era uno de los más elevados de América después del de Estados Unidos. Los ingenios azucareros generaban su propia electricidad, y casi todo el resto era distribuido por la Cuban Electric Company, filial de la American and Foreign Power Company (que a su vez era filial de la enorme Electric Bond and Share Company de Nueva York), que ostentaba un monopolio eléctrico virtual desde la época de Machado. La mayor parte de Cuba tenía electricidad desde la década de 1920, por lo menos en las ciudades y en los pueblos grandes. La Cuban Electric gozaba de un ritmo de crecimiento excelente, especialmente en la década de 1950, y tanto las empresas como los particulares modernizaban cada vez más sus sistemas de iluminación e instalaban aire acondicionado. Sin embargo muchas cosas eran insuficientes: gran parte del equipo era viejo; en el campo se producían frecuentes cortes de corriente, y las tarifas eran más altas que las de Estados Unidos, debido en parte al menos a la necesidad de sobornar a los funcionarios, del presidente para abajo. En el pasado habían proliferado los escándalos: los funcionarios del gobierno sólo pagaban las facturas cuando les apetecía; la ciudad de La Habana llevaba años de retraso, y en la industria había habido numerosas huelgas semipolíticas.

Desde 1914, en Bacuranao, se había descubierto que Cuba poseía algo de petróleo. Durante la Primera Guerra Mundial, el auge del petróleo atrajo a unas setenta compañías, pero sólo se encontró un pozo con posibilidades comerciales. Sin embargo, las compañías petrolíferas importantes empezaron a buscar pe-

tróleo en gran escala a partir de la última guerra mundial, después del nuevo auge producido en Venezuela. En 1954 habían renunciado todas menos una. Ese mismo año, el Grupo Tarabuca descubrió una bolsa muy rica en Jatibonico. A partir de mayo de 1954 se extrajeron 250 barriles diarios. Hubo más exploraciones, apoyadas por una generosa política de créditos del gobierno de Batista, que proclamó que pagaría el 50 por ciento de la exploración petrolífera. En 1956 hubo otro descubrimiento importante en Jatibonico, y otro en Yayajabos, en Pinar del Río. En octubre de 1957, la Pan American Land and Oil Royalty Company, con intereses texanos, anunció que había comprado un millón trescientas mil hectáreas en Cuba junto con participaciones en otros proyectos de desarrollo. Entre 1954 y 1958, la inversión en el petróleo cubano pasó de tres millones a cuarenta y cuatro millones de dólares, y la producción, de 57 000 a 300 000-400 000 barriles.

Cuba todavía tenía muchos recursos minerales: las grandes reservas del norte de Oriente eran potencialmente una de las mayores fuentes de níquel y hierro del mundo, un importante productor de cromo, cobalto, cobre y manganeso, y de algunos otros minerales en pequeñas cantidades: zinc, oro, plata y plomo. En 1958 había 287 minas abiertas en Cuba, incluidas 84 zonas de sondeo de petróleo; Estados Unidos se llevaba el 96 por ciento de la producción.

Que Cuba tenía hierro, sobre todo en el norte de Oriente, y algo en el sur, se había sabido durante siglos. El del sur empezó a explotarse hacia 1810, el del norte en 1908 por la Pennsylvania y, más tarde, por la Bethlehem Steel. La operación de la costa sur duró hasta 1945 (para entonces también la controlaba la Bethlehem Steel), la del norte sólo hasta 1971, pero durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Estados Unidos, a través de la Freeport Sulphur Company, explotó el hierro de Mayarí en busca de níquel. Las compañías norteamericanas

eran propietarias del 15 por ciento, más o menos, de las regiones productoras de hierro, y ellas o sus compañías matrices tenían otras fuentes de suministro más fáciles de explotar. Para estas compañías, las fuentes cubanas eran meras reservas. Esto era algo potencialmente explosivo en cuanto que afectaba a los intereses cubanos, pero, en la práctica, sólo estaban resentidos unos cuantos economistas y las personas que, como Castro, vivían cerca de los lugares donde había minas sin explotar y mucho paro. El interés público por el hierro o por cualquier recurso mineral de Cuba no era muy grande. Estados Unidos había sido responsable de casi toda la exploración y explotación de los recursos (principalmente a causa de la escasez durante la guerra). La misión del Banco Mundial criticaba a los cubanos porque solían confiar con demasiada frecuencia «en las guerras futuras para estimular la explotación de sus minerales». Pero para los cubanos era impensable, comercialmente hablando, explotar los pocos filones no controlados por los intereses norteamericanos: cualquier desembolso de capital en las minas sería barrido fácilmente por la competencia norteamericana. Aun así, en 1958, la Republic Steel Company, norteamericana, acababa de construir la primera fábrica cubana de acero en Cotorro, en La Habana.

El níquel llevó el problema de los recursos minerales cubanos a su punto más crítico. Antes de la última guerra mundial, la Bethlehem Steel tenía todas las minas de níquel cubanas, y no se hacía nada. Durante la guerra, el gobierno de Estados Unidos construyó una gran fábrica en Nicaro, veinticinco kilómetros al este de Mayarí, en la bahía de Levisa, que costó la enorme cantidad de treinta y tres millones y medio de dólares. La fábrica de Nicaro, en la que trabajaban 1800 personas y que por lo tanto pasó a ser la tercera planta industrial de Cuba en cuanto al número de trabajadores (con un presupuesto de trece millones de dólares para salarios), estaba llevada por una filial

de la Freeport Sulphur Company (Nicaro Nickel). Empezó a funcionar en 1943, y en 1946 producía casi el 10 por ciento del níquel mundial, pero la fábrica cerró en 1947.

Nicaro, todavía propiedad del gobierno norteamericano (a través de una compañía en la que la Administración tenía todas las acciones), volvió a abrir en 1952, durante la guerra de Corea, y siguió abierta. Ahora la llevaba, en nombre del gobierno de Estados Unidos, la Nickel Processing Corporation, firma que fundaron especialmente con ese fin la National Lead Company (60 por ciento de las acciones) y la Cía. de Fomento de Minerales Cubana (los accionistas cubanos, con un 40 por ciento de las acciones). La Freeport Sulphur Company seguía estando interesada, pues suministraba la mayor parte de lo que se utilizaba en la fábrica (a través de su filial, Nicaro Nickel).

Habiendo vuelto a abrir Nicaro, la Freeport Sulphur Company (que tenía un contrato a largo plazo para suministrar níquel al gobierno de Estados Unidos) declaró que se proponía explotar los grandes yacimientos de níquel y cobalto de la bahía de Moa, también en la costa norte cubana, unos ochenta kilómetros al este. El presidente de la Freeport Sulphur Company en la bahía de Moa, John Whitney, dijo que Moa representaba la mejor fuente nueva de níquel del mundo. Volvió a darse la total exención de impuestos en lo referente a esta empresa norteamericana. En marzo de 1957 se anunció la construcción de una fábrica que costaría ciento veinte millones de dólares en la bahía de Moa, como resultado de un contrato con la Administración de Servicios Generales del gobierno de Estados Unidos, por el que este se comprometía a quedarse con todo el níquel y cobalto que pudiera producir la compañía hasta junio de 1965; es decir, 270 000 000 de libras de níquel y 29 000 000 de libras de cobalto. Ese mismo mes se completó el proyecto de expansión de Nicaro.

El cobre había sido la explotación minera mayor y más antigua de la historia de Cuba, pues se había iniciado en 1530 en El Cobre. Los ingleses explotaron la mina en el siglo XIX, y en la década de 1890 la vendieron a una firma germano-norteamericana. Sin embargo, en el siglo XX, la mina de cobre mayor y más productiva estaba en Matahambre, en el extremo oeste de Pinar del Río. Se había descubierto en 1912, y a partir de 1921, con la mayoría de las acciones en manos de la U. S. Metal Company Ltd., el mineral había sido refinado por la U. S. Metal Refining Company, de Contact (New Jersey). La U. S. Metal Company se retiró en 1943, a consecuencia de problemas laborales y del descenso de precios, y los cubanos se hicieron con el control. Matahambre tenía grandes yacimientos. El Cobre había cerrado en 1918, pero había cobre en todas las provincias cubanas. En 1950, el valor de la producción de cobre excedía al de todos los demás recursos metálicos, aunque a finales de la década de 1950 fuera superado por el níquel. El níquel de Cuba todavía representaba el 40 por ciento de la importación norteamericana y Cuba era el cuarto país productor de cobre de América Latina. En Matahambre trabajaban unas mil personas, y la mina estaba unida al pequeño puerto de Santa Lucía por un funicular. La mayoría de los accionistas norteamericanos vendieron sus acciones a cubanos a partir de 1945. El cobre se volvía a explotar a pequeña escala.

El manganeso y el cobre también representaban algo. Cuba producía más de la mitad del manganeso químico del mundo, y todo lo vendía a Estados Unidos. Este metal, controlado, como el hierro, por la Bethlehem Steel, había sido explotado a partir de 1888 por compañías norteamericanas y, como había ocurrido con otros minerales cubanos, había conocido su mejor época durante las guerras mundiales, cuando el transporte entre Estados Unidos y sus suministradores habituales de África o la India era especialmente difícil. El rearme de la década de 1950

mantuvo abiertas las minas y la producción de 1952-1957 fue más o menos la misma que durante la Segunda Guerra Mundial. O sea que Cuba era el segundo país productor de manganeso, después de Brasil, del hemisferio occidental. Durante parte de la última conflagración había sido el primer país productor de cromo, pero después descendió mucho, aunque seguía teniendo grandes yacimientos. En parte se explotaba en las principales áreas minerales, de Mayarí a Baracoa, y en parte en el norte de Camagüey. La antigua mina Caledonia, en Mayarí, había pasado recientemente, igual que Matahambre, de manos de la Bethlehem Steel a manos cubanas. En la década de 1950, la producción era sólo un tercio de lo que había sido en los cuatro años de guerra.

Evidentemente, el hecho de ser un «país de reserva» en todos estos aspectos había de enfurecer a los cubanos. Las minas sólo se explotaban cuando Estados Unidos estaba en guerra. La paz traía la inactividad. Pasaba lo mismo que con la industria azucarera. Al ser los yacimientos minerales propiedad de Estados Unidos, nunca se podía considerar a la economía cubana como un conjunto. E incluso los minerales que se exportaban, eran exportados en bruto. Por otra parte, los que creían que se podía desarrollar mucho el níquel no calculaban que en la década de 1960 se descubrirían cada vez más sustitutivos.

No se puede comprender completamente la importancia que tenía Cuba para Estados Unidos sin darse cuenta de que la lista de las compañías norteamericanas con intereses en Cuba eran algo así «como un Who's Who del mundo de los negocios norteamericano»: la inversión total norteamericana era de más de mil millones de dólares; las participaciones en industrias y los intereses comerciales y políticos eran muy numerosos. En Cuba, cualquier acción que afectara a estos intereses estaría destinada a tener muchas consecuencias. En Cuba, 160 000 trabajadores, de los que más del 90 por ciento eran cubanos, estaban

empleados en firmas norteamericanas, y estas se gastaban 730 000 000 de dólares en Cuba, de los cuales, 70 000 000 eran de impuestos; casi el 20 por ciento del presupuesto cubano. Muchas de estas firmas eran filiales cubanas de compañías norteamericanas, y dependían de la compañía matriz para los suministros. Cualquier partido radical que hubiera surgido en Cuba habría tenido que chocar con estos intereses, pues el mundo norteamericano de los negocios dominaba el comercio cubano, y hasta un destacado capitalista cubano como Julio Lobo se inclinaba a abdicar de la responsabilidad política en Estados Unidos.

89

La economía: el trabajo

La historia del trabajo en Cuba había sido curiosa. Antes de 1933 sólo había una ley de compensación por accidentes de trabajo y ciertas medidas de seguridad social para los ferroviarios y mineros. En las disputas laborales, el gobierno siempre se ponía del lado de los patronos; en la época de Machado los dirigentes sindicales habían sido asesinados; las huelgas, aplastadas por la fuerza, y las organizaciones obreras, prohibidas. Pero el movimiento sobrevivió y, desde finales de la década de 1930, la clase obrera, gracias a sus luchas anteriores, era una fuerza importante. Los sucesivos gobiernos, durante el primer período de Batista en el poder, trataron de aplacar a los obreros con una serie de leyes avanzadas: jornada de ocho horas; semana de 44 horas (cobrando 48); un mes de vacaciones pagadas; cuatro días de fiesta oficial pagados; nueve días de permiso por enfermedad pagados; para las mujeres, seis semanas de vacaciones pagadas antes y después del parto; algunos sueldos ligados al coste de la vida y la imposibilidad de que los patronos trasladasen las fábricas sin permiso del gobierno. Sólo se podía despedir a los empleados probando la causa. En *El pensamiento político y social de Fidel Castro*, un librito publicado en 1959 con la aprobación de Castro, se decía: «A partir de 1933, la política distributiva cubana, como resultado de los aumentos de sueldo, de la introducción de la jornada de ocho horas, de las vacaciones pagadas, de la seguridad social, etc., ha traído una distribución más justa de la renta nacional [que]… solía ir a parar a los bolsillos de unos pocos y ahora llega a las manos de muchos».

En realidad parecía que el gobierno casi interviniera a favor de la clase obrera. De hecho, en la década de 1950, casi tenía en un puño al gobierno; y no sería exagerado decir que Batista,

durante su segundo período de poder, gobernó Cuba mediante una alianza con las organizaciones laborales. A cambio del apoyo de los sindicatos, Batista firmó la inmensa serie de medidas restrictivas, las limitaciones de la mecanización y las prohibiciones de despido que eran tan características del escenario laboral cubano. Los líderes del movimiento sindical, como Mujal, Hirigoyen y Linares, eran auténticos, personas que antes habían estado ligadas íntimamente con el régimen parlamentario; estaba también la dirección comunista disidente, que había llevado la estructura sindical central desde la época de su organización como una parte de la sociedad muy respetable, desde 1938 hasta 1948. Habían dejado tras de sí una tradición de «estatismo» que a los auténticos —que al mismo tiempo eran el partido en el gobierno— les gustaba mucho continuar. Así que las organizaciones obreras se convertían en una organización sindical oficial. Los conflictos laborales se solucionaban casi siempre por decreto del gobierno. Los convenios colectivos eran casi desconocidos, pues una ley estipulaba que todo se había de discutir bajo los auspicios del Ministerio del Trabajo si la mayoría de los trabajadores de la firma lo querían así. El Ministerio del Trabajo, sin embargo, sólo hacía nombramientos políticos; y en la década de 1940 el ministerio se llenó de amigos de los sindicatos.

La situación era negativa. «Es más difícil deshacerse de un obrero que de una esposa», era un chiste habitual entre los empresarios cubanos que tomaban daiquiris en el Havana Biltmore Yatch Club. «Es más fácil conseguir una nueva esposa que un nuevo empleo», habría replicado sin duda el obrero. Los trabajadores y sus líderes estaban obsesionados con el pasado; recordaban no sólo la depresión, sino cómo hasta hacía poco el propietario del molino había tenido poderes de vida y muerte sobre el trabajador del azúcar (un propietario de molino podía hacer azotar a un trabajador o hacer que un guarda rural lo matara); el recuerdo de la esclavitud, que sólo llevaba abolida ses-

enta y cinco años, pesaba sobre la isla como una nube negra. Muchos líderes sindicales, a pesar de la amistad que tenían con políticos auténticos, parecían tener motivaciones de venganza. Pero también había inseguridad respecto del futuro. ¿Quién sabía cuánto iba a durar la época de vacas gordas? Quizá la década de 1950 fuera un mero intervalo de calma y después viniera otro huracán que hiciera desaparecer la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas, la legislación social, como si se tratara de cafetos indefensos en plena tormenta. Si los capitalistas, industriales y empresarios se sentían aventureros, los trabajadores cubanos eran las víctimas de todas las inquietudes resultantes de

> las inestabilidades, el estancamiento y el paro crónico de la economía cubana. Ven por todas partes las espantosas consecuencias que trae la pérdida de un empleo para los trabajadores y sus familias. No confían en que los patronos, los capitalistas y el gobierno quieran o puedan crear nuevas empresas y nuevos puestos de trabajo.

Había la posibilidad de apelar a los tribunales por encima del Ministerio del Trabajo. Pero eso era caro, largo y al final quizá se solucionaba por medio del soborno, en el que eran duchos tanto los patronos como los sindicatos. En todo caso, las buenas amistades siempre eran tan importantes, por lo menos, como el hecho de tener buenas pruebas (y estas amistades garantizaban los empleos mucho más que las Centrales Laborales, cuyo índice de empleos era bajo). La ley no siempre estaba clara y por lo tanto era muy discutida. Tampoco los hechos económicos quedaban siempre totalmente fuera de discusión: ¿cuántos parados había realmente?, ¿quiénes eran?, ¿había alguna estadística honrada? Los diferentes grupos de trabajadores se convertían en castas rígidas, celosas, exclusivistas, esencialmente conservadoras, y los puestos de trabajo pasaban de padres a hijos.

La tragedia era que, a pesar de la legislación laboral avanzada, un gran sector de la población seguía en paro, y otro, toda-

vía mayor, parcialmente empleado. Y ninguno de ellos solía estar incorporado a la estructura sindical.

Naturalmente, el miedo a caer en el triste grupo de los parados o semiparados tenía obsesionados a todos los que tenían buenos empleos, protegidos por los sindicatos y las leyes. Algunos dirigentes sindicales, por ejemplo, eran partidarios de la mecanización, pero, como los dirigentes sindicales de la mayoría de los países que se encuentran en tales circunstancias, temían que la creación de nuevos puestos de trabajo fuera insuficiente. En las ciudades, los trabajadores, sobre todo los ocasionales que habían venido del campo, trataban de quedarse con el mismo patrono durante seis meses; si lo conseguían, quedaban incluidos en la seguridad social y no podían ser despedidos. Muchos fracasaban, y hacían trabajos ocasionales como lavar coches, vender números de lotería o mendigar; entre todas estas categorías había divisiones sociales internas, por ejemplo, las mejores zonas de La Habana eran las más buscadas.

Estas condiciones hacían que muchos dirigentes sindicales fueran reaccionarios: el hecho de que los trabajadores no pudieran ser despedidos tenían un efecto debilitante sobre ellos y les quitaba iniciativa, no tenían mucho que hacer, aparte negociar con un Ministerio del Trabajo muy amistoso. Los dirigentes sindicales, que se paseaban en Cadillacs aerodinámicos y que, en su mayoría, estaban involucrados en los chanchullos y el gangsterismo propios de toda política prerrevolucionaria, causaban una impresión deplorable en casi todos los sectores de la sociedad, sobre todo en los parados, generalmente sin recursos, de los que, en principio, eran responsables.

El informe del Banco Mundial sobre Cuba en el año 1951 criticaba muy duramente la rigidez del panorama laboral cubano; entonces, en parte como consecuencia de esto, se hicieron algunos esfuerzos, con éxito, para romper este aspecto reaccionario, aunque sin hacer ninguna reorganización com-

pensatoria de la sociedad. Muy importante fue la famosa rendición de los cigarreros, que permitió la mecanización de esa industria.

El gobierno de Batista se decidió a afrontar el espinoso problema de revisar el derecho de despido, cortándolo en seco legalmente pero permitiéndolo en varios casos individuales. La mayoría de los dirigentes sindicales lo aceptaron, porque, como Mujal, habían transferido su lealtad del gobierno auténtico directamente al de Batista, como si se tratara de funcionarios impecables. Las consecuencias fueron, como hemos visto, la afluencia de inversiones extranjeras a finales de la década de 1950 y un ligero aumento del paro, que a finales de 1958 era de un 28 por ciento en la temporada de calma; esto fue a pesar de progresos como el que se había hecho en la diversificación agrícola, sobre todo en el arroz y en el café, cosechas complementarias del azúcar, con recolección en diferentes épocas.

Un estudio norteamericano sobre la economía cubana publicado en julio de 1956 decía del trabajador cubano que tenía «horizontes más amplios que la mayoría de los trabajadores latinoamericanos y [que esperaba] más de la vida en cuanto a comodidades materiales que muchos trabajadores europeos… Su objetivo es alcanzar un nivel de vida comparable al del trabajador norteamericano». Es decir, se había despertado su imaginación; conocía por la televisión, las películas, o la observación personal del tipo de vida de los norteamericanos. Al mismo tiempo era evidente que, a no ser que se produjera un cambio sorprendente en la industria azucarera y en el lugar que ocupaba el azúcar en la economía, este objetivo estaría cada vez más lejos, no más cerca. Los trabajadores temían que la mecanización y la mejora de los métodos de producción ayudaran al capitalista, no al trabajador, y que ni el gobierno ni la iniciativa privada pudieran crear una economía expansiva.

En 1958, un millón de trabajadores, o sea, la mitad de la población activa, pertenecían a algún sindicato. En 1938, los sindicatos se habían agrupado en la confederación nacional, la CTC, que desde entonces hasta 1947 había sido llevada principalmente por los comunistas, con el mulato Lázaro Peña como secretario general. Los auténticos se habían hecho con el control en 1947. Primero fue secretario general Ángel Cofiño, luego Eusebio Mujal. Los sindicatos, como las asociaciones políticas estudiantiles, a menudo fomentaban la promoción política y eran medios evidentes de ascenso para hombres ambiciosos de la clase trabajadora, especialmente negros o mulatos. La mayoría de los grandes sindicatos tenían comités especiales para los problemas negros. Los líderes del grupo de Mujal, con sus Cadillacs, hablaban mucho de la lucha de clases, pero casi nunca sabían mucho sobre los problemas diarios de los trabajadores. De Mujal se decía que había acumulado una fortuna de varios millones.

Queda claro, pues, cómo los amigos del antiguo régimen de Cuba podían argüir que el país tenía las leyes laborales más avanzadas y al mismo tiempo sus enemigos podían decir que el pueblo estaba abandonado. También queda claro cómo la institución de los sindicatos cubanos, aparentemente tan fuerte, más tarde fue incapaz de resistir, moral o físicamente, a la presión de la revolución. La clase obrera cubana era, en muchos aspectos, exactamente lo que Fanon decía de las fuerzas laborales del tercer mundo en *Les Damnés de la Terre*: el «proletariado mimado».

90

La economía: la neurosis central

En Cuba, la trabazón de los problemas políticos y económicos era tan fuerte, por lo menos, como en todas partes. Había dos principales inquietudes que provocaban círculos viciosos. Primero, la inquietud de los trabajadores cubanos por el empleo, debida al recuerdo de la década de 1930, significaba que los costes de producción eran altos, que el rendimiento disminuía y que los inversores extranjeros se desanimaban. En 1950, el Banco Mundial escribía:

> Cuba disfruta de un nivel de renta y de vida de los más altos de América Latina y probablemente el más alto entre los países tropicales. Sin embargo, la base productiva para este nivel se estableció principalmente antes de 1925 [esto es, la estructura industrial de la industria azucarera]. Desde entonces, la economía cubana ha progresado relativamente poco. Las rentas cubanas han fluctuado con el mercado mundial del azúcar, [se han visto] muy afectadas por los ciclos comerciales, los aranceles, los cupos y las guerras, pero en conjunto han mostrado poca… tendencia a aumentar. Al mismo tiempo, la economía cubana padece un alto grado de inestabilidad. Todos los años hay una larga temporada inactiva en la que la mayoría de los trabajadores del azúcar están parados y la mayor parte del equipo del país permanece inactivo… las inestabilidades provocadas por las alzas y depresiones y las crisis políticas del mundo exterior repercuten rápidamente en el cuadro económico cubano… Una economía estancada e inestable con un alto nivel de inseguridad crea resistencia ante las mejoras de productividad. Y no obstante, las mejoras de la productividad crean una economía más progresiva, más estable… [Este es] el «círculo maestro» de todos los círculos viciosos y ha de ser atacado.

Este «círculo maestro» duró a lo largo de toda la década de 1950. Los esfuerzos en pro de la diversificación como la mecanización del cultivo del arroz habían provocado cambios pequeños y no fundamentales. Todavía parecía que la diversificación estaba «casi más allá de las leyes capitalistas». El espíritu de lotería continuaba: para el gran capitalista, todo lo que se pudiera ganar en el imprevisible mercado internacional del azúcar

oscurecía todos los posibles beneficios de las aventuras, menos espectaculares, pero constructivas, del cambio agrícola.

Un problema era que, aunque el capital cubano había sido siempre abundante, hubo pocos deseos de invertirlo en la actividad industrial nacional. En este aspecto existieron verdaderas mejoras a mediados de la década de 1950, en parte debido al Banco de Desarrollo Agrícola e Industrial. En 1950, el Banco Mundial argüía que el «ambiente para la inversión se había hecho tan desagradable que los extranjeros no se preocupaban de hacer entrar capital industrial… y los propios cubanos preferían enviar el suyo fuera o invertirlo en una hacienda».

El recuerdo de las bancarrotas pasadas, como la de 1920 y la de Nueva York en 1929, tenía su importancia. Los cubanos eran muy reacios a invertir en las emisiones del gobierno, que principalmente compraban los bancos, compañías de seguros y fondos de pensiones. De hecho, la mayoría de los cubanos adinerados estaban primordialmente interesados en tener su capital disponible. La naturaleza de la economía lo hacía necesario para afrontar las oscilaciones repentinas de la fortuna, que eran tan habituales.

Cuba tenía unos cincuenta bancos con casi doscientas sucursales, la Caja Postal de Ahorros y el Banco Nacional, que había tenido un éxito moderado y seguía siendo el cuerpo económico más prestigioso de la isla.

Igual que en la industria azucarera, los cubanos estaban recuperando el control de los bancos desde 1945. En 1939 los bancos extranjeros tenían más del 80 por ciento de todos los depósitos; en 1959, los bancos cubanos tenían el 60 por ciento. Sin embargo, el Royal Bank of Canada, el Bank of Nova Scotia, el National City, Chase Manhattan, y el First National Bank, seguían siendo muy importantes y probablemente decisivos. Estos y los demás bancos extranjeros (y durante mucho tiempo

también los bancos cubanos) eran muy reacios a apoyar nada que no estuviera totalmente desprovisto de riesgo. Mientras la clase obrera recordaba la depresión, los bancos recordaban la «danza de los millones» de 1920. Por lo tanto, a diferencia de la mayoría de los países latinoamericanos, los bancos eran un elemento pasivo en la economía cubana. A partir de 1950, la recuperación cubana se debió en parte a las actitudes algo menos conservadoras respecto a los préstamos, a la influencia del Banco Nacional, y al paso dado en 1951 de un sistema monetario basado en la intercambiabilidad del dólar y el peso a otro basado sólo en el peso (a pesar de la paridad). Los depósitos bancarios aumentaron a lo largo de la década de 1950, sin disminuir a pesar de la guerra civil, salvo un breve descenso que se produjo en 1958 respecto de los niveles de 1957, que eran muy altos, principalmente a causa de la buena cosecha.

En la década de 1950 también se crearon nuevas instituciones de crédito gubernamentales: al Banco de Desarrollo Agrícola e Industrial (BANFAIC) de 1951 se añadió, en 1955, un Instituto Hipotecario de Seguros; en 1953, una Agencia Financiera Nacional; en 1954, el Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES), todos ellos sucursales autónomas del Banco Nacional. El BANFAIC había tenido mucho éxito, prestando dinero para el desarrollo arrocero, para las pequeñas asociaciones de crédito, para una planta hidroeléctrica de Habanilla, etc. El Instituto Hipotecario de Seguros financió el proyecto de viviendas baratas del este de La Habana. La Agencia Financiera Nacional había financiado en parte la ampliación de Cuban Electric, una nueva instalación de aguas para La Habana, y el alcantarillado de Marianao. El Banco Cubano de Comercio Exterior había firmado un convenio con la República Federal de Alemania para comprar material ferroviario para el azúcar y financió en parte el Havana Hilton y el túnel del puerto de La Habana.

Naturalmente, en conjunto, el capital norteamericano había contribuido mucho al desarrollo general de Cuba, aunque en parte había sido responsable de que se insistiera excesivamente en el azúcar. Indudablemente había traído niveles de vida que sólo podían satisfacerse con grandes importaciones de productos norteamericanos. Ya en 1927 Leland Jenks había dicho que Estados Unidos había introducido técnicas caras y grandes gastos generales, y había tratado de compensar la pérdida consiguiente en las relaciones personales a base de mejoras de viviendas y obras de tipo benéfico. «Resulta que los ingenieros de Estados Unidos cubren los puestos directivos de un modo más satisfactorio por quinientos dólares mensuales que los cubanos por doscientos cincuenta… Ahora es posible que las decisiones irrevocables que afectan a la mayor parte de la población cubana se tomen en Wall Street…». Estos comentarios tenían tanta validez en 1958 como treinta años antes. Cuba podía ser el más capitalizado de los países tropicales, es decir, había más capital por cabeza que en ningún otro. Pero esta expresión también quería decir que estaba más estrechamente ligada al sistema capitalista internacional que cualquier otro país, aunque pudiera estar cambiando y la proximidad al nordeste de Estados Unidos, la región más rica del mundo, indudablemente tuviera un efecto debilitante sobre el desarrollo de las industrias cubanas; los productos de esa zona podían ser transportados a Cuba con menos gasto que a Texas o a California.

Mientras tanto, el sistema fiscal cubano seguía lleno de contradicciones, y durante muchos años había estado exigiendo una reforma. Los derechos de aduana y los impuestos indirectos suponían la mitad de la contribución total. Los impuestos directos (sobre la renta) suponían sólo una cuarta parte del total de ingresos del fisco. Sin embargo, esta proporción era mucho más alta de lo que había sido veinte años antes. Pero los ingresos presupuestarios eran bajos —más o menos el 14 por

ciento de la renta nacional— pues las obras públicas generalmente se financiaban a base de préstamos y no de impuestos. La mayor parte de los impuestos (64 por ciento) se empleaban para pagar sueldos. Durante el segundo período de Batista, una proporción muy alta de las rentas públicas fue a parar a las fuerzas armadas, pero en 1955 (antes de empezar la guerra civil), la proporción era quizá de una cuarta parte. Los gobiernos provinciales y los ayuntamientos vivían al día, dependientes del gobierno nacional.

Durante la década de 1950 aumentó la deuda pública. En 1950, la mayor parte provenía de deudas flotantes pasadas y de diferentes facturas de obras públicas que databan de la época de Machado. En 1950 el gobierno cubano puso en circulación su primera emisión nacional de valores. Entre esa fecha y 1955, se recaudaron cuatrocientos millones de dólares, casi el doble de lo que Cuba había conseguido prestado anteriormente. Los bancos adquirieron una cuarta parte, el Fondo de Estabilización Monetaria, por cuenta de los bancos norteamericanos, otra cuarta parte, y otras grandes compañías de seguros o fondos de pensiones adquirieron el resto. Entre 1956 y 1958 se hizo evidente el coste de los avatares políticos. En 1958, la deuda total alcanzaba los ochocientos millones de dólares; esta cifra, aunque elevada en comparación con las alcanzadas anteriormente, no era intolerable si se tiene en cuenta la riqueza de la nación, aunque algunos de los métodos utilizados para recaudar el dinero fueran muy discutibles. Pero las emisiones de bonos, casi todas, mantuvieron su valor nominal.

En 1958, Cuba importaba muchos más productos agrícolas de Estados Unidos que cualquier otro país latinoamericano. De estos, la mayoría eran productos que podían haber admitido sustitución: verduras, aceite, manteca (la mayor partida agrícola). La cantidad se mantenía con bastante constancia. Pero Cu-

ba exportaba más o menos el doble de productos agrícolas que consumía.

En el pasado, Cuba casi nunca había tenido una balanza comercial desfavorable. Esto le dio buen nombre en los círculos monetarios internacionales. En la década de 1950, sin embargo, generalmente había un déficit en la balanza de pagos debido al descenso de los precios del azúcar y a la creciente importación de productos norteamericanos. En los últimos meses antes de la caída de Batista hubo una considerable evasión de capitales, aunque era difícil saber sus dimensiones porque, durante los años inmediatamente anteriores a 1958, Cuba perdió muchos de sus recursos monetarios por otros motivos. Para contrarrestar las restricciones económicas que imponía a la producción azucarera, el gobierno se había embarcado en un programa de obras públicas, sostenido a base de bonos. Estos gastos fomentaron aún más una demanda de importaciones que (junto con otros gastos como servicios, remisión de beneficios, etc)., no podían afrontarse. Así que los recursos de 1958, en realidad, eran inferiores a los de cualquier año anterior, a partir de 1947 y, sin contar con los préstamos en dinero extranjero, etc., inferiores a cualquier año posterior a 1942. Aun así, Cuba seguía siendo uno de los países que tenía mayores reservas de oro de América Latina.

El turismo alcanzó un desarrollo considerable en la década de 1950. En 1957 visitaron Cuba unos 350 000 turistas, que dejaron sesenta y dos millones de dólares, comparados con los 160 000, como término medio, de diez años antes, que sólo habían dejado unos diecisiete millones de dólares. Sin embargo, hasta 1956 el dinero que gastaron los turistas en Cuba no compensó lo que los cubanos se gastaron en el extranjero. En 1958 había muchos sitios, aparte de La Habana y Varadero, que ofrecían buenas oportunidades para el turismo.

Las exportaciones seguían siendo las mismas, con idéntica importancia para la economía cubana. Las exportaciones constituían entre el 30 por ciento y el 40 por ciento de la renta nacional, pero el resto de la economía se cimentaba aún en las exportaciones. Entre 1902 y 1945, cuatro quintas partes de las exportaciones cubanas fueron a Estados Unidos, y después de 1945 todavía lo hacían la mayoría de las exportaciones cubanas, pero en la década de 1950 el porcentaje descendió a algo más de dos terceras partes debido a la creciente demanda de azúcar de otros países. Esto vino en parte gracias a un cambio de actitud arancelaria: antes de la depresión, el gobierno cubano utilizaba el arancel básicamente como fuente de ingresos; después lo utilizó para fomentar el desarrollo agrícola e industrial, junto con la diversificación, que tomó impulso después de la Segunda Guerra Mundial. Desde 1908 hasta la depresión, casualmente Cuba había exportado más a Estados Unidos que ningún otro país latinoamericano. A partir de entonces, siempre ocupó el segundo lugar, detrás de Brasil. Cualquier diversificación que se hubiera producido no habría afectado todavía a las exportaciones. El azúcar representaba el mismo porcentaje de exportaciones después de la Segunda Guerra Mundial que antes de la depresión, en 1948 el 90 por ciento de las exportaciones, y después descendió al 80 por ciento.

Sorprendentemente, la disminución de las exportaciones cubanas a Estados Unidos no tuvo casi efecto en las importaciones norteamericanas a Cuba; Estados Unidos suministró las dos terceras partes de las importaciones cubanas entre 1911 y 1940, y unas tres cuartas partes a partir de 1950. Como siempre a partir del siglo XVIII, la más importante de las importaciones era la de productos alimenticios: casi el 30 por ciento del total entre 1948 y 1954. ¡Qué absurdo que un país tan prometedor para la horticultura —sin invierno, por así decirlo, con bastante

lluvia, con buen terreno— estuviera importando de Estados Unidos casi la mitad de las verduras y frutas!

No es fácil explicar la sorprendente atonía de la sociedad cubana de mediados del siglo XX, para equilibrar, por un lado, la considerable prosperidad, y por otro, la debilidad psicológica, las sofocantes leyes laborales y el estancamiento, la confianza en el azúcar y en el mercado mundial y la creciente diversificación. Esa debilidad era consecuencia, en parte, de una guerra de independencia larga y destructora, en la que murieron muchos de los mejores hombres de la generación de 1895 y en la que la antigua sociedad cubana del siglo XIX, ya en decadencia, recibió el golpe de gracia. Después, mientras los políticos cubanos sólo buscaban obtener provecho personal de su estancia en el poder, tanto los españoles como los negros, en lo más alto y en lo más bajo de la escala social, prefirieron, cada uno a su modo, evadir toda responsabilidad; los españoles seguían siendo españoles incluso en la segunda generación, se dedicaban al comercio y a la vida privada, y aunque durante muchos años ocuparan una posición de dominio económico, eran políticamente inactivos; los negros se recuperaron poco a poco de la esclavitud, consideraron la política criolla demasiado hispánica para tomar parte activa en ella, y se consolaron a base de recuerdos africanos. Para llenar este vacío estaban los norteamericanos, que, no siempre con entusiasmo, dirigieron la economía y la política exterior de Cuba durante gran parte del siglo XX. En la década de 1920, Cuba tenía una renta per cápita equivalente a la mitad de la de Estados Unidos o a los dos tercios de la de Inglaterra, pues formaba parte integrante de la economía norteamericana. No había paro. Naturalmente, los cubanos responsables estaban preocupados por el precio político que había que pagar por estas ventajas, pero es indiscutible que eran ventajas materiales para la mayoría. Los hombres de negocios cubanos consideraban a Estados Unidos como «el padrino de la

isla», al que estaban dispuestos a traspasar las responsabilidades. Aunque los cubanos tenían una moneda propia desde 1914, los dólares fueron los únicos billetes que circularon hasta 1934.

La depresión y la Revolución de 1933 dejaron una señal indeleble en el sistema político, social y económico. Como consecuencia directa de su estrecha relación con Estados Unidos, probablemente Cuba se vio más afectada por la depresión que ningún otro país. La Revolución de 1933 no se concibió simplemente como un medio para derrocar a Machado, sino como una manera de reconstruir un nuevo mundo, digno de los sueños patrióticos de Martí. De hecho, la Revolución y lo que siguió trajo muchos cambios importantes. El poder del capitalismo privado se vio frenado. Se introdujeron muchas leyes sociales avanzadas. Se siguió una política nueva respecto de los hacendados azucareros. Se fomentó la diversificación de la agricultura. Se abolió la enmienda Platt y disminuyó el papel de Estados Unidos en la economía. La clase obrera se organizó. Se redactó una nueva Constitución. Pero no se consiguió un sistema político, y de hecho, los responsables de estas mejoras no fueron los «dignos» auténticos, sino Batista y los comunistas. Además, la vida política del país siguió siendo débil. Los cambios sociales no evitaron, y en realidad aumentaron, el estancamiento de la principal industria del país. Ni las exportaciones, ni las importaciones, ni la instrucción pública llegaron, en el mundo posterior a 1945, a los niveles de los años veinte. Aumentó la población, y el número de parados. Los intelectuales buscaron cabezas de turco. Estados Unidos, que en todo caso era parcialmente responsable, quedaba muy a mano.

Indudablemente, la corrupción y la frivolidad eran las características de la vieja Cuba, pero es una tontería condenar tan duramente las manifestaciones de la segunda como las de la primera; el castillo estilo Selva Negra perteneciente a los Abreu,

situado en medio de los cañaverales de Matanzas, puede escandalizar a los puritanos, pero su aire absurdo también es un encanto. Estas locuras pueden condenar a las clases sociales que las construyen, pero a pesar de todo sobreviven para deleite incluso de aquellos que van a parar allí con una intención más seria.

Libro XI

El choque, 1959-1962

En nuestra revolución, se encuentran elementos propios de pistoleros y otros que parecen de San Francisco.

Carlos Franqui a.
Claude Julien, 1960

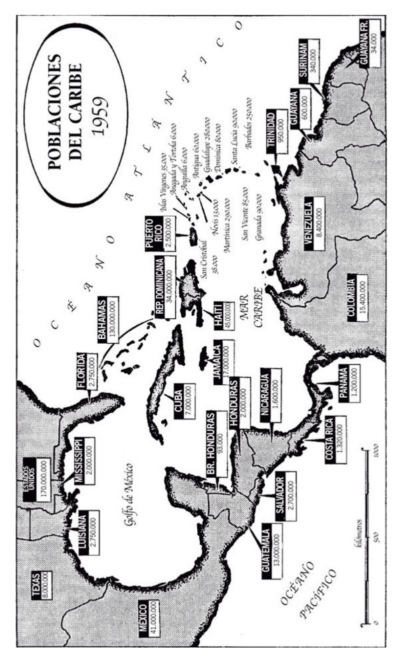
91

Castro en América

En la primavera de 1959, al parecer, los aspirantes al poder en Cuba ya se habían reducido básicamente a tres grupos: Castro y el ejército rebelde, los comunistas y los liberales de buena voluntad. Sin embargo, no todos estos contendientes se reconocían como tales. Los contendientes, de momento, no luchaban entre sí, pero tampoco estaban tan unidos como parecía. ¿Eran leales todos los oficiales del ejército rebelde? ¿Habían decidido los liberales cuál iba a ser el factor determinante de su liberalismo? ¿Qué quería decir, en realidad, ser fiel a Castro? En la lucha por el poder que *a posteriori* parece que fue inevitable, algunos no llegaron a participar fuera cual fuera su verdadero modo de sentir.

Esto se debió en parte a la personalidad de Castro. Un mes después de la huida de Batista, Castro había adquirido una influencia personal sobre las masas cubanas como ningún líder latinoamericano había tenido nunca. Ni siquiera Perón en sus mejores momentos había sido querido de un modo tan evidente y generalizado. Para aquellos que habían soñado sin esperanzas durante tanto tiempo en un sueldo fijo, en escuelas y atención médica para sus hijos, Castro representaba una esperanza mayor que Grau en 1933 o 1944. Ya era el adalid ante cuya voluntad deseaban rendirse las multitudes, que confiaban en que no traicionaría sus esperanzas. Después de volver de Venezuela, Castro aparecía tantas veces en la pantalla de la televisión (el Departamento de Estado ya estaba empezando a maldecir a los que habían vendido aquellos 400 000 televisores) que no se parecía tanto a un De Gaulle o un Kennedy (otros que utilizaban la televisión para impresionar) como a una especie de confesor o curandero revolucionario permanente. Hizo surgir la esperan-

za en unas masas que, hasta enero, habían estado aletargadas, desesperadas, cínicas, indiferentes y apolíticas ante los «filántropos harapientos». Castro, con su famosa falta de puntualidad, su agilidad, su desconfianza en leyes y convenciones, su imprevisión y su afición a hablar, daba la impresión a las masas de ser uno de ellos, y de los más típicos. A la clase media ya le parecía sospechoso: los psiquiatras hacían observar que casi siempre hablaba llevando dos relojes en la muñeca.



Poblaciones del Caribe, 1959

Desde luego, la radio y la televisión estaban en manos de empresas privadas, incluidas las dos poderosas cadenas nacionales de televisión: Canal 2, propiedad del periódico *El Mundo*, y CMQ Radio TV, de los hermanos Mestre; pero Castro nunca tenía ninguna dificultad para aparecer cuando quería, y varias emisoras pequeñas, como la compañía de televisión de La Habana Canal 12, Radio Rebelde, Unión Radio y Radio Mambí, fueron desde el principio partidarias incondicionales de Castro.

El propio Castro debió de tener siempre la sospecha, sembrada por Guevara (con su experiencia de Guatemala) y por Raúl Castro, de que sólo podría triunfar una solución extrema: o una dictadura del proletariado o la ruina de la Revolución. Para aquellas personas de la clase media cuya imaginación, por los motivos que fuera, estaba dominada por un vago deseo de venganza contra Estados Unidos, Castro representaba ya, por el mero hecho de su asombrosa victoria, el espíritu del desafío. Durante la primavera, miles de personas gritaron en los mítines públicos «Gracias, Fidel»: «gracias» de momento por la conquista, y por las conquistas que había de hacer después. Más allá de La Habana estaba América Latina, con los ojos puestos en Cuba casi por primera vez; más allá de Cuba, el mundo. Ningún cubano había sido tan famoso como Castro. Los pastores de España y los obreros de los telares de Yorkshire ya habían oído hablar de «Fidel»; él, tan interesado por la prensa internacional, sabía que le conocían.

Los discursos que ahora hacía Castro y que se convirtieron en una parte tan importante de su poder, nunca estaban preparados con cuidado. Trataba con naturalidad los puntos en los que deseaba insistir, pero encontraba que:

> Si tratas de dar una forma definida a tus ideas, con anterioridad, cuando empiezas a hablar pierdes una de las mejores influencias que el público puede ejercer sobre la persona que habla: la transmisión de su ardor, de su entusiasmo, de su fuerza, de su inspiración. Mis discursos generalmente son conversaciones… con el público.

Entretanto seguía en marcha la maquinaria de castigo contra los secuaces de Batista: en toda la isla había detenciones, juicios y ejecuciones, y se publicaban sangrientos relatos de torturas policíacas, junto con pruebas documentales de las expoliaciones practicadas por el antiguo régimen.[51] La recolección también seguía en marcha, era la 130.ª desde que Cuba se convirtiera por primera vez en el mayor productor de azúcar del mundo. El presidente decretó que la cosecha de azúcar de 1959 había

de ser de 5 800 000 toneladas, de las cuales 350 000 eran para el mercado nacional, 2 200 000 para Estados Unidos, 500 000 para la reserva norteamericana, 1 500 000 para el mercado mundial, y el resto para diferentes reservas.

Pero ya había voces discordantes. Seis mil empleados de la Cuban Electric Company se declararon en huelga de brazos caídos para conseguir un aumento de sueldo del 20 por ciento, mientras seiscientos obreros que habían sido despedidos por la compañía en 1957-1958 iniciaron una huelga en un punto del palacio presidencial pidiendo que los readmitieran. También hicieron huelga de hambre los obreros ferroviarios que se habían quedado sin trabajo y los de una fábrica de papel cercana a La Habana, que había cerrado. Tres mil trabajadores de la construcción se fueron de la bahía de Moa. Los empleados de los restaurantes amenazaron con ir a la huelga si no volvían a abrir los casinos. Veintiún ingenios sufrieron retrasos en la recolección por culpa de exigencias salariales. La Revolución había despertado esperanzas: ¿cómo iba a satisfacerlas? Castro manifestó su simpatía por las reivindicaciones, pero hizo un llamamiento contra las huelgas. En un discurso a los obreros de la Shell Oil prometió: «No hicimos la Revolución para defender los intereses de los poderosos sino de los humildes. Ahora, la estrategia adecuada es la de evitar conflictos importantes, aunque se haya de hacer un sacrificio, porque el sacrificio de ahora después se verá recompensado». Sin embargo, no estaba claro cómo se conseguirían esos objetivos.

Todavía hubo algo quizá más notable: Castro se vio envuelto en una disputa con el periódico humorístico *Zig Zag*, el *Le Canard Enchainé* de Cuba. *Zig Zag* se rio de él. Castro amenazó con suprimirlo. ¿Había pasado la época del humor? En los círculos intelectuales empezaron a preguntarse si todo se habría solucionado. Para el mundo, Castro podía parecer un hombre del destino. Para los íntimos, ya parecía más «perdido en los labe-

rintos del poder». Castro declaró a los obreros de la Shell que el único sacrificio que nunca haría por la revolución sería el de «usar la fuerza para llevar a cabo la Revolución». De momento le creyeron.

El 7 de febrero, el gobierno había aprobado lo que se llamó una ley fundamental de la República, una abrogación de la Constitución de 1940. El poder legislativo había de conferirse al gobierno, que sería el único que podría cambiar la ley fundamental. Así, a pesar de que los liberales todavía estaban, por lo menos nominalmente, en el poder, una medida autocrática perpetuaba el poder de un gobierno que se autoperpetuaba.

El primer ministro, el eminente abogado doctor Miró Cardona, había encontrado falsa su postura desde el principio. Igual que el presidente Urrutia, ya había intentado dimitir una vez, en enero, cuando se planteó el problema de restaurar la pena de muerte y de hacer retroactivos los castigos legales. Pero su falta de verdadero poder y el hecho de que Castro no fuera verdaderamente responsable, junto con su edad, comparada con la juventud de Castro y sus amigos, le hicieron dimitir ahora categóricamente y recomendar queCastro pasara a ser primer ministro en su lugar. Castro dijo que «aceptaría el cargo de primer ministro pero, como sería responsable de la política del gobierno, necesitaría unos poderes suficientemente amplios que le permitieran actuar con eficacia». Es decir, no quería que Urrutia presidiera los consejos de ministros ni que tan sólo asistiera a ellos. Urrutia dijo que «estaría muy contento de que fuera primer ministro… con las amplias prerrogativas requeridas», y añadió que él, Urrutia, quería «abandonar la presidencia para entrar a formar parte del Tribunal Supremo». Urrutia presentó su dimisión al gobierno, pero varios ministros, y también Castro, le pidieron que no lo hiciera. El ministro de Obras Públicas, Manuel Ray, fue uno de ellos: «Doctor, no dimita usted; es la última esperanza de la Revolución». De nuevo Urrutia con-

sintió en continuar en su puesto; a partir de entonces no asistió a los consejos de ministros y sólo conservó un veto nominal sobre los decretos. Estas concesiones de los liberales fueron cruciales.

Al tomar posesión de su cargo de primer ministro, Castro abandonó su línea habitual para insistir en la moderación; habló de su «falta de ambición personal, lealtad a los principios, convicciones democráticas inalterables y profundas». Por otra parte, el 23 de febrero también declaró que «no sería correcto organizar elecciones ahora. Tendríamos una mayoría aplastante. Es de interés público que se retrasen las elecciones hasta que los partidos políticos estén plenamente desarrollados y sus programas claramente definidos». ¿Era esto una declaración de sus verdaderas intenciones o un engaño? Si se trataba de esto último, ¿era también autoengaño? Para entonces, Castro ya había nombrado a su «radical» hermano Raúl comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Esto, evidentemente, implicaba un paso más a la izquierda dentro del ejército.

Entre los comunistas y los miembros del Movimiento 26 de Julio surgieron muchas diferencias de poca importancia. Así, la policía, formada principalmente por miembros del 26 de Julio, no hizo nada para impedir que los antiguos saboteadores de la Resistencia Cívica irrumpieran en las oficinas del periódico comunista *Hoy*. Carlos Rafael Rodríguez, que ahora era el editor, dijo: «Si Fidel cree que ahora que ha triunfado la insurrección nosotros, los comunistas, vamos a entrar en un monasterio, comete un error. La Revolución aún no ha empezado, y si él escoge el buen camino un día nos encontraremos todos. Pero si no, no será la primera vez ni la última que pasemos a la clandestinidad».

Las reuniones del gobierno de Castro (que en vez de casi diarias, pronto pasaron a ser semanales) fueron, desde el principio, algo insólito. Por ejemplo, el gobierno había de reunirse a

las tres. Castro tal vez no aparecía hasta tres horas más tarde, quizá acompañado por Celia Sánchez y Guevara. Entonces, los ministros trataban de conseguir que el «jefe y guía» les hablase de un proyecto concreto. Pero Castro decía que necesitaba dormir, porque se había acostado a las tres, las cuatro o las cinco la noche anterior y la reunión se dejaba para otro día.

A veces se discutía —lo discutían sólo dos o tres personas— con mayor detenimiento un tema predilecto de algún ministro en particular; por ejemplo, los planes de Manuel Ray para construir las tan necesarias carreteras secundarias, a los que se oponía Castro, que prefería las grandes carreteras. En estas conversaciones, Ray, antiguo jefe del movimiento clandestino de La Habana, que, no obstante, sólo había visto a Castro dos veces antes del 1 de enero, empezó a albergar dudas sobre él. ¿Estaba Castro jugando con ellos? Por otra parte, Castro también daba la impresión a sus colegas de saber escuchar. Su atractivo seguía imponiéndose, ya fuera entre dos o tres personas, ya entre dos o tres mil.

En una de estas reuniones, en febrero, Castro se dirigió a un grupo de ministros y dijo: «He recibido una invitación de los editores de periódicos norteamericanos para ir a Estados Unidos, ¿debo ir?». «Desde luego», contestó Pazos, el director de banco, que, aunque no era estrictamente un ministro, estaba presente. «Pero ¿y si Eisenhower me invita a la Casa Blanca?». «Tiene que ir», dijo Pazos. A Castro, evidentemente, le preocupaba perder prestigio como líder revolucionario, y temía que sus admiradores latinoamericanos supusieran que se había vendido a Estados Unidos, como muchos otros líderes supuestamente radicales de países latinos habían hecho antes; una vez más, Castro y la delicada causa de las relaciones cubano-norteamericanas eran víctimas de las debilidades históricas de tantos dirigentes pasados del continente.

Entretanto llegó a La Habana un nuevo embajador de Estados Unidos: Philip Bonsal, con mucha experiencia en países españoles y en épocas turbulentas con la Compañía Telefónica en los años veinte. Había instalado teléfonos en centenares de pueblos andaluces cuando la derecha tradicional española consideraba el teléfono como fuente de todos sus problemas. Más tarde había sido embajador en Bolivia y Colombia. También había sido, por poco tiempo, vicecónsul en La Habana. Hijo de Stephen Bonsal, periodista en la guerra de 1898, a la experiencia unía una mentalidad progresista y liberal. «Sobre la base de testimonios abundantes, aunque contradictorios», en Washington había llegado a la conclusión, antes de llegar, de que «Castro no era comunista».

La clase alta cubana hizo difícil la postura de Bonsal. El propio Castro estaba obsesionado, igual que muchos de los que le rodeaban, por el recuerdo de la estancia de Sumner Welles en Cuba en 1933; más tarde se refirió a la llegada de Bonsal como si, en realidad, hubiera sido Welles. La clase alta, dijo a sus oyentes en 1961,

> no paraba de hablar del día en que llegaría Bonsal. Tres días antes, la radio y la televisión… empezaron a hablar de la llegada de Bonsal, como si realmente fuera un gran acontecimiento. La publicidad llegó a tal extremo que empezó a resultar vergonzosa para todos los revolucionarios o para todos los hombres de honor, aunque no fueran revolucionarios… Trataban a Bonsal como a un procónsul.

En consecuencia, durante un tiempo Castro evitó sostener una entrevista oficial con Bonsal; indudablemente no estaba seguro, en realidad, de la política que quería seguir con respecto a Estados Unidos. De todos modos, aunque esquivó al embajador norteamericano, aceptó la invitación que le habían hecho los editores de periódicos de Estados Unidos para abril.

Hasta entonces, la Revolución se había caracterizado más por un talante que por hechos que mitigaran positivamente la mala situación del pueblo. En marzo, sin embargo, el gobierno

dio varios pasos abiertamente progresistas: los alquileres de los que pagaban menos de cien dólares mensuales quedaron reducidos a la mitad, con lo que aumentó el poder adquisitivo de la mayoría de los habitantes de las ciudades en una tercera parte más o menos (los alquileres de los inquilinos que pagaban más fueron reducidos en un 30 o un 40 por ciento). Los propietarios de solares vacíos habrían de vender al recién creado Instituto Nacional de Ahorro y de la Vivienda (INAV) o a cualquiera que quisiera comprar y construir una casa. Además, el INAV se hizo con todos los fondos de la lotería, y a partir de entonces, en vez de números de lotería emitió bonos; si la gente los conservaba durante cinco años podía recuperar su dinero con el 10 por ciento de interés; si los tenían menos tiempo, el interés era menor. El gobierno también se hizo cargo de la Compañía Telefónica —aunque de momento sólo nominalmente— y redujo sus tarifas por medio de una «intervención», táctica que antes habían utilizado Batista y Perón. Casi todos los contratos de trabajo volvieron a gestionarse entre enero y abril de 1959. A partir de entonces se necesitarían licencias y cartas de crédito para la importación de unos doscientos productos de lujo. López Fresquet ya había introducido medidas para disminuir la evasión de impuestos, y se había llegado a un compromiso por el cual se perdonaba la evasión anterior a 1956 con tal de que se pagasen los impuestos correspondientes a 1956-1958. Se declaró la confiscación de las propiedades de Batista, de todos sus ministros a partir de 1952, de todos los oficiales de las Fuerzas Armadas que habían participado en la guerra civil, de todos los miembros de las dos cámaras del Parlamento, tanto de la oposición como del gobierno, durante las legislaturas de 1954-1958, y de todos los gobernadores provinciales, y se dijo que pasarían a poder del Estado. En la práctica, este decreto no se cumplió totalmente. Así, Grau San Martín pudo vivir en Cuba sin interferencias a pesar de que había colaborado en las elecciones de

Batista, tal vez porque era viejo, tal vez porque había conocido a Castro en el pasado.

El 1 de marzo, Castro emprendió un gran proyecto de distribución de tierra en Pinar del Río, firmando cheques él mismo y entregando la tierra a los campesinos como si fuera Machado (aunque nadie se fijó en el parecido) o incluso Mussolini.

Estas medidas aumentaron las existencias monetarias, aunque sin incrementar mucho la producción. El comercio exterior decayó tras el decreto que exigía licencias para los productos de lujo. Las personas que en el pasado habían vivido de la especulación de la tierra se disponían a abandonar el país. Y, lo que es más importante, en los círculos católicos empezaba a cundir la inquietud sobre la naturaleza de la Revolución.

Los juicios de batistianos continuaban aún, y el 3 de marzo se dio una prueba nueva y al parecer, visto retrospectivamente, decisiva de la integridad del régimen. Cuarenta y cuatro aviadores de Batista, acusados de crímenes de guerra, fueron declarados inocentes en Santiago. La defensa había argumentado que los pilotos no habían matado a civiles, sino que, al contrario, algunos incluso habían lanzado las bombas en lugares despoblados. Afirmaban haber falsificado los informes destinados a sus jefes. Además se descubrió que el bombardeo de Sagua de Tanamo no había tenido lugar. El tribunal consideró que las pruebas no eran suficientes para probar la culpabilidad de los pilotos y, a pesar de los discursos que hizo el fiscal por radio, los absolvió. Esto provocó un aluvión de protestas en Santiago. Los pilotos no fueron puestos en libertad. Entonces Castro declaró por televisión en La Habana que la absolución había sido un error y exigió una segunda vista del juicio. El ministro de Defensa, Martínez Sánchez, nada menos, sustituyó al teniente Sánchez Cejas como fiscal, y se nombró un nuevo tribunal compuesto por revolucionarios de confianza. El presidente del primer tribunal, comandante Félix Peña, apareció muerto en su

coche en el Campamento Columbia; se supuso que era un suicidio, pero su muerte nunca quedó totalmente aclarada. Fue reemplazado por un revolucionario más de fiar, el comandante Piñeiro, que había pertenecido alestado mayor de Raúl Castro y ahora era jefe militar de Santiago. En el segundo juicio, todos los aviadores fueron declarados culpables y condenados a penas de treinta, veinte o dos años de cárcel. El fiscal se limitó a insultar a la defensa y no aportó ninguna prueba nueva. Castro declaró: «La Justicia Revolucionaria no se basa en preceptos legales sino en la convicción moral… Como los aviadores pertenecían a la fuerza aérea del anterior presidente… Batista… son criminales y deben ser castigados». Lo esencial, desde luego, no era que los hombres pudieran haber sido culpables, y el primer juicio, equivocado; ni que todos los que habían servido a Batista en las fuerzas aéreas fueran en realidad hombres más o menos culpables; sino que el veredicto del primer tribunal fue rechazado por motivos políticos y de venganza. Varios testigos que habían declarado a favor de la defensa fueron encarcelados, y los abogados defensores perdieron su empleo.

Este modo de proceder fue deplorable, pero tal vez no significara por sí solo que el régimen ya había entrado en el camino de la arbitrariedad permanente. En Francia, hechos parecidos ocurridos en 1944 no bastaron para condenar a la Cuarta República. El ambiente político era muy tenso. En todo caso, vino una crisis. La ministra de Sanidad, Elena Mederos, una de las mujeres cubanas que tenía más principios, dijo a Castro que deseaba dimitir: «Usted no me quiere en su gobierno. Soy de una generación distinta de la suya y de la de sus amigos. Nuestro espíritu es completamente opuesto. Debo dimitir». Castro consiguió convencerla: «No, no —dijo—, la necesito. Este tren —añadió refiriéndose a la Revolución—, sabe adónde va. Todavía no le ha llegado el momento de bajar».

Pero todavía no era seguro que el tren supiera adónde iba. Incluso *Revolución* protestaba contra la continuación de los juicios. A mediados de marzo, Castro dijo a unos periodistas norteamericanos que fueron a verle que las elecciones iban a retrasarse dos años para permitir que se desarrollara la oposición. El 6 de marzo dijo a la asociación nacional de banqueros que deseaba su colaboración, y añadió al corresponsal de *U. S. News and World Report* que no tenía la intención de nacionalizar ninguna industria. Pero posteriormente el péndulo pareció retroceder una vez más.

Cuando el 22 de marzo llegó a Cuba el expresidente de Costa Rica, José Figueres, que en el pasado había sido un amigo progresista de la oposición cubana, los discursos de Castro siguieron el mismo rumbo. En una gran reunión en La Habana, Figueres se permitió dar una conferencia a los cubanos sobre la democracia representativa y decir que, en caso de guerra, Cuba indudablemente habría de estar con Estados Unidos y el mundo occidental. David Salvador, el jefe sindicalista de la Revolución, antiguo comunista y deseoso de entrar a formar parte de la dirección revolucionaria, arrancó el micrófono a Figueres y gritó que Cuba no apoyaría a Estados Unidos en una nueva guerra bajo ninguna circunstancia. Al cabo de pocos días, Castro acusaba a Figueres de ser un falso amigo y añadía que los grandes trusts, con su egoísmo, habían matado diez veces más cubanos que la tiranía de Batista. La Revolución, dijo, se enfrentaba con una conspiración internacional de intereses disfrazados. Parece que entonces hubo una conversación muy significativa en el gobierno, mientras se discutía el precio de la carne, que generalmente subía en la estación seca, cuando la demanda superaba a la oferta. Castro se opuso a la subida; el ministro de Comercio, Cepero Bonilla, dijo que la consecuencia sería que se sacrificarían los bueyes jóvenes, y añadió que tal vez incluso matarían a los potros. Castro contestó que no importaba, pues

esta política le daría la reputación de alimentar al pueblo mientras que, si venían otros, tendrían que subir los precios. «Si permanecemos en el poder, importaremos más potros». Los demás aprobaron la actitud de Castro, y sus críticos pensaron que estaba sinceramente preocupado por las elecciones, por las que clamaban los auténticos que quedaban, como Varona.

Sin embargo, no todas las acusaciones e inquietudes de Castro carecían de fundamento. La primera oleada de exiliados de Cuba, batistianos y derechistas, ya estaban conspirando. El excuñado de Castro, Díaz Balart, líder juvenil de Batista, empezó a organizar un movimiento de oposición en Miami, la Rosa Blanca, para invadir Cuba. Los cubanos nunca guardan secretos y Castro pronto pudo acusar a los «enemigos de la Revolución» de comprar armas en Miami, sin que al parecer se lo impidieran las autoridades norteamericanas.

De repente, el talante de Castro volvió a cambiar, quizá por consejo de Guevara o de Raúl Castro, quizá por convicción propia, quizá por vacilación. Pronunció un discurso muy tranquilo. El 25 de marzo hizo su primera alusión importante al deseo que tenía el gobierno revolucionario de acabar con la discriminación racial existente en Cuba, en los puestos de trabajo y lugares de diversión; este discurso provocó cierta inquietud entre los conservadores de Cuba, pero no tuvo ningún efecto en la política exterior. Más o menos por entonces, el ministro de Economía, Regino Boti, dijo a su antiguo maestro de economía, Pazos, que ellos dos, con el ministro de Hacienda, López Fresquet, acompañarían a Castro en su visita a Estados Unidos, el mes siguiente. Pazos preguntó a Boti: «¿Esto significa negociación?». Boti contestó: «Naturalmente». Entonces Pazos dijo que habría que discutir la cuestión de la cuantía de la ayuda económica. Boti, que no era amigo íntimo de Castro, dijo que Cuba pediría ayuda por valor de quinientos millones de dólares. En las semanas siguientes, Pazos elaboró varios programas de

educación, sanidad, vivienda, etc., que permitieran gastar esta suma sin un compromiso definitivo. Pero Pazos, Boti y Castro no llegaron a tratar ese tema ni, en realidad, ningún otro tema, salvo el político de si Cuba debía o podía ser neutral y qué significaba la neutralidad, y este de un modo muy vago. Esta vaguedad estaba en la línea de la respuesta que había dado Castro a la insinuación que había hecho el Departamento de Estado en febrero, de que estaban totalmente dispuestos a dar ayuda económica a Cuba: este mensaje había sido comunicado en febrero a Justo Carrillo, el nuevo vicepresidente del Banco Nacional, y José Antonio Guevara, en un viaje que habían hecho al FMI. Al volver, Carrillo asistió a una reunión de consejeros económicos en la que Castro estaba presente. Castro recibió la buena noticia y Carrillo se quedó esperando unas instrucciones que nunca llegaron. Los consejeros económicos tuvieron la impresión de que a Castro, sencillamente, no le interesaban unas negociaciones en serio con Estados Unidos. Sin embargo, el 2 de abril, Castro dijo públicamente en la televisión cubana que iba a Estados Unidos para conseguir créditos del Banco Mundial, o del Export-Import Bank, que «defiendan a Cuba y a la Revolución». Entonces Castro autorizó el envío a Washington de un memorando con temas de negociación en cuestiones económicas.

Castro había de llegar a Washington el 15 de abril, y los embajadores norteamericanos del área del Caribe celebraron una curiosa conferencia. Nada muestra con mayor claridad hasta qué punto el coloso del norte no sabía cómo reaccionar ante el nuevo fenómeno producido en su vecino del sur. Hubo choques entre Bonsal, de Cuba; Robert Hill, de México, y Whiting Willauer, de Costa Rica. Willauer, al que habían nombrado embajador en Honduras en 1954 por sus «años de experiencia en la ducha contra el comunismo» (según sus propias palabras), había sido uno de los paladines de la derrota de la revolución

en Guatemala. La reunión de los embajadores resultó, según Hill, «destinada a establecer una política de paciencia e indulgencia en el trato con Mr. Castro. Yo me opuse —testificó Hill más tarde— al embajador Bonsal, porque tenía la impresión, a pesar de su excelente presentación… de que la paciencia y la indulgencia con un comunista llevarían a Estados Unidos al desastre». Hill dijo a los reunidos que «había que ocuparse de Castro en el acto… Teníamos los instrumentos, si queríamos apelar a la Organización de Estados Americanos, para tratar el problema… Yo creía que había que someter todas las pruebas de comunismo a la OEA, y que Estados Unidos había de exigir una acción apropiada… No podía entender el lenguaje que había adoptado… El único que me apoyó fue el embajador Willauer…».

> La postura de *Mr.* Bonsal [continuaba Hill] era que Castro estaba en el poder; que tenía un apoyo popular tremendo; que en el hemisferio, Castro y el castrismo contaban con un apoyo considerable, y que teníamos que pensarlo antes de enfrentamos con él… a pesar de que estuviera constantemente insultando a Estados Unidos y a nuestro presidente… Pero Bonsal creía que finalmente Castro vería claro y volvería a la familia de las naciones latinoamericanas. Dijo que Cuba necesitaba una revolución y que entonces Cuba empezaría a prosperar y contribuiría a la familia latinoamericana… El embajador señaló que, naturalmente, Castro tenía asociados comunistas. Pero él [creía] que Castro era el que tomaba las decisiones.

En realidad, Bonsal dijo en privado al embajador Willauer que Castro «no era tan mala persona; que, desde luego, era excéntrico, que él… creía que probablemente era, manejable y que él [Bonsal] podría manejarlo si le dejaban solo… Castro era una persona tremenda, física y mentalmente, no era un loco ni mucho menos, no vivía a base de píldoras (como habían afirmado algunos periódicos) y no era comunista».

Como suele ocurrir en estas reuniones diplomáticas, el momento más crítico fue el de la discusión del comunicado. Hill y Willauer deseaban una firme declaración de las críticas que Estados Unidos hacía a Castro. Bonsal creía que «cualquier alu-

sión a Castro que se hiciese en el comunicado dificultaría mucho su trabajo». Hill dijo: «Usted va a desalentar a todos los países de América Latina que temen la amenaza de Castro… No puedo participar en un comunicado que encubra el peligro que Castro supone». Bonsal dijo: «Si no puede jugar dentro del equipo, ¿por qué no dimite?». Bonsal se salió con la suya, pero tanto Willauer como Hill informaron a Washington de su desacuerdo. Al mismo tiempo, según se ha sabido después, el 26 de marzo, dos semanas antes de estos acontecimientos, la CIA informó al presidente Eisenhower de que «el régimen de Castro se encaminaba cada vez más a una dictadura absoluta».

Estados Unidos, entonces, no había decidido la política que iba a seguir. Algunos diplomáticos, y algunos militares, querían «acción». Pero ¿qué tipo de acción y con qué motivo? Si el propio Castro no parecía decidido, para Estados Unidos era difícil llegar a una decisión. ¿No podría haber actuado de forma diferente para asegurarse de que cuando Castro se decidiera lo hiciera de modo que no dañara lo que, convencionalmente, se llamaban intereses norteamericanos: el equilibrio estratégico en el Caribe, y la libertad de inversión y de intercambio comercial en la propia Cuba? Tal vez sea conveniente señalar que, así como en Washington había dos opiniones sobre Castro, dentro del Partido Comunista de Cuba había, al parecer, dos puntos de vista sobre el mismo tema: uno, encabezado por Blas Roca, el secretario general del partido; el otro, por Carlos Rafael Rodríguez, el editor de *Hoy*. Desde marzo de 1959, este último parecía incapaz de contener su admiración por Castro, y en muchos artículos daba pruebas de su integridad y patriotismo, y trataba de demostrar que los comunistas habían hecho algo por la causa rebelde.

Las divisiones se agudizaron en Estados Unidos durante la visita de Castro, en abril. Antes de que saliera la expedición, el embajador Bonsal, de cuyo carácter optimista y afable pode-

mos juzgar por los insultos de sus enemigos, dio una recepción a la que asistió Castro. Todo fueron sonrisas. Grau San Martín aprovechó la oportunidad para salir de su ambiguo retiro forzoso y pedir elecciones. Las elecciones eran la única fuente de poder. Castro tuvo que responder. Las elecciones, contestó, se celebrarían cuando la reforma agraria fuera completa, cuando todos supieran leer y escribir, cuando todos los niños tuvieran escuelas gratuitas y todos tuvieran libre acceso a las medicinas y a los médicos.

El 15 de abril, Castro salió de La Habana hacia Washington como invitado de los editores de periódicos norteamericanos. Unas setenta personas salieron con Castro en dos aviones. Ni Raúl Castro ni Guevara fueron. Casi por primera vez desde enero, Castro estaba totalmente rodeado de personas de tendencia socialdemócrata; casi por primera vez, además, estas personas tenían acceso a él. Castro, sin embargo, no hizo ninguna concesión a las convenciones para el viaje: llegó al aeropuerto con dos horas de retraso, «con un uniforme gastado y arrugado». En el avión, Castro pasó el rato hablando con Pepín Bosch de Bacardí, que había sido ministro de Hacienda de Prío. Castro insistía en lo mucho que podía hacer el Estado por la economía, Bosch describía los méritos de la empresa privada. Pazos, que también iba en el avión, había dado a Castro su lista de proyectos para el posible desarrollo y ayuda. Pero no se trataron estas cuestiones. Pazos no insistió. Se consideraba un técnico, no un político.

Castro fue recibido en el aeropuerto de Washington por el subsecretario Rubottom. Se escapó de los guardias para saludar a una gran multitud que le aclamaba. En la primera conferencia de prensa que dio en Estados Unidos, le preguntaron si iba a buscar ayuda extranjera. Castro contestó: «No, estamos orgullosos de ser independientes y no tenemos la intención de pedir nada a nadie». Pazos, sorprendido, preguntó a Boti qué signifi-

caba aquello. Boti dijo: «Sí, no tenemos intención de pedir ahora ayuda, durante la visita de Castro, pero usted, Pazos, volverá dentro de quince días para hacer una petición»; y, en realidad, se mantuvo esta línea durante todo el viaje: nada de discusiones económicas, nada de concesiones de Estados Unidos. Pazos y López Fresquet celebraron conversaciones monetarias en el Departamento de Estado y en el Fondo Monetario Internacional. El Departamento de Estado preguntó por la economía cubana. Era magnífica, dijo López Fresquet. ¿Estaba Pazos de acuerdo? Sí, contestó el director del banco, salvo en que tenemos más pesos que dólares. Nadie pidió dinero y, en realidad, nadie lo ofreció. Indudablemente, si lo hubieran pedido, lo habrían ofrecido; y si lo hubieran ofrecido, posiblemente lo habrían aceptado. El progresista Rubottom fue el que llegó más lejos, al preguntar por la ayuda extranjera y decir que Estados Unidos estaba muy interesado por los proyectos cubanos. Pero ambos bandos, orgullosos y suspicaces, se contuvieron.

El país, sin embargo, prestó a Castro una acogida bastante calurosa. En todas partes le seguían multitudes. En todas partes se escuchaban sus palabras con gran atención. Pronunció largos discursos, que tuvieron mucho éxito, ante los editores de periódicos en Washington, en Harvard y Princeton, en Nueva York, e impresionó al público haciendo bromas en inglés. Públicamente, la visita fue un éxito sin precedentes. Los guardias de seguridad, por otra parte, pasaron grandes apuros.

Aparte de un almuerzo con el secretario de Estado en funciones, Christian Herter, el único encuentro oficial que tuvo Castro con el gobierno norteamericano fue con el vicepresidente, Richard Nixon. El presidente Eisenhower estaba en Carolina, jugando al golf; un error táctico y quizá una falta de tacto, pues Eisenhower podía haber visto a Castro sin perder dignidad. Castro, como todo el mundo, tal vez habría encontrado

más atractivo a Eisenhower como hombre privado que como hombre público.

Por otra parte, según Pazos, Castro no deseaba ver a Eisenhower; la entrevista le habría resultado embarazosa, mientras que Eisenhower estaba «más que enfadado» con la visita de Castro y le habría gustado haberle negado el visado.

Nixon recibió a Castro en su despacho. Castro fue allí, aunque antes había puesto reparos, por considerarlo demasiado solemne. Los dos hombres se quedaron solos. Nixon se puso inmediatamente en contra de Castro, al parecer porque el cubano no mostró ningún interés por las pruebas que el vicepresidente le presentó de la existencia de comunistas entre sus partidarios. Nixon habló además de la mala impresión que habían producido en Estados Unidos las ejecuciones de Cuba. «Yo sencillamente me limité —dijo Castro más tarde— a… explicar las realidades de nuestro país, que creo semejantes a las del resto de América Latina, y a demostrar que las medidas que íbamos a tomar, algunas de las cuales afectaban a los intereses norteamericanos, eran justas». Después, Nixon escribió: «Yo estaba convencido de que Castro, o era increíblemente ingenuo respecto al comunismo, o estaba bajo la disciplina comunista, y que habría que tratarle y habérnoslas con él en consecuencia». Además sugirió inmediatamente a sus colegas del gobierno de Estados Unidos que se armase en el acto una fuerza de exiliados cubanos para derrocar a Castro. Nixon, por lo tanto, se unió a aquellos embajadores republicanos para los que Castro ya era un enemigo, y a algunos otros, como J. Edgar Hoover, del FBI. Por lo tanto, casi sin darse cuenta, el gobierno norteamericano estaba retrocediendo hacia una postura casi decimonónica, que recordaba la de la administración de Polk o de Buchanan, que no excluían la intervención activa con base en el territorio de Estados Unidos.

La reacción de Castro fue diferente. Después de su discusión con Nixon volvió a la embajada cubana, donde durmió en una habitación contigua a la de Ernesto Betancourt, un consejero económico, y a la de Boti. Se mostró sensiblemente reticente sobre su conversación con Nixon, pero, en un momento dado, dijo pensativamente: «Lo que hemos de hacer es detener las ejecuciones y la infiltración»; es decir, la infiltración de comunistas. Este fue, sin duda, el punto más alto de la fase democrática de Castro. Más tarde señaló que los norteamericanos con los que se habían visto en Estados Unidos no eran como los hacendados y hombres de negocios que había conocido en Cuba. Más o menos por entonces, Castro dijo a López Fresquet: «Mira, Rufo, estoy dejando que todos los comunistas asomen la oreja, para que yo sepa quiénes son. Y cuando los conozca, me los quitaré de encima». Todavía más curioso: convencieron a Castro para que se viera con el principal experto de la CIA en comunismo latinoamericano, un centroeuropeo llamado Droller. Ambos hablaron en privado durante tres horas, y después Droller dijo a López Fresquet: «Castro no sólo no es comunista, sino que es un duro anticomunista». El propio Castro, en Estados Unidos, explicó públicamente que no era comunista; y tampoco, dijo, eran comunistas Raúl Castro o Vilma, su mujer. Si había algún comunista en el gobierno cubano (y él personalmente no sabía que hubiera ninguno), no tenía ninguna influencia. El corazón de Castro estaba con Occidente en la guerra fría. Las inversiones extranjeras no sólo serían respetadas, sino fomentadas. Sin embargo, la constante y obsesiva inquietud de los norteamericanos, en público y en privado, por la cuestión del comunismo irritó a Castro y a otros de los que le acompañaban: era como si a Estados Unidos no le importara lo que fuera de Cuba con tal de que no fuera comunista.

Sin embargo, incluso mientras estaba en Norteamérica, Castro continuaba siendo requerido por otras voces. Parece ser que

Raúl Castro le telefoneó y le habló sarcásticamente, diciendo que la prensa cubana estaba informando de que el éxito público de su visita significaba, de hecho, una rendición a Estados Unidos. Indudablemente fue un momento crucial para la causa comunista en Cuba.

Castro había de ir al Canadá después de Estados Unidos. También aceptó una invitación repentina para ir a Brasil y a Argentina. Pazos dijo que tendría que haber rehusado, pues había mucho que hacer en Cuba. Boti dijo a Pazos que sería mejor que fuera, porque si no, Castro estaría en Cuba el 1 de mayo, y si estaba allí era seguro que haría un discurso violento. Añadió que Castro enviaría pronto a Guevara a hacer un largo viaje y luego le nombraría embajador, un premio de consolación muy corriente para los extremistas latinoamericanos.

El viaje a Canadá fue una repetición del que había hecho a Estados Unidos. Pero cuando iba de allí a Sudamérica, Raúl Castro tomó un avión de repente y se presentó, muy inoportunamente, en Houston (Texas) para ver a su hermano. No se sabe lo que pasó entonces. Se ha dicho que el barbilampiño jefe del ejército conjuró a su hermano mayor para que mantuviera su integridad revolucionaria. También parece probable que la discusión principal fuera sobre el tema de los discursos que Raúl Castro y Guevara pronunciarían el 1 de mayo en Cuba; y cuando llegó el día, hablaron de la necesidad de unidad. Pero después, incluso en su viaje al sur, parece que Castro todavía mantuvo la personalidad moderada y confiada que había mostrado en Estados Unidos.

Las visitas a Buenos Aires, Río de Janeiro y Montevideo fueron también un éxito. En la primera, Castro habló en la segunda reunión del comité de veintiún países latinoamericanos. Allí propuso que Estados Unidos diera ayuda por valor de 30 000 millones de dólares en capital público a América Latina durante los diez años siguientes. Estados Unidos rechazó esta propues-

ta diciendo que era una suma ridículamente grande, aunque cuando llegó el momento, en la era Kennedy, la Alianza para el Progreso dijo que se necesitaban 20 000 millones de dólares de ayuda. Da la impresión de que el discurso de Castro tenía una intención sincera: señalaba que Estados Unidos habían ayudado a Europa a este nivel, y que en realidad, este tipo de ayuda, a la larga, beneficiaría a Estados Unidos. En esto, desde luego, tenía razón. Pero el contacto económico propiamente dicho entre Cuba y Estados Unidos, el 2 de mayo, se limitaba a un acuerdo cubano-norteamericano incluido en el programa Point 4, para la cooperación técnica en el proceso de la reforma agraria.

Castro volvió a Cuba el 7 de mayo. En el aeropuerto fue recibido por el embajador Bonsal, que seguía siendo el abogado de la conciliación. Los dos hombres sostuvieron una charla amistosa. Esta vez, sin embargo, era la última que Bonsal vería a Castro hasta junio; de entonces a junio se produjeron cambios decisivos.

De todos modos, mientras Castro estaba fuera, habían ocurrido ciertos cambios políticos. El potencialmente peligroso coronel Barquín había sido nombrado agregado militar en el extranjero. Raúl Castro había nombrado a un viejo amigo de los días de Moncada y del *Granma*, Ramiro Valdés, que hasta ahora había sido el jefe militar de Matanzas, para el importante puesto de jefe de espionaje (G2) del ejército. Este puesto, que al final le hizo jefe de la policía política de Cuba, había estado encomendado antes al comandante Sanjenís, que resultaba menos dócil.

En mayo de 1959, Castro todavía dudaba entre varias tácticas. La «intransigencia» que puso de manifiesto Estados Unidos tal vez sólo desempeñó una pequeña parte, aunque la persistencia en las preguntas para saber si Castro era comunista o no lo

era fue más que irritante, pues suponía que, aunque Cuba fuera independiente, no era libre de escoger el comunismo.

92

Reforma agraria: política y crisis

Pocos días después de volver de sus viajes, Castro se presentó ante su gobierno en su casa de Cojímar con un proyecto de ley de Reforma Agraria. El gobierno quería, naturalmente, leer la ley antes de promulgarla, pero Castro insistió en que habían de aceptarla tal como estaba. Si no, dijo, se perderían en detalles y ayudarían a la oposición. Finalmente, un subcomité de tres (encabezado por el exayudante general de Castro, Sorí Marín, ministro de Agricultura) examinó la ley. Sorí Marín (que, a pesar de su cartera, hasta entonces no había tenido nada que ver con la ley) enseñó el proyecto al distinguido especialista en economía del azúcar José Antonio Guerra, administrador general del Banco Nacional, y a Felipe Pazos, su director. Estos sugirieron algunas enmiendas, pero Castro no llegó a aceptarlas, porque en el momento crucial no pudieron encontrar a Sorí Marín. El 17 de mayo se promulgó la ley de Reforma Agraria, en una ceremonia oficial en la Sierra Maestra, a la que asistió el gobierno en pleno.

Esta ley estaba destinada no tanto a mejorar la agricultura como a cambiar la estructura de la propiedad de la tierra.

El primer artículo de la ley era un reflejo de la Constitución de 1940: la proscripción de las haciendas mayores de 400 hectáreas. Este máximo no se aplicaba, sin embargo, a las plantaciones de azúcar o de arroz cuyo rendimiento era superior, en más de la mitad, a la media nacional; en estos casos, el máximo era de 1335 hectáreas. Las compañías extranjeras podían tener más tierra, si el gobierno cubano lo juzgaba de interés nacional. La ley afectaba directamente a un 10 por ciento de las haciendas del país al referirse al máximo normal de 400 hectáreas (o

sea, 12 000 propiedades), y a un porcentaje mucho menor, en lo referente al máximo especial. Por otra parte, la ley afectaba al 40 por ciento del total de la tierra perteneciente a fincas. La ley insistía en el papel del Estado y de las empresas colectivas mucho más de lo que se podía haber supuesto; de ahí la timidez de Castro ante el gobierno el día anterior. Incluso los comunistas habían supuesto que, aunque sólo fuera como táctica, se repartiría toda la tierra confiscada; pero en mayo ya habían aceptado que el «vigor de la Revolución y el apoyo que recibía de las masas… hacían posibles medidas más radicales».

Las propiedades que rebasasen estos límites serían expropiadas, y se prometió indemnizar con bonos amortizables en veinte años, que darían un interés anual del 4,5 por ciento. Los pagos, como en el caso de la ley agraria de la Segunda República española y de los países de la Europa Oriental a partir de 1919, se harían según fuera la evaluación de la tierra a efectos fiscales. La tierra expropiada, o iría a parar a cooperativas agrícolas, para que de momento la administrase el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), o se distribuiría en parcelas individuales de 27,11 hectáreas, el tamaño que se consideraba «mínimo vital» para una familia de cinco. Los precaristas, aparceros y arrendatarios tendrían preferencia sobre la tierra que hubieran estado trabajando anteriormente. Si esta resultaba inferior a 27,11 hectáreas, se añadiría el resto de la parcela lo antes posible, en cuanto hubiera tierra disponible. Si después se descuidaba el cultivo, la tierra habría de ser devuelta al Estado. La tierra, una vez distribuida, sólo podría venderse al Estado, o con su consentimiento. No podía dividirse.

La ley también proyectaba liberar a los colonos azucareros de los molinos. Las compañías no podrían, a partir de 1960, explotar plantaciones de azúcar a no ser que sus acciones fueran propiedad de cubanos y constaran así; y nadie podría tener acciones en las plantaciones de azúcar si era empleado, o propie-

tario, o accionista de algún ingenio azucarero. Además, la tierra no destinada al azúcar tampoco podría ser propiedad más que de compañías que tuvieran sus acciones debidamente registradas. Y, en el futuro, sólo los cubanos podrían comprar tierra.

Esta ley difería considerablemente de la que se había promulgado en noviembre de 1958 como ley 3 de la Sierra Maestra. Según aquel documento, había que dar la tierra a los que la cultivaban. Pero, ahora, la redistribución sería una pequeña parte del programa. Castro explicó más tarde que él «ya entendía… que si se toma, por ejemplo, una plantación de azúcar de unas 1000 hectáreas, en la que la tierra sea apta para la caña de azúcar… y se divide en doscientas parcelas de 5 hectáreas cada una… los nuevos propietarios reducirán la producción de caña de azúcar a la mitad… y… cultivarán para su consumo propio toda una serie de nuevos productos». Añadió que su experiencia en la Sierra Maestra le había indicado que, si se distribuían los rebaños grandes, los nuevos propietarios se comerían rápidamente las vacas, en vez de conservarlas para la producción de leche. «Esto, naturalmente, reforzó mi convicción de que no había que dividir la tierra de los latifundistas, sino organizarla». Sin embargo, la reforma tenía más en común con los modelos democráticos que, por ejemplo, con los de la Europa Oriental posterior a la guerra. Además, la ley era obviamente ambivalente en algunos aspectos; así, uno que tuviera arrendada una plantación de tabaco en Pinar del Río se vería mucho más favorecido por la redistribución de la tierra que un arrendatario de las marismas de Las Villas. De hecho, la reforma tenía una intención política más que estrictamente económica, pues daba al gobierno un instrumento poderoso con el que podía empobrecer o arruinar arbitrariamente a sus enemigos; y quizá la reforma se proyectó desde el principio como un primer paso para ulteriores expropiaciones.

El INRA, Instituto Nacional de la Reforma Agraria, se convirtió rápidamente en la principal agencia del nuevo gobierno, pues su tarea no se limitaba a expropiar y redistribuir la tierra, sino que también organizaba la construcción de carreteras, la sanidad, la educación y la vivienda del campo. El INRA también tenía un departamento de crédito, y absorbió a los antiguos Institutos de Estabilización del Azúcar, del Arroz y del Café. En realidad, se convirtió en una especie de gobierno fantasma autónomo. Dividió al país en veintiocho zonas de diferentes dimensiones, cada una bajo el mando de un oficial del ejército rebelde, que era el responsable de la aplicación de la ley y tenía mucha libertad para interpretar las órdenes. Castro era el presidente del INRA, pero el director encargado de las operaciones era el coautor de la propia ley, el doctor Núñez Jiménez. Este nombramiento explica algunos de los errores que se cometieron en los dos años siguientes: Núñez Jiménez era, según el profesor Dumont (que en general tenía simpatía por la Cuba revolucionaria), «más apto para organizar un mitin o para ocupar, a caballo y con banderas desplegadas, el territorio de la United Fruit Company que para organizar racionalmente la producción agrícola del sector socialista».

Las cooperativas constituían la parte más inesperada de la nueva ley. La mayoría de la gente había esperado sencillamente el reparto, la distribución de la tierra entre los sin tierra, el vano sueño de tantas generaciones de trabajadores agrícolas de España e Hispanoamérica. Pero, en realidad, ya desde el principio las cooperativas no tuvieron el significado que suele tener esta palabra; el INRA nombra al administrador de la empresa, a veces entre los trabajadores. Los trabajadores cobraban unos dos dólares y medio diarios durante todo el año, en concepto de supuesto avance sobre los beneficios de las cooperativas, que se sumarían al terminar el año. Teóricamente, si había más beneficios, se distribuirían entonces. (Castro explicó más tarde que lo

de las cooperativas no se había decidido hasta el último minuto, mientras se dirigía en avión a la Sierra Maestra para firmar la ley).

El INRA también administró fincas directamente desde el principio: las haciendas de Batista, de sus partidarios y de otros que habían huido, habían muerto o estaban en la cárcel. Estas fueron los prototipos de las explotaciones estatales que más tarde se convirtieron en el medio principal de organización agrícola de la Cuba revolucionaria.

Cuando se promulgó la ley agraria, la consecuencia inmediata fue un descenso en las cotizaciones de las compañías azucareras en la Bolsa de Nueva York. Otros valores cubanos, como los de las empresas de servicios públicos, que no tenían nada que ver con el azúcar, también bajaron. En Cuba, la Asociación de Propietarios de Ingenios Azucareros arguyó que la ley tendría «graves repercusiones económicas» y pidió a Castro que pospusiera su aprobación y sanción. El tema del comunismo de Cuba empezó a aparecer cada vez más en la prensa norteamericana, aunque la mayoría de las compañías se limitaran a hacer cábalas sobre qué cláusulas eran aplicables a ellas y cuándo se aplicarían.

Si estos comentaristas hubieran mirado más de cerca, habrían observado que ahora parecía haber discordancias entre la Revolución y los comunistas en Cuba. Así, el 8 de mayo, el periódico del Movimiento 26 de Julio, *Revolución*, había denunciado al secretario general comunista, Blas Roca, por tratar de dividir al Movimiento, «el mismo Blas que hizo un trato con Batista [en 1938], ahora niega la validez del poder de Fidel». El día anterior a la proclamación de la ley de Reforma Agraria, *Revolución* condenaba al Partido Comunista por desviacionista. Dado que Castro iba casi cada día a *Revolución* para revisar personalmente lo que publicaba el periódico, evidentemente estos ataques se publicaron con su consentimiento. Tal vez, en la lucha

entre *Hoy* y *Revolución*, que se produjo a mediados de 1959, Castro meramente dejó que *Revolución* llevara la delantera para desmentir las acusaciones de los periódicos norteamericanos de que los dos periódicos publicaban idénticos titulares. El 21 de mayo, en una entrevista televisada, Castro explicó que su objetivo era una revolución distinta del capitalismo («que mataba de hambre») y del comunismo (que suprimía las libertades «tan caras para el hombre»). La Revolución cubana sería tan autóctona como la música cubana, y, al caracterizarse por su humanismo, no sería de derechas ni de izquierdas, sino «un paso hacia delante». Su color no era el rojo, sino el verde olivo, el verde olivo del uniforme del ejército rebelde. En cuanto a los comunistas, se estaban mostrando «antirrevolucionarios» al promover disturbios para exigir aumentos de sueldo, y en realidad había ciertas coincidencias entre comunistas y contrarrevolucionarios. ¿No eran responsables los comunistas de la inquietud reinante en San Luis, donde los campesinos armados con palos habían tratado de apropiarse de la tierra de un modo espontáneo? El 22 de mayo, Castro volvió a aparecer en la televisión: en la Revolución cubana, dijo, no había lugar para los extremistas. También dijo —una indirecta, probablemente, para sus compañeros del viaje a Washington— que Guevara pronto iniciaría un viaje por África, Asia y Europa, como representante suyo. El comité ejecutivo de los comunistas replicó que estaban espantados ante el «injusto e injustificable ataque» de Castro, y el secretario general, Blas Roca, acusó a Castro de poner en peligro la Revolución «desatando una campaña anticomunista». Pero todavía se iban a encontrar con más problemas.

El 24 de mayo, los líderes sindicales no comunistas formaron una nueva alianza obrera (el Frente Obrero Humanista) para apoyar al Movimiento 26 de Julio contra el comunismo. A pesar del poco tiempo que llevaba formada, esta alianza consiguió

derrotar a los comunistas en todas las elecciones sindicales importantes que tuvieron lugar a final de mes.

Así, a finales de mayo, todo parecía marchar bien para la causa liberal en Cuba. La ley de Reforma Agraria, una vez analizada, resultaba ser tan modesta como muchas otras de los países democráticos. López Fresquet presentaba una ley de reforma fiscal moderada. Pero, desgraciadamente, los mismos liberales de Cuba no sabían cómo dirigir su causa. No tenían organizados políticamente a sus partidarios. Enfrentados con la creciente evidencia del inmenso talento de Castro como orador y como jefe, y con su extraordinaria popularidad, los que estaban dentro del gobierno se sentían aislados. Elena Mederos, en el Ministerio de Sanidad, dijo a su amigo, el director de banco Pazos, que ellos dos estaban perdiendo el tiempo, que estaban siendo simplemente utilizados, y que «nada funcionaba». Pazos le aseguró que «las cosas iban mucho mejor» y que hacía poco había conseguido que Castro fuera regularmente, una vez por semana, al Banco Nacional. Pero, naturalmente, estas cosas eran triviales en comparación con la importancia de construir un movimiento nacional de apoyo a la causa liberal. Además, incluso los liberales, entre los que se contaba Rufo López Fresquet, el ministro de Hacienda, que más tarde abandonó la Revolución, estaban todavía, muchos de ellos, tan hipnotizados por Castro como lo estaba la nación.

Evidentemente, el Movimiento 26 de Julio había de depender de Castro, pero este se negaba firmemente a definir sus objetivos. Indudablemente, los hombres de los escalones inferiores del Movimiento podrían haber hecho algunos progresos por su cuenta. Pero, como muchos otros, eran fieles a Castro. Una palabra suya y su trabajo, si lo hubieran hecho, habría quedado anulado. Así, la organización potencialmente poderosa que tenían por todo el país siguió siendo un simple armazón. Parece que el Movimiento 26 de Julio tenía muchas ideas inte-

resantes, como la de proyectar la industria cubana desde la costa atlántica norteamericana, la de nacionalizar los minerales y la de crear cien mil nuevos campesinos propietarios que, dentro de la tradición de la Revolución francesa más que de la soviética, habrían constituido la columna vertebral de una revolución nacional genuina aunque limitada. Pero, como todos sabían, la idea del fidelismo sin Fidel, o del Movimiento 26 de Julio sin Castro, era siempre quimérica.

Los comunistas eran ahora más fuertes que en enero, tenían tentáculos o simpatizantes en todas las partes de la organización estatal, especialmente en el nuevo Instituto Nacional de la Reforma Agraria, y contaban con Guevara y Raúl Castro, que eran marxistas, como los consejeros más próximos a Castro. La controversia entre *Revolución* y *Hoy* terminó como consecuencia de unas órdenes explícitas de Castro a *Revolución*. En un país sin organización política y sin instituciones, Castro debió de sentir muy fuerte la tentación de acudir al Partido Comunista, prescindiendo de su coincidencia general con los comunistas en materia de nacionalismo y en lo referente a Estados Unidos. Por otra parte, los comunistas habían mostrado, desde su equilibrio extremadamente prudente entre China y la Unión Soviética, reflejado en la prensa, que también tenían sus problemas internos; además, en lo referente a la «revolución permanente en el hemisferio», Guevara ya les estaba tomando la delantera.

Mientras Castro vacilaba, las fuerzas latentes de la oposición empezaron a agruparse con más coherencia que hasta entonces, y quizá fue esto lo que le decidió. Así, la Asociación Nacional de Ganaderos de Cuba declaró firmemente que el límite máximo de 1335 hectáreas para la propiedad privada no permitía que los negocios fueran rentables. Entretanto, los terratenientes compraban espacios en las emisoras de radio privadas para atacar a la ley, y organizaban reuniones; se supo que la Asociación de Ganaderos había resuelto por votación destinar

un fondo de 500 000 dólares para sobornar a los periódicos, para que criticaran la reforma. Monseñor Pérez Serantes, el viejo amigo de Castro, de Santiago, al principio había alabado la ley de Reforma Agraria, calificándola de «necesaria y humana», pero luego cambió de actitud y dijo, de un modo muy enigmático, que «ciertos grupos de Cuba sospechan que los autores de esa ley y los comunistas han tomado muchos tragos juntos». Pero la oposición no se unió, no podía unirse, alrededor de la Iglesia, que ahora estaba dividida, igual que lo había estado en tiempos de Batista: monseñor Evelio Díaz, por ejemplo, acababa de hablar de la ley agraria diciendo que era fundamentalmente justa.

Y la oposición tampoco podía unirse alrededor de ningún buen liberal, pues los buenos liberales todavía estaban en el gobierno. Así que el portavoz de la protesta empezó a ser Tony Varona, primer ministro de Prío en 1950-1952. Prío, en cambio, apoyó públicamente la ley de Reforma Agraria. La crítica que Varona hacía a la ley consistía en decir que el gobierno no debería distribuir la tierra cultivada, y que primero habría que distribuir las tierras estatales. Y, una vez más, pedía elecciones.

El 11 de junio, el gobierno de Estados Unidos envió a Cuba una nota oficial sobre el tema de la reforma agraria. En ella expresaba su «preocupación», aunque reconocía que Cuba tenía legalmente derecho a expropiar las propiedades extranjeras y que la reforma agraria era un paso hacia el progreso social. Estados Unidos insistía, naturalmente, en la «rápida, adecuada y eficaz indemnización», aunque no concretaba cantidades o métodos de evaluación. Algunos simpatizantes norteamericanos de Castro arguyeron más tarde que esta nota «afectó mucho a los revolucionarios cubanos, despertando suspicacias e ira entre ellos». Esto es un poco difícil de creer; ningún cubano, por poco realista que fuera, podía esperar que se aprobase una ley que confiscara las grandes propiedades de la United Fruit Com-

pany, el Pingree Ranch o el King Ranch of Texas, sin que hubiera protestas en Estados Unidos.

La cuestión en disputa era la de cuándo se pagaría la indemnización —«rápidamente» o mediante bonos a veinte años vista —, cuestión importante y que surgiría tras todas las reformas agrarias que se hicieran en América Latina, porque ningún país está preparado para pagar enormes indemnizaciones en el acto. La cuestión todavía se complicaba más por la manera, descuidada y manirrota, como se estaban llevando a cabo las expropiaciones; así, cuando el Pingree Ranch se convirtió en una cooperativa, el ejército mató un toro semental que valía 20 000 dólares para comérselo en una barbacoa. En casi todas partes, los encargados de llevar a cabo las expropiaciones eran oficiales del ejército rebelde relativamente inexpertos, que a menudo se limitaban a apoderarse de lo que creían que valía la pena confiscar. Pocas veces se hacían inventarios o se daban recibos. Así que, en la práctica, los detalles de la ley resultaron bastante poco satisfactorios, pues permitieron que pasara lo que en realidad ocurrió.

Antes de que le fuera entregada la nota norteamericana, Castro hizo la propuesta pública a Estados Unidos de que aumentase sus compras de azúcar cubano, pasando de tres a ocho millones de toneladas anuales. En otro tiempo, indudablemente, Estados Unidos, como los demás países adelantados, podría haber comprado más productos tropicales si se hubiera puesto a ello con generosidad; pero un aumento inmediato de casi el 200 por ciento no podía ser práctico. Poco después de esto, Bonsal vio a Castro, que convino en que

> [Un gran discurso] no era la mejor manera de conseguir su objetivo de subrayar el amplio y flexible potencial histórico de Cuba como suministradora de azúcar del mercado norteamericano. Estuvo de acuerdo conmigo en que, si deseaba insistir de nuevo en el tema, tendríamos un intercambio de opiniones sobre la mejor manera de hacerlo sin caer en gestos vacíos que sólo podían desacreditarle, mostrando su desconocimiento de

> la situación del azúcar… En realidad, estos [añadía Bonsal más tarde] fueron los días en que nuestras relaciones eran apacibles.

Sin embargo, Bonsal no volvió a ver a Castro hasta septiembre. En el intervalo, la situación política cambió radicalmente. Al día siguiente de la nota norteamericana sobre la reforma agraria, hubo consejo de ministros. Castro, como de costumbre, llegó muy tarde. Inmediatamente manifestó que se proponía destituir a varios de los miembros más moderados, incluida Elena Mederos, que en marzo se había quedado en «el tren» de mala gana. Castro tardó mucho en tocar el tema y, en realidad, no lo hizo abiertamente hasta que Elena Mederos le desafió. En su cargo de ministra de Bienestar Social fue sustituida por su subsecretaria, Raquel Pérez, una joven que no tenía experiencia política. El ministro del Interior, Luis Orlando Rodríguez, que había dado muestras de ineficacia, fue sustituido por el gobernador de la provincia de La Habana, José Naranjo, antiguo estudiante de medicina, que había estado con Echevarría en el Directorio, y también había luchado con Raúl Castro en Oriente. Dada su antigua amistad, Castro prometió otro cargo a Rodríguez y le dejó volver a publicar *La Calle*. El doctor Serafín Ruiz de Zárate, que había sido médico con Guevara en Las Villas, pasó a ser ministro de Sanidad. Ángel Fernández fue sucedido en el Ministerio de Justicia por su segundo, Yabur, un abogado que en tiempos había sido amigo de Manolo Castro en la universidad, de origen sirio, antiguo enemigo de Fidel Castro, pero ahora amigo incondicional. Sorí Marín, el ministro de Agricultura que no había visto la ley de Reforma Agraria hasta que había sido presentada al gobierno, fue sustituido por Pedro Miret, que había estado con Castro en Moncada y en México. Finalmente, Agramonte, el seguro pero ineficaz ministro de Asuntos Exteriores, fue sustituido por el doctor Raúl Roa, que durante mucho tiempo había sido decano de la facultad de ciencias sociales de la universidad, y desde enero era em-

bajador en la OEA. Todos los miembros salientes eran conocidos por su oposición a la reforma agraria en algún punto.

Roa era un ejemplo característico del intelectual latinoamericano. En la universidad fue uno de los de la primera generación de estudiantes revolucionarios, un estudiante de derecho asociado con Mella, Martínez Villena y De la Torriente Brau. Siguiendo a Mella, entró en el Partido Comunista en 1927, pero más tarde lo dejó. Sin embargo, por sus escritos de los años treinta se deduce que todavía estaba próximo al comunismo. Pero después, al morir sus amigos izquierdistas, entró en la vida académica más que política; se casó con una mujer perteneciente a una familia de comerciantes bien establecida, de origen sirio, los Khouri, y se alejó de los comunistas; en los años cincuenta parecía un personaje literario, aunque de vez en cuando escribía artículos nostálgicos sobre los tiempos heroicos de su juventud. En 1955, cuando estuvo en México para asistir al Congreso de Libertad Cultural (él era el representante cubano), se había negado a verse con Castro, porque le consideraba un gángster. En 1956 había condenado los «métodos brutales del ejército soviético para reprimir el alzamiento patriótico del pueblo húngaro», había hablado de «los lacayos de Moscú» y también del «lavado de cerebro y absorción sistemática de la sensibilidad» a que están todos sujetos bajo el «cesaropapismo marxista». En 1959 se había adherido a la Revolución, aunque durante ese verano volvió a publicar sus condenas del comunismo, añadiendo que la Revolución cubana tenía «raíces, programas y rumbo propios. No deriva de Rousseau, George Washington o Marx». O sea que Roa era un ministro ambiguo.

El espectro de la oposición hizo que Castro se volviera más radical. ¿Tenía necesidad de hacerlo? Sus temores ¿eran producto de una imaginación excesiva o eran enemigos verdaderos, que preparaban machetes, fusiles y manifiestos? Evidentemente estaba encontrando oposición, no sólo por parte de la

clase alta cubana y de los intereses empresariales norteamericanos, sino también por la del gobierno de Estados Unidos. La situación era peligrosa. Muchos se acordaban de Guatemala. Tal vez la contrarrevolución fuera débil, pero detrás de ella, en la mente obsesionada de los reformadores de Cuba, se vislumbraba la sombra de Estados Unidos, con sus centenares de agencias no oficiales y grupos de presión, su poder y sus tradicionales reacciones de provocación en la región del Caribe.

El 13 de junio, Castro atacó violentamente a los críticos de la ley de Reforma Agraria llamándolos traidores y diciendo que no se cambiaría ni una coma de ella y que a la oposición sólo le preocupaban sus «intereses creados». Preguntó retóricamente al grupito de personas que estaban sentadas en el estudio de televisión si querían elecciones. «No», se apresuraron a responder. Dos días después, Cuba rechazó formalmente la nota norteamericana del 11 de junio, diciendo que la indemnización «rápida» era imposible; los terratenientes tendrían que aceptar los bonos con el 4,5 por ciento de interés. Sin embargo, la respuesta cubana era moderada en muchos aspectos, y evidentemente había sido redactada en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Reconocía que Estados Unidos era sincero partidario de la reforma agraria y que, en el pasado, había contribuido al crecimiento económico de Cuba; y señalaba que, aunque la Constitución de 1940 en realidad había estipulado que se indemnizase al contado cualquier expropiación, Batista había arruinado al erario público, y había una balanza de pagos desfavorable con Estados Unidos. «Poderosas razones» justificaban la forma de las indemnizaciones. Esta respuesta moderada sin duda exigía una contrarréplica moderada. Sin embargo, al mismo tiempo, como un presagio, en La Habana explotaron una serie de bombas, tres durante el discurso de Castro del 13 de junio. ¿Era posible que el antiguo ciclo de violencia estuviera a punto de volver a empezar? Indudablemente, el gobierno temía que así fue-

ra. De inmediato se produjeron una serie de detenciones, sobre todo de antiguos miembros de las fuerzas armadas batistianas. La Constitución de 1940 se enmendó rápidamente para permitir la aplicación de la pena de muerte a los «contrarrevolucionarios», y un destacado abogado derechista, Enrique Llaca Ortiz, fue raptado de su casa por agentes del servicio de espionaje del ejército rebelde, el DIER, que lo retuvieron varios días.

Este suceso, que recordaba tantos otros parecidos, ocurridos durante gobiernos cubanos anteriores, provocó un rápido choque entre el gobierno y la judicatura. La Audiencia de La Habana ordenó que se liberase a Llaca. El DIER recibió la orden de obedecer a Castro. Entonces, Castro ordenó al Ministerio de Justicia que procediera contra los jueces de la Audiencia (Gómez Calvo, Peñate y Paprón). El Tribunal Supremo intervino. El juez Alabau (el mismo que, en 1958, había procesado a Ventura y Laurent por el asesinato de cuatro chicos) consideró que los jueces no se habían excedido en sus funciones; añadió: «Ni la Revolución ni el Gobierno Revolucionario pueden desconocer el *habeas corpus*», pues el *habeas corpus* había sido el estandarte de la revolución y «sólo los tiranos y los déspotas desechan el *habeas corpus*».

El caso Llaca mostró a Castro hasta dónde podía llegar legalmente contra los oponentes del régimen con la Constitución existente; un paso más, y tendría que deshacerse de ella. Pero, mientras dentro de Cuba —por instinto, impaciencia o por un criterio equivocado— estaba empezando a actuar de manera dictatorial (aunque hay países democráticos en los que se tiene detenida a la gente durante una semana sin juicio), en el ámbito internacional, Castro todavía parecía el proscrito perseguido y apurado. Hablaba como un hombre rodeado de enemigos que luchara contra oscuras conspiraciones, como si, espiritualmente, estuviera todavía en la Sierra Maestra con un puñado de leales, librando en solitario su batalla contra la tiranía. A pesar de

estar en el gobierno, seguía siendo un rebelde. Ningún otro papel le atraía, o mejor dicho, no podía representar ningún otro papel, y muchos cubanos, con su larga, ambigua y latente hostilidad hacia Estados Unidos, sus recuerdos de Wood y Sumner Welles, y su respeto por el nuevo jefe, parecían desear que así fuera. A partir de entonces, Castro nunca volvió a manifestar el anticomunismo que, de vez en cuando, aflorara en sus discursos o conversaciones privadas. En adelante, reservó sus críticas para los anticomunistas. Teniendo en cuenta la irritación de Castro y sus colegas ante el persistente interrogatorio a que los sometían los periodistas, norteamericanos y de otros países, para saber si eran comunistas o no (dando por sentado que no tenían derecho a serlo en América), es lógico concluir que Castro, Guevara y su hermano debieron de tomar algunas decisiones críticas en este momento; tal vez no intervino nadie más, ni siquiera los propios comunistas cubanos.

Entonces fue cuando López Fresquet presentó su comprensiva ley de reforma tributaria a Castro para que la firmase; él lo hizo riendo y diciendo: «Tal vez cuando llegue el momento de aplicar la ley no habrá ningún contribuyente».

Quizá la gente se habría fijado más en el caso Llaca, si no hubiera coincidido con una desafortunada incursión en los asuntos exteriores. Muchos exiliados de otros países latinoamericanos ahora estaban en La Habana. Ya se había hecho una tentativa abortada contra Panamá. Ahora, con la bendición de Castro, unos doscientos dominicanos, con diez cubanos a las órdenes de un oficial del ejército rebelde, Delio Gómez Ochoa (que había llegado de Santiago a la Sierra Maestra en mayo de 1957 y había sido un representante anticomunista del Movimiento 26 de Julio en La Habana a mediados de 1958), desembarcaron en dos oleadas en la costa norte de la República Dominicana. Sin embargo, la mayoría murieron inmediatamente después de desembarcar. Unos cuantos, incluido Gómez

Ochoa, se abrieron paso tierra adentro, hasta que finalmente los cogieron. La mayoría fueron torturados y fusilados, pero no su jefe. Después, un grupo de jóvenes dominicanos formaron un movimiento político inspirado en el recuerdo de los muertos: el Movimiento 14 de Junio, un grupo de jóvenes generosos que fueron tratados brutalmente por los regímenes sucesivos de la República Dominicana, pero que, a pesar de todo, continuaron.

La invasión dominicana, intencionadamente o no, evitó que se prestara una atención excesiva a lo que, con el asunto Llaca, constituía un cambio decisivo en el gobierno revolucionario. Sin duda, Fidel Castro había deseado específicamente la dimisión de los ministros liberales, de que el ejército se hiciera cargo, por cuenta del INRA, como parte de la ley de Reforma Agraria, de 131 grandes ranchos ganaderos de Camagüey. Técnicamente, el Estado «intervino» en la dirección de las explotaciones, como lo había hecho con la compañía telefónica, y como Prío había hecho con los ferrocarriles del oeste. Pero ahora la intervención significaba la dirección estatal permanente. El total afectado sumaba de 100 000 a 135 000 hectáreas. Entre los ranchos ocupados estaban haciendas norteamericanas, como la que había comprado recientemente el King Ranch of Texas (10 400 hectáreas), la de la Manati Sugar Co. y las de otras compañías norteamericanas, junto con las grandes haciendas de los Betancourt, los Agramonte y otras famosas familias camagüeyanas. El ejército se proponía dejar unas 1335 hectáreas (100 caballerías) a cada rancho, pero esta estipulación no siempre se cumplió.

La consecuencia fue que el gobierno se quedó con el control del abastecimiento de ganado vacuno. Los rancheros, que entraron en abierta hostilidad con la Revolución, predijeron acertadamente que habría una matanza excesiva y después una es-

casez de carne. En realidad, esto siempre había ocurrido en las revoluciones.

De hecho, los ranchos ganaderos de Camagüey eran el alma de la Cuba contrarrevolucionaria, el hogar de los intereses conservadores, cuyas previsibles condenas de la reforma agraria desviaban a aquellos miembros del centro liberal que todavía estaban unidos al régimen. Mientras tanto, Estados Unidos todavía no había contestado oficialmente a la nota cubana del 15 de junio. Pero, en privado, los empresarios norteamericanos estaban empezando a usar la famosa metáfora de la sandía: «Cuanto más se corta la Revolución, más roja se vuelve», y el 22 de junio, la revista *Time* decía a sus siete millones de lectores que Núñez Jiménez, el director del INRA, era «un comunista de hacía mucho tiempo» y preparaba a sus lectores para la noticia de que la reforma agraria de Cuba era de inspiración diabólica. Pero la Iglesia de Cuba aún no se había decidido por esta interpretación: sesenta y dos representantes de las congregaciones religiosas se reunieron en Belén a finales de junio para discutir la cuestión pero no llegaron a ninguna conclusión.

Al cabo de una semana de la intervención de los grandes ranchos, el gobierno se vio atacado desde otro sector, como era de esperar. El jefe de la fuerza aérea, Díaz Lanz, huyó con su familia a Miami, en una pequeña embarcación. En La Habana, Juan Almeida, el mulato veterano de Moncada y del *Granma*, ocupó provisionalmente el puesto de Díaz Lanz.

A continuación vino una purga de la fuerza aérea. Los oficiales que, al parecer, habían sido amigos de Díaz Lanz fueron destituidos, y para sustituirlos llegaron a Cuba una serie de venezolanos y costarricenses.

Entretanto, el periódico *Avance* acusaba a Urrutia de comprar una lujosa villa, mientras que *Revolución* publicaba una conmovedora historia con la que Castro evidenciaba que él no te-

nía dinero ni para comprarse una cabaña en la marisma de Zapata: «Personalmente, ni tengo ni estoy interesado en tener nada. El desinterés es el adorno que llevo a todas partes», observaba sentenciosamente. *Prensa Libre* insinuaba que Urrutia debía seguir el ejemplo de Castro. Conte Agüero volvió a entrevistar a Urrutia (que entretanto había emitido un auto de libelo contra *Avance*). ¿Qué eran estos rumores sobre dificultades de Urrutia con Castro? El presidente contestó: «No estoy en desacuerdo en absoluto con Fidel Castro… [que] es tan partidario como yo de la democracia humanista». Pero después dijo: «Creo que los comunistas están causando un terrible perjuicio a Cuba… Los comunistas de Cuba quieren crear un segundo frente contra la Revolución cubana… un frente formado por todos los partidarios de Rusia y contrarios al mundo libre. Creo que esto es criminal y nocivo». Recordó que los comunistas, en la época de Batista, habían criticado «nuestra política de insurrección»; recordó el curioso comportamiento de los comunistas durante la Segunda Guerra Mundial, e incluso se aventuró a hacer una crítica de la sociedad soviética basada en textos marxistas.

Así, Urrutia trató de meter una cuña entre Castro y los comunistas, e hizo saber que continuaría en sus ataques contra estos últimos. Al día siguiente, Díaz Lanz, el antiguo jefe de la fuerza aérea, apareció en Washington nada menos que ante el subcomité de seguridad interna del Senado de Estados Unidos. Ante los senadores Eastland, Dodd, Olin, Johnston, Hruska y Keating, hizo una serie de descripciones espeluznantes, aunque incoherentes e inexactas, de la vida en Cuba, que provocaron un cosquilleo excitante en estos inquietos legisladores; habladurías, rumores, especulaciones privadas, algunas afirmaciones verdaderas, otras falsas.

Sin embargo, Díaz Lanz consiguió crear una mayor desconfianza en la opinión pública y oficial de Estados Unidos respec-

to a Cuba y debilitar a la oposición liberal de Cuba. Si los oponentes de Castro iban a Estados Unidos a testificar ante un subcomité conocido por su intemperancia, se convertían inmediatamente en traidores, incluso a los ojos de los hombres moderados. Si Díaz Lanz actuaba así, ¿por qué no iba a hacerlo Urrutia? Además, ¿cómo era posible que el subcomité de seguridad interna del Senado aceptara el testimonio de un exjefe de la fuerza aérea, huido de un país extranjero, en principio, amigo? Indudablemente, esto indicaba que el Senado no consideraba a Cuba un país extranjero. Era lógico, por lo tanto, que si había una revolución persistente en Cuba, el Senado la considerara una rebelión y recomendara que se actuara en consecuencia.

El Senado, desde luego, no era el ejecutivo (como Castro reconoció más tarde), y el ejecutivo no podía responder de lo que hacía el legislativo (Eisenhower y Herter señalaron que no estaban implicados en aquello). Pero, quizá, lo que hoy pensaba el cuerpo legislativo, mañana podía pensarlo el ejecutivo. En las situaciones políticas fluidas, las cosas pequeñas tienen importancia. El «asunto Díaz Lanz» tuvo exactamente el efecto opuesto al que Díaz Lanz probablemente quería: evitar una mayor radicalización del régimen. Dio a Castro otra oportunidad para dirigirse a la izquierda con impunidad.

Hasta Urrutia tuvo que condenar a Díaz Lanz, pero esto no le salvó. El 17 de julio, al despertarse, se encontró con que Castro había dimitido. Al bajar la escalera del Palacio Nacional encontró al gobierno esperando, sin saber qué hacer. Urrutia trató de telefonear a Castro, sin éxito. Se reunió el gobierno; Castro no llegaba; los ministros se dispersaron, llenos de rumores. Entretanto, Conrado Bécquer, el líder de los trabajadores del azúcar, una de las muchas cajas de resonancia de la Revolución cubana, pidió públicamente la dimisión de Urrutia. Esa noche, Castro habló por televisión. En un largo y extraordinario dis-

curso, destruyó al presidente. Más que un discurso, fue una ejecución. Urrutia «complicaba» el gobierno. Los nombramientos de Urrutia habían creado muchos conflictos. Luego estaba la casa de Urrutia. Estaba el sueldo de Urrutia, de 40 000 dólares anuales, que, a diferencia del de los ministros, no había sido reducido; pero lo más importante era el chantaje del comunismo. Urrutia estaba fabricando una leyenda de comunismo para provocar la agresión extranjera; proyectaba marcharse de Cuba para volver más tarde y gobernarla con unos cuantos norteamericanos. Urrutia era responsable incluso de haber eliminado el nombre de Dios de la ley fundamental de la República. Entonces Castro se describió a sí mismo como «impotente» e «indefenso»; «incluso ahora casi no podemos hacer nada, estamos acabados desde el lunes, por culpa de la febril declaración anticomunista que nos situó por la fuerza en nuestra actual posición internacional».

Mientras hablaba Castro, empezaron a llegar a la emisora de televisión mensajes apoyándole, mientras se reunía una multitud alrededor del palacio presidencial pidiendo la dimisión de Urrutia. Dimitió por cuarta vez desde enero. Esta vez nadie le impidió hacerlo.

¿Qué moraleja hay que sacar? La destrucción de la personalidad de Urrutia fue implacable. Pero para millares de cubanos, para las masas que apoyaban a la revolución con uñas y dientes, un interés obsesivo por el comunismo parecía implicar una alineación con Estados Unidos, los enemigos de la Revolución y amigos del antiguo *statu quo*. A partir de entonces, en Cuba, el que manifestaba opiniones anticomunistas se hacía sospechoso, y en último término podían arrestarle, juzgarle y condenarle a muchos años de cárcel. Para entonces Castro ya debía de haber decidido, cualesquiera que fueren sus sentimientos anteriores, que, como dijo a Herbert Matthews cuatro años más tarde, el Partido Comunista cubano «tenía hombres que eran verdadera-

mente revolucionarios, leales, honestos y adiestrados. Yo los necesitaba».

93

El eclipse de los liberales

Cuba no tenía ahora presidente y, técnicamente, tampoco primer ministro. Pero Castro conservaba su influencia sobre la opinión pública, las fuerzas armadas y el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), y en cuestión de horas había prestado juramente un nuevo presidente. Castro había tenido la intención de pedir que fuera presidente a Miró Cardona, el primer jefe de gobierno después de enero de 1959, pero Raúl Castro y Guevara arguyeron que este nombramiento no haría más que provocar otra crisis al cabo de pocos meses.[52] Una figura más adecuada era Osvaldo Dorticós, el ministro encargado de la revisión de la ley. Era más competente que Urrutia, pero de una procedencia igualmente burguesa: venía de una de las primeras familias de Cienfuegos.

Los colegas de Dorticós le consideraban «moderado». Elena Mederos, que se sentaba a su lado, recordaba que, en las reuniones del gabinete, sudaba nervioso cuando Castro se lanzaba a atacar a Estados Unidos. Sin embargo, Dorticós iba a mostrarse inestimable como jefe nominal del régimen revolucionario cubano. Le dio estabilidad, continuidad y formalidad en las ocasiones en que hizo falta; «cediendo a todas las ideas de Castro», actuó como secretario del gobierno, en su esfuerzo por encontrar algo que hacer. Pronto se hizo famoso por ser el único miembro del gobierno que hacía un horario de oficina, y en realidad el único que estaba acostumbrado al trabajo regular.

Castro, entretanto, había anunciado que el 26 de julio sometería su futuro político a la decisión de «todo el pueblo», en un gran mitin que tendría lugar en la Plaza Cívica para conmemorar el sexto aniversario del asalto al cuartel de Moncada. En los

días que faltaban para esa fecha, los campesinos llegaron masivamente a La Habana, muchos organizados por el INRA, muchos por voluntad propia. El 23 de julio, la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) declaró una huelga general para pedir la vuelta de Castro al poder. El día 26 se celebró el gran mitin de la Plaza Cívica, la «concentración campesina». Fue un día de fiesta oficial. El ejército desfiló. Los habitantes de La Habana disputaban entre sí para alojar a los campesinos. El enorme auditorio de campesinos y ciudadanos, llegado el momento, lo tomó como un espectáculo. El presidente Dorticós empezó anunciando que, en respuesta a innumerables peticiones, Castro volvería a ser primer ministro. La gran multitud aplaudió durante varios minutos, cantó, bailó y gritó lemas revolucionarios. Entonces Castro habló durante cuatro horas. Empezó teniendo el sol encima, y continuó hasta que declinó, quedando detrás de su cabeza. Fue la primera vez de las muchas en que se produjo un espectáculo parecido. La multitud estaba magnetizada. Castro, como de costumbre, habló claramente, sin apuntes, repitiendo a menudo las cosas para que penetrasen, sin repetir nunca exactamente la fraseología. Hubo interrupciones para bailar y cantar, y para gritar «¡Viva Fidel!». Había gente que vendía bebidas, gorras y bocadillos. Esto era la «democracia directa», la comunión directa entre el «jefe máximo» y el pueblo.

Castro ya había sugerido que su gobierno, por fin, sería independiente de la dirección diplomática de Estados Unidos. Esta sugerencia era irresistible. Es inútil pensar que una política así no resulte atractiva para los ingenuos o analfabetos. Es muy atractiva para los sofisticados y para los ingenuos, para los ricos y para los pobres. Sólo unos pocos pueden escapar a la llamada del patriotismo. Es inútil decir que el patriotismo es absurdo en un país pequeño que requiere mercados extranjeros y que está dominado por el capital extranjero. El absurdo también suele

resultar atractivo. Naturalmente, Grau, y hasta Batista, habían prometido más o menos lo mismo que Castro. Sin embargo, la televisión y la radio dieron la impresión a decenas de millares de personas de que Castro estaba más resueltamente a hacerlo que sus predecesores.

En julio pareció que había cambios más positivos. Al principio, Castro había anunciado un programa de obras públicas por valor de ciento treinta y cuatro millones de dólares para disminuir el paro, que ahora era de 700 000 personas, o sea, el 10 por ciento de la población total. El Instituto Nacional de la Reforma Agraria anunció que gastaría cien millones de dólares en su primer año de funcionamiento. El ministro de Hacienda, López Fresquet, anunció su impuesto del 3 por ciento sobre todos los sueldos, grandes y pequeños, para ayudar a financiar el programa de obras públicas. El gobierno ordenó a las refinerías de petróleo que redujeran el precio de la gasolina en cinco centavos por galón (1 galón = unos 4 litros), para financiar un salario mínimo de 85 dólares mensuales para los trabajadores de los garajes (como había prometido Batista, aunque no lo había cumplido). Luego estaba, naturalmente, la reforma agraria misma. En agosto se empezó a distribuir algo de tierra entre unas cuantas familias que no tenían. En principio, en los cuatro meses siguientes, 100 000 familias habían de recibir parcelas de 27 hectáreas, todas procedentes de grandes haciendas no cultivadas.

Pero ¿a qué venía eso? Si era beneficioso, naturalmente, no importaba cómo se llamara el procedimiento: socialismo o democracia, marxismo o liberalismo; quienes buscan descripciones generales suelen ser los defensores de sistemas que no funcionan o sus resentidos oponentes, más que los que tienen éxito en la práctica. Castro había lanzado la idea de humanismo para ver cómo los que se oponían al comunismo la tomaban como bandera. Sin embargo, probablemente había dado vueltas

a la idea —quizá todavía se las estaba dando— de permanecer neutral en lo internacional, tomando una postura nacionalista revolucionaria a lo Nasser, pues, aunque sus relaciones con Estados Unidos fueran distantes, todavía estaba muy lejos de alinearse con la Unión Soviética.

Además estaba el problema del Partido Comunista, que tenía organización, preparación, confianza y, detrás de él, a la Unión Soviética, como aliado poderoso, aunque no siempre previsible, como sabían todos los que habían tenido contacto con los comunistas españoles. Los comunistas ya se habían situado algo en el Estado cubano, ya eran seguidores de Castro, aunque de momento aún no era su jefe. Más positivamente, en julio de 1959, tras tantos años sin un credo claro, parece que Castro, bajo la influencia de su hermano y de Guevara, se sintiera cada vez más inclinado a la idea de una explicación completa de la política, sobre todo si unos amigos íntimos y muy resueltos estaban exponiéndole sus ventajas constantemente. Tenía la persistente preocupación de que, si no se radicalizaba, la burguesía echaría a perder la revolución. Aunque algunos de los líderes comunistas eran, como decían los críticos norteamericanos, torpes y carentes de imaginación, otros eran inteligentes; en el Comité Central había una amplia gama de talentos. Para entonces, tal vez Castro no habría podido echar a los comunistas aunque lo hubiera intentado. Si no podía destruirlos, quizá la única posibilidad era la de unirse a ellos.

El mes de agosto de 1959 empezó pasivamente, con una intervención del senador Fulbright que pedía paciencia y comprensión en las relaciones de Estados Unidos con Cuba. Evidentemente, los comunistas cubanos estaban preocupados por el anuncio de la visita de Kruschev a Estados Unidos; durante ese verano, el periódico comunista cubano, *Hoy*, aseguró muchas veces a sus lectores que la visita de Kruschev detendría el absurdo anticomunismo ideológico de Estados Unidos y, por

lo tanto, permitiría a Cuba entrar pacíficamente en relaciones económicas con la Unión Soviética y otros «países socialistas».

A partir de entonces, sin embargo, los beneficios sociales conferidos por la revolución a los pobres fueron acompañados de encarcelamientos, retrasos de juicios, ejecuciones ocasionales, expropiaciones de tierra cada vez más arbitrarias y cárceles atiborradas. Las cárceles de Castro, al principio, suponían indudablemente una mejora respecto de las de Batista. La tortura no era frecuente, aunque sí lo eran los descuidos, las aglomeraciones y las humillaciones. Además, ya había más personas en la cárcel que en la época de Batista. En realidad, algunos que habían apoyado a Castro en épocas anteriores ahora ya estaban en la cárcel. La Revolución, como Saturno, estaba empezando a devorar a sus hijos. En cuanto a la reforma agraria, empezaron a expropiar haciendas de tamaño medio; el ganado, la maquinaria e incluso los objetos personales pasaban a manos del INRA, que a menudo no daba un recibo por lo que se quedaba, y mucho menos una indemnización; a los campesinos que pasaban a ocupar la tierra, de momento sólo les daban vales negociables en los llamados almacenes del pueblo.

Unos días después se celebró una reunión del Consejo de la Organización de Estados Americanos en Santiago de Chile. El doctor Roa estaba presente; era su primera gran conferencia como ministro cubano de Asuntos Exteriores; pero, en el último minuto, su brillo (que nunca había sido mucho, todo hay que decirlo) se vio empañado por la aparición de Raúl Castro, que tenía un aspecto curioso, con su uniforme y el cabello largo recogido en una cola, comparado con los pulcros caballeros del consejo. Su avión militar llegó a Santiago sin permiso y durante un tiempo fue retenido en el aeropuerto. Había venido, dijo, para «hacer una excursión con los chicos» y escoltar al doctor Roa hasta casa. La única persona que pareció complacida al verle, sin embargo, fue el socialista chileno Salvador Allende,

junto con las multitudes entusiastas de los chilenos de la clase baja. Otros demócratas latinoamericanos, como Betancourt, estuvieron fríos; Betancourt, en realidad, ya estaba diciendo en privado a sus amigos que Castro era «una influencia maligna para América Latina».

En cualquier caso, en septiembre el gobierno se lanzó a una política fiscal agresiva; se crearon impuestos sobre las importaciones: hasta el 30 por ciento en comestibles, el 40 por ciento en máquinas de escribir y de oficina, 60 por ciento en coches baratos y algunos artículos domésticos y el 80 por ciento en los coches caros. A partir de entonces se exigieron permisos de importación para todo y se restringió el cambio de moneda extranjera. Se iba a crear un ambiente de austeridad. Castro atacó el alcoholismo, calificándolo de «vicio peor que todos los demás juntos», y cargó de impuestos a las bebidas. Sin embargo, al mismo tiempo, y contradictoriamente, hubo un intento de resucitar el turismo. Carlos Almoina, director del Instituto del Turismo, anunció un programa fulgurante destinado a fomentar la inversión en hoteles, a construir un nuevo aeropuerto para *jets*, y se hicieron planes para celebrar una gran conferencia turística el mes siguiente. Como casi todos los turistas venían de Estados Unidos, esto, naturalmente, suponía un llamamiento en pro de las buenas relaciones.

En realidad, en septiembre fue como si el régimen, a punto de hacer una reconsideración drástica de sus alianzas, se echara atrás, para permitir que hombres moderados como Almoina propusieran planes moderados. El 5 de septiembre incluso hubo una amable entrevista entre Bonsal y Castro. (Bonsal la había forzado, tras esperar desde julio, diciendo que se iba a Washington para «consultas más que rutinarias»). La entrevista no fue tensa, y Bonsal se fue moderadamente esperanzado; Castro dijo que el gobierno norteamericano no tenía que prestar demasiada atención a «los excesos propagandísticos de unos jóve-

nes que trabajan en una atmósfera de entusiasmo revolucionario».

En la propia Cuba, López Fresquet, el ministro de Hacienda, discutió mucho tiempo con Hubert Matos la cuestión del comunismo y la revolución; a diferencia de Burke, Matos no creía que Castro fuera comunista. Por lo tanto, el ministro de Hacienda y Matos acordaron trabajar juntos «para detener el comunismo, pero no hicieron planes concretos». El mismo mes, Castro fue con su hermano y Cienfuegos a Santa Clara y destituyó al jefe provincial del 26 de Julio (Joaquín Torres) y al jefe del ejército y al del INRA en la provincia (Demetrio Montseny y Suárez Gayol), sustituyéndolos no tanto por comunistas como por partidarios incondicionales de ellos mismos. Cada vez más aislado en Camagüey, Matos, el más destacado y el mejor situado de los jefes militares que querían oponerse al comunismo, en realidad no había hecho nada antes de que a final de mes le enviaran a un nuevo jefe del INRA, capitán Jorge Enrique Mendoza, para acelerar la marcha de la reforma agraria en la provincia. Mendoza, exestudiante de derecho ortodoxo y locutor de Radio Rebelde en la Sierra Maestra (que al principio había sido destinado al INRA de Oriente), aunque no fuera un antiguo comunista, evidentemente no era (como demostrarían los acontecimientos) un hombre como para protestar contra la dirección del régimen.

Parece que entonces, a principios de otoño, Castro trató vagamente de volver a unir a sus seguidores: Cuba, dijo, tendría elecciones al cabo de cuatro años, puesto que celebrarlas antes sólo serviría para distraer a los cubanos de su tarea principal: acabar con el paro. Añadió que dimitiría en cuanto la opinión pública se volviera contra él. En aquellos momentos, sin embargo, creía que el 80 por ciento de la población estaba con él. Indudablemente, en esto tenía razón.[53] Pero nada nos hace pensar que hablara seriamente de las elecciones. En septiembre,

Cuba, que no podía esperar armas de Estados Unidos, pidió a Inglaterra diecisiete cazas a reacción Hunter. Selwyn Lloyd, el ministro inglés de Asuntos Exteriores, no estaba decidido. Al parecer, Estados Unidos pidió a su aliado que no los vendiera y, tras algunas semanas más de incertidumbre, accedió a no hacerlo. En Cuba pareció que iba a ocurrir lo mismo que había pasado en Egipto cuatro años antes, y tal vez este fue el momento decisivo para la evolución del régimen. Guevara, entretanto, volvió de su gira afroasiática, trayendo unos tratados bastante poco provechosos con Egipto y Ceilán. Guevara elogió a la mayoría de los países en los que había estado, excepto a la India, cuyo desarrollo, según él, impedían «las vacas y la religión». Yugoslavia, añadió, era el país que estaba avanzando más rápidamente, comentario que algunos encontraron significativo. Un periodista se refirió a él llamándole, prematuramente, «titoísta», pero hay otro testimonio que indica que a Guevara le habían impresionado mucho los países no comunistas de su gira, incluso Japón, cuyo desarrollo admiraba. Los comunistas cubanos volvían a estar en una línea muy moderada. Blas Roca, en otra sesión plenaria del Comité Central del partido, habló de los peligros del «izquierdismo», cuando la Revolución cubana dependía, más que otras revoluciones, de la situación internacional y la propia Cuba dependía de las importaciones. Esto era, sin duda, un reflejo del ambiente internacional creado por la visita de Kruschev a Estados Unidos.

El 12 de octubre, Estados Unidos contestó a la nota cubana del 15 de junio sobre la reforma agraria: cualesquiera que fueran los males causados por el gobierno de Batista, los inversionistas norteamericanos no habían de ser castigados por acciones de las que no eran responsables, y estas acciones no daban al gobierno cubano un motivo válido para pasar por alto el derecho internacional y la ley fundamental de Cuba. Los bonos agrarios japoneses se habían usado para pagar a terratenientes

japoneses (Cuba había aludido a la reforma agraria de Mac Arthur, que estipulaba una indemnización a base de bonos) y no a propietarios extranjeros. Estados Unidos, por lo tanto, insistía en sus peticiones.

Los exiliados tampoco estuvieron inactivos a principios de octubre, especialmente sobrevolando Cuba en aviones procedentes de Florida. El 11 de octubre, un avión lanzó tres bombas sobre un ingenio azucarero de Pinar del Río; probablemente era la primera vez que pasaba algo así. Cuba protestó ante Estados Unidos. ¿Se había impuesto en Washington la línea dura hasta el punto de que el gobierno o la CIA estaban ahora dispuestos a proporcionar armas a los exiliados, como había propuesto el vicepresidente Nixon? A pesar de la abundancia de información que más tarde afluyó de Estados Unidos sobre el tema de las relaciones del gobierno con los exiliados cubanos, no hay ninguna prueba indicadora de que el gobierno norteamericano aprobara el apoyo de la CIA a los exiliados cubanos antes de mediados de marzo de 1960. Pero ¿qué importa que no lo aprobara? A veces, los agentes de la CIA eran dados a actuar por su cuenta, incluso contra la línea de la política de Estados Unidos. ¿Qué importaba que alguien del gobierno consintiera, más o menos claramente, en que se prestara un apoyo limitado a los exiliados? Posiblemente la CIA adelantó una decisión que estaba segura de que llegaría. De veinte hombres que capturó el gobierno en Pinar del Río, dos eran pilotos norteamericanos; todo el grupo había recibido suministros de Florida, sin duda de forma no oficial, como dijo el gobierno cubano, pero ¿hasta qué punto la CIA no era oficial en Miami? Aún no es posible decirlo con seguridad.

El 15 de octubre, Martínez Sánchez, el antiguo abogado general de Raúl Castro que había sido ministro de Defensa y como tal había ayudado a la reorganización de las fuerzas armadas, dando los puestos clave a fieles partidarios de Castro, pasó

a ocupar un puesto igualmente delicado: el de ministro del Trabajo. Raúl Castro ingresó en el gobierno como ministro de las Fuerzas Armadas. Al mismo tiempo, el moderado ministro del Trabajo, Manuel Fernández, desapareció del panorama, y el 17 de octubre, el embajador cubano en Washington insinuó claramente en público por primera vez que, si Estados Unidos y Gran Bretaña negaban armas a Cuba, esta podía dirigirse a otro sitio, quizá a la Unión Soviética. El 15 de octubre, también, tuvo lugar la última de las reuniones de los jueves entre Castro y sus consejeros y ministros económicos. Una reciente reunión había consistido todo el rato en un intento de los consejeros para convencer a Castro de que asistiera a un banquete al que se había comprometido a asistir un mes antes con un grupo de poderosos empresarios. Él se excusó, diciendo: «Es que para estos señores yo no tengo mensaje»; los acontecimientos posteriores indican que la suerte estaba echada.

Entonces se produjo la primera crisis importante del régimen desde el escándalo Urrutia de julio, con la dimisión de Matos, el gobernador militar de Camagüey, sobre la base de que los comunistas se estaban infiltrando en la Revolución. En su juicio reconoció que había tratado de la necesidad de un Directorio Nacional del Movimiento 26 de Julio. Catorce oficiales dimitieron con él. Matos tomó su decisión a raíz del nombramiento de Raúl Castro. El 19 de octubre escribió a Castro:

> No quiero convertirme en un obstáculo para la Revolución y creo que, ante la elección entre adaptarme y dimitir para evitar males mayores, lo honesto y «revolucionario» es abandonar. Creo que, después de la sustitución de Duque[54] y otros, todo el que haya tenido la franqueza de hablarte del problema comunista, debía hacerlo… Sólo puedo concebir el triunfo de la Revolución si la nación está unida. Creo conveniente recordarte que los grandes hombres empiezan a decaer cuando dejan de ser justos. Yo sólo organicé la expedición de Cienaguilla [en la Sierra]… para defender los derechos del país. Si después de todo me expusiera a ser ambicioso o a conspirar, esto sería un motivo no sólo para abandonar la Revolución, sino para lamentar no ser uno de los muchos camaradas muertos en la lucha. Espero que comprenderás que mi decisión (que he meditado

> mucho) es irrevocable. Además te pido, hablando no como comandante Matos, sino sencillamente como uno de tus camaradas de la Sierra —¿te acuerdas?—, como uno de los que salieron dispuestos a morir para cumplir tus órdenes, que accedas a mi petición lo antes posible, permitiéndome volver a casa como un paisano, sin que mis hijos tengan que oír después por la calle que su padre es un traidor o un desertor. Deseándote toda clase de éxitos a ti y a tus esfuerzos revolucionarios por el país… Quedo siempre tu camarada, Hubert Matos.

Este desafío un tanto pasivo (que coincidió con otro misterioso ataque aéreo procedente de Florida) enfureció a Castro, que condenó a Matos públicamente. Tal vez este esperaba obligar a Castro a hacer una declaración precisa de sus objetivos políticos. Aparentemente, creía que Castro no estaba enterado de la conspiración comunista dirigida por Raúl Castro, que, como había dicho al ministro de Hacienda, estaba dispuesto a matar a su hermano si era necesario. De todos modos, al día siguiente Castro ordenó la ocupación de la ciudad de Camagüey por las fuerzas armadas de la provincia. Quizá temía una invasión norteamericana inmediata. Matos, sentado en su casa, esperó tranquilamente la tormenta. Escribió otro hábil comunicado que había de ser dado a conocer al país después de que le arrestaran:

> El riesgo que corro no importa. Creo que tengo el valor y la serenidad para afrontar todas las contingencias…; es preferible morir antes que volver la espalda a los valores que animan la causa de la verdad, la razón y la justicia. Hablaste ayer de que yo estaba de acuerdo con Díaz Lanz y con Dios sabe quién, y de que trataba de apuñalar a la Revolución por la espalda… Muy bien, Fidel, espero tranquilamente lo que tú decidas. Sabes que tengo valor para pasar veinte años en la cárcel… No ordenaré a mis soldados… que hagan un solo disparo contra nadie, ni siquiera contra los asesinos que tú tal vez envíes. Espero que la historia me dé su recompensa, que la historia juzgue, igual que tú, Fidel, dijiste una vez que la historia te juzgaría…

El valor de Matos fue admirable, aunque su pasividad es una buena manifestación de la debilidad de los oponentes liberales del nuevo rumbo. No podían decidirse a desertar de la Revolución; por lo tanto, no podían desertar de Castro, pues Castro era la Revolución.

El 20 de octubre, Castro fue a Camagüey con un grupo de seguidores para arrestar a Matos personalmente, como «traidor que había obstruido la Reforma Agraria». Una gran cantidad de personas fueron a la ciudad ese día como si se tratara de un carnaval. Castro empezó hablando por un micrófono en el momento en que llegó al aeropuerto, y se dirigió hacia el cuartel general de Matos. Tras él se reunió una multitud. Llegaron a las puertas del cuartel. Matos, que esperaba con sus oficiales, indudablemente podía haberlos derribado a tiros. No lo hizo. Se entregó sin lucha. Sus oficiales le siguieron, aunque uno, Manuel Fernández, más tarde se suicidó, desesperado.

Castro y Matos volvieron a La Habana; Camilo Cienfuegos se quedó para hacerse cargo del puesto de Matos y lo condenó violentamente por radio. Al día siguiente, el ejecutivo del Movimiento 26 de Julio en pleno dimitió. El coordinador provincial, Joaquín Agramonte, fue arrestado. Al anochecer, sin conexión aparente con los acontecimientos de Camagüey, el exjefe de la fuerza aérea, Díaz Lanz, sobrevoló La Habana en un bombardero B25 bimotor procedente de Florida y lanzó millares de hojas firmadas por él, afirmando que Castro era comunista. Unos aviones cubanos salieron para derribarle. Cayeron algunas bombas. En medio de la confusión, se creyó que habían sido lanzadas desde el aire, pero no es probable. Una fragata cubana disparó contra el avión. Hubo dos muertos y cuarenta y cinco heridos, sin duda como resultado de la propia acción gubernamental. El avión de Díaz Lanz era uno de los varios que Batista había comprado en Estados Unidos pero que nunca le habían sido entregados; más tarde, un funcionario norteamericano los entregó a un capitán batistiano. Después, el gobierno de Estados Unidos admitió que se trataba de un avión militar, aunque arguyó que no podía lanzar bombas. Esto, sin embargo, nunca se supo. El gobierno cubano publicó un folleto titulado *El Pearl Harbour de La Habana*, con una fotografía en la primera

página que representaba una batalla aérea sobre la capital; esto resultó ser un fotomontaje, y en realidad se trataba de unos C54 norteamericanos que sobrevolaban New Jersey en 1947.

Castro estaba en La Habana en aquel momento, dando un discurso en un Congreso de Agentes de Viajes. Inmediatamente fue a la emisora de televisión y denunció a Estados Unidos por complicidad pasiva, por lo menos. Un borracho, Roberto Salas Hernández, trató de matarlo con un cuchillo, sin conseguirlo. Castro prohibió todos los vuelos nocturnos a Cuba, volvió a suspender el *habeas corpus* y anunció un proyecto para formar un ejército voluntario de trabajadores, origen de la después famosa milicia revolucionaria. Los agentes de viajes permanecieron en el Hotel Hilton, regiamente tratados. Sin embargo, el presidente de ASTA dijo: «Es absolutamente… inútil ofrecer… a los turistas hoteles espléndidos, casinos, club nocturnos suntuosos, diversiones de todas clases… si no… tienen la impresión de llegar a un sitio en donde serán bien recibidos». Y no podían tener esta impresión cuando, el 23 de octubre, *Revolución* apareció con unos titulares tan grandes como los que podrían haber anunciado una guerra mundial: «Los aviones venían de Estados Unidos».

Aquel día fue penoso para los liberales que quedaban en el gobierno. Felipe Pazos, el director del Banco Nacional, hablando con el presidente Dorticós por otras razones, dijo que, si a Matos le arrestaban por oponerse al comunismo, a él también tendrían que arrestarle; y ¿no se estaba armando demasiado alboroto porque se hubiesen lanzado hojas desde un avión? Dorticós contestó que podía parecer que sí, pero que habían de pensar en el resto del mundo. Pazos dijo que no le interesaba el resto del mundo, sino Cuba. Él también quería dimitir. Dorticós dijo que presentaría la cuestión ante el gobierno.

Dorticós dijo al gobierno que Pazos había tratado de convencerle para que se rebelase contra Castro. Al instante, todos los fidelistas destacados pidieron una acción enérgica contra Pazos. Raúl Castro era partidario de la ejecución. Los supuestos amigos de Pazos, los economistas Botí y Cepero Bonilla, se callaron. Finalmente, por iniciativa de López Fresquet, se decidió convocar a Pazos ante el gobierno. Pazos no sabía qué hacer. Pensó en dimitir por mala salud y fue a su médico, que le administró una inyección tifoidea para darle la apariencia de fiebre. En el gobierno se propuso también la ejecución de Matos. Los principales moderados que quedaban en el gobierno —Ray, López Fresquet, Faustino Pérez— se opusieron a este plan. Castro insistió ante el gobierno en que era anticomunista y virtualmente consiguió convencer a sus oyentes de que lo era. Por lo menos, no dimitieron. Castro puso la mano en el hombro de Ray y le dijo: «Tenga confianza en mí», y, en realidad, la tuvieron. Todos lograron confiar en Castro. Creyeron que era el árbitro, porque decía cosas diferentes a las diferentes personas. Por ejemplo, ante la junta del periódico *Revolución* dijo: «Lo que Che y Raúl han hecho en el ejército [esto es, favorecer a los comunistas] raya en la traición». Para entonces, Castro ya conocía las opiniones personales y las amistades de todos, o sea que podía jugar con su sensibilidad.

El 25 de octubre, Castro dirigió la palabra a medio millón de personas que habían convocado los sindicatos delante del palacio presidencial: «¿Qué motivos tienen para atacar a Cuba? ¿Qué crimen hemos cometido? ¿Qué ha hecho el pueblo cubano para merecer estos ataques?… Yo pregunto al pueblo si no hemos conseguido el gobierno más honrado de la historia de Cuba… si aprueba la ejecución de los criminales de guerra… la abolición de las prebendas», etc. El efecto acumulativo de esta retórica era aplastante. Los «moderados» temblaban. Pazos seguía indeciso, pensando, como Halifax, que «el zumbido

colérico de una multitud es uno de los ruidos más sanguinarios del mundo». Pero, antes de que se decidiera sobre su destino, surgió otra noticia sensacional: Camilo Cienfuegos, el hombre más querido en Cuba después de Castro, el caballero romántico, el comandante en jefe del ejército, el fiel entre los fieles, que había sustituido a Matos en Camagüey, desapareció en el mar cuando volaba hacia La Habana. El país dejó de trabajar mientras se desarrollaba una búsqueda inútil: Cienfuegos no apareció. Inmediatamente se sospechó que había habido juego sucio. ¿No era Cienfuegos anticomunista? ¿Lo había matado Raúl Castro personalmente en un ataque de celos? No hay ninguna prueba que confirme estos alegatos. Cierto que Castro pareció trastornado y sorprendido cuando su hermano dio la noticia en un consejo de ministros, pero entonces era un actor excelente, y un observador que acompañó a Castro en un vuelo que hizo para buscar a Cienfuegos testificó más tarde que, en realidad, Castro no parecía en absoluto trastornado por el curso de los acontecimientos y que no dedicó tiempo a la búsqueda propiamente dicha. Cienfuegos había apoyado enérgicamente la detención de Matos, por lo menos en público. Nada hace suponer que tuviera opiniones políticas de ningún tipo. Al contrario, Cienfuegos, en realidad, parece haber sido el miembro principal de aquel grupo de exoficiales de la Sierra que, sin ideología y sin un origen social especialmente definido, fueron siempre fieles a Castro como hombre, a través de todos sus cambios intelectuales y de sus vicisitudes.

La búsqueda de Cienfuegos duró varios días. El segundo día corrió la falsa noticia de que le habían encontrado. Se desbordó el entusiasmo y se proclamó fiesta. Pero a principios de noviembre se suspendió la búsqueda. Cienfuegos se dio por perdido. Pasó a ser un nuevo mártir de la Revolución. Entretanto, se suponía que Matos sería juzgado pronto. Se reinstauraron tribunales revolucionarios y quedó claro que a Pazos le dejarían

marcharse del banco y pasar a ocupar una embajada en el extranjero.

El gobierno de Estados Unidos había observado estos acontecimientos con perplejidad. Sin duda, le era más difícil controlar los vuelos de Florida a Cuba de lo que Castro pensaba, aunque fuera más fácil de lo que ellos habían dicho al principio, como quedó claro cuando, el 27 de octubre, declararon que salir de Estados Unidos para promover luchas civiles en otra nación era un acto criminal y enviaron a Miami cien agentes de inmigración adicionales. Por lo general, las autoridades de Florida simpatizaban con los exiliados, y, aunque Díaz Lanz fue arrestado pronto, un juez de Miami se negó a conceder su extradición. En La Habana, Bonsal y la embajada actuaban todavía con la máxima cautela, intercambiando notas con el Ministerio de Asuntos Exteriores cubano sobre los vuelos procedentes de Florida, mientras Bonsal veía a Dorticós, aunque no a Castro. El 27 de octubre, Bonsal había entregado a Dorticós una nota en la que acusaba a Cuba de hacer esfuerzos deliberados para «sustituir la amistad tradicional por la enemistad». Pero esta acusación era muy vaga. En Washington, nadie sabía muy bien qué hacer: «¿Qué se trae entre manos el primer ministro Castro?», preguntaron a Eisenhower el 28 de octubre en una conferencia de prensa. El presidente contestó con una inseguridad indudablemente sincera:

> No tengo intención de hablar de las posibles motivaciones de un hombre como ese… indudablemente, no soy quién para meterme en un tema tan abstruso y difícil… Se trata de un país del que uno creería, basándose en nuestra historia, que iba a ser uno de nuestros amigos más sinceros… Parece un enigma el hecho de que los cubanos y su gobierno se sientan tan desgraciados cuando, al fin y al cabo, tienen su principal mercado aquí mismo…

Para entonces, el gobierno norteamericano ya estaba empezando a preguntarse si mantendría o no el cupo de azúcar. Pero, una semana después de esta conferencia de prensa de Ei-

senhower, el general Cabell, subdirector de la CIA, testificó firmemente ante el Senado que la CIA tenía pruebas de que

> Castro no es comunista… Los comunistas cubanos no le consideran miembro del Partido Comunista, ni siquiera procomunista… Es dudoso que los comunistas deseen hacer que Castro ingrese en el Partido Comunista, que, si lo desearan, pudieran hacerlo, o que, caso de ingresar, Castro se sometiera a la disciplina comunista.

Aunque esta consoladora noticia no se hizo pública, el 13 de noviembre, Cuba, en respuesta a la nota norteamericana del 27 de octubre, hablaba de sudeseo de vivir en paz con Estados Unidos, pero lo conjuraba a que no se identificase con los intereses financieros de unos cuantos ciudadanos norteamericanos nada representativos y a que acabase con las actividades contrarrevolucionarias; el problema económico entre Cuba y Estados Unidos no era una cuestión de reforma agraria: tenían que reconocer la «realidad histórica de la actual Revolución», y, a cambio, Cuba reconocería la realidad histórica de sus vínculos con Estados Unidos.

Parece que esta nota no obtuvo respuesta. ¿Había tomado ya Estados Unidos la decisión de oponerse a la Cuba revolucionaria *coûte que coûte*? Aún no. Al fin y al cabo, en Cuba quedaban muchos reductos de valores burgueses. Y lo más curioso es que la organización laboral era el más destacado de ellos.

El 18 de noviembre de 1959, la CTC celebró su X Congreso. De los 3000 delegados, sólo unos 260 eran oficialmente comunistas. En la primera sesión, el secretario general, Salvador, incluyó a tres comunistas en una lista de trece candidatos para el comité ejecutivo. Estallaron luchas por todas partes. Tuvieron que recurrir a Castro para restaurar el orden. Sin duda, esto estaba planeado, aunque nadie podía haber previsto que la CTC reaccionara en un plan tan manicomial, como dijo Castro. Los comunistas gritaban: «¡Unidad! ¡Unidad!», y el 26 de Julio contestaba con la acusación de «¡Melones! ¡Melones!», indicando que los comunistas eran como las sandías: verde oliva por fue-

ra, el color de los uniformes fidelistas, pero rojo por dentro. Castro explicó que los comunistas estaban incluidos por «las exigencias de la unidad». Pero después, la CTC votó abrumadoramente en contra de los tres comunistas, aunque Salvador los apoyaba. Entonces Castro dio instrucciones a Salvador para que preparara otra lista en nombre de la «Unidad». Los comunistas conocidos fueron excluidos, pero también lo fueron famosos anticomunistas, como Reinol García, el líder juvenil católico que había sido secretario internacional de la CTC desde enero. El antiguo líder sindical comunista de los años cuarenta, Lázaro Peña, reapareció en los pasillos del Congreso, y él y Raúl Castro hicieron todo lo que pudieron para desacreditar a otro miembro del secretariado, Octavio Louit Cabrera, enseñando en privado a mucha gente una antigua carta en la que pedía a la policía de Batista que le soltaran porque después de la tortura había cooperado con ellos suficientemente. Manolo Fernández, el secretario general anticomunista del sindicato de actores, fue desacreditado del mismo modo, mediante el truco, bastante evidente, de enseñar una fotografía en la que aparecía con un grupo de oficiales de Batista. Así que Louit (que permaneció en el ejecutivo) fue sustituido como secretario de organización por Jesús Soto, cuyo anticomunismo se mostraría más tarde superficial, y González, el secretario internacional, por Odón Álvarez de la Campa, hombre de una postura intelectual parecida. Parece que Raúl Castro tuvo efectos magnéticos sobre estos dos hombres. Durante el curso de estos acontecimientos, el periódico *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio, cambió de un modo definitivo, pasando de una cautelosa hostilidad hacia los comunistas a una aprobación todavía más circunspecta de sus actividades, y del principio de «unidad revolucionaria». Parece que el propio Castro ya no hizo ningún otro comentario hostil sobre ellos.

De momento, sin embargo, parecía que los comunistas se habían quedado al margen. En realidad, el *New York Times* publicó su información sobre el Congreso bajo los titulares: «Los sindicatos cubanos se deshacen de los rojos».

Al terminar el Congreso, el 25 de noviembre, salieron del gobierno varios otros ministros liberales, en realidad por culpa del asunto de Hubert Matos, aún no resuelto, a pesar de que el ministro implicado, Faustino Pérez, lo negara. Tanto Pérez como Manuel Ray discutieron violentamente con Castro en el consejo de ministros, y Ray dijo que dudaba de que la acusación que había provocado el arresto de Matos fuera cierta. Manuel Ray, entonces, fue sustituido en el Ministerio de Obras Públicas por Osmani, el hermano de Camilo Cienfuegos (que había sido jefe de instrucción militar y estaba muy ligado al Partido Comunista), y pasó primero a enseñar arquitectura en la universidad y luego a la oposición declarada. Faustino Pérez, uno de los más antiguos seguidores de Castro, fue sustituido en el Ministerio de Propiedad Incautada por un excapitán de marina, Díaz Aztaraín, al que Batista había absuelto del cargo de conspiración y Castro había hecho capitán de corbeta. Se había casado con una hermana de la mujer de Raúl Castro, Vilma Espín de Castro, aunque no podía pensarse que el nepotismo fuera la causa de su ascenso; en aquellos momentos, el mayor de los hermanos de Castro, Ramón, que ahora dirigía la hacienda de la familia, estaba enzarzado en una disputa pública con el régimen. El 25 de noviembre había escrito una carta a *Prensa Libre* denunciando al gobierno y defendiendo al propio diario, que había sido acusado de opiniones «contrarrevolucionarias».

Esta tercera reorganización del gobierno trajo consigo la desaparición de Pazos del Banco Nacional para recibir el nombramiento nominal de embajador en la Comunidad Económica Europea y su sustitución por Guevara, nada menos, que desde que había vuelto de sus viajes por el extranjero estaba dirigien-

do la sección de Desarrollo Industrial del INRA. Este cambio provocó un pánico financiero y un asedio de los bancos. Sin embargo, Guevara declaró que seguiría la política de Pazos, y Castro aseguró suavemente a López Fresquet que Guevara sería más conservador que Pazos. Pero las consecuencias de la dimisión de Pazos fueron más graves para el régimen de lo que Castro podía haberse figurado. La mayoría de los mejores ayudantes de Pazos, como José Antonio Guerra o Ernesto Betancourt (el representante del Movimiento 26 de Julio en Washington antes de 1959), se fueron también. (El vicepresidente, Justo Carrillo, coetáneo de Pazos, ya se había ido). Varios de estos funcionarios se quedaron hasta que tomaran posesión Guevara y sus ayudantes, pero su dimisión —no todos se fueron de Cuba— significó la desaparición del ala liberal de la revolución, de los reformadores genuinos que también eran respetados en Washington. Por estas y otras razones, fue entonces cuando Bonsal llegó a la conclusión de que «no podíamos esperar llegar a ningún tipo de entendimiento» con Castro.

La pérdida de tantos consejeros técnicos se convirtió inmediatamente en una fuente de inquietud para el gobierno. Al fin y al cabo, no se trataba de que Castro y sus amigos gobernaran una sociedad que ya existía y funcionaba, sino de que cambiaran la sociedad. Del resto de América Latina vinieron una serie de consejeros socialistas o progresistas, entre los que se contaban muchos chilenos, como el economista Jacques Chonchol, un democratacristiano que hizo de consejero del INRA en nombre de las Naciones Unidas y futuro ministro de Agricultura en el Chile de Allende (1970), y Albán Lataste, un economista social que trabajó en la sección industrial del INRA. Pero esto no era suficiente, y la escasez de administradores y planificadores competentes fue, evidentemente, un motivo adicional para volverse hacia el Este en busca de ayuda. Los contactos encaminados a este fin debieron de tener lugar a mediados o fina-

les de noviembre, pues el vicepresidente soviético, Mikoyán, estaba entonces en México y, al parecer, se vio con el subsecretario de Comercio Exterior, Héctor Rodríguez Llompart.

Aparentemente, a finales de noviembre de 1959, Cuba todavía tenía varios ministros moderados. Así, de los nombrados en enero de 1959, Boti estaba todavía en el Ministerio de Economía, Hart en el de Educación, López Fresquet en el de Hacienda, Oltuski en el de Comunicaciones, Camacho en el de Transporte, Cepero Bonilla en el de Comercio y Luis Buch seguía siendo secretario del gobierno. El ministro de Justicia era Alfredo Yabur, que no era revolucionario, y varios de los restantes ministros, como Raquel Pérez de Miret (Bienestar Social) o Serafín Ruiz de Zárate (Sanidad), no podían ser considerados peligrosos ni siquiera por los más suspicaces. Pero los ministros no tenían mucha importancia. Así, algunos de ellos, como Hart o Yabur, Dorticós o Raúl Roa, a pesar de sus orígenes de clase media, seguirían a Castro a lo largo de toda la década de 1960. Había también otros ministros más obviamente revolucionarios, aparte de los hermanos Castro y Guevara: José Naranjo (el nuevo ministro del Interior), Martínez Sánchez, Miret y Osmani Cienfuegos. La policía política, la odiada G2, ahora casi tan temida en los círculos burgueses como lo había sido el SIM de Batista, estaba a las órdenes de Ramiro Valdés —de Moncada y del *Granma*—, íntimo de Guevara, con quien había estado en Las Villas. El jefe de la policía ordinaria seguía siendo Ameijeiras, entusiasta admirador de Castro. De los miembros rectores, aunque lo fueran nominalmente, del gobierno, sólo López Fresquet tenía ahora graves escrúpulos por la dirección que estaba tomando el régimen, a pesar de ser todavía tan castrista como Castro. Otros eran capaces de adaptarse con una facilidad sorprendente a la revolución y a sus consecuencias, hasta llegar a aceptar, por ejemplo, que a finales de noviembre, por fin, se suspendiera definitivamente el *habeas corpus*, yen los dos

extremos de la isla se producían muchas nuevas detenciones por sospechas de conspiración.

Al mismo tiempo se promulgaron una serie de leyes dirigidas contra las firmas extranjeras. Por ejemplo, los concesionarios de compañías petrolíferas extranjeras tenían ahora que dividir sus posesiones y no podrían tenerlas durante mucho tiempo. El 60 por ciento de sus ingresos había de ser para el gobierno (es decir, algo más que lo que ocurría en Oriente Próximo). Fueron expropiadas más tierras ganaderas. Las grandes propiedades del King Ranchse convirtieron, triunfalmente, en una cooperativa. Era imposible conseguir piensos como no fuera a través del INRA, o sea que había que vender el ganado. Otra ley de noviembre de 1959 autorizó al Estado para apoderarse de las empresas que se encontraran en dificultades o trataran de detener sus pérdidas a base de reducir la producción; esto permitió al gobierno llevar a cabo muchas nacionalizaciones, sobre todo de hoteles. La tierra perteneciente a la Bethlehem Steel y a la International Harvester también fue expropiada. La mayoría de estas expropiaciones se hacían al margen de los dictados de la ley de Reforma Agraria aunque, el 9 de diciembre, Castro entregó los primeros títulos de propiedad a los pequeños campesinos que los merecían. A principios de diciembre, Núñez Jiménez estaba en Europa, intentando negociar un préstamo de cien millones de dólares; no lo consiguió, quizá a causa de la presión de Estados Unidos. Tal vez si lo hubiera conseguido, el ritmo del cambio en Cuba se habría hecho más lento. Uno de los que vio en Europa fue el general Franco que, al enterarse de que la Revolución se estaba encontrando con dificultades porque Estados Unidos quería ser indemnizado por los latifundios expropiados, le repitió varias veces: «No les paguen ni un céntimo, ni un solo céntimo». El 10 de diciembre, el secretario de Estado, Herter, hizo vagas amenazas sobre lo que Estados Unidos «puede hacer con el cupo de azúcar cubano si Cuba no se

tranquiliza». A mediados de diciembre, un funcionario soviético, Alexander Alexaiev, llegó a La Habana como corresponsal de la agencia Tass. Tras cinco meses de simple hostilidad al anticomunismo, el régimen estaba entrando ahora en una fase en que se hacían los preparativos para una realineación total de su posición nacional e internacional.

94

Se desenvaina una espada

El juicio de Hubert Matos y de sus compañeros por «conducta dudosa, antipatriótica y antirrevolucionaria», que, junto con sus dimisiones, se decía que había provocado alarma y sedición en las fuerzas a sus órdenes, empezó el 11 de diciembre. Este juicio tuvo más tarde una importancia suprema a la hora de hacer una evaluación de la integridad del gobierno revolucionario.

Matos fue juzgado por un tribunal cuyo presidente, el comandante Sergio del Valle, era al mismo tiempo comandante en jefe de la fuerza aérea cubana; Del Valle, médico en la Sierra Maestra, segundo de Cienfuegos en la marcha hacia el oeste, más tarde fue jefe de Estado Mayor del ejército y ministro del Interior, además de miembro fundador del Comité Central del nuevo Partido Comunista de Cuba. Otros miembros del tribunal eran Dermidio Escalona, el gobernador militar de Pinar del Río; Guillermo García, famoso por ser el «primer campesino» que se había unido a Castro en la Sierra Maestra, y Juan María Puertas. El fiscal, Jorge Serguera, había estado en la columna de Raúl Castro en la Sierra del Cristal y, tras estar en los tribunales que juzgaron los crímenes de guerra en Oriente, era ahora auditor de guerra del ejército, después de haber estudiado derecho. Más tarde había de convertirse en gobernador militar de la provincia de Matanzas, embajador cubano en Argelia y, finalmente, director de radio y televisión en los últimos años de la década de 1960. Por lo tanto, como es de suponer, los procedimientos legales no tuvieron un papel decisivo en este juicio. Tanto Raúl como Fidel Castro hicieron largos discursos en el juicio, ambos llenos de detalles irrelevantes sobre las actividades de Matos en la Sierra Maestra. Todas estas circunstancias conspiraban

contra la posibilidad de que el juicio de Matos fuera justo. No se presentó ninguna prueba contra él, aparte las denuncias de conversaciones sostenidas a principios de 1959, en las que había criticado la influencia comunista en la Revolución. Un argumento importante de Raúl Castro fue el de que Matos había recibido 120 000 dólares del expresidente Urrutia; pero Matos respondió que los había utilizado para gastos normales y la supuesta acusación de corrupción no siguió adelante. En realidad, posiblemente Matos había hecho lo que había podido a partir del verano para retrasar el proceso de reforma agraria en Camagüey (como arguyó César Selema, el representante del 26 de Julio en la provincia desde que arrestaron a Joaquín Agramonte), e, indudablemente, era un anticomunista que estaba en contacto con otros dirigentes del gobierno revolucionario de opiniones parecidas. Quizá también Matos había tratado de nombrar a funcionarios no comunistas en Camagüey, pero eso no era un delito. El discurso de Matos en defensa propia al final del juicio tuvo que pronunciarse a las seis de la mañana y duró hasta casi las ocho; el periódico revolucionario no publicó el texto de este discurso.

Al final, Matos fue condenado a veinte años, y los otros veintiún oficiales que habían dimitido con él, a siete, tres y dos años de cárcel (el fiscal había pedido la pena de muerte y se rumoreaba que Matos habría sido condenado a muerte a no ser por la intervención de Faustino Pérez. En todo caso, podemos estar seguros de que la presencia del primer ministro y del ministro de Defensa como testigos no dejó de tener su influencia en el tribunal).

Más o menos por entonces fueron juzgados otros varios contrarrevolucionarios más genuinos, como Rafael del Pino, quien gracias a su antigua amistad con Castro en Bogotá, fue condenado a treinta años por tratar de ayudar a escapar ilegalmente a batistianos. Una serie de norteamericanos fueron tam-

bién condenados o encarcelados indefinidamente por diferentes delitos, algunos verdaderamente subversivos y otros no. Dos hombres fueron ejecutados por rebelión armada en Pinar del Río, y muchos, encarcelados. En Santiago arrestaron a quince marineros en conexión con una conspiración para matar a Castro. En La Habana reinaba una atmósfera de sospechas. El turismo había descendido a una quinta parte del existente en 1958, y cinco líneas marítimas importantes cancelaron sus escalas en la bahía de La Habana. El 17 de diciembre, Castro predijo que el año siguiente sus seguidores tendrían que defender la Revolución con las armas en la mano, porque se había montado una campaña tremenda contra la Revolución; los que trabajaban en los bares, los criados de las casas particulares, habían de denunciar a la policía todo lo que oyeran que fuera contrario a la Revolución; todos los hombres corrientes habían de convertirse en soldados de la Revolución: esto era un paso hacia la creación de una milicia.

Por lo tanto, el mes de diciembre de 1959 señala un paso crítico en el proceso revolucionario de Cuba, pues el gobierno hizo evidente que sus enemigos no podían esperar que se los juzgara con justicia. Mientras tanto, todos los que visitaban Cuba testificaban que la popularidad de Castro no parecía haber disminuido en absoluto entre la mayoría de la población y, como la democracia norteamericana había degenerado en un concurso de popularidad, esto silenciaba a los críticos de Castro. Para las masas cubanas, Castro todavía representaba no sólo una esperanza, sino un logro. Las cooperativas agrícolas eran innovaciones estimulantes. Se estaba distribuyendo algo de tierra. La reducción de los alquileres y de las tarifas de teléfono y electricidad habían aumentado el poder adquisitivo, y de momento la inflación no había afectado a los salarios. Los aranceles contra las importaciones de Estados Unidos y las dificultades para poder viajar habían afectado a los ricos, no a los pobres. El paro

rural no había cambiado mucho, pero evidentemente la educación y los servicios médicos gratuitos estaban ahora al alcance de todos, reduciendo gastos básicos para los que menos podían afrontarlos. La justicia tal vez no actuara de un modo eficaz, pero, al menos, por primera vez en la historia cubana, no estaba corrompida. La injusticia en el trato dispensado a los contrarrevolucionarios o a los sospechosos de serlo, a la mayoría le parecía justificable en un caso de emergencia, o quizá un justo *quid pro quo* después de generaciones de negligencia, consciente o inconsciente.

En diciembre de 1959 se produjo algo muy notable: la abolición de santa Claus. Santa Claus y los árboles de Navidad habían sido importados a Cuba de Estados Unidos durante los años treinta, probablemente debido a que, durante el machadato, muchos miembros de la burguesía habían estado exiliados allí. Esta fantasía protestante fue abolida por «imperialista». En su lugar apareció la figura un tanto artificial de Don Feliciano, que llevaba una guayabera, un sombrero de paja y una barba. Este típico pequeño granjero cubano, sin embargo, no consiguió despertar mucho afecto o respeto. También se prohibió la importación de árboles de Navidad. Pero el gobierno revolucionario insistió mucho en la necesidad de celebrar la fiesta y de dar gracias, naturalmente, por encima de todo, a Castro. Se redujeron los precios del tradicional lechón de Navidad. Se recaudó dinero para los pobres en grandes cantidades. En esto, como en lo anterior, los únicos que se sintieron molestos fueron los de la clase alta, que, en los últimos veinticinco años, habían ido imitando cada vez más a Estados Unidos. La Iglesia tampoco estaba satisfecha, pero muchos católicos aislados seguían apoyando al régimen: a finales de 1959, el padre Ignacio Biaín seguía elogiando a la Revolución en las páginas de su periódico *La Quincena*, y todavía estaba dispuesto a criticar a los que se oponían a ella, incluso a un hombre como el ministro de

Hacienda, López Fresquet, que hacía críticas en privado. Pero, a finales de noviembre, un gran congreso de seglares celebrado en La Habana se convirtió, en realidad, en una protesta contra el comunismo. Los asistentes gritaron a coro «¡Caridad! ¡Caridad!» con el mismo ritmo que caracterizaba a los gritos de «¡Paredón! ¡Paredón!» de los revolucionarios.

Cada semana traía una nueva vacilación y una nueva incertidumbre entre Cuba y Estados Unidos, y entre la política interna de Cuba y la diplomacia norteamericana. El 29 de diciembre, el presidente Dorticós pidió un nuevo tratado comercial con Estados Unidos que mejorara las relaciones entre ambos países. Esta rama de olivo hizo que, el 6 de enero de 1960, el embajador Bonsal viajara a Washington para hacer consultas. ¿Volvería? En su ausencia se decretaron varias medidas antinorteamericanas. Debido a la agudización de la crisis de los cambios con el exterior, se prohibió que los bancos cubanos hicieran préstamos a los ingenios azucareros de propiedad norteamericana, y se dieron instrucciones a estos para que se dirigieran a Wall Street. A partir de entonces, los ciudadanos cubanos que ganaban dólares norteamericanos tendrían que convertirlos en pesos. Roa, el ministro de Asuntos Exteriores, había dicho recientemente que las inversiones extranjeras eran bienvenidas. Pero ¿indicaban estas medidas que no había que tener en cuenta lo que dijera Roa? Es cierto que el 4 de enero Castro declaró en público que esperaba que las relaciones con Estados Unidos mejorasen durante el año 1960, mientras que el Instituto de Turismo cubano todavía trataba de encontrar turistas norteamericanos, aunque, al invitar a Joe Louis a pasar allí el Año Nuevo, evidentemente estaban empezando a pensar en los norteamericanos negros o pobres más que en las antiguas invasiones de hombres de negocios. El 8 de enero, el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) se apoderó de otras 29 000 hectáreas de propiedades norteamericanas, que en total tenían un valor

tal vez de seis millones de dólares. Bonsal, que el 10 de enero estaba de vuelta en La Habana, protestó, sin recibir más que la respuesta habitual de que los propietarios recibirían bonos a cobrar en veinte años con el 4,5 por ciento de interés. Pero de momento nadie había visto ninguno de estos exasperantes documentos. Pero ¿es que existían? De hecho, se habían pagado *algunas* indemnizaciones: así, el 19 de diciembre, el INRA se había quedado con seis plantaciones norteamericanas de sisal y había pagado el 50 por ciento al contado 1 300 000 dólares, prometiendo el resto en bonos. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos, al responder oficialmente el 11 de enero a la nota cubana más reciente (del 13 de noviembre) sobre la reforma agraria y temas relacionados con ella, se limitó a repetir su antigua postura: indemnización monetaria en el acto. Al día siguiente, «un portavoz del ingenio azucarero Hersheydijo que un avión no identificado había lanzado bombas incendiarias sobre siete cañaverales situados al noreste de La Habana». Los dos acontecimientos, indudablemente, eran de diferente inspiración; pero en Cuba, al interpretarlos, no podían dejar de relacionarlos.

El gobierno inició dos nuevas campañas en enero. La primera fue contra los supuestos mujalistas de los sindicatos. Después del Congreso de diciembre se había formado un comité de depuración integrado por Salvador (que ahora tenía cada vez más dudas sobre la dirección con la que se había comprometido); Soto, el ambiguo líder de los obreros textiles, que al parecer aceptó de buena gana las órdenes del ministro, Martínez Sánchez, de que se hiciera con el control del sindicato; Aguilera, el igualmente ambiguo líder de los empleados de banco, rival personal de Salvador desde que este le había sustituido en el mando del Frente Laboral del 26 de Julio, en 1957, y Álvarez de la Campa. Estos hombres desacreditaron a varios líderes sindicales destacados, como el líder de la construcción (Rafael Es-

trada), el de los tabacaleros (Luis Moreno) y el de los ferreteros (Martínez Leiva). Su método era brutalmente simple; Luis Moreno, por ejemplo, fue convocado a una reunión a la que sólo asistían miembros comunistas. Lo acusaron de mujalista, lo expulsaron y eligieron un nuevo comité en su lugar. Su sucesor, Faustino Calcines, era comunista desde hacía años. En otras ocasiones, los demócratas llegaban a las reuniones media hora después que los comunistas, y se encontraban con que todas las decisiones estaban tomadas. Esta era la misma técnica que habían utilizado los partidos comunistas, con igual éxito, en la Europa Oriental, y fue la principal contribución de los comunistas cubanos al establecimiento de un gobierno totalitario en Cuba. Tal vez Blas Roca tenía razón cuando, en 1965, señaló que lo importante de la revolución cubana era que se había logrado el «socialismo» sin que los comunistas ocuparan la posición central. Pero su actuación, al destruir los antiguos sindicatos, fue muy útil.

El más destacado de los líderes sindicales no sería tratado así. Me refiero a Conrado Bécquer, el secretario general de los trabajadores del azúcar. Fuera por presiones, o porque viera por dónde iban las aguas, se pasó al grupo comunista. Era un burócrata que quería trabajar con Castro como lo había hecho con Prío, aunque hay que recordar que, en 1957, había hecho una huelga de hambre contra el sistema antihuelgas de Batista. Poco a poco, fue tocándoles el turno a los demás sindicatos. Así pues, los artistas de teatro destituyeron a Manolo Fernández por contrarrevolucionario (se refugió en una embajada extranjera) y lo sustituyeron por Violeta Casals, una famosa actriz comunista que también había sido locutora de Radio Rebelde, en la Sierra. Armando Hernández, el líder de la Federación de Obreros Metalúrgicos, fue sustituido del mismo modo. Igual procedimiento se siguió en todo el país. La hermana de Castro, Juana, que hasta hacía poco había apoyado a la Revolución con

todas sus fuerzas, se quejó de los comunistas (según sus propias declaraciones). Se dice que Castro le contestó: «Mira, Juanita, hemos de utilizar a esta gente; hemos de ser políticos. Hay que tener mano izquierda». El secretario general de la CTC, David Salvador, también se quejó a Castro, quien le contestó que, si no fuera por el conflicto con Estados Unidos, se desharía de los comunistas, en febrero lo más tarde. Algo de esto llegó a oídos, con toda la intención, del Movimiento 26 de Julio y de la prensa. Aparentemente, el propio Salvador creía que «la única forma de que Estados Unidos aceptara la Revolución cubana» era el «chantaje internacional»; aceptaba el argumento de Castro de que Cuba necesitaba el peligro de que los comunistas se hicieran con el poder para «tener una palanca» contra Estados Unidos. Además, todavía estaba influido, como tantos otros que después pasaron a la oposición, por la personalidad de Castro, tan extraordinariamente poderosa. Mientras tanto, los nuevos líderes sindicales pedían que se congelasen los precios y que se aboliese el derecho de huelga, peticiones que el gobierno juzgó conveniente contestar inmediatamente con la promulgación de leyes encaminadas a aquellos fines.

El problema era que, para Castro, todo el que se opusiera a este proceso, en realidad se convertía en un contrarrevolucionario. Además, el único medio de resistir era el de la fuerza de las armas. La gente se reunía en pequeños grupos, trataban de entrar en contacto con amigos que ya estaban en Estados Unidos, tal vez intentaban, ilegalmente, irse a Norteamérica, y, finalmente, eran detenidos; si habían cometido algún acto contra el régimen utilizando armas, podían fusilarlos, y si no, eran condenados a muchos años de cárcel. Incluso los que eran detenidos cuando aún no habían pasado más allá de la conspiración iban a parar a la cárcel indefinidamente, como la mayoría de los presos, pues no había ninguna garantía de que los liberasen después de cumplir su condena ni de que los retuviesen hasta

que la hubieran cumplido. Estas protorrebeliones nunca constituyeron una amenaza seria. Pero, indudablemente, a Castro se lo parecían. Él seguía viviendo de un modo desorganizado, resistiéndose a todas las sugerencias de formalizar o institucionalizar el gobierno o su movimiento, sin dormir casi nunca en la misma casa, sino a veces en Cojímar, o en el piso que Celia Sánchez tenía en Vedado, o en el Havana Hilton. Pero, así y todo, seguía exhibiéndose incesantemente.

La prensa no revolucionaria no dejaba de criticar todo esto. A lo largo de 1959, el *Diario de la Marina*, *Prensa Libre*, *Avance* y otros habían atacado a la Revolución o publicado artículos de los que se oponían a ella. El gobierno había podido soslayar estas protestas, porque venían de órganos que siempre, incluso antes del 1 de enero, habían mostrado poco entusiasmo por el experimento revolucionario y, por lo tanto, eran fáciles de desacreditar. Además, el gobierno podía confiar en su propio periódico, *Revolución*, y en el periódico comunista, *Hoy*. Hacía meses que no había surgido ninguna polémica entre estos periódicos. Pero se había producido una crisis cuando el periódico del Movimiento 26 de Julio en Camagüey, *Adelante*, había apoyado a Matos. En enero de 1960, los periódicos antiguos de Cuba, encabezados por el *Diario de la Marina*, estaban totalmente decididos a condenar la Revolución. Al mismo tiempo, tanto el Colegio de Periodistas Cubanos como el Sindicato de Artes Gráficas (es decir, los impresores) habían sido preparados para hacerles tragar la píldora. El 11 de enero, Castro dio la orden de que los nuevos cables de noticias fueran acompañados de «aclaraciones», introducidas por el sindicato de impresores y apodadas coletillas por *Prensa Libre*. Losperiódicos en cuestión criticaron las coletillas, pero no pudieron evitarlas. El 18 de enero, Jorge Zayas, editor de *Avance*, entregó a los impresores un editorial que ellos se negaron a imprimir. En cambio, el «comité de prensa libre» exigió que *Avance* pasara a manos del gobierno.

Un piquete del Sindicato de Artes Gráficas asaltó el edificio. Iban dirigidos por su nuevo secretario general comunista, Dagoberto Ponce, que era un viejo comunista recientemente nombrado. Zayas, que debía de haberlo previsto (ya había enviado a su familia a Estados Unidos), se refugió rápidamente en la embajada de Ecuador. Al cabo de pocos días salió para Miami en avión, y allí fundó más tarde un periódico, *El Avance Criollo*, con el que, durante unos meses, azuzó la furia impotente de los exiliados contra el gobierno de Castro. El *Diario de la Marina*, propiedad de la familia Rivero, y *Prensa Libre* —dirigido todavía por el viejo revolucionario de los años treinta, Carbó— y algunos otros periódicos menores continuaron atacando al gobierno y publicando noticias deshonrosas. Pero como el gobierno controlaba a los impresores y al Colegio de Periodistas, era bastante evidente que los días de estos periódicos libres estaban contados, y, al mismo tiempo, el régimen se estaba apoderando de las emisoras independientes de radio y televisión que quedaban. Así, José Pérez, director del segundo canal de televisión nacional, Canal 12, veía obstruida su labor de forma persistente por los «revolucionarios» del personal, y finalmente dejó su puesto a un «interventor» nombrado por el gobierno.

Dos días después del hundimiento de *Avance*, Castro volvió a aparecer en su pantalla de televisión favorita. Sus palabras resultaban familiares:

> Complot internacional… insolentes amenazas… criminales de guerra… oligarquías internacionales… estado de sitio… la única esperanza que han tenido siempre todos los contrarrevolucionarios: destruir a la revolución nacional con la ayuda de fuerzas extranjeras… somos una nación pequeña que lucha sola… una nación pequeña a la que han robado sus reservas… Está la amenaza de retirar el cupo de azúcar, de retener parte del precio del azúcar, porque han empezado a dar el nombre de subsidio a la diferencia de precio entre el mercado mundial y el de Estados Unidos [que]… naturalmente, es el resultado de los intereses azucareros de Estados Unidos, que no pueden producir a los precios que rigen en el mercado mundial.

Luego, Castro atacó violentamente al embajador Bonsal y al embajador español, Juan Pablo de Lojendio, marqués de Vellisca, por ayudar a los contrarrevolucionarios de Cuba, especialmente a Lojendio por ayudar a los sacerdotes españoles (curas falangistas). Más tarde se supo que, de hecho, en la embajada española se había celebrado una reunión de todos los superiores religiosos (salvo el de los Hermanos de la Doctrina Cristiana) para concertar su actuación contra el régimen. Pero Lojendio, como si fuera inocente, se dirigió inmediatamente a la emisora de televisión, irrumpió en el estudio y pidió el micrófono. Castro, que todavía estaba allí, quedó desconcertado por un momento y, por una vez, el público de la televisión cubana vio una verdadera pelea. La multitud que estaba en el estudio gritaba «¡Fuera!»; desapareció la imagen, pero todos pudieron oír claramente las imprecaciones del embajador: «He sido calumniado». Entonces Castro dio a Lojendio veinticuatro horas para abandonar La Habana, y así lo hizo. Al día siguiente, una multitud se manifestó ante la embajada española y *Revolución* proclamó: «¡Qué envilecidos están los que confían en Bonsal! ¡Qué alianza más inconcebible: Bonsal, Lojendio, los criminales de guerra, los grandes terratenientes, los ladrones!». Sin embargo, Bonsal ya había vuelto a Estados Unidos. Cada vez había más presiones para que no volviera. En Washington no había embajador cubano desde noviembre, cuando Ernesto Dihigo había sido retirado para consultas indefinidas.

En los días sucesivos pareció que, por fin, iban a romperse las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba. El senador Styles Bridges, presidente del comité político del Partido Republicano, pidió que se revisara el cupo del azúcar. El senador J. M. Butler dijo que Estados Unidos debería reconsiderar su política cubana, «prestando especial atención al "Gran palo" de [Theodore] Roosevelt». Entretanto, en La Habana, Amadeo Barletta, propietario de otro periódico de la oposición,

El Mundo, era acusado de batistiano; esta acusación quizá tenía algo de cierta, pues Barletta, nacido en Italia, en realidad tenía un pasado internacional bastante dudoso. En Cuba era propietario de cuarenta y tres empresas, incluido, hasta ahora, el Canal 12. Pero, aunque no había atacado a Batista, de momento no había criticado mucho a Castro, y, si en realidad había sido un batistiano, ¿por qué el gobierno había tardado un año entero en acusarle? En cualquier caso, el 22 de enero el gobierno se hizo cargo de *El Mundo* directamente y poco después empezó a aparecer bajo la dirección de Luis Gómez Wangüemert, un periodista procedente de Curaçao que había trabajado varios años para Barletta sin haber manifestado opiniones muy radicales.

Para los que deseaban un *rapprochement* entre Estados Unidos y Cuba, aún quedaba una ligera esperanza. El 26 de enero, Eisenhower hizo un discurso bastante conciliatorio sobre Cuba. A finales del año anterior, dijo, en realidad el gobierno había estado «considerando la posibilidad de introducir un cambio en la ley que… [requería que] Estados Unidos comprase cada año la mitad de la cosecha azucarera de Cuba a precios muy favorables». Además le estaban aconsejando, secretamente, que se embarcase en otros planes: Nixon y los jefes de Estado Mayor todavía querían «levantar una fuerza anti-Castro dentro de la propia Cuba. Algunos creían que debíamos poner en cuarentena a la isla, arguyendo que si decaía la economía… tal vez los propios cubanos derrocaran a Castro». Pero, antes de que el gobierno se adentrara en estos túneles negros de la aventura, hizo un esfuerzo más para llegar a un compromiso. El mismo día del discurso conciliatorio de Eisenhower, el representante norteamericano en La Habana (Bonsal todavía estaba fuera) se puso en contacto con el embajador de Argentina, Julio Amoedo, y le pidió que intentase negociar entre Estados Unidos y Castro. Las bases que le sugirió para un posible compromiso fueron: que terminase la campaña de insultos en la televisión y

en la prensa; que Castro recibiera a Bonsal cuando volviera y sinceramente tratase de encontrar un camino para resolver las diferencias; a cambio, Estados Unidos financiaría la reforma agraria de Castro y otros problemas económicos y sociales.

Amoedo vio a Castro a medianoche en casa de Celia Sánchez. Al principio Castro mantuvo una actitud negativa y habló de un editorial que iba a aparecer en *Revolución* al día siguiente, que rechazaba «categórica y tajantemente» el mensaje conciliatorio de Eisenhower del 26 de enero. Este era un momento crítico para la Revolución cubana. En La Habana se había inaugurado una exposición soviética (que también había estado en Nueva York y México). Anastas Mikoyán visitaría Cuba a principios de febrero y, aunque esto no lo supiera el público en general, el gobierno de Estados Unidos sí lo sabía en realidad, Mikoyán almorzó con Dulles antes de dirigirse a Cuba y dijo, a él y a Robert Murphy, que esperaba organizar una misión comercial. Los «kremlinólogos» del Departamento de Estado llegaron a la conclusión de que la misión comercial sería un pretexto para «operaciones clandestinas y subversivas en todo el hemisferio». Tal vez, a la larga, parecía mejor abandonar la línea seguida hasta entonces para evitar que Cuba llegase a una alianza con la Unión Soviética, aun arriesgándose a que los acusaran de apaciguadores, que hacerse responsables, en este año de elecciones, de la pérdida de la isla a manos del comunismo. Sin duda, además, Eisenhower no quería emprender una acción agresiva contra Cuba; aparte de las objeciones de orden moral que pudiera tener, si una acción de ese tipo fuera mal, eso también disminuiría las posibilidades electorales de los republicanos en noviembre, pues una vez más, como en 1956 con la crisis de Suez, las preocupaciones electorales democráticas proyectaban una sombra sobre la integridad de la diplomacia.

En todo caso, Castro se aplacó; permitió hablar a Amoedo y suprimió el editorial categórico, ordenando a *Revolución* que sus-

pendiera los ataques a Estados Unidos (con lo cual demostró que tenía el control absoluto de la prensa). Al día siguiente, el presidente Dorticós declaró que las diferencias entre Cuba y Estados Unidos podían resolverse por medio de la diplomacia, que la tradicional amistad de Cuba y Estados Unidos era indestructible y que el pueblo cubano deseaba estrechar sus relaciones diplomáticas y económicas con Estados Unidos. Cesaron los ataques de los periódicos. Monseñor Evelio Díaz, que todavía era obispo auxiliar de La Habana, escogió el día 28 de enero, aniversario del nacimiento de Martí, para reafirmar su apoyo a la Revolución; este fue el último gesto positivo de un obispo hacia el régimen. A pesar de todo, el 31 de enero se anunció la visita de Mikoyán.

Tal vez en estos momentos se habría podido evitar el giro que llevaría a la guerra abierta entre Cuba y Estados Unidos. Eisenhower tenía congelados los planes de apoyo a los contrarrevolucionarios. En cambio, fue a hacer un corto viaje «para ver Sudamérica por sí mismo». Pero de vez en cuando continuaban las incursiones aéreas de exiliados desde Florida. Entonces, Mikoyán llegó a La Habana.

La actitud de la Unión Soviética hacia Cuba y hacia América Latina no estaba clara. ¿Tenían siquiera una política? Habían prestado algún apoyo, a menudo de mala gana, a los partidos comunistas de América Latina durante los últimos treinta y cinco años, más o menos. De vez en cuando, las publicaciones soviéticas habían soltado afirmaciones altisonantes, pero estas exclamaciones no significaban necesariamente que el gobierno soviético como tal, preocupado por problemas de poderío mundial y de supervivencia, estuviera entusiasmado con la idea de que los partidos comunistas se hicieran con el poder en el Nuevo Mundo. Evidentemente, si ocurría esto, Estados Unidos se sentiría molesto, lo cual, probablemente, sería un obstáculo para la consecución de un *modus vivendi* con la Unión Soviética,

y esto entonces parecía un objetivo político importante. Stalin tuvo un problema parecido con España en 1936-1939: si en España se hubiera implantado un nuevo Estado comunista, el acercamiento a Inglaterra y Francia, que por entonces era el principal objetivo de su diplomacia, se habría hecho más difícil. Resumiendo, en el invierno de 1959-1960, la Unión Soviética no encontraba especialmente deseable una Cuba comunista.

Entonces la Unión Soviética sólo tenía tres misiones diplomáticas en América Latina —en Argentina, México y Uruguay —, aunque también tenía representaciones consulares o comerciales en Bolivia, Brasil, Chile y Colombia.

Mikoyán había estado en México —el primer país latinoamericano visitado por un político soviético importante—, pero en Cuba encontró una situación diferente. Tras ser recibido en el aeropuerto por Castro y los líderes comunistas cubanos, inauguró la exposición científica soviética, depositó una corona en la estatua de Martí, recorrió Cuba y elogió la reforma agraria. Finalmente, se firmó un convenio económico: la Unión Soviética compraría 425 000 toneladas de azúcar a Cuba en 1960 y un millón de toneladas anuales en los cuatro años siguientes, y asimismo prestaría cien millones de libras a Cuba durante doce años al 2,5 por ciento, la misma cantidad que Núñez Jiménez no había conseguido recoger en diciembre en Europa. Este dinero se usaría para nueva maquinaria y edificios. Asimismo, suministraría a Cuba petróleo crudo y refinado y muchos otros productos, por ejemplo, trigo, barras de hierro, láminas de acero, aluminio, papel de periódico, azufre, sosa cáustica y abonos. También prestaría ayuda técnica para construir nuevas fábricas y desecar marismas. Cuba exportaría fruta, zumos, fibras y pieles a Rusia. El acuerdo, firmado a bombo y platillo, era vago en muchos puntos, sobre todo en lo referente a qué cantidad de cada producto había de importar Cuba, qué fábricas se construirían, y cuántos y qué clase de técnicos vendrían. No se sabe

si se tocó la cuestión de las armas, como parece probable, en esta reunión; quizá Castro planteó la cuestión, y quizá Mikoyán la remitió a Moscú.

Así empezó la era de los acuerdos económicos cubano-soviéticos. Además, era evidente que a las nuevas relaciones cubano-soviéticas seguirían tratados con otros miembros del bloque soviético; mientras Mikoyán estaba todavía en Cuba llegó una delegación de la Alemania Oriental para gestionar un acuerdo financiero y comercial.

La embajada norteamericana en La Habana se apresuró a señalar que la Unión Soviética ahora compraría el azúcar cubano a los precios del mercado mundial, mientras que Estados Unidos lo compraba a precios especiales, tres veces más altos. No eran las dimensiones del tratado soviético, sino su estilo y sus accesorios (y la promesa de convenios políticos) lo que le daba importancia. Sin embargo, un acuerdo comercial con la Unión Soviética, e incluso un acuerdo militar, no significaba necesariamente la aceptación de una ideología marxista o marxista-leninista, con todas las consecuencias internas y externas que eso implicaba. La Unión Soviética tal vez habría preferido un Castro neutral que un Castro comprometido. Si finalmente se comprometió, es algo que, en todo caso, no se puede atribuir únicamente a la Unión Soviética —quizá no se le pueda atribuir en absoluto—, y quizá principalmente a Castro, más que a los comunistas cubanos.

Entonces, ¿qué había significado la calma de Castro al contestar al ofrecimiento norteamericano que le había transmitido el embajador argentino? ¿Una «táctica dilatoria para disminuir la tensión… mientras se esperaba la llegada de Mikoyán», como creía el propio embajador? ¿Un recurso por si la visita de Mikoyán resultaba un fracaso? No está claro. La visita de Mikoyán agudizó las divisiones en Cuba. «Gracias —decía el *Diario de la Marina*—, suvisita ha… definido los campos». El 29 de febrero,

Cuba envió una nota a Estados Unidos sugiriendo que se iniciaran negociaciones por canales diplomáticos, con la condición de que, mientras estuvieran en marcha, ni el gobierno de Estados Unidos ni el Congreso adoptaran ninguna medida unilateral que pudiera perjudicar las negociaciones o causar daño a Cuba, a su pueblo o a su economía. Ya se había nombrado una comisión *ad hoc*, dispuesta a ir a Washington con plenos poderes. El 29, Estados Unidos dijo que no podía aceptar la condición; Estados Unidos «debe permanecer libre, en el ejercicio de su soberanía, para tomar cualquier medida que juzgue necesaria». Vista con serenidad dentro del contacto histórico, esta reacción parece demasiado fuerte; la condición parece razonable, en el supuesto, por remoto que fuera, de que Cuba era sincera; en cambio, Cuba podía haber prolongado las negociaciones indefinidamente e insistido en que se diese la condición. Sin embargo, esta era simplemente una prueba a hacer, si en realidad se deseaban las negociaciones.

Sea cual sea la respuesta de Estados Unidos, y por muy intolerante que hubiera parecido, no obstante, es probable que a finales de febrero de 1960 hubiera perdido la amistad de Cuba. El 24 de febrero, el gobierno cubano no había permitido que se celebrase una manifestación anticomunista en el Parque Central de La Habana, y el antiguo presidente comunista, Marinello, había aclarado que «todo el que, en Cuba, enarbola la bandera del anticomunismo enarbola la bandera de un traidor». A primeros de mes, 104 personas, incluido el hijo del exalcalde de La Habana en la época de Batista (Luis Pozo), fueron condenadas a penas de tres a treinta años por su participación en la rebelión dominicana en agosto de 1959. El periódico vespertino *El País* se hundió cuando dimitió su editor, Guillermo Martínez Márquez, después de negarse a imprimir una coletilla al pie de un artículo anticomunista. En febrero, el INRA expropió otros catorce ingenios azucareros. Ya se estaba organizando una milicia

nacional, dirigida por el joven capitán Acevedo, para suplir en algunas actividades al ejército, de cuya lealtad se desconfiaba. En la compañía telefónica habían expulsado al último empleado norteamericano. En la televisión y en la radio estaban prohibidos todos los anuncios comerciales de origen extranjero. A partir de entonces, todos los productos químicos fabricados en el extranjero se habían de volver a envasar en Cuba antes de pasar a la venta. La Iglesia también estaba endureciendo su postura. A mediados de febrero, el radical monseñor Díaz fue sustituido como obispo auxiliar de La Habana por un enérgico anticomunista, monseñor Boza Masvidal, que por lo tanto asumió el papel de portavoz del cardenal enfermo y a veces de la jerarquía como tal. El nuevo obispo de Pinar del Río, Rodríguez Rozas, hizo una última declaración a favor de la Revolución. Después, silencio. Sin embargo, los comunistas aún no eran el ala más militante de la Revolución; en un nuevo informe, el 28 de febrero, Blas Roca negó la probabilidad de que el «imperialismo» fuera a emprender la invasión de Cuba. La agresión económica era posible, pero Estados Unidos necesitaba el azúcar cubano. Es cierto que este informe hablaba de la «creciente agresividad del enemigo y de que la Revolución estaba avanzando», pero estas frases eran bastante rutinarias. Por lo tanto, es difícil que el partido, como tal, estuviera enterado de lo que en realidad pensaba Castro en aquellos momentos.

El 3 de marzo, *Revolución* declaró que la renuencia de Estados Unidos a negociar bajo las condiciones cubanas significaba que la «agresión económica» estaba pendiente, y al día siguiente, probablemente por un accidente, desapareció toda posibilidad de acercamiento entre Estados Unidos y Cuba. Un buque de carga francés, el *Coubre*, que transportaba 76 toneladas de material de guerra (rifles ligeros y granadas) de Bélgica, estalló en el puerto de La Habana, recordando al *Maine*. Murieron 75 obreros portuarios cubanos y 200 resultaron heridos. Muchas insta-

laciones del puerto quedaron destruidas. Un segundo barco cargado de municiones fue sacado de la zona de peligro. En uno de sus discursos más memorables, grave, resuelto, pero controlando su ira como de costumbre, Castro acusó a Estados Unidos (aunque admitió que no tenía pruebas) de este «sabotaje», proclamó veinticuatro horas de duelo y, finalmente, lanzó el reto: «No nos someteréis ni por la guerra ni por el hambre». Naturalmente, el secretario de Estado, Herter, negó la acusación de responsabilidad. Pero inmediatamente después, en la prensa gubernamental cubana volvieron a desatarse los ataques contra Estados Unidos.

Como en el caso del *Maine*, no se ha sabido la verdad sobre esta explosión. Los obreros portuarios cubanos creyeron que fue un accidente. ¿Es que ayudaron a descargar soldados inexpertos? ¿Se vio fumar a los descargadores del muelle? ¿O fue un caso de pura incompetencia? (El propio Castro dijo que se había registrado a los descargadores en busca de cerillas). Desde luego, el gobierno norteamericano, y más aún los exiliados de Miami, tenían un motivo para impedir que llegaran armas a Cuba, pero, como en el caso del *Maine*, o de la muerte de Prim, la acusación no se probó. Reconocidamente, un experto de Bélgica, Dessard, dijo que hubo sabotaje, pero no quedó claro cómo podía haber sido. Entretanto, Jean-Paul Sartre escuchó este discurso de Castro sobre el *Coubre* y «descubrí la cara oculta de todas las revoluciones, su faz en sombras: la amenaza extranjera angustiosamente sentida. Y descubrí la angustia cubana porque, de repente, la compartí».

Ni siquiera entonces decidió el gobierno de Estados Unidos la línea de conducta que iba a seguir. Por otra parte, se había presentado ante el Senado una ley que autorizaba al presidente Eisenhower a reducir el cupo de azúcar cubano si era necesario. Eisenhower, el 15, dijo con indiferencia que esto no tenía la intención de ser una represalia contra Cuba, sino «un modo de

garantizar que Estados Unidos tuviera el azúcar que necesitara». Como medida apaciguadora de la situación de Florida, se creó un centro de información de vuelos en Miami, para tratar de controlar a los pilotos que despegaban de Florida, Alabama o Georgia. Las aduanas dijeron que pagarían 5000 dólares por cualquier información que ayudase a capturar armas y a arrestar a los culpables. ¿Fue esta una última concesión a Castro o un primer paso para asegurarse de que cualquier actividad de los exiliados estuviera bajo la organización efectiva de Estados Unidos? Sin embargo, hubo una concesión más, por lo menos: en los primeros días de marzo, el último de los liberales del gobierno, Rufo López Fresquet, el ministro de Hacienda, recibió la visita de Mario Lazo, consejero legal de la embajada de Estados Unidos y también, durante varios años, de diferentes firmas norteamericanas en La Habana. Lazo dijo que creía poder ofrecer a Castro, en nombre del gobierno de Estados Unidos, nuevos aviones militares y asistencia técnica (por ejemplo, radar) para impedir que llegaran aviones de exiliados desde Florida. Además, quizá Estados Unidos estaría dispuesto a pedir disculpas por no poder detener estas incursiones debido a la existencia de muchos aeropuertos aislados. El gesto significaría «el fin de la pelea» y un nuevo inicio de conversaciones.

López Fresquet habló de esto a Castro el 15 de marzo, en una recepción en la embajada egipcia, suponiendo que era una oferta directa de Estados Unidos. Castro se mostró «curioso». «¡Qué cosa tan interesante es esta partida de ajedrez internacional!», comentó, y dijo que daría una respuesta en veinticuatro horas. Pero es evidente que las dos primeras semanas de marzo habían sido de gran importancia para el régimen. Así, el 1 de marzo, Blas Roca había declarado que no era probable que el «imperialismo» fuera a invadir Cuba; pero el 16 de marzo, un acuerdo (que decían haber adoptado el 28 de febrero) del Partido Comunista decía que los cubanos necesitaban armas de los

países socialistas amigos, no sólo ayuda. Por lo tanto, parece posible que Castro hubiera aprovechado el desastre del *Coubre* para justificar una petición de armas a la Unión Soviética, petición que los propios comunistas, tal vez no de muy buena gana, ahora accedían a apoyar. Así que la idea de Lazo, en realidad, llegó demasiado tarde. Pero, antes de que se pudiera tomar ninguna decisión, el gobierno cubano pidió excusas por la insinuación de Castro, el 22 de enero, de que Bonsal estaba metido en actividades contrarrevolucionarias. Además, se permitió que el encargado de negocios norteamericano, Daniel Braddock, hablara con el INRA de problemas de indemnización. El embajador Bonsal volvió a La Habana. Pero el 17 de marzo, el presidente Dorticós llamó a López Fresquet y le dijo que Castro y él habían decidido no aceptar el ofrecimiento norteamericano del día 15. «No confiamos en Estados Unidos; creemos que lo que ellos quieren es que nos contradigamos. Una vez hayamos admitido públicamente que están a nuestro nivel y que son amigos nuestros, no darán nada a Cuba». Entonces, López Fresquet dijo a Dorticós que, si Castro creía que no era posible una reconciliación con Estados Unidos, él dimitiría; y así lo hizo aquel mismo día, marchándose después a Estados Unidos. Fue el último de los ministros liberales, y el último ministro que dejó voluntariamente el gobierno revolucionario cubano, aunque más tarde muchos fueron destituidos o trasladados.

El mismo día, en Washington, casualmente, el presidente Eisenhower aceptaba una recomendación de la CIA para empezar a armar y entrenar a los exiliados cubanos. Desde luego, hacía casi un año que el vicepresidente Nixon y otros, como el almirante Burke, presionaban para conseguir esto. La CIA estaba obsesionada con su operación de cinco años antes en Guatemala, que tan bien había salido. Aunque durante mucho tiempo sólo «se trató de apoyar a los guerrilleros [cubanos]», el gobierno ya se había comprometido. Quizá pensaron que todavía

podrían echarse atrás si fuera necesario, aunque el propio presidente Eisenhower explicó que el alcance relativamente moderado de las operaciones sólo se debía a que «los cubanos que vivían en el exilio no habían dado ningún paso para escoger… un líder al que pudiéramos reconocer como jefe de un gobierno en el exilio». A pesar de todo, ahora Estados Unidos había desenvainado la espada contra Cuba, como culminación de quince meses de vacilación y de por lo menos los mismos años de sentimientos ambivalentes; al mismo tiempo, muy apropiadamente, Blas Roca salió de Cuba para visitar los países comunistas, sin duda para averiguar qué pensaban en realidad de estos acontecimientos sus colegas en el liderazgo comunista.

95

El fin de la Cuba capitalista

A pesar de haber desenvainado la espada el 17 de marzo, Estados Unidos aún no había tocado el cupo de azúcar. Este se convirtió ahora en el indicador del conflicto entre Estados Unidos y Cuba. El 21 de marzo, Guevara, presidente del Banco Nacional, al inaugurar una «Universidad del Aire» en televisión, calificó al cupo de «esclavitud económica», y condenó la prima norteamericana, consistente en pagar a Cuba 5 centavos por libra, o sea, 2 centavos por encima del mercado mundial. Esta prima, dijo, había tenido el efecto de estimular el azúcar hasta el punto de esclavizar a Cuba a una economía de monocultivo permanente, mientras que le obligaba a gastar 1 dólar y 15 centavos en importaciones de Estados Unidos por cada dólar que ganaba.

El gobierno de Estados Unidos, como era lógico, sugirió que, si en realidad el cupo era «esclavizante», Cuba debería renunciar a él. Pero otros cubanos arguyeron que cualquier plan para eliminar el cupo era, de hecho, «una nueva enmienda Platt». Bonsal, que había vuelto a La Habana el 21 de marzo, trató de averiguar qué era lo que Cuba deseaba hacer en realidad. Esto era difícil, pues el propio gobierno cubano, como unidad corporativa, no lo sabía. Guevara, con su discurso, probablemente deseaba que se pusieran las cartas boca arriba con respecto a Estados Unidos. Pero este no era necesariamente el caso de Castro, sobre todo en aquellos momentos en que su posición en Cuba todavía no era inexpugnable.

En varios periódicos cubanos importantes continuaban los ataques al régimen. El antiguo amigo de Castro y exsecretario general de los ortodoxos, Luis Conte Agüero, condenó violen-

tamente al gobierno por televisión por la arbitrariedad de su conducta, pero el 25 de marzo, una banda armada, dirigida por el subjefe de la policía de seguridad (G2), comandante Piñeiro (Barbarroja), le impidió que leyera «una carta abierta» a Castro en la principal emisora de la CMQ. El 27 y el 28 de marzo vino la condena personal absoluta, primero por parte de Raúl Castro en un mitin al aire libre (con gritos de «¡Paredón!») y luego por parte de Fidel Castro en la televisión, el nuevo azote de la libertad. Conte Agüero, prudentemente, se refugió en la embajada argentina. El 28 de marzo, el presidente de la asociación de peluqueros de La Habana, Raúl Ramón Proenza, fue condenado a tres años de cárcel por escribir lemas anticomunistas en las paredes.

Estos incidentes hicieron que el gobierno decidiera quedarse con la emisora de la CMQ, el centro de televisión más importante de La Habana. Esto tuvo lugar de una manera muy curiosa. De repente se congelaron las cuentas corrientes de unos cuatrocientos cubanos, a los que se acusó de colaborar con Batista: se les daba quince días para probar su inocencia o para aceptar el embargo de sus cuentas. Entre los afectados estaban Abel y Goar Mestre, los propietarios de la CMQ. El 30 de marzo, Abel Mestre fue al banco (al día siguiente del eclipse de Conte Agüero) con una serie de talones de sueldos para cobrar. Pero el empleado le dijo que el sindicato de empleados de banco no quería aceptarlos. Al día siguiente, Abel Mestre llegó al estudio de televisión en el momento en que iba a empezar un programa muy popular, *Ante la prensa* (en el que solía aparecer el propio Castro), cerró la puerta tras él, anunció que aquella semana el invitado sería él mismo, y lanzó una diatriba contra Castro. Inmediatamente después salió para el exilio. A partir de entonces, la CMQ fue una emisora gubernamental. Ahora, la única oposición ruidosa efectiva que tenía el gobierno era la que podía venir de los antiguos periódicos *Diario de la Marina* y

Prensa Libre, y del púlpito, pues Canal 12, la otra gran cadena de televisión, estaba intervenida por el gobierno, y todas las pequeñas emisoras de radio, por fuerza o intimidación, se habían agrupado en una nueva corporación de inspiración gubernamental que, para mayor ironía, se llamaba Frente Independiente de Emisoras Libres (FIEL), dirigida por el virulento comentarista Parda Llada.

Para entonces los sindicatos habían sacado los dientes. Pero el Ministerio de Trabajo negociaba sólo con los patronos y tenía autoridad para resolver los conflictos laborales. A mediados de abril, una nueva ley exigió que se registraran todos los patronos, empleados y semiempleados. En el futuro, los trabajadores no podrían buscar trabajo como no fuera a través de las oficinas y listas del ministerio. Se creía que el control del trabajo y el alivio del paro eran cosas irremisiblemente unidas. Los sindicatos recién organizados «pidieron» a sus miembros que prestasen el 4 por ciento de sus salarios para el programa de industrialización del gobierno y mantuvieron además el antiguo 1 por ciento de las cuotas de los miembros, a pesar de que estar afiliado ya no sirviera para nada.

Al mismo tiempo, en Cuba seguía habiendo verdadera rebelión, lo cual explicaba la severidad de las medidas que tomaba el régimen contra sus enemigos. Por ejemplo, se decía que en la Sierra Maestra había unos veinte hombres, incluidos miembros de la familia del que los dirigía, el exrebelde capitán Manuel Beatón. Este, hombre de cortos alcances, no había conseguido una buena posición en el gobierno de 1959, había empezado a beber y, al parecer, en una disputa personal había matado al comandante Cristino Naranjo, el que había estado encargado de investigar la desaparición de Cienfuegos. Huyó de La Cabaña y se dedicó al bandidaje, atacando fincas en busca de comida. Otro pequeño grupo estaba haciendo más o menos lo mismo en la Sierra del Cristal, dirigido por el capitán Higinio Díaz

(Nino), antiguo miembro de la columna de Raúl Castro que siempre había dado muestras de indisciplina, aunque era un oponente más serio, probablemente ayudado desde Guantánamo por la CIA.

Díaz era, además, miembro de un nuevo grupo, el Movimiento de Rescate Revolucionario (MRR), formado por antiguos seguidores de Castro, entre los que se contaban Jorge Sotús, el «hijo del próspero almacenista» de Santiago que, después de tomar parte en aquel alzamiento de País, del 30 de noviembre de 1956, que casi tuvo éxito, había dirigido el primer grupo importante de refuerzos que llegaron junto a Castro en marzo de 1957, y Manuel Artime, profesor de la Academia Militar de La Habana hasta noviembre de 1958, que, después de luchar un poco en la Sierra, fue durante un tiempo jefe de zona del INRA.

Artime habría de ser un oponente de Castro especialmente importante. Ya en marzo de 1959, él y el director de Agricultura, Rogelio González Corso, empezaron a conspirar contra Castro, y al parecer estuvieron en contacto con Matos antes de su arresto. En abril de 1960, el MRR era la oposición mejor organizada que tenía Castro, con muchos seguidores en la isla, un periódico clandestino, *Rescate*, y excelentes relaciones en Estados Unidos. Después de que Eisenhower diera permiso a la CIA para apoyar a los exiliados, durante un tiempo esta puso su máxima esperanza en el MRR. La CIA (cuyo director en la operación contra Castro era Frank Droller, un centroeuropeo conocido entre los cubanos por «Frank Bender», que el año anterior se había mostrado entusiasta de Castro) se dedicaba a negociar un centro de entrenamiento para exiliados cubanos en Guatemala (con el permiso del presidente guatemalteco, Ydígoras) en la plantación de café Helvetia, cerca de la costa del Pacífico, propiedad de Roberto Alejo, hermano del embajador de Guatemala en Estados Unidos. Al mismo tiempo, empezó a or-

ganizarse el frente político de este grupo alrededor de las personas de Justo Carrillo, José Ignacio Rasco, profesor de la universidad y líder de los democratacristianos cubanos, y Aureliano Sánchez Arango. Todos estaban todavía en La Habana, aunque viviendo como personas privadas.

Sin embargo, aún había oponentes de la Revolución que no estaban relacionados directa ni indirectamente con Estados Unidos. Durante unos meses, los que más habían actuado públicamente habían sido un grupo de estudiantes católicos dirigidos por Alberto Müller, sobrino del obispo de Matanzas. En abril, su boletín de noticias, *Trinchera*, fue quemado públicamente; los estudiantes revolucionarios atacaron a sus amigos, y él mismo se vio obligado a abandonar la universidad y a dedicarse a la actividad clandestina. Otro grupo de oposición estaba organizado por Manuel Ray, ministro de Obras Públicas hasta noviembre, que ahora enseñaba arquitectura en la universidad. Como hacía poco más de un año había sido jefe del movimiento clandestino contra Batista, estaba volviendo a un tipo de actividad que conocía bien. En abril ya se había puesto en contacto con otros críticos progresistas del régimen, incluido el líder sindical Salvador, cuya desilusión estaba creciendo por momentos.

Castro y el gobierno revolucionario cubano no tardaron en descubrir el compromiso de Estados Unidos con los exiliados. La Revolución tenía un eficaz servicio de espionaje en Miami, y los cubanos, tanto de la derecha como de la izquierda, no sabían guardar secretos. Tal vez para anticiparse a una acción manifiesta de Estados Unidos con los exiliados, ya a finales de marzo, Castro combinó una advertencia a Estados Unidos en el sentido de que «Cuba no es otra Guatemala», con un ofrecimiento de volver a enviar a Washington al embajador Dihigo «si están más dispuestos a tratar las cosas sobre una base más amistosa».

El 22 de abril acusó a Estados Unidos de tratar de crear un frente internacional contra él. Al día siguiente, el presidente Ydígoras, de Guatemala, que ya había accedido a que se utilizase la plantación de café Helvetia para tan dudosos propósitos, acusó sin mucha energía a Guevara de financiar una revolución contra Guatemala. Pero pronto empezó a saberse algo de las actividades de la CIA, pues, poco después, la agencia de noticias cubana Prensa Latina (dirigida por un protegido argentino de Guevara, Jorge Masetti) anunció que Ydígoras había hecho un pacto secreto contra Cuba con el también dictador Somoza, de Nicaragua, y que la invasión en proyecto contaba con el apoyo del Departamento de Estado. Roa acusó a Ydígoras de planear una invasión desde el mar, en conexión con la United Fruit Company. El 25 de abril se produjo la ruptura de relaciones diplomáticas; la primera que se producía, aparte de la de la República Dominicana.

Sin embargo, Cuba todavía contaba con muchos simpatizantes, sobre todo en Europa, entre los numerosos intelectuales de izquierda, que no encontraban ningún sistema institucional, pero tampoco ninguna utopía en Europa que les satisficiera. De un modo parecido, los intelectuales norteamericanos, encabezados por trotamundos tan veteranos como Carleton Beals y Waldo Frank, fundaron el Fair Play for Cuba Committee (Comité Pro Juego Limpio con Cuba). En un anuncio de siete columnas acusaba a Estados Unidos de haber dramatizado demasiado sobre las relaciones cubano-soviéticas; «muchas repúblicas americanas, incluido Estados Unidos, tienen acuerdos comerciales con Rusia; [en Cuba] sólo habrá 16 000 comunistas; presten a los reformadores de Cuba "una audiencia justa"». Todo el hemisferio occidental hervía en plena controversia. Durante un tiempo, Cuba se convirtió en el catalizador de las emociones nacionalistas de varios países. La publicación de un manual sobre la guerra de guerrillas, de Guevara, en abril, tuvo

un efecto intoxicante sobre la extrema izquierda organizada por toda Sudamérica. El éxito de Castro en la Sierra, y la resolución de su programa revolucionario, hacía estremecerse de emoción a los estudiantes de todas partes, aflojando los lazos de los jóvenes comunistas con la antigua dirección del partido, creando en las universidades alianzas espontáneas, incongruentes en todo salvo en el deseo de acción, lucha y tiroteo. Y el entusiasmo no se limitaba a los intelectuales. Cuando Eisenhower fue a Río de Janeiro fue acogido con pancartas que decían: «Queremos a Ike, y también queremos a Fidel». Lo mismo ocurrió durante una visita de Stevenson a América Latina. Hasta en Puerto Rico, un productor cinematográfico inglés que llevaba barba fue acogido de forma entusiasta al grito de «¡Viva Fidel!».

En Estados Unidos, aparte del grupo Fair Play for Cuba y de otros intelectuales, la enemistad pública y privada era cada vez mayor. Un equipo de béisbol decidió no jugar en La Habana. Se aprobó un proyecto de ley de ayuda exterior en el que se estipulaba que no se ayudaría a Cuba como no fuera en «interés nacional… o del hemisferio». Por lo tanto, adiós a la tercera propuesta de compromiso presentada a Castro por medio del embajador de Argentina durante el invierno. En La Habana, la embajada de Estados Unidos presentaba protesta tras protesta por la detención de ciudadanos norteamericanos (muchos de ellos cubano-norteamericanos) y entregaba nota tras nota; y como la Revolución no traía la paz sino la espada al Caribe, quedaba descartada la venta de helicópteros norteamericanos a Cuba. Esta continuaba protestando por las incursiones de bombarderos procedentes de Florida, a veces con razón y otras sin ella. Pero había dos acontecimientos que dejaban en segundo término las respuestas políticas locales: la inminencia de las elecciones presidenciales de 1960 y de la conferencia en la cumbre con la Unión Soviética en París.

La suerte de esta última fue cómica. Richard Bissell, el director de operaciones de la CIA, antiguo economista del Plan Marshall, que ahora estaba supervisando el plan del gobierno para lanzar a los rebeldes cubanos contra Castro, unos años antes había tenido la idea del incomparable avión espía U2. Al destruir los soviéticos el U2 pilotado por Gary Powers y capturar a este, desapareció toda posibilidad de deshielo inmediato en las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Por lo tanto, hasta el final de la administración Eisenhower, la Unión Soviética se dedicó a criticar a Estados Unidos con tanta acritud como en tiempos de Stalin. Tal vez si no hubiera sido por esta crisis con Estados Unidos, la Unión Soviética no habría respondido tan rápidamente a las solicitudes de Cuba, y los dirigentes soviéticos habrían pensado más detenidamente en las consecuencias que podía tener el patrocinio de una alianza incondicional en el Caribe.

La elección presidencial también proyectaba su sombra sobre las relaciones cubano-norteamericanas, aunque en las «primarias» no se mencionara para nada la cuestión. El senador Kennedy trató el asunto con su cautela habitual. El vicepresidente Nixon conocía el plan de armar a los exiliados; en realidad, en cierto modo era un proyecto suyo, pues había estado insistiendo en él desde abril de 1959. Por lo tanto, le resultaba difícil hablar.

Finalmente, el 7 de mayo, Cuba reanudó las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, y el jefe del Directorio, Faure Chomón, que durante el año último había ido derivando hacia la izquierda tanto como Castro, por lo menos, fue nombrado embajador en Moscú. Blas Roca, después de visitar China y ser entusiásticamente recibido por Mao Tse-tung, estuvo en Moscú en mayo y se entrevistó con Kruschev por primera vez; escribió a Cuba un mensaje de ánimo: «Cuba no puede quedar bloqueada económicamente por los imperialistas norteamericanos.

Nuestras fábricas no quedarán paralizadas por falta de petróleo, ni a nuestras mujeres les faltará el pan si los monopolios norteamericanos deciden reducir el cupo de azúcar y se niegan a enviar lo que necesitamos para nuestra vida normal». El primer embajador soviético en Cuba fue Serguei Kudriatsev, que antes había destacado en los círculos occidentales como director de la famosa red de espionaje de Canadá a finales de la década de 1940; por su condición de diplomático no le habían encarcelado, sino expulsado de Canadá.

De momento parece que los soviéticos no habían prometido ni entregado armas, pero es de suponer que la cuestión de las armas ya debía de haberse planteado. (El petróleo soviético empezó a llegar a Cuba el 19 de abril).

En mayo vino el fin de la prensa libre. El *Diario de la Marina* había criticado a la Revolución con valor y rencor. El 11 de mayo, 300 de sus 450 empleados firmaron un artículo en el que se pedían elecciones libres. Pero la minoría restante llamó a los hombres fuertes del Sindicato de Artes Gráficas, bajo la dirección de Dagoberto Ponce, y a los de la Asociación de Periodistas, bajo la de Tirso Martínez, y juntos rompieron las planchas con las que se iba a imprimir la carta de los empleados. El secretario de los periodistas que trabajaban en el diario, Pedro Hernández Lovio, llamó a la policía, pero el capitán de policía local dijo que no veía ninguna señal de desorden: «Muéstreme un hombre muerto y entraré en acción», dijo. El editor, José Ignacio Rivero, protestó y huyó a la embajada de Perú. El *Diario de la Marina* fue clausurado. Al día siguiente, *Prensa Libre*, el último de los periódicos libres, con una tirada de 120 000 ejemplares, condenó el embargo del *Diario* como un saqueo, un acto de coerción y violencia, y un crimen contra la libertad de expresión. El mismo día, 12 de mayo, unos estudiantes católicos enterraron simbólicamente al *Diario* en un montículo de la universidad. El 13 y 14 de mayo, *Prensa Libre* continuó condenando al

gobierno. El 15, el 80 por ciento de los empleados de *Prensa Libre* firmaron una declaración de apoyo al periódico en estas «controversias tan dolorosas». Al día siguiente, los firmantes fueron llevados ante la CTC, presidida por David Salvador, que debía de estar en una postura difícil, dado que ya estaba en contacto con enemigos de la Revolución, como Ray. Convencieron a los empleados para que se retractaran y, en recompensa, el 16 de mayo, a la una del mediodía, Castro les concedió una entrevista. Después de otros desórdenes, los subeditores Medrano y Ulises Carbó abandonaron el edificio y se refugiaron en la embajada de Panamá. El 16, el gobierno se apoderó de *Prensa Libre* con motivo de que estaba atacando a «la verdad, la justicia y la decencia», como el *Diario de la Marina*. Todavía quedaron uno o dos periódicos independientes y libres, de pequeña tirada, pero dejaron de criticar, y dos periódicos anarquistas (*El Libertario* y *Solidaridad Gastronómica*) yuno trotskista (*Voz Proletaria*); mientras que en los puestos de periódicos se seguían vendiendo el semanario *Bohemia Time*, el *New York Times* yotros periódicos norteamericanos, de momento. *Hoy*, *Revolución* y *El Mundo*, de estilo nuevo, siguieron manifestando las opiniones del gobierno, mientras que el Directorio todavía seguía controlando nominalmente un periódico vespertino, *La Calle*, yen las provincias había varios periódicos gubernamentales.

La desaparición de la prensa libre en Cuba habría sido más difícil de explicar (o de efectuarse) si no hubiera sido por el hecho de que, como los líderes sindicales, todos estos periódicos no sólo habían colaborado con Batista, sino que en realidad en muchos casos habían recibido ayuda financiera de su gobierno y de los de sus predecesores. Estas subvenciones de la prensa se habían hecho tan corrientes (como todavía lo son en México) que varios periódicos confiaban completamente en ellas.

Parece que fue por entonces cuando los miembros del 26 de Julio fieles anticomunistas y amantes de la libertad que quedaban, bajo la dirección nominal de Marcelo Fernández, se reunieron y redactaron un ultimátum para Castro, pidiéndole que reafirmara públicamente su hostilidad al comunismo. El ultimátum no llegó a presentarse, al parecer gracias a la intervención de Carlos Franqui, el editor de *Revolución*. Pero Castro, como de costumbre, se enteró de lo ocurrido, y tal vez hubiera respondido de no ser por una oportuna intervención del corresponsal de Tass, A. Alexaiev, más diplomático que periodista. Al parecer, Alexaiev dio a Castro un mensaje directo de Kruschev, en el que le decía que «el gobierno soviético desea manifestarle que no considera a ningún partido intermediario entre él y usted. El camarada Kruschev… le considera a usted el auténtico líder de la Revolución». Esto indicaba que Kruschev esperaba colocar a Castro en la misma posición que Nasser o cualquier líder del tercer mundo, pero no en la de un Gomulka o un líder satélite. Estaba ayudando a Castro a asentarse como líder individual, sin que le preocupara el Partido Comunista cubano; probablemente había llegado a esta conclusión después de hablar con Blas Roca. Pero, para Castro, la carta tenía otras implicaciones: que podía apoderarse del Partido Comunista y utilizarlo como si fuera su burocracia. Así pues, durante muchos meses, paradójicamente, los líderes cubanos y soviéticos no estuvieron de acuerdo sobre el punto concreto de si los comunistas habían de hacerse con el poder en Cuba. Por razones de política internacional, la Unión Soviética, probablemente, habría preferido una Cuba amistosa y neutral que un satélite; por razones de política nacional e internacional, e incluso por razones psicológicas, parece que Castro prefería un estatusmás comprometido. El Partido Comunista cubano probablemente creía que casi seguramente Estados Unidos intervendrían en Cuba antes que dejarlos hacerse con el poder. Javier Pazos, que entonces

aún trabajaba a las órdenes de Boti en el Ministerio de Economía, dijo más tarde que muchos comunistas «reconocían en privado» que confiaban en que ocurriera esto, con lo que Cuba se convertiría en una especie de «Hungría de Occidente», con repercusiones en todo el continente.

La destrucción de la prensa libre marcó el inicio de la campaña de la Iglesia contra la Revolución. A principios de mayo, durante una misa que se celebraba en la catedral de La Habana para conmemorar a las víctimas del comunismo, irrumpieron unos milicianos cantando *La Internacional*. Por fin, el 16 de mayo, monseñor Pérez Serantes, arzobispo de Santiago, abandonó la neutralidad y publicó una carta pastoral en la que condenaba el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética: «Ya no se puede decir que el enemigo está a la puerta, porque en realidad está dentro, como en su dominio propio». Continuaba: «El verdadero cristiano no puede vivir sin libertad… siempre hemos preferido perderlo todo, incluso derramar nuestra sangre, antes que renunciar a la libertad». Cada hogar, por lo tanto, había de convertirse en una clase de catecismo doméstico. Pero, como había pocos hogares en los que los jefes de familia estuvieran cualificados para cumplir este deber, apelaba a los que habían de tomar la dirección. Demasiado tarde, tal vez cincuenta años demasiado tarde, el arzobispo no podía hacer mucho; sus argumentos de que el comunismo conducía al materialismo provocaban una risa profunda en una ciudad como La Habana, donde el capitalismo había sido más materialista que en ningún otro sitio. Elcomunista Carlos Rafael Rodríguez contestó en *Hoy* que en Cuba nadie encontraba obstáculos para practicar la religión: ¿no había cientos de católicos entre los revolucionarios? Castro, de momento, se abstuvo de hacer comentarios, no queriendo llegar a un enfrentamiento, ahora que la oleada de conspiraciones parecía estar creciendo en las universidades y entre sus antiguos partidarios. Según el

New York Times, la mitad de los estudiantes eran neutrales respecto de la Revolución, es decir, potencialmente hostiles. Quizá contra la voluntad de la jerarquía, cautelosa contra Castro como lo había sido contra Batista, la Iglesia católica se convirtió, de un modo inevitable, en un bastión de oposición al régimen cuando empezaron a cerrarse las escuelas privadas y a prohibirse los movimientos juveniles independientes y otras organizaciones.

Probablemente, el gobierno tuvo presente esto al enviar a la Sierra Maestra, en mayo, a ochocientos estudiantes de tercer curso para que ayudasen a enseñar a los campesinos. Entretanto, uno de los pocos profesores que todavía hablaban francamente, el exministro auténtico Sánchez Arango, que ya estaba en contacto con el MRR, la organización política de los exiliados, fue acusado públicamente de convertir sus clases en un foro político contrarrevolucionario, y huyó a Miami a través de la embajada de Ecuador.

Para entonces, en Miami, la CIA había convencido prácticamente a las organizaciones de exiliados para que constituyesen un frente unido. Con la llegada de Sánchez Arango, este frente por fin se convirtió en realidad, tomando el nombre de Frente Revolucionario Democrático. Otros grupos de cubanos, incluidos varios antiguos oficiales del ejército de Batista, muchos de ellos relacionados con Barquín y su complot de abril de 1956, ya habían empezado a entrenarse en secreto en Guatemala, y algunos estuvieron durante un tiempo en la propia escuela contraguerrillera que tenía Estados Unidos en Panamá. Pero este aspecto de las operaciones estaba todavía en una primera etapa. En realidad había menos de cien cubanos entrenándose.

Estos nuevos soldados cubanos no estaban enterados claramente de que eran soldados de Estados Unidos; a veces les decían que estaban pagados por «un grupo privado de empresarios norteamericanos», y otras, por «un millonario cubano». Es-

ta actitud tan poco sutil no engañaba a casi nadie. Pero estos hombres, una vez se habían decidido a trabajar con la organización norteamericana de espionaje, en realidad renunciaban a la libertad. Lo mismo hacían los políticos. Al cabo de los meses, estos hombres, aunque se pelearan entre sí y con sus benefactores, de hecho se convirtieron en norteamericanos, confiando en Estados Unidos para que les ayudara cuando las cosas iban mal y considerando su jefe al presidente norteamericano.

A Estados Unidos seguían llegando emigrantes regularmente: empresarios, rancheros, conspiradores, hombres con familia, familias sin padre. La facilidad con que los dejaban marcharse de Cuba y entrar en Estados Unidos era uno de los factores que debilitaban a los oponentes del régimen, haciendo que casi todos los que llegaban a Miami parecieran ser líderes de alguna nueva organización política, designada por unas ampulosas iniciales, pero que en realidad se limitaba casi a la familia más próxima del exiliado concreto. De este modo, Castro perdió potencial humano, pero también muchos oponentes potencialmente peligrosos.

Ahora, en Cuba, la recolección del azúcar estaba terminando otra vez. Se habían producido 5 800 000 toneladas. Pero la propia cosecha no era tan importante como el hecho de que había sido la última recogida bajo el sistema de libre empresa que, con todos sus aspectos de desperdicio e injusticia, había hecho de Cuba lo que era. En cuanto terminó la recolección, el INRA se apoderó de casi todo el terreno azucarero perteneciente a los molinos, 1 100 000 hectáreas. En estos terrenos se crearon un millar de cooperativas. Con las haciendas iban, desde luego, la maquinaria, las tiendas, muchos edificios y los que trabajaban en ellos; el INRA pasó a encargarse de muchas antiguas tiendas tal como estaban y abrió otras nuevas, o sea que a mediados de verano había más de dos mil «tiendas del pueblo». De momento, no tocaron los molinos propiamente dichos que, en teoría,

podían contar con la recolección de 1961, en la que, como avanzadas de la empresa privada, comprarían caña a las cooperativas y a los colonos que quedaran. Muchos molinos dudaban de que esta combinación pudiera durar. Y tenían razón, porque ahora, en Cuba, todo el sistema de la empresa privada estaba amenazado.

El 23 de mayo, el gobierno dijo a las tres grandes refinerías de petróleo de Cuba —Texaco, Royal Dutch y Standard Oil— que pronto llegaría una gran remesa de petróleo ruso, en cumplimiento del tratado de febrero, y que a partir de entonces se les pediría que refinaran 6000 libras diarias de petróleo crudo soviético. La capacidad de las refinerías era de 85 000 libras. Cuba ya les debía dieciséis millones de dólares por importaciones de petróleo. El requerimiento cubano redundaría en detrimento de Venezuela. Las compañías dudaron.

Entretanto, en La Habana había muchas idas y venidas. Sukarno hizo una visita y, según una versión, estuvo observando a Cuba muy atentamente y luego, no totalmente en broma, dijo a Castro: «¡Y usted llama a esto un país subdesarrollado!». Dorticós fue a hacer una gira de tres semanas por Sudamérica y, al mismo tiempo, Cuba hizo una inversión en equipos de radio de onda corta muy potentes para transmitir a Sudamérica, y un observador señala el viaje de Dorticós como el inicio de la campaña de Castro para «exportar su Revolución a Sudamérica». Núñez Jiménez, en la Unión Soviética, llegó a un acuerdo para comprar unas treinta fábricas nuevas, junto con los técnicos que habían de llevarlas, para fabricar todo, desde acero hasta lápices. Costarían ochenta millones de dólares, y la mitad de esta cantidad se pagaría en productos. Castro dijo provocativamente que Cuba podría producir más azúcar si no fuera por el cupo norteamericano; por primera vez parecía aceptar la línea dura expuesta por Guevara en marzo. A principios de junio abandonó formalmente la campaña para atraer a los turistas

norteamericanos. El Departamento de Estado había dicho hacía poco que pronto cesaría toda ayuda económica a Cuba. Pero, de todos modos, ya se limitaba a dos pequeños programas —seis técnicos en la estación experimental agrícola y otros que entrenaban a los cubanos en aviación civil— con un coste anual de menos de 200 000 dólares. En La Habana se produjo cierta tensión con la aparición de unos anuncios —preparados por la embajada norteamericana para que los utilizasen las empresas de la ciudad— que decían: «Esto es propiedad de Estados Unidos», como si estuviera a punto de llegar una invasión. Un grupo de estudiantes de la Universidad de Santa Clara se fue a las montañas; sus jefes fueron capturados y Plinio Prieto, un comandante del ejército rebelde; Porfirio Ramírez Ruiz (presidente de la Federación de Estudiantes de Las Villas), y Sinesio Walsh fueron fusilados: la primera ejecución de estudiantes desde enero de 1959. David Salvador, que nominalmente todavía era secretario general de los sindicatos, había pasado a la clandestinidad en junio, formando, con el exjefe del 26 de Julio en Camagüey, Joaquín Agramonte, el Movimiento 30 de Noviembre, llamado así por el día en que Frank País se había sublevado en Santiago. La rueda había dado la vuelta completa. El régimen consideraba tan bandidos a estos estudiantes como Batista había considerado a los hombres del 26 de Julio. Los campesinos no les habían ayudado mucho, y en realidad los jefes estaban acorralados en ciudades pequeñas para comprar comida. Más serio fue el paso a la política activa clandestina de Manuel Ray, el exministro de Obras Públicas. A mediados de verano había fundado otra organización secreta llamada Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), que para empezar, a diferencia del MRR, se negó firmemente a colaborar con la CIA. De todos modos, la CIA consideraba que Ray estaba demasiado a la izquierda. Sin embargo, el lema de Ray, «Fidelismo sin Fidel», sólo podía atraer a los sofisticados, y no a todos. A

las masas, la expresión les parecía un absurdo, y en cierto sentido lo era. Entretanto, los rumores de invasión llegaron incluso a la prensa norteamericana: el bien informado *Wall Street Journal*, por ejemplo, a principios de julio publicó un artículo que decía: «Ya hay funcionarios del gobierno que están considerando cómo se podría acelerar la caída de Castro a base de promover y apoyar discretamente a la oposición dentro de Cuba si… su prestigio… disminuyera».

A mediados de 1960, finalmente, se destruyó la libertad en la Universidad de La Habana. Ese centro de estudios tenía una larga tradición de dominio de un grupo de estudiantes duros, a menudo algo mayores, muy dados al uso de armas de fuego y al secuestro como medios para conseguir objetivos modestos, como la presidencia de los estudiantes de derecho o la subsecretaría del sindicato. Por lo tanto, los estudiantes que prepararon la desaparición de la autonomía universitaria en cierto modo fueron la apoteosis de una tradición tan antigua como deshonrosa.

Finalmente se provocó la subversión de la universidad por medio de un incidente cuidadosamente preparado en la facultad de ingenieros civiles. Un grupo de estudiantes fidelistas acusaron al profesor de hidráulica y a otro profesor, de forma completamente injusta, de hacer trampas en el procedimiento de exámenes. El claustro de la facultad se negó a destituir a estos hombres. Pero entonces los estudiantes nombraron a dos ingenieros como sucesores suyos, uno de ellos cuñado de Guevara. La Junta de la Universidad apoyó al claustro de la facultad. El 15 de julio de 1960, una gran reunión de estudiantes (aunque sin duda fueran una minoría respecto del cuerpo estudiantil) y algunos profesores condenaron a la Junta de la Universidad y «nombraron» una nueva junta para dirigir la universidad: cuatro profesores y cuatro estudiantes. Dos tercios de los profesores de la universidad se negaron a aceptar a la nueva junta rectora y fueron destituidos por ella. El 4 de agosto, el

gobierno constituyó a la junta rectora en cuerpo político y aprobó la creación de un comité de Reforma Universitaria para que cambiara el plan de estudios, los procedimientos administrativos y la política de la universidad.

La forma en que esta antigua universidad perdió sus libertades fue deplorable. Pero, en el pasado, estas libertades habían conducido tan a menudo a la licencia, su trama institucional estaba tan podrida por culpa de las luchas políticas y partidistas, que el mero hecho de la reforma probablemente no habría alterado el desequilibrio fundamental. El sofocante dominio político ejercido por estudiantes perpetuos sobre la FEU y sus subcomités y la corrupción e ineficacia de muchos profesores habían dado a la universidad una fama terrible. Igual que la prensa y los sindicatos, este bastión de la libertad no siempre se había encontrado en buen estado. Es penoso constatar que, después de la revolución radical de la universidad, los nuevos líderes estudiantiles, como Cubela, se dedicaron a circular en grandes coches, a darse buena vida y a desacreditar incluso a la revolución puritana en la que habían tenido una parte importante. La nueva junta rectora empezó a explorar a todo el mundo para sustituir a los profesores destituidos, reconociendo que durante un tiempo la educación se resentiría. Entretanto iban desapareciendo las demás salvaguardias de la libertad política. Así, el 5 de julio, un grupo de abogados de izquierdas, algunos con uniforme de miliciano, entraron en el Colegio de Abogados de La Habana y tomaron posesión de sus oficinas.

Por fin, a mediados de junio, las grandes compañías petrolíferas contestaron que no refinarían el petróleo soviético porque eso perjudicaría a Venezuela. El caso de los cubanos venía de una ley de 1938 que estipulaba que las refinerías extranjeras habían de refinar el petróleo crudo cubano, que las compañías definían como petróleo extraído del territorio cubano. Parece que el secretario del Tesoro de Estados Unidos había insistido mu-

cho para que las compañías se negasen a refinar el petróleo, a pesar de que las compañías se inclinaban (de mala gana) a acceder.

El gobierno cubano retrasó su respuesta unos días. Indudablemente, la situación requería una rápida consulta con Moscú. El 22 de junio, Herter, el secretario de Estado, apareció ante el Senado para defender un proyecto de ley que autorizaría a Eisenhower a reducir el cupo de azúcar. No se había hablado del proyecto desde principios de mes. «Este sería el momento adecuado —dijo Herter— para que Estados Unidos buscase el modo de diversificar sus fuentes de suministros y redujeran la dependencia de sus consumidores respecto del azúcar cubano». Este cambio de línea era contrario al parecer del embajador Bonsal, que, a pesar de estar en La Habana en una situación más lamentable que nunca, creía que Estados Unidos «deberíamos haber seguido con nuestra política de moderación durante más tiempo».

El 25 de junio llegó la respuesta de Castro: la acción de Herter demostraba todo lo que él había venido diciendo. Era una declaración de guerra económica. Cuba había de prepararse a pasar meses, incluso años, de privaciones por culpa de la política emprendida por Estados Unidos. Cuba no se moriría de hambre, pero faltaría hasta lo más necesario. Sin duda, habría un ataque armado. Sin embargo, por cada reducción del cupo se expropiaría un ingenio azucarero norteamericano.

Las consecuencias inmediatas de todo esto fueron que los precios mundiales del azúcar descendieron a 2,85 centavos la libra, por miedo de que el excedente de azúcar cubano inundase el mercado a un precio bajo. Castro se apresuró a fijar el precio de venta de su azúcar en 3 centavos y la cotización mundial subió, en medio del malestar, diez enteros, hasta 2,95 centavos. El 28 de junio, el Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, tras una breve discusión que re-

sultó insatisfactoria hasta para sus miembros menos exigentes, aprobó por unanimidad el proyecto de ley referente al cupo del azúcar que permitía a Eisenhower reducir los cupos en 1960 o eliminarlos. El mismo día, Castro firmó la orden por la que la refinería de petróleo Texaco, de Santiago, tendría que refinar el petróleo crudo soviético o ser expropiada. El 29 de junio, unos funcionarios petrolíferos cubanos llegaron a la Texaco, en Santiago, con dos barcazas cargadas de petróleo soviético. Los directores norteamericanos ya se habían marchado. Sabían lo que iba a pasar. El 30 de junio, en La Habana, fueron expropiadas las refinerías de Esso y Shell. El 3 de julio, el Senado aprobó la ley, también casi sin discutirla.

Eisenhower no firmó la ley del azúcar durante una semana. El Departamento de Estado insistió en que, en vez de reducir el cupo propiamente dicho, se aboliera la prima, de manera que, a partir de entonces, Cuba se situase al nivel de los demás productores sin pluses. El embajador en Cuba, Bonsal, todavía deseaba que la reducción fuese pequeña, pero Eisenhower decidió llegar hasta el final. El 6 de julio redujo el cupo de Cuba en 700 000 toneladas, lo que quedaba sin entregar del cupo cubano de 1960, y además en otras 156 000 toneladas, la cantidad que Cuba podría haber enviado a Estados Unidos para suplir los déficit de otros países. «Esta acción —pensó Eisenhower al firmar— equivale a una sanción económica contra Castro. Ahora hemos de pensar en dar otros pasos económicos, diplomáticos, estratégicos».

Castro acusó a Estados Unidos de agresión económica y, por primera vez, anunció que pronto dispondría de armas para la milicia; probablemente, Raúl Castro ya había llegado a un acuerdo en Checoslovaquia. El 9 de julio, en Cuba, más de seiscientas compañías norteamericanas recibieron órdenes de presentar declaraciones juradas de las materias primas, reservas, archivos, etc., con que contaban. Esto era una prefiguración evi-

dente de la completa nacionalización de la propiedad norteamericana. El mismo día, Kruschev declaró que los «artilleros» rusos podían defender a Cuba con cohetes si fuera necesario. La Unión Soviética, además, estaba dispuesta a quedarse con las 700 000 toneladas de azúcar que Estados Unidos había rechazado. Guevara señaló, muy satisfecho, que ahora Cuba estaba defendida por «la mayor potencia militar de la historia»; las armas nucleares se cruzaban en el camino del imperialismo. En la creciente marea de acusaciones y réplicas, provocación y desquite, ningún bando veía el final del túnel. Un nuevo intento de mediación por parte del presidente de Argentina, Frondizi, no tuvo éxito. La verdadera importancia de estos acontecimientos era que ahora el Partido Comunista de Cuba había de abandonar cualquier idea que hubiera podido tener de provocar a Estados Unidos a una intervención militar al estilo de la de Hungría en 1956; la Unión Soviética había dado algo así como una garantía, y, por lo tanto, al partido no le quedaba otro remedio que intentar dar orden y estabilidad a la economía cubana, muy alterada por tantas medidas arbitrarias.

El régimen de Cuba se proponía ahora diversificar su agricultura de manera que, en un plazo muy breve —quizá siguiendo los dictados del profesor Dumont— no tuviera que depender más del azúcar. Pero esto no podía conseguirse de la noche a la mañana. Entretanto, había que vender la enorme cantidad de azúcar que antes había ido a parar a Estados Unidos. Sólo por esta razón, Cuba habría deseado recurrir a la Unión Soviética. Parece que por entonces también Castro decidió que, para él, la libertad significaba libertad para escoger el comunismo si podía arreglarse, o por lo menos libertad para tener unas relaciones muy estrechas con el bloque soviético, y mientras tomaba estas decisiones, antiguos camaradas como Marcelo Fernández, el coordinador nacional del Movimiento 26 de Julio, y Oltuski, el ministro de Comunicaciones, que tanto había impre-

sionado a Sartre, salieron del gobierno. La nueva línea requería hombres nuevos.

Tras decidir burlar al cupo del azúcar, el problema de Cuba era cómo sacar el máximo partido de su abrogación por parte de Estados Unidos. Por lo tanto, ya era una ventaja que la abrogación hubiera sido unilateral y hubiera parecido un acto de agresión. Eisenhower y Herter hicieron exactamente lo que se esperaba de ellos. La abrogación provocó una gran simpatía internacional hacia Castro. Años después, muchos liberales mal informados, aunque bienintencionados, justificaban la comunistización de Cuba por parte de Castro como una respuesta a la política azucarera de Eisenhower. Pero esa política permitió a Castro responder con una serie de medidas que tal vez no se habrían producido entonces (o posiblemente nunca) y que, en cualquier caso, habrían sido más difíciles de justificar, incluso para los cubanos. Estas medidas de desquite provocaron el eclipse de todas las empresas norteamericanas y de la mayoría de las grandes empresas cubanas privadas en unos meses, con lo que se debilitaba toda posibilidad de que sirvieran de base para una ulterior oposición. Así pues, al parecer sólo por iniciativa de Castro, y probablemente contra los deseos y esperanzas de todos sus seguidores y de los comunistas, el 6 de agosto fueron expropiadas oficialmente la Compañía Telefónica Cubana, la Compañía Eléctrica Cubana, las refinerías de petróleo y todos los ingenios azucareros que antes sólo habían sido «intervenidos».

A mediados del verano de 1960, muchos trataron de precisar lo que había ocurrido en Cuba: «Hay muchas semejanzas entre la Revolución cubana y la china», observó Odón Álvarez de la Campa, el sindicalista manco, ante un auditorio en Pekín; los propios sindicatos habían adquirido una «filosofía revolucionaria» como órgano de adoctrinamiento revolucionario. Ahora, Cuba había vendido más de dos millones y medio de toneladas

de azúcar a países socialistas en 1960, y sólo algo más de dos millones a Estados Unidos. En agosto, Guevara, tan franco como siempre, dijo en el I Congreso de la Juventud Latinoamericana (cuya misión era unir a la juventud de América Latina contra el imperialismo yanqui): «Si me preguntaran si nuestra Revolución es comunista, yo la definiría como marxista. Nuestra Revolución ha descubierto con sus métodos los caminos que Marx señaló». En agosto, el X Congreso del Partido Comunista cubano, muy importante, prestó por fin lo que pareció pleno apoyo al gobierno revolucionario, aunque Blas Roca, como de costumbre, dedicó mucho tiempo a criticar lo que él consideraba una postura izquierdista, un peligro aún mayor que el imperialismo. Pero pareció que se había pasado completamente a la postura de su segundo, doctor Carlos Rafael Rodríguez, pues en el curso de su informe al Congreso manifestó su pleno apoyo a Castro como jefe y garantía de «máxima unidad».

Pero si la sociedad cubana estaba transformándose de acuerdo con unas líneas controladas y socialistas, Castro seguía siendo un caudillo, una figura familiar en América Latina, pero un caudillo excéntrico, que permanecía inquieto, como si siguiera en la lucha por el poder, todavía rebelde, todavía con el uniforme verde de la selva. Muchas cosas dependían de él. A principios de julio estuvo enfermo: tuvo una infección intestinal complicada con pleuresía en un pulmón. Pero el 26 de Julio estuvo lo bastante bien como para «volver a dedicar la nación a los objetivos de la Revolución» junto con casi un millón de personas. También entonces inauguró el pensionado de montaña Camilo Cienfuegos para los hijos de campesinos de la Sierra Maestra que vivían en lugares demasiado dispersos para poder ir normalmente a la escuela. Se estaban comprando rifles belgas y checos para armar a la nueva milicia, que afirmaba tener 200 000 hombres. Pero su principal empeño era hacer de Cuba

«un ejemplo que pueda convertir a la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio».

Este atronador vocerío era registrado cada día en Washington. También lo era el hecho de que los comerciantes dedicados al negocio de importación habían quedado eliminados casi por completo; en las zonas rurales, las empresas libres tocaban a su fin, puesto que las «tiendas del pueblo» vendían sus artículos a bajo precio y concedían generosos créditos. Las clases altas habían sufrido un incremento en los impuestos y las leyes contra la evasión de capitales eran ahora mucho más rígidas. Entretanto, los bancos estadounidenses se negaban a cambiar pesos; en el mercado negro, el peso se cotizaba tan sólo a 60 centavos de dólar. Y a mediados de julio se formó un Comité de Rescate del Caribe para ayudar y recibir a los refugiados cubanos en Estados Unidos (igual, técnicamente, que a los exiliados de la República Dominicana, aunque estos últimos eran más bien escasos).

A mediados de agosto se celebró una reunión especial de ministros americanos de Asuntos Exteriores de la OEA en San José de Costa Rica, a propuesta de Cuba y de Estados Unidos. Christian Herter (que había sucedido a Dulles) trató de convencer a la conferencia para que condenase a Cuba por poner en peligro al hemisferio. Muchos sudamericanos no quisieron acceder, no tanto porque a ello les impulsara la conciencia como porque sabían lo popular que era Castro en sus propios países. Finalmente se nombró un comité mediador entre Cuba y Estados Unidos, pero la delegación cubana se había retirado oficialmente. Como era de esperar, Castro, en La Habana, condenó a la OEA como una organización al servicio de Estados Unidos, y habló con desprecio del programa de ayuda a América Latina por valor de seiscientos millones de dólares que Eisenhower había propuesto recientemente. Sin embargo, al final, Estados Unidos quedó decepcionado por lo que ocurrió en San José; se

aprobó una resolución que condenaba toda intervención en América por parte de estados no americanos y declaraba que los estados totalitarios eran incompatibles con el sistema continental. Pero el Departamento de Estado había esperado una condena de Castro y de Cuba, y no se mencionaba a uno ni a otra.

En uno de sus discursos más famosos, el 2 de septiembre, respondió a la «Declaración de San José» de la OEA con una «Declaración de La Habana». Cuba aceptaba los cohetes ofrecidos por la Unión Soviética para repeler una invasión norteamericana. Reconocía a la China continental. «¿Qué hemos hecho para merecer la Declaración de San José?», preguntaba, y respondía: «Nuestro pueblo no ha hecho más que romper sus cadenas». Además dio un toque de clarín a los oprimidos de América Latina para que también se libraran de sus cadenas. Se dijo que esta declaración había sido aprobada por la Asamblea Nacional del pueblo cubano, es decir, la gran muchedumbre de la plaza. El 5 de septiembre, el ministro de Economía, Boti, representante de Cuba en el Comité de los 21 de la OEA, condenó el plan de ayuda de Eisenhower; eran necesarios por lo menos 30 000 millones de dólares, como había dicho Castro en Buenos Aires en 1959. Cuba no firmaría la Declaración de San José y a partir de entonces se autoexcluiría de todos los programas norteamericanos de ayuda a América Latina. Finalmente, el 18 de septiembre, Castro fue a Nueva York con un gran séquito para asistir a una sesión de las Naciones Unidas.

Esta segunda visita de Castro a Estados Unidos fue muy diferente de la primera. Esta vez no hubo aclamaciones. En el mejor de los casos había silencio; en el peor, manifestaciones hostiles y tumultos esporádicos, en uno de los cuales murió una niña de nueve años. Se produjeron unas ridículas disputas sobre el lugar donde se alojarían los cubanos; la delegación llegó al Hotel Shelbourne, en la zona este de Nueva York, pero se mar-

chó rápidamente diciendo que era demasiado caro, y fue a parar al Hotel Teresa, en Harlem. Castro no se exhibió casi nada, sólo fue dos veces a la ONU y una vez estuvo invitado en la delegación soviética. Su discurso a la ONU duró cuatro horas y media: fue el más largo de los discursos pronunciados allí. Lo hizo bien, con su elocuencia habitual y con dramatismo, pero no consiguió impresionar a la prensa norteamericana, que consideró el discurso absurdo y lleno de mentiras. Pero como fue entonces cuando Kruschev se enojó públicamente y golpeó la mesa, ningún aliado de la Unión Soviética podía esperar una buena acogida, a pesar de que los motivos de Kruschev tuvieran que interpretarse en términos de su propia lucha por el poder en su país. Castro salió hacia Cuba el 28 de septiembre, en un avión soviético que tuvo que pedir prestado apresuradamente cuando no dejaron salir a su propio avión, que quedó embargado por deudas cubanas. Más de la mitad de su delegación tuvo que quedarse. La visita no había servido para mucho.

Mientras Castro estaba en Nueva York, Cuba había empezado a proyectar su sombra sobre las elecciones presidenciales. El senador Kennedy, de los demócratas, empezó a hablar de este punto como si se tratara de otro fracaso republicano. Una vez empezó a tratar el tema con su plana mayor y dijo: «Muy bien, pero ¿cómo habríamos salvado nosotros a Cuba si hubiéramos estado en el poder?». Luego añadió: «¡Qué demonios! Ellos nunca nos dijeron cómo habrían salvado a China». En ese espíritu, indudablemente, cayó en la tentación de utilizar el asunto muy a menudo. Así pues, el 23 de septiembre (mientras Castro aún estaba en Nueva York), Kennedy dijo que él habría tratado a Cuba de un modo muy diferente durante los últimos años del régimen de Batista, «pero ahora hemos de dejar muy clara nuestra intención… de hacer valer la doctrina Monroe… y de que no quedaremos satisfechos hasta que se restaure la democracia en Cuba. Hay que apoyar a las fuerzas que luchan por

la libertad en el exilio y en las montañas de Cuba». Nixon, que naturalmente sabía que el entrenamiento de los exiliados ya estaba en marcha, no podía pronunciarse con tanta vehemencia: «Debemos reconocer que la solución a la amenaza de Castro no es rápida ni fácil», pero «cuando se dé el momento y la oportunidad, el pueblo de Cuba encontrará el medio para recuperar la libertad».

Pero ocurría que justo entonces la CIA se estaba encontrando con problemas en su busca de esa oportunidad: ahora veían que el frente político que habían construido estaba dando mal resultado y deseaban que, en su lugar, hubiera un jefe único. Richard Bissell había descubierto que los cubanos eran «incorregibles, completamente incapaces de formar un frente tras un jefe único». Un líder del frente de la CIA, Sánchez Arango, hombre difícil para trabajar con él, según la opinión general, dimitió acusando a la CIA de haberse embarcado en «una serie inacabable de presiones y repulsas». Justo Carrillo dimitió del frente el 30 de septiembre diciendo que «en él prevalecían los intereses más siniestros». Con esto quería decir que en él estaban recibiendo apoyo antiguos batistianos. Tony Varona se convirtió en el coordinador oficial de los exiliados, pero Artime siguió siendo el jefe militar (aunque permaneciendo en Miami).

La embajada de Estados Unidos en La Habana, un edificio cada vez más sombrío y solitario, aconsejó a todos los norteamericanos que salieran de Cuba lo antes posible. Castro no tenía inconveniente en reconocer los problemas que le creaba la oposición; en el mes de octubre se habían reunido un millar de rebeldes en la Sierra de Escambray, apoyados ahora en secreto por un viejo amigo de Castro, el comandante norteamericano Morgan, y por otros que habían luchado en aquella zona durante la guerra contra Batista. Al pie de las montañas de Escambray llegaron fuertes contingentes de milicianos a las órdenes del propio Castro, y los campesinos de la región fueron

evacuados metódicamente para impedir que los rebeldes dispusieran de comida. Además, en La Habana y otras ciudades, el MRP de Ray estaba entrando en actividad.

En Escambray, la lucha, que durante un tiempo pareciera ominosa, duró menos de lo que era de esperar. Muertos de hambre, los rebeldes se lanzaron a escaramuzas muy arriesgadas y varios de sus jefes, antiguos estudiantes o rebeldes, murieron o fueron ejecutados. Morgan y otro comandante, Jesús Carreras, del Directorio, fueron capturados (y ejecutados unos meses más tarde). Algunos prisioneros fueron condenados a veinte o treinta años de cárcel. Al parecer, este importante reto a Castro no recibió mucha ayuda de la CIA, que consideraba poco seguros a los guerrilleros.

El 6 de octubre, en Cincinnati, Kennedy acusó específicamente a Eisenhower de haber creado en Cuba «la primera base del comunismo en el Caribe», y acusó al gobierno de Eisenhower de dejar que Castro obtuviera las armas que necesitaba para la victoria, mientras volvía a condenarlo por haber apoyado a Batista: «No hicimos nada para convencer al pueblo de Cuba y de América Latina de que queríamos estar de parte de la libertad».

Quizá como consecuencia de estas acusaciones, Eisenhower anunció el 13 de octubre que quedaban completamente prohibidas todas las exportaciones norteamericanas a Cuba, excepto las de medicinas y algunos productos alimenticios. El secretario de Comercio, Müller, dijo bromeando: «Si esto los obliga a comerciar con el bloque comunista, tanto peor. Al fin y al cabo, últimamente hemos sido nosotros quienes nos hemos visto obligados a muchas cosas».

En Cuba, la respuesta fue rápida. Durante el fin de semana del 14 y 15 de octubre, el capitán Núñez Jiménez, director del INRA, se apoderó de 382 grandes empresas privadas de Cuba,

incluidos todos los bancos (excepto dos canadienses), todos los ingenios azucareros que quedaban, dieciocho destilerías, sesenta y una fábricas textiles, dieciséis molinos de arroz, once cines y trece grandes almacenes. A continuación vino una segunda ley de reforma urbana que estipulaba que nadie podría ser propietario de más de una residencia. Los arrendatarios de propiedades alquiladas pasaban a ser inquilinos del Estado, y tras cierto número de años se convertirían en propietarios absolutos, mientras que los dueños recibirían una compensación, aunque nunca superior a los 350 dólares mensuales. El 25 de octubre, Castro nacionalizó otras 166 empresas norteamericanas. Los nombres más destacados del capitalismo internacional norteamericano se vieron arrollados en silencio y casi sin que se produjeran protestas. El 29 de octubre, el embajador Bonsal fue retirado para un «extenso período de consultas». Nunca volvió, aunque la embajada norteamericana continuó en La Habana hasta enero de 1961, cuando Castro dijo a los cubanos que se produciría una invasión norteamericana antes de que Eisenhower abandonara la presidencia el 20 de enero; ordenó una movilización general, explicando que la excusa para la invasión sería la falsa acusación de que Cuba estaba construyendo rampas para cohetes en su territorio. Por lo tanto, exigió que Estados Unidos redujera el personal de la embajada a dieciocho miembros. Entonces Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas. Ni el 15 ni el 25 de octubre se sintieron muy complacidos los comunistas; Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez se abstuvieron de hacer comentarios en *Hoy*. Indudablemente no habían sido consultados.

Queda por explicar un incidente que señaló el fin de una etapa de la historia cubana. El 11 de octubre de 1960, Che Guevara, presidente del Banco Nacional, mandó llamar a Julio Lobo, el rey del azúcar, que se había quedado en Cuba a pesar de que hacía casi un año que Castro le había desengañado. Había vivi-

do tranquilamente en su plantación, haciendo planes para la emigración de su familia. Hasta entonces, sus ingenios azucareros habían funcionado normalmente, aunque le habían quitado la tierra. Cuando Guevara le mandó llamar supuso que quería hablar con él de un dinero que le debía el Banco Nacional por haber edificado los hoteles Capri y Riviera. Pero Guevara, con su sinceridad de siempre, explicó a Lobo que él y sus ayudantes habían estado examinando en detalle sus cuentas pasadas con morbosa atención y que no habían encontrado ni una sola irregularidad. Por esto, «habían dejado el último» a Lobo, pero ahora había llegado su turno. «Somos comunistas —dijo Guevara— y nos es imposible permitir que usted, que representa "la idea misma" del capitalismo en Cuba, siga como está». Por lo tanto, Lobo tenía que desaparecer o «integrarse» en la Revolución. Lobo señaló que seguramente Kruschev creía en la coexistencia pacífica de dos sistemas de producción y en la competencia pacífica entre ellos. Guevara contestó que aquello estaba muy bien entre naciones, pero que dentro de la misma nación no podía ocurrir una cosa así. Lobo preguntó cómo podía integrarse en la Revolución. Guevara le propuso que se convirtiera en el director general de la industria azucarera cubana, a las órdenes del gobierno revolucionario, y que se encargase del comercio, la agricultura y la industria. Guevara añadió que Lobo, naturalmente, perdería sus haciendas, pero que le concederían el usufructo de Tinguaro, su ingenio favorito. Lobo, que en tiempos pasados habría estado muy contento con la oportunidad de racionalización y modernización que un nombramiento así podía haberle dado, pidió que le dieran tiempo para considerar la oferta. Guevara accedió y Lobo se comprometió a dar una respuesta a Guevara o a uno de sus ayudantes (pues Guevara iba a salir al cabo de poco para Moscú) en el plazo de una semana. Lobo volvió a casa e hizo planes para una huida inmediata. Dio instrucciones a su secretaria para que sacara todo lo

que pudiera de los bancos y lo enterrara en el antiguo pasadizo secreto que había debajo de su oficina situada en la parte vieja de La Habana. Pero al día siguiente su casa fue sellada y puesta bajo custodia. Lobo se fue a Miami el 13 de octubre, dejando tras de sí sus grandes empresas, sus palacios, su Greco y demás cuadros espléndidos y sus mechones del cabello de Napoleón.

96

Estados Unidos se prepara para la batalla

Durante las semanas culminantes de la campaña para la presidencia de Estados Unidos en 1960, Cuba se convirtió por unos días en el tema central. El 18 de octubre, Nixon dijo a su auditorio en Miami que el nuevo régimen cubano era un cáncer intolerable. «La paciencia —dijo— ya no es una virtud». El gobierno, insinuó claramente, tenía ya programadas varias medidas para destruir aquel «bandidaje económico». El 20 de octubre, el equipo de Kennedy hizo una declaración muy provocativa sobre la necesidad de reforzar a los cubanos que luchaban por la libertad. Nixon se molestó. Creía, dijo más tarde, que Allen Dulles ya había informado a Kennedy sobre los planes de la CIA durante un informe general sobre asuntos exteriores. Pero, al parecer, estaba mal informado. Nixon supuso que Kennedy estaba reconviniendo al gobierno por no hacer lo que en realidad él sabía que estaban haciendo en secreto. De ahí que la discusión del tema de Cuba en el cuarto debate electoral televisado en el que participaron los dos fuera algo extraña. Nixon, para garantizar la seguridad de sus operaciones clandestinas, acusó a Kennedy de «irresponsabilidad peligrosa» y de comprometer a todos los amigos de Estados Unidos en América Latina. Nixon dijo: «¿Qué podemos hacer? Podemos hacer lo que hicimos en Guatemala. Había un dictador comunista… finalmente, los propios guatemaltecos se sublevaron y lo expulsaron…». Kennedy respondió diciendo que la mera cuarentena económica era demasiado poco y llegaba demasiado tarde.

Esta discusión tan peculiar dio unos resultados todavía más peculiares. Los editoriales liberales alabaron a Nixon; los co-

lumnistas de la derecha, como George Sokolosky, alabaron a Kennedy por hablar en un tono de Theodore Roosevelt y estar más próximo a la actitud nacional del Partido Republicano que al confuso internacionalismo de la administración Eisenhower. Más adelante, esto tendría consecuencias en la política cubana de Kennedy.

Sin embargo, hubo voces democráticas diferentes, sobre todo la de Adlai Stevenson, que entonces estaba en plena campaña en Carolina del Norte. El 25 de octubre hizo un discurso que contradecía la postura de Kennedy, atacando incluso el embargo económico que, según él, impulsaría más a Cuba hacia el bloque soviético. Además, telefoneó a Kennedy para manifestarle su preocupación por la línea dura que había estado empleando y, probablemente como consecuencia de esto, Kennedy abandonó durante un tiempo el tema de Cuba, retirándose definitivamente de su posición militante, para alivio, sobre todo, del *New York Times*.

De momento, en Guatemala sólo estaban entrenándose de 400 a 500 cubanos. Sin embargo, ya no era ningún secreto. El 30 de octubre, un periódico guatemalteco, *La Hora*, publicó un editorial de primera página escrito por un eminente periodista, Clemente Marroquín Rojas, explicando que existía el plan de invadir Cuba, «preparado no por nuestro país, que es tan pobre y está tan desorganizado, sino virtualmente por Estados Unidos». El ministro guatemalteco de Asuntos Exteriores negó esto, pero la oposición pidió una investigación. Quizá fueran pocos los norteamericanos que leían periódicos guatemaltecos, pero algunos lo hacían, entre ellos Ronald Hilton, editor de una admirable publicación mensual, el *Hispanic American Report*. Escribió un editorial en el número de noviembre, explicando que Castro estaba enterado de los planes de invasión, aunque no lo estuviera la opinión pública de Estados Unidos.

La finalidad del entrenamiento en Guatemala seguía siendo la de organizar un movimiento de guerrilleros en la línea del que ya existía en Escambray. Se lanzarían desde el aire armas y suministros para ayudar a los grupos guerrilleros. En agosto, Eisenhower había asignado trece millones de dólares a este proyecto. Pero ya le habían propuesto abandonarlo y organizar en su lugar una invasión, con protección aérea a base de aviones norteamericanos (como en 1954 en Guatemala) pilotados por cubanos. A principios de noviembre ya se había acordado introducir este cambio de política tan importante. De todos modos, los instructores de guerrilleros de la CIA abandonaron Guatemala, y en su lugar llegaron otros encargados del entrenamiento para un ataque convencional, con tanques, artillería y apoyo aéreo. En Miami se inició el reclutamiento para la operación cubana sobre una base más sólida. Pero de momento se consideraba que para la invasión se requerirían unos mil hombres, como mucho.

En parte, esta decisión se basaba en la suposición de que la fuerza asaltante no tendría más que desembarcar y alrededor de ella surgiría un ejército formado por los descontentos. En Guatemala, en 1954, los aviones de la CIA no habían hecho más que sobrevolar la capital y el régimen de Arbenz se había desvanecido. Indudablemente, en Guatemala la CIA había tenido un éxito inesperado, aunque tal vez podría haber aprendido algo de la errónea apreciación anglofrancesa de lo que ocurriría en Egipto en 1956, y del hecho de que había tres diferencias evidentes entre Cuba y Guatemala: primera, en el último país, el régimen revolucionario nunca había tenido tanta influencia sobre la gente como Castro; segunda, Castro había destruido el ejército tradicional, y Arbenz no, y tercera, Cuba era una isla y, por lo tanto, más fácil de defender contra un duque de Brunswick que Guatemala.

«El objetivo de la brigada invasora —dijo Bissell más tarde — era concretamente establecer una cabeza de puente… y *a continuación* destruir la fuerza aérea de Castro [es decir, desde una pista que habrían tomado]. Podía haberse formado un gobierno que pudiera reconocer Estados Unidos… No esperábamos que los movimientos clandestinos tuvieran mucho papel». Por lo tanto, llegamos fácilmente a la conclusión de que la CIA esperaba que este gobierno fuera el receptor de una ayuda sustancial y clara por parte de Estados Unidos. En realidad, la única explicación lógica para un proyecto de ataque a Cuba con 800 o 900 hombres era que este daría pronto a Estados Unidos la oportunidad de intervenir.

En noviembre de 1960, Manuel Ray huyó de Cuba, dejando tras de sí el MRP muy bien organizado y con buena moral tras haber rescatado de forma muy arriesgada de La Cabaña a varios oficiales condenados al mismo tiempo que Matos. Los planes de Ray en Miami fueron los mismos que había tenido en Cuba: derrocar a Castro desde dentro de Cuba y, en lo político, continuar la obra reformadora de la Revolución en la línea de los liberales de 1959. Pero la CIA seguía desconfiando de los movimientos clandestinos cubanos: Bissell, principalmente, por la poca seguridad de los cubanos; «Frank Bender», quizá, por sus aspiraciones progresistas. Indudablemente, el error de Ray fue el de tener relaciones con Estados Unidos. Pero lo malo era, como en el caso de todas las revueltas que se han producido contra la autoridad en Cuba desde el siglo XIX, que ningún rebelde cubano podía convencerse de esto. Incluso Ray empezó a esperar cada vez más de la CIA, a pesar de que se situó en la oposición también entre los exiliados de Miami. Y Ray, pese a su valor y atractivo personales, no podía convertirse en un jefe político de importancia internacional.

El 17 de noviembre, Allen Dulles y Bissell hablaron por primera vez al presidente electo, Kennedy, del proyecto de inva-

sión. Kennedy dijo que estaba «asombrado por su magnitud y osadía», y podía estarlo, pues reflejaba casi exactamente lo que él había pedido, quizá no totalmente en serio, durante la campaña electoral. «Dulles consideró que la respuesta era suficientemente afirmativa —dice Schlesinger— para tomarla como una orden de dar curso al asunto». Pero, al mismo tiempo, Kennedy, «a partir de ese momento tuvo serias dudas». Así pues, Kennedy, muy hamletiano, fomentó algo de lo que en realidad recelaba, quizá atrapado ya por el dilema entre la política que había propugnado durante la campaña y la que consideraba prudente, dilema que había de obsesionarle durante todo su mandato.

Entretanto habían ocurrido muchas cosas. A principios de diciembre, los planes de invasión de la CIA fueron presentados al «comité secreto interdepartamental encargado de las operaciones especiales», pero al parecer no fueron aprobados de un modo oficial. De momento, los jefes de Estado Mayor norteamericanos no sabían nada de lo que se planeaba. El próximo cambio de Administración provocaba cierta confusión. Se tardaba más en tomar decisiones.

> La Administración saliente se mostraba reacia a tomar la responsabilidad de algo que no iban a hacer ellos mismos [recordaba Bissell], y los que llegaban se mostraban reacios a tomar decisiones antes de ver los papeles. Y esto era importante, porque en Cuba la situación era cada vez más difícil.[55]

Para entonces, la noticia del entrenamiento en Guatemala ya no era ningún secreto. Después del *Hispanic American Report*, *Nation* y luego *Los Angeles Mirror* y *St. Louis Dispatch* se pusieron a hablar de los campamentos secretos. En Miami, todos los cubanos sabían dónde estaban los centros de reclutamiento, especialmente después de la visita que hicieron en Navidad un grupo de cubanos de Guatemala, en gira de reclutamiento. Estos tuvieron varios choques con los políticos del Frente, y en realidad los mismos del Frente estaban todavía peleándose. La CIA

seguía sin querer tratos con el grupo de Ray. A varios miembros de este grupo se les negó el permiso para unirse a la expedición, incluido por lo menos uno de los oficiales del grupo de Matos que había sido rescatado de La Cabaña en octubre. El encargado del reclutamiento era Joaquín Sanjenís, hermano del líder del MRR que estaba en la cárcel en Cuba y sobrino del secretario de José Miguel Gómez; parece que favoreció el reclutamiento de derechistas. Y tampoco le importaba reclutar batistianos. Los antagonismos consiguientes parecieron peores al empezar a ser conocidos del público, cosa que ocurrió el 6 de enero, cuando *Time* informó de que Ray no conseguía que Estados Unidos le diera fondos, mientras que el Frente dirigido por Varona estaba recibiendo abundantes suministros —135 000 dólares mensuales con regularidad y 500 000 dólares ocasionalmente—; el 10 de enero, el *New York Times* llegó incluso a publicar un mapa de la base de Guatemala.

Eisenhower decidió no hacer nada al respecto. Los rumores llevaron a Castro a una movilización general, permitiéndole incitar a los soviéticos a que enviaran todavía más armas. Entretanto, el gobierno de Guatemala declaró que los campamentos eran para adiestrar a hombres que resistieran un ataque cubano inminente. Un grupo de periodistas norteamericanos visitó la base, situada en la plantación de café de Alejos. Durante la visita estuvieron invitados los pilotos cubanos. En Europa, unas revelaciones así sobre las intenciones de un gobierno habrían provocado una tormenta. En Estados Unidos, la organización constitucional de la oposición era más fuerte. Además, había pocas personas dispuestas a criticar públicamente un ataque contra Castro. Desde luego, Kennedy no se contaba entre ellas. A juzgar por sus declaraciones televisadas el 20 de octubre, incluso podría haberse supuesto que Nixon era el adalid de los liberales. Pero, en aquellos momentos, Nixon tenía sus propios problemas.

También había problemas en la base de Guatemala. Los antiguos jefes consideraron que algunos de los recién llegados de Miami estaban conspirando. Entonces dimitieron, llevándose consigo a 230 hombres de una fuerza que aún no pasaba de los 550. Un jefe de la CIA arengó al pequeño ejército y convenció a casi cuarenta para que continuaran adiestrándose. A doce hombres, considerados incorregibles, los tuvieron prisioneros en un lugar apartado del norte de Guatemala. Pero el motín siguió en marcha.

En estas circunstancias, Kennedy tomó las riendas del poder el 20 de enero. Dos días después, Allen Dulles y el general Lemnitzer, en representación de los jefes de Estado Mayor, repasaron los planes de invasión ante los miembros de la nueva administración —Rusk, MacNamara y Robert Kennedy—. Para entonces, los jefes de Estado Mayor ya habían empezado a ocuparse de los planes cubanos, tras haber «hecho objeciones tácitas» a principios de mes sobre la prohibición de participación norteamericana. Sin embargo, los proyectistas de la CIA ya estaban buscando posibles zonas de desembarco en los mapas del sur de Cuba. El 26 de enero, Kennedy tuvo su primera reunión para tratar el tema de la invasión; estuvo «prudente y reservado». Dejó que la CIA continuara con sus preparativos mientras él se ocupaba de la articulación del plan general para el desarrollo latinoamericano, del que ya había hablado en su campaña electoral, una «Alianza para el Progreso». Si no hubiera sido por la cuestión cubana, indudablemente un plan así nunca hubiera recibido ningún apoyo.

Kennedy estaba indeciso sobre la conveniencia de llevar a cabo la invasión. Uno de sus consejeros, Schlesinger, se la desaconsejaba por la sencilla razón de que «fijaría una imagen malévola de la nueva Administración». Sin embargo, los jefes de la CIA eran muy partidarios de seguir adelante; Allen Dulles preguntó: ¿qué se podía hacer con los cubanos entrenados si no se

los enviaba a la guerra? ¿No se trataba de un «problema de colocación»? Volverían desconsolados a Miami a quejarse, y el prestigio de Estados Unidos disminuiría; y, con él, la causa de la democracia. Kennedy convino en que la «cosa más sencilla sería dejar que los cubanos fueran adonde anhelaban ir: a Cuba», con un riesgo mínimo para Estados Unidos. Sin embargo, no debería haber intervención militar norteamericana. Las incursiones aéreas eran demasiado arriesgadas. Kennedy rechazó la idea de desembarcar en Trinidad, presentada por Bissell, considerándola demasiado espectacular; la CIA sugirió como alternativa bahía Cochinos, y los jefes de Estado Mayor estuvieron de acuerdo, aunque preferían Trinidad. El 15 de marzo, Kennedy dijo a la CIA que siguiera adelante partiendo de la base de que la invasión tendría lugar, pero de tal modo que pudiera ser suspendida veinticuatro horas antes del momento en que hubiera de iniciarse; un expediente algo desesperado, se mire como se mire. Ahora parecía que a Kennedy, aunque personalmente no fuera partidario de la invasión, le estaban convenciendo para que siguiera adelante los consejeros de mayor edad, heredados de Eisenhower. Pero, además, estaba atrapado por las ideas que él mismo había propuesto el otoño anterior. ¿Cómo podía abandonar una política de la que había sido él mismo portavoz frente a los republicanos?

Kennedy transigió al decir a la CIA que tratase de hacer más liberal la organización de los exiliados. Esta lo hizo incorporando al Frente el grupo de Manuel Ray. El 18 de marzo, el Frente eligió «presidente provisional de Cuba», de una lista de seis nombres presentada por la CIA, al doctor Miró Cardona, primer jefe de gobierno de la época de Castro (que en invierno había llegado a Miami desde La Habana). El 22 de marzo, Ray firmó un acuerdo con su antiguo antagonista, Varona, por el que permitían que Miró fundara una «junta revolucionaria cubana», que se convertiría en el gobierno provisional de Cuba

tras el éxito de la invasión. Esta junta mantendría a la mayoría de sus miembros en Cuba. Daría una prioridad máxima a la ayuda a los combatientes que ya estaban en Cuba. Nadie que hubiera tenido «un puesto de responsabilidad» en la época de Batista podría ingresar en el nuevo ejército cubano. En el plazo de dos semanas se llegaría a un acuerdo sobre «la manera eficaz de actuar respecto de los latifundios».

La junta estaba formada simplemente por el antiguo Frente más Ray. Droller-Bender insistió en que Artime fuera el jefe militar. Muchos exiliados destacados se unieron para apoyar a la junta. Ray, según Bissell, «estaba ansiando ponerse en marcha desde marzo». De nuevo en Washington, Schlesinger preparó un libro blanco para demostrar que Castro había traicionado a la Revolución: en él se decía que «no nos oponemos», como manifestó Kennedy, «a la Revolución cubana, sino al hecho de que Castro la haya puesto en manos de los comunistas».

Sin embargo, ahora había una destacada diferencia de opinión entre la Casa Blanca y los jefes de Estado Mayor, por un lado, y la CIA, por otro. Los dos primeros suponían que la última contaba con que la invasión se vería apoyada por sublevaciones a gran escala dentro de Cuba, mientras que la CIA tenía una idea mucho más «tipo Anzio». No se estaba haciendo ningún esfuerzo especial para coordinar los movimientos de las fuerzas guerrilleras internas, aunque al parecer la CIA creía que entonces, en Cuba, había 2500 militantes activos en el ejército, 20 000 partidarios en las ciudades y, tras ellos, una cuarta parte de la población cubana. La filial de la CIA en Cuba no sabía nada de la invasión proyectada, y la Central no consiguió sostener a sus propios agentes en Cuba. El motivo, como siempre, era la poca seguridad que ofrecían los cubanos. Pero, al parecer, esta falta de confianza en las guerrillas cubanas no fue comunicada a Kennedy, que de todos modos no parecía querer enterarse de muchos detalles y se mostraba «cada vez más escéptico» según

iba pasando el tiempo. Cuando Schlesinger dio a Kennedy el texto de su libro blanco, le preguntó: «¿Qué piensa de esta maldita invasión?». «Lo menos posible», dijo Kennedy.

Ahora había que tomar una decisión: ¿tendría lugar la invasión o no? Adlai Stevenson fue a Washington y

> manifesté mi alarma por los informes de la prensa y pregunté [a Kennedy] concretamente qué estaba pasando… [Kennedy] dijo que podía estar seguro de que en cualquier cosa que se planeara no se vería complicado Estados Unidos. Yo dije que esto me aliviaba mucho… Creo que en aquellos momentos me di cuenta de que Kennedy estaba muy preocupado por la cuestión de si estaba haciendo o no lo que tenía que hacer.

El 30 de marzo, el senador Fulbright manifestó las mismas dudas que Stevenson en un memorando: si dejaban que los exiliados derrocasen a Castro, serían condenados por todos como modelo de imperialismo; si las cosas iban mal, Estados Unidos sufriría inevitablemente la tentación de utilizar sus propias fuerzas armadas; él, en cambio, era partidario de reprimirse: «El régimen de Castro es una espina clavada en la carne… no un puñal en el corazón». Pero, quizá por desgracia, Kennedy pasó la Pascua en Palm Beach, más próximo a la influencia de los exiliados y de su viejo amigo, el exembajador Earl Smith. Volvió más militante. El 3 de abril se publicó el libro blanco de Schlesinger: «La situación actual de Cuba presenta un desafío grave y urgente al hemisferio occidental y al sistema interamericano… [y] supone un peligro claro y actual para la revolución auténtica y autónoma de América». El 4 de abril se celebró una reunión decisiva. Dulles y Bissell repitieron sus conocidos puntos de vista a favor de la acción, con algunos argumentos nuevos. El momento para aplastar a Castro era ahora o nunca; si Estados Unidos tardaba, Castro tendría Migs soviéticos y pilotos adiestrados por los soviéticos. Mientras la expedición estuviera totalmente «cubanizada» no importaba mucho ni siquiera que fracasara. Los supervivientes podían llegar rápidamente a la Sierra de Escambray, aunque al parecer nadie se daba cuenta de que

aquellas montañas estaban casi a 160 kilómetros de la playa. Dulles había dicho que creía que el éxito sería más fácil que en Guatemala en 1954. Un emisario de la CIA venido de Guatemala informó de que la brigada se encontraba en un estado de ánimo muy bueno. En cuanto al Departamento de Estado, Rusk, que al parecer desconfiaba del proyecto, no insistió mucho en su postura. El más sincero de sus ayudantes, Thomas Mann, dijo que él se habría opuesto al plan al principio, pero que ahora que la cosa había ido tan lejos, había de continuar. McNamara era partidario de la invasión; le influyeron las opiniones favorables de todos los jefes de Estado Mayor. A. A. Berle hijo, deseaba «introducir a los hombres en Cuba, pero no insistió en una producción importante», aunque no está claro qué significaba eso. Sólo Fulbright se opuso abiertamente a la invasión. Schlesinger, también francamente hostil, estaba demasiado intimidado para hablar. ¿Cómo iba a intervenir él, «un mero profesor», cuando los jefes de Estado Mayor y los secretarios de Estado y Defensa daban su aprobación? Pero después dijo a Kennedy lo que pensaba, y más tarde dijo lo mismo en un memorando. A pesar de todo, Kennedy decidió seguir adelante, al parecer, suponiendo que no se trataba de una invasión anfibia, sino de una infiltración a gran escala. Quizá él también estaba intimidado por los consejeros más antiguos, caso tristemente habitual en las relaciones entre políticos y burócratas en las democracias.

Entretanto, la Junta Revolucionaria Cubana se preparaba a regresar a La Habana, aunque, para huir del ambiente febril y reaccionario de Miami, primero fueron a Nueva York. Dos hombres de Harvard, los doctores John Plank y William Barnes, hicieron lo que pudieron. Schlesinger intentó convencer a los cubanos para que comprendieran que Estados Unidos no podía, en modo alguno, apoyar la invasión abiertamente. El 12 de abril, Kennedy declaró públicamente que Estados Unidos

nunca intervendría en un conflicto cubano. No parece probable que los jefes de la CIA pensaran lo mismo; Bissell era muy partidario de dar protección aérea, aunque ello pudiera haber llevado a intervenir a Estados Unidos. Después, la CIA no informó de sus planes a la Junta Revolucionaria Cubana. Miró creía que Estados Unidos intervendría algún día. A. A. Berle aseguró a Miró que Estados Unidos proporcionaría armas a los invasores, pero no hombres. Miró seguía sin creerlo, aunque Kennedy le había dicho que, si no aceptaba que no hubiera intervención norteamericana, no habría invasión. Entretanto, un coronel de marina norteamericano que había ido a Guatemala informó a Kennedy de que los rebeldes estaban exultantes y de que él compartía su entusiasmo.

En realidad, en Guatemala reinaba un ambiente de confianza. Pero esto se debía, por lo menos en parte, a que los oficiales creían que Estados Unidos los apoyaría de todas las formas posibles, incluso con protección aérea y marítima. Varios funcionarios de la CIA se encargaron de convencerlos de ello. A ninguno de los jefes se le habló del proyecto de encaminarse a Escambray si las cosas iban mal. Todos suponían que los dieciséis B26 que la CIA puso a disposición de los exiliados serían suficientes para aplastar a la fuerza aérea cubana, que suponían desorganizada e incompetente. Los jefes de Guatemala sólo contaban con una «brigada», pero al parecer les indujeron a creer que habría más unidades implicadas. Creían que su tarea consistía en establecer una cabeza de playa, a la que llegaría rápidamente el gobierno provisional para pedir ayuda a Estados Unidos y a otros países, si era necesario. Los consejeros de la CIA estaban tan interesados en la invasión que encarecieron a los cubanos que siguieran adelante aun en el caso de que en Washington la suspendieran. A tal fin, estos últimos llegarían incluso a simular que encarcelaban a los consejeros, incluido el jefe de las operaciones, «Frank». En estas condiciones tan cu-

riosas, los hombres de la Brigada 2506 —llamada así por el número que tenía uno de sus hombres, muerto accidentalmente durante el entrenamiento— fueron transportados a Puerto Cabezas, en Nicaragua. El 14 de abril se hicieron a la mar, siendo despedidos por Luis Somoza, el dictador de Nicaragua, que les pidió que le trajeran unos cuantos pelos de la barba de Castro. Igual que las expediciones de Narciso López de cien años antes, salieron a luchar por la libertad, pero bajo auspicios extraños y ambiguos; y la figura de Somoza, furioso y amenazando con el puño desde el muelle, resultó una mascota adecuada para ellos.

97

Cuba socialista (I)

En realidad —y esto debieron comprenderlo unas personas tan aficionadas al estudio de la historia como el presidente Kennedy y el modesto «profesor» Schlesinger—, lo que entonces necesitaba Castro para consolidar su régimen era un ataque frustrado desde fuera, apoyado, aunque no totalmente, por Estados Unidos. Tanto la Revolución francesa como la rusa se habían consolidado gracias a invasiones de exiliados. Castro, igual que el Comité de Salud Pública y que los bolcheviques, temía una invasión; Castro, igual que Miró Cardona (el duque de Brunswick de Miami), no podía creer que el «millonario analfabeto» —de este modo se refería a Kennedy— no apoyara a sus protegidos si se llegaban a ver en un apuro; pero por lo menos habría una lucha que, con toda seguridad, uniría a los cubanos patrióticamente alrededor del gobierno en contra del antiguo y sin duda decisivo enemigo, el Coloso del Norte. En el momento de la invasión, el régimen revolucionario cubano estaba en plena crisis económica, reinaba la confusión en la industria y la agricultura, y Castro había tenido que reconocer, contradiciendo abiertamente sus anteriores baladronadas, que «para un país que está al comienzo de una revolución tan fundamental, es particularmente peligroso… creer que los niveles de vida pueden mejorarse sustancialmente de un modo inmediato».

Pero Castro no hizo concesiones para tratar de evitar los peligros de la invasión. En realidad, bastantes fragmentos de muchos discursos indican que en el fondo estaba satisfecho de que la suerte estuviera echada: «La lucha de grandes intereses está entablada, la lucha encendida entre Revolución y Contrarrevolución… era inevitable la guerra a muerte entre las fuerzas y, en una revolución, las luchas son a muerte», y «¿Qué es una revo-

lución? ¿Acaso es un proceso pacífico y tranquilo? ¿Acaso está sembrada de rosas? De todos los acontecimientos históricos, la revolución es el más complejo y convulsivo». Las perspectivas de lucha armada estimularían a Castro, el 16 de abril de 1961, a reconocer públicamente por primera vez que Cuba era socialista: «Eso es lo que ellos no pueden perdonar: que aquí, en sus mismas narices, hayamos hecho una revolución socialista». Un mes antes, Faure Chomón, el embajador en la Unión Soviética, de tez aceitunada, se había referido, en presencia de Castro, a los dirigentes revolucionarios diciendo «nosotros, los comunistas», en una ceremonia conmemorativa de la muerte de su antiguo jefe, Echevarría (que no había sido comunista ni de lejos). Un mes antes, Castro, en una entrevista publicada en el periódico comunista italiano *L'Unità*, había dicho de los comunistas cubanos que eran

> el único partido que siempre ha proclamado claramente la necesidad de un cambio radical en la estructura de las relaciones sociales. También es cierto que al principio los comunistas desconfiaban de mí y de nosotros los rebeldes. Era una desconfianza justificada, una postura absolutamente correcta… porque nosotros, los de la Sierra… estábamos todavía llenos de prejuicios y defectos pequeñoburgueses, a pesar de nuestras lecturas marxistas… Luego nos juntamos, nos comprendimos los unos a los otros y empezamos a colaborar.

Sin embargo, las relaciones de Castro y sus aliados comunistas eran todavía ambiguas, aunque el movimiento juvenil del 26 de Julio se hubiera fusionado con la Juventud Comunista. Castro personalmente tomaba todas las decisiones importantes, contando probablemente con el apoyo personal de Kruschev, y, a juzgar por lo que ocurrió más tarde, hay que concluir que a Castro le interesaba básicamente utilizar a los comunistas, casi como los había utilizado Batista, como una especie de burocracia que controlara el movimiento obrero y las empresas que él arrebatara de manos privadas.

A pesar de todo, en diciembre, Castro montó unas escuelas de «instrucción revolucionaria», al frente de las cuales puso a su

viejo amigo comunista de la universidad, Leonel Soto, «para enseñar a los mandos de un partido unido». Soto fue el primer miembro del Partido Comunista, y durante un tiempo el único, que recibió un nombramiento importante del régimen.

Aparentemente, ahora Cuba daba la impresión de estar firmemente incluida en la alianza comunista. El 1 de enero de 1961, en un desfile en La Habana, se habían exhibido tanques y otras armas soviéticas, aunque de momento todavía no se habían visto Migs. El 4 de marzo, Castro había dicho que, si fuera necesario, podría conseguir «montañas y montañas de armas comunistas» para defender a Cuba; Estados Unidos calculaba que en abril ya habían llegado armas soviéticas por valor de 50 millones de dólares. Entretanto habían llegado a La Habana embajadores de China y de todos los países socialistas. Por otra parte, las embajadas occidentales se habían convertido en oasis aislados de sociedad burguesa, donde se comían alubias en vajilla de oro. Internacionalmente, Cuba ya se consideraba más como parte del bloque comunista internacional que del mundo neutral nacionalista.

Pero desde el primer momento de la relación de Cuba con el mundo comunista, Castro, Blas Roca y los demás hubieron de tener en cuenta dos factores: la disputa chino-soviética y la aversión de la Unión Soviética a hacer un tratado explícito comprometiéndose a defender Cuba si era atacada. El Partido Comunista de Cuba trató de seguir una política de estricta neutralidad en la disputa, con lo cual se vio obligado a publicar las razones de los dos bandos en cada discusión a partir del momento en que se agudizó el problema, pero esta neutralidad era difícil de mantener, sobre todo porque había diferencias evidentes entre Blas Roca, que llevaba tanto tiempo como secretario general del partido y era el representante de la ortodoxia, y Carlos Rafael Rodríguez y los miembros más jóvenes del parti-

do que simpatizaban más con Castro. Sin embargo, esto no quería decir que fueran necesariamente menos extremistas.

Sin embargo, el Partido Comunista cubano, como tal, cambió su línea general de actuación en noviembre y diciembre de 1960. Blas Roca, como recordará el lector, había visitado a Mao en abril. Pero, a principios de invierno, él y el resto del partido se orientaron de modo decisivo, hacia Moscú, y esta decisión se hizo definitiva en la asamblea de partidos comunistas que tuvo lugar en Moscú en diciembre. Casi al mismo tiempo, Guevara (que tras una afortunada expedición comercial a Praga había estado varias semanas en Moscú sin conseguir gran cosa) era objeto de un recibimiento entusiasta en Pekín. A finales de noviembre, Cuba y China concluyeron un acuerdo según el cual los chinos comprarían un millón de toneladas de azúcar en 1961 y concederían un crédito de sesenta millones de dólares destinados a equipo y ayuda técnica. Al marcharse de China, Guevara dijo: «En general, no hubo ni una sola discrepancia». A partir de entonces, China habló sólo de Castro, nunca de los comunistas cubanos, y durante unos años Castro contó con el apoyo de China y de la Unión Soviética, el de esta a través del Partido Comunista cubano y de la embajada soviética.

La aprobación china todavía no resultaba incompatible con la de la Unión Soviética. A mediados de diciembre se firmó, además, un nuevo acuerdo soviético-cubano. La Unión Soviética compraría 2 700 000 toneladas de azúcar en 1961 a 4 centavos la libra. Cuba manifestó su vehemente satisfacción. La Unión Soviética manifestó su deseo de defender a Cuba «contra agresiones no provocadas», pero no volvió a mencionar los misiles. Posiblemente, de no ser por China, no hubiera sido tan fácil conseguir que la Unión Soviética llegara a decir esto en un documento oficial. A partir de entonces llegaron regularmente a Cuba barcos procedentes de los puertos socialistas de la antigua Hansa, y aparecieron artículos que describían las be-

llezas de la Europa Oriental con cierta frecuencia en las revistas cubanas, como *Bohemia*, ahora revolucionaria; la revista del ejército, *Verde Olivo*, o periódicos de propaganda más descarada, como *Cuba* o *INRA*. Kruschev volvió a prometer públicamente que defendería a Cuba en caso de agresión (pero reconoció que los misiles que había mencionado en julio eran «simbólicos»).

Cuba ya había reconocido a Albania, Hungría, Mongolia Exterior y Vietnam del Norte, y los embajadores de estas naciones llegaron con gran entusiasmo a La Habana, donde descubrieron, para su sorpresa, que se disfrutaba de un nivel de vida algo superior al que ellos aspiraban. Además, el doctor Núñez Jiménez hizo votos de solidaridad fraterna, en octubre, con el FLN, en Argelia, y con Sékou Touré, durante su visita a La Habana.

Cuba conservó algunas conexiones no comunistas. Aunque se había retirado del Banco Mundial, Cuba, como es natural, siguió siendo miembro del Consejo Internacional del Azúcar y, desde luego, de las Naciones Unidas. Cuba intercambiaba azúcar por arroz con Egipto. Además, mantenía relaciones comerciales con Canadá, cuyo primer ministro conservador, Diefenbaker, se negó en redondo a imponer ningún embargo a Cuba. A través de Canadá, Cuba recibía algunas piezas de recambio para coches, y para aplicaciones eléctricas e industriales. Los empresarios canadienses podían prescindir de la ideología más fácilmente que los de Estados Unidos. A cambio, Cuba indemnizó a los bancos canadienses (expropiados en diciembre) en efectivo, y no en bonos inexistentes. Todavía había «técnicos» no comunistas en Cuba. Por ejemplo, unos japoneses estaban haciendo valerosos esfuerzos para cultivar arroz en las impenetrables marismas de Zapata y había sido contratada una compañía irlandesa para construir una fábrica de yute en Santa Clara.

Además, en enero de 1961 pareció incluso que había una remota posibilidad de restablecer las relaciones con Estados Uni-

dos. Castro y Blas Roca insinuaron en sus discursos que el presidente Kennedy podía suponer una mejora a este respecto, comparado con el presidente Eisenhower. El 21 de enero, Castro dijo: «Por nuestra parte vamos a empezar de nuevo». El 7 de marzo llegó a proponer que «si algún día Estados Unidos desea volver a comprar azúcar a Cuba, entonces podremos hablar de… indemnizaciones». ¿Deseaban realmente ahora los cubanos unas relaciones mejores? Es muy posible. Castro había purgado por lo menos algo de su resentimiento personal y nacional contra Estados Unidos. Pero, si había alguna posibilidad de llegar a algún tipo de acuerdo con Estados Unidos, consistiría en una política de vivir y dejar vivir, que eventualmente llevaría a la aceptación del régimen por parte de Estados Unidos, y tal vez a ciertas modificaciones de los rasgos de la Revolución cubana que resultaban más inaceptables para los norteamericanos; con los exiliados pendencieros que pululaban por Miami y la inevitable identificación de Cuba con la marea revolucionaria de América Latina, esta posibilidad resultaba inconcebible, aun en el caso de que Estados Unidos hubiera estado dispuesto a aceptar la humillación de tener como vecina a una Cuba socialista.

Todavía no estaba claro lo que pensaba la Unión Soviética de todo esto; quizá ni siquiera lo tenían claro los propios soviéticos. La Revolución cubana no había sido planeada por la Unión Soviética. La rapidez de los acontecimientos había cogido al gobierno soviético por sorpresa. Pero la causa cubana había provocado un entusiasmo muy claro en la opinión pública soviética. Los poetas y los intelectuales creían que Cuba estaba llevando a cabo una genuina lucha revolucionaria que tal vez les diera nueva fe en su propio sistema. Ahora había que ayudar y sostener a Cuba, y después utilizarla. Así pues, en 1960 y 1961 llegaron muchos barcos con ayuda soviética (y del bloque socialista), al parecer sin tener en cuenta los costes.

Los técnicos soviéticos impresionaron a los cubanos por su capacidad de trabajo, pero a menudo «sus conocimientos técnicos» parecían «mediocres». Muchos de ellos «bebían como cosacos». Vivían aislados, pasaban las tardes en la playa jugando al baloncesto, nunca hablaban de política, parecían «una gente generosa, vigilada, trabajadora pero pobre», una imagen poco satisfactoria de «un futuro lleno de promesas». Los cubanos encontraron más humanos a los técnicos checos, pero había menos.

Junto con estas amistades internacionales, ahora los antiguos líderes comunistas aparecían siempre en público, recibiendo a gente y dirigiéndose a obreros y a otros grupos, aunque no tenían un estatus oficial. La prensa se refería a los comunistas llamándolos simplemente «dirigentes revolucionarios», título suave con el que, sin embargo, no favorecía a nadie más. Desde luego, estos hombres no solían ser populares entre los íntimos de Castro. De momento, ninguno de ellos era miembro del gobierno y, aunque evidentemente tenían influencia en algunos ministerios, su control sobre el ejército y el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) ha sido exagerado. A partir de enero de 1961 nunca volvieron a hacer una declaración, como partido, sobre ningún acontecimiento producido en Cuba.

Además, entre fidelistas y comunistas estaba latente un antagonismo importante: el provocado por la tortuosa y nada heroica actuación del partido durante la guerra civil. Parece ser que incluso Guevara trató a los dirigentes comunistas personalmente con algún desdén. Además, había un escándalo latente: los antiguos líderes del Directorio Revolucionario, como Chomón (a pesar de que se autoidentificara como comunista), todavía se acordaban del desagradable asunto de la traición de los cuatro estudiantes de la calle Humboldt en 1957. El presunto traidor, Marcos Armando Rodríguez, un joven comunista, había sido arrestado recientemente en Praga y devuelto a Cuba;

estaba en la cárcel, sometido a vigilancia e interrogatorios, pero todavía contaba con la protección de comunistas como Joaquín Ordoqui, miembro del Comité Central, y su compañera, Edith García Buchaca, anteriormente esposa de su camarada Carlos Rafael Rodríguez. En estos momentos, los antiguos miembros del Directorio no podían forzar a los comunistas a apoyarlos en la persecución de este enemigo, y este rumor entre bastidores era sintomático de las inquietudes reinantes dentro de la Revolución. Entretanto, el único grupo efectivo que se oponía algo a los comunistas dentro del gobierno parecía ser todavía el de los que rodeaban a Carlos Franqui y al periódico *Revolución*, mientras que el propio Franqui, evidentemente, había experimentado un cambio importante de ideas desde 1959.

Sin embargo, de momento no había una identificación ideológica entre Castro y los comunistas. Pero Guevara, hablando con René Dumont, también había dicho que su objetivo, por encima de todo, era dar a los trabajadores un «sentido de responsabilidad», no de propiedad, y Guevara ya criticaba el nuevo énfasis que ponía la Unión Soviética en el estímulo material para el trabajo. Se negaba a «participar en Cuba en la creación» de «una segunda sociedad norteamericana». Así pues, Guevara ya consideraba la perfectibilidad del hombre, trataba de que todo se basase sólo en la lealtad a la sociedad, incluso antes de que hubiera terminado el segundo año de revolución. Esto, naturalmente, indicaba que Cuba estaba a punto de encontrarse con todas las dificultades, empezando por el principio, con que antes se habían encontrado los países socialistas. En lo que podían coincidir los dos grupos, fidelistas y comunistas, era en la lucha contra el imperialismo, al que se identificaba con la contrarrevolución; al fin y al cabo, incluso los contrarrevolucionarios que se decían de izquierdas, como Ray y Miró Cardona, estaban ahora uniendo su suerte a la de la CIA.

Hay una categoría de cubanos que requiere atención, aunque es muy difícil de analizar. Me refiero a aquellos que habían estado clasificados hasta 1959 no sólo como no comunistas, sino incluso como «anticomunistas furibundos», y que ahora continuaban en Cuba, sin romper con el régimen, y en realidad seguían ocupando puestos de segundo orden en el gobierno. En el fondo, todos estos casos son diferentes. Algunos eran burócratas dispuestos a servir a cualquiera, especialmente los pertenecientes al movimiento sindical. Otros, como Marcelo Fernández y Faustino Pérez, representan quizá la postura más interesante de todas: anticomunistas convencidos, perdieron sus cargos en 1959 o 1960 por su hostilidad hacia el antiguo Partido Comunista de Cuba. Pero se quedaron en Cuba, o fascinados por Castro, o convencidos de que, sopesándolo todo, era más inteligente quedarse y, a la larga, intentar influir al régimen desde dentro imprimiéndole lo que ellos consideraban un ritmo moderado, o quizá creyendo que el gobierno, se llamara como se llamase, actuaba bien. Otros continuaban porque sus familias o amigos querían quedarse, o porque ellos mismos conocían y querían demasiado a la isla como para pensar en cambiar de residencia por razones meramente políticas. Otros, en fin, encontraron en la versión del comunismo aplicada en Cuba por Castro un remanso intelectual sorprendentemente seguro tras años de pasar del catolicismo a la ortodoxia y de ahí a los pequeños grupos de acción de García Bárcena o Aureliano Sánchez Arango; muchos ya habían cambiado de postura política tantas veces que una transformación más, aunque supusiera pasar del liberalismo al comunismo, era simplemente otro cambio, casi tan superficial como los demás. Y otros creían, con Castro, que quizá la elección del camino comunista suponía la afirmación definitiva de libertad respecto de Estados Unidos: parece que muchos intelectuales cubanos se propusieron primariamente sustituir al padre liberal y enojado, el vecino Esta-

dos Unidos, por un padre lejano, por muy autocrático y cerrado que fuera; y después de que Castro estableciera su control sobre los comunistas cubanos, todas las inquietudes que pudieran haber tenido se calmaron.

En su organización militar, Cuba no era todavía un Estado comunista. Tras la crisis de Matos, el ejército rebelde, cuya dirección política era tan poco de fiar desde el punto de vista revolucionario, había sido denigrado y reorganizado. Ahora, en su lugar, estaba la milicia, un ejército de voluntarios formado por unos 150 000 hombres y mujeres, partidarios de la Revolución, que, después de su trabajo diario, se ponían el uniforme y cogían los fusiles durante unas ocho horas semanales, y vigilaban los edificios públicos y otras instalaciones de importancia para que no los atacasen los contrarrevolucionarios. La ilusión de la nación en armas no pudo ser más fuerte en la época de Carnot. Sin embargo, en estos fervientes pistoleros persistía una cierta frivolidad y un encanto que habrían molestado a Carnot o a Trotski. Quizá, en realidad, esta milicia representaba una vuelta a la antigua creencia nacional de que un ejército regular no tenía sentido, pues todo el mundo podía empuñar un rifle o un machete para defender sus derechos. La milicia, naturalmente, estaba organizada por el ejército, y la dirigían oficiales del ejército, cuyo jefe seguía siendo el joven capitán Rogelio Acevedo. En las provincias, el jefe de las milicias solía ser el jefe del servicio secreto militar, el llamado G2.

El G2 era ahora la principal organización destinada al descubrimiento de contrarrevolucionarios, y su director seguía siendo el antiguo colega de Castro en el *Granma* y en Moncada, Ramiro Valdés. Valdés organizó (probablemente bajo supervisión soviética) una policía política eficiente, aunque de momento estaba en una primera fase, y, cosa muy interesante, contaba con prominentes ayudantes entre los hombres del Directorio Revolucionario, tiempo atrás presuntamente no comunista. En el in-

vierno de 1960-1961, algunos contrarrevolucionarios capturados en Escambray habían sido torturados a base de sumergirles la cabeza en el agua hasta conseguir información y a otros los llevaron al paredón y les dispararon con cartuchos vacíos. Castro puso fin a esto gracias a las protestas de algunos de sus antiguos seguidores. Pero, de hecho, las condiciones de las cárceles cubanas a partir de 1960 volvieron a ser, como en las épocas de Batista o Machado, indescriptibles.

Otro hecho inquietante había sido la creación de una sección civil dentro de la milicia, los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), formados por ciudadanos locales que actuaban abiertamente como informadores en contra de una posible contrarrevolución. El que dirigía estos comités era un desconocido, José Matar, un hombre sin experiencia personal de mando en la Sierra, y comunista de la vieja guardia. Una de sus actividades consistía en vigilar a las personas que de repente empezaban a deshacerse de sus muebles; esto indicaba que estas personas habían decidido abandonar Cuba y, como estaba prohibido que se llevaran sus posesiones, deseaban entregarlas a amigos, parientes o diplomáticos occidentales, para que se las guardasen hasta que llegara la contrarrevolución, o para siempre. Estos actos eran ilegales, pues, aunque estaba permitido emigrar, caso de hacerlo había que entregar al Estado todas las posesiones, salvo una maleta de ropa y unos cuantos objetos pequeños (un anillo, por ejemplo).

La recolección de 1961 fue la primera «zafra del pueblo». La recolección fue bien: las cifras de principios de abril de 1961 indicaban que el total sería tan alto como en los años buenos de antes de 1959. Pero la Revolución seguía manifestando que su objetivo era permitir que la nación se liberara del azúcar. Ya se había empezado a trabajar de cara a esta liberación, hasta tal punto que, a no ser que se consiguiera rápidamente la diversificación, la economía decaería inevitablemente, pues si en 1960

no se replantaba, en 1963 descendería la producción de azúcar. En la primavera de 1961, 33 000 campesinos habían pasado a ser propietarios de la tierra que antes habían cultivado como arrendatarios, aparceros o precaristas; así se habían «distribuido» casi 400 000 hectáreas, de las cuales la mitad, aproximadamente, estaban en Oriente. Esto suponía de una tercera a una cuarta parte de los granjeros que en el pasado habían padecido esta forma de tenencia. La tierra afectada no era mucha; lo que se distribuyó, incluso en Oriente, suponía sólo el 6 por ciento de la tierra de cultivo (según cálculos de 1946). Julio Lobo, por sí solo, tenía esta cantidad de tierra. Pero estos granjeros, en el pasado, sólo tenían un pequeño porcentaje del área cultivable total. Para los afectados, esto suponía una revolución, no tanto en su manera de vivir como en su visión de la sociedad y sus relaciones con ella. Significaba que quedaban libres de deudas y ya no vivían fuera de la ley. Había unas 900 cooperativas agrícolas, de las cuales unas 550 estaban dedicadas a cultivos, unas pocas sólo a ganadería y 120 eran mixtas, de agricultura y ganadería. La mayoría tenían entre 200 y 325 hectáreas. Estaban destinadas a evitar las pérdidas económicas que se habrían producido si se hubiera dividido aquella tierra. Pero había una confusión increíble. La contabilidad no estaba bien llevada. Un observador simpatizante llegó a señalar: «Todo iba "por la libre". Los campesinos más escrupulosos de las cooperativas luchaban contra la anarquía, pero los esfuerzos individuales se perdían en la masa. A menudo había que ir a La Habana para solucionar un problema mínimo». Castro reconoció estos errores: «Ciertos administradores, cuya idea de la Revolución era muy vaga… creían que cuantos más bienes entregaran a los campesinos más revolucionarios eran».

En el verano de 1960, después de la recolección, se crearon también cooperativas de caña de azúcar y, en la primavera de 1961, ya había algo más de 600. Su organización financiera es-

taba centralizada, tenían direcciones regionales, informes del personal técnico, talleres de reparación de maquinaria, etc. Generalmente, el INRA montaba una «tienda del pueblo», en la que se podían comprar las cosas básicas a precios reducidos, quizá con un 12 por ciento de descuento. Como además se abolieron los alquileres, estos trabajadores (que cobraban dos dólares y medio, como la mayoría de sus colegas de las demás cooperativas) estaban en muchos aspectos mucho mejor que antes… mientras hubo algo que comprar. Pero en algunos casos es evidente que las cooperativas se fundaron contra el deseo de los trabajadores, a quienes tal vez interesaba más una elevación de salarios que los sacrificios que exigía la Revolución. A finales de 1961, el propio Castro se quejaba de que el pequeño granjero de Matanzas era «alérgico a las cooperativas. No quiere ni oír hablar de ellas. La sola palabra lo asusta».

La diversificación significaba que en una cuarta parte del total de la tierra se había de cultivar pangola, maíz, arroz y otros productos. La pangola se usaría para alimentar a más ganado. Pero la mayoría de estas áreas de diversificación (120 000 hectáreas) eran antiguas zonas de caña y, por accidente o inexperiencia, desarraigaron la caña (Castro entre otros) de mucha tierra buena, mientras que a menudo dejaron para la caña la tierra mala.

Con la obsesión, históricamente comprensible (aunque económicamente imprudente), de liberarse del azúcar, la Revolución cubana descuidó, de hecho, el único producto del que, les gustara o no, podían vivir dentro de un sistema totalitario; pues el azúcar pueden cortarlo el ejército o las máquinas, y lo muele un proletariado industrial, aunque viva en el campo; y para plantarlo sólo hacen falta unos conocimientos agrícolas muy limitados.

Ya en agosto de 1960 Castro dijo a René Dumont que deseaba crear grandes explotaciones estatales para toda la produc-

ción agrícola, salvo para los terrenos azucareros. En el siguiente enero, todas las antiguas cooperativas no azucareras se convirtieron en explotaciones estatales, y a partir de entonces, a estas y a los ranchos ganaderos se los conoció por el nombre, más sonoro, de «granjas del pueblo». Esto no era más que la formalización de la realidad existente, pues las cooperativas no habían podido trabajar propiamente como tales.

Parecía que un sistema estatal directo permitiría mejor la diversificación y el suministro regular de alimentos a las ciudades. Esto, sociológicamente, tuvo cierto éxito. Durante un tiempo, algunos trabajadores de estas granjas estaban contentos porque se consideraban funcionarios al servicio de un Estado que controlaban ellos mismos; y Castro argumentaba que con aquel sistema la tierra podía utilizarse «de un modo óptimo, absolutamente racional, determinando en cada momento que se cultive el producto que más beneficie a la nación».

Pero, a los pocos meses de su creación, las meras dimensiones de estas granjas estatales empezaron a provocar dificultades. La dispersión de las diferentes parcelas era otra fuente de problemas. Las granjas, como había previsto Dumont, parecían pequeñas confederaciones más que una simple unidad. Había mucha desorganización y muchas tonterías. En el cuartel general del INRA «no se veían… los funcionarios severos del estilo antiguo… sino rebeldes barbudos, de uniforme y armados. El horario de trabajo no era el normal de los funcionarios, de nueve a cinco, sino el horario nocturno… e irregular… de los guerrilleros». No es muy seguro que esto fuera bueno. Entretanto, nadie pensaba en las indemnizaciones y, por lo tanto, todo el que aspirara a una de ellas se veía inducido a soñar con un cambio de gobierno, o a conspirar para conseguirlo. A casi nadie le daban recibos por la propiedad que le habían expropiado. Muchos trabajadores, incluso en las granjas estatales, vendieron

productos particularmente, y en realidad nadie sabía cuánta tierra controlaba o había de controlar el Estado.

O sea que las dificultades que aguardaban en el camino eran numerosas.

La planificación en lo referente a semillas, abonos, insecticidas, transportes, etc., era insuficiente. Los trabajadores agrícolas afluyeron a La Habana o a otras ciudades para convertirse en burócratas semiparados, dejando tras ellos una escasez creciente de mano de obra. La gente continuaba recurriendo a La Habana para las decisiones de segundo orden. Se compraban demasiados tractores y muy pocas herramientas menos complicadas. Tras el lirismo de los primeros días, el INRA dejó de actuar de acuerdo con las Fuerzas Armadas. El transporte se desorganizó, debido a que no había piezas de recambio, a la inexperiencia de los nuevos directores y a que no se había previsto suficientemente el envío de material y suministros esenciales. En realidad, era muy difícil pasar rápidamente de un sistema en el que muchas granjas, unas grandes y otras pequeñas, producían unos pocos cultivos individuales, a otro en el que un número limitado de enormes haciendas gubernamentales trataban de producir muchos cultivos. Naturalmente, no había ningún individuo que tuviera un interés económico en el éxito de estas granjas. Se calculó mal el aumento probable de la demanda de alimentos, provocado por la elevación de las rentas tras los primeros logros de la Revolución (rebajas en los alquileres y en los servicios públicos). Los cálculos de producción estaban también muy equivocados. Al parecer, en las cooperativas no se llevaba la contabilidad y, por lo tanto, no podía haber una planificación eficaz. De todos modos, los cubanos no tenían ninguna tradición de precisión en la contabilidad. En este sentido se portaban como un antiguo pueblo colonial que durante demasiado tiempo había dejado la iniciativa y la invención en manos de otros. Acostumbrados al cultivo extensivo, todas las granjas,

grandes y pequeñas, encontraban difícil aprovechar plenamente los sistemas de riego y drenaje, aunque estuvieran instalados.

Además, estos grandes cambios en la forma de llevar la tierra se emprendieron sin contar siquiera con los hombres diestros y expertos que había antes en Cuba. Para entonces habían llegado a Miami técnicos de toda Cuba. Aunque muchos de ellos, inevitablemente, eran hostiles al nuevo régimen, muchos más se habrían quedado si este se hubiera limitado a tratar de hacer una sola cosa a la vez. No era necesario romper con Estados Unidos para diversificar la agricultura. Indudablemente, habría sido más inteligente haber evitado, a ser posible, la «partida internacional de ajedrez» mientras se llevaba a cabo la reforma agraria.

Algo más del 65 por ciento de la tierra, casi cuatro millones de hectáreas, quedó al margen de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP) y en manos privadas en su mayor parte, pero esta categoría de cultivador privado era soslayada por el régimen. Con los bancos nacionalizados, el transporte y la distribución interrumpidos y el INRA gozando de todas las prerrogativas, les era difícil conseguir suministros y colocar sus productos. Estas dificultades hicieron que muchos, inevitablemente, se mostraran muy reacios a cooperar de algún modo con la nueva sociedad, y que aumentase la escasez de alimentos, sobre todo en las ciudades (donde vivía más del 60 por ciento de la población), y surgiese el mercado negro. La única excepción la constituían los colonos azucareros, que llevaban naturalmente su caña al molino, como siempre habían hecho. El hecho de que ahora el molino fuera del Estado no suponía una gran diferencia. Continuaban pagándoles igual, según el arrobaje. Pero incluso algunos de ellos —quizá unos mil—, en diciembre de 1960, se negaron a asistir a una reunión previa a la recolección. No parece probable que el régimen deseara apoderarse de las propiedades de estos cultivadores, pero estos si-

guieron una política que los llevaría, ya a principios de 1961, a una postura en la que el gobierno tal vez tuviera que hacerlo por razones de simplificación. Es comprensible que muchos de ellos temieran este resultado, y que este temor los exacerbase aún más.

Por otra parte, en 1961 hubo una producción de azúcar, el cultivo principal, de 6 700 000 toneladas, es decir, la cosecha fue superior a la de cualquier otro año, sin tener en cuenta la de 1952, que batió todas las marcas: de hecho, fue la segunda cosecha en importancia de todas las habidas hasta entonces; pero las medidas tomadas en 1960 significaban que, probablemente, la cosecha de 1962 y las posteriores irían descendiendo. Evidentemente, Cuba cultivaba más algodón que antes de 1959, aunque tal vez el Estado exagerara al afirmar que había 40 000 hectáreas dedicadas al algodón. El arroz, entre otros productos, descendió en 1961, pero, al parecer, todos los productos importantes, salvo el café, dieron cifras más altas en 1961 que en 1958. Incluso hubo más arroz en 1961 que en 1958. Se habían rescatado grandes áreas de territorio nuevo —casi 180 000 hectáreas, según informes de agosto de 1961—, que antes estaba inactivo o cubierto de matorrales, para plantar allí cultivos diversos, sobre todo arroz, pero también algodón y patatas. Este aumento supuso una disminución del paro, aunque indudablemente menos sustancial de lo que afirmaba el Ministerio de Trabajo. En todos estos cultivos hubo, además, un aumento sustancial en el uso de abonos, y un ligero aumento en la inversión en maquinaria agrícola.

Naturalmente, la producción y la posesión de la tierra no lo eran todo. Además, la reforma agraria suponía una mejora de condiciones de todo tipo. El paro rural casi había desaparecido. A finales de 1960, el departamento de vivienda del INRA llevaba construidos cincuenta pequeños hospitales, sesenta escuelas, además del famoso pensionado primario Camilo Cienfuegos de

la Sierra Maestra, y unas 10 000 casas o apartamentos. Además, el INRA construyó muchas otras edificaciones; por ejemplo, tiendas, clínicas, clubes, almacenes, bibliotecas, pero, desde luego, ninguna iglesia. En abril de 1961 ya se habían construido unas dos mil «tiendas del pueblo». Indudablemente, algunas de estas inversiones eran económicamente imprudentes; la calidad de algunas de las casas nuevas era excesiva para una producción masiva. Por otra parte, la reforma urbana de 1960 no sólo limitó los arrendamientos privados, sino que virtualmente paralizó toda construcción privada. Castro dijo en 1962 que, en el futuro, la Revolución no podría construir más de diez o doce mil casas al año, aunque se necesitaban 400 000. Algunas carreteras eran demasiado anchas.

A finales de 1960, el INRA controlaba más de la mitad de la estructura industrial de la isla, y en febrero de 1961, casi las tres cuartas partes. Ese mes, la organización industrial se separó del INRA y se creó un Ministerio de Industria separado, dirigido por Guevara, con viceministros encargados de diferentes secciones.

Los problemas que creaba la mera dirección de este ministerio, con sus múltiples actividades, eran innumerables. Todos subestimaban las dificultades que tendría Cuba al tratar de organizarse por sí sola, tras haber sido durante tanto tiempo un apéndice económico de Estados Unidos. Por muy brillante que fuera la imaginación económica de Guevara y algunos de sus ayudantes, no tenían ninguna experiencia de administración comercial. Guevara tenía entonces treinta y dos años. Algunos de sus ayudantes, como el chileno Albán Lataste, el director de planificación, o Ángel Gutiérrez Paz, eran mayores, pero tampoco tenían experiencia de dirección industrial.

Es difícil no admirar la energía, resolución y audacia con que Guevara y sus compañeros hicieron frente a una tarea tan imposible; imposible porque, naturalmente, no sólo tenían que di-

rigir industrias ya existentes, o meramente elevar su capacidad productiva —lo cual era de por sí difícil en aquellas circunstancias sin precedentes—, sino trazar las líneas de la futura industrialización de Cuba, de las industrias que en el futuro se esperaba descargasen a Cuba de la dependencia exclusiva del azúcar. Así pues, se hicieron complicados planes para explotar los yacimientos minerales de Oriente, para que Cuba se autoabasteciera de acero, para la construcción de astilleros capaces de hacer grandes barcos pesqueros, para tener maquinaria de todas clases, incluidas cortadoras de caña mecánicas, para crear una nueva refinería de petróleo, para hacer nuevas instalaciones eléctricas, para una mayor expansión química, para la producción de papel a partir del bagazo, de hormonas a partir de la cera de caña, de caucho; en realidad, muchas de las ideas de Guevara consistían en utilizar al máximo los muchos y ricos subproductos de la industria azucarera. Ya que Cuba tenía unas reservas de níquel tan grandes, ¿por qué no ocupaba su puesto de segundo país productor del mundo? También había proyectos de educación técnica: clases de estadística y manejo del torno, de dirección industrial y contabilidad. Tal vez fuera necesaria una nueva instalación y habría que aprender nuevos métodos de refinamiento. Si podía elevarse el nivel de vida del campo, ¿no podrían convencer a los que vivían allí para que comprasen cosas hechas en las ciudades?

Todo esto, ¿era un sueño? En 1961 no parecía serlo del todo. En diciembre se había presentado el primer plan quinquenal cubano. Pero al cabo de poco aparecieron serios problemas, cuando se trató de dirigir la industria existente, más que de expansionarla; las piezas de recambio que necesitaban las máquinas, como los nuevos esclavos en el siglo XIX, habían llegado a través del mar: desde Miami. En Cuba no se habían guardado existencias. Además, muchas de las industrias existentes habían dependido del todo, en la importación de materias primas, del

área del dólar. Algunas factorías, como la fábrica de rayón de Hedges, tuvieron que cerrar durante un tiempo. Canadá era una posible fuente de suministros, pero incluso allí el comercio exigía moneda extranjera. Sin embargo, en la primavera de 1961, el ministerio de Guevara ya no se dedicaba tanto a reparar maquinaria comprada en Estados Unidos como a comprarla nueva en la Unión Soviética o Europa Oriental, y a comprar también materias primas sintéticas a los mismos suministradores; así pues, en mayo de 1961, Guevara informaría a Cuba de que se habían firmado contratos con el campo socialista referentes a más de cien fábricas, incluida una fábrica de acero, una refinería de petróleo y una factoría de automóviles. Se crearían nuevas harineras con material procedente de la República Democrática Alemana. En Cuba ya había más de cien técnicos además de los chilenos y otros latinoamericanos. En realidad, las dificultades de adaptar el país a una tecnología completamente nueva eran legión.

También se presentaba difícil, naturalmente, la posibilidad de expansión al nivel propuesto. A Cuba todavía le faltaban fuentes de energía propias. Esto significaba una perpetua importación de petróleo y, a no ser que los «países amigos del Este» cambiasen sus métodos habituales de comercio, un desafío continuo a la balanza de pagos. Habría que importar indefinidamente alimentos y otros productos de primera necesidad. Aun prescindiendo de los bienes de lujo, habría que encontrar en otro sitio los bienes esenciales que Cuba había comprado antes en Estados Unidos. En diciembre, la Unión Soviética había anunciado que, en 1967, compraría cuatro millones de toneladas de azúcar a cuatro centavos; pero ¿cuánto duraría esto? La preocupación principal era la de que, para huir del monocultivo del azúcar, Cuba tendría que industrializarse. Pero para industrializarse necesitaba divisas, y la manera más fácil de conseguirlas, hoy como ayer, era vendiendo azúcar. Tal vez Cuba ha-

bría conseguido divisas vendiendo productos comerciales a gran escala: ¿sería una quimera ver a Cuba vendiendo aguacates, como hacía Israel? Pero el mercado obvio para este tipo de expansión sería el norteamericano, que ahora estaba cerrado.

Además, había dificultades laborales. A menudo, los trabajadores cubanos parecían pensar que la Revolución les daba derecho a trabajar menos, o por lo menos a hacerlo a su ritmo.

Los problemas de organización y planificación, junto con la coordinación de la ciudad y el campo, llevaron, a principios de 1961, a la creación de unas juntas de planificación regionales: Juntas Unificadas de Coordinación Económica e Industrial (las JUCEI). Supusieron la extinción de la Revolución «por libre», llevada por antiguos estudiantes optimistas. Fueron un intento muy loable, inspirado por Raúl Castro, de huir de una centralización excesiva. Aunque daban un poder mayor a los burócratas locales, quizá estos tendrían más posibilidades de enterarse de lo que ocurría que los burócratas de La Habana. Estas juntas manifestaron hasta qué punto los antiguos comunistas (como empezaban a llamarlos) estaban dispuestos a colaborar en la nueva sociedad. Así, en las JUCEI de Oriente, fundadas en marzo de 1961 con Raúl Castro de presidente, el secretario general del antiguo Partido Comunista de la provincia, Ladislao González Carvajal, apareció como secretario general de las juntas; y esta identificación de una burocracia establecida y no oficial con una nueva institución oficial se repetiría en toda la isla. De estos comunistas, sólo habían actuado verdaderamente contra Batista los que coincidieron en Las Villas con Guevara durante la campaña que este llevó a cabo allí; por ejemplo, Arnaldo Milián, el secretario general de las JUCEI de Las Villas.

Los sindicatos cubanos, la federación controlada por los antiguos comunistas, sólo tenían un papel que desempeñar en el desarrollo de la economía: cumplir órdenes. A partir de entonces, la nacionalización de la fuerza laboral había proseguido rá-

pidamente. En septiembre de 1960, el Ministerio del Trabajo definió un «crimen contra la producción» para combatir a los absentistas persistentes, el único método de protesta, ahora que las huelgas eran algo impensable. En marzo de 1961, otras leyes estipularon que los trabajadores habrían de registrarse en el ministerio para poder tener un permiso de trabajo, y dieron autoridad al ministerio para resolver todos los conflictos laborales mediante decreto. A un nivel inferior quedaba un cierto grado de libertad y responsabilidad: los trabajadores podían elegir sus propias juntas de consejeros, que a veces tenían una influencia local limitada. Pero a partir de entonces no hubo conflictos, sólo hostilidad latente. Y no se eliminó el paro: aunque había disminuido en el campo (el promedio de días de trabajo tal vez había aumentado de 160 a 200 o 240 días al año), continuaba en las ciudades, donde había quizá 200 000 parados, excluidos los semiparados, que habían aumentado debido a la ausencia de turistas y de productos norteamericanos para vender. Se perdían muchas horas en desfiles militares, mítines de todas clases y «campañas».

O sea que lo que evitó el derrumbamiento económico fue el reto de la invasión.

NOTA SOBRE LAS ESTADÍSTICAS EN CUBA, 1959-1961.

En ese momento el Estado cubano asumió el control de los medios de producción y servicios de la nación. Pero muchos estadísticos capacitados se habían exiliado. Así pues, durante los primeros años de la Revolución los análisis estadísticos se realizaron de forma rudimentaria, a pesar de que en una economía planificada la exactitud adquiere una importancia capital. Además, muchos errores se debían a funcionarios incompetentes y deseosos de dar una imagen favorable recurriendo a la sobrevaloración. Las estadísticas de la producción del (hasta 1963) sector agrario privado eran y, de hecho, aún son, muy difíciles de evaluar. Finalmente, a partir de 1960 el gobierno utili-

zó las estadísticas como un arma arrojadiza contra la contrarrevolución y el «imperialismo». Por lo tanto, sólo es posible considerar los datos publicados de la producción entre 1959 y 1961 como «indicativos» (por usar la expresión del profesor Bettelheim). Después de 1961 surgieron otros problemas con respecto a las cifras de producción cubanas, algunos de los cuales son examinados en el epílogo de este libro.

98

Cuba socialista (II)

El «año de la reforma agraria» fue 1960, así como 1959 había sido el año de la «liberación». El año de la «educación» sería 1961. Esto no significaba una expansión de la educación en general, sino una campaña contra el analfabetismo. Se consideraba que había casi un millón de analfabetos en Cuba, comprendida la mitad de la población rural. Martí había dicho: «El que sabe leer es libre». Esta campaña, a la que Blas Roca había concedido un puesto bajo dentro de la lista de necesidades que había presentado a la conferencia comunista en agosto (sin duda correctamente desde el punto de vista de las prioridades estrictamente económicas), representó la última muestra (de momento) del aspecto romántico de la Revolución. Miles de cubanos, cuya fe en la Revolución, de otro modo, podría haber vacilado, se dispusieron, en la primavera de 1961, a lanzarse a una gran campaña que empezaría en abril. En las ciudades, voluntarios que supieran leer enseñarían a los que no sabían. En los distritos rurales alejados, enseñar sería un trabajo de todo el día. ¿Quién mejor para esta tarea que los jóvenes de las escuelas secundarias —muchos de ellos, por la naturaleza de las cosas, pertenecientes a la clase media— que, al fin y al cabo, podían aprender algo de la experiencia de pasar unos meses en las partes más pobres del país? Por lo tanto, todas las escuelas secundarias se cerrarían a partir del 15 de abril. Los voluntarios —y, naturalmente, se presionaría mucho para que hubiera voluntarios— se enrolarían como «brigadistas alfabetizadores» y, después de recibir instrucciones en la playa de Varadero, saldrían para las partes más remotas de la isla, armados de un uniforme, una hamaca, una manta, una lámpara de parafina, una bandera, un retrato de su patrón, Conrado Benítez (un miliciano al que

había matado la contrarrevolución en la Sierra de Escambray), y dos manuales: *¡Venceremos!* y *¡Alfabeticemos!*

En 1961, los logros de la revolución en el plano educativo ya eran considerables: así como, antes de 1959, más del 40 por ciento de los niños de seis a catorce años no iban a la escuela, en 1961 probablemente no llegaba al 20 por ciento. Sin embargo, aún había muchos que la abandonaban en los dos últimos grados, entre los once y los catorce años. Este logro dentro de la educación primaria había sido posible gracias al aumento de maestros en las áreas rurales (unos 5000), en respuesta a una petición de voluntarios. Pero las inscripciones habían ido más rápidas y, en parte debido al aumento de población, el número de niños por maestro era de 37 en 1960-1961, mientras que en 1956 había sido de 35. Además, la mayoría de los nuevos maestros habían recibido una enseñanza muy apresurada en San Lorenzo, en la Sierra Maestra. Naturalmente, continuó la antigua escuela primaria de una sola aula en la que estudiaban juntos los niños de varios grados.

También hubo cierta reorganización en las escuelas secundarias. Por ejemplo, se abolió el antiguo bachillerato de cinco años y se lo sustituyó por cursos destinados específicamente a aumentar el número de estudiantes universitarios. Los niveles de ingreso en la universidad descendieron radicalmente. La mayoría de las escuelas secundarias seguían estando en las ciudades, y los niños que no vivían allí se alojaban en residencias estudiantiles, mientras se creaban muchos pensionados y colegios técnicos en haciendas o casas de lujo que habían sido nacionalizadas. Al parecer, las inscripciones de alumnos aumentaron en una tercera parte.

Las universidades, por otra parte, todavía no habían sido reformadas oficialmente. Pero estaban cambiando. Muchos profesores se hallaban en el exilio o habían sido destituidos. Todos los jefes de departamento eran revolucionarios de confianza.

En muchos departamentos habían contratado a profesores extranjeros. De hecho, ya en la primavera de 1961 las universidades eran de tendencia marxista-leninista. De momento no se había hecho una revisión radical de las facultades para adaptar la enseñanza superior a las necesidades de la economía (aboliendo, por ejemplo, los cursos de artes), pero la cuestión ya se había planteado. Los estudiantes eran mucho más disciplinados que antes. La asistencia a las clases era virtualmente obligatoria, y los que no querían ingresar en la milicia se encontraban con dificultades. En 1960, el Ministerio de Industria había enviado a 1700 estudiantes a estudiar a los países socialistas. Se habían fundado colegios para profesores en el antiguo centro para tuberculosos situado, en tiempos de Batista, en Topes de Collantes (Escambray) y en Minas del Frío (Sierra Maestra). Había otros proyectos educativos, que abarcaban desde cursos de idiomas hasta escuelas de costura para campesinas, escuelas para taxistas, clases para zapateros o clases de rehabilitación para prostitutas.

Lo malo de todos estos proyectos era la escasez de profesores. Muchos de los que enseñaban eran poco más que estudiantes o personas no cualificadas.

Indudablemente, la Revolución había aumentado la cantidad de enseñanza; la calidad, probablemente, había disminuido. Pero quizá sea más importante el acceso a la enseñanza que la sabiduría de los educadores. Sin embargo, incluso aquí se había gastado mucho inútilmente. No todos los estudiantes becados estaban a la altura de la labor que se esperaba de ellos. Algunos no trabajaban bastante. En 1961, y varios años más tarde, había todavía demasiados abogados y artistas y pocos técnicos.

El régimen dirigía los teatros, cines, centros de televisión y actividades musicales, y envió a la orquesta estatal de La Habana a hacer una gira por el país. Pero ahora los periódicos eran muy aburridos. El dinámico y heterodoxo suplemento literario,

Lunes de Revolución, se había granjeado la animadversión de los comunistas ortodoxos.

El ICAIC, el instituto cinematográfico de Cuba, se encargaba de los cines, hacía las nuevas películas cubanas y negociaba la importación de películas extranjeras. Desde el bloqueo norteamericano del otoño de 1960, dada la escasez de divisas extranjeras, se exhibían pocas películas nuevas norteamericanas o europeas, aunque sí algunas antiguas, que no se caracterizaban por su ortodoxia. También aparecieron nuevas películas de los «países amigos» del Este, como *Una semana en la Unión Soviética* y *Vida y muerte de Ernst Thaelmann*. El esfuerzo de dos jóvenes directores cinematográficos, Orlando Jiménez y Saba Cabrera, para filmar una película específicamente no realista, *Pasado Meridiano* o *PM*, descripción impresionista de un atardecer de enero de 1961, más tarde hizo surgir el problema del compromiso en las artes, provocando en julio una famosa discusión entre Castro y unos cuantos intelectuales, y después, en agosto, un congreso cultural. La consecuencia última fue la creación de un sindicato de escritores dirigido por funcionarios.

Además, el gobierno revolucionario reconstruyó la antigua Junta Nacional de Cultura que inició un ambicioso programa de patrocinio de la pintura y la escultura, los conciertos, la música, la danza y el teatro. En estas actividades se insistía mucho en la «conciencia revolucionaria». Esto no significaba necesariamente un descenso de nivel, pues la mejor compañía de teatro, Teatro Estudio, dirigida por Vicente Revueltas y su hermana, era ya, antes de 1959, de tendencia marxista; en 1960 y 1961 tuvo su mejor momento, presentando a Brecht y a otros autores dramáticos europeos por primera vez en los escenarios cubanos, con gran éxito.

Las editoriales estaban ahora en manos del gobierno, aunque antes no había habido ninguna importante. Sin duda, la diferencia estribaba en que en 1959 habría sido posible editar, a expen-

sas de uno, un libro que atacara al régimen de Cuba, y en 1961 no lo era. La Imprenta Nacional, dirigida por Alejo Carpentier, había empezado a publicar mucho, principalmente discursos de Castro, Lenin, Marx, y *Fundamentos del socialismo en Cuba*, de Blas Roca, pero también libros más digeribles, como *Nuestra colonia cubana*, de Jenks, junto con *Azúcar y población*, de Ramiro Guerra, Tolstoi, *Don Quijote* y Voltaire. La Junta de Cultura hizo grandes ediciones de García Lorca y Cirilo Villaverde. No se purgaron las bibliotecas: Orwell todavía se encontraba en la Biblioteca Nacional, aunque al parecer, a principios de 1961, secuestraron una nueva edición de *Doctor Zhivago*, de Buenos Aires, considerándolo literatura contrarrevolucionaria. Para entonces ya no se vendían periódicos ni diarios extranjeros, y la literatura que criticara al régimen o al sistema no solía exhibirse en las librerías. Casi todo dependía de quién era el que tomaba las decisiones.

Tanto la televisión como la radio continuaban siendo un medio permanente de proyección del gobierno. Incluso cuando no había nada que celebrar, se oía cada día a la una, por radio, un disco con uno de los discursos de Castro. Las emisiones, sincopadas, parecían parodias revolucionarias del sistema norteamericano: «Aquí Radio Progreso, la onda de la alegría». Las técnicas de Madison Avenue (y, en algunos casos, los propios operadores habían trabajado en Nueva York o, por lo menos, para compañías de Nueva York) servían para vender la Revolución, la campaña contra el analfabetismo y la lucha contra el bloqueo. Por la calle, los tocadiscos todavía hacían sonar canciones revolucionarias casi continuamente, sobre todo el Himno del 26 de Julio, con su ritmo playero. Sin embargo, una de las voces más famosas de la Revolución, Pardo Llada, el director de la corporación de radio y televisión FIEL, apodado el «ministro del odio», huyó a México a finales de marzo, vociferando «trai-

ción» en el mismo tono con que hasta entonces había vociferado «imperialismo».

Pudiera o no llamarse efectivamente comunista a este gobierno, su ejecutoria le garantizó, aun sin tener en cuenta la oratoria imponente de Castro, el apoyo de la inmensa mayoría de los cubanos. Sorprendentemente, el aspecto militante y armado del régimen, permanentemente en pie de guerra, molestó a poca gente. La insistente intrusión del gobierno en la vida privada, los llamamientos de voluntarios para la milicia, la marcha multitudinaria hacia la «Unidad» y, después, la campaña contra el analfabetismo, aunque intolerables para la burguesía, suponían una ruptura del tedio increíble que había señalado la vida de muchos cubanos en el pasado. Aunque Batista y los auténticos habían utilizado la propaganda, los cubanos nunca habían experimentado las dosis masivas de propaganda nacional de que habían sido objeto las naciones europeas durante las guerras mundiales. Además, la mayoría de la gente creía que, por primera vez, el gobierno, aunque intolerante, al menos no estaba corrompido. Sin duda resulta tentador despachar este logro comparándolo con las prácticas puntuales de Mussolini. Pero la desaparición de funcionarios corruptos, jueces corruptos, políticos corruptos, sindicalistas corruptos y hombres de negocios corruptos suponía, para la mayoría, un contraste completo, extraordinario, tal vez desconcertante, pero maravilloso. Además, el sutil mundo de la prostitución, la protección policíaca comprada y el hampa casi habían desaparecido, y las prostitutas eran las únicas que lamentaban totalmente la desaparición del Tío Sam. El juego todavía continuaba, y a veces en un plan grotesco: las personas opuestas a la Revolución, muchas con pasajes reservados para Estados Unidos, sabiendo que no podían sacar su dinero del país, iban por las noches a los casinos todavía espléndidos y nuevos de los hoteles Havana Hilton (Habana Libre), Riviera, Nacional o Capri, y a veces ponían

fichas en todos los cuadros de una ruleta; como telón de fondo, detrás de la cabeza del *croupier*, un cartel inmenso proclamaba que «Ahorrar es hacer la Revolución». Otro, encima del cajero, decía: «Lumumba vivirá para siempre en el corazón de todos los pueblos libres».

La anomalía que suponía el juego en una revolución puritana se explicaba porque el gobierno no deseaba aumentar el paro despidiendo a los *croupiers*. Pero, además, servía para mantener alejados de otras tentaciones a algunos posibles contrarrevolucionarios. Estos grandes hoteles de La Habana, construidos hacía dos o tres años, en los que el aire acondicionado empezaba a vacilar, el servicio y la comida, a decaer, parecían ruinas espléndidas de una civilización pasada dentro de otra nueva y discordante, todavía no definida claramente. El Habana Libre presentaba el contraste mayor, pues con sus pinturas de Wilfredo Lam, su sala de fiestas, piscina y música ambiental, y sus varios casinos, se había convertido en el principal centro de conferencias internacionales, el hotel de las delegaciones de las naciones socialistas amigas, de los comunistas simpatizantes del hemisferio occidental y de sus compañeros de viaje de Europa. En el vestíbulo, en un puesto de libros se vendían las últimas novedades de la literatura revolucionaria y las obras de Marx y Martí. Durante 1961, por sus puertas giratorias pasarían una delegación tras otra, líderes revolucionarios de todas las generaciones, de todos los países, desde Ludwig Renn hasta el general Enrique Líster, Francisco Juliao, de Brasil, y el peronista de izquierda Cook, de Argentina, sin contar los periodistas, caricaturistas, espías, milicianos y milicianas, negros, blancos, mulatos, con sus uniformes verde oliva, su rifle y su habano en la boca, tan dispuestos a lanzarse a un ataque sanguinario como a bailar el cha-cha-chá.

La mayoría de los cubanos no iban al Habana Libre, aunque de vez en cuando se destinaban pisos enteros de este y otros

palacios para dar cursos de costura o higiene doméstica a gente del campo. Si hubieran querido ir, no habrían tenido ninguna dificultad para hacerlo. Los bares de la azotea estaban abiertos a los negros por primera vez. Este sentido de libertad social era —y en esto coincidían todos los observadores— otra de las razones por las que la mayoría apoyaba al gobierno, o mejor dicho, estaba fascinada y hasta hipnotizada por él. La mayor parte de los cubanos se sentían por lo menos libres de los propietarios y de los prejuicios de la antigua clase dominante. La libertad social y la nacional iban unidas. Los discursos de Castro y los acontecimientos de los dos últimos años habían despertado el nacionalismo cubano hasta tal punto que tanto los no comunistas como los comunistas estaban profundamente satisfechos por haberse sacudido el yugo de Estados Unidos.

Gran parte de todo esto se debía a Castro. Sus defectos eran evidentes: palabrería, indiferencia ante la vida humana, xenofobia, egoísmo, pocas ganas de delegar su autoridad. Pero también lo eran sus cualidades: energía, audacia, obsesión por saber lo que pasaba, por ver por sí mismo cómo se llevaban a cabo las reformas en realidad. Castro parecía no estar nunca en la capital, siempre estaba viajando en helicóptero, *jeep* u Oldsmobile, siempre considerando algún nuevo proyecto, siempre hablando, animando, amenazando, condenando, nunca indiferente. Tanto las personas sencillas como las refinadas seguían considerándole su guía. ¿Cómo podía responder él si no era deslumbrándolas con sus cualidades? Castro había convencido a sus compatriotas de que era un genio político y en todo el mundo le reconocían como tal. Tenía grandes talentos. Era un orador soberbio. Era un enemigo peligroso. Durante mucho tiempo, gobiernos injustos de todo tipo habían enseñado a los cubanos y latinoamericanos a respetar la fuerza, y ahora no podían dejar de admirar a un hombre de fuerza de la izquierda.

Naturalmente, el nacionalismo no se da en el vacío, sino que suele surgir de la experiencia muy próxima de otra nación, de la que ni siquiera la xenofobia puede librarnos del todo. El hecho de que se hiciera propaganda de la campaña alfabetizadora mediante estribillos inventados por agentes de publicidad nos hace comprender hasta qué punto las costumbres norteamericanas habían penetrado en el espíritu de la nación. Al perseguir a Norteamérica con tanta saña, Cuba estaba ahora persiguiendo a una parte de sí misma, como indicaban claramente las continuas actividades contrarrevolucionarias del invierno 1960-1961.

El comunismo, como el catolicismo, debe su fuerza, donde la tiene, a su flexibilidad y capacidad de adaptación al carácter nacional. Así como Alemania Oriental, con Ulbricht, se caracteriza por sus rasgos prusianos, Castro, con Cuba, conservaba una alegría e incluso una superficialidad que ayudaban a hacer aceptable la Revolución. En toda la isla se oían tantas canciones y estribillos como siempre, aunque ahora las niñas de las escuelas cantaran en los autocares:

Somos socialistas
marxistas-leninistas.
Mañana seremos
tremendos comunistas.

Incluso los gritos que daban mecánicamente las multitudes obedientes en los mítines masivos tenían a veces un acento infantil:

Pim – Pam – Pum
Mao – Tse – tung.

Un largo discurso de Castro podía estar salpicado de aclamaciones, gritos, aplausos y bailes, que permitían descansar tanto a la muchedumbre como a Castro, aunque también se oyeran gritos más alarmantes, como el de «Paredón, paredón, paredón» para los imperialistas y los curas, pero a veces se convertía en una rumba («Para los curas, paredón»). (Guevara alardeó una

vez de que la Revolución cubana era una revolución con pachanga; pero, con la rumba, también hablaba de ejecuciones). Todo esto, aunque en parte estuviera planeado, era bastante espontáneo. Incluso para los visitantes a los que no gustaban los enormes retratos de Marx y Castro, los carteles con trabajadores fuertes y serenos, con sus palas en ristre, las estridentes exhortaciones a la unidad, al patriotismo, al trabajo, los llamamientos de Castro a los cubanos para que fueran espartanos y, sobre todo, la presencia de rifles por todas partes, Cuba conservaba, en 1961, algo de su encanto extraordinario, aunque a muchos extranjeros les interesaban tanto sus paradojas como sus logros.

Una causa importante de inquietud era la administración de la justicia. Hasta el invierno de 1960-1961, el Tribunal Supremo había seguido siendo más o menos lo que había sido desde la caída de Batista. Los jueces veían, consternados, cómo aumentaba el número de detenciones arbitrarias, sentencias largas y juicios políticos a los que eran sometidos todos los que se oponían al régimen, pero esto no era de la incumbencia de la judicatura ordinaria; los tribunales revolucionarios estaban fuera de su jurisdicción, como lo habían estado los tribunales de urgencia creados primeros por Machado y utilizados por Batista para juzgar rápidamente delitos políticos. Sin embargo, muchos de los jueces no simpatizaban con la Revolución. Castro explicó que no había ninguna necesidad de tener tantos jueces en Cuba, puesto que ya no eran necesarios los pleitos. A partir de entonces, como podía sugerir esta declaración, la Revolución fue un factor que se tuvo en cuenta en todo procedimiento judicial. No se trataba, en la mayoría de los casos delictivos, de que se prejuzgara la culpabilidad o inocencia, sino de que, si se decidía la culpabilidad, los servicios prestados a la Revolución por la persona acusada ejercían una influencia decisiva sobre la sentencia. Además, ahora, antes del veredicto, se hacían declaracio-

nes sobre la personalidad y carrera del acusado. Sin duda, esta politización de la justicia era inevitable dada la situación de violencia revolucionaria reinante. El antiguo sistema jurídico, cuya complejidad había llegado a confundir a los generales Wood y Crowder, según propia confesión, a la larga, como un árbol viejo y podrido, se vino abajo, destrozando los nidos de los antiguos grajos, todavía visibles.

En 1960-1961 no había paz en Cuba. Durante todo el invierno se habían producido pequeñas infiltraciones, de la CIA y de los exiliados, rumores de invasión, emergencias, conspiraciones y actos de violencia. Los milicianos tenían que abandonar el trabajo a menudo (con lo que se aceleraba la ruina). Según fuentes de información de los exiliados, en octubre de 1960 el gobierno revolucionario cubano ya había fusilado a 1330 personas, y en marzo, a más. La lucha en la Sierra de Escambray entre la contrarrevolución y el gobierno duró todo el invierno, pero este último iba ganando poco a poco a base de desgastar a los guerrilleros, que carecían de víveres y suministros y no recibían un apoyo aéreo eficaz por parte de Estados Unidos. Muchos fueron fusilados, y entre los muertos del bando de Castro se encontraba su médico personal, Luis Fajardo. La lucha continuó hasta la primavera, aunque cada vez más esporádica. Guevara creía que a principios de 1961 todavía había 200 hombres armados en la Sierra de Escambray. Varias expediciones que, procedentes de Miami, se dirigieron a la costa cubana fueron deshechas nada más llegar. Hubo un atentado contra la vida de Castro frente a la embajada italiana, y de vez en cuando aparecían milicianos misteriosamente asesinados, uno de ellos colgado de un árbol con una nota que decía: «Bajad a este, necesitamos el árbol para otros».

En el invierno de 1960, Rogelio González Corzo, del MRR, dirigió una intensa campaña de sabotaje y terrorismo en La Habana; se colocaron muchas bombas, se volaron buzones, se

destruyeron tuberías de agua, se incendiaron plantaciones de azúcar y tabaco. Aparecieron carteles misteriosos anunciando que Castro tenía los días contados. El MRP de Ray también se hacía responsable de algunos de estos actos, aunque el propio Ray se fue a Miami en secreto (a partir de entonces, el director del MRP en Cuba fue Antonio Viciana, un perito mercantil). A otro compañero, el exsecretario general de los sindicatos, David Salvador, fundador del Movimiento 30 de Noviembre, lo cogieron con Joaquín Agramonte cuando trataban de salir en un yate del río Jaimanitas, cerca de La Habana; Salvador fue enviado a La Cabaña.

Un objetivo del MRR y del MRP era el de fomentar la represión gubernamental al estilo de la que había practicado Batista dos años antes. En esto no tuvieron éxito. Lo que consiguieron fue dividir a la población en dos grupos cada vez más hostiles: la minoría contraria al régimen y la mayoría todavía partidaria del mismo. Entre los intelectuales liberales que habían apoyado al régimen al principio se producía una terrible crisis de conciencia: ¿no deberían unirse a los movimientos clandestinos?, ¿tendrían que volver a la vida de sabotaje y conspiración? Para tratar de disuadirlos había una continua exhibición de ejecuciones. Muchos de los dirigentes más destacados de los movimientos clandestinos, incluido González Corso, fueron traicionados, arrestados y más tarde fusilados. Entre ellos estaban Sorí Marín y Rafael Díaz Hanscom, que habían tratado de unir todas las fuerzas anticastristas de Cuba.

Todavía era posible protestar desde dentro del régimen, aunque la única protesta abierta que se produjo surgió de la antigua espina que Batista tenía clavada en su carne: el Sindicato de Trabajadores de la Electricidad, cuyo líder, Amaury Fraginals, había salido intacto de las purgas. El 9 de diciembre, una serie de empleados de la compañía cubana de electricidad se reunieron en su cuartel general del Prado y se dirigieron al palacio

presidencial gritando: «Cuba sí; Rusia no»; finalmente, Dorticós recibió a Fraginals. Este presentó sus quejas. Pero cuatro días después se buscó un escondite, y Castro lo acusó inmediatamente de organizar el terrorismo. Entonces, el Sindicato de Trabajadores de la Electricidad expulsó a Fraginals deshonrosamente.

La Iglesia seguía siendo un centro de oposición privilegiado, pues Castro y los comunistas habían decidido evitar enfrentarse a ella. Pero, en octubre, monseñor Boza Masvidal había atacado al gobierno por «sobrepasar los límites justos de la ayuda y la vigilancia» y por detentar un «control absoluto», que convertía al individuo en una mera pieza de la maquinaria estatal. Blas Roca, en *Hoy*, comparó el artículo del obispo con la propaganda «imperialista» procedente de Swan Island. El 4 de diciembre, la jerarquía publicó una carta pastoral conjunta ordenando a Castro que rechazase al comunismo, en la esperanza de que «el Señor le iluminara». Castro replicó diciendo que el gobierno no tenía que responder ante el clero, y se sumó a la opinión de que «ser anticomunista es ser contrarrevolucionario», añadiendo que también era «contrarrevolucionario ser anticatólico, antiprotestante o anticualquier cosa que divida a los cubanos». Pero casi no hubo más protestas. Las iglesias seguían abiertas, aunque bastante vacías, y Castro, de vez en cuando, hacía discursos en los que criticaba a la Iglesia, aunque sin atacarla. La revista de la Iglesia *La Quincena* (el último periódico independiente) dejó de publicarse. (Los periódicos independientes más pequeños, como *Información* y *El Crisol*, que no habían sido objeto de ataque, como el *Diario de la Marina* y *Prensa Libre*, se habían visto obligados a cerrar por la desaparición de la publicidad y por la falta de subsidios del gobierno).

El peor aspecto del régimen, sin duda, eran ya sus cárceles. Para entonces había tal vez 10 000 presos políticos. Algunos habían sido juzgados, otros no. El trato que les daban los guar-

dianes, la comida, las instalaciones sanitarias, todo era malo. Ahora había muchos más presos de los que hubiera nunca en tiempos de Batista, y las condiciones eran muy malas. Algunos estaban en viejas fortalezas, como La Cabaña o El Príncipe, y todas las cárceles estaban atestadas. El gobierno revolucionario retrocedió en esta cuestión, haciendo suyas las reacciones autoritarias cubanas tradicionales.

Innegablemente, los miembros de la clase media o alta cubana para entonces se sentían desgraciados, y hasta desesperados, incluso en los casos en que no estaban ellos mismos en la cárcel o conspirando o no tenían parientes próximos en esta situación. La mayoría de los que tenían algo que perder ya habían abandonado la antigua confianza que tenían en que la sociedad, dirigida por ellos mismos, estaba de su parte, por podrida que fuera. Todas las costumbres de la antigua forma de vida cubana estaban desapareciendo. Naturalmente, uno de los motivos por los que triunfaba la Revolución era que, en Cuba, estas costumbres no habían arraigado tanto como en otros sitios. Sin embargo, incluso en tiempos de Batista, siempre existió un determinado orden de cosas establecido: asistencia a clubes y hoteles, cócteles y banquetes, especulaciones y fiestas, viajes a Estados Unidos; ahora, todas estas cosas, aun sin ser todavía imposibles, eran difíciles. La mayoría de las personas de clase media se planteaba la cuestión de si tendrían que marcharse a Estados Unidos, abandonando tal vez para siempre casa, dinero y posesiones, o quedarse y dedicarse a la contrarrevolución, o al menos proponérselo. Acostumbrados durante tanto tiempo a aceptar la autoridad porque estaba controlada por ellos mismos o por sus amigos, les era imposible aceptar la sanción que representaba un grupo revolucionario de soldados jóvenes, violentos, apasionados, desaliñados, que manejaban las armas con facilidad.

Para la mayoría, para casi todos los que vivían en el campo y para la mayor parte de los habitantes de las ciudades, era al revés. Por primera vez sabían que la autoridad estaba de su parte, que el terrateniente o el patrón no podían comprar a la justicia; ya sabían que, aunque tal vez continuara el paro y la vida no fuera fácil para ellos, la clase que los había intimidado y tratado con aire de superioridad estaba seriamente amenazada. La organización turística de Castro, el INIT, había expropiado los hoteles, los clubes y, lo que es más importante, las playas, y los había hecho accesibles al público en general. El Hotel Varadero Internacional costaba ahora 15 dólares diarios en vez de 50; las maravillosas arenas y el agua azul y translúcida del Havana Biltmore Yacht Club estaban abiertas a todos por 50 centavos. A lo largo de kilómetros de costa se crearon baños públicos. Todo esto se hizo a costa de un gran sacrificio económico y dentro de un plazo arbitrario fijado por Castro. La Revolución ya había aumentado las oportunidades de las mujeres y de la minoría negra o mulata. Las organizaciones de mujeres cubanas tuvieron un papel esencial en la coordinación del apoyo masivo al régimen, e incluso en las actividades multitudinarias. (La mitad de la campaña contra el analfabetismo de 1961 estuvo en manos de mujeres o chicas, y fueron mujeres las que recogieron la cosecha de algodón de 1962).

Entre la clase media, las actitudes que se tenían con respecto a la Revolución se basaban principalmente en la edad: la mayoría de los jóvenes estaban a favor; la mayoría de los mayores, en contra. Para entonces, la mayoría de los liberales famosos habían abandonado al régimen, y algunos incluso se habían marchado del país. Pero estos buenos hombres no querían colaborar con los rentistas resentidos, ni con el pensamiento ni con la acción. Curiosamente, casi por primera vez en la historia cubana, el único contacto verdadero entre clases, entre la vieja Cuba que desaparecía y la nueva que forcejeaba para nacer, era la

Iglesia, todavía algo indecisa, aunque la jerarquía y la mayoría de los sacerdotes y dirigentes seglares eran ahora hostiles al gobierno. Pero, así como dos años antes no se habría podido dar una interpretación clasista perceptible de la batalla contra Batista, ahora había una lucha de clases evidente, en la que ambos bandos se mostraban intolerantes.

Las contradicciones y contrastes que se daban en Cuba en abril de 1961 no eran muy conocidos en Estados Unidos, a pesar de las abundantes sumas que se gastaba en espionaje. Cuba era un país que tenía algo más de un tercio de su agricultura y más o menos la mitad de su industria en manos del Estado, y el poder político, concentrado en un hombre y sus adeptos. Los nuevos aliados de Castro, los comunistas, y sus poderosos amigos del otro lado del Atlántico, tenían una influencia clara, pero ambigua. Este era el reto que se presentaba a Estados Unidos de Kennedy, una nación que, igual que Cuba, también se lamentaba de los errores de los diez años anteriores, pero cuya sólida estructura política no podía ser más diferente. Generalmente, los hombres, cuanto más diferentes son, menos se pelean. En este caso, las dos sociedades parecían incapaces de vivir juntas. En realidad, una había organizado una invasión contra la otra, y esta, a su vez, había hecho todo lo posible para perjudicar los intereses de su rival en el resto de América. Parecían estar a punto de luchar por el más sencillo de los motivos: porque eran enemigas. Por lo tanto, es curioso recordar no sólo que, cada día, unos dos mil cubanos de la ciudad de Guantánamo seguían yendo a trabajar a la base norteamericana del mismo nombre, sino también que cada día, incluso en abril de 1961, dos aviones llenos de exiliados salían de La Habana para Miami, lo cual suponía mucho, teniendo en cuenta que los pasajes se habían de pagar en el extranjero. A finales de marzo de 1961 ya se habían ido de Cuba unas cien mil personas, en su mayoría a Estados Unidos, pero también a España, México y el

resto de Sudamérica. En realidad, aún se podía telefonear a Miami desde La Habana, y viceversa, y se hacían muchas llamadas, algunas de las cuales ocultaban mensajes de espionaje, la mayoría de afecto; así pues, la lucha internacional entre Estados Unidos y Cuba, y tras ella, la que había entre Estados Unidos y la Unión Soviética, era, simplemente, a nivel personal, una guerra civil cubana, con las tragedias e inconvenientes que suele provocar la discordia.

99

La batalla de bahía Cochinos

«Durante las primeras horas del 15 [de abril de 1961] —recordaba Castro más tarde— no dormimos por culpa de ciertas noticias recibidas desde la provincia de Oriente. Todos los indicios eran de que, de un momento a otro, iba a producirse la invasión. Estábamos alerta». Él creía que la invasión sería en Oriente. Doce batallones y baterías fueron enviados para reforzar aquella línea costera, aunque los lugares de desembarco más probables —los que daban acceso a las montañas— ya estaban defendidos lo mejor posible. Castro siempre había supuesto que la invasión empezaría con un ataque contra su fuerza aérea y, a diferencia de Nasser en 1956 y 1967, había dispersado sus pocos aviones, los había camuflado y rodeado de baterías. Porque entonces Cuba tenía una fuerza aérea muy pequeña: quince B26, tres T33 y seis Sea Furies; los Migs prometidos por los soviéticos aún no habían llegado. Estos aviones fueron separados uno por uno y, en cambio, se agruparon aviones fuera de servicio como cebo para engañar a los atacantes. Entonces, Castro fue al cuartel general militar y ordenó una alerta general.

A las seis de la mañana, dos B26 con insignias cubanas sobrevolaron el cuartel general lanzando bombas. Otros seis B26 bombardearon otros tres campos de aviación cubanos (Santiago, San Antonio de los Baños y Baracoa). Los B26 eran, naturalmente, aviones norteamericanos pintados por la CIA, y venían de Nicaragua llevados por pilotos exiliados dirigidos por el capitán Villafaña que, un año antes, era todavía agregado militar en México, en representación del gobierno cuyos aeródromos estaba bombardeando ahora. En aquellos momentos, la flota invasora procedente de Nicaragua llevaba doce horas en el mar y le faltaban otras cuarenta horas para llegar a Cuba. El ru-

mor de los desembarcos en Oriente era un treta deliberada de la marina estadounidense, aunque una fuerza de 168 exiliados cubanos, dirigida por el capitán Nino Díaz, había de desembarcar cerca de Guantánamo y no lo consiguió.

El bombardeo causó pánico en La Habana y en las demás ciudades. Aparte de los disturbios de poca importancia de los años treinta, Cuba, como Estados Unidos, nunca había experimentado este tipo de guerra.

Inmediatamente, Castro se lanzó contra los movimientos clandestinos. Durante todo el día 15 de abril, la policía, dirigida por Ameijeiras, que para mayor ironía era anticomunista, aunque ferviente adepto de Castro, detuvo a todas las personas remotamente sospechosas de hostilidad hacia el gobierno, culpables o inocentes, saboteadores y sacerdotes, hombres y mujeres. La desafortunada incursión aérea dio ocasión a Castro para aplastar todas las posibilidades de ayudar a la invasión que hubiera podido tener la oposición clandestina. Esto no tenía importancia para la CIA, que no tenía en cuenta a los movimientos clandestinos y ni siquiera se molestaba en comunicarse efectivamente con los agentes que ella misma pagaba.

Entretanto, en Miami había aterrizado un B26 que venía directamente de Nicaragua, pilotado por el capitán Mario Zúñiga; este avión había sido cuidadosamente salpicado de agujeros de bala para dar la impresión de que salía de un combate. El capitán dijo que era un miembro de las fuerzas aéreas de Castro que había decidido rebelarse, había bombardeado algunos campos de aviación cubanos y había huido. Su historia se embrolló con la llegada anterior, y no prevista, a Key West de un B26 que había participado en el bombardeo y que, en vez de dirigirse a Nicaragua, lo había hecho a Miami porque tenía problemas con el motor. La historia pareció todavía más endeble cuando Zúñiga se negó a dar su verdadero nombre; si su historia hubiera sido cierta, probablemente el gobierno cubano habría

descubierto rápidamente la identidad del fugitivo. Pero le hicieron fotografías. Su mujer, que estaba en Miami, lo reconoció y, naturalmente, quiso ponerse en contacto, pues no le había visto desde que, meses antes, se había ido a Guatemala. Además, algunos periodistas avisados se dieron cuenta de que los B26 de Cuba tenían el morro de plexiglás, mientras que los de Miami lo tenían opaco. Resultaba curioso que el doctor Miró Cardona y la Junta Revolucionaria Cubana pudieran hablar, muy excitados, en la prensa de Nueva York como si supieran todo lo que estaba pasando.

Además, el gobierno cubano actuó en el plano internacional. El cuerpo diplomático acreditado en La Habana fue convocado a una reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores y allí les dieron algunas pruebas del origen extranjero del ataque. El ministro de Asuntos Exteriores, Roa, consiguió suscitar la cuestión de la agresión en la ONU. Adlai Stevenson repitió las promesas de Kennedy de que Estados Unidos no participarían en ninguna acción contra Cuba, y dijo que los pilotos llegados a Miami debían de ser cubanos, y que sus aviones eran cubanos; enseñó una fotografía en la que aparecían estos aviones con la estrella cubana pintada. El representante guatemalteco mintió, diciendo que en su país no se habían entrenado cubanos. La CIA había asegurado al segundo de Stevenson, Harlan Cleveland, que los pilotos llegados a Miami eran auténticos fugitivos. Al parecer, el secretario de Estado, Rusk, confundió a los hombres de Miami con dos auténticos fugitivos, Roberto y Guillermo Verdaguer, oficiales de las fuerzas aéreas, que habían llegado a Florida el día anterior. De hecho, estaba haciéndose evidente que la «historia de tapadera» no se sostendría, ni en las Naciones Unidas, ni a los ojos de la opinión pública norteamericana, lógicamente interesada. Más tarde, Stevenson se puso furioso al descubrir que le habían utilizado para engañar al mundo. Resulta extraño que no dimitiera.

Al mismo tiempo, a bordo de los barcos atacantes, los oficiales informaban a la brigada. Los instructores de la CIA dijeron a los oficiales que las misiones de bombardeo habían sido un éxito y que la fuerza aérea de Castro había sido virtualmente destruida. Aquella noche, la misión de reclamo dirigida por Nino Díaz en Oriente volvió a fracasar en su intento de desembarcar, a pesar de que llevaban a bordo a un hombre de la CIA para dirigirlos. Los invasores navegaban sin saber que iban a desembarcar en circunstancias muy diferentes de las que habían proyectado.

La CIA había proyectado que otros dos ataques aéreos a base de B26 terminasen la obra realizada por el primero, coincidiendo con los desembarcos (que habían de ser en la madrugada del 17 de abril). Habían de despegar de una pista en la playa que para entonces se esperaba estuviera ocupada. Pero Kennedy suspendió estos ataques aéreos. Los directores de la CIA, Bissell y el general Cabell, se sintieron «profundamente molestos», aunque no tanto como para insistir en ver al presidente personalmente. Se limitaron a dar las órdenes a sus subordinados de Nicaragua. Entretanto, Kennedy (el domingo 16 de abril al mediodía) había autorizado a la expedición para que siguiera hacia las playas.

En La Habana, Castro habló a una gran multitud en el entierro de las siete víctimas del ataque aéreo del día anterior. Recordó el incidente del *Coubre*, cuya destrucción volvió a atribuir a Estados Unidos. Aludió a los ataques aéreos a los cañaverales realizados por aviones con base en Estados Unidos y a Pearl Harbor, a lo muy ultrajado que se había sentido Estados Unidos en aquella ocasión. Irónicamente, leyó los comunicados de la United Press que habían dado la versión ortodoxa de los acontecimientos desde el punto de vista norteamericano. Ridiculizó a Kennedy y a Stevenson. El discurso se vio interrumpi-

do por gritos de «¡Fuera!», «¡Asesinos!», «¡Cobardes!», «¡Patria o muerte!», «¡Paredón!».

> Camaradas, trabajadores y campesinos,
>
> Esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes, para los humildes… El ataque de ayer fue el preludio de una agresión de mercenarios. Ahora, todas las unidades deben ir a sus batallones… Formemos batallones y dispongámonos a avanzar hacia el enemigo con el Himno Nacional… con el grito de «¡Al combate!», con la convicción de que morir por nuestro país es vivir, y vivir encadenados es vivir bajo el yugo de la infamia y del insulto… ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!

Con estas palabras, Castro se preparó para la batalla.

Al atardecer, la flota invasora se reunió, treinta millas al sur de Cienfuegos, con las unidades de desembarco procedentes de la base aeronáutica norteamericana de Vieques.

Entretanto, la Junta Revolucionaria, la organización fantasma a la que Castro llamaba la «junta de gusanos», estaba conferenciando en Nueva York. La CIA dijo a los miembros de la junta, que ya se veían ministros de esto y de lo otro, Transportes y Telégrafos, Educación y Reconstrucción, que se prepararan para volver a Cuba, y en consecuencia volaron a Miami dirigidos por Bender-Droller, donde les dieron cena y uniformes. Esperaron. Sus amos no les decían nada. ¿Eran prisioneros, en realidad? Se fueron a la cama sin saber que la expedición cuyo mando ostentaban nominalmente empezaría mientras ellos estuvieran durmiendo: el motivo era la «seguridad», la vieja excusa que dan, a menudo justificadamente, los socios más importantes de una alianza como explicación del hecho de haber engañado a sus aliados. Kennedy no sabía que la junta estuviera detenida.

Ahora la brigada estaba lista para desembarcar. Su jefe político era Manuel Artime, el católico exinspector del INRA; el jefe militar era José Pérez San Román. Él y los jefes de los seis batallones —los batallones tenían sólo 200 hombres cada uno— habían sido oficiales del ejército antes de 1959. Varios de ellos, incluido Pérez San Román y su hermano, habían estado vaga-

mente asociados con los puros, el grupo de oficiales rebeldes que, a las órdenes del coronel Barquín, habían tratado de derrocar a Batista en 1956, y estuvieron presos durante un tiempo a finales de 1958. San Román, Artime, Oliva, Varela Canosa y Villafaña habían tenido cargos, con Castro, en 1959, aunque Montero Duque, jefe del 5.º batallón, había dirigido un batallón contra Castro en la Sierra Maestra y había huido del país en enero de 1959.

La brigada estaba compuesta, sobre todo, por hombres de la clase media y alta, aunque también había un centenar, más o menos, de cubanos de la clase trabajadora. El promedio de edad era de treinta años, aunque había un hombre de sesenta y uno. Había unos cincuenta negros y unos cuantos mulatos más, incluido Oliva, el segundo en el mando. Unos 250 habían sido estudiantes y 135 habían sido militares anteriormente. La mayor parte de la brigada era católica, y con ellos iban tres sacerdotes, todos españoles, uno de ellos oficial del ejército franquista durante la guerra civil. Los invasores llevaban unos parches en los hombros en forma de escudo con una cruz latina en el centro. Las opiniones políticas de la brigada iban desde la extrema derecha hasta el centro. Al parecer, no había nadie que estuviera tan a la izquierda como Manuel Ray o cualquier miembro de su organización (el MRP). Uno o dos (por ejemplo, Felipe Rivero, de la familia de los editores del *Diario de la Marina*) se consideraban nacionalistas de una tercera postura: nasserista. Uno o dos (por ejemplo, José Manuel Gutiérrez) estaban allí casi por casualidad, porque sus amigos habían ingresado, otros porque querían trabajo. Estaban los hijos de Miró Cardona, Varona, Raúl García Menocal, Millo Ochoa y Alonso Pujol, y el presidente de la Asamblea en tiempos de Batista, Cándido Mora, tío del que entonces era ministro de Comercio Exterior, antes miembro del MSR de Masferrer, y hermano del difunto dirigente del intento de asesinato del 17 de marzo de

1957; el embajador de Batista en Japón (García Montes); y, cosa absurda, desde el punto de vista de la brigada y desde el suyo propio, varios famosos asesinos de la época de Batista, incluido Ramón Calviño (nominalmente en la parte naval), que había asesinado personalmente a veinte personas tras haber sido antes miembro del Movimiento 26 de Julio; José Franco Mira; Rafael Soler Puig, que había matado personalmente al exiliado dominicano Pipi Hernández y al líder comunista de los descargadores del muelle, Aracelio Iglesias, y Jorge King Yun, un delincuente común que había asesinado a un miliciano al huir de Cuba en 1960. A este grupo se le había asignado un papel siniestro, caso de tener éxito la invasión: eliminar a la oposición política. Los peritos de Castro calcularon más tarde que los 1500 hombres de la brigada habían tenido antes en Cuba 400 000 hectáreas de tierra, 10 000 casas, 70 fábricas, cinco minas, dos bancos y diez ingenios azucareros. De hecho, la fuerza invasora era un cuadro notablemente representativo de la oposición a Castro.

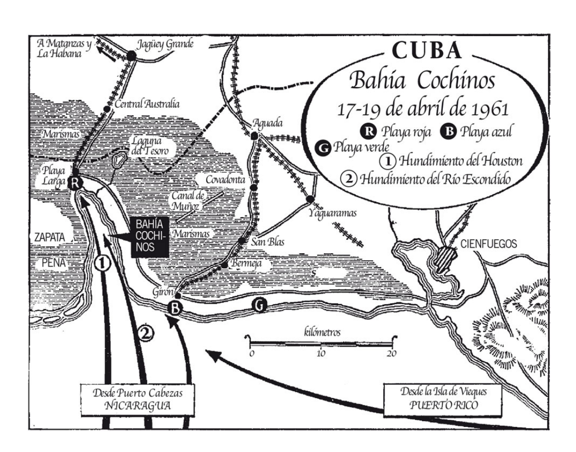
El entrenamiento de estos hombres variaba considerablemente. Algunos sólo se habían entrenado una semana, y otros nada en absoluto. Otros habían estado recorriendo la jungla de Guatemala durante casi un año. La mayoría no habían podido entrenarse más de dos meses y medio. De los 160, más o menos, dirigidos por Nino Díaz, que, en principio, habían de desembarcar en Oriente para crear un movimiento diversivo y lanzarse a la guerra de guerrillas, la mitad tenían sólo una semana de entrenamiento.

En el equipaje de un sacerdote, el padre Ismael de Lugo, se encontró más tarde un manifiesto que decía:

> Venimos en nombre de Dios, la Justicia y la Democracia… No procedemos del odio, sino de la vida… La Brigada de Asalto está compuesta por miles [*sic*] de cubanos que son completamente católicos y cristianos… Católicos de Cuba: nuestro poder militar es aplastante e invencible, y todavía mayor es nuestra fuerza moral, nuestra fe en Dios, en Su protección

> y en Su ayuda. Católicos cubanos: os abrazo en nombre de los soldados del Ejército liberador. Familias, amigos y parientes… pronto estaréis reunidos. Tened fe, la victoria es nuestra porque Dios está con nosotros y la Virgen de la Caridad no puede abandonar a sus hijos. ¡Católicos! ¡Viva Cuba libre, democrática y católica! ¡Viva Cristo Rey!

Animado por estas y otras afirmaciones, el ejército invasor echó el ancla a 1800 metros de la costa, Pérez San Román con el *Blagar* y el *Caribe* ante Playa Girón, Oliva ante las marismas de Zapata con el *Houston*, nombre tristemente adecuado para un barco de tropas exiliadas cubanas, y el *Barbara J*. Los hombres rana señalaron los lugares de desembarco, y los primeros hombres que llegaron a la costa, también muy adecuadamente, fueron norteamericanos: en Playa Girón, un funcionario de la CIA que iba con el nombre de «Gray»; en Playa Larga, al fondo de bahía Cochinos, otro agente conocido por «Rip». Los hombres rana dirigieron mal el desembarco, y empezaron a tirotearse con un *jeep* que patrullaba la costa, mientras en ambas playas se iniciaba un fuego intenso mucho antes de que hubiera desembarcado un contingente importante de tropas. El desembarco se complicó más aún por la existencia, ignorada por los invasores, de arrecifes de coral, que destruyeron o retrasaron varias lanchas de desembarco.



Bahía Cochinos, 1961

Castro se enteró de la invasión a las 3.15 de la mañana por medio de una transmisión de microondas procedente de las unidades de la milicia que se encontraban en las playas Girón y Larga y fueron silenciadas hacia las cuatro. En aquellos momentos, un batallón del ejército rebelde a las órdenes de Osmani Cienfuegos (hermano de Camilo), el ministro de Obras Públicas, estaba en la central Australia, treinta y dos kilómetros al norte de Playa Larga; en esta región tan pantanosa había pelotones de trabajadores del carbón armados, desde Cayo Romano, al norte de Girón, hasta el sudoeste de Playa Larga y, junto a ella, Buenaventura. Era una zona que no se había considerado punto probable de invasión, porque estaba lejos de las montañas y las comunicaciones eran difíciles. Detrás de la región selvática de terreno firme que se extendía diez kilómetros tierra adentro desde la costa había una marisma intransitable, atravesada, antes de la Revolución, sólo por dos ferrocarriles de vía estrecha. En aquella zona, indudablemente, la Revolución había supuesto un cambio para los 3000 o 4000 hombres dedicados a quemar carbón de leña que antes habían trabajado allí en condición de arrendatarios. Se habían construidos tres carreteras que atravesaban las marismas, y en las playas Girón y Larga, y en la Laguna del Tesoro se estaban construyendo centros turísticos. El nivel de vida de la región debía de haberse elevado radicalmente en los dos años anteriores. Además, ahora se estaba utilizando como región piloto para la gran campaña contra el analfabetismo, y había 200 profesores adultos trabajando allí.

En realidad, habría sido difícil encontrar una región de Cuba en la que sus habitantes estuvieran menos dispuestos a colaborar con una rebelión. Pero entonces la CIA no se proponía nada por el estilo. En cambio, una vez establecidos los invasores, sería difícil echarlos, porque, por tierra, sólo podían llegar a ellos por tres carreteras, y a través de las marismas era imposible. Después de la cabeza de puente podía haberse establecido

rápidamente un gobierno provisional. Sin embargo, la milicia de la tierra pantanosa estaba bien equipada, sobre todo con las decisivas radios de microonda. Además, a Castro le ayudó la suerte y la decisión de Kennedy, tomada en el último minuto, de abandonar el segundo ataque aéreo.

El primer paso que dio Castro fue el de alertar a su fuerza aérea y ordenar al batallón de Cienfuegos que estaba en la central Australia que se dirigiera al sur, contra el enemigo. La milicia de la provincia de Matanzas fue también movilizada en dirección sur. Castro en persona fue en avión a la central Australia. El mando conjunto se encomendó a un competente comandante, antiguo oficial profesional, José Fernández, el Gallego. En los días que siguieron demostró ser, con mucho, el más templado de los oficiales de Castro, aunque después no se lo convirtiera en un héroe mítico. Sin duda, se mostró infinitamente más competente como jefe que el «comandante» Flavio Bravo, el joven comunista contemporáneo de Castro en la universidad que estuvo al mando de la milicia.

Al amanecer, dos Sea Furies cubanos, dos *jets* de prácticas T33 (completamente olvidados por los proyectistas norteamericanos) y un B26 cubano empezaron a atacar a los barcos y lanchas de desembarco que estaban en bahía Cochinos. El B26 fue derribado, pero la confusión y el perjuicio producidos en la última etapa del desembarco fueron enormes. Cuando empezaron a llegar a Playa Girón los paracaidistas invasores, sus compañeros, confundidos, dispararon contra ellos mientras bajaban. Entonces, el 5.º batallón, el que tenía menos experiencia y menos entrenamiento de las fuerzas invasoras, que todavía estaba en el *Houston*, se negó a desembarcar. La confusión no disminuyó con la llegada de un B26 cubano procedente de Nicaragua —a tres horas y media de vuelo— para proteger a los invasores. Los barcos *Houston* y *Barbara J* se encontraban bajo los ataques de los reactores T33 y de un Sea Fury. Una bomba de

uno de los primeros alcanzó al *Houston*, que empezó a hundirse, cargado de municiones y de petróleo. El 5.º batallón se tiró al agua, unos treinta se ahogaron, el resto se reunieron, desconsolados, en la playa y se pusieron a buscar a sus jefes. Entretanto, a las nueve y media de la mañana, frente a Playa Girón, el *Río Escondido*, con la carga principal de municiones, petróleo, alimentos y equipo médico, más el equipo de comunicaciones, fue alcanzado también por una bomba procedente de un Sea Fury. En el acto voló por los aires, con una explosión. Los restantes barcos se alejaron del peligro de la zona de combate, aunque sus capitanes prometieron al jefe de las fuerzas invasoras, Pérez San Román, que volverían por la noche para desembarcar el resto de los suministros. Pero la brigada había de pasar el día con muy poca cosa. Incluso los paracaidistas habían perdido la mayor parte de su equipo en las marismas. En Girón habían desembarcado tanques, pero aún no habían empezado a establecer contacto entre los dos grupos de invasores, dirigidos por Pérez San Román y Oliva, respectivamente.

A las diez de la mañana, las fuerzas de Oliva, situadas en el extremo de la bahía, en Playa Larga, estaban combatiendo con el batallón de la milicia que venía de la central Australia, aunque la fuerza de los paracaidistas no era suficiente para obligarlos a retroceder mucho. Al este, en Girón, los paracaidistas de la brigada habían bloqueado dos de las carreteras que atravesaban la marisma, mientras San Román protegía la carretera de la costa que venía de Cienfuegos. Dentro de este perímetro, los invasores habían tomado dos pueblos, San Blas y Girón, en los que una serie de gente había unido su suerte a la de los invasores, dándoles comida y agua, y cinco se habían sumado a ellos como combatientes. Entretanto, la milicia de Matanzas, acompañada por una fuerza bien entrenada y equipada de la escuela de instrucción para jefes de milicia, avanzaba hacia el sur desde la central Covadonga, dirigiéndose al lugar donde los paracaidis-

tas habían bloqueado la carretera, y un batallón de infantería de Cienfuegos se dirigía hacia el oeste, por la carretera de la costa. Los invasores habían hecho prisioneros a unos 150 milicianos, de los cuales, unos cuantos —cincuenta, según la brigada— se unieron a ellos.

Mientras tanto, en Estados Unidos, la Junta Revolucionaria Cubana había quedado sorprendida al enterarse, al amanecer, de la noticia de la invasión, dada retóricamente en su nombre por una empresa de relaciones públicas de Nueva York, Lew Jones, que, como dice sardónicamente Arthur Schlesinger, había sido utilizada una vez por Wendell Wilkie. Se pusieron furiosos. En Washington, en una conferencia de prensa, Dean Rusk esquivó las preguntas directas sobre Cuba, alegando que en la ONU estaban debatiendo el tema. Allí, Roa, apoyado por la Unión Soviética estaba increpando a Estados Unidos en el Consejo de Seguridad por apoyar la agresión. Stevenson, que se sentía muy desdichado, lo hizo lo mejor que pudo.

Ahora, Castro estaba actuando contra toda la oposición, en toda la isla, del modo más completo y decisivo. Entre los ataques aéreos del 15 de abril y la noche del 17 de abril fueron arrestadas, tal vez, 100 000 personas, incluidos todos los obispos (Pérez Serantes, en Santiago, estaba bajo arresto domiciliario), muchos periodistas y la inmensa mayoría de los miembros auténticos de los movimientos clandestinos, incluidos la mayoría de los 2500 agentes de la CIA y unos 20 000 sospechosos de simpatizar con la contrarrevolución. Muchos periodistas norteamericanos fueron a parar a cárceles atestadas. En esos días se destruyó irreparablemente, quizá para siempre, toda posibilidad de levantamiento interno en Cuba; pero entonces esto no importaba a la CIA. Había insistido siempre en que sólo una invasión podía provocar una contrarrevolución. Incluso los hombres que la CIA había enviado en los últimos meses a Cuba para que llevasen a cabo una labor de infiltración se habían

quedado sin instrucciones. Algunos habían oído misteriosos mensajes transmitidos desde Radio Swan Island: «Mira bien el arco iris», «El pez saldrá muy pronto», «El pez es rojo»; pero a ninguno le habían dicho qué querían decir estas palabras tan significativas. Un inculpado explicó, quizá con un optimismo exagerado, que sus «hombres estaban constantemente en contacto entre sí y siempre dispuestos a actuar, pero, cosa increíble, no habían recibido la señal convenida de Estados Unidos». A media tarde, la Agencia Lew Jones lanzó un llamamiento en nombre de la Junta Revolucionaria (todavía virtualmente prisionera en Miami), pidiendo «una oleada coordinada de sabotaje y rebelión»; para entonces, en Cuba, casi no quedaba ningún oponente del régimen libre para responder a este fogoso llamamiento o a otros más secretos.

En las playas, sin embargo, los batallones de Oliva resistieron durante un tiempo a sus oponentes inmediatos. Pero, en pocos minutos, un T33 y un Sea Fury derribaron los aviones de los exiliados. El reactor de prácticas T33, mucho más rápido que los B26 de la brigada, se estaba convirtiendo, evidentemente, en el factor más importante de la lucha. Pero la brigada había sobrevivido en ambos frentes. Ahora necesitaba sus barcos de suministros. Pero los T33 habían perseguido a estos barcos con tan buena fortuna que ya estaban muy lejos y con pocas ganas de volver. El *Caribe* había huido 218 millas hacia el sur, y el *Atlántico*, 110millas; el buque insignia *Blagar* y el *Barbara J* también habían huido. La tripulación cubana del *Blagar* se negaba a volver a no ser que interviniera la marina norteamericana, cosa que naturalmente no hizo, aunque los oficiales estadounidenses que había a bordo querían volver.

Así pues, los barcos de suministro dejaron abandonada a la brigada, con lo cual la noche del 17 al 18 de abril, en vez de ser el momento de la llegada de los refuerzos, lo fue de los renovados ataques de las fuerzas gubernamentales cubanas que, a las

órdenes del comandante José Fernández, atacaron primero el frente de San Blas, avanzando unidos coches blindados y tanques. Este ataque fue detenido por los paracaidistas invasores, dirigidos por Del Valle, con fuego de cañones lanzacohetes y de morteros. Sin embargo, detrás de los tanques venían cuatro batallones de infantería con obuses y más tanques. Los paracaidistas los resistieron también. Además, las fuerzas de la milicia organizaron un intenso ataque contra la posición occidental, Playa Larga, utilizando al principio obuses de 122 mm. El fuego de artillería produjo alarma. Cuando cesó, Oliva atacó con los tanques de la brigada. Coincidió con un contraataque de los tanques de Castro, y no hubo ningún progreso. Las fuerzas de Castro, como estaban dentro de las marismas, empezaron a intentar un movimiento envolvente hacia cabo Ramona, presionando al mismo tiempo implacablemente lo más posible con los tanques por la carretera directa. El ataque de Castro comprendía unos 2000 hombres: 1600 milicianos, 300 soldados regulares, 200 policías y 20 tanques. Los dos bandos consideraban que sus armas estaban dotadas de un poder sorprendente, los dos bandos creían estar luchando como héroes. Pero cuando amaneció, y los tanques Stalin de sus enemigos siguieron presionando, el 2.º batallón de invasores fue presa del pánico, aunque más tarde Oliva, que demostró ser un jefe competente y valeroso, volvió a reunirlos.

Ahora que se había demostrado que los ataques aéreos del 15 de abril habían sido un completo fracaso, se decidió hacer la segunda incursión (suspendida el domingo). En principio, los B26 de Nicaragua habían de volver a atacar, al amanecer, San Antonio de los Baños, el campo de aviación donde se creía que tenían la base los T33, tan fatales para el *Houston* ylos demás B26; pero la niebla impidió el bombardeo. Los pilotos, desconsolados, volvieron a Nicaragua. Más o menos una hora después, a las 8.45 de la mañana, Oliva, jefe de la sección inva-

sora de Playa Larga, propuso, en una reunión con los demás jefes, que, en vista de que los atacantes se habían concentrado en su ala, se reagrupase toda la brigada y se dirigiera a las montañas de Escambray por la carretera de Cienfuegos. Este plan, la alternativa propuesta por Estados Unidos, fue rechazado por Pérez San Román, que nunca había oído hablar de él, porque consideró que Escambray estaba demasiado lejos y suponía que Estados Unidos, en última instancia, ayudaría a la brigada a salir de apuros; una conversación que sostuvo con Gray, de la CIA, por medio del teléfono de campaña, le confirmó en su error. Gray le aseguró: «Nunca los abandonaremos», le ofreció evacuar a sus hombres si era necesario, y dijo que «estaban viniendo reactores». Corrió el rumor de que Estados Unidos iba a intervenir pronto. La brigada esperó toda la tarde, animándose una vez con la llegada de dos reactores Sabre norteamericanos que sobrevolaron el campo de batalla pero, al parecer, no hicieron nada.

Las fuerzas de Castro no se atrevían a dar un golpe decisivo por no saber cuántos eran sus atacantes. Hasta las seis de la tarde no volvió a disparar la artillería, que esta vez apuntaba a Girón y San Blas, y a continuación vinieron más ataques por tierra.

Más o menos al mismo tiempo, unos B54 norteamericanos lanzaban suministros sobre Girón, pero el viento los hizo caer en el mar o en la jungla, provocando un nuevo desengaño. Sin embargo, se pudo recuperar mucho, en parte con la ayuda de los habitantes de Girón. Mientras tanto, los barcos *Blagar*, *Barbara J* y *Atlántico* estaban unas cincuenta millas al sur de bahía Cochinos, debatiéndose con sus propios problemas: ¿qué iba a hacer el gobierno de Estados Unidos? ¿Volverían los tripulantes a la costa sin una protección aérea adecuada? Al parecer, la CIA canceló las instrucciones de volver para descargar, sin consultar a Washington una vez más.

En Washington habían empezado las recriminaciones. Por la mañana, Kennedy había recibido una carta de Kruschev en la que prometía dar «toda la ayuda necesaria» a los cubanos. Al mediodía, Kennedy lamentaba abiertamente haber conservado a Allen Dulles como jefe de la CIA. Ni los optimistas comunicados de Lew Jones —«campesinos y milicianos se están sumando al frente de liberación»—, ni las noticias entusiastas de los periódicos de Miami (e incluso de un periódico inglés), de que había caído Santiago y se había cortado la carretera central en Colón, engañaban a Kennedy o a sus consejeros. Por la tarde, él y sus consejeros contestaron a la protesta de Kruschev del día anterior con todo el brío que pudieron: «La gran revolución en la historia del hombre… es la revolución de los que están decididos a ser libres».

Aquella noche, mientras se hacía evidente que la brigada estaba rodeada por 20 000 hombres con artillería y tanques, y había grandes secciones que ya habían cruzado las marismas y llegado a tierra firme, a la selva que estaba junto a la costa, Kennedy fue a un baile. Pero le interrumpieron. A medianoche, Bissell y el almirante Burke le apremiaron para que lanzase un ataque aéreo desde el portaaviones *Essex*, que estaba a la altura de Cuba, para poner fuera de combate a los T33, permitiendo que los pilotos de los B26 de Nicaragua, que estaban muy cansados, se ocuparan de los tanques de Castro. Estos hombres estaban ansiando extender el conflicto para salvar a la brigada.[56]

Este fue el momento crucial de la invasión. Si Kennedy hubiera accedido a dejar despegar a los aviones del *Essex*, el futuro tal vez habría sido diferente. Pero sólo autorizó a seis reactores sin ningún distintivo que había en el *Essex* a que sobrevolaran bahía Cochinos en la madrugada del día siguiente para cubrir un ataque de los B26 de Nicaragua y ayudar a cubrir el desembarco de suministros del *Blagar* y el *Barbara J*. Estos aviones no habían de buscar objetivos ni en el aire ni en tierra, una or-

den curiosa por su ambigüedad, que resultó inútil por culpa de una confusión de horas con Nicaragua. Los B26, dos de ellos tripulados por pilotos norteamericanos, llegaron una hora antes, y en su mayoría fueron derribados antes de que llegara la protección del portaaviones. En Nicaragua, algunos pilotos cubanos se habían negado a volver a salir en una misión que les parecía una locura. Murieron cuatro pilotos norteamericanos. En estas circunstancias, los reactores del *Essex* no llegaron a despegar y los barcos no se acercaron a la playa ni siquiera para tratar de descargar los suministros.

Por la mañana, en Miami, los exiliados de la Junta Revolucionaria, airados, por fin vieron a Schlesinger y Berle, dos miembros del gobierno de Kennedy sobre los que finalmente pudieron descargar toda su cólera y su desengaño. Se habían enterado de los desastres del frente, querían ir ellos mismos (dijeron) a las playas, o al menos a Nicaragua, pedían ataques aéreos y refuerzos. Desgraciadamente, cuando Schlesinger y Berle pudieron retirarse a consultar, las noticias procedentes de las playas eran demasiado malas como para proyectar ni siquiera una evacuación.

Desde el amanecer, las fuerzas de Castro habían ido cerrando el cerco alrededor de los invasores. Los paracaidistas organizaron un contraataque con el 3.^{er} batallón, que vaciló y se convirtió en una retirada. A las diez de la mañana, las tropas de Castro tomaron San Blas y a las once llegaron a las defensas de Girón con tanques y milicianos. Tanto en Playa Girón como en Playa Larga, los invasores estaban ahora retrocediendo y dispersándose. A media tarde, Kennedy permitió que la marina norteamericana se acercara a las playas para tratar de evacuar a los supervivientes, junto con los demás barcos invasores. Desde luego, era demasiado tarde. San Román explicó por radio que los tanques cubanos habían llegado a Girón a las cuatro de la tarde y anunció que ellos iban a encaminarse a las marismas.

El 19 de abril, entre las cuatro y las cinco de la tarde, las fuerzas invasoras destruyeron su equipo pesado y se dispersaron lo mejor que pudieron, dirigiéndose unos al mar y utilizando pequeños botes en la esperanza de que los rescatara la marina norteamericana, y encaminándose la mayoría a las marismas. Sin embargo, la marina norteamericana no recogió a los supervivientes, sino que, al final, dio media vuelta, fuera porque se interrumpió la artillería, o porque se enteró de que las fuerzas invasoras se habían dispersado. La desaparición de estos barcos fue acogida con ira; un soldado invasor observó: «En la estela de ese barco van doscientos años de infamia».

Para entonces, Kennedy había recibido a la Junta Revolucionaria Cubana y los había convencido para que aceptaran su decisión de no salvar la invasión, aunque ellos o los combatientes supusieran que la CIA les había dicho otra cosa. Si Estados Unidos actuaba contra Cuba, ¿no actuaría la Unión Soviética contra Berlín?

Lo más probable es que, si los jefes de los invasores hubieran conocido la realidad de la política estadounidense —en tanto en cuanto esta estuviera definida—, habrían planeado la batalla de un modo diferente y tal vez en un sitio distinto. Pero cuando Kennedy dijo, el 10 de abril, que las fuerzas norteamericanas no participarían en el ataque, ellos supusieron que esto lo decía sólo de cara afuera. La sociedad norteamericana parecía tan sometida a la publicidad y a la falsedad de las noticias periodísticas, que era imposible creer ni siquiera a los políticos honrados. Entretanto, hubo manifestaciones de protesta en toda América Latina, y favorecieron más a la causa de Castro que todas sus campañas de propaganda, todo el dinero desembolsado en secreto y todos los panfletos publicados juntos.

Las fuerzas de Castro capturaron a los invasores supervivientes en grupos. Al final hubo 1180 prisioneros (habían desembarcado 1297), incluidos la mayoría de los jefes, desengaña-

dos, perplejos y convencidos de que habían sido traicionados. Un hombre por lo menos, que llevaba la bandera de la brigada, llegó a La Habana y pudo entrar en el santuario de una embajada. La brigada perdió 80 hombres en la lucha y quizá 30 o 40 en el desembarco. Nueve murieron mientras se dirigían a La Habana en un camión atestado; aparte de estos, todos los prisioneros fueron bien tratados. Castro declaró que había tenido 87 bajas, pero de su discurso del 19 de abril se deducía que habían sido más. En realidad, es difícil creer que el gobierno revolucionario cubano perdiera muchos más hombres que los que declaró. Los prisioneros no fueron fusilados, sino que, después de ser interrogados en público por Castro, Carlos Rafael Rodríguez y otros, fueron juzgados ante la televisión, encarcelados en penosas circunstancias y, finalmente, al cabo de un año y medio, intercambiados por suministros médicos: Oliva, Artime y Pérez San Román fueron rescatados por 500 000 dólares cada uno; los demás por 25 000, 50 000 y 100 000 dólares. Más tarde, más de la mitad de la brigada, incluidos San Román y Oliva, ingresó en el ejército de Estados Unidos. La CIA calculó a principios de mayo que la invasión había costado cuarenta y cinco millones de dólares, y ellos no habían pedido esta suma ni la habían justificado ante ninguna autoridad.

Para Castro, el fracaso de la invasión fue un triunfo. Después de la derrota vinieron las celebraciones, el desfile de prisioneros por la televisión, la jubilosa declaración, el 1 de mayo, Día de los Trabajadores, de que Cuba era un Estado socialista y de que no habría más elecciones. La Revolución, explicó, era la expresión directa de la voluntad del pueblo; en Cuba no había elecciones cada cuatro años, sino cada día. La Revolución, añadió, no había dado un voto a cada ciudadano: a cada ciudadano le había dado un fusil. La Constitución de 1940 era demasiado vieja y anticuada. Castro censuró de un modo especial a los sacerdotes españoles, y sólo podrían quedarse en Cuba los que

no fueran «contrarrevolucionarios». Se nacionalizarían todos los colegios privados. Las cárceles de Cuba siguieron llenas.

Kennedy, restañando sus heridas, no echó la culpa a nadie más que a sí mismo, reconoció que se había equivocado y declaró: «Las sociedades complacientes, indulgentes consigo mismas y blandas están a punto de ser barridas con las ruinas de la historia. Sólo los fuertes, sólo los laboriosos, sólo los decididos, sólo los valientes, sólo los visionarios, que determinen la verdadera naturaleza de nuestra lucha, podrán sobrevivir». Irónicamente, el único otro político que podía haber hecho una afirmación así, en aquellos momentos era el objeto de la especial animosidad de Kennedy: Castro. Rápidamente, Kennedy pasó a aprobar el proyecto que tenía la Agencia Espacial Norteamericana de llevar un hombre a la Luna «antes de que termine esta década»; quizá, una victoria norteamericana en Cuba habría privado a la humanidad de esta hazaña en 1969.

100

Entre las crisis

Tras la derrota de la invasión, Cuba se encaminó hacia su plena entrada en la alianza comunista. Los cubanos indecisos que, antes de abril, habían dudado sobre si habían de unirse a los movimientos clandestinos o no, naturalmente ahora prefirieron apoyar a Castro que a los invasores derechistas con base en Florida. Castro siguió siendo el director del curso de los acontecimientos, el orador animado e infatigable, y, al parecer, la voz decisiva en todas las actividades políticas. Pero, por debajo de Castro, sus antiguos seguidores de los primeros años estaban desapareciendo de la vida pública; en su lugar estaban apareciendo los jefes comunistas, nombres familiares en la política cubana desde los años treinta, hombres de mediana edad o incluso ancianos, dogmatizando, explicando y dirigiendo: una oleada de dirigentes dejaba el paso a otra. Ocasionalmente, el Partido Comunista, el Directorio Revolucionario, el Movimiento 26 de Julio, el Movimiento Juvenil Unido y los Jóvenes Pioneros empezaron a calificarse de «organizaciones revolucionarias integradas»; luego, estas palabras aparecieron en la prensa con letras mayúsculas: ORI; luego, en julio, sin previo aviso, empezaron a referirse a los antiguos dirigentes comunistas (y sólo a ellos) como a los dirigentes de las ORI.

En casi cada ciudad se instaló una oficina de las ORI, que de hecho no era más que la sede del antiguo Partido Comunista. Sus secretarios provinciales fueron simplemente los que ya eran secretarios de las juntas de planificación (JUCEI) y que, en algunos casos, habían sido durante muchos años secretarios del Partido Comunista. Blas Roca dijo que, para un futuro partido unido, no podía haber mejor secretario general que Castro.

¿Quién podía creerlo? Castro no tenía las cualidades propias de un secretario. ¿Cuánto duraría?

A principios de diciembre pareció que algunas de estas preguntas encontraban una respuesta. Castro, presionado fuertemente por sus nuevos y melifluos aliados, tenía que sobrevivir para poder conquistar. El 2 de diciembre, en un discurso televisado, explicó a la nación, algo sorprendida, que durante muchos años había sido un aprendiz marxista-leninista por lo menos, incluso en la universidad; que en los años cincuenta él y sus camaradas habían ocultado conscientemente sus opiniones radicales para llegar al poder y que, al tener cada vez más experiencia, se había convertido en mejor marxista y lo sería hasta el día de su muerte. Sin embargo, no está claro si a los comunistas y a la Unión Soviética les gustaba, ni siquiera ahora, la idea del socialismo de Castro. Es poco probable que Castro estuviera diciendo la verdad, y es mucho más probable que, al no admitirle todavía el bloque comunista como miembro de pleno derecho, hiciera una audaz jugada para conseguir la admisión, a base de llamar a la puerta principal, reclamando al mismo tiempo la jefatura del movimiento comunista cubano y latinoamericano. En cuanto a Cuba, en el futuro se gobernaría por medio de una «jefatura colectiva».

Pasaron tres meses. La situación económica se hacía cada vez peor. El trabajo voluntario y gratuito y la participación en la milicia no resultaban ya tan atractivos. La falta de artículos domésticos corrientes, desde el jabón hasta los clavos, provocaba mucho descontento. También había escasez de casas. Parecía haber mucho derroche en todas partes, especialmente en las aún omnipresentes fuerzas armadas. El mercado norteamericano se había cerrado completamente a los productos cubanos a partir de abril, y en junio habían dejado de llegar a Cuba todos los productos estadounidenses, incluidos el tocino y la manteca, alimentos básicos para los cubanos. Los transportes

públicos (de los que dependía tanta gente para ir a trabajar) estaban de baja. La desorganización de la producción y la distribución hacía que quienes tenían coche recorrieran muchos kilómetros para encontrar comida en el campo. Según las cifras oficiales, la producción agrícola disminuyó en 1962. Se replantó un 17 por ciento menos de caña; en las cooperativas de caña, hasta un 30 por ciento. La producción de arroz descendería en 1962 de 300 000 a 200 000 toneladas, y el promedio por hectárea, de 17 a 14 quintales. También descendió el promedio del maíz. La producción de las explotaciones estatales descendió también, y mucho más rápidamente que la de las restantes explotaciones privadas. El Estado compró a los pequeños granjeros la mayor parte de los cerdos que tenían; muchos murieron, principalmente por culpa de la excesiva concentración. El «pollo socialista» tampoco fue ningún éxito.

La ayuda soviética y del campo socialista ascendió a 570 000 000 de dólares en 1961-1962, o sea, 40 dólares per cápita; en comparación, la ayuda norteamericana al resto de América Latina era sólo de unos 2 dólares per cápita. Estos 40 dólares, como señaló Dumont, correspondían a la renta total media de muchas partes de África. En realidad, a finales de 1961 el único hecho brillante fue la conclusión de la campaña de alfabetización, pero incluso aquí parecía indudable que se había despilfarrado mucho dinero en un proyecto de poca utilidad económica inmediata y que muchos de los que se decía que habían aprendido a leer, en realidad no leerían por mucho tiempo.

Todavía no había ninguna señal visible de disensión en el Estado, aunque en un discurso Castro manifestó que sabía que se habían practicado innumerables detenciones innecesarias, y de personas que habían estado detenidas semanas sin juicio, y que al volver a sus casas se habían encontrado con que les habían robado sus posesiones. Además dijo que, después de un discurso suyo en el que había conjurado a la nación para atacar

al lumpenproletariado, un jefe de policía de Matanzas había dado la orden de arrestar al lumpenproletariado, con el resultado de que habían sido detenidos 200 homosexuales en una sola ciudad. La prolongada desaparición de Castro en febrero de 1962 hizo pensar que estaba enfermo, o incluso muerto. El 2 de diciembre había dicho a su auditorio que, cuando era estudiante, había llegado a la página 370 de *El capital*: ¿lo estaría terminando? Sus únicas señales de vida fueron dos declaraciones sobre política exterior, en una de las cuales parecía diferenciarse notoriamente de la política soviética de coexistencia entre estados de distintos sistemas sociales. A finales de enero, Castro respondió a la suspensión de Cuba como miembro de la OEA (decidida en Punta del Este) con un discurso sumamente violento y revolucionario, conocido después como «la Segunda Declaración de La Habana», en el que apelaba a los pueblos de América Latina para que se alzasen contra el «imperialismo»: «Lo primero y más importante es comprender que no es justo ni es correcto entretener a los pueblos con la vana y acomodaticia ilusión de arrancar, por vías legales que ni existen ni existirán… un poder que los monopolios y las oligarquías defenderán a sangre y fuego». Por lo tanto, estos pueblos deberán adoptar la guerra de guerrillas según el modelo cubano. Puede que este discurso no estuviera pensado con mucho cuidado, pero, evidentemente, tuvo resonancia en todo el mundo. China lo aplaudió como un llamamiento a la insurrección permanente, y el ala militante de todos los partidos revolucionarios de América Latina lo utilizó como un manifiesto. Pero en la Unión Soviética no fue popular, aunque el gobierno soviético lo alabó como una manifestación de la intención de Cuba de «basar sus relaciones con todas las naciones en los principios de la coexistencia pacífica».

Las disputas sobre la organización del nuevo partido unido de Cuba llegaron a un punto culminante en enero, pero no se

hizo nada. Aníbal Escalante hablaba frecuente y dogmáticamente sobre el futuro del partido. A algunos campesinos les expropiaron las tierras de un modo absurdo, como consecuencia de supuestas actividades contrarrevolucionarias, en particular en el sur de Matanzas y en el sudeste de Las Villas. Núñez Jiménez fue destituido como jefe ejecutivo del INRA, el propio Castro abandonó la presidencia de la organización, y ambos cargos fueron a parar a Carlos Rafael Rodríguez, el más flexible de los antiguos comunistas, el amigo más antiguo con que contaba Castro entre ellos y, desde hacía mucho tiempo, un crítico del partido de Blas Roca desde dentro. Esta fue la primera vez que los comunistas obtuvieron un puesto oficial e importante de gobierno en el régimen de Castro. Sin embargo, en la agricultura, el problema de los granjeros independientes, que todavía controlaban más de la mitad de la tierra, era tan grave que, según Rodríguez, sólo se pudo evitar un desastre gracias al «prestigio de la Revolución» (o, mejor dicho, su poder) y a la constante «fe» en Castro de algunos pequeños granjeros. Contando con que los acontecimientos del invierno habían reforzado este prestigio más que debilitarlo, Castro pudo decidirse a sacar a la luz sus diferencias (pues esto es lo que eran) con la vieja guardia de los comunistas. Quizá lo que le ayudó a iniciar esta lucha semipública contra los comunistas fue la noticia, comunicada airadamente por Guevara en la edición de marzo de *Cuba Socialista*, de que a partir de entonces, las materias primas soviéticas y de la Europa Oriental se habrían de pagar en moneda extranjera, no por donaciones o empréstitos soviéticos. Y no todos los pequeños propietarios se habían reconciliado con la Revolución, como era de esperar, a pesar de la intervención de Castro en favor suyo; muchos «se cerraron en banda», contribuyendo al descenso de la producción en 1962. Además, a Guevara no le gustaba nada el tipo de partido disciplinado que parecía estar montando Aníbal Escalante. Para él, ya se estaba

convirtiendo en un «partido administrativo, no un partido de pioneros, una nueva élite que perseguía una vida fácil, con secretarias guapas, Cadillacs y aire acondicionado».

El 9 de marzo se proclamó oficialmente la primera «junta directiva de las ORI», una solución de compromiso equilibrado entre los antiguos comunistas y los fidelistas. Pero había de venir una crisis mayor. El 12 de marzo, Castro anunció que el día 19 se iniciaría el racionamiento de la comida: ahora los cubanos tenían derecho a dos libras de manteca, seis de arroz y una y media de alubias al mes. En La Habana y en otras ciudades también se racionaron la carne, el pescado, los huevos y la leche. Los adultos recibían tres libras de carne, una de pescado, un cuarto de libra de mantequilla, una de pollo y cinco huevos cada mes. A los niños les daban un litro de leche diario. También se racionaron las malangas y otras hortalizas. Sólo se daban cartillas de racionamiento a quienes podían probar que habían pagado el alquiler.

El 16 de marzo, Guevara, que en estos momentos debía de estar especialmente unido a Castro, lanzó un duro ataque contra la dirección revolucionaria conjunta, concluyendo que los logros de la Revolución «se limitaban a la creación de unas cuantas pequeñas fábricas de productos de consumo y a la terminación de algunas fábricas empezadas bajo la dictadura». Se preguntaba por qué, bajo la Revolución, los zapatos perdían el talón después de un día de usarlos y por qué la Coca-Cola de la Revolución tenía tan mal gusto. «¿Ocurren estas cosas en el sistema capitalista? No. Entonces ¿por qué han de ocurrir en el socialista? ¿Por la naturaleza misma del socialismo? No, esto es una mentira. Ocurren por culpa de nuestros propios defectos, nuestra falta de vigilancia revolucionaria, la insuficiencia de nuestro trabajo». El 17 de marzo, Castro dijo a las «instructoras revolucionarias» de la escuela Conrado Benítez que los secreta-

rios de las ORI habían impuesto el despotismo en el país y «casi no se diferenciaban en nada de Batista y sus secuaces».

Finalmente, el 27 de marzo, en un importante discurso televisado, Castro criticó violentamente a Aníbal Escalante, organizador nacional de las ORI, que el día anterior había sido enviado a Praga, y fue sucedido en su puesto en las ORI por el presidente Dorticós.

> Aníbal Escalante —dijo Castro a los que le escuchaban y le miraban a través de la televisión— era comunista desde hacía muchos años. En nuestra opinión, era un verdadero comunista, un comunista honesto… pero Aníbal Escalante se equivocó. Aníbal Escalante, un comunista, cometió errores graves. ¡El hecho es que los comunistas también cometen errores! Al fin y al cabo, son hombres. ¿Es esta la única vez que los comunistas han cometido un error? No, los comunistas han cometido muchos errores. La historia del movimiento comunista internacional está plagada de equivocaciones. Muchos aplican mal el marxismo. Aníbal Escalante, al fin y al cabo un hombre y sólo un hombre, y como todos los seres humanos expuesto a la tentación del error, se equivocó.

A continuación venían acusaciones concretas: había organizado un partido que en realidad sería un aparato a las órdenes del propio Escalante; había creado un «nido de privilegios, de beneficios, un sistema de favores de todo tipo». Entretanto, dentro de la administración cubana se había hecho imposible para un ministro cambiar de puesto a una persona sin pedir primero permiso a las ORI. Las cosas habían llegado a un punto en el que «si una gata tenía cuatro gatitos, habría que consultar al secretariado de las ORI». El sectarismo, «implacable, insaciable, incesante», había brotado en todos los rincones de la isla.

Castro se refirió a otros casos de comportamiento equivocado. Por ejemplo, a Fidel Pompa, secretario de las ORI en un conjunto de granjas de Oriente: cuando se había publicado la lista de los jefes nacionales de las ORI, Pompa, «con una mentalidad de *gauleiter* más que de marxista», había hecho observaciones insultantes acerca de varios fidelistas (entre otros, acerca de Guillermo García, el famoso primer campesino que se había

unido a la Revolución; de Haydée Santamaría, Sergio del Valle y Emilio Aragonés). ¿Cómo podía saber Fidel Pompa, continuaba Castro, quiénes eran estas personas y lo que habían hecho por la Revolución cuando en aquellos momentos él había estado escondido debajo de la cama?

Finalmente, Castro preguntó:

> ¿Qué actitud deberíamos tener respecto a los antiguos comunistas? Una actitud de respeto y reconocimiento de sus méritos y de su militancia pasada. En mi escolta hay muchos antiguos comunistas, y no voy a despedirlos, porque tengo confianza en ellos. Pero ¿qué actitud deberían tener ellos respecto a nosotros? Una actitud de modestia.

Castro prefirió hacer este discurso tan sincero, no de una forma discreta, ante un grupo selecto de fieles (como Kruschev había hecho su discurso de ataque a Stalin), sino ante toda la nación, en las pantallas de televisión; sin duda, en el 80 por ciento de las 500 000 pantallas de televisión cubanas.

La Unión Soviética aceptó, indudablemente sin entusiasmo, la destrucción de Escalante y, posiblemente por miedo a perder a Cuba si esta se pasaba a China, el 1 de mayo había saludado a Cuba después de a los países del bloque socialista y antes que a Yugoslavia: evidentemente Cuba había sido promocionada. A mediados de mayo se firmó un nuevo tratado comercial entre Cuba y la Unión Soviética según el cual, el intercambio comercial entre ambos países aumentaría hasta alcanzar los 750 000 000 de dólares, y probablemente la Unión Soviética accedió a comprar de dos a tres millones de toneladas de azúcar cubano en 1962. Kudriatsev, el embajador soviético, se fue de Cuba precipitadamente, sin que le fueran a despedir al aeropuerto; Castro dijo más tarde que él le había pedido que se marchase, pero es evidente que era el portavoz de una etapa superada de las relaciones cubano-soviéticas. El propio Castro comentó delante de varias personas, en las oficinas de *Revolución*: «Este Kudriatsev me tiene ya más cansado que Bonsal». Le sucedió Alexaiev, que había estado yendo y viniendo de Cuba

desde 1959, y que había estado en la embajada soviética en Buenos Aires. Los periódicos cubanos estaban llenos de viejas historias de la Sierra (es decir, de la época en que los comunistas aún no apoyaban abiertamente a Castro), y ahora volvían a mencionar en sentido positivo a líderes que hasta entonces habían estado desacreditados (como Faustino Pérez, que había dimitido a raíz del caso Matos). Blas Roca calificó inequívocamente a Castro en *Hoy* de «el marxista-leninista mejor y más eficaz de nuestro país». En agricultura, la nueva dirección del INRA devolvió a los propietarios una serie de fincas que habían sido expropiadas equivocadamente en la crisis de febrero. Era como si Castro hubiera agotado la utilidad de otra oleada de seguidores, y estuviera buscando una nueva, quizá compuesta por los pecios del pasado.

El 3 de junio, Kruschev censuró estas críticas durante la fiesta de despedida de unos mil cubanos que habían estado recibiendo instrucción en la Unión Soviética. Kruschev comparó la posición económica de Cuba con la de la Unión Soviética después de la guerra civil. Dijo que entonces Lenin había introducido la Nueva Política Económica, que hacía concesiones a los capitalistas de dentro de la Unión Soviética para, en último término, reformar el socialismo. Algo así podía ser necesario en Cuba (*Hoy*, dijo más o menos lo mismo durante un tiempo, sin que sirviera de nada). Para superar la escasez de alimentos haría falta algo más que armas y heroísmo. Kruschev prometió enviar «armas y otras cosas» a Cuba, pero el camino hacia el socialismo requería un alto grado de conciencia, inteligencia y trabajo.

Tras esta reprensión, se inició un *rapprochement*. A finales de junio, Castro, con una humildad desacostumbrada, en otra fiesta, despidió a unos técnicos soviéticos con estas palabras:

> Conocemos nuestras deficiencias, sabemos que hay administradores inexpertos que en algunos casos carecen de inteligencia política, y en

> otros, de sentido de la hospitalidad. Sabemos que un técnico [soviético] que fuera a una granja estatal dirigida por un camarada experto y hospitalario… sería muy bien tratado. Pero sabemos que no faltaron sitios en los que la administración los recibió con frialdad o indiferencia… o donde la administración no utilizó los conocimientos de los técnicos… [Algunos] pensaban que la manera de tratar bien a los técnicos era pasearlos, o incluso ofrecerles chicas.

Terminó manifestando un nuevo y súbito entusiasmo por «el pueblo soviético, dirigido por el siempre glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética… y por el gran amigo muy querido de Cuba, Nikita Kruschev». Blas Roca hizo un discurso en Montevideo reconociéndose culpable por no haber visto antes que la guerrilla era el método adecuado para luchar contra Batista. Pero era evidente que había ocurrido algo más que hacía aconsejable, y hasta necesario, arreglar las cosas con la Unión Soviética. En parte, desde luego, Cuba ahora se había dado cuenta de que no podía avanzar sin la ayuda económica soviética. China podía ser un ejemplo heroico, pero sólo la Unión Soviética podía proporcionar a Cuba máquinas cortadoras de caña, créditos, asistencia técnica y, sobre todo, un mercado para su azúcar; los chinos podrían haberse comido el azúcar, pero no podrían haberlo pagado. Parecía evidente que la cosecha no llegaría a los cinco millones de toneladas. Esto señalaba un retorno a las cifras de las cosechas bajas controladas de mediados de la década de 1950, o sea que Cuba ni siquiera podría entregar los 4 750 000 acordados a la Unión Soviética. Entretanto, casi 3000 cubanos por semana salían para el exilio; la mayoría se iban a Estados Unidos, pero muchos también iban a España o al resto de Sudamérica; desde principios de 1959 hasta mitad de verano de 1962, habían abandonado la isla más de 200 000 exiliados, es decir, casi el 3 por ciento de la población; se trataba ya de uno de los mayores éxodos que se habían registrado nunca. Además, procedían de todos los sectores de la comunidad, con la excepción del campo. Muchos eran personas que antes habían tenido simpatía por el régimen de Castro. A me-

diados de 1962 probablemente se llegó al clímax del desorden en la economía cubana posterior a la Revolución. Ante estas dificultades económicas y sociales parece evidente que los gobiernos cubano y soviético tomaron una decisión militar de primera importancia.

101

La crisis de los misiles (I)

En los meses posteriores a la humillación de bahía Cochinos, el gobierno del presidente Kennedy había tenido que ocuparse de muchos asuntos al margen de Cuba: el Congo; los magnates del acero; la Alianza para el Progreso; Laos y Vietnam; el problema negro; Berlín, y Kruschev, en Viena. Kennedy había viajado. Pero Cuba había seguido siendo una inquietud dominante (aunque no predominante). Cuba había sido expulsada de la OEA en enero. Estaba al caer una nueva campaña electoral: las elecciones legislativas parciales de noviembre de 1962. Sin duda, a Kennedy le reprocharían que permitiera que Cuba continuara siendo comunista, lo mismo que él había reprochado a los republicanos en 1960. Además, seguían estando los exiliados cubanos. El presidente fantasma de Cuba y el presidente efectivo de Estados Unidos se vieron varias veces, y el 10 de abril de 1962, Miró Cardona tuvo la impresión de que Kennedy estaba deseando volver a formar un ejército de exiliados: «Salí de la Casa Blanca con la convicción de que pronto llegaría la liberación de Cuba, con los cubanos como vanguardia del combate». Pero Kennedy se limitó a manifestar la esperanza de que Cuba pronto sería libre y, sabiendo que todo lo que dijera llegaría rápidamente a Miami, no se comprometió a nada. Miró había interpretado mal a A. A. Berle la semana anterior a bahía Cochinos; ahora volvía a confundirse. Pero, en todo caso, durante la primavera de 1962, el entusiasmo de los exiliados, enfriado después de bahía Cochinos, empezó a aumentar. La prensa estadounidense publicaba artículos sobre la cantidad de fuerzas necesarias para derrocar a Castro: se estimaba un mínimo de seis divisiones, cifra que Miró dijo que Kennedy había mencionado delante de él.

Indudablemente, estos rumores llegaron a Castro. Los cubanos de Miami eran todavía poco discretos cuando olfateaban la victoria. En marzo, durante el juicio de los hombres de bahía Cochinos, Richard Goodwin había hecho llegar a Castro, por medio del presidente Goulart de Brasil, el mensaje de que si eran fusilados los invasores, la opinión norteamericana se alborotaría hasta el punto de hacer inevitable la invasión. A finales de abril, Estados Unidos realizó unas enormes maniobras navales en el Caribe, a las que siguieron otras incursiones aéreas de exiliados, sobre todo de «Alpha 66». Ante los rumores de Miami y el ambiente general de hostilidad y tensión, Castro debió de temer una invasión.

Entretanto, en Cuba, mientras flojeaba la economía, crecía el descontento a ojos vista. El 16 de junio hubo manifestaciones en la ciudad de Cárdenas. Las amas de casa salieron a la calle dando golpes con pucheros y cacerolas. El jefe militar de la provincia, el duro comandante Jorge Serguera, ordenó que salieran tanques para intimidarlas. Dorticós hizo un discurso, acusando al «bloqueo imperialista» y a «nuestros errores» como responsables de la escasez, y condenando la protesta de las amas de casa, que era «una provocación miserable y contrarrevolucionaria». Después hubo manifestaciones en Santa Clara y en El Cano, cerca de La Habana, donde, en un incidente muy confuso, la policía mató a un joven miliciano e hirió a otro. El gobierno reaccionó como si estuviera aterrorizado ante la perspectiva de futuras crisis: confiscó las tiendas de El Cano, los coches, teléfonos y camiones de todos sus habitantes, y los llevó a una situación de paro forzoso y de sumisión. La milicia local, que en los hechos ocurridos había demostrado ser muy poco adecuada, fue purgada y reorganizada.

Estos acontecimientos, sumados a la desactivación económica, pusieron a Castro más nervioso que nunca ante la perspectiva de una posible invasión, que entonces empezaba a conside-

rar más difícil de resistir que en ningún otro momento anterior. ¿Era leal la milicia? ¿Cómo reaccionaría si se había de enfrentar a los marines? Indudablemente, a medida que avanzase la campaña electoral norteamericana, Estados Unidos se vería cada vez más inclinado a «solucionar» el problema cubano, por la fuerza si fuera necesario.

Así pues, el 1 de julio, Raúl Castro salió hacia Moscú para conseguir de la Unión Soviética más protección para Cuba. Como resultado de las conversaciones entre Raúl Castro, Kruschev y otros, la Unión Soviética convino en enviar a Cuba mayor fuerza militar, equipo moderno, una serie de misiles (SAM) tierra-aire de corto alcance que se usan para defensa, semejantes a los que había dado a Indonesia e Iraq, y además algunos misiles de alcance medio e intermedio, con cabezas nucleares y termonucleares, capaces de alcanzar objetivos situados en Estados Unidos y en otros puntos de América.

Sin embargo, parece bastante probable que los soviéticos tomaran la decisión de enviar misiles a Cuba un poco antes, posiblemente en abril. En sus memorias, Kruschev sugiere que tomó la decisión en mayo.

Sin embargo, el motivo de la decisión de enviar misiles a Cuba no está totalmente claro. Cuba, que temía una invasión, deseaba contar con más medios de defensa contra Estados Unidos. Evidentemente, los misiles se los proporcionarían. Además, Cuba deseaba que la Unión Soviética se comprometiera con su suerte. Pero probablemente esta seguridad adicional podía haberse conseguido incluyendo a Cuba en las garantías del pacto de Varsovia, o comprometiéndose Kruschev a declarar la guerra en caso de agresión contra su aliado. Sin embargo, la instalación de, por ejemplo, sesenta misiles, unos con un radio de 1600 kilómetros, y otros con un radio de entre 2400 y 3200 kilómetros, de hecho doblaba la capacidad de ataque soviética respecto a Estados Unidos. Aunque Estados Unidos, con sus

bombarderos y misiles tenía todavía, con respecto a la Unión Soviética, una potencia de ataque dos veces superior. Pero estas armas, situadas en Cuba, escaparían al sistema norteamericano de alarma previa (al estar localizadas en el sur), con lo que desbaratarían los planes de represalias. Así pues, naturalmente, en la cuestión de la instalación de los misiles debieron de darse enérgicas presiones por parte de algunos jefes militares soviéticos, aunque, posiblemente, no de todos; quizá al mariscal Moskalenko, que en la primavera de 1962 tenía a su cargo los cohetes estratégicos, no le hacía gracia la idea de embarcar unas armas tan valiosas en una situación tan expuesta, y por eso fue reemplazado en abril. Pero la instalación de los misiles, fuera legal o ilegal, conveniente o equivocada, evidentemente tendría unas consecuencias políticas desproporcionadas con respecto a las ventajas estratégicas que suponía. Desde luego, Kruschev no deseaba hacer uso de las armas. Pero sabía que, si conseguía instalarlas, podían ser un medio para ejercer presión diplomática sobre Kennedy; o con respecto a Berlín, como han supuesto la mayoría de los comentaristas norteamericanos; o para asegurarse de que Estados Unidos no invadiría Cuba. En aquellos momentos, la postura personal de Kruschev dentro del campo comunista en lo referente a Berlín era muy expuesta, y él ambicionaba una victoria que le diera prestigio.

Si Cuba hubiera convenido en recibir misiles ofensivos o los hubiera pedido, desde luego la Unión Soviética habría tenido derecho, legalmente, a enviárselos. Pero esta cuestión quedaba al margen de la legalidad. No estaba claro cómo reaccionaría Estados Unidos. Pero no serían los derechos legales de Cuba los que determinaran esa reacción. Kruschev debía de ver esto muy claro, y naturalmente se daba cuenta de que Estados Unidos sabía que la Unión Soviética nunca había instalado misiles en el territorio de un aliado, y que la tradición de la diplomacia soviética siempre había sido la de negarse a extender demasia-

do sus líneas de comunicación. Por lo tanto, Kruschev debía de esperar que aquel paso nuevo sorprendiera a Estados Unidos.

Del lado comunista, los implicados en este drama han contado historias diferentes y contradictorias. Kruschev, en una entrevista televisada en 1967, dijo: «Cuando me enteré de que había surgido un nuevo Estado socialista cerca de las costas norteamericanas, comprendí que no duraría mucho si no le ayudábamos… O sea que, después de consultar a mis colegas, decidí enviar algunos cohetes a Cuba». Esto, en realidad, es simplificar mucho una historia muy larga. Porque en el mismo año 1962, Kruschev dijo a Kennedy (en carta de 27 de octubre) y al Soviet Supremo: «Llevamos armas allí a petición del gobierno cubano… incluidos… veinte IRBM [misiles de alcance intermedio, de entre 2400 y 6500 km] soviéticos… Estos estarían encomendados a militares soviéticos… Nuestro objetivo era únicamente defender a Cuba». Pero los que establecen bases en el extranjero acostumbran decir que lo hacen a petición de los gobiernos afectados. La Unión Soviética ganaría ventaja estratégicamente con la instalación de misiles en Cuba, siempre que Kruschev y el Kremlin fueran capaces de controlar la situación: Castro no podría forzar los acontecimientos, y los técnicos soviéticos locales podrían comunicarse con la Unión Soviética siempre, en cualquier circunstancia, incluso en el caso de que Estados Unidos invadiese Cuba. Si se produjera una invasión norteamericana de Cuba, los misiles no habrían servido para nada, en lo referente a Cuba, y la Unión Soviética habría tenido que entrar en guerra con Estados Unidos. Pero la ventaja principal que lograba la Unión Soviética con todo esto, desde cuya perspectiva hay que juzgar todo el asunto, era el cambio que introducía en la balanza global de poder. Este era tan considerable que, por sí solo, hacía tentadora la idea. Al fin y al cabo, parece probable que la Unión Soviética deseara siempre tener en Cuba un país neutral más que un «satélite»; pero si se había

convertido en satélite con todos los riesgos consiguientes, un *quid pro quo* sería hacer que fuera un satélite estratégicamente útil.

Porque el presidente Kennedy y su secretario de Defensa, McNamara, habían tratado de conservar la superioridad que tenían en armas nucleares y sistemas de lanzamiento en una escala suficiente para destruir la potencia nuclear ofensiva de todas las bases soviéticas conocidas o sospechadas, reservando además la fuerza necesaria para amenazar con la destrucción de las grandes ciudades soviéticas si quedaba intacto algún centro nuclear ofensivo, por ejemplo, los submarinos. Incluso en el caso de producirse un ataque sorpresa por parte de la Unión Soviética Estados Unidos esperaba poder conservar una potencia destructora igual o superior a la que la Unión Soviética hubiera podido utilizar primero. El segundo golpe, norteamericano, sería tan grande como el primero, soviético. McNamara había explicado, en un discurso pronunciado en Ann Arbur (Universidad de Michigan), que esta política aparentemente tan dispendiosa le permitía huir de la doctrina de las represalias masivas contra las ciudades soviéticas abogada por Dulles y Nixon en los años cincuenta. Desde luego, la «contrafuerza», como llamaban a la política de McNamara, teóricamente podía emplearse para responder a un ataque nuclear contra ciudades, pero era más probable que se utilizase para responder a un ataque convencional importante. Esta política requería una inmensa reserva de armas nucleares. Así pues, en noviembre de 1962, Estados Unidos tenía probablemente de 200 a 220 ICBM, y la Unión Soviética, entre 50 y 75. En 1964, cuando el programa estuviera completo, Estados Unidos tendría más de un millar.

La Unión Soviética había seguido una política menos grandiosa. En 1962 poseía probablemente cinco veces menos proyectiles nucleares que Estados Unidos. Tenía entre 350 y 700 misiles de corto alcance, pero estos, lanzados desde la Unión

Soviética, no podían alcanzar a Estados Unidos, sólo a Europa. Contaba asimismo con 200 bombarderos intercontinentales, comparados con los 600 de Estados Unidos. Disponía de unos mil bombarderos de alcance medio. Estados Unidos tenía unos 130 o 150 misiles instalados en submarinos Polaris. Por lo tanto, es posible que a principios de 1962 los proyectistas soviéticos estuvieran preocupados sobre todo ante la posibilidad de que una invasión norteamericana los obligara a cumplir la promesa de Kruschev de defender aquella (para ellos) remota isla. Al fin y al cabo, el equilibrio mundial de la potencia nuclear se había alterado recientemente. Si se podía hacer algo para impedir una invasión y en consecuencia neutralizar a Cuba, haciendo posible su supervivencia, había que aprovechar la oportunidad.

Desde luego, Cuba era una propaganda muy atractiva para el movimiento comunista mundial. Pero, militarmente hablando, Cuba debió de ser un estorbo para la Unión Soviética. Lo mejor que podía hacer, ante el deseo de protección que manifestaban los cubanos, era garantizar completamente a Cuba contra una invasión norteamericana, pero reservándose el mando soviético todo el poder de decisión militar en la isla. Aunque las garantías del Pacto de Varsovia hubieran proporcionado a Cuba una seguridad formal, no habrían supuesto ninguna garantía en el caso de una guerra, porque la isla no podía defenderse por medios convencionales. Por tanto, en cierto sentido, la instalación de misiles en Cuba fue un paso más conservador de lo que pareció a los norteamericanos. Desde 1961 no había existido equilibrio, sino una situación de desequilibrio muy incómoda. Al parecer, el propio Kruschev explicó a Kennedy en su carta «secreta» del 26 de octubre que se habían enviado los misiles a Cuba como consecuencia del ataque de bahía Cochinos.

Castro, más tarde, dio varias explicaciones para la instalación de los misiles en Cuba. Dijo a los cubanos (en enero de 1963)

que los soviéticos lo habían querido, y volvió a dar esta explicación a Claude Julien, de *Le Monde*. A Lisa Howard, una simpatizante de la American Broadcasting Company, Castro le dijo (en mayo de 1963) que en la decisión se había dado una «acción simultánea por parte de ambos gobiernos». A Herbert Matthews (en octubre de 1963) le dijo que los cubanos habían pedido los misiles a la Unión Soviética; a principios de 1962, Castro y sus amigos «estaban casi seguros de que Estados Unidos estaba preparando una invasión militar de Cuba».

Pero, poco después, Castro volvió a cambiar de política. En noviembre de 1963 dijo a otro francés, Jean Daniel, de *L'Express*: «Ahora le diré algo que no sabe nadie. Nunca he hablado de ello antes [!]. Pero… el mundo tiene derecho a conocer la verdadera historia de los misiles». Seis meses antes de la crisis, en la época de la entrevista de Miró con Kennedy, explicó Castro, Cuba tuvo noticia de que la CIA estaba preparando otra invasión. Castro y sus consejeros no sabían con seguridad qué pensaba Kennedy personalmente. Entonces, Aleksei Adzubei, yerno de Kruschev y director de *Izvestia*, fue a ver a Kennedy y, como dijo Castro a Matthews, tuvo la impresión de que el presidente creía que la toma del poder por parte de los comunistas en Cuba había desequilibrado la balanza de las fuerzas mundiales: «Kennedy recordó a los soviéticos que Estados Unidos no había interferido en Hungría». Aunque, al parecer, Adzubei no pensara entonces que Estados Unidos estaba a punto de atacar, él y Kruschev decidieron que cabía dentro de lo posible cuando se enteraron de la anterior información de Castro. (Según Pierre Salinger, Kennedy mencionó a Hungría en esta ocasión, pero no «en el contexto» en el que Castro situaba esta observación). Después de esto, la Unión Soviética, dijo Castro, se mostró «reacia a instalar armas convencionales», pues Estados Unidos podría, todavía entonces, correr el riesgo de una invasión, la Unión Soviética tendría que tomar repre-

salias, y sería inevitable una guerra mundial. «O sea que, en junio, Raúl Castro y Guevara fueron a la Unión Soviética para tratar de la instalación de misiles…». Jean Daniel explicó más tarde que Castro le había dicho:

> Lo único que pedimos a los rusos fue que dejaran bien sentado ante Estados Unidos que un ataque contra nosotros era un ataque contra la Unión Soviética. Tuvimos largas conversaciones antes de llegar a la propuesta de instalar misiles dirigidos, *propuesta que al principio nos sorprendió y nos hizo vacilar mucho*. Finalmente accedimos a la propuesta soviética porque, por una parte, los rusos nos convencieron de que Estados Unidos no se dejaría intimidar por armas convencionales, y en segundo lugar porque nos resultaba imposible no compartir los riesgos que estaba asumiendo la Unión Soviética para salvarnos.

Pero, por extraño que parezca, ni siquiera esta fue la última versión de Castro. El 7 de enero de 1964, Castro dijo a Matthews que la «versión periodística» de Daniel era inexacta; habían sido los cubanos quienes habían propuesto la idea de los misiles. Repitió esto a Matthews «por lo menos cuatro veces». Castro indicó a otro corresponsal que él, personalmente, había querido los misilespara que Estados Unidos, si invadía Cuba, tuviera que hacer frente a la posibilidad de una guerra termonuclear. En octubre de 1964, cuando otro representante del *New York Times*, Cyrus Sulzberger, hizo una pregunta a Castro sobre este tema, este no respondió de un modo adecuado: «Participaron tanto la Unión Soviética como Cuba», contestó tautológicamente. Otra vez, en julio de 1965, Castro dijo que «tomamos la decisión en un momento en que creíamos que eran necesarias aquellas medidas, en concreto, para paralizar los planes de agresión de Estados Unidos, y *nosotros planteamos esta* necesidad *a la Unión Soviética*». Finalmente, en 1967, Castro todavía dio otra explicación a Herbert Matthews: «Nos sentíamos amenazados por Estados Unidos. Consultamos con los rusos y, cuando ellos sugirieron los misiles, dijimos inmediatamente: "Sí, sin falta"».

No obstante, estas explicaciones de Castro no nos han de hacer olvidar dos puntos fundamentales: primero, que, por muy convencidos que estuviesen los cubanos y los soviéticos de que Estados Unidos estaba planeando una invasión de Cuba, se equivocaban: Kennedy, como Theodore Roosevelt, en 1906, no deseaba una ocupación militar de Cuba. Segundo, que, fuera o no fuera Castro quien tomara la iniciativa en la cuestión de los misiles —cosa muy poco probable, *strictu sensu*—, debió de estar encantado de tenerlos, y probablemente siempre los había ambicionado, por lo menos desde la primera vez que Kruschev se refirió al asunto en 1960, cuando, como recordarán, el político soviético declaró que su artillería podía apoyar a Cuba con misiles «en sentido figurado». Guevara, como también recordarán, inmediatamente dio una interpretación cubana, muy dura, de estas palabras, llegando a afirmar que, en consecuencia, Cuba era, por la fuerza de las circunstancias, «el árbitro de la paz mundial». Quizá desde 1960, Castro había estado pensando en el modo de conseguir los misiles, algo propio de un hombre a quien las armas habían impresionado desde la infancia, y había aprovechado la aparente amenaza norteamericana, considerándola más o menos auténtica, como excusa para lograr lo que quería.

Indudablemente, la inacción de Kennedy, que había llevado a la derrota de bahía Cochinos, convenció a Kruschev (que se había entrevistado con Kennedy en Viena) de que ahora no actuaría. Tal vez algunos soviéticos creían que la ostentación descarada del poderío comunista en el hemisferio americano haría que América Latina se convenciera no sólo de la posibilidad de desafiar abiertamente a Estados Unidos, sino de la superioridad de la política soviética sobre la china.

Y con esto dejamos el tema de los orígenes de esta famosa jugada soviética en el Caribe. En la práctica, el proyecto suponía la protección de Cuba mediante un poderoso cinturón de

defensas: veinticuatro baterías de misiles tierra-aire con un radio de 40 kilómetros, cien cazas Mig, misiles defensivos nucleares y misiles barco-barco. También había 28 bombarderos Iliushin y misiles balísticos, junto con cuatro grupos de combate de tropas especiales de infantería con armas nucleares tácticas. Los misiles balísticos estaban destinados a San Cristóbal (3 batallones de MRBM), Guanajay (2 batallones de IRBM), Remedios (2 batallones de IRBM) y Sagua la Grande (3 batallones de MRBM). Todos requerían muchos vehículos y personal especializado. Hacían falta más de cien barcos para llevar este material a Cuba: la armada mayor que jamás haya cruzado el Atlántico para participar en un encuentro armado en el Caribe.

102

La crisis de los misiles (II)

La crisis que ahora se iniciaba fue un drama en el curso del cual la población del hemisferio norte estuvo más próxima a la extinción que en ningún otro momento anterior. Cuba, el agente de la crisis, consiguió inspirar, por primera vez en doscientos años, un conflicto mundial y provocar el riesgo de una guerra que habría sido un cataclismo. Sin embargo, en el curso de la crisis, la isla de Cuba propiamente dicha pasó a un segundo plano; quienes se convirtieron en protagonistas fueron Estados Unidos y la Unión Soviética. Cuba observó los acontecimientos, con impaciencia, desde bastidores.

El 26 de julio de 1962, en la celebración anual de la fundación de su movimiento, Castro explicó a los millares de personas que le escuchaban en Santiago que, en aquellos momentos, todo lo que Cuba había de temer era una invasión directa de Estados Unidos. Mientras hablaba empezaron a llegar grandes cantidades de armas y hombres soviéticos al pequeño puerto de Mariel y a otros puertos. Por entonces ya se estaban llevando a cabo trabajos de inspección para determinar el emplazamiento futuro de los misiles. En agosto, Cuba dio varios pasos más hacia la agricultura soviética, alejándose de la agricultura romántica; se introdujo una «cartilla laboral», que habían de tener todos para conseguir trabajo; se prohibieron los aumentos salariales; las cooperativas de caña se convirtieron en granjas estatales, gracias a los votos, según se dijo, de todos los cooperativistas (1380) reunidos en la conferencia menos tres.

El mismo día, 23 de agosto, en Estados Unidos, el director de la CIA, McCone, decía al presidente Kennedy que, basándose en informes de exiliados y en fotografías aéreas, creía que la

Unión Soviética se disponía a instalar «misiles defensivos» en Cuba. Quizá el espía francés Thiraud de Vosjoly, el famoso héroe de la novela de Leon Uris, *Topaz*, le proporcionó información ocular. Nadie creyó a McCone, aunque parece que ya había expuesto la idea el 10 de agosto. En todo caso, era un presentimiento suyo, no un dictamen.

El 24 de agosto, en su conferencia de prensa, Kennedy afirmó taxativamente: «En estos momentos no soy partidario de invadir Cuba». La frase, aunque no satisfacía a los que, en Estados Unidos, insistían en la «acción», tampoco era muy tranquilizadora para Cuba. El 29 de agosto, un U2 que volaba sobre Pinar del Río descubrió pruebas de la existencia de los SAM. McCone calculó, con razón, que esto significaba que se instalarían misiles ofensivos, basándose en que para lo único que podían servir los SAM era para proteger a los misiles ofensivos; pero estaba de viaje de novios en Francia. Dos días después, posiblemente a consecuencia de una filtración de información de la CIA, el senador Keating declaró que la propaganda soviética estaba «deliberadamente encaminada» a permitir que la Unión Soviética hiciera instalaciones de misiles.

Mientras tanto, el 2 de septiembre, al terminar las conversaciones de Guevara en Moscú, un comunicado soviético anunció que Cuba había pedido más ayuda militar y que la Unión Soviética iba a proporcionársela, teniendo en cuenta las amenazas de Estados Unidos. Además, construiría en Cuba una nueva fábrica de acero y un puerto pesquero que costaría trece millones de dólares. Dos días más tarde, Kennedy declaraba públicamente que Estados Unidos habían visto los SAM cubanos. Añadió que, si se introducían en Cuba «misiles ofensivos tierra-tierra», Estados Unidos se verían obligados a actuar. Con esto establecía una clara distinción entre los SAM y los MRBM, cuando en realidad Cuba ya se estaba abasteciendo de los dos; ambos tipos, o ya habían llegado, o estaban en camino. Así

pues, mientras Kennedy comprometía su prestigio en la defensa de una postura, la Unión Soviética y Cuba ya estaban comprometidas con otra.

El 7 de septiembre, Kennedy pidió permiso oficial al Congreso para movilizar 150 000 hombres de la reserva, y el Congreso se lo concedió. Esta petición, evidentemente, era una respuesta a la situación cubana. Sin embargo, a los pocos días, Kruschev envió a Kennedy un mensaje personal en el que le aseguraba que no se enviarían a Cuba misiles tierra-tierra bajo ninguna circunstancia, lo cual era totalmente falso. Lo que Castro había llamado dos años antes la «partida internacional de ajedrez» ya estaba, por lo tanto, muy adelantada a principios de septiembre. Es de justicia añadir que este verano y otoño de 1952 se caracterizaron, en la Unión Soviética, por la adopción de medidas liberalizadoras y desestalinizadoras cada vez más radicales; fue entonces cuando Kruschev aseguró a la viuda de Bujarin que su marido había sido inocente y cuando se publicaron *Los herederos de Stalin*, de Yevtushenko, y *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Solzhenitsin: de hecho, Kruschev estaba avanzado en todos los frentes de un modo muy ambicioso.

El 8 y el 15 de septiembre, respectivamente, dos grandes buques de carga soviéticos, el *Omsk* y el *Portava*, construidos para transportar madera, dotados de grandes escotillas y con una línea de flotación muy alta, llegaron a La Habana, con camiones en la cubierta y una serie de misiles balísticos de medio alcance debajo. Fueron descargados de noche, y eran soviéticos los que lo hicieron. Los trasladaron en convoyes entre el 9 y el 20 de septiembre.

Ahora, la suerte estaba echada.

Sin embargo, el 13 de septiembre, Kennedy volvió a declarar que, si «la Unión Soviética proporcionaba una capacidad militar ofensiva» a Cuba, Estados Unidos haría «lo que hubiera que ha-

cer». Esta declaración tan poco explícita iba destinada a la opinión norteamericana tanto como a Castro y Kruschev, quizá sobre todo al senador Keating, que estaba pronunciando discursos muy fuertes por todos Estados Unidos, en interés del Partido Republicano, alegando que en Cuba ya se habían instalado misiles ofensivos y condenando todo intercambio de «Berlín por Cuba». Pero ¡habían corrido tantos rumores sobre los misiles de Cuba! Incluso en 1959, cuando los soviéticos todavía no habían enviado a Cuba una sola arma, el archivo, que el gobierno norteamericano destinaba a los misiles cubanos tenía trece centímetros de espesor. El gobierno de Estados Unidos había decidido tan firmemente que la idea de que la Unión Soviética enviara este material de guerra a Cuba era una tontería sin precedentes queno hizo caso de las indicaciones de los exiliados ni de los agentes que tenía en Cuba.

Del 18 al 21 de septiembre empezaron a llegar informes secretos de actividades misteriosas que se desarrollaban en el área de San Cristóbal, una hermosa región, llena de bosques y montañas, situada a medio camino entre Pinar del Río y La Habana. Pero no eran informes dignos de confianza y, a pesar de que es casi totalmente seguro que las bases de misiles de San Cristóbal y Remedios empezaron a construirse entre el 15 y el 20 de septiembre, el U2 que las sobrevoló el 17 de septiembre no se dio cuenta. El 19 de septiembre, los directores del servicio de espionaje de Estados Unidos (U. S. Intelligence Board) concluyeron oficialmente que la Unión Soviética no enviaría misiles ofensivos a Cuba. Aun así, dos días después la CIA recibió un informe de un agente en Cuba, en el que se decía que en la isla había unos misiles de dieciocho metros, de doble tamaño que los SAM. Pero incluso la CIA tomó esta noticia *cum grano salis*, por «puro escepticismo», según Hillsman. Ya se había gritado demasiadas veces «¡Que viene el lobo!». Parece que la construcción del cuarto emplazamiento de IRBM en Cuba se inició en

Sagua la Grande entre el 25 y el 30 de septiembre, y mientras tanto, el 28 de septiembre, la Junta Directiva Estudiantil Cubana en el exilio puso en circulación una carta mimeografiada en la que se afirmaba que se estaban construyendo quince bases para misiles dirigidos.

Entretanto, el aumento de armas en Cuba había inspirado una xenofobia de raras proporciones en la prensa norteamericana. Cuba se convirtió en el tema central de la campaña electoral del Congreso, y los políticos republicanos se dedicaron a reprochar al presidente su inactividad.

Desde luego, había voces disconformes, pero no se encontraban en lugares políticamente críticos. El Departamento de Defensa declaró que los cubanos enrolados en el ejército de Estados Unidos podrían ser utilizados contra Cuba. Entonces, el *U. S. News and World Report* publicó otro artículo exaltado, con este encabezamiento: «¿Está en marcha el bloqueo de Cuba?». Decía: «Si se toma la decisión de bloquear tendrá que ser a raíz de la intensificación de la influencia soviética en Cuba». Una semana más tarde, Mrs. Henry Luce escribió un largo artículo en *Life* señalando el contraste existente entre la dureza que había mostrado Kennedy respecto a Cuba durante las elecciones de 1960 y su actual «calma». Estaba lleno de las horribles predicciones entonces en boga: «En América Latina está pasando el tiempo y sigue perdiéndose la guerra fría». Exigía acción: «Lo que está en juego con la decisión de intervenir o no intervenir en Cuba no es sólo la cuestión del prestigio norteamericano, sino la de la supervivencia norteamericana». La primera semana de octubre, Richard Rovere publicó en el *New Yorker* un artículo lleno de presagios en el que decía que en Washington había «un bando belicoso» tan activo como el grupo que había provocado la guerra en 1898.

Todo esto suponía una presión sobre el gobierno en época de elecciones. Aun así, no había ningún indicio de que Ken-

nedy fuera a rendirse ante ella, como había hecho McKinley sesenta años antes. El 5 y el 7 de octubre, los U2 hicieron vuelos de reconocimiento sobre el este de Cuba y no descubrieron nada. El 10 de octubre, el senador Keating dijo que, según testimonios de exiliados «dignos de confianza en un ciento por ciento», se estaban construyendo seis bases de misiles de alcance intermedio. Dos días antes pareció que el presidente Dorticós casi admitía la verdad, al decir en la ONU que la amenaza de la invasión estadounidense había llevado a Cuba a adquirir armamentos que «no había querido y que esperaba no tener que utilizar». El 10 de octubre, Kennedy autorizó que otro U2 sobrevolara el oeste de Cuba. El vuelo, retrasado un día o dos por culpa del huracán Daisy, se efectuó el domingo 14 de octubre a cargo de la fuerza aérea de Estados Unidos (no de la CIA). En las fotografías se vio que, en un área que no había sido sobrevolada por los U2 desde el 5 de septiembre, en San Cristóbal, se estaban construyendo los emplazamientos para un batallón de misiles balísticos móviles de alcance medio (inferior a 2400 km). Otras investigaciones descubrieron que, además, se estaban preparando unas bases sólidas y permanentes para IRBM de unos 4800 km de radio. Por lo tanto, McCone, de la CIA, «tenía toda la razón», como tuvo que reconocer Kennedy más tarde.

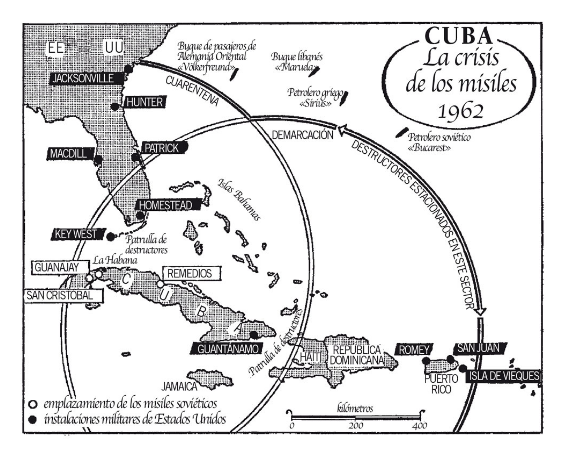
¿Qué había que hacer? Era preciso descartar la inactividad completa, porque probablemente confirmaría «los temores de De Gaulle y otros de que no se podía contar con Estados Unidos para que hiciera frente a las amenazas de más allá de nuestras costas», mientras que en América Latina, «si no se intervenía, se provocaría una inclinación hacia Castro y el comunismo», incluso en países en los que la no intervención era una «religión». A pesar de todo, McNamara señaló que «habíamos vivido mucho tiempo al alcance de misiles soviéticos, esperábamos que Kruschev viviera con nuestros misiles al lado y, si to-

mábamos con calma este aumento, podíamos evitar que exagerase su importancia». Kennedy rechazó esta política por los efectos internacionales que podía tener en el orden político y no, al parecer, por sus consecuencias estratégicas. Consideró que «los soviéticos habían dado este paso tan rápidamente, tan en secreto y con una intención de engañar tan deliberada… que suponía un cambio provocativo en un *statu quo* tan delicado». También consideró que los misiles situados en territorio soviético o en submarinos eran diferentes de los situados en el hemisferio occidental, sobre todo por el efecto político y psicológico que podían producir en América Latina. Si se aceptaba un paso así, creyó que a continuación vendrían otros pasos más. «Sabía que tendría que actuar» como si le hubieran dado un bofetón; más que de una amenaza, se trataba de un desafío y, dada la vulnerabilidad de su postura dentro de la política norteamericana respecto a Cuba, tenía que responder.

Así pues, Kennedy, al rechazar el enfoque inmovilista, también había rechazado toda idea de limitarse a la acción diplomática, como defendían algunos de sus consejeros. Además, parece ser que tomó esta decisión por razones más de política nacional que internacional (quizá este había sido también el caso de Kruschev). Sin embargo, mirándolo retrospectivamente, es curioso que Kennedy no prefiriera presentar primero a los soviéticos las pruebas que tenía en secreto. El presidente prefirió reaccionar fuerte, al margen de los métodos de arbitraje y de las alianzas existentes; en parte, por miedo a que, si, por ejemplo, se lo decía al gobierno inglés o al francés, hubiera filtraciones. Si se lo hubiera dicho a los aliados europeos, los países de Sudamérica, que, teniendo en cuenta los tratados, se creían con derecho a ser consultados en secreto en todo lo referente a acontecimientos americanos, también tendrían que haber sido puestos al corriente. Pero, además del problema de guardar el secreto, los aliados europeos podían no dar impor-

tancia a la crisis: «A la mayoría de los europeos, Cuba no les preocupaba nada, y creían que nos estábamos inquietando demasiado por ella. Se habían acostumbrado a vivir al lado de los misiles soviéticos. ¿Serían partidarios de que nos arriesgásemos a provocar una guerra mundial [pues tal parecía ser el caso, ya desde el principio]… porque ahora teníamos cerca una docena de misiles enemigos?». Además, los ingleses y los franceses podía recordar amargamente cuántas veces Estados Unidos les habían aconsejado que se tomaran con calma los nacionalismos.

Así pues, el gobierno norteamericano afrontó la crisis desconfiando de sus aliados, pero embarcándose en una política que podía provocar la destrucción o la victoria de todos ellos. Pues, aunque la OTAN no fue informada o consultada en cuanto tal, las bases de la OTAN en Italia y Turquía estaban plenamente preparadas. Kennedy no estaba dispuesto a permitir que Harold Macmillan o el general De Gaulle hicieran el papel represivo que tuvo el general Eisenhower en la crisis de Suez de 1956. A Kennedy, la idea de consultar a la ONU le gustaba tan poco como a Eden en 1956, pues, como dijo un chileno hace mucho tiempo, en lo referente al resto de América, a Estados Unidos «les importaba un rábano el derecho internacional». Indudablemente, podían hacer entrar en escena a la OEA, como hizo más tarde, pero a la OEA, como a la ONU y a la OTAN, se le dijo, no se le consultó.



La crisis de los misiles, 1962

Por aquel entonces, casi no se comentó el hecho de que no se hubiera consultado a los aliados, pues estos consideraron más prudente no dar la impresión de que habían sido desairados: sin embargo, más tarde este olvido fue criticado en Europa y, curiosamente, defendido por el principal comentarista político norteamericano, Lippman: «El mando sobre la potencia nuclear para equilibrar la potencia nuclear soviética no puede compartirse… sólo uno puede estar al volante».

El 17 de octubre, Kennedy y su gobierno se encontraban divididos ante la elección, relativamente sencilla, de lanzar un ataque aéreo inmediato contra los emplazamientos de los misiles cubanos, o bloquear a Cuba, siguiendo aproximadamente las líneas propuestas tres semanas antes en el *U. S. News and World Report*. Dean Acheson y los jefes de Estado Mayor eran partidarios de lo primero; finalmente se rechazó la idea por considerar que supondría una extensión del conflicto y la muerte de miles de cubanos y soviéticos, en un ataque sorpresa parecido al de Pearl Harbor, que teñiría de negro «el nombre de Estados Unidos en las páginas de la historia», y haría que «el tribunal de la historia nos acusase».

Por lo tanto, finalmente, se tomó la decisión de establecer un bloqueo marítimo que evitara la llegada de más armas ofensi-

vas, misiles o bombarderos. La ventaja de esto era que empezaba la «escalada» de la crisis en el escalón más bajo, dejando abierta para el futuro una serie de alternativas posibles, y, de por sí, no suponía un riesgo de muerte para nadie. Probablemente contribuyeron a que Kennedy tomara esta decisión los informes del servicio de espionaje de que la Unión Soviética no estaba preparada para una guerra nuclear, y quizá también tuvo su importancia la información proporcionada por el espía Penkovski (casualmente arrestado en Moscú el 22 de octubre) sobre la falta de preparación soviética.

Mientras los consejeros de Kennedy estudiaban todas las implicaciones que podía desencadenar esta decisión, en Washington, el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Gromiko, aseguraba a Kennedy personalmente que la Unión Soviética nunca daría armas ofensivas a Cuba. Esta promesa dejó a Kennedy atónito y furioso, y probablemente contribuyó a la acritud con que habló de los misiles la primera vez que lo hizo en público. El 16 de octubre, Kruschev había asegurado al embajador estadounidense en Moscú que sus intenciones eran pacíficas. Pero Gromiko quizá suponía que Estados Unidos ya habían descubierto la existencia de misiles en Cuba y ya estaba pensando en la respuesta que habría de dar la Unión Soviética. Parece extraño que Kennedy no acusara directamente a Gromiko con las pruebas de lo que Estados Unidos había descubierto en Cuba. Robert Kennedy sugirió que no lo hizo porque aún no estaba totalmente decidida la política que habían de seguir Estados Unidos.

La inminencia de la crisis se había ocultado bien, aunque en la embajada británica ya se olían algo el 17 de octubre. La prensa había hecho notar los movimientos de tropas y aviones hacia Florida, aunque, a petición de Kennedy, el *New York Times* no publicó un artículo sobre el tema. Unas maniobras navales en Vieques, preparadas desde hacía tiempo, llenaron de recelo a

Moscú y a La Habana. Aun así, Kennedy no anunció su decisión hasta el 22 de octubre, para dar tiempo a sus consejeros de que informaran a los aliados de Europa y Sudamérica, y por supuesto al Congreso. Si hubo alguna crítica por parte del Congreso, fue en el sentido de que un ataque aéreo o una invasión de Cuba serían más adecuados. Hasta Fulbright, generalmente tan pacífico, fue partidario de esta idea, basándose en que un bloqueo opondría los barcos soviéticos a las fuerzas armadas norteamericanas, con lo cual el riesgo de guerra sería mayor.

103

La crisis de los misiles (III)

El discurso que pronunció Kennedy el 22 de octubre tenía siete puntos: en Cuba, una zona que tenía «una relación especial e histórica con Estados Unidos», se estaban preparando bases de lanzamiento de misiles ofensivos. Estas bases alteraban el equilibrio internacional del poder. Esto era inaceptable para Estados Unidos, y en realidad constituían una «conducta agresiva» del mismo tipo que la que había provocado la Segunda Guerra Mundial en los años treinta, que entonces había sido frenada por Inglaterra. Los IRBM de mayor alcance amenazaban todo el territorio que va desde Lima hasta la bahía de Hudson. Naturalmente, Estados Unidos se oponía a la guerra nuclear, pero no vacilaría en emprenderla si era necesario. Por consiguiente, se instituiría una «cuarentena» —la palabra parecía menos belicosa que «bloqueo»— para evitar que hubiera más desembarcos de material ofensivo. Finalmente, Kennedy pedía a Kruschev que retirara los bombarderos y los misiles que ya habían llegado a Cuba y que dejara de instalar bases de lanzamiento.

El discurso de Kennedy evitaba relacionar a Castro con la Unión Soviética, basándose quizá en la falsa suposición de que Cuba había sido engañada; no había ninguna alusión a una posible invasión de Cuba o derrocamiento de Castro.

La justificación legal de esta «cuarentena» no estaba tanto en la Carta de las Naciones Unidas como en la Carta de la OEA, que autorizaba a Estados miembros a tomar «medidas colectivas para proteger la seguridad de América». El 23 de octubre se pidió, y se obtuvo, la aprobación de la OEA por 19 votos afirmativos, con la abstención de Uruguay, que sólo se debió a que

su embajador en Washington no había recibido instrucciones. Todos los demás embajadores quedaron intimidados ante la solemnidad del llamamiento que les hizo Dean Rusk. Además, Estados Unidos propusieron al Consejo de Seguridad de la ONU que se acordase el desmantelamiento de las bases ofensivas, el traslado de los misiles y los bombarderos a reacción, y la creación de un cuerpo de observadores de las Naciones Unidas que fueran a Cuba para garantizar todo esto.

La cuarentena comprendía dieciséis destructores, tres cruceros, un portaaviones antisubmarinos y seis barcos nodriza dispuestos formando un arco que iba desde Florida hasta más allá de Puerto Rico, con órdenes de inspeccionar, detener y, si era necesario, inutilizar (mejor que hundir) a todos los barcos soviéticos que se dirigieran a Cuba y pudieran llevar cabezas nucleares, misiles aire-tierra o tierra-aire, bombarderos, o equipo destinado a mantener este material. Al incluir las armas tierra-aire, Kennedy extendía la cuarentena, haciendo que abarcara el tipo más peligroso de armas defensivas. Kennedy, además, dijo a sus embajadores en Guinea y Senegal, donde hacían escala los aviones soviéticos que se dirigían a Cuba, que pidieran a los gobiernos de estos países que negaran el permiso de aterrizaje a la Unión Soviética durante la crisis, para evitar el envío de cabezas nucleares por vía aérea; ambos accedieron —incluso Sékou Touré, que era amigo de Castro, alegando que se oponía a las bases en territorio extranjero.

Entonces, el mundo, con cierto temor, esperó la respuesta soviética.

También llegaban malas noticias de Oriente, donde había vuelto a estallar la lucha fronteriza entre la India y China. El 23 de octubre, China (probablemente informada por la Unión Soviética de lo que se proponía hacer) prescindió de toda restricción y autorizó a sus tropas a que entrasen en el norte de la India y avanzasen hasta donde pudieran; estaba aprovechando

una oportunidad, no coordinando un ataque, aunque la Unión Soviética le prestó pleno apoyo durante una semana.

En Cuba, el 23 de octubre, dos misiles de alcance medio quedaban ya listos para entrar en funcionamiento. Había unos 20 000 soviéticos divididos en cuatro unidades de unos 5000 hombres cada una: dos unidades junto a La Habana, una en el centro de Cuba y otra en el este. Disponían de modernos armamentos soviéticos para luchar en el campo de batalla, incluidos unos lanzamisiles iguales que los Honest John estadounidenses. En Cuba todavía no se reconocieron públicamente estos hechos, aunque habían escuchado el discurso de Kennedy y *Revolución* lopublicó casi completo. Los cubanos, en general, suponían que estaban a punto de ser objeto no sólo de una invasión, sino de un bombardeo nuclear. Esto, desde luego, era irracional, aunque evidentemente, en una guerra total, habría sido muy posible que La Habana hubiera sido destruida, por medios convencionales o por otro sistema. Sin embargo, Castro debía de saber que el peligro más probable era una invasión norteamericana por mar o un bombardeo aéreo de las bases de los misiles. De todos modos, el 23 de octubre proclamó la movilización general. Aparecieron unos carteles rojos, con un hombre que llevaba una ametralladora, llamando a la población a las armas. Raúl Castro se fue al sur de la isla para tomar el mando en Santiago, y el 25 de octubre lo entrevemos rodeado de viejos camaradas, como Calixto García, Armando Acosta, Faustino Pérez, Luis Mas Martín y Abilio Cortina (secretario de las JUCEI de Oriente), bajo el lema «Listos para vencer». Según un observador: «Fue como si se relajara una tensión contenida desde hacía mucho tiempo, como si todo el país a una hubiera dicho: "¡Por fin!". La larga espera de la invasión, la guerra de nervios, los ataques furtivos, el desembarco de espías, el bloqueo: todo esto había pasado». La disciplina, la ausencia de pánico y la buena disposición fueron impresionantes. El propio

Castro se dirigió brevemente a los cubanos (una hora y cuarto), el 23 de octubre, condenando la «piratería» de Kennedy, y dijo que todo el que deseara inspeccionar a Cuba habría de venir dispuesto a luchar. «Nos negamos a toda inspección. Cuba no es el Congo… Nuestras armas no son ofensivas». Comparó a Kennedy con el pirata *sir* Henry Morgan, en contraste con Drake, que «tenía indudables cualidades». ¿Creía el tiburón satisfecho, Estados Unidos, que Cuba era una sardinita? Pero ahora, por fin, la «partida internacional de ajedrez» se desarrollaba al margen de Castro. No sabía qué iba a ocurrir. Al parecer, no fue consultado por Kruschev, sino, igual que De Gaulle, meramente informado. Para Castro, también, las alianzas no volvieron a ser lo mismo. Sin embargo, para los cubanos, la parte más importante de la crisis fue la suspensión, indefinida de los vuelos de la Pan American hacia Miami; estos vuelos que se efectuaban dos veces por semana y que habían llevado tal vez a 250 000 refugiados a Estados Unidos, no se reanudaron hasta 1965, y en condiciones completamente diferentes.

La respuesta soviética a las exigencias de Kennedy se dio, como las propias decisiones de Kennedy, sin saber cuáles eran las verdaderas intenciones de sus oponentes. Al parecer, la Unión Soviética creyó que la cuarentena estaba destinada a impedir que llegasen los IRBM. Pero ya hacía algún tiempo que los bombarderos a reacción Ilyushin estaban en Cuba. ¿Trataba Estados Unidos sólo de impedir la llegada de armas «ofensivas», o en realidad esperaba también aplastar a Castro? Naturalmente, la reacción de la prensa de Moscú fue violenta: «La clase dirigente de América por fin se ha quitado la careta… pocas veces ha cometido un país una agresión tan grosera y traicionera». La primera respuesta oficial soviética, igual que la de Castro, fue la de anunciar, el 23 de octubre, que todas las armas que tenía en Cuba eran defensivas y que la cuarentena era un acto de piratería. Entonces Kruschev escribió a Kennedy una

carta que era eco de los mensajes públicos, y recibió rápidamente una respuesta en forma de reafirmación privada de la postura pública de Estados Unidos.

En Washington se sabía, porque se habían hecho reconocimientos aéreos, que había veinticinco barcos soviéticos de carga, cinco de los cuales iban provistos de grandes escotillas (y, por lo tanto, eran apropiados para transportar misiles), camino de La Habana. El 23 de octubre, por la tarde, los periódicos norteamericanos anunciaban: «Esta noche puede ser la hora de la verdad». Esto era una exageración, pues la cuarentena no entró en vigor hasta la mañana siguiente, miércoles, 24 de octubre, cuando a las diez de la mañana se informó de que tras los barcos de carga viajaban submarinos soviéticos, como los largos tiburones que durante tantos años habían seguido a los barcos negreros que hacían la misma ruta. El 24 de octubre, los titulares del *Washington Daily News* decían: «Próximo encuentro marítimo». Para la mayoría de la población, incluido Kennedy y su gobierno, fue un momento muy duro.

En el curso de la mañana, los barcos soviéticos alteraron su rumbo o se detuvieron en el mar. El *Evening Star* de Washington anunció prematuramente: «Algunos barcos rojos dan la vuelta». Kennedy y sus consejeros estaban reunidos esa misma mañana cuando les llegó la noticia. El Pentágono pensó que tal vez los barcos se iban a reunir en el mar con los submarinos que los seguían para tratar de abrirse paso. Al mismo tiempo, Kruschev, contestando a Bertrand Russell con una carta abierta, sugería que se celebrara otra conferencia en la cumbre, y prometía que su gobierno no sería temerario y «haría todo lo posible para evitar la guerra». El hecho de que Kruschev utilizase como intermediario al anciano Russell, que estaba en su casa del norte de Gales, fue el aspecto más extravagante de estos días. Mirado retrospectivamente, este fue el primer indicio de que la postura soviética iba a ser de retirada. U Thant, un in-

termediario más convencional, propuso que la Unión Soviética suspendiera los desembarcos de armas y Estados Unidos retrasara la entrada en vigor de la cuarentena. Pero Kennedy desechó esta idea diciendo que, para que pudiera suspenderse la cuarentena, primero habían de ser trasladados los misiles que ya estaban en Cuba. Por otra parte, Kruschev, en su respuesta a U Thant, se mostró deseoso de aceptar la negociación aunque continuase el bloqueo… otra señal de retirada. Por la tarde, Kruschev vio a un hombre de negocios norteamericano, William Knox, de la Westinghouse International. La conversación fue ambigua. Kruschev parecía abrumado: los misiles, dijo, eran defensivos; Kennedy se estaba exponiendo a una guerra mundial; y al cabo de poco, si los barcos norteamericanos trataban de detener a los soviéticos, los submarinos los hundirían. Algunos miembros de la Administración norteamericana vieron en el informe que dio Knox de esta conversación un deseo de negociar y la necesidad de dar una salida a Kruschev. Por lo menos, ahora había reconocido que era cierta la existencia de misiles en Cuba, aunque en privado.

El 25 de octubre, los barcos norteamericanos dejaron pasar a un buque cisterna ruso (el *Bucarest*) y a un barco de pasajeros de la Alemania Oriental (el *Völkerfreund*), porque era imposible que transportaran misiles ni nada parecido. Para entonces, doce de los barcos soviéticos que se dirigían a Cuba habían sido detenidos.

Por lo tanto, parecía que el bloqueo o cuarentena había empezado a funcionar. Seguía en pie la petición norteamericana de que se retirasen los misiles y bombarderos que había. Ahora se creía que los misiles de alcance medio estarían listos para entrar en funcionamiento al cabo de pocos días, y los de alcance intermedio al cabo de un mes. Kennedy y sus consejeros discutieron la posibilidad de extender el bloqueo al petróleo, de efectuar más vuelos rasantes, de ponerse en contacto directo con Cas-

tro, y otra vez, como antes de la crisis, de llevar a cabo un ataque aéreo o una invasión. Los periódicos norteamericanos empezaron a publicar listas de «refugios aprobados». Entretanto, los soviéticos daban más muestras de su preocupación por evitar la guerra. Gromyko pronunció un discurso en Berlín sin mencionar a Cuba. Los diplomáticos soviéticos trataban de convencer a sus intermediarios en todas partes para que intentaran persuadir a los gobiernos aliados a que intercedieran. En la ONU, Adlai Stevenson estaba sacando todo el partido que podía de la evidente falta de conocimiento e instrucciones del representante soviético, mientras Zorin seguía negando que hubiera misiles en Cuba. Stevenson ridiculizó su actitud con toda facilidad, con una famosa exhibición de fotografías, resarciéndose un poco de la ignominia de que había sido objeto en 1961. U Thant, a quien Kennedy había soslayado el día anterior, dirigió otro ruego a ambas partes para que evitasen una «confrontación» en el Caribe.

El viernes 26 de octubre no hubo ningún cambio en la postura rusa o cubana, y Kennedy ordenó que se hiciera un «programa fulminante de gobierno civil para Cuba… para después de la invasión». En realidad, en los emplazamientos de los misiles parecían seguir trabajando rápidamente. El primer barco inspeccionado en el mar fue el *Manuela*, un barco panameño que se dirigía a Cuba fletado por los soviéticos. El destacamento que lo abordó le permitió seguir adelante. Pero los titulares de *Pravda* de aquella mañana habían sido notablemente pacíficos y, a mediodía, los soviéticos hicieron la primera propuesta positiva de compromiso, a través del curioso intermediario Alexander Fomin, de su embajada en Washington (que, sin duda, era un espía), y de un reportero de televisión de Washington muy bien relacionado, John Scali, de ABC News: ¿le interesaría a Estados Unidos prometer no invadir Cuba a cambio de que la Unión Soviética retirase los misiles bajo la inspección de la

ONU? Scali se lo consultó a Hillsman y a Rusk, y más tarde comunicó a Fomin que Estados Unidos consideraba que la idea ofrecía «verdaderas posibilidades». Poco después, Kennedy recibía una carta de Kruschev en la que hacía la misma propuesta, en términos evidentemente sinceros, aunque confusos, mientras que Zorin proponía lo mismo a U Thant, apoyado por la delegación cubana en Nueva York. Esta carta era muy emotiva, muy propia del estilo de Kruschev, y estaba llena de recuerdos de los horrores de la guerra. La Unión Soviética, decía Kruschev, había enviado los misiles a Cuba a raíz de bahía Cochinos; eran defensivos, y si Estados Unidos prometía no invadir Cuba, ya no serían necesarios.

Antes de que Kennedy tuviera tiempo de contestar a esta carta, el sábado 27 de octubre llegó otra del Kremlin, en la que se cambiaba la negociación, recogiendo la idea lanzada por *The Times*, de Londres, y repetida por Walter Lippman en el *New York Herald Tribune* el 25 de octubre, de que Estados Unidos evacuase sus bases de misiles de Turquía. Además, Kruschev aseguraba a Kennedy que los misiles que ya había en Cuba estaban bajo control soviético. Esta carta sembró la confusión en Estados Unidos (aunque por primera vez reconocía formalmente que había misiles en Cuba), y lo que proponía no era aceptable para Kennedy. ¿Seguía Kruschev controlando la situación? Las dos cartas se parecían a los distintos telegramas que envió Berlín a Viena en la crisis de julio de 1914, que provocaron la Primera Guerra Mundial. «¿Quién manda en Berlín?», había preguntado el general Conrad von Hötzendorf; e indudablemente, en esos momentos, había serias disensiones entre los dirigentes soviéticos en lo referente a la línea de acción que se había de seguir.

Tras la llegada de la segunda carta vino la noticia de que un U2 había sido derribado sobre Cuba por un SAM y de que otro U2, de un modo accidental, se había desviado de su ruta y

había sobrevolado la Unión Soviética, corriendo el riesgo, como dijo más tarde Kruschev, de que lo confundieran con un bombardeo nuclear. «¿Considerarían esto los rusos como un reconocimiento final previo a un ataque nuclear?… Hubo un momento de espanto y horror». Castro ha sostenido siempre que él fue el responsable de que se derribase al U2, indicando que no todos los misiles de Cuba estaban bajo el control central de Moscú. Aunque Kennedy no ordenó (como se había estipulado) que se respondiera a la destrucción del U2 sobre Cuba, ahora se prepararon para entrar en acción todas las fuerzas norteamericanas, nucleares y convencionales, que había repartidas por el mundo, mientras que en Florida se concentraba una enorme fuerza invasora: «Aquel sábado, nuestro pequeño grupo, sentado alrededor de la mesa ministerial en sesión continua, tuvo la impresión de que la guerra nuclear estaba más próxima que nunca desde que se había iniciado la era nuclear». Tal vez la Unión Soviética deseara una guerra. Los jefes de Estado Mayor volvieron a recomendar que se llevara a cabo un ataque aéreo y a continuación una invasión, y que ambos tuvieran lugar el lunes.

Siguiendo la brillante sugerencia de su hermano, el presidente Kennedy decidió que lo mejor que podía hacer ahora era hacer caso omiso de la más reciente de las cartas de Kruschev y contestar a la penúltima, aceptando intercambiar la promesa de no invadir Cuba por la retirada de los misiles. La retirada de los misiles, sin embargo, se habría de hacer bajo la supervisión de la ONU. No parece que nadie considerase que esta era una concesión sustancial, pues nadie deseaba seriamente invadir Cuba. Robert Kennedy llevó personalmente una copia de esta carta (que habían redactado él y Sorensen) al embajador soviético en Washington, y añadió que, si no «recibían garantías en un plazo de veinticuatro horas», Estados Unidos emprendería una «acción militar» el 30 de octubre. En realidad, probable-

mente aquel día habrían invadido Cuba. «Si los rusos estaban dispuestos a ir a la guerra nuclear por Cuba, quería decir que estaban dispuestos para la guerra nuclear, y esa era la cuestión», dijo después Robert Kennedy. Sin embargo, el embajador soviético había dicho a Robert Kennedy que él, personalmente, creía que Kruschev estaba demasiado comprometido en su política actual como para aceptar la carta de Kennedy. Entretanto, todos los exiliados cubanos de Miami y de otros sitios suponían que estaba a punto de llegar el momento de la liberación de Cuba. No es necesario decir que Kennedy no los consultó.

Mientras Washington dormía —«la noche del sábado fue casi la más negra de todas»—, la Unión Soviética tenía que reaccionar. Había «recibido información —dijo más tarde Kruschev al Soviet Supremo— de que la invasión se iba a efectuar al cabo de dos o tres días… Era necesaria una acción inmediata». A pesar, probablemente, de la oposición de Kozlov y quizá de Breznev, durante la noche del 27 al 28 de octubre Kruschev confirmó que estaba dispuesto a defender el plan expuesto en su «primera carta». Dio órdenes inmediatas para que cesasen los trabajos en las bases de los misiles, para que fueran desmanteladas y los misiles fueran devueltos a la Unión Soviética. En Washington se comentaba la noticia a primeras horas de la mañana. Kennedy, magnánimamente, acogió muy bien la decisión de Kruschev, «digna de un estadista», y evitó cualquier mención de las palabras «capitulación» o «humillación», aunque desde luego tampoco mencionó la promesa que había hecho de no invadir Cuba a cambio, a pesar de que la Unión Soviética no ganara mucho con ello. Kruschev no consultó a Castro, y este se enteró de la noticia mientras estaba hablando con Guevara; lanzó una maldición, dio una patada contra la pared y, en pleno acceso de furia, rompió un espejo.

Así terminó la famosa crisis de Cuba de octubre de 1962, en el curso de la cual el mundo estuvo gravemente amenazado.

Las condiciones que puso Castro para terminar la crisis fueron más complicadas: pedía la terminación no sólo del bloqueo, sino de todos los hostigamientos, ataques de exiliados y vuelos de reconocimiento, además de la retirada de los norteamericanos de Guantánamo. Estados Unidos no aceptó estas condiciones. De este modo, Castro evitó formalmente concluir ningún trato que le comprometiese. No obstante, los soviéticos desmantelaron las bases, y se llevaron a su país los misiles y los bombarderos a reacción, a pesar de las objeciones que les pusieron, pues ahora se suponía que estos últimos eran propiedad cubana. Sin embargo, el gobierno cubano se negó a permitir la supervisión de la ONU.

Como la retirada de los misiles se efectuó sin inspección de las Naciones Unidas, finalmente, el gobierno de Estados Unidos (aunque retiró la cuarentena) no prometió públicamente no invadir nunca Cuba. Por medio de los U2 pudieron comprobar que los soviéticos habían hecho realmente lo que habían dicho que harían. Sin embargo, a pesar de que formalmente tenían libertad para hacerlo, Estados Unidos no invadió Cuba, y parece que, en posteriores conversaciones, aseguraron a la Unión Soviética que no tenían intención de hacerlo. No obstante, Kennedy se sentía lo bastante fuerte como para prometer a la asamblea de veteranos de bahía Cochinos, el 30 de diciembre de 1962, que un día se restauraría la libertad en Cuba por la fuerza de las armas.

Así pues, muchos consideraron que Kennedy había logrado una gran victoria, e incluso los que habían dudado de su prudencia en el momento de la prueba, después le felicitaron, aunque sólo fuera por la moderación que demostró al no llevar su superioridad al extremo de humillar a Kruschev o derrocar a Castro. A partir de entonces, durante varios años, la política exterior soviética siguió una línea de reserva y de no correr riesgos. Cierto que Kruschev también reivindicó su victoria y, el 12

de diciembre, dijo al Soviet Supremo que gracias a su habilidad se había salvado el socialismo en Cuba. Sin embargo, evidentemente esta afirmación iba dirigida a los enemigos que el primer secretario tenía en la Unión Soviética, y está claro que, en la política interna soviética, la crisis cubana fue un punto decisivo. A principios de 1963, Kruschev tuvo que enfrentarse con grandes dificultades que contribuyeron a su caída, en octubre de 1964. A cambio de una modesta ventaja, que afectaba sólo a Cuba, Kruschev había perdido mucho en el orden internacional. También había perdido en el orden interno y, a partir de entonces, en la Unión Soviética, la causa «liberal» y desestalinizadora empezó a decaer. Fue una consecuencia inesperada e indeseable de la firmeza de Kennedy.

La crisis de los misiles cubanos, o la crisis del Caribe, como la han llamado los cubanos, terminó exactamente con doscientos años de relaciones, a menudo muy estrechas, entre Norteamérica y Cuba. Al principio, desde la época de la expedición inglesa hasta el final de las guerras napoleónicas, los hombres de negocios anglosajones trataron de comerciar en La Habana. Desde 1820 hasta 1890, hubo sagaces norteamericanos que supusieron que, a la larga, Cuba entraría en la Unión, igual que Texas, California y Nuevo México. Desde la década de 1890 hasta 1962, el gobierno de Estados Unidos, por una serie de razones políticas, estratégicas y económicas, había considerado que, en último término, la complejidad de la administración cubana era asunto suyo. Pero en 1962, el presidente Kennedy, aunque ganando una victoria propagandística sobre el nuevo aliado de Cuba, la Unión Soviética, consintió en el hecho consumado de un régimen comunista nacionalista cubano, construido al margen de Estados Unidos y dominado por una violenta hostilidad hacia Norteamérica y hacia el papel que había desempeñado a lo largo de doscientos años en la historia cubana. ¿Se debió este consentimiento al hecho de que los intereses

económicos, e incluso estratégicos, de Estados Unidos en Cuba eran menores que antes; a que la industria azucarera cubana, tan estancada, se fue convirtiendo cada vez más en asunto cubano en los años cuarenta y cincuenta, mientras que las armas nucleares hacían arcaica la preocupación norteamericana por el Caribe y el acceso al canal de Panamá (y, en realidad, el propio canal de Panamá)? En cualquier caso, la crisis de 1962, la más grave de la historia del mundo, fue básicamente una cuestión de prestigio, propaganda y política, más que una prueba de intereses económicos y estratégicos.

En 1962, Cuba tenía un gobierno totalitario recién establecido y todavía algo inestable, que controlaba toda la industria pesada y dos terceras partes de la agricultura del país. La economía se encontraba en un estado de gran confusión y no había libertades civiles, tal como se entienden en Norteamérica y en la Europa Occidental. La mayoría de los cubanos que creían en las virtudes liberales estaban en la cárcel o en el exilio. Pero, a pesar de todo, el gobierno cubano era popular entre las masas, fuera porque admiraran lo que el gobierno ya había hecho, porque desearan lo que les prometía para el futuro o sencillamente porque estuvieran fascinadas por Castro. Era natural que el presidente Kennedy y su círculo, inmersos en una sociedad sumamente autosatisfecha y próspera, encontraran totalmente intolerable el régimen de Castro, arbitrario, ineficaz, muchas veces cruel y siempre retórico. Pero Castro había creado en Cuba un sistema que era deliberadamente lo contrario de todo lo que defendía Estados Unidos, o, por lo menos, de lo que él creía que defendía Estados Unidos. Si hay que acusar a alguien de «lo que pasó en Cuba», la culpa la tuvieron Washington y Nueva York, por lo menos tanto como La Habana o Santiago. Unos años más tarde, un historiador norteamericano observó muy satisfecho: «Aunque nuestra actuación en Cuba no hubiera tenido un solo defecto, posiblemente habría sido inútil, por culpa

de la necedad cubana». Sin duda era cierto, pero el historial de la necedad norteamericana en Cuba era tan largo que hacía absurdo el comentario; dejando aparte los problemas de la historia más reciente, el segundo batistato, es evidente que si Roosevelt, en 1933, hubiera reconocido a Grau San Martín, habría evitado a sus sucesores un sinfín de problemas. El senador Foraker evidenció la locura que suponía la enmienda Platt antes de que se convirtiera en ley. La llegada del general Crowder a La Habana en 1921, sin consultar con el gobierno cubano, fue un acto que ni siquiera tiene paralelo en la historia de las relaciones del imperio británico con los decrépitos mogoles de Delhi. También habría sido mejor que el general Leonard Wood se hubiera abstenido de manifestar su desprecio por el conjunto de la raza latina y que tanto él como el general Crowder se hubieran propuesto aprender algo de español. En realidad, parece que, si Estados Unidos iba a ejercer sobre Cuba el control político que ejercieron entre 1902 y 1933, habría sido mejor que se hubiera apoderado del todo de la isla.

Si la crisis de 1962 hubiera desembocado en la tercera guerra mundial, como pudo muy bien ocurrir, quizá ahora estos problemas estarían siendo analizados por los historiadores supervivientes. Algunos, sin duda, soslayarían el papel desempeñado por Cuba en el desarrollo del drama de 1962. Otros tal vez considerarían que la crisis había sido el encuentro final entre las razas anglosajona y latina, y que Cuba había sido el detonador adecuado de un conflicto internacional terriblemente destructivo. Verdaderamente, en cierto modo parece lógico que Cuba, víctima durante tanto tiempo de la política de las potencias grandes y ricas y de sus habitantes, a quienes tanto gustaba el azúcar, reaccionara un día y amenazara con arrastrar a las grandes potencias al abismo con ella. En 1962, sin embargo, al final las dos Cubas quedaron defraudadas: Kennedy no liberó a la isla de Castro y Kruschev retiró los misiles. A menudo las peque-

ñas potencias pueden iniciar una crisis mundial, pero siempre son las grandes potencias quienes la terminan.

Epílogo

A primera vista, un país muy correcto.

Maiakovski,
en su visita a Cuba en 1924

104

Los utopistas

Guevara expuso con toda claridad el objetivo de la Revolución en Cuba: «Estamos buscando algo nuevo, que permita una identificación perfecta entre el gobierno y el conjunto de la comunidad, que se adapte a las necesidades especiales del socialismo y evite todo lo posible los lugares comunes de la democracia burguesa [como las cámaras parlamentarias]… Nos ha refrenado mucho el temor a que cualquier formalización pudiera hacernos perder de vista la aspiración revolucionaria última y la más importante: ver al hombre liberado de la alienación».

Todos reconocen que a finales de los años cincuenta o incluso a principios de los sesenta no se mencionó que la Revolución tuviera estos designios, pero a nadie ha de sorprender que cambie la política de los gobiernos revolucionarios, como la de otros gobiernos más ortodoxos. Ya se ha tratado antes de las causas que provocaron el dominio de estos proyectos radicales dentro de la Revolución. Son proyectos ambiciosos, aunque no totalmente nuevos, y, como un período de diez años resulta corto para juzgar una conmoción social como la provocada en Cuba por la Revolución, no es extraño que aún no se haya realizado. Tampoco es que resulten de una justicia palmaria: el desprecio de Guevara por la democracia burguesa parece algo obsesivo; su utilización de la palabra «socialismo» parece indicar un solo cuerpo de verdad revelada, mientras que hoy en día es evidente que este dogma admite muchos modelos, tantos como caminos llevan a él. Tampoco la palabra «alienación» está exenta de ambigüedad, sobre todo cuando muchos de los que son considerados como alienados son trabajadores agrícolas más que urbanos. Sin embargo, ahora es legítimo preguntar en qué medida se han realizado estos grandes planes en los años

posteriores a la crisis de los misilesde 1962, y qué probabilidades hay de que sigan adelante en un futuro inmediato. Quizá la medida en que se han realizado hasta ahora arrojará luz no sólo sobre su validez como programa, sino también sobre su grado de sensatez y justicia.

A partir de 1962 ha habido muchos cambios en la salud, educación, manera de vivir y de pensar del conjunto de la población de Cuba y se ha creado un gran movimiento burocrático y político nuevo para persuadir, seducir y, en ocasiones, obligar a la gente a desarrollar la política que se espera que fomenten y a financiar los cambios sociales: porque, indudablemente, todavía no es posible identificar por completo al gobierno y a la comunidad, a pesar del hecho de que virtualmente no hay ningún trabajo que no esté destinado a la comunidad, y a pesar de la propaganda que convence a muchos de que están viviendo una epopeya y de que, aunque no siempre haya mejorado su situación material, por lo menos son más virtuosos que antes.

Ahora, probablemente todos los cubanos tienen lo suficiente para comer, pero sólo justo lo suficiente. El racionamiento estricto significa que las dos terceras partes de las calorías de la dieta de la mayoría de las personas proceden de los cereales, azúcar y grasas. En 1964, un economista checo, Selucky, calculó que los cubanos recibían más o menos «la misma cantidad de grasas, aceite, arroz, alubias, azúcar y carne que tomábamos nosotros en los últimos años de la guerra», y el año 1964 era mejor que cinco años después. Las colas para conseguir artículos que temporalmente no están incluidos en el racionamiento (por ejemplo, el pan a principios de 1969) y las que se forman a la puerta de los restaurantes indican que a la mayoría de la gente le gustaría comer mucho más de lo que come. La distribución de la comida ha sido irregular. Sin embargo, nadie se muere de hambre, y en el campo, sobre todo en la provincia de Oriente, los campesinos muy pobres deben de comer mejor y con ma-

yor regularidad que antes de la Revolución, y casi todo el mundo come mejor que durante los terribles años de la depresión que duró tanto tiempo en Cuba.

Hay que hacer dos salvedades: primera, los altos funcionarios, los técnicos extranjeros (y por supuesto, los visitantes extranjeros) y todas las personas que están en el poder pueden vivir mejor que el pueblo llano; tienen derecho a ir a tiendas especiales a comprar. Puede que en los antiguos grandes hoteles no haya discriminación contra los negros, pero nadie que no sea poderoso va, por ejemplo, a La Torre, un restaurante de La Habana donde siempre hay una comida excelente. La mayoría de los líderes de la Revolución parecen hombres bastante austeros y sencillos, pero muchos funcionarios no han sido capaces de resistir las seducciones del poder, y se dedican a la ostentación. Hay que recordar, además, que durante el siglo XX, y también en el XIX, Cuba no fue un país de hambre (ni de plagas a partir de 1900). Por esta razón, y por muchas otras, la Cuba del pasado parecía una provincia desigualmente desarrollada de un país rico, una Virginia Occidental, más que un país del mundo subdesarrollado o tercer mundo.

La escasez afecta a la vida de todos, salvo a la de los funcionarios más importantes. Al terminar la jornada laboral, hay que pasar mucho tiempo haciendo cola para conseguir comida y otras cosas esenciales. La milicia u otros servicios voluntarios al Estado también ocupan tiempo. Hay que reconocer que los cubanos, tan alegres por naturaleza, parecen aceptar estas cosas de bastante buena gana, aunque las critiquen.

El estricto racionamiento se debe, primero, a la falta de las grandes cantidades de alimentos que, antes de 1960, se importaban de Estados Unidos; segundo, al descenso que se produjo en la producción agrícola los primeros años de la Revolución, y tercero, al altísimo porcentaje —quizá del 30 al 35 por ciento— de la producción nacional que «se ahorra o se invierte». La ma-

yor parte de los productos cubanos tradicionales, como fruta, verdura y carne, se exporta a la Europa Oriental y a la Unión Soviética para contribuir a pagar las deudas que Cuba tiene contraídas en esos países. Los esfuerzos que se han hecho para conseguir que los cubanos cambiasen sus dietas tradicionales —y comieran más pescado, por ejemplo— no han dado gran resultado. Por lo tanto, los cubanos de buena memoria deben de recordar sarcásticamente la promesa que hizo Castro cuando empezó a escasear la comida en noviembre de 1960: «¡Recordad lo que os digo! Los productos alimenticios que vuelvan a estar disponibles en diciembre nunca más volverán a desaparecer». La creación de una red de heladerías, en las que hay helados de cincuenta y cuatro gustos, apenas compensa la desaparición de las comidas abundantes regulares. También faltan otros artículos de consumo, por ejemplo los farmacéuticos menos esenciales o los objetos de escritorio.

En contrapartida, el paro ha desaparecido virtualmente, a pesar de que ahora colaboran en la economía muchas mujeres y chicas que antes se dedicaban a las tareas caseras. Esto se debe en parte al gran porcentaje de población que ha emigrado; en parte a la afluencia de gente llegada a las ciudades durante los primeros años de la Revolución, que ha ido a parar sobre todo al gobierno, a las oficinas del partido y a las fuerzas armadas; y en parte al aumento del número de niños que van a la escuela o al colegio. Las pandillas de niños deambulando sin hacer nada, tan características de la antigua Cuba, casi han desaparecido, salvo en algunas zonas de La Habana, junto con la «temporada muerta». Muchos antiguos cortadores de caña de azúcar han quedado absorbidos, a distintos niveles, en «tareas revolucionarias» en los ministerios o en las granjas estatales, que han sido demasiado ineficaces para organizar a sus trabajadores económicamente. Incluso se ha producido una escasez de mano de obra especializada, sobre todo en la industria azucarera. Pero, al

observar de cerca, se advierte que hay un subempleo sustancial, incluso en los ingenios azucareros. Y puede que aumente si el actual programa de mecanización tiene éxito. Además parece que la «ofensiva revolucionaria» de 1968 que cerró tantas pequeñas empresas, desde los bares hasta los puestos de fruta, debe de haber provocado algo de paro, sobre todo en La Habana y entre los propietarios y trabajadores de la multitud de pequeñas fábricas y talleres (chinchales) que quedaban, en los que trabajaban dos o tres personas, y de las tiendas, a pesar de que algunos hayan emigrado.

La Revolución ha supuesto una evidente mejora de la salud pública de Cuba. Hay una nueva generación de médicos cubanos, dotada de «un alto nivel de conocimientos y competencia», que se ocupa muy bien de los hospitales generales de prácticas, y de los hospitales e institutos especializados. En todas partes ha habido un sensible aumento de higiene y saneamiento. Los servicios médicos son accesibles en todo el país de una manera mucho más justa. Se ha insistido mucho en la medicina preventiva y se han instalado muchas clínicas en las áreas rurales. Se han reducido mucho las muertes por tuberculosis, gastroenteritis, malaria y tifus, y parece que se ha eliminado la polio gracias a la vacunación masiva. Una obra admirable es el manicomio de Mazorra, dirigido por el doctor Bernabé Ordaz con un criterio muy imaginativo, que antes era un establecimiento de pesadilla y hoy en día es un lugar tranquilo, aunque, merecidamente, se ha convertido en parada obligada de todos los recorridos del país organizados para visitantes extranjeros. En cambio, los médicos, aunque ahora sean algo más numerosos que en el pasado, probablemente están menos preparados. Algunos de los mejores médicos de Cuba han emigrado. A menudo ha faltado equipo médico, o se ha suministrado de un modo irregular, pues la mayor parte proviene de la Unión Soviética o de la Europa Oriental. Quizá a veces los prejuicios y las ideologías dis-

frazadas han impedido que se aplicase el mejor tratamiento: en Santiago, un médico se negó a utilizar un equipo norteamericano con los pacientes cubanos aunque no tuviera ninguno más. Sigue habiendo pocos dentistas y enfermeras. Aunque las estadísticas generales sobre las enfermedades son impresionantes, probablemente la mortalidad infantil, que al parecer era de cuarenta niños por cada mil nacidos con vida, no ha mejorado y, aunque todavía es baja comparada con el resto de América Latina, sigue siendo más alta que en la mayor parte de los países del Caribe y es casi el doble de la de Estados Unidos y la Europa Occidental.

Cuba no sigue ninguna política de control de natalidad, y no se preocupa por la población. Su tasa de crecimiento, de un 2,7 por ciento, es inferior a la de la mayoría de sus vecinos y, como indicó el propio Castro, Cuba podría, si su economía estuviera bien organizada, alimentar a una población tres veces mayor que la actual. Por otra parte, la producción alimentaria de Cuba desde 1959 no ha ido al mismo paso que el aumento de población, y el porcentaje anual del aumento de población está creciendo. Así pues, es probable que su densidad de población actual, de unos setenta habitantes por kilómetro cuadrado, sea el doble dentro de treinta años o menos. Eso la aproximará al grado de congestión existente en las islas más pequeñas del Caribe. Reconocidamente, en la mayoría de los grandes hospitales cubanos hay secciones dedicadas al control de natalidad, y a todas las mujeres, después de tener el primer hijo (si están en el hospital, y ahora la mayoría lo están), se les ofrece hacerles gratuitamente el «anillo», una especie de dispositivo intrauterino, pero, a pesar de los anuncios que atraen la atención hacia este servicio, parece que no se utiliza mucho, probablemente debido a la oposición masculina, basada en la convicción de que haría más fácil la infidelidad. En estos aspectos tan importantes, por lo tanto, la Cuba socialista es mucho menos «revolucionaria»

que, por ejemplo, Japón, que en diez años, entre 1947 y 1957, redujo a la mitad su tasa de natalidad.

La educación en Cuba ha experimentado un renacimiento después de la Revolución, aunque hay que hacer algunas salvedades. Números en mano, los cambios parecen inmensamente beneficiosos: antes de 1959, la mitad de los niños en edad de recibir enseñanza primaria no iban a la escuela. Hoy en día a todos se les enseña algo, o sea que las escuelas primarias tienen casi un 1 500 000 alumnos, en vez de los 720 000 de 1958. Hay 50 000 maestros de enseñanza primaria en lugar de los casi 17 000 que había antes de 1958. Además, en las escuelas secundarias hay un porcentaje de niños becados mucho mayor que en el pasado; mientras que, desde 1967, casi todos los niños pequeños van a los jardines de infancia (círculos infantiles) desde los 45 días de edad. En 1964-1965, el Ministerio de Educación volvió a elaborar un programa de educación para adultos, que abarcaba a 484 000 personas, bajo la dirección de una antigua comunista, Clementina Serra.

Sin embargo, a muchos niños los sacan de su casa para meterlos en pensionados de enseñanza secundaria contra su voluntad, y todas las clases se dan bajo la sombra del lema del régimen para la juventud: «Estudio, Trabajo, Fusil». Los niños mayores de seis años han de participar en el «trabajo productivo», en alguna rama de la agricultura, durante los fines de semana y las vacaciones, y esto forma parte de la «educación socialista». Desde los nombres de las escuelas hasta los ejemplos que se dan en las gramáticas son reflejo de la gran atención que se presta a los héroes revolucionarios, en particular a Guevara, el revolucionario modelo que no conocía el miedo y estaba por encima de todo reproche. Desde luego, no se enseña religión. Además sigue habiendo una gran escasez de libros, profesores y aulas, hasta el punto de que, como dijo en 1968 el ministro de Educación, José Llanusa, probablemente no se superará hasta

1980. Finalmente, el contenido de la educación que se da en la Cuba revolucionaria parece anticuado, a pesar de su apariencia de modernidad: continúa el aprendizaje por medio de repetición rutinaria, reglas y ejemplos; mientras que la insistencia con que se habla de la preparación en los últimos años (sobre todo con Llanusa, antiguo director nacional del turismo y los deportes cubanos) recuerda curiosamente a la *public school* inglesa: tanto en Cuba como en Wessell, el «espíritu de equipo» es un buen correctivo para el sospechoso «intelectualismo» y el espíritu investigador. Además, como observaba una norteamericana favorable a la Revolución: «Los dibujos, los eslóganes, los nombres de las granjas estatales… todo enseña a los jóvenes cubanos a considerar que sus vidas están íntimamente ligadas a la Revolución en otras partes». Una educación imperial a la inversa.

Estas salvedades todavía son más aplicables a la educación superior. A primera vista, las realizaciones han sido notables. En 1969 había 30 000 alumnos en las escuelas técnicas y 40 000 estudiantes con plena dedicación, comparados con los 6250 y 25 000, respectivamente, de 1958, y, si el aumento de las plazas universitarias ha sido relativamente pequeño, es conveniente, en un país agrícola, que aumenten los estudiantes técnicos a costa de los estudiantes de derecho e historia. Además ha habido algunas realizaciones magníficas, como la espléndida aunque inacabada escuela de Bellas Artes de Ricardo Porro, situada en el campo de golf del antiguo Country Club. En cambio, todos los estudiantes tienen que hacer un curso de materialismo dialéctico; pasar quince días al año en un campamento militar; participar durante las vacaciones, igual que los niños de la escuela, en el «trabajo productivo», y servir en la milicia una serie de horas cada semana. La mayoría de los libros de texto disponibles son traducciones directas de textos soviéticos. En algunos departamentos, la mayor parte de la enseñanza corre a cargo de los estudiantes del último curso. La autonomía universitaria se

ha acabado y, aunque nominalmente los estudiantes participan en la dirección de las instituciones donde trabajan, estas están, en todos los aspectos importantes, ligadas a las necesidades de la economía, no a los deseos del estudiante. El Partido Comunista de Cuba, aquí como en otros sectores de la sociedad, tiene un papel decisivo: por ejemplo, es indudable que no fue el asco espontáneo sino la política nacional lo que provocó que, en 1967, una asamblea nacional de estudiantes insistiera en que los homosexuales confesaran públicamente su defecto, y, en 1965, pidiera que se hiciera una purga de todos los estudiantes sospechosos de falta de entusiasmo por la Revolución.

Las perspectivas de las universidades de Cuba, a largo plazo, son poco estimulantes. Tras observar, en diciembre de 1966, que los estudiantes universitarios tenían menos «conciencia revolucionaria» que los peritos agrónomos de grado medio, Castro condenó «el muro de la teoría y el abstraccionismo», y dos años más tarde, en diciembre de 1968, dijo que esperaba con ansiedad que llegase el día en que se pudieran abolir todas las universidades, porque sólo unas cuantas actividades excepcionales requirieran estudios superiores. En la educación normal siempre estaría incluida la educación técnica en los últimos años, y entonces la mayoría de la gente ingresaría en la agricultura o en la industria en calidad de técnicos bien preparados: «En el futuro, prácticamente cada fábrica, cada zona agrícola, cada hospital, cada escuela, será una universidad»; y podríamos añadir, viendo a los niños que se dirigen a comer en formación militar, y viendo la proliferación de los uniformes (camisas grises y pantalones verdes para los becados de las escuelas secundarias, camisas rosas y pantalones azules para las niñas que reciben enseñanzas domésticas o técnicas), cada escuela será un regimiento.

En la universidad ya ha habido una serie de pequeños problemas: a algunos estudiantes no les ha gustado la organiza-

ción, nada democrática, del sindicato estudiantil, el servicio obligatorio en la milicia, el trato desigual que se da ocasionalmente a hombres y mujeres, los cuarenta y cinco días de trabajo agrícola y la desaprobación de los pantalones ceñidos y las minifaldas. Desde luego, no hay posibilidad de disentimiento activo, y Llanusa ha dicho a los estudiantes que «aquí no vamos a tener una Checoslovaquia».

El régimen revolucionario, que necesita el trabajo y el entusiasmo de los jóvenes, les ha dado a cambio beneficios y recompensas. La proporción de la población menor de quince años debe de aproximarse al promedio mundial del 45 por ciento. Todo el que va a Cuba se queda maravillado ante la aplicación, vitalidad y sentido de la responsabilidad que manifiestan los jóvenes cubanos desde la más temprana edad. La Isla de Pinos fue rebautizada, en 1966, con el nombre de Isla de la Juventud, y se convirtió en un centro de agricultura experimental del que se ocupan, sin cobrar y con gastos pagados, un número cada vez mayor de cubanos entre los doce y los veintisiete años. ¿Estará preparada en el futuro esta nueva generación para pasar la antorcha a las que la sigan? ¿O, con el paso de los años, la actual generación de líderes juveniles se convertirá, como ocurrió con la primera generación de entusiastas del Komsomol en la Unión Soviética y Europa Oriental, en una colección de burócratas, recelosos ante los nuevos cambios, y, por lo tanto, en el objeto «conservador» de las críticas y el odio de una nueva oleada de «liberales», «abstraccionistas» o «humanistas»?

Sin duda, la última eventualidad es la más probable, como indica el hecho de que a finales de 1968 se diera un culto *hippy*, que fue reprimido, y el alto porcentaje de jóvenes que hay entre los responsables de la oleada de crímenes de 1968-1969 y entre los que querrían claramente marchar de Cuba pero no pueden hacerlo si no es ilegalmente. A no ser que, para entonces, la comunidad y el gobierno sean en realidad una sola cosa, en el fu-

turo cada vez más gente verá con escepticismo la paternalista sentencia de Castro: «El trabajo es el mejor pedagogo para la juventud», y empezará a poner en duda la teoría de que «tomar parte en las tareas agrícolas no sólo hará más profunda la conciencia revolucionaria de los jóvenes, sino que servirá para darles nuevos valores humanos». El adoctrinamiento es «una espada de doble filo». Después de Savonarola, volvieron los Médicis; y, al final, mucha gente, quizá la mayoría de la gente, suele volver a la idea de que la tranquilidad privada y la diversión valen más la pena que todas las creencias del mundo, y de que el escepticismo es más productivo que el entusiasmo.

La actuación de la Revolución en el campo de la sanidad y la educación da varios indicios del verdadero carácter de este régimen. Vemos cómo unos hombres abnegados trabajan con un equipo muy deficiente, cómo los niños se divierten marchando al compás del adulto sonido de las trompetas, cómo la uniformidad se equipara al patriotismo. Pero nada está tan completamente claro como podría parecer a juzgar, por ejemplo, por el discurso de un delegado cubano en la UNESCO. Esta ambigüedad también aparece cuando se considera la situación en que la Revolución ha colocado a las mujeres y a los negros.

«La verdadera lucha femenina —dijo una chica cubana de unos 27 o 28 años a Elizabeth Sutherland, una sagaz observadora norteamericana— ha de consistir en rechazar todo lo que nos enseñaron de niñas, todas las presiones familiares de la adolescencia e incluso el pensamiento social dominante que nos afecta cuando somos adultas… el ideal de la feminidad, de la condición de mujer como equivalente a la consagración de la vida de una a la tarea de encontrar y conservar un compañero, generalmente al precio de ser su satélite». Aunque esta batalla todavía no ha terminado, indudablemente el papel de la mujer ha cambiado mucho a partir de la Revolución. En primer lugar, la familia ha sufrido alteraciones considerables. Los casamien-

tos civiles se celebran gratis (en palacios matrimoniales, según el modelo soviético, como el que hay en La Habana, en el antiguo edificio del Club Español), y las parejas que van de viaje de novios tienen derecho a precios reducidos y prioridad en el trato en los que antes eran hoteles elegantes, en las playas o en el campo. Se fomenta la asistencia de los niños a los jardines de infancia desde los primeros meses de su vida, para que las mujeres puedan dedicarse al «trabajo productivo». La consecuencia ha sido que, así como antes de 1959 las mujeres sólo se dedicaban a tareas agrícolas como excepción (por ejemplo, en los cañaverales de Pinar del Río), a finales de la década de 1960, las mujeres eran las encargadas de la mayoría de las plantaciones de café, sobre todo en la provincia de La Habana, y también ha habido mujeres dedicadas a la dirección de los centros de recolección de caña. A finales de 1967, el ministro de Trabajo, Jorge Risquet (un antiguo comunista que había sido oficial instructor en la columna de Raúl Castro en la Sierra del Cristal) explicó que, en el futuro, «la principal tarea de las mujeres será la de reemplazar en las fábricas a los trabajadores que se han ido [voluntariamente] a recolectar caña de azúcar». La Federación Cubana de Mujeres publicó un requerimiento, en la época en que Castro destruyó las pequeñas empresas, conjurando a las mujeres a que mantuvieran «una actitud combativa y militante en todas partes: en casa, en la escuela, en el vecindario, en el trabajo, en los centros recreativos, en las colas de la compra y en los autobuses». Esto indica el gran número de actividades en las que se supone que puede participar la mujer. Indudablemente, las mujeres fueron una parte importante de los Comités para la Defensa de la Revolución. La proporción de chicas entre los estudiantes universitarios ha aumentado, las chicas se encargan de la policía de tránsito de La Habana, mientras que las escuelas de costura y de otros trabajos manuales para chicas campe-

sinas han tenido sin duda efectos auténticamente revolucionarios.

Pero el objetivo de incorporar a un millón de mujeres a la actividad económica probablemente no se alcanzará en 1970. La nueva independencia de la mujer no siempre ha gustado a los hombres, por muy radicales que sean en otros aspectos, y evidentemente a las mujeres les ha tocado la peor parte en el racionamiento y las restricciones de artículos corrientes, desde la ropa hasta el jabón. Ahora, a menudo trabajan y además llevan la casa. Incluso en 1962, las mujeres eran notablemente más hostiles a la Revolución que los hombres, y probablemente más de la mitad de los que se han exiliado desde 1959 han sido mujeres. Las mujeres no han tenido puestos verdaderamente destacados en política y cabe dudar de si verdaderamente son más felices con su estatus tan comprometido públicamente en la Cuba moderna que en el pasado. El culto de la virilidad o machismo puede haber desaparecido casi por completo, junto con la prostitución (y los hábitos sexuales también han cambiado algo), pero de hecho, en la mayoría de las familias cubanas del pasado las mujeres ordenaban y mandaban. Fuera de casa, los hombres circulaban en Oldsmobiles o Buicks con ametralladoras, se convertían en gángsteres, hablaban de la Libertad y del Destino, frecuentaban los bares, burdeles y casinos, pero quizá todo esto no era más que comedia, y en la vida real mandaban las mujeres. Ahora se ha cubierto el desfase entre realidad e imaginación, pero posiblemente el poder femenino real es menor, dado que, en cuanto a las relaciones personales, los cubanos todavía parecen conservadores; por ejemplo, aunque tanto los matrimonios como los divorcios han aumentado mucho, en 1967, *Juventud Rebelde* publicó una encuesta según la cual el 50 por ciento de los hombres, incluso de los habaneros, consideraban que la virginidad era un requisito previo para el matrimonio.

Lo mismo que pasa con las mujeres ocurre con los negros: si sólo se consideran las condiciones materiales, a primera vista tanto los negros como los mulatos deben de estar mejor en la Cuba de hoy que antes de la Revolución. La entrega de títulos de propiedad a los precaristas, el aumento del número de casas rurales agradables, la campaña contra el analfabetismo, el aumento de la educación, el saneamiento, la higiene y la salud en el campo (sobre todo en la provincia de Oriente) deben de haber beneficiado particularmente a los negros y mulatos. En 1962, en el último sondeo de opinión hecho en Cuba con ciertas garantías de independencia, el sociólogo norteamericano Maurice Zeitlin se encontró con que el 80 por ciento de los negros eran plenamente favorables a la Revolución, comparados con el 67 por ciento de los blancos. Quizá muchos negros todavía ven en Castro una especie de «santero» nacional, dentro del ritual afrocubano, el hombre fuerte que está exorcizando el mal (muchos tenían la misma opinión de Batista y Machado). Sin embargo, ahora algunos negros se sienten más cohibidos, y las fiestas afrocubanas, símbolo de unas fidelidades tradicionalmente diferentes, son menos frecuentes, debido a la dificultad que hay para conseguir gallos y otros elementos necesarios. No obstante, sobreviven, y los blancos asisten a ellas como en el pasado: indudablemente, la santería y el ñáñigo sobrevivirán a Castro como han sobrevivido a otros capitanes generales de Cuba: «El Abakuá seguirá en Cuba mientras haya tambores». Además, parece que continúan los antiguos prejuicios y hábitos raciales, las actitudes de servilismo por parte de los negros y las de arrogancia de los blancos. Ni Marx ni Martí, los dos profetas de la Revolución, entendieron la raza tal como se entiende en la segunda mitad del siglo XX, y no parece que las obras de ninguno de ellos sean adecuadas para resolver los problemas que evidentemente son característicos de los cubanos, y de otros «afroamericanos»: ¿tienen que apoyar la asimilación o la

integración?, ¿la hispanización o la reivindicación de África?, ¿desaparecerán los viejos mitos (por ejemplo, el de la superioridad sexual negra) junto con las muñecas rubias?

En 1965, un comunista cubano negro, Carlos Moore, inició una controversia sobre todos estos puntos con un famoso artículo publicado en *Présence Africaine*, un periódico maoísta de París. Argüía que la revolución cubana era simplemente una victoria de la burguesía nacional blanca, que continuaban los prejuicios, que en las estadísticas seguían falsificando las dimensiones de la población negra de Cuba, y que los negros cubanos no participaban más en la política cubana que antes de 1958; si acaso, menos. Es cierto que, del Comité Central del Partido Comunista cubano constituido en 1965, al parecer, sólo una décima parte tiene sangre negra, y que evidentemente el régimen se ha esforzado por ser tolerante con las susceptibilidades negras para contrastar con lo que hacen los norteamericanos (Castro, como recordará el lector, nunca mencionó el problema negro en ningún discurso o declaración antes de llegar al poder). Indudablemente, las ventajas obtenidas por los negros a partir de 1959 de manos de Castro no han llegado tan lejos como las que consiguieron en los últimos diez años del dominio colonial español los editorialistas mulatos Juan Gualberto Gómez o Martín Morúa Delgado.

Es posible que el apoyo abierto prestado por Castro al movimiento del Black Power en Estados Unidos (sobre todo desde la visita de Stokely Carmichael a La Habana en 1967) le cause dificultades en la propia Cuba. Por ejemplo, Walterio Carbonell, un comunista negro que, en 1963, defendió la política de Castro contra el Partido Comunista de Cuba, ya ha pasado algún tiempo en un campo de rehabilitación acusado de que sus investigaciones folclóricas tenían resonancias racistas. Algunos negros norteamericanos exiliados, desde Robert Williams hasta los Panteras Negras, han tropezado con lo que consideran un

prejuicio, y varios jefes guerrilleros contrarrevolucionarios, como Cara Linda y Machetero, eran negros.

Cuba es todavía, desde luego, la mayor y la más poblada de las islas del Caribe, aunque, por razones idiomáticas, la Revolución no ha tenido muchos efectos en las islas inglesas, francesas y holandesas, y sólo un efecto limitado en Puerto Rico (excepto, quizá, el efecto contraproducente de la llegada allí de unos 15 000 exiliados cubanos). Castro ha afirmado los lazos culturales de Cuba con España e Hispanoamérica más que sus lazos económicos con los países del Caribe, y, en muchos aspectos, la Revolución cubana es básicamente cultural. Sin embargo, a la larga será difícil que las islas de las Antillas puedan conseguir nunca la libertad política, a no ser que se pongan de acuerdo unas con otras, y aquí la tradición negra y africana de Cuba es sin duda la más viva, en contraste con la perpetua retórica de la herencia revolucionaria hispanoamericana.

Generalmente, una revolución social tan completa como la producida en Cuba libera a la gente de muchas costumbres adquiridas, por limitado que fuera el propósito original de los reformadores sociales. Pero Cuba siempre fue uno de los lugares más libres en lo referente al sexo, y la Revolución ha tenido elementos muy puritanos. Las consecuencias, por lo tanto, han sido ambiguas.

Por ejemplo, las «posadas» o «casas non sanctas», casas de citas a un precio módico, siguen igual que antes de 1959, a pesar de los intentos que se hicieron para suprimirlas en los primeros años —los años liberales— de la Revolución. Evidentemente, en Cuba, a consecuencia de la Revolución, existe un talante inquisitivo y experimental que afecta todos los aspectos del comportamiento personal y familiar, con una salvedad: los experimentadores han de ser heterosexuales. Los homosexuales han salido perdiendo; y no hay razón para suponer que la población homosexual cubana sea inferior a la del resto del mundo; en

realidad puede que esté aumentando gracias a la persecución. En 1965 se lanzó una campaña nacional contra esta minoría, y se declaró que la homosexualidad era incompatible con la actitud revolucionaria. Varios destacados homosexuales perdieron sus empleos, por ejemplo en el instituto cinematográfico ICAIC, y en la universidad los obligaron a confesar públicamente sus «vicios», los expulsaron y, en algunos casos, los enviaron a trabajar la tierra. Aunque más tarde se abandonó esta campaña tan desagradable —se dijo que por iniciativa de Castro, aunque todo aquello no podía haber empezado sin su aprobación—, un escritor inglés todavía se encontró en 1968 con un chico que, creyendo que era homosexual, deseaba haber muerto al nacer, porque en Cuba «a los homosexuales se los considera peor que a las bestias».

El régimen tiene otras fobias. Por ejemplo, tras diferentes ataques, en los primeros años de la Revolución, contra los que trataban de llevar una vida muelle y regalada, el 28 de septiembre de 1968, Castro, en un discurso conmemorativo del 8.º aniversario de la creación de los Comités de Defensa de la Revolución, condenó a los jóvenes cubanos que se habían puesto a vivir de «una manera extravagante»: el cabello largo y los trajes de fantasía, dijo, eran un síntoma de degeneración moral y en último término llevarían al sabotaje político y económico. Una semana más tarde, un famoso comentarista, Guido García Inclán, condenó no sólo las ropas exóticas y los cabellos largos, sino a los que tocaban la guitarra, fumaban marihuana y «bailaban como locos al son de una música epiléptica». Se refería a los que rondaban por ahí, escuchando los «gramófonos tragaperras imperialistas» en pequeños bares, pero que ahora (después de que tantos habían sido cerrados) se estaban organizando en «bandas de esquizofrénicos», con nombres como «Los Beats» o «Los Chicos Melenudos», en las que había ceremonias especiales de iniciación y juramentos de lealtad. Esto había llegado a

producir «actos tan increíbles» como el de profanar la bandera nacional y el retrato de Guevara. A continuación vino un afeitado masivo de melenudos y las chicas de minifalda, de las que se dijo que habían hecho «el amor apasionadamente vestidas de uniforme», fueron enviadas a hacer trabajos forzados en campamentos rurales. La campaña resulta curiosa en un país supuestamente «liberado» por barbudos diez años antes.

105

La «zafra de los diez millones de toneladas» y sus implicaciones

La revolución política subsiguiente a la toma del poder en 1959 había de ir acompañada, primero, de un aumento inmediato del nivel de vida; segundo, de una industrialización rápida, y tercero, de una desaparición del relieve que se daba al azúcar, y que, durante tanto tiempo, había representado un papel tan importante y, según muchos, tan destructivo de la sociedad cubana. No ocurrió ninguna de estas cosas: en 1960, Guevara hablaba de un futuro en el que Cuba sería autosuficiente en lo referente al acero, mientras que en 1965 la industrialización se había pospuesto indefinidamente. En 1960, Castro decía que las mejoras en el nivel de vida vendrían más rápidas que en cualquier otro país de los que habían pasado por una revolución, pero dos años más tarde el nivel de vida de las ciudades se había hundido, y a finales de la década de 1960, la mayoría de los cubanos vivían de un modo muy espartano. Finalmente, mientras que entre 1960 y 1962 se denigró el papel del azúcar en la economía, el azúcar, a partir de 1963, ha tenido un papel quizá más importante todavía que antes de 1959. En realidad, el «año del esfuerzo decisivo», 1969-1970, se organizó especialmente para la producción de diez millones de toneladas de azúcar, objetivo que antes habría parecido absurdo, dada la imprudencia innata que supone confiar en la producción de una gran cantidad de un género que está muy lejos de escasear. Para ampliar la capacidad de la industria azucarera hasta el punto de que pudiera producir diez millones de toneladas de azúcar era necesario invertir mil millones de dólares más, cifra que superaba el activo total de la industria azucarera de 1965. Sin embar-

go, con una economía rígidamente controlada y la emigración de muchos técnicos, era obviamente más fácil concentrar todas las energías en esta producción tan puesta a prueba que meterse con éxito en otras empresas, por lo menos desde un punto de vista de concentración central. En este aspecto, la Revolución ha sido fundamentalmente conservadora, y muchos cubanos deben de haberse preguntado si no habría sido más provechoso que el cambio social hubiera sido menos profundo, si con ello hubiera sido más fácil de conseguir la diversificación económica.

Sin embargo, a pesar del énfasis especial que se ha dado al azúcar desde 1964, generalmente las cosechas han sido bastante inferiores a las de la década de 1950 y el rendimiento de la caña también ha sido menor. Estos fracasos son atribuibles, en parte, al mal tiempo, pero también han sido responsables la mala dirección, los retrasos a la hora de llevar la caña del campo al molino, el abandono de la industria en los primeros años, e incluso la escasez de la mano de obra. Por una serie de razones, entre otras la jubilación, los cortadores de caña profesionales de los años cincuenta casi han desaparecido, y la mano de obra voluntaria, por enérgica que haya sido, a menudo ha resultado menos satisfactoria. Castro calificó a la recolección de 1969 de «la agonía del país», pues sólo se recogieron cuatro millones y medio de toneladas. Pero el propósito de alcanzar los diez millones de toneladas en la recolección de 1970 se ha proclamado durante mucho tiempo y la propaganda ha insistido tanto en este objetivo («¿Qué estás haciendo para conseguir los diez millones?») que casi parece como si, de la medida en que se alcance, dependa el mantenimiento o la caída del régimen.

Sin embargo, a mediados de mayo de 1970, Castro admitió decepcionado que el objetivo propuesto no se alcanzaría y que se conseguiría un máximo de nueve millones de toneladas. Así pues, esto no supone un verdadero logro como puede parecer

a primera vista, pues gran parte del azúcar procederá de caña no recogida en 1969 o cortada prematuramente de la cosecha de 1971. Además, desgraciadamente es de suponer que se falsificarán las cifras y, si la Unión Soviética colabora en el engaño (anunciando, por ejemplo, que ha comprado a Cuba siete millones de toneladas), no habrá ningún medio de comprobar la verdad. Y, aunque se consigan de verdad los diez millones de toneladas, Cuba todavía estará produciendo menos azúcar per cápita que en 1925, mientras que los costos que a largo plazo tendrá esta gran recolección tipo Potemkin no son fáciles de calcular.

Es una empresa muy curiosa: las noticias de que esta recolección de 1970 empezaría el 26 de julio de 1969 (con una «zafra chica») y de que, debido a la actividad en los cañaverales, la Nochebuena de 1969 se celebraría en julio de 1970, son unas de las contribuciones surrealistas más notables a la vida política cubana. Entretanto, una delegación de Vietnam del Norte, y por supuesto el ministro soviético de Defensa, mariscal Grechko, y todos los miembros del gabinete cubano han hecho acto de presencia en los cañaverales, mientras que la propaganda gubernamental ha hablado de la recolección como si se tratara de un desafío militar: «Todos los trabajadores habrían de actuar como si se encontraran frente a un ataque enemigo, habrían de sentirse como si fueran soldados que estuvieran en una trinchera con un fusil en la mano».

A corto plazo, Cuba tiene los mercados asegurados gracias a un acuerdo comercial que firmó con la Unión Soviética en enero de 1964 y al Convenio Azucarero Internacional de 1968 (en vigor durante cinco años a partir del 1 de enero de 1969): los soviéticos acordaron comprar una cantidad cada año mayor de azúcar cubano a 6 centavos la libra, hasta llegar a 7 000 000 de toneladas en 1970, aunque de hecho Cuba, en una serie de ocasiones, no pudo cumplir su parte del contrato. El Convenio

Azucarero Internacional dio a Cuba un cupo de 2 150 000 toneladas. Pero, incluso dejando aparte las consecuencias políticas de una amistad comercial tan estrecha con la Unión Soviética, las consecuencias a la larga de confiar en el azúcar en un mundo capaz de producir cantidades de azúcar cada vez mayores son desalentadoras, particularmente teniendo en cuenta que la industria azucarera cubana parece menos eficaz y competitiva que antes, incluso en los años cincuenta, y por supuesto en el siglo pasado, cuando estaba a la vanguardia de la experimentación técnica (en 1966, Brasil llegó a sustituir a Cuba en su papel de máximo país productor de caña de azúcar).

Sin embargo, recientemente se ha dado un progreso importante: el inicio de la mecanización de la recolección del azúcar. Al principio, como todos reconocen, hubo muchas dificultades. Así que, a pesar de la construcción, en 1965, con la ayuda de técnicos y piezas checos y soviéticos, de 100 máquinas cortadoras de caña y descortezadoras, y de unas 5000 máquinas para recoger la caña cortada, en 1969-1970, la mayoría de la caña de azúcar se estaba cortando y cargando todavía a mano. Porque las máquinas soviéticas, las «Libertadoras», se estropeaban a menudo, sólo podían funcionar ocho horas al día y cuando no había rocío, y no se podían usar bajo la lluvia o en un terreno desigual. A pesar de todo, en 1968, Castro dijo que la mecanización sería completa en 1975, cuando la Revolución «hubiera obtenido uno de sus logros más humanos, transformando para siempre las condiciones de trabajo, de propias de animales en verdaderamente humanas»; esto es, mecanizándolo todo. En los años posteriores se utilizaron para cortar caña varias cosechadoras de caña nuevas, de fabricación cubana y, al parecer, en la recolección de 1969-1970 se usarán más de 200 de estas Henderson (llamadas así por Robert Henderson, el angloamericano que las inventó y que había sido el director general revolucionario del Preston, el molino de la United Fruit Company;

un héroe curioso, aunque indudablemente real, para la Revolución).

Desde 1962 se ha transformado totalmente la estructura de la agricultura, la industria y el trabajo, o sea que la sociedad parcialmente burguesa que se vio amenazada en la crisis de los misilesahora ya no existe.

En octubre de 1963, una segunda reforma agraria nacionalizó todas las propiedades agrícolas privadas de más de 67 hectáreas (cinco caballerías). Se dijo que muchos de estos propietarios mayores que habían quedado fuera de la anterior reforma agraria dejaban sin cultivar sus tierras, probablemente porque no tenían interés en producir nada si sólo podían venderlo a los bajos precios que ofrecía el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA). Pero, por lo general, el sector privado de la agricultura había cumplido sus obligaciones respecto de la producción más eficazmente que las granjas estatales o las cooperativas, o sea que la segunda reforma agraria fue una medida política más que económica. Muchos de estos granjeros privados medianos eran opuestos al régimen, y a mediados de 1963 se habían ido a las montañas, sobre todo en Escambray, Matanzas y el norte de Las Villas, provocando revueltas esporádicas.

Con esto, otras 11 000 fincas pasaron a poder del Estado, que en consecuencia se convirtió en responsable de algo más de dos terceras partes de la agricultura cubana. Aunque a menudo estos actos de intervención estatal se llevaron a cabo con dureza, no hubo mucha lucha, y parece que no se registró ninguna muerte. Todos los agricultores expropiados que no eran opuestos al régimen recibieron una compensación, a razón de 15 dólares mensuales por caballería confiscada, hasta un total de 250 dólares, durante un período de diez años. Además, quedan algunas fincas privadas de hasta 365 hectáreas, en su mayoría haciendas cultivadas por una sola familia.

Sin embargo, incluso después de esta reforma, en Cuba quedaron de 150 000 a 200 000 pequeños agricultores, es decir, casi el 80 por ciento de los agricultores que había en el país antes de la Revolución. Estos, a pesar de las alarmas, continuaban existiendo al empezar la década de 1970. Una cuarta parte de estas explotaciones, o sea, unas 40 000, son tan pequeñas que sólo producen para el consumo familiar, sin que quede ningún excedente para vender. Entre estos granjeros se cuentan muchos de aquellos 35 000 que recibieron títulos de propiedad de la tierra que se repartió en virtud de la primera reforma agraria, no plenamente realizada. Algunos de estos agricultores siguen siendo relativamente ricos. Pero todos los granjeros privados son libres sólo hasta cierto punto. Son miembros de la Asociación Nacional de Agricultores Privados, sólo se les permite cultivar determinados productos y sólo pueden venderlos a la agencia compradora estatal (ACOPIO). Además, sólo pueden vender sus tierras, si desean hacerlo, al Estado, y al parecer, el régimen cree que, a la larga, todas estas haciendas privadas pasarán, por medio de una venta, a manos del Estado. Por lo tanto, como es lógico, los agricultores que podrían parecer incluidos en la siguiente categoría, de 40 a 60 hectáreas, están bastante preocupados.

Sin embargo, los pequeños agricultores contribuyen mucho al programa agrícola de la Revolución. Cultivan la mayor parte (70 por ciento) de la fruta de Cuba, casi todo el café y el tabaco (90 por ciento), son propietarios de casi la mitad del ganado, y todavía cultivan el 25 por ciento de la caña. (El cultivo del tabaco está en manos de unos 40 000 cultivadores privados, aunque el gobierno controla la fabricación de puros y cigarrillos). Sería un grave error que los prejuicios ideológicos hicieran que el Estado interviniera más aún en un sector de la economía que, a pesar de los muchos motivos de desaliento que tiene, todavía es muy productivo.

Desde 1964, la agricultura ha sido el principal objeto de la atención del régimen y, naturalmente, ha salido beneficiada de un modo sustancial. El 25 por ciento del producto nacional bruto se invierte en agricultura. Ha habido enormes importaciones de tractores de la Unión Soviética y Checoslovaquia, muchos proyectos de irrigación, se han construido plantas fertilizadoras —la firma inglesa Simon-Carves construyó una cerca de Cienfuegos, que costó catorce millones de libras—, ha habido varios proyectos experimentales ganaderos (incluido un Instituto de Ciencia Animal) para mejorar la calidad de los animales, dirigidos por el agrónomo inglés doctor Thomas Preston, de Aberdeen; se han cuidado más los pastos y se han utilizado mucho más los fungicidas y pesticidas. Castro ha demostrado un constante interés por la agricultura. La nacionalización de la mayor parte de la tierra dedicada a la caña, a pesar de las desventajas que ha acarreado, por lo menos ha hecho posible la planificación racional a escala nacional de la plantación y la recolección. Las grandes inversiones que ha hecho la Revolución en la agricultura pueden garantizar que Cuba será uno de los países agrícolas más modernos y prósperos del mundo en 1975-1980, siempre que en lo político se tomen decisiones inteligentes. En particular, el futuro del arroz y del ganado cubanos, sobre todo del ganado vacuno, parece prometedor. En ganadería, al parecer ahora las cifras son muy superiores a las de 1959, a pesar de la carnicería que tuvo lugar en 1959-1960. La tierra cultivada ha aumentado en más de un 50 por ciento desde 1960. Excepto el trigo, las grasas y aceites, Cuba puede autoabastecerse de todos los productos alimenticios básicos, y, a la larga, probablemente podrá suministrar algodón y otras fibras a la industria textil nacional. Pero también hay puntos negros. A pesar de los esfuerzos realizados de cara a la descentralización desde 1965, sigue habiendo mucha ineficacia, y los poderes planificadores de las JUCEI, las juntas planificadoras, y

del INRA, aunque muy disminuidos, continúan influyendo en los directores locales, aunque ahora ya no se dé el caso, como ocurría antes de 1965, de que haya que encargar a La Habana los artículos más pequeños; por ejemplo, los clavos. La obsesión personal de Castro por la agricultura y su posición indiscutida en el país suponen un beneficio para los encargados de la agricultura, pero con reservas. Por ejemplo, desde 1965 se han sometido unas granjas especiales a la atención personal de Castro, y han recibido un trato de prioridad absoluta en lo referente a equipo, a menudo a costa de otras granjas. Estas granjas han proliferado tanto desde 1968 que René Dumont, después de una prolongada visita efectuada en 1969, dijo que el campo cubano «ahora estaba dividido en una serie de empresas gigantes especiales dedicadas a cultivos únicos». Todo lo contrario de lo que ocurría antes de 1965, cuando cada granja del pueblo cultivaba de veinticinco a treinta y cinco productos diferentes.

Además, ha habido continuas dificultades con los trabajadores agrícolas. En 1966 tuvo que haber una campaña a escala nacional para impedir que los trabajadores de las granjas estatales se reservaran pequeñas parcelas de tierra para sí mismos: «Hasta los caminos que había entre las granjas estatales» habían sido sembrados por iniciativa privada, el regadío estatal se había desviado hacia parcelas privadas secretas, y se había empezado a practicar el cultivo privado y la ganadería alrededor de las casas de los trabajadores estatales en una proporción alarmante. Exactamente del mismo modo, los esclavos de antes habían creado sus propios «conucos» alrededor de los barracones. No parece que el Estado autoritario del siglo XX haya tenido más éxito que el capitalismo privado del XIX a la hora de impedir que los trabajadores agrícolas se ayuden a sí mismos. Es imposible predecir cuánto tiempo y trabajo agrícola se van a «desperdiciar» de este modo.

Finalmente, la producción agrícola, sobre todo si aspira a ser competitiva a nivel internacional, es cada vez más la consecuencia de un inmenso sistema económico combinado en el que la eficacia depende tanto de la industria, la ciencia y el comercio como del granjero. Los países agrícolas más competitivos, como Dinamarca o Inglaterra (desde 1945), cuentan con un gran número de trabajadores paraagrícolas. No es verdaderamente factible concentrarse en el desarrollo agrícola sin tener en cuenta sus implicaciones, y el hecho de que Cuba confíe constantemente en la industria soviética y de la Europa socialista para que le proporcione los instrumentos necesarios para sus empresas agrícolas plantea serias dudas sobre su porvenir, ya que en el pasado esta industria no ha tenido mucho éxito a la hora de servir a la agricultura en su propio país.

Además, hay mercado negro. Ya en 1963, en el mercado negro los precios de los alimentos eran de tres a diez veces superiores a las cifras oficiales. Durante mucho tiempo, el régimen hizo la vista gorda ante el gran número de personas que, los fines de semana, salían de las ciudades para comprar comida directamente a los campesinos, y en realidad, con el racionamiento de la gasolina desde principios de 1967, la falta de poder adquisitivo de cualquier moneda y la virtual desaparición de todos los artículos de las tiendas, ahora ya no lo hace casi nadie. Lo que hay ahora es un sistema de trueque, mediante el cual se cambian, por ejemplo, sombreros por pollos, o café por un barril de cerveza, aunque en 1969 se dio el caso de que alguien compró un cerdo para una fiesta por seiscientos dólares.

Está claro que la agricultura dominará la vida cubana en un futuro previsible, quizá para siempre. Parece como si Castro contara con la probabilidad de que se produzca una escasez de alimentos en todo el mundo que garantice a Cuba un mercado permanente para una producción agrícola cada vez mayor. Por otra parte, la política castrista ha cambiado a menudo, y otros

líderes cubanos parecen esperar todavía, de un modo más tradicional, que la agricultura, a la larga, «cree exportaciones que nos permitan entrar en la vía de la industrialización». En cualquier caso, es probable que las consecuencias sociales sean considerables, pues evidentemente el régimen cubano espera, de momento, invertir la afluencia de mano de obra a las ciudades habitual en el resto del mundo y conservar, o incluso aumentar, la población rural, tratando con ello de refutar el argumento convencional de que progreso e industrialización son sinónimos. No es probable que este plan tan romántico tenga éxito.

El control de la inmensa burocracia creada por la intervención revolucionaria en todas las esferas de la vida nacional, en todos los sectores, pero sobre todo en la agricultura, ha sido una de las tareas más difíciles del gobierno. Ya en 1963 empezaron a darse cuenta de esto. Los discursos pronunciados por Castro durante los doce meses siguientes estaban llenos de desprecio por muchos de los engranajes de la máquina que él había creado: «En el lugar donde yo nací y crecí, que era un latifundio, había uno o dos oficinistas; ahora es una granja estatal y hay doce oficinistas»; «No hemos conseguido nada si antes trabajábamos para los capitalistas y ahora trabajamos para otro tipo de personas que no son capitalistas, pero que consumen mucho y no producen nada»; «Los capitalistas tiraban el dinero en lujos, en diversiones, pero no desperdiciaban el dinero en los centros de trabajo, y dirigían bien sus negocios. Y nosotros, los socialistas, ¿vamos a acabar con el despilfarro capitalista y seguir desperdiciando los frutos del trabajo del pueblo? El pueblo no sale beneficiado en absoluto si el dinero que los capitalistas gastaban de un modo determinado, nosotros, los socialistas, lo gastamos de otra manera… ¿qué diferencia hay entre un rico avaro y un revolucionario malgastador? Que el primero empobrece a algunos para enriquecerse él, mientras que el revolucionario empobrece a todos sin enriquecer a nadie»; «Un

derrochador situado en un puesto importante hace tanto daño como 10 000 contrarrevolucionarios».

En 1966, la «lucha contra la burocracia» se había convertido en la «tarea principal» del Partido Comunista cubano. A veces, el régimen insistía en que la burocracia era un residuo desagradable del capitalismo y en modo alguno un defecto inherente al socialismo. Pero, en un discurso pronunciado ante la federación de mujeres cubanas en diciembre de 1966, Castro se quejó de que incluso los «comités de lucha contra la burocracia» se habían «burocratizado», y reconoció que seguirían así «varios años más». Mientras tanto, muchas personas que trabajaban en bancos y oficinas fueron «racionalizadas», es decir, despedidas, y, en un discurso pronunciado a principios de 1967, Castro lamentó no haber trasladado la capital, en 1959, de La Habana a la pequeña ciudad de Guáimaro.

La industria también ha experimentado un cambio estructural desde 1962, después que, en marzo de 1968, el gobierno destruyera los últimos vestigios de la empresa privada con la llamada «ofensiva revolucionaria», que cerró, sin compensación, 50 000 pequeñas empresas, desde los puestos callejeros de fruta hasta los reñideros de gallos, las casas de empeños, las escuelas de música, las lavanderías y los garajes. Evidentemente, esta campaña se debía en gran parte al ejemplo de la revolución cultural china, y sin duda, antes de iniciarse, fue objeto de muchas deliberaciones. A partir de entonces, aparte de los pescadores y los granjeros, los únicos que trabajan por su cuenta en Cuba son unos pocos médicos. Se cerraron muchos bares y restaurantes, algunos definitivamente, otros para abrir después esporádicamente por iniciativa del Comité de Defensa de la Revolución. Durante siete años, los pequeños empresarios habían vivido de hecho entre dos luces, constituyendo más una válvula de seguridad que una empresa económica, ya que el Estado era el único gran cliente (por ejemplo, para los fabricantes de maquinaria o textiles) y el único suministrador de materias primas. Ya en 1962, muchas tiendas, restaurantes y colmados habían sido expropiados sin ningún decreto especial y, en diciembre de aquel año, la mayoría de las empresas que utilizaban a trabajadores asalariados fueron nacionalizadas. El doctor Carlos Rafael Rodríguez calificó la ofensiva revolucionaria de «consecuencia lógica de la intensificación de la Revolución», que hasta entonces «había dejado olvidada a una pequeña burguesía, todavía numerosa, de pequeños comerciantes y especuladores. Esta… era una amenaza persistente para el tipo de hombre socialista que deseábamos crear. En la práctica se convirtió en un centro

de oposición… hacían favores especiales a los restos de la clase rentista… que con ello recibían lo mejor de lo que producía la comunidad». En un discurso pronunciado entonces, en la inauguración de una escuela en Boca de Jaruco, Castro dijo que la empresa privada era básicamente inmoral, y que los incentivos materiales de cualquier tipo estropeaban el carácter del hombre nuevo. Castro calificó a los propietarios de bares, puestos de perritos calientes y clubes nocturnos, a los que estaba destruyendo, de «zánganos en perfectas condiciones físicas que montan un puesto y ganan cincuenta dólares diarios mientras contemplan los camiones llenos de mujeres que van a trabajar en el Cinturón Verde de La Habana» (el 95,1 por ciento de los dueños de puestos de perritos calientes, aseguró al país con una precisión indudablemente excesiva, eran contrarrevolucionarios o «pequeños gorrones»).

En los meses siguientes, Castro empezó a extenderse más sobre el concepto de «hombre nuevo» y libre que, como había esperado Guevara, ya no estaría alienado de la sociedad, ni manchado por el contacto con motivos interesados, sino que sería un ser consciente, como el campesino de Alain, más preocupado por el campo que por la ciudad corrompida, y viviría para la comunidad desde la cuna hasta la sepultura. (Al parecer, la primera vez que Castro trató el tema extensamente fue en el congreso de pequeños agricultores —ANAP— en mayo de 1967; describió cómo en el futuro «suprimiremos el vil intermediario, el dinero», y cómo entonces los hombres trabajarían por hábito, aunque habría gran abundancia de todo y reparto gratuito de bienes). Pero ya en 1965 decía que «desde la primera infancia hay que reprimir en el hombre todo sentimiento egoísta en el disfrute de las cosas materiales, por ejemplo, el sentido de la propiedad individual», aunque había evitado tomar partido en la controversia sobre los incentivos materiales para el trabajo, pareciendo a veces que era partidario de las re-

compensas morales, como Guevara, y a veces de las materiales, como los antiguos comunistas más tradicionales. En realidad, algunas de las observaciones de Castro sobre este tema contrastan fuertemente con sus opiniones posteriores; por ejemplo, en el verano de 1965, el año en que Guevara desapareció del escenario político cubano, dijo ante una reunión de cortadores de caña: «No podemos escoger métodos idealistas que se imaginen a todos los hombres impulsados por su sentido del deber, porque en la vida real, esto no es así… Sería absurdo esperar que las grandes masas de hombres que se ganan la vida cortando caña hicieran un esfuerzo máximo sólo porque les dijeran que era su deber, ganaran lo que ganaran. Eso sería idealista».

En todo caso, a finales de la década de 1960, Cuba tenía una actitud industrial descartada desde hacía tiempo en la Europa Oriental. Se suprimió el pago de horas extraordinarias. Y también la «emulación socialista», sistema por el cual, como en la Unión Soviética, los trabajadores reciben un pago extra si trabajan más y una sanción si no cumplen los objetivos propuestos. (Esto se había utilizado de varias formas entre 1962 y 1967; su supresión representó un alivio para todos, pues muchos trabajadores de primera habían mostrado una embarazosa preferencia por bienes materiales —una nevera o una motocicleta— más que por unas vacaciones en la Unión Soviética). También se suprimieron los héroes nacionales del trabajo, al estilo de Stajanov, pues se vio que no provocaban admiración sino envidia. (Además, surgían dudas: ¿era verdad que el Héroe Nacional del Trabajo de 1964, Rafael Cuevas, había puesto 2190 ladrillos en cuatro horas, y que su predecesor de 1963, Reinaldo Castro, cortaba un promedio diario de 1280 arrobas de caña, cifra verdaderamente superior a las 150 arrobas que constituían el promedio diario del cortador de caña de antes de 1959?).

En vez de estos sistemas desacreditados, a partir de 1968 Castro trató de instituir «comunismo y más comunismo». Repi-

tió muchas veces que, a la larga, deseaba suprimir el dinero completamente, y en realidad, en 1969, varias cosas —por ejemplo, los deportes, el cine y las llamadas telefónicas locales — se podían conseguir «al modo comunista», es decir, gratis. Un artículo publicado en el diario gubernamental *Granma* expuso claramente la cuestión: «Desde que éramos pequeños nos enseñaron a preguntar "¿cuánto tienes?, ¿cuánto vales?". Luego aprendimos que el dinero era innecesario… en Cuba, estas seis letras [dinero] significan ya menos que antes. La nueva generación no cree en todos los viejos mitos acerca del dinero». Además, el trabajo voluntario o las horas extraordinarias voluntarias se han convertido cada vez más en la solución típica del régimen para los problemas laborales, aunque es difícil calcular con exactitud el valor, o el coste, de esto para la economía. Así pues, Castro intentó crear desde arriba un *kibbutz* gigantesco que sería toda Cuba, aunque al mismo tiempo se propusiera el objetivo de una extraordinaria cosecha azucarera para 1969-1970.

Indudablemente, en algunos aspectos, esta nueva política trata de hacer, y en realidad consigue hacer, de la necesidad virtud, buscando una justificación filosófica para la estrechez económica. Al fin y al cabo, no tiene mucho sentido presentar incentivos materiales en la forma de dinero si no hay nada que comprar. Por otra parte, parece que este intento de llegar a la etapa comunista al mismo tiempo que se construye el socialismo, para diferenciar a Cuba de los regímenes, más cómodos, de Europa Oriental y la Unión Soviética (países por lo menos ligeramente sensibles a la «filosofía del escaparate lleno», de la que Castro se ha burlado), responde a unos rasgos puritanos, anarquistas e individualistas del carácter del propio Castro, y también del, de la sociedad cubana que, en el pasado, entendía tanto de dinero, mucho más que los países comunistas ya existentes, que antes habían sido básicamente agrarios.

Los incentivos morales todavía no han triunfado totalmente. En septiembre de 1969 se subieron los salarios de los trabajadores del azúcar en una tercera parte, concretamente para tratar de evitar que se fueran de la industria más hombres especializados. Sigue habiendo mucho absentismo —el único medio de protesta eficaz y de sabotaje ocasional que tienen los trabajadores cubanos— y no es probable que lo que el entonces secretario general, Miguel Martín, calificó en 1967 de un «cenagal de indisciplina, irresponsabilidad y superficialidad» (para caracterizar la actitud de los trabajadores) haya cambiado mucho, ni que, a pesar de experimentos como el de la Isla de la Juventud (donde se ha llegado más lejos que en la isla principal en el camino hacia una sociedad sin dinero), esta política haya aproximado más a los trabajadores cubanos al ideal comunista que la política más tolerante de, por ejemplo, Dubcek o Tito. Al fin y al cabo, ¿puede triunfar el comunismo, tal como lo definía Marx, en un ambiente de «liberalismo, no; reblandecimiento, no»? ¿No es también necesaria la desaparición del Estado? Y, a pesar de la comprensible reacción surgida en muchos cubanos, tras cuatro siglos de corrupción, contra el peor aspecto de la economía monetaria, ¿es tan fuerte esta reacción como para hacer que el conjunto de los cubanos respondan de un modo completamente diferente al del resto de la humanidad? Es imposible creerlo, o pensar ni siquiera que guste mucho lo que Leo Nuberman y Paul Sweezy llaman la «desautomovilización» de Cuba. Las sociedades han de tener en cuenta tanto a las personas buenas como a las malas. ¿Y si el hombre perfecto resultara ser una trágica ilusión? En realidad, no es probable que estas ideas duraran mucho si no fuera por la habilidad única que tiene Castro para presentarlas bajo su aspecto más atractivo.

El creciente hincapié que se ha hecho sobre el azúcar en Cuba desde 1964 ha significado que apenas si ha habido nueva industrialización. En cambio, se han concentrado serios esfuer-

zos en varias empresas ya existentes, sobre todo en el níquel: las dos antiguas fábricas norteamericanas de Moa y Nicaro, situadas en la costa norte de la provincia de Oriente, sobre uno de los mayores yacimientos de níquel del mundo, han avanzado mucho, y su producción es muy superior a la de los años cincuenta. Ahora el níquel ha sustituido al tabaco en su papel de segunda exportación del país, después del azúcar.

En los años cincuenta, el régimen de Batista se apoyaba en una alianza del ejército con unos sindicatos sumamente organizados y poderosos. Ambos estaban corrompidos, y además los sindicatos eran restrictivos, impedían que se modernizasen la agricultura y la industria, en particular la industria azucarera.

La Revolución, al convertir a los sindicatos básicamente en un departamento del Estado, había acabado con la corrupción y con la antigua hostilidad restrictiva al cambio que caracterizaba a aquel sistema. Así pues, se habían abandonado una serie de ingenios azucareros improductivos, y, como hemos visto, se había iniciado una mecanización y una planificación racional del cultivo del azúcar, en la línea de lo que propugnara Lobo en vano en los años cincuenta (llevado a cabo, irónicamente, por Tomás Martínez, el principal director azucarero de la Revolución, que antes había sido director general de Lobo). Además, al desaparecer el antiguo sindicato de descargadores del muelle, se había hecho posible un manejo más fácil de la cosecha de azúcar en los puertos. Algunos, sin duda, dudarían en considerar que esto constituyera uno de los beneficios de la Revolución, pero a pesar de todo lo constituye, pese a los problemas y hasta a la miseria que, en realidad, ha provocado entre ciertas comunidades de trabajadores antes bien situadas.

Pero en el escenario laboral e industrial cubano posterior a la Revolución no hay ningún otro elemento muy imaginativo. No hay control de los trabajadores. Un ingenio azucarero, por ejemplo, está dirigido por un administrador nombrado por el

Estado, aconsejado por químicos y técnicos como en el pasado —a menudo los mismos que lo hacían antes de 1959, y que se han quedado en Cuba por una serie de razones, algunas idealistas, otras personales. La caña es cortada y transportada por los mismos hombres que trabajaban para Lobo o Gómez Mena— aparte de la multitud de trabajadores voluntarios, cuya actividad tiene quizá una intención más educativa o política que económica. Excepto porque no hay posibilidad de protestar como no sea por medio del absentismo, el sabotaje o el exilio, y porque hasta en las paredes más sucias hay carteles conjurando al patriotismo, la vida en los molinos ha cambiado menos de lo que era de esperar, y en 1969, el ministro del Trabajo, Risquet, reconoció que todavía había una «marcada diferencia» entre los ingresos de los trabajadores durante la recolección y después de ella.

Los sindicatos, reducidos a catorce en 1966, y sin elecciones libres desde 1961, ahora son principalmente sistemas de organización. Parece que en septiembre de 1963 los antiguos Trabajadores de la Construcción lanzaron un importante desafío al régimen, que fue duramente reprimido. En junio de 1968, el secretario general de la Confederación del Trabajo, Miguel Martín (que había sucedido al «fundador», Lázaro Peña), dio a una reunión regional, en Camagüey, la habitual explicación de que, como «la clase trabajadora está en el poder», el interés colectivo, tal como lo definía el gobierno, era «el criterio de todos los juicios». Ahora hay caras nuevas entre los líderes sindicales, pero ninguno de ellos es un espíritu independiente, y en realidad el sistema para elegirlos excluye a todo el que no sea un «trabajador de vanguardia» o «trabajador ejemplar». Desde agosto de 1969, todos los trabajadores cubanos han de tener un «carnet de control» y un «expediente laboral» en el que se anotan todas las ausencias y demás faltas.

La planificación económica de Cuba ha seguido siendo más o menos lo que era en la década de 1960. Continúa el JUCEPLAN, la versión cubana del GOSPLAN soviético, a pesar de las reformas, y también continúan las juntas locales, las JUCEI, fundadas en 1961 como equivalentes aproximados de las Juntas Económicas regionales soviéticas. En la industria, todas las fábricas que producen el mismo artículo están integradas en una empresa o corporación única, mientras que, en la agricultura, las granjas estatales están agrupadas regionalmente en el INRA. El comercio interior está controlado por el Ministerio de Comercio Interior; el comercio exterior por su respectivo ministerio. Desde luego, tanto los métodos como los planes económicos son parecidos a los soviéticos, y el Primer Plan Quinquenal cubano se redujo a cuatro años para que terminara al mismo tiempo que el de los países socialistas. En Cuba, el JUCEPLAN prepara el plan nacional, que luego somete al juicio de los ministerios, después al de las empresas, y finalmente al de las granjas y fábricas, donde se celebran reuniones de producción y donde, en teoría, los trabajadores pueden proponer cambios. Luego el plan vuelve al JUCEPLAN para que lo aprueben los ministros, y después retorna al canal de la producción en forma de objetivos concretos para fábricas determinadas. El proceso consultivo es un engaño; para los trabajadores, escribió un periodista que simpatizaba bastante con la Revolución, todo el proceso es una «completa abstracción»; demostraban «poco interés por discutirlo». En noviembre de 1968, el nuevo secretario de la CTC(R), Héctor Ramos Latour, alardeó de que un millón de trabajadores habían discutido una nueva ley de seguridad social, en un «parlamento de las masas trabajadoras», pero no dio noticia de que, en consecuencia, se hubiera introducido una sola enmienda.

Además, el gobierno revolucionario cubano, como todos los gobiernos socialistas, ha tenido persistentes dificultades a la ho-

ra de establecer las normas. Hace unos años se dijo que «el establecimiento del sistema de normas ha revelado las deficiencias de la actuación de los sindicatos locales, que todavía no comprenden la importancia de la producción y presentan resistencia cuando se encuentran con cualquier medida de reorganización que pueda cambiar viejos hábitos de trabajo, los restos del capitalismo». En Cuba, los sueldos se pagan según la cualificación, y en consecuencia todavía hay diferencias bastante grandes entre los ocho distintos niveles de cuatro sectores, aunque, sobre este tema, cierta información se ha mantenido en secreto. Hay un salario mínimo de 85 dólares mensuales y un máximo de 450. Las jubilaciones son de 60 dólares mensuales. Estas normas son reflejo de las soviéticas, aunque la diferencia entre el técnico mejor pagado y el obrero industrial peor pagado es mayor que en la Unión Soviética, mientras que en Cuba, como en otros países del ámbito socialista, los técnicos más destacados tienen toda clase de ventajas, como coches gratis, comidas especiales y viajes.

Para los que encuentran excesivas las exigencias del actual sistema de organización laboral, está la «justicia laboral». Estos jueces hacen frente a cuestiones como el incumplimiento de programas, el absentismo, los daños causados a la maquinaria del Estado y la negligencia, e imponen una serie de castigos, por ejemplo, deducción de salarios, traslado del lugar de trabajo, despido y también envío a campos de trabajos forzados; entre las treinta y dos razones que en 1962 podían provocar el encarcelamiento en el campamento de Guanahacabibes, en el oeste de Cuba, figuraban «la negligencia o ignorancia que provoca una detención de la producción y hace descender los niveles de rendimiento».

Aparte del incidente aislado de la protesta de los obreros de la construcción en 1963, no se dan muchas pruebas abiertas de hostilidad hacia el régimen revolucionario por parte de los

obreros. En 1962, muchos trabajadores dijeron al sociólogo Zeitlin que creían tener más influencia sobre el gobierno que antes de 1959, y la mayoría creían que no había ninguna necesidad de elecciones. Obviamente, la mayoría de los trabajadores creían que la nacionalización significaba que ahora trabajaban para sí mismos y no para el patrono. Los obreros especializados parecían más inclinados a apoyar a la revolución que los no especializados. Pero desde entonces no ha habido ninguna encuesta seria. Nadie sabe, por ejemplo, hasta qué punto Escalante y los antiguos comunistas contaban con apoyo en 1968.

Es imposible decir exactamente en qué medida la baja productividad de la economía cubana desde la Revolución se debe a la pequeñez de los salarios, y en qué medida ha sido consecuencia de la mala dirección, la falta de piezas de recambio, la ausencia de técnicos, el bloqueo norteamericano, el exceso de gasto en servicios sociales, etc. A pesar de todo, es evidente que, además de no conseguir aumentar la producción en los sectores más importantes de la economía, sobre todo, el azúcar, la combinación de incentivos materiales y morales no ha aumentado la calidad de los productos: los primeros años de la Revolución, la cola no se secaba, a las cerillas se les caía la cabeza, la pasta de dientes se convertía en piedra al cabo de pocos meses. Hubo numerosas conferencias para tratar de la «calidad», pero en 1966, el presidente Dorticós todavía calificaba al problema de «alarmante». En 1969, una investigación superficial (dificultada por la casi total ausencia de género en las tiendas) sugiere que esto no ha cambiado mucho, y la productividad por día de trabajo, aunque mayor que en 1963-1964, probablemente todavía es inferior a la de antes de la Revolución.

La carencia de estadísticas y la escasa fiabilidad de las existentes impide hablar de las cifras de producción cubana entre los años 1960 y 1970. Pero parece verosímil afirmar que entre 1959 y 1961 se produjo un aumento del producto interior bru-

to, y entre 1961 y 1963 cierto estancamiento, hasta 1963 en que se aprecia una reducción media de un 0,5 por ciento anual. Considerando que el gobierno, de acuerdo con sus estadísticas, no consiguió asegurar más que una media de cuatro horas diarias de trabajo para sus ciudadanos, es sorprendente que la caída de la producción no fuera mucho mayor.

107
Los guardianes

Si, de momento, la sociedad cubana está lejos de la utopía ambicionada por Guevara, y ahora por Castro, la máquina política construida para crearla se ha ido complicando. El propio Castro sigue siendo calificado, de un modo muy curioso, como «jefe máximo»: es el primer ministro, el primer secretario del Partido Comunista cubano, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, y el ministro presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria. Es evidente que, aún más que en los años en que la Revolución se estaba consolidando, es él quien toma todas las decisiones, da el relieve y las explicaciones que cree necesarias a la política emprendida y, por medio de la utilización continua de la televisión, la prensa y la radio, y de sus apariciones personales ante grandes multitudes y pequeñas reuniones, sostiene y justifica al régimen, manteniendo, al mismo tiempo, el entusiasmo de sus propios seguidores.

El principal cambio político ocurrido desde 1962 ha sido el eclipse de los antiguos líderes comunistas que, gracias a sus muchos años de experiencia de organización política y de conocimiento del mundo comunista, tuvieron un papel importante en la afirmación del carácter «socialista» de la Revolución cubana en los años 1960 y 1961. Los miembros que quedan del Movimiento 26 de Julio, de Castro, están en el poder, aunque formalmente se llaman a sí mismos comunistas. Las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) de Aníbal Escalante, destinadas, en un principio, a ser una fusión del Movimiento 26 de Julio y del antiguo Partido Comunista, en las condiciones que dictara este último, desaparecieron sin ninguna ceremonia en 1963, mientras que su sucesor, el Partido Unificado de la Revolución Socialista (PURS), apareció sin ninguna inaugura-

ción. Los comunistas soviéticos reconocieron pronto a este movimiento como «partido fraternal», pero, a su vez, el PURS, en 1965, dio paso a un nuevo «Partido Comunista de Cuba».

Este, como de costumbre en Estados comunistas, estaba controlado por un Comité Central, con un politburó y un secretariado superior a él, que, formado por un total de cien miembros, siguió siendo más o menos el mismo, a pesar de algunas expulsiones y defunciones, hasta el final de la década de 1960. De estos cien, sesenta y ocho eran, formalmente, militares, aunque la verdadera actuación militar de algunos de ellos en la Sierra o en otros lugares fuera escasa. (Los comités provinciales del nuevo partido también estuvieron llenos de militares desde el principio). Veintiuno, de los cien, eran al parecer miembros del antiguo Partido Comunista cubano de antes de 1959: desde los hombres que habían envejecido al servicio del partido (como Fabio Grobart, Blas Roca y Juan Marinello) hasta los más jóvenes, que habían sido contemporáneos de Castro en la universidad (como Flavio Bravo y Leonel Soto). A pesar de todo, no había ningún antiguo comunista en el politburó o en el secretariado, que estuvo dominado por los hermanos Castro y por sus seguidores desde los primeros días de la lucha contra Batista. El hecho de que el director ideológico de la Revolución (Responsable Nacional de Ideología) sea el excatólico y exministro de Educación Armando Hart, un hombre más ambicioso que propiamente intelectual, significa que el director ideológico del régimen está bajo el firme control de los Castro. Aunque sólo diez de los miembros del Comité Central y sus secciones estuvieron en Moncada o en el *Granma* y, al parecer, sólo cuatro fueron miembros del Directorio Revolucionario, la mayoría de los miembros militares y, por lo tanto, la mayoría del Comité, debieron de tener algún papel u otro en la Sierra Maestra.

El régimen ha tratado de eludir estas antiguas diferencias, y la Revolución a menudo se ha apoyado en hombres todavía más nuevos: los antiguos dependientes, oficinistas y obreros de 1958, que quizá se prepararon para ser maestros, fueron considerados «capaces, dinámicos y revolucionarios», y en 1961 se convirtieron en directores de ingenios azucareros constituyendo una muestra fehaciente de la falta de oportunidades que había en la antigua sociedad. Estos oportunistas del sistema estaban representados por el capitán Jorge Enrique Mendoza y el comandante Jorge Serguera, que en 1969 estaban a cargo respectivamente del periódico nacional, el *Granma*, y de los medios de comunicación; por el comandante Piñeiro, jefe del contraespionaje, el comandante Acevedo, jefe de la milicia, y el comandante Iglesias, jefe del movimiento juvenil unificado. Igualmente interesante ha sido la continuada adhesión al régimen de hombres como el comandante René de los Santos, jefe de espionaje del ejército (DIER) en 1959, calificado incluso por Manuel Artime de «no comunista y hombre intachable», que se quedó en Cuba y fue miembro fundador del Comité Central del nuevo Partido Comunista cubano en 1965.

La mayoría de estos hombres, que a menudo son valientes, enérgicos y trabajadores, a finales de la década de 1960-1970 todavía no tenían cuarenta años y, por lo tanto, era lógico que quisieran, a falta de una contrarrevolución, estar muchos más años en el poder. Dejando aparte los antiguos comunistas, la media de edad del Comité Central de 1965 era de algo más de 36 años. En cambio, en niveles inferiores, el gobierno revolucionario ha incorporado a muchos supervivientes de otras generaciones importantes dentro de la política izquierdista cubana; por una parte, supervivientes de la etapa de gangsterismo político de finales de los años cuarenta y, por otra, de la antigua generación de izquierdas de la universidad, de las dos décadas anteriores. Es cierto que muchos de estos antiguos estudiantes

distaban mucho de ser radicales, incluso en 1944, como demostró la experiencia del gobierno del doctor Grau San Martín. Pero otros, como los que habían sido miembros del Ala Izquierda Estudiantil en su juventud, habían seguido igual, por lo menos nominalmente, y en los años sesenta se podía contar con ellos para apoyar la acción revolucionaria, que habían propugnado durante mucho tiempo, sin pensar siquiera, quizá (o quizá sin desear siquiera, al final) que se fuera a hacer efectiva.

En resumen, Castro ha tenido una habilidad única para encauzar en el nacionalismo revolucionario una pléyade de energías contrapuestas, incluyendo no sólo a los reformadores e idealistas, sino también a los «proscritos sociales que siempre se suman a toda revolución o contrarrevolución». Muchos de los que a finales de la década de 1960 hacían de burócratas habían pasado por las más diversas experiencias y actividades políticas entre 1940 y 1950, llegando por fin a puerto en lo intelectual o en lo emocional. Castro fue capaz, de un modo muy brillante, de aprovecharse de la situación incandescente de la Cuba de los años cuarenta y cincuenta para crear un movimiento único a partir de varias «generaciones» de hombres idealistas, frustrados y deseosos de lanzarse a la acción violenta. (Quizá esto tuvo sus inconvenientes cuando la Revolución se hubo asentado firmemente en el poder, pues el valiente señorito no siempre resulta un buen administrador; por ejemplo, Castro se quejaba en 1963 de que había 3000 candidatos a diplomáticos y sólo un centenar que quisieran ser agrónomos). Pero un historiador liberal debe hacer constar con cierto alivio que ninguno de los que fueron primariamente responsables de la destrucción de la prensa libre, como Dagoberto Ponce o Tirso Martínez; de la subversión de la universidad, como Rolando Cubela u Omar Fernández, o de la conversión de los sindicatos en un departamento del Estado, como José María Aguilera u Octavio Louit,

ha hecho una carrera especialmente brillante dentro del régimen que tanto contribuyeron a crear.

En 1969, el Partido Comunista cubano tenía unos 70 000 afiliados, la menor proporción respecto a la población total de entre los países socialistas. El procedimiento para la selección de miembros fue original: tras una purga de las ORI (y la expulsión de los antiguos comunistas que habían tomado parte en las elecciones de 1958), el Comité Central de las ORI nombró comisiones para seleccionar nuevos miembros. Estas comisiones analizaron todos los lugares de trabajo y dispusieron la selección de ciertos «trabajadores ejemplares» como miembros del partido, que más tarde habían de formar asambleas generales de trabajadores. Al parecer, este método, ideado para el antiguo PURS entre 1962 y 1965, también se utilizó para el Partido Comunista creado entonces. La mayoría de los miembros del partido asistieron a una de las escuelas de instrucción revolucionaria creadas, en 1961, para garantizar que los revolucionarios aprendían los principios del marxismo-leninismo (aunque se cerraron en 1968). El primer congreso del Partido Comunista cubano, a pesar de que Castro afirmó que se celebraría en 1966, luego en 1967, y así sucesivamente, ha sido pospuesto indefinidamente. También ha habido retrasos excesivos en la selección de miembros del partido en los ministerios.

Tan importantes como el partido a la hora de organizar el país y estimular al público han sido los Comités para la Defensa de la Revolución (CDR). En cada calle hay uno, y todo el mundo puede ingresar en ellos, de modo que no es sorprendente que, sobre el papel, tengan más de tres millones de miembros (de un total de unos ocho millones de cubanos, incluida la población infantil), organizados jerárquicamente (con un Comité Central en La Habana), no sólo para vigilar y espiar, sino para llevar a cabo campañas educativas, médicas, etc., a escala nacional y celebrar con regularidad seminarios de «instruc-

ción revolucionaria». Los CDR informan sobre los sospechosos de ser contrarrevolucionarios, hacen listas de las posesiones de los que han solicitado marcharse de Cuba, lo organizan todo, desde las fiestas hasta el reclutamiento de voluntarios para trabajar en el campo, e interfieren en la vida privada de todos en bien del público, garantizando la «vida del libro abierto», como la llamó José Yglesias en su estudio, sobre la vida en Mayarí (Oriente). El aniversario de su fundación, el 28 de septiembre de 1960, es una de las principales fiestas revolucionarias: hay bailes, recitales de poesía, concursos de belleza y un mitin masivo en la Plaza de la Revolución, con discurso de Castro. Organizados sobre una base geográfica, los CDR son el centro de «actividad revolucionaria» para muchos que no trabajan en fábricas ni en granjas, y por lo tanto tienen un alto porcentaje de mujeres entre sus miembros. Una de sus campañas, el Frente de Rehabilitación Social, se lanzó en septiembre de 1969 con el ambicioso propósito de «contrarrestar toda conducta perjudicial para el sistema social». Estos comités son verdaderamente el alma de la nueva sociedad cubana y están creando una nueva cultura de propaganda, participación, conformidad y trabajo en un país que, en el pasado, era una curiosa mezcla de esfuerzo privado y sufrimiento privado. Pero la participación real no es muy grande, y todas las cuestiones importantes, por ejemplo, de planificación urbana o de política económica se deciden en la cumbre, y no en las raíces, de la estructura política.

El control del país está en manos del partido, los CDR y, naturalmente, las fuerzas armadas. Al lado de ellos, y de un modo bastante sorprendente, sobreviven las 294 juntas municipales de Cuba, pero tienen poco poder, y los candidatos a esas corporaciones han de cumplir las condiciones del partido, que es el que nombra a los presidentes. En un esfuerzo por revigorizar la vida local y huir del más absurdo de los burocratismos, en 1967-1968, unas asambleas públicas eligieron a bombo y plati-

llo a unos «delegados gubernativos locales», pero entre los triunfadores siguieron dominando los «revolucionarios de confianza», y en muchos aspectos sus actividades constituyeron un duplicado de las de los CDR.

Las fuerzas armadas, con su servicio obligatorio de dos años y medio a tres (vigente desde el 1 de marzo de 1964) y sus gastos de 259 000 000 de dólares, tienen un total de 200 000 hombres, la fuerza militar mayor de América Latina, con mucho. Los cubanos tienen 300 tanques y 165 aviones de combate, con 24 instalaciones de misiles tierra-aire. La mayoría de los soldados regulares y de los oficiales han sido reclutados después de 1959. Como muchos de ellos eran antes miembros del lumpenproletariado sin trabajo, limpiabotas o lavadores de coches, se lo deben todo a la Revolución y, aparte de un caso curioso producido en 1967, cuando ciertos oficiales mayores se mostraron susceptibles a la «propaganda china», parece que su lealtad ha sido absoluta. De los jefes principales, muchos sirvieron a las órdenes de Raúl Castro en la Sierra del Cristal en 1958, y Raúl Castro ha seguido siendo hasta ahora ministro de Defensa (aunque una vez estuvo ausente durante varios meses, haciendo un curso de estudios en la Unión Soviética). Habría que añadir que las fuerzas armadas son la columna vertebral del régimen en más de un aspecto, pues dedican mucho tiempo a tareas agrícolas, por las cuales el gobierno sólo ha de pagar el sueldo militar de siete dólares al mes en vez del salario nacional. En 1969-1970, las fuerzas armadas fueron «movilizadas para la recolección del azúcar como lo habrían sido en caso de guerra»; participaron 80 000 hombres procedentes del ejército, que fueron responsables de un 18 por ciento de la recolección.

En la Cuba revolucionaria, la justicia forma parte del sistema gubernamental, igual que en otros países socialistas. Esto significa que, en lo referente a crímenes o delitos convencionales, la ley actúa de un modo adecuado, con relativa rapidez y sin pres-

tarse a sobornos, aunque a menudo lo haga de una forma brutal o arbitraria. En lo referente a los delitos políticos, no hay reglas. No existe *habeas corpus* desde 1959, y se puede tener detenida a la gente para interrogarla durante semanas o indefinidamente sin juicio (y de hecho se hace). No hay manera de apelar contra estos abusos, y ni siquiera de atraer la atención hacia ellos.

En los juicios políticos importantes, como los de Matos en 1959, Marcos Armando Rodríguez en 1964 y Aníbal Escalante y sus amigos en 1968, Fidel Castro y otros jefes revolucionarios han tenido un papel importante. Castro ha actuado como fiscal, además de ser testigo y juez. El discurso del fiscal doctor Santiago Cuba en la inauguración del año judicial de 1961-1962 marcó la pauta, al criticar «los antiguos tópicos de la separación de poderes y de la independencia y la neutralidad política» de la administración de justicia. Todos los juicios políticos se han caracterizado por la irregularidad del procedimiento; esto empezó con el juicio de los pilotos batistianos, en marzo de 1959, y el de los «conspiradores de Trujillo», en junio del mismo año (en el que había tanto ruido que no se podía oír a la defensa). En el juicio de Rodríguez, la confesión del acusado bastó para probar su culpabilidad, y en el caso de Escalante, los acusados sólo fueron considerados culpables de tener una actitud política prorrusa, que, aunque resultara molesto para Castro, había sido virtualmente la actitud que el gobierno tenía un año antes, más o menos. Los juicios de otras personas acusadas de actividades contrarrevolucionarias o de espionaje han sido igualmente injustos. Algunos juicios, reconocidamente, han tenido que celebrarse en condiciones parecidas a las que se dan en tiempo de guerra. Pero ni este hecho, ni el de que los acusados suelan ser culpables, excusan la indignidad que ha caracterizado a estos casos. Los primeros días, los propios abogados defensores y testigos eran arrestados. Más tarde, los abogados defensores

han sido nombrados por el gobierno y los testigos de la defensa no han declarado.

Parece que, a niveles inferiores y en juicios no políticos, se hacen esfuerzos razonablemente serios para determinar la culpabilidad o inocencia de las personas acusadas, pero, cuando se pronuncian las sentencias, es probable que sean graves o leves, según las «cualidades revolucionarias» de las personas afectadas. Evidentemente, en los casos de poca importancia hay muchas casualidades, sobre todo en los tribunales populares, que se reúnen por las tardes para juzgar los alborotos, los conflictos laborales de poca monta y los problemas de orden público. En estos tribunales, que eran 366 a finales de 1968, los conocimientos legales de los jueces se limitan a lo que han aprendido en un cursillo de diez días; sólo tienen que ser «buenos comunistas» y haber llegado al sexto grado en sus estudios. Son la versión revolucionaria cubana de los jueces de paz ingleses. Estos jueces —que actúan de tres en tres— pueden imponer multas de 500 dólares, seis meses de cárcel, arresto domiciliario o internamiento en una «granja de rehabilitación». De los delitos más graves se ocupan las Audiencias, como en el pasado. En 1968-1969 hubo una gran oleada de delincuencia, al parecer como consecuencia de la «ofensiva revolucionaria» de marzo de 1968, y en la primavera de 1969 se impusieron una serie de condenas ejemplares. Sergio del Valle, el otrora médico de la Sierra y segundo de Camilo Cienfuegos en 1958, que se había convertido en ministro del Interior, dijo que los crímenes contra la propiedad habían aumentado recientemente (tras un gran descenso experimentado desde 1959), que sería de desear la aplicación de la pena de muerte para una gran variedad de delitos, y que había que «eliminar sin compasión» a los delincuentes inveterados. (En 1962, a veces se había pedido la pena de muerte para acusados de robo). Estaba especialmente alarmado por el hecho de que más de la mitad de los asesinatos co-

metidos en La Habana lo hubieran sido por miembros de sectas religiosas (sobre todo, afrocubanas). Sin embargo, en su conjunto, el porcentaje de crímenes ha descendido a la mitad desde antes de la Revolución, aunque supone todavía cuatro veces el porcentaje inglés. Prácticamente no hay casos de embriaguez y prostitución.

Es imposible calcular el número de personas a las que la Revolución ha matado o encarcelado: en 1965, el propio Castro reconoció la existencia de 20 000 presos políticos; un pesimista podría sospechar que la cifra se aproxima más a los 40 000 que dicen los exiliados, incluyendo a los que están haciendo trabajos forzados o se encuentran en campos de «rehabilitación». El número total de ejecuciones llevadas a cabo por la Revolución probablemente era de 2000 a principios de 1961, y quizá de 5000 en 1970. Pero ¿quién puede dar cifras exactas en este ámbito? Además, las descripciones que han hecho los exprisioneros de las espantosas condiciones que se dan en los interrogatorios o en las cárceles políticas cubanas de La Cabaña, el Príncipe o (hasta 1965) la Isla de Pinos son demasiado numerosas para no ser tenidas en cuenta. Es cierto que la mayoría de los relatos de trato inhumano se remontan a 1960-1961, cuando se esperaba la invasión de un día para otro, pero ningún régimen decente sería capaz, por muy exasperado que estuviera, de tratar con tanto encono a sus oponentes. La historia de otros estados totalitarios parece indicar que tales condiciones pueden volver a darse si no hay ningún medio de defensa contra ellas. De momento, los malignos funcionarios del Ministerio del Interior viven como si fueran toreros famosos, llevan trajes de seda, tienen grandes casas y no han supuesto ninguna mejora respecto del coronel Ventura o de Pilar García, mientras que, en la cárcel, la larga lista de presos políticos está encabezada por Hubert Matos, David Salvador, Alberto Müller, Pedro Luis Boitel, Gustavo Arcos y Carlos Almoina, todos ellos hombres del 26

de Julio de la primera época, de cuya suerte no se sabe nada con seguridad.

Durante varios años, quizá la cosa más odiosa que creó la Revolución fueron los campos de rehabilitación llamados Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP). Estos campos se crearon para alojar a un gran número de funcionarios públicos, homosexuales y antiguos miembros de la burguesía, es decir, oponentes más potenciales que declarados del régimen. Muchos funcionarios sospechosos de darse una buena vida en La Habana fueron enviados a los campos, y allí fueron también a parar los revolucionarios poco entusiastas que enviaron los Comités de Defensa de la Revolución. Allí trabajaban la tierra, a menudo durante muchos meses, en condiciones carcelarias. Finalmente, estos campos se acabaron, pero parece que continúan de un modo diferente.

Sin embargo, para todos los condenados, excepto para unos cuantos, hay un programa de «rehabilitación», por el cual los que quieren ser «rehabilitados» pasan progresivamente de un estadio de reeducación a otro, hasta que quedan en libertad condicional, cuando el ominosamente llamado Departamento de Prevención de Males Sociales les asigna un centro de trabajo apropiado. Pero a los enemigos peligrosos del Estado no se les ofrece esta oportunidad, y muchos presos políticos se han negado a aprovecharla.

El gobierno cubano no se ha dignado responder a las peticiones de información sobre los detenidos políticos que le han presentado, por ejemplo, Amnistía Internacional u otros organismos internacionales. En pocos juicios políticos ha habido periodistas extranjeros u observadores exteriores, y así como, a finales de la década de 1960, Castro ha reconocido muchos errores de política económica, todavía no ha admitido haberse equivocado una sola vez en el modo de tratar a sus oponentes. Así pues, el régimen, igual que los de la Europa Oriental, tiene

sobre su conciencia su instauración sangrienta, innumerables registros domiciliarios llevados a cabo sin autorización, el robo de propiedades de personas sospechosas, los largos interrogatorios realizados en los edificios de la policía secreta y los ultrajes infligidos a los presos y a los que los visitan («Vete a poner un vestido negro, que eres viuda», dijo secamente el comandante William Gálvez a una visitante de la Isla de Pinos). En 1968, Castro se negó a aceptar la propuesta que le hizo el presidente boliviano, Barrientos, de cambiar a Hubert Matos por Régis Debray, y ofreció a cambio «cien contrarrevolucionarios» por los restos de Guevara; pero estos ya se habían consumido.

En cambio, las condiciones de las prisiones normales para delincuentes comunes indudablemente han mejorado desde 1959, y se hacen serios esfuerzos para reintegrarlos en la vida social.

Naturalmente, el gobierno ha utilizado la censura como instrumento de control, pero también ha utilizado la televisión, la radio, el cine y la prensa, la primera de un modo verdaderamente revolucionario, sombrío presagio, quizá, de las tiranías del futuro, permitiendo a Castro no sólo destruir a sus enemigos en los primeros años del régimen revolucionario, sino también sostener el nuevo sistema a través de sus muchas dificultades y cambios de política. Se habla mucho de los años de lucha revolucionaria contra Batista, y el cubano medio que se ha quedado en la isla ahora debe de tener una opinión muy curiosa sobre los viejos tiempos, sea cual sea su actitud respecto de la Revolución. No se han cambiado los nombres de calles ni ciudades, ni se han construido estatuas a los que viven; sin embargo, esta no es la edad de la piedra o del mármol, sino del celuloide, y en todas partes hay retratos de Castro, Martí, Marx y Lenin, mientras que el rostro duro, pero inquietante, de Guevara se ha visto todavía más ahora que ha alcanzado el Parnaso. Generalmente, los nombres de hospitales e ingenios azucareros, escuelas y fá-

bricas, son conmemoración de algún héroe muerto en los últimos años, como Abel Santamaría (muerto en Moncada), Conrado Benítez (el joven maestro muerto en misteriosas circunstancias a principios de 1961), o Camilo Cienfuegos. También se conmemoran héroes más antiguos, de los años treinta, como Guiteras o Martínez Villena. Los innumerables epigramas de Martí, unos buenos y otros malos, aparecen escritos en enormes carteles, para justificar algún punto de un sistema político en el que indudablemente habría tenido muchos problemas. El conjunto de proyectos propagandísticos de la Revolución es, en realidad, un buen ejemplo del mito de Sorel en acción —«un complejo de objetivos remotos, actitudes morales tensas y esperanzas de éxito apocalíptico»— sostenido por el recuerdo de pasadas escaramuzas convertidas en epopeyas de un modo extravagante, y por las concentraciones masivas que se celebran regularmente los días de fiesta nacional, por ejemplo, en los aniversarios de la huida de Batista, del asalto al cuartel de Moncada y de la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución. La propaganda del régimen cubano tiene unos fines congruentes: reemplazar la mentalidad de la lotería por la del nacionalismo para hacer que los sacrificios resulten tolerables, y distorsionar la verdadera historia del pasado reciente. Un joven arquitecto describía un duro día de trabajo en los cañaverales, y luego veía cómo, unos cuantos cientos de metros más lejos, una máquina cortadora había hecho el mismo trabajo en pocos minutos; «fue entonces cuando me di cuenta de lo que significaba estar subdesarrollado, de hasta qué punto, a pesar de la modernidad de La Habana, estábamos próximos a África», dijo. Apenas cabe una descripción más inexacta de la situación de Cuba.

En consecuencia, los periódicos son tediosos. *Granma*, el «órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba», más que un periódico es un pliego de exhortaciones, en

el que aparecen íntegros los discursos de Castro, con pocas noticias y, de vez en cuando, fragmentos de historia que sirven para inspirar. Su director, el mulato Jorge Enrique Mendoza, el jefe de la reforma agraria en Camagüey que chocó con Matos, es famoso por la afirmación que hizo, en 1967, de que el ejército israelí, en la guerra de los Seis Días, estaba mandado por nazis. No hay ningún otro diario nacional, salvo la versión vespertina del *Granma, Juventud Rebelde*. El director de radio y televisión, comandante Jorge Serguera, curiosamente también está relacionado con el caso Matos, pues entonces, como juez abogado del ejército rebelde, fue el principal acusador. Durante un tiempo fue gobernador militar de Matanzas, puesto que perdió por utilizar imprudentemente tanques contra las amas de casa que organizaron un alboroto pidiendo pan en Cárdenas, en 1962. El último columnista que se aventuró a hacer una broma sobre la Revolución, Segundo Cazalis, fue atacado por Castro en marzo de 1964, y su columna, «Siquitrilla» se acabó de repente. Una caricatura como la que apareció en 1900 en *Discusión*, durante la ocupación militar norteamericana, en la que aparecía la pobre Cuba crucificada entre dos ladrones, indudablemente acarrearía al artista algo más que las veinticuatro horas de cárcel dispuestas por el general Wood en un acceso de intemperancia.

Castro ha defendido la censura con toda franqueza: «La Revolución es la primera en lamentar que no se puedan otorgar garantías individuales… La Revolución dice que conceder esas garantías serviría al poderoso enemigo que ha tratado de destruir a la Revolución y de anegarla en la sangre del pueblo». Durante el asunto «Siquitrilla», Castro dijo: «Yo no sé si estos caballeros que escriben "la verdad nunca hace daño" conciben la verdad como una entidad abstracta. La verdad es una entidad concreta al servicio de una causa noble». (Lo mismo que la mentira, podría añadirse, de vez en cuando). Por cierto que Cazalis, el periodista en cuestión, antes había recibido la orden de

no atacar en su columna al gobierno de España, con el que Cuba estaba entonces iniciando relaciones comerciales.

Naturalmente, la historia de las artes bajo la Revolución ha sido fluctuante y, en innumerables casos personales, trágica. A la primera oleada de esperanza nacional característica de 1959 y expresada sobre todo en el suplemento de los lunes del periódico *Revolución*, sucedió la creciente desilusión de los años 1961-1962, particularmente durante los meses en que Aníbal Escalante se dedicaba a montar las ORI. *Lunes de Revolución* fue prohibido, las películas como la famosa *PM* (que no tenía ningún contenido revolucionario) fueron objeto de ataque, los principales medios de expresión propia se situaron bajo el control de hombres de confianza del régimen: así, Alfredo Guevara, un antiguo comunista (aunque relativamente joven), pasó a ser director del prometedor instituto cinematográfico (ICAIC), y Nicolás Guillén, un poeta admirable, pero, en lo político, un instrumento del Partido Comunista, se convirtió en presidente del Sindicato de Escritores. Incluso antes de la crisis de los misiles, losespíritus independientes empezaron a marcharse de Cuba, o a mantenerse callados, o a ocupar puestos de agregados culturales en las embajadas cubanas en el extranjero; mientras que otros hacían los paces con el régimen, llegaban a compromisos y permitían que los censurasen o se autocensuraban, y otros, llegando a posiciones de poder cultural, empezaron a considerar que el juzgar las obras de sus contemporáneos era parte de su trabajo. Continuaba haciéndose algún trabajo de calidad y, en lo referente a la cantidad de producción (novelas, obras de teatro, películas, poesías), los logros de la Revolución han sido notables, pero los artistas cubanos más destacados son todavía los que ya eran famosos antes de la Revolución, como los novelistas Alejo Carpentier (ahora agregado cultural cubano en Francia) y José Lezama Lima, o los pintores René Portocarrero y Wilfredo Lam (que vive en París desde finales de

los años cuarenta), o los que ahora están en el exilio, como Severo Sarduy o Guillermo Cabrera Infante (que había sido el director de *Lunes de Revolución*). En cambio, hay que reconocer que el régimen ha gastado mucho dinero en promoción artística, y puede afirmar en justicia que ha llevado al campo de Cuba la poesía, el *ballet*, la música, las bibliotecas ambulantes y el teatro. Algunas de las obras históricas sobre la Cuba del siglo pasado, sobre todo las de Manuel Moreno Fraginals y Juan Pérez de la Riva, han sido de alto nivel. Las dos principales revistas literarias y artísticas, *Unión* y *Casa de las Américas*, son buenas. Pero la nueva música popular parece haber muerto, y Cuba, que, durante los «malos tiempos pasados», era siempre una fuente de música y danzas nuevas, desde la conga, la rumba, el mambo y la habanera hasta el cha-cha-chá, no ha bailado ni exportado ningún nuevo ritmo.

Las restricciones a la libertad se han interpretado de un modo bastante flexible en lo referente a la pintura, a pesar de los esfuerzos que han hecho Blas Roca y otros antiguos comunistas para hacer tragar a los cubanos el estilo realista de sus amigos mexicanos, como David Alfaro Siqueiros. En 1963, Castro explicó que, cuando los «satélites de Rusia en La Habana» (probablemente Escalante) le pidieron que prohibiera una pintura abstracta, como había hecho Kruschev en la Unión Soviética, él había contestado: «Nuestros enemigos son el capitalismo y el imperialismo, no la pintura abstracta». Guevara, en 1965, en *El socialismo y el hombre*, describía el arte realista social de un modo bastante sorprendente, calificándolo de «cadáver de la pintura burguesa del siglo XIX». Pero en el «Llamamiento a los intelectuales» hecho por Castro en 1961figuraba el aforismo «Todo dentro de la Revolución, nada contra la Revolución», mientras que en la declaración de principios hecha en la fundación del Sindicato de Escritores y Artistas dijo: «Consideramos absolutamente esencial que todos los escritores y artistas, prescindien-

do de diferencias estéticas individuales, tomen parte en la gran obra de defender y consolidar la Revolución. Por medio de una severa autocrítica purificaremos nuestros medios de expresión para que se adapten mejor a las necesidades de la lucha».

«Nuestra idea principal ha sido la de plena libertad para los que apoyan a la Revolución, nada para los que se oponen a ella», comentó con bastante aspereza el presidente Dorticós en 1964, y, en 1965, Castro explicaba que su opinión sobre el arte tenía mucho en común con su opinión sobre la verdad: «El arte no es un fin en sí mismo. El hombre es el fin. Hacer más felices a los hombres y mejorarlos». En 1966, José Lezama Lima publicó una novela importante, *Paradiso*, que no sólo no se refería para nada a la Revolución, sino que, en su famoso capítulo XI, hablaba principalmente de las costumbres de los homosexuales. Pero resultó que la novela sólo había pasado la censura porque era muy larga y difícil de leer, no se editó por segunda vez y pronto apareció una crítica mucho más dura del director del periódico juvenil comunista, *El Caimán Barbudo* Jesús Díaz, en un artículo titulado «Para una cultura militante». En 1967, en La Habana se celebró una gran exposición de pintura moderna; no se exhibieron cuadros dentro de la línea del realismo socialista, pero la contribución personal de Castro era todo un presagio: un cañón antiaéreo, un toro y siete vacas.

Sin embargo, la piedra de toque del régimen fue, como era de esperar, la literatura. En 1966, el gran poeta chileno Pablo Neruda fue duramente criticado en una carta firmada por muchos de los escritores más leales al régimen cubano por haber sugerido, tras entrevistarse con el presidente Belaúnde, de Perú, que podría terminarse la «guerra fría en lo cultural». En una conferencia celebrada en 1967, los escritores cubanos aceptaron por unanimidad la propuesta de Castro de que ya no se respetasen los derechos de propiedad literaria y de que no se pagasen derechos de autor, ni siquiera a los extranjeros. Un escritor,

Jaime Suretsky, arguyó que «al no cobrar, el autor podía realizarse como ser humano» (aunque en el extranjero habían pagado derechos de autor, que no habían podido cobrar los escritores). Finalmente, en 1968 se dio el famoso caso del joven poeta Huberto Padilla, que ganó el premio anual de poesía del Sindicato de Escritores, concedido por un jurado internacional, pero no pudo recibirlo de manos del Sindicato de Escritores Cubanos porque uno de sus poemas, «Fuera de juego», no era suficientemente comprometido. De hecho, las anteriores críticas del ambiente sofocante del panorama cultural cubano que había publicado en el periódico juvenil comunista, *El Caimán Barbudo*, ya habían provocado que le denunciase Lisandro Otero, director de *Cuba* y destacado novelista conformista. En 1969, Haydée Santamaría, la veterana de Moncada que se había convertido en *apparatchik* literaria gracias a su puesto de presidenta de la Casa de las Américas, explicó al jurado que había de conceder el premio anual que ningún artista podía permanecer al margen de la política, pues eso mismo ya implicaba una postura política, y más tarde, el mismo año, el caso Padilla pareció repetirse en el de Pablo Armando Fernández, que también ganó un premio, que se permitió hacer algunas observaciones críticas en televisión sobre el panorama cultura cubano, y le fue retirado el premio. (Pero, en este caso, Castro intervino para insistir en que le devolvieran el galardón).

Quizá el aspecto más desagradable de todo esto ha sido el papel cada vez mayor que han ido teniendo las Fuerzas Armadas, a través de su órgano, *Verde Olivo*, en la creación de pautas culturales; fue *Verde Olivo* el primero en atacar a Padilla y a otros escritores «tan flojos como pornográficos y contrarrevolucionarios».

Todo esto se debe tanto a la existencia de una burocracia literaria ahora ya muy atrincherada (como la de todos los países comunistas) como a los acontecimientos políticos nacionales.

La Unión de Escritores y Artistas (UNEAC) dirige la principal editorial cubana. Todos los escritores han de pertenecer a ella. Los burócratas vinculados a esta institución, como los que están en el centro de difusión de la cultura cubana, la Casa de las Américas, y en el «comité de orientación revolucionaria» (es decir, la junta de censura), fundado por César Escalante, indudablemente han utilizado su poder para hacer carrera, no siempre justificada, a costa de los espíritus menos convencionales. De momento, estas cosas quizá no han llegado a adquirir proporciones de escándalo y todavía no se ha cometido ningún atropello. Cuantitativamente, la producción de libros ha aumentado mucho; en 1969 se editaron quince millones, en su mayoría, libros de texto, y el 70 por ciento se repartieron gratuitamente.

Desde 1962 sólo ha habido algunas crisis políticas. El ministro de Trabajo Augusto Martínez Sánchez, el abogado de Holguín que presidió la destrucción de los sindicatos libres en 1959-1960, intentó suicidarse cuando fue destituido en 1964, en parte por mala administración, en parte porque al parecer trataba de flirtear con todos los grupos políticos. Dieciocho meses más tarde, a principios de 1966, Rolando Cubela, que, como presidente de la FEU, había tenido un papel parecido en la destrucción de la universidad en 1960, fue condenado a veinticinco años de cárcel por haber tomado parte en un intento de asesinar a Castro, en connivencia con la CIA. Por lo tanto, en la cárcel se encontró con Pedro Luis Boitel, el líder estudiantil democrático al que había ayudado a perder. Al mismo tiempo, Efigenio Ameijeiras, primer jefe de policía de Castro en 1959 y entonces viceministro de las Fuerzas Armadas, fue encarcelado y expulsado del Comité Central del Partido Comunista cubano por «delitos morales» y hubo una purga nacional de elementos corrompidos. Armando Acosta, durante mucho tiempo jefe comunista de Oriente, también fue expulsado ruidosamente en 1967 tras el fracaso de su eslogan «más azúcar con menos ca-

ña» (o, según un informador, porque dio una fiesta especialmente espléndida para celebrar el decimoquinto cumpleaños de su hija). Pero las crisis más graves fueron las que llevaron al descrédito y derrota finales de los dos antiguos comunistas más destacados después de Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez: Joaquín Ordoqui y Aníbal Escalante.

Ordoqui —que era comunista desde 1927— y su compañera Edith García Buchaca perdieron sus cargos (de viceministro de las Fuerzas Armadas y presidenta de la Junta de Cultura, respectivamente) cuando se supo que, cuando estaban en el exilio, en México, en 1957-1958, y después en La Habana, habían protegido al joven comunista Marcos Armando Rodríguez, que confesó haber traicionado a los cuatro estudiantes muertos por Ventura y la policía de Batista en la calle Humboldt, en 1957. Finalmente, Rodríguez fue fusilado, después de que sus dos juicios hubieran hecho temblar la unidad del gobierno revolucionario, y Ordoqui y Edith García Buchaca quedaron bajo arresto domiciliario por tiempo indefinido.

La segunda parte del asunto Escalante todavía hizo temblar más al gobierno que el caso de Marcos Armando Rodríguez. Aníbal Escalante, el antiguo líder comunista que había sido el principal organizador de las ORI, desacreditado públicamente en 1962, volvió de Praga a Cuba en 1964. Le dieron el cargo honorario de administrador de la granja Dos Hermanos. Sin embargo, en vez de sacar las consecuencias de sus errores pasados, al parecer intentó recuperar su posición perdida a base de fomentar el descontento de los «viejos militantes» del antiguo Partido Comunista que, igual que él, no habían podido asentarse en el nuevo partido castrista. Entre ellos estaban dos miembros del Comité Central comunista constituido en 1965: José Matar, el primer jefe de los importantes Comités de Defensa de la Revolución y después embajador cubano en Budapest, y Ramón Calcines, el dirigente de los trabajadores del azúcar de Las

Villas, que, después de ser el líder juvenil comunista en 1960, fue prácticamente ministro de Asuntos Exteriores desde enero de 1961 hasta marzo de 1962, cuando formaba parte del comité de relaciones exteriores de las ORI; más tarde había sido el encargado de la sección de exportación de fruta en el Instituto Nacional de la Reforma Agraria. En Dos Hermanos y en otros sitios se celebraron una serie de almuerzos y cenas. También se dijo que en algunos funerales se habían pronunciado discursos heréticos. Parece que Escalante y esta «microfacción» (como los llamaban sus enemigos) desaprobaban la lucha armada en América Latina y consideraban que la guerra de guerrillas en Venezuela era una «aventura». Se alegó que decían: «No hay quien entienda a Fidel: está loco», y que argüían que Guevara era trotskista (y que había que alegrarse de que se hubiera marchado). Más tarde, la microfacción fue acusada de haber criticado el trabajo agrícola voluntario, de desear volver a introducir los incentivos materiales, de haber insinuado que los dirigentes revolucionarios eran pequeñoburgueses y representaban una «temeraria desviación izquierdista», y que un cambio de dirigentes mejoraría las relaciones con la Unión Soviética. Escalante fue acusado de crear un grupo de seguidores personales en varios sectores del Partido Comunista cubano y de reunir documentos económicos y entregarlos a funcionarios soviéticos; sobre todo, como era propio de un hombre que había pasado toda su vida en un partido comunista, a funcionarios de seguridad soviéticos. No hace falta decir que estas actividades no pudieron permanecer ocultas: el público cubano empezó a oír hablar en los discursos de la microfacción (sus miembros aparecían como microbios en las caricaturas) a mediados de 1967, y, finalmente, Escalante y treinta y seis seguidores fueron juzgados. Se descubrieron muchas actividades muy curiosas, por ejemplo, Félix Fleitas, jefe de seguridad de las ORI en 1961-1962, había recordado, para descrédito suyo, el hecho de

que en tiempos había tenido un *bordello* para técnicos soviéticos; Escalante se había dirigido a los funcionarios soviéticos, alemanes orientales y checos que él creía que tenían acceso a los dirigentes soviéticos para crear en la Unión Soviética un estado de opinión favorable a su postura, entre otros, al doctor Frantisek Kriegel, consejero checo del Ministerio de Sanidad, y a Emilio de Quesada, un antiguo comunista que reconoció abiertamente, en su juicio: «Deseábamos ejercer cierto grado de presión política para conseguir cambios».

La consecuencia fue que Escalante y sus amigos fueron sentenciados a varios años, y que Calcines y Matar fueron expulsados del Comité Central.

Finalmente, una de las crisis políticas importantes del régimen fue la de la dimisión de Guevara, en 1965, de su cargo de ministro de Industria, tras lo que, al parecer, fue una pelea con Castro. Guevara luchó en el Congo con los rebeldes de Kinshasa y murió dos años después en Bolivia, a los treinta y nueve de edad, traicionado por los campesinos a los que él confiaba liberar, como ocurrió con el nacionalista italiano Pisacane en el siglo XIX. Como se ha dicho, con él murieron varios miembros del Comité Central del Partido Comunista cubano. Guevara, tras ser capturado por el ejército boliviano, fue ejecutado.

Guevara fue un hombre valiente, sincero y decidido, aunque también obstinado, intolerante y dogmático. Parece que al final de su vida se había convencido de las virtudes de la violencia por la violencia: «¡Qué cerca estaríamos de un futuro luminoso si en el mundo surgieran dos, tres o muchos Vietnams con su bagaje de muertes y sus intensas tragedias!… el imperialismo se vería obligado a dispersar sus fuerzas ante el… odio cada vez mayor de todos los pueblos del mundo». El odio, en realidad, para Guevara era una emoción muy loable, que podía convertir al hombre en «una máquina eficaz, violenta, selectiva y capaz de matar a sangre fría». En los últimos años, Guevara se con-

virtió en un hombre para el cual, evidentemente, la más dulce de las músicas era «el zumbido *staccato* de las ametralladoras y los gritos de guerra y de victoria». En un artículo escrito durante la crisis de los misiles, pero publicado a título póstumo, llegó a decir: «Debemos seguir adelante en el camino de la liberación, aunque esto cueste millones de víctimas atómicas».

En Cuba, Guevara también había demostrado su dogmatismo en otros campos: fue derrotado en la controversia con Marcelo Fernández, su sucesor en el cargo de presidente del Banco Nacional, sobre hasta qué punto habían de ser o no autónomas las corporaciones estatales. Guevara adoptó la línea centralista más cerrada. Las optimistas predicciones que hizo en 1960-1961 de que Cuba podría industrializarse rápidamente se redujeron a nada. Toda una serie de fábricas a medio hacer o vacías, «que eran tristes recordatorios del conflicto entre la pretensión y la realidad», como dijo el periódico yugoslavo *Borba* en 1965, constituyeron su mausoleo. No fue un hombre compasivo. Un abogado cubano que defendió a una mujer acusada de haber tenido relaciones con el gobierno anterior recordaba que, en 1959, Guevara le había dicho: «No entiendo cómo se atreve a interesarse por esta persona… Haré que la fusilen… Si alguien tiene una buena palabra para el gobierno anterior, eso me basta para hacerle fusilar». Además, parece que daba por supuesto, del modo más simplista, que quienes proporcionaban a la clase obrera europea los elevados salarios que cobraba eran, inevitablemente, los «millones de campesinos y trabajadores explotados de América Latina, África y Asia». Era dogmático: en 1961 era partidario de la anticuada idea de que «hemos de llegar a la propiedad estatal ciento por ciento», porque hasta las pequeñas propiedades eran improductivas y creaban problemas a todo el país. Sin embargo, era sincero y, en general, no se engañaba a sí mismo ni engañaba a otros. Su pelea con la Unión Soviética y con los partidos comunistas de Europa Oriental, que

él consideraba cada vez más aburguesados, demuestra que no le preocupaba mucho su propio futuro. Creía que la ley del valor, que es todavía característica incluso del comercio intersocialista, y los incentivos materiales, utilizados entonces en Cuba igual que en la Europa Oriental, eran inmorales. Su influencia sobre Castro, que siempre fue fuerte, para bien o para mal, ha aumentado después de su muerte, pues a partir de entonces Castro ha adoptado muchos de sus puntos de vista. Igual que en el caso de Martí, o de Lawrence de Arabia, el fracaso no ha empañado la leyenda, sino que le ha dado un brillo mayor.

A partir de 1962, la oposición, en Cuba, ha sido esporádica. La última señal de vida de los «liberales» fue la promesa que hizo Manuel Ray de desembarcar en Cuba con un ejército de liberación el 20 de mayo de 1964. Pero, aunque zarpó de Puerto Rico, desembarcó en las Bahamas, no en Oriente, y a partir de entonces su estrella se ha eclipsado. Él y la mayor parte de los políticos cubanos anticastristas se han integrado en la vida norteamericana. Al parecer, Manuel Artime organizó otro ejército de exiliados en Costa Rica, en 1963-1964, con dinero de la CIA, pero no llegaron a la invasión. Por otra parte, se dice que ha habido varios intentos de asesinato inspirados en Norteamérica, sobre todo el de Rolando Cubela en marzo de 1966, que tal vez fuera la última intervención del «señorito» en la política cubana. Durante todo este tiempo, en Oriente y en otras zonas montañosas se han ido produciendo escaramuzas de poca importancia con los guerrilleros, que han mantenido una guerra sorda; hay muchos rumores, pero probablemente, a partir de 1962, han muerto al menos 4000 guerrilleros. Se ha creado una «organización de lucha contra el bandidaje» (LCB), que dirige un antiguo compañero de Raúl Castro en la Sierra del Cristal, el comandante Menéndez Tomassevich. En 1968 hubo una gran oleada de sabotajes, se llegaron a provocar incendios en barcos, fábricas y granjas, y, en consecuencia, hubo varios fusilados o

encarcelados. Sobre esta guerra secreta se ha publicado muy poca cosa, quizá no se publique nunca. Sin embargo, sí se publicó la historia, en Cuba, de cómo un santero haitiano llamado Baldomero, de setenta y cinco años, se fue a las montañas con un grupo de seguidores vudús. A los discípulos los cogieron, pero no pudieron encontrar a Baldomero. En la Sierra Maestra corrían rumores de que se había hecho invisible, o de que se había convertido en serpiente, o en piedra, o en árbol; una vez, un campesino, sorprendido por una serpiente, gritó a los que le rodeaban: «¡Pronto! ¡Pronto! ¡Matadla! ¡Puede que sea Baldomero!». La leyenda de Baldomero sigue viva.

Las relaciones del régimen con la Iglesia se calmaron después de las crisis de 1960-1961. Las iglesias siguieron abiertas, y el delegado pontificio, monseñor Cesare Zacchi (más tarde, también obispo de La Habana), se ha quedado, lo mismo que la misión diplomática cubana ante el Vaticano. Hubo un tiempo en que la policía hacía una lista de las personas que iban a la iglesia, pero ahora ya no lo hace. En cambio, la religión no tiene ningún papel en las escuelas y ninguna de las nuevas instalaciones rurales tiene iglesia. Los sacerdotes y pastores han de hacer el servicio militar. Ningún católico practicante puede ser comunista. En 1965, la Semana Santa fue rebautizada con el nombre de «Semana de Playa Girón» y consagrada al trabajo manual voluntario masivo (ahora, la semana se ha convertido en un «Mes de Playa Girón»). En 1966, las calles próximas a las iglesias se convirtieron en terrenos de juego a la hora de las celebraciones, con lo que el ruido que hacían los niños ahogaba la misa. Al parecer, a veces se han negado los permisos necesarios para hacer reparaciones en las iglesias y, en consecuencia, se pueden cerrar los edificios por considerarlos peligrosos. A principios de 1969 hubo ataques contra la religión, como el de *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas. Este órgano criticaba el «espíritu de resignación» implícito en la religión, su «fe

ciega» en lo sobrenatural y su búsqueda de la verdad por medio de la oración; porque «la religión dividía a las fuerzas populares» y contribuía a retrasar la aparición del Hombre Nuevo, que, naturalmente, había de carecer tanto de superstición como de ambición. En 1963, Castro acusó a los Testigos de Jehová de ser una secta contrarrevolucionaria y en 1969 condenó su pacifismo, su negativa a jurar la bandera nacional, a trabajar los domingos y a «prestar la atención suficiente a las armas». Además, en abril de 1965, dos terceras partes de los ministros que asistían a la convención baptista occidental fueron arrestados, juzgados y declarados culpables de espionaje. Sin embargo, las iglesias protestantes han sufrido considerablemente los efectos de la emigración de tantos pastores norteamericanos y parecen haberse refugiado, en el mejor de los casos, en la neutralidad política.

Por otra parte, en la primavera de 1969, la jerarquía cubana hizo un llamamiento en una carta pastoral en pro de la terminación del boicot económico norteamericano, y el gobierno cubano aplaude a los católicos y sacerdotes de Sudamérica que tienen conciencia social, siempre que sean «militantes» como los del Movimiento Camilo Torres, que cree que la «lucha armada es el deber de la conciencia cristiana en América Latina» y que «el amor del guerrillero por la violencia es básicamente un sublime amor a la verdad». En 1968, Castro hizo notar la presencia de un grupo de sacerdotes revolucionarios en el Congreso Cultural de La Habana, y comparó con ellos a los comunistas ortodoxos de América Latina: «Cuando vemos que hay sectores del clero que se hacen revolucionarios, ¿cómo podemos resignarnos a ver sectores del marxismo que se vuelven eclesiásticos?».

108

Nuevos y viejos amigos

Naturalmente, todavía no está claro hasta qué punto el gobierno revolucionario cubano ha permitido, a partir de 1962, que su principal aliado comercial y militar, Rusia, dictara su política interna. Pero es evidente, por una parte, que, a pesar de las estrechas relaciones que hay entre los dos países, Castro, debido a su propio temperamento y a la situación geográfica de Cuba, ha resultado a menudo un aliado incómodo, por lo menos verbalmente, y por otra, que ha tenido que seguir las ideas rusas muy estrictamente en una serie de cuestiones de verdadera importancia para Rusia. Así pues, Castro, a diferencia, por ejemplo, del Partido Comunista de Italia, apoyó la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968; y fue probablemente la influencia rusa la que hizo que Cuba cejara en su obstinada idea de la industrialización rápida y continuara insistiendo en la producción de azúcar. En realidad, con el tratado soviético-cubano sobre el azúcar de enero de 1964, Cuba convino en vender a Rusia, al precio fijo de 6 centavos la libra (que entonces era muy superior al precio vigente en el mercado mundial), una proporción cada vez mayor de su cosecha de azúcar desde entonces hasta 1970. Rusia, por lo tanto, es la responsable de que haya continuado el monocultivo en Cuba, aunque, a pesar de lo que dijo Kruschev sobre la «división internacional del trabajo» dentro del mundo socialista, la producción rusa y checoslovaca de remolacha azucarera ha ido en aumento, y Rusia ha revendido mucho azúcar cubano en el mercado mundial.

Dejando aparte la ayuda militar, que parece ser gratuita, Cuba debe muchos cientos de millones de dólares a Rusia y a los países comunistas de Europa Oriental. Al parecer, entre 1965 y 1969, la ayuda soviética no militar vino a ser de 300 000 000 de

dólares anuales, y en 1969-1970 tal vez fuera superior. De las importaciones cubanas de Rusia, el petróleo es, sin duda, la partida mayor aparte de la maquinaria: cada año llegan de Rusia más de 150 petroleros. Todo el trigo de Cuba viene de Rusia, y Cuba ha importado de Rusia o de sus satélites unos 40 000 tractores y 2000 cosechadoras, además de un sinfín de piezas de recambio para las antiguas máquinas norteamericanas. Al parecer, Cuba exportó a Rusia por valor de 281 000 000 de rublos en 1961, y de 372 000 000 en 1968; las importaciones cubanas también han ido en constante aumento. Rusia ha proporcionado nuevo equipo a los ingenios azucareros, ha construido plantas eléctricas, hospitales, fábricas, plantas de irrigación y carreteras. En Cuba trabajan muchos técnicos rusos, y muchos estudiantes cubanos han pasado largos períodos en Rusia recibiendo enseñanza técnica. Como dijo Castro, en 1963, la ayuda de la Unión Soviética ha sido «inestimable y decisiva». El gobierno norteamericano calcula que la deuda principal de Cuba para con la Unión Soviética es de casi mil quinientos millones de dólares. Por otra parte, las cifras no quieren decir gran cosa en este campo; el propio Castro, en 1967, decía que su comercio exterior tenía prácticamente «una base de permuta, y el llamado dinero de cambio casi no tenía valor, salvo en el país en que existía el acuerdo». La Unión Soviética probablemente ha salido beneficiada de sus acuerdos azucareros con Cuba, pues al parecer la producción de azúcar a partir de la remolacha resulta muy caras. Además, es evidente que el desembolso de un millón de dólares diarios, más o menos, en Cuba no es un gasto muy grande, comparado con lo que gasta en otros países extranjeros.

Así pues, la Unión Soviética participa en la política cubana casi tanto como lo hacía antes Estados Unidos; es el principal mercado que tiene Cuba para su principal producto; proporciona a Cuba las armas (y, sin duda, los medios técnicos de espio-

naje), sin las cuales el régimen tal vez no habría podido sobrevivir; se queda con la mayoría de los productos cubanos, incluso los secundarios, como la fruta y la verdura; es su único suministrador de trigo y petróleo. Al parecer, un funcionario de la embajada soviética, Rudolf Shliaprikov, dijo a Aníbal Escalante en 1967, refiriéndose a la influencia de la Unión Soviética sobre la economía cubana: «Basta decir que en Bakú están haciendo reparaciones durante tres semanas, y no hay más que hablar». Castro ha reconocido públicamente que conoce muy bien «lo duro que es tener que depender hasta un punto muy considerable de cosas que vienen de fuera, y cómo eso puede convertirse en un arma y dar lugar, por lo menos, a la tentación de utilizarla». Antes, por lo menos, Estados Unidos pagaba en moneda convertible, y no en productos de atractivo o eficacia dudosos. Por lo tanto, el deseo de escapar al control económico soviético fue, sin duda, una de las razones para la imposición del racionamiento de petróleo (aunque no se llevó a cabo hasta enero de 1968), y para la conclusión, en marzo de 1968, de un acuerdo con Rumanía, según el cual este país concedía a Cuba un crédito de treinta millones de dólares destinados a equipo extractor de petróleo. Recientemente se ha hecho todo lo posible para ahorrar combustible, llegándose incluso a producir azúcar «sin una sola gota de petróleo». Pero, por el momento, la Cuba socialista no podría prescindir de la Unión Soviética como mercado y como suministrador del combustible básico, igual que la Cuba capitalista no podía prescindir de Estados Unidos. O sea que es extraordinario que Cuba se haya aventurado tantas veces a alejarse de la línea política soviética como lo ha hecho. Hasta puede que, cuando Castro apoyó a la Unión Soviética en la cuestión de Checoslovaquia, no lo hiciera tanto de mala gana como se podría suponer, pues, como manifestó en el discurso que hizo en aquella ocasión, por mucho que lamentara el uso de la fuerza por parte de un país grande contra

otro pequeño, tampoco le gustaba el carácter tolerante del socialismo de Dubcek.

La principal cuestión sobre la que la Unión Soviética y Cuba han tenido desavenencias, sin embargo, ha sido la de si la lucha armada es o no el único camino para conseguir la revolución en América Latina.

La actitud de Castro en lo referente a este punto ha variado a menudo en los ocho años posteriores a la Segunda Declaración de La Habana, que prometía el apoyo cubano a la «liberación» del continente. Estos cambios se han debido, en parte, a algunos acontecimientos imprevisibles ocurridos en el mundo exterior, como el retiro de Kruschev, la guerra de Vietnam y sus repercusiones dentro de Estados Unidos, y en parte a la expedición de Guevara a Bolivia, a la disputa soviético-china y a las dificultades que se han presentado dentro de los propios partidos comunistas de Sudamérica (en particular, en el Partido Comunista de Venezuela). Así pues, a pesar de que, indudablemente, Castro se molestó con la Unión Soviética tras la crisis de los misiles, en 1962, las relaciones cubano-soviéticas siguieron siendo muy buenas durante dos años, principalmente a causa de la gran amistad profesada por Castro a Kruschev (hacia el cual quizá llegara a sentir, tras sus dos viajes a la Unión Soviética —en 1963 y 1964—, una especie de lealtad), en parte quizá por miedo a crearse más complicaciones cuando al propio Partido Comunista cubano le faltaba tanto para llegar a la unidad. Hasta finales de 1965, por lo menos, Castro pareció dispuesto a aceptar la opinión, defendida por la Unión Soviética y por los dirigentes ortodoxos de los partidos comunistas latinoamericanos, de que la cuestión de si el camino hacia el socialismo había de ser pacífico o por medio de la «lucha armada» había de ser resuelta por los «propios pueblos combatientes». Además, Castro evitaba, en sus discursos, o simplemente en las informaciones de los periódicos, toda mención, de cualquier ti-

po, de las dificultades que había entre la Unión Soviética y China, y en la prensa cubana seguían apareciendo casi tantos artículos sobre la última como sobre la primera. Esta actitud tan cauta fue internacionalmente aprobada en noviembre de 1964, en una conferencia secreta de partidos comunistas de los países latinoamericanos celebrada en La Habana.

Pero esta cautela nunca fue muy popular en Cuba, y Guevara (antes de su desaparición en marzo de 1965) y Raúl Castro, en algunas de sus declaraciones, mostraron una actitud diferente de la de Fidel Castro sobre esta cuestión. Los maoístas empezaron a calificar a Castro de revisionista, mientras que los revolucionarios radicales del resto de América Latina, aunque todavía consideraban a Cuba la capital de la Revolución y sabían que, por el solo hecho de haber sobrevivido, las clases menos privilegiadas de Sudamérica consideraban a Castro como su salvador, empezaron a albergar dudas sobre la pureza de la ideología de Castro. A pesar de todo, en 1965 las relaciones soviético-cubanas eran buenas. Durante aquel verano, después de la marcha de Guevara, Castro criticó duramente el ideal de los incentivos morales que más tarde adoptaría, mientras se completaba la transformación del antiguo PURS (antes ORI), en el Partido Comunista cubano, con su Comité Central de orientación militar.

Castro abandonó su actitud de cautela al final de la primera Conferencia Tricontinental, celebrada en La Habana en enero de 1966, cuando la Organización de Solidaridad Afroasiática, dominada por los egipcios y los soviéticos hasta entonces, se convirtió en la Organización de Solidaridad Afroasiática y Latinoamericana (AALAPSO) y, para gran sorpresa de los soviéticos fue virtualmente capturada por Castro, que entonces hizo la amplia promesa de que todo movimiento revolucionario, de cualquier lugar del mundo, podía contar con la ayuda incondicional de Cuba. A continuación, la AALAPSO estableció su

cuartel general en La Habana, y la figura familiar de Osmani Cienfuegos, a quien antes no se le conocían actividades o intereses internacionales, se convirtió en el nuevo secretario general. La presencia de bastantes jefes guerrilleros radicales del resto de América Latina dio dramatismo a la conferencia, y naturalmente estos hombres eclipsaron a los representantes de los partidos comunistas ortodoxos, que Rusia había confiado en que tendrían un papel dominante. Castro lanzó un ataque espectacular contra China, que recientemente se había vuelto atrás en lo referente a las condiciones de su tratado arrocero con Cuba, ataque que continuó en marzo, calificando a Mao Tse-tung de «senil, bárbaro y que ya no era competente para su cargo». Los chinos, dijo, habían confundido el comunismo con el fascismo, y el régimen de Mao era peor que una monarquía absoluta. Pero esto no compensó a los soviéticos por la derrota diplomática sufrida al ver cómo la Conferencia Tricontinental apoyaba la idea de la lucha armada sin cuartel. Castro hizo este cambio de frente en parte porque deseaba recuperar la jefatura de los revolucionarios militantes del mundo, en parte porque cada vez era más escéptico sobre la «vía pacífica» tras el fracaso de la alianza socialista-comunista en las elecciones de 1964 en Chile, y en parte como resultado de la intensificación de la guerra en Vietnam, pues Cuba tenía una relación muy íntima con los nordvietnamitas, como correspondía, al parecer, a dos países pequeños y aislados, enemigos de Estados Unidos.

A partir de entonces, las relaciones de Cuba con el resto del mundo comunista han estado bajo el signo de la controversia. Castro y los comunistas ortodoxos se han atacado violentamente, y Castro ha criticado sobre todo a los comunistas venezolanos, a los que acusó de haber traicionado a los venezolanos que luchaban por la libertad a las órdenes de Douglas Bravo. La AALAPSO se dividió, y no se ha celebrado ninguna otra conferencia, aunque los delegados latinoamericanos que asistieron

a aquella conferencia crearon una nueva organización —la Organización de Solidaridad Latinoamericana (OLAS)— que celebró su conferencia en La Habana en agosto de 1967, para «coordinar y dar ímpetu a la lucha contra el imperialismo norteamericano». Influidos por la reaparición de Guevara en Bolivia (fue elegido presidente de la conferencia *in absentia*), los reunidos se hicieron eco unánimemente de su llamamiento en pro de la creación de «muchos Vietnams» en el hemisferio occidental. Castro aprovechó la ocasión para lanzar un ataque especialmente violento contra los «pseudorrevolucionarios» de los partidos comunistas burgueses, no sólo contra los venezolanos. Los yugoslavos, por ejemplo, para entonces ya casi estaban acostumbrados a oírse llamar «oportunistas y traidores» por los cubanos.

Guevara fue asesinado en octubre de 1967, pero, a pesar del consiguiente fracaso de sus planes, la prensa mundial dio mucha publicidad al movimiento guerrillero de América Latina. Por lo tanto, Castro se sintió lo bastante fuerte como para enviar sólo a un representante muy de segundo orden a los actos que se celebraron en Moscú para conmemorar el 50 aniversario de la Revolución rusa, al doctor Machado Ventura, el ministro de Sanidad (por lo tanto, él fue quien oyó cómo Breznev lanzaba su propio ataque contra las «teorías pseudorrevolucionarias divorciadas de la vida», sin referirse a Castro). La controversia continuó en innumerables periódicos del Partido Comunista, en semanarios literarios y en *Pravda*. Los comunistas ortodoxos empezaron a atacar a Guevara, por una parte, por «bakuninista», y por otra, por haberse negado a aceptar la dirección del Partido Comunista boliviano. La publicación del diario boliviano de Guevara, aunque aumentó el interés por su suerte, no aumentó su reputación, y en la edición soviética de esa obra había una larga crítica de su táctica militar. Sin embargo, Castro, en la introducción a la edición cubana, acusó a los dirigentes

comunistas bolivianos de haber traicionado a Guevara, igual que había acusado a los comunistas venezolanos de haber traicionado a Douglas Bravo.

Mientras tanto, muchos sudamericanos y africanos se han entrenado en Cuba para la guerra de guerrillas. Se dice que Cuba ha ayudado a la República del Congo (Brazzaville) a aplastar una revuelta en 1966, ha aconsejado a Al Fatah en Jordania y, en 1964, ayudó a derrocar al sultán de Zanzíbar. Cuba sigue emitiendo por radio, para América Latina, muchas horas de propaganda y estímulo a la subversión, en quechua, aimará, guaraní y otras lenguas, además de español. Sin embargo, la «lucha armada» propiamente dicha sigue siendo algo muy impalpable dentro de la vida sudamericana, aunque exagerada por los cubanos, y también por los gobiernos sudamericanos; estos últimos la exageran para que Estados Unidos les envíe más armas. En la prensa cubana, el continente sudamericano sigue pareciendo «un inmenso frente de batalla», en plena ebullición: los revolucionarios «baten a las tropas gubernamentales» y están siempre a punto de entrar en el palacio Miraflores, en Caracas, o, como los hombres de Zapata en México, en el restaurante Sanborn.

En 1969, la militancia de Castro decayó un poco. Concentrándose en los esfuerzos hercúleos que se requerían para recolectar los famosos diez millones de toneladas de azúcar, Castro no se refirió mucho a la «lucha armada» en sus discursos. A principios de 1970, Bravo, el jefe guerrillero venezolano, rompió públicamente con Castro, acusándole de ser un instrumento de la Unión Soviética. Pero los antiguos rencores siguen latentes y ni la revolución ni los principios de la Alianza para el Progreso han avanzado mucho.

La discusión sobre la conveniencia de la lucha armada ha tergiversado la historia cubana. En sus últimos escritos, Guevara (apoyado por Régis Debray) insistía en la necesidad de una ba-

talla de «ultras», sin compromisos con la burguesía ni con el sistema liberal de Estados Unidos. Sin embargo, la lucha de Castro en las montañas fue diferente; combatió como un líder político que se ve obligado a tomar las armas, pero siempre deseoso de hacer concesiones y gestos diplomáticos. Como en las anteriores guerras civiles cubanas, los norteamericanos liberales ayudaron a los rebeldes cubanos todo lo que pudieron. Al tratar de luchar bajo una bandera más pura, sin comprometerse siquiera con los partidos comunistas locales, puede que los rebeldes sudamericanos de finales de la década de 1960 preserven la integridad de sus ideales (aunque ni siquiera esto es seguro, pues las circunstancias desesperadas requieren cinismo, además de heroísmo); pero no estarán luchando como lo hizo Castro, que trató de ahorrar más vidas que las que habría ahorrado Guevara probablemente, si hubiera conseguido sus «dos, tres o más Vietnams». Castro es evidentemente consciente de estas paradojas; en 1961 dijo: «Naturalmente, si cuando éramos sólo un puñado de hombres nos hubiéramos quedado en la punta de pico Turquino diciendo que éramos marxistas-leninistas, tal vez nunca habríamos conseguido bajar al llano», y Carlos Rafael Rodríguez observó una vez, muy cuerdamente: «¿Quién podría imaginar los artículos de Matthews en el *New York Times* a favor de una guerrilla comunista?».

Los cubanos están en una posición poco común, comparada con la del resto de América Latina, en lo que se refiere a la «lucha armada»; las guerras de independencia cubanas de 1868-1878 y 1895-1898 fueron mucho más destructivas, en cuanto a número de muertos y consecuencias sociales, que las guerras de independencia que hubo a principios del siglo XIX en las demás partes del antiguo Imperio español. En realidad, aquellas dos guerras, al acabar de arruinar a la antigua oligarquía de Cuba, dieron lugar a la dominación norteamericana de la sociedad cubana; probablemente, esta sería la consecuencia

de una lucha armada larga que tuviera lugar en la década de 1970 en cualquier país latinoamericano grande; una eventualidad muy posible. Por otra parte, la guerra revolucionaria de 1956-1958 fue muchísimo menos dura que, por ejemplo, la revolución mexicana, o el largo período de violencia que ha caracterizado a Colombia a partir de 1948.

En realidad, la Revolución cubana, que tiene tanto de desafío garibaldino a Norteamérica como de intento de solución de los propios problemas de Cuba, sigue siendo quizá menos amenazadora para la América del Norte que para la del Sur, pues, para empezar, fue un movimiento de censura frente al ansia de riqueza y de alcanzar los niveles de vida norteamericanos que, gracias a la mejora de las comunicaciones, se habían introducido en Cuba en tan gran medida en los años cincuenta. O sea, que la revolución cubana es tan norteamericana como sudamericana; prueba de ello es el hecho de que Florida sigue llena de exiliados, volviendo a ser lo que administrativamente fue durante un tiempo, a finales del siglo XVIII: la «jurisdicción de La Habana ultramar»; mientras que la propia Cuba, por una extraña repetición histórica inversa, vuelve a estar ahora aislada del resto de Hispanoamérica como lo estaba antes de 1762, y la Unión Soviética es la que tiene, diríamos, el papel de metrópoli que una vez tuvo España.

La política norteamericana no ha cambiado mucho desde la crisis de los misiles. La última declaración amenazadora para Cuba por parte de un presidente norteamericano fue la que hizo Kennedy en el Orange Bowl, Miami, el 29 de diciembre de 1962, cuando fue a recibir a los prisioneros de bahía Cochinos y prometió que, un día, la bandera de la brigada (que accedió a guardar) volvería a poder de esta en una Habana libre. Después, sin embargo, Kennedy adoptó una postura más pasiva que belicosa, y es muy posible que su asesinato, en noviembre de 1963, impidiera una reconciliación.

La política del presidente Johnson con respecto a Cuba fue conservadora. Preocupado por Asia, la administración se redujo al mantenimiento del bloqueo económico y al aislamiento de Cuba del hemisferio, consiguiéndolo ampliamente. Se conservó la base de Guantánamo. Las aventuras cubanas en el extranjero, como el intento de Guevara de organizar una guerra de guerrillas en Bolivia, fueron aplastadas, pero a Cuba propiamente dicha la dejaron en paz. Entretanto, los que habían perdido dinero en Cuba mantenían sus reivindicaciones, y la inversión privada en América Latina empezó a aumentar otra vez lentamente, tras unos años de descenso sustancial debido a los temores de revolución. En 1969 se volvió a hablar de un posible acercamiento de Estados Unidos-Cuba. Castro dijo a un banquero norteamericano que la nueva administración de Estados Unidos parecía más cortés y más prudente que su predecesora. A pesar de todo, parece que, en la etapa actual de su evolución intelectual, Castro ha dicho demasiadas veces «Ni tenemos ni deseamos ningún contacto con Estados Unidos» —a pesar del bloqueo— como para que haya una verdadera posibilidad de entendimiento. El bloqueo, al fin y al cabo, tiene su utilidad política, y probablemente, en vez de perjudicar a Castro, le ha ayudado.

Después de la crisis de los misiles, Estados Unidos suspendió los vuelos que hacía la Pan American de La Habana a Miami y, durante tres años, los únicos vuelos que salieron de Cuba para el mundo occidental fueron vía México o Madrid. Por lo tanto, el número de exiliados que salieron de Cuba fue reducido. Pero en diciembre de 1965 se creó un servicio aéreo gracias al cual unos 3000 o 4000 «gusanos» salen de Cuba cada mes en aviones fletados por el gobierno de Estados Unidos. Esta válvula de seguridad, humana e inteligente al mismo tiempo, ha llevado 200 000 cubanos a Florida desde 1965; pero se cree que en la lista de los que desean salir, en la embajada suiza, hay

otros tantos esperando, y está prohibida la salida de todos los hombres de quince a veintisiete años, y la de todos los que «tendrán esa edad en los próximos años». Además, muchos técnicos tampoco pueden marcharse. Si añadimos los 300 000, aproximadamente, que salieron de Cuba entre 1959 y 1962, una décima parte de la población ha abandonado Cuba o desea hacerlo. Todo el mundo reconoce que las posibilidades de salida son mayores que en la Rusia estalinista entre los años 1930 y 1940, cuando una proporción similar de la población rusa estaba en campos de concentración. Pero la comparación con Stalin no es precisamente el mejor criterio, y la lista de los que esperan es ya, por sí sola, causa de terribles disgustos, pues la solicitud para salir de Cuba deja expuesto al posible exiliado a toda clase de dificultades y humillaciones, incluida la pérdida de puestos y posesiones. Los que solicitan marcharse de Cuba se ponen a la disposición del gobierno y, aun en el caso de que todo vaya bien y al solicitante se le adjudique un lugar en la cola, lo normal es que tengan que trabajar en una granja, con un salario mínimo, generalmente durante dos años o incluso más, antes de recibir el permiso de salida, el billete (que han de pagar en moneda extranjera), y el visado para entrar en Estados Unidos o en España. Viven en unos barracones construidos especialmente al efecto, los «albergues», con suelo de tierra, muy parecidos a los que tenían los esclavos el siglo pasado. En consecuencia, todavía hay muchos que tratan de salir de Cuba ilegalmente, en barco o a través de Guantánamo, para morir muchas veces en el intento, quizá devorados por los tiburones o a tiros.

109

La búsqueda de la libertad

La Cuba de los años sesenta ha supuesto, por lo tanto, una tragedia para una amplia minoría de sus ciudadanos, especialmente para tantos que, sin culpa por su parte, sino debido a la acumulación de la historia social, parecían antes demasiado frívolos para cualquier drama; muchas familias han quedado divididas o rotas, las razones políticas han provocado muchas desdichas personales y, dejando aparte a los líderes, muchos miembros de ambos bandos, tanto los médicos y docentes de La Habana como los demócratas exiliados en Estados Unidos, creen haber actuado con la mejor intención, aunque se desprecien y odien unos a otros. Más angustioso, quizá, es «el conflicto interno, casi imposible de explicar, del individuo que está convencido de tener razón en su análisis de la "revolución traicionada", pero trata constantemente de no alentar… otro "campo enemigo" que era y sigue siendo incompatible con su escala de valores». Además, está la tragedia de un movimiento político que empezó siendo un cauce para los sentimientos generosos de toda clase de personas y que luego se ha convertido en intolerante, por lo menos; y está la tragedia de los innumerables cubanos que mueren en el exilio, lejos de su patria.

La Revolución cubana, por lo tanto, nos brinda una lección de política. Los que admiran los avances sociales debidos a la Revolución tienen que tener en cuenta también la brutalidad de los carceleros, el carácter arbitrario de una tiranía omnipresente que nadie podía prever, el tedio propio de un Estado burocrático ineficaz y la tristeza de una sociedad en la que están condenadas la excentricidad y la experimentación privada («el triste color de la sumisión», como decía Segundo Cazalis). A los que aborrecen la tiranía hay que recordarles la evidente integridad

de muchos de los dirigentes, y que ahora hay unos salarios mínimamente decentes, enseñanza y servicios médicos asequibles a todos (cosa que no se daba antes), y que la pobreza en el campo se ha reducido. Los amigos de la Revolución, deslumbrados a veces, como Colón, por la belleza de la vegetación de Cuba y por el encanto de sus gentes (y por la visión restringida del país que les llega a través de las ventanillas de los coches negros del ICAP), quizá también deberían recordar que los servicios sanitarios y la enseñanza son sólo ayudas para vivir bien, y que en Cuba, como en otros países del mundo socialista, donde a menudo se da por supuesto que el fin justifica los medios, parecen haberse olvidado los propios fines. El fin de las ambiciones políticas de Marx era una sociedad en la que los seres humanos no fueran considerados como objetos o como parte de un proceso histórico inescrutable, y en la que la minoría más pequeña pudiera disentir hasta en las cuestiones más triviales. Las multitudes uniformadas sólo tienen sentido cuando se dirigen a un punto en el que puedan dispersarse. Para un historiador, la vida buena es una sociedad en la que no se denigre la verdad y en la que pueda estudiarse la historia, incluso la historia reciente, sin interferencias; una sociedad muy parecida a la que Castro describía en su primer discurso famoso, *La historia me absolverá*, que, según él, había sido destruida por Batista en 1952: «Había una vez una República. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; presidente, Congreso, tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad… Existía una opinión pública respetada y acatada…». Esta descripción que hacía Castro de la Cuba de Carlos Prío era exageradamente favorable, y no tiene nada en común con la Cuba de Castro.

Desde luego, Castro y su gobierno han sido populares, quizá entre la mayoría de la gente y la mayor parte del tiempo, aunque, al no haber elecciones, ni siquiera sondeos de opinión,

desde 1960, esto no se sabe con seguridad, y, en un sistema totalitario, es imposible distinguir, como decía Boris Goldenberg, entre «el entusiasmo espontáneo y la conformidad forzosa u oportunista». Pero, aun en el caso de que se pudiera probar estadísticamente que son más los cubanos que todavía quieren a Castro que los que le odian, eso sólo sería un factor. Dado el poder que los gobiernos autocráticos pueden ejercer ahora sobre los medios de comunicación para controlar los debates a su gusto, cada vez tiene menos interés el hecho de decir que un régimen determinado es popular. ¿Siempre ha sido así? Sin duda, el general Crowder tenía razón cuando, en 1927, dijo al secretario de Estado, Kellogg, que «la mayoría de los cubanos eran partidarios de un segundo mandato de Machado». Los sondeos de opinión son caprichosos hasta en las sociedades relativamente libres. Maxime du Camp oyó en Nápoles, en 1860, cómo la gente gritaba entusiasmada por las calles «¡Viva Italia!», y luego preguntaban a sus vecinos qué significaba la palabra «Italia». ¿Quiénes son y cuántos forman las masas que, durante todos los años sesenta, han gritado «Yanquis, ¡acordaos de Girón!», «¡Estoy con Fidel!», «¡Venceremos!», «¡Paredón!», «¡Fuera!», «¡Unidad!», «Fidel, seguro. A los yanquis darles duro», «Somos socialistas, palant'y palant'y», «¡Viva el socialismo cha-cha-chá!», «Ni un paso atrás», «¡Viva la Internacional proletaria!», «Patria o muerte», o cualquier otro de los innumerables eslóganesde la Cuba revolucionaria? ¿Eran algunos los mismos hombres y mujeres que en 1950 habían manifestado, en una encuesta realizada por la Esso Standard Oil Company, que la mayoría de los cubanos preferían trabajar para una compañía norteamericana que para el gobierno cubano; idea difícil de compaginar con la actitud de los miles de personas que, al principio de la década de 1960, aplaudían las andanadas que lanzaba Castro contra el «millonario inculto», Kennedy? Indudablemente sí.

El magnetismo y la oratoria de Castro le han permitido dirigir la sociedad cubana desde 1959 en gran medida según sus propios designios. Ha conseguido convencer a mucha gente de que la ausencia de artículos en las tiendas es una señal de virtud, de que la economía de mercado que hay incluso en la Europa del Este es un mal, de que las ciudades son viciosas y el campo es noble. Su oratoria ha persuadido a mucho a aceptar incluso la idea de abolir la Navidad y el hecho de que la zafra de 1969-1970 dure dieciocho meses; en tiempos pasados también había elocuentes propietarios de esclavos que conseguían explicar por qué sólo había de ser domingo cada diez días y, a pesar de todo, ser queridos. La exaltación que hace Castro de la violencia, su insistencia en los temas conflictivos, el carácter de símbolo que da a su rifle, atraen a la nación y probablemente excitan su machismo latente, que en la vida privada quizá ha sufrido un retroceso. Muchas veces, los gobiernos fuertes e intolerantes son mucho más populares que los cómodos y tolerantes, del mismo modo que la guerra no es universalmente odiada.

Además, Castro ha hecho muchas cosas que han sido populares, aunque fueran injustas para algunas minorías o aunque se hicieran, por lo menos en parte, de cara a conseguir popularidad. En la Cuba revolucionaria ha reinado un espíritu nacional completamente nuevo, consecuencia de la fuerte experiencia de la revolución social y la aventura internacional. La propia personalidad de Castro, indudablemente afortunada, aparentemente heroica y, desde luego, infatigable y formidable, es por sí sola un motivo de orgullo para muchos cubanos. Las reformas educativas y sanitarias de la Revolución son inmensamente populares en una nación que en el pasado las deseaba más que la democracia formal; las bandas de niños que antes se pasaban el día rondando alrededor de las casas o los bohíos constituían un reproche constante y un motivo de ansiedad para los padres.

Finalmente, la ruina de la antigua clase dirigente, el fin de la corrupción y del gangsterismo, la abolición de la discriminación social y de las actitudes de servilismo respecto a Norteamérica indudablemente han gustado mucho a muchos cubanos; mientras que la primera realización, la más famosa internacionalmente, de la Revolución —el abrir las playas privadas a las masas— simboliza un aspecto de la ejecutoria de los últimos diez años que han de tener en cuenta los amigos más resueltos de la libertad política pura.

Por lo tanto, la cuestión de si estos logros han valido la pena es probable que caiga en el campo de lo subjetivo. Condicionados por el temperamento, por la riqueza o por la clase social a la que pertenecen, hay quienes creen, en Cuba como en otros sitios, que «si sólo pueden conseguirse un sistema económico más justo a base de cerrar la mente de los hombres a la libre investigación… el precio [es] demasiado alto». Los hechos están claros; en Cuba no hay Constitución y, aunque se dice que una comisión del Comité Central del Partido Comunista está preparando una, es de suponer que esta no cambiaría nada, igual que la Constitución soviética de 1935 no cambió nada en la Unión Soviética. El gobierno de Castro, por lo tanto, sigue siendo lo que ha sido desde 1959; un buen ejemplo de lo que Halévy define como dictadura: «Un grupo de hombres armados, movidos por una fe común, se hacen con el poder y decretan que ellos son el Estado». En realidad, a muchos cubanos les debe parecer como si uno de los grupos de gángsteres políticos idealistas de finales de la década de 1940 —tan idealistas como despiadados— se hubiera apoderado, finalmente, de los edificios públicos y ahora monopolizara los coches grandes y las ametralladoras.

Es indudable que este sistema de gobierno, además de opresivo, a menudo resulta ineficaz. Los gobiernos deseosos de desarrollo económico, naturalmente tienen pocas consideraciones

con los intereses locales. ¡Qué fastidioso es tener que ir preguntando a todo el mundo antes de decidir el emplazamiento de un nuevo aeropuerto! Pero, a la larga, desde luego, el debatir una medida política antes de decidirse a adoptarla resulta muy útil. En Cuba, según Segundo Cazalis, ocurre como en la antigüedad clásica: a menudo, las malas noticias no llegan a Castro, porque él asocia al portador de las mismas con el contenido de la información. La personalidad de Castro es complicada y en realidad nadie, ni siquiera él mismo, la conoce plenamente: lo que está claro es que no le resulta fácil estar rodeado de críticas constructivas. Evidentemente, abunda el tipo de hombre que dice que sí a todo. Tal vez si en Cuba hubiera habido prensa libre, esta habría evitado el abandono en que se tuvo a la industria azucarera de 1960 a 1963, los numerosos proyectos industriales ruinosos que se emprendieron, la campaña del café de finales de la década de 1960, que todavía colea, o el triste descuido de la hermosa ciudad de La Habana (que, quiéralo o no Castro, es uno de los orgullos de Cuba), e incluso la zafra de los diez millones de toneladas de 1969-1970. ¿Será necesario señalar, a estas alturas, que la Libertad, además de un principio, es algo útil? Además, en un sistema arbitrario siempre hay la posibilidad de posteriores distorsiones, como ocurrió en la Alemania de principios de la década de 1940, bajo la presión de la guerra, o en la Unión Soviética, bajo la de la reforma agraria, en los años treinta; mientras que la democracia parlamentaria, con todos sus defectos, tiene la virtud de ser un buen método para solucionar las disputas internas sin violencia.

Por consiguiente, el gobierno revolucionario cubano es un experimento cuya moraleja, no cuyo ejemplo, han de tener presente otros: el nivel de vida de Cuba, según todos los cómputos, fue siempre superior al de la mayoría de los países del llamado mundo subdesarrollado. La miseria social de Cuba, en el pasado, se debía a una forma extrema de esa pobreza pública y

opulencia privada que caracterizan tanto a la América del Norte como a la del Sur. Indudablemente, Cuba, antes de 1959, necesitaba una reforma, y la necesitaba más que la mayoría de los países. Por lo tanto, habría que retroceder y dar la bienvenida a los cambios que han sido incontestablemente beneficiosos; poner en cuestión los cuestionables; condenar los que han sido injustos o equivocados; criticar los métodos tiránicos, aun en los casos en que hayan dado buen resultado, y no desesperar de que, en otras circunstancias o en otros países, los medios puedan ser tan buenos como los fines. Al fin y al cabo, los creadores del socialismo lo consideraban un sistema social en el que no sólo se daba prioridad al bien común, sino que cada individuo era tratado con el respeto que merecen los seres humanos.

En 1963, Castro manifestó su sorpresa ante el hecho de que los norteamericanos trataran de diferenciar al castrismo del comunismo, y, a primera vista, la Cuba revolucionaria responde en gran medida al sistema comunista, tal como se entiende en la Unión Soviética o en Europa Oriental. La organización del partido, del trabajo y de la planificación es un reflejo de las ideas comunistas ortodoxas que se practican en Estados comunistas sólidamente establecidos; en particular, la organización del partido dentro del ejército y de la policía.

Evidentemente, el sistema cubano tiene características que lo distinguen de los «países socialistas amigos», como se los llama en La Habana. Entre ellas hay algunas instituciones (tal vez la palabra sea demasiado fuerte) como los Comités de Defensa de la Revolución y la milicia. Además, parece que, a pesar de la frecuente incompetencia de la inmensa burocracia que el Estado ha amasado en Cuba, los funcionarios actúan con un respeto algo mayor hacia los individuos que en otros países comunistas. El Estado todavía puede contar con el entusiasmo de muchos, sobre todo con el de los niños y los jóvenes. Quizá, sin embargo, esto sea también un juicio subjetivo, pues muchos de los

que tienen experiencia de las cárceles cubanas tendrían una opinión diferente.

El temperamento nacional y el clima de Cuba, junto con su experiencia histórica más reciente, han afectado mucho al carácter del sistema. Por ejemplo, Castro, por una parte, no se encontró con un cuerpo de funcionarios de tradicional competencia para ayudarle, como el de los países socialistas de la Europa Oriental y el de la Unión Soviética; y el sistema socialista cubano no se edificó, como en todos los demás países donde ha cuajado esta doctrina, sobre la base de un pueblo que hubiera sufrido los estragos de una guerra prolongada y sangrienta. La guerra civil cubana que llevó a Castro al poder fue de dimensiones bastante modestas, y la dictadura de Batista, por vulgar y brutal que fuera —y la gente se enteraba de las brutalidades con especial facilidad—, no se puede comparar con la tiranía del nuevo orden nazi en Europa y en el oeste de Rusia durante los primeros años de la década de 1940.

Además, es evidente que una dictadura en un país que tiene un clima tan uniforme como el de Cuba, donde no hace falta combustible ni ropa especial para invierno, es más fácil de soportar y, por lo tanto, se vuelve ella misma más benévola. O sea que se pueden excusar algunos de los abusos del comunismo en la Unión Soviética por la sencilla razón de que es soviético, y se pueden explicar algunos de los atractivos —muchos los consideran así— del comunismo en Cuba por la sencilla razón de que es cubano.

También hay que diferenciar al Estado revolucionario cubano de otros sistemas comunistas porque el propio Castro afirma que puede decidir por sí mismo la dirección y el ritmo de su interpretación del marxismo-leninismo. El temperamento de Castro, su modo de acceder al poder —gracias a sus propios esfuerzos, como Mao o Tito, y no pegado a las faldas del Ejército Rojo—, y la situación geográfica de Cuba, le han dado

una posición independiente. Castro ha utilizado esto para argüir que es posible construir el socialismo y el comunismo al mismo tiempo (Lenin y Marx habrían considerado esta idea herética, superficial, infantil o bakuninista) y que la «batalla es la mejor escuela de marxismo». Castro apoya a «los revolucionarios, con o sin partido», es decir, a todo proceso revolucionario que se dé en cualquier país latinoamericano, incluso si los autores de esta revolución son un grupo de jefes militares, pues considera que, «en la mayoría de los países, el movimiento comunista [ortodoxo] es demasiado estrecho y dogmático como para contener todas las energías revolucionarias». Castro nunca ha reconocido que la guerra sea un mal. En 1970, como en 1969, sigue dando la impresión de que el nombre de su primer grupo político, la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR), en la que ingresó cuando era estudiante, es, en muchos aspectos, la mejor etiqueta que se puede dar a su postura política.

Quizá sea justo decir que Castro, que ya era revolucionario antes de ser comunista, tenía una preferencia temperamental por la juventud y por la acción heroica más que por la edad, el estudio (de Marx o de cualquier otro) y la prudencia, y por lo tanto, inevitablemente, resultó crítico respecto a la antigua generación de dirigentes de los partidos comunistas de América Latina: los contemporáneos de Blas Roca, Escalante u Ordoqui. Por otra parte, quizá esta filosofía, igual que la idea de que es posible construir el socialismo y el comunismo al mismo tiempo, sea algo transitorio, y no firmemente elaborado. Antes, en Cuba, estaban de moda los incentivos materiales; ahora (cuando no hay nada que comprar), les toca el turno a los morales; pero ¿van a durar siempre? Puede que el «hombre nuevo» manifieste otra vez antiguas pasiones. Las ideas de Castro sobre la lucha armada fueron menos heroicas entre 1962 y 1966 (y, en realidad, han sido ligeramente menos heroicas desde 1969). Es bastante razonable suponer que Castro siempre preferirá a la

persona «más competente, más capaz, más audaz», como dijo al norteamericano Lee Lockwood, pero, según estas palabras, el perfecto revolucionario se parece mucho al perfecto capitalista. Castro y Percival Farquhar, el constructor de ferrocarriles, probablemente estarían de total acuerdo.

En resumen, Castro se caracteriza más por su versatilidad que por ningún cuerpo de principios firmemente organizado; transcurrió un lapso muy corto de tiempo entre la época en que decía con manifiesta sinceridad, como reconocerían algunos de sus posteriores enemigos: «Ni yo ni el movimiento somos comunistas» (13 de enero de 1959), o «El único sacrificio que no estoy dispuesto a hacer… es el de usar la fuerza para implantar la revolución» (6 de febrero de 1959), y la de sus famosas afirmaciones de 1961: «Seré marxista-leninista el resto de mi vida» (2 de diciembre de 1961). Por lo tanto, la característica principal de la revolución cubana es la de que, en la cumbre de un sistema comunista organizado del modo habitual, Castro se ha ido elevando en su papel de «jefe máximo» y ha ido articulando su poder personal a base de apariciones personales frecuentes y hábilmente administradas, que culminan en grandes discursos. Castro ha sido el que ha tomado todas las decisiones importantes en Cuba desde 1959, a veces teniendo en cuenta a los grupos de presión que existen incluso en una sociedad cerrada (el ejército o los antiguos comunistas, por ejemplo), y otras veces no. En público, «la Revolución», ese movimiento irresistible de hombres y espíritu hacia la Utopía, se hace aparecer como una deidad africana, cuyas necesidades, a veces caprichosas e inescrutables, interpreta Castro en plan de «santero», digno sucesor de tantos otros que aspiraron a hacer este papel en Cuba, desde Carlos Manuel de Céspedes y Martí hasta nuestros días. (Grau San Martín fue, desde luego, un falso profeta, pero ¿podría decirse que, a pesar de todo, fue un profeta?) Castro manifiesta su carácter caprichoso en esta singular afirmación: «El capitalismo

cava dos tumbas: una para sí mismo, y otra para la sociedad que le sucede».

Resulta tentador comparar las características distintivas que Castro ha dado al comunismo cubano con las del fascismo; evidentemente, Castro cree, lo mismo que Chibás, pero también lo mismo que Mosley o Hitler, que el poder político reside en «la respuesta de un gran auditorio a un discurso conmovedor». Otro punto en común es el hecho de que haya grandes sectores de la población, incluidas personas inteligentes y humanas, deseosos de abandonar su personalidad en manos de Castro, como ocurría con los jefes fascistas. Además, están la persistente exaltación del principio de la violencia y el intento de provocar reacciones marciales por parte de la propaganda del régimen, el culto al jefe, la insistencia en la preparación física dentro del sistema educativo, y la continua denigración de las democracias burguesas. La misma definición que da Guevara en *El socialismo y el hombre* del rumbo a seguir por el socialismo cubano tiene en común con el fascismo, y con el expresionismo, «la urgente necesidad de recuperar al "hombre completo", que parece atomizado y alienado por la sociedad», un hombre que no podía encontrarse a sí mismo entre las «trivialidades de la democracia burguesa», como decía Guevara. El «hombre nuevo», simbolizado por Guevara, un héroe, hombre de acción, voluntad y carácter, habría sido admirado por los fascistas franceses, como Brasillach o Drieu, o por D'Annunzio, de la época desenfrenadamente demagógica de la República de Fiume, a quien un comentarista, por lo menos, considera precursor intelectual de Castro. El afán moralizante de Castro y su deseo de romper con todos los fines materiales son un reflejo del regeneracionismo fascista, y su manera de presentarse como un padre solícito y bondadoso recuerda a Mussolini. De hecho, las revoluciones fascistas de los años treinta (igual que la de Castro) no pueden entenderse si se observan con un criterio totalmente negativo,

o si se olvida que incluso la revolución nazi «venía a satisfacer una necesidad de activismo hondamente sentida y que se combinaba con la identificación [con]… una sociedad sin clases». El fascismo fue una herejía surgida del movimiento socialista internacional y muchos jefes fascistas habían sido antes hombres de izquierda; es muy posible que Castro, en un momento dado, pase de la extrema izquierda a lo que se considera extrema derecha. Al fin y al cabo, el líder carismático, tanto de la derecha como de la izquierda, se recorta sobre un fondo artificial. Como dijo George Kennan: «Crea su propio fondo; pero implícitamente cree en él y generalmente consigue, en parte, hacerlo parecer real a los ojos de otros. Y, a pesar de esta artificialidad del escenario, cuando representa su papel resulta heroico e impresionante». Este comentario viene como anillo al dedo a propósito de Castro, que, además, es, naturalmente, heredero de la tradición caudillista del continente latinoamericano.

Pero las principales desviaciones respecto del movimiento comunista internacional que han caracterizado a la revolución cubana derivan, en realidad, de la historia de la propia Cuba. Los gobiernos revolucionarios reciben su impulso de las imágenes del pasado tanto como de las visiones del futuro. Los políticos cubanos de toda una generación, por lo menos, han estado apasionadamente enamorados de la palabra «revolución». Los abusos del capitalismo en Cuba crearon la Revolución a su imagen. Los cubanos también han estado igualmente enamorados de la palabra «libertad»; los esclavos querían liberarse de los amos; los comerciantes, de las leyes españolas; los románticos, del ejército español; los intelectuales del siglo XX, de la camisa de fuerza del azúcar. Ahora, Castro considera que ha cumplido estos deseos pasados creando el primer «territorio libre» de América, aunque para varios cientos de miles de cubanos la libertad haya significado el exilio.

Castro se ha referido frecuentemente a la Revolución como a un «proceso», iniciado con la primera guerra de independencia cubana, y la propaganda del régimen siempre la representa así. Por ejemplo, en 1968 se celebró la culminación de «cien años de lucha»: «La Revolución de 1868 —escribió el novelista Lisandro Otero en *Cuba*, revista de propaganda que él dirige— continuó en 1895, se volvió más profunda en 1933, renació en 1953 y triunfó en 1959, aún sin consumarse» (también podría decirse que la historia de Cuba es la historia del prisionero en La Cabaña, o del exiliado en Miami, donde la estatua de José Martí está junto a la de Bolívar, y donde el nieto de Maceo, en 1961, formaba parte de una junta que se proponía derrocar a Castro). Aunque la historia se haya falseado desde 1959, la Revolución de Castro fue la culminación de tres generaciones de «actividad revolucionaria», violencia verbal, exorbitantes esperanzas de redención y digresiones sobre la idea de libertad: «Cuando llegó la noticia a mi campamento… provocó un delirio inimaginable… nos considerábamos definitivamente libres», escribió Orestes Ferrara, un coronel del ejército rebelde de 1898. La noticia en cuestión era la de la intervención de Estados Unidos, que entonces parecía ofrecer la libertad, igual que en 1960 parecía ofrecerla la Unión Soviética.

Sin embargo, la obsesión de la libertad crea sus propias servidumbres, y en realidad es dudoso que ni siquiera Castro sea un hombre libre. Él impone su personalidad en Cuba, pero, como todos los gobernantes cubanos, está a merced de los mercados azucareros y del relativo estancamiento en que se encuentra la economía cubana desde hace veinte años y que él no ha detenido. En parte, también, Castro es una creación de los sueños de los cubanos que querían un jefe revolucionario de dimensiones épicas, y la clara expresión de una nación entre cuyas «auténticas cualidades» se encuentran lo que suele llamarse la «alegría» —por ejemplo, el sentido del ritmo— y la crueldad:

un país donde, así como nunca ha habido un buen servicio público, generalmente ha habido una policía sanguinaria. Los hábitos pasados siguen proyectando su sombra a través de las reformas más radicales, a veces oscureciéndolas, otras veces dándoles un color completamente diferente. En 1959, la postura de Castro respecto a Estados Unidos era muy parecida a la que tenía el primer ministro español, Sagasta, en 1898, al iniciarse la guerra hispano-norteamericana. Pero así como Castro podía recurrir a la Unión Soviética para que le vendiera armas (y le comprara su azúcar), Sagasta no podía recurrir a Inglaterra o Alemania, por ejemplo; o sea, que la guerra fría «dio a Castro unas posibilidades que no habían tenido los anteriores gobernantes de Cuba». Es posible que los «liberales», la única alternativa que había en 1959 frente a Castro y los comunistas, hubieran repetido, de haber podido, lo que hicieron sus abuelos en 1898 (negándolo, naturalmente, con alardes de retórica nacionalista), lanzando a Cuba a una alianza aún más estrecha con Estados Unidos, con lo que la isla se habría beneficiado de la ayuda y la técnica norteamericanas, llegando a encontrarse mucho mejor en el aspecto material que con Castro, aunque en una posición de subordinación cultural. En cambio, Castro ha creado un despotismo fuerte y cruel, pero original y popular, con muchas reformas sociales importantes a su favor, y que, se le clasifique de un modo u otro, supone un serio reto para la sociedad liberal. Sería todavía más serio si se eliminara el aspecto totalitario del sistema y se fomentara la libre discusión y la crítica. Sin embargo, no es probable que esto ocurra, pues el régimen depende en gran medida del fanatismo y el dogmatismo, y los fanáticos no suelen ser humanos.

En los dos siglos transcurridos desde que los ingleses tomaron La Habana en 1762, la población cubana ha aumentado cincuenta veces, pasando de 150 000 a más de siete millones. Igual que en el caso de Estados Unidos, este crecimiento se ha

debido a la inmigración más que a un aumento natural. Un cambio de población tan grande indica que la isla, incluido el paisaje y hasta el clima —debido a la tala de los grandes bosques—, ha cambiado. Pero las situaciones «auténticamente cubanas» se repiten: los presidentes norteamericanos, ante la presión electoral, adoptan medidas duras (Polk, McKinley, Kennedy); los exiliados se reúnen en Miami (sobre todo en la década de 1890, en la década de 1930 y en la de 1950, pero nunca tanto como en la década de 1960); aparecen «bandidos» revolucionarios que enarbolan la bandera de la libertad en las montañas y son muertos a tiros como si fueran ladrones; y —Castro habría de tenerlo en cuenta— las rebeliones políticas se producen en épocas de prosperidad económica: en 1868, 1895 y 1956. Probablemente, la próxima rebelión tendrá lugar después, no antes, de que el gobierno revolucionario haya alcanzado sus objetivos económicos, y la población haya tenido tiempo para meditar sobre ellos.

La historia de Cuba a partir de finales del siglo XVIII, cuando el país empezó a producir azúcar a gran escala para el mercado mundial, ha sido como la historia del mundo vista a través de los ojos de un niño: un invento en Silesia, una plaga en África, una guerra o una época próspera en Inglaterra o en Francia; estos hechos aparentemente inconexos y más allá del control de Cuba han determinado la vida de los cubanos que, a pesar de su inocencia tropical, constituían los únicos lazos que había entre ellos. La isla nunca estuvo aislada. Todos los grandes acontecimientos, desde las guerras napoleónicas hasta la crisis de Suez, tuvieron repercusiones en Cuba; y la historia de la Revolución de Castro es la historia de un gran acontecimiento, plenamente autoconsciente de serlo, cuyo propósito era el de huir de la servidumbre de las circunstancias geográficas y económicas. Pero, naturalmente, las férreas leyes históricas, que son una limitación incluso para las mayores potencias y para los

grandes hombres, se imponen a Cuba y a Castro: surgiendo en 1959 como Talleyrand en el Congreso de Viena, en representación de los pequeños Estados que deseaban ser oídos, quiso ser ejemplar. Pero ¡ay!, «¡Pobre Cuba, siempre llena de esperanzas y siempre decepcionada!». El futuro de Cuba sigue dependiendo de unas circunstancias que están fuera de su control. El doctor Grau San Martín dijo a Sumner Welles que «Cuba podía seguir en pie sin recibir órdenes de potencias extranjeras e incluso sin intercambios comerciales con el extranjero»; Eddy Chibás quería que Cuba estuviera «libre del imperialismo económico de Wall Street y del imperialismo político de Moscú, Roma y Berlín». Pero, no obstante, en 1970, la única alternativa de mercado que tiene la producción de azúcar de Cuba frente a la Unión Soviética es la de Estados Unidos, igual que la Unión Soviética era la única alternativa en 1960 frente a Estados Unidos. Con la diversificación económica más lejos que nunca, y toda la isla convertida en una plantación de azúcar, Cuba no puede esperar escapar a la política de sus clientes o sus capitalistas. El problema del siglo XVIII, de conseguir esclavos procedentes de otros países de más allá del mar, tiene una reproducción exacta en el problema de conseguir petróleo; el funcionario de la embajada soviética Shliapnikov, que alardeaba de cómo un retraso en Bakú podría estrangular la economía cubana, es la versión de un agente de la South Sea Company en el siglo XX. Quizá ni siquiera los cubanos, a pesar de sus grandes dotes, pueden escapar a la sentencia de Goethe: «Los espíritus indisciplinados lucharán en vano para conseguir la libertad pura. Pues el Señor se nos manifiesta sobre todo en la limitación y sólo la Ley puede darnos la libertad».

Postscriptum[57]

Resumir la historia de Cuba durante los más de treinta años transcurridos desde que en 1971 apareció la primera edición de este libro, es bastante sencillo en principio. A diferencia de lo que ha sucedido en el resto del mundo, el todopoderoso presidente de Cuba sigue igual que estaba. O sea, Castro sigue vivo, y eso determina la vida política de su país. Los deseos de este personaje siguen traduciéndose en estrategias. Como en los últimos cuarenta años, su hermano Raúl sigue siendo heredero al trono y ministro de Defensa. El ejército es cada año más importante en la política y en la economía del país. En 1993, el número de candidatos a las elecciones nacionales seguía siendo igual al número de asientos parlamentarios. Todavía hoy hay un único periódico nacional, *Granma*, la publicación oficial del Partido Comunista de Cuba, un pobre periódico de pequeño formato que aparece cinco días por semana. Para tratarse de un gobierno que en otro tiempo parecía interesado en agitar políticamente al resto de países latinoamericanos, excepto México, la estabilidad de Cuba es sorprendente.

El carácter de la economía tampoco ha experimentado grandes cambios, en el sentido de que el azúcar sigue siendo el principal producto de exportación. El nivel de producción, unos cuatro millones de toneladas en 1997-1998, sigue siendo muy similar al de los años anteriores a 1959. La mecanización de la industria azucarera había llevado a unas cosechas más abundantes en los setenta y ochenta, pero en los años noventa, cuando la Unión Soviética retiró su apoyo económico a Cuba, se volvió a los niveles prerrevolucionarios. Y, si bien es cierto que el tu-

rismo es ahora más importante que el azúcar como fuente de divisas, casi parece un retroceso hacia la prometedora industria del placer de los años cincuenta. La magnitud del colapso de la economía cubana provocada por la desintegración de la Unión Soviética deja pocas alternativas.

Es cierto que el cambio económico que se respira a nivel internacional ha llevado al gobierno cubano a reconsiderar cuestiones tan delicadas como la motivación a través de los beneficios y los ocasionales efectos negativos del socialismo. Pero estas consideraciones no han tenido mayores consecuencias y el gobierno sigue dirigiendo la economía en la medida de lo posible.

Tampoco ha variado de manera apreciable la política de Estados Unidos. La fuerza de la comunidad cubana en el exilio en Miami ha aumentado, movilizando un *lobby* efectivo y vociferante (basado en el modelo israelí) que paga cantidades sustanciosas a los partidos republicano y demócrata para asegurar que se mantiene el embargo a Cuba. El voto de Florida es fundamental en las elecciones presidenciales estadounidenses; tanto es así que a veces el embargo a Cuba se describe como un asunto interno. De hecho, la ley Helms-Burton de 1996 (decreto de Libertad Cubana y Solidaridad Democrática) endureció el embargo, al establecer que se podían confiscar los bienes de cualquier compañía o individuo que comerciara con una empresa cubana derivada de alguna compañía estadounidense confiscada. La ley provocó serias dificultades, no sólo con México y Canadá, importantes socios comerciales de Cuba desde 1990, sino con la Unión Europea, cuyo comisario de comercio exterior, Leon Brittan, consiguió llegar a un acuerdo con Estados Unidos para postergar las posibles acciones que pudieran emprenderse. Pero esta ley no alteró sustancialmente la estrategia del gobierno estadounidense: la política que sigue con Cuba

la ha abandonado hace tiempo incluso en zonas como el norte de Vietnam.

Para entender el porqué de esta actitud es necesaria una breve explicación de las tres etapas diferenciadas que se han sucedido en la historia de Cuba desde 1970. En primer lugar, hubo una etapa de participación activa en los asuntos de América Latina y África… y no sólo en la región de Angola, sino en varios países del continente.

Luego llegó un período en que, estando Estados Unidos bajo la administración Reagan, se vio frenada la expansión cubana como agente de la Unión Soviética.

Y, por último, vino un período impredecible, tras el colapso de la Unión Soviética, en que la Cuba comunista ha quedado cada vez más aislada, incapaz de sobreponerse entre 1989 y 1993 al colapso económico con una caída de entre un 35 y un 50 por ciento, para revivir en 1995.[58]

La primera de estas tres etapas provocó una fuerte alarma. Castro siempre había querido convertir los Andes en la Sierra Maestra del continente. Él mismo lo había dicho en la llamada Segunda Declaración de La Habana, en 1960. No era hombre dispuesto a limitarse a los estrechos confines de una isla, ni siquiera una tan grande y hermosa como Cuba. Desde muy pronto, en colaboración con la Unión Soviética, su gobierno ha inspirado o apoyado movimientos guerrilleros en África y América Latina. ¿No estaban las tropas cubanas listas para intervenir en la guerra entre Marruecos y Argelia en 1962? ¿No fue Cuba quien inspiró en su mayor parte la guerra civil en la Venezuela de Betancourt? En aquellos días Castro no quería limitarse a tener un papel en América, y menos aún en el Caribe; él quería un papel a escala mundial. Se ofreció como el aliado más fiable de la Unión Soviética, más que Alemania del Este o que Bulgaria, y demostró estar dispuesto a enviar decenas de

miles de soldados por la causa de la Revolución, haciendo posible un hecho tan sorprendente como el de destacar en Angola un importante contingente de infantería para apoyar al MPLA, los protegidos de la Unión Soviética en este país. Ningún servicio de inteligencia occidental había previsto este movimiento, ningún analista político lo comprendía, porque aquellos que conocían la Unión Soviética no se habían molestado en estudiar a Cuba, mientras que los escasos especialistas en Cuba no sabían nada de la Unión Soviética. Para cuando la CIA consiguió tener sus análisis, las tropas cubanas ya se habían enfrentado al movimiento de Savimbi, UNITA, y habían obligado a esta coalición anticomunista a buscar el apoyo casi abierto de Sudáfrica. Por segunda vez en dos décadas, Cuba había inspirado una importante crisis mundial.

Desde el principio pareció muy claro que, si bien la financiación y la infraestructura de la aventura cubana en Angola era soviética, la idea era de Castro. En la época de Breznev el sistema soviético no emprendía con facilidad acciones internacionales tan audaces. Tanto si Castro lo deseaba como si no, esta iniciativa tuvo el efecto inmediato de acabar con el amago de acercamiento de la administración de Gerald Ford, en el que tan hábilmente se había embarcado Henry Kissinger siendo secretario de Estado.

En cuestión de meses, la sombra de Castro y Cuba pareció extenderse por todo el centro y el sur de África. *Cambio 16*, la importante revista española que tanto hizo por apoyar el proceso de transición en España, publicó una fotografía del «líder máximo» de pie en un todoterreno, fumando un puro y mirando con aire soñador, y un tanto codicioso, a una zona de la sabana en el centro de Angola. ¿Dónde estaban los límites de la ambición de Castro? ¿En Windhoek? ¿En Johannesburgo? ¿En Ciudad del Cabo? ¿Robaría el ejército cubano, equipado con armas soviéticas y actuando como esbirros de la potencia euroa-

siática, los minerales de Sudáfrica para Moscú? ¿Significaría la «liberación» de Sudáfrica que la importante base del extremo sur del continente quedaría a partir de entonces al servicio de las estrategias globales de Moscú? Todos dábamos por sentado que Moscú tenía un plan a escala mundial. Y, de pronto, los cubanos parecían los perfectos agentes de esa estrategia en todas partes. No mucho después, otra rama del ejército cubano se encontraba ayudando al régimen marxista del coronel Mengistu, en Etiopía.

El hecho de que muchos de los soldados de a pie de aquellas tropas cubanas fueran negros facilitó su cometido. La mayor parte de la población africana de Cuba la formaban, en esencia, inmigrantes —forzados, pero inmigrantes— del siglo XIX. En 1980, un joven cabo cubano podía fácilmente haber tenido algún antepasado nacido en Angola o el Congo, llevado al otro lado del Atlántico en uno de los vapores de esclavos de Julián Zulueta. El papel de la santería —según parece, más importante ahora que nunca— hacía que Cuba estuviera más cerca de África que de Estados Unidos. Las tropas soviéticas hubieran llamado la atención en ciudades como Luanda o Addis Abeba, casi tanto como las estadounidenses. Pero los chicos de Santiago de Cuba o Matanzas se fundían perfectamente con el paisaje.

Pero ya no se trataba sólo de África. En 1979, por fin, un segundo régimen marxista se estableció en América. Fue en Nicaragua, por supuesto, donde los sandinistas, una guerrilla entrenada y apoyada por Cuba, llegaron al poder después de derrocar al desacreditado dictador Anastasio Somoza, como consecuencia de una guerra de guerrillas áspera y desordenada. En Jamaica, el primer gobierno de Michael Manley, con un marcado carácter socialista, contó también con el asesoramiento de Cuba. Y, por último, sería la implicación de los cubanos en el

golpe de Estado lo que llevaría a los estadounidenses a intervenir en Granada en otoño de 1982.

Desde la relativa tranquilidad de finales de los noventa, resulta cómodo recordar esta época de finales de los setenta y principios de los ochenta. Pero en aquel momento, en medio de todas aquellas intervenciones, la situación se veía volátil y peligrosa. Y llevó directamente a la segunda fase del pasado reciente de Cuba: la necesidad de permanecer firmes frente a un «horizonte mundial cada vez más oscuro», percepción que tuvo un importante papel en las victorias de Margaret Thatcher en 1979 y de Ronald Reagan en 1980. Algunos bromeaban: «¿Por qué es Cuba el país más grande del mundo?». Respuesta: «Porque tiene su ejército en África, su población en Florida y su gobierno en Moscú». Pero la amenaza soviética no era ninguna broma, y Cuba tenía un papel importante y peligroso, ya que los cubanos parecían dispuestos a ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa, y la isla, por sí misma, tenía un papel táctico fundamental para la Unión Soviética: si había guerra, se esperaba que los bombarderos B20 sobrevolaran Estados Unidos para dejar caer sus bombas sobre Boston, Nueva York y Washington antes de aterrizar felizmente en La Habana.

Así pues, Castro había convertido su isla en lo que él siempre había querido: no un lugar paradisíaco, sino un lugar que estuviera en el ojo de la tormenta. Tal vez soñaba con influir algún día en la política soviética. El «guerrillero» con «doce hombres» de la Sierra Maestra, en 1956, quizá al principio no fue más que un peón en el tablero del ajedrez internacional. Pero, como sucede en el ajedrez, un peón puede convertirse en reina si llega al otro extremo del tablero. El líder cubano parecía tener ya el rango de esta pieza.

La Unión Soviética mantuvo su apoyo a Castro bajo los mandatos de Andropov y Chernenko. A la muerte del segundo, de forma inesperada y sorprendente, el juego se vino abajo.

Con Gorbachov, las «contradicciones internacionales» —una expresión que a los marxistas les gustaba emplear en referencia al capitalismo— de la política soviética se hicieron insoportables. Los diplomáticos soviéticos empezaron a distanciarse de Castro, que parecía cada vez más anticuado y cuyas visitas a Moscú se espaciaban cada vez más. Entonces Gorbachov se puso a desmantelar el legado de sus predecesores en Europa del Este. Un diplomático soviético se reunió con los exiliados cubanos en Miami. La paz llegó a Angola y el ejército cubano volvió a casa; sus generales fueron acusados de conspirar contra el gobierno y uno o dos de estos militares (encabezados por el general Emilio Ochoa) fueron traicionados y perdieron la vida. Mucho antes, Eddie Seaga había derrotado a Manley en las elecciones en Jamaica. A continuación, la tozuda y popular líder de la oposición Violeta Chamorro derrotaba a los sandinistas en Nicaragua. El castillo de naipes de la grandeza soviético-cubana se desplomó. Y, no mucho después, la propia Unión Soviética empezaría a desmoronarse. Gorbachov fue derrotado, se lo volvió a recuperar, y acabó perdiendo el poder cuando el Partido Comunista soviético fue declarado ilegal. Leningrado volvía a ser San Petersburgo, y una nueva era empezaba para Rusia. También para Cuba.

Al final de cada una de estas tres etapas —el período de aislamiento de Cuba— se han levantado voces (como la de la alegórica figura del Rumor en una obra de Shakespeare) que profetizaban el fin del régimen. Parecía el resultado lógico e inevitable, porque todos los aliados de la Unión Soviética en Europa del Este y sus marionetas en África han ido cayendo, de forma bastante dramática en ocasiones. Pero los que han hecho estas profecías han tenido que tragarse sus palabras, porque el fin no ha llegado. En su mayor parte, los cubanos exiliados en España o en Estados Unidos (sobre todo si, como ha sucedido en muchos casos, han encontrado el éxito en sus nuevos hogares) pa-

recen aceptar que nunca volverán a casa, incluso si conservan en su cabeza la idea perfectamente razonable de recuperar sus propiedades perdidas. Si su familia poseyó en otro tiempo una adorable casa en el distrito próximo al Country Club o en Miramar, evidentemente, esperan poder recuperarla, por ejemplo, de manos de los norcoreanos, que la han utilizado como embajada desde hace años. Pero si los antiguos propietarios volverán o no a sus salones dorados eso ya es otra historia.

Sin embargo, La Habana ha seguido allí. Después de perder sus alas internacionales y de que sus sueños de poder y presencia global se convirtieran en polvo, Castro no sólo expresó públicamente su perplejidad por los cambios que habían transformado a su benefactor ruso; también manifestó su profundo pesar. Él seguía creyendo en el marxismo-leninismo, en el comunismo en general. El plácido vuelo hacia el neocapitalismo no era para él. Y, por sorprendente que parezca, sus palabras siguieron resultando convincentes para muchos. Por ejemplo, el senador Claiborne Pell, de Rhode Island, pensaba que Castro pondría en práctica su propia *perestroika* o reestructuración. Se inició un cambio en la economía, aunque lento. La única iniciativa eficaz tuvo lugar en el campo del turismo, y eran muchos los turistas europeos y españoles que visitaban La Habana con aprecio. Llegaron después los mercados, los restaurantes privados, los *paladares* (en ocasiones aceptados oficialmente, en otras perseguidos) y las inversiones extranjeras: sólo las inversiones españolas en Cuba superaron en 1996 los 11 millones de dólares.

Después, Castro empezó a cortejar a la Iglesia católica. Esto supuso un cambio importantísimo en un país donde durante muchos años los católicos habían tenido que ocultar sus creencias. Durante una generación entera, los cristianos habían sido objeto de burlas en los colegios, habían visto peligrar sus trabajos. Pero en 1997 el papa Juan Pablo II, que había sido abu-

cheado en la Nicaragua sandinista diez años antes, aceptó visitar la isla al año siguiente, en enero de 1998.

Por primera vez, la Iglesia se había convertido en uno de los principales protagonistas de la política cubana. En 1996, el segundo encuentro nacional eclesial favoreció generosamente la reconciliación y el diálogo entre las dos Cubas. «Favorecer la senda de la reconciliación —declaró la Conferencia Episcopal en marzo de 1996 ante el altar de la Virgen de la Caridad de El Cobre—, con la participación activa de todos los implicados e interesados, dentro y fuera de nuestro país, parece constituir la única oportunidad posible para el futuro de la nación cubana». En 1994, el arzobispo de La Habana, Jaime Ortega Alamino (que había estado preso por motivos de conciencia en los años sesenta), se convirtió en el segundo cardenal de la historia de Cuba. Su promoción marcó el inicio de una nueva época en la historia de la Iglesia.

Las iglesias empezaron a celebrar misa diariamente, y algunas reabrieron sus puertas por primera vez en muchos años a congregaciones que con frecuencia eran multitudinarias. La Virgen de El Cobre fue llevada en una «peregrinación de bendición» a todas las otras iglesias, y han proliferado las misas al aire libre. El mismo Castro, que se reunió con el Papa en enero de 1997, pidió a los líderes protestantes y judíos que rezaran por el futuro de la isla. Y ante un grupo de oyentes declaró que su encuentro con el Papa había sido un «milagro».

Esta nueva época no muestra realmente una evolución política, pero sí ha tenido importantes consecuencias en ese campo. *Juventud Rebelde*, la revista de las Juventudes Comunistas, trató de prever la presencia de un nuevo «frente católico-comunista contra el capitalismo y el imperialismo» al declarar que la visita del Papa debía «interpretarse como un acto de simpatía hacia Cuba frente al embargo de Estados Unidos». Según la versión de *Juventud Rebelde*, en numerosos discursos, el Papa «ha adopta-

do el mismo enfoque que Cuba sobre el capitalismo y sus proyectos neoliberales».[59] La visita del Papa permitiría a la sociedad cubana desplegar sus firmes actitudes contra las drogas, la prostitución infantil y otros males sociales en los que Castro y el Papa parecían coincidir.

Pero la inmovilidad política continuó. Evidentemente, hubo intentos para que Castro avanzara hacia la democratización. En este punto el gobierno español desempeñó un importante papel. Después de todo, aunque en un marco democrático, Felipe González era socialista. Pero ni siquiera él consiguió persuadir al líder cubano para que avanzara ni un ápice hacia lo que por entonces se estaba convirtiendo en norma política en América Latina. En cuanto a Manuel Fraga, presidente de la comunidad autónoma de Galicia, no está muy claro qué le dijo a Castro pero, a pesar de las buenas relaciones entre ambos líderes, tuvo tan poco éxito como su compatriota socialista. Castro visitó la Exposición Internacional de Sevilla y asistió a los Juegos Olímpicos de Barcelona, así como a las reuniones entre los jefes de Estado de los países iberoamericanos en Guadalajara, México e isla Margarita. Y aunque promovió diversos cambios encaminados a fomentar una mayor apertura en la economía, la reforma política seguía sin formar parte de sus proyectos.

Por primera vez en la historia —o al menos desde 1510— la isla depende de sí misma. Cuba fue colonia española durante casi cuatro siglos. Después de 1898 quedó como cliente semiindependiente de Estados Unidos, que le había ayudado a librarse de España. Luego, pasó a depender de la Unión Soviética, que le ayudó a liberarse de Estados Unidos. Pero ahora Cuba no tiene amo, ni siquiera un padrino. Y nadie pretende ser su padrino. Mantiene relaciones con otros países de América Latina pero no depende de ninguno de ellos, y desde luego, en esta nueva era de neoliberalismo, tan próxima al «fin de la historia», su estructura política difiere bastante de la de los demás. Sin

duda, Cuba ha llegado a esta situación de aislamiento contra la voluntad de su inquieto presidente, que hubiera preferido conservar su relación con la Unión Soviética e influir en su sistema mundial. De la misma forma que Colón pensaba que Cuba formaba parte del continente (la llamó Fernandina en la época de Fernando el Católico) y persuadió a sus marinos para que firmaran una declaración reconociendo esta dudosa localización geográfica, la fe de Castro en sus imaginativos «emplazamientos» ha demostrado ser igualmente errónea.

Un interrogante pende necesariamente sobre el futuro de una isla que pretende mantener una pequeña economía controlada en un mundo donde la interdependencia y la globalización son las consignas, incluso en los países más grandes. Muchos empiezan a descubrir que se perjudicarán si insisten en mantener sus privilegios burocráticos, tan satisfactorios emocionalmente.

Cuba posee una de las pocas economías del siglo XIX que todavía perviven. No son muchas las que quedan. Las viejas plantaciones de algodón del Mississippi se han desvanecido por completo, al igual que las fábricas donde convertían su producto en hilo. ¡Qué ironía que en la década de los cincuenta Cuba tratara de diversificar su economía! La primera y, en la actualidad, única república socialista de América se ha distinguido por preservar un tejido social que Karl Marx hubiera podido reconocer: su maquinaria desfasada, hierro oxidado en lugar del moderno y brillante plástico, coches antiguos, y música y ropa anticuados. «He visto el futuro y funciona», dijo el periodista Lincoln Steffens a su regreso de Rusia en 1930. «He visto el pasado y no funciona», podría decirse ahora sobre el hijo del último amor de Rusia.

Ha sido el azar el que ha querido que por fin el aislamiento de Cuba se convierta en lo que deseaban los primeros defensores de la independencia. Martí quería liberarse de España, pero

no quería que Cuba se relacionara con el «monstruo», Estados Unidos, en cuyo vientre había vivido. Todo observador inteligente sabe que ahora mantener una soberanía *pure et dure*, como hubieran dicho los revolucionarios franceses, significa limitar la prosperidad. Ninguna nación que se precie desea que la gobiernen otros, pero para hacer dinero y prosperar en el mundo moderno hay que ceder un poco de soberanía. Gran Bretaña está aprendiendo esta lección con la Unión Europea; México la ha aprendido con el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (NAFTA). Dos amigos cubanos exiliados que viven en Londres y en París intercambian regularmente faxes sobre la cuestión de si una Cuba liberada debería formar parte del NAFTA.

De momento lo más que se puede decir del aislamiento político y económico de Cuba es que ha sido el principal responsable de que su nivel de vida se mantuviera en menos de la mitad del que hubiera debido ser. La mayoría recordamos más o menos la posición que Cuba ocupaba en la liga de países latinoamericanos en 1959 en lo tocante a nivel de vida: ¿era la segunda o la primera? Desde luego, estaba entre los cinco primeros. En cambio ahora está cerca del final de esa misma lista. Desde luego, el fracaso del comunismo tiene tanto que ver con este declive económico como el hecho de que haya dependido durante tanto tiempo y de forma tan absoluta de la Unión Soviética. La rigidez con que se defiende la soberanía económica en una nación de 11 millones de personas, donde ni siquiera ahora se permiten iniciativas económicas en el extranjero, también ha influido notablemente en una escasez y una miseria que sitúan su nivel de vida por debajo del que había en 1895.

De hecho, hay quien considera que el período de transición ya se ha iniciado en Cuba. Así, Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard, uno de los observadores más sensatos de la escena cubana, ha dicho que el Estado cubano «ha empezado a perder el control que tenía sobre la vida nacional». Apunta que

esta pérdida de control se manifiesta sobre todo en el florecimiento de la economía sumergida, al igual que sucedió en la Unión Soviética antes de los hechos de 1989. Pero también puede apreciarse en un nuevo estatus, el de semiexiliados, de miles de escritores y artistas, que no llegan a romper con el régimen pero que sólo residen en la isla durante las vacaciones.

En estos años ha habido mayor florecimiento en la vida cultural de Cuba que en la política o en la económica. Guillermo Cabrera Infante, desde su puesto de mando en Londres, ha seguido escribiendo brillantemente en su español cubano, como demuestra en su trabajo, *Mi música extremada* (1996). Tomás Gutiérrez Alea se labró un nombre en la escena cinematográfica internacional, sobre todo con *Fresa y chocolate*, antes de su muerte prematura. Y Manuel Moreno Fraginals se ha ganado la reputación de mejor historiador cubano en activo con la serie de libros que ha publicado tras el magistral *El ingenio*. Sólo hay que hojear el diario *Encuentro*, publicado por los cubanos en Madrid, para ver la abundancia de talento.

Ante una vitalidad intelectual tan grande, sorprende descubrir que en los últimos diez años el desafío político más importante que se ha planteado al régimen de Castro fuera la declaración de diez intelectuales en mayo de 1991. Estos diez poetas, novelistas, periodistas y locutores pidieron un «diálogo cívico» entre el régimen y la oposición, elección de los miembros de la Asamblea Nacional mediante voto secreto; liberación de todos los presos políticos, derogar las disposiciones que impiden que los cubanos entren o salgan del país y restablecimiento de mercados agrícolas libres que puedan incrementar los suministros de comida. El periódico oficial, *Granma*, tachó esta declaración de «nueva maniobra de la CIA», y a sus autores, de «herederos ideológicos del anexionismo», colaboradores espirituales de «los enemigos históricos del pueblo cubano». Cinco años después, todos los signatarios excepto uno habían abandonado el

país. La mayoría de los intelectuales cubanos firmaron (o se dijo que habían firmado) una contradeclaración condenando a los Diez; los que se negaron a hacerlo (por ejemplo, el autor Alberto Batista Reyes) perdieron sus empleos.[60]

Otro indicio de estancamiento lo encontramos en la situación de los negros. Al parecer un tercio de la población cubana es negra, un tercio blanca y un tercio mulata. El régimen siempre ha alardeado de su tolerancia hacia la parte negra de su población. Sin embargo, las fotografías de los miembros del Comité Central del Partido Comunista de Cuba muestran que la mayoría son blancos de pura raza. Sobre este particular, pocas cosas han cambiado desde 1971.

Aunque ciertos aspectos del presente cubano puedan parecerse a los de la década de los setenta, cosa que acercaría sospechosamente la palabra «revolución» al estancamiento,[61] nuestra comprensión de muchos personajes y acontecimientos históricos ha cambiado a la luz de nuevas pruebas. No se trata sólo de que abunden las biografías de Castro (por ejemplo, la de Quirk) o el Che Guevara (la de Castañeda). Incluso la imagen que teníamos del hundimiento del *Maine* en 1998 ha cambiado para siempre después del meticuloso estudio preparado en los setenta por el almirante estadounidense Hyman Rickover, comandante en aquel entonces de la flota de submarinos nucleares de Estados Unidos. Cuando sus deberes en el lecho oceánico se lo permitían, se dedicaba a indagar en los archivos navales y dio la categórica explicación de que fue un incendio en las carboneras adyacentes al depósito lo que hundió al *Maine*. Señaló que, al igual que habían hecho los informes de Peral y de Salas, en los barcos de guerra las carboneras se situaban por aquel entonces a los lados y las municiones en el centro, con una separación metálica entre ellas, para que en caso de ataque el carbón actuara a modo de amortiguador. El carbón del *Maine* era bituminoso; ardía mejor que la antracita, que era la alternativa. Las prue-

bas indicaban que el carbón del *Maine* no se había examinado desde hacía casi doce horas.

Por supuesto, esta conclusión exculpa a los españoles y da una imagen bastante indigna de los estadounidenses. Rickover especulaba sobre el hecho de que en 1898 un tribunal naval de investigación tan distinguido no hubiera sido informado sobre los numerosos incendios que se producían en las carboneras de tantos barcos de la marina estadounidense. (En 1897, Theodore Roosevelt, en calidad de secretario adjunto de la marina, había llegado incluso a recomendar una investigación sobre las ventajas y desventajas de los diferentes tipos de carbón y las causas de la combustión espontánea que se producía en ocasiones). El almirante Rickover comentaba secamente que «la tendencia natural a buscar razones que no perjudicaran a la marina pudo ser un factor determinante en el fallo del tribunal»; un informe adverso hubiera arrojado ciertas dudas sobre el diseño del barco. Rickover concluía: «De haber explotado el barco en un puerto estadounidense o amigo… es poco probable que la investigación hubiera hecho recaer la culpa en una mina».

El excelente trabajo de Rickover fue publicado por el Naval Institute Press de Anápolis, cosa que quizá explique por qué no se le dedicó mayor atención. Jamás llegó a entrar en el flujo de estudios sobre las causas de la guerra hispano-norteamericana de 1898. En los años sesenta y setenta en Washington todos sabían que Rickover era un hombre muy inteligente, pero lo consideraban un estorbo, así que lo más fácil fue no hacer caso de las implicaciones de sus descubrimientos.

La crisis de los misiles de 1962, tan extensamente discutida en este libro, es otro buen ejemplo. Recientemente hemos descubierto mucho más sobre el épico encontronazo de la Unión Soviética y Estados Unidos sobre Cuba a raíz de la publicación de las transcripciones de las conversaciones entre el presidente Kennedy y sus asesores en la Casa Blanca. Estas «revelaciones»

nos han permitido apreciar que era mucho más que el simple compromiso de no invadir Cuba lo que se decidió entre Estados Unidos y la Unión Soviética; Estados Unidos también aceptó retirar sus (anticuados) misiles Júpiter de Turquía, siempre y cuando la Unión Soviética no hiciera público el acuerdo.

Una lectura cuidadosa de las transcripciones demuestra también que el presidente Kennedy era el más moderado de quienes tenían poder de decisión en la Casa Blanca; de haber seguido el consejo de los jefes de Estado Mayor, Estados Unidos hubiera invadido Cuba, y, según indican los editores, eso hubiera desencadenado casi con total seguridad una guerra nuclear a escala mundial. No sería tan descabellado comparar la rendición de McKinley a sus asesores y a una opinión pública enfervorecida en 1898 con la prudencia del presidente Kennedy en 1962.

Consideremos las otras revelaciones que han ido apareciendo desde los setenta sobre los intentos de derrocar el régimen cubano y hasta de asesinar a su dirigente. La primera oleada de información llegó de la mano del Comité Eclesiástico del Congreso estadounidense sobre operaciones de la CIA en los años setenta. Durante los procesos se desvelaron toda suerte de intrigas contra Fidel Castro. Y parece ser que la incompetencia y el surrealismo fueron las principales características de la agencia de inteligencia más importante del mundo. Aún en los noventa seguían llegando noticias de aquellos disparatados planes del pasado: la «operación Bingo», que pretendía simular un ataque de Cuba a la base de Guantánamo, lo que daría una excusa para autorizar al ejército estadounidense a caer sobre La Habana; la «operación Buenos Tiempos», que hubiera consistido en distribuir fotografías de un Castro obeso de juerga con dos señoritas en una fiesta; «Recuerda el *Maine*», un plan para «volar un buque de guerra estadounidense en Guantánamo y culpar a Cuba», como decía uno de los memorandos; por fin, un pro-

yecto para lanzar una campaña terrorista fraudulenta en Washington que justificara un ataque. Parece ser que el Estado aprobó estas ideas como «apropiadas» el 13 de marzo de 1962. [62] Gracias a las biografías de Castro de Tad Szulc y Robert Quirk, y la del Che Guevara de Jorge Castañeda, también sabemos mucho más sobre las conversaciones de principios de 1959 entre los antiguos comunistas y los líderes del nuevo gobierno, que tuvieron como resultado un gobierno comunista muy activo internacionalmente.

En Cuba, la historia sigue desempeñando un importante papel en el presente y en el futuro inmediato. Por ejemplo en un informe del quinto plenario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba de marzo de 1996, Raúl Castro, ministro de Defensa, se dedicó a hablar extensamente sobre el asalto al cuartel de Moncada, los sucesos de 1958, y la abortada invasión de bahía Cochinos, como si se tratara de sucesos recientes de la historia de la isla. Incluso llegó a comparar su victoria y la de su hermano en 1958 a las Termópilas: «Durante siglos —dijo—, la batalla de las Termópilas ha sido una gran leyenda: trescientos espartanos que, aunque supieron morir heroicamente, no fueron dominados por los persas, más numerosos y mejor armados. Con el comandante en jefe [Castro], con intención de derrotar la última ofensiva de la tiranía en el verano de 1958, trescientos rebeldes resistieron ante tres mil soldados armados con tanques, con buena artillería y con la aviación y la marina entera de su país… ¡y lograron la victoria! Los siglos pasarán y, aunque nuestros enemigos se nieguen a reconocerlo, la gente seguirá hablando de aquello como habla de la batalla de las Termópilas, con la diferencia de que los espartanos murieron heroicamente y lo perdieron todo, mientras que los trescientos rebeldes bajo el mando del comandante en jefe triunfaron».

Cuando llegue el momento, será necesario un análisis exhaustivo de los años que se resumen en este epílogo. Por el

momento, parece probable que el hecho de recuperar el conocimiento del pasado desempeñe un papel tan crucial en la historia de Cuba como lo desempeñó en Rusia antes de la caída de la Unión Soviética. Los cubanos modernos deben saber cómo Castro y sus camaradas se hicieron con el poder y lo manipularon, pero también sería útil —y hasta deseable— recordar los momentos de prosperidad del pasado cubano. Ciertamente, la Cuba colonial se asentaba en el esclavismo en la década de 1830, pero también es cierto que la esclavitud era una institución más suave que en Estados Unidos. Las fortunas que se hicieron en España como consecuencia de la prosperidad cubana fueron legión en el siglo XIX, tal como señala Ángel Bahamonte en su brillante *Hacia las Américas* (Madrid, 1992). Aún se recuerda al indiano que hacía dinero en Cuba y lo gastaba en España. En el momento de escribir este epílogo, resulta difícil contemplar con optimismo el futuro de Cuba a corto plazo. Pero a la larga, la historia de Cuba, trágica como ha sido, demostrará que nada debe darse por imposible.

HUGH THOMAS

Glosario

Abakuá. Sociedad secreta afrocubana basada en la leyenda efik, cuyos miembros son conocidos como ñáñigos.

Aguardiente. Coñac de caña.

Apapa. Negros hausas de Nigeria.

Arroba. Medida española, equivalente aproximadamente a 25 libras o 1/90 de tonelada.

Bagazo. Desecho de la caña.

Barril (de melaza). 5 y 1/2 galones norteamericanos (siglo XIX).

Batey. El grupo de construcciones que hay alrededor de un molino de azúcar, incluidas las viviendas.

Bocoy. 1) Tonel grande en el que se ponía azúcar mascabado; cabían de 40 a 60 arrobas, y generalmente había de 50 a 54, es decir, algo más de media tonelada de azúcar (1000-1500 libras).

2) Tonel grande en el que cabían de 25 a 33 barriles de melaza (siglo XIX).

Bosongo, ba-songo. Tribu negra de Angola.

Bozal. Negro nacido en África, que no sabía hablar español. Al terminar el tráfico de esclavos pasó a ser sinónimo de duro. (No confundir con el bozal que significa el trozo de carne de cerdo que se da a los caballos como premio por su buena conducta, ni con el bozal para perros).

Caballería. Medida cubana equivalente a 33 acres o 1343 áreas.

Cabildo. 1) Ayuntamiento.

2) Club, especialmente club negro.

Cachimbo. Molino de azúcar anticuado, muy pequeño.

Caja de azúcar. De 17 a 22 arrobas (en el siglo XIX).

Calesero. Cochero de la época del volante.

Carabalí. Nativo de Calabar, Nigeria.

Central. Molino de azúcar moderno que hace de «centro» moledor de caña de muchas plantaciones.

Chinchal. Pequeño comercio.

Chino. Hijo de un mulato y una negra o viceversa. La palabra cayó en desuso cuando empezaron a importarse verdaderos chinos, aunque a estos, oficialmente, se los llamaba «asiáticos».

Cimarrón. Esclavo fugitivo.

Colono. Cultivador de azúcar que vende caña a una central.

Contramayoral. Subordinado del mayoral.

Cordel. Medida agraria, equivalente a 414 metros cuadrados.

Corral. Granja pequeña, destinada en el siglo XVI a la cría de cerdos, con un radio de una legua, pero más tarde también poligonal, con 72 o 120 lados, sumando 421 *caballerías* y 36 625 *cordeles*. División practicada siempre según el voto de la comunidad a partir de 1819. Ahora se usa para hablar de cualquier granja circular, aunque sea ganadera, y también para referirse a cualquier espacio en el que se guarden animales fugitivos.

Criollo. 1) Español nacido en el Imperio y no en España (véase *peninsular*). 2) Esclavo negro nacido en América (véase *bozal, ladino*).

Cucurucho. Azúcar en bruto muy oscuro, de la parte de abajo de la caña, a diferencia del «blanco» y del «quebrado».

Esquifación. Vestidos para esclavos.

Estancia. Granja, generalmente de 5 a 50 hectáreas, y generalmente dedicada al cultivo de la batata, ñame, plátanos, lechuga, maloja, verduras y productos lácteos.

Finca. Granja cubana de tamaño medio o grande.

Garrafón. 25 botellas de vino.

Guajiro. Campesino.

Guarapo. Jugo de caña.

Hacendado. Propietario de una granja.

Hacienda. Granja.

Hato. Granja grande, con pastos, para cría de ganado. En principio eran circulares o tenían 72 lados, con un campo central señalado por un gran poste de madera, llamado bramadero. Cuando eran circulares tenían 2 leguas de radio, es decir, un área de 1684 *caballerías* y 144 *cordeles*, 4 veces el tamaño de un *corral*. Véase también *Potrero*.

Horma. Pilón en el que se ponía el azúcar en la Casa de Pinga (siglos XVIII y XIX).

Ingenio azucarero. Molino de azúcar. Se usa generalmente para referirse al molino de azúcar del pasado, anterior a la Central.

Isleño. De las Islas Canarias.

Ladino. Esclavo negro traído de África que sabía hablar español. Antes, esclavo africano que había estado dos años o más en España y Portugal.

Liborio. Nombre simbólico del cubano, equivalente a John Bull, Tío Sam, Juan Chapín (Guatemala), el Primo Concho (República Dominicana), el Charro Mexicano, etc.

Lucumí. Negro del África Occidental; yoruba.

Maestro de azúcar. Químico azucarero.

Mambí. Palabra que irónicamente parece provenir de la República Dominicana, probablemente de origen africano, que significaba cría de mono o de buitre; parece que al principio los españoles la usaron para referirse a los rebeldes, que luego la asumieron. Su origen africano se deduce del hecho de que tiene dos plurales (mambíes y mambises) y un femenino extraño (mambisa).

Mandingo. Tribu negra africana establecida entre Senegal y Liberia, y en el interior.

Mascabado. Azúcar en bruto, que no se coloca en pilones sino en bocoyes.

Mayoral. Capataz.

Merced. Concesión, por lo tanto concesión de la corona española. Ahora significa uno de los terrenos circulares cedidos en los siglos XVI y XVIII.

Miel. Melaza.

Montero. Vaquero a caballo (véase *sabanero*).

Mulecón, mulecó. Esclavo mayor que un niño, pero aún impúber. Generalmente de 14 a 18 años, a veces también de 7 a 10 años.

Muleque. 1) De ahí viene el adjetivo «mulecón». «Dar muleque»: morirse. 2) También, esclavo bozal de 6 a 14 años.

Ñáñigo. Miembro de la sociedad Abakuá.

Peninsular. Español nacido en la metrópoli, para diferenciarlo del *criollo*.

Pieza de indias. Esclavo negro de 18 a 35 años. También, esclavo negro, en general.

Potrero. Granja pequeña con pastos para la cría de ganado. Originalmente circular.

Quebrado (o terciado). Azúcar amarillo-castaño del centro de la caña, situado entre el «blanco» y el «cucurucho».

Rancheador. Hombre que perseguía a los *cimarrones* o esclavos fugitivos.

Raspadura. Azúcar dulce en bruto.

Realengo. Territorio real o de la Corona. Palabra usada en la Cuba colonial para referirse a la zona que quedaba entre las mercedes (concesiones a individuos). Se usa todavía para zonas especiales; por ejemplo, Realengo 18, zona de Oriente donde hubo una famosa revolución en los años treinta.

Sabanero. Vaquero (a pie). Véase *montero*.

Santero. Sacerdote de los cultos afrocubanos.

Situado. Subvención.

Tasajo. Carne sacudida (esto es, secada).

Trapiche. Edificio del molino en el que se molía el azúcar; en Cuba pasó a significar molino de azúcar anticuado y poco mecanizado, en contraste con el *ingenio azucarero* y la *central*; por ejemplo, se usa esta palabra para referirse a los molinos de azúcar que sólo hacen raspadina y miel.

Tren. Tren jamaicano de calderas que se utiliza en la etapa de evaporación de la manufactura del azúcar.

Vega. Plantación de tabaco.

Volante. Antiguo coche cubano con dos caballos (o uno) y grandes ruedas.

Yolof. Negro senegalés. Los trajeron a Cuba en grandes cantidades.

Nota bibliográfica

Añadimos una lista de los libros y artículos más importantes consultados en la elaboración de este estudio. Esta nota es una sugerencia para lecturas ulteriores.

HISTORIAS GENERALES DE CUBA: La *Historia de la nación cubana* (La Habana, 1952), de Ramiro Guerra y otros, en diez volúmenes, es indigesta y a menudo ilegible. El *Manual de historia de Cuba*, de Ramiro Guerra (editado por las Fuerzas Armadas cubanas en 1968) es un buen relato, claro y moderno, pero muy disperso a partir de 1898. *The History of Cuba*, de Willis Fletcher Johnson (5 vols., Nueva York, 1920) todavía tiene muchas cosas dignas de ser leídas.

HISTORIAS ECONÓMICAS: Los capítulos de Julio Le Riverend en Guerra, etc. (libro mencionado), siguen siendo interesantes. El estudio clásico es la *Historia económica de Cuba* (La Habana, 1944) de Heinrich Friedländer, pero también está anticuado. El *Estudio sobre Cuba*, obra de José A. Álvarez Díaz y un equipo de la Universidad de Miami (1963) es una fuente inestimable. Todavía puede encontrarse material útil en las obras decimonónicas de Humboldt, Pezuela, De la Sagra y García de Arboleya, pero hay que usarlas con grandes precauciones, sobre todo la última.

LA INDUSTRIA AZUCARERA: *History of Sugar*, de Nöel Deerr (2 vols., Londres, 1948) es una fuente excelente que habría que poner al día y reeditar. *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra (muchas ediciones, incluida una traducción inglesa abreviada titulada *Sugar and Society in the Caribbean*, Yale, 1964) es un ensayo introductorio famoso. *El*

ingenio, de Manuel Moreno Fraginals (vol. I, La Habana, 1964), es una magnífica muestra de erudición que ha transformado nuestros conocimientos acerca de esta industria a finales del siglo XVIII y principios del XIX. *Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar* (Buenos Aires, 1963), de Roland Ely, es una historia social admirable, aunque hay que utilizar con cautela sus capítulos técnicos.

Estos dos libros hacen que resulten superadas muchas de las obras, más antiguas, de Ramiro Guerra o incluso de Fernando Ortiz, sobre este tema, aunque *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar* (Nueva York, 1947), de este último, sigue constituyendo una lectura atractiva. Durante el siglo XX no se ha escrito nada especialmente valioso sobre la industria azucarera.

CUBA NEGRA: Los mejores libros sobre el tema son los de Fernando Ortiz, particularmente *Los negros esclavos* (La Habana, 1916), y los de su discípula Lydia Cabrera (especialmente su estudio de los ñáñigos, *La sociedad secreta Abakuá*, La Habana, 1958). Puede encontrarse información general interesante en los libros de antropólogos como Roger Bastide (por ejemplo, *Les Amériques noires*, París, 1967). Sobre la esclavitud hay la transcripción que ha hecho Miguel Barnet de las memorias de Esteban Montejo (*Biografía de un cimarrón*, La Habana, 1965), los capítulos cubanos de *Slavery in the Americas*, de Hubert Klein (Oxford, 1967), y el estudio de Arthur Corwin sobre el abolicionismo, *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba* (Texas, 1968).

ECONOMÍA: Aparte de los estudios económicos generales ya mencionados, puede encontrarse mucha información interesante sobre la economía cubana del pasado en el *Report on Cuba* del Banco Mundial (Baltimore, 1952) y en *Investment in Cuba*, estudio elaborado por el Departamento de Comer-

cio de Estados Unidos en 1956 para los empresarios norteamericanos. *Características fundamentales de la economía cubana*, de Julián Alienes (La Habana, 1950) y *Monetary Problems of an Export Economy*, de Henry Wallich (Cambridge, Massachussetts, 1950), son de utilidad. La *Geografía de Cuba*, del capitán Núñez Jiménez (La Habana, 1960) es un compendio útil.

HISTORIA SOCIAL: Sobre esto no hay mucho que recomendar aparte de *Rural Cuba*, de Lowry Nelson (Minneapolis, 1950). Puede encontrarse una perspectiva general en *Twentieth Century Cuba*, de Wyatt Macgaffey y Clifford Barnett (Nueva York, 1965). Los distintos censos (de 1899, 1907, 1919, 1943 y 1953) son todos documentos inestimables, sobre todo el primero.

HISTORIA DEL SIGLO XIX: Aparte de las importantes obras de Moreno Fraginals y Ely ya mencionadas, hay algunos estudios políticos útiles. Hay que destacar la *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España* (4 vols., La Habana, 1938), de Herminio Portell Vilá, aunque sitúa las culpas de las injusticias del siglo XX en los años más remotos del siglo pasado. *History of Cuba and its Relations with the U. S.*, de Philip Foner (vols. 1 y 2, Nueva York, 1961 y 1962) trata más o menos el mismo tema para el lector inglés y tiene un capítulo excelente sobre la industria del tabaco. La edición que ha hecho Juan Pérez de la Riva de las cartas del capitán general Tacón, *Correspondencia reservada* (La Habana, 1963) es un monumento de paciencia y erudición. El mejor estudio de la guerra de los Diez Años sigue siendo *Anales de la Guerra de Cuba* (Madrid, 1896), de Antonio Pirala, aunque insiste en el punto de vista español. El mejor relato corto de la segunda guerra de independencia es el del vol. 2 de la *Historia política de la España contemporánea*, de Melchor Fernández Almagro (Madrid, 1959), aunque también es proes-

pañol. En el bando cubano, hay relatos útiles en la gran *Historia de la nación cubana* y en la historia de Jorge Ibarra, aunque sobre esta guerra ningún cubano ha sido capaz de escribir con objetividad, a pesar de la enorme bibliografía existente. Desgraciadamente, de momento no hay ninguna biografía de José Martí que pueda clasificarse como de primera.

Muchos de los que fueron a Cuba en el siglo XIX dejaron relatos preciosos, como se verá por el uso que de ellos he hecho en este libro. (En la obra de Ely, ya mencionada, hay una bibliografía muy útil). Entre los más útiles se cuentan los de Samuel Hazard (*Cuba with Pen and Pencil*, Hartford, 1871), Edwin Atkins (*Sixty Years in Cuba*, Cambridge, Massachussetts, 1926) y la condesa Merlin (*La Havane*, 3 vols., París, 1844).

LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA Y LA OCUPACIÓN: El clásico libro desmitificador es *The Martial Spirit*, de Warren Millis (Nueva York, 1931). Un estudio excelente sobre la prensa norteamericana de 1895 a 1898 es *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press*, de Joseph Wisan (reeditado por Octagon, Nueva York, 1965). Las actitudes políticas norteamericanas están muy bien tratadas en *Politics, Strategy and American Diplomacy*, de John Grenville y George Berkeley (Yale, 1967). Un estudio más anticuado, pero admirablemente escrito, es *In the Days of McKinley*, de Margaret Leech (Nueva York, 1959). La primera ocupación militar norteamericana de Cuba está descrita por David Healy (*The U. S. in Cuba 1898-1902*, Madison, 1963) y la segunda por Allan Reed Millett (*The Politics of Intervention*, Ohio, 1968), pero desgraciadamente estos libros aparecieron cuando estaba terminada aquella sección del presente libro. El primer volumen de la vida del general Leonard Wood escrita por Hubert Hagedorn (Nueva York, 1931) es revelador.

La República cubana 1902-1952: El mejor estudio de los primeros veinte años de la República cubana sigue siendo el de G. E. Chapman (*A History of the Cuban Republic*, Nueva York, 1927). *Cuba: los primeros años de independencia*, de R. Martínez Ortiz (2 vols., París, 1921), sirve hasta 1909. El divertido estudio económico de Leland Jenks, *Our Cuban Colony* (Nueva York, 1928) sigue siendo excelente hasta 1925 aproximadamente. La compilación de hechos que hace León Primelles en sus dos volúmenes de *Crónica cubana* (La Habana, 1955 y 1957) es útil. El estudio de A. Sanjenís sobre José Miguel Gómez (*Tiberión*, La Habana, 1915) es entretenido.

Desde 1925 hasta 1952 el material es verdaderamente escaso. *The U. S. and Cuba*, de Robert F. Smith (Nueva York, 1960) es un estudio excelente de las relaciones comerciales cubano-norteamericanas en los años veinte. Sin embargo, no hay ningún estudio sobre Machado, el primer «batististato» (1933-1944), o la época de Grau y Prío. Ni siquiera se ha estudiado la Revolución de 1933. A falta de otra cosa son útiles para este período *En Cuba libre*, de Gonzalo Quesada (La Habana, 1938), *La gran mentira*, de Ricardo Adam y Silva (La Habana, 1947) y *Cómo cayó el presidente Machado*, de Alberto Lamar Schweyer (Madrid, 1934). Los primeros capítulos de *Cuba, Island of Paradox* (Nueva York, 1959), de Ruby Hart Phillips, son excelentes para ver qué se opinaba de la Revolución de 1933 en su época. También encontré muy útiles los despachos del ministro británico en La Habana de entonces, Grant Watson (ahora disponibles en la Public Record Office, Londres), y también, desde luego, los informes de Sumner Welles, el embajador norteamericano (en el volumen de 1933 de las Foreign Relations de Estados Unidos). *Eduardo Chibás*, de Luis Conte Agüero (México, 1955), aclara la breve historia del movimiento ortodoxo.

Las memorias de Raúl Roa (*Retorno a la alborada*, Santa Clara, 1964) tienen mucho material interesante sobre el final de los años veinte.

El segundo batistato: Tampoco sobre esto hay ningún estudio general. Los libros que cito a continuación tienen interés para reconstruir la historia del régimen: la propia apología de Batista, *Respuesta* (México, 1960); *El gran culpable*, de José Suárez Núñez (Caracas, 1963), y *La verdad*, de Florentino Rosell (Miami, 1960). *The Fourth Floor*, del embajador Earl Smith (Nueva York, 1962), tiene informaciones de utilidad, a pesar de sus ataques contra el Departamento de Estado.

La Revolución: Sobre el movimiento de Castro en la década de 1950 no hay escasez de material. El mejor estudio general de la lucha contra Batista sigue siendo *M26, The Biography of a Revolution*, de Robert Taber (Nueva York, 1963), a pesar de la rapidez con que se escribió. Los dos ensayos de Theodore Draper, *Castro's Revolution* (Nueva York, 1962) *y Castroism: Theory and Practice* (Nueva York, 1968), siguen siendo muy útiles. *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de Guevara (La Habana, 1963, y muchas ediciones extranjeras), es excelente para la guerra en la Sierra hasta finales de 1957. Entre otras memorias más o menos útiles se cuentan los diarios de campaña de Raúl Castro, publicados al principio en *Revolución*, enero 1959, y vueltos a publicar en *La Sierra y el Llano* (La Habana, 1959); *My Fourteen Months with Castro*, de Rufo López Fresquet (Nueva York, 1966); *Fidel Castro & Co.*, de Manuel Urrutia (Nueva York, 1964); *Diario del Granma*, de Fernando Sánchez Amaya (La Habana, 1959), *y Libertad y Revolución*, de René Ray Rivero (La Habana, 1959).

El mejor análisis general de lo que pasó con el régimen a partir de 1959 y de sus causas es *Cuba: Castroism and Commu-*

nism, de Andrés Suárez (Cambridge, Massachussetts, 1967). El retrato más interesante de Castro es el que aparece en la larga entrevista de Lee Lockwood, en *Castro's Cuba, Cuba's Fidel* (Nueva York, 1967). En *The Cuban Revolution and the Latin America*, de Boris Goldenberg (Londres, 1965), aparece una buena introducción a la evolución de Cuba en relación con el hemisferio, y los capítulos sobre la propia Cuba son buenos e imparciales. Entre las biografías de Castro se cuentan el entusiasta *Castro* de Herbert Matthews (Londres, 1969) y la polémica hostil de Luis Conte Agüero, *Los dos rostros de Fidel Castro* (México, 1960). La bibliografía sobre Guevara es cada día mayor.

La mejor introducción a los cambios económicos de la Revolución es la de Dudley Seers, ed., *Cuba, the Economic and Social Revolution* (Chapel Hill, 1964), aunque sólo llega hasta 1962-1963. *Cuba, socialisme et development*, de René Dumont (París, 1964), es una buena introducción a la historia de la agricultura bajo el régimen de Castro. Muchos periodistas han escrito sus impresiones sobre Cuba, sobre todo acerca de los primeros tiempos: *Listen Yankee*, de C. Wright Mills (Nueva York, 1960), tiene un interés episódico, igual que las impresiones de Jean-Paul Sartre (*Sartre on Cuba*, Nueva York, 1961). Warren Miller, en *Sixty Miles from Home* (Nueva York, 1961), hace una descripción favorable de la crisis de la sociedad cubana a finales de 1960.

Las reacciones norteamericanas ante Castro están analizadas en *Les États-Unis et la Révolution Cubaine* (París, 1968), de Manuela Semidei, y en las famosas obras de Theodore Sorensen, *Kennedy* (Londres, 1965; existe versión castellana, Barcelona, 1972), Arthur Schlesinger Jr., *A Thousand Days* (Londres, 1965) y Roger Hillsman, *To Move a Nation* (Nueva York, 1967). La historia de bahía Cochinos está bien explicada, desde el punto de vista de los invasores, en *The Bay of*

Pigs, de Haynes Johnson (Nueva York, 1964). Puede encontrarse mucha información útil en el examen de testigos realizados por el subcomité judicial del Senado de Estados Unidos, publicado con el título de *The Communist Threat to the U. S. Through the Caribbean* (Washington, 1960-1963).

Sobre Cuba y la política de poder a partir de 1962 está el libro de D. Bruce Jackson, *Castro, the Kremlin and Latin America* (Baltimore, 1969). La reciente política norteamericana con respecto a Cuba está además bien tratada por una serie de escritores en *Cuba and the U. S., Long Range Perspectives*, de John Plank (Washington, 1967). Dos estudios de Carmelo Mesa Lago, *The Labor Sector and Socialist Distribution in Cuba* (Nueva York, 1968) y *Availability and Reliability of Statistics in Socialist Cuba* (Pittsburgh, 1969), esclarecen muchos sucesos oscuros. El libro de K. S. Karol *Les Guérrilleros au pouvoir* (París, 1970), que apareció con posterioridad a la redacción de mi estudio, contiene un interesante análisis de la relación de Castro con el comunismo antes y después de su llegada al poder.

Bibliografía

I. LIBROS Y OPÚSCULOS

(*Las obras más importantes llevan asterisco*)

ABBOT, Willis J., *Watching the world go by,* Boston, 1933.

*ABEL, Elie, *The missiles of October,* Nueva York, 1967.

ABRIL AMORES, Eduardo, *El plan trienal del coronel Batista; la redención de un pueblo y la inmortalidad de un hombre*,La Habana, 1937.

Actas de las asambleas de representantes y del consejo de Gobierno durante la guerra de independencia,3 vols., La Habana, 1930.

ACUÑA, Juan Antonio, *Cuba: ¿revolución frustrada? ¡Que el cielo juzgue!*,Montevideo, 1960.

*ADAM Y SILVA, Ricardo, *La gran mentira, 4 de septiembre de 1933*,La Habana, 1947.

ADAMS, Brooks, *America's economic supremacy*,Nueva York, 1900.

ADAMS, Frederick Upham, *Conquest of the tropics; the story of the creative enterprises conducted by the United Fruit Company*,Nueva York, 1914.

ADAMS, John Quincy, *Memoirs of John Quincy Adams*,ed. C. F. Adams, 1874.

—, *Writings of John Quincy Adams*,ed. Worthington Chauncey Ford, Nueva York, 1913.

*AIMES, Hubert H. S., *A history of slavery in Cuba, 1511-1868*,Nueva York y Londres, 1907.

ALBEMARLE, véase Keppel, G. T.

ALDEREGUÍA, Gustavo, *En esta hora sombría*,2.ª edición, La Habana, 1957.

*ALEXANDER, R. J., *Communism in Latin America*,New Brunswick, 1957.

ALGER, Russell Alexander, *The Spanish-American War*,NuevaYork y Londres, 1901.

ALIENES UROSA, Julián, *Características fundamentales de la economía cubana*,La Habana, 1950.

AMPÉRE, Jean Jacques, *Promenade en Amérique. Etats-Unis*, *Cuba*, *Mexique*,2vols.,París, 1855.

ANDRESKI, Stanislav, *Parasitism and subversion: The case of Latin America*,Londres, 1966.

APTHEKER, Herbert, *American negro slave revols*,Nueva York, 1944.

ARANGO Y PARREÑO, Francisco, *Obras*,2 vols.,La Habana, 1952.

ARCINIEGAS, Germán, *El estudiante de la mesa redonda*,Bogotá, 1933.

ARMIÑÁN PÉREZ, Luis de, *Weyler*, *el gran capitán*,Madrid, 1946.

ARANDA, Sergio, *La Revolución agraria en Cuba*,México, 1968.

ARNAULT, Jacques, *Cuba et le Marxisme*,París, 1963.

ARTIME BUESA, Manuel, *¡Traición!*,México, 1960.

*ATKINS, Edwin F., *Sixty years in Cuba*,Cambridge, Mass., 1926.

ATTWOOD, William, *The Reds and the Blacks*,Londres, 1967.

AZCÁRATE ROSELL, Rafael, *Nicolás Azcárate el reformista*,La Habana, 1939.

AZCUY Y CRUZ, Aracelio, *Cuba: campo de concentración*,México, 1954.

BACHILLER Y MORALES, Antonio, *Cuba: monografía histórica que comprende desde la pérdida de La Habana hasta la restauración española*,La Habana, 1883.

BAEZA FLORES, Alberto, *Las cadenas vienen de lejos*,México, 1960.

BALLOU, Maturin Murray, *Due South; or Cuba, past and present*,Boston y Nueva York, 1885.

BARAN, Paul A., *Reflections on the Cuban Revolution*,Nueva York, 1961.

BARBARROSA, Enrique, *El proceso de la república; análisis de la situación política y económica de Cuba bajo el gobierno presidencial de Tomás Estrada Palma y José Miguel Gómez, con datos e informaciones estadísticas*,La Habana, 1911.

BARINETTI, Carlo, *A Voyage to Mexico and Havana including some general observations on the U.S.*,Nueva York, 1841.

BARNETT, Miguel, *Biografía de un cimarrón*,La Habana, 1965.

BARONI, Aldo, *Cuba, país de poca memoria*,México, 1944.

BASTIDE, Roger, *Les Amériques noires*,París, 1967.

BATISTA, Fulgencio, *Cuba betrayed*,Nueva York, 1962.

—, *Estoy con el pueblo*,La Habana, 1939.

—, *Piedras y leyes*,México, 1961.

—, *Respuesta*,México, 1960.

BAYO, Alberto, *Mi aporte a la revolución cubana*,La Habana, 1960.

—, *Mi desembarco en Mallorca*,México, 1944.

BEALE, Howard K., *Theodore Roosevelt an the rise of America to World Power*,Baltimore, 1956.

BEALS, Carleton, *The crime of Cuba*,Filadelfia y Londres, 1933.

—, *Rifle rule in Cuba*,Nueva York, 1935.

BEER, Thomas, *Hanna*,Nueva York, 1929.

—, *Stephen Crane, a study in American letters…*,Londres, 1924.

BEMIS, Samuel Flagg, ed., *The American secretaries of state and their diplomacy*,Nueva York, 1927-1929.

BENHAM, F., y H. A. HOLLEY,*The economy of Latin America*,Oxford, 1960.

BERNSTEIN, Harry, *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*, 1945.

BETHEL, Paul D., *Cuba y Estados Unidos*,Barcelona, 1962.

—, *Terror and Resistance in Communist Cuba*,Miami, 1964.

BLASIER, Stewart Cole, *The Cuban and Chilean communist parties, instruments of Soviet policy, 1935-1948*, Ann Arbor, 1956, tesis doctoral, no publicada.

BLEYER, Willard Grosvenor, *Main currents in the history of American journalism*,Boston, 1927.

BLUNT, Reginald, ed., *Mrs Montague… her letters and friendships from 1762 to 1800*, 1923.

BOLÍVAR, Simón, *Cartas del Libertador (1799-1830)*, Caracas, 1929.

BONSAL, Stephen, *The fight for Santiago*,Londres, 1899.

BOORSTEIN, Edward, *The Economic transformation of Cuba*,Nueva York y Londres, 1968.

BOSCH, Juan, *Cuba, la isla fascinante*,Santiago de Chile, 1955.

BOWERS, Claude, *Beveridge and the progressive era*,Cambridge, Mass., 1932.

BRENNAN, Ray, *Castro, Cuba and justice*, Nueva York, 1959.

BRODY, Richard A., con R. R. Fagen y T. J. O'Leary, véase FAGEN, Richard R.

BROWNE, Patrick, *The civil and natural history of Jamaica, etc.*, Londres, 1756.

BRUGUERA, F. G., *Histoire contemporaine d'Espagne*, París, 1953.

BRYSON, Lyman, ed., *Social changa in Latin America today*, Nueva York, 1960.

BUCHANAN, James, *The works of James Buchanan*, Filadelfia, 1908-1911.

BUENO, Salvador, *Historia de la literatura cubana*, La Habana, 1954.

BUNAU-VARILLA, Philippe, *The great adventure of Panama*, Londres, Nueva York, 1920.

BURNS, sir Alan Cuthbert Maxwell, *History of the British West Indies*, Londres, 1954.

BUXTON, sir Thomas, *The African slave trade*, Londres, 1839.

CABRERA, José M. Pérez, con Ramiro Guerra y otros, véase GUERRA, Ramiro.

CABRERA, Lydia, *El Monte*, La Habana, 1954.

—, *La sociedad secreta Abakuá narrada por viejos adeptos*, La Habana, 1958.

*CABRERA, Raimundo, *Mis malos tiempos*, La Habana, 1920.

—, *Cuba y sus jueces*, La Habana, 1887.

*CALCAGNO, Francisco, *Diccionario biográfico cubano*, Nueva York, 1878.

CALDERÓN DE LA BARCA, Frances, *The Attaché in Madrid, or Sketches of the court of Isabella II*, Nueva York, 1856.

CALDWELL, Robert Granville, *The López expeditions to Cuba, 1848-1851*, Princeton, 1915.

CALLAHAN, James Morton, *Cuba and international relations*,Baltimore, 1899.

CAMBA ANDREU, Francisco, *Fernando Villaamil*,Madrid, 1944.

CANOT, Theodore, *Revelations of a slave trader; or twenty years' adventures of Captain Canot*,nueva ed., Londres, 1954.

*CANTERO, Justo G., *Los ingenios*,La Habana, 1857.

CARBONELL Y RIVERO, Miguel Ángel, *Antonio Maceo*,La Habana, 1935.

—, *Juan Gualberto Gómez*,La Habana, 1938.

—, *Sanguily*,La Habana, 1938.

*CARR, Raymond, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966.

CARRERA PUJAL, Jaime, *Historia política y económica de Cataluña. Siglos XVI al XVIII*, Barcelona, 1946-1947.

*CARRILLO, Justo, Documentos, memorias, etc., manuscritos depositados en la Hoover Library of War, Revolution and Peace.

CARRILLO, Santiago, *Cuba 68*, París, 1968.

CASA DE LAS AMÉRICAS, La Habana, *Cuba: transformación del hombre*,La Habana, 1961.

—, *La Sierra y el Llano*,La Habana, 1961.

*CASTRO, Fidel, *Discursos para la historia*,La Habana, 1959.

—, *Guía del pensamiento político económico de Fidel*,La Habana, 1959.

*—, *History will absolve me*,Nueva York, 1961.

—, *La revolución cubana*,Buenos Aires, 1960.

*—, *26 cartas del presidio*,La Habana, 1960.

—, Discursos en *Obra Revolucionaria*, *Revolución y Granma*,La Habana, 1960.

*CASUSO, Teresa, *Cuba and Castro*,Nueva York, 1961.

**Censos de Cuba*,1899, 1907, 1919, 1931, 1943, 1953; para 1899, véase U.S. Government: War Department; para 1907, véase U.S. Government: Bureau of the Census; para 1919, 1931, 1943 y 1953, véase Cuba.

Censo nacional agrario, La Habana, 1946.

CÉSPEDES, Carlos Manuel de, *Cartas a su esposa Ana de Quesada*,La Habana, 1964.

CHADWICK, French Ensor, *The relations* of *the United States and Spain*. *Diplomacy*, *the Spanish-American War*,3 vols., Nueva York, 1909, 1911.

*CHAPMAN, Charles Edward, *A history of the Cuban Republic*,Nueva York, 1927.

CHAUNU, Huguette y Pierre, *Séville et L'Atlantique, 1504-1650*, París, 1956.

*CHESTER, Edmund A., *A sergeant named Batista*,Nueva York, 1954.

CHEVALIER, François, *La Formation des grands domaines au Mexique*,París, 1952.

*CHIBÁS,Raúl, *Memorias* (manuscritos).

Cinco diarios del sitio de La Habana,Departamento de colección cubana, La Habana, 1963.

CLAIBORNE, John Francis, *Life and correspondence of John A. Quitman*, *major-general*, *U.S.A. and governor of the state of Mississippi*,Nueva York, 1860.

CLARK, William Jared, *Commercial Cuba. A book for business men*, Londres y Nueva York, 1899.

COBLENTZ, Edmond David, ed., *William Randolph Hearst*, 1952.

COLLAZO, Enrique, *Desde Yara hasta el Zanjón*, La Habana, 1893.

COLOMBO, Cristóforo, *The Journal, 1492-1493*, Londres, 1893.

**Communist Threat to the U.S.A. through the Caribbean*, Hearings of the Internal Security Sub-Committee, U.S. Senate, Washington, D.C., 1959-1962.

CONCAS Y PALAU, Víctor María, *The Squadron of Admiral Cervera*, Washington, 1900.

Constituciones de la República de Cuba, La Habana, 1952.

CONTE AGÜERO, Luis, *América contra el comunismo*, Miami, 1961.

*—, *Eduardo Chibás, el adalid de Cuba*, México, 1955.

—, *Los dos rostros de Fidel Castro*, México, 1960; 2.ª edición: *Fidel Castro – psiquiatría y política*, México, 1968.

CORBETT, sir Julian, *England in the seven years' war*, 2 vols., Londres, 1907.

Correspondencia diplomática de la delegación cubana en Nueva York, 1895-1898, 5 vols., La Habana, 1946.

CORWIN, Arthur F., *Spain and the abolition of slavery in Cuba*, Texas, 1968.

CRASSWELLER, Robert D., *Trujillo, the life and times of a Caribbean dictator*, Nueva York, 1966.

CREELMAN, James, *On the great highway*, Londres, 1901.

CRUZ BASTILLO, Ulises, *El Mensaje a García*, La Habana, 1943.

Cuba, una revolución en marcha, París, 1967.

*—, *Census of the Republic of Cuba, 1919*, La Habana, 1922.

—, *Census of 1931*, La Habana, 1938-1939.

—, *Censo de 1943*, La Habana, 1945.

— *Censo de 1953*, La Habana, 1955.

Cuba and the Rule of Law, International Commission of Jurists, Ginebra, 1962.

Cuban Immigration 1959-1966 and its impact en Miami-Dade County, Florida, Florida, 1967.

CURTIS, Wilgus H., *The Caribbean: its political problems*,Gainesville, 1956.

CUST, Emmeline Mary Elizabeth (Mrs. Henry), *Wanderers: episodes from the travels of Lady Emmeline Stuart-Wortley and her daughter Victoria 1849-1855*, Londres, 1928.

DANIELS, Josephus, *Shirt-Sleeve Diplomat*, Chapel Hill, 1947.

*DAVIS, David Brion, *The Problem of Slavery in Western Culture*,Nueva York, 1966.

DAVIS, J. Merle, *The Cuban Church*,Nueva York, 1942.

*DEBRAY, Régis, *Révolution dans la révolution? Lutte armée et lutte politique en Amérique Latine*,París, 1967.

*DEERR, Noël, *The history of sugar*, 2 vols., Londres, 1949, 1950.

DE LA TORRIENTE, Cosme, *Cuarenta años de mi vida*, La Habana, 1940.

DE LA TORRIENTE, Lolo, *Mi casa en la tierra*, La Habana, 1956.

DÉLANO, Luis Enrique, *Cuba 66*, Santiago de Chile, 1966.

DEMAGNY, René, *Cuba, l'exil et la ferveur*, París, 1962.

DEROSNE Y CAIL, C. M., *De la elaboración del azúcar en las colonias*, La Habana, 1844; Madrid, 1925.

*DEWART, Leslie, *Cuba, church and crisis; Christianity and politics in the Cuban Revolution*, Londres y Nueva York, 1964.

DEWEY, George, *Autobiography of George Dewey,* Londres y Nueva York, 1913.

DIKE, Kenneth, *Trade and politics in the Niger delta, 1830-1885*, Oxford, 1956.

Documentos de Carlos Baliño, La Habana, 1964.

Documentos de la revolución cubana,Montevideo, 1967.

Documentos inéditos sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762, La Habana, 1963.

Documents of West Indian History, vol. I, 1492-1655, ed. Eric Williams, Trinidad, 1963.

DODD, William E., *Robert James Walker, Imperialist*, Chicago, 1913.

La Dominación Inglesa en La Habana, Libro de Cabildos, 1762-1763, Habana, 1962.

*DONNAN, Elizabeth, *Documents illustrative of the Slave Trade to America*, 4 vols., Washington, 1930; reimpresión, Nueva York, 1965.

Dos héroes y un ideal,Miami, 1962.

DOW, George Francis, *Slave ships and slaving*,15 vols., Salem, 1927.

*DRAPER, Theodore, *Castroism: theory and practice*, Londres, 1965.

*—, *Castro's revolution: myths and realities*, Londres y Nueva York, 1962.

DUBOIS, Jules, *Fidel Castro: rebel-liberator or dictator?*, Indianápolis, 1959.

DU BOIS, William Edward Burghardt, *The suppression of the African slave-trade to the United States of America, 1638-1870*,

vol. I, Cambridge, Mass., 1896.

DUGGAN, Laurence, *The Americas. The search for hemisphere security*, Nueva York, 1949.

DULLES, Foster Rhea, *America's rise to world power, 1898-1954*, Nueva York, 1955.

—, *Prelude to world power: American diplomatic history, 1860-1900*, Nueva York, 1965.

*DUMONT, René, *Cuba, socialisme et développement*,París, 1964.

—, y Julien Coléou, *La réforme agraire à Cuba: ses conditions de réussite*, París, 1962.

—, y Bernard Rosier, *The Hungry Future*, Londres, 1969.

DUMUR, Jean, *Cuba*, Lausana, 1962.

DUVERGIER DE HAURANNE, Ernest, *Huit mois en Amérique, lettres et notes de voyage, 1864-1865*, 2 vols., París, 1866.

EDWARDS, Bryan, *The history, civil and commercial of the British colonias in the West Indies*, 3 vols., Londres, 1793-1801.

*EISENHOWER, Dwight David, *Waging peace*, Londres, 1966.

ELIZALDE, Leopoldo Pío, *Defamation*,México D.F., 1961.

—, *La tragedia de Cuba*, México, 1959.

ELKINS, Stanley, *Slavery*, Chicago, 1953.

ELLIOTT, J. H., *Imperial Spain, 1469-1716*, Londres, 1963.

ELLIS, Howard S., *Economic development for Latin America*, Londres, 1961.

*ELY, Roland T., *Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar*, Buenos Aires, 1963.

—, *La economía cubana entre las dos Isabelas, 1492-1832*, 3.ª edición, Bogotá, 1962.

ENGLAND: Departments of State: Board of Trade, *Report of the privy council on the African trade 1788*, 6 pts., Londres, 1789.

ENTICK, John, *The general history of the late war…*, 5 vols., Londres, 1763.

ERENCHUN, Félix, *Anales de la isla de Cuba*, 3 vols., La Habana, 1856.

ESTADOS UNIDOS, véase U. S. Government

ESTÉVEZ Y ROMERO, Luis, *Desde el Zanjón hasta Baire*, La Habana, 1899.

**Estudio sobre Cuba*, Miami, 1963.

ETTINGER, Amos, *The mission to Spain of Pierre Soulé, 1853-1855*, Londres, 1932.

EUSTIS, Frederic, *Augustus Hemenway 1805-1876*, Salem, 1955.

EVTUSHENKO, Evgeny, *A Precocious Autobiography*,Londres, 1963.

FAGEN, Richard R., con Richard A. Brody y Thomas J. O'Leary, *Cubans in Exile: Disaffection and the Revolution*,Stanford, 1968.

—, *The Transformation of the Political Culture in Cuba*, Stanford, 1969.

FAGG, John Edwin, *Cuba, Haiti and the Dominican Republic*, Nueva York, 1965.

FANON, Frantz, *Les damnés de la terre*,París, 1961.

FERNÁNDEZ, Cristóbal, C. M. F., *El confesor de Isabel II y sus actividades en Madrid*,Madrid, 1964.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Cánovas. Su vida, su política*, Madrid, 1951.

*—, *Historia política de la España contemporánea*,2 vols., Madrid, 1959.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo, *La armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de León*,9 vols., Madrid, 1895-1903.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *La poesía contemporánea en Cuba 1927-1953*, La Habana, 1954.

FERRARA, Orestes, *Mis relaciones con Máximo Gómez*, La Habana, 1942.

FERRER, Horacio, *Con el rifle al hombro*,La Habana, 1950.

FIELD, Maunsell B., *Memories of many men and some women*, Londres, 1874.

FIGUEREDO, José María, *La revolución de Yara*, *c.* 1880.

FIGUEROA Y TORRES, Álvaro de, conde de Romanones, *Doña María Cristina de Habsburgo Lorena, la discreta Regente de España…*, 2.ª edición, Madrid, 1934.

FITZGIBBON, Russell, ed., *The constitutions of the Americas*, Chicago, 1948.

—, *Cuba and the United States, 1900-1935*, Menasha, 1935.

FLACK, Horace Edgar, *Spanish-American diplomatic relations preceding the War of 1898*, Baltimore, 1882.

*FONER, Philip, *A history of Cuba and its relations with the U.S.*, vols. I y II, 1962, 1963.

FORAKER, Joseph Benson, *Notes of a busy life*,2 vols., Cincinnati, 1916.

FORDE, Cyril Daryll, ed., *Efik traders of old Calabar*, Londres, 1956.

FORTESCUE, hon. sirJohn William, *A history of the British army*, 13 vols., Londres y Nueva York, 1899-1930.

FRANCO, José Luciano, *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*,3vols.,La Habana, 1951-1957.

FRANCO, José Luis, *La batalla por el dominio del Caribe y el golfo de México*, 3vols.,La Habana, 1964, 1965, 1968.

—, *La conspiración de Aponte*, La Habana, 1963.

—, *Plácido y otros ensayos*, La Habana, 1964.

FRANCO, Víctor, *La révolution sensuelle*,París, 1962.

FRANCOS, Ania, *La fête cubaine*, París, 1962.

FRANQUI, Carlos, *Le livre des douze*, París, 1965.

FRANK, Waldo, *Cuba: prophetic island*, Nueva York, 1961.

*FRIEDLÄNDER, Heinrich, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1944.

FROUDE, James Anthony, *The English in the West Indies*, Londres, 1888.

FYFE, Christopher, *A history of Sierra Leone*,Londres, 1962.

GAILLARDET, F., *L'aristocratie en Amérique*, París, 1883.

GALÍNDEZ, Jesús de, *La era de Trujillo*,Santiago de Chile, 1956.

GALLEGO, Tesifonte, *La insurrección cubana*, Madrid, 1897.

GALLENGA, Antonio, *The pearl of the Antilles*, Londres, 1873.

GARCÍA DE ARBOLEYA, José, *Manual de la Isla de Cuba*, La Habana, 1859.

GARCÍA CARRAFFA, Alberto y Arturo, *Enciclopedia heráldica y genealógica hispanoamericana*, Madrid y Salamanca, 1919-1930.

GARCÍA DE POLAVIEJA Y DEL CASTILLO, Camilo, marqués de Polavieja, *Relación documentada de mi política en Cuba*, Madrid, 1898.

GARCÍA GALLÓ, Gaspar M. Jorge, *Biografía del tabaco habano*, 2.ª edición, La Habana, 1961.

GARRIGÓ, Roque E., *Historia documentada de la conspiración de los soles y rayos de Bolívar*, La Habana, 1927.

GAULD, Charles A., *The last titan: Percival Farquhar*, *American entrepreneur in Latin America*, Stanford, 1964.

GEERLIGS, H. C. Prinsen, *Cane sugar and its manufacture*, Altrincham, 1909.

GENOVESE, Eugene D., *The political economy of Slavery*, Londres, 1966.

GILLY, Adolfo, *Inside the Cuban revolution*, Nueva York, 1964.

*GOLDENBERG, Boris, *The Cuban revolution and Latin America*, Londres, 1965.

GÓMEZ, Máximo, *Diario de campaña*, La Habana, 1940.

GONZÁLEZ, Edelmira, *La revolución en Cuba; memorias del coronel Rosendo Collazo*, La Habana, 1934.

GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *José Martí, epic chronicler of the U.S. in the eighties*, Carolina del Norte, 1953.

GRAY, Richard Butler, *José Martí, Cuban patriot*, Gainesville, 1962.

*GRENVILLE, John, y George Young, *Politics, strategy and American diplomacy*, Yale, 1967.

GRIEVE, Averil Mackenzie, *The last years of the English slave trade, Liverpool, 1750-1807*, Londres, 1941.

GROBART, Fabio, *XV años de lucha, en el aniversario del Partido Comunista*, La Habana, 1940.

*GUERRA, Ramiro, *Azúcar y población en las Antillas*,5.ª edición, La Habana, 1961.

*—, *Manual de historia de Cuba*, 2.ª edición, La Habana, 1964.

—, *Mudos testigos*, La Habana, 1948.

—, con José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio S. Santovenia, *Historia de la nación cubana*, 10 vols., La Habana, 1952.

*—, *Guerra de los diez años, 1868-1878*, 2.ª edición, La Habana, 1960.

—, *La industria azucarera en Cuba*, La Habana, 1940.

—, *Teodoro Roosevelt*,La Habana, 1958.

GUEVARA, Ernesto, Che, *Guerrilla warfare*, Nueva York, 1961.

*—, *Ecrits, oeuvres révolutionnaires, 1959-1967*, París, 1968.

*—, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, La Habana, 1963, trad. al francés y al inglés.

—, *The complete Bolivian diaries of Che Guevara: Bolivian diary*, Londres, 1968.

*—, *Venceremos: the speeches and writings of Ernesto Che Guevara*, Londres, 1968.

GUGGENHEIM, H. F., *The U.S. and Cuba*, Nueva York, 1933.

GUILBERT, Yves, *La poudrière cubaine; Castro l'infidèle*, París, 1961.

GURNEY, Joseph John, *A winter in the West Indies*,Londres, 1840.

*GUTELMAN, Michel, *L'agriculture socialisée à Cuba*, París, 1967.

GWYNN, Stephen, *Letters and friendships of Sir Cecil Spring Rice*,2vols., Londres, 1929.

*HAGEDORN, Hermann, *Leonard Wood*, 2 vols., Nueva York, 1931.

HAMILTON, Earl, *War and prices in Spain 1651-1800*, Cambridge, Mass., 1947.

HARING, C. H., *The buccaneers in the West Indies in the 17th Century*…, Londres, 1910.

—, *Trade and navigation between Spain and the Indies in the time of the Habsburgs*, Cambridge, Mass., 1918.

*HARRINGTON, Mark Raymond, *Cuba before Columbus*,Nueva York, 1921.

HAWTHORNE, Julian, *Nathaniel Hawthorne and his wife*,2vols.,Londres, 1885.

*HAZARD, Samuel, *Cuba with pen and pencil*, Hartford, 1871.

*HEALY, David F., *The U.S. in Cuba, 1898-1902*, Madison, 1963.

HEMMENT, John C., *Cannon and camera*, Nueva York, 1898.

HENNESSY, C. A. M., *The federal republic in Spain*, Oxford, 1962.

HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Federico, *El mensajero*,vols. I y II, La Habana, 1964.

HERR, Richard, *The eighteenth-century revolution in Spain*, Princeton, 1958.

HERRERA DE LA SERNA, Nilda, *Montoro, su vida y obra*, La Habana, 1952.

*HERRING, Hubert, *A history of Latin America*, 2.ª ed., Nueva York, 1961.

HILL, H. C., *Roosevelt and the Caribbean*, Chicago, 1927.

HILLSMAN, Roger, *To move a nation*, Nueva York, 1967.

HIRSCHMAN, Albert D., *Journeys towards progress. Studies of economic policymaking in Latin America*, Nueva York, 1963.

HOFSTADFER, Richard, *The paranoid style in American politics*, Nueva York, 1967.

HOLBROOK, Stewart Hall, *Lost men al American history*, Nueva York, 1947.

HOLLEY, H. A. y F. Benham, véase BENHAM, F.

HORREGO ESTUCH, Leopoldo, *Juan Gualberto Gómez*, La Habana, 1954.

—, *Martín Morúa Delgado*, *Vida y mensaje*, La Habana, 1954.

HOWARD, Warren, Starkie, *American slavers and the federal law, 1837-1862*, Berkeley y Los Ángeles, 1963.

HUBERMAN, Leo, y Paul M. Sweezy, *Cuba: anatomy of a revolution*, Nueva York, 1961.

—, *Socialism in Cuba*, Nueva York, 1969.

HUGHES, Trevor Jones, y E. Luard, véase LUARD, Evan.

HULL, Cordell, *The memoirs of Cordell Hull*, 2 vols., Londres, 1948.

HUMBOLDT, Friedrich Heinrich Alexander von, *Essai politique sur le royaume de Nouvelle Espagne*,2 vols., 1811.

*—, *The island of Cuba*, Nueva York, 1856.

—, *Personal narrative of travels to the equinoctial regions of the new continent, 1790-1804*, 3 vols., Bohn, 1852-1853.

IBARRA, Jorge, *Historia de Cuba*, La Habana, 1968.

ICKES, Harold L., *The secret diary of Harold L. Ickes*,Nueva York, 1955.

Institute for International Social Research. Lloyd A. Free, *Attitudes of the Cuban people toward the Castro regime in the late spring of 1960*, New Jersey, 1960.

*International Bank for Reconstruction and Development, *Report on Cuba*, Baltimore, 1952.

**Inversión en Cuba*, véase U. S. DEPARTMENT OF COMMERCE.

JACKSON, D. Bruce, *Castro, The Kremlin and communism in Latin America*, Baltimore, 1969.

JAMES, Daniel, *Cuba: the first Soviet satellite in the Americas*, Nueva York, 1961.

—, Preston E., *Latin America*, 3.ª ed., Nueva York, 1959.

JAMESON, Robert Francis, *Letters from the Havanna, during the year 1820…*, Londres, 1820.

JANES, Hurford, y H. J. Sayers, *The story of Czarnikow*, Londres, 1963.

JAY, W. M. L., Mrs, *pseud.*, Julia L. M. Woodruff, *My winter in Cuba*, Nueva York y Hartford, Conn., 1871.

JEFFERSON, Thomas, *The writings of Thomas Jefferson*,10 vols., Nueva York, 1893-1899.

*JENKS, Leland,… *Our Cuban colony, a study in sugar*, Nueva York, 1928.

JESSUP, Philip, *Elihu Root*, 2 vols., Nueva York, 1938.

JIMÉNEZ PASTRANA, Juan, *Los chinos en la lucha por la liberación cubana 1847-1930*, La Habana, 1963.

JINESTA, Carlos, *José Martí en Costa Rica*, San José, 1933.

*JOHNSON, Haynes, *The Bay of Pigs; the leaders' story of brigade 2506*, Nueva York, 1964.

*—, con Bernard Gwertzman, *Fullbright the dissenter*, Londres, 1969.

JOHNSON, Willis Fletcher, *The History of Cuba*,5 vols., Nueva York, 1920.

JOLLY, Richard, *Cuba. The economic and social revolution*, véase SEERS, Dudley G.

JULIEN, Claude, *La révolution cubaine*,París, 1961.

*KAROL, K. S., *Les Gúerrilleros au pouvoir*, París, 1970.

KENNEDY, Robert F., *Thirteen days*, Nueva York, 1969.

KENNAN, George, *American diplomacy, 1900-1950*, Chicago, 1951.

KEPNER, Charles David, y Soothill, Jay Henry, *The banana empire*, Nueva York, 1935.

KEPPEL, George Thomas, conde de Albemarle, *Memoirs of the Marquis of Rockingham and his contemporaires*, 2 vols., Londres, 1852.

KIERNAN, V. G., *The Spanish revolution of 1854*, Londres, 1966.

KIRKPATRICK, Lyman B., *The real CIA*, Londres, 1968.

*KLEIN, Herbert S., *Slavery in the America. A comparative study of Cuba and Virginia*, Londres, 1967.

KROCK, Arthur, *Memoirs. Sixty years on the fighting line*, Nueva York, 1968.

KUCZYNSKI, Robert Réné, *Population movements*, Oxford, 1936.

LAFEBER, Walter, *The new empire*,Ithaca, 1963.

*LAMAR SCHWEYER, Alberto, *Cómo cayó el presidente Machado; una página oscura de la diplomacia norteamericana*,Madrid, 1934.

LAMBERT, Francis, *The Cuban Question in Spanish Restoration Politics* (tesis doctoral no publicada), Oxford, 1968.

*LAZO, Mario, *Dagger in the heart*, Nueva York, 1968.

LEARNED, Henry Barrett, y Samuel F. Bemis, *The American secretaries of state*, vol. 6, 1927.

*—, *William Learned Marcy, secretary of state*, 1928.

LEDERER, William J., *A nation of sheep*, Nueva York, 1961.

*LEECH, Margaret, *In the days of McKinley*,Nueva York, 1959.

LEMA, marqués de, *Mis recuerdos, 1880-1901*, Madrid, 1930.

LEQUERICA VÉLEZ, Fulgencio, *600 días con Fidel*,Bogotá, 1961.

LE RIVEREND, Julio, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1965.

—, *La república, dependencia y Revolución*, La Habana, 1966.

LEWIS, Gordon, *Puerto Rico, freedom and power in the Caribbean*, Londres, 1963.

LÍSTER, Enrique, *Nuestra guerra*, París, 1966.

LIZASO, Félix, *Martí, místico del deber*,Buenos Aires, 1952.

*LLERENA, Mario, *Memoir*, manuscrito no publicado.

—, *Nuestra razón*, folleto no publicado.

LLOYD, Christopher, *The navy and the slave trade*, Londres, 1949.

*LOCKMILLER, David, *Magoon in Cuba, 1906-1909*, Chapel Hill, 1938.

—, *Enoch H. Crowder*, Missouri, 1955.

*LOCKWOOD, Lee, *Castro's Cuba: Cuba's Fidel*,Nueva York, 1967.

LONG, John Davis, *America of yesterday*, Boston, 1923.

—, *The new American navy*, 2 vols., Londres y Cambridge, Mass., 1904.

*LÓPEZ FRESQUET, Rufo, *My fourteen months with Castro*, Nueva York, 1966.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José, *Tomás Romay and the origin of sciences in Cuba*, La Habana, 1967.

*LOVEN, S., *Origins of the Tainian culture, West Indies*,Gotemburgo, 1935.

LOZANO CASADO, Miguel, *La Personalidad del General José Miguel Gómez*, La Habana 1913.

LUARD, Evan, y Trevor Jones Hughes, *Economic development of communist China, 1949-1958*, Londres, 1959.

LUNDBERG, Ferdinand, *Imperial Hearst*, Nueva York, 1937.

LUZARDO, Manuel, con B. Roca y otros, véase ROCA, Blas.

MCCULLOH, John Ramsay, *A dictionary, practical, theoretical and historical of commerce and commercial navigation*, Londres, 1840.

*MAEGAFFEY, Wyatt, y Clifford Robert Barnett, *Twentieth-century Cuba: the background of the Castro revolution*, Nueva York, 1965.

MADÁN, Cristóbal F., *Llamamiento de la isla de Cuba a la nación española*, Nueva York, 1855.

MADARIAGA, Salvador de, *Fall of the Spanish empire*,Londres, 1947.

MADDEN, Richard Robert, *The island of Cuba*, Londres, 1849.

MAHAN, Alfred Thayer, *The interest of America in sea power, present and future*, Londres y Cambridge, Mass., 1897.

MALLIN, Jay, *Fortress Cuba, Russia's American base*,Chicago, 1965.

MAÑACH, Jorge, *Martí, Apostle of freedom*,Nueva York, 1950.

MARINELLO, Juan, *Contemporáneos*,La Habana, 1964.

—, *Cuba en su puesta*,La Habana, 1944.

MARTÍ, José, *Obras completas*,La Habana, 1931.

MARTIN, Gaston, *Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises*,París, 1948.

* MARTÍNEZ ORTIZ, Rafael, *Cuba: los primeros años de independencia*,2 vols., 2.ª edición, París, 1921.

MARTÍNEZ SÁENZ, José, *Por la independencia de Cuba*,La Habana, 1959.

MARTINO, John, *I was Castro's Prisoner*, Nueva York, 1963.

Mártires de Moncada,La Habana, 1965.

MASSÉ, Etienne Michel, *L'isle de Cuba et l'Havane*,París, 1825.

MATHIESON, William Law, *British slave emancipation, 1836-1849*, Londres, 1932.

—, *Great Britain and the slave trade, 1839-1865*, *etc.*,Londres, 1929.

MATTHEWS, Herbert L., *Castro: A political biography*,Londres, 1969.

—, *The Cuban story*,Nueva York, 1961.

—, *Return to Cuba* (folleto).

MAURA GAMAZO, Gabriel (duque de Maura), *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII*,2 vols., Barcelona, 1919.

*MAY, Ernest, *Imperial democracy. The emergence of America as a great power*,Nueva York, 1961.

MELGAR, conde Francisco, *Veinte años con Don Carlos*,Madrid, 1940.

MELLA, Julio A., *Documentos para su vida*,La Habana, 1964.

MENESES, Enrique, *Fidel Castro: siete años de poder*,Madrid, 1966.

MERINO, Bernardo, y Federico Ibarzábal, *La revolución de Febrero*,2.ªedición, La Habana, 1918.

MERLE, Robert, *Moncada, premier combat de Fidel Castro*, *26 juillet 1953*, París, 1965.

MERLIN, Mercedes, condesa, *La Havane*,3 vols.,París, 1844.

MESA-LAGO, Carmelo, *The labour sector and socialist distribution in Cuba*,Nueva York, 1968.

MEYER, Karl E., ed., *Fulbright of Arkansas*,Washington, 1963.

—, y T. Szulc, véase SZULC, Tad.

MILLER, Warren, *90 miles from home; the face of Cuba today*,Boston, 1961.

*MILLETT, Allan Reed, *The politics of intervention; the military occupation of Cuba, 1906-1909*, Columbus, 1968.

*MILLIS, Walter, *The Martial spirit*,Nueva York, 1931.

MILLS, C. Wright, *Listen*, *Yankee; the revolution in Cuba*,Nueva York, 1960.

MINER, Dwight Carroll, *The fight for the Panama route*,Nueva York, 1940.

MONAHAN, James y Kenneth Gilmore, *The great deception*,Nueva York, 1963.

MONROE, James, *The writings of James Monroe*,7 vols., Nueva York, 1898-1903.

MONTEJO, Esteban, *The autobiography a runaway slave*, Londres, 1968.

MONTERO RÍOS, Eugenio, *El tratado de París*,Molina, 1952; Ortega, 1953.

MORALES Y MORALES, Vidal, *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana*,3 vols., La Habana, 1931.

*MORENO FRAGINALS, Manuel, *El ingenio*,tomo I,1760-1860, La Habana, 1964.

MORGAN, H. Wayne, *William McKinley and his America*,Nueva York, 1962.

MORISON, Samuel Eliot, *Admiral of the ocean sea*,2 vols., Boston, 1942.

MOROTE, Luis, *Sagasta; Melilla; Cuba*,París, 1908.

MOSES, Bernard, *The Spanish dependencies in South America*,Londres, 1914.

MUNRO, Dana, *Intervention and dollar diplomacy*,Princeton, 1964.

MURPHY, Robert Daniel, *Diplomat among warriors*,Londres, 1964.

MUSGRAVE, George Clarke, *Under three flags in Cuba*,Londres y Cambridge, Mass., 1899.

*NELSON, Lowry, *Rural Cuba*,Minneapolis, 1950.

*NEVINS, Josep Allan, *Hamilton Fish*,Nueva York, 1937.

NIÑO, Alberto, *Antecedentes y secretos del 9 de Abril*,Bogotá, 1949.

NIXON, Richard M., *Six crises*,Londres, 1962.

—, *The speeches of Vice-President Richard M. Nixon: Presidential campaign, 1960*, Washington, 1961.

NORTH, Joseph, *Cuba: hope of a hemisphere*,Nueva York, 1961.

Nuestra Razón: Manifiesto – programa del movimiento 26 de Julio.

Nuevos papeles sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762, La Habana, 1951.

*NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio, *Geografía de Cuba*,2.ª edición, La Habana, 1961.

O'BRIEN, Frank Michael, *The story of «Thet Sun», New York, 1833-1928*, Nueva York y Londres, 1928.

O'KELLY, James J., *The Mambi-Land, or adventures of a Herald correspondent in Cuba*,Londres y Filadelfia, 1874.

O'LEARY, Thomas. J., con R. R. Fagen y A. Brody, véase FAGEN, Richard R.

OLIVAR BERTRAND, Rafael, *El caballero Prim*,2 vols., Barcelona, 1952.

*ORTIZ, Fernando, *Cuban counterpoints, tobacco and sugar*,Nueva York, 1947.

*—, *Hampa Afro-Cubana: Los negros brujos*,Madrid, 1917.

*—, *Hampa Afro-Cubana: Los negros esclavos*,La Habana, 1916.

—, *La africanía de la música folklórica de Cuba*,La Habana, 1950 y 1965.

—, *La decadencia cubana*, La Habana, 1934.

—, *Los bailes y el teatro de los negros en el folclore de Cuba*,La Habana, 1951.

—, *Los cabildos afrocubanos*,La Habana, 1921.

OSANKA, Franklin Mark, ed., *Modern Guerrilla Warfare*,Nueva York, 1962.

OTERO, Lisandro, *Cuba*,La Habana, 1960.

PACHTER, Henry Maximilian, *Collision course*,Londres, 1963.

Papeles sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762, La Habana, 1948.

PARES, Richard, *War and trade in the West Indies*,Nueva York, 1963.

PARK, Charles F., *Manganese deposits of Cuba*,Washington, 1942.

*PARRY, J. H., y Sherlock, P. M., *A short history of the West Indies*,2.ª edición, Londres, 1963.

PELIFER, Charles, M., *Tomorrow in Cuba*,Nueva York, 1899.

PERAZA, C. C., *Machado, crímenes y horrores de un régimen*,La Habana, 1933.

*PÉREZ DE LA RIVA, Francisco, *El café, historia de su cultivo y explotación en Cuba*,La Habana, 1944.

—, *Origen y régimen de la propiedad territorial en Cuba*,La Habana, 1946.

PÉREZ DE LA RIVA, Juan, ed., véase TACÓN, *Correspondencia.*

PERKINS, Dexter, *The Monroe doctrine 1867-1907*, Baltimore, 1937.

PERKINS, Howard Cecil, ed., *Northern editorials on secession*,2 vols.,1942.

*PEZUELA, Jacobo de la, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la isla de Cuba*,4 vols., Madrid, 1859.

—, *Ensayo histórico de la Isla de Cuba*,Nueva York, 1842.

—, *Sitio y Rendición de La Habana en 1762*, Madrid, 1859.

PFLAUM, Irving P., *Reports on Cuba: American universities field staff reports service*,vol. 4, 1960.

PHILALETHES, Demoticus, *Yankee travels through the island of Cuba*,Nueva York, 1856.

PHILLIPS, Ruby Hart, *Cuba, island of paradox*,Nueva York, 1959.

—, *Cuban sideshow*,LaHabana, 1935.

— *The Cuban dilemma*,Nueva York, 1962.

PHILLIPS, Ulrich Bonnell, *American Negro slavery: a survey*,Londres y Nueva York, 1918.

PICHARDO MOYA, Felipe, *Los Indios de Cuba en sus tiempos históricos*,La Habana, 1945.

PINO Santos, Óscar, *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*, La Habana, 1961.

—, *La estructura económica de Cuba y la reforma agraria*, La Habana, 1959.

*PIRALA, Antonio, *Anales de la guerra de Cuba*, 3 vols., Madrid, 1896.

PIRON, Hippolyte, *L'île de Cuba*, París, 1876.

PLANK, John, ed., *Cuba and the U.S.: long range perspectives*,Washington, 1967.

PLASENCIA, Aleida, ed., *Recuerdos de las guerras de Cuba, 1868-1871*, La Habana, 1963.

Playa Girón, Derrota del imperialismo,4 vols., La Habana, 1961.

POLK, James Knox, *The diary of James K. Polk during his presidency, 1845-1849*, Chicago, 1910.

POPE-HENNESSY, James, *Sins of the fathers*, Londres, 1967.

PORTELL VILÁ, Herminio, *Céspedes, el padre de la patria cubana*, Madrid, 1931.

*—, *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España*, 4 vols., La Habana, 1938.

PORTER, Robert, *Industrial Cuba*, Nueva York y Londres, 1899.

PRATT, Julius, *Expansionists of 1898*, Baltimore, 1936.

PRESCOTT, William H., *History of the Conquest of Mexico*, 2 vols., 4.ª edición, Londres, 1849.

*PRIMELLES, León, *Crónica cubana*,2 vols.,La Habana, 1955, 1957.

Primer Estudio Provisional del Balance de Recursos de Trabajo,julio de 1962.

PRINGLE, H. F., *Life and Times of William Howard Taft*,2vols., Nueva York, 1939.

—, *Theodore Roosevelt*,Londres, 1932.

**Problems of the New Cuba*,Nueva York, 1935.

El PSP,La Habana, 1944.

Public Opinion Survey in Cuba, preparado por la Esso Standard Oil Company (ciclostilado), Nueva York, 1950.

QUESADA Y MIRANDA, Gonzalo de, *En Cuba Libre!*,La Habana, 1938.

RAMÓN DE SAN PEDRO, J. M., *Don José Xifré Casús*,Barcelona, 1956.

RASHED, Zenab Esmat, *The peace of Paris, 1763*, Liverpool, 1951.

*RAUCH, Basil, *American interest in Cuba: 1848-1855*, Nueva York, 1948.

RAVINES, Eudocio, *La gran estafa*, México, 1952.

RAY RIVERO, René, *Libertad y revolución: Moncada, Granma, Sierra Maestra*,1959.

*REBELLO, Carlos, *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba*,1860.

REED, William Howell, *Reminiscences of Elisha Atkins*,Cambridge, Mass., 1890.

Reply to the U.S. state department white paper on Cuba,La Habana, 1961.

REYES, Orlando, *Mitos y Leyendas de las Villas*,Santa Clara, 1965.

REYNOSO, Álvaro, *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar*, 5.ª edición, La Habana, 1954.

RHODES, James Ford, *The McKinley and Roosevelt administrations, 1897-1909*, Nueva York, 1922.

RICHARDSON, James Daniel, *A compilation of the messages and papers of the presidents, 1789-1897*, 1896, etc.

RICHARDSON, Leon Burr, *William E. Chandler, republican*,Nueva York, 1940.

RIPPY, James Fred, *British investments in Latin America, 1822-1949*, Minneapolis, 1959.

*RIVERO MUÑIZ, José, *Tabaco: su historia en Cuba*,vol. I,La Habana, 1964.

ROA, Raúl, *En pie*,Santa Clara, 1959.

—, *Retorno a la alborada*,2 vols.,La Habana, 1964.

—, *Rubén Martínez Villena; La Pupila Insomne*, La Habana, *c.*1960.

ROBERTS, W. Adolphe, *Havana: portrait of a city*,Nueva York, 1953.

ROBINSON, Albert Gardner, *Cuba and the intervention*,2.ª edición, Nueva York, 1910.

ROCA, Blas, *¡Al combate!*,La Habana, 1946.

—, *Balance de la labor del partido desde la última asamblea nacional y el desarrollo de la Revolución*,La Habana, 1960.

—, *Contra la reacción sediciosa*,La Habana, 1940.

—, *El socialismo cubano y la Revolución de Fidel*,Lima, 1961.

—, *En defensa del pueblo*,La Habana, 1945.

—, *Las experiencias de Cuba*,La Habana, 1939.

*—, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*,La Habana, 1961.

—, *Por la consolidación de la república democrática y los avances obtenidos*,La Habana, 1939.

—, *Por la defensa nacional y el progreso de Cuba*,La Habana, 1941.

—, *29 artículos sobre la Revolución Cubana*,La Habana, 1960.

*RODRÍGUEZ, Carlos Rafael, *La Revolución Cubana y el período de transición*,mecanogr. La Habana, 1966.

RODRÍGUEZ, Horacio, *Che Guevara, mythe ou réalité*,París, 1969.

RODRÍGUEZ, José Ignacio, *Vida del presbítero don Félix Varela*,La Habana, 1944.

RODRÍGUEZ ALTUNAGA, Rafael, *El general Emilio Núñez*,La Habana, 1958.

RODRÍGUEZ LOECHES, Enrique, *Rumbo a Escambray*,La Habana, 1960.

RODRÍGUEZ MOREJÓN, G., *Fidel Castro: biografía*, La Habana, 1959.

RODRÍGUEZ QUESADA, Carlos, *David Salvador*,Miami, 1961.

ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio, *La Habana, apuntes históricos*, 3 vols., 2.ª edición, La Habana, 1964.

—, *Estados Unidos contra Cuba republicana*,2vols.,La Habana, 1964.

ROJO, Ricardo, *Che Guevara, vie et mort d'un ami*,París, 1969.

ROOSEVELT, Franklin D., *The public papers and addresses of Franklin D. Roosevelt*,13 vols., Nueva York, 1938.

ROOSEVELT, Theodore, *Autobiography*,Nueva York, 1913.

—, *Addresses and presidential messages of Theodore Roosevelt, 1902-1904*, Nueva York y Londres, 1904.

—, *Selections from the correspondence of Theodore Roosevelt and Henry Cabot Lodge, 1884-1918*, Nueva York y Londres, 1925.

*—, *The letters of Theodore Roosevelt*,8 vols., Cambridge, Mass., 1951-1954.

—, *The works of Theodore Roosevelt*,20 vols., Nueva York, 1926.

ROSELL, Florentino E., *La verdad*,Miami, 1960.

ROSS, Thomas Bernard, y D. Wise, véase WISE, David.

ROWAN, Andrew, y Ramsey, Marathon, *The island of Cuba*,Londres, 1898.

ROY, L. F. Le, y Gatzteln, mon, A., *Fray Gerónimo Valdés*,La Habana, 1963.

*RUBENS, Horatio Seymour, *Liberty: the story of Cuba*,Nueva York, 1932.

RUIZ, Ramón Eduardo, *Cuba: the making of a revolution*,Mass., 1968.

RUSSELL, Bertrand, *Unarmed victory*,1963.

SACO, José Antonio, *Contra la Anexión*,París, 1846.

*—, *Colección de papeles*,3 vols., 1960-1963.

*—, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el nuevo mundo y en especial en los países américo-hispanos*, vol. I, Barcelona, 1879.

SAGRA, Ramón de la, *Historia económica-política y estadística de la isla de Cuba*,La Habana, 1831.

—, *Cuba en 1860 o sea cuadro de sus adelantos en la población, la agricultura, el comercio y las rentas públicas*,París, 1863.

SÁNCHEZ AMAYA, Fernando, *Diario del Granma*,La Habana, 1959.

*SANJENÍS, Avelino, *Tiburón*,La Habana, 1915.

SANTOVENIA, E., con Ramiro Guerra y otros, véase GUERRA, Ramiro.

*—, *Prim, el Caudillo Estadista*,Madrid, 1933.

SAN MARTÍN, Rafael, *El grito de la Sierra Maestra*,Buenos Aires, 1960.

SARTRE, Jean-Paul, *Sartre in Cuba*,Nueva York, 1961.

SATINEAU, Maurice, *Histoire de la Guadeloupe sous l'ancien régime, 1635-1789*, París, 1928.

SAUVAGE, Léo, *L'autopsie du castrisme*, París, 1962.

SAYERS, H. J., y H. Janes, véase JANES, Hurford.

SCHEER, Robert, y Maurice Zeitlin, *Cuba: An American Tragedy*,ed. rev., 1964.

*SCHLESINGER, Arthur, *A thousand days. John F. Kennedy in the White House*, Londres, 1967.

SCOTT, James B., *Outline of the rise and progress of freemasonry in Louisiana*,Nueva Orleans, 1925.

*SEERS, Dudley, ed., *Cuba, the Economic and Social Revolution,* Chapel Hill, 1964.

SEITZ, Don Carlos, *Joseph Pulitzer: his life and letters*, Londres, 1926.

SELSER, Gregorio, *La Revolución Cubana*, Buenos Aires, 1960.

SEMIDEI, Manuela, *Les États-Unis et la révolution cubaine, 1959-1964*, París, 1968.

*SERVIAT, P., *40 aniversario de la fundación del Partido Comunista*, La Habana, 1965.

SHAFER, Robert Jones, *Economic societies in the Spanish world, 1763-1821*, 1958.

SHERLOCK, P. M., y J. H. PARRY, véase PARRY, J. H.

La Sierra y el Llano, véase Casa de las Américas.

SIGSBEE, Charles Dwight, *The 'Maine': an account of her destruction in Havana harbor*,etc., Londres y Nueva York, 1899.

SIMÓN, Luis, manuscrito (Hoover Library of War, Revolution and Peace).

*SMITH, Earl E. T., *The fourth floor*,Nueva York, 1962.

*SMITH, Robert F., *The U.S. and Cuba, 1917-1960*, Nueva York, 1960.

SOOTHILL, Jay Henry, y C. O. Keppner, véase KEPPNER, Charles David.

SORENSEN, Theodore C., *Kennedy*, Londres, 1965.

SORIA, Georges, *Cuba à l'heure Castro*, París, 1961.

SOUCHY, Agustín, *Testimonios sobre la revolución cubana*, Buenos Aires, 1960.

SOULSBY, H. G., *The right of search and the slave trade in Anglo-American relations, 1814-1862*, Baltimore, 1933.

SOUZA, B., *Biografía de un regimiento mambí: el regimiento Calixto García*, La Habana, 1899.

*—, *Máximo Gómez, el generalísimo*,La Habana, 1936.

STAPLETON, Edward J., *Some official correspondence of George Canning*, 2 vols., Londres, 1887.

STEIN, Edwin C., *Cuba: Castro and communism*, Nueva York, 1962.

STEPHENSOn, Nathaniel Wright, *Nelson W. Aldrich. A leader in American politics*, Nueva York, 1930.

*SUÁREZ, Andrés, *Cuba: Castroism and communism*, 1967.

SUÁREZ NÚÑEZ, José, *El gran culpable*, Caracas, 1963.

SUÁREZ RIVAS, Eduardo, *Un pueblo crucificado*,Miami, 1964.

*SUTHERLAND, Elizabeth, *The youngest revolution: A personal report on Cuba*, Nueva York, 1969.

SWANBERG, W. A., *Citizen Hearst*,Londres, 1962.

SWEEZY, Paul M., y Leo Huberman, véase HUBERMAN, Leo.

SWERLING, Boris Cyril, *International control of sugar 1918-41*, Stanford, 1949.

SZULC, Tad y Karl E. Meyer, *The Cuban invasion: the chronicle of a disaster*, Nueva York, 1962.

*TABER, Robert, *M26: The biography of a revolution*, Nueva York, 1961.

*TACÓN, y Rosique, general Miguel, *Correspondencia reservada, 1834-1836*, ed. Juan Pérez de la Riva, La Habana, 1963.

Taft-Bacon report, Washington, 1906.

TANNENBAUM, Frank, *Slave and citizen: the Negro in the Americas*, Nueva York, 1947.

TATU, Michel, *Power in the Kremlin*,Londres, 1969.

TAUSSIG, Charles W., *Some notes on sugar and molasses*, Nueva York, 1910.

TAYLOR, John Glanville, *The United States and Cuba*, Londres, 1851.

THAYER, Thomas Prence, *Chrome resources of Cuba*, Washington, 1942.

TITHERINGTON, Richard H., *A history of the Spanish-American War*, Nueva York, 1910.

TOUZEAU, James, *The rise and progress of Liverpool from 1551-1835*, 2 vols., Liverpool, 1910.

TRELLES, Carlos Manuel, *El Progreso (1902-1905) y el retroceso (1906-1922) de la República de Cuba*, La Habana, 1923.

TROLLOPE, Anthony, *The West Indies and the Spanish Main*, Londres, 1862.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España en el siglo XIX, 1808-1914*, París, 1961.

*TURNBULL, David, *Travels in the West*, Londres, 1840.

URRUTIA LLEÓ, Manuel, *Fidel Castro and Company, Inc.*,Nueva York, 1964.

U.S. Government, *A Survey of Agriculture in Cuba*, Washington, 1969.

—, *The White Paper on Cuba*, Washington, 1961.

—, *Investment in Cuba*, Washington, 1956.

—, *Report on the census of Cuba 1899*, Washington, 1900.

—, *Statement of the secretary of the navy of expenditures under the navy department in the island of Cuba from January 1, 1899, to April 30, 1900*, Washington, 1900.

—, *Summary of the labor situation in Cuba*, Washington, 1956.

—, Bureau of the census: *Cuba: population, history, resources, 1907.*

—, War Department, *Annual report for 1899, 1900, 1901 and 1902*, Washington, 1900, 1901, 1902, 1903.

VARONA, Enrique, *De la colonia a la república*, La Habana, 1919.

VEGA COBIELLAS, Ulpiano, *Los doctores Ramón Grau San Martín y Carlos Saladrigas Zayas*, La Habana, 1944.

VELA, David, *Martí en Guatemala*, Ciudad de Guatemala,1954.

VÉLEZ, Claudio, ed., *The politics of conformity in Latin America*, Londres, 1967.

VENTURA NOVO, Esteban, *Memorias*, México, 1961.

VICENS VIVES, Jaime, *Manual de historia económica de España*, Barcelona, 1969.

VILAVERDE, Cirilo, *Cecilia Valdés*, La Habana, 1941.

*VITON, A., y F. Pignalosa, *Trends and forces of world sugar consumption*, Roma, 1961.

VIVÓ, Hugh, *El empleo y la población activa de Cuba*, La Habana, 1950.

*WALLICH, Henry Christopher, *Monetary problems of an export economy; the Cuban experience, 1914-1947*, Cambridge, Mass., 1950.

WARD, William Ernest Frank, *A history of Ghana*, 2.ª edición, Londres, 1958.

WELLES, Sumner, *Naboth's vineyard*, 2 vols., Nueva York, 1928.

—, *The time for decision*,Londres y Nueva York, 1944.

WEYL, Nathaniel, *Red star over Cuba, the Russian assault en the western hemisphere*, Nueva York, 1960.

WEYLER, general, *Mi mando en Cuba*, 6 vols., Madrid, 1910.

WHITAKER, Arthur P., *The U.S. and the independence of Latin America 1800-1830*, 2.ª edición, Nueva York, 1964.

WHITWORTH, sirCharles, *State of trade of Great Britain in its imports and exports progressively from the year 1697*, 2 pts., Londres, 1776.

WILKERSON, Loree A., *Fidel Castro's political programs from reformism to Marxism-Leninism*,Gainesville, 1965.

WILKERSON, Marcus Manley, *Public opinion and the Spanish-American war*, Luisiana, 1932.

WILLIAMS, Eric, *Capitalism and slavery*, 2.ª edición, Londres, 1964.

WILLIAMS, Gomer, *History of the Liverpool privateers and letter of marque, with an account of the Liverpool slave trade*,Londres,

1897.

WILLIAMS, William Appleman, *The U.S.*, *Cuba and Castro*,Nueva York, 1962.

*WISAN, Joseph E., *The Cuban crisis as reflected in the New York press (1895-1889)*,Nueva York, 1965.

WISE, David, y Ross, Thomas Bernard, *The invisible government*,Londres, 1965.

*WOOD, Bryce, *The making of the good neighbour policy*, Nueva York, 1961.

WOODRUFF, Julia Louisa Matilda, véase JAY, W. M. L. (*pseud.*).

WORLD BANK, *Report on Cuba*,Washington, 1951.

*WRIGHT, Irene Aloha, *Cuba*,Nueva York, 1910.

—, *The early history of Cuba*,Nueva York, 1916.

WRIGHT, Philip Green, *The Cuban situation and our treaty relations*, Washington, D.C., 1931.

WRIGHT, Robert, *The life of Major-General James Wolfe*,Londres, 1864.

YGLESIAS, José, *In the fist of the revolution*, Nueva York, 1968.

Y la luz se hizo: declaraciones del comandante Fidel Castro… en el juicio contra el ex comandante Hubert Matos, La Habana, 1959.

ZEITLIN, Maurice, y R. Scheer, véase SCHEER, Robert.

—, *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class*,Princeton, 1967.

ZULUETA, Pedro de, *Trial of Pedro de Zulueta (on a charge of slave trading) at the Old Bailey (1843)*,British and Foreign Anti-Slavery Society, 1843.

II. ARTÍCULOS

AIMES, H. S., «Coartación», *Yale Review*,vol. 17, febrero de 1909.

AUXIER, G. W., «Propaganda activities of the Cuban junta», *Hispanic American Historical Review*,vol. 19, 1939.

BAKER, Ray Stannard, «How the beet sugar industry is growing», *Review of Review*,vol. 22, marzo de 1901.

BERLE, A. A., «The Cuban crisis», *Foreign Affairs*,vol. 39, n.º 1, 40-55, octubre de 1960.

BLACKBURN, Robin, «Prologue to the Cuban revolution», *New Left Review*,octubre de 1963.

BONSAL, Philip, «Cuba, Castro and the U.S.», *Foreign Affairs*,enero de 1967.

BURT, A. L., «The Mirage of Habana», *Nation*,25 de enero de 1965.

BUTLER, Willis P., «Cuba's revolucionary medicine», *Ramports*, mayo de 1969.

Cambridge Opinion,artículos de Felipe Pazos, Carlos Diago, etc., enero de 1963.

CASTRO, Juana, «My brother is a tyrant», *Sunday Telegraph*,30 de agosto y 5 de septiembre de 1964.

CASTRO, Raúl, «Diario de campaña», *Revolución*,enero de 1959.

CAZALIS, Segundo, colaboraciones en *La República*,Caracas, 4, 5, 7, 8, 9 y 10 de febrero de 1966.

CORBITT, D. C., «Immigration in Cuba», *Hispanic American Historical Review*,vol. 22, 1942.

—, «Mercedes and realengos», *Hispanic American Historical Review*,vol. 19, 1939.

—, «El primer ferrocarril construido», *Revista Bimestre Cubana*, vol. 12, abril-junio de 1938.

COX, Isaac, «The Pan-American policy of Jefferson and Wilkinson», *Mississippi Valley Historical Review*,vol. 1.

CRONON, Edmund David, «Interpreting the new good neighbour policy: the Cuban crisis of 1933», *Hispanic American Historical Review*,vol. 39, n.º 4, pp. 558-567, 1959.

CUBILLAS, Vicente, «Los sucesos del 30 de noviembre de 1956», *Bohemia*,6 de diciembre de 1959.

DEERR, Noël, y Alexander Brooks, «The early use of steam power in the cane sugar industry», the *Newcomen Society, Transactions*, vol. 21 (1940-1941).

DEL VALLE, Aldo Isidrón, «La batalla de Santa Clara», *Hoy*, 16 de julio de 1965.

DRAPER, Theodore, «Castro and communism», *Reporter*,17 de enero de 1963.

DUMONT, René, «Les Cubains trouvent le temps long», *Le Monde*,9de diciembre de 1969.

FITZGIBBOn, R. H., y H. M. Mealey, «The Cuban elections of 1936», *American Political Science Review*,agosto de 1936.

FRAYN, Michael, «Michael Frayn in Cuba», *Observer*, 12, 19, 26 de enero de 1969.

GOLDENBERG, Boris, «La revolución agraria cubana», *Cuadernos*, 48-56, febrero de 1962.

GRAHAM, James D., «The slave trade, depopulation and human sacrifice in Benin History», *Cahiers d'Études Africaines*, vol.5, Bk 2, 1965.

GRENVILLE, J. A., «American naval preparations for war with Spain 1896-1898», *American Studies*,vol. 2, n.º 1.

HENNESSY, C. A. M., «The roots of Cuban nationalism», *International Affairs*, julio de 1963.

HILL, Laurence F., «Abolition of the African slave trade to Brazil», *Hispanic American Historical Review*,vol. II, mayo de 1931.

HORELICK, L., «The Cuban missile crisis», *World Politics*, abril de 1963.

HORREGO ESTUCH, Leopoldo, «El alzamiento del doce», *Bohemia*,n.º 25, 23 de junio de 1967.

JOHNSON, John J., «Political charge in Latin America. The emergence of the middle sectors», *Stanford Studies in History, Economics and Political Science*,vol.15, 1965.

JOHNSON, Leland L., «U.S. business interests in Cuba and the rise of Castro», *World Politics*,abril de 1965.

JOXE, Alain, «La *crise* cubaine de 1962», *Strategie*, n.º 1, 1964.

JULIEN, Claude, «Sept heures avec M. Fidel Castro», Le *Monde*,22 y 23 de marzo de 1963.

KHRUSHCHEV, Nikita, «My memories of power», *Sunday Times*, 16 de julio de 1967.

KLING, Merle, «Cuba: a case study of a successful attempt to seize political power by the application of unconventional warfare», *American Academy of Political and Social Science Annals*,mayo de 1962.

LANCASTER, C. M., «Gourds and Castanets», *Journal of Negro History*, enero de 1943.

LEÓN, Rubén de, «Los sucesos de Septiembre 1933», *Bohemia*,18 de marzo de 1934.

LEONTIEF, Wassily, «A visit to Cuba», *Nueva York Review of Books*, 21 de agosto de 1969.

LIDDELL HART, B. H., «Why did Khrushchev try to put missiles in Cuba?», *Quick Magazine*,11 de noviembre de 1962.

LINCOLN, Freeman, «Julio Lobo, colossus of sugar», *Fortune*,vol. 58, n.º 3, septiembre de 1958.

LUIS, Carlos, «Notes of a Cuban Revolutionary in Exile» (¿1965?).

MCNEILL, Harry, «No "curse" en the Negro», *Negro World Digest*,vol. 1,1940.

MANZANI, Carl, «Fidel Castro: a partisan view», *Mainstream*,mayo de 1961.

MARSHALL, C. E., «Birth of the mestizo in New Spain», *Hispanic American Historical Review*,vol.14, 1934.

MARTIN, Percy A., «Slavery and abolition in Brazil», *Hispanic American Historical Review*,vol. 13, 1933.

MESA-LAGO, Carmelo, «Availability and reliability of statistics in Socialist Cuba», *Latin American Research Review*,primavera y verano de 1969.

MEORE, Carlos, *Présence Africaine*,octubre de 1965.

MOSES, David, «Diego Martínez in the bight of Benin», *Journal of African History*, vol. 6, 1965.

NEASHAM, V. Aubrey, «Spain's emigrants to the New World», *Hispanic American Historical Review*,vol. 19, 1918.

O'BRIEN, Edna, «Look at Cuba», *Sunday Times*, 1 de diciembre de 1968.

O'CONNOR, James, «The foundations of Cuban socialism», *Studies on the Left*, 1963.

PAZOS, Felipe, «Dificultades y posibilidades de una política de industrialización de Cuba», *Humanismo*,n.º 24, octubre de 1954.

PAZOS, Javier, «Long live the revolution», *New Republic*,3 denoviembre de 1962.

PÉREZ DE LA RIVA, Juan, «Documentos para la historia de las gentes sin historia; el tráfico de culíes chinos», *Revista de la Biblioteca José Martí*, año 6, n.º 2.

—, «Demografía de los culíes chinos en Cuba», *Revista de la Biblioteca Nacional*,año 57, n.º 4.

PIERSON, W. W., «Francisco Arango», *Hispanic American Historical Review*,vol. 16, 1936.

PORTELL VILÁ, Herminio, «Cuban students and Machado's bloody tyranny», *Cuban Information Service*,1932.

PRATT, J. W., «Origin of manifest destiny», *American Historical Review*,vol. 32, julio de 1927.

PRICHARD, Walter, «Effects of the civil war on the Louisiana sugar industry», *Journal of Southern History*, vol. 5, agosto de 1939.

RETAMAR, Roberto, «Les Intellectuels dans la révolution», *Partisans*, abril-junio de 1967.

ROBERTSON, C. Alton, «The political role of protestants in Cuba», *Occasional Bulletin Missionary Research Library*, vol. 18, n.os 1 y 2, enero-febrero de 1967.

SAKUN, P., colaboraciones en URSS, julio de 1968.

SCHIFFREN, André, «Cuba's Fourth World», 29 de junio de 1968.

SCROGGS, W. O., «William Walker's designs on Cuba», *Mississippi Valley Historical Review*,vol. 1

SEALE, Patrick, y Maureen McConville, «Is there a "Philby" near de Gaulle?», *Observer*, 14 y 21 de abril de 1968.

SHAFTER, general, «Cuba with Shafter», *Century Magazine*, enero de 1899.

SHAW, Ben B., «Building a railway in unusual circumstances», *Railway Age*, 31 de octubre de 1925.

SHERIDAN, R. B., «The wealth of Jamaica in the 18th Century: a rejoinder», *Economic Historical Review*,segunda serie, vol. 21, n.º 1, abril de 1968.

SIMÓN, Luis, «Mis relaciones con el Che Guevara», *Cuadernos*,mayo de 1962.

STERN, Daniel J., «Defensive reactions to political anxiety; the American anticommunist liberal and the invasion of Cuba», *Studies on the Left*,vol. 2, n.º 2, 3-29, 1961.

STOKES, W. S., «The Cuban parliamentary system in action 1940-1947», *Journal of Politics*, 1 de mayo de 1949.

—, «Nacional and local violence in Cuban politics», *Southwestern Social Science Quarterly*, septiembre de 1953.

TEICHERT, Pedro C. M., «Latin America and the socioeconomic impact of the Cuban revolution», *Journal of Inter-American Studies*,vol. 4, pp. 105-120, enero de 1962.

THOMAS, Hugh, «Castro and communism», *Listener*, 16 de enero de 1964.

—, «Murder in Havana», *New Statesman*, 29 de mayo de 1964.

—, «Origins of the Cuban revolution», *World Today*, octubre de 1963.

—, «The Origins of the Cuban revolution», *Listener*,9 de enero de 1964.

Thomas, R. P., «The Sugar colonies of the old empire: profit or loss for Great Britain», *Economic History Review, 2nd series*, vol. 21, n.º 1, abril de 1968.

TUTHILL, R. L., «An independent farm in Cuba», *Economic Geography*,vol. 25, n.º 3, pp. 201-210, julio de 1949.

VÉLIZ, Claudio, «Cuba», *Topolski's Chronicle*,vol. XI, n.os 17-20, 1963.

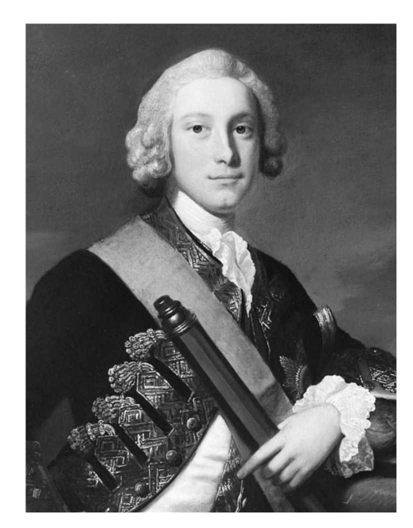
VILLAREJO, Donald, «American investment in Cuba», *New University Thought*,vol. I, n.º 1, primavera de 1960.

WOHLSTETTER, Roberta, «Cuba and Pearl Harbor: hindsight and foresight», *Foreign Affairs*, julio de 1965.

—,y Albert WOHLSTETTER, «Controlling the risks in Cuba», *Adelphi Papers*, abril de 1965.

WRONG, Dennis H., «The American left and Cuba», *Commentary*, 93-103, febrero de 1962.

YGLESIAS, José, «Cuban Report: their hippies, their squares», *New York Times*, 12 enero de 1969.



Por cortesía de la National Portrait Gallery, Londres
Almirante *sir* George Pocock por un artista anónimo.



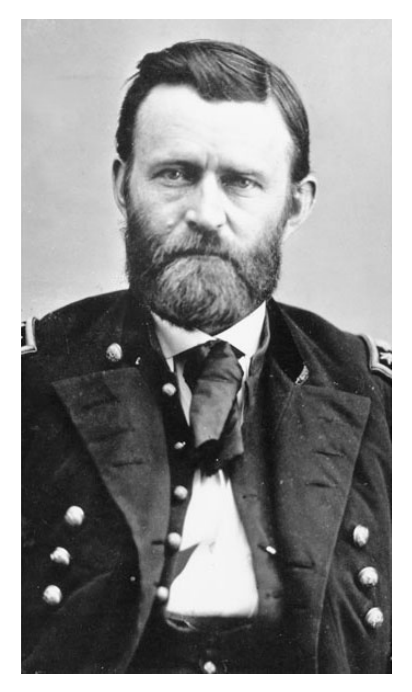
Colección privada
La Habana en el siglo XIX.


Hulton Getty
General Martínez Campos.

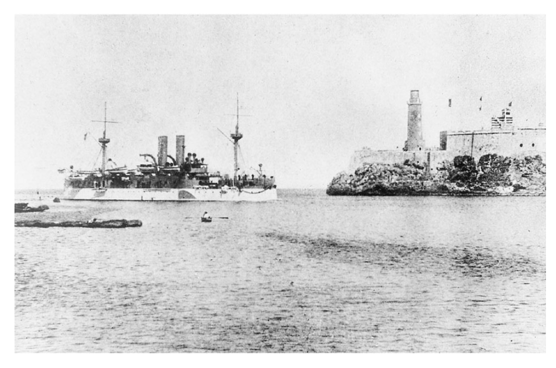

Hulton Getty
General O'Donnell.



Hulton Getty
General Weyler.



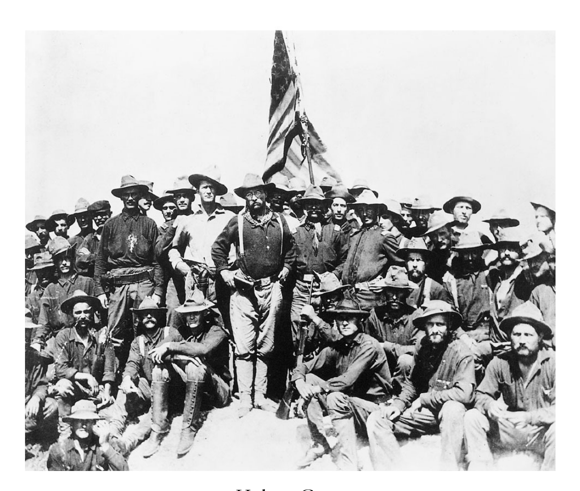
Hulton Getty
Ulysses S. Grant (1869-1877), un presidente de Estados Unidos que trató de comprar Cuba.



Hulton Getty
El *Maine* entra en la bahía de La Habana en 1898.



Hulton Getty
Theodore Roosevelt.



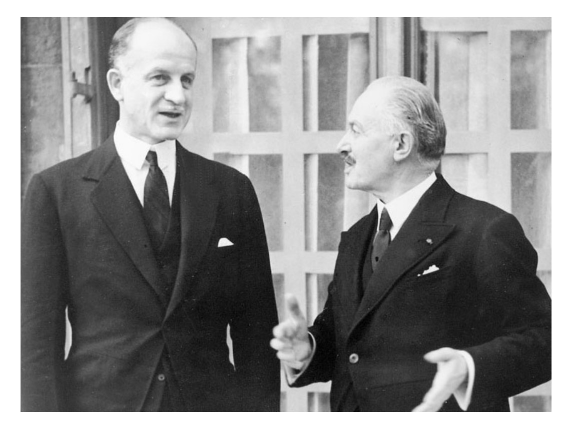
Hulton Getty
Primer regimiento de caballería de voluntarios, los Rough-Riders de Theodore Roosevelt.



Hulton Getty
Alfredo Zayas, presidente de Cuba entre 1921 y 1925.



Hulton Getty
General Miles, comandante en jefe de las fuerzas estadounidenses (1898).



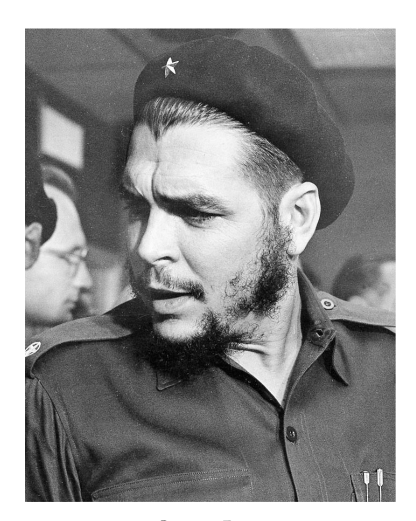
Hulton Getty
Sumner Wells habla con Albert Lebrun, presidente de Francia entre 1932 y 1940.



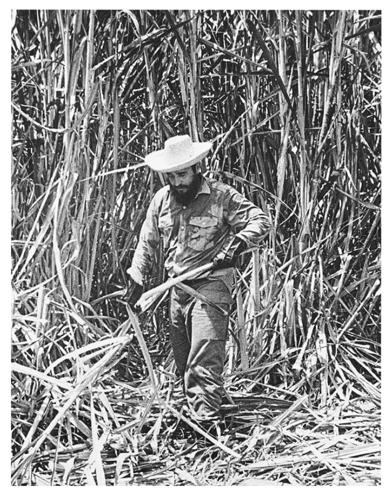
Associated Press
Batista accede al poder (1952).



Associated Press
Rolando Masferrer, después de Cayo Confites (1947).



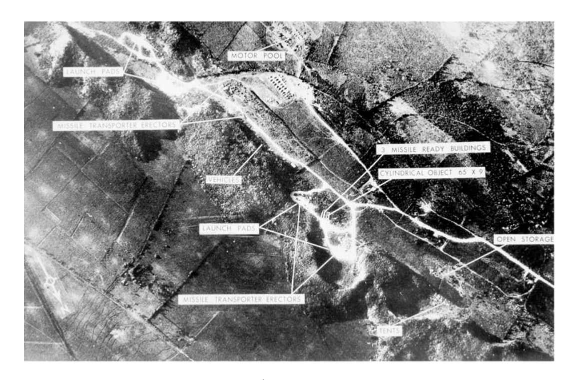
Camera Press
Che Guevara, cuando era ministro.



Hulton Getty
Castro cortando caña (1965).



Camera Press
Castro expone un nuevo proyecto a la multitud.



Hulton Getty
Fotografía de la base de misiles de San Cristóbal sacada desde un avión espía U2.



Hulton Getty
Castro se despide del vicepresidente Nixon en Washington (abril de 1959).



HUGH SWYNNERTON THOMAS (Windsor, Reino Unido, 21 de octubre de 1931) es un historiador hispanista inglés.

Es uno de los más prestigiosos historiadores contemporáneos. Ha sido catedrático en la Universidad de Reading y profesor invitado en numerosos centros especializados. Es miembro de la Real Academia Española de la Historia y de la Royal Historical Society. Ha recibido importantes premios y distinciones por sus trabajos de investigación. Entre sus obras destacan *La guerra civil española* y *La historia inacabada del mundo*. Hugh Thomas está considerado como una referencia indiscutible de la historiografía británica y española.

Notas

[1] Jeffrey Goldberg, *The Atlantic Monthly*, 7 y 8 de septiembre de 2010. <<

[2] *The New York Times*, 18-19 de septiembre de 2010. <<

[3] *ibid.* <<

[4] La población de la América española y portuguesa era, hacia 1760, de unos quince millones de habitantes, mientras que la de América del Norte no pasaba del millón y medio o de los dos millones. La de Europa era, más o menos, de ciento cincuenta millones. <<

[5] De 172 620 habitantes, el censo de 1774 daba a la provincia de La Habana una población de 75 618. La población blanca de La Habana era de 43 392 habitantes, y los esclavos eran 21 291. La Habana y sus suburbios sumaban un total de 50 000 habitantes en 1792. <<

[6] «En las ciudades interiores, la plaza principal debía estar en el centro de la población, y su trazado tenía que ser oblongo; era preciso que su longitud fuera, al menos, una vez y media mayor que su anchura, dado que estas proporciones son las ideales para los festivales en los que intervienen caballos, y también para otras celebraciones… la plaza debe ser planeada teniendo muy en cuenta el posible crecimiento de la ciudad. No debe medir menos de 200 pies de anchura y 300 pies de longitud, ni debe tener una longitud superior a los 800 pies y una anchura que supere los 300. Una plaza bien proporcionada, de tamaño mediano, debe medir 600 pies de longitud por 400 de anchura. Las cuatro calles principales deben salir de la plaza,

concretamente de la mitad de cada uno de sus lados, y en cada una de sus esquinas deben confluir otras dos calles. Las cuatro esquinas de la plaza deben coincidir con los cuatro puntos cardinales, al efecto de que las calles que nazcan en la plaza no queden expuestas a los cuatro vientos principales. La plaza y las cuatro calles principales que en ella tienen su origen deben tener arcadas, en orden a facilitar el comercio», etc. (Ordenanza de Felipe II, 3 de julio de 1573, Contribuciones a la *Historia Municipal de América*, 18, citado en *Documents of West Indian History*, vol. 1, 1492-1655, editado por Eric Williams [1963], 192). <<

[7] La ciudad de La Habana es, en realidad, la ciudad de San Cristóbal de la Habana, San Cristóbal de la Llanura. <<

[8] Los capitanes de barcos contrabandistas se acercaban al puerto y enviaban una nota al gobernador en la que le decían que necesitaban reparar la nave, y acompañaban la nota con un regalo. El buque entraba en el muelle, y la carga era depositada en una casa de piedra, cuya puerta principal se cerraba; pero siempre se dejaba abierta una puerta secundaria, por la que eran sacadas las mercancías, y el tabaco, monedas, oro, pieles o cocos, eran sustituidos. Y también se daba el caso de que la carga fuera embarcada en pequeños botes, y, por la noche, los habitantes se llevaban la carga, después de que un cañón anunciara la llegada. <<

[9] Compárese con las 599 plantaciones en la colonia francesa de Saint Domingue, en 1754, y con las 648 de Jamaica, en 1768. El cabildo de La Habana habló de «más de 100». Moreno Fraginals habla de 89, 93, 98, en 1759, 1760 y 1761, en la jurisdicción de La Habana, basándose en el nuevo material. <<

[10] Colón (cuya primera madre política poseía una plantación azucarera en Madeira) llevó caña al Caribe, en su segundo viaje. Después de que en Cuba, hacia 1520, fueran fundados unos

pocos molinos, se produjo una especie de florecimiento de molinos de caña de azúcar, a finales del siglo XVI, bajo el ímpetu de las importaciones de un portugués, Gómez Reynal, el monopolista de la época. Algunos de los primeros potentados del azúcar eran portugueses, como lo eran también algunos de los maestros de azúcar; cf. Ramiro Guerra, *Manual de historia de Cuba*, 2.ª edición (1964), 97. La producción de azúcar alcanzó las 312 toneladas en los primeros años del siglo XVII, procedentes de los 37 molinos entonces existentes en el este de Cuba. Véase Deerr I, 128. <<

[11] Kennion, oficialmente, había vendido 1700 esclavos hasta abril de 1763, en vez de los 10 700 de que hablan el historiador norteamericano H. S. Aimes en su *History of Slavery in Cuba, 1511-1868* (1907), y otros 33 historiadores más. (Aimes también interpretó mal el documento: debiera haber sido Est. 84, caja 7, leg. 23, en vez de «leg. 13», y, de cualquier modo, ha sido recontado Santo Domingo 2210, carta del fiscal Francisco López Gamarra a Julián de Arriaga, Madrid, fechada el 27 de abril de 1763). Por otra parte, sería falso suponer que las 1700 «cabezas de negros bozales» aquí mencionadas fueron todas las que los ingleses vendieron, o incluso todas las que vendió Kennion. No es probable que se encuentre la cifra exacta, aunque me sorprendería que fuera inferior a 4000. <<

[12] La cursiva es del autor. <<

[13] Su lugarteniente, Pancho Gómez, hijo de Máximo, se dio muerte con su propio machete, presa de desesperación. <<

[14] La traducción es mía. <<

[15] Roosevelt fue nombrado coronel al mando de los Rough-Riders, pues Wood había sido ascendido, debido a la enfermedad del general Young. Su impaciencia había crecido los últimos días, especialmente contra el general Shafter, que, por culpa de su gota, no había podido llevar botas en una semana. El

mismo Roosevelt era muy activo, y trabajaba «como una prensa de sidra… que sea político si le gusta», señalaba Stephen Crane, «aquí abajo era un caballero». <<

[16] Retrospectivamente, esta carga fue un gran momento; en la mente de Roosevelt, tuvo una importancia inmensa: «Agité el sombrero y subimos la colina de un tirón» (*Autobiography*, p. 242); «Me alcé sobre aquellos oficiales regulares como un balón». «¿Le dije que maté a un español con mi propia mano?» (Roosevelt a Lodge, *Correspondence*, I, pp. 325-328). Un amigo, R. H. M. Ferguson, escribió a la señora Roosevelt: «Ninguna cacería anterior había sido igual a esto a los ojos de Theodore… cuando me topé con él el día de la carga… estaba en plena orgía de victoria y de sangre. Acababa de rematar a un oficial español como a un "conejo" cuando se retiraba de un fortín y nos animaba a mirar aquellos "malditos muertos españoles"». Roosevelt tenía seis pares de anteojos preparados para la acción. <<

[17] *El sistema electoral*. El electorado de 1900 se basaba en los varones. Del número total de estos en edad de votar (418 000), que equivalía al 26 por ciento de la población, 200 631, un poco menos de la mitad sabían leer; de estos, menos del 70 por ciento eran blancos y un poco más del 30 por ciento, de color. De los negros en edad de votar (127 298), 96 463 no podían hacerlo porque no sabían leer. Estos últimos equivalían al 75 por ciento de los negros varones en edad de votar. El total de negros que pudieron votar en 1899-1900 sólo alcanzó la cifra de 31 000. La exclusión de las mujeres de las urnas afectó a los negros más que a los blancos, puesto que hacia 1899 había más hembras negras y mulatas que varones, mientras que con los blancos sucedía lo contrario. Solamente 35 000 mujeres negras o mulatas de un total de 145 000 con más de veinte años podían leer, aproximadamente el mismo porcentaje que en los varones. El número de mujeres blancas de la misma edad que sa-

bían leer alcanzaba la cifra de 118 805 de un total de 371 896. <<

[18] Parece ser que se originó en África y que fue llevada a América con la trata de esclavos. Sus síntomas son: fuerte dolor de cabeza, dolores en la espalda y en el cuello, aumento de temperatura, vómitos de sangre que tiende a colorearse de negro (de aquí que se le haya llamado durante mucho tiempo «vómito negro»), pulso acelerado, delirio, coma y muerte al sexto o séptimo día. <<

[19] Hasta 1940 las mujeres no tuvieron derecho al voto. Desde 1901 hasta aquella fecha, al menos en teoría, todos los varones de más de 21 años que no fueran extranjeros, estuvieran ausentes o fueran miembros de la Guardia Rural, tenían derecho al voto. El sistema electoral establecido por la Constitución de 1940 (y reproducido en el sistema de Batista de 1952), estipulaba que todos los cubanos de más de 20 años, hombres y mujeres, tenían derecho al voto, exceptuando a los hombres en el servicio militar, los locos y los criminales: la lista de votantes se preparaba, como en Estados Unidos, por el registro de electores; pero una vez en la lista no había necesidad de registrarse de nuevo. Para evitar los fraudes, la Constitución de 1940 establecía tarjetas electorales con fotografías y huellas dactilares. <<

[20] De una esquela del 24 de febrero de 1948, en *El Mundo*. Para lo que parece ser una descripción, véase Ernest Hemingway, «The Shot», en *By Line*, pp. 422-423. «Este amigo que fue muerto a tiros, había sido un apuesto defensa de fútbol en el equipo de la universidad local. Fue uno de los mejores jugadores y actuaba de medio. Al morir era director de Deportes de la República. Nadie fue por eso castigado». <<

[21] Cf. artículos por Raúl Roa, *Retorno a la Alborada*, p. 208. A finales de la década de 1930, el Ala Izquierda Estudiantil, con-

ducida por los comunistas (Carlos Rafael Rodríguez y Ladislao González Carvajal), había controlado la universidad; luego fueron derrotados por un grupo de «políticos» que incluía El Bonche Universitario, grupo político dirigido por un auténtico, Luis Orlando Rodríguez, el cual empezó como antibatista y antidictatorial, pero gradualmente se fue corrompiendo y acabó casi en el gangsterismo. El Bonche tuvo auge hasta 1944, cuando al abandonar Batista el poder, comenzó a declinar. La lucha contra El Bonche fue dirigida por Manolo Castro. Luis Orlando Rodríguez, que luego aparecerá en este relato, comenzó su vida política luchando contra Machado, fue herido en un atentado contra la vida del comandante Arsenio Ortiz y luego se incorporó a la organización Pro Ley y Justicia. De 1944 a 1945 fue director de Deportes de Grau, precediendo a Manolo Castro, su rival. <<

[22] Partido del Pueblo Cubano (PPC). Chibás fue apoyado desde el principio por otros miembros de la generación anti Machado, como Emilio Ochoa, Manuel Bisbé, Luis Orlando Rodríguez, Rafael García Bárcena, Roberto Agramonte, Herminio Portell Vilá, Jorge Mañach y Luis Conte Agüero —el primer secretario del partido—, con muchos de los primitivos auténticos y la mayoría de sus cofrades de Oriente. Véase Conte Agüero, *Eduardo Chibás*, p. 508, para la relación de fundadores. <<

[23] De un memorando de Juan Bosch. Véanse también artículos en *El Tiempo* (Nueva York), 24 y 28 de agosto de 1966, por el coronel Esteban Ventura y Rolando Masferrer. El futuro de los participantes de esta expedición constituye por sí solo una historia de Cuba: algunos, como Rolando Masferrer, apoyaron la segunda dictadura de Batista; otros, encabezados por Fidel Castro, dirigieron la revolución de 1959 (hay que reconocer que aparte de Castro los demás revolucionarios tenían poca importancia); algunos resultaron muertos en un famoso y falli-

do intento de asesinato de Batista, en 1957; y fueron fusilados como contrarrevolucionarios en la década de 1960. <<

[24] Los antecedentes de este individuo iluminan la historia del Caribe. Perdonado gracias a la influencia de su padre adoptivo, fue jefe de la policía política (G2), en Matanzas, en tiempo de Fidel Castro, y luego se convirtió en guardaespaldas del presidente Betancourt de Venezuela. (Véase *El Tiempo* [Caracas], 12 de diciembre de 1963). <<

[25] Esto abona las observaciones, tantas veces citadas, del doctor Magiot, en *The Comedians* (1966), de Graham Greene: «Los católicos y los comunistas han cometido grandes crímenes pero, por lo menos, no han permanecido al margen… ni han sido indiferentes». <<

[26] En la historia de América Latina ha habido tantos golpes iniciados a primeras horas de la mañana que, a la palabra española «madrugón», se le ha añadido el sufijo «-azo», en relación con «cuartelazo» (golpe de Estado militar), para referirse a un alzamiento contra el gobierno iniciado en la madrugada. <<

[27] Portell Vilá, declaración hecha al autor. Ya hay varias biografías de Fidel Castro. La más favorable es la de Herbert Matthews, *Castro, a Political Biography* (Londres, 1969), y las más hostiles son las obras de su antiguo amigo Luis Conte Agüero, *Los dos rostros de Fidel Castro* (México, 1960), y una nueva publicación, *Fidel Castro, psiquiatría y política* (México, 1968). La autobiografía de Castro, que se espera desde hace mucho tiempo, aún ha de aparecer. <<

[28] Castro nació el 13 de agosto de 1926, a pesar de los rumores de que en realidad nació un año después. <<

[29] Según la declaración hecha al autor por un vicepresidente de la United Fruit Company, Ángel Castro había estado encargado de revisar el azúcar y había sido acusado de robo sistemático, aunque luego se retirara la acusación. <<

[30] Un artículo biográfico, bastante violento, pero sugestivo, de Julio del Mar en *El Diario de Nueva York*, 20 de julio de 1962, indica que la familia de Castro era integrista, es decir, carlistas del ala derecha, en lo político; procedía de Lanteira (Lugo). <<

[31] *Noticias de Hoy*, 21 de marzo de 1948 (el periódico comunista). También mataron a un amigo de Manolo Castro, Carlos Puchol Samper, y a otros. <<

[32] Testimonio de Enrique Barroso. Osvaldo Soto (entonces presidente de los estudiantes de la facultad de derecho) dice que Castro le invitó a él y a otro estudiante (Benito Besada) a un café aquella noche, para montar una coartada, y que se fue a los pocos minutos de llegar (memorando de Soto). <<

[33] Manuel Corrales, que se cree fue quien indujo a Manolo Castro a salir del cine a la calle en esta ocasión, en 1959 fue nombrado delegado de Cuba en la UNESCO por Castro. Los que aparecieron ante un tribunal bajo la acusación del crimen fueron Fidel Castro, Justo Fuentes, Pedro Mirasson, Armando Gali Menéndez y Gustavo Ortiz Faes. <<

[34] *Bohemia*, 25 de diciembre de 1955 (la cursiva es del autor). <<

[35] Observación hecha a Carrillo, septiembre de 1955, manuscritos de Carrillo, *Información Histórica*, 8. <<

[36] El propio Raúl Castro atribuía su primitivo radicalismo al hecho de que, cuando volvió de sus vacaciones, vio que, de «miles de campesinos, los únicos que podían estudiar eran los de mi familia» (*Obra Revolucionaria*, 1960, n.º 2, p. 3). <<

[37] Raúl Castro había tenido una infancia que contrastaba con la de Fidel: por ejemplo, parece que su ruptura con la religión en el colegio Dolores le angustió más que a su hermano. Tenía menos éxito y era físicamente menos fuerte; su actitud respecto de Belén fue totalmente hostil y se fue, siendo muy joven, para trabajar en las dependencias de la hacienda, en Birán,

ingresando después en la facultad de derecho de la Universidad de La Habana. <<

[38] Sin embargo, parece que siete años después admitía que «el modelo que hemos de citar como más próximo al hombre de la sociedad futura [es] el norteamericano… el producto de una economía desarrollada, de una tecnología moderna, de la abundancia… Un revolucionario cubano, vietnamita o argelino de hoy en día se parece menos al hombre que ha de formar la sociedad comunista que un yanqui… nosotros, los hombres, somos hijos de la economía. Pero ¿habría que decir esta verdad?» (S. Cazalis, *La República* [Caracas], febrero de 1966). <<

[39] En su carta de despedida a Castro, en 1965, Guevara recordaba este encuentro: «Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos». (Discurso de Castro, 3 de octubre de 1965, embajada cubana en Londres, Inf. Bol. n.º 97, p. 13). <<

[40] Es notable cómo ninguno de los participantes que han escrito sobre estos acontecimientos coincide en los nombres exactos de los que tomaron parte en ellos. Tal vez a principios de diciembre, Fidel Castro, en la Sierra, sólo tenía a doce hombres a su alrededor, como se ha dicho después invariablemente, sin duda para sugerir una imagen parecida a la de Cristo, pero eso sólo pudo ser durante un lapso muy corto de tiempo, antes de que los supervivientes del desastre de Alegría del Pío se hubieran ido encontrando. Camilo Cienfuegos, en una entrevista publicada en *Revolución*, el 4 de enero de 1959, decía que después de Alegría del Pío «sólo quedaron ocho hombres». Ameijeiras, en otra entrevista publicada el 8 de enero de 1959, dijo: «De los ochenta y dos hombres que embarcaron en el *Granma* quedaron, no doce —como dijo Batista— sino nueve» (*Revolución*, 8 de enero de 1959). El propio Castro habla de doce hombres varias veces en su discurso de 8 de enero de 1959 en el

Campamento Columbia (*Discursos para la Historia* [1959], p. 16) y esta cifra vuelve a salir en la Circular de Organización de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, del 18 de marzo de 1958. Castro también la menciona en su denuncia del grupo de Miami (véase, por ejemplo, la versión de los recuerdos de Guevara, p. 22). Guevara, en un relato de las batallas de la Sierra publicado en 1960, en la *Geografía de Cuba* de Antonio Núñez Jiménez (p. 575), decía que a primeros de diciembre se habían reunido «unos diecisiete» hombres, y pocas líneas después hablaba de «una quincena». Universo Sánchez, uno de los hombres que estuvieron con Castro todo el tiempo después de Alegría, repitió en 1963 que eran doce (Franqui, p. 38). Faustino Pérez dio a René Ray una lista de dieciséis nombres: Fidel y Raúl Castro, Guevara, Faustino Pérez, es decir, él mismo, Valdés, Sánchez, Ameijeiras, Armando Rodríguez, René Rodríguez, Cienfuegos, Almeida, Calixto García, Calixto Morales, Benítez y Julio Díaz (Ray, p. 28). Sin embargo, a estos habría que añadir los nombres de Redondo, Chao y Morán, mientras que habría que suprimir el de Raúl Díaz (véase Guevara, Pasajes, p. 23). Pero el número doce ha subsistido en la mitología de la Revolución y Carlos Franqui incluso ha escrito un libro, *Cuba: Le Livre de Douze*. A mediados de febrero, en la época de la visita de Herbert Matthews, probablemente hubo doce hombres del *Granma* durante varias semanas, pues Faustino Pérez, René y Armando Rodríguez, Calixto García, Calixto Morales y Benítez ya se habían ido; véase *infra*. Pero entonces ya había varios campesinos que eran parte integrante del Movimiento. <<

[41] *Hoy*, 11 de enero de 1959; en junio de 1966, Rodríguez confirmó al autor que subió a la Sierra entonces. Rodríguez aprovechó la oportunidad de ir a la Sierra cuando Castro invitó a todos los partidos revolucionarios a consultar con él, cosa que sólo hicieron los comunistas y el Directorio. <<

[42] Cifras dadas por Castro al corresponsal norteamericano Dicky Chapelle (Osanka, p. 327) la tercera semana de diciembre de 1958. Las he mantenido a pesar de que algunos dan otras; por ejemplo, Cienfuegos dijo a *Revolución* (8 de enero de 1959) que llegó a La Habana con unos 7000 hombres (*ibid.*, 13 de enero de 1959). Goldenberg (*The Cuban Revolution and Latin America*, p. 162) dice que en febrero de 1959 le dijeron que había 803 soldados de Castro «reconocidos oficialmente» en diciembre. Javier Pazos, miembro destacado del Movimiento 26 de Julio de La Habana, que estuvo en la Sierra durante un tiempo, habla de «2000 rebeldes bien armados» cuando huyó Batista (*Cambridge Opinion*, febrero de 1963). Véase también Karol, *Los guerrilleros au pauvoir* (París, 1970, p. 167, I). <<

[43] No es fácil dar cifras. A finales de 1957, el senador Conrado Rodríguez dijo que habían muerto 300, y Castro respondió rápidamente diciendo que habían sido 5000. En agosto de 1958, Castro dijo que habían muerto más de 6000. A finales de 1958, Grau San Martín dijo que habían muerto 20 000. El corresponsal del *New York Times* citó esta cifra, pero Batista lo negó, diciendo que era totalmente exagerada. Sin embargo, el número de 20 000 quedó y luego fue muy utilizado. Probablemente todos estos cálculos eran conjeturas. La única lista que hay de los muertos es la que apareció en *Bohemia* el 11 de enero de 1959, y después en números subsiguientes. Es esta:

Rebeldes	429
Batistianos	153
En escaramuzas, muertos por el gobierno	18
En escaramuzas, muertos por los rebeldes	85
En escaramuzas, muertos por desconocido	24
Bombas de terroristas	25
Ejecutados por el 26 de Julio (espías, etc.)	12
	746
Paisanos muertos, Santiago, julio 1953	48
Ataque al palacio, marzo 1957	30
Revuelta naval, Cienfuegos	62
Cuartel de Goicuría, 1956	12
TOTAL	**898**

<<

Instintivamente tiendo a suponer que estas cifras son correctas en términos generales. Pero no deben de haber tenido en cuenta a muchos campesinos muertos por el ejército de Oriente, y que probablemente elevarían el total en unos centenares, por lo menos. Probablemente nunca se sabrán las cifras definitivas, pero es difícil creer que entre 1952 y 1958 murieron más de 2000 cubanos como consecuencia directa de la crisis política y de la guerra civil. A pesar de todo, en los días de la huida de Batista se utilizaba la cifra de 20 000. Revolución, el 2 de enero, hablaba de «un centenar de héroes y decenas de millares de muertos».

[44] Felipe Pazos, discurso al Club de Leones, San Juan (Puerto Rico), 29 de marzo de 1961. <<

[45] Cf. Namier: «El término era todavía corriente por la fuerza de la supervivencia ideológica y lingüística; pues las ideas sobreviven a las condiciones que las hicieron surgir y las palabras

sobreviven a las ideas» (*England in the Age of the American Revolution*, 2.ª ed., 4). <<

[46] El autor era Guillermo Cabrera Infante, que entonces tenía casi treinta años, y que más tarde se convertiría en uno de los novelistas cubanos modernos de más éxito con *Así en la paz como en la guerra* y *Tres tristes tigres*. Cabrera era hijo de un comunista de Gibara, que había trabajado en *Carteles* con Carlos Franqui en los años cincuenta y había ayudado a preparar el clandestino Revolución. De 1959 a 1961 fue director del semiindependiente *Lunes de Revolución* y después fue agregado cultural de la embajada cubana en Bruselas. Ahora vive en Londres y es un crítico destacado de la falta de libertad intelectual de Cuba. <<

[47] Esto es, turismos: 25 por 1000 habitantes, 29 en Venezuela. Todas estas cifras proceden del *UN Statistical Yearbook*, 1960-3. Draper, en un análisis parecido, tiene cifras ligeramente diferentes, tomadas de *Statistical Abstract for Latin America*, 1960. Robin Blackburn señalaba que los televisores de Cuba compensaron a Castro de la carencia de un partido organizado. <<

[48] El doctor Carlos Rafael Rodríguez comentó más tarde que «a partir de 1952, en el campo desapareció todo indicio de legalidad» (Carlos Rafael Rodríguez, *La Revolución cubana y el período de transición*, mimeografía de la Universidad de La Habana, folleto II). Este es un estudio excelente, lleno de información útil. <<

[49] Aquí he seguido en gran medida las cifras del doctor Carlos Rafael Rodríguez, op. cit. Robin Blackburn da unas cifras ligeramente diferentes en *Prologue to the Cuban Revolution*. Ambos, sin embargo, basan sus cálculos en el informe del Consejo Nacional de Economía de 1958. Según el censo de 1953, 818 706 personas trabajaban en la agricultura, cifra en la que probablemente están incluidos los que trabajaban y los parados. El paro

está estudiado con mayor amplitud en el capítulo sobre el trabajo en Cuba, y se vuelven a tratar estas cuestiones en los capítulos sobre el azúcar y sobre otros sectores de la economía. <<

[50] En 1943, los porcentajes de profesionales* negros o mulatos frente a los blancos eran:

	Negros o mulatos	*Blancos*
Agricultura, ganadería, pesca	23,0	77,0
Minería	33,0	67,0
Construcción	44,2	55,8
Manufacturas e industrias mecánicas	35,9	64,1
Transportes y comunicaciones	22,9	77,1
Comercio	15,9	84,1
Bancos y finanzas	9,2	90,8
Servicios doméstico y personal	46,9	53,1
Diversiones y otros servicios	39,7	60,3
Servicios profesionales	14,5	85,5
Gobierno	19,3	80,7
Servicios varios	28,0	72,0
Industria y comercio sin clasificar	26,5	73,5
PROMEDIO	27,6	72,4

* Corregido del censo de 1943, 786.

<<

[51] Es curioso señalar que este régimen ultranacionalista tuvo como verdugo principal, en La Cabaña, a un norteamericano que se unió a Guevara en Escambray, el ceñudo capitán Herman Marks, un nativo de Milwaukee con antecedentes criminales. <<

[52] Está confirmado por Franqui II, p. 42. <<

[53] La última encuesta de opinión pública es de finales de junio. El gobierno estaba reunido cuando se hizo el estudio y lle-

varon los resultados a Castro allí mismo: estos mostraban un descenso desde la cifra de febrero, del 91,85 al 78,31 por ciento. Los ministros parecían alarmados; Castro dijo: «Todavía vamos bien; al final sólo tendremos a los niños con nosotros». <<

[54] El predecesor de Mendoza en el cargo de jefe del INRA en Camagüey. <<

[55] Bissell al autor. <<

[56] El autor preguntó a Bissell: «Al final, ¿era usted partidario de dar protección aérea norteamericana?». «Sí. Completamente. Cuando vi que, si no, habría un desastre, insistí a favor de una intervención aérea de Estados Unidos». Hugh Thomas: «Esto ¿podría haber llevado a una intervención general de Estados Unidos?». Bissell: «Sí». (Conversación en Washington, el 14 de enero de 1963). <<

[57] Traducción de Encarna Quijada. <<

[58] Parece ser que la economía cubana creció un 7,8 por ciento en 1996. <<

[59] Citado en *The Economist*, 6 de diciembre de 1996. <<

[60] Un vívido relato del sufrimiento de los signatarios originales lo encontramos en el excelente artículo de Manuel Díaz Martínez, «La Carta de los Diez», publicado en *Encuentro*, 2, otoño de 1996. <<

[61] Como sucedió durante tanto tiempo en México. <<

[62] *New York Times*, 19 de noviembre de 1997, p. A25. <<

ÍNDICE